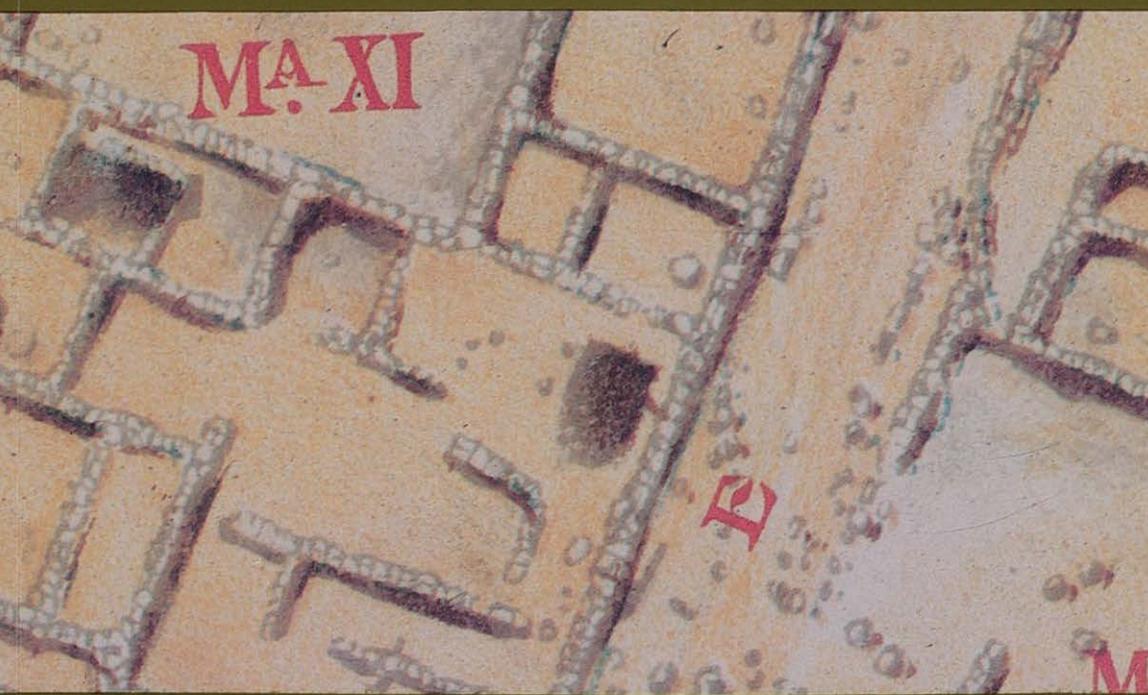
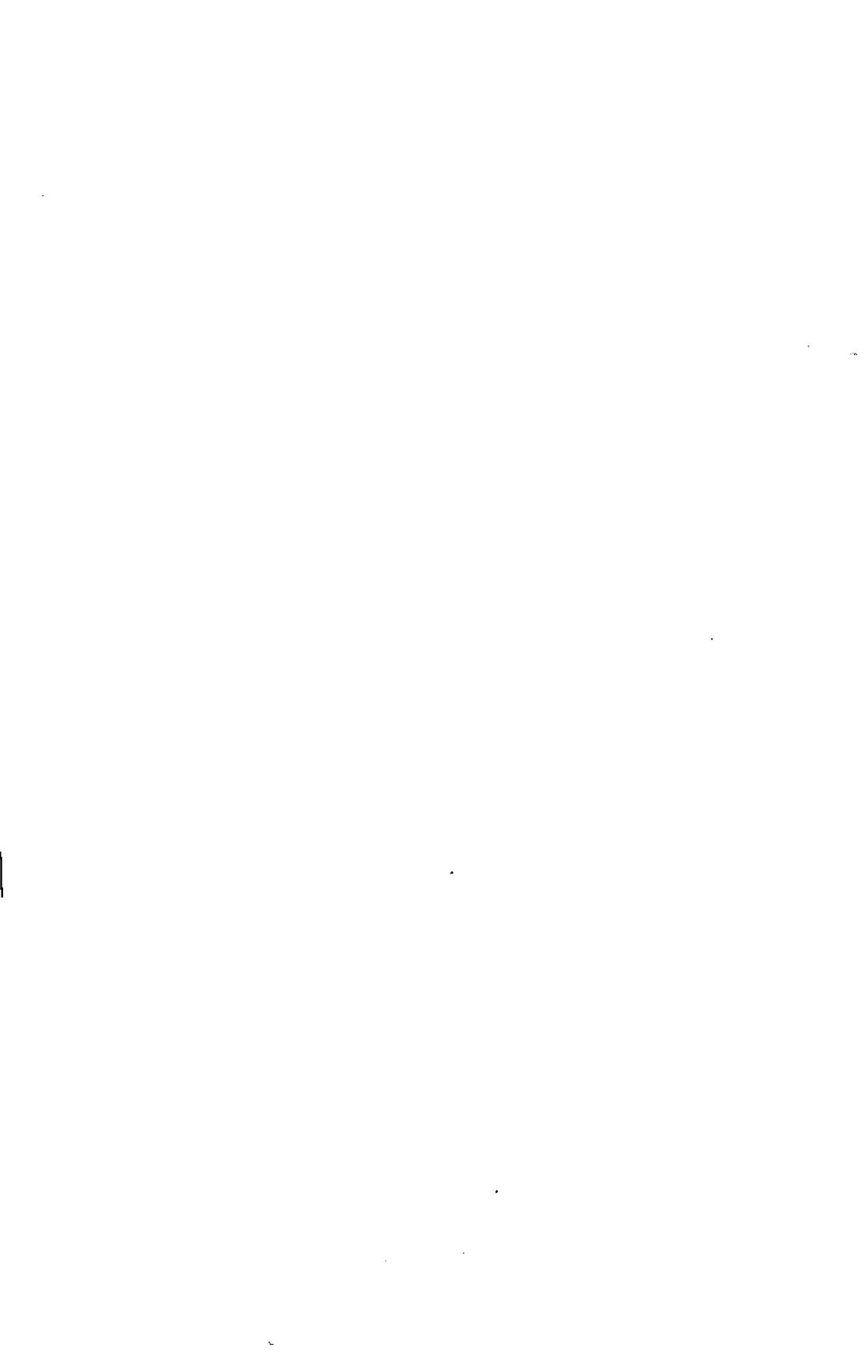


ACTAS

2^o

SYMPOSIUM DE ARQUEOLOGIA SORIANA





II SYMPOSIUM DE ARQUEOLOGIA SORIANA

Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías
19-21 de Octubre de 1989

(Volumen I)

II SYMPOSIUM DE ARQUEOLOGIA SORIANA

Actas

Director: Dr. D. Carlos de la Casa Martínez.

Secretario: D. José Javier Fernández Moreno.

© EDICIONES DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SORIA
Departamento de Cultura

Portada: ALEJANDRO PLAZA.

Colección: TEMAS SORIANOS N.º 20

Imprime: INGRABEL - SORIA

I.S.B.N. (Tomo I): 84-86790-35-2

I.S.B.N. (Obra completa): 84-86790-37-9

D.L.: SO. 55/92

Precio: 3.500 ptas.

Digitalización: Enrique García Garcés - José M^a de Pablo Vinuesa (2022)

En estos volúmenes se recogen las ponencias y comunicaciones presentadas al «II Symposium de Arqueología Soriana», celebrado entre los días 19 y 21 de octubre de 1989 en el Aula Magna «Tirso de Molina» de esta Ciudad.

Estas jornadas fueron organizadas y patrocinadas por la Diputación Provincial de Soria, que desea expresar, desde estas líneas, su agradecimiento a todos los participantes y aquellas personas que colaboraron en esta actividad de carácter científico.

LECCION INAUGURAL

ARTE RUPESTRE EN LA PROVINCIA DE SORIA

J.A. GOMEZ-BARRERA

I. INTRODUCCION

*A D. Teógenes Ortego Frías y
a Fernando Piñón Varela, in
memorian.*

Olvidando los versos de Lope de Vega y el informe enviado al Conde de Floridablanca por D. Fernando López de Cárdenas, la primera noticia de la existencia de arte rupestre esquemático en el territorio peninsular se remonta a 1868, once años antes del magno descubrimiento del «salón de los policromos» de Altamira. En esa fecha D. Manuel de Góngora y Martínez publicó sus «*Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*» en las que analizaba las pictografías de Peña Escrita y La Batanera (Fuencaliente, Ciudad Real) y La Peña de los Letreros. Estos descubrimientos impulsaron, años más tarde, extensos trabajos de prospección provocando la aparición de cientos de covachos y abrigos con manifestaciones artísticas de similar carácter.

La provincia de Soria no sería ajena a este movimiento científico, y tras los descubrimientos de los ciervos pintados de Calapatá (Cretas, Teruel) y la danza fálica de Cogul (Lérida), Juan Cabré apreció un importante foco de grabados rupestres al aire libre en las estribaciones sorianas de Sierra Pela. Por esas mismas fechas —1912— el abate Breuil visitaba, en compañía de P. Saturio González, las cuevas de San Bartolomé de Ucero denunciando sus manifestaciones artísticas, que en la primera edición de este Symposium revisaron los profesores Moure y García Soto.

Mas el acontecimiento clave del arte rupestre soriano no llegaría hasta treinta y nueve años más tarde. Haciendo suyas las previsiones del eminente abate H. Breuil, D. Teógenes Ortego Frías localizó, a comienzos de la década de los cincuenta, el conjunto pictórico esquemático del Monte Valonsadero, prosiguiendo así su proceso investigador que había iniciado en tierras turolenses y que completaría con hallazgos importantes en la provincia de Guadalajara. A los descubrimientos de Valonsadero habría que añadir, después, los de Pedrajas, Oteruelos, Ligos y Ucero amén de sus estudios sobre los grabados de Ciria y Conquezueta.

La aportación que Teógenes Ortego hace al arte rupestre postpaleolítico peninsular en general, y al soriano en particular, se concreta en los cuarenta y un años de ininterrumpido trabajo que le dedicó, sus treinta y tres artículos publicados, sus cerca de cuatrocientas páginas impresas y, lo que es más importante, la presentación de cuarenta y dos estaciones inéditas —por él dadas a conocer— de arte levantino y esquemático. Sus publicaciones aparecieron periódicamente en distintas revistas especializadas en el estudio del hombre y de su cultura prehistórica, congresos nacionales e internacionales y en encuentros y reuniones de homenaje y en todas ellas quedó constancia de su proceder científico en relación directa con la época que le tocó vivir. Y, en fin, sus colaboraciones han sido fuente básica, esencial e imprescindible para todos cuantos nos ocupamos del estudio del arte rupestre peninsular.

La exposición que sigue quiere ser nexo de unión entre la tarea orteguiana y las nuevas aportaciones. Se pretende recoger las novedades habidas en este campo desde 1982 y presentar un estado actual de la investigación del grabado rupestre. Este, pese a sus indiscutibles relaciones con la pintura, se ha presentado hasta ahora independiente de aquella y, en espera de lo que deparen las investigaciones en curso, así lo haremos también aquí. Queremos, por último, hacerles partícipes de nuestra modesta, pero ilusionada, labor a la vez que rendimos homenaje a D. Teógenes Ortego Frías y recordamos a nuestro amigo Fernando Piñón Varela.

II. PINTURA RUPESTRE ESQUEMATICA

Desde el mismo momento en que M. de Góngora y Martínez publica sus «*Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*» (1868) recogiendo los descubrimientos que 85 años antes había realizado F. López de Cárdenas en Fuencaliente y los suyos propios de Vélez Blanco, queda marcada definitivamente *la existencia de una pintura rupestre cuyos motivos eran meros esquemas* (Acosta, 1968: 19) y cuyo soporte generalizado vendría dado por superficies más o menos regulares de abrigos o covachos al aire libre. Los constantes descubrimientos, las síntesis de H. Breuil y P. Acosta y los trabajos sobre significado, origen y cronología de éstos y E. Ripoll, A. Beltrán y F. Jordá entre otros ha dado pie a un mayor conocimiento de un arte rupestre que en nuestra provincia está representado básicamente a partir de los descubrimientos de Ortego.

En 1982 con la publicación de «*La pintura rupestre esquemática en la Alti meseta Soriana*» realizamos una primera ordenación y puesta al día del tema y en la primera edición de este Symposium dimos a conocer una nueva estación complementando así la visión que, a través de cerca de un treintena de publicaciones, había dado Ortego. Desde esa fecha hasta hoy hemos seguido formulando problemas, prospectando nuevas zonas y revisando nuestros propios



FIG. 1.— Carta de distribución del arte rupestre postpaleolítico soriano.

trabajos de tal manera que a la hora de enfrentarnos ante un estado actual de la pintura esquemática soriana tengamos que centrarnos en tres apartados: 1) Las nuevas aportaciones en base a los nuevos descubrimientos efectuados a partir del anterior Symposium; 2) Los nuevos motivos y calcos de abrigos ya concidos pero que, por una u otra causa, habían pasado desapercibidos los primeros o eran incorrectos los segundos y 3) La revisión y aportación de los últimos trabajos de T. Ortego por cuanto ha sido y es fuente esencial e imprescindible para el estudio de esta manifestación artística.

II.1. LAS NUEVAS APORTACIONES

Sin olvidar las pinturas esquemáticas de Cueva Conejos.(Gómez-Barrera y Borobio Soto, 1984) que presentamos en el I Symposium de Arqueología Soriana, las nuevas aportaciones habidas en estos siete años se concretan en el descubrimiento de seis abrigos en el Monte Valonsadero y uno más en las estribaciones meridionales de la Sierra de Cabrejas. Se alcanza así la cifra de 36 estaciones con pintura rupestre esquemática en nuestra provincia en espera de los resultados que puedan aportar las prospecciones en curso tanto en el Monte Valonsadero como en sus alrededores y en el Cañón del Río Lobos.

Presentamos aquí, pues, las pinturas inéditas de Los Isaces y la de los otros cuatro abrigos, dos de ellos ya dados a conocer (La Peña los Plantíos y el Abrigo II del Barranco de Valdecaballos) mientras se espera la publicación de los abrigos del Cubillejo.

II.1.1. La Peña los Plantíos

Descubierto en 1983 por Angel Coronado, el abrigo con pinturas esquemáticas de La Peña los Plantíos se localiza en el paraje «*Los Plantíos*», en el término municipal de Fuentetoba, a 41° 46' 47" de Latitud Norte y 1° 8' 40" Longitud Este de Madrid (Hoja 349 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., Madrid, 2.ª ed. 1954).

Se trata de un bucólico rincón dominado por praderíos y manchas de monte bajo a base de encinares y carrascales y cuya formación geológica predominante está compuesta por conglomerados y/o cuarzarenitas del Cretácico, con pisos inferiores del Jurásico. En realidad estamos en presencia de la continuación morfológica por el Sur del Monte Valonsadero con el afloramiento de potentes areniscas urgoaptenses, una de las cuales y en prolongada formación daría lugar a nuestro abrigo. La Peña los Plantíos sería así una pequeña cuerda rocosa de 11 m. de altura máxima por 75 m. de longitud, obtenida por la superposición de dos bloques rocosos que originaron en su cara sur una breve terraza mientras que su lado norte quedó marcado por un suave buzamiento descendente. En concreto, y en lo que respecta a la configuración externa del soporte pictórico, La Peña los Plantíos se sitúa en un lugar prominente y destacado, de

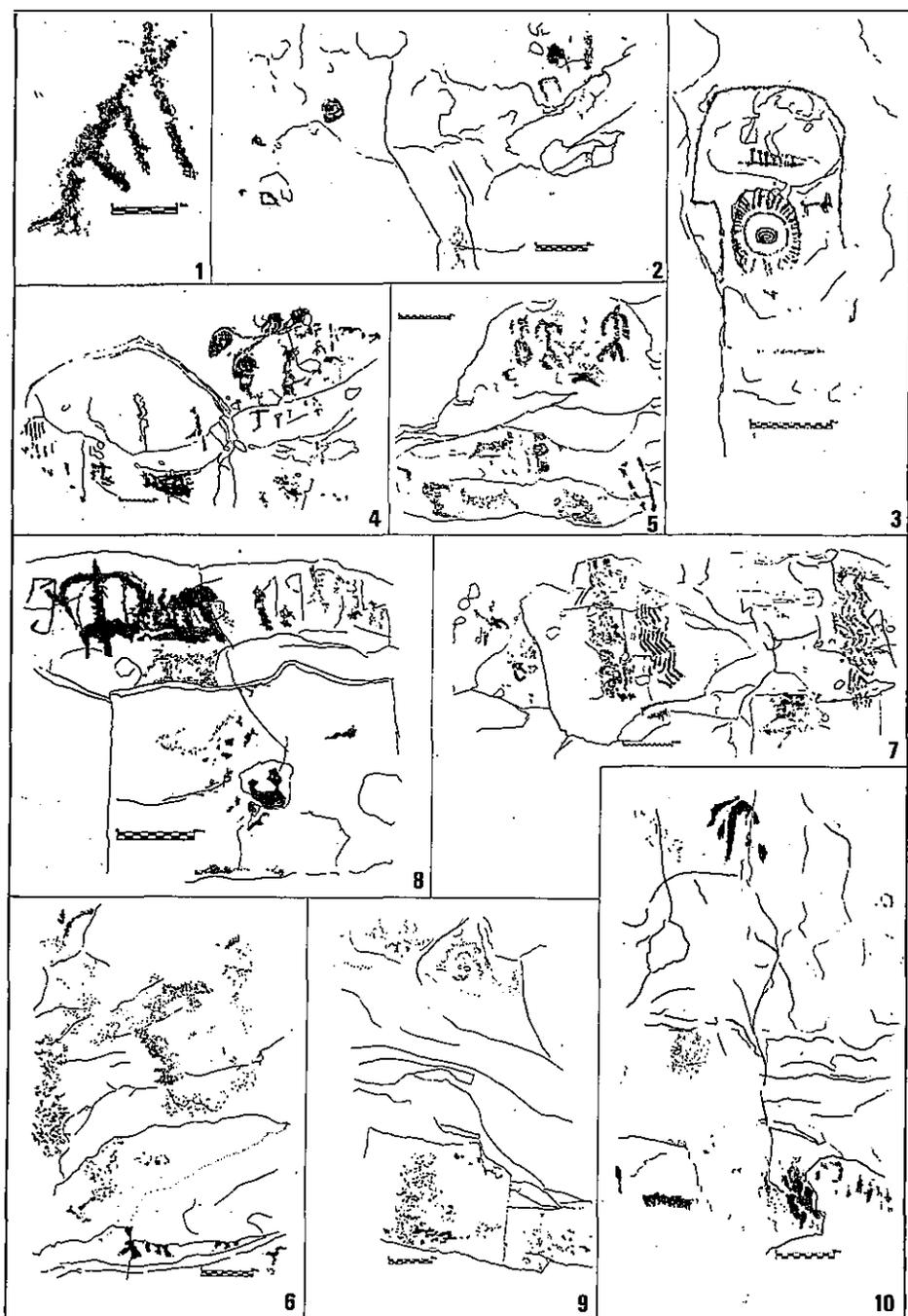


FIG. 2.— Distintos grupos de «La Peña los Plantíos».

amplia visibilidad, cercana al río Golmayo, en superficie rocosa al aire libre, presenta toda clase de motivos esquemáticos en amalgama y sus pinturas ocupan toda la superficie disponible del abrigo (Fig. 2 y 3). Todos estos datos hacen pensar en una elección de la estructura rocosa para ser pintada en absoluto aleatoria y sí provista de cierta intencionalidad.

Las pinturas se encuentran en muy mal estado de conservación, afectadas tanto por la acción de los agentes internos inherentes al propio soporte cuanto por los externos y la participación despiadada de ocasionales visitantes. Se desarrollan a lo largo de la visera del bloque superior, aprovechando hornacinas, oquedades y superficies más o menos alteradas por la erosión y fueron agrupadas —teniendo en cuenta la amplia extensión de la zona pintada del abrigo, su escorzada situación y nuestros deseos de realizar copias lo más exactas posibles, así como pensando en una sistematización más clara de la descripción de las figuras— en diecisiete conjuntos siguiendo los criterios que, en la medida de lo posible, la propia división de la roca nos marcara. Estos 17 grupos constataron la presencia en el abrigo de 142 motivos que fueron descritos y estudiados analítica y tipológicamente en el trabajo que titulamos *El abrigo de «La Peña los Plantíos»: nuevo hallazgo de pinturas rupestres esquemáticas en Fuentetoba (Soria)* y que fue publicado en el tomo III/IV de «Ars Praehistorica» (Gómez-Barrera, 1984-1985).

Técnicamente **La Peña los Plantíos** no ofrece ninguna novedad de importancia ya que sus pinturas fueron realizadas con la tradicional tinta plana, si bien aprovecharon las distintas concavidades erosivas de la roca para la fijación del desarrollo de algunos grupos (II, III y IV y figura n.º 23 del Grupo XI). Sí es posible que la tinta plana fuese auxiliada por el reaprovechamiento intencionado de diversas grietas naturales de la roca-soporte que pudieran completar el dibujo de algún motivo (figura estela del Grupo III).

El color de los 142 motivos es rojo no habiendo otras diferencias aparentes entre ellos que las debidas a la cantidad de pintura aplicada, los variados tonos de la roca y las diferencias en su conservación; no obstante cabe la posibilidad de distinguir claramente los motivos núms. 10 y 11 del Grupo IV del resto de las figuras así como determinar que los motivos núms. 3, 4, 5, 6 y 13 del Grupo XII y las dos figuras antropomórficas sobre él situadas no solamente presentan su trazado mucho más fino —apenas 0,20 cm. frente a 1,20 cm. de grosos medio general— sino también diferentes tonalidades de color, lo que podría hablarnos de diversas etapas en la ejecución del panel.

El tamaño de las figuras presentes en **La Peña los Plantíos** responde, grosso modo, a las características típicas de este arte, a saber: altura media entre 15 y 20 cm., con una altura máxima de 56 cm. (motivo núms. 3 y 8 del Grupo VII) y mínima de 1 cm. (motivos punteados del Grupo IX).

Con respecto a la temática y al significado del conjunto referido tan sólo cabría añadir a lo dicho para el elenco esquemático soriano que la presencia de la figura-estela del Grupo III, con sus posibles paralelos en las estelas decoradas

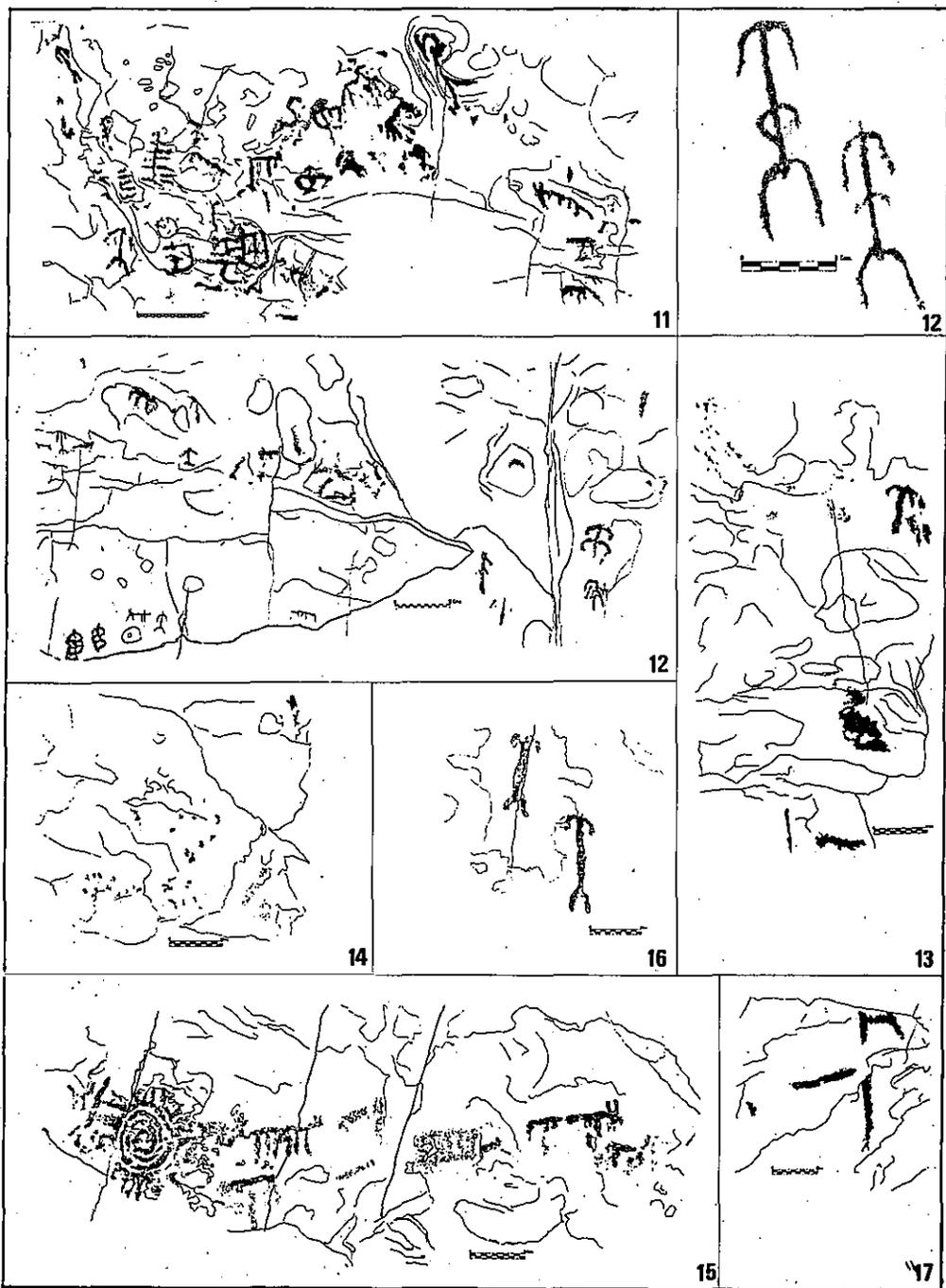


FIG. 3.— Distintos grupos de «La Peña los Plantíos».

extremeñas (Gómez-Barrera, 1991), nos obliga a no descartar el carácter religioso y necrolátrico que asignaron a este tipo de pintura rupestre investigadores como Breuil, Cabré, Obermaier a principios de siglo o, más recientemente, Grande del Brío (1987, págs. 123 y ss.).

La descripción analítica y minuciosa de cada uno de los motivos que componen los diecisiete grupos de La Peña los Plantíos puede verse en nuestro trabajo citado (Gómez-Barrera, 1984-85, págs. 142-169); sin embargo, y con el fin de facilitar la comprensión general del arte esquemático soriano en su estado actual, haremos breve referencia a los aportes tipológicos de esta estación pictórica.

En el cuadro sinóptico que acompaña a estas páginas se recogen datos estadísticos e índice de frecuencia y reiteración de los distintos abrigos sorianos incluido el que nos ocupa pudiéndose apreciar como se repite en éste las mismas tendencias del resto. En La Peña los Plantíos la figura humana está representada en 30 ocasiones (21,32% del total), 20 de ellas dentro del subgrupo de figuras seminaturalistas, semiesquemáticas y esquemáticas, 5 en «phi» griega y otras 5 en el apartado de figuras humanas en golondrina, T, cruciforme, doble Y y ancoriforme. Por su parte la figura animal viene dada por la aparición de un total de 16 cuadrúpedos (11,26%) clasificados como semiesquemáticos, no existiendo ninguna representación en este abrigo de aves, peces y serpentiformes.

Pese a la complejidad del motivo-tipo ídolo podemos señalar, siguiendo el esquema de P. Acosta (1967 y 1968), la presencia en La Peña los Plantíos de tres esquemas que podrían responder a este significado: un ídolo oculado (figura n.º 2 del Grupo X) y dos ídolos placa (motivos 1 y 2 del Grupo XII). También apreciamos en este abrigo un pectiniforme (1: III), tres tectiformes o estructuras (2: VIII; 12: XI y 5: XV), un ejemplar de armas (2: III), cuatro motivos de puntos (3: IX; 1, 2 y 3: XIV), ocho ejemplos de barras (1 y 4: IV; 6: V; 3: VIII; 7: X y 14-16 y 19: XII), cuatro petroglifoides (4: II; 8: XI y 3 y 15: XI), tres motivos zig-zags (3, 5 y 8: VII), tres ramiformes (4 y 9: XI y 22: XII), un esteliforme (1: XV) y un total de 65 que incluirían dos motivos extraños de difícil interpretación (como tal hemos calificado los motivos 10: IV y 1: XVII) y 63 manchas irregulares de pintura que suponen un 44,30% del total de los esquemas y responden, en la mayoría de los casos, a restos de posibles motivos lo cual nos habla del mal estado de conservación en que nos ha llegado el abrigo o nuestra incapacidad para su interpretación correcta. Con todo parece clara la variedad temática del conjunto pintado de Fuentetoba y la evidencia de un paralelismo conceptual entre una muestra parcial (La Peña los Plantíos) y su conjunto (la Altimeseta Soriana).

El desarrollo de esta catalogación tipológica (Gómez-Barrera, 1984-85, págs. 169-179) nos llevó en su día a determinar en nuestra provincia una influencia pictórica cada vez más clara del Sur y Sudeste peninsular y a concretar ciertas aportaciones de índole cronológico que conformaron planteamientos anteriores de Acosta (1968, págs. 184-186) y Beltrán (1976, págs. 16) en torno al carácter retardatario del esquematismo del Alto Duero. El motivo-trisceles del Covachón del Puntal nos sirvió, en el Coloquio Internacional de Arte Rupestre Esquemático de

la Península Ibérica celebrado en mayo de 1982 en Salamanca (*Zephyrus*, XXXVI, 1983), para defender más ampliamente este punto de vista ateniéndonos a sus elementos decorativos en espiral que nos llevaron a un periodo bien avanzado del Bronce Final (Jimeno Martínez y Gómez-Barrera, 1983, pág. 195). Pues bien, de similares características en cuanto al diseño de roleos y espirales en el motivo 10: IV de La Peña los Plantíos.

Pero sobre todo, en pro de esta cronología tardía del esquematismo soriano, se nos antoja más evidente la figura-estela del Grupo III dado que si acertamos en su interpretación nos daría una fecha ante quem, para el conjunto pictórico de Fuentetoba en torno al siglo VIII.

Efectivamente, sin duda alguna la aportación más notable del abrigo La Peña los Plantíos viene dada por el conjunto citado, es decir: un tramo irregular, continuo y lineal —entre 0,30 cm. y 0,50 cm. de grosor—, que bordea la superficie de fondo de una hornacina oval de 88 cm. de altura y 56 cm. de anchura, dando lugar así a una figura cerrada en cuyo interior aparece un pectiniforme, un posible esteliforme o, tal vez, un escutiforme y, a la derecha de éste, un cuadrúpedo; todo ello en la misma tonalidad de color y similar grosor en el trazado (Gómez-Barrera, 1984-85, págs. 145-147. Figs. 9, 10 y 11; Gómez-Barrera, 1985, e.p.). Junto a los motivos pictóricos hay que señalar la línea agrietada que enmarca la parte superior de la figura lineal y los orificios que dentro de la misma, y por encima del pectiniforme, se dibujan a modo de ojos. De este modo se conforma una composición hasta el momento única en el panorama esquemático peninsular. Sus paralelos con el mundo de las estelas y estelas-guijarros necrolátricas del Suroeste parecen evidentes, mientras que se distancia grandemente de los ejemplos de tal denominación. A nuestro modo de ver, estos motivos más parecen representar la versión pictórica de las estelas del suroeste de la Península y así la representación del escudo simple, el peine y el cuadrúpedo, esquemáticamente dibujados y tan constantes en las estelas decoradas extremeñas (Almagro Gorbea, 1977, págs. 159-194), tendrían su justa correspondencia con el pectiniforme, posible escutiforme y cuadrúpedo del motivo de La Peña los Plantíos. El carácter funerario que a veces se ha dado como interpretación de la pintura rupestre esquemática tendría aquí un claro exponente. Si además consideramos la posibilidad de que el pintor esquemático tuviera en cuenta el trazado natural de la roca, el resultado sería una figura de marcado carácter humanoide y podríamos poner en conexión este motivo con los guijarros-estelas con representación antropomorfa (Almagro Gorbea, 1977, págs. 195-201; Bueno y Fernández Miranda, 1981, págs. 451-467).

Y todavía más, la figura 5: XV de este abrigo, que clasificamos como tectiforme, nos pone en relación con motivos en carros, trineos o escaleriformes y nos lleva, en el primer supuesto, a una cronología en torno al 1000-900 a. C. que asignara E. Cuadrado a los primeros carros peninsulares (Cuadrado, 1953) o al 700 a. C. que es la fecha en que situó M. Almagro a los carros aparecidos en las estelas decoradas del suroeste (Almagro, 1966, págs. 189-196).

II.1.2. Abrigo del Cubillejo

Esta nueva estación de arte esquemático, al igual que la que presentamos a continuación, nos fue dada a conocer por D. Hermógenes García; se encuentra en Valonsadero, en el paraje del **Cubillo** o **Cubillejo** conformado por un amplio y ancho valle en torno al arroyo Cubillo y enmarcado por sendas alineaciones rocosas que lo bordean por Este y Oeste. Topográficamente se sitúa a 41° 47' 58" de Latitud Norte y a 1° 10' 5" Longitud Este de Madrid (Hoja 350 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., Madrid, 2.^a ed., 1954), a 42 m. del inicio de la cuerda rocosa que a lo largo de 106 m., en dirección Norte-Sur, bordea por el Este el vallejuelo; en este lugar el abrigo alcanza una altura media de 6,5 m. situándose las pinturas en una estructura diédrica de la roca, a 1,4 m. del suelo actual y en una superficie ocupada por una hornacina vertical y oval poco pronunciada y de 1,10 m. de altura por 0,60 m. de anchura media (Gómez-Barrera y Fernández Moreno, 1991).

Su amplia exposición a los agentes atmosféricos ha provocado su mal estado de conservación pese a lo cual se aprecian once motivos pintados en rojo a base de restos punteados, figura en forma de triángulo invertido, amplio conjunto de manchas desvaídas de su color; varias figuras circulares y cuadrangulares y una posible figuración humana (motivo n.º 10) al modo y manera de los antropomorfos en ϕ griega, diseñada a partir de un amplio círculo central cruzado de arriba a abajo por una barra discontinua de pintura y cuyas medidas son 20 cm. de altura por 10 cm. de diámetro en su círculo central (Fig. 4).

Las pinturas del **Abrigo del Cubillejo**, aparte sus aspectos cuánticos, presentan como aportación técnica al conjunto esquemático soriano la ejecución de varios de sus motivos aprovechando las irregularidades naturales de la superficie sobre la que se asientan; es el caso de los trazos punteados, de dos circuliiformes (núms. 6 y 7) y de la figura humana en ϕ griega. Este aprovechamiento de accidentes naturales de la roca para el diseño de un esquema no es nuevo en la provincia soriana, donde ya recogimos situaciones semejantes en el mismo Monte Valonsadero (motivo n.º 5 del sector D de **El Mirador** y figura n.º 16 de **Peña Somera** e incluso en el motivo n.º 3 del **Covacho del Cubillejo** que veremos a continuación), ni tampoco lo es a nivel peninsular antes bien se presenta como una característica general de este tipo de manifestaciones artísticas.

II.1.3. Covacho del Cubillejo

En la ladera opuesta, a media pendiente y a 181 m. en línea recta desde el **Abrigo del Cubillejo**, se alza una pequeña covatilla cerrada en su lado Este por pared artificial de piedras irregulares; se orienta al Sur y sus dimensiones alcanzan los 4,60 m. de obertura por 2,70 m. de fondo y 1,40 m. de altura máxima en la zona pintada. Externamente se trata de un pequeño e irregular peñasco situado a 41° 47' 58" Latitud Norte y 1° 10' 10" Longitud Este (Hoja 350 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C. Madrid, 2.^a ed., 1954).



FIG. 4.— Desarrollo del panel pintado del «Abrigo del Cubillejo».

Todavía, en la actualidad, está siendo utilizado el covacho como refugio de pastores en el que se realizan constantes hogueras que han dañado grandemente la superficie pintada; en este sentido hemos de señalar que los servicios técnicos de la Junta de Castilla y León han tomado ya medidas para cerrar próximamente esta estación pictórica (Fig. 5).

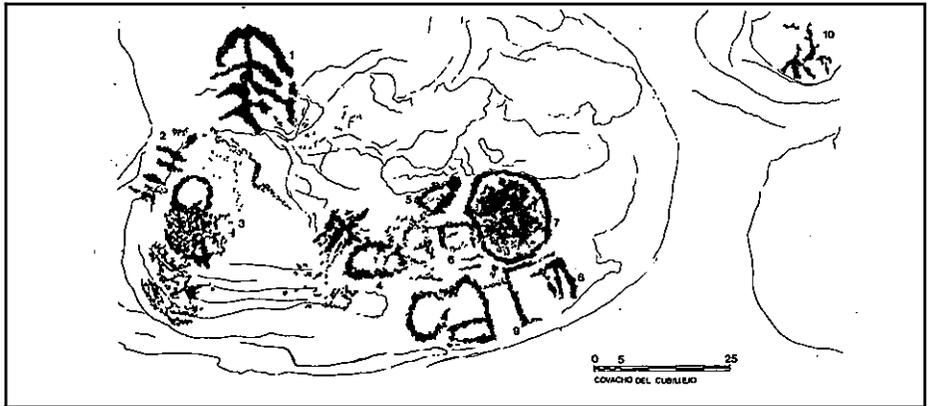


FIG. 5.— Motivos recuperados del «Covacho del Cubillejo».

El panel pintado del **Covacho del Cubillejo** ocupa dos concavidades horizontales, y de forma oval, en la techumbre del mismo en las que se aprecian diez motivos esquemáticos pintados en color rojo vinoso —muy oscurecido por la acción del fuego— que hemos descrito como: 1: arboriforme-ramiforme de 16 cm. de longitud en su trazo axial y seis arcos sucesivos de variado tamaño que cortan a aquél; 2: seis barras o trazos horizontales de 5 cm. de longitud y 1 cm. de grosor; 3: circuliforme de 7 cm. de diámetro y varios trazos descendentes; 4: pectiniforme; 5: Figura triangular; 6: trazos rectangulares de pintura; 7: nuevo circuliforme de 17 cm. de diámetro y restos pictóricos en su inferior que nos hablan de un posible tectiforme; 8: Figura rectangular; 9: conjunto de tres motivos enlazados en combinación de estructuras rectangulares y curvas dando lugar a un motivo indeterminado y 10: restos de las extremidades inferiores de un antropomorfo (Gómez-Barrera y Fernández Moreno, 1991).

Como ya se advirtió al referir las pinturas del **Abrigo del Cubillejo**, encontramos en el **Covacho** un motivo (n.º 3) que aprovecha la irregular superficie de su soporte para trazar su figuración. Pero quizás la nota de mayor interés de las aportadas por el **Covacho del Cubillejo** sea, precisamente, la rareza de todos sus motivos, desde los más simples esquemas humanos (n.º 10) a la complejidad indescifrable de los motivos centrales (núms. 4, 5, 6, 7, 8 y 9) pese a lo cual paralelizan claramente con otras estaciones sorianas y peninsulares (Gómez-Barrera y Fernández Moreno, 1991, págs. 112 y ss.).

II.1.4. Abrigo II del Barranco de Valdecaballos

En 1958, con motivo del «V Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas», publicó T. Ortego su artículo *Nuevos grupos de arte rupestre en la zona oriental de la altimeseta soriana en el que daba cuenta de sus primeros descubrimientos y de otros nuevos (Peñón del Camino de Pedrajas, La Cueva de «El Prado de Santa María», Abrigo Este y Oeste de Ligos y El Portallón de Villacadima).*

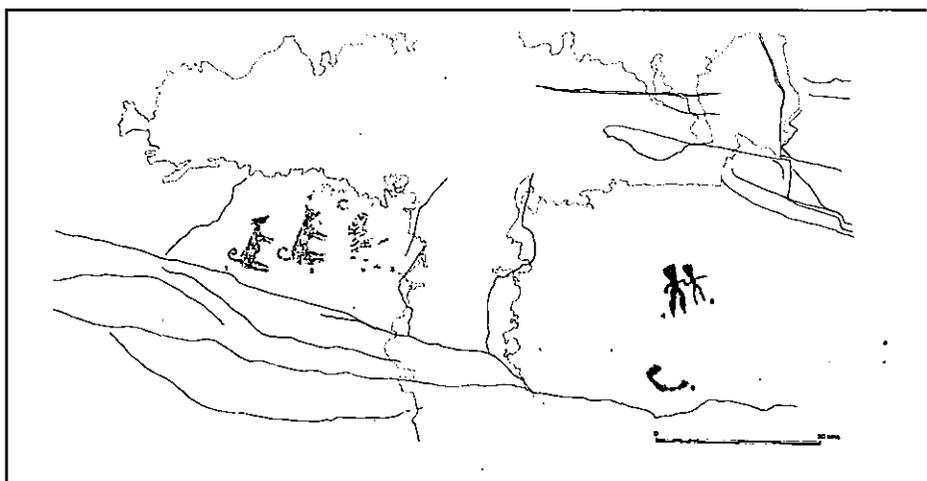


FIG. 6.— Abrigo II del «Barranco de Valdecaballos».

En esa misma publicación (Ortego 1961) aludía a la existencia de tres abrigo en el llamado Barranco de Valdecaballos del Monte Valonsadero de los que, por única referencia, ofrecía tres reducidos dibujos de otros tantos grupos. Nunca más, a pesar de su extensa bibliografía, volvió Ortego a mencionarlos ni siquiera en su artículo *Valdecaballos, nueva estación de arte rupestre esquemático en el término municipal de Soria* (Ortego, 1965), en el que se ocupó de uno de ellos pudiéndose comprobarse entonces que de los tres dibujos publicados en 1961 dos pertenecían a este abrigo.

En sistemáticas prospecciones efectuadas en noviembre de 1988 «redescubrimos» el Abrigo II del Barranco de Valdecaballos, cuyas figuras corresponden con las publicadas por el investigador soriano sin comentario alguno (Ortego, 1961, fig. 2). Así pues, dado su efímero y escaso paso por la bibliografía científica bien podemos considerarlo como inédito (Fig. 6).

En concreto el Abrigo II del Barranco de Valdecaballos ocupa el frente Este de un bloque desgajado y de amplia inclinación cuyas coordenadas geográficas son 41° 48' 25" Latitud Norte y 1° 09' 05" Longitud Este (Hoja 349 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., Madrid, 2.^a ed., 1955). El citado frente presenta una amplia

superficie regular que debió ser utilizada en toda su extensión como soporte de un amplio friso pintado del que sólo se conservan seis motivos ya que una gran cruz —de 80 cm. de longitud en su brazo horizontal y 15 cm. de anchura media— trazada en blanco con pintura industrial ocupa el centro del panel pintado dejando inscritos los motivos recuperados en los ángulos inferiores de la misma.

Los seis motivos del **Abrigo II de Valdecaballos** se dibujan a una altura de 1,30 m. sobre el nivel del suelo y se pueden concretar en la representación de dos cuadrúpedos seminaturalistas, un tercero del que no quedan más que breves motas de pintura, una mancha alargada de 4 cm. de longitud y de extremos más gruesos y vueltos a la derecha y dos antropomorfos de 6 y 5 cm. de altura respectivamente, insexuados, cabezas cubiertas con peinado, tocado o adorno, enlazados por sus delgados brazos y, en el caso de la figura mayor, gruesas y fuertes piernas anatómicamente muy marcadas. Todas las figuras son de color rojo aunque algo más desvaídas las animalísticas por estar más expuestas a las acciones atmosféricas.

Las pinturas esquemáticas del **Abrigo II del Barranco de Valdecaballos** están directamente relacionadas con los motivos de los seis grupos del **Abrigo I** de este paraje (Ortego, 1965, págs. 207-216; Gómez-Barrera, 1982, págs. 126-135) situado a escasos metros del que nos ocupa. Característico de las figuras humanas del **Abrigo II** (Gómez-Barrera, 1989, págs. 3-10) es la presencia de adornos personales sobre sus cabezas; en todo el conjunto esquemático soriano tan sólo localizamos una decena de motivos antropomorfos con semejantes atributos de los que seis pertenecen a los dos abrigos del Barranco de Valdecaballos. Otro hecho relacionable entre ambos abrigos viene dado por la representación en parejas de sus figuras humanas. Y sólo la ausencia de cuadrúpedos en el **Abrigo I** establece la diferencia temática —y tal vez interpretativa y de significado— en los dos conjuntos conocidos de esta zona.

II.1.5. Restos pictóricos en Los Isaces

El 2 de diciembre pasado, en prospección sistemática por el Barranco de Valdecaballos y el paraje de Los Isaces localizamos, en este último, dos abrigos más con presencia en ellos de restos pictóricos. Situados a 450 m. de la Casa del Guarda, entre las cotas 1.050 y 1.075 del Monte Valonsadero, dominan el uno la vaguada de la Cuerda del Torilejo y el otro un amplio valle en torno al río Pedrajas.

El primero, en proximidad a la carretera que se adentra en el monte, aparece frente a la **Cuerda del Torilejo**, en un irregular abrigo de pequeño tamaño y orientado al Este; aproximadamente a un metro del suelo se dibuja una breve hornacina oval de escaso fondo —apenas 20 cm. de media— y unos 35 cm. de anchura, en la que pudimos apreciar una estructura circuliiforme en base a varios trazos curvos concéntricos. Su color rojo oscuro no se aprecia ya a simple vista.

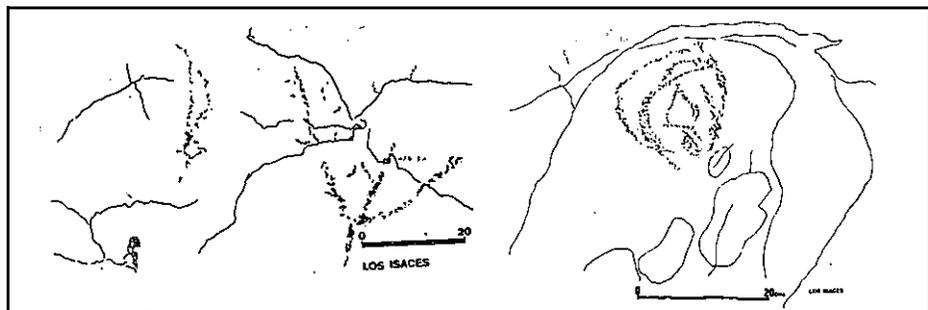


FIG. 7.— Restos pictóricos en los Abrigos I y II de «Los Isaces».

El segundo covacho lo hallamos a 70 m. al Norte del anterior y se reduce a un panel de 65x43 cm. donde se observan muestras de pintura. El abrigo se abre al Norte, a un amplio valle descendente en torno al curso del Río Pedrajas y ocupa uno de los muchos covachos que se dibujan al pie de una potente cuerda rocosa de fácil acceso por el Sur pero de corte vertical por el Norte. Suelo, pared y techumbre del covacho aparecen muy alterados por la erosión de la arenisca, con amplios y constantes desprendimientos lo que nos hace pensar en la pérdida irreparable ya de alguno de los motivos que conformarían en origen esta estación pictórica. Lo poco que queda se nos muestra en una superficie agrietada y esfoliada y mucho nos tememos que termine también por desprenderse.

De los tres motivos que ofrece este segundo panel dos se reducen a trazos lineales en color rojo anaranjado mientras que el tercero, a la izquierda, presenta un color ocre oscuro y una composición geométrica de 6 cm. que nos recuerda los motivos núms. 1 y 2 del Grupo XII de La Peña los Plantíos interpretados como ídolos placa.

II.2. NUEVOS MOTIVOS Y CALCOS DE ABRIGOS YA CONOCIDOS

Cuando iniciamos los estudios de la pintura rupestre esquemática de la provincia de Soria nos encontramos con una densa información recogida en los diferentes artículos de Ortego. Observamos entonces, sin embargo, como de muchos de los abrigos descubiertos apenas ofrecía documentación gráfica o no recogía toda la documentación gráfica necesaria. Nuestra intención fue realizar copias de todos y cada uno de los motivos que componían este rico grupo esquemático pero no contábamos con la situación de conservación de los abrigos que a la larga nos impedirían completar nuestro objetivo. Vimos como del Risco del Portón de la Cañada no se pudo obtener copias por la acción de las hogueras que constantemente se realizaban a sus pies y habían ennegrecido su superficie pintada; no captamos restos del panel pictórico del Peñón de la Visera por motivos

similares y pasaron desapercibidos las figuras diluídas de Los Peñascales I. Ahora, diez años después, tras una metódica observación, el cese de las hogueras impedidas por el vallado y el «lavado» natural de los soportes podemos ofrecer esos motivos que completan la visión hasta el momento de estas estaciones pictóricas. Es posible que esta labor tenga que ser continuada en otros abrigos —La Cuerda del Torilejo es un ejemplo— donde las verjas metálicas no sólo están protegiendo las pinturas sino que, con su acción, las están reavivando.

II.2.1. Risco del Portón de la Cañada

Pese a tratarse de una de las quince primeras estaciones descubiertas en el Monte Valonsadero (Ortego, 1951, pág. 301 y 1952, pág. 4) y haber sido sometida a revisión por su propio descubridor en fechas más recientes (Ortego, 1979, págs. 4-9) permanece hasta el presente inédita ya que no se conoce material gráfico de sus esquemas.

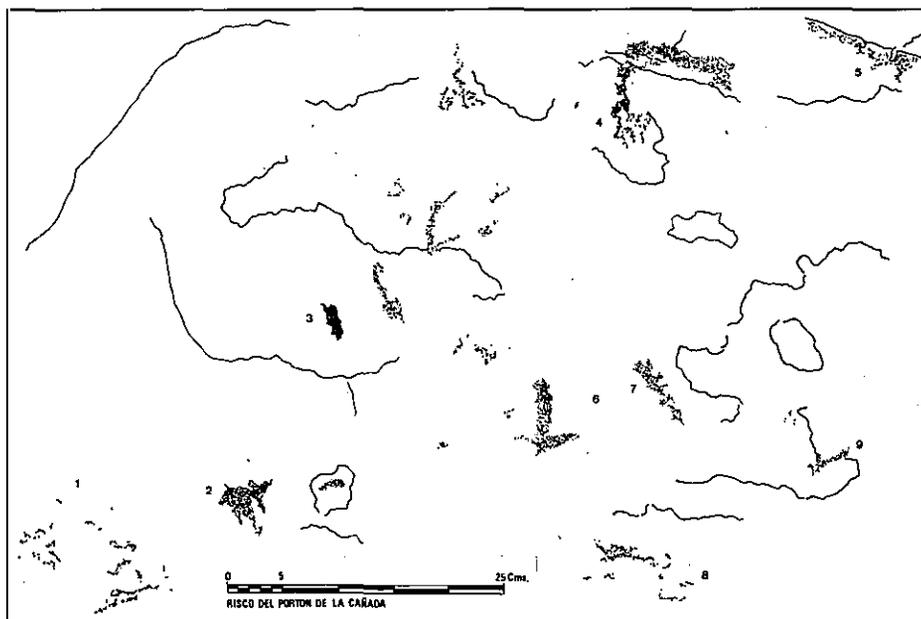


FIG. 8.— Pinturas inéditas del «Risco del Portón de la Cañada».

En 1979 conformaba Ortego la existencia entre sus motivos de dos figuras humanas, un volátil y un cuadrúpedo que «completarían en origen una escena descriptiva campera» pero omitía su reproducción «por la dudosa y escasa información que estos vestigios pictóricos contienen». (Ortego, 1979, pág. 8).

En 1980, al emprender el estudio de toda la pintura rupestre esquemática soriana hasta entonces conocida, pudimos comprobar como a la ya denunciada por Ortego disgregación de la arenisca había que añadir la acción ennegrecedora de las constantes hogueras que, posiblemente desde antes de su conocimiento como estación pictórica, venían realizándose al pie del abrigo ocultando en gran medida los supuestos motivos allí pintados. Sin embargo, la fortuna ha querido que en los últimos años la actuación antrópica sobre el yacimiento haya disminuído considerablemente hasta el punto que la superficie de techumbre del covacho ha adquirido nuevamente su color natural lo que nos ha permitido copiar sus pinturas tal y como las debió contemplar en 1951 Ortego.

Situado a 41° 49' 52" de Latitud Norte y 1° 08' 20" Longitud Este de Madrid (Hoja 394 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., Madrid, 2.ª ed., 1954) el Risco del Portón de la Cañada viene dado por una oquedad natural, de 3,70 m. de profundidad y 1,10 m. de altura en la boca, formada por el asiento irregular de un estrato de arenisca sobre otro de base, aprovechándose la cara de aquél (techumbre del covacho) para estampar un panel de 75x50 cm. y en el que apreciamos nueve motivos en color rojo (Fig. 8).

Ninguno de los esquemas recuperados facilita el reconocimiento, en base a modelos cognoscibles, de una figuración determinada y más bien parece tratarse, en los nueve casos, de restos pictóricos de posibles figuras otrora existentes. En absoluto son identificables los antropomorfos, volátil y cuadrúpedo que citara Ortego y tampoco pueden, en su estado actual, asociarse a ellos.

De cualquier modo el calco que presentamos nos parece útil por cuanto se ha de tender; en el estudio del arte rupestre prehistórico, a la constatación de todos y cada uno de los restos pictóricos que se nos ha legado independientemente de su mayor o menor calidad, belleza o información por ellos aportable.

II.2.2 Los Peñascales I

Tanto Ortego (1978, pág. 17) como nosotros (Gómez-Barrera, 1982, pág. 106) habíamos advertido la presencia de otros motivos o, al menos, restos de pintura rojiza desvaída acompañando a la esbelta figura antropomórfica (de 19 cm. de altura e intenso color rojo) que ocupa el centro del panel I de **Los Peñascales**. En un primer momento su descubridor tan sólo anotó la presencia de esta figuración humana (Ortego, 1951, pág. 299) mas en una revisión posterior describió un motivo en barra, dos figuras humanas y dos bandas arqueadas de izquierda a derecha, trazado paralelo y toques yuxtapuestos de pintura rojiza poco intensa (Ortego, 1978 pág. 17). En ninguno de los dos casos presentaba calco alguno.

Nuestro estudio llevó consigo la publicación por primera vez de la representación gráfica del antropomorfo central y de una segunda figura humana que, muy desvaída y apenas perceptible a simple vista, se dibujaba a 50 cm. a la derecha presentando una altura de 10 cm. y similar trazado aunque, bajo el brazo diestro, se adornaba con un apéndice curvo. Quedaba constancia, asimismo, de la existencia de otros restos medio perdidos que denunciaban lo que puede haber sido un gran panel pintado (Gómez-Barrera, 1982, págs. 106-108, nota 63, fig. 36).

Visitas más recientes, y en épocas distintas del año, nos han permitido observar los motivos citados por Ortego en 1978 y otros nuevos levantando acta, mediante nuevo calco, de su existencia (Fig. 9). Se advierte, efectivamente, un motivo barra vertical de 10 cm. a 60 cm. a la izquierda del varón central y otro más, de 4 cm., entre ambos. Debajo, entre las barras, levemente se adivina el trazado lineal de un antropomorfo de 22 cm. de altura mientras que, a la derecha, los restos punteados que aparecen debajo del antropomorfo de mano bífida nada nos dicen. Arriba, protegidos por la visera de la oquedad, queda suave insinuación de dos bandas arqueadas y paralelas de 13 y 17 cm. de longitud. Y todavía más: a la izquierda de las barras se aprecia claramente una figura lineal de varón de 13 cm. de altura y tono rojizo-anaranjado y otra romboidal, radiada en su interior, provista de apéndice lineal descendente y en color negro; estos dos motivos nos ofrecen muchas dudas en cuanto a su autenticidad, de manera especial el segundo por cuanto no encontramos en toda la Altimeseta Soriana ningún motivo pintado en negro, pero creemos necesario su constatación en favor de un mejor conocimiento de nuestro patrimonio artístico.

Los Peñascales I así diseñado puede ofrecer datos de interés en lo que se refiere a la diferenciación de autores de la pintura rupestre esquemática o, al menos, a sus distintas etapas pictóricas determinadas aquí por la intensidad de color y el trazado de las figuras.

II.2.3. Peñón de la Visera

Conocido desde 1951 es uno de los abrigos de mayor interés dentro del conjunto esquemático de Valonsadero por la presencia en él, entre otros motivos, de una figura femenina de gran tamaño —27,5 cm— provista de un alargado instrumento agrícola.

Se localiza en el inicio de la Cañada del Nido del Cuervo, frente al Covachón del Puntal, La Lastra, Camino a la Lastra, y El Mirador y próximo también a Las Covatillas y el Covacho del Morro, en Cañada Honda, constituyéndose en epicentro de la dispersión del principal foco esquemático de Valonsadero. Morfológicamente viene dado por un núcleo rocoso aislado formado por bloques desgajados que al desprenderse han constituido un recinto cuadrangular abierto por el Sur y fácilmente utilizable como refugio, lo que sin duda determinó su estado de conservación.

El panel pintado ocupó en origen una superficie rectangular de 190x160 cm. de la pared Oeste del covacho pero sucesivos desgajamientos de la superficie-soporte terminó por reducirlo al extremo superior izquierdo donde, en una extensión de 70x40 cm., aparece una docena de motivos componentes de una escena venatoria-agrícola. Estos fueron los motivos recogidos por Ortego en 1951 (pág. 294, lám. V: 2), si bien en el mismo trabajo denunciaba la existencia de otros restos pictóricos semiperdidos por los desprendimientos del lienzo rocoso.

Cuando en 1980 realizamos nuevas copias para nuestro trabajo de síntesis (Gómez-Barrera, 1982, págs. 96-99, Fig. 33) además de observar un nuevo

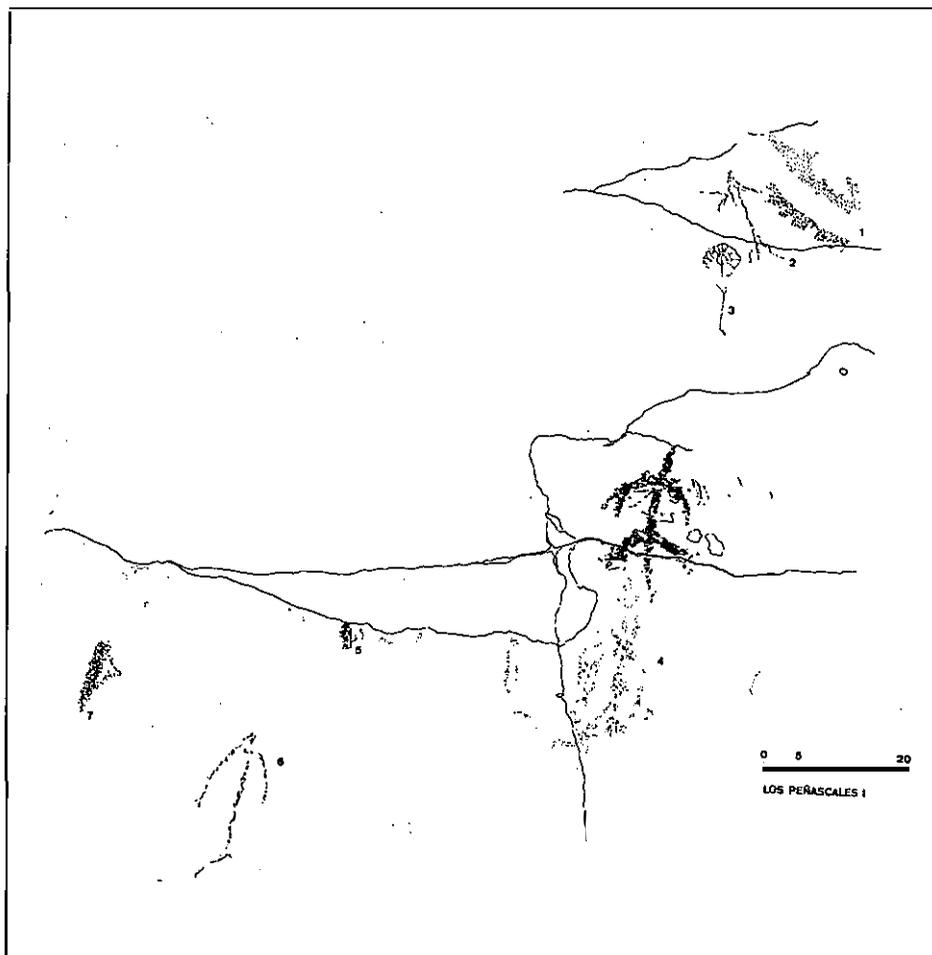


FIG. 9.— Nuevos motivos en «Los Peñascales I».

desprendimiento que había afectado a dos figuras de las publicadas por Ortego, tuvimos que enfrentarnos con una superficie altamente ennegrecida por las constantes hogueras que, en aquel apropiado recinto, venían sucediéndose tal vez desde antes del descubrimiento de Ortego. Vimos restos pictóricos, pero en absoluto los motivos que ahora presentamos. Y aquí hay que reflexionar sobre el papel protector que ante los abrigos de Valonsadero han desempeñado las verjas metálicas instaladas, en varias fases, desde abril de 1982.

En el Peñón de la Visera cesaron las hogueras a partir de esa fecha actuando inmediatamente la erosión natural que en este caso —y en otros como en Covachón del Puntal, Ris co del Portón de la Cañada, Cuerda del Torilejo— han lavado beneficiosamente la superficie pintada, revitalizando el color de aquellos motivos

aún conservados. De este modo se recuperaron dos fragmentos más del gran panel que debió ser en origen el Peñón de la Visera. Arriba, a la derecha y a 170 cm. del suelo actual, advertimos una serie de esquemas de color rojo muy desvaído, continuación de los ya conocidos; apreciamos barras —tal vez restos de figuras, incompletas por la rotura—, un posible antropomorfo central con brazos y piernas abiertos en ángulo recto y una figura de carácter circular formada por varios trazos curvos. Debajo, a 89 cm. del suelo, en una superficie triangular de la capa superior del soporte, queda en color rojo intenso el trazado de dos circunferencias tangentes de 13 y 18 cm. de diámetro respectivamente, carentes de la parte superior por desprendimiento o esfoliación del soporte; a ambos lados de la figura quedan huellas de pintura al igual que en el resto del abrigo (Fig. 10).

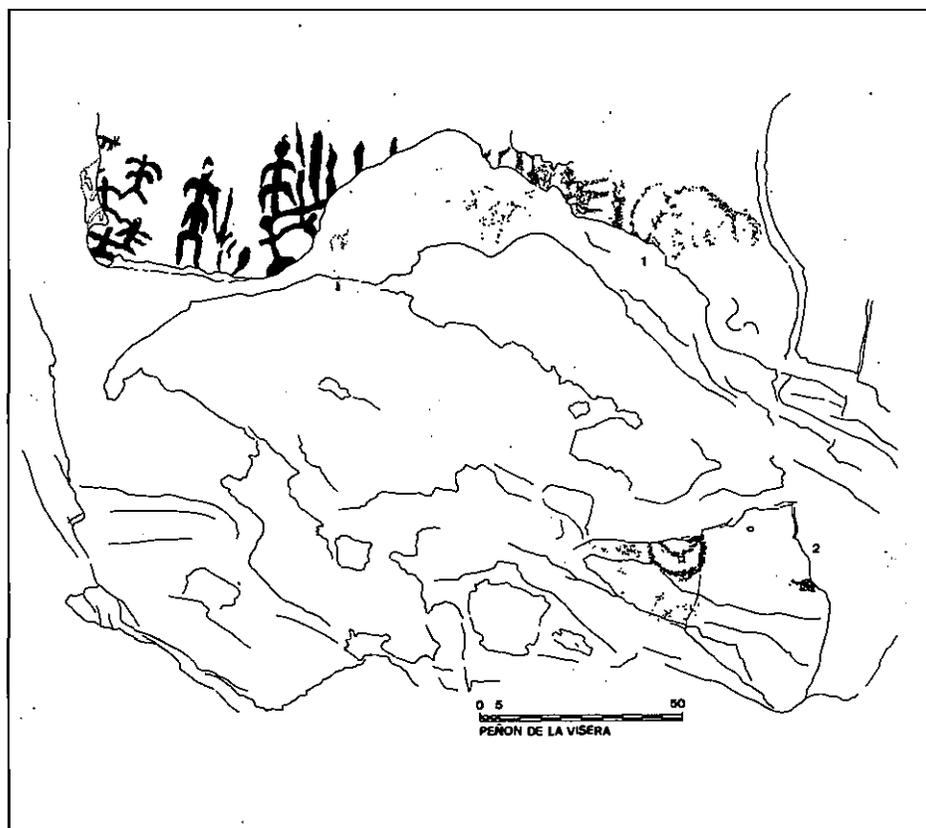


FIG. 10.— «Peñón de la Visera» y sus pinturas rupestres.

Estos nuevos motivos poco aportan a la problemática general del arte esquemático pero, desde luego, ayudarán a tener una idea más correcta de lo que pudo o debió ser el panel pintado del Peñón de la Visera.

II.3. REVISIÓN DE LOS ÚLTIMOS TRABAJOS DE T. ORTEGO

Los trabajos publicados por Ortego sobre pintura rupestre esquemática desde la celebración de I Symposium de Arqueología Soriana hasta la fecha de su muerte se concretan en dos artículos aparecidos en «*Celtiberia*» (1983) y en el «*Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*» (1987); el primero de ellos, referido a las estaciones de la cuenca de río Pedrajas, sería nuevamente publicado un año más tarde en el órgano de expresión de la citada asociación (1984).

En ambos trabajos se ocupaba de las pinturas del **Abrigo Oeste del Peñón de la Sendilla**, del **Abrigo de las Marmitas** y del más conocido y analizado **Covachón del Puntal**. Si bien este último conjunto había merecido amplias referencias bibliográficas (Ortego, 1951: 283-286, Lám. II: 1, 2 y 3; Gómez-Barrera, 1982: 58-64, Figs. 13-16 y Jimeno Martínez y Gómez-Barrera, 1983: 195-202) centraba nuevamente la atención del investigador soriano quien, continuando en su línea de revisión de todos sus descubrimientos a través de las páginas del boletín de la A.E.A.A., aportará —por vez primera tras treinta y seis años— calcos de motivos que no apreciamos en 1979 por la acción del fuego y aparición de líquenes sobre el soporte pictórico del covacho. Las pinturas de la cara oeste del **Peñón de la Sendilla** —o del **Abrigo del Tubo**— habían sido citadas varias veces pero no copiadas (Ortego, 1974: 13; Gómez-Barrera, 1982: 56) cosa que no ocurrirá con el nuevo artículo de Ortego ofreciendo éste un primer calco. Por último, el **Abrigo de las Marmitas** se convertía, sin duda, en el broche final de Ortego al estudio del arte rupestre soriano.

Como venimos haciendo desde 1979 nos hemos acercado al estudio «*in situ*», de las últimas aportaciones del investigador homenajeado, confeccionando nuevas copias del **Abrigo Oeste del Peñón de la Sendilla** y del **Abrigo de las Marmitas**, con la modesta pretensión de completar en lo posible la, por otra parte, imprescindible visión de Ortego.

II.3.1. **Abrigo Oeste del Peñón de la Sendilla.**

Como su nombre indica ocupa una oquedad a poniente del **Abrigo del Tubo** o **Peñón de la Sendilla** localizado en **Los Altos**, paraje próximo a la Casa del Guarda de Valonsadero.

Fue dado a conocer por Martínez Terroba e Higes Rolando (1963: 112) y ampliamente estudiado, en su cara Este, por Ortego quien, además, lo rebautizó con el segundo de sus nombres (Ortego, 1974: 8-13). En artículo posterior, citado en la introducción a este apartado, el investigador soriano publicó la primera copia del abrigo que, de acuerdo con la nueva metodología para el levantamiento de representaciones gráficas de los diseños artísticos rupestres, nos parece incompleta. El calco de Ortego no recoge todos los motivos o restos de motivos existentes en el panel, distorsiona la distancia real de cada figuración en relación con las otras y elude reproducir los accidentes morfológicos del soporte —grietas,

lascados, esfoliaciones— así como la señalización de actuaciones antrópicas posteriores, elementos estos muy importantes por cuanto en absoluto se ha de pensar que grietas y lascados naturales fueran ajenos a la intención última del artista y también, y en un segundo lugar; porque ofrecen una visión exacta de la conservación del conjunto artístico.

El Peñón de la Sendilla o Abrigo del Tubo es uno de tantos bloques de arenisca urgoaptenses que de carácter irregular y más o menos alineados se desparrraman por la superficie del monte Valonsadero. La oquedad oval —horizontal y de amplia visera—, abierta a poniente, cobija un panel pintado de 165 cm. de longitud por 110 cm. de altura que se levanta a 80 cm. del suelo del praderío mostrando sus motivos trazados en color rojo, algunos de ellos muy diluidos o perdidos por *el «lavado»* pluvial de la roca y la acción potente del sol durante gran parte del día (Fig. 11).

En descripción breve, la relación de los motivos es como sigue:

1. Antropomorfo. Responde a un esquema de ramiforme de tipología simple. Mide 9,5 cm. de 1 cm. aproximado de grosos. Su color es rojo muy desvaído.

2. Mancha irregular de pintura de 10 por 5 cm.

3. A 16 cm. del antropomorfo-ramiforme se aprecia el trazado de un cuadrúpedo esquematizado de 22 cm. de longitud. Como es corriente en estos motivos aparece en visión lateral y viene dado por la representación del tronco y extremidades de tamaño irregular; las patas delanteras se prolongan hasta confundirse con un indeterminado motivo inferior que Ortego trazó en círculo oval, observación ésta que no podemos mantener con los restos existentes. El cuadrúpedo presenta un color rojo desvaído, siendo algo más intensa la coloración del motivo inferior tal vez por la diferente actuación sobre ellos de la erosión.

4. Desde la cruz y las ancas del animal surgen en vertical trazos moteados de pintura que se prolongan unos 40 cm. Ortego quiso ver en ellos, asociados al cuadrúpedo, la representación del *«toro jubilar de fuego, dispuesto con haces de leña para ser corrido de noche por las cañadas como luminaria espectral en las algarabías solsticiales de la tribu»* (Ortego, 1984: 5). Es indudable la escasez de datos para tal interpretación. Entre el cuadrúpedo y las motas de pintura se aprecia la silueta alargada de una figura de 4,5 cm. de longitud, de coloración rojiza más intensa y de cuyo extremo superior, en tonalidad más desvaída, arrancan dos apéndices en V al modo de antenas; el motivo así representado podría tratarse de un insecto.

5. A la derecha, a 16 cm., nuevo cuadrúpedo esquematizado de 16,5 cm. de longitud, visto de perfil y en supuesta marcha hacia la izquierda. Es una de las figuras no recogidas por Ortego.

6. Antropomorfo de 25 cm. de altura que centra la composición del panel y rompe con el esquema habitual de los existentes en el conjunto esquemático del Monte Valonsadero, aunque podría paralelizar con otro figura humana, de similar tamaño y trazado compacto, dibujada en la cara Este del mismo peñón. Se aprecia ancho cuerpo, inicio desde el hombro de fuerte brazo izquierdo, cuello, brazo derecho en jarras y extremidades inferiores abiertas y prolongadas con

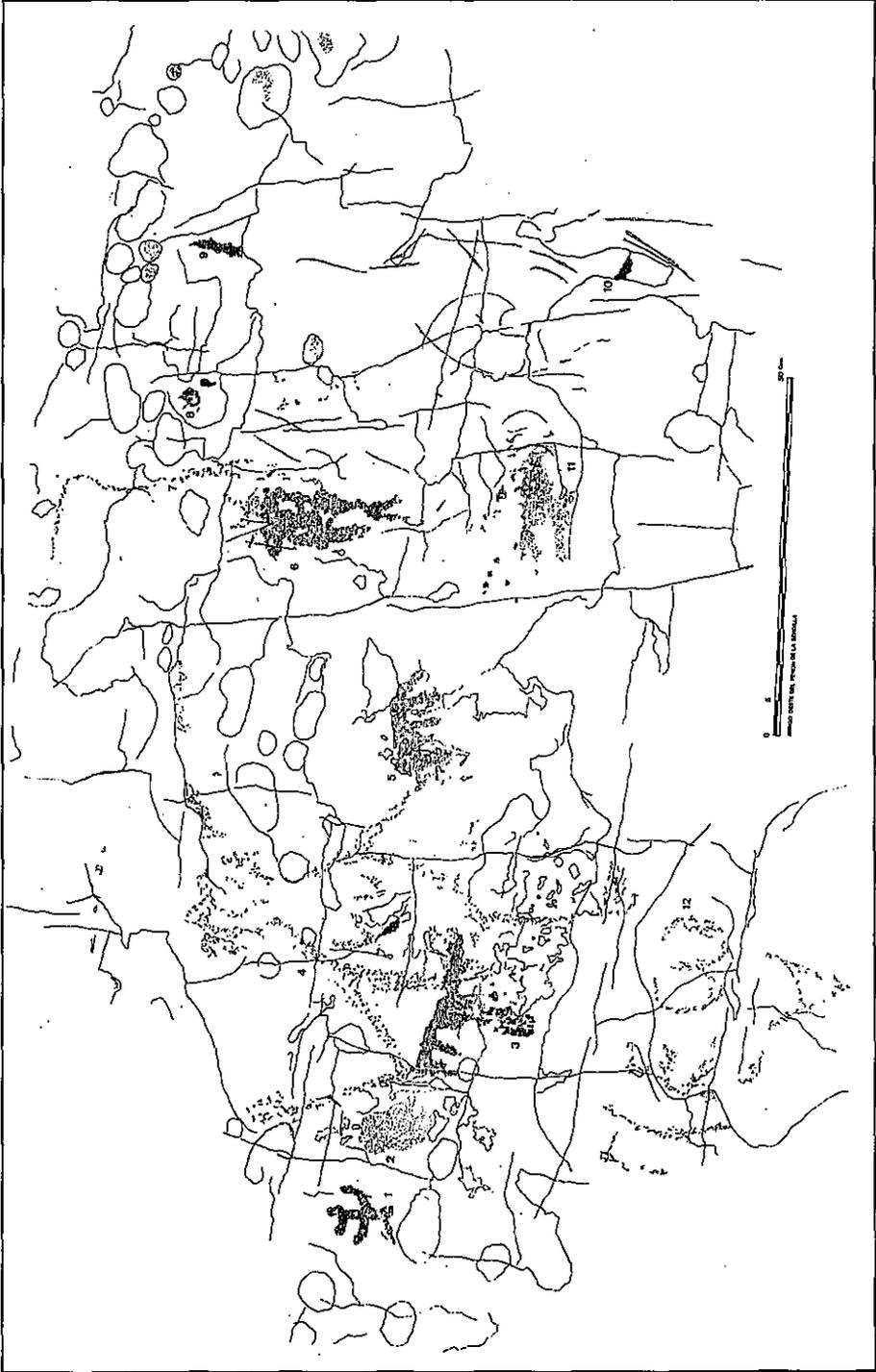


FIG. 11.— Abrio Oeste del Peñón de la Sencilla.

cierta forma apuntada y repasado color rojo. La cabeza se alarga, también, en trazado apuntado al que, en actuación posterior, se le superponen marcas punteadas de pintura como si de un sombrero se tratase.

7. A la derecha, a la altura de la cabeza del antropomorfo, arrancan dos líneas punteadas y convergentes a los 5 cm. de altura para continuar en una sola alineación por espacio de 20 cm. más hasta interrumpir la dirección vertical y curvarse hacia la izquierda otros 10 cm. Para Ortego se trataría de una senda marcada por huellas de animales.

8. Figura semicircular y trazo breve apuntado.

9. Más a la derecha, barra de 8 cm. posible resto de una figuración perdida por el lascado de la roca.

10. En la misma vertical, 50 cm. más abajo, barra oblicua de pintura de 5 cm.

11. Volviendo hacia la izquierda del panel, justo debajo del antropomordo central, queda una mancha informe de pintura desvaída y una agrupación de puntos en alineación apuntada.

12. Debajo del cuadrúpedo, finalmente, se distribuyen restos y manchas de pintura indefinibles.

En todo el panel del **Abrigo Oeste del Peñón de la Sendilla** se observan incisiones modernas y un soporte altamente agrietado y lascado que debieron ocasionar la pérdida de motivos complementarios a los descritos.

II.3.2. Abrigo de las Marmitas

Situado a 41° 49' 51" Latitud Norte y 1° 07' 55" Longitud Este de Madrid (Hoja 349 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., 2.ª ed. Madrid, 1955), a unos 70 m. escasos del **Abrigo del Tubo o Peñón de la Sendilla** y en el mismo murallón rocoso en cuyo extremo Este localizamos el **Abrigo del Pozo** (Martínez Terroba e Higes Rolando, 1963: 109; Gómez-Barrera, 1980: 79), el **Abrigo de las Marmitas** resultó desconocido hasta la publicación de Ortego (1984: 6). Sus pinturas, en muy mal estado de conservación, ocupan los frentes de pequeñas oquedades erosivas que se suceden en altura, y escalonadamente, en el corte noroeste del farallón del Puntal y vienen dadas por una serie de esquemas en tonalidades rojizas más o menos afectadas por la erosión. Se concretan en ocho grupos y medio centenar de motivos, muchos de ellos meros restos indescifrables de figuras perdidas o esquemas de difícil interpretación. En la Fig. 12 ofrecemos un nuevo calco cuya función básica es ofrecer el conjunto unitario de las muestras pictóricas de este abrigo.

Sin desechar la descripción de Ortego, antes al contrario teniéndola presente, podemos describir estos grupos pintados del modo siguiente:

1. En la parte superior del abrigo, a 260 cm. del suelo, aparece el primer conjunto que ocupa una oquedad oval de 21 cm. de anchura por 14 de altura y 5 cm. de profundidad media. Sus pinturas quedan reducidas a simples manchas

informes de color anaranjado en la base de la oquedad. Entre estas manchas quería ver Ortego una figura arborescente que en absoluto se aprecia en la actualidad.

2. Cinco cm. debajo de la anterior oquedad se abre la de mayor tamaño e interés por su contenido. Mide 106 cm. de longitud por 40 de anchura y una profundidad media de 24 cm. del suelo. Presenta toda una serie de motivos en barras de color rojo oscuro en claro contraste con los motivos superiores e inferiores del abrigo, tal vez debido a la mayor protección que la mayor profundidad de la oquedad ha ofrecido a sus motivos. Tanto a izquierda como a derecha se aprecian algunos esquemas más de los observados por Ortego y así tenemos una mancha informe de pintura, figura triangular de extremo aguzado y 12 cm. de longitud y, después, sucesión de 15 barras que tras iniciar la serie horizontalmente van incorporándose a la verticalidad a medida que se acercan al extremo opuesto donde la concavidad de la hornacina las inclinará a la izquierda; aquí el trazado es más complejo, las barras son de mayor tamaño curvándose las dos últimas y alargándose hacia arriba y después curvarse la tercera por la derecha. Ortego apuntó cierto carácter antropomórfico en alguna de ellas que no debemos ignorar.

3. Continuando el descenso escalonado surge otra oquedad de 51x22 cm., situada a 194 cm. del suelo. Los motivos quedan en coloración rojiza muy desvaída. Ortego apreció dos motivos en barras encerrando un punto y una figura humana carente de brazos pero con tronco axial, extremidades inferiores arqueadas y cabeza cubierta con sombrero o tocado (Ortego, 1984: 7). Nuestro calco refleja restos de pintura y la parte superior de la figura humana descrita.

4. Una nueva oquedad, abierta entre la superposición de estratos de la roca, a 164 cm. del suelo y en una superficie de 66x58 cm. alberga una veintena de trazos de pintura irregulares que, con excepción de los signos de la izquierda, no parecen responder a figuraciones perdidas y sí a una sucesión de barras sobre la línea de base. El tono de color es rojo-anaranjado similar al existente en las marmitas 1 y 3.

5. A la derecha, a 12 cm., la grieta horizontal del farallón ocasiona una nueva oquedad de tan sólo 22 cm. de longitud por 20 cm. de anchura media; se sitúa a 137 cm. del suelo y presenta cuatro figuras: dos círculos de 1 y 1,3 cm. de diámetro rellenos de pintura y unidos por arco inferior de 0,8 cm. de longitud, una barra de 8 cm. con circular cabeza y apuntada extremidad inferior; nuevo punto circuliiforme y, finalmente, otra barra de características similares a la anterior —claramente antropomórfica— aunque de tan sólo 5 cm.

6. La grieta horizontal continúa hacia la derecha formando una nueva oquedad (de 35x18 cm.) a los 63 cm. del grupo anterior; hasta ella descende una colada vertical cuya pulida superficie será utilizada como soporte pictórico junto con la citada marmita. Aquí, a 144 cm. del suelo, se aprecia el sexto conjunto con el desarrollo de un primer motivo a 36 cm. de la oquedad; se trata de una figura humana de 7 cm. de altura y ejecutada al modo usual en el arte esquemático acompañada de restos pictóricos muy desvaídos. En la oquedad, y en coloración débil aunque más intensa que la de aquellas, se dejan ver una barra en ángulo de 11 cm. y cinco trazos breves alineados de 2-3 cm.

7. A 50 cm. del grupo 6 y 90 cm. del suelo, en una superficie plana del abrigo, quedan restos de pintura a lo largo de 25 cm. totalmente indescifrable.

8. Finalmente, en otra breve hornacina oval vertical de 21x31 cm., situada a 80 cm. del suelo, apreciamos un circuliiforme en color rojo-vinoso de 5,5 cm. en vertical y barra antropomórfica de 7,6 cm.

La calidad y conservación de los motivos reseñados no invalida el interés de esta estación pictórica que se veía acompañada de otra —de la que sólo queda una figura humana tipo salamandra— en el murallón frontal que cierra la vaguada por el sur (Ortego, 1984: 10: Fig. 11).

II.3.3. Covachón del Puntal

En diciembre de 1987 aparecía, en las páginas del Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, el último artículo sobre arte esquemático de T. Ortego en el que, como ya se indicó, volvía a ocuparse del Covachón del Puntal. Este abrigo había sido presentado en su primer trabajo sobre el tema (Ortego, 1951: 283- 286, Lám. II: 1, 2 y 3) donde se nos ofrecía amplia descripción y la reproducción de dos de sus figuras —Grupos «D» y «G»—. Treinta años más tarde llamaría nuestra atención y dimos a conocer los calcos de los paneles restantes con la única excepción del conjunto «E», por aquellas fechas cubierto por amplias vetas de hollín y musgos rojizos que lo hacían indescrutable e imposible de calcar (Gómez-Barrera, 1982: 58-64, Fig. 13-16; Jimeno Martínez y Gómez-Barrera, 1983: 195-202).

Siempre hemos supuesto que Ortego realizó calcos de todos los conjuntos pictóricos de Valonsadero de forma inmediata a los descubrimientos cuando, tal vez, su estado de conservación no era tan lamentable como en la actualidad. Y así debió ocurrir con el Covachón del Puntal a juzgar por las láminas que ilustran su último artículo. En él se nos reproducen todas las representaciones de los paneles que componen esta estación artística incluido el Grupo «E», de acuerdo con su peculiar método de calco sobrepuesto a fotografía directa del soporte y con cierto agrupamiento irreal de los temas (Ortego, 1987: 34-39, 9 Figs.).

En otro lugar catalogamos la obra de Ortego como imprescindible (Gómez-Barrera, 1988: 70) tanto por la aportación de sus descubrimientos como por el estudio de los mismos, convirtiéndose en fuente única para el conocimiento de algunos grupos artísticos sorianos. Es el caso del Covachón del Puntal y más exactamente del Grupo «E» de este abrigo al que, por el momento, la situación de conservación que presenta impide su observación *«in situ»*. Es posible que con el paso del tiempo —y como ha ocurrido en Peñon de la Visera, Cuerda del Torilejo, Peñascales I— la propia erosión limpie de hollín y musgos el abrigo y podamos reproducirlo con técnicas más precisas, pero por ahora conoceremos el desarrollo artístico de este panel exclusivamente a través del buen hacer de este investigador soriano.

El conjunto aludido viene dado por *«una agrupación de líneas ondulantes con cierto paralelismo, pendientes de una marginal superior, en cuya mitad crece*

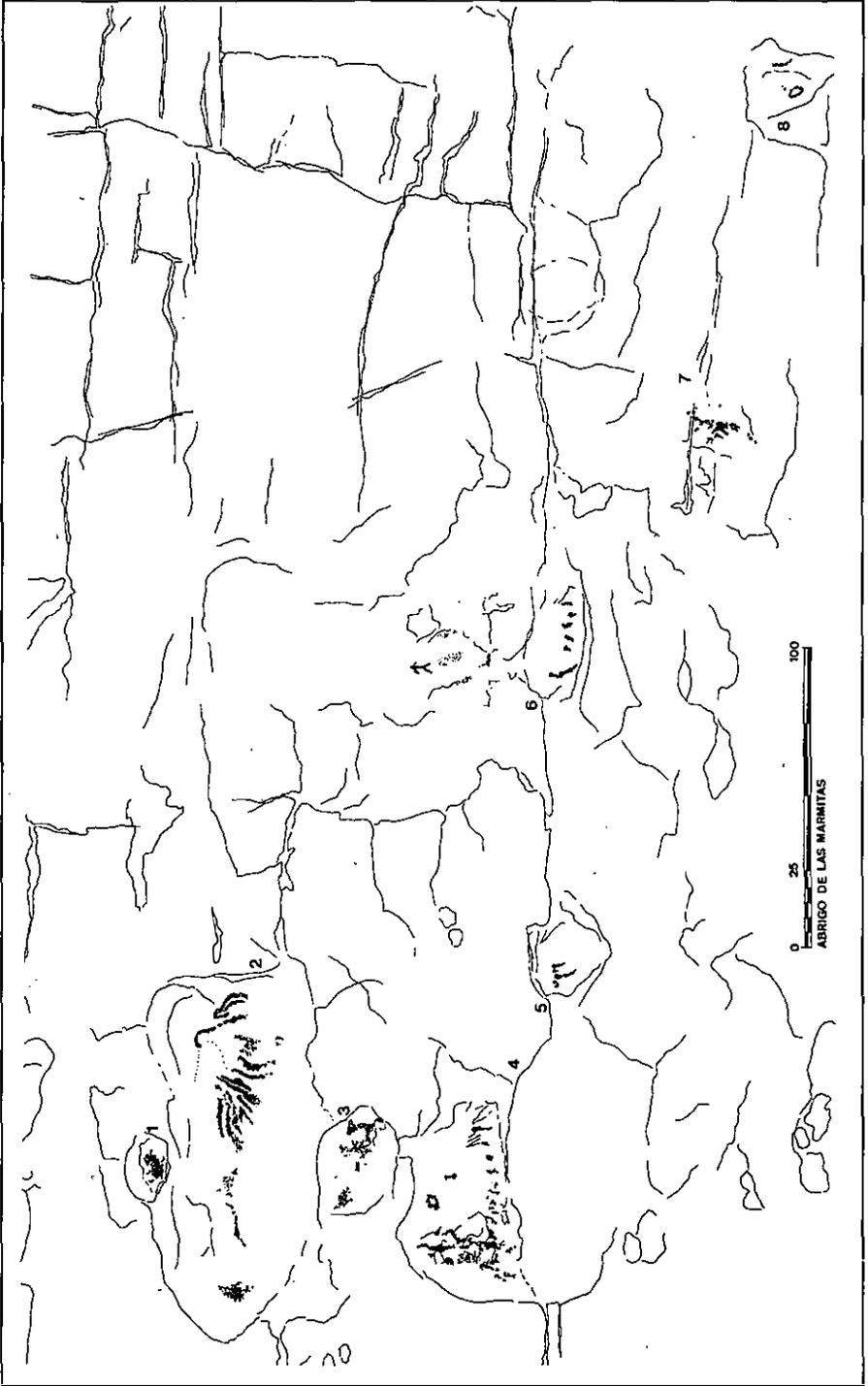


FIG. 12.— Desarrollo de los distintos grupos del «Abrigo de las Marmitas».

una apretada curva manteniendo luego su posición inicial. Dos soles aparecen sobre la línea marginal de las aguas, uno a cada lado del saliente curvado. Un tercer sol ha recorrido su órbita aparente y salta al lado opuesto... Más abajo, a la izquierda, se simplifica el tema anterior: pendiente de una línea horizontal, caen doce quebradas en zig-zag de cinco trazos bien destacados, en regular paralelismo» (Ortego, 1987: 37). Escena compleja que si bien identificó en 1951 como «expresión gráfica de un campo labrado» definió después como «curso fluvial», tal vez bajo la influencia de H. Kühn (1957: 117).

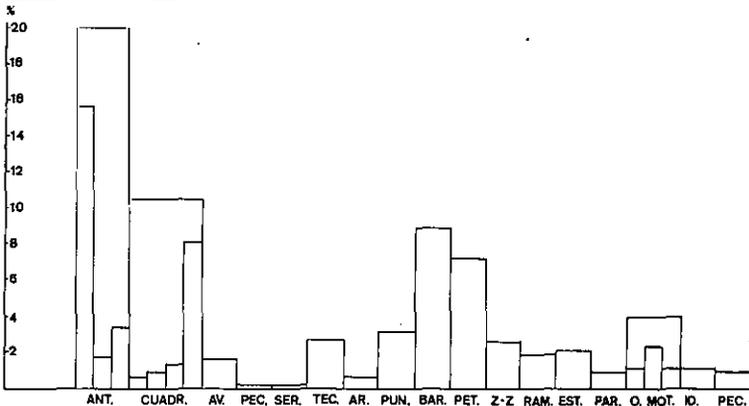
II.3. COMENTARIO Y VALORACION

En Abril de 1982, ocho meses antes de la celebración de la primera edición de este symposium, se publicó nuestra Memoria de Licenciatura que bajo el título de La pintura rupestre esquemática en la altimeseta soriana pretendía ordenar y poner al día los trabajos que sobre estas manifestaciones artísticas se venían realizando desde el mismo momento de su descubrimiento. Aquel estudio reunió en amplio catálogo todos los abrigos pintados conocidos hasta entonces y sistematizó características, tipologías y paralelos. Desde aquella fecha hasta hoy mismo (octubre de 1989) al rico conjunto esquemático soriano concretado en los focos de Valonsadero, Pedrajas, Oteruelos y Ligos se le han añadido dos más, Fuentetoba o las estribaciones meridionales de Sierra Cabrejas y el Cañón del Río Lobos, donde años antes había localizado Ortego (1975) una figura humana aislada en el vestíbulo de la cueva La Galiana y ahora se confirmaba como foco esquemático con las pinturas de Cueva Conejos y los conocidos grabados de San Bartolomé.

La publicación por parte de Ortego de estaciones pictóricas por él conocidas desde las décadas cincuenta/sesenta (Abrigo de las Marmitas y Abrigo Oeste del Peñón de la Sendilla), la localización y calco de otras anunciadas pero no estudiadas (Abrigo II del Barranco de Valdecaballos y Risco del Portón de la Cañada) y, finalmente, los descubrimientos de Angel Coronado, J.J.: Fernández Moreno y nosotros mismos (La Peña los Plantíos, Cueva Conejos, Abrigos de Los Isaces y Abrigo y Covacho del Cubillejo) elevan la cifra de las estaciones con pintura rupestre esquemática en Soria a 39, once más de las estudiadas en 1982.

En esta ponencia hemos querido recoger estos nuevos datos así como los aportados por los nuevos calcos que sobre abrigos ya conocidos fue posible elaborar gracias a una mejoría en sus condiciones de visualización. Con el fin de una observación más completa se ha reelaborado el cuadro estadístico de la frecuencia y reiteración de los distintos motivos que aparecen en estos abrigos y así se han incorporado 224 figuras que suponen un 29,86% del total de los motivos catalogados que alcanzan los 750 cifra ésta a considerar por cuanto distintos motivos componentes de una única escena fueron contabilizados como una unidad. Del total de motivos resultaron reconocibles 501 (66,8%) mientras que el resto (249=32,2%) bien por su gran esquematización, su mal estado de conservación

PINTURA RUPESTRE ESQUEMATICA		FIGS. HUMANAS			CUADRUPEDOS				AVES	PECES	SERPENTIFORMES	TECTIFORMES	ARMAS	PUNTOS	BARRAS	PETROGLIFOS	ZAG ZAGS	RAMIFORMES	ESTELIFORMES	PAREJAS	OTROS MOTIVOS			IDOLOSO	PECTIFORMES	
		1	2	3	1	2	3	4													1	2	3			
VALONSADERO	PEÑON DEL CAMINO DE PEDRAJAS	2						4								1						1				
	A. DEL POZO	3	2	3			1		4	1						3			3							
	A. DEL TUBO	1	4								1				3											
	LAS COVATILLAS	1																								
	COVACHON DEL PUNTA	1	1				1					1		2					1				2			
	CAMINO A LA LASTRA	1					1									3	1									
	LA LASTRA	7					2								1											
	EL MIRADOR	4	1				15	2			3				1	4	4	4	3	1	1		1		1	
	UMBRIA DEL COLLADILLO		1								1				1	12									4	
	PEÑON DE LA SOLANA	2																				1	1			
	PEÑA SOMERA		1				1	9											2							
	PEÑON DE LA VISERA		3				1								2			3								
	COVACHO DEL MORRO	4		1	1		1						4		1	17	10							2		
	PEÑON DEL MAJUELO	3					7				1								2					1		
	LOS PEÑASCALES (I,II,III)	29					1							1												
	EL TOLMO DE MORELLAN														6	7										
	RISCO DEL PORTON																									
	MURALLON DEL PUNTA							1			1															
	LA TRONERA	2	1				1													1				1		
	LA PEÑOTA														2	2									1	
	EL PASADIZO	2													1											
	LA ASOMADILLA	1											1			7										
	A. I DEL B. DE VALDECABALLOS	4	1											1	1						1	1	2			
	A. II DEL B. DE VALDECABALLOS			2																			2			
	LA CUERGA DEL TORILLEJO	1	1			4	1	3	1		2	1	1	1									1			
	A. DEL CUBILLEJO	1	1								3	1	3										1			
	COVACHO DEL CUBILLEJO	1									2	1	6	2	1								1			
	A. W. DEL P. DE LA SENDILLA	1					2						2	1	1								2			
	A. DE LAS MARMITAS	2											3	7	1								1			
	LOS ISACES (I,II)															1							2	1		
PEDRAJAS	EL PRADO DE S. MARIA	7	2		1				1	1				2	1	1	1	1	1	1	1	1	2			
OTERUELOS	C. LARGA														3								1			
	C. GRANDE	9	1	1			5							1	2	1				2						
LIGOS	A. DEL ESTE	3	1												1										1	
	A. DEL OESTE	1	2					1							1			1	1	1	1	1	1			
UCERO	C. CONEJOS														2											
	C. LA GALIANA	1																								
FUENTETOBA	LA PEÑA LOS PLANTIOS	20	5	5			3	13			3	1	4	7	4	3	3	2				2	3	1		
TOTAL	750	110	13	26	4	5	8	61	9	1	19	6	21	69	52	18	13	15	6	8	15	8	8	5		
		%	15	18	35	06	07	11	82	12	01	07	28	09	3	9	7	24	18	2	08	11	2	11	11	07



Cuadro estadístico de los diversos motivos que aparecen en las pinturas rupestres esquemáticas de la Altimeseta Soriana y su frecuencia y reiteración (Figura Humana: 1. Naturalistas, seminaturalistas y esquemáticas; 2. Figuras Humanas en «phi» griega y 3. Tipos golondrina, en «T», en cruz, en doble «Y» y en ancoriforme. Cuadrúpedor: 1. Naturalistas; 2. Seminaturalistas; 3. Semiesquemáticos y 4. Esquemáticos. Otros motivos: 1. Figuras humanas con adornos personales, 2. Motivos extraños y 3. Motivos con características etnológicas notables).

o nuestra incapacidad intelectual para describirlos acertadamente e incorporarlos al grupo correspondiente se vieron fuera de la clasificación tipológica y, por tanto, fuera de un análisis interpretativo y valorativo. No creemos necesario proseguir el comentario en torno al cuadro estadístico por considerarlo coincidente con lo escrito tanto para el conjunto (Gómez-Barrera, 1982: 189) como para el caso concreto de La Peña los Plantíos (Gómez-Barrera, 1984-1985: 170).

Nada nuevo se puede aportar en cuanto a origen, temática y significado que no hubiera apuntado. En los últimos años se han publicado distintos trabajos de síntesis sobre zonas esquemáticas muy conocidas (Caballero Klink, 1983; Baldellou, 1984-1985; López Payer, 1988 y Topper, 1988) sin que ello supusiera cambios significativos en torno a la problemática general del arte esquemático; se han publicado, también, nuevos hallazgos que en algún caso (Gutiérrez González y Avelló Alvarez, 1986) han supuesto la incorporación de nuevas zonas al mapa esquemático o el aumento de otras (Grande del Brío, 1987).

Quizás, sin embargo, y en lo que se refiere a nuestra provincia, la gran aportación sea de índole cronológico al unirse al motivo en trisceles del Covachón del Puntal, el motivo-estela de La Peña los Plantíos y una posible representación de carro en este mismo abrigo que determinarían perduraciones de la pintura esquemática en territorio soriano hasta momentos avanzados del primer milenio antes de Cristo. Los inicios de estas manifestaciones, como apuntan en su ponencia en este mismo Symposium A. Jimeno Martínez y J.J. Fernández Moreno, estarían muy directamente relacionados con el desarrollo del poblamiento de las serranías desde el Calcolítico.

En el momento actual de investigación, se nos antoja básico indagar sobre la contextualización arqueológica del arte rupestre. Por lo general los hallazgos recogidos al pie o en las proximidades de los abrigos nada han resuelto y siguen siendo desconocidos para nosotros sus útiles y sus hábitos de ocupación. Las viejas hipótesis de trabajo, en absoluto desechables, se hacen imprescindibles todavía pese a la necesidad de su renovación con rigor científico; el análisis, la revisión de todos los viejos hallazgos y la búsqueda de asociaciones recurrentes entre las estaciones pictóricas y los yacimientos arqueológicos próximos se presentan como una asignatura pendiente que los investigadores del arte rupestre hemos de superar.

Establecer cuando se produce el final del fenómeno esquemático, ver la interrelación —si es que la hay— entre la pintura y el grabado, concretar cuando éste se cruza con la pintura, convive, le antecede o le precede y, en fin, hipotizar si es posible una continuidad temática —y por tanto una sustitución— en la decoración de la cerámica celtibérica, al menos en cuanto al territorio soriano se refiere, son premisas de una tarea por hacer y esperamos que el estudio en curso de los grabados rupestres postpaleolíticos ayude a desvelar alguna de estas cuestiones.

III. GRABADOS RUPESTRES POSTPALEOLITICOS

En el I Symposium de Arqueología Soriana E. García-Soto y A. Moure Romanillo señalaban, al ocuparse de los grabados parietales de las cuevas de San Bartolomé de Utero, como este tipo de arte peculiar, poco conocido y, por lo general, ligado al fenómeno esquemático pictórico había sido soslayado por los investigadores del arte rupestre de la Meseta en favor de manifestaciones artísticas más atractivas o más fáciles de observar: Predecían, entonces, que la provincia de Soria —donde se conocían grabados desde junio de 1911— aportaría, en un futuro próximo, informaciones de singular importancia para el estudio de arte postpaleolítico español (García-Soto y Moure Romanillo, 1984: 159-160). No podían prever los autores el descubrimiento en 1986 de Cueva Maja, uno de los hallazgos de arte rupestre más notorio en los últimos años, aunque sí sabían del interés que los grabados rupestres estaban despertando en distintos investigadores y lugares de la geografía peninsular. Las provincias de Lérida (Diez-Coronel, 1982), Jaén (Eslava Galán, 1983), Barcelona (Mas i Cornellá, 1982), Teruel (Atrían Jordan, 1985 y Royo Guillén y Gómez Lecumberri, 1988a), Cáceres (Sevillano San José, 1985), Navarra (Beguiristain Gurrupide y Jusue Simonena, 1987), Zaragoza (Royo Guillén-Gomez Lecumberri, 1988b) y la más cercana de Segovia (Balbín Behrmann y Moure Romanillo, 1988), por citar tan sólo algunos ejemplos, vieron como sus distintas manifestaciones grabadas, en otras épocas olvidadas, eran motivo de análisis y minuciosos estudios.

En Soria, al hilo de las afirmaciones de García-Soto y Moure Romanillo, se venía trabajando desde 1980 en la catalogación, análisis y posterior estudio de cuantos grabados de carácter postpaleolítico se conocían; en el momento presente el proyecto se encuentra en fase de redacción por lo que es posible ofrecer un avance que pueda satisfacer las necesidades inmediatas del investigador de cara a obtener una visión de conjunto de todo el arte rupestre provincial en su estado actual, como era nuestra intención al plantear esta ponencia.

III.1. HISTORIA DE LA INVESTIGACION

La primera noticia de la existencia en nuestra provincia de grabados rupestres aparece recogida en la que sería la primera obra de conjunto del arte prehistórico publicada en España (Cabré, 1915). En 1903 se habían descubierto los ciervos pintados de Calapatá (Cretas, Teruel) y en 1907 la danza fálica de Cogul (Lérida). La mítica fecha de 1879, con el hallazgo de Altamira, se convirtió en inicio de una amplia investigación arqueológica que provocaría, entre otros, los descubrimientos anteriores y estos a su vez la intensificación de trabajos de prospección por todos los rincones del suelo peninsular. Los conocidos yacimientos de Torralba y Ambrona y la necrópolis del Sabinar impulsaron al Marqués de Cerralbo y a Juan Cabré a recorrer el suroeste provincial descubriendo éste, en 1911, los grabados de la Cañada del Monte de Retortillo y aquél, un año más tarde, los de Castro, Valvedizo, Manzanares y Sotillos. Toda esta información —con amplio acopio documental— fue anotada por Cabré en el tomo segundo de su

Catálogo arqueológico, histórico, artístico y monumental de la provincia de Soria que por encargo de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas estaba realizando por aquellas fechas. Señaló Cabré estos hallazgos en *El arte rupestre en España* (1915: 88) a la vez que, en breve nota y en este mismo texto, indicaba la existencia de grabados en Deza, en algunos peñascos del valle que hay entre Torrevicente y Lumias y en el río Salado junto a Santamera.

Sin embargo, la publicación de estos hallazgos nunca se haría y sólo parcialmente se dieron a conocer en 1941 (Cabré, 1941: 316-344), al estar todavía hoy inédito el mencionado Catálogo.

En la línea de los descubrimientos anteriores habría que citar los del P. Saturio González y H. Breuil, en las cuevas de San Bartolomé de Ucero en 1912 (Breuil y Obermaier, 1913).

En 1941 Taracena recogía en su carta arqueológica los descubrimientos del suroeste provincial y mencionaba otra estación grabada en la Cueva de la Santa Cruz en Conquezuela (Taracena, 1941: 57) que más tarde estudiaría Ortego (1956). Precisamente Ortegó daría a conocer los grabados de Covarrubias en Ciria (1969) y los de La Cueva Grande de Oteruelos (1974b).

Finalmente, cuando se cumplía el 75 aniversario de los primeros hallazgos rupestres sorianos, los miembros de la Cooperativa-Escuela De Río de Abioncillo observaban en las paredes interiores de Cueva Maja un importante conjunto de grabados parietales que completan por el momento el foco artístico de la altimeseta.

Ya se indicó que García-Soto y Moure Romanillo ofrecieron en el I Symposium de Arqueología Soriana una revisión de los grabados de San Bartolomé. En 1983, en colaboración con Fernando Piñón, Gonzalo Ruiz, Víctor Fernández y Rafael de la Rosa, comenzamos una serie de prospecciones sistemáticas por el suroeste provincial con el propósito de catalogar sus manifestaciones artísticas. Durante los últimos años hemos proseguido estas campañas que se han visto complementadas con las excavación y estudio de Cueva Maja. La publicación de estos trabajos —que hemos codirigido junto con A. Jimeno y J.J. Fernández— y la redacción definitiva de nuestra Tesis Doctoral pondrán, por el momento, fin a una larga etapa de casi ochenta años de investigación.

III.2. AVANCE AL ESTUDIO DE LOS DISTINTOS GRUPOS GRABADOS

En el estado actual de investigación de los grabados rupestres postpaleolíticos sorianos podemos señalar la existencia de once focos de variada entidad, a los que habría que añadir otra serie de hallazgos menores.

En principio, y sin entrar en más consideraciones, se puede establecer una diferenciación entre aquellos que ocupan las paredes interiores de cuevas y los que se desparraman por irregulares covachos al aire libre, división ésta que viene avalada además por variaciones en técnica y temática y, posiblemente también, en cronología.

III.2.1. Grabados en cuevas

Si consideramos como tal la **Cueva de la Santa Cruz** de Conquezuela —en realidad una fisura vertical en un amplio bloque de arenisca— cinco son las cuevas con grabados rupestres en la provincia de Soria conteniendo un muestrario artístico muy variado que brevemente veremos a continuación.

III.2.1.a. Cuevas de San Bartolomé

Descubiertas por el P. Saturio González y H. Breuil en 1912 (Breuil y Obermaier, 1913: 6), tanto la cueva menor como la gran gruta de San Bartolomé fueron estudiadas por García-Soto y Moure Romanillo en el anterior Symposium de Arqueología Soriana (1984: 153-167). Se localizan en el Cañón del Río Lobos, en las proximidades de la ermita, a 41° 45' 05" Latitud Norte y 0° 37' 0" Longitud Este (Hoja 348 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., Madrid, 2.ª ed. 1954).

Los grabados de San Bartolomé reproducen temas lineales y geométricos, observándose en la **Cueva Menor** dos grupos de ángulos de doble línea y varios vestigios de incisiones indeterminados y en la **Cueva Mayor** un amplio panel con antropomorfos, ángulos de doble y triple línea, haces de líneas, arboriformes o ramiformes y barras todos ellos realizados en grabado simple único diferenciándose entre ellos algún motivo por la mayor profundidad de la incisión. En realidad se trata de grabados que reproducen esquemas muy semejantes a los de la pintura rupestre esquemática lo que hizo pensar a García-Soto y Moure en atribuciones cronológicas similares que los llevarían a la Edad de los Metales y, concretamente, al final del Bronce, a partir de los paralelos hallados en la Galería de la Fuente de Ojo Guareña y la Galería del Sílex de Atapuerca (García-Soto y Moure Romanillo. 1984: 153-160).

III.2.1.b. La Cueva de la Santa Cruz

Pese a darla a conocer B. Taracena (1941: 57) su primer, y único estudio hasta el presente, se debe a Ortego (1956: 219-229) quien publicó calcos parciales —obtenidos a través de fotografía— que, pese a dar una idea clara del contenido grabado, resultaban insuficientes toda vez que en ellos se ignoraba el desarrollo lineal de los paneles y se mutilaba la intencionalidad del autor al no acoger más que las figuraciones humanas y animalísticas obviando el acompañamiento de cazoletas, auténtico tema de todo el complejo grabado de la cueva (Fig. 13).

La **Cueva de la Santa Cruz** se sitúa en el término municipal de Conquezuela, a dos Km. a oriente de la población, a 41° 11' 28" Latitud Norte y a 1° 07' 50" Longitud Este de Madrid (Hoja 434 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., Madrid 2.ª ed. 1961). La cueva es en realidad una fisura vertical de la arenisca al modo de gran grieta apuntada, de 18,5 m. de longitud y anchura media no superior a metro y medio. Presenta ampliaciones artificiales a base de excavaciones en suelo y paredes, techumbre cubierta en un pequeño tramo por bóveda de medio cañón de tradición románica y a sus pies se levanta la actual ermita de la Santa Cruz.

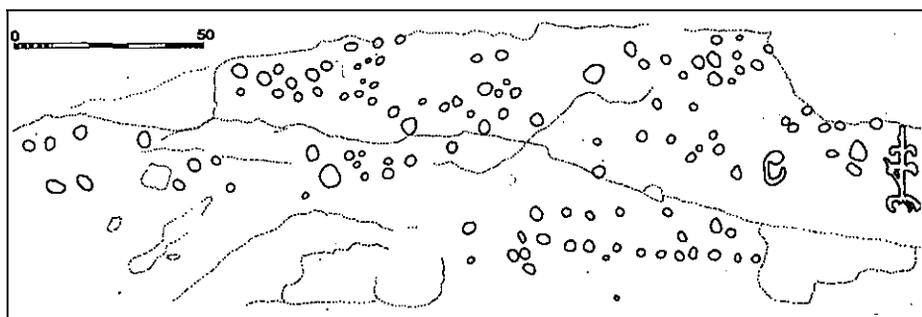


FIG. 13.— Panel «B» del Sector Inferior de «La Cueva la Santa Cruz» de Conquezuela.

Apreciamos en ella grabados en ambas paredes, repartidos en cinco grandes paneles, con un total de 48 figuras antropomórficas y varios serpentiformes y todos ellos rodeados de 1.226 cazoletas de profundidades y diámetro variable. La técnica empleada para su ejecución es el repiqueteado, y la abrasión en algunos casos, y su paralelismo con la pintura rupestre esquemática nos hace incluir sus grabados en la misma órbita cultural y cronológica.

III.2.1.c. Covarrubias

En Ciria, en el reborde oriental de la provincia, a 3,5 Km. al Norte del pueblo y en torno a los 1140 m. de altura sobre el nivel del mar, se encuentra Covarrubias, cavidad horizontal de origen freático de unos 50 m. de longitud. Su yacimiento arqueológico —grabados y nivel de ocupación postcampaniforme y posteriormente tardorromano— fue dado a conocer por Ortego en las sesiones del X Congreso Nacional de Arqueología (1969: 205-215) y analizado después por Jimeno Martínez (1984: 54) y Ruiz Zapatero (1984: 169-185).

Los grabados rupestres de Covarrubias se distribuyen por la pared izquierda y correspondiente techumbre de la cámara principal; en concreto se determinan cuatro zonas coincidiendo dos de ellas con los grabados publicados por Ortego mientras que las otras dos ocupan pared y techo centrales de la citada cámara.

Toda la superficie de la roca está recubierta por una fina película caliza, en muchas zonas ennegrecida por humos y en otras absolutamente desprendida lo que ha imposibilitado la conservación de sus posibles grabados. Estos son, en la mayoría de los casos, meras agrupaciones lineales realizadas por medio de leves incisiones, ensanchadas después por abrasión o frotamiento reiterado.

Entre todos los motivos de Covarrubias destaca los del panel D donde se puede apreciar la única figuración de clara interpretación antropomórfica de la cueva. Fue publicada por Ortego (1969: 208, Fig. 8) y es, como ocurre con los temas de San Bartolomé, perfectamente paralelizable con los esquemas pintados de la Edad de los Metales.

III.2.1.d. Cueva Maja

Localizada en el término municipal de Cabrejas del Pinar; a unos 50 m de altura sobre el costado derecho del Barranco del Río Viejo y determinada cartográficamente por las coordenadas 41° 43' 16" latitud Norte y 0° 47' 45 " Longitud Este de Madrid, Cueva Maja era muy popular entre los vecinos de Muriel de la Fuente y Blacos aunque su descubrimiento para la arqueología se debe a distintos miembros de la Cooperativa «Del Río» de Abioncillo.

En 1986 se denunció la presencia de grabados incisos en la pared de fondo de la cueva a la vez que se recogía en superficie abundante material cerámico —bien decorado con cordones e impresiones digitales, bien liso— similar al de los contextos del Bronce Antiguo de la Meseta. Desde hacía varios años A. Jimeno Martínez y J.J. Fernández Moreno venían estudiando este período en yacimientos al aire libre como Los Torojones de Morcuera y El Parpantique de Balluncar y la aparición de Cueva Maja, con su posible carácter de santuario, podía complementar y aclarar aún más el Bronce Antiguo meseteño lo que indujo a la realización de dos campañas de excavaciones arqueológicas sucesivas en la cueva (1988-1989).

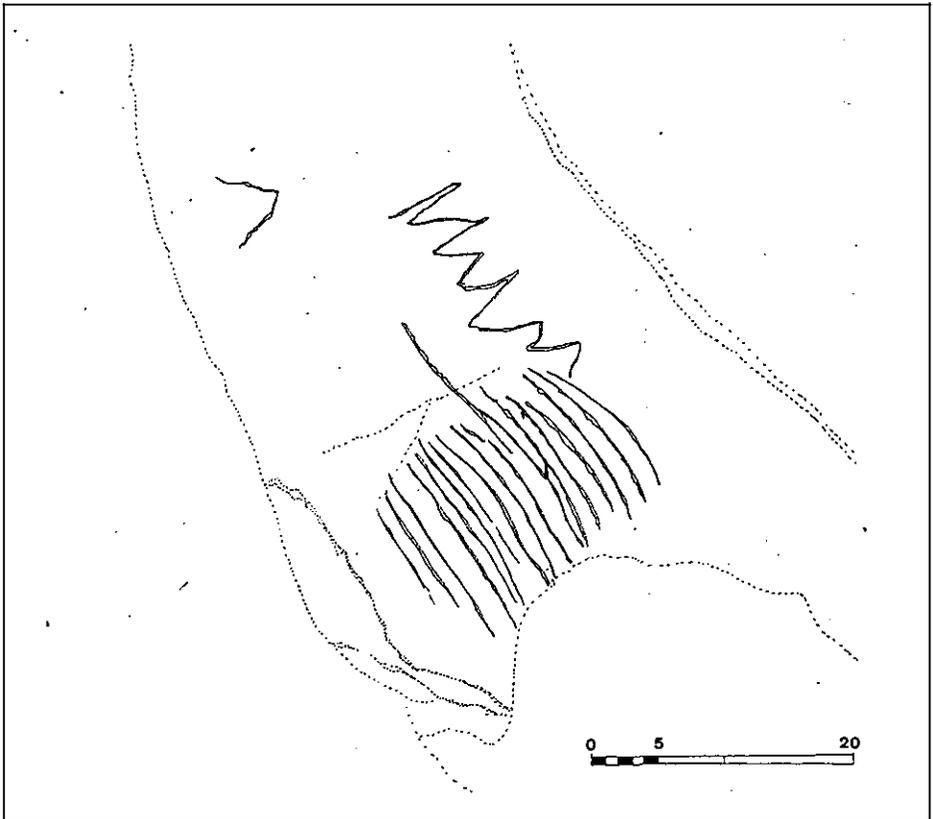


FIG. 14.— Uno de los grupos grabados de «Cueva Maja».

Dado el interés que a primera vista parecían ofrecer los grabados de la cueva se efectuaron en ambas campañas, junto a la excavación arqueológica propiamente dicha, una serie de trabajos encaminados a elaborar un sistemático y preciso proceso de documentación de estas manifestaciones artísticas, lo que se concretó en el hallazgo de quince paneles grabados más o menos independientes entre sí pero cuya superficial asociación parecía confirmar el uso de la cueva como santuario.

Estos grabados, en base a incisiones y técnicas de abrasión simple, se distribuyen por paredes, techos, galerías y recovecos de la cueva ajustándose a un orden (parece que) preestablecido que delimita el espacio de la caverna y ensalza la pared de fondo de la antesala y los dos camarines como lugar de máxima presencia de grabados de acuerdo, tal vez, con alguna máxima utilitaria espiritual o material de sus visitantes.

En espera de un estudio minucioso podemos determinar que en Cueva Maja se dan manifestaciones grabadas más abstractas que esquemáticas donde los trazos sueltos, los zig-zags o las retículas, más o menos entrecruzadas, son la tónica general; en el camarín y en la cámara central, sin desaparecer las formas abstractas, encontramos figuras humanas y arboriformes rompiendo, en cierto modo la característica abstracción de la cueva (Fig. 14).

Técnicamente hemos observado dos trazos distintos a la hora de la conformación del grabado; el primero, en superficie plana, generalmente lisa y cubierta por una ligera película de carbonato cálcico y de estructura blanda, permite la reiteración del trazo por abrasión creando líneas más anchas y profundas; y el segundo, que lleva consigo un grabado más fino, puramente inciso, sobre superficie más dura, quizá menos expuesta a la humedad o poseedor de una inferior cantidad de concreciones calcáreas.

Los resultados de los análisis de las distintas muestras recogidas en las campañas de excavación, el estudio del material arqueológico y la comparación tipológica de sus grabados con otros ejemplos de la Meseta proporcionará, a no dudarse, suficientes pautas para datar cronológicamente el yacimiento que en el estado actual de investigación suponemos perteneciente al Bronce Antiguo.

III.2.2. Grabados al aire libre

Con la excepción de una serie de hallazgos sueltos por la cabecera del Duero, el grueso del conjunto grabado al aire libre de la provincia de Soria se localiza en el suroeste de la misma, en las abruptas estibaciones de Sierra Pela. Las manifestaciones artísticas de Sotillos, Manzanares, Castro, Valnedizo y Retortillo forman parte desde principios de siglo de un complejo mundo rupestre, incierto en su cronología y autoría, basado en un rudo esquematismo unas veces, torpe naturalismo otras, pero en cualquier caso necesario de sistematización, catalogación y, en lo posible, determinación de sus características. Objeto, como los grabados vistos en cuevas, de nuestros estudios doctorales no podemos ofrecer por el momento más que unas breves notas que ayuden a completar una primera aproximación a la comprensión del arte rupestre soriano.

III.2.2.a. Los grabados del Barranco de la Mata

El primer gran conjunto de grabados rupestes postpaleolíticos del Suroeste de la provincia de Soria se localiza en los múltiples abrigos y covachos rocosos dibujados en los escalonados acantilados que bordean, por la derecha, el valle descendente desde Sotillos de Caracena a Cuevas de Ayllón. Se trata de una triple hilera de acantilados, entre 7 y 19 m. de altura, que dejan entre sí irregulares plataformas, ora utilizadas como praderíos ora roturadas, aunque la mayor parte de la superficie deje ver las calvicies triásicas de los acantilados y sus areniscas rojizas y pudingas. Toda la zona está regada por el Arroyo Montejo, situándose su nivel de agua a 1.200 m., es decir, 60 m. por debajo del nivel de loma de la terraza superior. En la ladera opuesta, menos accidentada, se yergue el cerro de la Mata de Pedro con sus 1.337 m. El barranco así conformado, denominado Barranco de la Mata, se prolonga en varios Km. hacia Montejo de Tiermes y en él apreciamos un total de 13 abrigos con 46 grupos de grabados y cerca de 400 motivos.

Todos los abrigos están orientados a W-SW utilizándose como soporte de sus grabados aquellos cortes verticales, hornacinas y oquedades de superficie más o menos regular bien dispuestas para este fin, quedando entre grupo y grupo amplios espacios vacíos de manifestaciones artísticas.

Entre los distintos conjuntos cabe mencionar el grupo D del Abrigo III que presenta un panel de 8,80 m. de longitud y 1,30 m. de anchura media, con 35 motivos y situado a 3 m. del suelo actual lo que le previene de su degradación antrópica. Este panel ofrece motivos grabados por repiqueteado y abrasión, alguno de los cuales —como el motivo n.º 26 que reproduce una espiral tipo destrógiro— puede claramente paralelizar con los conjuntos grabados del Noroeste peninsular (Gómez-Barrera, 1989, e.p.). Pero, por lo general, el grueso de los esquemas repiten temas en herradura y figuras antropomórficas y animalísticas de tosco naturalismo salpicadas con algún que otro ejemplo de ejecución típicamente medieval.

III.2.2.b. Grabados entre Tiermes y Sotillos de Caracena

En ángulo recto con el Barranco de la Mata, en dirección a Tiermes, se desarrolla otro acantilado de areniscas rojizas y pudingas triásicas configurado por amplios murallones de vertical corte, orientados a S-SE, con vegetación de monte bajo y altura sobre el nivel del mar de 1.240 m.

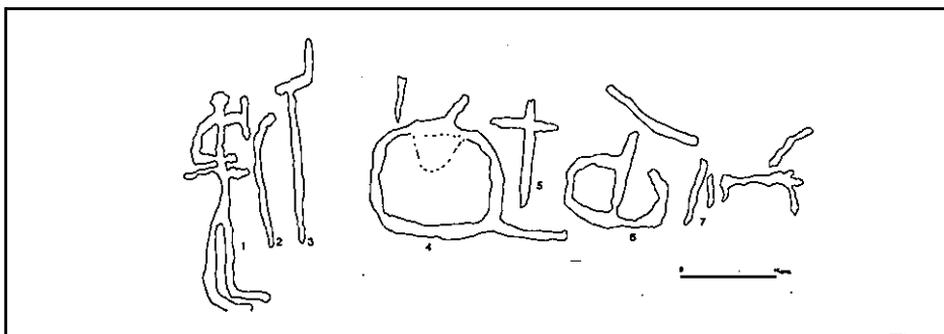


FIG. 15.— Panel «E» del Abrigo n.º 7 del grupo grabado entre Tiermes y Sotillos de Caracena.

En él localizamos 8 abrigos con 18 grupos grabados y cerca de un centenar de motivos, ejecutados en técnica de repiqueteado —muchas veces repasado posteriormente— y temática repetitiva con presencia de cruciformes, barras antropomórficas, distintas figuraciones geometrizarantes, cuadrúpedos de tosco realismo y antropomorfos, paralelizables con motivos pictóricos esquemáticos aunque de cronología ciertamente imprecisa (Fig. 15).

III.2.2.c. Grabados en el valle del Río Manzanares

El arroyo de Las Canalejas surge a 1.300 m. sobre el nivel del mar, en las estribaciones provinciales de la Sierra Pela; a la altura de la localidad de Manzanares recibe la aportación de otro arroyuelo y conforma de esa manera el Río Manzanares que desde aquí descenderá hasta Fresno de Caracena donde entregará sus aguas al Río Caracena. En su tramo inicial, entre Manzanares y las ruinas de Tiermes, describe un valle flanqueado, por la derecha, de acantilados o terrazas de areniscas y pudingas triásicas que ofrecen amplios frentes rocosos, covachos y abrigos que serán, en muchos casos, utilizados como soportes de paneles grabados. Y así, a kilómetro y medio de Manzanares y hasta el praderío próximo a Tiermes, se desarrolla otro grupo grabado en el que hemos localizado un total de catorce conjuntos, entre otros muchos, altamente alterados por la acción de pastores y visitantes ocasionales.

Los grabados del valle del Río Manzanares han sido realizados también en técnica de repiqueteado, si bien la acción antrópica posterior ha canalizado su curso con «repaso» en abrasión. Su temática, rica en cruciformes, cuadrúpedos, herraduras y composiciones más o menos geométricas, debió recibir en constantes superposiciones otros motivos de similar forma que desvirtuaron a los originarios. Junto a ellos pudimos apreciar figuraciones de tradición altomedieval lo que, sin duda alguna, acentúa todavía más su incierto origen y cronología (Fig. 16).

III.2.2.d. Grabados de Valvedizido y Castro

Aunque de menor importancia, Cabré localizó un nuevo grupo de grabados rupestres en los covachos y abrigos rocosos de los acantilados y cuerdas que salpican los praderíos entre Valvedizido y Castro. Las areniscas triásicas se entremezclan con tierras de labor, praderíos y monte bajo constituyendo una simple continuación del paisaje ya apreciado en la falda Norte de Sierra Pela. La altitud máxima de la zona (1.263 m.) se aprecia, justamente, en el cerro que sirve de asiento a la localidad de Castro y en él se encuentran los primeros restos grabados. La mayor intensidad de los mismos se halla en los Prados del Arenal y de Las Cuevas entre Valvedizido y Castro, surgiendo otros hallazgos en un covacho cercano a la ermita de Nuestra Señora de la Soledad de Valvedizido entre Castro y su límite con Retortillo y algunas más al Este de Castro.

Herraduras, cazoletas y canalillos que enlazan a éstas constituyen la temática más representativa de este grupo, que ofrece 9 conjuntos grabados cuyos surcos, en muchos casos, están obtenidos a través de incisiones en las figuraciones y repiqueteado en las cazoletas.

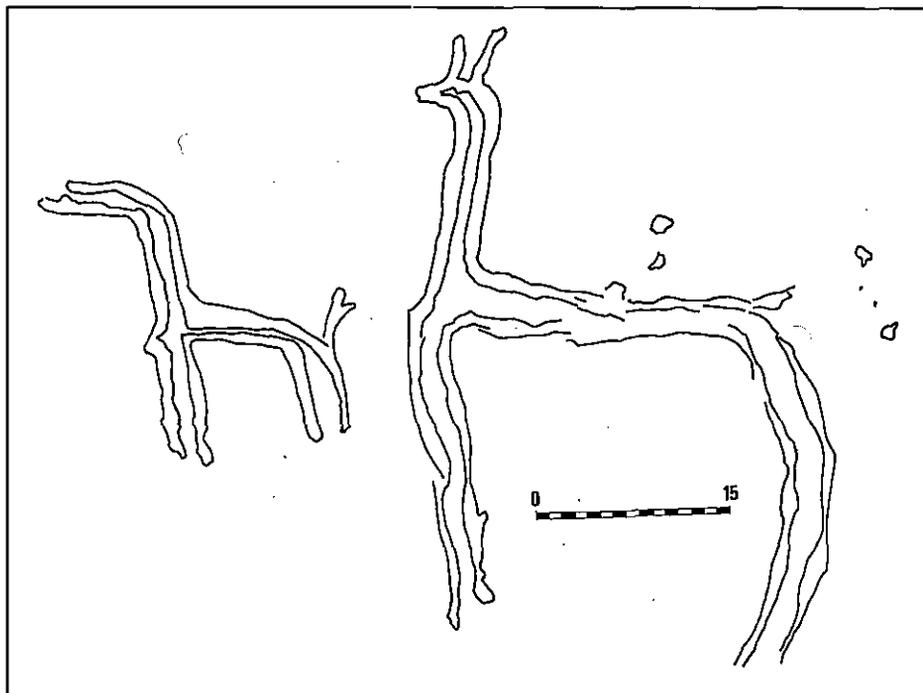


FIG. 16.— Conjunto VI del Grupo grabado del valle del Río Manzanares.

III.2.2.e. Los grabados de la Cañada del Monte

El conjunto de grabados más abundante y conocido de la altimeseta soriana viene dado por el foco que se desarrolla al Oeste de Retortillo de Soria, en la cañada que se extiende entre esta localidad y Castro. Recibe el nombre de **Cañada del Monte** y se inicia en los arrabales de la población, a la altura de la Ermita de la Virgen del Prado, desde donde se prolongará —en paralelo al camino comarcal y al Arroyo de la Dehesa y por espacio de 3,5 Km.— hasta las cercanías de Castro, en el término municipal de Valvenedizo.

Cartográficamente esta amplia cañada se sitúa entre los 41° 18'42" Latitud Norte y 0° 42' 06" Longitud Este, en la Ermita, y los 41° 18' 28" Latitud Norte y 0° 40' 02" Latitud Este, en el límite oriental de Retortillo (Hoja 433 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., Madrid, 2.ª ed. 1961).

Con una altitud media de 1.280 m. y una cota máxima de 1.314, toda la cañada se nos presenta bordeada, en su lado diestro, por amplias alineaciones de acantilados o murallones de areniscas triásicas orientados al mediodía y a cuyos pies se abren numerosos abrigos y covachos en los que identificó J. Cabré un amplio repertorio de grabados con predominio casi exclusivo del motivo en herradura en composición más o menos organizada.

Partiendo de las majadas del Mingonarro, y en sucesivas prospecciones llevadas a cabo en 1983, 1985 y 1986, hemos tratado de revisar el trabajo de Cabré (1912 y 1941) y ofrecer una secuencia correcta de los distintos lugares, realizando calcos de todos los grupos con la pretensión de tener una visión más completa del conjunto (Fig. 17).

En total se han catalogado 21 abrigos grabados con distintos grupos en cada uno de ellos y con cerca del medio millar de motivos de los que un 72% trazan figuraciones en herradura simple —a veces doble e incluso con tres y cuatro herraduras concéntricas— desarrollando paneles monotemáticos pero también apareciendo asociadas a figuraciones animalísticas y humanas de tosco realismo. Junto a las herraduras interpretadas por Cabré y Ortego como esquematizaciones extremas de la figura humana, observamos retículas, composiciones geometrizzantes, circuliiformes, esteliiformes, cruciiformes de tradición antropomórfica, cazoletas y toscas representaciones animalísticas entre las que se ha querido identificar cabras, caballos, toros y zorros (Cabré, 1941: 335; Jirrieno Martínez, 1985: 107).

Al igual que ocurriera en los grupos anteriores, en la Cañada del Monte de Retortillo también se aprecian motivos y características más recientes —el conjunto de Los Poyatillos y su escena genésica puede ser un ejemplo— con abundantes grafitis modernos.

III.2.2.f. Grabados del Barranco del Cuento del Cerro

Aunque también en el término de Retortillo de Soria, este nuevo grupo de grabado se localiza en el denominado Barranco del Cuento del Cerro, de orientación N-S y al que se puede acceder a través de la vega de Tarancueña o superando por su cima el murallón de la Cañada del Monte. Como referencia topográfica podemos tomar los 41° 18' 40" Latitud Norte y 0° 40' 05" Longitud Este (Hoja 433 del M.T.N. 1:50.000 del I.G.C., Madrid 2.^a ed. 1961) de la Cueva la Mora y sus características geomorfológicas se identifican con las ya señaladas para el grupo anterior:

La amplia y natural vegetación del barranco no impidió su exhaustiva prospección obteniendo como resultado el reconocimiento de tres abrigos grabados que, si bien conocidos por Cabré, habían pasado a la bibliografía especializada con denominación y topografía equivocada. Se trata de la Cueva la Mora, al sur del barranco, y de la Cueva de las Herraduras y otra covacha vecina (Cueva de las Herraduras II) situadas algo más al Norte, próximas al camino de Tarancueña y a las majadas de la Tejera.

Cueva La Mora —amplio covacho de 14 m. de longitud por 9,60 m. de profundidad y altura no superior a los 2 m. en su centro— presenta ocho figuras en herradura, cuatro cruciformes y un pectiniiforme además de un conjunto de 16 cazoletas. Por su parte la Cueva de las Herraduras es conocida equivocadamente en la bibliografía como Cueva del Tambor (Cabré, 1941: 330, Fig. 9), situada en la Cañada del Monte. El covacho al que los lugareños dan aquél nombre se sitúa en el Barranco del Cuento del Cerro a 41° 18' 52" Latitud Norte y 0° 40' 10"



FIG. 17.— Desarrollo de los conjuntos XI y XX de la Cañada del Monte de Retortillo de Soria.

Longitud Este y fue así denominado porque, en auténtico «*horror vacui*», se dibujan en la arenisca de su suelo 190 herraduras simples, compuestas, aisladas o superpuestas acompañadas tan sólo de tres círculos concéntricos, una figura cuadrangular y otra humana del tipo cruciforme.

El tercer conjunto se encuentra a 1 m al Sur de la anterior y su contenido se reduce a 35 figuraciones en herradura.

III.2.2.g. Oteruelos

En esta localidad soriana, situada a 14 Km. al Noroeste de la capital, descubrió T. Ortego en 1960 dos abrigos con manifestaciones artísticas de carácter eminentemente prehistórico. Ambas estaciones —**Cueva Larga** y **Cueva grande**— fueron estudiadas y publicadas por su descubridor años después (Ortego, 1974b) notificando la presencia en sus paredes de pinturas rupestres esquemáticas y grabados de parecida adscripción cronológica y cultural. Los grabados ocupan parte del soporte artístico de **Cueva Grande** y supone el único ejemplo provincial en el que pintura y grabado conviven y, aunque nada se pueda afirmar con rotundidad sobre su sincronía, hay que indicar que algunos trazos grabados soportan sobre su curso restos de pigmentación rojiza similar a la de los motivos pintados (Fig. 18).

Cueva Grande presenta siete grupos pintados en color rojo, más o menos diluidos, de temática muy variada que abarca desde las simples puntuaciones a las figuras humanas típicamente esquemáticas pasando por las barras, los cruciformes y una escala evolutiva de cuadrúpedos entre naturalistas y esquemáticos. La temática grabada es más modesta: cazoletas, cruciformes y figuraciones humanas de silueta geométrica e infantil. El repiqueteado y la abrasión son las técnicas utilizadas tal vez ejecutadas, como quería Ortego, con alguno de los instrumentos líticos hallados por el investigador soriano en sus prospecciones por la zona.

III.2.2.h. Otros vestigios grabados

De menor entidad pero no carentes de interés son las manifestaciones grabadas sueltas halladas en distintos lugares de la geografía soriana. A principios de siglo observó Cabré «*grabados de estilo geométrico*» ejecutados al «*aire libre en algunos peñascos del valle que hay entre Torre Vicente y Lumias y en el río Salado junto a Santamera*», (Cabré, 1915: 119). Otros los halló en las cuevas artificiales existentes entre Cihuela y Deza (1916: 88). Taracena mencionó cazoletas en Canos (1941: 49) y Durúelo de la Sierra (1941: 63) y Ortego este mismo motivo en Calderuela, El Royo y Derroñadas (1974b: 223-224). Jimeno (1985: 106) y Ruiz Vega (1989) mencionan grabados en Covaleda mientras que nosotros hemos recogido, gracias a la información de J. Carnicero Arribas y J.J. Fernández Moreno, un grabado geométrico en la **Peña Calarizo** de Langosto e incisiones en gran número de rocas hincadas en la «*carretera cortada*», entre Cidones y Vinuesa.

En realidad son noticias aisladas, con escasa o nula documentación, que habrá que intentar clarificar.

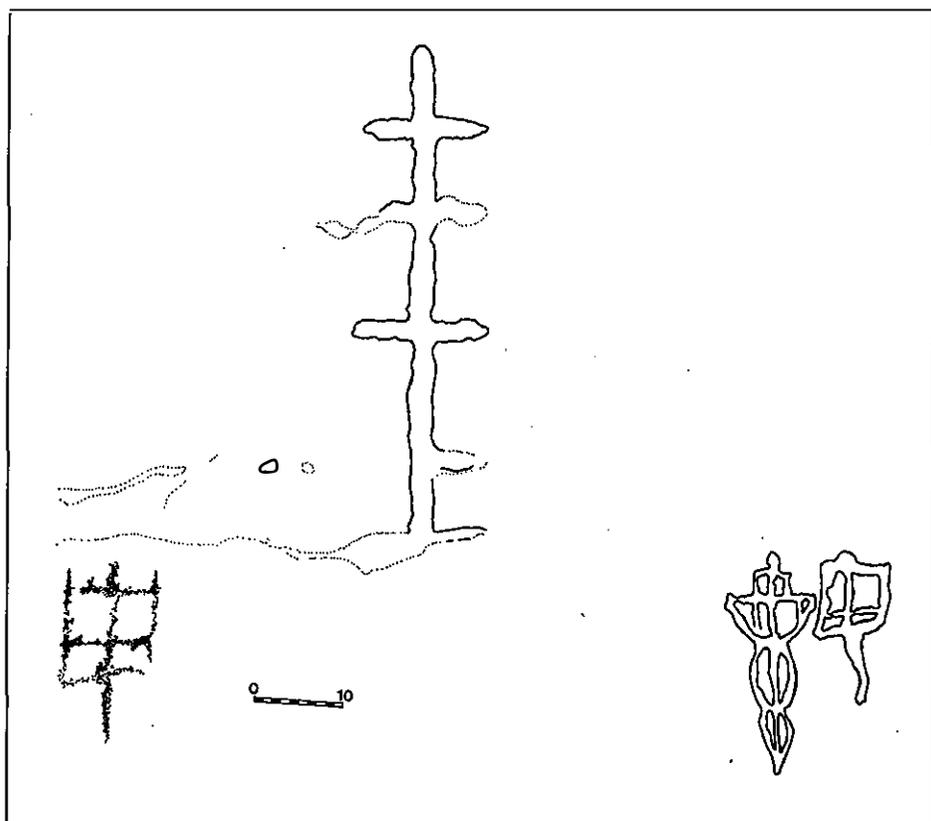


FIG. 18.— Panel grabado de Oteruelos y motivo pintado «en punteado» a la izquierda.

III.3. COMENTARIO Y VALORACION

Pese a que el descubrimiento de este tipo de grabados se generaliza en la Península, con hallazgo aislados, desde principios de siglo a la par con la pintura esquemática, todavía se carece de un estudio de conjunto a estilo y manera como se hiciera con ésta. Breuil, entre 1933 y 1935, dedicó un amplio «corpus» a los esquemas pintados mientras, sólo de una forma marginal, se ocupaba de algunas muestras grabadas. Acosta, en 1968, codificó toda la información transmitida por Breuil y las nuevas aportaciones entre esas fechas y el grabado volvió a ser considerado superficialmente complementando paralelos tipológicos. Ni

siquiera las nuevas síntesis de prehistoria peninsular abordaron el tema con la atención que se merece y así tanto G. Nieto (1985: 493-499) como P. Acosta (1986: 291) se limitaron a la enumeración de hallazgos y al análisis de los grabados galaicos y portugueses, estos sí provistos de amplios trabajos de síntesis.

Tan sólo desde la perspectiva particular del análisis de un hallazgo concreto se ha intentado esbozar breves síntesis de estas manifestaciones artísticas (Royo, 1986-87) enunciando todos los problemas que estos grabados plantean. Es evidente que son o han de ser previos los estudios parciales y regionales pero se hace imprescindible para el investigador una visión de conjunto a nivel peninsular que ayuden a mantener o desechar cuantas hipótesis de trabajo se puedan plantear.

Desde este punto de vista el estudio de los grabados rupestres postpaleolíticos de la provincia de Soria alcanza un gran interés por cuanto ha hecho suyos los problemas generales. Hipotizar sobre cronología y autoría estableciendo pautas de diferenciación entre los grabados que puedan ser considerados prehistóricos y los meramente históricos, concretar tipologías determinando aquellos préstamos de la pintura esquemática y a ésta así como el seguimiento de pervivencias en los distintos motivos, relacionar los diferentes conjuntos grabados de la Península Ibérica buscando influencias y contactos culturales y, en fin, contextualizar arqueológicamente estas manifestaciones artísticas son puntos de investigación concretos en los que se ha de caminar y en los que en estos momentos estamos en curso.

Así las cosas, en pleno proceso de investigación, parece claro que los grabados rupestres sorianos no pueden separarse del fenómeno esquemático si bien no dejan de presentar peculiaridades que les confieren un carácter especial. Tal vez no sea exagerado pensar con Jordá (1978: 148) en una prolongación, por el valle medio y alto del Duero y estribaciones del Sistema Central, de las insculturas galaico-portuguesas, en una etapa posterior a éstas. En todo caso, en nuestra provincia, podemos diferenciar dos grupos o ciclos de grabados independientes entre sí: el primero lo conformarían las cuevas de Ciria, Ucero y Cabrejas del Pinar cuya temática en base a trazos sueltos, zig-zags, retículas y algún que otro antropomorfo estarían en una línea más abstracta que esquemática, con paralelos en las cuevas burgalesas de Atapuerca (*Galería del Sílex*) y Ojo Guareña (*Galerías de los Grabados y Kaite*) y las segovianas de la *La Vaquera o Fuente Dura* (Losada de Pirón), *Los Enebralejos* (Prádena) y *La Griega* (Pedraza); el segundo ciclo vendría dado por los hallazgos sueltos del Alto Duero, Conquezuela y todo el foco del suroeste es decir los grabados al aire libre con repetición de esquemas en círculo, en herradura, con temas zoomorfos y antropomórficos de tosco naturalismo y de difícil adscripción a una época concreta. Cronológicamente este segundo grupo —acorde con lo expuesto para la Península Ibérica— plantea grandes problemas tanto en su origen (desde el Bronce Antiguo) como en su pervivencia (evidentemente medieval) mientras que el ciclo de las cuevas puede ser correctamente datado al analizar sus contextos arqueológicos, que en el momento actual de estudio nos remiten al Bronce Antiguo con prolongación hasta el Bronce Final.

IV. CONCLUSION

Tras presentar el estado actual de investigación del arte rupestre postpaleolítico soriano, se hace difícil concluir con afirmaciones o postulados categóricos de contenido. Posiblemente en el próximo symposium se ofrecerán nuevas hipótesis de trabajo y otros hallazgos que, a buen seguro, vendrán a esclarecer o a complicar, en todo caso a completar, la visión que aquí se ha expuesto de la misma manera que las novedades comunicadas alteran, transforman o modifican lo hasta ahora escrito. Concluir en arqueología es poco menos que imposible.

Cierto es que se ha andado mucho camino. Las líneas maestras—acertadas o no— sobre la pintura rupestre esquemática tanto peninsular como provincial han quedado trazadas, pese a continuar pendientes ciertas cuestiones que sólo una metódica y lenta investigación podrá solventar. Pero ese camino falta en el grabado rupestre. Carecemos de una síntesis a nivel peninsular; durante muchos años —con excepción del complejo mundo rupestre gallego— se les ha despreciado científicamente reduciéndoles a meros comparsas de la pintura aunque, también hay que decirlo, llaman la atención de un gran número de investigadores que aportaron datos e hipótesis de trabajo absolutamente imprescindibles. En nuestra provincia, como se ha podido observar, el trabajo está en curso de elaboración y a él vendrá a añadirse el estudio arqueológico y artístico del «santuario» de Cueva Maja, la contextualización arqueológica —en lo posible— de las manifestaciones artísticas y con todo ello el surgimiento de ideas, consideraciones y consecuencias que ayuden a reconstruir la vida, material y espiritual de nuestros antepasados.

No sin orgullo, hemos presentado en esta ponencia alguna novedad pictórica gracias a la «actuación» de las verjas metálicas que cierran los abrigo de Valonsadero; estos se han visto libres de los efectos del fuego y algunas de sus figuras rojizas han recobrado su color. Y en este sentido, tal vez la aportación más importante ocurrida entre la celebración de anterior symposium y éste haya sido la promulgación de la Ley de Patrimonio Histórico Español de 1985 en la que se declara a «*las cuevas, abrigo y lugares que contengan manifestaciones de arte rupestre*» como Bienes de Interés Cultural. El primer paso para salvaguardar nuestro patrimonio es, a nuestro modo de ver, difundir el conocimiento del mismo de la forma más amplia posible y esa es una tarea que ha de implicar a todo el conjunto de la sociedad.

V. BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA MARTINEZ, P. (1967): Representaciones de idolos en la pintura rupestre esquemática española, «*Trabajos de Prehistoria*», XXIV, Madrid, 75 págs. 14 figs.
- (1968): La pintura rupestre esquemática en España, Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, 1, Universidad de Salamanca, 250 págs. 61 figs, y 22 mapas.
- (1986): Arte rupestre postpaleolítico Hispano, en F. JORDA et alii: «*Historia de España. 1. Prehistoria*». Ed. Gredos, Madrid, págs. 265-299.
- ALMAGRO BASCH, M. (1966): Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular, en «*Bibliotheca Praehistórica Hispana, VII*». Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): Las estelas decoradas extremeñas, «*El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*». Biblioteca Praehistórica Hispana, XIV, págs. 159-201.
- ATRIAN JORDAN, P. (1985): Avance al estudio de nuevos grupos con grabados rupestres en la provincia de Teruel, «*Boletín del Museo de Zaragoza*», n.º 4, págs 37-45.
- BALBIN BEHRMANN, R. Y MOURE ROMANILLO, J.A. (1988): El arte rupestre de Domingo García (Segovia), «*Revista de Arqueología*», n.º 87 (julio 1988), págs. 16-24.
- BALDELLOU, V. (1984-1985): El arte rupestre post-paleolítico de la zona del Río Vero (Huesca), «*Ars Praehistórica*», t. III/IV, págs. 111-137, 21 figs.
- BEGUIRISTAIN GURPIDE, M.ª A. y JUSUE SIMONENA, C. (1987): Hallazgos de petroglifos en Navarra, «*XVIII Congreso Nacional de Arqueología*», Zaragoza, págs. 525-533, 3 figs. y II láms.
- BELTRAN MARTINEZ, A. (1976): El problema de la cronología del arte rupestre esquemático español, «*Caesaraugusta*», 39-40, pág. 5-18.
- BREUIL, H. Y OBERMAIER, H. (1913): Institut de Paleontologie Humaine, travaux executees en 1912, «*L'Anthropologie*», XXIV, págs. 1-16.
- BREUIL, H. (1933-35): Les peintures rupestres schematiques de la Peninsule Iberique, Lagny, IV vols.
- BUENO, P. Y FERNANDEZ-MIRANDA, M. (1981): El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias), «*Altamira Symposium*», págs. 451-467.
- CABALLERO KLINK, A. (1983): La pintura rupestre esquemática de la vertiente septentrional de Sierra Morena (provincia de Ciudad Real) y su contexto arqueológico, «*Estudios y Monografías*», 9, Museo de Ciudad Real, 2 vols.
- CABRE, J. (1912-1916): Catálogo arqueológico, histórico, artístico y monumental de la provincia de Soria. II: Neolítico y Edad de Cobre. Inédito.
- (1915): El arte rupestre en España, «*Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*», 1, Madrid, 234 págs., 104 figs. y XXXI láms.
- (1941): Pinturas y grabados rupestres, esquemáticos, de las provincias de Segovia y Soria, «*Archivo Español de Arqueología*», XLIII, págs. 316-344, 15 figs.

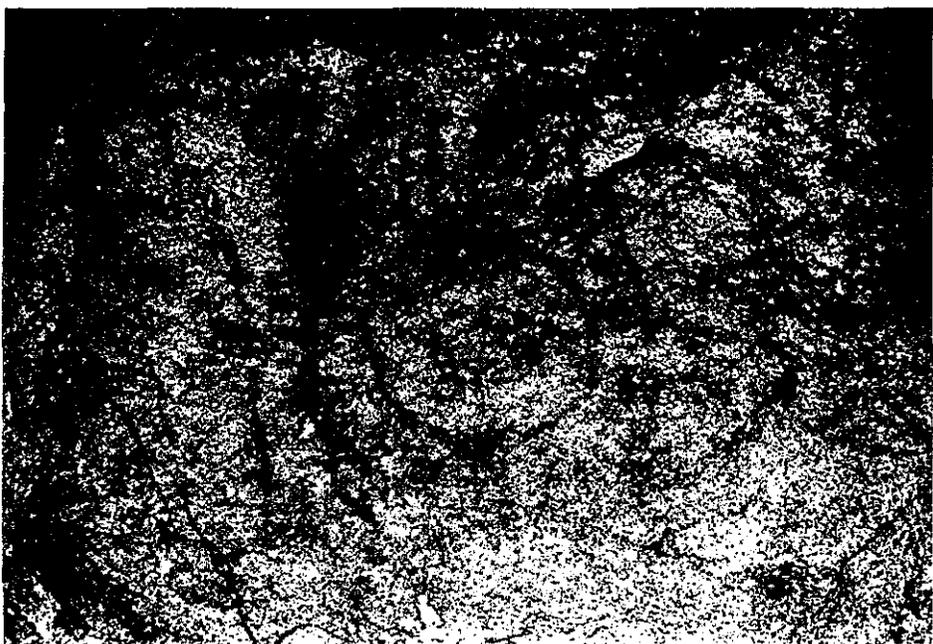
- CUADRADO, E. (1953): El carro ibérico, «III Congreso Nacional de Arqueología».
- DIEZ CORONEL, L. (1982): Los grabados rupestres prehistóricos de Mas de N'Olives, en Torreblanca (Lérida), «Ilerda», XLIII, págs. 17-39.
- ESLAVA GALAN, J. (1983): Los grabados rupestres de Otiñar (Jaén), «Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología», n.º 18, págs. 15-18.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. Y MOURE ROMANILLO, A. (1984): Los grabados esquemáticos de San Bartolomé de Uceró (Soria), «I Symposium de Arqueología Soriana», págs. 151-167, 3 figs. y III láms.
- GOMEZ-BARRERA, J.A. (1980): Las pinturas rupestres esquemáticas del «Abrigo del Pozo» (Valonsadero, Soria), «Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria», t. IV, 2, págs. 79-88, v. figs.
- (1982): La pintura rupestre esquemática en la Altimeseta Soriana. Excmo. Ayuntamiento de Soria, 285 págs., 91 figs. y XV láms.
- (1984-1985): El Abrigo de «La Peña los Plantíos»: nuevo hallazgo de pinturas rupestres esquemáticas en Fuentetoba (Soria), en «Ars Praehistórica», t. III/IV, págs. 139-180, 36 figs.
- (1991): El motivo-estela de «La Peña los Plantíos» (Fuentetoba, Soria), «Soria Arqueológica», 1, págs. 87-101, 3 figs. y II Láms.
- (1988): D. Teogénes Ortego Frías y su aportación al estudio del arte rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica, «Celtiberia», 75, págs. 47-77.
- (1989): Las pinturas rupestres del Abrigo II del Barranco de Valdecaballos (Valonsadero, Soria), «Boletín de la Asociación Española de Arte Rupestre», 2, Barcelona, págs. 3-10, 4 figs.
- (1989 e.p.): Avance al estudio de los grabados rupestres portpaleolíticos de la provincia de Soria. El Abrigo III.D. del Barranco de La Mata en Sotillos de Caracena, en «Homenaje al profesor E. Ripoll», UNED.
- GOMEZ-BARRERA, J.A. Y BOROBIO SOTO, M.ª J. (1984): Las pinturas rupestres esquemáticas de «Cueva Conejos» (Uceró, Soria), «I Symposium de Arqueología Soriana», págs. 141-150, 1 fig. y III lám.
- GOMEZ-BARRERA, J.A. Y FERNANDEZ MORENO, J.J. (1991): Dos nuevos abrigos con pinturas rupestres esquemáticas en «El Cubillejo» (Valonsadero, Soria), en «Soria Arqueológica», 1, págs. 103-120, 4 figs. y II Láms.
- GONGORA Y MARTINEZ, M. de (1968): Antigüedades Prehistóricas de Andalucía, Madrid, págs. 64-79.
- GRANDE DEL BRIO, R. (1987): La pintura rupestre esquemática en el Centro-Oeste de España (Salamanca y Zamora). Excmo. Diputación de Salamanca, 202 págs. y 75 figs.
- GUTIERREZ GONZALEZ, J.A. Y AVELLO ALVAREZ, J.L. (1986): Las pinturas rupestres esquemáticas de Sésamo, Vega de Espinareda (León), «Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira, 12», 99 págs. figs., lám. y cuadros.
- JIMENO MARTINEZ, A. (1984): Los Tolmos de Caracena (Soria), «Excavaciones Arqueológicas en España», n.º 134, 405 págs. 162 figs. y XLIX láms.

- (1985): Prehistoria, en «*Historia de Soria*», Centro de Estudios Sorianos (C.S.I.C.), págs. 85-122.
- JIMENO MARTINEZ, A. Y GOMEZ-BARRERA, J.A. (1983): En torno al «trisceles» del «Covachón del Puntal» (Valonsadero, Soria) y la cronología de la pintura esquemática del Alto Duero, «*Zephyrus*», XXXVI, págs. 195-202, 8 figs.
- JORDA CERDA, F. (1978): El arte de los pueblos agricultores, ganaderos y metalúrgicos, en F. JORDA Y J.M. BLAZQUEZ: «*Historia del Arte Hispánico, I. La Antigüedad*», Ed. Alhambra, Madrid, págs. 144-148.
- KÜHN, H. (1957): El arte rupestre en Europa, Barcelona.
- LOPEZ PAYER, M.G. (1988): La pintura rupestre en Sierra Morena Oriental, Ed. de la Universidad Complutense, Madrid, 2 vols.
- MARTINEZ TERROBA, C. E HIGES ROLANDO, V. (1968): Algunos datos nuevos para la carta arqueológica de Soria, «*Celtiberia*», 35, págs. 109-114.
- MAS I CORNELLA, M. (1984-1985): El conjunto rupestre de Savassona (Tavérnoles, Barcelona), «*Ars Praehistórica, t. III/IV*», págs. 181-199, 18 figs.
- NIETO GALLO, G. (1985): La Península Ibérica al final de II milenio y comienzo del I milenio antes de Cristo hasta la aparición del Hierro, en «*Historia General de España y América: Los orígenes de España*», t. I, Ed. Rialp, Madrid, págs. 429-500.
- ORTEGO FRIAS, T. (1951): Las estaciones del arte rupestre en el Monte Valonsadero de Soria, «*Celtiberia*», 2, págs. 275-305, VIII láms.
- (1956): Los grabados prehistóricos de la Cueva de Santa Cruz, en el término de Conquezueta (Soria), en «*Libro homenaje al Conde de la Vega del Sella*», Oviedo, págs. 219-229, 11 figs.
- (1961): Nuevos grupos de arte rupestre en la zona oriental de la Altimeseta Castellana», «*V Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y protohistóricas*», Hamburgo 1958, págs. 622-625, 15 figs.
- (1965): Valdecaballos, nueva estación de arte rupestre esquemático en el término de Soria», «*Miscelánea en Homenaje al Abate H. Breuil*», Barcelona, págs. 207-216, IV láms.
- (1969): Covarrubias: una estación arqueológica en el término de Ciria (Soria), «*X Congreso Nacional de Arqueología*», Mahón 1967, págs. 205-215, 15 figs.
- (1974a): Las pinturas rupestres del Peñón de la Sendilla, en el Monte Valonsadero de Soria, «*Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*», n.º 1, págs. 7-13, 5 figs.
- (1974b): Nueva estación de arte rupestre en el término de Oteruelos (Soria), «*Celtiberia*», 48, págs. 217-228, 14 figs.
- (1975): Miscelánea arqueológica (Ucero, Uxama, Castilfrío), «*Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*», 3, págs. 28-31, 5 figs.
- (1978): Estaciones de arte rupestre en el Vallejo Somero de Cañada Honda (Soria). El Peñón del Majuelo y Los Peñascales», «*Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*», 10, págs. 13-18, 9 figs.

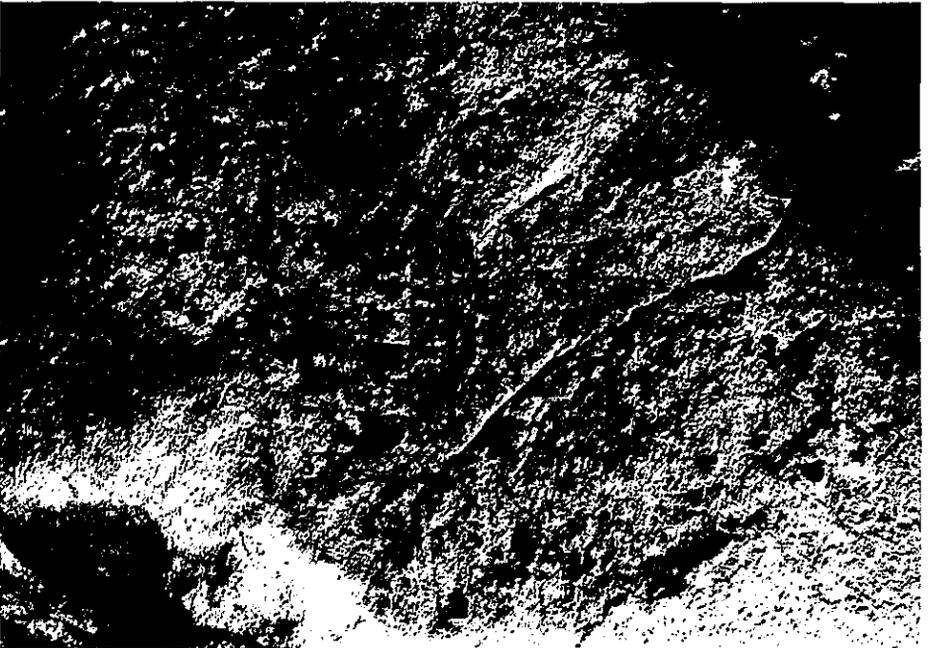
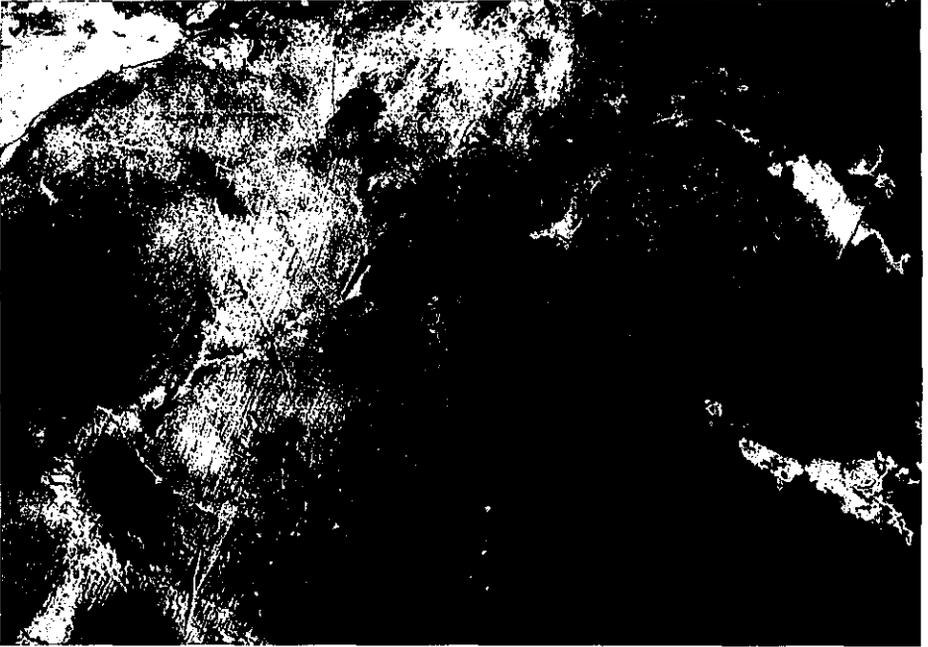
- (1979): Arte rupestre esquemático en el Vallejuelo de Abajo. Cañada Honda (Soria). El Tolmo de Morellán y El Risco del Portón, *«Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología»*, 11, págs. 4-9, 9 figs.
- (1983): Por la vega del río Pedrajas. Otras estaciones de arte rupestre, *«Celtiberia»*, 66, págs. 209-216, 12 figs.
- (1984): Estaciones inéditas de arte rupestre, en la cuenca del río Pedrajas (Soria), *«Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología»*, 19, págs. 4-10, 12 figs.
- (1987): Estaciones de arte rupestre del Alto Duero. El Covachón del Puntal, *«Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología»*, 23, págs. 34-39, 9 figs.
- ROYO GUILLEN, J.I. (1986-1987): El abrigo con grabados rupestres esquemáticos de «Val Mayor». Mequinenza (Zaragoza), *«Bajo Aragón, Prehistoria VII-VIII»*, págs. 179-190, 6 figs. y II láms.
- ROYO GUILLEN, J.I. Y GOMEZ LECUMBERRI, F. (1988a): Los grabados de la Masada de Ligros, Albarracín (Teruel), *«Boletín de la Asociación Española de Arte Rupestre»*, 1, págs. 1-5, 5 figs.
- (1988b): El conjunto de abrigos con arte rupestre de Mequinenza (Zaragoza), *«Bolskan»*, 5, págs. 175-199, 8 figs. y IV láms.
- RUIZ VEGA, A. (1989): Guía de la Soria Mágica. La mesa de los siete Infantes de Lara (3), en *«Soria Semanal»*, sábado 7 de Enero.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984): Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero, *«I Symposium de Arqueología Soriana»*, págs. 169-185, 4 figs.
- SEVILLANO SAN JOSE, M.^a C. (1985): Grabados rupestres en la comarca de Las Hurdes (Cáceres), Resumen Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca, 37 págs., 21 figs.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1941): Carta arqueológica de España. Soria, C.S.I.C., Madrid, 189 págs. 24 figs.
- TOPPER, U. Y U. (1988): Arte rupestre en la provincia de Cádiz. Excma. Diputación Provincial de Cádiz, 271 págs.



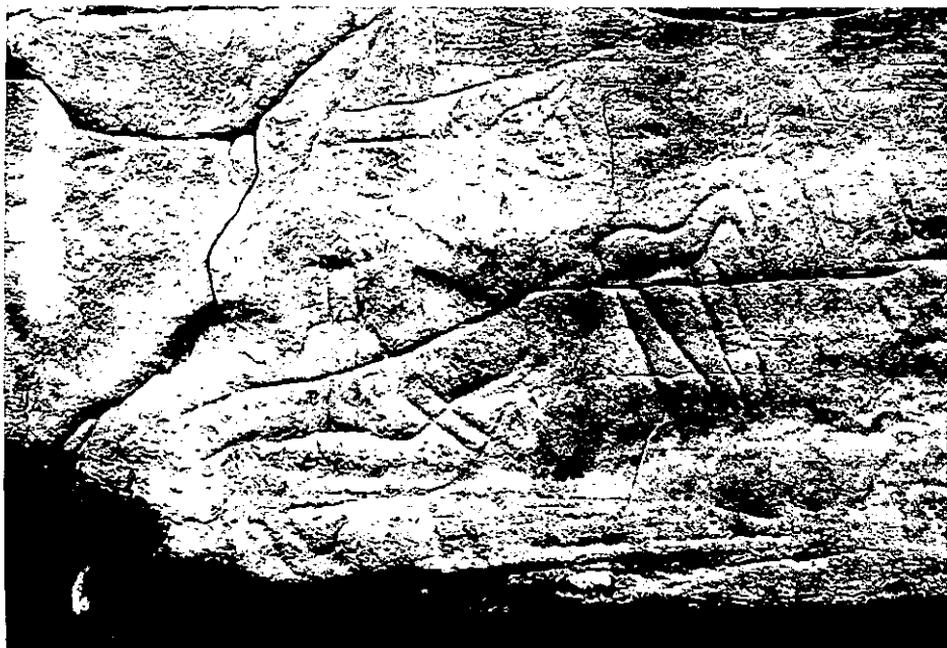
LAM. I.— Vista general de La Peña los Plantíos y Abrigo del Cubillejo, descubiertos ambos entre la celebración del I y II Symposium de Arqueología Soriana. (Fotografía: A. Plaza).



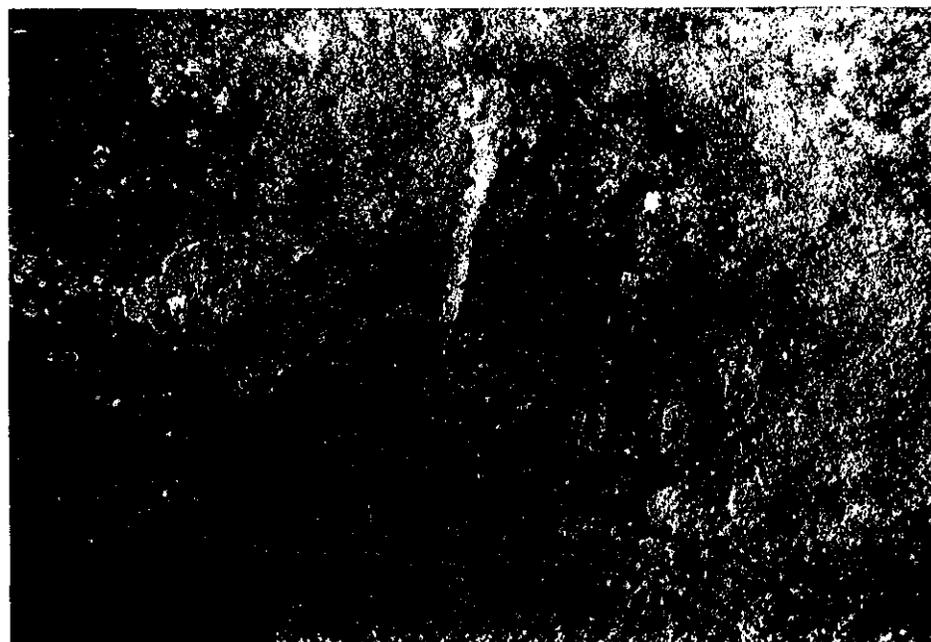
LAM. II.— Dos detalles del Grupo III de La Peña los Plantíos con representación del pectiniforme, escutiforme, cuadrúpedo y contorno lineal de la posible estela pintada. (Fotografía A. Plaza).



LAM. III.— Covarrubias (lám. superior) y Cueva Maja (inferior), son dos de las cuatro cuevas con grabados en territorio soriano. (Fotografía: E. Gómez-Barrera y A. Plaza).



LAM. IV.— Grabados al aire libre en el Barranco de la Mata, en Sotillos de Caracena.
(Fotografía: E. Gómez-Barrera).



LAM. V.— En la lám. superior se reproduce un detalle del Grupo III.D del Barranco de la Mata y en la inferior un cuadrúpedo de la Cañada del Monte (Retortillo), ambos en técnica de repi-
queteado. (Fotografía: E. Gómez-Barrera).

SESION DE PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA

PONENCIAS

EL POBLAMIENTO DESDE EL NEOLITICO A LA EDAD DEL BRONCE: CONSTANTES Y CAMBIOS

A. JIMENO MARTINEZ*
J.J. FERNANDEZ MORENO**

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.

** Servicio Territorial de Cultura. Soria.

Cuando nos planteamos esta ponencia nos preguntamos qué podíamos aportar nuevo y de qué bases de conocimiento nuevas disponíamos que ampliaran nuestro conocimiento o/y ofrecieran nuevas perspectivas del Calcolítico y Edad del Bronce. Es evidente que este planteamiento necesitaba un punto de referencia, es decir en relación a qué momento o cuando; desde nuestro punto de vista y desde la perspectiva provincial, el punto de partida obligado era el anterior symposium, celebrado en Diciembre de 1982.

Para ello consideramos necesario sondear las diferentes parcelas, que podían proporcionar esta base documental y comparativa con la etapa cerrada en 1982, aunque el verdadero conocimiento de estas aportaciones, es decir la publicación de las actas, no tuvieron lugar hasta 1984.

Para intentar buscar esos datos y apoyos, comenzamos por fijar nuestra atención en las excavaciones y descubrimientos arqueológicos que se han llevado a cabo en estos últimos siete años, teniendo en cuenta tanto las excavaciones contempladas en la programación normal, como las realizadas por vía de urgencia. Son siete los yacimientos excavados que ofrecen niveles desde el Neolítico a la Edad del Hierro: El Castillejo de Garray, San Pedro de Caracena, El Parpantique de Balluncar, Los Torojones de Morcuera, el dolmen del Alto de la Tejera de Carascosa de la Sierra, Cueva Maja de Muriel de la Fuente-Cabrejas del Pinar y el Castro de la Barbolla. También hay que contar con la excavación programada de el Balconcillo de Uceró, que vendrá a completar una excavación de urgencia realizada anteriormente (De La Rosa, 1990 y 1991).

Indicios de ocupación de la Edad de Bronce han aparecido en otras excavaciones o yacimientos cuyo objetivo era el estudio del mundo celtibérico, romano o medieval, como las necrópolis celtibéricas de Carratiermes —con cerámicas campaniformes y material lítico, tema de una de las comunicaciones a esta reunión— y San Marín de Uceró —por debajo de la necrópolis se localizó una estructura de habitación y un pozo de cenizas, a los que se asociaban dos fragmentos cerámicos decorados de factura neolítica, un núcleo de sílex y algunos restos faunísticos (García-Soto, 1989: 62)—; así como las excavaciones de el Arco Romano de Medinaceli (comunicación oral de M.^a Marine; Borobio, Morales y Pascual, 1989: 103) y el Castillo de Gormaz, que han puesto al descubierto cerámicas de un nivel de base de la Edad del Bronce (Zozaya, 1989: 107).

La mayor parte de este conjunto de yacimientos corresponden al Bronce Antiguo y Bronce Medio, uno al Calcolítico Final (El Castillejo de Garray), otro al Bronce Final (El castro de la Barbolla); finalmente al Neolítico hay que atribuir el dolmen de Carrascosa de la Sierra, cuyo inicio se sitúa en este momento, y también las cerámicas de San Martín de Ucero.

Aunque faltan las memorias definitivas de casi todas estas excavaciones, no obstante se han publicado avances de las aportaciones más importantes de ellas; así el dolmen de Carrascosa ha sido recogido en un trabajo sobre el megalitismo provincial (Jimeno, 1988b) y es de nuevo analizado en una comunicación que se presenta a este Symposium. Por otro lado, los nuevos datos para la interpretación del Bronce Antiguo, que han proporcionado yacimientos como El Parpantique de Balluncar y los Torojones de Morcuera, junto a Cueva Maja (recientemente excavada y en proceso de estudio), son conocidos por diferentes trabajos (Revilla, 1985: 113-145. Jimeno, Fernández y Revilla 1988; Jimeno 1988) y son parte importante de la Tesis Doctoral que está redactando J.J. Fernández Moreno, coautor de esta ponencia. El estudio de los materiales prehistóricos de El Castillejo de Garray, procedentes de prospecciones, se realiza en el trabajo sobre el poblamiento prehistórico de Numancia y su entorno (Fernández Moreno, 1984) y también se alude a ellos en un trabajo sobre el pueblo de Garray (Morales, 1985); referencias a nuevas evidencias —se conocía de antiguo el hallazgo de una punta de flecha de bronce de forma lanceolada (Taracena, 1941: 49)— sobre el asentamiento de la Edad del Bronce por debajo de la ermita de San Pedro y del pueblo de Caracena se dan en diversos trabajos (Jimeno, 1984: 67) y también en este Symposium se presenta una comunicación sobre las excavaciones en dicha ermita, a la que remitimos. Finalmente las escasas aportaciones de El Castro de la Barbolla fueron incluidas como memoria definitiva en un artículo de la revista *Celtiberia* (Jimeno y Fernández, 1983).

Por lo tanto, las excavaciones nos proporcionan y en el futuro nos proporcionarán mayor documentación para una etapa que abarca desde el final del Neolítico al Bronce Medio y menor del Bronce Medio y Bronce Final.

Otro canal de información importante está constituido por los trabajos de prospección que se llevan a cabo en función del Inventario arqueológico y la Carta Arqueológica, de la que ya están publicadas las del Campo de Gómara (Borobio, 1985), Tierra de Almazán (Revilla, 1985) y pendientes de publicación las de la zona de Quintana Redonda (Pascual, 1986), Deza-Vicarias y Medinaceli; a las que hay que añadir, fuera de los proyectos anteriores, la del río Cidacos (Pascual y Pascual, 1984). Estos trabajos proporcionan una muestra representativa de las características del poblamiento de las diferentes etapas en esta provincia y por tanto también del Calcolítico y la Edad del Bronce, sobre todo de la zona centro y del reborde montañoso del Norte al Sureste.

Otro cauce de información y publicaciones lo aportan la revisión y estudio de los fondos del Museo Numantino dentro del proyecto que nos propusimos de dar a conocer todos los conjuntos del Calcolítico y de la Edad del Bronce y su problemática, estos han ido viendo la luz en diferentes revistas, así el conjunto arqueológico de la Pedriza de Ligos (Jimeno y Fernández, 1985), nuevos materiales de Pinar Grande y Amblau (Fernández y Jimeno, 1985), la cueva

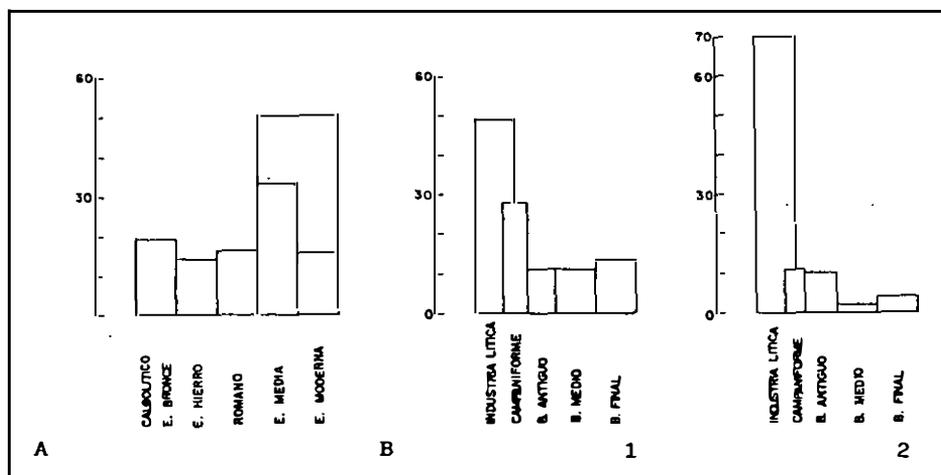


FIG. 1.— A. Excavaciones realizadas en la provincia de Soria desde 1982, distribuidas por etapas culturales. Se acusa el peso de las correspondientes a Edad media-Moderna, consecuencia de las actuaciones de restauración de monumentos en iglesias y edificios de este momento, con escaso reflejo, no obstante, a nivel bibliográfico. B. Representación porcentual del conjunto de yacimientos desde el Neolítico al Bronce Final: 1. Anteriores a 1982 y 2. Posteriores a 1982. Notesé que según se conoce mejor la zona se produce un peso mayor de los yacimientos Calcolíticos y del Bronce Antiguo.

del Peñal de Valdegeña (Jimeno, 1986), la cerámica campaniforme del Guijar de Almazán (Revilla y Jimeno, 1986), los materiales de transición del Bronce al Hierro de los Quintanares de Escobosda de Calatañazor (Jimeno y Fernández, 1985), el yacimiento campaniforme de la Mesta, en la Atalaya de Renieblas (Jimeno y Fernández, 1991) o sobre los objetos metálicos del Bronce Final (Fernández, 1988) y del conjunto de la metalurgia de la Edad de Bronce, que constituye el tema de una de las comunicaciones que presentamos a este symposium.

No obstante, dentro de este apartado documental y en la línea de revisión planteada hay que citar la Tesis de Licenciatura inédita, pero que ha proporcionado información a través de algunos trabajos comentados anteriormente, de J.J. Fernández Moreno, sobre «*El poblamiento Prehistórico de Numancia y su entorno*» —la revisión de los conjuntos líticos y metálicos de Numancia permiten situar su ocupación más antigua en el Calcolítico y Bronce Antiguo— y, sobre todo, la Tesis de Licenciatura de J.M. Carnicero Arribas, sobre «*Industrias líticas de superficie en la región soriana*», que revisa y pone al día con un enfoque nuevo estos conjuntos líticos llenando así un vacío que era básico para conocer el Calcolítico en esta zona (Carnicero, 1985). También en este apartado habría que contemplar las aportaciones al Arte Esquemático realizadas por Ortego y Gómez Barrera, pero la ponencia realizada anteriormente sobre este tema por el último de los autores nos evita hacerlo.

En el apartado de publicaciones, no queremos dejar pasar por alto algunas síntesis o estudios de conjunto, que sin duda alguna, junto a una visión global, han proporcionado nuevos enfoques y planteamientos para afrontar el estudio de estas etapas culturales; destaca el volumen sobre «*Prehistoria del Valle del Duero*», en la Historia de Castilla y León publicada por Ambito (Delibes, Fernández, Romero y Martín, 1985) o la realizada sobre este marco provincial en la Historia de Soria del C.E.S. (Jimeno, 1985) y la más concreta sobre «*La investigación de Bronce Antiguo en la Meseta Superior*», en la que se vierten hipótesis o planteamientos que manejamos también aquí (Jimeno, 1988).

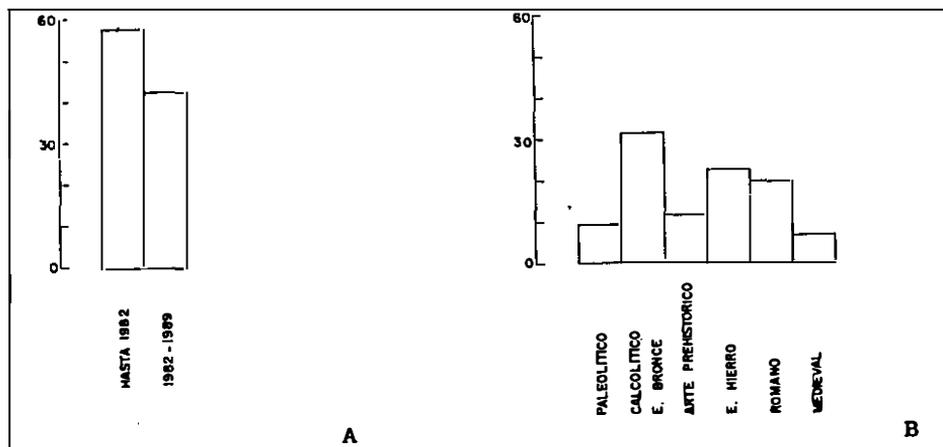


FIG. 2.— A. Publicaciones del Calcolítico y Edad del Bronce hasta 1982 y en el período comprendido entre los dos Symposium. B. Representación porcentual de las publicaciones arqueológicas realizadas sobre el marco de la provincia de Soria, distribuidas por etapas culturales.

PLANTEAMIENTO PARA LA INVESTIGACION DEL CALCOLITICO Y EDAD DEL BRONCE EN LA PROVINCIA DE SORIA

Desde los modelos invasionistas anteriores —Cultura de las Cuevas, Campaniforme o Argárica— que explicaban estas etapas culturales y los cambios, en la zona del interior peninsular; por fenómenos exógenos expansionistas de esas culturas, se ha pasado a contemplar las propias bases tradicionales y desde ellas buscar las explicaciones del cambio, sin negar o rechazar la aportación o la llegada de elementos exógenos por difusión o aculturación.

Se trabaja no sobre un único fenómeno o manifestación cultural estandarizada —que en la bibliografía anterior parecía explicar todo—, sino procurando conocer como ese elemento o manifestación se integra o incorpora en los contextos culturales existentes; preguntándose, a su vez, ¿por qué o cual es la causa que explica la demanda o necesidad de incorporar nuevos elementos de prestigio, tecnológicos o de cultura en general, por los grupos tradicionales?

Por lo tanto, frente al monolitismo explicativo anterior tanto cultural como geográfico —un mismo fenómeno o manifestación cultural servía como explicación a un amplio marco peninsular, cuanto más desconocido mejor, ya que así se aplicaba sin ningún impedimento, o todo leve conocimiento local, quedaba oculto por el peso del fenómeno generalizador—, se trata de estudiar y conocer los contextos tradicionales y su diversidad y de que manera ésta tienen relación con las características o diferenciación geográfica y económica, considerando la posibilidad de ordenar los distintos contextos, no sólo de forma diacrónica, sino también sincrónica.

Esto está en contra, como hasta ahora se ha venido haciendo, de realizar la determinación cultural sólo y exclusivamente por algunos fósiles directores —cerámica decorada campaniforme o elementos metálicos con ella asociados, cerámicas excisas o de Boquique—, quizás necesario en un momento inicial de la caracterización cultural, pero claramente insuficientes como definidores de cultura; se trata, por tanto, de conocer o profundizar en el conocimiento de los contextos; valorando el conjunto de la cultura material y las características del entorno ambiental en el que se inserta el yacimiento.

En este sentido, se impone el estudio y entendimiento de las etapas culturales con perspectiva más amplia que la sola visión de un momento o de unos materiales y un yacimiento; es necesario, para entender los cambios o los procesos a lo largo de un marco cronológico, tener un amplio panorama del comportamiento del poblamiento y los contextos culturales en la fase anterior, así como en la siguiente, al menos, ya que ello nos permitirá conocer las constantes y cambios —no sólo de algunos elementos tecnológicos, que no tienen por que afectar a la organización socio-económica—, de patrones, número de asentamientos, explotación económica y organización social; por eso hemos denominado nuestra ponencia «*El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios*».

En una palabra, se trata de la necesidad de prestar atención a los aspectos económicos y paleoecológicos que sirven de base y explican el desarrollo cultural, en una visión integrada con la cultura material —cerámicas, útiles óseos, líticos, etc— y los rituales de entierros asociados (Harrison, 1984: 290-291; Martínez Navarrete, 1979: 101).

BASE NEOLÍTICA DEL PRIMER POBLAMIENTO INTENSIVO DE ESTA ZONA

El inicio del primer poblamiento intensivo y con continuidad en esta zona tienen una base neolítica, que hay que relacionar con los enterramientos colectivos —el número de los conocidos es todavía reducido, pero recientes hallazgos en Dombellas y Casa Fuerte de San Gregorio abren nuevas expectativas—, que proporcionan dos tipos de monumentos: con estructura dolménica de corredor, como el del Alto de la Tejera de Carrascosa de la Sierra, o carente de aparejo megalítico, en fosa tumular, como el tradicionalmente citado del Cementerio de los Moros de Valdegeña (Benito, 1892: 615; Delibes, 1976: 145).

Otros posibles enterramientos colectivos sin que se pueda determinar si poseían estructura megalítica, como parece probable en el caso de la Alberca de Fuentecaliente de Medina, —se observan todavía los grandes ortostatos desmontados y amontonados— y, con amplio margen de duda, en la Losilla de Noviercas y Aguaviva de la Vega (Jimeno, 1988b: 26-27).

En el futuro, cuando la muestra y el registro sean más amplios, podremos plantearnos si la diferencia constructiva de estos monumentos guarda relación con el tipo de aprovechamiento, de características más estrechamente ganaderas, como ocurre con el dolmen de Carrascosa, y con zonas de aprovechamiento más diversificado, es decir con posibilidades agrícolas y ganaderas al mismo tiempo, como sucede en el caso de las fosas tumulares de Valdegeña y la posible de Noviercas; aunque hallazgos como la Alberca de Fuentecaliente y los recientemente localizados indican la presencia de estructuras dolménica también en estos ambientes diversificados.

Por otro lado, en cuanto a las diferencias constructivas hay que valorar las implicaciones de inversión de trabajo y duración temporal, que podrían tener una incidencia en los dos tipos de arquitectura; es decir mayor inversión y durabilidad para los megalitos y una mayor concreción temporal —quizás suscitadas por acontecimientos o situaciones provisionales y excepcionales— para los enterramientos en fosa, como parecen apuntar los datos que se conocen de este tipo de inhumaciones (Galán, 1984-85: 57-67), que podríamos concretar en el enterramiento de Villanueva de los Caballeros de un momento antiguo, de finales del cuarto milenio (Delibes et alii, 1987: 184) o de un momento tan reciente, finales del Calcolítico en torno a 1800 a C. para la Atalayuela de Agoncillo en La Rioja (Barandiaran, 1978).

No obstante, este escueto panorama dolménico presenta las mismas características y diversidad que en otras zonas de la Meseta Norte; así, ofrece un horizonte tan antiguo, determinado por la presencia de microlitos —segmentos, trapacios y triángulos—, que permite situarlo en un momento final del IV milenio, como apuntan las cronologías radiocarbónicas que se conocen para los dolmenes de Sedano de Burgos y la fosa tumular comentada de Villanueva de los Caballeros de Valladolid (Delibes et alii, 1986: 32-33).

Estos lugares de enterramiento continuaran utilizandose durante el Calcolítico, como se advierte por las puntas foliaceas y pedunculadas, más o menos desarrolladas, con retoques cubrientes, llegando hasta sus momentos finales e inicios de la Edad del Bronce, como lo prueba la presencia de cerámica campaniforme en el dolmen de Carrascosa y en La Losilla de Noviercas. Finalmente, también en el posible dolmen de Fuentecaliente aporta materiales del Bronce Final, que indica su reutilización en épocas posteriores, como se ha comprobado frecuentemente en ese tipo de monumentos (Delibes et alii, 1982 y 1986).

En relación con los enterramientos colectivos hay que mencionar las cuevas naturales, que anteriormente han servido como alternativa —consideradas estructuras paramegalíticas (Delibes, 1976)— ante la ausencia de dolmenes en esta zona; pero los conjuntos que estos lugares aportan —independientemente de los problemas que plantean de identificación y atribución, así como la relación

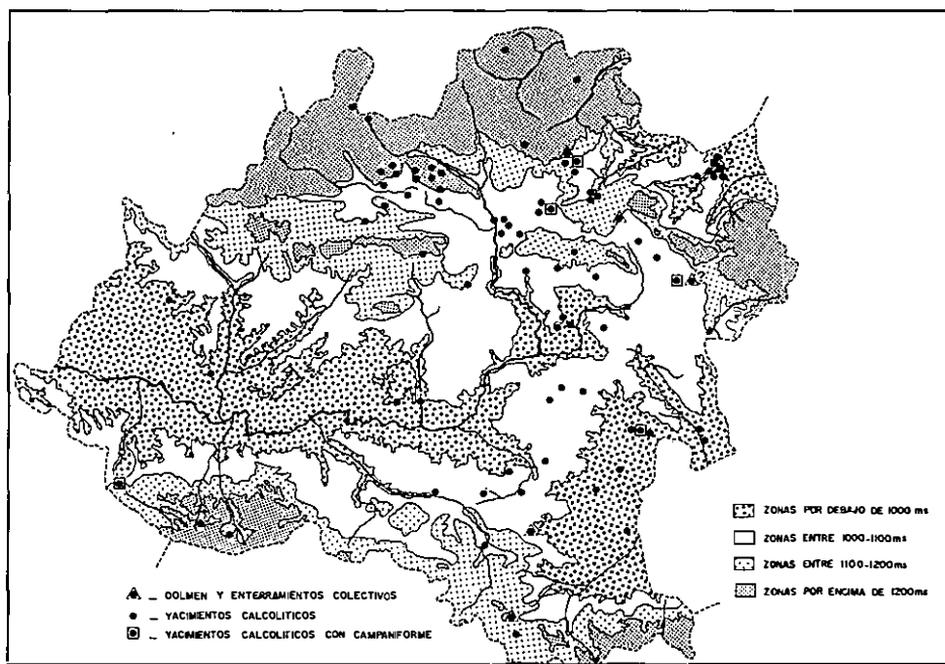


FIG. 3.— Distribución de los yacimientos Calcolíticos, dólmenes y enterramientos colectivos, con su referencia altimétrica.

de ajuares y restos humanos, por encontrarse generalmente alteradas y revueltas (Fernández y Galán, 1986)—, no tienen materiales antiguos o tan antiguos (microlítos geométricos) como los que presentan los dólmenes (Andrés, 1977: 114-117; Fernández y Galán, 1986), por lo que su utilización más generalizada como lugares de enterramiento, independientemente de la ocupación que algunas ofrecen desde el Neolítico —La Vaquera (Zamora, 1976), la Nogeleda (Municio y Ruiz Gálvez, 1986), Atapuerca (Apellaniz y Domingo, 1987)—, parece corresponder a un momento de Calcolítico avanzando y sobre todo del Bronce Antiguo, por lo que hablaremos de este fenómeno cuando tratemos esta etapa.

También conocemos una serie de yacimientos o lugares, a lo largo de todo el reborde montañoso, con restos de microlitismo geométrico, relacionables con el momento inicial de los dolmenes y con el inicio de la ocupación intensiva de esta zona; se trata de asentamientos estacinales como Peña Calarizo de Langosto, La Atalaya de Renieblas (Carnicero, 1985: 74, 124), el Chozo Redondo de Suellacabras, El Sillar, La Mina, Los Terreros y el Ruejo de Debanos (Carnicero, 1985: 38 y ss), Peña la Moza de Paredesroyas (Borobio, 1985: 102; Carnicero, 1985: 109 ss.), zona de Tiermes y la Pedriza de Ligos (Jimeno y Fernández, 1985: 161-165).

EL CALCOLITICO: CONSOLIDACION DEL PRIMER POBLAMIENTO INTENSIVO

Las características apuntadas para el poblamiento anterior se mantendrán y desarrollarán a lo largo del Calcolítico, continuidad también acusada en las estructuras funerarias. A este momento hay que atribuir un grupo de asentamientos —parecen algo más reciente que los anteriores o al menos se desconocen en ellos microlíticos geométricos— como Renieblas II en la Atalaya de Renieblas, la Tejera de Gomara, un lugar desconocido de Villar del Campo, del que se conservan materiales en el Museo Numantino, y Peña Toscal de Debanos, con puntas foliaceas y romboidales; son ya relativamente frecuentes en estos yacimientos la presencia de cerámica y útiles pulimentados (Carnicero, 1985).

Hay que citar finalmente otro grupo de hallazgos como Aguaviva de la Vega, Alto de la Tejería de Debanos (Carnicero, 1985: 27 y 50), Cerro del Hombre Muerto de Alconaba (Borobio, 1985: 14-15; Carnicero, 1985: 32-33), El Castillejo de Garray y la Mesta en la Atalaya de Renieblas (Jimeno y Fernández, 1991), por las características de sus conjuntos en los que están presentes las puntas líticas pedunculadas y de pedúnculo y aletas, así como útiles pulimentados y cerámicas, entre las que ya destacan las campaniformes.

A estos hallazgos comentados hay que añadir los de puntas foliaceas, pedúnculo, pedúnculo y aletas, así como hachas y azuelas, que se han recogido por toda la provincia, de forma aislada o en los más diversos contextos arqueológicos, consecuencia de su carácter talismánico —relacionado con el rayo— que han mantenido a lo largo de los tiempos (Taracena, 1941: 184; Carnicero, 1985: fig. 48).

Características del poblamiento

Los yacimientos con industria lítica de superficie se concentran fundamentalmente en el reborde montañoso, ofreciendo mayor intensidad la zona del Sistema Ibérico y únicamente algunos se sitúan en el centro, no montañoso.

Podemos distinguir tres patrones de asentamiento, que guardan relación con las características geográficas y de aprovechamiento de cada zona; así en el reborde del Sistema Ibérico se observa como los hallazgos se localizan agrupados, es decir están muy próximos entre sí, generalmente unos en zonas bajas y otros en las elevaciones próximas o inmediatas, como los de la zona de EL ROYO, DERRONADAS, LANGOSTO, GARRAY, CARRASCOA de la SIERRA, SUELLACABRAS y DEBANOS. En el reborde Sur o del Sistema Central se alinean, dispuestos algo más aisladamente, en la parte superior de sierras y serrijones, dominando los cañones de los ríos, como la Pedriza de Ligos, o al pie de oquedades y abrigos como los dudosos, por su deficiente documentación, de la Cañada de Monte, cuevas del Monte y los Poyadillos de Retortillo, Tarancueña y Valvedizido (Taracena, 1941: 142 y 159; Carnicero, 1985: Fig. 48). Por el contrario los que se sitúan en las altiplanicies centrales del río Rituerto y Duero se disponen en llano, como los de Peña la Moza y Canto Blanco de Paredesroyas (Borobio, 1985: 101-108; Carnicero, 1985: 104-120) o La Granja de Cabanillas (Revilla, 1985: 148-150).

Si analizamos las características de los asentamientos de la primera zona, tendremos que admitir inicialmente que la proximidad de algunos yacimientos de esas agrupaciones se pueden explicar por presentar diferentes cronologías entre sí, lo que ha quedado evidenciado anteriormente al hablar de los componentes industriales de los conjuntos de Langosto, Renieblas y Debanos.

Pero otros presentan coincidencia o proximidad temporal, disponiéndose unos en lugares elevados de amplia visibilidad y dominio de la zona y, por el contrario, otros en lugares bajos próximos a los ríos —los asentamientos elevados a lo largo de la Sierra de Carcaña del Royo, Derroñadas y Langosto alternan con otros situados junto al Río Duero como los Plantíos de Vilviestre de los Nabos, Los Jaraices y los Hitales de Langosto (Carnicero, 1985); así como, en Garray, el Castillejo y la Muela en donde se sitúa Numancia) se relacionan con la Vega y posteriormente con el Molino de Garrejo (Schulten, 1927: 74; Fernández Moreno, 1984; Morales, 1985: 37), lo que lleva a plantear distintas posibilidades para su explicación.

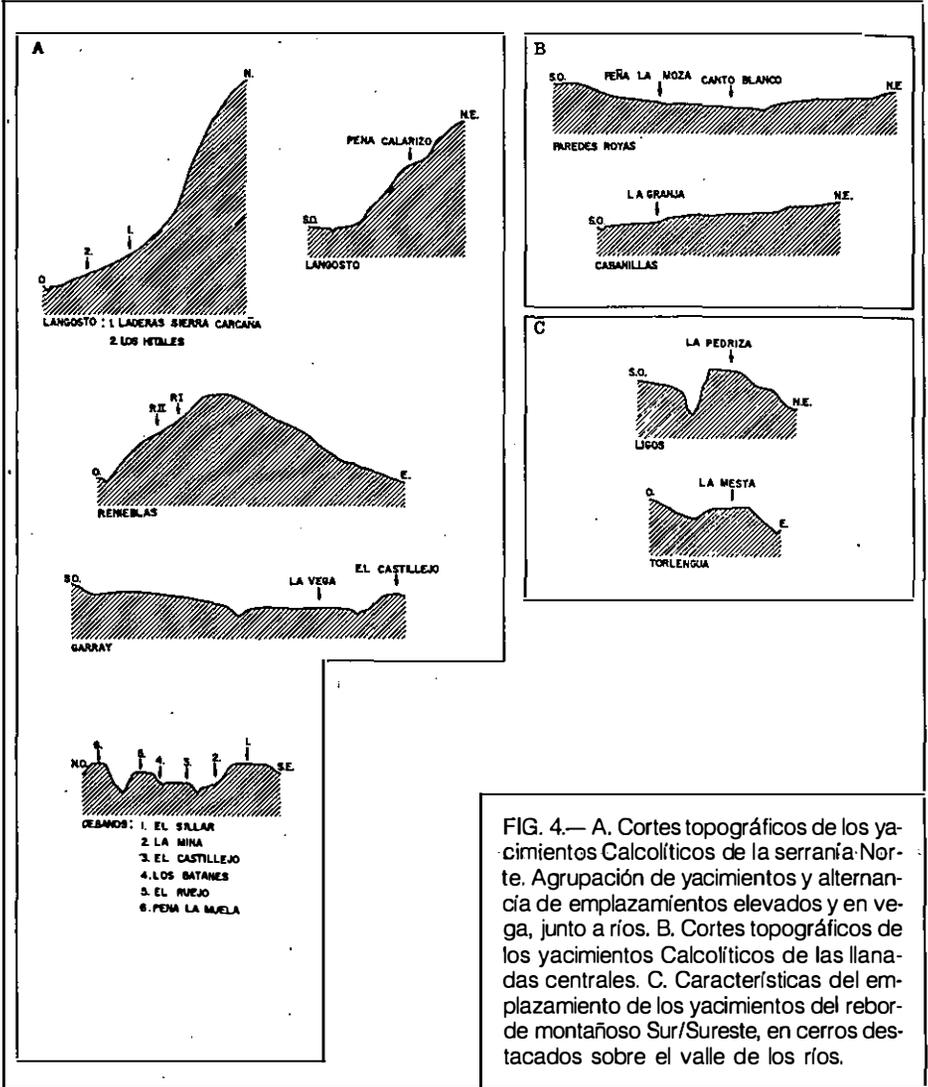
Podría existir una alternancia de asentamientos por épocas del año, en función del tipo de aprovechamiento en cada una de ellas, o en distintos años de acuerdo con las condiciones ambientales y politicosociales.

Otra posibilidad sería la existencia de un asentamiento desde el que se controlaba o dominaba la zona, que sirviera como punto de referencia a otros que explotaban el territorio circundante.

Este tipo de polamiento se extiende por la Serranía Norte —marco paisajístico y ambiental de aprovechamiento esencialmente ganadero—, pero se concentra en el piedemonte de las altas elevaciones del Sistema Ibérico, básicamente en la ladera Oeste de Sierra Carcaña, Alba, Castilfrío y Almuerzo, es decir, justo en aquellas zonas que junto a la ganadería permiten un aprovechamiento más diversificado como caza, pesca, recolección de vegetales y agricultura, aunque de esta actividad solamente tendríamos algunos indicadores indirectos poco concluyentes como hojas, dientes de hoz y molinos naviformes, en Los Plantíos de Vilviestre de los Nabos, El Castillejo y la Vega en Garray.

Todo parece indicar que los asentamientos más estables y los puntos de referencia de habitación más fijos se disponen en el piedemonte —zonas más bajas, más protegidas y de aprovechamiento más diversificado—; mientras, otra serie de hallazgos aislados y esporádicos de material lítico, que se localizan en las zonas altas de Cebollera, Urbión y otras del Sistema Ibérico, habría que relacionarlos con la actividad trashumante de estos grupos en época estival, en busca de pastos frescos— más todavía si tenemos en cuenta los efectos del Suboreal—, lo que se manifiesta en una menor intensidad de restos en cada lugar y una menor diversidad de tipos, ya que prácticamente los que se conocen se reducen a láminas y puntas.

El panorama que nos ofrece el reborde Sur y Sureste es un tanto diferente, ya que los yacimientos no están agrupados ni tan próximos unos a otros, sino más separados y alineados a lo largo del piedemonte del Sistema Central (Sierra Ministra y Pela), en zonas destacadas o dominando los cañones de los ríos.



Estas diferencias entre ambas zonas se observan y explican mejor, si tenemos en cuenta el comportamiento que en cada una de ellas ofrece actualmente el poblamiento y su distribución, adaptado a las condiciones geográficas de las mismas. Así en la zona Norte la mayor concentración esta proporcionada por la presencia de valles radiales, que describen una zona semicircular a modo de circo, cuya confluencia estaría entre Garray, Soria y Valonsadero; esta configuración condiciona la red general de comunicaciones, que se ven contrapesadas

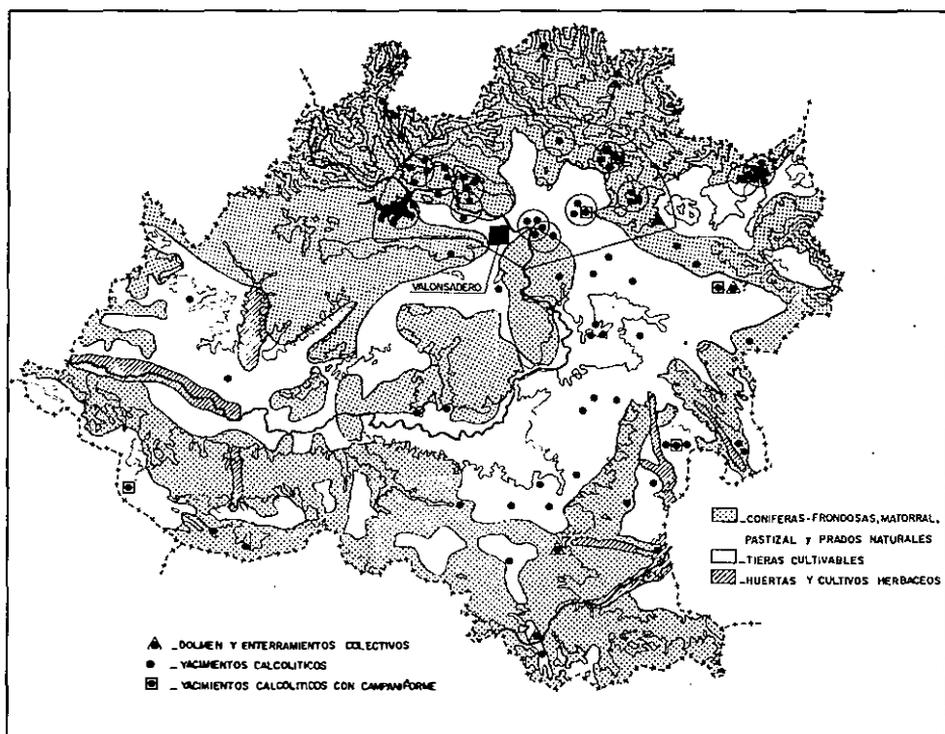


FIG. 5.— Distribución del poblamiento calcolítico. Aparece diferenciado el conjunto de la serranía norte con Valonsadero.

por la relación y visibilidad predominante entre yacimientos, establecida en sentido Este-Oeste Noroeste-Sureste; es decir faldeando las distintas vertientes montañosas. En este marco los pueblos actuales mantienen entre si una separación media de unos tres kilómetros.

Por el contrario, en la zona Sur el poblamiento se dispone en sentido reticular; es decir de Este-Oeste, a lo largo del piedemonte del Sistema Central y de los valles o cañones de los ríos, que paralelamente de Sur a Norte corren hasta el Duero, siendo difíciles las comunicaciones en sentido Este-Oeste. Estas características ofrecen una menor intensidad o concentración de poblamiento existiendo una separación media entre unos y otros de cinco a seis kilómetros.

El material lítico como base de intercambio y relación

A su vez, observamos que los grupos de esta zona demandan materiales líticos para la fabricación de útiles, ya que parte del sílex recogido —de tono blanco opalino y grisáceo, junto a los tipos autóctonos: grises marrones, rojos aporcelanados,

cremas y negros, básicamente del terciario y algunos secundarios— en los yacimientos comentados, corresponde a las afloraciones terciarias, conocidas en los sectores de Tarazona y Calatayud-Utrilla-Almaluez, proximos o a caballo entre Soria y Zaragoza; incluso existen algunos ejemplares de sílex vítreo y de tonos marrones —con aspecto de jaspe y ambar respectivamente—, de origen mesozoico, desconocido en esta zona y sus áreas más proximas (Carnicero, 1985: 185-193).

Por otro lado, la materia prima para la fabricación de hachas y azuelas pulimentadas —destaca en este sentido el conjunto de unos 35 ejemplares de Numancia, junto a otros ejemplares de distintos yacimientos— esta constituida por tres tipos de rocas: detríticas puras, metamórficas y plutónicas, con un predominio de las segundas y, sobre todo, de los esquistos, seguidos a cierta distancia de las pizarras, cuarzós filonianos, micacitas, y areniscas de grano fino. A excepción de las pizarras, que no presentan un núcleo localizado tan uniforme, el resto no se conocen en un radio de 90 Km. con centro en Soria capital, siendo el foco más proximo el situado en el triangulo Jadraque-Atienza-Riaza, en el Sistema Central; incluso, uno de los ejemplares de Numancia presenta inclusiones de cristales de granate, que situarían la procedencia de esta roca en la zona de Guadalix y Torrelaguna, en la comunidad de Madrid (Fernández Moreno, 1984: 68-69; Carnicero, 1985: 192).

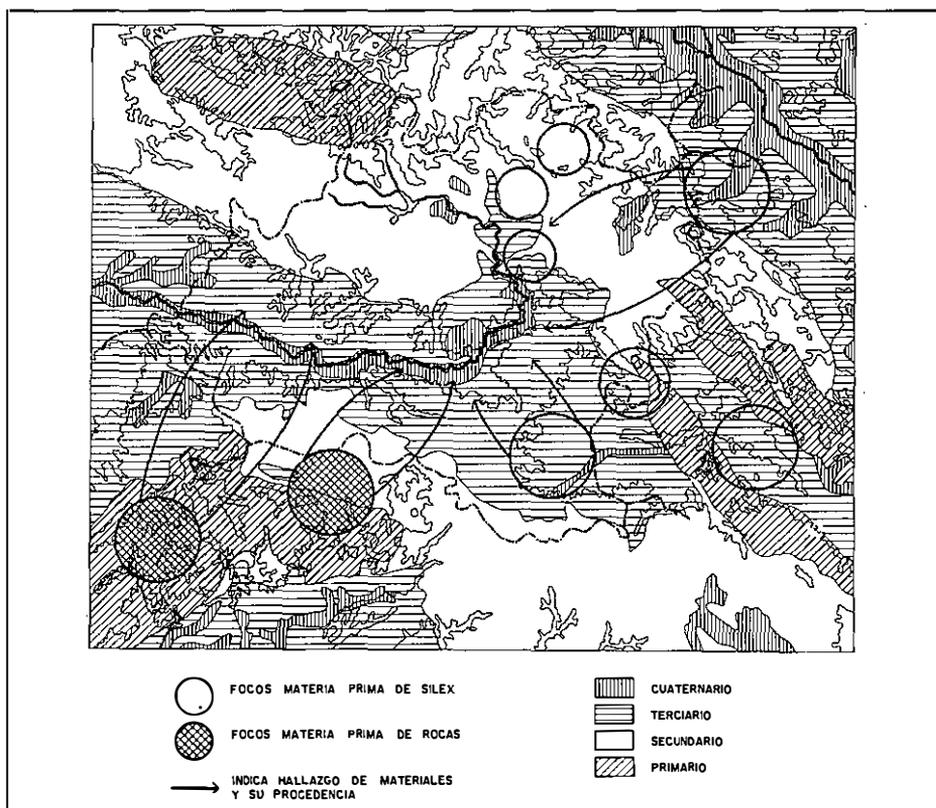


FIG. 6.— Focos de aprovisionamiento de material lítico.

RELACION DEL ARTE ESQUEMATICO CON EL CALCOLITICO Y BRONCE

Bases que permiten establecer esa relación

Las bases que podemos manejar en el momento actual —dejando al margen, por su imprecisión, los datos que se pudieran extraer de las interpretaciones de los motivos y escenas representadas— señalan la coincidencia de las pinturas y grabados de esta zona con niveles y contextos, que se sitúan desde el Calcolítico al Bronce Medio, a pesar de las dificultades —siempre presentes— de la relación estricta de niveles arqueológicos con las manifestaciones artísticas parietales.

En este sentido, hay que valorar una serie de excavaciones realizadas en algunos abrigos de Valonsadero, como los del Pozo y del Tubo —al pie de este último se recogió una piedra arenisca con perforación a modo de colgante, junto a fragmentos de cerámica a mano lisos y un borde de cuenco con su zona superior decorada con una línea de incisiones de puntos realizadas con punzón romo (Martínez Terroba e Higes, 1968: 113-114)—; posteriormente, Gómez Barrera y Baquedano realizaron trabajos de prospección en los abrigos de La Umbria del Colladillo —junto a fragmentos de cerámica moderna y cantos rodados se halló una lasquita de sílex— y en El Tolmo de Morellan también se obtuvo un fragmento de cerámica a mano, recubierto con engobe rojizo (Gómez Barrera, 1981: 99-105).

Mejores referencias proporcionan algunas cuevas con grabados de esta provincia, como Covarrubias de Ciria (Ortego, 1969: 210-215) y, sobre todo, Cueva Maja de Cabrejas del Pinar con niveles arqueológicos correspondientes al Bronce Antiguo —sin superar en cualquier caso el Bronce Medio—, con la posibilidad de relacionar en la segunda motivos reticulados de las cerámicas con los grabados de las paredes. A su vez, los abrigos pintados de la Pedriza de Ligos se relacionarían con el asentamiento calcolítico —en la cumbre de este amplio cerro— y del Bronce Antiguo —en la Cueva del Roto— (Jimeno y Fernández, 1985).

Los datos que poseemos de otras zonas próximas, confirman estas atribuciones cronológicas; así la cueva de los Enebralejos de Pradena, en Segovia—en la que se ha podido establecer relación entre los motivos grabados en la pared con un elemento mueble— se sitúa en el Calcolítico (Piñón y Municio, 1986-87) y una serie de cuevas con grabados en la zona alavesa presentan también contextos y fechas radiocarbónicas correspondientes al Bronce Antiguo.

Una referencia, para establecer el momento más antiguo de estas manifestaciones artísticas esquemáticas, estaría indicada por la presencia de estos motivos en los ortostatos de algunos dólmenes próximos a esta zona, como los de El Moreco de Huidobro —representación antropomorfa (Delibes y Rojo, 1989)— y el del Cubillejo de Lara —cuadrúpedos y ramiforme (Osaba et alii, 1971)— que permitiría relacionarlas con su construcción —aunque pudieron realizarse en una fase más avanzada de la utilización del monumento— y situarlas al menos desde los inicios del Calcolítico. Este marco cronológico —desde inicios del Calcolítico y sin remontar el Bronce Medio— es el que proporcionan los niveles de diferentes cuevas con motivos esquemáticos pintados en Provenza, para las que se apunta la posibilidad de que fueran ejecutados al principio del calcolítico, pero que su empleo —o su comprensión— se mantuviera hasta el Bronce Medio (Hameau, 1989: 78).

En la zona del Alto Duero, la referencia indirecta, que permitiría suponer también un límite inferior —o mejor un debilitamiento— en la realización de estas manifestaciones a partir del Bronce Medio, sería el brusco descenso poblacional acusado —reflejado en la reducción del número de yacimientos, como veremos posteriormente— a partir de ese momento; no obstante, esto no supone negar la consideración especial —ni posiblemente la incorporación de algunos motivos pictóricos nuevos— que estos abrigos y cuevas debieron seguir teniendo en momentos posteriores, constituyendo un punto de referencia común y simbólico para los grupos de esta zona.

Relación del conjunto pictórico de Valonsadero y los grabados rupestres del Sur, con el poblamiento

La concentración y características señaladas en la Serranía Norte coincide con la ubicación y emplazamiento del Conjunto de Arte Esquemático de Valonsadero (Ortego, 1951; Gómez Barrera, 1982) —amplio paraje de pastos situado en la confluencia de caminos y encrucijada de valles y ríos que descienden desde el abanico montañoso norteño— que ocupa un lugar central o privilegiado para estos grupos pastores en sus traslados Norte-Sur y a lo largo del Alto Duero y sus afluentes.

Valonsadero en este sentido debió ser un punto de relación y concentración de los grupos ganderos de la zona norte; reunión de ganados y pastores antes de la trahumancia estival a las sierras del norte y al regreso para la invernada, que dejaran por tanto plasmada en estos abrigos las características de su actividad y medio de vida; así como dónde se realizarían rituales en torno a esta actividad básica y otros aspectos relacionados con su subsistencia y organización, relaciones e intercambios entre ellos, comunicación de conocimientos y experiencias —criterios o normas que regularían los grupos y su actividad ganadera— y también lugar de culto de sus antepasados. En una palabra, era un punto de referencia común, que no era otro que su pasado común, como forma y medio de mantener sus señas de identidad y comunidad histórica.

Este lugar mantendrá este carácter y simbología para los grupos pastores serranos a lo largo de la Historia, así todavía en la Edad Media-Moderna con la Mesta, en esta zona confluían o separaban los grupos en su trashumancia hacia el Sur; y ha mantenido este carácter común tradicional en el momento actual, ya que a él están vinculadas las fiestas rituales ancestrales, relacionadas con el sol y el toro, monopolizadas posteriormente por el centro poblacional más importante de la zona como es Soria.

Por otro lado, las características que hemos apuntado para la zona Sur; en relación a la disposición y dispersión de los hallazgos, también se reflejan en la disposición de los restos artísticos, ya que en esta zona encontramos básicamente grabados, a excepción de las pinturas de Ligos (Cabré, 1941; Jimeno, 1985: 106-109; Gómez Barrera, ponencia anterior), que se disponen o distribuyen a lo largo de los abrigos —desde Conquezuela, junto a Medinaceli, hasta Ligos, continuando también por la provincia de Segovia— que proporcionan las alineaciones Este-Oeste del piedemonte del Sistema Central; es decir, se comportan de forma similar a la dispersión e individualidad que ofrecen en esta zona los hallazgos de material lítico.

EL HORIZONTE CAMPANIFORME Y EL TRANSITO AL BRONCE ANTIGUO

Las dos zonas de la provincia de Soria diferenciadas en lo geográfico y económico: el reborde montañoso y la zona centro del valle del Duero, se van a ver todavía más resaltadas desde el Calcolítico por la ocupación humana, que escoge los marcos serranos ganaderos y muestra escaso interés por la otra zona, que queda prácticamente despoblada.

En gran medida en las fases siguientes se mantienen estas características y la continuidad de los grupos calcolíticos tradicionales, ya que será básicamente en ellos en donde aparece la cerámica campaniforme y los objetos asociados con ella; de tal manera que estas nuevas manifestaciones se muestran incorporadas a los contextos y asentamientos tradicionales, por lo que no se puede plantear que la aparición o presencia de estas innovaciones trunquen o eliminen la tradición anterior:

En este sentido conviene que reparemos o señalemos como la supuesta «*Cultura Campaniforme*» se ha venido planteando como algo que rompía con la tradición anterior—a ello contribuyeron los datos aportados por algunos dolmenes, sobre todo el de San Martín de la Guardia en Alava (Barandiaran y Fernández, 1964) y, más recientemente, en menor medida, el de Peña Guerra II en Rioja (Pérez Arrondo, 1983: 54-55), en donde la fase campaniforme aparece separada de la dolménica anterior por un momento de interrupción (Delibes, 1977: 129)—y por tanto condicionaba la explicación de las fases siguientes. Pero el mejor conocimiento de los diferentes contextos tradicionales, zonales y regionales ha llevado a una revisión de lo campaniforme tal como se entendía (Criado y Vazquez, 1982: 86-88; Delibes y Santonja, 1987), pudiéndose observar como la mera presencia de una cerámica campaniforme o de un objeto relacionado con ella servía para definir un contexto como tal; de esta manera se metían en el mismo cajón y tenían la misma consideración, tanto un conjunto funerario, como un mero fragmento cerámico, objeto de metal, hueso o lítico considerado asociado, sin valorar si en el conjunto del contexto en el que aparecían eran elementos aislados o raros.

A esto hay que añadir, que los materiales considerados asociados al campaniforme de la Meseta —punta Palmela, puñal de lengüeta, punzón o lezna, botón de perforación en «V», brazal de arquero etc.— no sólo se asocian al campaniforme, sino que aparecen en contextos no campaniformes, bien diferenciados, del Bronce Antiguo peninsular y, además, cada uno presenta distinto origen. Por tanto, el planteamiento debe de orientarse a tratar de explicar o conocer la razón que lleva a los contextos tradicionales a demandar e incorporar objetos de variada procedencia.

Otra de las incógnitas que se plantea es si la cerámica campaniforme Ciempozuelos y el resto de los materiales a ella asociados tienen el mismo marco cronológico, que a todos les atribuyó la teoría del reflujo, o si, por el contrario, independientemente de que lleguen a coincidir cronológicamente, el momento inicial es diferente. En este sentido, si desligamos el campaniforme Ciempozuelos de su origen europeo, planteado por la teoría del reflujo (Sangmeister, 1963; Delibes, 1977: 144 ss.) y valoramos la presencia ya de otras especies campaniformes

en la Península Ibérica, desde la segunda mitad del tercer milenio —sin olvidar los vaivenes cronológicos que el horizonte Ciempozuelos esta acusando a la investigación (Delibes, 1977: 156-158; Harrison, 1977; Delibes y Esparza, 1985; Fernández Manzano, 1985; Harrison, 1988), unido a algunas fechas altas que equipararían en antigüedad el puntillado y el inciso (Barandiaran, 1975: 9 ss.; Balde-llou, 1981: 57 ss.; Poyato, 1984-85: 103-4); así como las fechas calibradas y su relación con algunas obtenidas por termoluminiscencia (Harrison, 1988; Soares y Cabral 1984; Poyato, 1984-5: 93 ss.), parece lógico pensar en la presencia de cerámica Ciempozuelos en la Meseta con anterioridad a la cronología que se admite para otros objetos metálicos y oseos, posteriormente asociados con ésta. En este sentido apunta también el yacimiento de Los Husos, en donde la cerámica campaniforme Ciempozuelos se sitúa en un nivel inferior, cubierto por otro posterior en el que aparece una punta Palmela (Apellaniz, 1974: 107, 129), lo que indicaría la anterioridad de esta cerámica a uno de los elementos metálicos, asociado con ella posteriormente.

No obstante, todo lleva a admitir que a partir de un momento que puede situarse en torno al siglo XIX a.C. —cronología inicial que se admite para las puntas Palmela (Apellaniz, 1974: 126; Arribas, 1976: 152; Delibes, 1977: 108-111; Delibes y Fernández Miranda, 1981: 181-182; Delibes, 1983), Puñal de lengüeta (Almagro, 1960; Delibes, 1977: 101-108 y 1983; Arribas y Molina, 1978), botones de perforación en «V» y puntas oseas (Delibes, 1977: 116-118)—, se observa una generalización de la metalurgia y la presencia de otros objetos de piedra y hueso; es decir asistimos, por un lado a una demanda de productos de nueva factura, que va acompañada de la presencia y generalización de enterramientos individuales en fosa, así como del cambio de patrones de asentamiento o tendencia a ocupar las zonas de campiña o sus márgenes, acompañados del incremento de útiles relacionados con el aprovechamiento agrícola como molinos, dientes de hoz o semillas o granos —trigo, bellotas—, a partir de ahora frecuentes; de la misma manera que las encellas o queseras, que indican el aprovechamiento generalizado de los productos lácteos (Jimeno, 1988. 117-118).

BRONCE ANTIGUO: DIVERSIDAD DE OCUPACION

Conocemos mejor ahora los asentamientos y enterramientos del Centro-Sur de la provincia que los de la Serranía Norte; no obstante, es en esta segunda zona donde encontramos mayor concentración de hallazgos metálicos, lo que mostraría la continuidad de ocupación en ella y, a su vez, mayor capacidad de demanda de nuevos productos —en los que se observa más un carácter de prestigio que utilitario— que otras zonas provinciales.

Por otro lado, serán ahora las tierras, escasamente ocupadas anteriormente y de claro aprovechamiento agrícola, próximas al Duero y Rituerto, en donde encontramos nuevos enterramientos individuales, que rompen con la tradición anterior, acompañados de un ajuar prestigiosos, que aglutina junto al vaso, cuenco y cazuela campaniformes, aquellos objetos de nueva aparición o procedencia, incluyendo, como en el caso de Villar del Campo, —junto a dos vasos puntillados,

una cazuela incisa, tres fragmentos de vasos incisos, restos de una de una hoja de puñal de lengüeta, una lezna—, elementos de oro, una cápsula o forro de botón (Delibes, 1977: 58-61 y 1978).

Más alterados y peor documentados nos han llegado los recogidos en la estación de Arancón —se conocen únicamente dos puñales de lengüeta y una punta Palmela (Delibes, 1977: 49-50)—, el de Cerro Gordo de Villalba del que se recogieron noticias, proporcionadas por los Hermanos Casas, sobre las características del enterramiento, que estaba acompañado por al menos un vaso cerámico —roto y abandonado—, un cuchillo-puñal de lengüeta y una punta Palmela (Revilla, 1985: 276-279); así mismo el difunto llevaba posiblemente al cuello un torques de paletas, también desaparecido. Junto a este tipo de enterramiento en fosa se tienen noticias también en la Mina de Alcubilla de las Peñas de otros individuales —según noticias de Cabré—, recogidas por Taracena, se hallaron numerosas sepulturas de inhumación formadas por grandes piedras que fueron destrozadas por los campesinos (Taracena, 1941: 30) que han sido interpretados como enterramientos en cistas (Delibes, 1977: 48), de los que han quedado una punta Palmela.

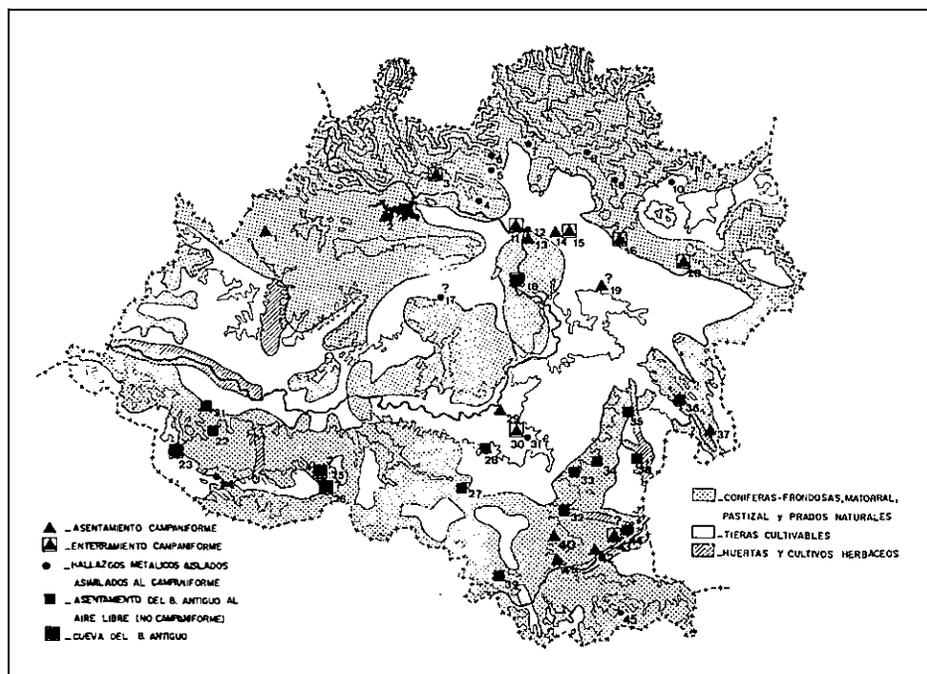


FIG. 7.— Distribución del poblamiento del Bronce Antiguo.

Estos enterramientos individuales en fosa con el ajuar estandarizado se van a desarrollar sobre todo en las ricas campiñas del centro y occidente de la cuenca del Duero, cuyas referencias son de sobra conocidas (Delibes, 1977), para los que existe la fecha de 1670 a. C. de Fuenteolmedo (Delibes y Municio, 1981: 75).

También será ahora cuando los enterramientos en los dolmenes y las fosas tumulares colectivas se vayan enrareciendo e incluso, como se documenta en el único dolmen excavado de esta provincia (Alto de la Tejera de Carrascosa de la Sierra), los ajuares campaniformes aparecen depositados como si se tratara de un enterramiento individual en fosa, realizado sobre el tumulo dolménico, pero fuera y por encima de la cámara y el corredor, como ha quedado constatado también en otros dólmenes de la Meseta Superior (Delibes y Santonja, 1986: 177).

Con los nuevos enterramientos individuales en fosa hay que relacionar una serie de asentamientos de la zona del Jalón como El Perchel de Arcos de Jalón (Lucas y Blasco, 1979), al aire libre, la cueva de la Mora de Somaen (Barandiaran, 1975); así como El Guijar de Almazán (Revilla y Jimeno, 1986), El Molino de Garrejo de Garray (Shulten, 1927: 74; Fernández Moreno, 1984) y el menos claro de Pinar Grande y Amblau de Abejar (Delibes, 1977: 55-56; Fernández Moreno y Jimeno, 1985) en la cuenca del río Duero. Estos contextos —al margen de la demanda general de objetos metálicos y no metálicos, que se observan por los grupos tradicionales—, son los que muestran una utilización más diferenciada de los mismos, —concentración en sus ajuares de forma estandarizada—, coincidiendo a su vez con asentamientos de nuevo cuño, vinculados a una mayor atención del aprovechamiento agrícola, lo que hace suponer una diferente base organizativa en la que la jerarquización queda diferenciada por las estructuras individuales de inhumación y la acumulación de elementos de prestigio.

Asistimos también ahora a la aparición de nuevos poblados al aire libre —bien conocidos de momento en la zona al sur del Duero y en los valles de contacto y relación con el Jalón—, situados en cerros de forma cónica en la zona de transición del paramo a la campiña, bien elevados y destacados —entre 1.000 y 1.100 m. de altura sobre el nivel del mar y entre 40 y 100 m. sobre la zona circundante—, de exiguas superficies y aislados, que dominan extensas zonas; así el Parpantique de Balluncar, protegido en su lado sur por la Sierra de Hontalbilla, domina hacia el Norte la amplia vega del Duero en la Tierra de Almazán; El Mirón-Chico de Villasayas sobre la estrecha vega del río Torete; Los Torojones de Morcuera y El Turronero de Peñalba dominan amplios valles del río Pedro y Madre, que se abren ya a la ancha campiña del Duero en la zona de San Esteban de Gormaz (Jimeno et alii, 1988), Cerro Gordo de Miñana sobre el río Henar; El Alto de la Cueva en Serón, Las Tres Cabezas y Cabeza Somera de Monteagudo de la Vicarias, se elevan sobre el valle de Nájima; El Cerro del Torrejón de Puebla de Eca sobre el estrecho valle del Arroyo de la Dehesa y Peña Dorada de Utrilla sobre el Arroyo Santa Cristina que desemboca enseguida en el Jalón. La situación estratégica de estos lugares está avalada por la instalación posteriormente de atalayas medievales, como se observa en El Parpantique, Alto de la Cueva, Peña Dorada y los Torojones.

Estos asentamientos, que ofrecen buenas defensas naturales, carecen de elementos de fortificación artificial y están constituidos por pequeñas viviendas dispuestas alrededor del cerro, dejando el espacio central libre, posiblemente destinado a actividades comunales. Por lo datos que ha proporcionado el yacimiento de El Parpantique, sabemos que las viviendas son de planta rectangular, de unos

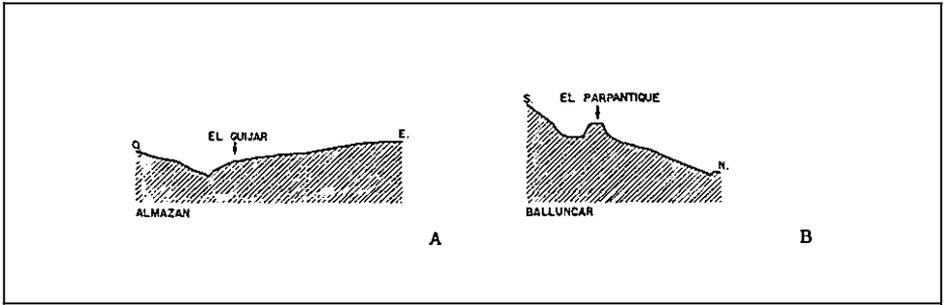


FIG. 8.— Características diferenciales de los asentamientos campaniformes en ligeros altozanos, junto a los ríos, y los del Bronce Antiguo, no campaniforme, en cerros cónicos muy elevados y de gran visibilidad.

ochos metros de largo por unos cuatro de ancho, compartimentadas en dos espacios: uno más pequeño en el que se dispone el hogar, de forma circular, y junto a éste una gran vasija de contención de líquidos o harinas con un cuenco en su interior, que servía como medida y recipiente para trasvasar: el otro espacio, de mayores dimensiones, estaba destinado a zona de actividad, como se desprende la presencia de molinos de mano y abundantes granos de trigo; al exterior de cada una de estas cabañas se dispuso un pequeño silo practicado en el manto natural, constituido por una gran vasija de gruesas paredes, que utiliza como desgrasante carbones vegetales, lo que le proporcionaba gran capacidad de aislamiento y conservación.

Estos asentamientos tienen poca potencia de ocupación, es decir debieron de tener un periodo de vida bastante corto, y su cultura material se reduce a abundante cerámica lisa y decorada con aplicación de cordones y pezones e impresiones de uñas y dedos, siendo más raros otros tipos de decoración como incisiones, boquique e incluso excisa; los restos líticos se reducen a láminas y casi como útiles exclusivos aparecen las hojas denticuladas de hoz, siendo escasos los restos oseos y más todavía los de metal, que se manifiestan únicamente en la presencia de algunos punzones, como en cueva Maja.

Estos yacimientos, que se sitúan en gran medida sincrónicos a los de la zona de campiña comentados anteriormente -1780 ± 30 y 1670 ± 30 aportadas por EL Parpantique y los Torojones—, conectan con los contextos tradicionales que conocemos en la zona sur del Sistema Central, pero nos proporcionan ahora indicadores de una mayor preocupación por el aprovechamiento agrícola, frente a la actividad ganadera predominante y casi exclusiva de la etapa anterior.

Junto a estos lugares de habitación hay que destacar el papel que en estos momentos desempeñan las cuevas, ya que será al final del Calcolítico y en el Bronce Antiguo cuando se observa una ocupación más generalizada de estos lugares naturales, no sólo en la Meseta, sino en una amplia zona peninsular, como lo prueba el análisis globalizado de los materiales y contextos de la mayor parte de estas cuevas —falta de microlitos geométricos y foliáceos y la presencia

de cerámica caracterizadas por la mayor proporción de vasos o vasijas de mediano y gran tamaño que presentan bien desarrollada y recargada la decoración plástica—, independientemente de las dificultades que se plantean a la hora de interpretar su funcionalidad y de relacionar los diferentes materiales, dado el carácter revuelto y alterado que estas ofrecen generalmente, junto a la posibilidad de que su utilización haya afectado a distintas zonas en diferentes momentos.

Algunas cuevas de esta provincia, en relación con otras dispuestas a lo largo del Sistema Central e Ibérico, fueron utilizadas como referencia para definir «*La Cultura de las Cuevas*» atribuida al Neoeolítico (Bosch, 1930 y Castillo, 1975) y siempre consideradas como lugares de habitación y enterramiento tradicional (Delibes, 1976); pero la presencia en algunas de estas cuevas como las de Torre Vicente y Abanco, con contexto cerámicos como los comentados, de un hacha y puntas de pedunculo y aletas de metal, nos indican un momento de utilización también de final del Calcolítico al Bronce Medio; junto a estas hay que citar en la misma zona la del Roto de Ligos que, como indica la revisión de sus materiales, hay que atribuir también a este momento. A esto hay que añadir, que la revisión de otra cueva clásica, la del Asno de los Rabanos —al margen de los problemas que su estratigrafía plantea— ha aportado una fecha que sitúa su momento más antiguo en 1910±50 a. C. (Eiroa, 1979: 59).

En este sentido, viene también a aportar nueva información cueva La Maja, situada entre Cabrejas del Pinar y Muriel de la Fuente, que estamos estudiando —la información de la existencia de materiales arqueológicos en esta cueva hay que agradecerse a la Cooperativa del Río de Abioncillo—, pero de la que podemos adelantar que se sitúa en este marco cronológico y que nos proporciona un carácter ritual o religioso. Presenta desde el punto de vista arqueológico dos zonas, una profunda y recóndita en la que se concentran los grabados rupestres —motivos geométricos de retículas, zig-zags, series en «*∨*» sucesivas y otros menos definidos—, en donde se descubrió un pequeño hoyo que contenía una cerámica que presentaba en su zona exterior del fondo un reticulado inciso, similar a los motivos grabados encima sobre la pared, así como un ídolo colgante de piedra y próxima una zona de fuego; desde aquí se accede a dos camarines, uno de mayores dimensiones, en los que aparecen los únicos motivos antropomorfos de la cueva. La otra zona está constituida por la sala central de la cueva, a la que se accede directamente desde la entrada, que ha proporcionado la mayor potencia arqueológica y una uniformidad en la distribución de los materiales, dispuestos o relacionados con hoyos o círculos de piedra en los que se realizaban deposiciones de vasos o vasijas, a veces rellenos de trigo, acompañados de pequeños ídolos-colgantes de hueso o piedra, cuentas de collar, puntas de hueso o punzones metálicos (el único tipo metálico conocido); este espacio mayor y más frecuentado parece estar limitado simbólicamente por cuatro motivos reticulados, grabados en cuatro puntos opuestos y que son los únicos que se encuentran fuera de la zona comentada anteriormente. Estos elementos son similares a los aparecidos en otros conjuntos, caso de la burgalesa cueva de Atapuerca (Apellaniz y Urribarri, 1976) o la segoviana de los Enebralejos (Piñón y Municio, 1986-7).

Por tanto, frente a la intensidad de ocupación que el Calcolítico representa para esta zona y la Meseta en general, el Bronce Antiguo aporta la diversificación de esta ocupación, relacionada con la ampliación o intensidad de explotación económica; así, junto a la tendencia decidida de unos asentamientos por la explotación agrícola, existen otros que se sitúan en los límites o márgenes del poblamiento tradicional, que tratan posiblemente de mantener la economía ganadera, pero a su vez de diversificar o incrementar sus recursos con una mayor preocupación por el aprovechamiento agrícola; es posible que haya que interpretar los nuevos asentamientos elevados, situados en el tránsito del paramo a la campiña, como consecuencia de esta evolución de los grupos tradicionales y/o desequilibrio entre grupos humanos y posibilidad de recursos —aumento demográfico y/o alteración climática y/o agotamiento de los pastos y recursos ganaderos por su aprovechamiento intensivo—, lo que llevaría a algunos grupos a buscar nuevas bases de subsistencia en la explotación agrícola de los piedemonte, que debió tener un carácter itinerante y estacional —basada en un cereal de ciclo corto— como cabe pensar por la escasa potencia de ocupación que ofrecen estos cerros. A su vez la situación estratégica sugiere una necesidad de control y vigilancia —control del territorio y competencia por el dominio económico de las campiñas y zonas próximas aptas para la agricultura— posiblemente propiciada por la competitividad entre grupos por el asentamiento en las zonas de aprovechamiento agrícola.

Estos grupos vinculados todavía más al reborde montañoso van a realizar sus enterramientos en las cuevas de esta zona, como las ya comentadas, o en pequeños covachos o abrigos que se conocen en las laderas de los cerros, donde se sitúan sus emplazamientos al aire libre, como lo indican diferentes noticias que nos han llegado en este sentido, así en el Parpantique y Alto de la Cueva, se conocen los abrigos y covachos ahora vacíos, en los que la gente del pueblo habla de la existencia de enterramientos. También noticias antiguas señalan la presencia de covachos y abrigos en la pendiente del cerro Uciel de Arcos de Jalón —sus cerámicas hay que situarlas en el Bronce Antiguo-Medio— y en las laderas próximas de El Sabinar y El Atalayo de Montuenga —con cerámicas atribuibles al Bronce Antiguo e incluso en el segundo, con la presencia de algún fragmento campaniforme— (Taracena, 1941: 38-39, 116-117).

BRONCE MEDIO: GENERALIZACION DE LA ECONOMIA MIXTA

A partir de finales del siglo XV e inicios del siglo XIV a. C., observamos una serie de yacimientos en la Meseta, de los que uno de los más significativos es el de Los Tolmos de Caracena, en esta provincia, en el que junto a las cerámicas lisas de buena factura y decoradas con cordones y digitaciones, se observa una presencia mayor y más rica de la decoración incisa —como ya hemos comentado ésta se conoce en escasa proporción, con decoraciones muy simples: alineaciones de finas incisiones, fino reticulado y simples zig-zags, en los yacimientos del Bronce Antiguo— con motivos reticulados, en zig-zag, línea cosida, triángulos, pero sobre todo de motivos en espiga, tanto simples como agrupados.

En el Bronce Medio, cuyo momento inicial estaría indicado por los Tolmos, hay que citar la cueva de Arevalillo, en Segovia (Fernández-Posse, 1979 y 1981) y la Plaza de Cogeces, en Valladolid (Delibes y Fernández, 1981). Atendiendo a semejanzas decorativas y formales que algunas cerámicas de estos yacimientos ofrecen con las de Cogotas I, algunos autores han valorado estos contextos como de un momento inmediatamente anterior, todavía diferenciado de la fase siguiente, que han denominado Pre o ProtoCogotas (Delibes y Fernández, 1981; Delibes y Esparza, 1985; Fernández Manzano, 1985), pero para otros este representaría ya la fase inicial de la cultura Cogotas I (Fernández-Posse, 1982: 156).

Desde esta perspectiva, este marco cronológico y cultural, correspondiente a un Bronce Medio convencional, ha estado condicionado, en primer lugar, por su desconocimiento y, en segundo lugar, por el aprovechamiento que del mismo se pretendió hacer; inicialmente, para el campaniforme y, posteriormente, a favor de Cogotas I. Así frente a la tendencia anterior a llenar esta etapa con la prolongación campaniforme, el denominado Epicampaniforme o Campaniforme tardío (Palol, 1969: 305; Molina y Arteaga, 1976: 157 ss.), existe ahora la pretensión de situar el inicio de Cogotas I en una mayor antigüedad, elevando el final del campaniforme (Delibes y Esparza, 1985: 149; Fernández y Manzano, 1985: 56-57). A ello ha contribuido, por un lado algunos yacimientos meseteños con cerámicas atribuidas a Cogotas I, como Los Tolmos y Arevalillo con cronologías altas del siglo XV-XIV a. C. e incluso fechas del siglo XVI en Atapuerca (Apellaniz y Domingo, 1987); por otro la revisión al alza de los niveles de aquellos yacimientos del Sureste y Sur peninsular —Cuesta del Negro (Molina y Pareja, 1975: 55-56) y Cerro de la Encina (Arribas et alii, 1974: 142-146)— en los que aparecían cerámicas tipo Cogotas se consideraron inicialmente posteriores al mundo argárico, han sido atribuidos posteriormente a un momento del Argar Tardío o C, es decir en torno al siglo XIV (Molina González, 1978: 205), lo que indica también Fuente Alamo (Schubarta y Arteaga, 1980: 271-272).

A estos, datos se añaden los del Setefilla, donde en los niveles XV, XIV, que situarían en una cronología del siglo XVI, se recogieron cerámicas con motivos decorativos que se relacionan con Cogotas I (Aubert et alii, 1983: 57 ss.).

Todo ello ha llevado a subir el inicio de Cogotas I, a partir de finales del Bronce Antiguo, y elevar el final del declive campaniforme, a partir del siglo XVII a. C., y a cuestionar en la Meseta la existencia de un Bronce Medio por los problemas que conlleva su concreción cultural, independientemente de su marco cronológico convencional (Delibes y Esparza, 1985: 149; Fernández Manzano, 1985: 56-57); pero al mismo tiempo esto supone un enorme marco cronológico tanto para el conjunto de Cogotas I como para su momento de genesis, lo que resulta difícilmente aceptable.

Junto a los Tolmos, Cogeces y Arevalillo se distinguen en la Meseta Superior unos treinta lugares que podrían ser atribuidos a este horizonte cultural —su deficiente conocimiento en general, esta expuesto a los cambios que planteen las nuevas excavaciones y hallazgos—, que muestran una diversidad de emplazamientos, en cueva —Arevalillo en Segovia (Fernández-Posse, 1979 Y 1981);

Atapuerca (Apellaniz y Uribarri, 1976; Apellaniz y Domingo, 1987), Ojo Guareña (Palol, 1967), San García y la Aceña en Burgos (Esparza, 1978: 78; Delibes y Esparza, 1985); en Soria, La Cueva del Asno (Eiroa, 1979) y, más problemática, Covarrubias de Ciria (Ortego, 1969)— o al aire libre, tanto en cerros elevados con carácter estratégico —Alto de la Yecla, la Fortaleza (Esparza, 1978; Delibes y Esparza, 1985), Los Campos de Pancorbo (Abasolo, 1980) en Burgos; Valdosa en Tejada, las Pinzas (Palol, 1969) en Valladolid y Las Cogotas (Cabré, 1930) en Avila e incluso algunos con defensas artificiales —La Plaza de Cogeces y Bocos en Valladolid (Delibes y Fernández, 1983)—, pero los que más predominan son los emplazamientos en lugares bajos o lomas de escasa altura junto a los ríos —Los Tolmos, Quintanadueñas, Tudela de Duero, La Perrona de Gema, Los Verdiales de Bamba, El Palomar de Tagarabuena, Las Carretas en Casaseca de las Chanas (Martín y Delibes, 1976), La Gravera de Puente Viejo (Gonzales Tablas, 1984-85)— lo que indica una tendencia a ocupar aquellas zonas que permiten un aprovechamiento agrícola junto al ganadero tradicional.

Todos estos yacimientos ofrecen unos contextos bastante asimilables —prácticamente el elemento de relación es la cerámica— permitiéndonos hablar, a diferencia del panorama dibujado para el Bronce Antiguo, de una escasa diversidad —evidentemente se verá más resaltada, cuando estos yacimientos y conjuntos sean mejor conocidos— que puede ser consecuencia de la adopción ahora de forma general en la Meseta de un tipo de economía mixta, apoyada tanto en el aprovechamiento ganadero como agrícola.

No obstante tenemos que decir que los yacimientos en esta provincia se reducen a partir de este momento en relación con la etapa anterior; así junto a Los Tolmos solamente podemos citar la cueva del Asno y con mayores dificultades Covarrubias de Ciria, Cerro Uciel de Arcos de Jalón y algunos materiales de Castilviejo de Yuba, documentándose no obstante la diversidad de emplazamientos observada en la Meseta en general.

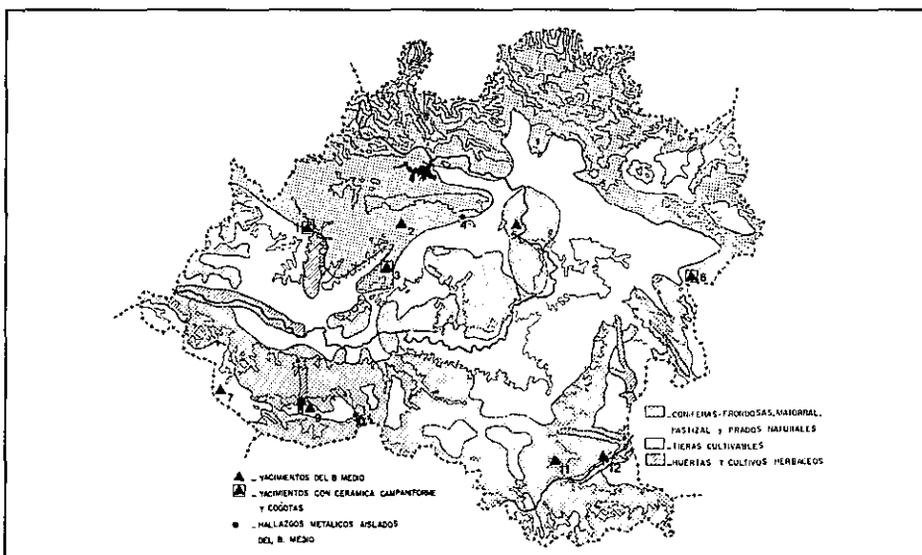


FIG. 9.— Distribución del poblamiento del Bronce Medio.

Del conjunto de yacimientos citados es el de Los Tolmos el que nos aporta mas luz sobre las características del habitat y el ritual funerario. Este asentamiento estaba constituido por un número reducido de cabañas —en las excavaciones se han podido documentar dos de diferentes dimensiones, que miden 3,60 m. por 1,60 m. y 6 m. por 2,5 m., con un mismo aspecto formal y constructivo— de forma rectangular, pero tendente a la ovalada al tener sus angulos matados. Su estructura era muy simple, ya que dos postes verticales y una viga horizontal —situada a 1,70 m. de altura aproximadamente— sujetaba las paredes y techumbres, que estaban realizadas con sucesión de troncos, de unos 12cm. de grosor, y los intersticios entre ellos eran cubiertos interior y exteriormente con cuñas de barro, que son las que nos han permitido reconstruir las dimensiones de los troncos y sus características; la estabilidad de los troncos y por lo tanto de las paredes techumbres se conseguía trabandolos a una determinada altura, por el interior; con una lineación de pequeños troncos, fibras o cortezas vegetales, ya que no existen agujeros en el suelo para su encaje. La puerta se abría en el lado largo, orientado al Este, hacia la pendiente del rio Caracena.

Los hogares que se disponen al exterior de las cabañas proximos a la puerta y tienen forma circular; están delimitados por piedras calizas de pequeño y mediano tamaño.

Este asentamiento temporal se ocupó durante la estación de primavera-verano, como ha podido determinar el estudio de la fauna, es decir, en el momento más calido del año; esto explicaría la disposición de los hogares fuera de los recintos de habitat y el hallazgo de gran parte de las cerámicas y material arqueológico, relacionado con la actividad doméstica, en el exterior; por tanto quedarían estas construcciones destinadas casi exclusivamente a la protección nocturna.

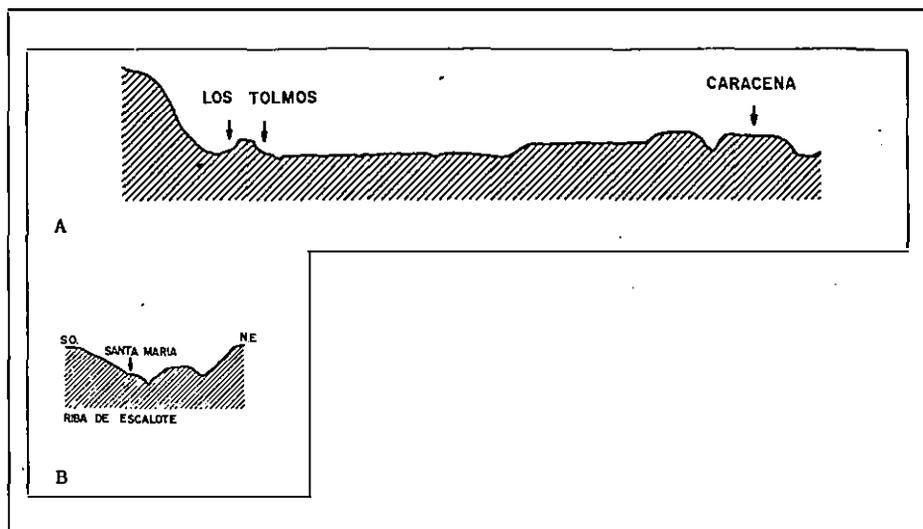


FIG. 10.— A. Corte topográfico con el emplazamiento de los Tolmos y Caracena, representativos del Bronce Medio. B. Características del emplazamiento de Santa María de la Riba de Escalote, posible yacimiento Cogotas I, sobre ligera loma del río.

Estos pequeños grupos practicaban un régimen ganadero mixto de ovicaprinos, bovidos y caballos, de tipo pastoril de temporada, apoyado en pequeños rebaños; este aprovechamiento ganadero se completaba, según los análisis polínicos (López, 1984), con pequeños cultivos de cereal —quizás una especie de ciclo corto—, cuya siembra y cosecha se podía realizar durante el período de tiempo que permanecían en este lugar —actividad apoyada por la presencia de dientes de hoz y los molinos de piedra—; también juega una relativa importancia la actividad cinegética, dirigida fundamentalmente a la caza de ciervo, jabalí y liebre (Soto, 1984).

Fuera de Los Tolmos solamente la cueva de Arevalillo nos proporciona algún índice de información destacable en este sentido, sobre todo, por tratarse de un lugar de habitación en cueva. En ella se han podido establecer funcionalmente dos zonas diferenciadas: el interior; zona dormitorio con los hogares, grandes vasijas y contenedores o silos de alimentos; el exterior; a la entrada de la cueva, dedicada a actividades artesanales y de transformación de productos (Fernández-Posse, 1979: 67-72; 1981: 59-62).

También el yacimiento de Los Tolmos —dejando al margen las noticias poco claras de enterramientos en vasijas o cistas de Villalmanzo en Burgos (Delibes, 1971)— es el que mejor documenta el ritual funerario en este momento cronológico del Bronce Medio de la Meseta superior. Además del enterramiento triple conocido, se excavó posteriormente otro individual también en fosa —de 40 cm. de profundidad y 60 cm. de longitud—, realizada delante de una de las cabañas que contenía un joven de unos 18 a 20 años, de estatura media-alta (165-166 cm.), replegado y recostado sobre su lado derecho, con la parte superior del tronco fuertemente torsionada, de manera que la zona pectoral mira hacia el interior y la espalda hacia arriba; a su vez, la columna vertebral, a la altura de las cervicales, aparecía fuertemente torsionada hacia atrás, y el craneo —apareció aplastado— reclinado hacia el hombro derecho; es decir la misma postura que los enterramientos de la tumba conocida. Para mantener al difunto en esta posición tan forzada se debió utilizar una soga, cuyos restos pudieron observarse sobre las vertebrales cervicales y dorsales. Las características de este ritual se mantendrán en la fase siguiente, como ha quedado documentado en San Roman de la Hornija (Delibes, 1978).

BRONCE FINAL: DESPOBLACION Y FALTA DE DATOS

La información sobre el Bronce Final no ofrece un panorama diferente al que manejamos en el anterior Symposium, ya que la escasez de datos es la nota característica. La información viene proporcionada por los hallazgos metálicos sueltos o en escondrijos, como los ya conocidos de Covaleda, San Esteban de Gormaz, San Pedro Manrique, Beratón y Langa, a los que se unen dos nuevos, un hacha de apéndices laterales de El Royo, cuyo dibujo conocemos por Ortego (Fernández Moreno, 1988), y un puñal de hoja pistiliforme y lengüeta, provista de ranuras para su unión con la empuñadura, procedente del posible dolmen, ya mencionado, de La Alberca de Fuencaliente de Medina, correspondiente a un enterramiento posterior del Bronce Final, como es usual en otros dolmenes bien conocidos en la meseta.

Estos hallazgos metálicos son sincrónicos a la Cultura Cogotas I en la Meseta, pero como vemos está escasamente documentada en esta provincia, ya que solamente el hallazgo de algunos fragmentos de boquique y excisa en Santa María

de la Riba de Escalote, Fuentelarbol, La Barbolla, Escobosa de Calatañazor y Yuba han llevado a hablar de yacimientos de esta cultura y en general los hallazgos del Bronce Final ofrecen escasa densidad, sin que podamos cambiar la opinión de Taracena que ya indicaba que «la comarca estuvo poco habitada en estos siglos» (Taracena, 1941: 11). Se ha pretendido explicar esta baja densidad de población por los cambios climáticos y ambientales que se producen al final del suboreal, que provocaría la falta de recursos de esta zona. No obstante esta tendencia se observa ya desde el Bronce Medio y coincide con la mayor inclinación en la Meseta en general hacia el aprovechamiento agrícola y la disminución, por las razones ya aludidas, del aprovechamiento ganadero.

Este descenso poblacional resulta más significativo si tenemos en cuenta el impacto y expansión que se admite de la cultura Cogotas I hacia el valle del Ebro, Sur y Sureste peninsular. A su vez tratar de explicar la presencia de los elementos metálicos comentados de la mano de esa expansión ofrece pocas bases, ya que a la escasa incidencia de Cogotas I en esta zona, se une que la distribución de los hallazgos metálicos se da en el reborde montañoso del Sistema Ibérico —a excepción del hallazgo de Langa, pero el hecho de que el hacha se encontrara en un nivel celtibérico aumenta esta singularidad—, mientras que los escasos yacimientos Cogotas se localizan en la zona central y Sur de la provincia.

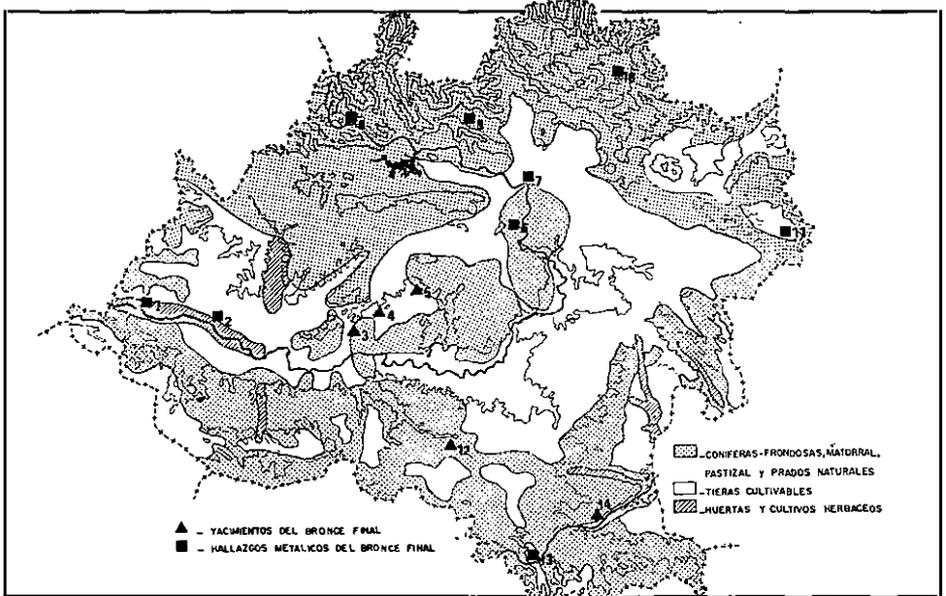


FIG. 11.— Distribución de yacimientos y localización del Bronce Final.

Por otro lado el hecho de que sean hachas básicamente los útiles hallados y vinculados al reborde montañoso norte, lleva a pensar en su relación con el aprovechamiento boscoso de la serranía norte o mejor la apertura del bosque y ampliación de pastos para los grupos ganaderos que seguían ocupando en régimen de trashumancia estacional esta zona. No hay que olvidar que en la fase siguiente de la primera Edad del Hierro en esta región se desarrollará la conocida «Cultura Castreña soriana», mostrando una intensa ocupación de la misma.

BIBLIOGRAFIA

- ABASOLO, J.A. Y RUIZ, I. (1980): «Los Castros de Pancorbo (Burgos)», *Kobie*, 10, págs. 501-514.
- ANDRES, T. (1977): «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas», *Príncipe de Viana*, págs. 146-147 y 65-129.
- APELLANIZ, J.M. (1974): «El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con Cerámica». *Estudios de Arqueología Alavesa*, 7.
- APELLANIZ, J.M. Y URRIBARRI, J.L. (1976): «Estudios sobre Atapuerca (Burgos). I El Santuario de la Galería del Silex». *Cuadernos de Arqueología de Deusto*, 5.
- APELLANIZ, J.M. Y DOMINGO, S. (1987): «Estudios sobre Atapuerca (Burgos). II Los materiales de superficie del Santuario de la Galería del Silex». *Cuadernos de Arqueología de Deusto*, 10.
- ARGENTE, J.L. (1989): «Tiermes: Catorce años de excavaciones». *Diez Años de Arqueología Soriana (1978-1988)*. Museo Numantino-Junta de Castilla y León.
- ARRIBAS, A. (1976): «Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1.
- ARRIBAS, A. Y MOLINA, F. (1978): «Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de Los Castillejos de Montefrío (Granada)». *V Coloquio Atlántico. (The Origins of metallurgy in Atlantic Europe)*. Págs. 18 ss. Dublin.
- ARRIBAS, A.; PAREJA, E.; MOLINA, F. Y ARTEAGA, O. (1974): «Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce del cerro de La Encina de Monachil (Granada)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 81.
- AUBET, M.E.; SERNA, M.R.; ESCACENA, J.L. Y RUIZ, M.M. (1983): «La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 122.
- BALDELLOU, V. (1981): «El Neolítico Altoaragonés». *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*. Págs. 57 ss. Huesca.
- BARANDIARAN, I. (1975): «Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria), 1968». *Noticiero Arqueológico Hispánico (Prehistoria)*, 3, págs. 11-71.
- BARANDIARAN, J.M. Y FERNANDEZ, D. (1964): «Excavaciones en el dolmen de San Martín». *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, VIII.
- BENITO, F. (1892): «Estación Prehistórica de Valdegeña en la Provincia de Soria». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXI, págs. 615-619.
- BOROBIO, M.J. (1985): «Carta Arqueológica de Soria: El Campo de Gómara». *Diputación Provincial. Soria*.
- BOROBIO, M.J.; MORALES, F. Y PASCUAL, A.C. (1989): «Arqueología Urbana: Medina-celi». *Diez Años de Arqueología Soriana (1978-1988)*. Museo Numantino-Junta de Castilla y León.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): «Etnología de la Península Ibérica». *Alpha*, Barcelona.

- CABRE, J. (1930): «Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Avila), I. El Castro». Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110.
- (1941): «Pinturas y grabados rupestres esquemáticos de las provincias de Segovia y Soria». Archivo Español de Arqueología, 43, págs. 322-344.
- CARNICERO, J.M. (1985): «Industrias líticas de superficie de la Región Soriana». Centro de Estudios Sorianos. Soria.
- CASTILLO, A. (1975): «El Neoneolítico». En R. Menéndez Pidal (Dir.): Historia de España. Madrid, Espasa-Calpe.
- CRIADO, F. Y VAZQUEZ, J.M. (1982): «La cerámica campaniforme en Galicia». Cuadernos del Seminario de Sargadelos, 42. Coruña.
- DELIBES, G. (1971): «Una necrópolis de inhumación individual de la Edad del Bronce en Villalmanzo (Burgos)». Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XXXVI, págs. 407-416.
- (1976): «El poblamiento Eneolítico en la Meseta Norte». Sautuola, II, págs. 143-5.
- (1977): «El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte Española». Studia Archaeologica, 46. Valladolid.
- (1978): «Reinterpretación del ajuar campaniforme de Millar del Campo. Nuevos elementos de juicio para la valoración de la incidencia centroeuropea en el Mundo Ciempozuelos». Celtiberia, 56, págs. 267-286.
- (1983): «El País Vasco, encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (s. XVIII a. C.)». Varia, II, págs. 131 ss.
- (1985): «El Calcolítico». Historia de Castilla y León, t. I. (La prehistoria del Valle del Duero). Ambito. Valladolid.
- (1987): «El significado del Campaniforme de Ciempozuelos». Bell Beaker of the Western Mediterranean, The Oxford International Conference (1986). BAR International Series.
- DELIBES, G. Y FERNANDEZ-MIRANDA, M. (1981): «La tumba de Celada de Robledo (Palencia), los inicios del Bronce Antiguo en el Medio y Alto Pisuerga». Trabajos de Prehistoria, 38.
- DELIBES, G. Y FERNANDEZ, J. (1981): «El Castro Protohistórico de La Plaza de Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I». Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XLVII, págs. 51-68.
- DELIBES, G. Y MUNICIO, L. (1982): «Apuntes para el estudio de la secuencia Campaniforme en el Oriente de la Meseta Norte». Nvmantia, I, págs. 75 ss.
- DELIBES, G. et alii (1982): «Dólmenes de Sedano I. El sepulcro de corredor de Ciella». Noticiario Arqueológico Hispánico, 14, págs. 149 ss.
- DELIBES, G. Y ESPARZA, A. (1985): «Neolítico y Edad del Bronce». Historia de Burgos, t. I (Edad Antigua). Caja de Ahorros Municipal de Burgos. Burgos.
- DELIBES, G. et alii (1986): «Dólmenes de Sedano II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)». Noticiario Arqueológico Hispánico, 27.
- DELIBES, G. Y ROJO, M.A. (1989): «Pintura esquemática en el sepulcro de corredor burgalés de «El Moreco» Huidobro». Arqueología GEAP.
- DELIBES, G. Y SANTONJA, M. (1986): «El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca». Diputación de Salamanca. Salamanca.

- DELIBES, G. Y SANTONJA, M. (1987): «Sobre la supuesta dualidad Megalitismo/Campañiforme en la Meseta Superior». *Bell Beakers of the Western Mediterranean. The Oxford International Conference (1986)*. BAR Internacional Series.
- EIROA, J.J. (1979): «La Cueva del Asno de Los Rabanos (Soria). Campañas 1976-77». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 107.
- FERNANDEZ MANZANO, J. (1985): «La Edad del Bronce». *Historia de Castilla y León*, t. I (La Prehistoria del Valle del Duero). Ambito. Valladolid.
- FERNANDEZ-MIRANDA, M. Y BALBIN, R. (1971): «Piezas de la Edad del Bronce en el Museo Arqueológico Provincial de Soria». *Trabajos de Prehistoria*, 28, págs. 291 ss.
- FERNANDEZ MORENO, J.J. (1984): «Estudio del poblamiento prehistórico de Numancia y su entorno». *Memoria de Licenciatura, Universidad Complutense* (inédita).
- (1988a): «La metalurgia del Bronce Final en el Oriente de la Meseta Norte, desde las aportaciones de T. Ortego». *Celtiberia*, 75, págs. 33-46.
- (1988b): «Arqueología Territorial: Hacia una coordinación de la arqueología provincial», en *Diez Años de Arqueología Soriana (1978-1988)*, Museo Numantino.
- FERNANDEZ, J.J. Y JIMENO, A. (1985): «Nuevos materiales del yacimiento de Pinar Grande y Amblau: Consideraciones sobre algunos contextos del Eneolítico y Bronce Antiguo». *Celtiberia*, 70, págs. 341-348.
- FERNANDEZ-POSSE, M.D. (1979): «Informe de la primera campaña (1977) en la Cueva de Arevalillo (Segovia)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6, págs. 53 ss.
- (1981): «La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12, págs. 45-84.
- (1982): «Consideraciones sobre la técnica del Boquique». *Trabajos de Prehistoria*, 39, págs. 137 ss.
- FERNANDEZ VEGA, A. Y GALAN, C. (1986): «Las denominadas cuevas sepulcrales colectivas del País Valenciano y la Meseta». *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 7, pág. 26.
- GALAN Y SAULNIER, C. (1984-5): «Los túmulos colectivos no megalíticos de la Meseta». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 11-12 (Homenaje al profesor G. Nieto, vol. I), págs. 57-67.
- GARCIA-SOTO, E. (1989): «El yacimiento arqueológico de San Martín de Ucero (Soria): Excavaciones de 1980 a 1985». *Diez Años de Arqueología Soriana (1978-1988)*. Museo Numantino-Junta de Castilla y León.
- GOMEZ BARRERA, J.A. (1981): «La pintura rupestre esquemática en la Altimeseta Soriana: Conclusiones Generales». *Nvmantia*, I, págs. 83-113.
- GONZALEZ TABLAS, J. (1984-5): «Proto-Cogotas I o el Bronce Medio de la Meseta: La gravera de Puente Viejo (Avila)». *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, págs. 267-276.
- HAMEAU, PH. (1989): «Les Peintures Pstglaciaires en Provence». *Documents d'Achéologie Francaise, Maison des Sciences de L'Homme París*.
- HARRISON, R.J. (1977): «The Bell Beaker Cultures in Spain and Portugal». *American School of Prehistoric Research, Peabody Museum, Bull.* 35. Cambridge-Massachussets.
- (1988): «Bell Beakers in Spain and Portugal: working with radiocarbon dates in the 3rd millennium BC». *Antiquity*, 62, págs. 464-72.

- (1984): «Nuevas bases para el estudio de la paleoeconomía de la Edad del Bronce en el Norte de España». Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata. Acta Salmanticensia, 156, págs. 257-315.
- JIMENO, A. (1984): «Los Tolmos de Caracena (Soria)». Excavaciones Arqueológicas en España, 134.
- (1985): «Prehistoria». Historia de Soria, t. I. Centro de Estudios Sorianos.
- (1986): «La Cueva del Peñal de Valdegeña (Soria): nuevas bases para su estudio». Homenaje al Dr. A. Beltrán, págs. 227-236, Zaragoza.
- (1988a): «La investigación del Bronce Antiguo en la Meseta Superior». Trabajos de Prehistoria, 45, págs. 100-121.
- (1988b): «La aportación de Ortego al megalitismo de la Provincia de Soria: Nuevos datos y planteamientos». Celtiberia, 75, págs. 21-32.
- JIMENO, A. Y FERNANDEZ, J.J. (1983): «Nuevo yacimiento con cerámica campaniforme en Garray (Soria)». Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria, VII, 3, págs. 25-35.
- (1983): «El Castro de la Barbolla (Soria). Nuevo yacimiento del Horizonte Cogotas I». Celtiberia, 66, págs. 321-330.
- (1985): «La Pedriza de Ligos: nuevas bases para su interpretación». Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, LI, págs. 159-174.
- (1985): «Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria): Algunos aspectos sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro». Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria (Geografía e Historia), IX, 3.
- (1991): «El yacimiento campaniforme de La Mesta en La Atalaya de Renieblas (Soria)». Soria Arqueológica, 1. Diputación Provincial de Soria.
- JIMENO, A.; FERNANDEZ, J.J. Y REVILLA, M.L. (1988): «Asentamientos de la Edad del Bronce en la Provincia de Soria: Consideraciones sobre los contextos culturales en el Bronce Antiguo». Noticiario Arqueológico Hispánico, 30, págs. 85-118.
- LUCAS, M.R. Y BLASCO, C. (1980): «El habitat campaniforme de El Perchel de Arcos de Jalón (Soria)». Noticiario Arqueológico Hispánico, 8, págs. 11-62.
- MARTIN VALLS, R. Y DELIBES, G. (1976): «Hallazgos arqueológicos en la Provincia de Zamora (III)». Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XLII, págs. 421-434.
- MARTINEZ NAVARRETE, M.I. (1979): «El yacimiento de La Esgaravita (Alcalá de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados fondos de cabaña del valle del Manzanares». Trabajos de Prehistoria, 36, págs. 83-117.
- MARTINEZ TERROBA, C.; HIGES, V. (1968): «Algunos datos nuevos para la Carta Arqueológica de Soria». Celtiberia, 35, págs. 109-114.
- MOLINA GONZALEZ, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica». Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 3, págs. 159 ss.
- MOLINA, F. Y ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica». Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, I.
- MOLINA, F. Y PAREJA, E. (1975): «Excavaciones en La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971». Excavaciones Arqueológicas en España, 86.

- MONGE SOARES, A. Y PEIXOTO CABRAL, J.M. (1984): «Datos convencionais de radio-carbono para estacoes arqueológicas portuguesas e a sua calibracao: revisao critica». *O Arqueologo Protugues (Serie IV)*, vol. 2, págs. 167 ss.
- MORALES HERNANDEZ, F. (1985): «Garray». Ayuntamiento de Garray-Junta de Castilla y León.
- MUNICIO, L. Y RUIZ-GALVEZ, M.L. (1986): «Un nuevo yacimiento neolítico en la Meseta Norte: las cerámicas decoradas de la cueva de la Nogaleda, Villaseca (Segovia)». *Nvmantica*, II, págs. 143-157.
- ORTEGO, T. (1969): «Covarrubias: una estación arqueológica en Ciria (Soria)». *X Congreso Nacional de Arqueología*, págs. 210-215.
- PALOL, P. (1965): «Otros materiales de Pesquera y Curiel». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXI, págs. 119 ss.
- PASCUAL DIEZ, A.C. (1986): «Carta Arqueológica de Soria: La Zona de Quintana Redonda». Diputación Provincial de Soria (en prensa).
- PASCUAL, P. Y PASCUAL, H. (1984): «Carta Arqueológica de La Rioja. I. El Cidacos». Logroño.
- PEREZ ARRONDO, C. (1983): «La Cultura Megalítica en la margen derecha del Ebro». *Cuadernos de Investigación del Colegio Universitario de Logroño*, IX, págs. 51 ss.
- PIÑON, F. Y MUNICIO, L. (1986-87): «Programa de documentación y estudio de la Cueva de Los Enebralejos (Prádena-Segovia)». *Bajo Aragón Prehistoria*, VII-VIII, págs. 133-146.
- POYATO, M.C. (1984-85): «Observaciones en torno a la cronología de la cerámica campaniforme, obtenida mediante C.14, en algunos yacimientos peninsulares». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 11-12 (Homenaje al profesor Gratiniano Nieto, vol. I). Universidad Autónoma de Madrid.
- REVILLA ANDIA, M.L. (1985): «Carta Arqueológica de Soria: Tierra de Almazán». Diputación Provincial de Soria. Soria.
- REVILLA, M.L. Y JIMENO, A. (1986): «El horizonte campaniforme de El Guijar de Almazán (Soria)». *Nvmantia*, II, págs. 159-192.
- ROSA, R. de la; CHAUSA, A. (1990): «Excavaciones en El Balconcillo del Cañón del Río Lobos (Ucero Soria). Informe preliminar». *Celtiberia*, 79-80, págs. 133-144.
- ROSA, R. de la (1991): «El Balconcillo del Cañón del Río Lobos: Un yacimiento del Bronce Pleno en la zona oriental de la Meseta». *Soria Arqueológica*, 1. Diputación de Soria.
- SANGMEISTER, E. (1963): «Exposé sur la civilisation du Vase Campaniforme». En *Les civilisations Atlantiques du Neolithique a l'Age du Fer*, (Brest. 1961), págs. 25 ss. Rennes.
- SCHUBART, H. Y ARTEAGA, O. (1980): «Fuente Alamo. Excavaciones de 1977». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 9, págs. 245 ss.
- (1983): «Excavaciones en Fuente Alamo. La Cultura de El Argar». *Revista de Arqueología*, 25, págs. 54 ss.
- TARACENA, B. (1941): «Carta Arqueológica de España. Soria». Instituto Diego Velázquez, C.S.I.C. Madrid.
- ZAMORA, A. (1976): «Excavaciones de la cueva de La Vaquera. Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)». Diputación Provincial de Segovia. Segovia.
- ZOZAYA, J. (1989): «Gormaz, síntesis de arqueología soriana». *Diez Años de Arqueología Soriana (1978-1988)*. Museo Numantino-Junta de Castilla y León.

LA EDAD DEL HIERRO
PROBLEMAS, TENDENCIAS Y PERSPECTIVAS

F. ROMERO CARNICERO*
G. RUIZ ZAPATERO**

* Universidad de Valladolid.

** Universidad Complutense de Madrid.

Pese a que en el breve tiempo transcurrido desde la celebración, en diciembre de 1982, del *Primer Symposium de Arqueología Soriana* no se hayan producido descubrimientos espectaculares, ni tan siquiera, dado el ritmo, habitualmente lento, de las investigaciones en arqueología, grandes novedades en lo que a la Edad del Hierro se refiere, no hemos sabido sustraernos a la amable invitación que, una vez más, nos han hecho los organizadores de este *Segundo Symposium* para que nos hicieramos cargo de la ponencia sobre la Edad del Hierro. Y puestos a ello optamos, siguiendo en parte el esquema de la redactada por uno de nosotros para la ocasión citada en primer lugar, por darle una estructura bipartita, bastante acorde, además, con nuestros particulares puntos de vista e intereses. Así, y en primer lugar, analizaremos cuáles han sido las aportaciones últimas al tema y su significado, al objeto de poder plantear cuáles son los problemas que tienen hoy el estudio de la Edad del Hierro en nuestra provincia, para, con posterioridad, trazar un esbozo de cuáles son las tendencias y perspectivas que se abren en dicha investigación.

I. PROBLEMAS

Cuando en 1982 el primero de nosotros redactaba la síntesis sobre el estado de la cuestión de la Edad del Hierro soriana¹ partía de una fecha que, en aquel momento, le pareció clave y significativa, cual era la de la publicación, en 1941, de la *Carta Arqueológica de Soria* por Blas Taracena; la razón para ello era bastante obvia, en los cuarenta años transcurridos entre uno y otro evento ningún trabajo había tratado la Edad del Hierro en toda su extensión. Bien diferente es, por contra, la circunstancia actual, pues además de ser, como veíamos en la breve introducción a estas páginas, corto el tiempo que nos cumple comentar y escasas las novedades, contamos con varios trabajos que, aunque a diversos niveles, han venido a plantear en estos últimos años cuestiones generales.

(1) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión». *Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, págs. 51-121.

Tal es, en efecto y en primer lugar, el caso de las síntesis elaboradas para la *Historia de Soria*² y debidas, por lo que a la prehistoria en general se refiere, a A. Jimeno³ y, al recordado y homenajeado con esta ocasión, T. Ortego, por lo que tiene que ver con el mundo antiguo y, en particular y por cuanto ahora interesa, con los celtíberos⁴. Igualmente, el de los nuevos volúmenes de la *Carta Arqueológica* provincial, que dirige A. Jimeno y cuya publicación ha tomado a su cargo la Excelentísima Diputación Provincial; en los que han visto la luz hasta ahora, los dedicados al Campo de Gómara⁵ y la Tierra de Almazán⁶, encontramos, junto al consabido inventario de yacimientos, síntesis comarcales para cada una de las etapas prehistóricas, entre las que no faltan las correspondientes a la Edad del Hierro. Y otro tanto cabe decir del fascículo que, dedicado al Valle del Cidacos, ha venido a inaugurar la *Carta Arqueológica* de la vecina provincia de La Rioja, por cuanto en el mismo se han incluido los yacimientos sorianos del citado valle⁷. De la misma manera, es preciso tener en cuenta aquellos otros trabajos, más específicos, que, centrando su atención en la Edad del Hierro y en particular en la cultura castreña soriana, interesan a la totalidad del marco provincial o a una parte importante del mismo; es el caso, en primer lugar, del dedicado, por uno de nosotros, al estudio de los castros de la serranía⁸, breve avance de otro más amplio que esperamos no tarde en ver la luz⁹, o de los que sobre el mismo tema, con idéntico enfoque y discrepancias de matiz, viene publicando, reiteradamente, J.A. Bachiller¹⁰. Mencionaremos, por último, dos contribuciones que, aunque dirigidas a un público más amplio, han venido a situar en su debido contexto, a nivel regional, la documentación de la Edad del Hierro de nuestra provincia¹¹.

Todos ellos recogen, en líneas generales, pues se advierten algunas diferencias locales y aún comarcales en ciertos aspectos, el esquema que trazáramos en 1982 y que, recordaremos, tras comentar cómo dos manifestaciones tardías del Bronce Final, la estatua-menhir de Villar del Ala y la punta de lanza de Ocenilla, permitan situar el tránsito a la primera Edad del Hierro, ésta se manifestaría, en sus primeros compases, por la presencia de cerámicas excisas, similares a las del Alto Ebro o el Bajo Aragón, en Quintanas de Gormaz, Yuba o Numancia,

(2) PEREZ-RIOJA, J.A. (Dir.), *Historia de Soria*, Centro de Estudios Sorianos (C.S.I.C.), Soria, 1985, 2 vols.

(3) JIMENO MARTINEZ, A., «Prehistoria», en PEREZ-RIOJA, J.A. (Dir.), *Historia de Soria*, I, págs. 83-122 y 110-118, en particular, por lo que respecta a la Edad del Hierro.

(4) ORTEGO FRIAS, T., «Edad Antigua», en PEREZ-RIOJA, J.A. (Dir.), *Historia de Soria*, I, págs. 123-208 y, para los celtíberos en concreto, págs. 125-135.

(5) BOROBIO SOTO, M.J., *Carta Arqueológica. Soria. Campo de Gómara*, Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Soria, Soria, 1985.

(6) REVILLA ANDÍA, M.L., *Carta Arqueológica. Soria. Tierra de Almazán*, Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Soria, Soria, 1985.

(7) PASCUAL MAYORAL, P. y PASCUAL GONZALEZ, H., *Carta Arqueológica de La Rioja. I. El Cidacos*. Colección «Amigos de la Historia de Calahorra», Logroño, 1984.

(8) ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*, Studia Archaeologica, 75, Valladolid, 1984.

(9) ROMERO CARNICERO, F., *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*, en prensa.

(10) BACHILLER GIL, J.A., *La cultura castreña soriana en la cuenca alta del Duero*, Resumen de Tesis Doctoral, Universidad de La Laguna, La Laguna, 1987; IDEM, *Nueva sistematización de la cultura castreña soriana*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Serie Monográfica, 1, Zaragoza, 1987. A los que cabe sumar otros artículos más breves, IDEM, «Los castros sorianos: Algunas consideraciones generales», *Celtiberia*, 72, 1986, págs. 349-355; IDEM, «Los castros del Alto Duero», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 3, 1987, págs. 77-84.

(11) DELIBES, G. et alii, *La Prehistoria del Valle del Duero*, en VALDEON, J. (Dir.), *Historia de Castilla y León*, t. 1, Valladolid, 1985, de la que nos interesan en particular los capítulos V —«La primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio»—, págs. 82-103, y VI —«Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas»—, págs. 104-131, debidos a F. Romero Carnicero y R. Marfín Valls, respectivamente.

en torno al siglo VII. Con posterioridad, y entre los siglos VI al IV a. de C., documentamos, por un lado, la ocupación sistemática de las estribaciones del Sistema Ibérico, en el norte provincial, como ponen de manifiesto un buen número de asentamientos de tipo castreño, que permiten hablar de la denominada *cultura castreña soriana*; paralelamente, en las tierras del mediodía, contamos con una serie de necrópolis. Unos y otras constituirían sendos grupos locales de Campos de Urnas Tardíos de la Edad del Hierro.

A continuación, en una fecha que teóricamente cabría situar en torno al 400 a. de C. puede darse por iniciada la segunda Edad del Hierro. En una primera fase de la misma, que proponíamos denominar *protoarévaca* en el *Primer Symposium*, por cuanto, como decíamos en aquella ocasión, puede verse en ella el momento inicial de la cultura celtibérica, se asiste en el norte y centro provinciales a la implantación de una serie de establecimientos nuevos, no propiamente castreños ahora, que pudieran explicarse a partir de un cambio en la orientación económica; ciertas cerámicas, puligo-rugosas con decoraciones impresas, permiten identificar; desde el punto de vista de la cultura material, dicho horizonte. Algunas de las necrópolis, antes mencionadas, parecen llegar a su fin en esta fase, mientras que otras encuentran en ella sus inicios. La plenitud del Segundo Hierro, que identificamos habitualmente con la cultura celtibérica, habría seguido, sin solución de continuidad, a la etapa anterior, a partir del 350 a. de C. o poco después.

Veamos, a continuación, la incidencia que las investigaciones llevadas a cabo en estos últimos años han tenido sobre dicho panorama.

Fijaremos nuestra atención así, en primer lugar, en los compases iniciales de la Edad del Hierro y en el tránsito a ésta del Bronce Final, recordando el interesante lote cerámico que, procedente de Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor y conservado en el Museo Numantino, ha sido objeto de revisión y estudio en un reciente artículo por parte de A. Jimeno y J.J. Fernández¹². Dichas cerámicas, relacionables claramente con las de Campos de Urnas, muestran todavía en sus formas, motivos y sintaxis decorativas y aún en el hecho de presentar pasta incrustada, influjos y pervivencias de las especies características de Cogotas I, razón por la cual, al igual que otros conjuntos sobradamente conocidos, tales como el soriano de Yuba, el riojano de San Martín de Alfaro o el conquisense de Reillo, en los que se advierten también fenómenos de pervivencia y simbiosis, permiten contemplar las relaciones culturales entre el Valle del Ebro y el oriente meseteño a finales de la Edad del Bronce y comienzos de la del Hierro y valorar, una vez más, la posibilidad, ya sugerida por Delibes y Fernández Miranda¹³, de la conexión cronológica, en torno al 700 a. de C., entre el último Cogotas I y el

(12) JIMENO MARTINEZ, A. y FERNANDEZ MORENO, J.J., «Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria)». Algunos aspectos sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro», *RICUS (Geog. e Hist.)*, IX-3, 1985, págs. 49-66.

(13) DELIBES, G. y FERNANDEZ-MIRANDA, M., «Aproximación a la cronología del Grupo Cogotas I», Coloquio Internacional sobre *La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, en prensa, citado por JIMENO MARTINEZ, A. y FERNANDEZ MORENO, J.J., «Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor...», pág. 59. Véase también RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero», *Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, págs. 180 y 181.

horizonte Redal¹⁴. Ello permitiría, por otro lado, rellenar ese hiatus temporal de entre cien y ciento cincuenta años, comprendido aproximadamente entre el 850 y el 700 a. de C., para el que, tal y como hemos señalado en otras ocasiones¹⁵ y recordado líneas arriba, apenas si contamos con otros elementos que la estatua-menhir de Villar del Ala y la punta de lanza del pretendido depósito de Ocenilla¹⁶; y esto, siempre y cuando admitamos para el material de Los Quintanares la cronología, propuesta por Jimeno Martínez y Fernández Moreno, de finales del siglo VIII a. de C.¹⁷, y no las que Valiente Malla y colaboradores proponen, del 950 a. de C. y aún anteriores, para los yacimientos de la facies Pico Buitre, en Guadalajara¹⁸, cuya problemática es muy similar a la de el de Escobosa de Calatañazor que comentamos, que son, a nuestro juicio, excesivamente altas¹⁹.

En el siglo VII o muy poco después habría que situar ya, según común opinión²⁰, las excisas que, como las de Yuba, Quintanas de Gormaz o Numancia, hay que relacionar con las de Campos de Urnas del Hierro del Alto Ebro y Bajo Aragón y a las que habría que sumar ahora, según parece, un fragmento procedente de El Castillejo de Fuensaúco²¹. El hallazgo en sí no merecería mayor atención, máxime cuando ni siquiera contamos con un dibujo o fotografía del

(14) Sobre El Redal y, en general, sobre los yacimientos con excisas del Alto y Medio Ebro, véase ALVAREZ CLAVIJO, P. y PEREZ ARRANO, C.L., *La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*, Instituto de Estudios Riojanos, Historia, 8, Logroño, 1987.

(15) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 60 y 61; RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas»...», pág. 179, fig. 4. También JIMENO MARTINEZ, A., «Estado actual de la investigación del Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Soria», *Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, págs. 42 y 43.

(16) Para el estudio de la metalurgia meseteña del Bronce Final es de consulta obligada FERNANDEZ MANZANO, J., *Bronce Final en la Meseta Norte Española: El utillaje metálico*, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Monografías, Almazán (Soria), 1986; en concreto, para la punta de Ocenilla, pág. 108, fig. 31-2. Un amplio resumen del mismo en IDEM, *Armas y útiles metálicos del Bronce Final en la Meseta Norte*, Studia Archaeologica, 74, Valladolid, 1984. Véase además, ahora, FERNANDEZ MORENO, J.J., «La metalurgia del Bronce Final en el Oriente de la Meseta Norte desde las aportaciones de T. Ortego», *Celtiberia*, 75, 1988, págs. 33-46.

A sumar a partir de ahora a la punta de lanza citada, desde el punto de vista de la metalurgia, los moldes de fundición recuperados por Eiroa en sus excavaciones en el castro de El Royo (EIROA, J.J., «Moldes de arcilla para fundir metales procedentes del Castro Hallstático de El Royo (Soria)», *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, 1981, págs. 181-193), de admitirse la adscripción de muy buena parte de la metalurgia del grupo meseteño del Soto de Medinilla, a la cual se encuentran claramente vinculados, a un momento final del Bronce (BF IIIb), paralelo al horizonte Venat, cuya fecha se sitúa entre el 850 y el 700 a. de C. también (DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F., «El último milenio a. de C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural», Reunión sobre *Paleoetnología de la Península Ibérica, Etnogénesis*, a celebrar en Madrid en diciembre de 1989, en preparación).

(17) JIMENO MARTINEZ, A. y FERNANDEZ MORENO, J.J., «Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor...», pág. 62.

(18) VALIENTE MALLA, J., «Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares», *Wad Al-Hayara*, 11, 1984, págs. 9-58; VALIENTE MALLA, J., CRESPOCANO, M.L. y ESPINOSA GIMENO, C., «Un aspecto de la celtización en el alto y medio Henares. Los poblados de ribera», *Wad Al-Hayara*, 13, 1986, págs. 47-70; ESPINOSA GIMENO, C. y CRESPOCANO, M.L., «Un yacimiento de transición del Bronce al Hierro en Alovera (Guadalajara)», *Actas del Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. III, *Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*, Ciudad Real, 1986, Toledo, 1988, págs. 247-256.

(19) RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A., «Elementos e influjos de tradición de «Campos de Urnas» en la Meseta Sudoriental», *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. III, *Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*, Ciudad Real, 1986, Toledo, 1988, págs. 257-267, en general, en particular sobre el yacimiento mencionado págs. 258 y 259.

(20) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 61-64; RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas»...», págs. 177-179; ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la serranía soriana...*, págs. 9 y 10; JIMENO MARTINEZ, A., «Prehistoria», págs. 111 y 112.

(21) Una primera referencia al mismo la documentamos en JIMENO MARTINEZ, A., «Prehistoria», pág. 111; con posterioridad, lo encontramos reiteradamente citado en los trabajos de Bachiller: BACHILLER GIL, J.A., «Los castros sorianos...», pág. 350; IDEM, *La cultura castreña soriana...*, págs. 11 y 12; IDEM, *Nueva sistematización...*, pág. 5; IDEM, «Los castros del Alto...», pág. 78.

mismo, pero se nos antoja una excelente excusa para pasar a comentar la secuencia ocupacional del yacimiento a la luz de las últimas excavaciones.

En efecto, tras una primera campaña llevada a cabo en 1978, que, en líneas generales, venía a confirmar la estratigrafía obtenida cincuenta años antes por Taracena²², tuvimos ocasión de excavar nuevamente en El Castillejo en el verano de 1987, continuando, por un lado, las tareas iniciadas en la terraza inmediatamente inferior a la cumbre del cerro en su vertiente septentrional, y, por otro, abriendo una nueva cata en la amplia terraza más baja del mismo flanco²³. En una y otra se documentó una nueva ocupación, más antigua que las dos conocidas, a la que corresponden sendas cabañas circulares, excavadas en la roca, de cuya descripción y estudio prescindiremos aquí, pues son objeto de una comunicación en este mismo *Symposium*²⁴.

Se descarta en dicho trabajo la adscripción a la Edad del Bronce del nivel de cabañas de Fuensaúco y aún cabría añadir ahora que tampoco creemos deba pensarse para él en un horizonte de transición Bronce-Hierro similar al de Los Quintanares que comentamos con anterioridad, sino mejor en un primer momento de la Edad del Hierro, fechable en el siglo VII a. de C.; momento que daría paso a otro, paralelo a la cultura castreña soriana, con edificaciones cuadrangulares de mampostería y cerámicas decoradas con pintura o grafito, de los siglos VI y V a. de C.

Es cierto que la pretendida asociación en El Castillejo de las excisas, de las que por cierto no hemos encontrado fragmentos alguno todavía en las excavaciones, con grafitadas²⁵ permite pensar en otros yacimientos sorianos, caso de Castilviejo de Yuba²⁶, donde se dan asimismo las acanaladas, así como en algunos otros de la provincia de Guadalajara, también citados con anterioridad, en los que se documentan asimismo las pintadas y en los que, para mayor abundancia, se recuperan fundamentalmente en manchas cenicientas ovaladas, que han permitido considerar la hipótesis de que se trate de poblados de cabañas. Tal es el caso de Pico Buitre en Espinosa de Henares²⁷ y Alovera²⁸, aunque no hay que olvidar que en uno y otro caso nos encontramos con materiales recogidos en prospección que no tienen por que ser contemporáneos y pueden, por tanto, ser seriados²⁹ y obedecer a distintas tradiciones culturales³⁰. Cabría pensar,

(22) TARACENA AGUIRRE, B., *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, MemJSEA, n.º 103, Madrid, 1929, págs. 20-23, figs. 18 y 19. Un amplio avance de la mencionada campaña, en espera de la redacción de la Memoria definitiva, verá la luz en ROMERO CARNICERO, F., *Los castros de la Edad del Hierro...*, capítulo 6.

(23) Para una primera noticia de estos hallazgos véase: ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades sobre los castros sorianos», en ARGENTE OLIVER, J.L. (Coord.), *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, 1989, págs. 53-57, fots. de las págs. 54, 58 y 82.

(24) ROMERO CARNICERO, F. y MISIEGO TEJEDA, J.C., «Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro en la provincia de Soria. Las cabañas de *El Castillejo* de Fuensaúco».

(25) Véanse los trabajos citados en la nota 21.

(26) RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas...», págs. 177 y 180.

(27) VALIENTE MALLA, J., «Pico Buitre...», págs. 10, 14-17 y 24-33, figs. 11 y 14, lám. III.

(28) ESPINOSA GIMENO, C. y CRESPO CANO, M.L., «Un yacimiento de transición del Bronce al Hierro...», págs. 247-250, figs. 1 y 2.

(29) VALIENTE MALLA, J., CRESPO CANO, M.L. y ESPINOSA GIMENO, C., «Un aspecto de la celtización en el alto y medio Henares...», pág. 52.

(30) RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A., «Elementos e influjos de tradición...», págs. 258 y 259.

igualmente, en Cortes de Navarra, donde trabajos recientes han puesto al descubierto el fondo de una cabaña de siete metros de diámetro, delimitada por una veintena de hoyos de poste, que se atribuye a PIIa y se fecha con anterioridad al 850 a. de C.³¹, máxime cuando Maluquer atribuyó, en última instancia, a PIII las escasas cerámicas excisas recuperadas en las viejas excavaciones del poblado³²; la reciente revisión del yacimiento llevada a cabo por el segundo de nosotros³³ le lleva, sin embargo, a situarlas en PIIb, donde entre el 650 y el 550 a. de C. se asociarían a las cerámicas pintadas, que perdurarían con posterioridad a la última fase citada en Pla.

Por nuestra parte, y como queda dicho, pensamos que el nivel de las cabañas de Fuensaúco corresponde a los inicios de la Edad del Hierro y creemos debe fecharse en el siglo VII a. de C., puesto que sus cerámicas, entre las que proponemos incluir el tantas veces aludido fragmento exciso, apenas si se diferencian de las de otros castros y poblados sorianos y encuentran réplicas idóneas en contextos del Hierro³⁴. El nivel inmediatamente superior, que en su día juzgamos como correspondiente al horizonte *protoarévaco*, de inicios de la segunda Edad del Hierro, siguiendo en parte a Taracena, para quien era castreño tardío³⁵, puede paralelizarse hoy mejor con el Castro del Zarranzano o El Castillejo de Castilfrío de la Sierra³⁶, pues al igual que en ellos se documentan en él, amén de las fíbulas de espirales, las cerámicas pintadas y grafitadas —que, al igual que se advierte asimismo en La Rioja³⁷ y el oriente de la Meseta Sur³⁸ habrían sustituido en el siglo VI a. de C. a las excisas—, similares formalmente también, en no pocas ocasiones, a las de las especies análogamente decoradas de determinados yacimientos de la provincia de Guadalajara, por lo que cabe establecer para este momento conexiones con otra de las facies identificadas en dicha provincia, la de los poblados de tipo Riosalido³⁹, tal y como hemos advertido ya en alguna otra ocasión anterior⁴⁰.

(31) MALUQUER DE MOTES NICOLAU, J., GARCIA ALONSO, F. y MUNILLA CABRILLANA, G., «Alto de la Cruz, Cortes de Navarra, Campañas 1986-87», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, 1988, págs. 327 y 328.

(32) Atribuidas inicialmente, con carácter provisional, a PIIa y fechadas, provisionalmente también, entre el 800 y el 725 a. de C. (MALUQUER DE MOTES, J., *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico-I*, Excavaciones en Navarra, IV, Pamplona, 1954, págs. 85 y 168, fig. 62), se llevan con posterioridad a PIII, cuya vida se sitúa entre el 850 y el 700 a. de C. (IDEM, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico-II*, Excavaciones en Navarra, VI, Pamplona, 1958, págs. 112, 115 y 133, cuadro cronológico de la pág. 117).

(33) RUIZ ZAPATERO, G., *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*, Universidad Complutense de Madrid, Colección Tesis Doctorales, n.º 83/85, t. II, Madrid, 1985, pág. 550, fig. 195.

(34) ROMERO CARNICERO, F. y MISIEGO TEJEDA, J.C., «Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro...», fig. 4.

(35) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 78-83 y, en particular, pág. 81; IDEM, *La Edad del Hierro en la serranía soriana...*, págs. 42-45. Con mayor detenimiento en IDEM, *Los castros de la Edad del Hierro...*, capítulos 6 y 7.

(36) ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades sobre los castros...», págs. 56 y 57.

(37) ALVAREZ CLAVIJO, P. y PEREZ ÁRRONDO, C.L., «Notas sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro en La Rioja», *Cuadernos de Investigación Histórica Brocar*, 14, 1988, págs. 116 y 117.

(38) RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A., «Elementos e influjos de tradición...», pág. 261.

(39) Además de los trabajos primeros, bien conocidos (FERNANDEZ-GALIANO, D., «Notas de prehistoria Seguntina», *Wad-Al-Hayara*, 6, 1979, págs. 23-29 y 35-47, figs. 1-3, láms. XII-XIV y XVI-XVIII; VALIENTE MALLA, J., «Cerámicas grafitadas de la comarca Seguntina», *Wad-Al-Hayara*, 9, 1982, págs. 117-135), han de tenerse en cuenta ahora: VALIENTE MALLA, J. y VELASCO COLAS, M., «El cerro Almudejo (Sotodosos, Guadalajara). Un asentamiento de transición del bronce al hierro», *Wad-Al-Hayara*, 13, 1986, págs. 71-90; IDEM, «Yacimiento de tipo «Riosalido». Ermita de la Vega (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara)», *Wad-Al-Hayara*, 15, 1988, págs. 95-122.

(40) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 72-75; IDEM, *La Edad del Hierro en la serranía soriana...*, págs. 32-34.

Se inicia así la que podríamos calificar de fase de plenitud de la primera Edad del Hierro, cuyo desarrollo alcanzará el 400 a. de C., a la que dedicamos el siguiente apartado.

Tres son los aspectos a los que dedicaremos alguna atención en este punto: la cultura castreña soriana, los poblados de la Tierra de Almazán y las necrópolis, advirtiendo ya desde aquí que no vamos a detenernos en la enumeración de los yacimientos que se han añadido en estos últimos años a la nómina de los conocidos, pues quedan recogidos en varios de los trabajos citados anteriormente⁴¹.

En relación con el primer aspecto citado, y prescindiendo ya de los materiales arqueológicos, comentados al hilo de lo expuesto en el apartado precedente, recordaremos, por cuanto a los sistemas defensivos se refiere, la documentación de dos nuevos castros con piedras hincadas: Castillo Billido en Santa María de las Hoyas y El Collarizo de Carabantes, el segundo de los cuales cuenta también con un torreón en su muralla⁴², aunque, en relación con ello, la novedad más digna de mención, respecto de cuanto sabíamos sobre el particular⁴³, haya sido el hallazgo reciente de un friso de piedras hincadas en el poblado de Els Vilars (Arbeca, Lérida), cuya cronología, de la segunda mitad del siglo VII a. de C., es inmediatamente anterior a la generalmente admitida para los frisos sorianos⁴⁴. El hallazgo, que en alguna medida cabría calificar de esperado, sí por un lado acaba con la primacía soriana de las piedras en la península, viene a explicar su penetración y a rellenar ese vacío geográfico entre el sureste francés y el Sistema Ibérico, al tiempo que parece confirmar la idea ya sugerida por Harbison⁴⁵, partiendo de la barrera de piedras de Pech Maho, de que éstas hubieran sustituido a las estacadas de madera centroeuropeas con anterioridad a su introducción en nuestro territorio.

Con respecto ahora de la arquitectura doméstica, destacaremos la exhumación definitiva de una vivienda cuadrangular en el Castro del Zarranzano, por debajo de la circular dada a conocer en el *Primer Symposium*, cuya existencia fue intuida ya al excavar aquella⁴⁶. Se trata de una vivienda prácticamente cuadrada, de unos ocho metros de lado y aproximadamente treinta y seis metros cuadrados de superficie interior; cuyos muros, que miden entre setenta y noventa

(41) En efecto, ténganse en cuenta en relación con lo dicho los trabajos citados en las notas 3 y 5 a 10. Asimismo, además, RUIZ, E.F., CARNICERO, J.M. y MORALES, F., «La Torrecilla de Valdegeña (Soria) un castro de la Primera Edad del Hierro», *Celtiberia*, 70, 1985, págs. 349-356; SAN MIGUEL VALDEHUERTILES, M.A., «Los Casares: Un yacimiento arqueológico en San Pedro Manrique», *Celtiberia*, 73, 1987, págs. 115-126.

(42) BACHILLER GIL, J.A., «Los castros sorianos...», pág. 351, tabla I; IDEM, *La cultura castreña soriana...*, págs. 18 y 20, tabla I; IDEM, *Nueva sistematización...*, págs. 11 y 14, tabla I.

(43) ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la serranía soriana...*, págs. 16-19.

(44) GARCÉS ESTALLO, I. y JUNYENT SANCHEZ, E., «Fortificación y defensa en la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en Els Vilars», *Revista de Arqueología*, 93, 1989, págs. 38-49.

(45) HARBISON, P., «Wooden and Stone Chevaux-de-Frise in Central and Western Europe», *Proceedings of the Prehistoric Society*, XXXVII, 1971, págs. 212, 214 y 219-221.

(46) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas de la Cultura Castreña Soriana: la casa circular del Castro del Zarranzano», *Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, pág. 190. En general, para las campañas de 1976 a 1979 en el castro, véase: IDEM, *Los castros de la Edad del Hierro...*, capítulo 4.

centímetros de ancho y conservan entre dos y cinco hiladas, se contruyeron a base de bloques de conglomerado, de gran y mediano tamaño, y piedras rodadas más pequeñas; pese a las diferentes plantas y modos constructivos entre ambas viviendas, contaban con hogares de idéntica forma y estructura, con la salvedad de que el correspondiente a esta última tenía un vasar anejo. Entre los materiales arqueológicos recuperados en el nivel a que corresponde esta vivienda, que datamos en la primera mitad del siglo V, y en cualquier caso antes del 430 a. de C., merecen citarse un fragmento de cuenco decorado con pinturas de color amarillo y un adorno o fíbula de espirales⁴⁷, así como un curioso vaso de asas interiores, cuyos paralelos más próximos se documentan en el Cabezo de Monleón de Caspe⁴⁸.

Por último, y en relación con la cultura de los castros todavía, nos referiremos al mundo funerario, por más que sigamos sin documentar aún una necrópolis en este grupo. Y referiremos así primeramente la intervención que, tras la detección de una serie de estructuras tumuliformes paracirculares extramuros del Alto del Arenal de San Leonardo⁴⁹, nos llevó a limpiar y excavar una de ellas⁵⁰, con la esperanza de que se tratara de una necrópolis de túmulos como las tan numerosas, al parecer, de la inmediata provincia de Burgos⁵¹; ningún resto permitió suponer que así fuera, por lo que a la vista de la evidencia negativa hemos de suponer se trata de simples encanchados artificiales. Dos estructuras similares fueron exhumadas en El Castillo de El Royo en la última campaña de excavaciones, en una zona marginal del castro en su flanco oeste, aunque todavía dentro del recinto murado; su excavación deparó, al parecer, según su descubridor, sendas incineraciones en urna, de las que nada más podemos decir habida cuenta la parquedad de la noticia en que han sido dadas a conocer⁵².

La revisión de la *Carta Arqueológica* provincial ha deparado, en relación con el segundo aspecto a considerar, el hallazgo de una serie de poblados que es preciso atribuir a la Edad del Hierro y que, dada su localización en la comarca adnamentina, vienen a romper el viejo esquema, trazado por Taracena⁵³ y mantenido hasta bien recientemente⁵⁴, en virtud del cual durante el Primer Hierro los

(47) ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades sobre los castros...», págs. 50-53 y 56, fig. 6, fots. de las págs. 50 y 82.

(48) MARCOS CONTRERAS, G.J., «Acerca de un curioso vaso del Castro del Zarranzano (Almarza, Soria)», en este mismo *Symposium*.

(49) El yacimiento fue dado a conocer por vez primera en ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la serranía soriana...*, págs. 12, nota 32, y 16, nota 60; en relación con el aspecto que ahora se comenta téngase en cuenta la referencia al yacimiento en IDEM, *Los castros de la Edad del Hierro...*, capítulo 4.

(50) Dicha intervención, llevada a cabo por nosotros dos y J.J. Fernández Moreno, en noviembre de 1985, contó con la valiosa colaboración de F.J. Pérez Rodríguez; sobre la misma se ofrece una breve noticia en FERNANDEZ MORENO, J.J., «Arqueología preventiva y de gestión (1984-1988). Provincia de Soria», *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III*, en prensa.

(51) SACRISTAN DE LAMA, J.D. y RUIZ VELEZ, I., «La Edad del Hierro», en MONTENEGRO DUQUE, A., *Historia de Burgos. I. Edad Antigua*, Burgos, 1985, págs. 195 y 196. Para un ejemplo, de reciente excavación, con materiales de la Edad del Hierro en la misma provincia de Burgos: ROJO GUERRA, M.A., «El túmulo protohistórico del «Paso de la Loba» (Huidobro, Burgos)», *Trabajos de Prehistoria*, 46, 1989, págs. 96-116.

(52) EIROA, J.J., «Aportación a la cronología de los castros sorianos», en *Homenaje al Prof. Gratiano Nieto*, vol. I, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 11-12, 1984-85, pág. 201, fig. 1.

(53) TARACENA AGUIRRE, B., *Carta Arqueológica de España. Soria*, Madrid, 1941, págs. 12-16, figs. 2 y 3.

(54) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia...», págs. 84-86; IDEM, *La Edad del Hierro en la serranía...*, págs. 41 y 42; JIMENO MARTINEZ, A., «Prehistoria», págs. 112-118, fig. de la pág. 110.

lugares de habitación, castros fundamentalmente, y necrópolis se repartían la geografía provincial, al localizarse los primeros al norte y al mediodía las segundas. En efecto, recientes trabajos de Revilla Andía y Jimeno Martínez⁵⁵ han dado a conocer algo más de media docena de establecimientos cuyos moradores, frente a los de los castros, apenas si parecen mostrar interés por defenderse, eligiendo para instalarse emplazamientos elevados, pero no inaccesibles, que apenas si se alcanzan medio centenar de metros sobre las tierras del entorno. Insisten los autores citados en marcar las diferencias entre este grupo de poblados y los castros del norte; diferencias que obedecerían, por un lado, a distintas corrientes de influencias y, por otro, al diferente marco geográfico y, en definitiva, distinto modo de vida en ambas zonas, aunque consideran que su orientación económica sería la ganadera, fundamentalmente, completada con algunas actividades agrícolas, que serían las principales en el caso de La Estevilla de Torremediana, único asentamiento sin carácter estratégico o defensivo alguno.

Por nuestra parte ya hemos insistido en otras ocasiones en la relativa uniformidad que, pese a las diferencias apuntadas, cabe advertir en los distintos grupos de Campos de Urnas Tardíos del Hierro del oriente meseteño⁵⁶; relaciones sobre las que puede insistirse ahora, tomando como punto de referencia ciertas especies cerámicas, caso de las pintadas y grafitadas, vista su presencia tanto en el mundo de los castros, tal y como comentamos páginas atrás⁵⁷, como en estos poblados de la Tierra de Almazán⁵⁸. Partiendo, por otro lado, de la pretendida contemporaneidad de unos y otros, ya que no vemos razón para disentir de la cronología de los siglos VII al V a. de C. propuesta por Revilla y Jimeno para los yacimientos adnamantinos, y no acertando a ver en argumentos bélicos o de prestigio justificación para las diferentes medidas defensivas adoptadas, nos inclináramos a pensar en las de índole económica para explicarlas, aunque sin entender muy bien todavía, bien es cierto, qué relación debe establecerse entre las fuertes medidas defensivas adoptadas por los habitantes de los castros y la actividad ganadera que siempre se les ha atribuido⁵⁹.

Al siglo VI se remontan también hoy los vestigios más antiguos de la Edad del Hierro de las necrópolis en curso de excavación. Es el caso de las tumbas con urnas a mano, claramente relacionables con las cerámicas de los castros, que en ocasiones se asocian a fíbulas de doble resorte con puente de cinta de la necrópolis de San Martín de Utero. Tales tumbas, que se fechan a fines del siglo VI a. de C. y a lo largo del V, representan la primera fase del cementerio⁶⁰. Otro

(55) REVILLA ANDÍA, M.L., *Carta arqueológica...*, págs. 329-336, fig. 166. A tener en cuenta también: JIMENO MARTINEZ, A. y REVILLA ANDÍA, M.L., «La dualidad de la cultura castreña de la provincia de Soria», Coloquio Internacional sobre *La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, en prensa; en tanto se publica *Resúmenes de las comunicaciones*, pág. 20.

(56) Ténganse en cuenta, fundamentalmente, los trabajos del primero de nosotros citados en la nota 54.

(57) A sumar a los entonces citados el hallazgo de cerámicas pintadas, que se califican de «hallstáticas», en el Cerro del Haya de Villar de Maya (PASCUAL MAYORAL, P. y PASCUAL GONZALEZ, H., *Carta Arqueológica de La Rioja...*, págs. 93 y 94, fig. 26).

(58) Así, un fragmento de cerámica pintada se recuperó en La Estevilla de Torremediana (REVILLA ANDÍA, M.L., *Carta Arqueológica...*, págs. 266-268, fig. 133) y cerámicas grafitadas se recogieron en La Corona de Almazán (*Ibidem*, págs. 26-34, figs. 7-11) y La Buitrera de Rebollo de Duero (*Ibidem*, págs. 230-239, figs. 119-123).

(59) DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F., «El último milenio a. de C. en la Cuenca del Duero...».

(60) GARCIA-SOTO MATEOS, E., «La necrópolis de San Martín de Utero (Soria)», en BURILLO MOZOTA, F., PEREZ CASAS, J.A. y SUS GIMENEZ, M.L. de (Edts. y Coord.), *Celliberos*, Zaragoza, 1988, págs. 88 y 91; IDEM, «El yacimiento arqueológico de San Martín de Utero (Soria), excavaciones de 1980 a 1985», en ARGENTE OLIVER, J.L. (Coord.), *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, 1989, pág. 63.

tanto cabe decir de la de Carratiermes, en cuyo sector A se advierte una estratigrafía horizontal que permite situar el momento más antiguo de la necrópolis en el siglo VI a. de C.; esta es la fase a la que Argente, siguiendo la terminología empleada por otros autores para designar las necrópolis del Alto Duero-Alto Jalón-Carrascosa⁶¹, denomina *protoceltibérica*⁶², rescatando unos y otro un término utilizado ya, cuando menos, en 1958 por Maluquer⁶³, aunque con diferente sentido, ya que este último autor se refiere con él a un momento inicial de la segunda Edad del Hierro, inmediatamente anterior a la cultura celtibérica, aquél al que vamos a dedicar el apartado que sigue y al que uno de nosotros ha dado en llamar, en los últimos años y para el territorio que nos ocupa, *protoarévaco*.

Dicha fase u horizonte, que rastreábamos en apenas media docena de yacimientos a partir de ciertas cerámicas con decoraciones impresas fundamentalmente, se habrá inaugurado en torno al 400 a. de C., para finalizar sobre el 350, momento en que dábamos por iniciada la cultura celtibérica⁶⁴. Esta última fecha venía avalada por sendas dataciones absolutas, de las que la primera ha de tomarse con ciertas reservas, de El Castillejo de Fuensaúco y El Castillo de El Royo, del 350 y el 320 a. de C., respectivamente; este último yacimiento ha proporcionado también, recientemente, una nueva fecha que vendría a apoyar la del 400 antes citada. Efectivamente, una datación del 400 a. de C. (C.S.I.C.-536) ha venido a fechar el nivel B del castro, nivel para el que contábamos con una fecha anterior del 530 a. de C., considerando su excavador que una y otra sirven para enmarcar la primitiva ocupación de El Castillo que, de esta manera, se sitúa entre el 530 y el 400 a. de C.⁶⁵ La ausencia de las cerámicas mencionadas en el Castro del Zarranzano, cuya vida centramos en el siglo V a. de C., podría argumentarse, por último, una vez más⁶⁶, a favor de la fecha inicial propuesta para este momento.

No negaremos, en cualquier caso, que se trata de un horizonte que plantea no pocos problemas, razón por la cual, sin duda, se nos ofrece tan sugestivo; dichos problemas, por otro lado, no son otros que los que, en líneas generales, afectan a los inicios de la segunda Edad del Hierro de la Meseta Norte, donde determinadas especies cerámicas—a peine, impresas, estampilladas—, claramente relacionables con las nuestras tantas veces citadas, han venido tomándose como el «fósil director» de otros tantos horizontes —Cogotas Ila, protovacceo— de inicios del Segundo Hierro. Hoy, teniendo en cuenta que la mayoría de los materiales con que contamos para este momento provienen de prospección y vista la práctica ausencia de niveles claramente individualizados adscribibles a dichas fases, cuanto, por contra, la presencia de las mencionadas especies cerámicas en contextos de la primera Edad del Hierro y aún celtibéricos, cabe plantearse si no se habrá otorgado a

(61) RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A., «Elementos e influjos de tradición...», pág. 261.

(62) ARGENTE OLIVER, J.L., «Tiermes, en BURILLO MOZOTA, F., PEREZ CASAS, J.A. y SUS GIMENEZ, M.L., de (Edts. y Coords.), *Celtiberos*, Zaragoza, 1988, pág. 59; IDEM, «Tiermes: catorce años de Excavaciones», en ARGENTE OLIVER, J.L. (Coord.), *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, 1989, pág. 78.

(63) MALUQUER DE MOTES, J., *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja*, Avila-Salamanca, 1958, pág. 99.

(64) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia...», págs. 75-83 y 86; IDEM, *La Edad del Hierro en la serranía...*, págs. 42-45; IDEM, *Los castros de la Edad del Hierro...* capítulos 6 y 7.

(65) EIROA, J.J., «Aportación a la cronología...», págs. 197-199.

(66) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia...», pág. 81.

las mismas un papel excesivo y se trate tan sólo de una moda que impuesta en un momento dado tuvo éxito y larga vida y, en definitiva, el tránsito, sin solución de continuidad, entre la primera Edad del Hierro y la cultura celtibérica⁶⁷.

Volviendo a nuestra provincia recordaremos que las cerámicas de superficies pulido-rugosas y decoraciones impresas a punta de espátula que nos permitieron detectar el horizonte protoarévaco sólo se han documentado en estratigrafía en El Castillejo de Fuensaúco y que su presencia, unida a otros argumentos, permitió a Taracena juzgar al yacimiento tardío dentro de la cultura de los castros, de la misma manera que a Numancia o al poblado de Torre Beteta en Villar del Ala; otros yacimientos en los que su presencia está igualmente atestiguada eran calificados por el mencionado autor exclusivamente celtibéricos y datados en los siglos III y II a. de C.⁶⁸ Por nuestra parte, no hemos encontrado ni tan siquiera un fragmento de este tipo cerámico en ninguna de las campañas de excavación llevadas a cabo en Fuensaúco y ya hemos comentado cómo, tras la segunda de ellas, el nivel al que, de acuerdo con la estratigrafía de Taracena, deben de corresponder muestra relaciones evidentes con el Castro del Zarranzano; es más, abundando en ello, mencionaremos ahora el hallazgo en este último de vasos que, aunque de forma diferente a la de los que nos ocupan y sin su característica decoración impresa, muestran al igual que ellos un tratamiento diferencial de sus superficies por zonas, lo que nos lleva a preguntarnos por la posibilidad de la aparición de dichos tipos cerámicos en un momento avanzado de la primera Edad del Hierro, dentro aún del siglo V a. de C., y su perduración posterior durante el Segundo Hierro.

Aún contamos con algunos otros datos y posturas en torno a este tema. Así, M.L. Revilla, ante la ausencia de los materiales que consideramos propios de este momento en los poblados de la Tierra de Almazán, señala que falta, por el momento, en dicha zona la fase intermedia que ella llama de los «arévacos primitivos»⁶⁹; dicha postura deja vía abierta a la consideración en el sector oriental de la Meseta de un fenómeno similar al documentado en su extremo opuesto y, en concreto, en la provincia de Zamora, donde, mientras que los hallazgos de determinados yacimientos sugieren una secuencia cultural Soto II-Cogotas IIa-Celtibérico, en otros la ausencia de los característicos de Cogotas IIa hace pensar en la pervivencia del Soto II hasta la llegada del torno y las cerámicas celtibéricas⁷⁰. En sentido contrario se manifiesta E. García-Soto quien identifica en la necrópolis de San Martín de Ucero una segunda fase que, si bien en un primer momento asimiló a Cogotas II⁷¹, atribuyó explícitamente después a la fase

(67) Estos aspectos se discuten también en: SACRISTAN DE LAMA, J.D., *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid, 1986, págs. 71-83; ESPARZA ARROYO, A., *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora, 1986, págs. 364-375; BARRIO MARTIN, J., *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas Cuellar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Madrid, 1988, págs. 29-42 y 395-415; por nuestra parte, realizamos una amplia reflexión al respecto en: DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F., «El último milenio a. de C. en la Cuenca del Duero...», en particular en el epígrafe titulado «El problema del tránsito de la primera a la segunda Edad del Hierro».

(68) Dado que las correspondientes referencias han sido reunidas y comentadas ya en uno de nuestros trabajos, no creemos necesario volver a repetirlos aquí, por lo que remitimos al mismo: ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia...», pág. 80 y notas correspondientes, en particular pág. 117, nota 272.

(69) REVILLA ANDIA, M.L., *Carta Arqueológica...*, pág. 343.

(70) Una reciente valoración en este sentido, en la que se recogen las anteriores, en ESPARZA ARROYO, A., *Los castros de la Edad del Hierro...*, pág. 371.

(71) GARCIA-SOTO MATEOS, E., «La necrópolis de San Martín de Ucero...», págs. 89 y 91.

protoarévaca, fechándola a lo largo del siglo IV a. de C.⁷² Habremos de referirnos, por último, a la negativa a reconocer la existencia del horizonte protoarévaco por parte de J.A. Bachiller⁷³; dicha postura, basada en la incorrecta interpretación de nuestros argumentos y sin posibilidad de aportar alguno propio que la apoye, en nada contribuye a la discusión científica de este problema que, a la luz de lo expuesto, sigue en pie manteniendo todo su atractivo para la investigación.

No queremos dar por finalizada esta primera parte sin dedicar, siquiera sea algunas líneas, a la consideración de la cultura celtibérica, si bien en este apartado y habida cuenta el predicamento que en los últimos años está teniendo el estudio de la misma, nos limitaremos a referir las aportaciones bibliográficas más destacadas.

Qué duda cabe que al margen de los trabajos de carácter general sobre los celtíberos, a que luego nos referiremos, ha habido aportaciones concretas que se refieren particularmente a nuestra provincia; así, y en primer lugar, aquellas que han dado a conocer nuevos yacimientos, cuya enumeración rehusamos una vez más⁷⁴, o los que se refieren a determinados materiales arqueológicos, caso de la cerámica⁷⁵ o las fíbulas⁷⁶.

Particular atención merecen, en otro orden de cosas ya, las Actas del I Simposium sobre *Los Celtíberos*⁷⁷, así como las IIIer. Encuentro de Estudios Numismáticos que, dedicado a la *Numismática en la Celtiberia*, fue organizado por la Asociación Numismática Española, con la colaboración de la Societat Catalana d'Estudis Numismàtics, y celebrado en Barcelona en marzo de 1987⁷⁸. Igualmente, y en tanto se publican las Actas del II Simposio sobre *Los Celtíberos*, dedicado en esta ocasión a las *Necrópolis Celtibéricas* y celebrado en Daroca en abril de 1988⁷⁹, el libro *Celtíberos*, publicado con ocasión de la Exposición que, paralelamente al mismo, tuvo lugar en los salones del Palacio de Sástago de la Diputación Provincial de Zaragoza, entre el 30 de marzo y el 28 de abril de 1988⁸⁰.

(72) GARCIA-SOTO MATEOS, E., «El yacimiento arqueológico de San Martín de Uclero...», pág. 63.

(73) BACHILLER GIL, J.A., *La cultura castreña soriana...*, pág. 43; IDEM, *Nueva sistematización...*, pág. 47.

(74) Téngase en cuenta aquí, de nuevo, lo dicho en la nota 41.

(75) OLMOS ROMERA, A., «Notas conjeturales de iconografía celtibérica. Tres vasos de cerámica policroma de Numancia», *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León*, II, 1986, págs. 215-225; PASTOR EIXARCH, J.M., «Las trompas de guerra celtibéricas», *Celtiberia*, 73, 1987, págs. 7-19; ROMERO CARNICERO, F., «Una reflexión sobre la estética celtibérica a partir de las cerámicas de Numancia», en BURILLO MOZOTA, F., PEREZ CASAS, J.A. y SUS GIMENEZ, M.L. de (Edts. y Coords.), *Celtíberos*, Zaragoza, 1988, págs. 197-199.

(76) ARGENTE OLIVER, J.L., *Las fíbulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica*, Universidad Complutense de Madrid, Colección Tesis Doctorales, n.º 54/89, Madrid, 1989, donde se estudian las fíbulas de la Edad del Hierro en las provincias de Soria y Guadalajara; igualmente y para el tipo de referencia, ARGENTE OLIVER, J.L. y ROMERO CARNICERO, F., «Fíbulas de doble prolongación, variante de disco, en la Meseta», *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León*, III, en prensa.

(77) *I Symposium sobre Los Celtíberos*, Daroca (Zaragoza), 1986, Zaragoza, 1987, del que destacaremos por sus referencias particulares al sector que nos ocupa, la ponencia de F. Burillo (BURILLO MOZOTA, F., «Sobre el origen de los celtíberos», págs. 75-93, en general, y 81-83, para el aspecto mencionado).

(78) III.º Encuentro de Estudios Numismáticos, *Numismática en la Celtiberia*, Barcelona, 1987, *Gaceta Numismática*, 86-87, III/IV, 1987.

(79) A tener en cuenta en el mismo, además de la ponencia que sobre las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero presentara E. García-Soto Mateos, los trabajos que él mismo y B. Castillo dedican a la necrópolis de Uclero, A. Llorio a la de La Mercadera, J.L. Argente y A. Díaz a la de Carratiermes y A. Campano y C. Sanz a la de Fuentelaraña en Osma.

(80) BURILLO MOZOTA, F., PEREZ CASAS, J.A. y SUS GIMENEZ, M.L. de (Edts. y Coords.), *Celtíberos*, Zaragoza, 1988, del que ya hemos citado con anterioridad los trabajos que se refieren a yacimientos o aspectos sorianos en concreto.

A todos ellos sumaremos, por último, los dedicados a la religión⁸¹, la epigrafía⁸², la onomástica⁸³ o la Arqueología social⁸⁴ de los celtíberos y la conquista y romanización de la Celtibería⁸⁵, con lo que viene a completarse el estudio de esta etapa última de la Edad del Hierro.

II. TENDENCIAS Y PERSPECTIVAS

Una vez considerada la secuencia de la Edad del Hierro en el Alto Duero, con las novedades de estos últimos años, pensamos que merece la pena exponer una reflexión crítica sobre los problemas de investigación más importantes, las tendencias de la investigación en curso y las perspectivas de futuro, dentro del marco de la teoría y metodología de los estudios de la Edad del Hierro. Sólomente identificando y aislando correctamente los problemas, asumiendo planteamientos críticos en el desarrollo de la investigación e incorporando nuevos conceptos teóricos y nuevas aproximaciones metodológicas en proyectos coherentes, podremos avanzar realmente en el conocimiento de nuestra Edad del Hierro, más allá de la mera acumulación de datos y evidencias.

Ya en el *Primer Symposium de Arqueología Soriana* uno de nosotros⁸⁶ resumía las tareas de futuro más urgentes en el estudio de la Edad del Hierro de la siguiente manera:

- 1.— La publicación de materiales inéditos conservados en museos o publicados pero insuficientemente estudiados, caso de las necrópolis celtibéricas del Alto Duero-Alto Jalón, cuyos ajuares se encuentran principalmente en el Museo Arqueológico Nacional; y la necesidad de revisar los grandes yacimientos, siendo el ejemplo más claro Numancia.
- 2.— La elaboración de unos buenos repertorios de datos; desde la necesidad de catalogar debidamente los yacimientos celtibéricos a la construcción de tablas tipológicas de la cerámica celtibérica del Alto Duero.

(81) SALINAS DE FRIAS, J., «La Religión de los Celtíberos (I)», *Studia Historica, H.ª Antigua*, II-III, 1, 1984-85, págs. 81-102; SOPENA, G., *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza, 1987.

(82) HOZ, J. de, «La epigrafía celtibérica», Reunión sobre *Epigrafía Hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, 1983, Zaragoza, 1986, págs. 43-102.

(83) ALBERTOS, M.L., «La onomástica de la Celtiberia», Actas del II Coloquio sobre *Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Tübingen, 1976, Acta Salmanticensis, Filosofía y Letras, 113, Salamanca, 1979, págs. 131-167.

(84) RUIZ GALVEZ, M., «El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la «Arqueología social». Una propuesta para el estudio de los pueblos del Oriente de la Meseta durante la Edad del Hierro», *Kalathos*, 5-6, 1985-86, págs. 71-106.

(85) SALINAS DE FRIAS, M., *Conquista y Romanización de Celtiberia*, Acta Salmanticensis, Filosofía y Letras, 171, Salamanca, 1986.

(86) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia...», págs. 87-91.

- 3.— La intensificación de la prospección arqueológica para contar con unos buenos datos de cara a estudios comarcales y/o regionales y la coordinación y planificación de las excavaciones; señalando como temas prioritarios a resolver el desconocimiento que todavía tenemos sobre aspectos de los asentamientos como defensas, casas y urbanismo, el desconocimiento del ritual funerario de las gentes de los castros de la serranía o la falta de estudios sobre las relaciones poblados-necrópolis.

La mayor parte de estas tareas están todavía por realizarse, si bien en algunos casos ya se están dando pasos en la dirección adecuada.

Es cierto que resulta prioritario conocer bien la cultura material y la secuencia crono-cultural pero igualmente cierto es que eso sólo no es suficiente, hacen falta nuevas preguntas al registro arqueológico que nos acerquen a nuevos aspectos; en definitiva es necesario que los planteamientos teóricos orienten el trabajo de campo, como ha dicho Collis⁸⁷ lo primero es decidir «¿qué queremos saber?». Y desde luego hoy parece evidente que la Arqueología del futuro inmediato va a depender fundamentalmente de los desarrollos teórico-metodológicos por un lado y de los avances técnicos y analíticos por otro.

Las nuevas preguntas, dentro del marco de la Edad del Hierro del Alto Duero, deberían girar en los próximos años en torno a los siguientes temas, que en absoluto pretenden agotar los posibles objetivos de investigación, sino simplemente subrayar las carencias más notorias:

- a.— El paleoambiente, ya que en nuestro caso estos estudios son prácticamente inexistentes. Es preciso poder ir contando con análisis polínicos y otros tipos de análisis paleoambientales porque obviamente estos aspectos ambientales tuvieron una influencia importante en el desarrollo de las comunidades de la Edad del Hierro. Debido a los costes y a la necesidad de una planificación sería conveniente que alguna institución —tal vez la más adecuada fuera el Museo Numantino— confeccionara programas colectivos que pudieran ir ampliándose para rentabilizar más las inversiones.
- b.— El poblamiento, especialmente en lo que se refiere a los patrones de asentamiento a nivel regional en cada etapa y también el estudio de la evolución diacrónica de los patrones de poblamiento. Las técnicas de análisis espacial pueden resultar muy eficaces en este campo⁸⁸.
- c.— La economía, en una variada serie de aspectos que comienzan por la subsistencia, donde son necesarios análisis de macrorestos vegetales incorporando las técnicas de flotación y análisis faunísticos, ya iniciados en yacimientos como el Castro del Zarranzano y El Castillejo de Fuensaúco. El estudio del instrumental agrícola también merecería una mayor atención. Por otro lado las producciones artesanas, especialmente la alfarería y la metalurgia, precisan estudios que aborden nuevas perspectivas, por ejemplo los análisis de pastas cerámicas de cara a determinar los centros productores y áreas de distribución o los análisis metalográficos para profundizar en la tecnología metalúrgica y aspectos organizativos de los talleres de la Edad del Hierro.

(87) COLLIS, J., «What do we want to know?», en *Les celtes en Belgique et dans le Nord de La France, Revue du Nord*, n° 0 spécial, 1984, págs. 283-285.

(88) HODDER, I. y ORTON, C., *Spatial Analysis in Archaeology*, C.U.P. Cambridge, 1976; VV.AA., *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*, Teruel, 1984, *Arqueología Espacial*, 1-6, Teruel 1984-85.

d.— La sociedad, su organización y estructura a la que se puede tratar de acceder a partir de distintas líneas de investigación, como el patrón de poblamiento y la organización interna de los hábitats y el análisis de los enterramientos. Este último aspecto, que en la arqueología anglosajona ha dado en llamarse Arqueología de la muerte⁶⁹, puede ofrecer resultados muy interesantes, ya que contamos con tumbas antiguas y conjuntos nuevos —como los de la necrópolis de Carratiermes— a los que aplicar estos nuevos enfoques⁹⁰.

Un análisis más crítico de las fuentes clásicas y que trate de extraer hipótesis de trabajo para la investigación arqueológica⁹¹ puede resultar mucho más interesante que los planteamientos tradicionales enfrentando arqueología y fuentes.

Una aproximación a las etnias prerromanas y la delicada cuestión de las fronteras tribales⁹² puede realizarse conjugando la Arqueología Espacial con detallados análisis de la decoración cerámica y otros elementos estilísticos⁹³, que ya en algunos casos parecen ofrecer una distribución espacial restringida, caso, por ejemplo, de la iconografía cenital celtibérica⁹⁴ o de ciertos tipos de fíbulas mesetefías⁹⁵.

e.— El mundo proyectivo, progresando en temas como la religiosidad, que está permitiendo avances importantes⁹⁶, o el arte buscando tanto la dimensión de su producción técnica como el contexto social de la misma⁹⁷.

f.— La numismática y la epigrafía, intentando una renovación en los intereses de estas disciplinas que se acerquen más a cuestiones socioeconómicas. También hay que intentar desbloquear los estudios de toponimia, presos de la imposibilidad de conseguir unos horizontes cronológicos seguros, para lo que sería preciso iniciar la publicación exhaustiva de la toponimia medieval.

Un tema que consideramos de especial interés es el contacto entre los pueblos indígenas y Roma y hoy por hoy no existen estudios arqueológicos que se centren en el fenómeno de interacción que originó la Romanización, muy probablemente porque los prehistoriadores han dedicado su interés exclusivo a los pueblos indígenas y los arqueólogos clásicos a lo romano, casi ignorándose mutuamente.

(89) LULL, V. y PICAZO, M., «Arqueología de la muerte y estructura social», *AEspA*, 62, 1989, págs. 5-20; RUIZ ZAPATERO, G. y CHAPA, T., «La arqueología de la muerte: perspectivas teórico-metodológicas», en *Necrópolis Celtibéricas*, I Simposio sobre *Los Celtiberos*, Daroca, 1988, en prensa.

(90) BURILLO MOZOTA, F. (Coord.), *Necrópolis Celtibéricas*, II Simposio sobre *Los Celtiberos*, Daroca, 1988, en prensa.

(91) CHAMPION, T.-C., «Written sources and the study of European Iron Age», en CHAMPION, T.-C. y MEGAW, J.V.S. (Edts.), *Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the First Millenium B.C.*, Leicester, 1985, págs. 1-8.

(92) VV.AA., *Fronteras*, Actas del III Coloquio Internacional sobre *Arqueología Espacial*, Teruel, 1989, Teruel, 1989.

(93) Téngase en cuenta el trabajo de M. Ruiz-Gálvez citado en la nota 84.

(94) ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MINGUEZ, C., «Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica», en este mismo *Symposium*.

(95) Véase la obra de J.L. Argente Oliver sobre *Las fíbulas en la Meseta*, citada en la nota 76.

(96) A tener presente ahora además de la obra de G. Sopeña, ya citada en la nota 81, MARCO, F., «La religión de los celtiberos», *I Simposio sobre Los Celtiberos*, Daroca (Zaragoza), 1986, Zaragoza, 1987, págs. 55-74.

(97) MEGAW, J.V.S., «Meditations and celtic hobby-horse: notes towards a social archaeology of Iron Age art», en CHAMPION, T.-C. y MEGAW, J.V.S. (Edts.), *Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the First Millenium B.C.*, Leicester, 1985, págs. 161-192.

Por último, la investigación arqueológica de la Edad del Hierro no debería dejar de lado los temas de conservación y presentación del Patrimonio, de manera que las tareas de consolidación y restauración de estructuras en yacimientos —como se ha hecho con las viviendas del Castro del Zarranzano y con los programas iniciados en Numancia y Tiermes— se contemplen dentro del marco de la investigación. La divulgación a través de publicaciones, guías o simples trípticos con un breve texto y una buena documentación gráfica, contribuirá a que se conozcan mejor los yacimientos y por tanto será una inversión también de cara a la protección y conservación del Patrimonio Arqueológico.

En conclusión, podríamos decir que en la actualidad se debería superar ya la fase de acumulación de datos sobre la Edad del Hierro para pasar a una en la que la reflexión teórica oriente mejor la investigación empírica, a pesar de que esta nueva etapa genere, inevitablemente, nuevos tipos de excesos y errores, como sucede en cualquier ciencia en construcción.

COMUNICACIONES

**REVISION DE LA INDUSTRIA LITICA DEL YACIMIENTO
ACHELENSE DE TORRALBA DEL MORAL (SORIA)**

A.I. ORTEGA MARTINEZ

INTRODUCCION Y CONTEXTO

Tras el descubrimiento del yacimiento de Torralba, en 1888, E. de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo, procedió a excavarlo mostrando un importante conjunto del Pleistoceno Medio. En la década de los 60 un equipo dirigido por F.C.Howell reemprende las excavaciones. En estos últimos años se están revisando los materiales aplicando sistemas analíticos.

El yacimiento de Torralba, situado en un páramo del Sistema Ibérico a 1220-1330 m. de altitud, se localiza en una encrucijada natural próxima a la divisoria de tres de las principales cuencas hidrográficas de la Península Ibérica: las del Ebro, Duero y Tajo.

Es una llanura pantanosa de la cabecera del río Masegar, cuya estratigrafía muestra un complejo de depósitos aluviales y de arrastre que representa la terraza fluvial + 40-45 m. del Ambrona, asignada a la **Formación de Torralba**. La base, constituida por lechos de soliflucción o crioclastos, está recubierta por arenas, margas y gravas alternantes, donde aparecen restos arqueológicos. Estos niveles representan oscilaciones climáticas entre períodos fríos y templados-húmedos. Este aluvión soportó una calcificación e intensa rubefacción, que dió origen al paleosuelo de **Terra fusca** que corona la secuencia, desarrollado durante el Holstein, por lo que Butzer (BUTZER 1965, 1972) atribuye la **Formación de Torralba** al Mindel, sin embargo Sonnevile-Bordes (1965) propugna una datación Riss para la **Formación de Torralba** y Riss-Würm para la **Terra Fusca** que la cementa.

El paisaje se caracterizaba por ser estepario y pantanoso, con predominio de pradera alpina en los valles y manchas boscosas, principalmente pinares, en las zonas altas. El clima era ligeramente algo más frío y húmedo que el actual.

El conjunto faunístico era el típico del Pleistoceno Medio, con predominio de grandes herbívoros, como **Elephas (Palaeoxodon) antiquus**, **Cervus elaphus** var., **Dama** sp. cf. **clactoniana**, **Equus caballus torralbae**, **Bos** sp. aff. **taurus**, **Dicerorhinus hemiotechus** y cf. **Megaceros (Praemegaceros) sp.**, y escasa presencia de carnívoros (**Canis** sp. cf. **mosbachensis** y **Panthera (leo) sp. cf. spelaea**) (AGUIRRE et al. 1969). La fauna, euriterma en su mayoría, no proporciona una relación

cronológica precisa, aunque su asociación sugiere un clima no muy riguroso encuadrable al final del primer ciclo glacial del Pleistoceno Medio (DIEZ et al. 1985).

Los datos publicados sobre la industria lítica (HOWELL 1962, 1966. FREEMAN 1975) muestran un predominio del utillaje bifacial (23%) y abundancia de raederas, escotaduras y perforadores para los materiales de la colección Cerralbo, mientras que en la colección Howell predomina el utillaje sobre lasca y uso de lascas de pequeño tamaño, alcanzando sólo el 5% el utillaje bifacial, predominando los hendedores. También destaca la presencia de industria en hueso y madera.

Torralba ha sido definido como un lugar de caza y descuartizamiento de grandes herbívoros, en donde Freeman (1978) ha reconocido diez ocupaciones importantes y nueve secundarias, sin que se conozcan los criterios de delimitación.

ANALISIS DE LA INDUSTRIA LITICA

La revisión de la industria lítica de Torralba se ha basado en la aplicación del **SISTEMA LOGICO-ANALITICO** (CARBONELL et al. 1983), que analiza las contradicciones que presenta el objeto en cada intervención humana y la articulación morfo-técnica de sus caracteres. Los objetos se han discriminado según una serie de categorías estructurales: BA (Base), BN1G (Base Negativa de primera Generación), BP (Base Positiva o lasca) y BN2G (Base Negativa de segunda Generación o lasca retocada). La completa descripción y jerarquización temporal de las categorías permiten formular las hipótesis de adscripción tecnológica del utillaje en el Continuo Evolutivo Dinámico Estructural de las industrias del Pleistoceno.

Hemos analizado de forma individualizada las colecciones de Cerralbo y Howell, debido a los diferentes sistemas de discriminación en la toma de datos. También tenemos que señalar la imposibilidad de realizar cualquier tipo de estudio de las ocupaciones propuestas por Freeman, dada la ausencia de información sobre las mismas.

El registro lítico está compuesto por 1.344 piezas, de las que 559 forman la colección Cerralbo (HOWELL 1962), habiéndose analizado 533 piezas, y 785 la de Howell (FREEMAN 1975), de las que hemos analizado 749. El material está distribuido entre los museos Numantino, Nacional de Ciencias Naturales y Arqueológico Nacional, a cuyo personal agradecemos las facilidades prestadas.

Primeramente realizaremos el estudio sincrónico del conjunto industrial, que mostrará su estructura lítica y después el diacrónico de los restos con adscripción estratigráfica, mostrando las diferencias temporales. Para estos estudios se utilizará la estadística inferencial.

ESTUDIO SINCRONICO

El yacimiento de Torralba se caracteriza por el predominio del sílex, en BN2G y de la caliza en BN1G, presentando las restantes materias primas distribución homogénea.

En la estructura de las colecciones predominan las BN2G en ambas muestras, con significación positiva de las BN1G en Cerralbo y de las BP en Howell. Estas diferencias pueden deberse a los distintos criterios de discriminación del registro fósil o a que cada muestra corresponde a distintas áreas del yacimiento: BN2G . BN1G /// BP /// IND — col. Cerralbo, BN2G // BP /// BN1G /// BA — col. Howell.

Las bases (BA), sólo presentes en la col. Howell, incluyen seis percutores de cuarcita.

Las bases negativas de primera generación (BN1G), mejor representadas en la col. Cerralbo, se caracterizan por el predominio de bifaciales (B) en sílex, seguidos de los unifaciales (U), en caliza, existiendo, en la col. Cerralbo, marginalmente multifaciales (T-MF). El carácter centrípeto manifiesta una talla muy desarrollada en los unifaciales 3C, y total o 4C en los bifaciales, relacionándose con la profundidad de los levantamientos, que presenta una tendencia ascendente de marginal (m) a profundo (p) en los U y homogeneidad en los B, si bien apreciamos una ligera tendencia de profundo (p) a total (t). Por lo que se refiere a la oblicuidad de las extracciones destacamos la homogeneidad de los B, mientras que en los U predominan los Abruptos (A) (gráficos 1 a 6).

La arista frontal pone de manifiesto el predominio de formas uniangulares (1a), con elevada significación en U y equilibrio en B, en donde destacan también las biangulares (2a) y triangulares (3a), que evidencian tipos con morfología acabada. La arista sagital presenta una distribución homogénea para los B y un predominio de las rectas y curvas en los U.

Las bases positivas (BP) suponen el 13% de los efectivos de la col. Cerralbo y el 19% de Howell, caracterizándose por el predominio del sílex, seguido de la cuarcita y caliza en Cerralbo, y de la cuarcita en Howell: s /// ct . ca / ind — col. Cerralbo, s . ct /// ca . ind . cz — col. Howell.

Las caras ventrales se caracterizan por la uniformidad de las formas, mientras que las caras talonares presentan preparación de la plataforma de percusión, con predominio casi exclusivo de la no corticalidad (nco /// nco(co) = co — col. Cerralbo, nco /// co . co(nco) . nco(co) — col. Howell). La forma de la superficie de talla más representada es la recta y convexa, que presenta ruptura de tercer grado respecto a la cóncava en ambas colecciones. Destacan ligeramente los talones unifacetados, que con un 46-47% muestran una ruptura de primer grado. El contorno de dicha superficie se caracteriza por el predominio absoluto de la plataforma, principalmente triangular.

Las caras dorsales se caracterizan, así mismo, por la ausencia de córtex: nco /// nco(co) . co(nco) = ind . co — col. Cerralbo, nco /// nco(co) . ind . co = co(nco) —

col. Howell. La forma de las secciones transversal y sagital y la morfología de las piezas se caracterizan por la homogeneidad de sus planos. La oblicuidad de las extracciones destaca en la col. Howell por presentar una jerarquización de los modos planos (P) y simple (S), produciendo una discontinuidad estructural de tercer grado: P . S /// IND . SP // SA.

El análisis tipométrico muestra una industria de reducidas dimensiones, con unos valores medios de 42,28 mm. de longitud, 42,76 mm. de anchura y 14,49 mm. de espesor para la col. Cerralbo y algo menores, con 34,32 mm. de longitud, 30,32 mm. de anchura y 11,14 mm. de espesor para la col. Howell. La distribución según los índices de alargamiento y espesor muestra un claro predominio de BP cortas (90%) y planas (73%).

En la col. Howell se han podido agrupar en BP2G a aquellas BP o fragmentos de las mismas que, debido a su reducido tamaño, no hemos podido apreciar claramente sus caracteres y nos indican una talla marginal (de reavivado de filos). Como era de suponer, predominan el síflex y la cuarcita, presentando una ruptura altamente significativa en la secuencia estructural: s . ct /// cz = ind . ca

Las bases negativas de segunda generación (BN2G) se configuran como la primera categoría en importancia, caracterizada por el predominio del síflex, seguido de la cuarcita: s /// ct // ca . cz = ind col. Cerralbo, s /// ct /// cz . ca . ind col. Howell.

La cara ventral se caracteriza, al igual que en las BP, por la uniformidad de las formas. Es destacable el alto índice de piezas que no presentan talón (36% en la col. Cerralbo y el 40% en la col. Howell). Este se caracteriza por el predominio absoluto de la no corticalidad: nco /// co // co(cno) = nco(co) col. Cerralbo, nco /// co /// co(nco) = nco(co) col. Howell. La forma de la superficie de talla muestra un predominio con ruptura de tercer grado de los rectilíneos y convexos. El carácter de facetaje está representado por los unifacetados, con ruptura altamente significativa en la secuencia estructural: uf /// bf . mf . nf — col. Cerralbo, uf /// mf . nf . bf / ind — col. Howell. La superficie de talla se caracteriza por el predominio absoluto de plataformas amplias, principalmente triangulares.

En las caras dorsales el desbastado es total (nco). Respecto a la forma que presentan las secciones transversal y sagital predominan las asociaciones triangulares y trapezoidales en la col. Cerralbo y triangulares en la col. Howell. La oblicuidad de las extracciones es principalmente semiplana en la col. Cerralbo y plana en la col. Howell: SP // S . SA /// P . IND col. Cerralbo, P // S / SP . IND . SA . A col. Howell. El contorno de las piezas más representativo es el triangular.

El análisis tipométrico muestra BN2G de reducidas dimensiones, cuyos valores medios son 60,69 mm. de longitud, 54,85 mm. de anchura y 20,43 mm. de espesor para la col. Cerralbo y 45,15 mm. de longitud, 39,49 mm. de anchura y 15,51 mm. de espesor para la col. Howell. Estos valores son significativamente superiores a los de las BP, lo que indica una selección. También las BN2G se caracterizan por el predominio de piezas cortas y planas.

En cuanto al retoque, éste afecta mayoritariamente al plano horizontal, cuyo modo predominante es el simple, que presenta ruptura altamente significativa en

la secuencia: S /// SA / SP /// A. P — col. Cerralbo, S /// SA . A // P // SP — col. Howell. También se constata la presencia de un retoque plano en el plano transversal, que produce un adelgazamiento de la pieza, relacionado con la obtención de formas más eficaces.

A nivel de grupos tipológicos dominan las raederas (40% en la col. Cerralbo y 29% en la col. Howell), en especial las laterales, y los denticulados (32% en la col. Cerralbo y 35% en la de Howell). Destaca la amplia diversidad tipológica, con presencia de raspadores, abruptos y bifaciales.

ESTUDIO DIACRONICO

Sólo es posible realizar un estudio diacrónico de las ocupaciones de Torralba en el marco de la Colección Howell. Su excavación puso al descubierto un registro fósil que constaba de ocho niveles geológicos, a los que se adscriben el 66% de los efectivos, con una serie de ocupaciones de las que no disponemos información.

Hemos agrupado los niveles B3 a B8, debido al bajo número de efectivos que presentan, con el fin de facilitar su tratamiento estadístico. Desde el nivel más antiguo, el B1, a los más recientes, se aprecia un aumento de las BP y restos de talla, al mismo tiempo que se produce un descenso de las BN2G, permaneciendo constante la proporción de BN1G, mientras que las BA sólo están presentes en el nivel B1 (gráfico 7).

La distribución de las categorías estructurales según las Materias Primas, presenta homogeneidad en los niveles B1 y B2, caracterizándose el B3/8 por la importante significación de la caliza en las BN1G, categoría escasamente representada.

En las BN1G tienen significación los Bifaciales, cuyo carácter centrípeto va aumentando: partiendo de 2C en B1, alcanza una mayor representación de 4C en B3/8. Se aprecia un paralelismo en la forma de la arista frontal, cuya tendencia evoluciona desde el predominio de aristas uniangulares (1a) en B1, hacia aristas triangulares y cuadrangulares (3a-4a) y con aristas sagitales rectas en B3/8, evidenciando una tendencia hacia piezas más eficaces (gráficos 8 a 10).

Al analizar las BP y las BN2G no observamos diferencias significativas entre los niveles.

A partir de los datos con que contamos, no podemos hacer mayores precisiones, ya que tampoco conocemos sus relaciones con el resto del registro arqueológico.

INFERENCIAS TECNOLOGICAS GENERALES

La cadena operativa de la industria lítica de Torralba tiene singularidades que se deben destacar:

La utilización diferencial de las materias primas, influye de forma decisiva en la producción de las diferentes categorías estructurales. La caliza, presente en la zona de ocupación, es empleada casi exclusivamente en la creación de BN1G (Unifaciales). El sílex ha sufrido una alta transformación, predominando en BN1G (Bifaciales) y BN2G, lo que implica una mayor valoración de esta materia.

Las categorías estructurales presentan una valoración diferencial:

- Las BA, soportes homogéneos de tamaño medio, indican un proceso de selección, jerarquizado por su forma cilíndrica, no angulosa y por la selección de la materia prima (cuarcita).
- En las BN1G se observa una doble cadena operativa. Por una parte, aquellas piezas que son jerarquizadas por el carácter de la forma de la arista frontal, con obtención de instrumentos apuntados, en los que predominan las aristas de talla bien delimitada y estandarizadas (bifaces, hendedores), de mayor eficacia. Y por otra las jerarquizadas por el carácter centrípeto, o B4C, con formas angulares reavivadas, circulares o cuadrangulares, para la consecución de BP.

Por lo tanto, existe un predominio de los Bifaciales, 3C y 4C, que indican una fuerte predeterminación en la talla.

- Las BP1G proceden de la explotación sistemática de las BN1G de tipo B4C y B3C, dando homogeneidad a esta categoría.
- En las BN2G se asiste a un doble fenómeno: el de la modificación de contornos y reavivado de los filos, debido tanto al aprovechamiento exhaustivo de la materia prima, como al alto proceso de trabajo desarrollado en el yacimiento. Esto produce una reducción de BP, aumentando el número de BP2G y de BN2G, y una disminución en sus dimensiones. Se observa un retoque simple y el predominio de Denticulados y Raederas.

A la vista de las características reseñadas se explica la singularidad de la industria lítica de Torralba y las dificultades y controversias sobre su datación. Uno de los contrastes de la cadena operativa del Achelense es la producción de Bases Positivas de gran tamaño en todos los yacimientos del Pleistoceno Medio de Europa Occidental, pero en Torralba esta característica está completamente enmascarada por el proceso de talla que los objetos han experimentado, como corresponde a un lugar reiteradamente visitado, en el que se reutilizan los materiales, debido al lejano origen en que se hallan las materias primas, cuya consecuencia es un incremento, considerable, de las BN2G (instrumentos).

Por tanto, incluimos a Torralba entre los tecnocomplejos industriales del Achelense Medio-Superior (Riss), con el siguiente esquema general para su cadena operativa:

El sílex se recoge fuera del lugar de las ocupaciones de Torralba, donde de desbasta, de ahí la práctica ausencia de piezas con córtex recuperadas.

Las BN1G, con algunas lascas de gran tamaño, son llevadas al yacimiento, donde se utilizarán tanto para la creación de morfotipos Bifaciales con morfología acabada o precisa, como para la creación de Bases Positivas.

La reutilización de BN1G y de BN2G da lugar a nuevas BP2G de reavivado, que indican una talla marginal en el yacimiento.

Se aprecia un ligero transporte del material y una remoción, posiblemente debida a una variación del sustrato, produciéndose microfallas y alteraciones en los útiles.

En un corto lapso de tiempo, nuevos grupos de homínidos llegan a las llanuras pantanosas, encontrando más rentable utilizar las piezas de sílex y cuarcita dejadas por sus predecesores, que recorrer varios kilómetros para buscar la materia prima. Las tallan hasta reducirlas considerablemente de tamaño, apareciendo objetos con doble pátina y con posibles fracturas intencionales que truncan gran parte de los talones. Esta podría ser la causa de que no existan diferencias en la estructura técnica de la industria.

TORRALBA EN EL CONTEXTO DEL PLEISTOCENO MEDIO

La especial localización geográfica que presenta Torralba, en una zona de tránsito entre ambas submesetas y la depresión del Ebro, ha hecho que creamos necesario establecer una serie de comparaciones con los yacimientos del Pleistoceno Medio de **Aridos I**, **Atapuerca —TD—** y **Solana de Zamborino** (tabla 1).

Los valores de las categorías estructurales presentan una distribución hegemónica de las BP para todos los yacimientos, a excepción de **Torralba** debido a su singularidad ya comentada.

Se observa cierta importancia de las BN2G, salvo en **Aridos** (5%), así como una baja representación de las BN1G, con ligera significación en la **Solana del Zamborino** (27%), posiblemente relacionada con la materia prima empleada (cuarcita y cuarzo).

La representación de las BN1G se verá condicionada por la materia prima predominante en cada yacimiento. Se observa como **Aridos** y la **Solana de Zamborino**, con soportes de cuarcita y cuarzo, presentan un ligero predominio de los Unifaciales, mientras que en **Torralba** y **Atapuerca** (TD), donde el sílex es hegemónico, los Bifaciales son claramente mayoritarios, constituyendo los B4C la mitad de sus efectivos.

La caracterización de las BP, categoría predominante, muestra una homogeneidad morfotécnica, que evidencia la cadena operativa Achelense para estos conjuntos industriales.

Las BN2G presentan una misma estructura técnica en cuanto a su soporte (BP). El retoque se realiza sobre el plano horizontal con hegemonía del modo Simple (S) en todos los yacimientos, que evidencia una misma cadena operativa.

En ellos predominan los Denticulados, destacando **Aridos** (60%) y las Raederas, con similitud entre **Solana del Zamborino** (28%) y **Torralba** (29%), posiblemente debida a que ambos lugares sean cazaderos y campamentos estacionales.

Se deduce que estamos ante conjuntos industriales que presentan una misma cadena operativa, la del Achelense, con predominio de BP homogéneas de gran tamaño, talla centrípeta dominante en las BN1G, obteniéndose útiles bifaciales con aristas sagitales sinuosas o rectas simétricas, y por BN2G con retoque Simple y morfotipos de Raederas y Denticulados.

BIBLIOGRAFIA

- AGUIRRE, E. y FUENTES, C. (1969): «Los vertebrados fósiles de Torralba y Ambrona». *Etudes sur le Quaternaire dans le Monde. VIIIe Congrès INQUA*. París, págs. 433-437.
- BUTZER, K.W. (1965): «Acheulian occupation sites at Torralba and Ambrona, Spain: Their geology». *Science*, 150. n.º 3.704. Londres, págs. 1.718-1.722.
- (1972): «Environment and Archeology. An ecological Approach to Prehistory». Londres.
- CARBONELL, E.; GUILBAUD, M. y MORA, R. (1983): «Utilización de la Lógica Analítica para el estudio de tecnocomplejos de cantos tallados». *Cahier Noir*, 1. CRPES. Girona, págs. 1-64.
- CARBONELL, E.; DIEZ, C.; ENAMORADO, J. y ORTEGA, A. I. (1987): Análisis morfotécnicos de la industria lítica de Torralba, «Cuadernos de sección Antropología-Etnografía», 4, págs. 201-216.
- CERRALBO, M. de (1913): «Torralba, la plus ancienne station humaine de l'Europe?». *Actes du XIVe Congr. Intern. d'Anthrop.*, 1912. Génova, págs. 277-290.
- DIEZ, J.C.; AGUIRRE, E. y MORA, R. (1985): «Zooarqueología de Torralba (Soria)». *Celtiberia*, 69. Soria, págs. 7-34.
- FREEMAN, L.G. (1975): «Acheulian sites and stratigraphy in Iberia and the Maghreb», en BURZER e ISAAC, *After the Australopithecines*. La Haya, págs. 661-743.
- (1978): «The analysis of some occupation floor distributions from Earlier and Middle Paleolithic sites in Spain», en FREEMAN *Views of the past*. Chicago, págs. 57-115.
- HOWELL, F.C. (1962): «El yacimiento achelense de Torralba (Soria)». *VII Congr. Nac. Arq. Barcelona*. Zaragoza, págs. 110-116.
- (1966): «Observations on the earlier phases of the european Lower Paleolithic». *American Anthropologist*, 68, n.º 2. Chicago, págs. 88-201.
- ORTEGA, A. I. (1988): «La industria lítica de Torralba del Moral (Soria)». Tesis de Licenciatura. Univ. de Valladolid. Valladolid (inédita).

GRAFICO 2

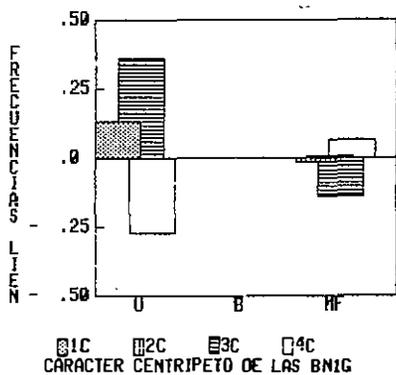


GRAFICO 1

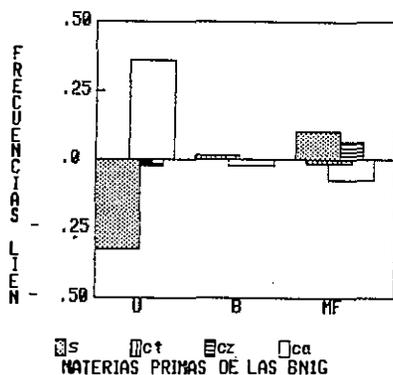


GRAFICO 4

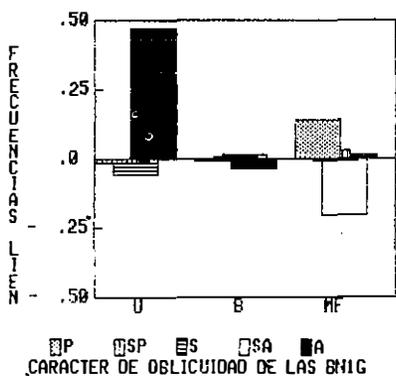


GRAFICO 3

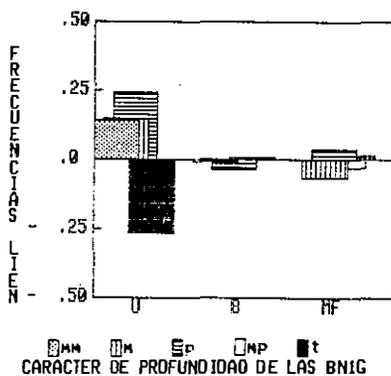


GRAFICO 6

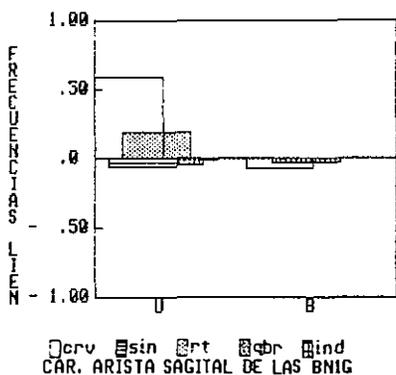


GRAFICO 5

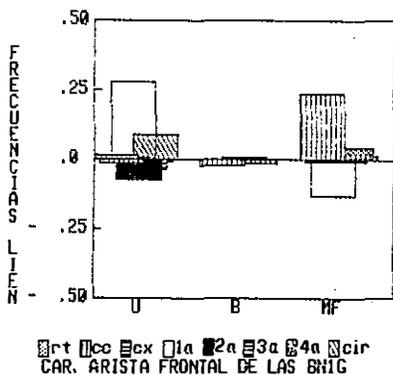
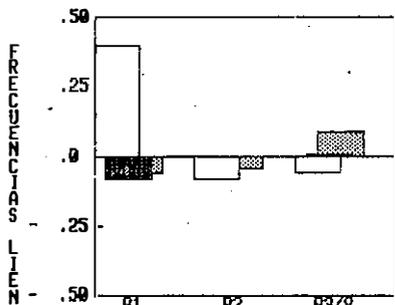
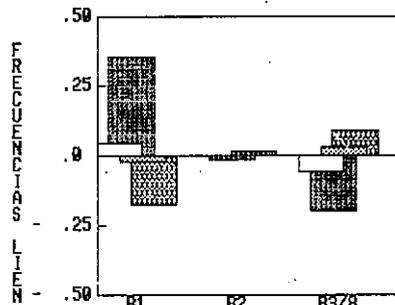


GRAFICO 7



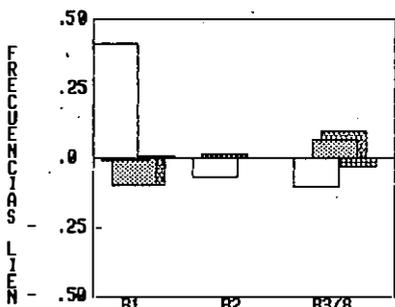
DISTR. DE CATEGORIAS POR NIVELES-HOWELL

GRAFICO 8



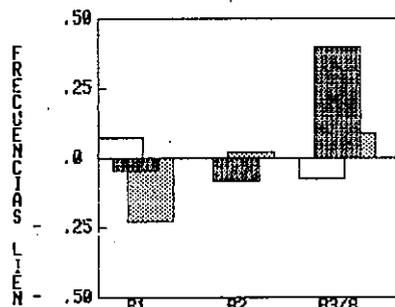
CAR. CENTRIPETO POR NIVELES DE BN1G (B)

GRAFICO 9



C. ARISTA FRONTAL/NIVELES DE LAS BN1G-B

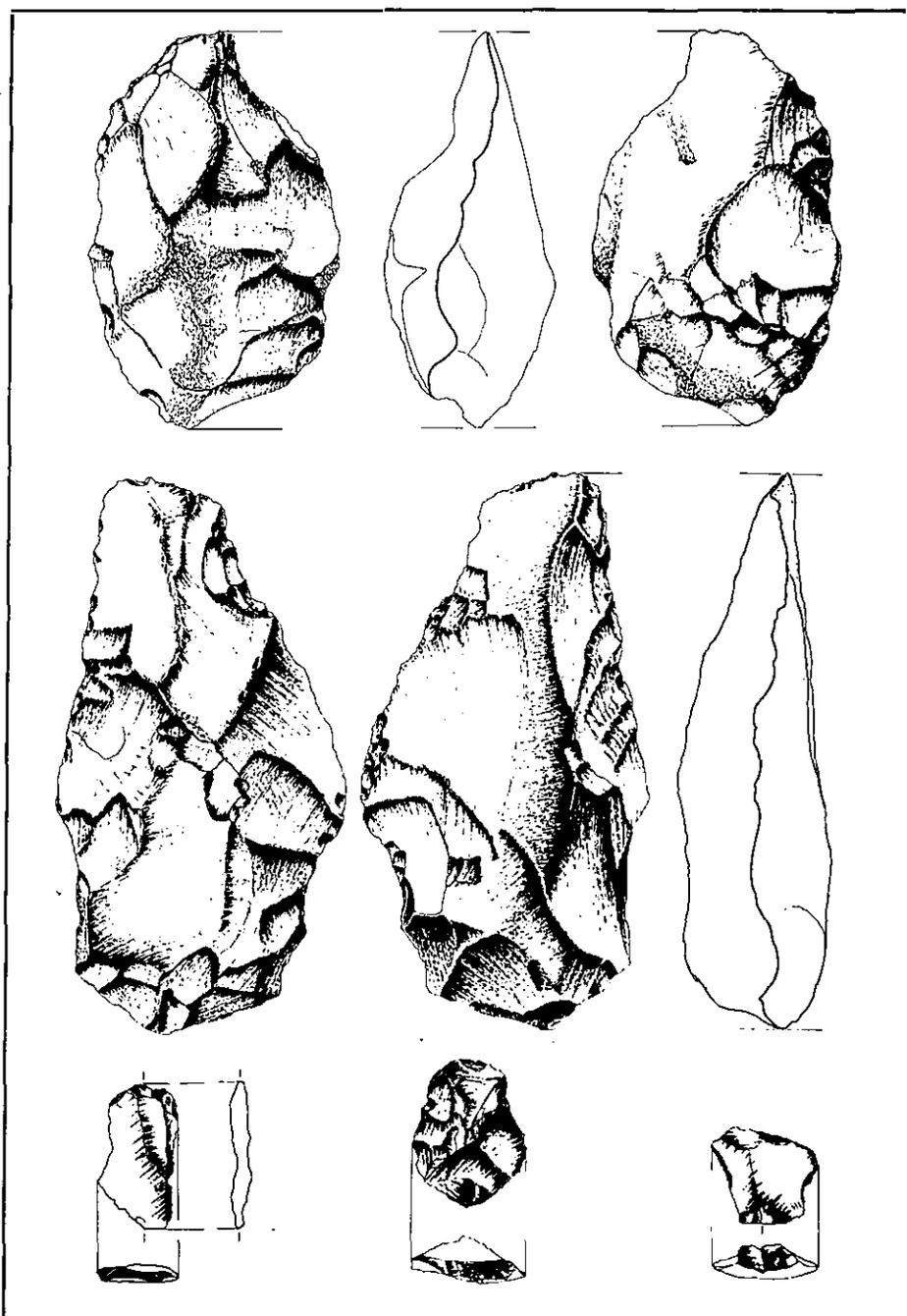
GRAFICO 10



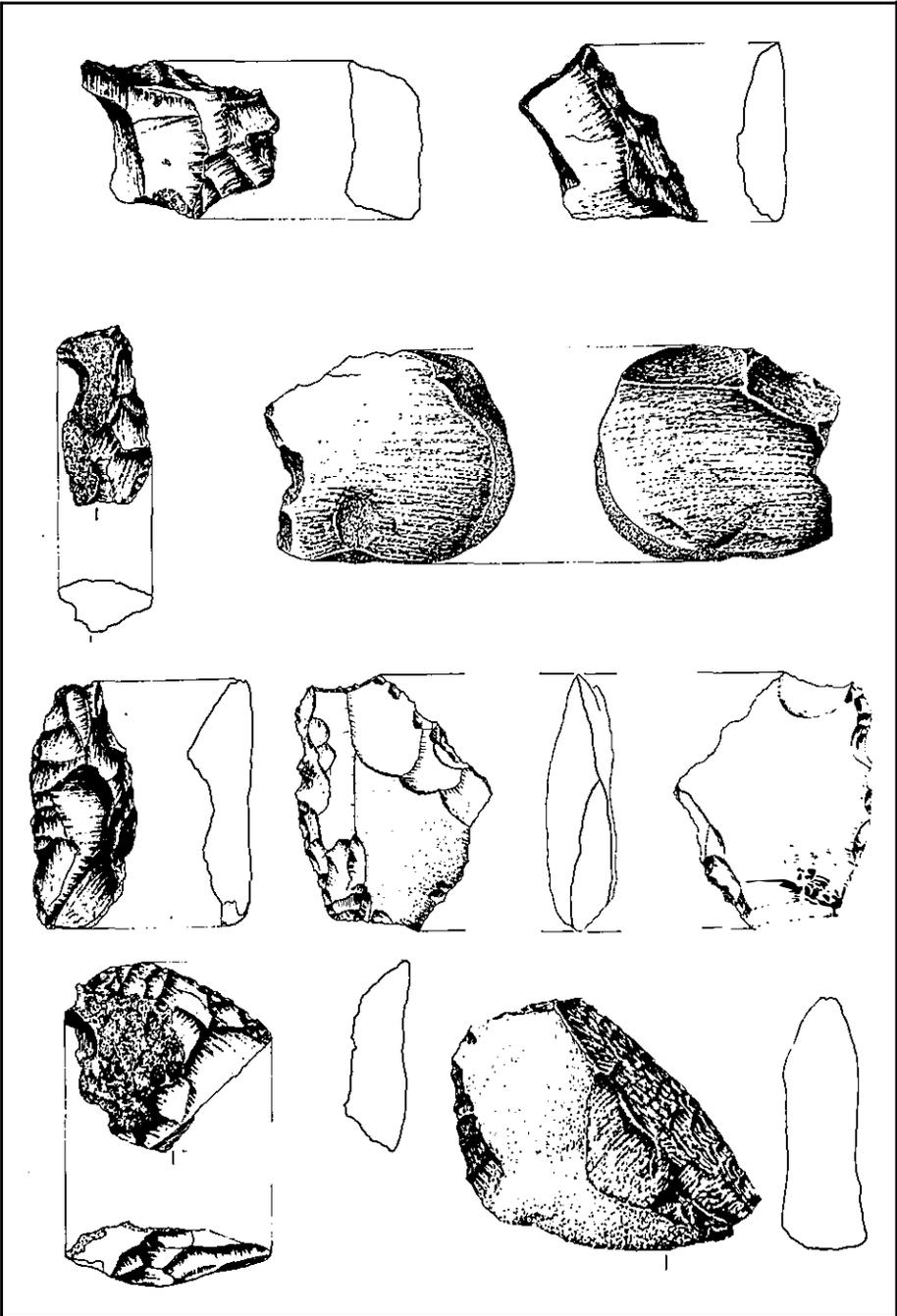
C. ARISTA SAGITAL/NIVELES DE LAS BN1G-B

	CATEGORIAS				BN1G			BN2G				
	BA	BN1G	BP	BN2G	U	B	B4C	RETOQUE			G. TIPOLOGICOS	
								S	P	A	D	R
Ar01	.04	.82	.05	.57	.36	.20	.53	.12	.29	.60	.07
S.Z.	—	.27	.49	.24	.44	.38	.33	.42	.15	.09	.47	.28
T.01	.11	.38	.50	.20	.80	.50	.45	.18	.13	.35	.29
At(TD)11	.10	.47	.30	.14	.86	.47	.41	.20	.20	.42	.14

TABLA 1.— Comparaciones porcentuales de las industrias de Aridos, Solana de Zamborino, Torralba y Atapuerca —TD—.



LAM. I.— Y - 200: BN1G, B4C/3C. Sílex; Y - 206: BN1G, B4C/4C. Caliza; Y - 331: BP. Sílex;
Y - 68: BP. Sílex; Y - 130: BP. Sílex.



LAM. II.— Y - 23: BN2G, D321. Sílex (talón suprimido); Y - 4: BN2G, D22. Sílex; Y - 7: BN2G, Denticulado-Raedera. Sílex; Y - 144: BN2G, D21. Cuarzita; Y - 9: BN2G, Punta. Síflex; Y - 10: BN2G, Raedera-Denticulado. Síflex; Y - 17: BN2G, R22. Síflex; Y - 275: BN2G, R23. Cuarzita.

**EL YACIMIENTO ACHELENSE DE TORRALBA
NUEVAS INTERPRETACIONES TAFONOMICAS Y
PALEOECONOMICAS**

J.C. DIEZ FERNANDEZ-LOMANA*

INTRODUCCION

La paternidad del yacimiento se debe a E. de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo. Supo del hallazgo de restos de elefantes junto a la localidad de Torralba del Moral en 1888 y procede a su excavación intermitente desde junio de 1909 hasta quizá dos años más tarde (Cerralbo, 1913).

Entre 1961 y 1963 un equipo dirigido por Clark Howell reexcava el lugar, agotándolo casi totalmente (Howell et al., 1962). Toda la bibliografía sobre este yacimiento está recogida en las Tesis de Licenciatura de J.C. Díez (1983) y A.I. Ortega (1988).

La lista faunística comprende: *Anas* sp. cf. *platyrhynchos*, *Canis* sp. cf. *mosbachensis*, *Panthera spelaea*, *Palaeoloxodon antiquus*, *Dicerorhinus hemitoechus*, *Equus caballus*, *Cervus* sp., *Dama* sp., *Megaceros* sp. y *Bos* sp. aff. *primigenius* (Aguirre y Fuentes, 1969: 28-29).

INSTRUMENTAL

La industria lítica de Torralba está fabricada sobre soportes de sílex, horsteno, cuarcita, caliza, jaspe y lidita. Salvo la caliza, el resto de materias primas se encuentran distantes varios kilómetros del área ocupacional, por lo que se debe atribuir su acarreo a los homínidos. Las alteraciones que hemos documentado se refieren a las modificaciones por fenómenos de geliflujión o crioturbación, manifestadas por un pátina lustrada generalizada y retoques alfa en numerosos utensilios. Pátinas blancas por posibles lavados o inmersión lacustre, aunque presentes, no son tan abundantes como las anteriores (cf. Masson, 1987: 845-846).

Ortega (1988) estudia 1282 piezas. Desde una perspectiva diacrónica consta un aumento de Bases Positivas y el descenso de Bases Negativas de Segunda

Generación. Aumenta el carácter centrípeto con evolución hacia aristas triangulares y cuadrangulares y lados rectos. No hay diferencias en las lascas salvo la evolución hacia extracciones Semiabruptas o Abruptas.

Las características generales de la industria fueron esbozadas en Carbonell et al. (1987) y confirmadas por Ortega (1988: 201-202). El sílex y la cuarcita se recogen y desbastan fuera de las paleocupaciones. Las BN1G, con algunas lascas de gran tamaño, son llevadas al yacimiento. Aquí servirán para la creación tanto de bifaciales como de Bases Positivas. La reutilización de BN1G da lugar a nuevas BP2G de reavivado. Se aprecia un ligero transporte del material y una remoción, posiblemente debida a una alteración del sustrato, produciéndose microfallas en los útiles.

En un corto lapso de tiempo, nuevos grupos llegan a las llanuras pantanosas, encontrando más rentable utilizar las piezas de sus predecesores que recorrer varios km para buscar la materia prima. Las tallan hasta reducirlas considerablemente de tamaño, resultando objetos con doble pátina y con fracturas intencionales que truncan gran parte de los talones, explicándose así la tendencia al aumento de lascas de desecho y con retoque somero.

COMPOSICION ESPECIFICA Y ESQUELETICA

Se analizaron 2128 restos óseos, comprendiendo las esquirlas no determinables. En este estudio no se incluyen los restos procedentes de las excavaciones de Cerralbo ni los extraídos por Howell en la campaña de 1961.

El conteo de restos por especies y niveles está plasmado en la tabla 1. Llama la atención, en primer término, el bajo número total de restos, en comparación con otros cazaderos (Leakey & Isaac, 1976). La distinción de 19 suelos de ocupación reduce todavía más los efectivos. Se calculó el n. m. i. según suelos de ocupación (tabla 2), el cual permite matizar los resultados obtenidos según el número de restos, dado que se acortan las distancias intraespecíficas.

El estudio de la edad de muerte de los herbívoros de Torralba muestra, para cérvidos, équidos y bóvidos, una representación casi exclusiva de individuos adultos (tabla 3). Por el contrario, entre los elefantes, casi un tercio de sus componentes son inmaduros, configurando una pirámide poblacional de tipo semicatastrófica (tabla 4). En cuanto al sexo, ha podido determinarse que siete de los elefantes son machos y cinco hembras. De los 17 cérvidos determinados en las diez principales ocupaciones, al menos nueve son machos dado que poseen astas de masacre.

Las evidencias de Torralba tienden a sugerir que la mayoría de los herbívoros se sitúan no lejanos a su lugar de muerte, predominando, por cuestiones de estricto potencial de conservabilidad, los fragmentos del esqueleto axial de los elefantes.

El estudio de los restos esqueléticos atendiendo a su grado de resistibilidad (correlacionable positivamente con su densidad) nos muestra que, salvo en las ocupaciones 1d y 4, donde defensas, cuernas y dientes aislados constituyen más de la cuarta parte de la composición global osteológica, en el resto de ocupaciones alcanzan valores muy bajos. Sin embargo, a diferente conclusión se llega analizando dicho carácter según especies, puesto que, en las de menor tamaño (equidos y cérvidos) las cuernas y dientes aislados constituyen más de un tercio de sus restos. Ello implica la tendencia a conservarse los elementos más resistentes y la destrucción de los más débiles, en función del tamaño del animal.

Aunque la gráfica del n. m. i. proporciona, para muchas ocupaciones, una reducción de la «diversidad cinegética», el cálculo de la biomasa resultante (tabla 3) refleja una abundancia cárnica que plantea interrogantes sobre su aprovechamiento. Exige pensar en un grupo humano muy numeroso y/o una prolongada estancia en el lugar con sistemas de conservación de alimentos.

Este carácter de «despojos» que sugiere la evidencia osteológica de Torralba es corroborado aplicando agrupaciones de elementos según su teórico contenido alimenticio (Díez et al., 1985), ya que gran parte de las ocupaciones y las especies de menor tamaño muestran el predominio de zonas anatómicas sin carne ni médula (tabla 6); en ocasiones se registran individuos en conexión anatómica y el porcentaje de huesos no fragmentados es mayor en las especies de menor peso, coincidiendo con las ocupaciones que presentaban el menor contenido alimenticio teórico.

Las carencias osteológicas y las disimilitudes específicas y ocupacionales implican transportes selectivos en los que el «rol» antropogénico no es evidente. Los datos responden al modelo de desarticulación, fragmentación, transporte y conservación sesgada por causas mecánicas. La proporción de restos craneales / postcraneales, es referible tanto a las secuencias de desarticulación y dispersión naturales (Hill, 1979) como a la intervención de carnívoros en ecosistemas naturales (Richardson, 1980).

TRACEOLOGIA Y REPARTICION ESPACIAL

El material extraído de las distintas excavaciones de Torralba nunca ha sido tratado con el mimo que su fama presagiaba. El estado de sus elementos osteológicos es historia viva, en los que han quedado impresos sus apilamientos, trasladados, abandonos, fallidas restauraciones, etc.

La principal característica de alteración presente en el inventario osteológico de Torralba es la erosión de bordes y superficies por la acción acuífera, sea mediante transporte o por la oscilación del nivel lacustre. Casi dos tercios del global analizado presentan señales de dicha actividad en un grado débil, mientras que un 14% pueden considerarse de grado alto (tabla 7). Ocupaciones como la 3 y la 6 apenas presentan huesos frescos.

El análisis del Índice morfológico (Hill & Walker, 1972), es revelador. Comparativamente, ocupaciones como la 2, 5 y 6 ofrecen índices bajos (interpretados como posible influencia acufera) y coinciden con las ocupaciones que poseían un menor número de huesos no rodados (tabla 7).

La intervención acufera en Torralba es admitida por los excavadores (Butzer, 1965) y apoyada por los datos faunísticos (tablas 8-9). Se pone de manifiesto, aplicando los grupos definidos por Voorhies (1969), que los elefantes entre las especies y las ocupaciones 1, 2, 3, 4a y 7, presentan una composición esquelética diferencial. Las disimilitudes se deben a la abundancia o no de restos fácilmente transportables por corrientes de agua.

Los transportes gravitacionales de pendiente tienen un apoyo geológico, basado en la alternancia en el depósito de margas y gravas. Un 10% de los huesos analizados presentan estrías largas, estrechas y curvas en varias direcciones preferenciales que pueden asimilarse a dicho proceso. Esta conjunción geológica e icnológica permitiría sospechar que algunos elementos tienen una aportación natural por este motivo.

Un caso representativo lo constituyen las astas de muda, que representan el 43% de las cuernas identificadas y casi el 10% de las adscripciones de cérvidos realizadas. La situación de Torralba era idónea, por su altitud y probable biotopo, para el desmogue (Bouchud, 1966). Además, las astas suelen estar enteras o presentan una o dos fracturas en sus zonas más débiles.

El estado del material no ha permitido estudiar la incidencia de la exposición atmosférica, pero son raras las ocasiones en que alguna pieza presentaba un estadio superior al 3 de Behrensmeyer (1975), estando la mayoría en los estadios 1 y 2. De modo hipotético indicarían un enterramiento rápido pero no inmediato a la deposición, sin que pueda evaluarse un lapso temporal.

Se ha reconocido la existencia de fenómenos microtectónicos (Butzer, 1965), los cuales han causado ingentes problemas estratigráficos y arqueológicos. Estas fallas provocaron, junto a los fenómenos citados con anterioridad y la presión sedimentaria, cierta removilización de materiales con su consiguiente fragmentación posterior. La evaluación de su incidencia no es sencilla, pero gran parte de las fracturas transversales documentadas presentan paños netos y lisos que pudieran atribuirse a dichos factores (Alcalá y Martín, 1988).

Vermiculaciones y alteraciones por organismos vegetales están muy desarrolladas. En la mayoría de los casos se manifiestan por pequeños surcos y estrelliformes de apenas dos cm de longitud, pero en ocasiones se encuentran grandes fragmentos vegetales (de hasta 70 cm) introducidos en piezas óseas. Su crecimiento provoca de forma irreversible el astillamiento y fracturación longitudinal del hueso.

Las réplicas analizadas al M.E.B. (Microscopio Electrónico de Barrido) permiten afirmar la existencia de 12 marcas de indudable origen humano en diez especímenes (Shipman & Rose, 1983), pero no puede asegurarse si dicha pobreza de marcas se debe al bajo número original o a su supresión por la abrasión sedimentaria. También reconocen que las señales de carnívoros son muy pocas.

De las estrías identificadas por nosotros, interpretamos cuatro como resultantes de la búsqueda de la piel sobre los cervidos: dos en pedículos, una en la mandíbula y una sobre falange. Doce se refieren a desarticulación de miembros, cuatro para bóvidos, tres sobre cérvidos y équidos y dos en elefantes; 16 serían de descarnación, permaneciendo cuatro de finalidad dudosa.

Las señales dejadas por roedores ni son abundantes ni importantes a la hora de alterar los elementos osteológicos; podría deberse a condiciones ecológicas. Aunque en Torralba no se recogieron muestras para microfauna, las excavaciones de Ambrona demuestran la pobreza de material, atribuida por Sesé (1986: 358) a distintos factores: carácter palustre, altitud, continentalidad y/o vegetación de páramo.

Las trazas de carnívoros son más abundantes e importantes que las de roedores. Un catálogo por especies y niveles puede verse en la tabla 11. En ella se aprecia una cierta correlación con las señales antrópicas de la tabla 10, ya que los proboscídeos, con pocas estrías de origen antrópico, tienen numerosas de carnívoro, al contrario de lo que ocurre con los cérvidos. Hay coincidencia según el número de señales por ocupaciones; puede deberse tanto a que corresponden a los niveles más fértiles, como tomarse de índice de máxima exposición y aprovechamiento.

Los niveles de Torralba se caracterizan por una alta fragmentación, más abundante en las especies de mayor tamaño y en las ocupaciones 3, 5 y 6 (tabla 12), aunque hay otras diferencias según taxones y áreas ocupacionales que reafirman la variabilidad de agentes y comportamientos.

El tipo de fragmentación entre los distintos taxones sólo varía en los huesos largos, debido principalmente a la diferencial robustez (Díez et al., 1985).

Uno de los principales argumentos para probar la contemporaneidad de fauna e industria, así como para demostrar que Torralba es un área de desmembramiento y consumición de herbívoros, ha sido probar que existen áreas con «ítems» diferenciados y funciones económicas desiguales (Freeman, 1978).

A falta de los datos posicionales de la industria lítica, hemos hecho varias agrupaciones con los restos faunísticos, que revelan la existencia de tres modelos espaciales:

- a) Ocupaciones 1, 3, 7 y 8. Los restos repartidos en línea o arco con ligera distribución por tamaños o fragmentación.
- b) Ocupaciones 2, 4, 4a y 6. Los restos se distribuyen de forma radial desde un cuadro sin apenas diferenciaciones.
- c) Ocupaciones 1d, 5. El área excavada no permite distinguir el tipo de distribución.

Dichos modelos no sólo no parecen poseer una finalidad económica sino que son explicables por transporte natural. En los casos en que las especies se distribuyen diferencialmente puede también pensarse en la acontemporaneidad de los taxones.

INFERENCIAS SOBRE EL PALEOHABITAT

Las especies representadas en Torralba son, por orden decreciente: elefantes, équidos, cérvidos, bóvidos y rinocerontes. Los carnívoros y otros órdenes no están apenas documentados. El número de carnívoros que visitaron el lugar es superior al indicado por los restos, teniendo en cuenta sus improntas dentarias sobre las piezas esqueléticas. Del mismo modo, la presencia y abundancia relativa del resto de las especies no parece representativa del ecosistema, al estar compuesta sólo de fitófagos. La tanatocenosis original incluiría más restos esqueléticos de los mamíferos de tamaño medio y pequeño que los encontrados.

En consecuencia, de las formas de gran tamaño poco representadas, bóvidos y rinocerontes, hay que deducir que su tafocenosis no es muy selectiva y que traducen la deposición original.

La presencia de sólo 14 restos de rinocerótidos es de compleja explicación. Es presumible pensar en una aportación natural, de contemporaneidad dudosa con otros taxones. Dominan los elementos de tendencia cúbica, los restos más resistentes y los de bajo contenido alimenticio, sin apenas fragmentación. Estos elementos proceden de arrastres o son despojos de carnívoros. Un «background material» en el que no es posible establecer su relación con la industria lítica.

Los bóvidos están representados por 105 restos. La explicación de su presencia en las ocupaciones 1d, 2 y 6 es la misma que la dada para los rinocerontes. Es la especie más estable en lo que respecta a su número de restos por ocupación, por su grado de fragmentación y por la abundancia de cráneo, clavijas y huesos largos. En general, es la especie que más completa suele estar, por lo que parece indudable su muerte en el lugar.

Es presumible su caza por los homínidos o un temprano acceso a los despojos: no hay desproporción entre patas delanteras y traseras, faltan los huesos con más carne pero están bien presentes ulnas/radios y tibias. La relativa ausencia de falanges, huesos cortos y metápodos en la mayoría de las ocupaciones, junto a la constante presencia de cráneos y atlas/axis debe entenderse ligada a fenómenos naturales. Ninguno de sus restos presenta trazas de la intervención de carnívoros.

Las ocupaciones 4 y 5 implican fenómenos más complejos. En la primera de ellas, el bóvido es presumible que estuviera entero y fuese ampliamente dispersado. En la 5 habría que pensar en un traslado selectivo, aunque la dispersión en zanja de los restos hace pensar en la parcialidad de los hallazgos.

Los cérvidos son el tercer grupo de importancia. Comprenden 149 restos en las diez mayores ocupaciones. Las ocupaciones 1d, 4a y 6, con tres, seis y dos restos respectivamente, no permiten ningún tipo de inferencia.

Los elementos mejor representados son los de más difícil y fácil desplazamiento. Abundan los más y menos resistentes. Faltan los elementos más y menos densos. Además, la desproporción entre extremidades delanteras y traseras (tablas 13)

no responde a ninguna pauta cultural (máxime predominando las escápulas sobre innominados) salvo en actividades de carroñeo. La hipótesis se avala teniendo en cuenta que las estrías identificadas se concentran en cráneo/mandíbula, metápodos y falanges, las cuales deben estar ligadas al aprovechamiento de piel y tendones más que a una extensiva explotación cárnica, lo que traduce un tardío acceso a los despojos (Shipman, 1983).

Como datos complementarios habría que añadir su baja fragmentación y que sólo el 18% de los restos corresponden a zonas de alto contenido alimenticio. También explicaría el predominio entre los huesos largos de sus zonas proximales sobre las distales, aún cuando algunas de las segundas se suelden antes que aquéllas. Por último, la constante presencia de elementos del esqueleto axial implica la autoctonía de los individuos, lo que aleja la posibilidad de considerar un transporte antrópico selectivo.

Los caballos son la segunda especie en importancia. Casi la cuarta parte de los individuos y de los restos pertenecen a esta especie. Tienen una estabilidad media (frecuencia relativa del Lien = .220) con valores positivos en las ocupaciones 2, 4 y 8.

Su representación esquelética tampoco es muy variable. Se diferencia de los cérvidos por la abundancia de dentición y la carencia porcentual de huesos cortos y falanges.

En la ocupación 1, con tres individuos, hay una pata delantera y tres traseras. En la 2, dos individuos, tres patas. En la 3, tres caballos, tres patas. En la 4, tres caballos, dos patas. Del caballo de la ocupación 4a, una pata. En la 7, dos individuos, cuatro patas, como en la 8.

La desproporción entre miembros anterior y posterior es menor que en los cérvidos. La débil fragmentación se debe a la abundancia de dentición completa. El teórico contenido alimenticio de los restos es bajo, aunque aumenta en las ocupaciones 7 y 8 (tabla 6). En las ocupaciones 3, 4 y 6, donde sólo hay huesos largos con carne, anteriores o posteriores, los cañones pertenecen a la pata representada. En las ocupaciones 1 y 7, donde son casi exclusivos fémures y tibias, predominan metatarsianos sobre metacarpianos. Sólo la ocupación 8 no cumple dicha regla, abundando en ella además los fragmentos de huesos largos y reduciéndose los de la cabeza. En esta ocupación, y en cierta medida en la 7, se dan caracteres de una presunta caza por homínidos, como puede ocurrir con los cérvidos en la 8.

La interpretación, por lo tanto, que damos de la presencia de los équidos es semejante a la de los cérvidos. Posible muerte en el lugar, con transporte de origen físico en el que homínidos y carnívoros se disputaron los restos.

Los elefantes constituyen más de un tercio de los individuos y más de la mitad del global de restos adscritos a especies. Es el taxón más inestable. Los huesos largos son el grupo más abundante, con buena representación de todos los elementos salvo de metápodos y falanges. Este esquema se repite casi constantemente en toda la secuencia ($X_2 = 25,613$).

Al igual que en los bóvidos, todas las zonas anatómicas están representadas, por lo que no dudamos que la mayoría de los individuos estaban enteros. Fenómenos de desarticulación y dispersión naturales podrían explicar algunas ausencias. Incluso podemos invocar pautas culturales para la ausencia de pies, ya que los Bisa de Zambia suelen transportar dichos elementos para aprovechar su grasa (Crader, 1983).

No hay desproporción de elementos entre patas delanteras y traseras y los segmentos de más carne (húmero/ fémur) son tan abundantes como los inferiores. La fragmentación es intensa y el teórico contenido alimenticio es superior a cérvidos y équidos.

Todo parece indicativo de una caza por los homínidos o un temprano acceso a los despojos. Matizaciones a esta norma lo constituyen las ocupaciones 4 y 7.

En la ocupación 4 desciende el número de restos de elefantes y apenas hay huesos largos y cinturas. Predominan todos los elementos de la cabeza y no hay fémures ni húmeros. Descienden la fragmentación y los huesos con alto contenido alimenticio. Nada indica la relación de los homínidos con los elefantes.

La ocupación 7 es semejante en casi todo. Se distingue también por la abundancia de huesos cortos y falanges y por presentar varios individuos en semiconexión anatómica, con numerosos huesos largos enteros. Si se trata de cuestiones ligadas al infraaprovechamiento alimenticio o a la acontemporaneidad de los taxones con los homínidos lo desconocemos, aunque optamos por esta última posibilidad a tenor que no es corriente en la etnología encontrar pueblos que abandonen tales suplementos cárnicos.

Todas estas consideraciones marcan numerosas variaciones tanto por especies como por ocupaciones e indican la inhomogeneidad del depósito de Torralba. Muertes y aportaciones naturales de algunos individuos y restos; concentraciones y dispersiones por causas físicas; interacciones entre carnívoros y homínidos; aprovechamiento intensivo de cadáveres; caza y descuartizamiento de algunos taxones; ocupaciones no excavadas en su totalidad; etc. parecen haberse producido sólo o en adición variable en distintos momentos de la formación de Torralba y pone en entredicho la exclusiva visión antropocéntrica que se tenía de ésta localidad.

BIBLIOGRAFIA

- AGUIRRE, E. Y FUENTES, C. (1969): Los vertebrados fósiles de Torralba y Ambrona. En «Etudes sur le Quaternaire dans le Monde». VIII Congres INQUA, pags. 433-437.
- ALCALA, L. Y MARTIN, C. (1988): Fracturación en los metápodos de Hipparion. *Geogaceta*, 5, págs. 41-44.
- BEHRENSMEYER, A. K. (1975): The taphonomy and Paleocology of Plio-Pleistocene vertebrate assemblages East of lake Rudolf, Kenya. *Bull. of Mus. of Compar. Zooloogy*, 146, (10), págs. 473-578.
- BUTZER, K.W. (1965): Acheulian occupation sites at Torralba and Ambrona, Spain: Their geology. *Science*, 150, n.º 3.704, págs. 1.718-1.722.
- CARBONELL, E.; DIEZ, C.; ENAMORADO, J. Y ORTEGA, A.I. (1987): Análisis morfotécnico de la industria lítica de Torralba. *Cuadernos de Sección. Antropología-Etnografía*, 4, págs. 201-216.
- CERRALBO, M. de (1913): Torralba, la estación humana más antigua entre las hoy conocidas. *Asoc. Esp. Progr. Ciencias, Secc. IV. Madrid*, 14 págs.
- CRADER, D.C. (1983): Recent single-carcass bone scatters and the problem of «butchery» sites in the archaeological record. En *Animals and Archaeology 1. Hunters and their prey*. CLUTTON BROCK & GRIGSON (Eds.), B.A.R. Oxford, págs. 107-141.
- DIEZ, J.C. (1983): Introducción al método analítico para conjuntos óseos en yacimientos infrapaleolíticos. Aplicación a Torralba (Soria). Tesis de Licenciatura. Universidad Complutense de Madrid. 229 págs. 65 láms.
- DIEZ, J.C.; AGUIRRE, E. Y MORA, R. (1985): Zooarqueología de Torralba (Soria). *Celtiberia*, 69, págs. 7-34.
- FREEMAN, L.G. (1978): The analysis of some occupation floors distributions from earlier and middle Paleolithic sites in Spain. En *Views of the past*. FREEMAN (Ed.), Chicago Press, págs. 57-115.
- HILL, A. (1979): Butchery and natural disarticulation: an investigatory technique. *Amer. Antiquity*, 44 (4), págs. 739-744.
- HILL, A. Y WALKER, A. (1972): Procedures in vertebrate taphonomy: notes on a Uganda Miocene fossil locality. *Jl. Geol. Soc. London*, 128, págs. 399-406.
- HOWELL, F.C.; BURZER, K.; Y AGUIRRE, E. (1962): El yacimiento acheulense de Torralba. *Exc. Arq. en España*, 10.
- LEAKEY, R. E ISAAC, G. (1976): East Rudolf: an introduction to the abundance of new evidence. En *Human Origins: L. Leakey and the East african evidence*. ISAAC & Mc CROWN (Eds.), págs. 307-332.
- MASSON, A. (1987): Pétrographie. Roches siliceuses. En *Géologie de la Préhistoire*. MISKOWSKY, J.C. (Ed.), GéoPré, París, págs. 841-857.
- ORTEGA, A.I. (1988): La industria lítica de Torralba del Moral (Soria). Tesis de Licenciatura. Universidad de Valladolid. 262 págs.
- RICHARDSON, P.R. (1980): Carnivore damage to antelope bones and its archaeological implications. *Palaeont. afr.*, 23, págs. 109-125.
- SESE, C. (1986): Insectívoros, roedores y lagomorfos (mamalia) del sitio de ocupación achelense de ambrona (Soria, España). *Estudios geol.*, 42, págs. 355-359.
- SHIPMAN, P. Y ROSE, J. (1983): Evidence of butchery and hominid activities at Torralba and Ambrona; an evaluation using microscopic techniques. *Journal of Archaeol. Sc.*, 10, págs. 465-474.
- VOORHIES, M. (1969): Taphonomy and population dynamics of an early Pliocene vertebrate fauna, Knox County, Nebraska. *Contrib. Geol. Spec. Paper*, 1, 69 págs.

NIVELES	1	1a	1b	1c	1d	2	2a	2b	3	3a	4	4a	4b	5	6	7	8	9	10	TOTAL
Elefantes	259	10	17	9	19	55	2	2	153	14	44	19	13	27	20	173	46	1	5	888
Equidos	81	10	2	3	7	32	2	4	62	6	37	9	6	13	9	43	53	—	1	380
Cérvidos	30	—	2	3	4	14	—	2	20	—	21	6	3	8	2	8	22	—	1	146
Bóvidos	19	—	1	1	2	2	2	—	29	—	7	5	3	5	2	15	12	—	—	105
Rinocer.	5	—	—	—	—	1	—	—	3	—	—	2	1	—	—	1	1	—	—	14
TOTAL	394	20	22	16	32	104	6	8	267	20	109	41	26	53	33	240	134	1	7	1.533

TABLA 1.— Número de restos de las principales especies según ocupaciones.

NIVELES	1	1a	1b	1c	1d	2	2a	2b	3	3a	4	4a	4b	5	6	7	8	9	10	TOTAL
Elefantes	5	1	1	1	2	2	1	2	3	1	3	2	2	1	1	5	2	1	1	37
Equidos	3	1	1	1	1	2	1	1	3	1	3	1	1	1	1	2	2	—	1	27
Cérvidos	3	—	1	1	1	1	—	1	3	—	2	1	1	2	1	1	2	—	1	22
Bóvidos	1	—	1	1	1	1	1	—	2	—	1	1	1	1	1	1	2	—	—	16
Rinocer.	1	—	—	—	—	1	—	—	1	—	—	1	1	—	—	1	1	—	—	9
TOTAL	13	2	4	4	5	7	3	4	12	2	9	6	6	5	4	10	9	1	3	109

TABLA 2.— Número mínimo de individuos de Torralba según especies y ocupaciones.

	INMAD.	ADULTOS
Elefantes	9	15
Equidos	3	15
Cérvidos	3	13
Bóvidos	—	11
Rinocer.	—	5

TABLA 3.— Número de individuos adultos e inmaduros de las ocupaciones principales de Torralba.

-8	5
9-14	4
15-29	4
30-45	4
46-60	4
60-	3

TABLA 4.— Edad de muerte de los elefantes de las ocupaciones de Torralba.

Nivel 1	17.178	Nivel 4a	8.960
Nivel 1d	6.440	Nivel 5	2.989
Nivel 2	7.035	Nivel 6	2.940
Nivel 3	10.150	Nivel 7	21.385
Nivel 4	10.745	Nivel 8	5.600

TABLA 5.— Biomasa (Kgs.) en las ocupaciones de Torralba.

NIVELES	ELEFANTES			EQUIDOS			CERVIDOS			BOVIDOS			GLOBAL		
	I	II	III	I	II	III	I	II	III	I	II	III	I	II	III
Nivel 1	47	90	52	17	32	32	3	11	16	10	6	3	92	159	108
Nivel 2	14	22	12	8	13	11	2	7	5	—	—	2	36	46	32
Nivel 3	41	46	30	12	19	31	8	8	8	13	5	11	109	95	84
Nivel 4	8	19	10	3	8	26	2	8	11	2	2	3	23	40	54
Nivel 7	33	70	44	15	10	18	1	1	6	6	4	5	75	97	75
Nivel 8	7	19	11	15	15	23	5	3	14	7	2	3	60	49	58
TOTAL	150	266	159	70	97	141	21	38	60	38	19	27	395	486	411

TABLA 6.— Teórico contenido alimenticio de los restos de Torralba según especies y niveles. Grupo I=máximo; II=medio; III=mínimo.

NIVELES	1	1d	2	3	4	4a	5	6	7	8	TOTAL
Nula	43	7	10	28	25	16	8	3	25	35	200
Media	108	19	28	146	45	26	24	14	72	77	569
Alta	15	10	5	40	4	8	7	9	11	14	124

TABLA 7.— Erosión acufera de los restos de Torralba según ocupaciones.

NIVELES	1	1d	2	3	4	4a	5	6	7	8	TOTAL
1,0-1,49	29	1	14	22	6	10	10	3	15	28	138
1,5-1,99	26	8	5	36	9	10	5	8	20	17	144
2,0-2,49	32	5	9	35	12	5	7	3	12	31	151
2,5-2,99	18	7	7	28	8	3	6	3	16	13	109
3,0-3,49	8	—	3	26	2	5	2	2	6	10	64
3,5-3,99	5	1	1	13	2	3	3	—	7	5	40
4,0-4,49	4	—	—	6	—	1	1	1	10	3	26
4,5-4,99	3	2	—	3	1	—	—	2	—	2	13
5,0-	6	3	—	4	1	1	—	1	2	9	27

TABLA 8.— Índice morfológico (L/a) calculado sobre los restos de Torralba según ocupaciones.

	GRUPO I	GRUPO II	GRUPO III	TOTAL
Elefantes	269	179	191	639
Equidos	95	101	150	346
Cérvidos	49	31	58	138
Bóvidos	19	38	41	98
Nivel 1	139	100	110	359
Nivel 1d	7	9	16	32
Nivel 2	41	38	35	114
Nivel 3	98	96	94	288
Nivel 4	39	17	61	117
Nivel 4a	21	21	17	59
Nivel 5	10	29	20	59
Nivel 6	10	12	12	34
Nivel 7	96	74	77	247
Nivel 8	49	62	56	167

TABLA 9.— Agrupaciones de restos atendiendo a su teórica facilidad de transporte.
Grupo I = máxima, II = media, III = mínima.

NIVELES	1	1d	2	3	4	4a	5	6	7	8	OTR.	TOTAL
Elefantes	—	—	—	—	—	—	—	—	3	—	1	4
Equidos	2	—	2	2	—	—	—	1	1	1	—	9
Cérvidos	3	—	1	3	—	—	1	—	—	4	2	14
Bóvidos	3	—	—	—	1	1	—	—	1	1	1	8
Indeterminados	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	1
TOTAL	8	4	5	1	1	1	1	1	5	6	4	36

TABLA 10.— Número de restos que presentan estrías de origen antrópico según niveles y especies.

NIVELES	1	1d	2	3	4	4a	5	6	7	8	OTR.	TOTAL
Elefantes	10	2	—	—	1	—	—	—	10	—	6	29
Equidos	1	—	—	—	2	—	—	—	4	1	—	8
Cérvidos	—	—	—	1	—	1	—	—	—	1	—	3
Bóvidos	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
TOTAL	11	2	—	1	3	1	—	—	14	2	6	40

TABLA 11.— Número de restos que presentan improntas de la actividad de carnívoros según niveles y especies.

NIVELES	ELEFANTES			EQUIDOS			CERVIDOS			BOVIDOS		
	N.F.	F.P.	E.	N.F.	F.P.	E.	N.F.	F.P.	E.	N.F.	F.P.	E.
Nivel 1	15	70	127	14	33	34	3	14	13	2	7	10
Nivel 2	2	13	32	6	14	12	2	7	4	1	1	—
Nivel 3	16	19	87	13	25	24	7	10	7	4	7	18
Nivel 4	4	16	24	16	11	10	11	4	6	1	3	3
Nivel 7	27	54	68	10	15	18	—	3	5	2	4	9
Nivel 8	1	14	27	9	23	21	2	6	14	3	5	4
TOTAL	65	186	365	68	121	119	26	44	49	13	27	44

TABLA 12.— Grado de fragmentación de los restos según especies y niveles.
N.F. = no fragmentados; F.P. = fractura primaria; E. = esquirlas.

NIVELES			H. LARGOS		METAPODOS				FALANGES	
	Escap.	Pelvis	Delant.	Traser.	Delant.	Traser.	Carpó	Tarso	Delant.	Traser.
Elefantes	21	27	29	54	9	3	12	13	?	?
Equidos	27	28	10	25	9	11	3	9	3	4
Cérvidos	12	3	3	12	3	5	1	6	3	10
Bóvidos	4	3	19	14	3	—	—	4	2	1
TOTAL	64	61	61	105	24	19	16	32	8	15

TABLA 13.— Relación de restos postcraneales anteriores y posteriores de las principales especies de Torralba.

**ESTUDIO PETROLOGICO DE NODULOS Y CALCOS
DE AMBRONA (SORIA)
Y PROCESOS DE RESTAURACION**

M.C. LOPEZ DE AZCONA*
L. DE HUESCAR**

* Investigador Científico del Instituto de Geología Económica C.S.I.C.

** Restaurador del Museo Numantino.

INTRODUCCION

En el Museo Numantino de Soria, se encontraba depositada una Pelvis de elefante y unas defensas, y con vistas a su exhibición en el mismo, se penso en realizar una buena restauración de las piezas, ya que se encontraban fragmentadas y con graves problemas de encostramientos.

Antes de proceder a cualquier tratamiento, se tomó contacto con los investigadores de la Universidad Complutense de Madrid (Departamento. de Petrología y Geoquímica), para que estudiaran la naturaleza de tales adherencias, para en consecuencia, proceder de la mejor manera posible, sin dañar los restos fósiles.

Se procedió en el Museo, a la extracción de varios fragmentos de las costras mencionadas, así como de depósitos adheridos a las piezas algunos de los cuales presentaban aspectos de nódulos y otros de material arcilloso con cuarzos.

ESTUDIO PETROLOGICO

El material estudiado procedente de Ambrona, se puede agrupar en tres apartados: Nódulos, Cálcos y Material Terrígeno.

NODULOS

Los Nódulos aparecen sueltos o soldados entre sí, pero estudiados al Estereomicroscopio, se pudo observar, que ello era debido a una reagrupación posterior a su formación, ya que los nucleos se conservan independientes.

Realizada la preparación Petrográfica y estudiados al Microscopio, se pudo ver que carecen de organización interna, siendo el conjunto del material una Marga calcarea en la que se distinguen pequeños clastos de cuarzo con un tamaño medio de 0,075 mm.

También se pudo observar, que aparecen pequeñas grietas con estructura de «Septaria», según se puede ver en la Fig. 1, y rellenas por cristalitas de calcita en algunas zonas como se aprecia en la Fig. 2, pero en general, se presentan vacías, como consecuencia de su origen, debido a una desecación muy rápida del Nódulo.

Estos ejemplares casi no presentan poros, lo que hace que tengan un aspecto externo muy compacto.

Realizado el estudio del color; en sección recién cortada, se le asignó el n.º 8 de la Carta de Colores de las Rocas, lo que equivale a un «gris muy claro».

CALCOS

Otra serie de muestras corresponde a una serie de fragmentos encontrados en el interior de los huesos, por lo que se les ha llamado Calcos, su tamaño medio de diametro es de 3,2 cm.

Realizadas las preparaciones petrográficas, se vió que siendo de la misma naturaleza el material, habia dos tipos; unos con clastos de mayor tamaño, y otro con clastos de cuarzo mas pequeños.

En general dichas muestras, se pueden definir como Caliza micrítica, formada por clastos de cuarzos angulosos y subangulosos de hasta 0,30 mm. de diámetro en el ejemplar de preparación 82.979, con clastos de cuarcita de hasta 0,60 mm. de diámetro y algun clasto de calcita de tamaño variable, todo ello, dentro de una masa carbonatica-calcítica.

Este ejemplar, presenta algunos poros en forma de geoda, lo que le comunica un aspecto externo algo deleznable.

La Fig. 3, corresponde a dicha muestra, al igual que la Fig. 4.

El tipo de calco con clastos pequeños, tiene cuarzos angulosos y subangulosos, pero su tamaño medio es de 0,18 mm. de diametro, es decir ligeramente inferior a los anteriores, también presenta fragmentos de calcita, dentro de una masa carbonática calcítica.

Los poros, son más abundantes que en la anterior, algunos en forma de geoda, pero también aparecen varios, en forma de canales, lo que le confiere el aspecto irregular que muestra en superficie.

A éste tipo de muestras, corresponde la preparación petrográfica 82,980, en la Fig. 5, se pueden ver los caracteres texturales mencionados.

Todos los calcos, presentan la misma coloración , el numero 7 de la Carta de Colores, que corresponde al «gris claro».

MATERIAL TERRIGENO

Dentro del Material terrígeno, que aparece con los restos de Ambrona, y corresponden a los sedimentos entre los que se encuentran los fósiles, hay dos tipos el AMB-83 y el H-95, 34.

Los sedimentos AMB-83, pertenecen a un material muy deleznable, por lo que no se puede realizar preparación petrográfica, pero estudiada al Estereomicroscopio, se ha definido como una Marga calcarea, en la que aparecen Gasterópodos, perfectamente conservados, de tamaño 0,2 cm., inscrustados en la misma marga, sin haber sufrido ningun deterioro, lo que nos indica que dicho sedimento, no ha sufrido ningun proceso posdeposicional.

Tras el estudio al Estereomicroscopio, se procedió a realizar un ataque con CIH diluido, con objeto de identificar los posibles restos no atacados con dicha dilución ácida, y se pudo comprobar, que nos quedaban varios cristales pequeñísimos de cuarzo, perfectamente cristalizados, de color rojizo, iguales a los entregados en la caja de las siglas H-95, 34.

Estos cuarzos, limpios, tienen un tamaño de 0,2 cm. y un color que corresponde a las siglas 5R 4/6, equivalente al «rojo moderado».

El material correspondiente a la sigla H-95, 34 pertenece a una serie de cristales de cuarzo, observables a simple vista, pero con un recubrimiento carbonático, que se eliminó con una solución ácida.

Los cuarzos cristalinos, presentan hábito hexagonal bipiramidado por dos romboedros, parecen «Jacintos de Compostela», por su color rojo, procedentes posiblemente de la diagénesis de sedimentos margo-calcáreos salinos, como los del Keuper; algunos, no presentan el hábito cristalino, y parecen concreciones cementantes de aquellos materiales, incluso a veces, con estructura de «cristales de arena», por el gran número de inclusiones aleuríticas y ferruginosas que contienen.

Una vez limpios los cristales, se observa, que tienen un tamaño que oscila entre 0,2 y 0,6 cm. de altura, y una gama de colores, que va desde los más claros que tienen la sigla 5R 6/2 correspondiente al «rojo pálido», a los más oscuros, que tendrían la sigla 5R 3/4 que pertenece al «rojo oscuro».

RESTAURACION

Los ejemplares paleontológicos, aparecían en el Museo, envueltos completamente en una capa de protección de espuma expandida, debajo de la cual aparecía una capa de papel de aluminio, para preservar el hueso de las adherencias que pudiera proporcionarles dicha espuma.

En el momento de la excavación y su posterior traslado al Museo, no se había actuado sobre los ejemplares debido precisamente a los encostramientos que presentaban, dicho encostramiento, fué el que actuó de protección sobre los ejemplares, lo que hizo que se conservara bastante aceptable su estructura, a pesar de que aparecía muy fragmentada.

Con los datos que nos proporcionó el Estudio Petrológico, y una vez conocida la naturaleza de los encostramientos, se procedió a la restauración de los ejemplares.

El primer paso, consistía en la eliminación completa de la marga adherida, lo que debido a su dureza hizo que fuera necesaria una labor de reblandecimiento por pequeñas zonas, con el empleo de CH_3COOH , en dilución progresiva, hasta de un 8% mediante el empleo de pequeños punzones mediante percusión, se consiguió la práctica eliminación del encostramiento, aunque quedó adherida una capa fina, que se erradicó con el empleo manual de espátulas de distintas formas, para finalizar utilizando el bisturí, con gran cuidado, para evitar el deterioro de la superficie ósea.

Cuando la parte exterior del huseo estuvo perfectamente limpia de adherencias extrañas, se continuó con la limpieza general de algunas manchas que habían penetrado, utilizando el mismo sistema líquido descrito anteriormente, aunque en proporciones bastane más bajas.

Una vez secados los fragmentos a temperatura ambiente y limpias las roturas, se consolidaron mediante el empleo de PB-72 al 2-5%, disuelto en CH_3COCH_3 , con el fin de obtener un rápido secado.

Al comenzar el pegado de los fragmentos, se observó, que las roturas no quedaban perfectamente ajustadas, debido al ligero deterioro de las mismas, por lo cual, se vió que dichas uniones no ofrecían la resistencia necesaria para aguantar todo el peso de la Pelvis, para lo que fué necesario utilizar unas varillas de acero inoxidable de 8 y 10 mm. de diámetro para los refuerzos interiores de la sujeción.

La solución anterior, no ofrecía tampoco garantías absolutas, debido a que algunas zonas estaban ligeramente fragmentadas, siendo necesario optar por el relleno de las lagunas con la resina epoxídica N-35, ya que en las comprobaciones efectuadas, se observó que ofrecía una resistencia de hasta 270 Kgs X cm^2 y que una vez endurecida, formaba un cuerpo de dureza similar a la del soporte motivo de dicha restauración.

En el caso de la restauración de la Pelvis, debido a su gran peso, según se avanzaba en la restauración, fué necesario fabricar unos anclajes, para facilitar el montaje.

Por último, una vez terminada la restauración de las piezas, se procedió a una consolidación completa mediante el empleo de PB-72 al 3% en CH_3COCH_3 . Los procesos de restauración se pueden ver en las Fig.6, 7 y 8.

CONCLUSION

Gracias al estudio conjunto de unos investigadores y un restaurador, se pudo conseguir que unos ejemplares depositados en el Museo Numantino, desde hacía tiempo, y que ofrecían una serie de dificultades debidas a grandes encostramientos, conocida la naturaleza de los mismos, se pudiera proceder a su restauración y posterior exhibición en el Museo.

El montaje de una maqueta explicativa, con el habitat de los elefantes en una situación próxima a donde están colocadas la pelvis y las defensas restauradas, hace que los restos fósiles adquieran un gran valor didáctico en el Museo.

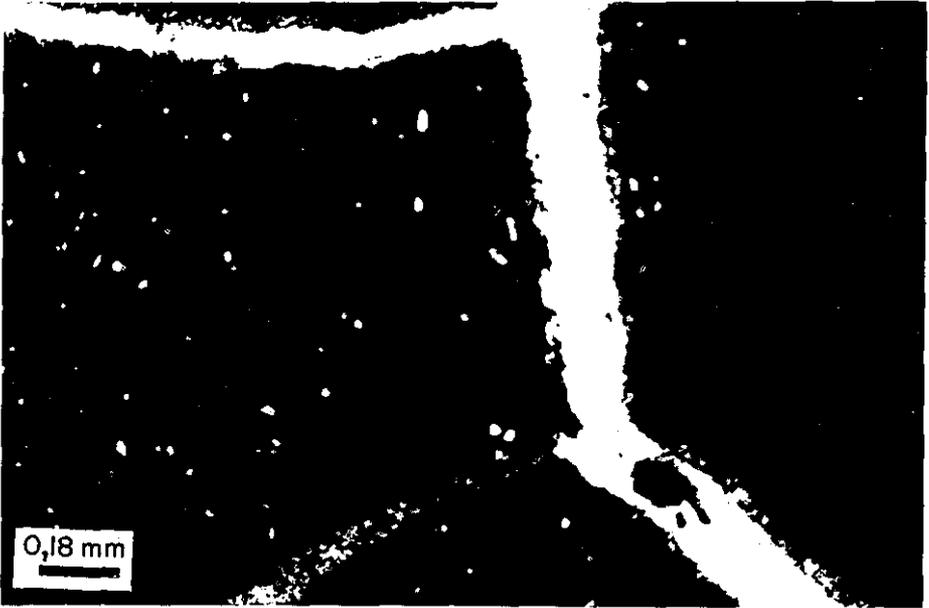


FIG. 1.— Nodulo con estructura de «Septaria», parte de las grietas grandes rellenas de cristaltos de Calcita. Nicoles paralelos.

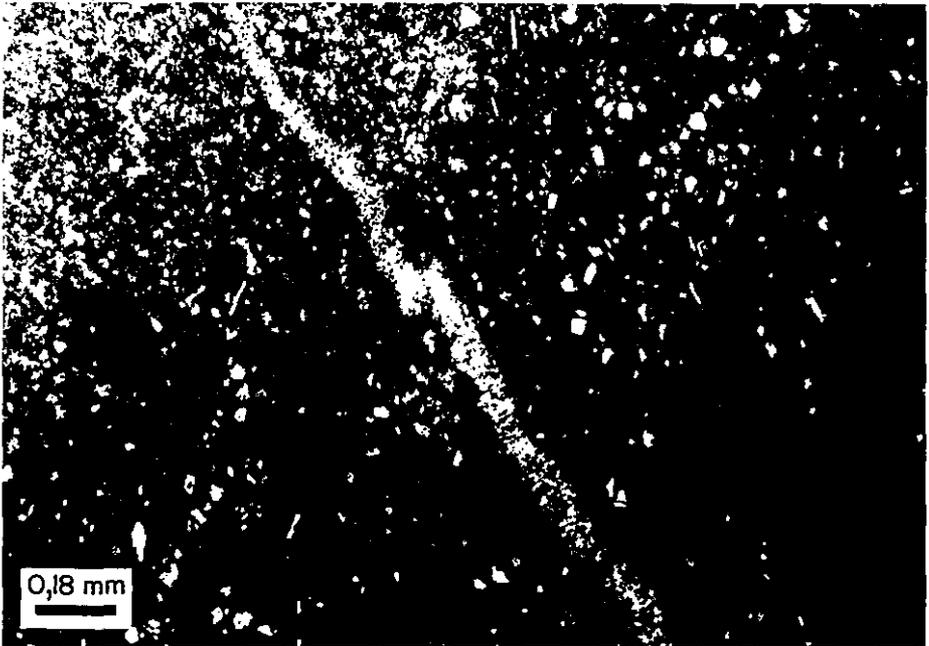


FIG. 2.— Detalle de la Preparación petrográfica 82978, correspondiente a un nódulo, donde se aprecia una de las pequeñas fisuras, totalmente tapizada de cristaltos de Calcita.

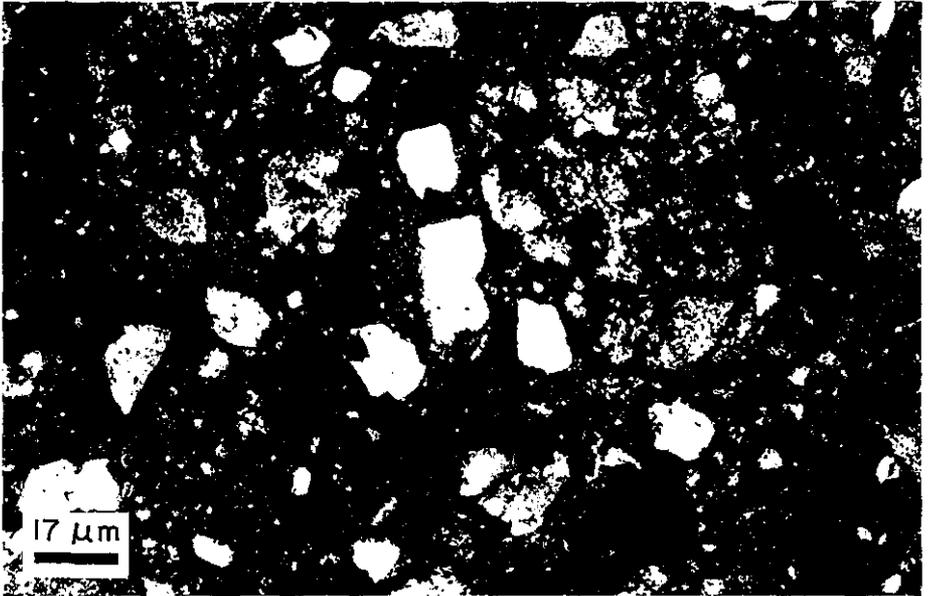


FIG. 3.— Fotomicrografía de la preparación 82979, correspondiente al relleno de los huesos. Se pueden ver los clastos de Cuarzo (blanco), Calcita (punteada) y algunos poros (negros).
Nicoles cruzados.

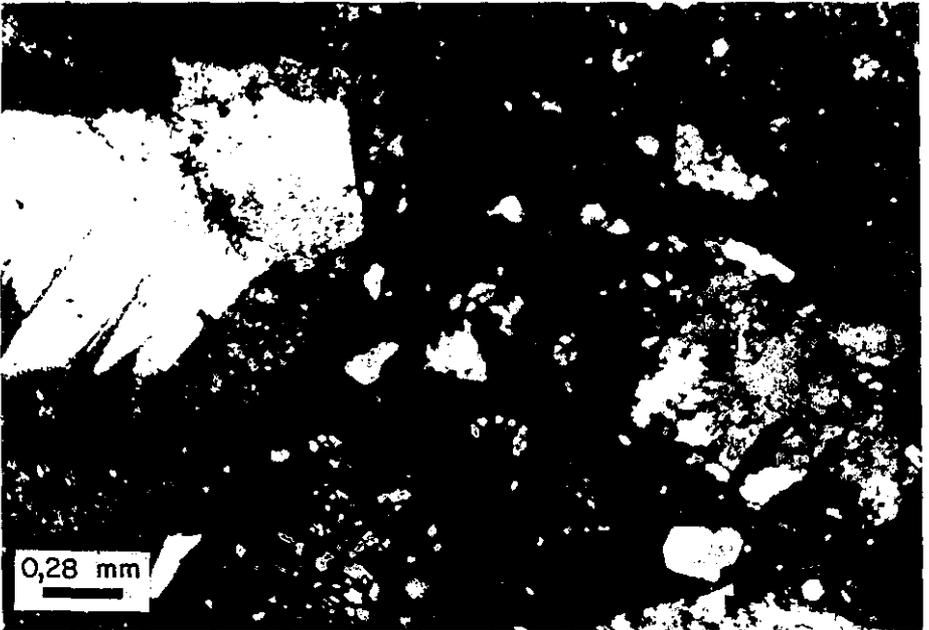


FIG. 4.— Fotomicrografía de un trozo de calco; se puede ver la diversidad de tamaño de los componentes. Nicoles paralelos.

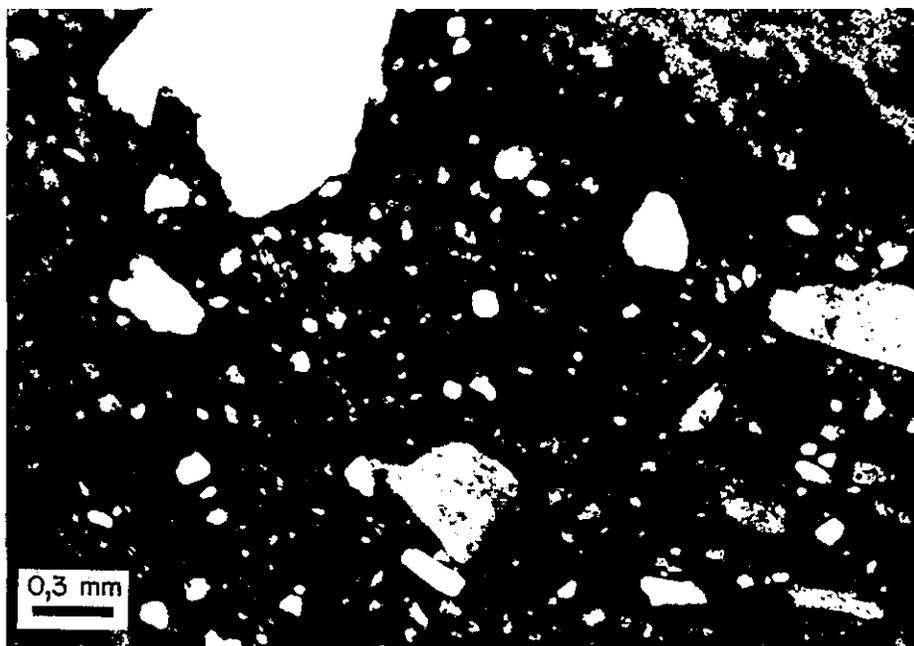


FIG. 5.— Fotomicrografía de otro fragmento de calco, preparación 82980, donde se pueden apreciar los tamaños menores de los clastos, y una mayor abundancia de poros. Nicoles paralelos.

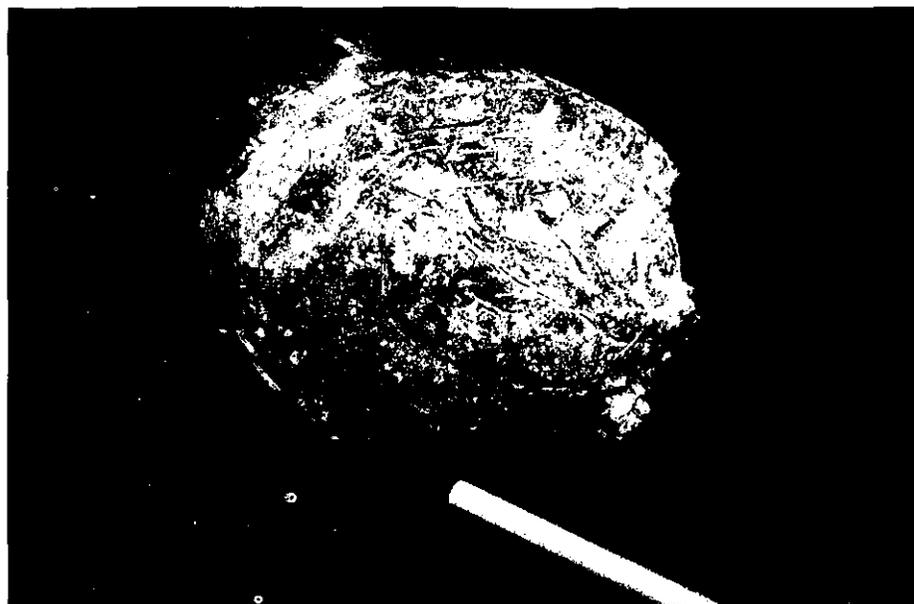


FIG. 6.— Sección de una de las defensas restauradas, se puede ver el crecimiento concéntrico de las distintas capas.

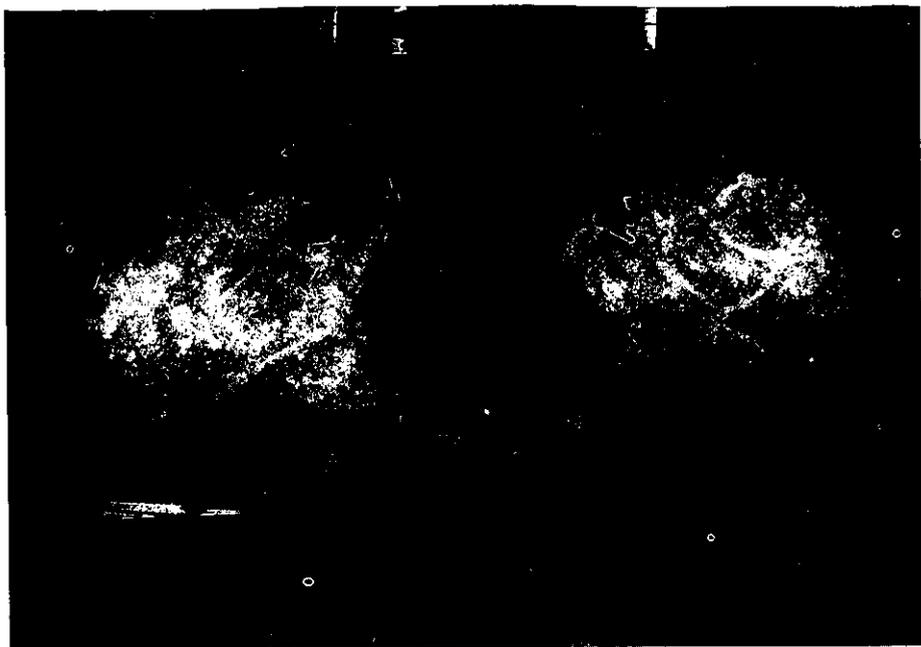


FIG. 7.— La Pelvis, en el proceso de restauración, calzada y sujeta por gatos, para proceder a su tratamiento.



FIG. 8.— La Pelvis y las defensas una vez restauradas y expuestas en el Muse Numantino.

EL FENOMENO MEGALITICO EN LA PROVINCIA DE SORIA

M.A. ROJO GUERRA*

A. JIMENO MARTINEZ**

J.J. FERNANDEZ MORENO***

* Departamento de Prehistoria Colegio Universitario Soria.

** Departamento de Prehistoria Universidad Complutense Madrid.

*** Servicio Territorial de Cultura Soria.

INTRODUCCION

En un trabajo anterior ya se plantearon las diferentes características que presentaba el megalitismo y los enterramientos colectivos con él asociados, pudiendo determinar, independientemente de la utilización de las cuevas, dos tipos de monumentos significados en el dólmen de corredor de Carrascosa de la Sierra y en el enterramiento tumular colectivo en fosa de Valdegeña —Tipos similares a los que caracterizan el megalitismo en otras zonas de la Meseta Superior—, que vienen a desterrar la vieja idea que trataba de explicar la falta de dólmenes en esta zona oriental de la Meseta por la ausencia de piedra adecuada (Jimeno, 1988: 21-31).

A su vez la presencia de estos monumentos en el reborde montañoso que separa la Meseta con el valle del Ebro, señala a éste como puente o zona de relación entre los grupos burgaleses y riojano del Norte con el segentino del Sur:

Trataremos ahora, en esta comunicación, de aproximarnos a las características ambientales de estos monumentos y conocer en que medida el comportamiento del fenómeno megalítico en esta zona es similar o no al de otras próximas.mejor conocidas.

LAS EVIDENCIAS MEGALITICAS

En el momento actual son cinco los lugares que nos permiten hablar de megalitismo o enterramientos colectivos relacionados con este fenómeno (Fig. 1), y de ellos únicamente dos ofrecen plena seguridad, los ya nombrados de Carrascosa de la Sierra y de Valdegeña, mientras que de «La Losilla» de Noviercas y Aguaviva de la Vega las evidencias que manejamos para situar allí posibles enterramientos colectivos proceden de los datos y características que proporcionan los materiales líticos y cerámicos en ellos recogidos, que en el caso de «La Losilla» se complementan con las escasas noticias que tenemos sobre el contexto de los hallazgos.

En el caso de Fuencaliente tenemos las evidencias de los ortostatos desmontados que se corresponden con la información de los materiales recogidos.

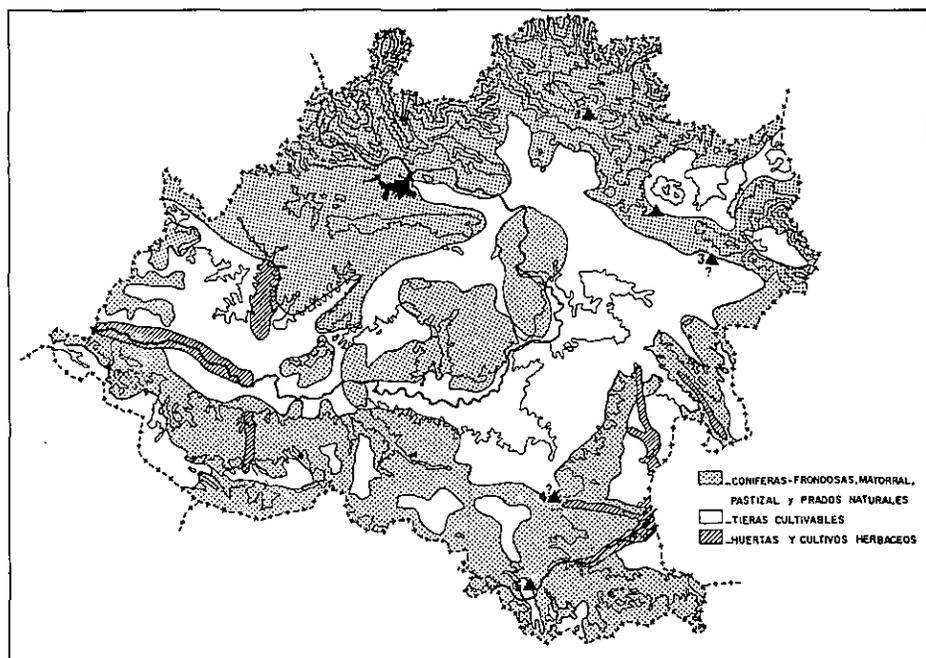


FIG. 1.— Localización de los dólmenes y enterramientos colectivos.

DOLMEN DEL «ALTO DE LA TEJERA» DE CARRASCOSA DE LA SIERRA

La noticia de este dólmen se la tenemos que agradecer a D. Carlos Alvarez, Director del Archivo Provincial y a D. Mariano Heras que nos proporcionaron una primera información lo suficientemente clara, acompañada incluso de un pequeño croquis, que no dejaba lugar a duda sobre las características del monumento.

Situación y entorno ambiental

Se sitúa a unos 1.320 m. de altitud, en la vertiente Oeste de la Sierra del Rodadero —junto al límite con Castilfrío—, que desciende desde los 1.500 m. hasta los 1.100 m. Por lo tanto el dólmen se encontraba protegido por el Este y Norte por alturas más elevadas, mientras que hacia el Oeste y Sur domina una amplia extensión, de más de 30 Km., llana o entrellana que va subiendo con débil inclinación de los 1.000 a los 1.100 m., hasta las vertientes de la Sierra de Alba y Castilfrío que la rodean por el Norte y Este, a modo de anfiteatro.

La base geológica está constituida por cuarzoarenitas —materia prima utilizada para la construcción del dólmen — y calizas jurásicas en la parte superior de la Sierra, ya más alejadas.

Esta zona esta cubierta de matorral que alterna con prados naturales y pastizales, aptos para el aprovechamiento ganadero de bóvidos y ovicáprinos. Las zonas de aprovechamiento agrícola se sitúan en la inmensa llanada que se abre hacia el Sur y Oeste, situándose las primeras tierras con estas características a unos 5 Km.

En lugares próximos al dólmen se han localizado industrias líticas como en «Canto Blanco», junto a Carrascosa de la Sierra, al pie mismo del monumento, en este caso acompañado de cerámica. Estos posibles asentamientos poco estables nos indican las características de aprovechamiento que realizaban de la zona los constructores del dólmen.

Características constructivas del monumento

Este dólmen presenta escasa altura, poco más de 1 m., con unas características de construcción y solución de problemas técnicos que tuvieron que superarse al tamaño de los bloques y a características de resistencia y fragmentación que presentan las cuarzoarenitas cementadas.

Consta de una cámara circular, destinada a los enterramientos, de unos 3,80 m. de diámetro, formada por seis grandes bloques dispuestos verticalmente, alguno de más de 2 m. de longitud, con una altura próxima a los 0,90 m. y un grosor de 0,30 m. La cubierta, ahora desaparecida, debió realizarse con grandes lajas de piedra, y a ella deben corresponder algunas halladas fuera de la cámara y otra caída en el interior que mide 1,18 m. de largo por 0,56 m. de ancho.

A la cámara se accedía a través de un pasillo o corredor, a veces ligeramente entallado en el manto natural, de unos 0,70 m. de ancho y 5,30 m. de largo, construido, a diferencia de la cámara, con piedras de proporciones reducidas, de unos 0,25 m. de ancho y 0,12 m. de grueso, con una altura aproximada de 0,80 m. La entrada al corredor estaba tapada por una gran laja de 1,06 m. de alto y 0,72 m. de ancho, recortada semicircularmente en su parte superior:

El monumento se rodeaba y cubría con un túmulo circular de unos 18 m. de diámetro, constituido por piedras y tierra amontonadas.

Los restos del ajuar

Este monumento estaba completamente alterado ya que los vecinos del pueblo lo habían excavado en varias ocasiones e incluso se había mantenido entre ellos la creencia de que en este lugar había habido una iglesia, sin duda alguna por los restos humanos encontrados, que llegaron a ser trasladados al cementerio local.

No obstante, los escasos restos recuperados en la excavación nos permiten mantener para la construcción de este monumento un momento antiguo, neolítico, paralelizable con el que presentan otros de la provincia de Burgos y de la Meseta en general, que estaría indicado por la presencia de microlitos geométricos —triángulos, trapecios y segmentos—, así como su utilización hasta el final del calcolítico o inicios del Bronce Antiguo, como lo prueban las cerámicas campaniformes incisas y puntilladas geométricas, que aparecen ya en una zona del túmulo fuera de la cámara y el corredor. (Figs. 2 y 3).

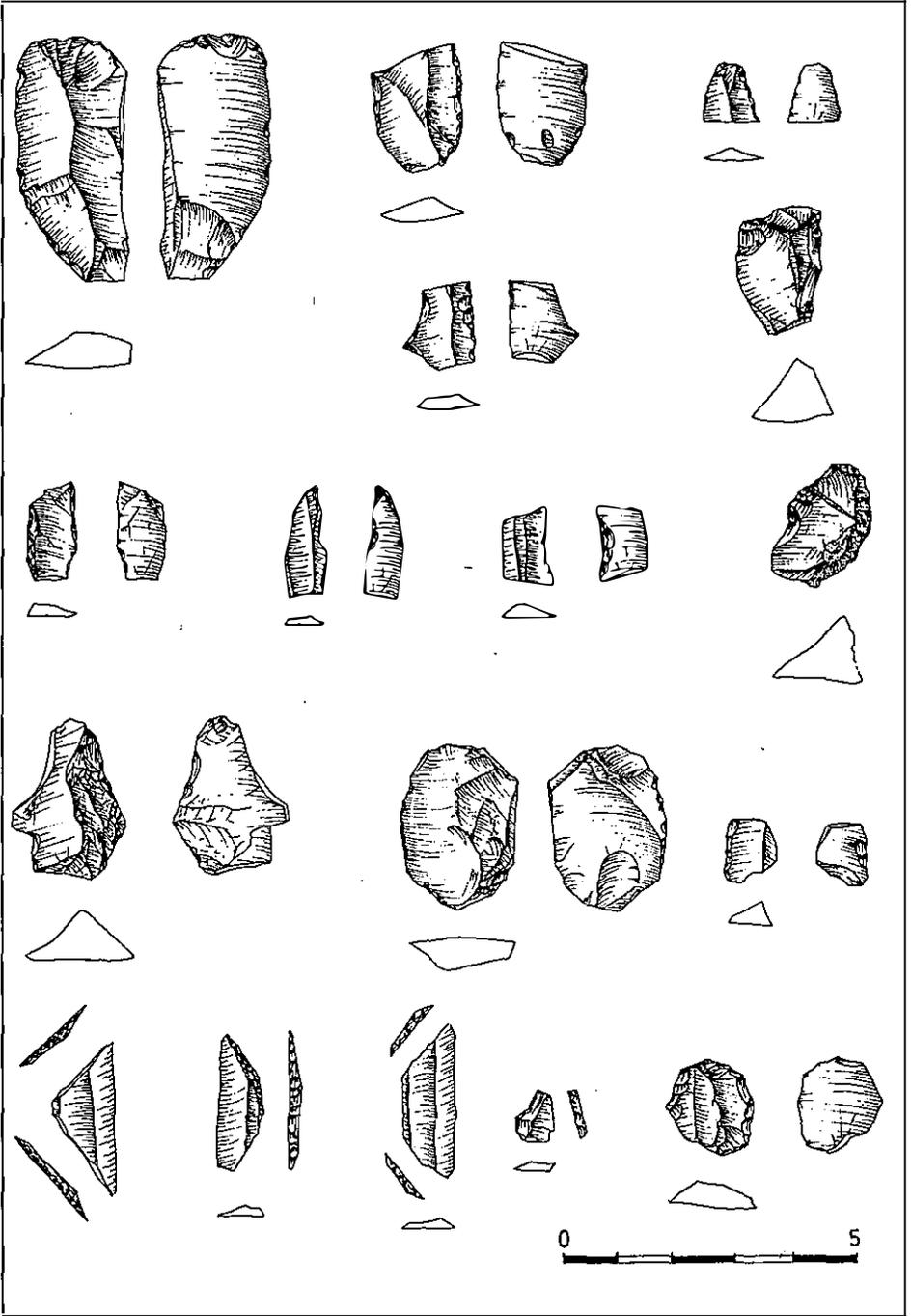


FIG. 2.— Materiales líticos del dólmen del «Alto de la Tejera» (Carrascosa de la Sierra).

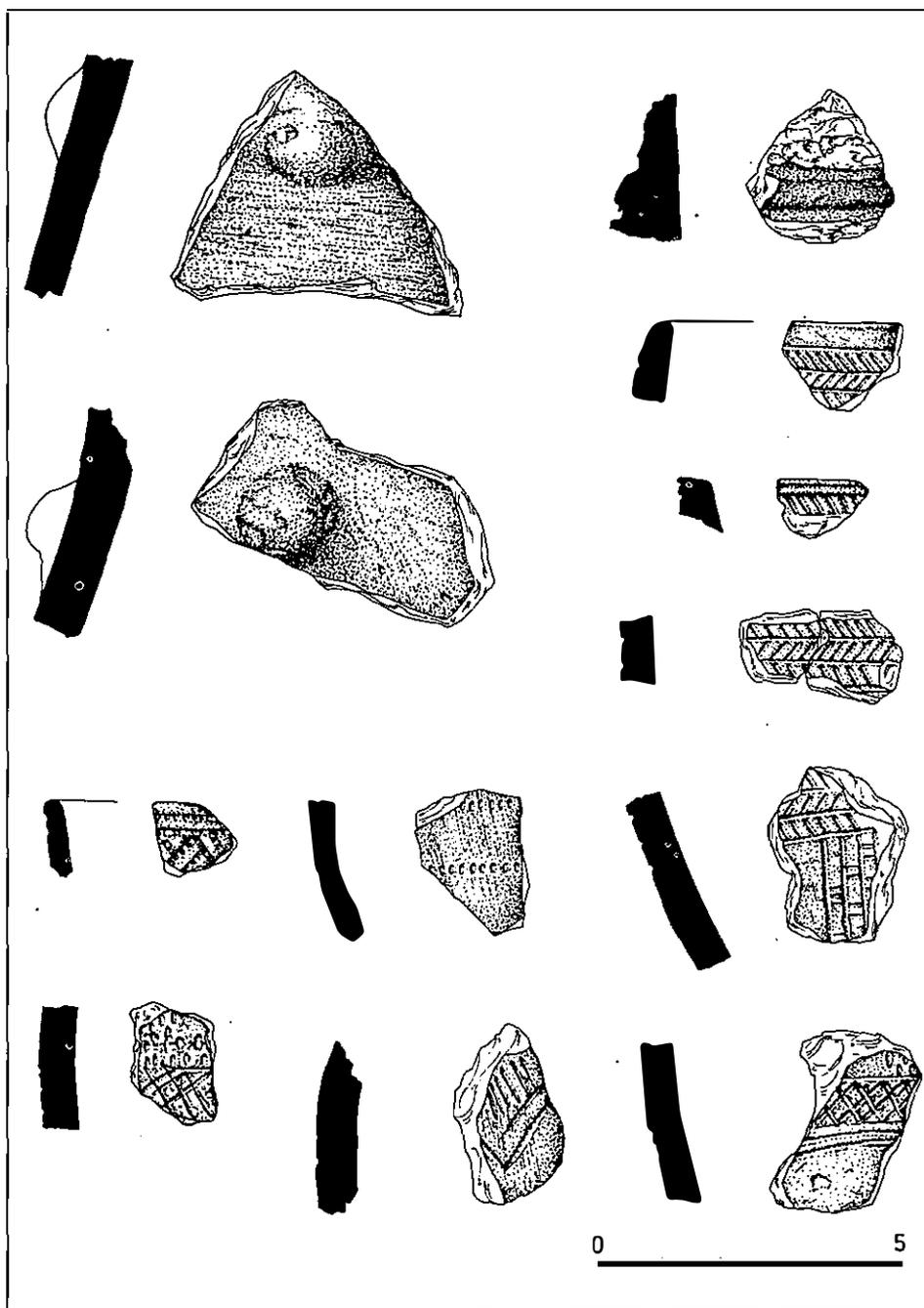


Fig. 3.— Fragmentos cerámicos con pezones y decoración campaniformes del dólmen del «Alto de la Tejera» (Carrascosa de la Sierra).

CEMENTERIO DE LOS MOROS DE VALDEGEÑA

Características del enterramiento

Fue excavado y dado a conocer en 1892 por F. Benito Delgado (Benito, 1892: 615). A diferentes niveles, ente 0,50 y 2 m., localizó quince esqueletos de diferentes edades y sexos, doce revueltos a modo de pira y tres depositados en disposición horizontal; con algunos aparecieron hachas de piedra, dispuestas junto a los pies, puntas de flecha de pedernal, un punzón de hueso y una vasija de barro negro, así como carbón y tierra quemada. La ausencia de estructuras pétreas permiten interpretarlo como un enterramiento colectivo en fosa, similar a otros conocidos en la Meseta (Delibes, 1976: 145).

Situación y entorno ambiental

Se sitúa en una suave loma, a unos 500 m. al Norte de Valdegeña y en la misma curva de nivel de 1.100 m., al pie de la sierra de Matute que protege el lado Este, mientras que al Oeste y Sur domina un fondo de valle que desde una altitud de 1.040 m. se va elevando hacia las faldas de las sierras que lo circundan, constituido por sedimentos cuaternarios, correspondientes a las cuencas del alto Rituerto y, más lejos, la baja del Araviana, que ofrece buenas condiciones para el aprovechamiento agrícola. Será este tipo de economía el que caracteriza este emplazamiento, aunque quizás la zona serrana ganadera que se extiende hacia el Norte y Este podría actuar como complementaria.

Los restos del ajuar

En los dibujos de la publicación de F. Benito Delgado se aprecian la existencia de dos microlitos —triángulo o trapecio y un segmento—, un raspador, tres láminas irregulares sin retocar, tres hachas pulimentadas, dos de sección ovalada y una rectangular—, una aguja o punzón perforado de hueso y una pieza no identificada (Fig. 4). Estos escasos datos no obstante, orientan hacia una relativa antigüedad su momento o momentos de utilización, aunque la imposibilidad de adscripción de la vasija cerámica nos deje un margen de duda.

LA LOSILLA DE NOVIERCAS

Noticias anteriores

Taracena, en su carta arqueológica, se refiere a este lugar como un «taller de labra de pedernal» (Taracena, 1941: 122), pero será Ortego quién dé a conocer este yacimiento más ampliamente, después de realizar una corta excavación centrada principalmente en la zona Sur. Según este autor proporcionó «...una discontinua e irregular estratigrafía de fondos de cabaña, sin otra señal que indicios de capa

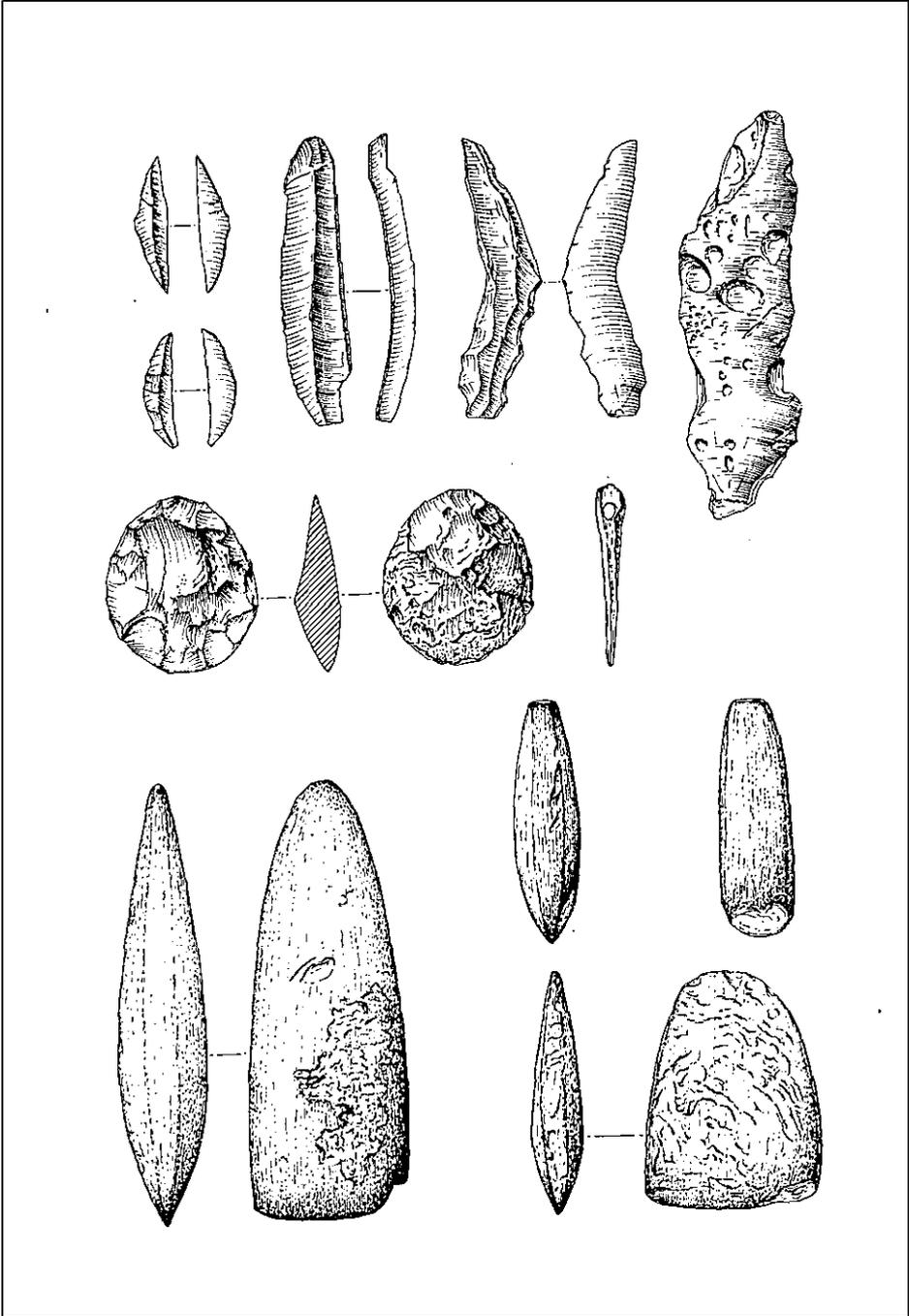


FIG. 4.— Materiales líticos del «Cementerio de los Moros» (Valdegeña). A partir de Benito.

de cenizas con tierra y carbones, en un sector alargado de Este a Oeste, de 40 m.² que ampliamos hasta otros ochenta más estériles a medida que nos alejamos del centro de La Losilla» (Ortego, 1961: 162-163).

No obstante, Carnicero, en su trabajo sobre las industrias líticas de superficie realiza una revisión y puesta al día de los materiales que se conocen de este lugar. Este autor también habla de concentración de los hallazgos por él prospectados en una zona no superior a los 600 m.² y de la escasa potencia —en ocasiones roca viva— del suelo que ha sido arrasado por los agentes erosivos, desplazando los materiales hacia la ladera. (Carnicero, 1985: 88).

Situación y entorno ambiental

Este pequeño cerro que se asemeja a otros que se extienden por esta zona, está situado a 1.100 m. de altitud, al pie de la vertiente Oeste de la sierra del Madero, que cierra por esta zona la amplia extensión de sedimentos cuaternarios surcados por el alto Rituerto y, en el caso de Noviercas, el bajo Araviana ya comentados al referirnos al hallazgo de Valdegeña.

Desde este suave altozano se domina hacia el Oeste y Sur esta amplia extensión que se va elevando hacia las faldas de las sierras que lo circundan, en donde el carácter agrícola va dejando paso progresivamente al ganadero, como ocurre en esta zona de Noviercas (Gómez Chico, 1951: 367-368).

Características del utillaje y sus evidencias

El análisis tipológico de los materiales de «La Losilla» ofrecen una cara distorsión, es decir resulta problemático mantener una confluencia en el tiempo de todos ellos, como ya se deduce del estudio de Carnicero (1985: 96-97); es decir corresponden a un periodo dilatado de tiempo, cuyo momento más antiguo estaría señalado por los microlitos geométricos —trapezios y segmentos—, un microburil, lámina de dorso y pequeñas laminitas sin retoque, que se sitúan en el tránsito del Neolítico al Calcolítico. Un segundo momento vendría reflejado por las puntas sobre lámina, un pedúnculo, más o menos desarrollado, o aletas insinuadas con retoque plano cubriente e incluso, en algún caso, plenamente invasor. El momento más reciente estaría reflejado por la cerámica campaniforme, representada por un caso inciso (Fig. 5).

Por otro lado, la escasa superficie que ocupan los materiales unidos a las características tipológicas y sus diferencias cronológicas, que van desde finales del Neolítico hasta el Calcolítico Final, no permiten pensar en un «taller lítico» ni tampoco en «fondos de cabaña» —un lugar de habitación tan reutilizado hubiera dejado numerosas huellas de los elementos constructivos y del utillaje doméstico—, si no, más bien en la existencia en este lugar de un dólmen o enterramiento funerario colectivo, que tendría la vigencia en el tiempo que se observa, por lo general, en casi todos estos monumentos.

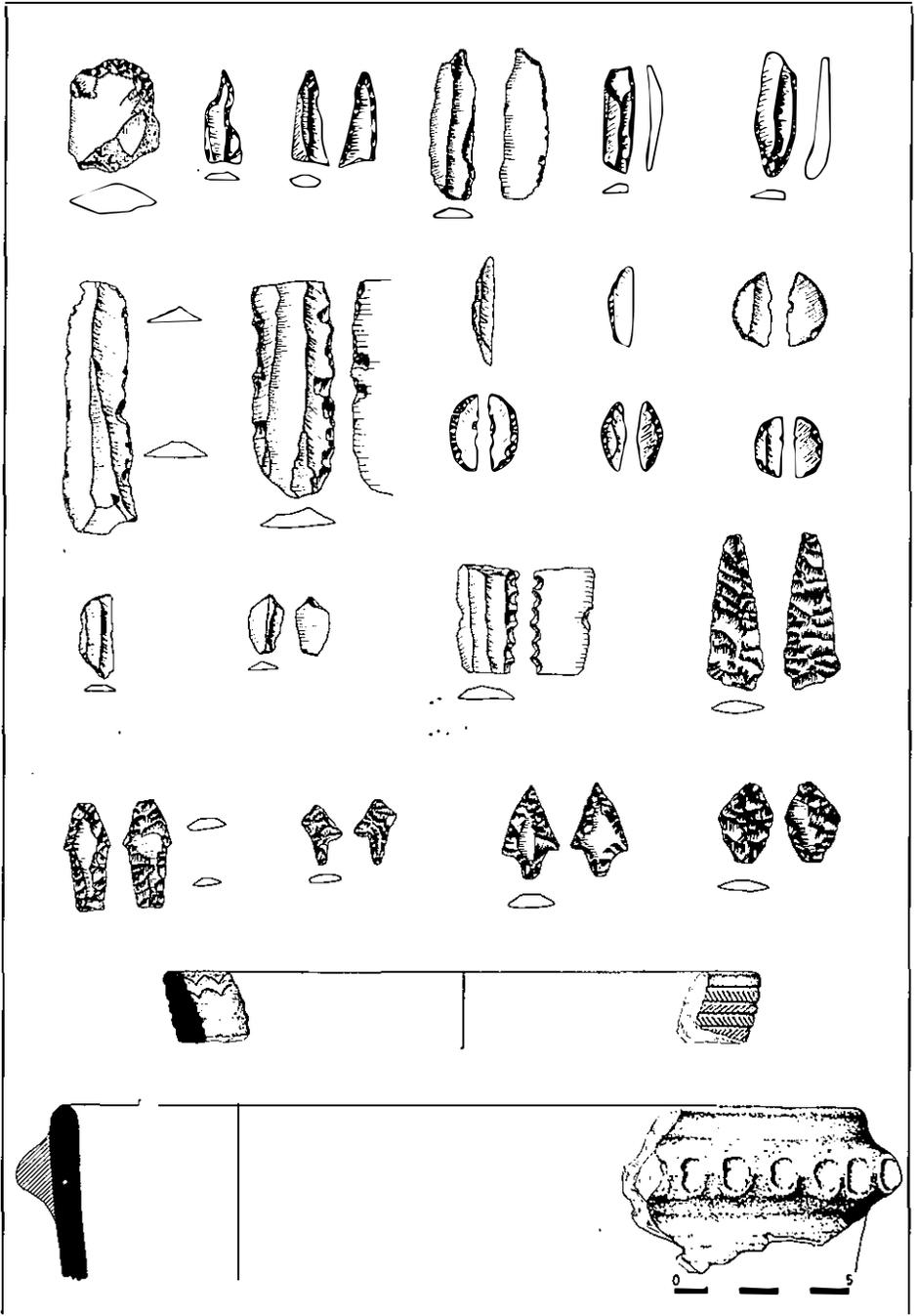


FIG. 5.— Materiales de «La Losilla» (Noviercas). A partir de Carnicero.

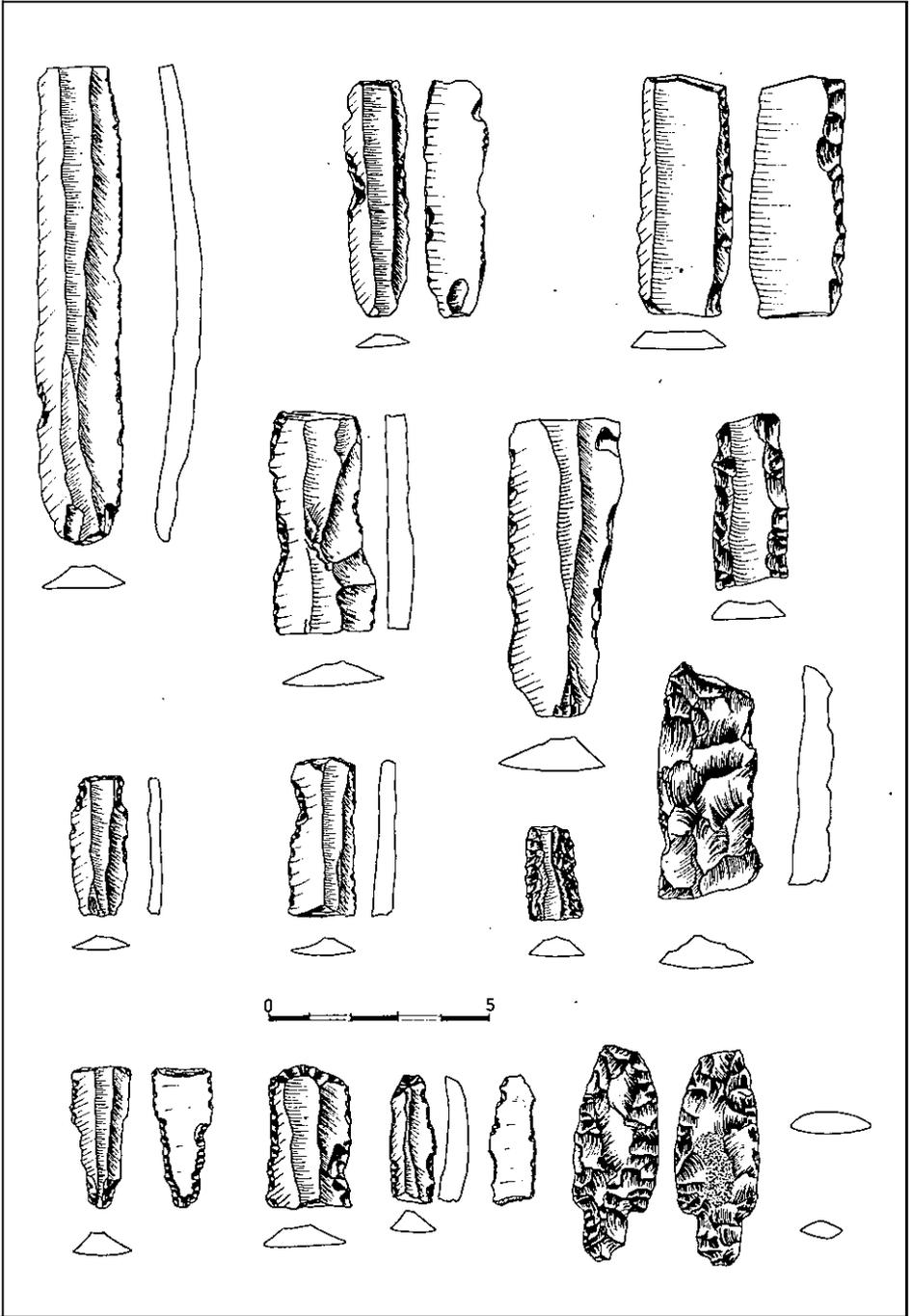


FIG. 6.— Material lítico de Aguaviva de la Vega. Algunas piezas seleccionadas de Carnicero.

AGUAVIVA DE LA VEGA

Situación y entorno ambiental

Carnicero dió a conocer un conjunto de materiales líticos que, procedentes de este término municipal, se encuentran depositados en el Museo Numantino sin atribución precisa (Carnicero, 1985: 27).

Posteriormente hemos podido localizar el lugar de donde proceden estos materiales y conocer más restos líticos de esta zona, ofreciendo todos ellos una clara identidad. Está situado a 1.000 m. de altitud, en el límite del páramo desde el que se domina la zona deprimida del arroyo Margón que se abre camino hacia el Jalón, situado a unos 18 km., y que discurre unos 200 m. más bajo que el suelo de la Meseta. Por lo tanto, se trata de una zona de transición, con predominio del aprovechamiento agrícola, sobre sedimentos miocenos de arenas y margas, pero con ciertas posibilidades ganaderas en los páramos y estribaciones de la sierra de la Mata, que protege la zona por el sur.

Características de la industria lítica

Como ya apuntó Carnicero la industria recogida en este lugar —una lasca laminar, láminas, muescas, raspadores, sobre lámina, uno doble— presenta un claro matiz laminar con las hojas de gran tamaño que las diferencia del resto de los conjuntos conocidos en esta zona (Fig. 6), relacionándolas con las que se recogen en los sepulcros dolménicos, tanto del grupo Zamorano-Salmantino, como del Burgalés y del Ebro medio (Carnicero 1985: 27-29).

No obstante, estas escasas bases habría que confirmarlas con la revisión de algunos amontonamientos circulares de piedra existentes en la zona en la que se recogieron estos materiales.

LA ALBERCA DE FUENCALIENTE DE MEDINA

Noticias anteriores

La noticia de un túmulo con enterramientos, excavado en parte por el marqués de Cerralbo, en Fuencaliente de Medina, la recoge Taracena (Taracena, 1941: 64-65). En una prospección reciente pudimos localizar este lugar, conocido como «La Alberca», en el que se advierten todavía, ya desmontados y retirados, los ortostatos que formaban el monumento, desamantelado al realizarse la concentración parcelaria.

Situación y entorno ambiental

En esta zona de páramos en la que el Jalón, todavía en su nacimiento, va abriendo paso marcando una ligera depresión —a diferencia del gran escalón que, de unos 200 m., abrirá posteriormente, separando la Meseta de la depresión del Ebro—, alternando las zonas de valle angosto con ligeros ensanchamientos que, a modo de circo, proporcionan la confluencia de diferentes vertientes montañosas y que aparecen colmatados con sus aportes sedimentarios por los que discurre un arroyo que avena las aguas del Jalón.

En uno de estos ensanchamientos, que, por otro lado, son los únicos que ofrecen un mínimo aprovechamiento agrícola, está situado este yacimiento, a unos 1.060 m. de altitud, ocupando una suave loma en la falda Norte de la sierra Ministra, dominando una pequeña extensión que recorren el arroyo Hocino, que pasa junto a este lugar; y, un poco más alejado, el Jalón. Por lo tanto el paisaje se caracteriza por el predominio de matorral, pastos de aprovechamiento ganadero y manchas de coníferas, con zonas relativamente estrechas de aprovechamiento agrícola.

Características de los materiales arqueológicos

En el reconocimiento que realizamos en este lugar y entre las tierras roturadas pudimos recuperar un reducido número de restos, pero suficientemente significativo, ya que junto a algunos fragmentos cerámicos lisos y con decoración plástica, se recogieron también un microlito de forma trapezoidal en sílex, una pequeña hacha pulimentada y otros restos líticos (Fig. 7). También se halló una hoja de bronce de un puñal de lengüeta, en la que aparecen las muescas —una de ellas todavía con el roblón que sujetaba la empuñadura, que hay que atribuir al Bronce Final—, momento con el que quizá hay que relacionar algunos fragmentos cerámicos y que debía corresponder a un enterramiento posterior realizado en este lugar, como suele ser usual o frecuente en diferentes monumentos dolménicos que conservan durante largo tiempo su carácter de necrópolis y lugar sagrado (Delibes et alii, 1982: 168 y 187. 1986: 28 ss).

EL CONTEXTO ECOLOGICO DE LOS MONUMENTOS FUNERARIOS

Incluso en nuestro tiempo y a pesar de los avances técnicos del siglo XX, el medio físico se convierte en muchos casos en catalizador de la actividad humana y en elemento condicionante de la vida de las poblaciones. Dicha realidad se hace mucho más patente conforme nos alejamos en el tiempo y disminuyen los medios que el hombre ha tenido a su alcance para modificar o controlar de alguna manera la naturaleza. Es por ello que el estudio del entorno físico de los emplazamientos dolménicos resulte altamente ilustrativo para determinar el distinto comportamiento de las poblaciones megalíticas en relación con los medios

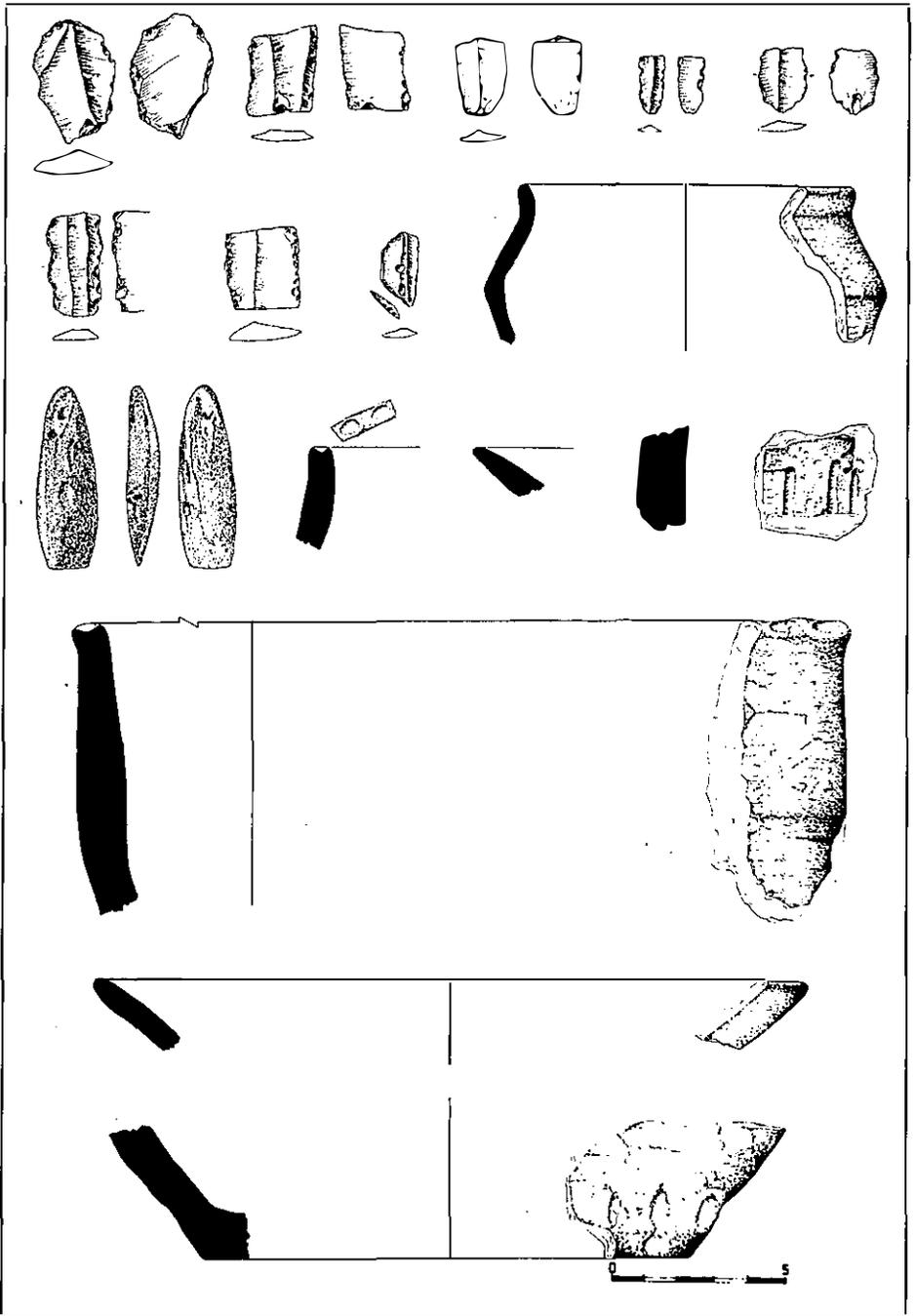


FIG. 7.— Materiales de «La Alberca» (Fuencaliente de Medina).

de subsistencia disponibles, los recursos y las propias necesidades que se plantean dependiendo de una situación geográfica concreta. Todo ello ha supuesto la potenciación en las últimas décadas de este tipo de análisis arqueológico geográfico que tienen como protagonistas no ya solamente al monumento megalítico «per se» y su desarrollo cultural y cronológico, sino sobre todo al megalito en relación con el paisaje y, en suma, con su entorno.

Somos conscientes de la escasez de la muestra susceptible de análisis en la provincia de Soria pero sin embargo, a pesar de ello, se advierten ya suficientes pautas de comportamiento como para esbozar una primera aproximación.

Desde el punto de vista de la distribución espacial nos encontramos con que todas las evidencias megalíticas de la provincia se sitúan en su sector oriental ocupando las primeras estribaciones del Sistema Ibérico (Sierra de Castilfrío, Matute y Madero) y Sierra Ministra que delimitan dicha provincia por el noreste y sureste respectivamente (Fig. 1).

Son unas tierras elevadas, por encima de los 1.000 m. sobre el nivel del mar, en donde el clima se muestra con continuos y bruscos contrastes entre las distintas estaciones. En este medio la primera pauta de comportamiento que manifiestan los enclaves megalíticos sorianos es la de ocupar terrenos elevados en relación con el entorno circundante, nunca las culminaciones del mismo y disponer de amplios campos de prioridad visual sobre, al menos, un sector de terreno que frecuentemente es el recorrido de un arroyo o, como se observa en el dólmen de Carrascosa de la Sierra, situado a 1.320 m., en una lengua de terreno a caballo sobre el fondo del valle. Los de Valdegeña, Noviales y Fuencaliente de Medina, aunque su situación es menos prominente, están dispuestos por debajo de media ladera, no obstante dominan ampliamente los valles del Rituerto, Araviana y Jalón respectivamente; por el contrario el supuesto de Aguaviva estaría emplazado en el extremo de una amplia paramera, con algunas alturas próximas superiores, dominando el inicio de la depresión de la Cuenca del Jalón.

Y en este sentido bueno es recordar cómo esta peculiar ubicación de los enclaves dolménicos sorianos se repite en otras áreas donde el fenómeno ha sido estudiado en profundidad y se ha reconocido esta misma característica. Así, por ejemplo, distintos investigadores han observado como en el País Vasco los dólmenes se sitúan en zonas de gran visibilidad (Mujika y Peñalver, 1987: 14), a lo largo de vías de comunicación (Vegas Aramburu, 1984: 182) y, en suma, en lugares prominentes que permiten destacar el monumento respecto al entorno. En el centro de la cuenca del Duero, los escasos monumentos conocidos parecen compartir similares características en cuanto al dominio de un terreno concreto. Así, el sepulcro de corredor de «Los Zumacales» o el túmulo de «El Mirandero» se sitúan en un lugar ligeramente destacado que domina el curso fluvial próximo (Delibes et alii, 1987: 184). Sin embargo, los estudios más completos al respecto provienen del ámbito gallego y más en concreto del análisis del espacio megalítico en la Sierra de Barbanza (Criado et alii, 1986). Dicho estudio elaborado sobre el importante número de yacimientos recoge todas las variaciones posibles en la ubicación de cada monumento entre las que encontramos algunas similitudes con lo que ocurre en la altimeseta soriana.

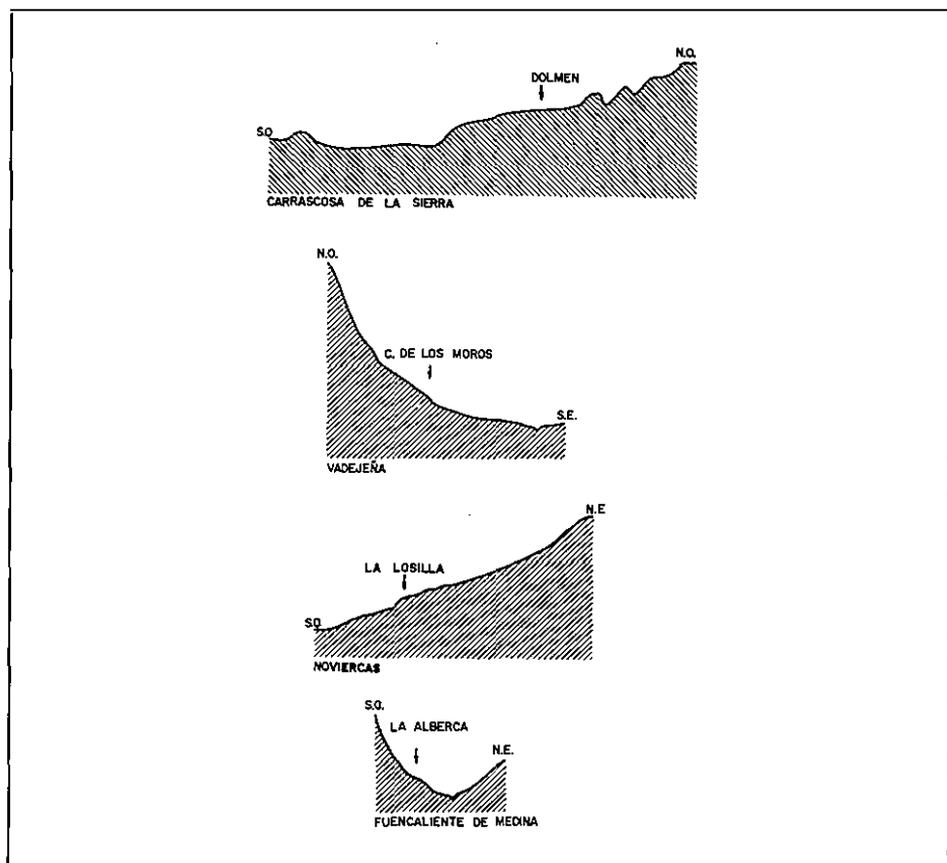


FIG. 8.— Cortes topográficos representativos de la situación de los monumentos megalíticos.

Ahora bien, si esta pauta de comportamiento es válida para el conjunto de enclaves, no es menos cierto también que existen marcadas diferencias entre los distintos asentamientos aún compartiendo entre ellos la premisa anterior expuesta.

Y nos estamos refiriendo a la comparación que, a simple vista se puede hacer entre el enclave del «Alto de la Tejera» en Carrascosa y el resto (Fig. 8). Este último monumento se asienta sobre un terreno más elevado en el que las condiciones de montaña se acentúan, por contra, el resto de los enclaves se sitúan en ambientes más bajos ocupando en todos los casos una posición intermedia entre áreas de montaña propiamente dichas, con las consiguientes connotaciones socioeconómicas que ello lleva consigo, y zonas de cultivo cerealístico más propias de terrenos bajos y de suelos profundos. Dicha características aparece perfectamente reflejada además en el mapa de la fig. 1, en el que se muestran con distintas tramas las zonas en las que se ha realizado tradicionalmente cultivos de cereales, áreas de conífera, matorral y pastos naturales junto a terrenos dedicados

a cultivos hortícolas. Como se puede apreciar, el dólmen de Carrascosa se asienta claramente en un ambiente dominado por el matorral y el monte degradado, lo que, sin lugar a dudas, debió influir en las poblaciones dolménicas a la hora de buscar los medios de subsistencia. Por contra, el resto de los enclaves aparecen estratégicamente situados en áreas de contacto entre los terrenos aptos para el cultivo cerealístico y terrenos de monte más apropiados para el desarrollar algún tipo de actividad ganadera.

Así, podemos imaginar que los constructores del dolmen de Carrascosa tuvieron una actividad fundamentalmente ganadera ya que las condiciones de su entorno no admite otro tipo de actividad más de forma esporádica y limitada. Las zonas más próximas susceptibles de un aprovechamiento agrícola suficiente y rentable se encuentran a más de una jornada de camino entre ida y vuelta. Si a ello unimos las condiciones climáticas reinantes en el entorno —no hay que olvidar que el monumento se encuentra a 1.320 metros s.n.m.—, es justo pensar que la agricultura tendría escasa o ninguna incidencia para los constructores de megalito. Sin embargo, las restantes evidencias megalíticas y paramegalíticas en la provincia se sitúan muy próximas a terrenos fértiles en contacto también con ambientes de monte bajo y en muchos casos próximos o dominando corrientes fluviales de cierta importancia (Aguaviva de la Vega, Fuencaliente). Ello nos hace pensar en que los responsables de estas construcciones dispondrían de un abánico más amplio de posibilidades a la hora de procurarse los medios de subsistencia por lo que no desdeñarían el cultivo de cereales en los terrenos fértiles y la práctica de una incipiente ganadería aprovechando las favorables condiciones que les ofrecía la proximidad del monte.

De esta forma hemos definido la segunda de las características que observamos en los asentamientos dolménicos sorianos, y ésta es la presencia de una dualidad en cuanto al ambiente ecológico reinante en el entorno; por un lado un ambiente de montaña con las limitaciones socioeconómicas reseñadas y en el que sitúa un monumento (El Alto de la Tejera en Carrascosa de la Sierra), y por otro, un ambiente algo más diversificado compartido por el resto de los enclaves, en el que cabría un doble aprovechamiento de los recursos, tanto desde el punto de vista agrícola como ganadero. De nuevo creemos interesante volver sobre las áreas vecinas en un intento de hallar pautas similares a las observadas en nuestra provincia.

Así, especialmente en el País Vasco y desde que Apellaniz (1973) diferenciara entre «dólmenes de montaña» y «dólmenes de valle» ya se ha hecho tradicional esta dicotomía que refleja con bastante claridad la existencia de dos ambientes ecológicos diferentes en el entorno de los monumentos megalíticos. Otros autores han estudiado aspectos similares y especialmente Andrés Rupérez quien a la vez que defiende claramente la existencia de esta dicotomía, estima que en cualquier caso la mayoría de los enclaves se sitúan en lugares favorables para la obtención de recursos y medios de subsistencia (Andrés Rupérez, 1987: 152). No ocurre lo mismo al otro lado de la Meseta, en la Penillanura Salmantina en donde Delibes y Santonja (1986) acuñan la expresión «de fondo de valle» para



definir el ambiente ecológico en el que se sitúan sus monumentos. No obstante, su especial ubicación hace que ocupen suelos blandos y profundos muy aptos para el cultivo y la ganadería, con lo que intuyen, también un doble aprovechamiento agrícola/ganadero del entorno megalítico.

Pocas apreciaciones podemos realizar sobre el tipo de monumentos en relación con su enclave y ello es debido a la falta de datos concluyentes sobre las características de los mismos. Sepulcro de corredor seguro es el Alto de la Tejera que como hemos indicado se localiza en un terreno elevado. Parece ser que en Fuencaliente también debió existir un monumento megalítico —a juzgar por los enormes bloques pétreos cercanos al enclave en donde se recoge el abundante material— aunque no sepamos con exactitud sus características concretas. Por su parte, el Cementerio de los Moros de Valdegeña ha sido considerado desde que se publicara en 1892 (Benito Delgado) como un enterramiento colectivo en fosa, parangonable con otros monumentos del oeste de la Cuenca del Duero como Sanzoles en Zamora o el propio túmulo de El Miradero en Villanueva de los Caballeros. Nada sabemos de los otros dos enclaves reseñados (Noviercas y Aguaviva de la Vega) aunque de haber existido algún tipo de estructura creemos que sería similar a la de Valdegeña, a juzgar por la ausencia absoluta de bloques pétreos en las proximidades. De esta forma, únicamente disponemos a ciencia cierta de un sepulcro de corredor enclavado en un terreno alto y en un ambiente ecológico en el que domina el monte bajo y cuyas tierras duras y poco profundas serían desdeñadas para el cultivo, pudiendo mantener, como ocurre aún hoy en día, una cabaña más o menos amplia de ganado bovino y lanar. Por contra, un enterramiento colectivo en fosa se sitúa en el margen de un amplio valle con abundante terreno apropiado para el cultivo cerealístico.

Somos conscientes de que, con los datos disponibles en la actualidad poco más podemos hacer que constatar estas realidades sin que por ello debamos ir más lejos en su interpretación. No obstante, posiblemente fuese apropiado recordar aquí como todos los túmulos colectivos no megalíticos de la Meseta Norte se asientan en terrenos bajos, de suelos profundos, junto a cursos fluviales y en áreas con clara aptitud para la agricultura, mientras que muchas zonas consideradas tradicionalmente de gran arraigo megalítico ocupan zonas marginales y montañosas (Lora Burgalesa, País Vasco, Penillanura zamora-salmantina, Sierras del Norte de Portugal..), aunque estudios más minuciosos y detallados de cada zona modifiquen sustancialmente esta apreciación a nivel estrictamente local.

BIBLIOGRAFIA

- ANDRES RUPEREZ, A. (1987): Megalitismo de la vertiente izquierda del Ebro Alto y Medio: algunos problemas y perspectivas. En *El Megalitismo de la península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- APELLANIZ, J.M. (1973): Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de las cavernas del País Vasco Meridional. Munibe. Suplemento n.º I. San Sebastián.
- BENITO DELGADO, E. (1892): Estación prehistórica de Valdegeña en la provincia de Soria. *BRAH*, XX, págs. 615-619.
- CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985): Industrias líticas de superficie en la Región Soriana. C.E.S. (C.S.I.C.), Soria.
- CRiado, F.; AIRA, M.J. Y DIAZ-FIERROS, F. (1986): La construcción del paisaje: Megalitismo y Ecología. Sierra de Barbanza. Consellería de Educación e Cultura. Xunta de Galicia. Santiago de Compostela.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1976): «El poblamiento Eneolítico de la Meseta Norte». *Sautuola*, II, Santander, págs. 143-145.
- DELIBES, G. (1982): Dolmenes de Sedano I. El sepulcro de Corredor de Ciella. *N.A.H.*, 14, Madrid, págs. 149 y ss.
- DELIBES, G. Y SANTONJA, M. (1986): El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca. Ed. de la Diputación de Salamanca.
- DELIBES, G.; ALONSO, M. Y ROJO, M. (1987): Los sepulcros colectivos del Duero medio y las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano. En *El Megalitismo de la península Ibérica*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- GOMEZ CHICO, A. (1951): Las comarcas geográficas sorianas. Ensayo sobre su delimitación. *Celtiberia*, 2, Soria, págs. 357-374.
- JIMENO MARTINEZ, A. (1988): La aportación de Ortego al Megalitismo de la provincia de Soria: Nuevos datos y planteamientos. *Celtiberia*, 75, Soria, págs. 21-32.
- MUJIKÁ, J.A. Y PEÑALBER, X. (1987): Notes sobre el Megalitismo a Euskal Herria. En *Cota Zero*, 3.
- ORTEGO, T. (1961): I Reunión de Arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza. *Caesaraugusta*, 17-18, Zaragoza.
- TARACENA, B. (1941): Carta arqueológica de España. Soria. Instituto Diego Velazquez (C.S.I.C.), Madrid.
- VEGA ARAMBURU, J.I. (1984): Asentamientos en la altiplanicie de Encia (Alava). *Arqueología Especial*, 1. Teruel.

**APORTACIONES AL ESTUDIO DE INDUSTRIAS
LITICAS DE SUPERFICIE EN LA VERTIENTE
SEPTENTRIONAL DE LA SIERRA DEL ALMUERZO.
NARROS (SORIA)**

I. ARELLANO GAÑAN*
C. JIMENEZ SANZ*
N. RAMON FERNANDEZ**

* C.N.I.A.S. Museo Nacional de Arqueología Marítima.
** Servicio de Arqueología. Diputación General de Aragón.

I. INTRODUCCION

Presentamos en este trabajo un conjunto de restos líticos y cerámicos hallados en las inmediaciones de la Sierra del Almuerzo, dentro del término municipal de Narros (Soria). (Lámina I).

Desde 1982, año en que se tuvo constancia accidentalmente de su aparición en La Jima, hasta el presente, se han detectado diversos puntos que ofrecen materiales similares con carácter de hallazgos aislados. Dicha información se facilitó a J. J. Fernández Moreno, quien, tras visitar el lugar y considerando su importancia, nos alentó a llevar a cabo el estudio correspondiente que podrá difundirse con ocasión de la celebración de este Symposium.

Nuestra intención es dar a conocer estos enclaves y continuar la labor iniciada por J. M. Carnicero, contribuyendo de este modo a ampliar la información existente acerca de industrias líticas de superficie en la zona Norte de la Provincia. Hasta el momento, y debido a que aún no se ha realizado una prospección sistemática en el área, nos encontramos con un gran vacío documental, extraño si tenemos en cuenta las posibilidades que el medio ofrece para el asentamiento humano, con probabilidad desde épocas prehistóricas.

Sin embargo, somos conscientes de las limitaciones inherentes al estudio de los restos arqueológicos que aquí presentamos, al no ser susceptibles de englobarse en un momento cronológico definido, tanto por la carencia de fósiles directores, como por el hecho de no estar asociados a estratigrafía alguna.

Esta documentación preliminar es, por tanto, el avance de un futuro estudio más exhaustivo que quedará incluido con los resultados de la ya iniciada Carta Arqueológica de la Altimeseta Soriana.

II. MARCO GEOGRAFICO

La Sierra del Almuerzo se localiza al N.E. de la provincia de Soria, constituyendo, junto con la Sierra del Madero, parte de las alineaciones orientales del Sistema

Ibérico. Ambas forman la estribación de la divisoria de aguas entre el Ebro y el Duero, así como la separación entre la altiplanicie del Campo de Gómara y las plataformas del Campillo.

La mencionada en primer lugar, presenta unas altitudes comprendidas entre las cotas de 1.429 y 1.100 m. s.n.m.

Geomorfológicamente se compone de calizas, margas y areniscas del Malm, correspondientes a períodos de sedimentación del Jurásico Superior y Cretácico Inferior. Con un claro predominio de calizas constituye una zona propicia para el afloramiento de sílex. Su relieve, disimétrico y con llanos adosados a sus márgenes, se prolonga desde Cerro Montero, al O, hasta el Alto de la Peña Parda sobre la cabecera del Rituerto. La erosión remontante de los ríos Moñigón y Merdancho, ambos afluentes del Duero, y el río Alhama, que lo es del Ebro, ha modelado su paisaje. Las cumbres son en general zonas arrasadas o altos llanos con la excepción de la Sierra de Matute, al Este, de vertientes más apuntadas. Por otro lado, las pendientes presentan una gran regularidad y acaban enlazando con glacis.

La climatología de este área participa de la continentalidad que caracteriza a la mayor parte de la Meseta: bajas temperaturas, frecuentes heladas, una notable amplitud térmica y lluvias moderadas. El efecto corrector de la altitud queda marcado al provocar un incremento de la pluviosidad y la duración del período de heladas, así como un descenso térmico generalizado en la zona periférica montañosa en donde queda englobada la Sierra.

Su vegetación está constituida, fundamentalmente, por carrascas y rebollos, *P. Nigra* y *P. Sylvestris* de repoblación, diversas especies de monte bajo (aliaga, tomillo, brezo... etc.) que alternan con algunos pastizales y cultivos de secano en los parajes menos accidentados y, por último, árboles de ribera como chopos y álamos.

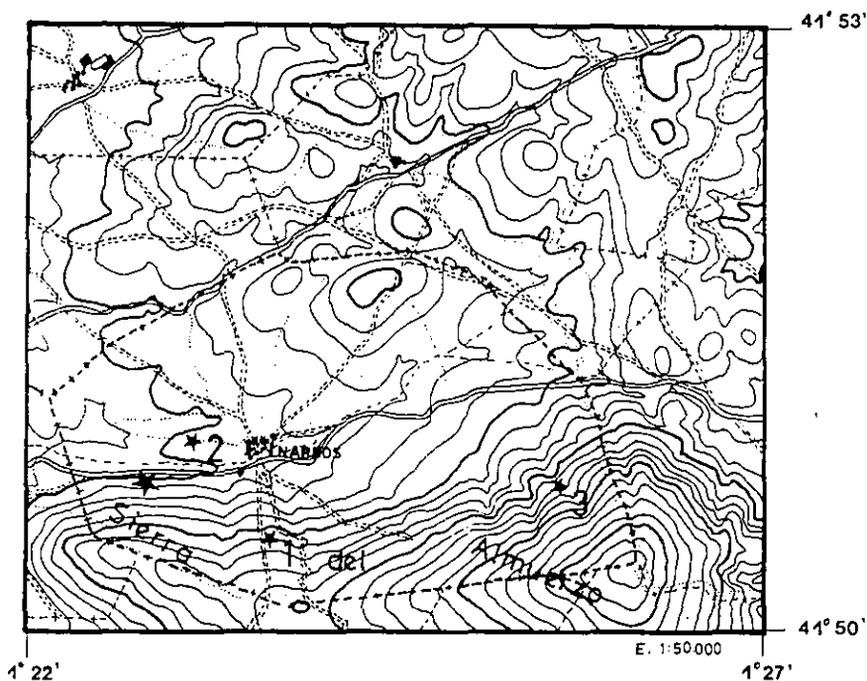
En cuanto a la fauna habría que destacar la existencia de especies de gran porte, (jabalíes, corzos, ciervos,... etc.), junto a animales de pequeño tamaño (conejos, liebres, perdices... etc.).

III. YACIMIENTO Y HALLAZGOS AISLADOS

YACIMIENTO

La Jima

El enclave arqueológico se localiza en el paraje de «La Jima». Según el testimonio de los vecinos de Narros, su antigua denominación fue «La Sima», probablemente atribuida a la existencia de una capa freática cuyo nivel se eleva en época de lluvias llegando, en ocasiones, a rebosar y provocar desprendimientos de tierras.



- ★ La Jima.
- ★ Hallazgos aislados.

LAM. I.— Localización.

El yacimiento objeto de nuestro estudio se encuentra situado en la ladera del Cerro Montero, a unos 100 m., aproximadamente, de la carretera de Almajano a Narros entre los Km. 16 y 17, y a una altitud de 1.120 m. s.n.m.

El foco con mayor concentración de material ocupa una de las zonas llanas adosadas a la Sierra. Es un antiguo campo de labor, actualmente yermo, cuyas dimensiones son para el eje N-S 60 m., y para el eje E-O unos 30 m. Esta parcela presenta, en su mitad meridional, una ligera inclinación siguiendo la pendiente de la ladera, la cual se suaviza en su mitad septentrional hasta acabar casi en llano. Por esta razón los materiales que son arrastrados por la erosión natural no sobrepasan tal área.

También se localiza material, aunque mucho más escaso, en la parcela contigua al O, separada por un linde de arbustos.

En ambas zonas la vegetación es la característica de la Sierra del Almuerzo, predominando los majuelos, aliagas y carrascas.

Como recursos hídricos, además del citado manadero que da nombre al paraje, nos encontramos a unos 250 m. en dirección N el arroyo Narros, de prolongados estiajes, que vierte sus aguas en el río Merdancho. Por otro lado, algo más lejana al yacimiento se ubica la fuente del Borrocal, hoy en día cegada, que se localiza a unos 1.500 m. al S.E. del mismo.

A pesar de encontrarse en la falda del Cerro Montero y rodeado de un arbolado relativamente denso, domina visualmente todo el área en dirección E-O.

• Materiales líticos:

Al acometer el estudio de los elementos líticos, en relación con el retoque y su descripción, nos hemos basado en la tipología analítica de Laplace (Laplace, 1972), complementándola con la lista-tipo realizada por F. Bordes sobre el utillaje lítico del Paleolítico Antiguo y Medio (Bordes, 1961). Así mismo, para llevar a cabo la clasificación de las piezas pertenecientes al Eneolítico-Edad de los Metales hemos optado por la tipología elaborada por el Grupo de Trabajo de Caspe (1985: 261-262), ampliando su análisis en relación con las láminas y lascas con la planteada por J. Picazo (Picazo, 1986: 17), debido a la variedad y amplitud cronológica que presentan los materiales. En la realización del análisis de las piezas no retocadas utilizamos los estudios de B. Bagolini (Bagolini, 1968).

El volumen total de restos recogidos es de 114 piezas, con 103 elementos líticos (90,35%) y 11 fragmentos cerámicos (9,64%).

Dentro del utillaje lítico se pueden diferenciar:

25 Piezas tipológicas	24,27%
3 Láminas	2,91%
28 Fragmentos de láminas	27,18%
25 Lascas	24,27%
6 Fragmentos de lascas	5,82%
1 Núcleo	0,97%
5 Desechos de talla	4,85%
10 Indeterminados	9,70%

La materia prima utilizada en mayor proporción es el sílex, con gran variedad tanto en su calidad como en su coloración, predominando los colores blancos. Siendo la Sierra del Almuerzo una zona en la que afloran vetas de sílex negro (Carnicero, 1985: 192), llama la atención el dato de tan sólo 5 piezas realizadas en dicho mineral. También hemos hallado 3 elementos elaborados en cuarcita y 4 en lidita (Lám. II, gráfico C).

La imposibilidad de haber realizado análisis, por el momento, nos impide determinar si la procedencia de la materia prima es autóctona o alóctona.

Las pátinas son escasas en proporción al número total de piezas, 13 elementos (12,66%) presentan desilificación y cuarteo; en una pieza tipológica (diente de hoz) aparece pátina de cereal (Lám. V, fig. 3).

En el análisis tipométrico de los elementos no retocados se evidencia un dominio de la categoría de las microlascas, destacando los tipos de las microlascas anchas, 9 (22,5%), y las microlascas laminares, 8 (20%). Dentro de la categoría de lascas predominan los tipos de lascas pequeñas, 5 (12,5%), y pequeñas lascas laminares, 3 (7,5%). Nos encontramos con que disminuyen notoriamente las categorías de lasca propia y lasca laminar, con 2 piezas, respectivamente (5%), (Lám. II, gráfico D; Lám. III, gráfico 1).

En cuanto al tamaño, existe una considerable mayoría de los elementos microlaminares y pequeños, 35 (87,5%), frente a 5 ejemplares de dimensiones normales (12,5%), (Lám. II, gráfico E).

Decortinado secundario lo presentan 17 elementos (16,50%), chocando con la ausencia de piezas de decortinado primario, así como de núcleos, ya que sólo contamos con 1 de laminitas y 1 lasca que presenta extracciones de láminas. Además hay que tener en cuenta la existencia de dos cantos rodados, posiblemente empleados como soporte primario.

Entre las piezas tipológicas predominan los talones lineales (40,74%), seguidos de los irregulares (18,51%), uno apuntado (3,70%) y otro facetado diedro.

En el resto de elementos los talones lisos son los más frecuentes, tanto en las lascas (45,83%) como en las láminas (43,75%), y los talones irregulares aparecen en menor proporción, 12,5% para las lascas y 6,25% en las láminas; a ello hay que añadir 1 facetado diedro en ambos grupos y 1 apuntado entre las láminas.

Descripción:

- 89/16/1: Raedera transversal convexa tipo Quina. (Lám. IV, fig. 1).
Bordes 23; Laplace R22.
Sílex.
- 89/16/2: Raedera doble rectilínea. (Lám. IV, fig. 2).
Bordes 12; Laplace R21.
Sílex.
- 89/16/3: Raedera simple convexa. (Lám. IV, fig. 4).
Laplace R23.
Sílex.
- 89/16/4: Raspador GR1. (Lám. IV, fig. 5).
Laplace G12.
Lidita.

- 89/16/5: Raedera transversal rectilínea. (Lám. IV, fig. 6).
Laplace R22/Apd. dext. dist.
Sílex.
- 89/16/6: Raspador GR4. (Lám. IV, fig. 8).
Laplace G311.
Sílex.
- 89/16/7: Cuchillo de dorso natural. (Lám. IV, fig. 7).
Sílex.
- 89/16/8: Denticulado GM3. (Lám. V, fig. 1).
Laplace D22.
Sílex.
- 89/16/9: Raedera doble rectilínea-convexa. (Lám. IV, fig. 3).
Laplace D23.
Sílex.
- 89/16/10: $\overline{L2}$ [Apd. dext. prox.]. (Lám. V, fig. 4).
Sílex.
- 89/16/11: $\overline{L2}$ [Apd. dext. prox.]. (Lám. V, fig. 5).
Sílex.
- 89/16/12: Lámina truncada GFr1. (Lám. V, fig. 6).
Laplace LT22.
Sílex.
- 89/16/13: Denticulado GM3. (Lám. V, fig. 2).
Laplace D22.
Sílex.
- 89/16/14: Cuchillo de dorso. (Lám. V, fig. 8).
Sílex.
- 89/16/15: $\overline{L2}$ [Apd. dext. prox.]. (Lám. V, fig. 7).
- 89/16/16: Diente de hoz GH1. (Lám. V, fig. 3).
Laplace \overline{L} [d Spd. dext.].
Sílex tabular.

Agrupamos a continuación las piezas tipológicas ajustándonos al volumen aparecido:

PIEZAS TIPOLOGICAS	NUMERO	%
Raederas	5	20%
Denticulados y Muestras	5	20%
Láminas retocadas	6	24%
Lascas retocadas	4	16%
Cuchillos de dorso	2	8%
Raspadores	2	8%
Diente de hoz	1	4%

- **Materiales cerámicos:**

Los restos cerámicos hallados no nos aportan la información necesaria para adscribirlos a un periodo cultural concreto, dada la amplitud cronológica de este tipo de material y la escasa representación de los fragmentos encontrados, tanto por su reducido número como por las características que presentan.

El conjunto está realizado a mano con fuego reductor y cocciones no homogéneas, lo que da lugar a coloraciones que van del gris-pardo al rojizo; están alisadas por ambas caras o únicamente en la externa, a excepción de un fragmento (Lám. VI, fig. 2) que presenta un acabado probablemente bruñido al exterior. Las paredes no son muy gruesas y las pastas presentan desgrasantes de tamaños fino y medio. La decoración está representada por unguilaciones (Lám. VI, fig. 1), y un pequeño pezón (Lám. VI, fig. 3); en ningún caso pueden deducirse formas, aunque se intuyen algunas de paredes verticales de pequeño y mediano tamaño.

De los 11 fragmentos recogidos nos limitamos a describir los 4 que resultan más interesantes.

Descripción:

—89/16/19: (Lám. VI, fig. 4).

Fragmento de fondo plano de cerámica a mano. Cocción reductora y pasta de color grisáceo con desgrasantes de tamaño medio. El tratamiento aplicado a las superficies externa e interna es un alisado no muy uniforme, presentando un color gris con manchas rojizas.

—89/16/17: (Lám. VI, fig. 1).

Fragmento de borde y pared de cerámica a mano con unguilaciones en el labio. Cocción mixta y pasta de color grisáceo con desgrasantes pequeños y medios. Superficie exterior e interior alisada, de color rojizo, apreciándose posibles restos de engobe.

—89/16/18: (Lám. VI, fig. 3).

Fragmento de pared de cerámica a mano con un pezón apenas pronunciado. Cocción reductora y pasta de color gris claro con desgrasantes finos. Superficie externa e interna rugosa, la primera de ellas presenta un color marrón claro.

—89/16/20: (Lám. VI, fig. 2).

Fragmento de borde recto, posiblemente perteneciente a un cuenco. Cocción reductora y pasta gris oscura con desgrasantes medios. Superficie externa probablemente bruñida, de color negro y alisada al interior, de tonos rojizos.

HALLAZGOS AISLADOS

Como ya adelantamos líneas atrás, son varios los puntos en que hemos localizado evidencias de industrias líticas, sin que ninguno de ellos, por el momento, y atendiendo al volumen de restos arqueológicos hallados, tenga entidad suficiente para considerarlo un yacimiento.

Hallazgo Aislado n.º 1

Este se sitúa a unos 500 m. del inicio de la Pista, antiguo Camino del Monte, que parte de la carretera de Almajano a Narros a la altura de la Iglesia Parroquial y

en dirección N-S, atravesando la Sierra hacia el denominado Alto. Desde antaño sirve de vía de comunicación entre los pueblos situados a ambos lados de aquella.

Hace aproximadamente un decenio ensancharon dicho camino de herradura, modificando su trazado en determinados puntos para hacerlo accesible a vehículos de todo tipo. Debido a este movimiento de tierras y a los procesos erosivos que desencadenan los agentes meteorológicos, se ha podido localizar el material que reseñamos a continuación, sin descontarse la posibilidad de la existencia de más hallazgos en este foco, difícilmente visibles a causa de la densa vegetación.

A una cota aproximada de 1.120 m. s.n.m. se dispersa el material por una superficie de unos 10x2,5 m., ofreciendo el emplazamiento óptimas condiciones de visibilidad en sentido E-O, salvando el porte del arbolado.

• Materiales

Hemos recogido un total de 16 elementos líticos, entre los que cabe destacar la única pieza pulimentada del presente estudio: una pequeña hacha votiva de fibrolita (Lám. VII, fig. 1).

Exceptuando un elemento realizado en lidita y el mencionado en fibrolita, los restantes han sido elaborados en sílex, de variada calidad y coloración, predominando, al igual que en La Jima, los tonos blancos. Una de las piezas está realizada en sílex tabular; en ningún caso aparecen restos de pátinas y sólo 3 presentan desilificación.

En el análisis tipométrico de los elementos no retocados se evidencia el predominio de la categoría de las microlascas, 3 (75%), y 1 en la de lascas pequeñas (25%), (Lám. II, gráficos A y B; Lám. III, gráfico 2).

Hay una ausencia total en este conjunto tanto de piezas de primer como de segundo decortinado, corroborado por la falta, a su vez, de núcleos o elementos utilizados como soportes primarios, pese a un 18,7% de desechos de talla.

Predominan los talones lisos, 4 (50%), seguidos de los facetados diedros, 3 (37,5%), y distanciado de 1 irregular (12,5%).

En cuanto a los porcentajes de material detectado se constatan:

5 Piezas tipológicas	31,25%
4 Lascas	25%
2 Fragmentos de láminas	12,5%
2 Fragmentos de lascas	12,5%
3 Desechos de talla	18,75%

Descripción:

—89/17/1: Pequeña hacha pulimentada en fibrolita. (Lám. VII, fig. 1).

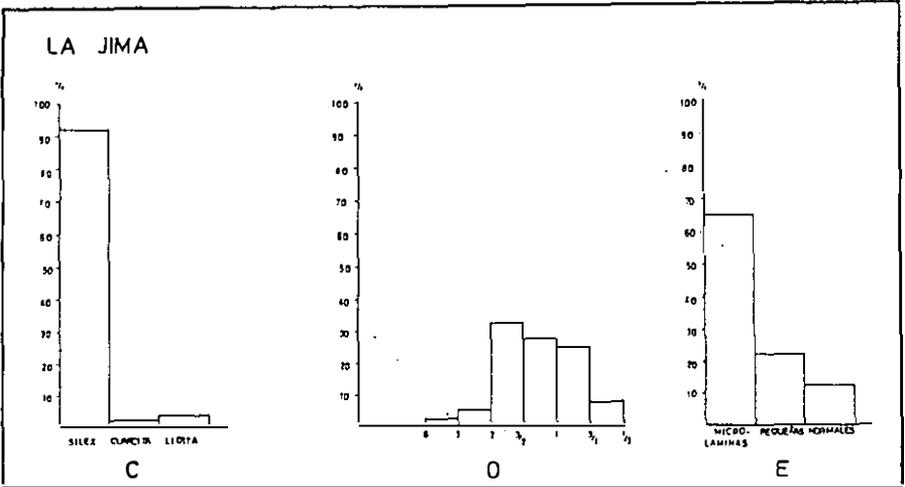
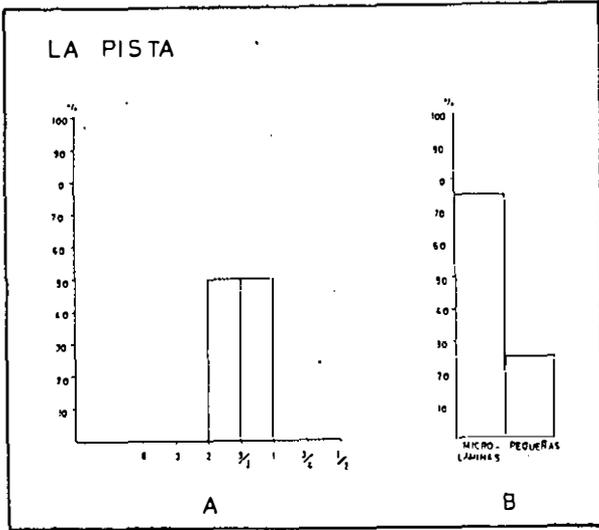
—89/17/2: GM1 [Enc. sen. prox. • Api. dext. dist.]. (Lám. VII, fig. 2).
Sílex.

—89/17/3: L2 [Spd. sen. prox.]. (Lám. VII, fig. 4).
Sílex.

—89/17/4: L1 [Apd. trav. sen.]. (Lám. VII, fig. 3).
Sílex.

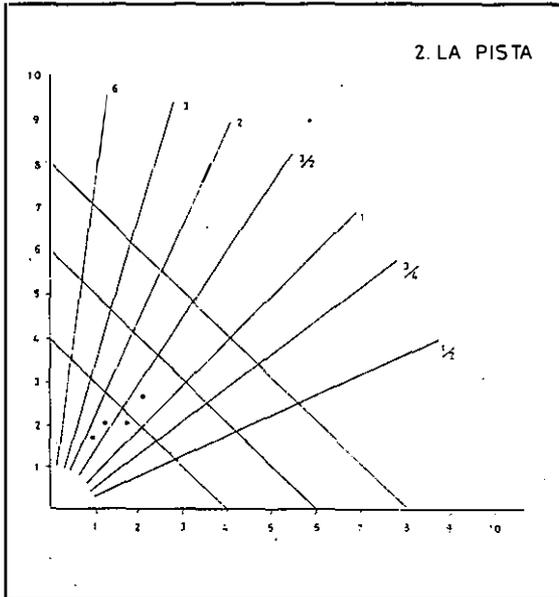
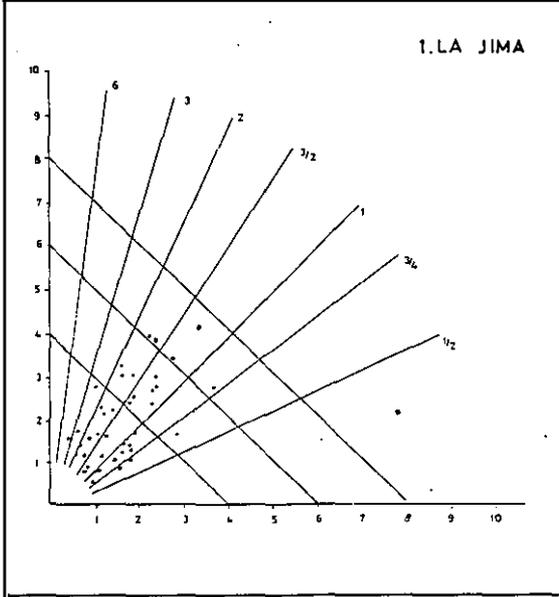
—89/17/5: L1 [S (P) pd. dext.]. (Lám. VII, fig. 5).
Sílex.

LAMINA II



LAMINA III

GRAFICAS
DE
BAGOLINI



LAMINA IV

LA JIMA

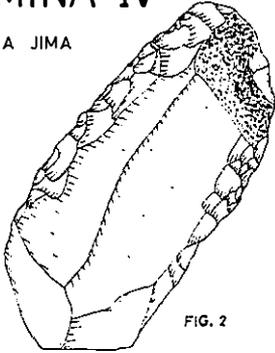


FIG. 2

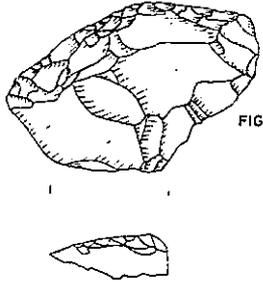


FIG. 1



FIG. 3



FIG. 4

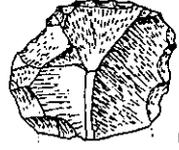


FIG. 5

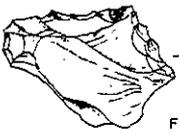


FIG. 6

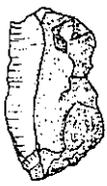


FIG. 7



FIG. 8



LAMINA V

LA JIMA

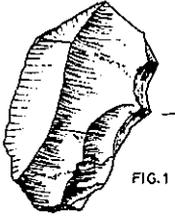


FIG. 1

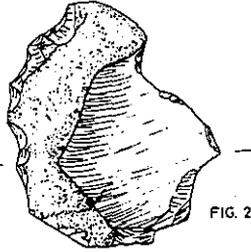


FIG. 2



FIG. 3



FIG. 4



FIG. 5



FIG. 6



FIG. 7



FIG. 8



LAMINA VI

LA JIMA



FIG. 1

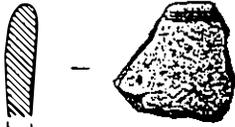


FIG. 2

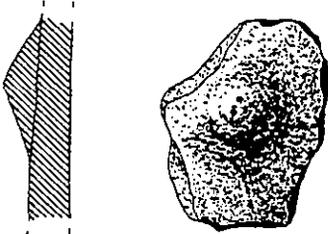


FIG. 3

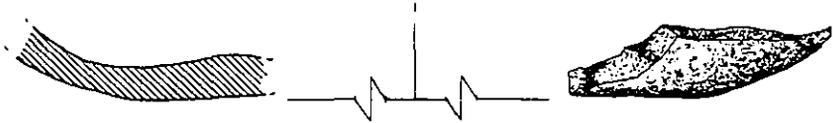


FIG. 4



LAMINA VII

HALLAZGO AISLADO n°1 (LA PISTA)

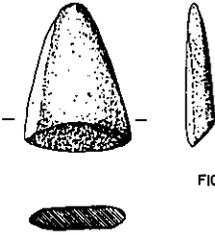


FIG. 1

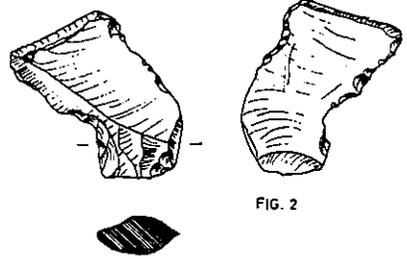


FIG. 2

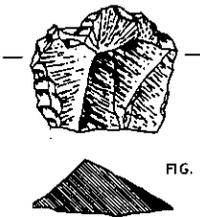


FIG. 3

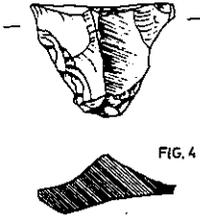


FIG. 4

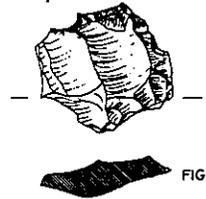


FIG. 5



HALLAZGO AISLADO n°3

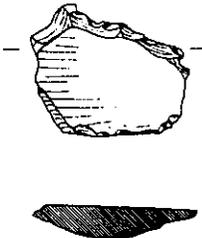


FIG. 6



HALLAZGO AISLADO n°2

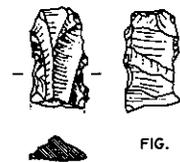


FIG. 7



Hallazgo Aislado n.º 2

El siguiente enclave en donde afloran elementos líticos, con menor frecuencia y de manera aislada, aparece en los alrededores del pueblo de Narros y comprende una extensa área del Camino del Sendero que parte de las eras, en dirección E-O, hacia Almajano. Está ubicado en una zona llana a unos 1.113 m. s.n.m., muy próximo al arroyo Narros que discurre casi paralelo al Camino.

Su proximidad a las actuales eras, nos induce a tener en cuenta la posibilidad de que tales hallazgos puedan tener relación con el uso de aperos tradicionales de labranza, como el trillo, aunque no ha podido confirmarse.

• Materiales:

Se cuenta con 4 elementos de sílex: 2 fragmentos de lámina, 1 de lasca y 1 resto informe.

Descripción:

—89/18/1: $\overline{L2}$ [Spi. prox.— Apd. sen. dist. • SE md dext.]. (Lám. VII, fig. 7).
Sílex.

Hallazgo Aislado n.º 3

El tercero, y último, se sitúa en el sector NE de la Sierra a unos 1.320 m. s.n.m., accediendo desde el tercer barranco, que se inicia en las proximidades de la fuente de Santa María, en dirección al vértice geodésico.

En este caso también los arrastres provocan la deposición de piezas en zonas, probablemente, alejadas de su lugar de origen, hecho favorecido por las pronunciadas pendientes y la deficiente cubierta vegetal. Por ello, no determinamos el lugar exacto sino el área en que aparecieron los restos.

• Materiales:

Se recogió una pequeña cantidad de restos, 6 elementos líticos, constituidos por:

1 Pieza tipológica	16,66%
1 Fragmento de lámina	16,66%
1 Fragmento de lasca	16,66%
1 Desecho de talla	16,66%
1 Indeterminado	16,66%
1 Tableta de reavivado de Núcleos de láminas	16,66%

Descripción:

—89/17/1/1: Raedera transversal rectilínea. Laplace R2.
(Lám. VII, fig. 6). Sílex.

IV. REFLESIONES FINALES

Como ya adelantamos en la Introducción, los resultados deducidos del estudio de este tipo de material son limitados y, en ocasiones, equívocos, dada la heterogeneidad de los restos localizados.

En La Jima, junto a cerámica a mano de imprecisa atribución cultural, la presencia de dos raederas tipológicamente musterienses y de múltiples lascas, laminillas, piezas informes, denticulados, ya sean completos o fragmentados, por una parte y por otra el hallazgo del hacha votiva, en La Pista, amplían considerablemente el marco cronológico en que podría incluirse este conjunto.

Desde 1941, fecha de publicación de la Carta Arqueológica de Soria, en donde ya se expusieron los problemas derivados de la deficiente investigación para época prehistórica, hasta nuestros días, el panorama no ha variado mucho en lo referente a nuestro tema de investigación.

La presencia de numerosos yacimientos prehistóricos a partir de la cornisa cantábrica, que se continúan por La Rioja, Burgos y Aragón, disminuye cuantitativamente en toda la provincia soriana, donde las excepciones son los aportados recientemente por J.M. Carnicero (Carnicero, 1985), E. García-Soto (García-Soto, 1984) y las escasas noticias puntuales de J. Hernández, N. Rabal, y F. Fúidio, entre otras, de principios de siglo recogidas por aquél (Carnicero, 1985: 21-23). En la provincia de Guadalajara reaparecen enclaves pertenecientes a estas etapas, por lo que resulta extraño, siguiendo la idea de B. Taracena (Taracena, 1941: 10), la ausencia de éstos en Soria, dadas las aptas condiciones naturales para la existencia de poblamiento, en particular en la zona del Almuerzo.

El hallazgo de las dos raederas citadas, una de ellas tipo Quina, nos remite al vacío existente en relación con el Paleolítico Medio, ya que el único dato conocido en la zona es el de Ucero (García-Soto, 1984), a todas luces insuficiente para plantear una visión de conjunto.

Los paralelos debemos, por tanto, buscarlos fuera de la provincia: el hallazgo de yacimientos paleolíticos de superficie de La Arenilla y Entrematas en Badarán (Utrilla et alii, 1988: 31-60), así como La Ra en Villar de Torre, todos ellos riojanos (Utrilla et alii, 1986: 83-107), nos acercan a raederas transversales tipo Quina y dobles convergentes como las de La Jima. A la vez se plantea el problema de la falta de otro tipo de piezas, como las de técnica Levallois, bifaces, núcleos... que nos permitirían una definición del yacimiento más concreta.

Junto a las dos piezas musterienses se localizaron diversos elementos líticos, cuyas características (falta de foliáceos, microlitos geométricos, un número mayor de elementos de hoz...) nos impiden delimitar otra cronología que no sea la comprendida entre el Eneolítico y Bronce. A esto debemos añadir que tampoco el material cerámico esclarece la datación, dilatándola, para estas piezas, hasta la Edad del Hierro.

Por último, y aunque se trate de un dato todavía aislado, carente de contexto, queremos reseñar la existencia de la Piedra de los Siete Infantes de Lara, situada en la cumbre de la Sierra, en el término municipal de Narros, y no de Canos como publicó Taracena, quien la engloba como una manifestación artística del Eneolítico (Taracena, 1941: 49). Este vestigio, cuya leyenda da nombre a la Sierra, junto con los yacimientos de Renieblas (Carnicero, 1984) constituyen la información arqueológica más cercana en el tiempo y en el espacio a nuestra zona de estudio.

V. BIBLIOGRAFIA

- AGUILERA, I. (1980): «El yacimiento Protohistórico del «Cabecico Aguilera» en Agón (Zaragoza)». *Centro de Estudios Borjanos*, V. Borja. Págs. 83-118.
- AGUILERA, I. Y BONA LOPEZ, I.J. (1982): «Un santuario Eneolítico en el somontano aragonés del Moncayo: El Ginestral (Trasmoz, Zaragoza)». *Turiaso*, III. Tarazona. Págs. 29-61.
- ARENAS, J.A. (1986): «Un asentamiento Eneolítico en «El Alto» (Herrería, Guadalajara)». *Wad-Al-Hayara*, n.º 13. Guadalajara. Págs. 91-117.
- BAGOLINI, B. (1968): «Ricerca sulle dimensioni dei manufatti litici preistorici no ritoccati». *Annales dell'Università de Ferrara (nuova serie)*. Sezione XV, vol. I, n.º 10. Ferrara.
- BERNALDO DE QUIROS, F.; CABRERA, V.; CACHO, C. Y VEGA, L.G. (1981): «Proyecto de análisis técnico para las industrias líticas». *Trabajos de Prehistoria*, n.º 30. Madrid. Págs. 9-37.
- BORDES, F. (1950): «Principes d'une méthode d'étude des techniques de débitage et de la typologie du Paléolithique ancien et moyen». *L'Anthropologie*, n.º 54. París.
- (1961): *Typologie du Paléolithique ancien et moyen*. Bourdeaux.
- BOROBIO SOTO, M.J. (1985): *Carta Arqueológica de Soria*. Campo de Gómara. Soria.
- CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1984): «Dos conjuntos líticos de superficie en Renieblas (Soria)». *Rev. Investigación*. Colegio Universitario de Soria. G.ª e H.ª VIII, 3. Págs. 35-59.
- (1985): *Industrias líticas de superficie en la región soriana*. C.S.I.C. Soria.
- CAVA, A.C. (1986): «La industria lítica de la Prehistoria reciente en la cuenca del Ebro». *Boletín del Museo de Zaragoza*, n.º 5. Zaragoza. Págs. 5-72.
- EIROA, J.J. (1976): «Nuevos hallazgos en la cueva del Asno, de Soria». *Caesaraugusta*, 39-40. Zaragoza. Págs. 139-140.
- (1977): «Avance sobre la 1.ª campaña de Excavaciones en la Cueva del Asno de Los Rábanos (Soria)». *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza. Págs. 301-304.
- FORTEA, J. (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Salamanca.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. Y FERNANDEZ DE ROJAS, C. (1984): «Indicios de industrias del Paleolítico Medio en el yacimiento de Ucero I: Estado actual de las investigaciones sobre el Musteriense en la provincia de Soria». *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*. Soria. Págs. 127-140.
- GOMEZ CHICO, A. (1951): «Las comarcas geográficas sorianas (Ensayo sobre su delimitación)». *Celtiberia*, n.º 2, págs. 357-374.
- GRUPO DE TRABAJO DE CASPE (1985): «Lista tipológica para el análisis de las industrias líticas del Eneolítico y Edad de los Metales en el Valle Medio del Ebro». *Bajo Aragón*. *Prehistoria*, VI, págs. 261-262.
- JIMENO MARTINEZ, A. (1984): «Estado actual de la investigación del Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Soria». *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*. Soria. Págs. 25-50.
- LAPLACE, G. (1972): *La typologie analytique et structurale*. C.N.R.S.

- MERINO, J.L. (1980): Tipología lítica. Munibe, suplemento n.º 4. San Sebastian.
- MIR FELIP, A. Y ROVIRA MARSAL, J. (1985): «El yacimiento paleolítico de superficie de Castelló del Pla, Pilzan (Huesca)». *Bolskan*, n.º 2. Huesca. Págs. 3-25.
- MONTES, L. (1988): El Musteriense en la Cuenca del Ebro. *Monografías Arqueológicas*, n.º 28. Zaragoza.
- MOURE ROMANILLO, A. Y DELIBES DE CASTRO, G. (1973): «Excavaciones en el yacimiento Musteriense de la Cueva de la Ermita (Hortugüela, Burgos)». XII Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza. Págs. 205-215.
- ORTEGO, T. (1969): «Covarrubias: una estación arqueológica en el término de Ciria (Soria)». X Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza. Págs. 205-215.
- PICAZO, J. (1986): El Eneolítico y los inicios de la Edad del Bronce en el Sistema Ibérico Central (Jiloca Medio y Campo Romanos). *Monografías Arqueológicas*, n.º 1. S.A.E.T. Teruel.
- REVILLA ANDIA, M.L. (1985): Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán. Soria.
- SAENZ RIDRUEJO, C. (1985): «Marco Territorial». *Historia de Soria*. Tomo I. Soria.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1941): Carta Arqueológica de España: Soria. C.S.I.C.
- TIXIER, J. et Alii (1980): *Prehistoire de la pierre taillée. I. Terminologie et Technologie*. Cercle de Recherches et Etudes Préhistoriques.
- UTRILLA MIRANDA, P. (1983): «Paleolítico Inferior y Medio en La Rioja. Investigaciones recientes». Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch, vol. I. Madrid. Págs. 121-130.
- (1985): «El Paleolítico en el Valle del Ebro. Estado de la cuestión». XVII Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza. Págs. 9-13.
- (1987): «Las cuevas de los Moros de Gabasa (Huesca). I: El yacimiento Musteriense (Campañas de 1984 y 1985)». *Bolskan*, 3. Huesca. Págs. 3-16.
- UTRILLA, P. Y PASCUAL, H. (1981): Yacimientos Musterienses en terraza del término de Calahorra (La Rioja). Calahorra.
- UTRILLA, P.; RIOJA, P. Y MAZO, C. (1986): «El Paleolítico en La Rioja. I. El término de Villar de Torre». *Instituto de Estudios Riojanos*, n.º 1. Logroño.
- UTRILLA, P.; RIOJA, P. Y RODANES, J.M. (1986): «El Paleolítico en La Rioja. II. Término de Cañas-Cirueña». *Instituto de Estudios Riojanos*, n.º 2. Logroño.
- UTRILLA, P.; RIOJA, P. Y MONTES, L. (1988): «El Paleolítico en La Rioja. III. El término de Badarán». *Instituto de Estudios Riojanos*, n.º 3. Logroño.
- VEGA TOSCANO, L.J. (1983): «Los problemas del Paleolítico Medio en España». Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch. Tomo I. Madrid. Págs. 115-130.
- V.V.A.A. (1984): *Manual de Historia Universal*. Vol. I. Prehistoria. Ediciones Nájera, Madrid.
- (1987): Análisis del medio físico en la provincia de Soria. Anexo. Soria.
- (1986): Mapa de cultivos y aprovechamientos de la provincia de Soria. Escala 1:200.000. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid.
- (1954): Hoja n.º 318, Almarza, del mapa topográfico escala 1:50.000 del Instituto Geográfico y Catastral. 2.ª Edición.
- (1962): Hoja n.º 318, Almarza, cuarto II. Suellacabras, escala 1:25.000 del mapa topográfico del Ejército.
- (1980): Plano del término de Narros (Soria), escala 1:15.000 del I.R.Y.D.A.

**ELEMENTOS CAMPANIFORMES EN EL YACIMIENTO
ARQUEOLOGICO DE CARRATIERMES
(MONTEJO DE TIERMES, SORIA)**

A. BESCOS CORRAL

Presentamos ahora la noticia de la aparición durante la excavación de la necrópolis de Carratiermes de una serie de materiales y estructuras que indican la existencia de un poblado adscribible a la época eneolítica/Bronce Antiguo.

Los elementos de información que llevan a esta conclusión son:

- Estructuras de silos que con seguridad no corresponden a las estructuras de la necrópolis. Habiendo sido hallado en ellos materiales adscribibles a este periodo.
- Cerámicas campaniformes.
- Material lítico, entremezclado en el nivel de los enterramientos, con incluso un caso de depósito intencional de una pieza lítica entre el ajuar de la tumba celtibérica.

Se localiza en una suave pendiente que desciende hacia el río Manzanares. Se sitúa a unos 500 metros del poblado de Tiermes. El espacio que ocupa es de escaso aprovechamiento agrícola, al ser el suelo de reducida potencia, apenas 40 cm. y teniendo en cuenta que aún la escasa productividad del suelo que actualmente se cultiva, sería mayor que la de época eneolítica por la presencia posterior de la necrópolis celtibérica. El estrato geológico de descomposición de la arenisca se encuentra cercano y tiene gran cantidad de estratos de guijarras gruesos.

Hace sólo 20 años que este terreno está en cultivo y antes debía tener el típico uso de estepas, encinas y robles dispersos. Tiene una escasa protección de los vientos del norte por la presencia del monte La Atalaya. En comparación con el poblado celtibérico es de temperaturas mucho más extremas: sin embargo, a diferencia del altozano que representa Tiermes, a su alrededor existe una zona de tierras aptas para el cultivo por los terrenos cuaternarios creados por la sedimentación del río Manzanares. También está cómodamente cercano al río (unos 200 m.), al que se llega por una suave ladera.

Este poblado no presenta ninguna posibilidad defensiva, a diferencia de los asentamientos posteriores (JIMENO, FERNANDEZ, REVILLA, 1987).

Dado que el objetivo de la excavación es procurarnos una seriación del material y de las estructuras de una necrópolis celtibérica, no poseemos la información sobre la extensión del poblado, que parece situarse al norte de la zona de excavación extensiva, no habiendo dado una gran cantidad de silos.

LAS ESTRUCTURAS DE SILOS

En la campaña de Primavera de este año aparecieron dos silos claramente delimitados en las cartas 6-B/X y 6-B/Y. Por primera vez también apareció material lítico en su interior de cierta entidad. Se trata de unos hoyos en el suelo que se introducen en el estrato geológico de arenisca descompuesta. Su ancho es de algo más de un metro, y su profundidad llega hasta el momento en que la capa de arenisca descompuesta desaparece para dar paso a un nivel de guijarros, variando su profundidad de un metro a 1,80. Su ancho es decreciente. Todos parecen haber sido rellenados intencionalmente en época con tierra del entorno que es sólo ligeramente más oscura que el estrato natural. En estos hoyos han dado muy escaso material. La distancia mínima entre los silos hallados hasta ahora es de unos 4 metros.

La tercera estructura clara de silo apareció al SW del cuadrado 7-8. Su planta es menos clara, tiende a ovalada, con ejes de 1,80 m. por 1,20 m. y una profundidad de 1,50 m. En el no apareció prácticamente material.

No han aparecido restos de estructuras de hábitat, probablemente por ser superestructuras que serían arrasadas por la necrópolis celtibérica, la cual deposita los ajuares en un rebaje en la grava.

Silos similares a los que ahora presentamos son los aparecidos en Moncín (Borja, Zaragoza) (HARRISON- MORENO- LEGGE, 1987, pág. 25), con tierra de color marrón grisáceo uniforme en la mayor parte de los casos y con muy escasa cantidad de material dentro de ellos), los adjudica a silos por los restos de grano carbonizado que aparece en su fondo. Paredes cilíndricas y fondo plano, no están recubiertos y el relleno parece intencional (págs. 25-26). En nuestro caso los identificamos como silños porque no parecen ser basurero por la muy escasa cantidad de material aparecido, y porque sus dimensiones y su profundidad no permiten el que fueran fondos de cabaña.

CERAMICAS

Se trata de tres fragmentos de estilo campaniforme en su variedad de Ciempozuelos. Los tres son de cocción oxidante, de pasta con degreasante medio de cuarzo y el engobe exterior en mal estado.

Dos son bordes de vasijas acampanadas, al primero con un diámetro de unos 26 cm. parece corresponder a una forma de cazuela y con decoración de motivos incisos: líneas horizontales, trazos oblícuos y zig-zag. El segundo borde presenta una decoración de mayor tamaño y más descuidada con bandas de triángulos bajo el borde.

Una cerámica dudosa es una que parece corresponder a una gran vasija de forma cerrada, cuello abierto y base plano. Todo su exterior (en los fragmentos conservados) aparece con cordones digitados que parecen haber sido hechos mediante un instrumento. No presenta paralelos claros con piezas conocidas, y

sólo por eliminación respecto al material de la necrópolis del Hierro podríamos adscribirlo a esta época ya que no sólo no ha aparecido ningún material similar —no aparecen en la necrópolis vasijas de provisiones, al menos de ese tamaño— y técnicamente su factura oxidante y su acabado poco cuidado contrasta fuertemente con los materiales habituales, siendo similar a la técnica de los materiales eneolíticos.

MATERIAL LÍTICO

No aparecido apenas material lítico en contexto en la necrópolis, ya dijimos el escaso material aparecido en el interior de los hoyos. Sólo tenemos una punta pulimentada y una lámina retocada dentro. En los demás casos los hoyos aparecen con lascas sin retoque, y no en todos los casos.

La industria lítica se caracteriza por la disminución en la calidad típica de los inicios del metal. Destaca en primer lugar el muy escaso porcentaje de útiles: apenas se documenta la presencia de raspadores, hay un solo ejemplo claro de buril de doble bisel, destaca la presencia de una pequeña punta con aletas incipientes y pedúnculo de retoque bifacial cubriente. Existen algunas hachitas pulimentadas.

El útil más frecuente es la lámina retocada en ambos bordes por retoque inverso y abrupto, de las que tenemos 3 ejemplares. Frente a estos útiles tenemos 38 de las 64 láminas que no presentan retoque pero que evidencian su uso por las pequeñas melladuras en sus bordes. Están completamente ausentes los denticulados y los elementos de hoz y los perforadores son muy dudosos.

EL YACIMIENTO EN SU CONTEXTO REGIONAL

La comarca natural en la que se encuentra encuadrada Carratiermes es lo que se conoce como las Tierras de Caracena. Es el reborde de las últimas estribaciones del Sistema Central, cuya línea de cumbres marca el límite con la provincia de Guadalajara. Esta zona se encuentra por encima de los 1000 metros en su mayor parte y su aprovechamiento ha sido a través de los tiempos principalmente ganadero. Sin embargo la existencia de los silos alude más a una economía mixta, como la que de hecho se sigue practicando hoy día.

Las huellas del campaniforme en esta zona se reducen casi exclusivamente a Puntas de Palmela (DELIBES, 1977). El único yacimiento excavado próximo son los Tolmos de Caracena, no sólo por su cercanía física sino porque este se encuentra en la salida natural de Carratiermes hacia el valle del Duero a través del valle del río Caracena. La cronología posterior del yacimiento de los Tolmos acrecienta todavía más esta relación.

BIBLIOGRAFIA

- DELIBES, G. (1980): «El vaso campaniforme en la Meseta Norte española». *Studia Arqueológica*, n.º 46, Valladolid.
- HARRISON, R.J.; MORENO LOPEZ, G.; LEGGE, A.J.: «1987: Moncín: Poblado prehistórico de la Edad de Bronce (I)». En *Noticiario Arqueológico Hispánico*, n.º 29, págs. 7-102.
- JIMENO, A.; FERNANDEZ, J.J.; REVILLA ANDIA, M.^a L.: «Asentamientos de la Edad de Bronce en la Provincia de Soria: Consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo». En *Noticiario Arqueológico Hispánico*, n.º 30, págs. 83-118.

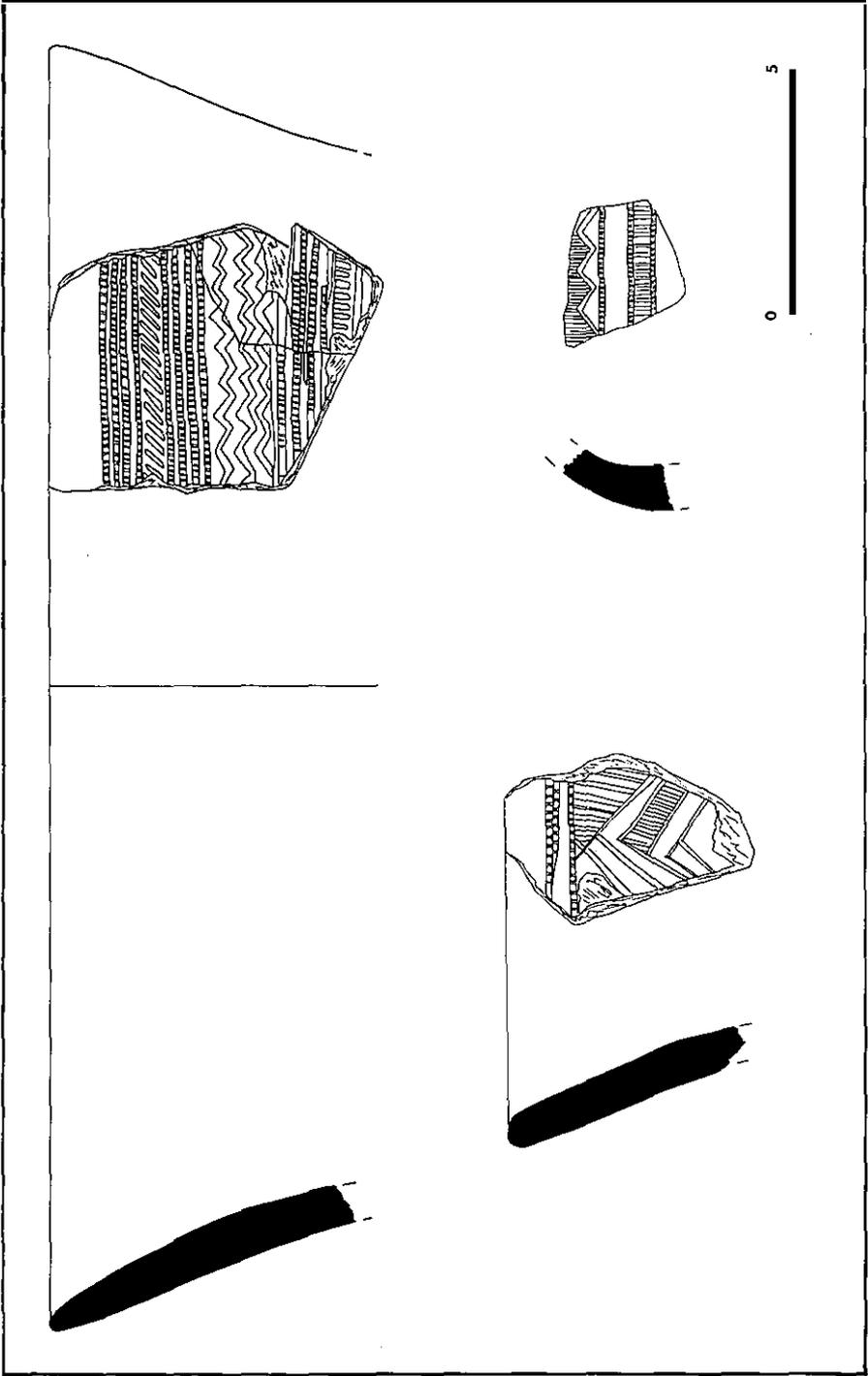


FIG. 1.— Cerámica campaniforme de tipo Ciempozuelos de Carratiermes.

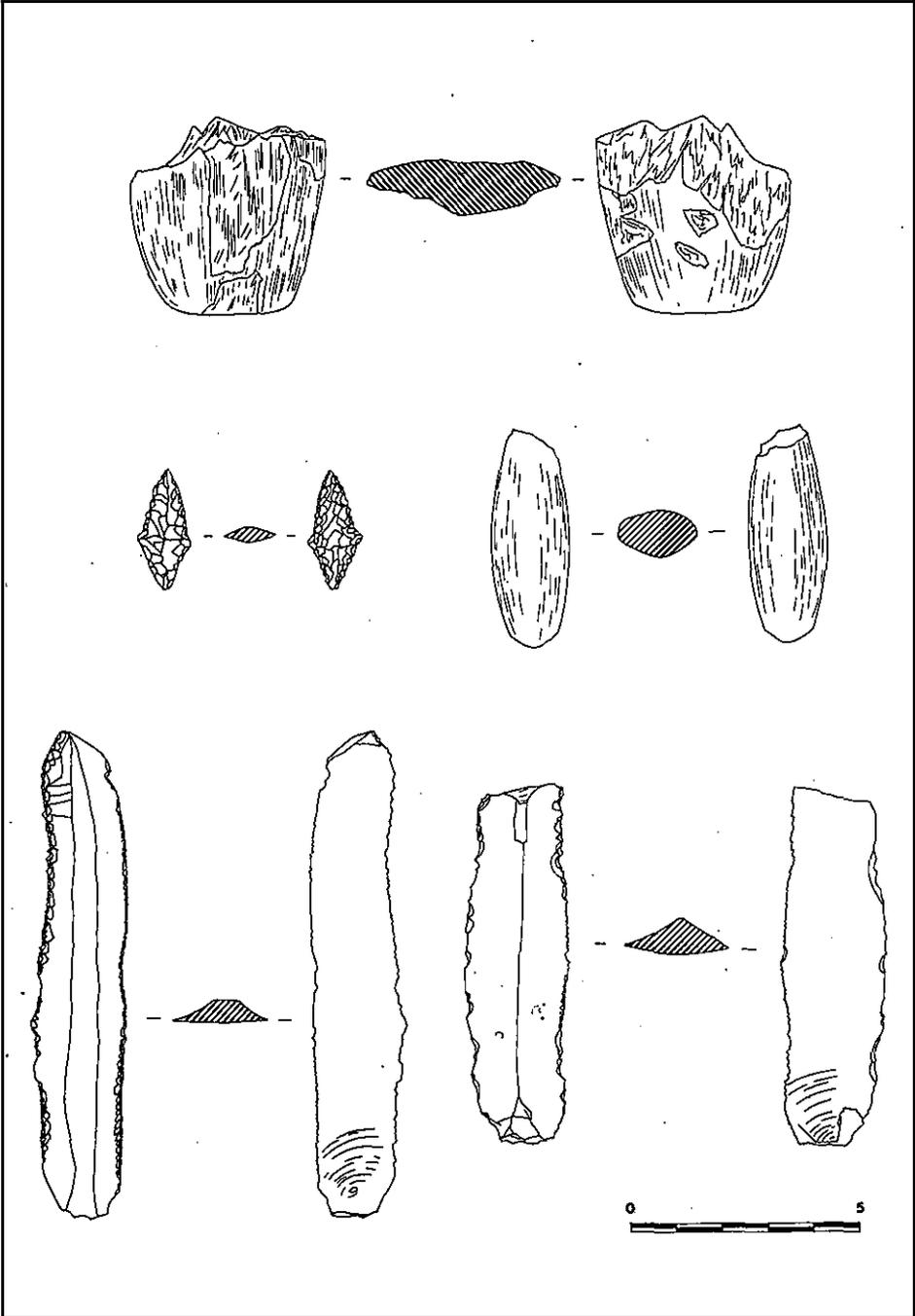


FIG. 2.— Hachitas pulimentadas, punta de pedúnculo y aletas y láminas de Carratiermes. (Montejo de Tiermes, Soria).

**LOS ARENALES DE RIOSECO (SORIA):
CONSIDERACIONES SOBRE LA RELACION DE
CERAMICAS CAMPANIFORMES Y COGOTAS I**

J.J. FERNANDEZ MORENO*
A. JIMENO MARTINEZ**

* Servicio Territorial de Cultura. Soria.

** Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Madrid.

INTRODUCCION

Esta comunicación forma parte de un conjunto de trabajos que pretenden dar a conocer los materiales de la Edad del Bronce que se conservan en el Museo Numantino.

La elección de estos materiales se hizo, en primer lugar, por la temática y problemática que plantean y, en segundo, por haber sido recogidos y depositados en el Museo por Teógenes Ortego a quién se dedica este Symposium.

La peculiaridad de este conjunto venia dado por la presencia de especies cerámicas campaniformes junto a incisas y algunos ejemplares excisos y de boquite, es decir técnicas decorativas que caracterizan los momentos iniciales y finales de la Edad del Bronce en la Meseta.

A su vez, la relación de estos elementos se observa con cierta frecuencia en otros conjuntos, tanto de esta provincia como de la Meseta superior, para los que el modelo explicativo de esta asociación está condicionado por el criterio cronológico, ya que se admite que el campaniforme es más antiguo y el boquite y la excisión más recientes, por lo que sólo pueden haber entrado en contacto con el tránsito entre el horizonte Campaniforme y el más reciente de Cogotas I, lo que se sitúa cronológicamente en el Bronce Medio. Pero entendemos que, con los datos que se manejan en el momento actual, puede mantenerse otra hipótesis de mayor antigüedad de las especies relacionable con Cogotas y, a su vez, la convivencia en un momento del Bronce Antiguo de éstas con las campaniformes.

SITUACION Y CARACTERISTICAS DEL YACIMIENTO

Estos materiales proceden del lugar «Los Arenales» de Rioseco, en donde Teógenes Ortego realizó un somero reconocimiento y, aunque desconocemos las características y circunstancias del hallazgo, al parecer —según manifestaciones orales— estarían relacionados con manchas cenizas que podrían corresponder a los denominados «fondos de cabaña», «silos» o basureros que estarían en

función de cabañas o estructuras de habitación desaparecidas o arrasadas y que, en gran medida, sus restos constituirían el relleno de estos posibles «silos» (Martínez Navarrete, 1979: 83 ss. y Martínez y Menéndez, 1983: 232. ss.).

Este yacimiento se sitúa al Norte de Rioseco en la curva de 1.000 m. de altitud, sobre terrenos miocenos constituidos por tierras arcillosas, arenas y gravas —por las que recibe el nombre de los Arenales— que se hallan cubiertas por matorrales con predominio de la estepa y cuya facilidad de alteración queda evidenciada por los deslizamientos, cárcavas y torrenteras que cortan su zona Oeste, lo que permite explicar que el yacimiento presenta tan poca definición en sus estructuras. Este lugar, al igual que el resto de la zona, domina el lado Oeste, en el que se abre una ligera barranquera, mientras que las demás zonas están constituidas por una amplia plataforma entre 1.000 y 1.053 m. de altitud, ligeramente inclinada hacia el sureste, surcada por una serie de arroyos que desaguan en el río Sequillo, único canal de cierta importancia (Fig. 1).

ESTUDIO DE LAS CERAMICAS

El conjunto de los materiales depositados en el Museo Numantino que permiten su reconstrucción y estudio está constituido por 83 fragmentos cerámicos y una lámina de sílex con restos de cortex.

Entre las cerámicas destacan por su número, 57, las lisas, de las que once corresponden a fondos planos y dos a pequeñas asas de cordón, además de dos encellas o queseras: nueve son incisas, cinco con unguilaciones o incisiones en la parte superior del borde, seis están orladas con pezones o cordones —sólo uno de estos está digitado—, dos fragmentos campaniformes, uno de estos está digitado—, dos fragmentos campaniformes, uno con decoración excisa y otro con boquique.

FORMAS

Las formas más frecuentes son los cuencos, representados por 28 ejemplares, entre los que podemos distinguir los pequeños —también algún ejemplar de mediano tamaño—, hemiesféricos o ligeramente troncocónico liso o con suave estrechamiento exterior junto al borde, que son los más numerosos; otro grupo constituido por los hondos que superan la media esfera y de mayor tamaño; algunos ejemplares planos y otros con el borde prolongado al exterior que señalan su unión con el cuerpo por una línea suave de flexión que corresponderían al tipo taza, como el D5 provisto de asa de los Tolmos de Caracena (Jimeno, 1984: Fig. 11) o El Parpartique de Balluncar (Revilla, 1985: Fig. 66 ; Jimeno et alii, 1988: 95, Fig. 3, 11) (Fig. 2).

Tres bordes se pueden atribuir a vasos globulares, uno con el borde entrante recto y dos ligeramente destacado en vertical. (Fig. 3).

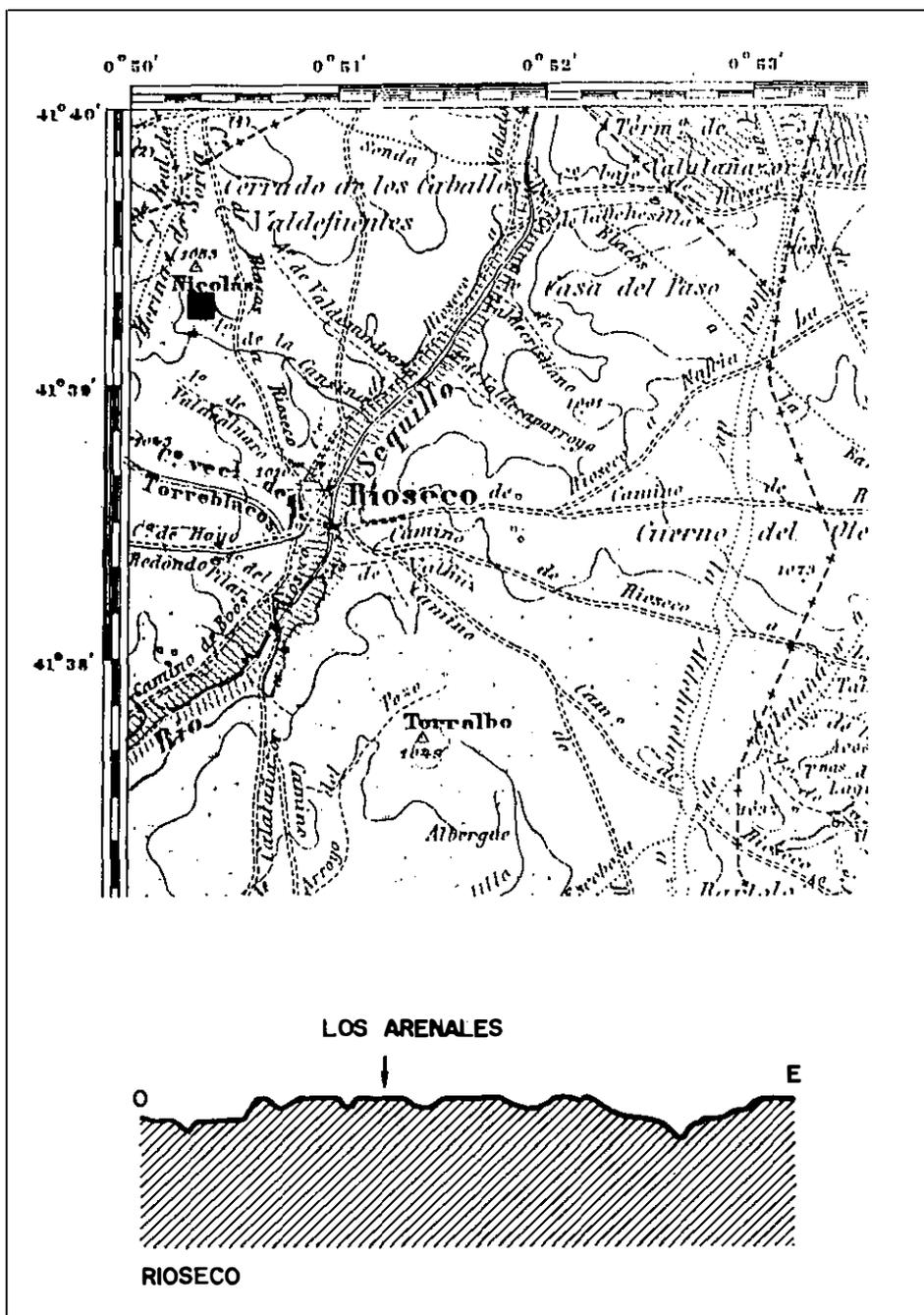


FIG. 1.—Localización de «Los Arenales» de Rioseco sobre calco del mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico, Hoja 378 (Quintana Redonda); y corte topográfico.

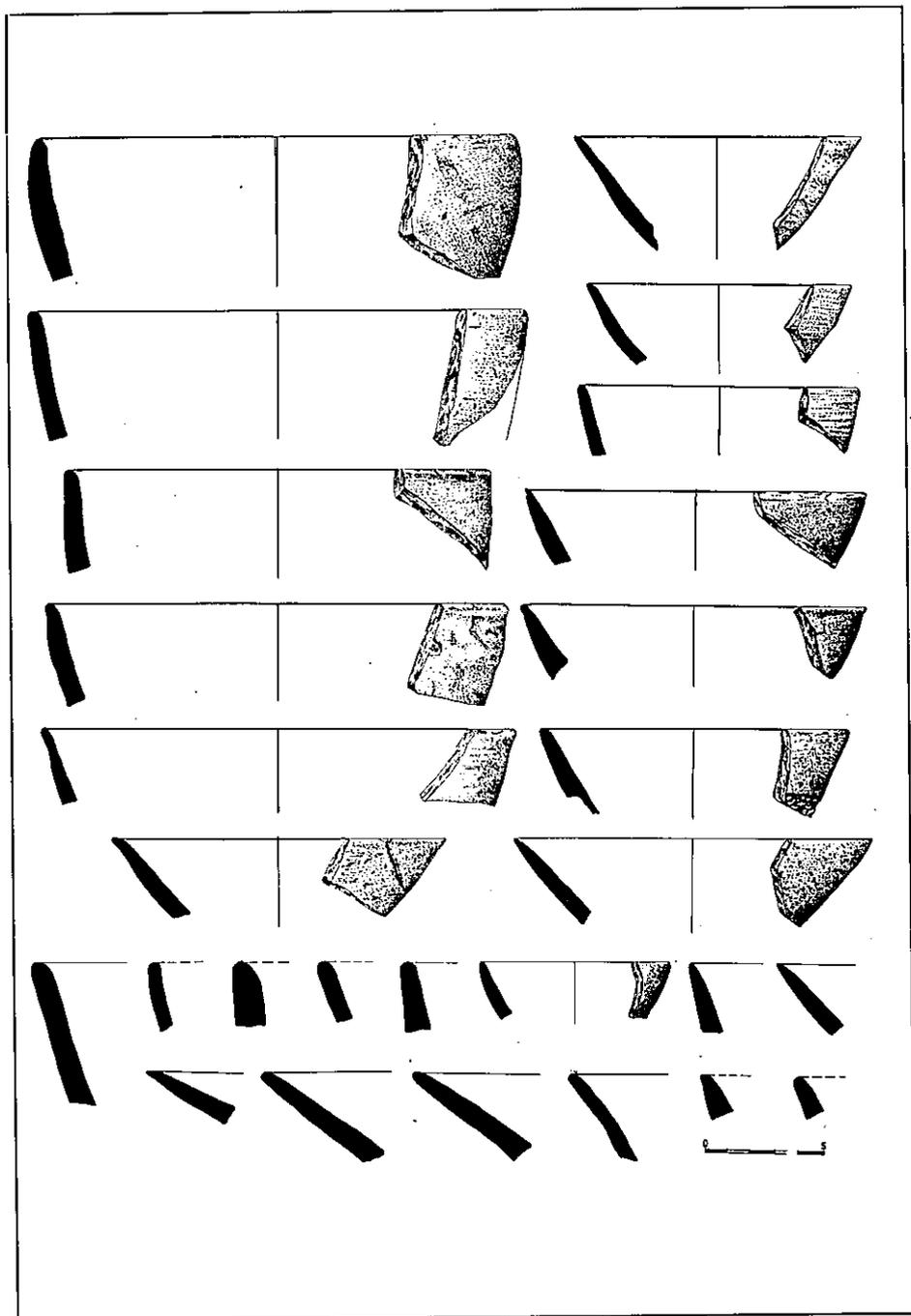


FIG. 2.— Cuencos.

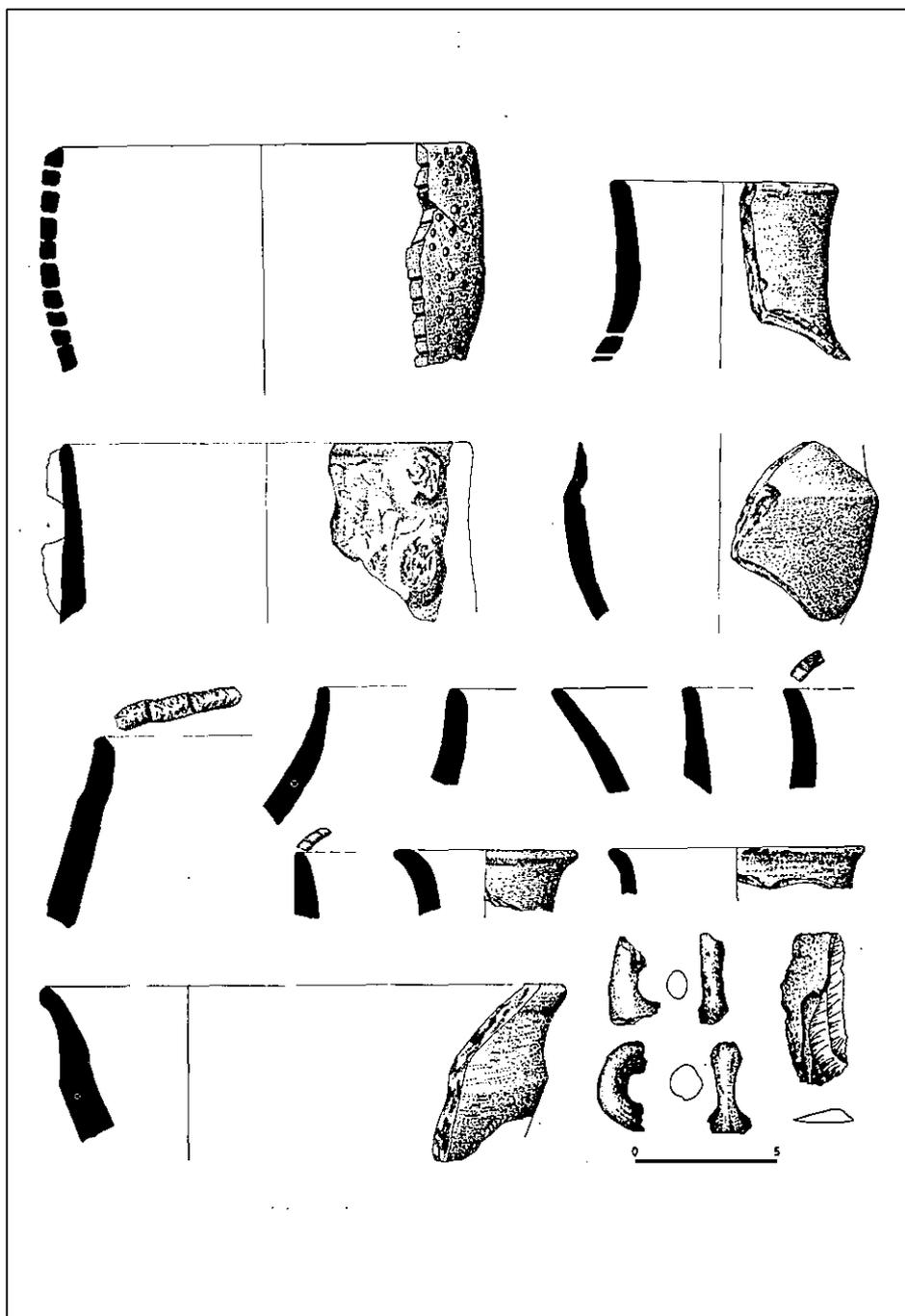


FIG. 3.— Encellas, cerámicas lisas y láminas de sílex.

Algunos fragmentos que presentan difícil atribución podrían corresponder a vasos de pequeño tamaño de perfil «S» suave y otros a formas carenadas que, a veces, presentan unguilaciones en su parte superior.

Dos bordes corresponden a botellas de cuerpo globular y cuello estrecho. También existe otra forma con estas características pero con el cuello más ancho, provisto de asa; finalmente hay que comentar aquí otro fragmento que presenta perforaciones en serie en la zona más alejada del borde, por lo que podría atribuirse a la parte inferior o más estrecha de una encella o quesera, tipo bien representado en un ejemplar casi completo, que por las características de su perfil debía presentar una boca inferior ancha, no muy alejada de la pieza comentada anteriormente (Fig. 3).

También están bien representadas las orzas o vasijas de mediano tamaño de pequeño borde vuelto al exterior y carentes de cuello, a las que hay que atribuir las decoraciones plásticas de cordones o pezones, (Fig. 4).

Finalmente las carenas están presentes en dos formas lisas y cinco con decoración incisa, de las que la mayoría corresponden a carenas altas y otra a media-alta en hombrera, es decir, con la parte superior del cuerpo entrante (Fig. 3 y 6), como otros modelos bien representados en los yacimientos del Bronce Antiguo de esta zona.

Determinados aspectos formales de estas cerámicas indican cierto arcaísmo, como las orzas que todavía mantienen el remate en un pequeño borde vuelto, sin el desarrollo de los cuellos que se generalizan en las fases siguientes. También los vasos globulares reflejan esta característica en los bordes simplemente entrantes o ligeramente levantados.

A su vez los vasos en «S» suave guardarían semejanzas con los campaniformes. Por otro lado, observamos una mayor presencia de cordones lisos y escasos con digitaciones, aspectos que serán frecuentes y se desarrollarán a partir del Bronce Antiguo. Finalmente la presencia de botellas o formas con cuello estrecho hay que conectarla con la tradición neolítica y calcolítica anterior, mientras que las encellas van a estar presentes desde finales del Calcolítico, para generalizarse en las fases siguientes.

Todas estas características permiten conectar estas cerámicas con los contextos del Bronce Antiguo de esta zona que ya empiezan a ser bien conocidos (Jimeno et alii, 1988; Jimeno, 1988 y Fernández, 1985: 166-172).

DECORACIONES

Junto a la cerámica lisa y decoraciones plásticas de cordones y pezones que encajarían bien con la de los yacimientos del Bronce Antiguo de esta zona, se observan cerámicas con diferentes tipos decorativos que en principio no estarían acordes con la estructuración y atribución de la decoración cerámica que todavía se hace en la Edad del Bronce de esta zona (Fig. 6).

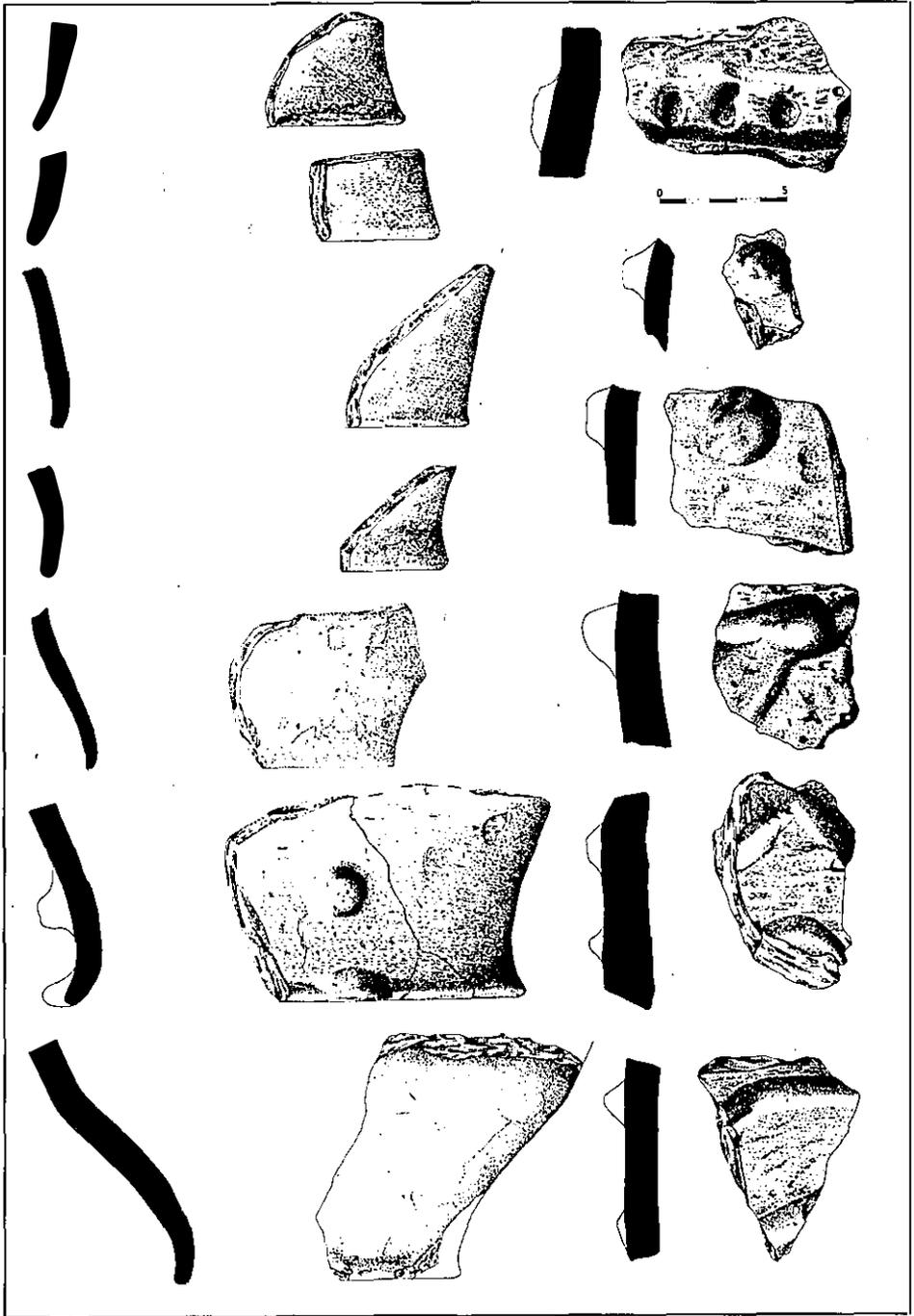


FIG. 4.— Vasos de mediano y gran tamaño.

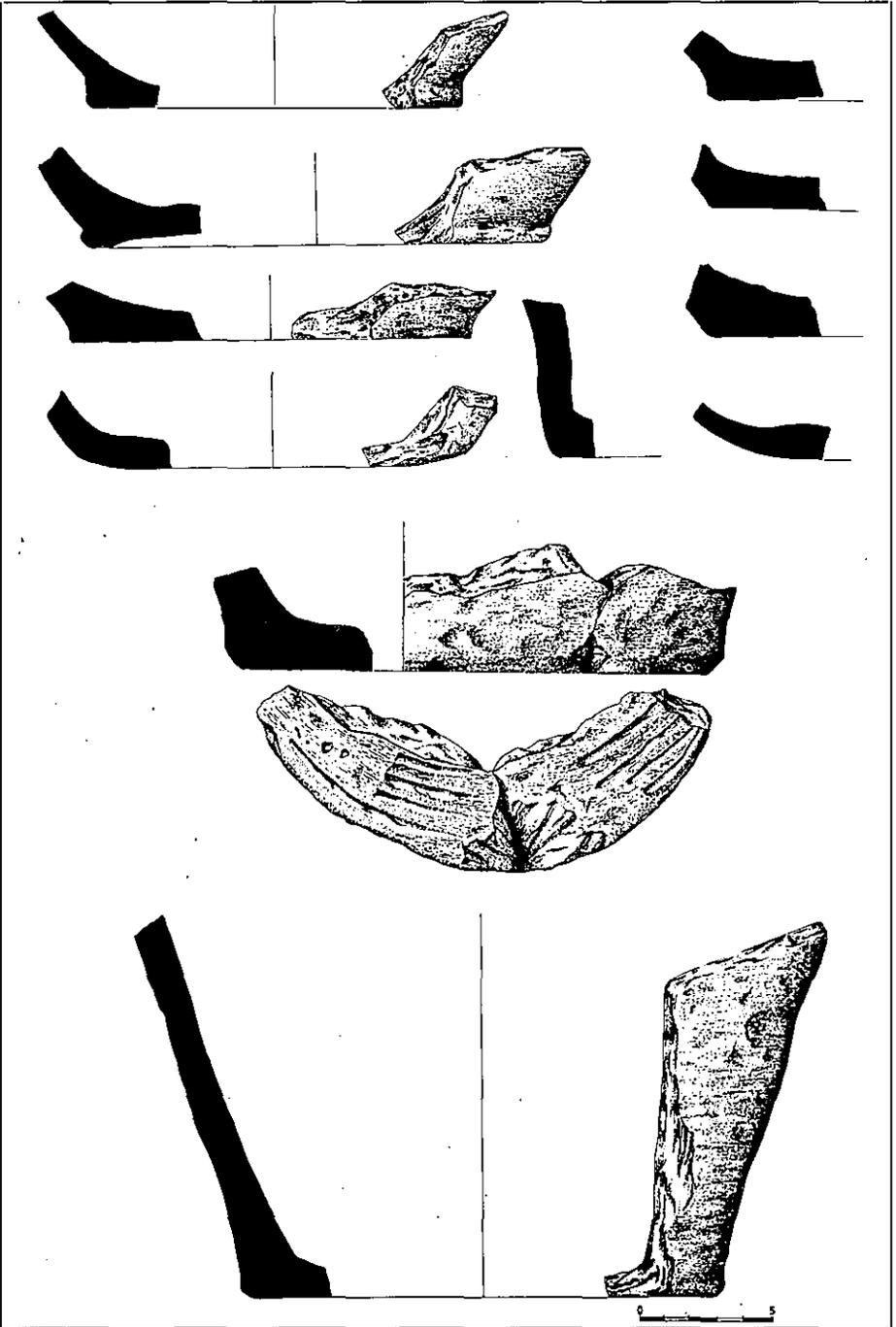


FIG. 5.— Fondos de los vasos de mediano y gran tamaño.

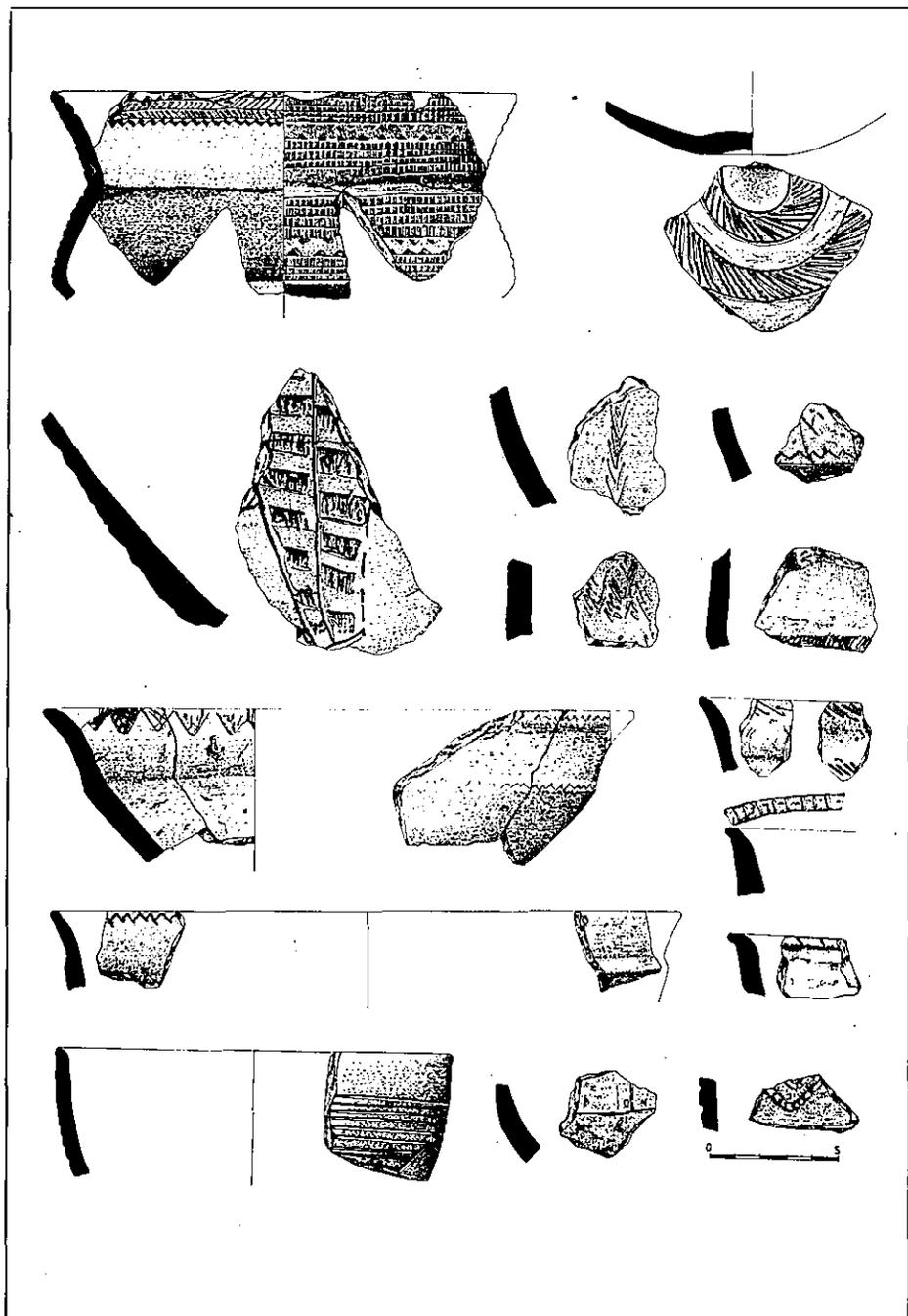


FIG. 6.— Cerámica Campaniforme, incisa, excisa y boquique.

Por un lado tenemos los fragmentos de vasos carenados con motivos incisos de zig-zags, dispuestos junto al borde o en la carena, espigas simples o en grupos, series de líneas oblicuas, así como decoraciones en el interior de los bordes de zig-zags y triángulos rellenos de incisiones en retícula.

También un cuenco ofrece decoración exterior de líneas incisas paralelas, combinando con motivos angulados que dejan espacios lisos.

Estos motivos se dan claramente con contextos del Bronce Medio, tipo Los Tolmos (Jimeno, 1984), Arevalillo (Fernández-Posee, 1979 y 1981) y Cogeces (Delibes y Fernández Manzano, 1981), por citar los más significativos y con fechas radiocarbónicas. Esta atribución también se aceptaría para un fragmento de pared decorado con dos franjas verticales adosadas, enmarcadas por líneas incisas, y que encierran motivos excisos rectangulares alternando en ajedrezado; así como un pequeño fragmento con decoración de boquique de orlas dispuestas en ángulo, puesto que excisa y boquique están ya atestiguados en Los Tolmos, así como el boquique sin excisa en Arevalillo y Cogeces; aunque para la excisión se propone mejor una cronología más avanzada, ya en un segundo momento del desarrollo de Cogotas I (Fernández-Posee, 1982: 158-159).

Pero junto a estos vasos decorados aparece también uno, casi completo, campaniforme Cienpозuelos, decorado en su superficie a base de bandas más anchas de motivos en retículas que enmarcan otras más estrechas en las que se dispone un zig-zag o dientes de lobo central, conseguido con la estampación de triángulos contrapuestos; entre cada serie se dejan finas franjas lisas.

El esquema decorativo de este caso está bien atestiguado en los campaniformes de esta zona, así como en Somaén (Barandiarán, 1975: 63-67) y en la meseta en general, caso de Curiel, Peña de Duero y Peña Amaya (Delibes, 1977: 26-27, 61-62 y 69).

Un segundo fragmento campaniforme es un fondo con umbo, en torno al cual se dispuso un motivo de dos bandas circulares formadas por dos líneas incisas que encuadran otras oblicuas, como es común en el campaniforme de la Meseta (Delibes, 1977: 92-93).

CONSIDERACIONES SOBRE LA RELACION DE CERAMICAS CAMPANIFORMES Y COGOTAS I

La explicación de este conjunto, amparándonos en sus noticias poco precisas y ausencia estratigráfica, sería relativamente fácil, ya que podíamos entender que en este grupo de materiales existen cerámicas de distintas procedencia y cronología y/o se habrían dado en este lugar varios momentos de ocupación y/o enterramiento.

Pero la elección de este conjunto estuvo motivada por ofrecer unas características y relación de diferentes especies cerámicas, que no es algo excepcional

sino que ofrece ciertas regularidad en los conjuntos conocidos de esta provincia y de la Meseta Superior en general. Nos referimos a la asociación de especies campaniformes Ciempozuelos con incisas, boquique y excisas.

Partiendo de la consideración de que campaniforme, por un lado, y especies incisas, boquique y excisas, por otro, no sólo corresponderían a contextos culturales claramente diferenciados, sino que además diferían cronológicamente, se ha explicado la presencia relacionada de estas cerámicas siempre en función del momento final del campaniforme, admitiendo, por lo general, una perduración de aquel en lo que se ha denominado de diferentes maneras «horizontes de Las Pinzas» (Palol, 1969: 305), «Epiciepozuelos» «Epicampaniforme» o «Estilo Silos» (Molina y Arteaga, 1976: 157 ss. Delibes y Municio, 1981: 75-76), prolongando éste hasta cubrir el vacío existente hasta la fecha que se iba admitiendo para el origen de Cogotas I.

Por lo tanto, la presencia o el contacto del campaniforme con las otras cerámicas sólo se admite en un momento cronológico final para uno e inicial para las especies de la fase siguiente o Cogotas I. En este sentido son significativos los datos aportados por la cueva de Arevalillo, ya que los tres niveles localizados en ella marcarían la transición desde un momento más antiguo con campaniforme; a uno intermedio o de contacto con fecha de C-14 de 1350-1340 a. C., con especies campaniformes con Cogotas I, a un tercer momento ya correspondiente a esta fase cultural (Fernández-Posee, 1981).

En este sentido este contacto o relación sólo podía existir a partir del momento final del campaniforme Ciempozuelos que se situaba en torno al 1500 a. C. (Delibes, 1977: 145 ss.).

De otro lado, el paso de un momento cultural a otro se ha realizado o planteado exclusivamente a través de la cerámica y básicamente de sus aspectos decorativos, proponiendo, diferentes autores, un momento intermedio correspondiente cronológicamente al Bronce Medio y que nos denominan «Proto-Cogotas», que se caracterizaría por la presencia más acusada de cerámicas con motivo de espiga o grupos de espiga, señalando de esta manera su diferencia con respecto a Cogotas I, aunque se admita que uno y otro conjunto no son radicalmente diferentes (Delibes y Fernández Manzano, 1981: 55 ss. Fernández Manzano, 1985: 56-57).

Por el contrario, para otros autores estos motivos en espiga, asociados a retículas oblicuas que recuerdan a los campaniformes y a escasos elementos de boquique, así como motivos de zig-zags, junto a las reminiscencias decorativas campaniformes que se reflejarían en la disposición de temas en el interior de los bordes, en la incrustación de pasta blanca y en el propio predominio de la decoración incisa, caracterizarían una primera fase (S. XV-XIV a. C.) de la evolución de Cogotas I (Fernández Posse, 1982: 156).

Pero por un lado la aparición en la Meseta del horizonte con cerámica incisas y más raramente boquique y excisas relacionable con Cogotas I, con cronología antigua como Los Tolmos y Arevalillo, y, por otro lado, las fechas antiguas aportadas por yacimientos de Andalucía para fragmentos tipo Cogotas entre los que hay que destacar la Encina (Arribas et alii, 1974: 142-146), Cuesta del Negro de Purrullena (Molina y Pareja, 1978: 205), cuya revisión admite que ahora son atribuidas

a un momento del Argar Tardío o C, es decir entorno al S. XIV, lo que se confirma en Fuente Alamo (Schubart y Arteaga, 1980: 271-272) o los niveles XV y XIV a de Setefilla, en los que aparecieron vasos con decoraciones incisa que se relacionan a Cogotas I, con una cronología del S. XVI (Aubert et alii, 1983: 57 ss.), nos ofrecen nuevos datos que han llevado a contemplar el origen de Cogotas I al final del Bronce Antiguo y el declive del Campaniforme, a partir del S. XVII —fecha de Fuente Olmedo de 1670 (Delibes y Municio, 1982: 75. Fernández Manzano 1985: 57)— ya que se considera a este como la base y punto de partida de Cogotas I, apoyándose en las características decorativas de sus cerámicas, lo que supondría admitir el mismo tipo de contacto y con las mismas características en un momento anterior; lo que representaría dilatar enormemente el inicio de Cogotas y, a su vez, dar un margen cronológico amplísimo al momento de génesis, es decir se estaría formando casi cuatro siglos.

Algunos datos que podemos majenar nos permiten hacer otros planteamientos. En este sentido hay que señalar, como ya habíamos apuntado, que asociaciones similares a la que ofrece este conjunto de los Arenales, observamos también en esta provincia en la cueva de Covarrubias de Ciria, El Polvorista de Uce-ro, y El Atalayo de Montuenga (fig. 7).

También en la Meseta Superior este tipo de asociaciones son relativamente frecuentes, así Las Pinzas de Curiel, Piquera de Peña de Esgueva, Los Verdiales de Bamba, Madridanos, Muñogalindo, La Vaquera o el propio Arealillo.

Estos contextos ofrecen como características la mayor abundancia de cerámicas lisas, generalmente, no siempre, el predominio de decoraciones plásticas de cordones y pezones digito-ungulados, un pequeño grupo de cerámicas incisas asimilables a las características ya reseñadas de los contextos Proto-Cogotas o momentos iniciales de Cogotas y muy escasos vasos campaniformes, prácticamente uno o dos. Por tanto es la cerámica campaniforme la que resulta más excepcional en los mismos.

A los yacimientos anteriores hay que añadir algunos datos que dejan entrever otros contextos como El Parpantique de Balluncar y Los Torojones de Morcuera, bien situados cultural y cronológicamente en el Bronce Antiguo, avalados por fechas radiocarbónicas de los siglos XVIII y XVII a. C. respectivamente. Presentan niveles únicos de ocupación y en El Parpantique se han recogido escasos fragmentos con decoración incisa y alguna excisa, aunque procede de superficie, y en Morcuera fragmentos campaniformes localizados en el nivel arqueológico.

Estos contextos se diferencian de otros propiamente campaniformes y la presencia, en ellos, de este tipo de cerámica, siempre muy escasa, no hace sino avalar el desarrollo sincrónico de ambos contextos (Jimeno et alii, 1988: 93. Jimeno 1988: 112-116).

A estos datos hay que añadir los aportados por Setefilla para fragmentos de cerámica con motivos incisos y formas similares que se sitúan en el S. XVII a. C. (Aubert et alii, 1983: 57 ss.).

En apoyo de la mayor antigüedad de estas técnicas cerámicas conviene citar aquí la presencia de boquiques plenamente confirmados en los contextos del Bronce Antiguo de Cataluña (Maya y Petit, 1986. 58 y ss.), independientemente de que existan boquiques antiguos ya en el Neolítico y Calcolítico, tanto de Andalucía como del Oeste meseteño (Fernández Posse, 1982).

Todo ello lleva a plantear la presencia de estas diferentes especies ya en un momento del Bronce Antiguo y a buscar una explicación y articulación del Bronce Meseteño sobre otras perspectivas, como es la convivencia de distintos contextos culturales y/o especies cerámicas en el Bronce Antiguo; lo que por un lado, explicaría la presencia y relación de todas ellas en un mismo conjunto, así como su desarrollo sincrónico, al menos en parte, y, por otro, sería entendible la presencia de especies cerámicas que resultan extrañas en el contexto general en el que aparecen.

Esta perspectiva proporcionaría la posibilidad de explicar que nos encontremos contextos como el de Los Tolmos plenamente formados o desarrollados ya en el S. XV y que, a su vez, podamos explicar y conectar las bases culturales de la Edad del Bronce de la Meseta, no sólo con lo campaniforme —al considerarlo intrusivo sino a anular la tradición anterior, constituyéndose en el único punto de referencia para entender las fases siguientes—, que, cada vez más, carece del carácter cultural uniforme que quiso atribuirsele, sino también, como es lógico, con la tradición calcolítica no campaniforme de esta zona. Esto permitiría entender mucho mejor los elementos que caracteriza la Edad del Bronce de la Meseta, ya que frente a los elementos identificadores de sus cerámicas con el campaniforme, también se ha apuntado «que el complejo decorado de Cogotas sobrepasa —o trasciende— esas identidades con el campaniforme inciso para encontrar precedentes en el substrato pre-Campaniforme», como sería el caso de las líneas de espiga y zonas punteadas cuyos antecedentes habría que buscarlos en el Calcolítico del Sureste de la Meseta, así como el precedente del boquique que está en el Neolítico final y en algunos yacimientos Calcolíticos meseteños (Fernández Posse, 1986: 477).

Finalmente hay que poner de manifiesto como muchos de los aspectos básicos de estos contextos culturales del Bronce Antiguo son comunes a los que presentan los de un amplio marco peninsular; sobre todo vinculados a los rebordes montañosos y pie de monte de ambas Mesetas y sus zonas colindantes como Noreste, Levante y Andalucía —esta cierta uniformidad cultural lleva a recordar a la denominada «Cultura de las Cuevas» (Bosch, 1930: 73-78)— lo que permitiría explicar la presencia de cerámicas incisas y de características atribuidas a Cogotas en contextos antiguos de esta zona, sin necesidad de vincularlas a un foco originario de la Meseta Superior:

- _ YACIMIENTO CON CERAMICA CAMPANIFORME
- ◆ Y COGOTAS
- YACIMIENTO DEL B. ANTIGUO CON CERAMICA COGOTAS
- ▲ _ YACIMIENTO DEL B. ANTIGUO CON CERAMICA CAMPANIFORME

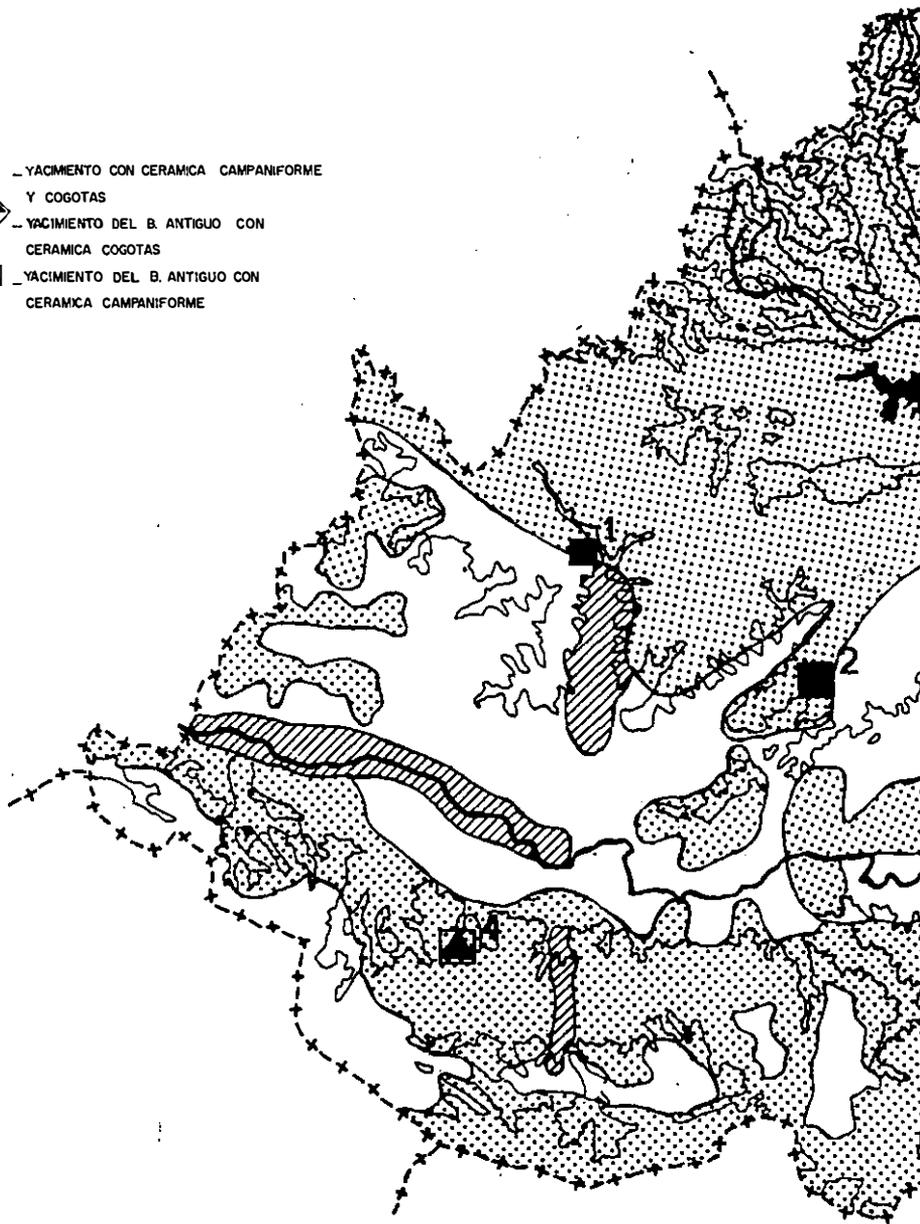
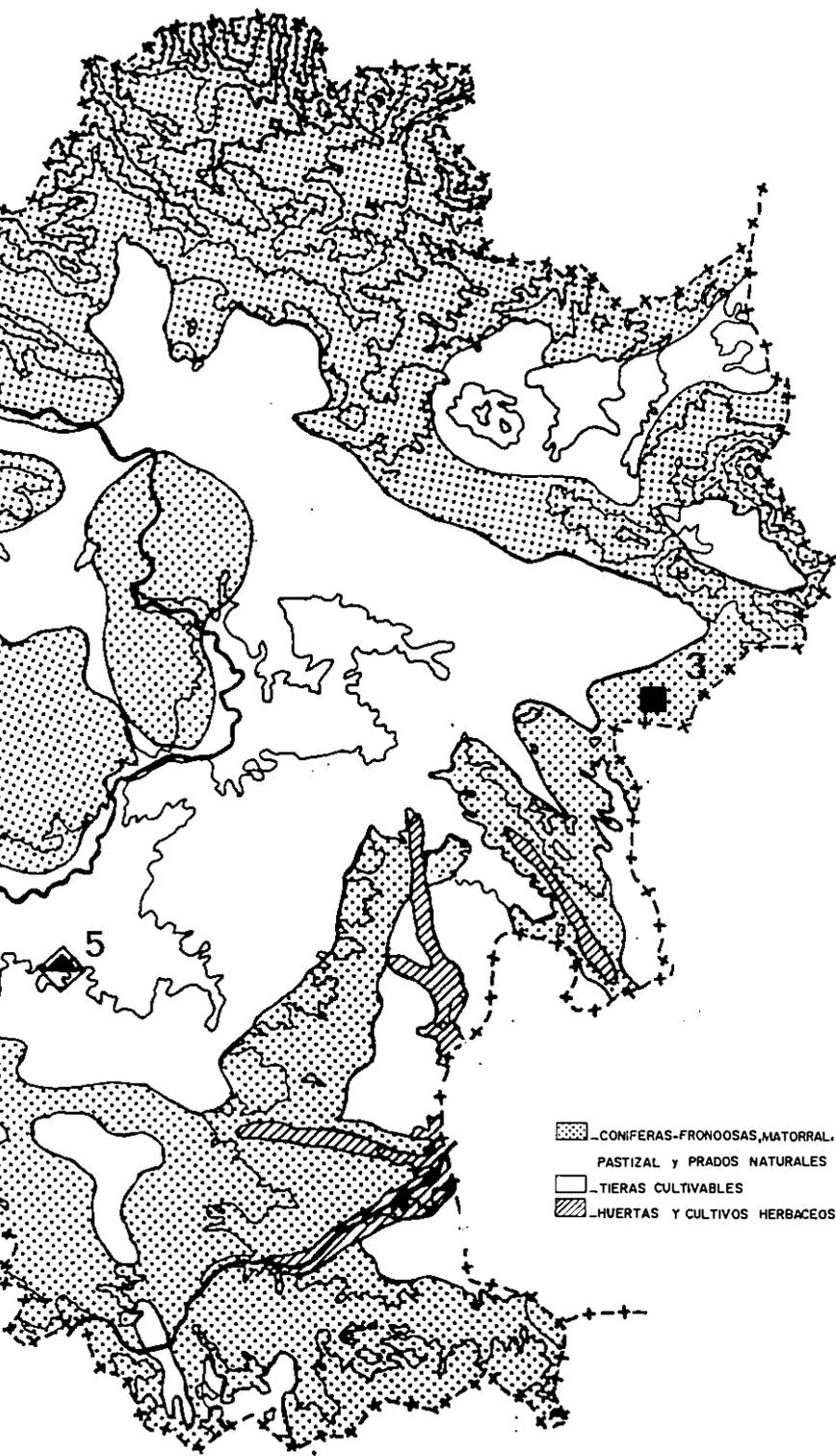


FIG. 7.— Localización de los yacimientos y asociaciones sobre mapa de aprovechamiento de suelos. 1. «Cueva del Polvorista» (Ucero); 2. «Los Arenales» (Rioseco); 3. «Covarrubias» (Ciria); 4. «Los Torojones» (Morcuera); 5. «El Parpantique» (Balluncar).



-  -CONIFERAS-FRONSOSAS, MATORRAL, PASTIZAL y PRADOS NATURALES
-  -TIERAS CULTIVABLES
-  -HUERTAS Y CULTIVOS HERBACEOS

BIBLIOGRAFIA

- ARRIBAS, A.; PAREJA, E.; MOLINA, F.; ARTEAGA, O. Y MOLINA, F. (1974): Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina», Monachil (Granada) (El corte estratigráfico n.º 3). E.A.E., n.º 81.
- AUBET, M.ª E.; SERNA, M.ª R.; ESCACENA, J.L. Y RUIZ, M.M. (1983): La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla), Campaña 1979. E.A.E. n.º 122.
- BARANDIARAN, I. (1975): Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria), 1968. N. Arq. H. (Prehistoria), n.º 3, págs. 11-71.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): Etnología de la Península Ibérica. Alpha, Barcelona.
- DELIBES, G. (1977): El vaso campaniforme en la meseta Norte Española. Studia Archaeológica, n.º 46. Valladolid.
- DELIBES, G.; FERNANDEZ, J. (1981): El castro protohistórico de la Plaza de Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. B.S.A.A., XLVII, págs. 51-68.
- DELIBES, G.; MUNICIO, L. (1982): Apuntes para el estudio de la secuencia Campaniforme en el Oriente de la Meseta Norte. Rev. Numantia, I, págs. 75 ss.
- FERNANDEZ MANZANO, J. (1985): La Edad del Bronce. En Historia de Castilla y León. T. 1 (La Prehistoria del Valle del Duero). Ambito, Valladolid.
- FERNANDEZ-POSSE, M.ª D. (1979): Informe de la primera Campaña (1977) en la Cueva de Arevalillo (Segovia). N. Arq. H. (Prehistoria), n.º 6, págs. 53 ss.
- (1981): La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia). N. Arq. H., 12, págs. 45-84.
- (1982): Consideraciones sobre la técnica de Boquique. T.P., n.º 39, págs. 137 ss.
- (1986): La Cultura de los Cogotas. Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret», (1934-1984). Cuevas de Almazora, 1984, Sevilla, págs. 475-485.
- JIMENO MARTINEZ, A. (1984): Los Tolmos de Caracena. E. Arq. E., n.º 134, Madrid.
- (1988): La Investigación del Bronce Antiguo en la Meseta superior. T.P., vol. 45, págs. 103-121.
- JIMENO, A.; FERNANDEZ, J.J.; REVILLA, M.ª L. (1988): Asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: Consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo. N. Arq. H., 30, págs. 85-118.
- MARTINEZ NAVARRETE, M.I. (1979): El yacimiento de la Esgavarita (Alcala de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados fondos de cabaña del valle del Manzanares. T.P. 36, págs. 83-117.
- MARTINEZ, M.I.; MENDEZ, A. (1983): Arenero de Soto. Yacimiento de «Fondos de Cabaña» del Horizonte Cogota I. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas. Museo Provincial de Madrid.
- NAYA, J.L.; PETIT, M.ª A. (1986): El grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica. Anales de Prehistoria y Arqueología, n.º 2. Universidad de Murcia. Págs. 49-71.

- MOLINA, F.; ARTEAGA, O. (1976): Problemática y diferenciación en grupo de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica. Cuadernos de Preh. de la Univ. de Granada, 1.
- MOLINA F.; PAREJA, E. (1975): Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971. E.A.E., n.º 86.
- PALOL, P. (1969): Nuevos hallazgos arqueológicos en la región de Valladolid (III). B.S.A.A., XXXIV-V, págs. 309-311.
- REVILLA ANDIA, M.^a L. (1985): Carta Arqueológica de Soria. La Tierra de Almazán. Diputación Provincial de Soria.
- SCHUBART, H.; ARTEAGA, O. (1980): Fuente Alamo. Excavaciones de 1977. N. Arq. H., n.º 9, págs. 245 ss.

**LA METALURGIA DE LA EDAD DEL BRONCE
EN LA PROVINCIA DE SORIA:
EL CONTEXTO CULTURAL**

A. JIMENO MARTINEZ*
J.J. FERNANDEZ MORENO**

* Departamento Prehistoria Universidad Complutense.

** Servicio Territorial de Cultura de Soria.

INTRODUCCION

En esta comunicación queremos ofrecer una información preliminar sobre el estudio y revisión que de la metalurgia de la Edad del Bronce en la provincia de Soria estamos llevando a cabo. Con este estudio tratamos de extraer la destacada información que por sus características proporciona este conjunto de la cultura material, para valorar mejor los cambios y evolución de la Edad del Bronce en esta zona, es decir, contrastar los modelos o interpretaciones que se manejan para esta etapa cultural con el indicador metalúrgico.

En este sentido la metalurgia, por sus características de innovación y complejidad tecnológica, es punto de referencia significado para que su presencia diferenciada, difusión y manejo tecnológico permitan extraer conclusiones sobre una mayor complejidad social.

En este tipo de trabajo es básico contar con las técnicas de análisis que son, por un lado, soporte imprescindible para una buena ordenación tipológico-cronológica, ya que nos permiten conocer la evolución de las técnicas metalúrgicas y la existencia o no de aleaciones y sus características, que aportan a su vez una indicación cronológica que puede ser contrastada con las variantes tipológicas.

En este trabajo hemos reunido el conjunto de los objetos metálicos que en el momento actual se conocen de la Edad del Bronce en la provincia de Soria, que alcanzan la cifra de 73 ejemplares; no obstante, solamente se han podido analizar 47 —todos aquellos que están depositados en el Museo Numantino, lo que ha sido posible gracias a la colaboración de su Director, D. José Luis Argente—; por el contrario, otras 26 piezas únicamente son conocidas por dibujos o fotografías.

Este número de objetos, superior en gran medida al que han podido manejar otros trabajos anteriores (Figs. 1 y 2), es fruto por un lado de nuevos hallazgos, consecuencia de una amplia labor de prospección, así como de algunas excavaciones, pero sobre todo de la revisión y copilación de noticias y datos antiguos, entre los que destacan los que nos proporcionó D. Teógenes Ortego, a quien deseamos mostrar nuestro agradecimiento en este homenaje póstumo. Entre los trabajos anteriores a que nos referíamos hay que destacar los de Ortego

(1954 y 1957) sobre la metalurgia del Bronce Final, Fernández Miranda y Balbín (1971) sobre piezas y conjuntos depositados en el Museo Numantino, por el carácter que ofrece de catálogo de estos materiales de la Edad del Bronce provincial, y Fernández Manzano (1986) sobre el Bronce Final de la Meseta Norte.

LOS PRIMEROS METALES

Escasos objetos o útiles metálicos permiten suponer una incidencia de la metalurgia en esta zona con anterioridad al final del Calcolítico y Bronce Antiguo. En este sentido conviene señalar que también los datos que poseemos del inicio de esta actividad en la Meseta Superior no son muchos, ya que solamente en la parte occidental, en Las Pozas de Casaseca de las Chanas (Zamora), se han hallado claras muestras de actividad metalúrgica por la presencia de crisoles de fundición (Martín y Delibes, 1981: 180); para el centro y la zona oriental los datos se reducen al aspecto o características arcaicas que presentan algunas hachas planas, entre las que cabe citar la de Villalón de Campos (Valladolid), posiblemente la de Cornejo (Burgos) y el ejemplar de Valdeavellano (Soria) (Delibes, 1980: 129; Delibes y Esparza, 1985: 137; Delibes, 1985: 43) hallado sin contexto, o mejor dicho, en un contexto más reciente que el que corresponde a sus características tipológicas y metalúrgicas, como es el castro de Las Espinillas, de la primera Edad del Hierro.

Por tanto la única documentación que indica la presencia de los primeros metales en esta zona se basa en aspectos meramente formales, ya que su composición no ofrece diferencias con la que presentan otros cobres del Bronce Antiguo y Bronce Medio de esta zona.

EL CALCOLITICO FINAL - BRONCE ANTIGUO

Solamente al final del Calcolítico y sobre todo en el Bronce Antiguo es cuando de manera brusca se observa una generalización de objetos metálicos, hasta el punto de que corresponderá a este momento el mayor número de piezas, observándose un descenso progresivo en las fases siguientes (Fig. 3); de tal manera que, de las 47 piezas analizadas, 30 —pertenecen al Bronce Antiguo y Bronce Medio—, son cobres, es decir, un 63,82%; mientras que solamente 17 han resultado ser bronce, lo que representa el 36,17% (Fig. 3). Pero además, de los cobres una veintena, es decir, más del 60% corresponden a piezas que hay que incluir en el Calcolítico Final-Bronce Antiguo.

	Punta Palma	Pañal de Lengüeta	Hacha Plana	Punzón	P. Pedúnculo y aletas	Cuchillo-Pañal	Hacha de Talón	H. Plana de Apéndices	Puñales del B. Final	Cinzel	Punta de Lanza	Espada	P. de Pedúnculo largo T.	P. de P. y A. Tardías
	■	▲	●	▼	□	△	○	▽	*	✱	*	✱	★	●
1	Abanco		1											
2	Alcubilla de Avellaneda											2?		
3	Alcubilla de las Peñas	1												
4	Arancón	1	2											
5	Arenillas												1	
6	Beratón						1							
7	Caracena	1?		2	3	3	1							
8	Covaleda						3	1		1				
9	Devanos				1									
10	Fuencaliente de Medina								1					
11	Garray	6	1?						3				1	3
12	Garrejo				1									
13	Langa de Duero							1						
14	Layna	2	1?	?		1								
15	Montejo de Tiermes	1												
16	Nodalo	1?												
17	Noviercas				1									
18	Oncala	1												
19	Osona												1	
20	Pobar		1											
21	Poveda (La)?		1											
22	Rabanos (Los)				1									
23	Renieblas	2												
24	Royo (El)							1						
25	San Esteban de Gormáz						1							
26	San Pedro Manrique						1							
27	Santervás		1											
28	Soria ?										1			
29	Trévago	1												
30	Torrevente				3									
31	Ucero	1												
32	Valdeavellano			1										
33	Villalba	3	1											
34	Villaciervitos				1									
35	Villar del Ala		1											
36	Villar del Campo		1		1									
37	Yuba					1								

FIG. 1.— Relación de los hallazgos metálicos por localidades.

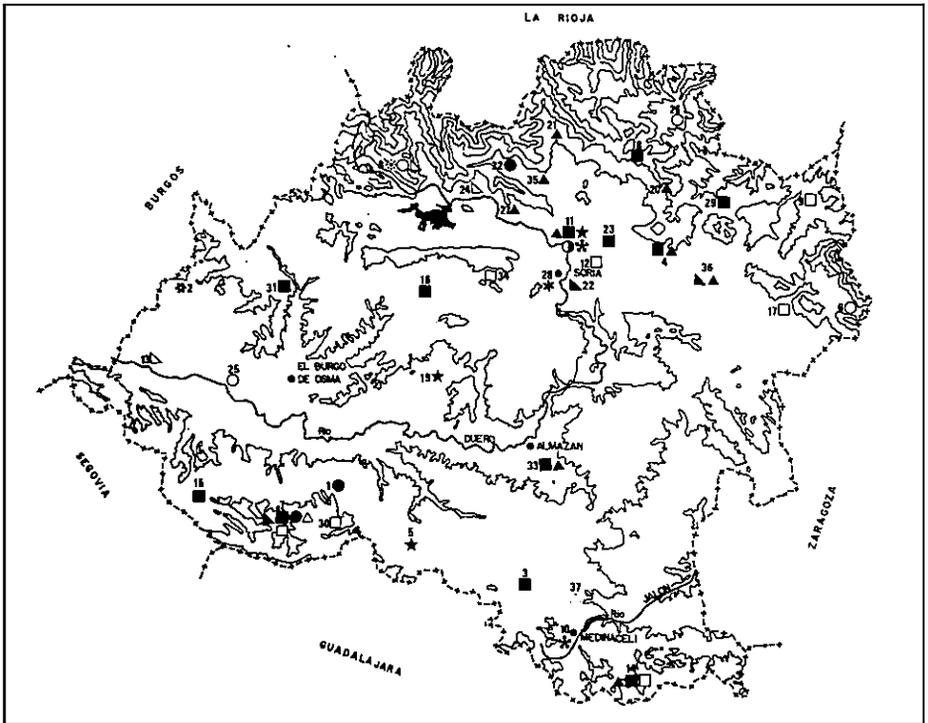


FIG. 2.— Localización de los hallazgos metálicos.

Esto nos lleva a preguntarnos por las razones que pueden explicar la presencia generalizada de objetos metálicos, que por otro lado no son la única novedad, aunque sí los más destacados, y a partir de qué momento tiene lugar.

Tratando de responder a la segunda cuestión, hay que admitir que la generalización del metal se sitúa en la Meseta en el primer cuarto del segundo milenio a. C., y más concretamente, apoyándonos en el conjunto de datos que en el momento actual se posee, a partir del siglo XIX. Hacia esto apuntan las referencias que proporcionan los yacimientos, repetidamente citados, de la Virgen de Orce y los Husos, que señalan fechas para las puntas Palmela ligeramente anteriores a 1785 a. C. en aquél (Arribas, 1976: 152) y algo posteriores a 1970 a. C. en el segundo (Apellaniz, 1974: 126).

Cronología aproximada se ha mantenido para otro de los objetos más característicos de este momento, el puñal de lengüeta, aunque, a diferencia de las puntas, éste se ha vinculado a Centroeuropa, centrándose en el periodo Reinecke 1, que coincide con el inicio del Bronce Antiguo (Sangmeister, 1963: 25; Delibes, 1983: 131). No obstante, algunas asociaciones a especies campaniformes puntilladas o marítimas o geométricas en algunos yacimientos como el Arenero de Miguel Ruiz (Almagro, 1960: 10) en Madrid, o los datos aportados por el estrato VIb de Montefrío (Arribas y Molina, 1978) han hecho suponer una cronología algo

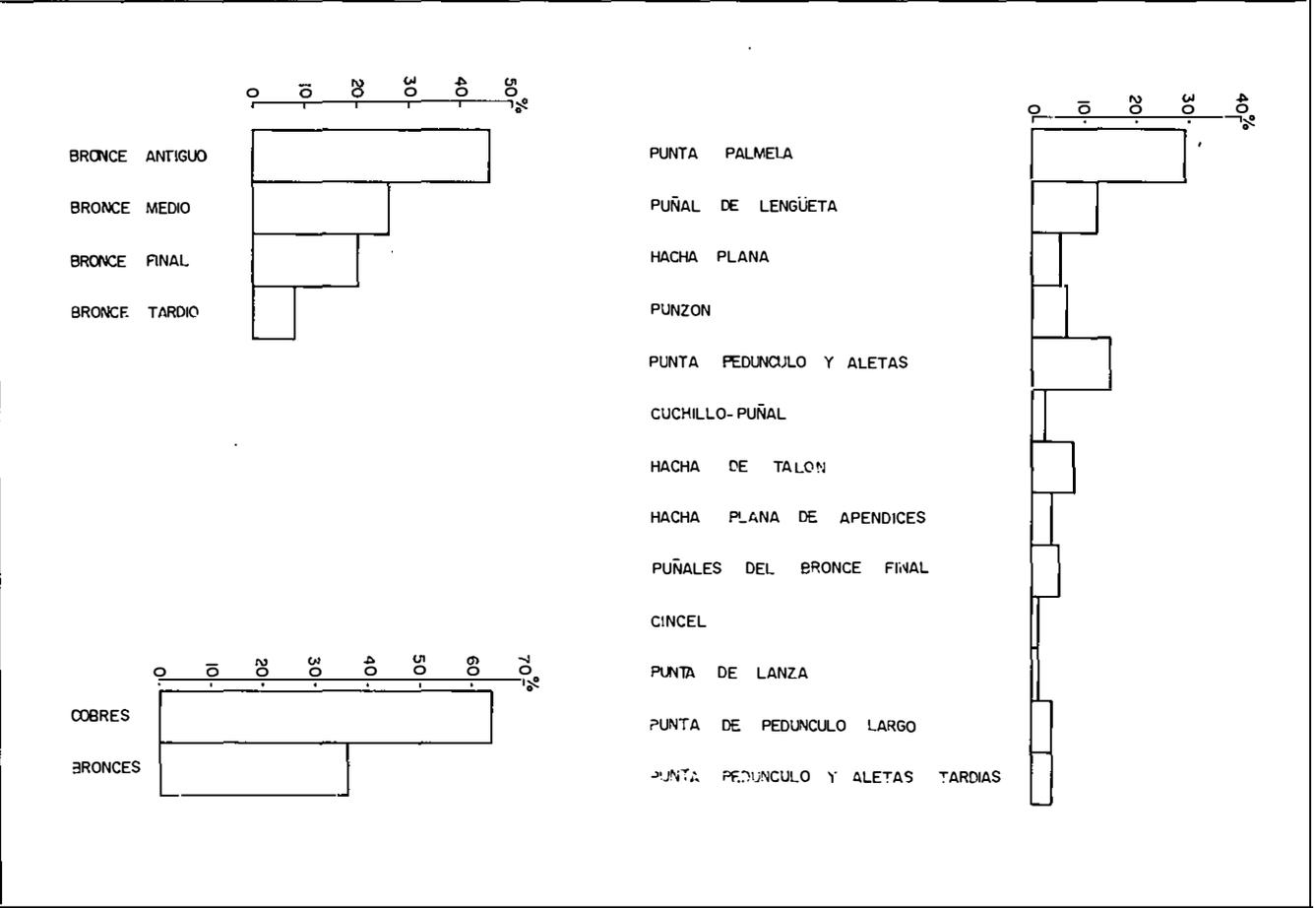


FIG. 3. — A. Representación de los distintos objetos metálicos estudiados. B. Representación de los objetos metálicos por etapas culturales y C. Representación de los metales analizados.

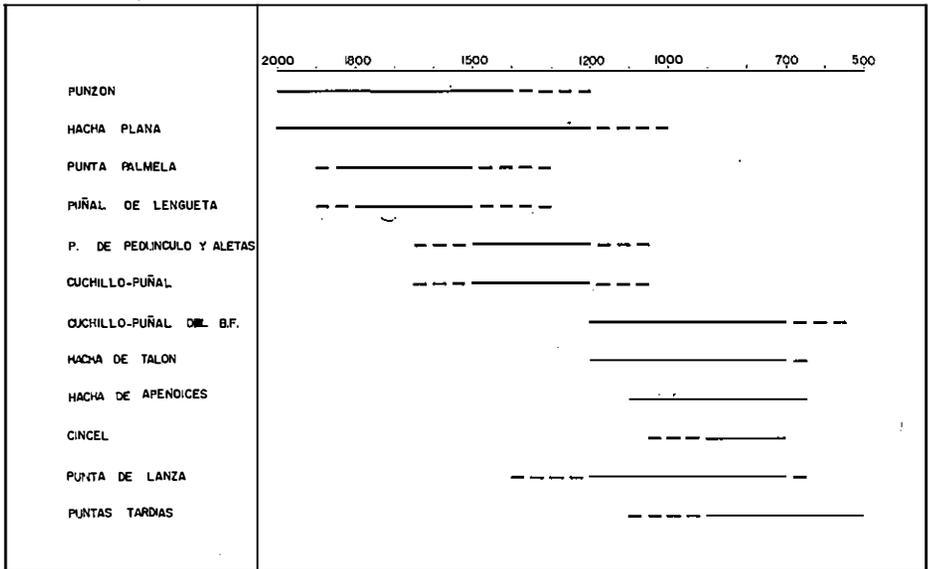


FIG. 4.— Cronología de los tipos metálicos.

más alta para los primeros ejemplares, que en todo caso no estaría muy alejada del siglo XIX. La vigencia y desarrollo de estos elementos en el Bronce Antiguo está probada por asociaciones con otros tipos bien fechados (Harrison, 1974: 52) y cronología absoluta, como la aportada por el enterramiento de Fuente Olmedo (Delibes y Municio, 1982: 75), e incluso manteniéndose las puntas Palmela hasta el Bronce Medio, como se observa en la Cueva de Arevalillo (Fernández Posse, 1979: 70-71). (Fig. 4).

Junto a estas puntas y puñales hay que citar también punzones, hachas planas, e incluso una chapa de oro —posiblemente como ha apuntado Delibes se trate del forro o recubrimiento de un botón óseo— hallada en Villar del Campo (Delibes, 1977: 136. 1978: 267). Pero junto al conjunto de objetos de metal hay que citar otros en piedra o hueso que también representan novedad, como los brazales de arquero, botones de perforación en V, puntas, etc., sin perder de vista que estos objetos o materiales aparecerán asociados todos ellos en enterramientos individuales acompañando al Campaniforme como único ajuar cerámico.

Por tanto, volviendo a la primera pregunta, la base explicativa de la presencia y acumulación de objetos, que por otro lado tienen distinta procedencia —ya que junto a elementos considerados transpirenáticos como los puñales, botones y brazales, tenemos otros de procedencia peninsular como las puntas Palmela, e incluso atlántica junto a los que ya existían en la Meseta, como la propia cerámica campaniforme—, hay que buscarla en factores endógenos que a partir de un momento determinado provocan en esta zona y en la Meseta en general la demanda y posesión de estos productos.

Para poder explicar mejor la presencia de estos nuevos objetos conviene tener en cuenta en dónde y cómo aparecen. Los objetos de metal pertenecen a dos contextos arqueológicos diferentes; por un lado se observan en yacimientos del reborde montañoso, es decir, aquellos lugares y zonas que han sido tradicionalmente ocupadas a lo largo del Calcolítico con una base de aprovechamiento ganadero, en donde los objetos de metal aparecen de forma aislada y esporádica, reduciéndose a algunas puntas Palmela aisladas en Oncala, Alcubilla de las Peñas, Caracena, Montejo, Renieblas (Delibes, 1977: 48 ss.), Trevago, Ucero y Garray, o a algunas hachas planas de similares circunstancias, como en Abanco (Taracena, 1941: 27). De la misma manera la cerámica campaniforme se reduce también a la presencia de algún o algunos vasos en contextos cerámicos con predominio de las especies lisas y decoradas con cordones, pezones y digitoungulaciones. (Fig. 5).

Por el contrario, la presencia de estos objetos metálicos y del resto de innovaciones es más destacada, tanto por su mayor presencia como por la conjunción de casi todos ellos en los ajueres funerarios de los enterramientos individuales que, frente a los colectivos de la etapa anterior; se generalizan ahora en la Meseta, fundamentalmente en las campiñas o tierras de aprovechamiento agrícola, como los hallazgos que conocemos en la provincia de Soria de Villar del Campo, Arancón (Delibes, 1977: 49 y 58) y Villalba (Revilla, 1985: 276-279).

Este fenómeno de elección de las campiñas y generalización de enterramientos individuales con ajueres claramente diferenciados se observa con mayor fuerza, como por otro lado resulta lógico, en las tierras con mayores posibilidades agrícolas de la cuenca del Duero, como son las situadas en la zona central entre el Cega y el Tormes, como Villabuena del Puente, Portillo, Fuente Olmedo (Valladolid), Pajares de Adaja (Ávila), Samboal, y más al oriente Villaverde Iscar (Delibes, 1977: 135 ss.) Paralelamente a esta proliferación se observa un enrarecimiento de los enterramientos colectivos y dolménicos anteriores.

Es decir, asistimos ahora a la aparición de nuevos yacimientos que escogen las zonas que ofrecen un mejor aprovechamiento agrícola, diferenciándose de lo que era constante en la etapa anterior; en el Calcolítico, que por otra parte es cuando se observa en esta zona oriental de la Meseta una primera ocupación intensiva, la disposición de los asentamientos se hacía en el reborde montañoso, como convenía a grupos de pastores, para los que ofrecían escasa atracción las zonas de campiña.

EL BRONCE MEDIO

En esta fase se aprecia una reducción de los hallazgos metálicos acorde con la disminución de yacimientos; en este sentido hay que valorar que frente a unas 40 localizaciones de la etapa anterior ahora solamente se conocen 5, con una tendencia manifiesta a ocupar lugares próximos a los ríos. (Fig. 5).

No obstante, desde el punto de vista metálico, el Bronce Medio mantiene las mismas características compositivas del Bronce Antiguo, ya que los objetos se siguen realizando en cobre. Por tanto, la diferencia con la fase anterior viene dada por la sustitución de tipos, es decir, puntas de pedúnculo y aletas, cuchillos-puñales de hoja triangular y cabecera trapezoidal con ranuras para la sujeción de la empuñadura, continuidad de las hachas planas y punzones biapuntados. En este sentido hay que indicar que la mayor parte de los metales —9 de los 19—, que se conocen de este momento, corresponden a Los Tolmos de Caracena, que ofrece un contexto arqueológico y una datación radiocarbónica que lo centran con seguridad en un momento antiguo del Bronce Medio (Jimeno, 1984), lo que se ve corroborado también por la homogeneidad compositiva que indican los análisis. El resto de las piezas son hallazgos aislados de puntas de pedúnculo y aletas realizados en Devános, Noviercas y Villaciervitos, así como un cuchillo-puñal de Castilviejo de Yuba (Ortego, 1961: 164-165) y un punzón del Asno, yacimientos con estratigrafía alterada (Eiroa, 1980: 50).

También se observa otro aspecto de continuidad, que diferencia al Bronce Antiguo y Bronce Medio del Bronce Final, es la gama tipológica y el predominio de los mismos elementos, como las puntas de flecha, bien Palmela en el Bronce Antiguo o de pedúnculo y aletas en el Bronce Medio, que representan más del 60% de los objetos atribuidos a estas fases, seguidas de los puñales que superan el 23% y más escasamente representados quedan los punzones y las hachas planas; aunque éstas en el Bronce Medio acusan un incremento en detrimento de los cuchillos, que, tímidamente, parecen anunciar el predominio que este útil va a tener en el Bronce Final, frente a las puntas y otros útiles como cuchillos-puñales, cinceles etc. (Fig. 3).

La preferencia tipológica en unas fases y otras tiene que ver, independientemente de su carácter de prestigio, con las características del aprovechamiento del medio. En este sentido la presencia y predominio de las puntas en las primeras fases de la Edad del Bronce hay que relacionarla con la incidencia que todavía tenía la caza, y los cuchillos con el aprovechamiento de ésta y la ganadería. Por el contrario en el Bronce Final los escasos hallazgos se centran en las zonas boscosas, resaltando el atractivo forestal que tuvo la serranía norte.

Solamente avanzado el Bronce Medio aparecerán los primeros bronzes; en este sentido sería posible situar en este momento la punta de pedúnculo y aletas de Devános, que fue hallada en superficie sin contexto arqueológico (Carnicero, 1985: 49) y que ofrece unos índices de estaño similares a los de otras piezas del Bronce Final.

Por otro lado, respecto al punzón biapuntado de la Cueva del Asno, al que se había atribuido una antigüedad mayor de la que realmente tiene, relacionándolo con la fecha más antigua que se conoce de esta cueva de 1910 ± 50 a. C. (Eiroa, 1980: 50 y 69), su análisis muestra que se trata de un bronce, por lo que hay que situarlo a partir del Bronce Medio. Es posible que pudiera corresponder con fecha de 1430 ± 50 a. C. que aporta esta cueva (Eiroa, 1980: 69); pero nos hace dudar en este sentido por, un lado, la alteración estratigráfica que presenta este yacimiento (Eiroa, 1980: 14-20) y, en segundo lugar, que la fecha es similar a la

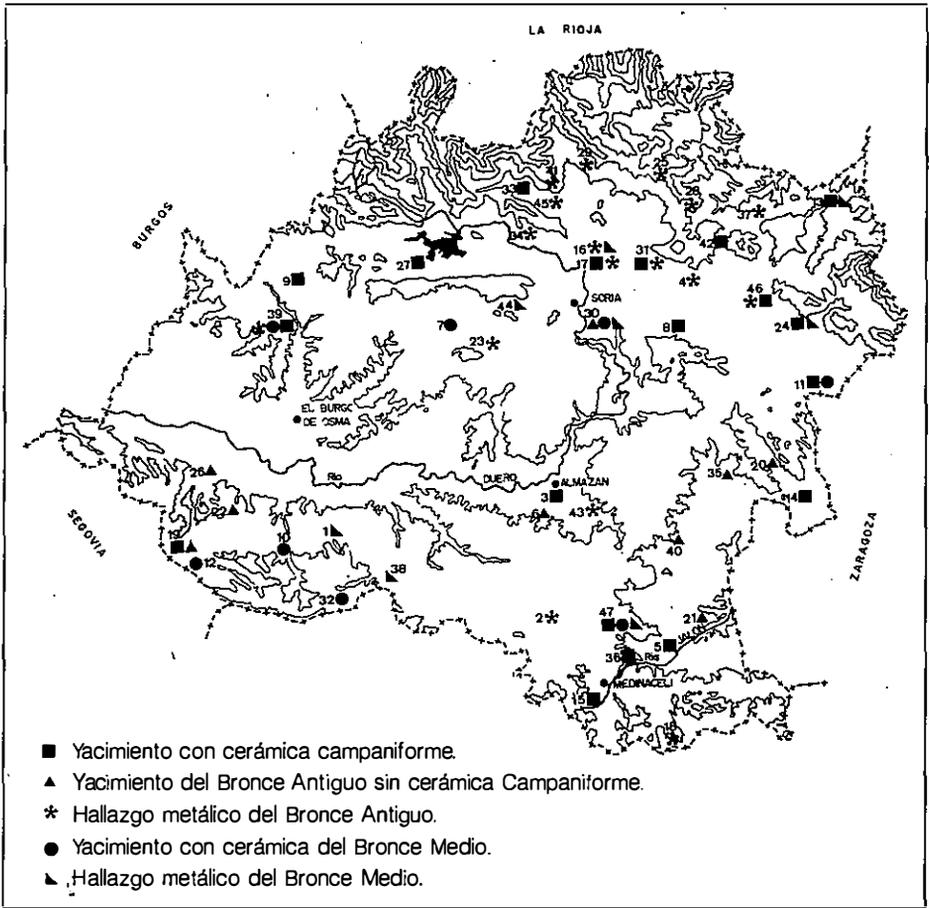


FIG. 5.— Distribución de las localizaciones del Bronce Antiguo y Medio.

- | | | |
|----------------------------|----------------------------|----------------------------|
| 1. Abanco | 17. Garrejo | 33. Royo (El) |
| 2. Alcubilla de las Peñas | 18. Layna | 34. Santervas de la Sierra |
| 3. Almazán | 19. Ligos | 35. Serón de Nágima |
| 4. Arancón | 20. Miñana | 36. Somaén |
| 5. Arcos de Jalón | 21. Montuenga | 37. Trévago |
| 6. Balluncar | 22. Morcuera | 38. Torrevicente |
| 7. Calatañazor | 23. Nódalo | 39. Ucero |
| 8. Candilichera | 24. Noviercas | 40. Utrilla |
| 9. Casarejos | 25. Oncala | 41. Valdeavellano |
| 10. Caracena | 26. Peñalba de San Esteban | 42. Valdegeña |
| 11. Ciria | 27. Pinar Grande y Amblau | 43. Villalba |
| 12. Cuevas de Ayllón | 28. Pobar | 44. Villaciervos |
| 13. Devanos | 29. Poveda (La) | 45. Villar del Ala |
| 14. Deza | 30. Rábanos (Los) | 46. Villar del Campo |
| 15. Fuencaliente de Medina | 31. Renieblas | 47. Yuba |
| 16. Garray | 32. Retortillo | |

de Los Tolmos de Caracena, en donde los objetos hallados son básicamente cobres, a excepción de un punzón que ofrece un índice más elevado de arsénico (un 6,01%), próximo al 6,18% de estaño del punzón del Asno. Estos valores corresponden a la mitad de los presentados por los objetos del Bronce Final, lo que nos lleva a pensar en la posibilidad de que en este momento se estén realizando las primeras experiencias sobre aleación del bronce (Delibes y Fernández Miranda, 1981: 180). No obstante, hay que tener en cuenta que el alto índice de arsénico en el caso del punzón de Caracena podría deberse al alto nivel de este metal que contienen algunos metalotectos de la provincia más que a una aleación deliberada, tal como muestran algunos análisis que ahora presentamos.

EL BRONCE FINAL

El Bronce Final ofrece una disminución mayor de objetos de metal —solamente se conocen 15 piezas— y aunque todo hace pensar en la continuidad de la base metalúrgica mesetaña anterior; no obstante, hay que admitir inicialmente influencia tipológicas y tecnológicas reflejadas en la generalización del bronce, frente a los cobres prácticamente puros de las fases anteriores. En este sentido resulta significativo que el hacha de talón de Beratón, que señala el tránsito del Bronce Medio al Bronce Final, pasa por ser uno de los primeros ejemplares que debieron fundirse en la Península e incluso se piensa que pueda ser una auténtica importación (Fernández Manzano, 1986: 41).

Los hallazgos pertenecen a siete localizaciones, entre las que destaca el depósito de Coaleda, que aporta cinco piezas, y los hallazgos aislados de hachas de talón de San Esteban de Gormaz, San Pedro Manrique y Beratón (Ortego, 1954, 1957 y 1962) (Fig. 6). Por otro lado, hay que aclarar que las dos piezas de Langa, una hacha plana de apéndice y una punta de lanza, aparecieron según Taracena en un contexto celtibérico mantenidas como curioso recuerdo (Taracena, 1941: 90). A estos hallazgos hay que añadir un hacha plana con apéndices laterales de El Rojo sin contexto, (Fernández Moreno, 1989) y un puñal con el extremo distal roto y bastante deteriorado, que presenta hombros asimétricos y en la lengüeta, de forma rectangular, ofrece dos escotaduras laterales, una de las cuales todavía conserva el roblón o remache. Según los análisis, la hoja es un bronce (Cu y Sn) mientras que el remache presenta ya una composición ternaria (Cu-Sn-Pb), lo que lleva a situarlo en un momento posiblemente avanzado del Bronce Final. El problema que plantea este hallazgo es que se realizó en el lugar denominado La Alberca en Fuencaliente de Medina, en el mismo lugar en que se sitúa un enterramiento colectivo de carácter dolménico, del que quedan desmontados los grandes bloques de piedra y en donde hemos recogido microlitos; sobre este lugar ya se conocían noticias bastantes vagas recogidas por Taracena en su Carta Arqueológica (Taracena, 1941: 64-65). La presencia de esta pieza aquí habría que interpretarla como correspondiente al ajuar de algún enterramiento posterior realizado en este lugar, como suele ser usual o frecuente en diferentes monumentos dolménicos, que conservan durante largo tiempo su carácter de necrópolis y lugar sagrado (Delibes et alii 1982: 168 y 187; 1986: 28 ss.).

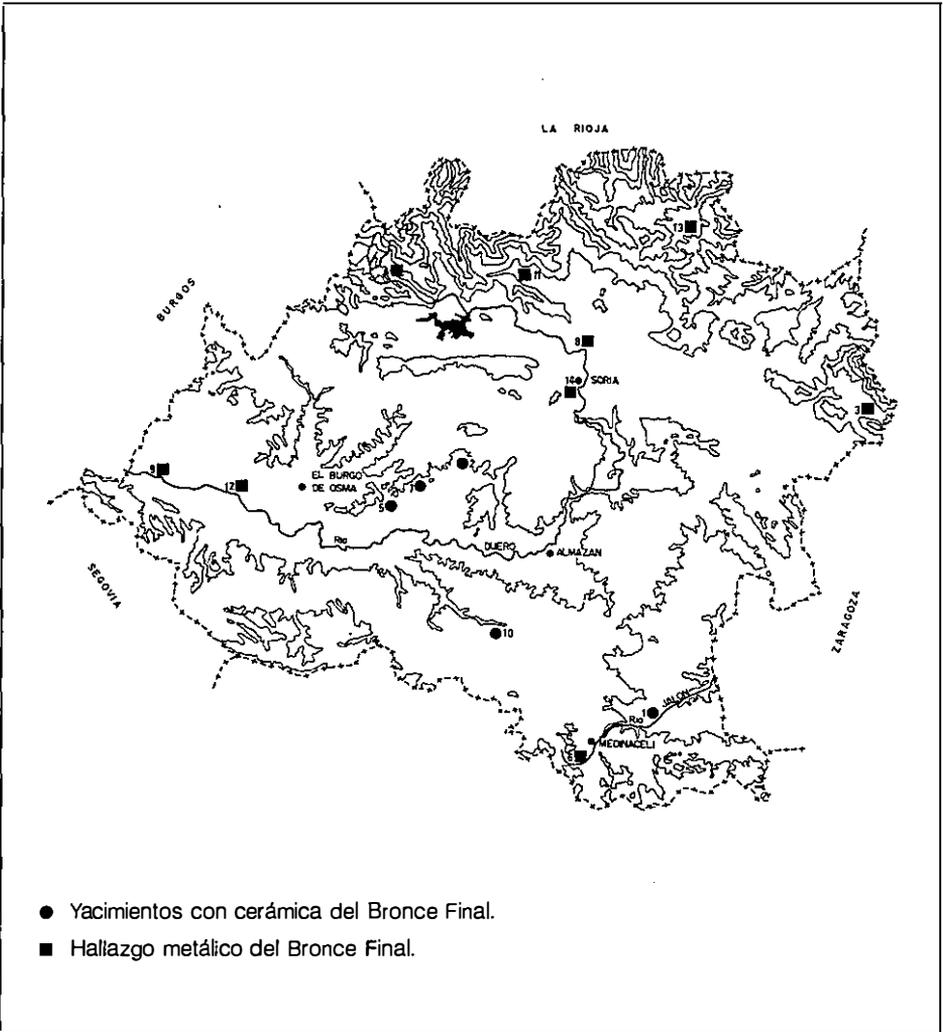


FIG. 6.— Distribución de las localizaciones del Bronce Final.

- | | |
|----------------------------|---------------------------|
| 1. Arcos de Jalón | 8. Garray |
| 2. Barboña (La) | 9. Langa de Duero |
| 3. Beratón | 10. Riba de Escalote (La) |
| 4. Covalada | 11. Royo (El) |
| 5. Escobosa de Calatañazor | 12. San Esteban de Gormaz |
| 6. Fuentecaliente | 13. San Pedro Manrique |
| 7. Fuentelárbol | 14. Soria |

Por otro lado, los análisis nos indican que tres puntas de Numancia, una de largo pedicelo y dos de pedúnculo y aletas, están fabricadas ya con una aleación ternaria Cu-Sn-Pb, al igual que dos fragmentos de hoja de puñal, lo que obliga a incluirlas al final de la Edad del Bronce o mejor en un momento de la Edad del Hierro, lo que conviene más al conocimiento que tenemos de los contextos arqueológicos de Numancia. En este sentido, estas puntas, al igual que otras de Osona, Arenillas y Valdanzo, todas de largo pedicelo, recuerdan a las de tipo Mailhac I, del Languedoc occidental (Guilaine, 1972: 317-319) y Pedúnculo y aletas que están bien documentadas en los Campos de Urnas del noreste peninsular (Ruiz Zapatero, 1985: 930-937), aunque las de esta zona carecen de nervios centrales y solamente presentan una ligera arista, ofreciendo características que las conectan con los tipos antiguos y con la tradición metalúrgica de esta zona.

Estos objetos metálicos, que son sincrónicos a la cultura Cogotas I en la Meseta, presentan una dispersión independiente entre sí, lo que también se observa en esta provincia; es decir, mientras la concentración y dispersión de los hallazgos metálicos aparecen sobre todo el reborde montañoso y piedemonte norteño, por el contrario los yacimientos de Cogotas I se disponen en las zonas de campiña y aprovechamiento agrícola.

No obstante, hay que dejar claro que Cogotas I presenta escasa densidad en esta zona (Ruiz Zapatero, 1984: 172 ss.), a pesar de los intensos trabajos de prospección acometidos, lo que ya fue observado y puesto de relieve por Taracena, apuntando que «la comarca estuvo poco habitada en estos siglos» (Taracena, 1941: 11). Únicamente podemos situar en este momento, con criterios tan poco precisos como algunos fragmentos de cerámicas excisas y boquique, yacimientos como los de Riba de Escalote, Fuentelárbol (Jimeno, 1984: 55 y 59) y la Barbolla (Jimeno y Fernández, 1984), Escobosa de Calatañazor (Jimeno y Fernández, 1985: 49) y Yuba (Jimeno, 1984: 61). Para explicar esta baja densidad de población se han apuntado los cambios climáticos (Taracena, 1941: 11) y ambientales que se producen al final del suboreal que provocarán la falta de recursos en esta zona; pero en este sentido hay que tener en cuenta que esta tendencia se observa ya desde el Bronce Medio y coincide con la mayor inclinación, en la Meseta en general, hacia el aprovechamiento agrícola y la disminución, quizás por las razones ya aludidas anteriormente, del aprovechamiento ganadero.

- ALMAGRO, M. (1960): Hallazgos arqueológicos en Villaverde. *Memorias de los Museos arqueológicos, 1955-57*, XVI-XVIII, págs. 10-18.
- APELLANIZ, J.M.^a (1974): El grupo de los Husos durante la Prehistoria con cerámica. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 7.
- ARRIBAS, A. (1976): Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península Ibérica. *Cuad. Prehist. Univ. de Granada*, 1.
- ARRIBAS, A. Y MOLINA, F. (1978): Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de Los Castillejos de Montefrío (Granada). *V Coloquio Atlántico. The origins of metallurgy in Atlantic Europe*, Dublin, págs. 18 ss.
- CARNICERO, J.M.^a (1985): Las industrias líticas de superficie en la región soriana. *Centro de Estudios Sorianos*, Soria.
- DELIBES, G. (1977): El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte Española. *Studia Archaeologica*, 46. Valladolid.
- (1978): Reinterpretación del ajuar campaniforme de Villar del Campo. Nuevos elementos de juicio para la valoración de la incidencia centroeuropea en el Mundo Cienpoozelos. *Celtiberia*, 56, págs. 267-286.
- (1980): Hacha plana de cobre hallada en Villalón de Campos (Valladolid). *B.S.A.A.*, XLVI, págs. 129-133.
- (1983): El País Vasco, encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (s. XVIII a.C.). *VARIA*, II, págs. 131 ss.
- (1985): El Calcolítico. En *Historia de Castilla y León*. T. 1. (La Prehistoria del Valle del Duero). *Ambito*, Valladolid.
- DELIBES, G.; RODRIGUEZ, J.A.; SANZ, C. Y VAL, J. (1982): Dolmenes de Sedano I. El Sepulcro de Corredor de Ciella. *N.A.H.*, 14, págs. 151-193.
- DELIBES, G.; ROJO, M.A. Y SANZ, C. (1986): Dolmenes de Sedano II. El Sepulcro de Corredor de las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos). *N.A.H.*, 27, págs. 9-39.
- DELIBES, G. Y ESPARZA, A. (1985): Neolítico y Edad del Bronce. *Historia de Burgos*. T. I (Edad Antigua), Caja de Ahorros Municipal, Burgos.
- DELIBES, G. Y FERNANDEZ MIRANDA, M. (1981): La tumba de Celada de Robledo (Palencia). Los inicios del Bronce Antiguo en el Valle Medio y alto Pisuerga. *T.P.*, 38, págs. 153-188.
- DELIBES, G. Y MUNICIO, L. (1982): Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el Oriente de la Meseta Norte. *Numantia*, I, págs. 75 ss.
- EIROA, J.J. (1980): La Cueva del Asno de los Rábanos (Soria). *Campañas 1976-1977*. E.A.E., 107, Madrid.
- FERNANDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte Española: el utillaje metálico*. Junta de Castilla y León. Almazán (Soria).
- FERNANDEZ MIRANDA, M. Y BALBIN, R. (1971): Piezas de la Edad del Bronce en Museo Arqueológico Provincial de Soria. *T.P.*, 28, págs. 291 ss.
- FERNANDEZ MORENO, J.J. (1988): La metalurgia del Bronce Final en el oriente de la Meseta norte desde las aportaciones de T. Ortego. *Celtiberia*, 75, págs. 33-46.

- FERNANDEZ POSSE, M.^a D. (1979): Informe de la primera campaña (1977) en la cueva de Arevalillo (Segovia). *N.A.H.*, 6 (Prehistoria), págs. 53 ss.
- GUILAINE, J. (1972): *L'âge du Bronze en Languedoc Occidental, Roussillon, Ariège*. Mem. de la Société Preh. Française. T. 9, Paris.
- HARRISON, R.J. (1974): Ireland and Spain in the Early Bronze Age. *Jornal of the society of antiquaries of Ireland*, 104, págs. 52-73.
- HERNANDEZ VERA, J.A. (1982): Difusión de elementos de la cultura Cogotas hacia el Valle del Ebro. I Coloquio sobre Historia de la Rioja. *Cuadernos de Investigación del Colegio Universitario de la Rioja*. T. IX-1, págs. 65-79.
- JIMENO, A. (1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. E.A.E., 134, Madrid.
- (1989): La investigación del Bronce Antiguo en la Meseta Superior. T.P., 45, págs. 103-121.
- JIMENO, A. Y FERNANDEZ, J.J. (1984): El Castro de la Barbolla (Soria). Nuevo yacimiento del horizonte Cogotas I. *Celtiberia*, 66, págs. 321-330.
- (1985): Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria). *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, IX, 3, págs. 49-66.
- MARTIN, R. Y DELIBES, G. (1981): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VII). Crisoles de fundición calcólicas de la Tierra del Vino. *B.S.A.A.*, XLVII, págs. 180-184.
- MOLINA, F. Y PAREJA, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)*. Campaña de 1971. E.A.E., n.º 86, Madrid.
- ORTEGO, T. (1954): Un depósito de hachas de la Edad del Bronce en Covaleda (Soria). *Celtiberia*, 8, págs. 281 ss.
- (1957): Bronce Atlántico en territorio soriano. *C.N.A.*, IV, págs. 113 ss.
- (1961): I Reunión de Arqueólogos del distrito universitario de Zaragoza. *Caesaraugusta*, 17-18, págs. 164-165.
- (1962): Nuevo Hallazgo de un hacha de la Edad del Bronce en territorio soriano. *N.A.H.*, VI, págs. 117-118.
- REVILLA, M.^a L. (1985): *Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán*. Excma. Diputación Provincial, Soria.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984): Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero. I *Syposium de Arqueología Soriana*. Diputación Provincial, Soria, págs. 171-185.
- (1985): *Los Campos de Urnas del N.E. de la Península Ibérica*. T. II. Col. Tesis Doctorales, Universidad Complutense, Madrid.
- SANGMEISTER, E. (1963): Exposé sur la civilisation du Vase Campaniforme. En *Les Civilisations Atlantiques du Neolithique a l'Age du Fer*. (Brest 1961), Rennes, págs. 25 ss.

**LA METALURGIA DE LA EDAD DEL BRONCE
EN LA PROVINCIA DE SORIA:
ESTUDIO ANALITICO**

S. ROVIRA*
I. MONTERO*
S. CONSUEGRA*

Recientemente hemos tenido la oportunidad de efectuar el análisis espectrográfico por fluorescencia de rayos X de un conjunto de 46 piezas metálicas custodiadas en el Museo Numantino de Soria. Se trata de materiales de diverso tipo cuyo estudio arqueometalúrgico permite un primer esbozo de la tecnología del metal durante la Edad del Bronce en tierras de Soria.

La serie, cuyos análisis se tabulan al final, resulta todavía pequeña para un estudio en profundidad (sólo disponemos de los análisis de objetos, faltando documentación de materiales tales como minerales, escorias, productos intermedios de fundición, etc., de enorme interés para delinear con cierto detalle el proceso completo de transformación del mineral en metal y su tecnología asociada). Es de esperar que nuevos hallazgos y sus correspondientes análisis irán perfilando mejor el panorama de la metalurgia prehistórica en esta región de la Meseta Norte. La presente aportación es, por tanto, un avance de un trabajo más extenso actualmente en sus inicios.

Los materiales fueron proporcionados por A. Jimeno y J.J. Fernández quienes, además, pusieron a nuestra disposición la catalogación preliminar y sus interesantes notas de trabajo, cuya consulta ha resultado una ayuda valiosísima.

Hemos centrado nuestra atención en los aspectos puramente tecnológicos derivados de la analítica y en cómo tales aspectos pueden ordenarse para configurar la evolución de la tecnología de metales y aleaciones. Por su parte, Jimeno y Fernández abordan en el capítulo siguiente la ordenación de los materiales y su inserción en los complejos culturales de la prehistoria soriana.

Sirva también nuestro modesto trabajo como aportación —con más voluntad que méritos— al homenaje póstumo a Teógenes Ortego, de cuya amistad y consejo nos beneficiamos desde que, hace ya bastantes años, nos incorporamos a la Asociación Española de Amigos de la Arqueología.

RECURSOS NATURALES

Está aún por hacer la prospección de recursos disponibles orientada hacia una interpretación del fenómeno arqueometalúrgico dentro de la cuenca alta del Duero. La Hoja 31 del Mapa Metalogenético de España (IGME, edición de 1973) señala

la presencia de metalotectos cupríferos en los términos de Pobar, Cigudosa, Soria, Borobia y Sona (?). Pero deben existir mineralizaciones pequeñas, diseminadas (aunque dentro del metalotecto correspondiente), con escaso interés para la explotación industrial pero útiles para la pequeña explotación prehistórica o artesanal posterior. Una prueba evidente resulta de las muestras de mineral de cobre recogidas por Alfredo Jimeno en la localidad de Carrascosa de la Sierra, en la misma formación jurásica en donde afloran a pocos kilómetros las minas de cobre y plomo de Pobar.

La mina de Carrascosa es una pequeña explotación a cielo abierto. Las muestras recogidas son de mineral polimetálico en el que predominan los compuestos de cobre (malaquita y azurita) a los que se asocia arsénico, probablemente en la forma paragélica de arseniato básico de cobre (clinoclase y conicalcita). El análisis cuantitativo de los componentes pesados, compensado proporcionalmente para sumar 100 (como si se tratara de una aleación), arroja la siguiente composición:

ANÁLISIS	FE	NI	CU	ZN	AS	AG	SN	SB	PB	LOCALIDAD
PA0867C	2.39	0.52	91.32	0.21	1.52	0.603	0.04	0.141	1.72	CARRASCOSA DE LA S.
PA0867A	1.23	0.17	93.16	0.19	3.12	0.081	0.08	0.022	1.77	CARRASCOSA DE LA S.
PA0867B	0.51	ND	97.57	0.21	0.38	0.004	0.02	0.001	ND	CARRASCOSA DE LA S.

A la vista de estos resultados es interesante advertir que, con minerales de estas características, es posible obtener de manera fortuita cobre arsenicado, como se verá más adelante.

CALCOLITICO Y BRONCE ANTIGUO

Pueden pertenecer a este período las puntas de Palmela, los puñales de lengüeta, el punzón de Villar del Campo y, quizás, el de Los Rábanos, y el hacha plana de Valdeavellano de Tera (esta última más probablemente calcólítica).

Las puntas de Palmela son todas de cobre con menos del 1% de arsénico. Se ha excluido del lote una pieza de Garray (PA1193) con 12,92% de estaño. Se trata de un objeto de bronce cuya forma foliácea recuerda la de las puntas pero cuyos filos redondeados y el tipo de aleación la aproximan más a ciertos instrumentos medicoquirúrgicos de época romana.

En cuanto a los puñales, uno es de cobre y tres de cobre arsenicado con más del 1% As.

Aunque la serie de análisis para este período es corta para intentar valoraciones basadas en la estadística, parece observarse un claro predominio de los objetos de cobre, con la discutible participación del bronce binario Cu-Sn del punzón de la Cueva del Asno, este último material excepcional dentro del Bronce Antiguo. Los cobres arsenicados son escasos.

Durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo de la P. Ibérica los objetos de metal suelen estar elaborados con cobre o cobre arsenicado. Para algunos autores la aleación Cu-As se debe a una adición intencionada de minerales de arsénico y, por tanto, es considerada como un avance en el dominio de la metalurgia (CHARLES 1967; HARRISON et al. 1981; HOOK et al. 1987; ARRIBAS et al. 1988). Sin embargo, las excavaciones recientes en Almizaraque (Almería) han permitido localizar en el contexto arqueológico minerales polimetálicos conteniendo cobre y arsénico que inducen a pensar, merced a la reconstrucción de un modelo de pérdida media de arsénico a lo largo del proceso metalúrgico, que la obtención de cobre arsenicado debe producirse de forma natural y espontánea (DELIBES et al. 1988; FERNANDEZ-MIRANDA et al. e.p.). Varios trabajos experimentales apuntan en la misma dirección (LORENZEN 1966; ZWICKER e.p.).

Por tanto, una posible explicación para el número tan bajo de piezas de cobre arsenicado en Soria habrá que buscarla en el tipo de menas cupríferas aprovechadas por los metalurgos prehistóricos. Los minerales de Carrascosa de la Sierra ahora analizados presentan tenores de arsénico que oscilan entre 0,36 y 3,2%. Es normal que una veta presente importantes diferencias incluso entre muestras tomadas de minerales próximos dentro de ella (FRIEDMAN et al. 1966).

Si aplicamos a estos minerales los coeficientes de pérdida de arsénico determinados para las fundiciones de Almizaraque o del experimento de TYLECOTE et al. (1977), bastante concordantes en ambos casos, obtendríamos con el valor máximo detectado (que puede no ser el mayor de la mineralización) un metal con entre 1,26 y 1,01% As. Es decir, un cobre arsenicado. Con tasas más bajas de arsénico en el mineral no se alcanzaría la cifra del 1% en el metal, hecho frecuente en las piezas sorianas.

Para lograr cantidades de arsénico en torno al 4%, como en el puñal de Arancón (PA1175), haría falta un mineral con un 12% de arsénico. Pero tampoco conviene olvidar que los coeficientes de pérdida se calculan promediando estadísticamente y son variables de una fundición a otra puesto que dependen de las condiciones de trabajo del horno, probablemente poco controlables con una tecnología primitiva. Ello significa que con un coeficiente de pérdida menor se puede alcanzar la tasa del 4% sin que necesariamente el mineral contenga mucho más del 4% As.

Ya hemos indicado que la utilización del bronce es esporádica y rara (al parecer) durante el Bronce Antiguo. Se conoce un hacha plana posiblemente procedente de los niveles campaniformes de El Acebuchal (Carmona, Sevilla), con un 5,9% Sn (HARRISON et al. 1981: n.º 12), y una punta de Plamela de Alcobaca (Portugal), con más del 120% Sn (JUNGHANS et al. 1968: n.º 1.785). Recientemente se ha publicado una punta de pedúnculo y aletas y un punzón, con 4,10 y 3,60% Sn respectivamente, de la fase Campaniforme antigua Cazalilla II del yacimiento de Cazalilla (Jaén) (NOCETE 1988: 29).

Entre los materiales sorianos hay que mencionar por su posible antigüedad el punzón biapuntado de la Cueva del Asno (PA1208), con un 6,18% Sn, y que cabría situar en torno a la fecha radiocarbónica de 1910 a. C. (EIROA 1980: 69) si la lectura estratigráfica fuera correcta. Tendríamos en ese caso una de las piezas de bronce más antiguas de la Península. El hacha de El Acebuchal se sitúa hacia el 1800 a. C. (HARRISON et al. 1981) y los materiales de Cazalilla II también se fechan en el primer cuarto del segundo milenio.

Sin embargo, la estratigrafía de la Cueva del Asno resulta problemática al encontrarse muy alterada por la acción antrópica. De hecho, en el mismo nivel b en donde se documentó el punzón aparecieron también varios fragmentos de hierro (EIROA, 1980: 15). La pieza en cuestión podría pertenecer a la ocupación de la cueva durante el Bronce Medio avanzado (para el que existe una fecha radiocarbónica), el Bronce Final, el Hierro o incluso más tarde, en cuyo caso la composición del metal resultaría canónica.

Se viene suponiendo que los bronce antiguos con porcentajes de estaño bajo (en torno al 6% o menos) se deben a una supuesta etapa de transición tecnológica durante la cual los metalúrgicos primitivos ensayaban un nuevo tipo de aleación. Si ello fuera cierto, el punzón de la Cueva del Asno (en su cronología supuestamente antigua), el hacha de El Acebuchal y la punta y el punzón de Cazalilla estarían evidenciando dicha etapa dentro de la facies cultural Campaniforme y a lo ancho de un dilatado territorio de la Península.

Pero puede que la explicación para estos bronce pobres no venga de la mano de la transición tecnológica del cobre al bronce. Recientemente y como resultado de prospecciones en el metalotecto cuprífero de la Sierra de Guadarrama, uno de nosotros (S.R.) ha recogido abundantes muestras de mineral en el término de Garganta de los Montes (Madrid) que presentan la asociación natural cobre-estaño, con proporciones de estaño que llegan a superar el 10%, aunque lo más frecuente es encontrar valores alrededor del 5-6% de estaño. Un mineral con estas características producirá necesariamente bronce pobre de factura no intencionada. Con los valores máximos detectados se lograría esporádicamente un bronce alfa rico o incluso alfa+delta. Por tanto, las piezas de bronce antes mencionadas podrían explicarse también como consecuencia del mineral de procedencia.

En otro lugar propusimos que la tecnología del bronce debió iniciarse en un momento probablemente no muy temprano del Bronce Medio (ROVIRA et al. e.p.). Desconocíamos entonces los análisis de los materiales sorianos, y las piezas de bronce de Fuente-Olmedo (DELIBES Y FERNANDEZ-MIRANDA 1981: 179) resultaban conflictivas. Tampoco se habían publicado los materiales de Cazalilla. Disponíamos, pues, de muy pocos datos concretos para sustentar cualquier hipótesis que sirviera para remontar más allá del Bronce Medio la presencia de objetos de bronce. Recientemente hemos reanalizado el depósito de Fuente-Olmedo en el Museo de América, encontrando que los supuestos «bronces» no eran tales sino piezas de cobre (GERMAN DELIBES prepara la revisión de dichos materiales). A pesar de ello resulta ya incuestionable la existencia de aleaciones Cu-Sn en el Bronce Antiguo, al menos en otras latitudes, aunque con carácter excepcional.

BRONCE MEDIO

A este período vienen asignados los materiales de Los Tolmos de Caracena (tres puntas de pedúnculo y aletas, tres punzones, un puñal y una hacha plana) y quizás un puñal de Numancia.

Todos los objetos de Los Tolmos son de cobre excepto un punzón biapuntado (PA1183) que, con un elevado contenido en arsénico (6,01%), se aleja de las composiciones de otros materiales tanto del yacimiento como del resto de la provincia. Aunque este es un dato que no conviene sobrevalorar.

En cuanto al hacha plana, si bien este tipo de piezas arranca de contextos calcolítico y del Bronce Antiguo, abunda en el Bronce Medio siendo los materiales predominantes en esta época el cobre y el cobre arsenicado. Algunas hachas argáricas analizadas por HARRISON et al. (1981) son ya de bronce pero su cronología, según estos autores, no remonta la segunda mitad del II milenio a. C. a excepción del ya mencionado ejemplar n.º 12 datado en el Bronce Antiguo. En la serie recopilada por RUIZ-GALVEZ (1984) todas las hachas planas catalogadas como del Bronce Medio son de bronce con alrededor del 10% Sn.

El puñal de Numancia PA1201, de hoja triangular y sistema de enmangue con dos escotaduras laterales, es de bronce con 15,69% de estaño. Si, a pesar de su descontextualización, puede mantenerse una cronología del Bronce Medio, sería, junto con la punta de Dévanos que discutiremos más adelante, uno de los pocos ejemplos aducibles para justificar la tecnología del bronce en esta época.

A pesar de la reducida serie de materiales del Bronce Medio soriano aquí estudiada, los análisis indican que durante esta etapa aún no se había generalizado el uso del bronce y seguían elaborándose objetos de la misma tipología y funcionalidad en cobre o en bronce, indistintamente, pero predominando los de cobre. En este sentido parecen observarse pautas similares a las de otros territorios mejor estudiados en la actualidad.

BRONCE FINAL

Entre los materiales analizados contamos con el hacha de talón y una anilla de Beratón, que cabría situar en el BF I, y un posible regatón, las hachas de Coaleda y el puñal de lengua de carpa de Ocenilla, del BF II.

Excepto el puñal de Ocenilla, las demás piezas son de bronce binario Cu-Sn, estando el plomo ausente en cantidades significativas de la aleación. Esta característica de los materiales sorianos no resulta extraña en el caso del hacha de apéndice de Coaleda ya que la mayoría de las publicadas hasta este momento son de una aleación similar. Una excepción sería el ejemplar de Fradellos (Zamora), que presenta un pequeño porcentaje de plomo en la liga (FERNANDEZ-MANZANO 1986: 28 y 77-78, Fig. 20.1). Las hachas de talón con una o dos anillas de Coaleda y Beratón tampoco contienen plomo.

Sin embargo, sería arriesgado sostener con tan pocos ejemplos que durante el Bronce Final soriano se tendía a fabricar estas piezas con bronce binario rico en estaño, al contrario de lo observado en otras latitudes en donde la participación de bronce ternario Cu-Sn-Pb es importante. Véase, por ejemplo, el depósito de Samieira y otras hachas del Noroeste (SIERRA 1978: 17. SIERRA et al. 1984: 48-49), o las piezas de diversa procedencia publicadas por HARRISON et al. (1981: 157).

Tampoco conviene tomar por ahora como rasgo distintivo el alto contenido en estaño de las hachas, cuyas cifras oscilan entre el 15 y el 22%. En Samieira son frecuentes valores que caen dentro de ese intervalo.

Es interesante hacer notar que en la provincia de Soria no parece haber mineralizaciones de estaño. Ello significa que el metal, el mineral o los objetos llegaban por vía del comercio.

El puñal de lengua de carpa de Ocenilla, sobre cuya procedencia soriana se mantienen serias dudas, presenta una aleación ternaria con 21,95% Sn y 6,53% Pb. Ninguna de las espadas atlánticas recogidas por HARRISON et al. (1981: 158) contienen más del 1% de plomo. Sin embargo se conocen ejemplares franceses de la región de Poitou con hasta el 8% (PAUTREAU 1984: 126-127).

PUNTAS DE PEDUNCULO Y ALETAS

Comentamos aparte este grupo de piezas por la dificultad que entraña situarlas cronológicamente cuando no se dispone de un contexto arqueológico claro. Como es sabido, estas puntas aparecen ya en el Bronce Antiguo y evolucionan hasta entrada la Edad del Hierro. En una revisión cronológica reciente (ROVIRA et al. e.p.) se sugería que su época más temprana parecía solaparse con las puntas de Palmela tardías, como se deduce de algunos hallazgos de la Meseta Norte. Quizás quepa remontar su cronología a la vista de la punta de Cazalilla (Jaén). La mayoría de ejemplares bien situados en estratigrafía se fecha en 1600-1300 a. C. (MOLINA et al. 1979: 273-275). NAJERA et al. 1979: 31 y 35; NARANAJO 1984: 50 y 79-81; VALIENTE 1987: 28 y 161).

Entre las puntas aquí analizadas, la de Layna (PA1178) es de cobre y puede aceptarse sin dificultad su adscripción al horizonte Campaniforme. El depósito de Layna ofrece también dos Palmela, ambas del tipo B evolucionado de la clasificación de ROVIRA et al. (e.p.). Tal asociación había sido ya señalada, entre otros, por DELIBES (1977: 111). También son de cobre las puntas de Los Tolmos, fechadas en el Bronce Medio.

La punta de Dévanos (PA1211), con 14,11% Sn, es de tipo similar a la encontrada en La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara) (VALIENTE 1987: 28, Fig. 12-401) y a algunas de la Motilla de Azuer (MOLINA Y NAJERA 1978: 63, Abb. 6-d y 6-K). La primera se encuadra en un contexto de Bronce pleno con una datación radiocarbónica del 1500 a. C. (fase El Lomo II). Las de Azuer, también apoyadas en fechas de C14, se sitúan entre 1600-1300 a. C. (MOLINA et al. 1979: 273-275). Por el momento desconocemos la composición del metal de estas piezas de referencia, pero todas ellas quedan dentro del Bronce Medio. Algunas puntas de este mismo tipo, descontextualizadas, procedentes de la región andaluza, son de bronce binario con cifras de estaño en torno al 15% (ROVIRA et al. e.p.). Así pues, como material del Bronce Medio la aleación de la punta de Devános no resultaría excepcional. También es frecuente encontrarla en materiales armoricanos del Bronce Medio (PAUTREAU 1984: 113-115).

Otro problema interesante ofrecen las aleaciones ternarias Cu-Sn-Pb de tres puntas de Numancia (PA1189, PA1195, PA1198). Dos de ellas, con porcentajes de

plomo inferiores al 3% podrían explicarse como aleación no intencionada del plomo derivada de los minerales originarios o de refundición de chatarra con algún bronce plomado. Pero la tasa del 7,69% Pb del ejemplar restante parece responder a una aleación artificial.

De las puntas de pedúnculo y aletas peninsulares analizadas y publicadas hasta ahora (que no alcanza la treintena), sólo una, de la provincia de Tarragona, contiene 5% Pb (PEREZ ARRONDO Y LOPEZ DE CALLE 1986: 168). Ni la serie andaluza mencionada ni los ejemplares de El Peñón de la Reina (Almería) (ROVIRA Y SANZ 1983), éstos últimos claramente fechados en el Bronce Final, superan el 1% de plomo.

Las aleaciones ternarias Cu-Sn-Pb son frecuentes en la metalistería del Bronce Final (HARRISON et al. 1981), observándose una cierta tendencia a emplearlas en piezas de fundición que no van a ser forjadas (ROVIRA 1987). Sin embargo, y aunque no las tengamos aún documentadas en los contextos del Bronce Medio de la Península, sí lo están en la serie bretona contemporánea (BRIARD Y BOURHIS 1984: 51), si bien son poco frecuentes y no parecen superar la tasa del 5% Pb. No aparecen reflejadas en otras series de materiales galos de esta época.

Hasta donde sabemos, pues, las aleaciones Cu-Sn-Pb se manifiestan excepcionalmente en el Bronce Medio. Es muy probable, por tanto, que las puntas plomadas de Numancia pertenezcan a un contexto del Bronce Final o, mejor aún, de la Edad del Hierro.

OTROS MATERIALES

Unas cuantas piezas analizadas plantean problemas adicionales de clasificación debidos a su estado fragmentario y a su ambigüedad tipológica, que se suman al hecho de ser hallazgos descontextualizados. Tal sería el caso de varias piezas numantinas: el extremo aguzado de un puñal de cobre (PA1188), un fragmento de hoja de puñal de bronce (PA1200) y una pieza de bordes dentados (sierra?) de bronce (PA1199). Cabe la posibilidad de asociar la pieza de cobre al horizonte que ha proporcionado las puntas de Palmela, mientras que las de bronce podrían pertenecer a momentos más recientes de la Numancia prehistórica.

Del mismo modo, el puñal de Fuencaliente de Medina (PA1212), también de bronce, presenta unas características tipológicas y una aleación que sugieren una cronología posterior a la que podría deducirse de su hallazgo en la vecindad del enterramiento dolménico de La Alberca.

EL MODELO TECNOLÓGICO DEL BRONCE SORIANO: HIPÓTESIS PRELIMINARES

Estos resultados analíticos admiten, cuanto menos, dos lecturas organizadas. La primera de ellas, muy sensata y poco conflictiva, consiste en adaptar las composiciones del metal al modelo clásico:

- Calcolítico y Bronce Antiguo: piezas de cobre y cobre arsenicado.
- Bronce Medio; piezas de cobre, cobre arsenicado y primeros bronce, éstos no muy antiguos dentro del período.
- Bronce Final: predominio de objetos de bronce binario Cu-Sn y aparición del bronce ternario Cu-Sn-Pb.

Sin embargo el modelo clásico ha de enfrentarse a un número suficiente de excepciones que hace pensar a un número cada vez más nutrido de arqueometalúrgicos en la necesidad de modificaciones sustanciales del modelo o en la elaboración de otro que explique mejor la realidad observada. Este nuevo modelo ya no extrae sus explicaciones acerca de la evolución tecnológica exclusivamente de la ordenación secuencial derivada del registro arqueológico sino que toma en consideración, además, las posibles relaciones causa-efecto del procesamiento metalúrgico de los recursos minerales disponibles, de manera especial en las etapas más antiguas de la metalurgia. Por esta vía se establecen explicaciones más coherentes para el cobre arsenicado o el bronce pobre primitivo.

El nuevo modelo propone para las fases metalúrgicas más antiguas lo siguiente:

- Bronce Antiguo: piezas de cobre, cobre arsenicado y, excepcionalmente, de bronce Cu-Sn. No es posible decidir todavía si estas últimas son el resultado de una verdadera tecnología de aleación o de las características del mineral empleado. Si aceptamos la posible antigüedad del punzón de la cueva del Asno, estaríamos ante un ejemplo aislado de estos bronce pobres antiguos.
- Bronce Medio: piezas de cobre, cobre arsenical y bronce. Mientras no se publiquen análisis de metales de yacimientos con estratigrafía del Bronce Medio no es posible asegurar nada respecto de la cronología de las piezas de bronce ni de sus implicaciones tecnológicas. En el caso de Los Tolmos no se registran piezas de bronce de los niveles del Bronce Medio Temprano (tampoco de otros algo más tardíos, por ahora), lo cual permite suponer, apoyados en las pruebas arqueológicas actualmente recogidas, que no hay tecnología del bronce en ese período de ocupación del yacimiento. Pero sería arriesgado generalizar a todo el territorio soriano porque, si se puede admitir que la punta de bronce de Devános es sincrónica de la de La Loma del Lomo (Guadalajara), tendríamos una referencia indirecta de bronce de buena calidad hacia el 1500 a. C.

La descontextualización y ambigüedad de muchos de los materiales aquí estudiados hace arriesgado sacarlos a la palestra en apoyo del nuevo modelo metalúrgico. Pero, en todo caso, las hipótesis renovadoras y sus tesis asociadas precisan una demostración que requiere reenfocar el trabajo de campo hacia:

- 1.º Nuevos cortes estratigráficos.
- 2.º Prospección de recursos minerales asociados.

Mientras no unamos ambos frentes, las reflexiones acerca de la metalurgia prehistórica restarán sumidas en confortables tópicos.

BIBLIOGRAFIA

- ARRIBAS, A.; CRADDOCK, P.T.; MOLINA, F.; ROTHENBERG, B. Y HOOK (1988): «Investigación arqueometalúrgica en yacimientos de las Edades del Cobre y el Bronce en el SE de Iberia». Coloquio Internacional sobre Minería y Metalurgia en las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas. Madrid, 1985. Ministerio de Cultura. Madrid.
- BRIARD, J. Y BOURHIS, J. (1984): «La paleométtallurgie du Nord-Ouest de la France. Spectrographie des bronzes». *Paleométtallurgie de la France Atlantique. Age du Bronze (1)*. Rennes, págs. 45-61.
- CARNICERO, J.M. (1986): *Las industrias líticas de superficie en la región soriana*. Centro de Estudios Sorianos. Soria.
- CHARLES, J.A. (1967): «Early arsenical bronzes: A metallurgical view». *American J. of Archaeol.*, 71, págs. 21-26.
- DELIBES, G. (1977): *El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte Española*. *Studia Archaeologica*, 46. Valladolid.
- DELIBES, G. Y FERNANDEZ-MIRANDA, M. (1981): «La Tumba de Celada de Robledo (Palencia) y los inicios del Bronce Antiguo en el Valle Medio y Alto del Pisuega». *Trabajos de Prehistoria*, 38, págs. 153-188.
- DELIBES, G.; FERNANDEZ-MIRANDA, M.; FERNANDEZ-POSSE, M.D.; MARTIN, C.; ROVIRA, S. Y SANZ, M. (1988): «Almizaraque (Almería). Minería y metalurgia calcólica en el SE de la Península Ibérica». Coloquio Internacional sobre Minería y Metalurgia de las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas. Madrid, 1985. Ministerio de Cultura. Madrid.
- EIROA, J.J. (1980): *La Cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campañas 1976-1977*. E.A.E., 107. Ministerio de Cultura. Madrid.
- FERNANDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte Española: el utillaje metálico*. *Invest. Arq. en Castilla-León. Monografías*. Valladolid.
- FERNANDEZ-MIRANDA, M.; DELIBES, G.; FERNANDEZ-POSSE, M.D.; MARTIN, C.; MONTERO, I. Y ROVIRA, S. (e.p.): «Almizaraque (Almería, Spain): Archaeometallurgy in Chalcolithic Southeastern of Iberia Peninsula». *La Découverte du Métal. Colloque International*. Saint-Germain-en-Laye, 1989. En prensa.
- FRIEDMAN, A.M.; CONWAY, M.; KASTNER, M.; MILSTED, J.; METTA, D.; FIELDS, P.R. Y OLSEN, E. (1966): «Copper artifacts: Correlation with source types of copper ores». *Science*, 152, 1504.
- HARRISON, J.R.; CRADDOCK, P.T. Y HUGHES, M.J. (1981): «A study of the Bronze Age metalwork from de Iberia Peninsula in the British Museum». *Ampurias*, 43, págs. 113-179.
- HOOK, D.R.; ARIBAS, A.; CRADDOCK, P.T. Y ROTHENBERG, B. (1987): «Cooper and Silver in Bronze Age Spain». WALDREN, W.H. Y KENNARD, R.C. (Editores): *Bell Beakers of the Western Mediterranean*. B.A.R. International Series. N.º 331 (i), págs. 147-162.
- JUNGHANS, S.; SANGMEISTER, E. Y SCHRÖDER, M. (1968): *Kupfer und Bronze in der Frühen Metallzeit Europas. Katalog der Analysen*. S.A.M., 2. Berlín.
- LORENZEN, W. (1966): «Notes concerning copper smelting». *Bull. Historical Metallurgy Group*, 7, págs. 13-21.

- MOLINA, F. Y NAJERA, T. (1978): «Die Motillas von Azuer und Los Palacios (Prov. Ciudad Real). Ein Beitrag zur Bronzezeit der Mancha». *Madridrer Mitteilungen*, 19, págs. 52-74.
- MOLINA, F.; NAJERA, T. Y AGUAYO, P. (1979): «La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1976». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4, págs. 265-294.
- NARANJO, C. (1984): «El Castillo de Cardeñosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la Sierra de Avila. (Excavaciones realizadas por J. Cabré en 1931)». *N.A.H.*, 19, págs. 35-84.
- NOCETE, F. (1988): 3000-1500 A.C. La formación del Estado en las campiñas del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición. Microfichas de la Universidad de Granada. Granada.
- PAUTREAU, J.P. (1984): «Quelques aspect de la métallurgie en Poitou aux Ages du Cuivre et Bronze». *Paleométtallurgie de la France Atlantique. Age du Bronze (1)*. Rennes, págs. 99-133.
- PEREZ ARRONDO, C.L. Y LOPEZ DE CALLE, C. (1986): *Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle del Ebro. II. Los orígenes de la metalurgia*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño.
- ROVIRA, S. (1987): «Algunos aspectos de la tecnología metalúrgica en el Bronce Final y la Edad del Hierro». *Bol. Asoc. Esp. Amigos de la Arqueología*, 23, págs. 53-57.
- ROVIRA, S.; MONTERO, I. Y CONSUEGRA, S. (e.p.): «Archaeometallurgical study of Palmela arrow heads and other related types». *International Colloquium on Archaeometallurgy*. Bologna, 1988, en prensa.
- ROVIRA, S. Y SANZ, M. (1983): «Estudio arqueometalúrgico de las piezas metálicas de El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)». *Antropología y Paleocología Humana*, 3, págs. 193-214.
- RUIZ-GALVEZ, M. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Tesis, n.º 139/84. Univ. Complutense. Madrid.
- SIERRA, J.C. (1978): *Sobre la tecnología del Bronce Final en los talleres del Noroeste hispánico*. *Studia Archaeologica*, 47. Valladolid.
- SIERRA, J.C.; VAZQUEZ, A.J.; LUIS (L. de) Y FERREIRA, S. (1984): *El depósito del Bronce Final de Samieira*. Boletín Avriense. Anexo 2. Museo Arqueológico Provincial. Ourense.
- TYLECOTE, R.F.; GHAZNAVI, H.A. Y BOYDELL, P.J. (1977): «Partitioning of trace elements between the ores, fluxes, slags and metal during the smelting of copper». *Jour. Of Archaeol. Science*, 4, págs. 305-333.
- VALIENTE, J. (1987): *La Loma del Lomo I. Cogolludo, Guadalaajara*. E.A.E., 152. Ministerio de Cultura. Madrid.
- ZWICKER, U. (e.p.): «Natural copper-arsenic alloys and smelted arsenic bronzes in early alloy production». *La Découverte du Métal. Colloque International*. Saint-Germain-en-Laye, 1989. En prensa.

ANALISIS POR ESPECTROMETRIA DE FLUORESCENCIA DE RAYOS-X (% EN PESO)

ANALISIS	FE	NI	CU	ZN	AS	AG	SN	SB	PB	OBJETO	LOCALIDAD
PA1180	0.05	0.06	99.08	ND	0.32	0.010	0.01	0.037	ND	HACHA PLANA	CARACENA
PA1206	0.13	0.16	98.95	0.19	0.35	0.038	0.03	0.111	ND	HACHA PLANA	VALDEAVELLANO DE TERA
PA1214	0.20	0.26	77.58	ND	ND	ND	21.53	ND	ND	HACHA PLANA DE APENDICES	COVALEDA
PA1213B	0.29	0.23	84.13	ND	ND	0.012	14.77	0.029	0.40	HACHA TALON Y ANILLA	BERATON
PA1213	0.28	0.14	83.78	ND	ND	0.011	14.90	0.032	0.33	HACHA TALON Y ANILLA	BERATON
PA1216	0.19	0.11	82.04	ND	ND	ND	17.49	TR	ND	HACHA TALON Y ANILLA	COVALEDA
PA1215	0.13	0.19	80.86	ND	ND	ND	18.21	ND	0.20	HACHA TALON Y DOS ANILLAS	COVALEDA
PA1209	0.07	0.07	96.99	ND	2.01	0.043	0.02	0.006	ND	HOJA CUCHILLO (?)	VILLAR DEL CAMPO
PA0867C	2.39	0.52	91.32	0.21	1.52	0.603	0.04	0.141	1.72	MINERAL	CARRASCOSA DE LA S.
PA0867A	1.23	0.17	93.16	0.19	3.12	0.081	0.08	0.022	1.77	MINERAL	CARRASCOSA DE LA S.
PA0867B	0.51	ND	97.57	0.21	0.38	0.004	0.02	0.001	ND	MINERAL	CARRASCOSA DE LA S.
PA1207	0.09	0.07	99.02	0.21	0.57	0.009	0.02	0.010	ND	PUNTA PALMELA	ALCUBILLA DE LAS PEÑAS
PA1174	0.05	0.07	98.39	ND	0.90	0.002	0.01	0.005	ND	PUNTA PALMELA	ARANCON
PA1191	0.05	ND	99.07	0.19	0.54	0.003	0.01	0.005	ND	PUNTA PALMELA	GARRAY
PA1192	0.06	ND	98.66	ND	0.47	0.012	0.01	0.004	ND	PUNTA PALMELA	GARRAY
PA1197	0.46	0.11	97.89	0.22	0.48	0.020	0.04	0.018	ND	PUNTA PALMELA	GARRAY
PA1196	0.01	0.05	99.70	ND	0.19	0.002	0.03	0.004	ND	PUNTA PALMELA	GARRAY
PA1193	0.44	0.14	86.17	ND	ND	0.012	12.92	0.027	ND	PUNTA PALMELA	GARRAY
PA1194	0.11	ND	98.67	ND	0.67	0.003	0.06	0.006	ND	PUNTA PALMELA	GARRAY
PA1190	0.20	ND	99.48	ND	0.36	0.007	ND	0.005	ND	PUNTA PALMELA	GARRAY
PA1179	0.08	ND	99.34	ND	0.23	0.014	0.01	0.025	ND	PUNTA PALMELA	LAYNA
PA1177	0.04	ND	98.52	ND	0.85	0.011	0.02	0.004	0.02	PUNTA PALMELA	LAYNA
PA1203	0.15	0.12	98.13	0.19	0.37	0.001	TR	0.004	0.12	PUNTA PALMELA	VILLALBA
PA1205	0.07	0.07	98.97	0.15	0.39	0.017	0.01	0.015	0.05	PUNTA PALMELA	VILLALBA
PA1204	0.10	0.08	98.31	ND	0.91	0.068	ND	0.003	0.03	PUNTA PALMELA	VILLALBA
PA1189	0.50	0.21	81.33	ND	ND	0.098	14.22	0.639	2.87	PUNTA PEDUNCULO	GARRAY
PA1186	0.09	ND	98.91	0.18	0.57	0.005	0.02	0.023	ND	PUNTA PEDUNCULO Y ALETAS	CARACENA
PA1185	0.17	ND	98.69	0.21	0.22	0.008	0.02	0.010	ND	PUNTA PEDUNCULO Y ALETAS	CARACENA
PA1187	0.07	0.05	99.17	ND	0.28	0.029	ND	0.064	ND	PUNTA PEDUNCULO Y ALETAS	CARACENA
PA1211	0.43	0.44	83.06	ND	0.87	0.051	14.11	0.340	0.27	PUNTA PEDUNCULO Y ALETAS	DEVANOS
PA1195	0.56	0.47	75.65	ND	ND	0.042	15.14	0.008	7.69	PUNTA PEDUNCULO Y ALETAS	GARRAY
PA1198	0.34	0.26	81.03	ND	ND	0.033	16.03	0.081	1.67	PUNTA PEDUNCULO Y ALETAS	GARRAY
PA1178	0.09	ND	99.26	0.20	0.22	0.021	0.01	0.016	ND	PUNTA PEDUNCULO Y ALETAS	LAYNA
PA1184	TR	0.18	99.09	ND	ND	ND	ND	0.435	ND	PUNZON	CARACENA
PA1210	0.02	0.03	99.59	ND	TR	0.028	ND	0.038	TR	PUNZON	VILLAR DEL CAMPO
PA1183	0.35	0.10	92.44	ND	6.01	ND	ND	0.350	ND	PUNZON BIAPUNTADO	CARACENA
PA1182	0.09	0.07	98.62	ND	0.66	ND	ND	0.176	ND	PUNZON BIAPUNTADO	CARACENA
PA1208	0.11	0.12	93.51	ND	ND	0.017	6.18	0.066	ND	PUNZON BIAPUNTADO	LOS RABANOS
PA1181	0.03	0.11	99.23	ND	0.36	0.017	ND	0.009	ND	PUÑAL	CARACENA
PA1201	0.68	0.26	82.37	ND	ND	0.008	15.69	0.012	0.63	PUÑAL	GARRAY
PA1200	0.38	0.20	84.65	ND	0.17	0.002	13.42	0.008	0.05	PUÑAL HOJA	GARRAY
PA1188	0.14	0.04	98.79	0.17	ND	0.010	0.01	0.054	ND	PUÑAL HOJA (?)	GARRAY
PA1218	0.20	0.26	70.35	ND	ND	0.068	21.95	0.037	6.53	PUÑAL LENGUA CARGA	OCEANILLA (?)
PA1176	0.06	0.05	99.28	0.18	0.16	0.011	0.01	0.13	ND	PUÑAL LENGUETA	ARANCON
PA1175	0.26	0.08	94.99	ND	3.81	0.004	ND	TR	ND	PUÑAL LENGUETA	ARANCON
PA1212A	0.15	0.09	91.28	ND	ND	TR	7.69	0.009	ND	PUÑAL	FUENCALIENTE DE MEDINA
PA1199	0.49	0.21	83.16	ND	ND	0.016	15.70	0.014	0.10	PUÑAL LENGUETA	GARRAY
PA1173	0.07	ND	98.14	0.18	1.59	0.009	ND	0.005	ND	PUÑAL LENGUETA	LA POVEDA (?)
PA1202	0.06	0.10	97.17	0.19	1.79	0.010	0.02	0.004	TR	PUÑAL LENGUETA	VILLALBA
PA1212B	0.26	0.32	86.10	ND	ND	0.039	11.48	0.043	1.12	PUÑAL (REMACHE)	FUENCALIENTE DE MEDINA
PA1217	0.26	0.30	81.94	ND	ND	ND	16.82	0.011	0.16	REGATON (?)	COVALEDA

**LA PINTURA ESQUEMATICA
DE LAS PROVINCIAS DE SORIA Y SEGOVIA:
ESTUDIO COMPARATIVO**

M.R. LUCAS PELLICER*

En reconocimiento a la importante contribución de Teógenes Ortego al descubrimiento y difusión de la pintura rupestre soriana, dedico a su memoria estas páginas, recuerdo de animadas charlas en las que, por encima de toda controversia científica, prevalecía siempre el respeto hacia su infatigable trabajo y la amistad incondicional que me brindó durante muchos años.

Nuestros puntos de vista no coincidían plenamente. Tal y como se puede leer en sus muchos escritos y ha recogido fielmente Gómez Barrera (1988), las explicaciones de Ortego sobre la pintura esquemática se pueden resumir en tres postulados:

AUTORIA

Pastores transhumantes. El arte esquemático, pintura o grabado al aire libre, era obra de «tribus» de economía ganadera que practicaban largos desplazamientos estacionales en busca de prados frescos. Este nomadeo de temporada, huyendo de los climas extremados, propiciaba el encuentro entre gente de procedencia dispar con la consecuente transmisión y contaminación de ideas.

ORIGEN

La raíz del arte esquemático estaba en el arte levantino que, traspasando las serranías, se había propagado hacia el interior, en sintonía con la influencia de la cultura megalítica del Bronce I y la expansión de los ídolos «almerienses» y los enterramientos dolménicos.

SENTIDO

El arte era una forma de llenar los tediosos y largos días añorando el regreso. Mientras pastaban los rebaños los pastores plasmaban en los riscos sus preocupaciones materiales y psíquicas, las vivencias y «menudencias» que llenan la existencia.

Era una auténtica delicia escuchar de los labios de Ortego la explicación de las escenas del arte soriano. La vida y la muerte, los aspectos económicos y lúdicos, los temores, la magia y las creencias, la sensibilidad hacia el paisaje o la rutina cotidiana... hilvanaban el singular desfile de imágenes, recordadas por la elegancia y la fluidez de su palabra.

Partiendo de este peculiar enfoque y centrada en la pintura esquemática de Soria y Segovia, situada en enclaves geográficos y climáticos bastante homogéneos, me he formulado la cuestión de si realmente se pueden reconocer unas pautas mentales que respondan a una misma comunidad de ideas. Los resultados de este cotejo quedan sintetizados en los siguientes apartados:

LOCALIZACION

Muy brevemente, puesto que la ponencia de Gómez Barrera habrá dado cumplida cuenta del arte rupestre en Soria, cabe señalar que tanto el conjunto de Monte de Valonsadero en la margen derecha del Duero, como el resto de los enclaves con arte situados hacia el oriente de Soria, son áreas de pastizales y caminos pecuarios que en otro tiempo formaron parte de la Cañada soriana, que arrancaba de los «confines» de las provincias de Logroño y Soria y, en paralelo a la Cañada de Segovia, se dirigía hacia el valle de la Alcudia (Ciudad Real) y Sierra Morena.

Justamente la Cañada Real de Segovia se inicia en el SO de Soria y en esta área se localizan: a) el perdido conjunto de Ligos, junto al río Pedro, afluente de la margen izquierda del Duero; b) el abrigo pintado del Portalón (Ortego, 1963) en Villacadima (Guadalajara), rayando con Segovia; c) el núcleo de arte rupestre del cañon del río Duratón, tributario del Duero, en la serranía de Sepúlveda, a corta distancia del reborde del Guadarrama que separa ambas submesetas. Aquí se localiza la Cueva de los Enebralejos de Prádena, conocida desde hace años como yacimiento arqueológico asociado a manifestaciones artísticas (pintura y grabado). Los recientes trabajos en este yacimiento son altamente esperanzadores y significativos y a ellos volveremos más adelante, si bien la singularidad de la pintura en cueva profunda y el estado actual de los estudios (Municio y Piñón, 1988), impide contrastar los datos con la pintura rupestre al aire libre, estudiada directamente en un único conjunto de Segovia: el barranco del río Duratón.

Las condiciones del barranco segoviano para el pastoreo son limitadas, pero más favorables que para el cultivo agrícola (pequeños huertos y páramos) y es obvia la tradición ganadera de estas zonas con arte rupestre. En Sepúlveda, ciudad que contaba con Mesta Municipal, convergían la cañada Real de Segovia y los cordeles que la unían con las de Burgos y Soria.

LOS SITIOS

La densidad de estaciones rupestres localizadas en el Monte de Valonsadero y en el Duratón es el primer punto para establecer comparaciones, si bien la configuración geológica (predominio de arenisca en Soria, caliza en Segovia) y la red hidrográfica imponen diferencias notables entre las estaciones de ambas provincias. En Soria domina la orientación Norte y en el Duratón privan los sitios orientados hacia el Este.

Pese a notorias diferencias en la morfología y el paisaje, no se pueden negar ciertas concomitancias entre los sitios elegidos para ubicar las pinturas. Grandes abrigos, pero también covachos, vestíbulo de cuevas más profundas, paredes y grietas fueron el soporte artístico, con dominio claro en el Duratón, frente al arte de Soria, de los abrigos o solapas con terrazas lavadas sin muestras de sedimentos o de ocupación. Pero en una y otra zona, los riscos y peñascos en los que se abren las grietas y «ventanas» que albergan el arte, se adueñan del panorama, contrastando en ocasiones lo recóndito y la visibilidad. A estos aspectos comunes cabe unir la proximidad a los cursos de agua y, en unos pocos casos, la existencia de cazoletas naturales en el entorno de las pinturas.

COMPOSICION Y ESTILO

APROVECHAMIENTO DEL SOPORTE Y DISTRIBUCION DE LA PINTURA

El barranco del Duratón responde a dos tendencias claras:

a) Subordinación de los dibujos al relieve de la roca.

b) Expansión horizontal de la pintura emplazada a media altura, con armonioso respeto de espacios libres entre la agrupación de motivos.

a) En los abrigos segovianos, el juego caprichoso de grietas y fisuras ha influido en la elección del panel rocoso utilizado como soporte de los dibujos, y los artistas han aprovechado intencionadamente las irregularidades de la roca para enmarcar e individualizar diferentes dibujos en un mismo sector. Se utiliza plenamente, a manera de hornacina, el espacio definido y aislado por oquedades de distinto tamaño, (bien evidente en diversos grupos del abrigo del Aguila) y, lo que es más importante, se costata en varios lugares la integración de ciertos accidentes en el dibujo propiamente dicho, de suerte que es razonable suponer que las formas sugeridas por la naturaleza condicionaron los temas. Ejemplos de este tipo lo tenemos en los «oculados» de Los Angostillos, Juego de Chita y Carrascal 2 y en los «soles» del Aguila (Lucas, 1980).

Recursos comparables se aprecian también en Soria (Gómez Barrera, 1982): se puede citar el efecto de relieve en uno de los cuadrúpedos de Peña Somera, en Valonsadero, abrigo en el que es bien visible el enmarque de los grupos pintados aprovechando la irregularidad de la roca. Asimismo cabe mencionar la disposición de la figura solar en el abrigo de El Mirador; pero, quizá, el ejemplo más expresivo esté documentado en el abrigo de La Peña de Los Plantíos en Fuentetoba (Gómez Barrera, 1985), al Sur de Monte Valonsadero, donde se llega a reforzar mediante pintura el contorno rocoso que, a manera de estela antropomorfa, enmarca un insólito grupo. El aspecto humano de la silueta se intensifica al incluir en la parte superior los accidentes naturales que sugieren los rasgos de la cara. La afinidad con los «oculados» segovianos es indiscutible.

b) Frente a la maraña de dibujos, caos compositivo y diferencias de altura, rasgos comunes a muchas de las estaciones con arte esquemático, el conjunto pintado del Duratón se caracteriza por la regularidad en la organización de los dibujos

y por el mesurado aprovechamiento del soporte. Salvo excepciones, unidas a los condicionamientos topográficos y a la monotemática de algunos abrigos, la distribución de los motivos forma una especie de friso en donde los grupos se suceden, respetando espacios libres, de un lado al otro de la pared del fondo, llegando, en el caso concreto del Solapo del Aguila, a marcar los trechos intergrupales con una puntuación.

El «orden» se comprueba tanto en los abrigos de la margen derecha como izquierda e incluso en la Cueva de la Nogaleta (o Nogalera) ; esta intención de seguir un esquema preestablecido, de izquierda a derecha, se constata, todavía más, al apreciar que, en la mayoría de los abrigos, una pequeña agrupación de 4 a 5 líneas de corta longitud marca el límite situado a la derecha del espectador. Dato ciertamente significativo y, hasta la fecha, sin paralelo.

Según mis apreciaciones, la distribución armónica en sentido horizontal no domina en el arte soriano, sin embargo se pueden entresacar algunos ejemplos que insisten en este tipo de composición a nivel de grupo. Así, a la regularidad de la alineación de las llamadas «barras» o cortas líneas verticales, cabe añadir los ejemplos brindados por los abrigos del Túbo, Covachón del Puntal, Prado de Santa María, Covacho del Morro, Cuerda del Torilejo etc., y sobre todo la marcada tendencia a seguir esta organización en el importante conjunto de la Peña de Los Plantíos.

En la composición de una y otra provincia, existen otras tendencias dignas de mención: en las agrupaciones de mayor número de motivos o en las escenas más significativas, y con independencia del orden adoptado en el conjunto, figuras o signos se distribuyen según una serie de pautas cuyos esquemas se han dibujado en la Fig. 2. De una manera genérica se entresacan las siguientes conclusiones:

Los esquemas A y B son comunes a ambas provincias pero se repiten más frecuentemente en Segovia, combinados en un mismo abrigo. El esquema D es exclusivo de Segovia, mientras el C se registra solo en Soria, al igual que los esquemas en ángulo E, F y G (Peña Somera, La Lastra, Peña de Los Plantíos etc.) posiblemente con intención de perspectiva y diferencia de planos. En Duratón la composición diagonal tiende a seguir el esquema H y en ningún caso se detecta la marcada angulosidad de los grupos sorianos.

Estas pautas seguidas en la distribución interna del arte esquemático han sido poco valoradas, pero su importancia es muy significativa ya que, cuando se evidencian añadidos (identificables por el color o por diferencias de tamaño o estilo), las incorporaciones se sitúan marginalmente o entre espacios libres, o se limitan a repintar lo anterior. Los ejemplos de superposiciones que rompan el equilibrio de la composición más antigua son ciertamente raros.

ESTILO

Todo el ciclo esquemático comparte, por su propia entidad, afinidades de expresión, pero existen divergencias geográficas y posiblemente conceptuales y cronológicas según sean los «convencionalismos» adoptados. Incluso en los recursos gráficos utilizados para representar cuanto identificamos como una misma entidad (p.e. el ser humano) apreciamos versiones diferentes dentro de un mismo sitio y fase cronológica o cromática. De ahí la importante utilidad del lenguaje tipológico de P. Acosta, base de los diferentes sistemas de clasificación propuestos por otros investigadores, además del entendimiento mutuo al utilizar;

aunque sean subjetivos, conceptos tan denostados como seminaturalismo, semiesquematismo, abstracción etc.

Baste decir al respecto que la mayoría de iconos de la pintura al aire libre, en Soria o Segovia—le llamemos figura o signo— tiende a las líneas simples, trazadas con pincel o con «el dedo». Pero existen ejemplos de evidente corporeidad en la representación de la figura humana. En casos concretos la diacronía salta a la vista, bien por la anomalía del color (guerrero negro de La Molinilla) o por el atuendo y pertrecho de los personajes (lucha entre dos individuos armados en la solapa del Juego de Chita). Pero hallamos ejemplos «genuinos» que muestran una simplificación de rasgos distinta a lo meramente lineal y es obvio que los «estilos» conviven y son intencionados. Empíricamente deduzco que se trata de una respuesta a las matizaciones cognitivas de una misma imagen; o dicho de otro modo, son «diferentes» realidades que toman como parámetro las mutaciones de una percepción tangible. De aquí precisamente la variabilidad y caustica de la figura humana, la más rica en matices.

Para no aburrir con largas retahilas, en la Fig. 1 se han recogido una serie de motivos basados fundamentalmente en las tablas confeccionadas por Gómez Barrera (1982) para Soria y por R. Lucas (1980) para el Duratón (Segovia). La visión conjunta y paralela de los iconos o signos más afines lleva las siguientes constataciones:

Sólo en las figuras humanas 1 y 2 hallamos cierto «aire levantino», bien diferente según la provincia. A ello debe añadirse otro rasgo estilístico y compositivo que no hallamos en Soria. Me refiero al aspecto de los colectivos enlazados por los brazos localizados en La Solapa del Aguilar (R. Lucas, 1980, tipos 1 y 2). Pese al reducido tamaño, la silueta insinúa los volúmenes corporales y la vestimenta de falda larga en el supuesto grupo femenino y piernas abiertas y entrecruzadas en el caso de los hombres. En esta línea de singularidad, y procedente del mismo abrigo, debe señalarse la peculiar figura teromorfa (Fig. 1, 1 izq.) de cuerpo alargado y rectangular tocada con triple cuerno y pñadora de insólitos pertrechos (entre ellos una cabrita dibujada con correcto realismo y no dibujada en esta comunicación). Por contrasten existe en Soria complejas figuras mixtas de animal-hombre de aspecto más naturalista (Covacho del Puntal, Covacho del Morro...) que no tienen parangón en el arte segoviano (Gómez Barrera, 1982, fig. 91,17).

En el Duratón (Solapa del Aguila), las escasas figuras humanas de aspecto menos esquemático, aunque muy simplificadas, no llevan, como en Soria, marcados los músculos; en cambio siempre se diferencia cabeza y cuello, y no es infrecuente la representación de pies y manos con dedos, sin coincidencias, salvo rara excepción (p.e. la presencia de pies en Peña de los Plantíos), con los dibujos de Soria. A ello debe añadirse las observaciones sobre la posición frontal o de perfil. En Valonsadero los personajes menos esquemáticos aparecen de perfil. En Duratón, excepto la figura de Peña Higuera (Fig. 1, 5) las representaciones humanas de mayor corporeidad se pintaron con el rostro de frente aunque los pies se dibujan claramente de perfil («perspectiva torcida») y, paradójicamente, son los auténticos esquemas los que, ya sea mediante ciertos apéndices en la cabeza (nariz o posición del tocado) o por la dirección de los pies, marcan sin ambigüedad, y en ocasiones muy correctamente, la visión lateral.

En un rápido cotejo en el estilo de las figuras más lineales, se llega a las siguientes conclusiones:

El tipo golondrina está muy representado en Soria y también es conocido en el arte segoviano y, justamente al contrastar el modo de trazar estas representaciones, teóricamente idénticas, se nota bien la tendencia a las líneas curvas en la pintura soriana frente a la rigidez y angulosidad del trazado en los esquemas de Segovia. Este contraste se advierte todavía más en los «ramiformes humanos» pues, frente al trazo rectilíneo de los esquemas del Duratón, marcando incluso los pies e inflexiones de los brazos, la ambigüedad de los sorianos es manifiesta e igualmente es ostensible el dominio de la línea curva en Soria, frente a la horizontalidad y pequeño tamaño de las «ramas» que caracterizan los antropomorfos del Duratón. En este sentido es notoria la afinidad con los ramiformes de la Peña de los Plantíos, tal vez el conjunto que más se aproxima a las características del arte segoviano.

Además de las afinidades y contrastes perceptibles entre los dibujos recogidos en la Fig. 1, no quiero pasar por alto un dato que, conceptual o cronológicamente, puede ser significativo. Me refiero a la peculiaridad de trazar ciertos dibujos con líneas más fina. En algunos casos las diferencias en el grosor de líneas, llegando incluso a efectos caligráficos, pueden estar motivadas por la diacronía de las manifestaciones artísticas, pero no deja de llamar la atención el hecho de que este tratamiento técnico se atestigüe en motivos pectiniformes interpretados de una manera semejante (con alguna de las verticales entrecortadas o temblonas) y en circunstancias comparables: asociación a finas puntuaciones y a herraduras paralelas (signos petroglifoideos) de trazo más grueso, tanto en La Moliñilla (Duratón) como en la Umbría del Colladillo (Monte Valonsadero).

TEMAS Y ASOCIACIONES

A efectos de contraste y regularidades, deben tenerse en cuenta otros valores cualitativos y numéricos tales como la singularidad o reiteración de temas o motivos, frecuencia, posición de signos y figuras, asociaciones etc. Ciertamente, si entendemos el arte como un medio de comunicación, sea cual sea su sentido, los símbolos y su modulación o, en términos lingüísticos, los morfemas y la sintaxis pueden estar ajustados al mismo código y mostrar sensibles diferencias porque la semántica o el significado pueden ser distintos. Partiendo del hecho de que se trata de un código de ideas y no de equivalencias ajustadas a la lengua o a unos patrones consagrados y reducibles, caso de la escritura, la complejidad puede ser mayor y a ello cabe añadir la polivalencia de los símbolos según sus circunstancias. Sin embargo, si este «código» era inteligible para su sociedad, forzosamente debe existir una «normativa» cultural referida a un determinado estadio de evolución socio-económica o ideológica, porque, y deliberadamente no voy a extenderme e ello, podemos establecer unos patrones mentales reflejo del comportamiento y de la conducta de un determinado grado de nivel cultural. Es decir, deben existir «equivalencias» y la presencia, ausencia, reiteración de determinados esquemas o signos ha de ayudarnos a establecer, sea burdamente, alguna aproximación respecto a los significantes y al significado.

En este intento, el punto de partida es establecer si elementos (motivos), que ante nuestros ojos y mentalidad actual sugieren la misma entidad real, están

presentes o ausentes para, a tenor de ello, argumentar si la temática (deducible no sólo del signo aislado sino de las asociaciones o complejidad de los motivos) guarda alguna afinidad. Así, partiendo de lo más simple —la tipología establecida para las diferentes categorías perceptibles y creadas por el lenguaje arqueológico—, deben añadirse a lo ya expuesto, las siguientes constataciones:

ESQUEMAS HUMANO SIMPLES («El hombre o el individuo inespecífico de la comunidad»)

Los esquemas tipo salamandra con la representación del sexo masculino son dominantes en Soria e inexistentes en el Duratón pues solamente el hombrecillo de Peña Higuera (Fig. 1, 5) caminando de perfil, con brazos en asa, sexo indicado y tocado en la cabeza recuerda este tipo.

También son frecuentes en los abrigos sorianos los tipos en T, doble Y y anco-riformes (categoría 1,3 de Gómez Barrera) prácticamente inexistentes en Segovia. En cambio los esquemas acéfalos en Y simple (hacia arriba o invertida), muy raros en el arte soriano, abundan en el Duratón.

Es destacable asimismo la rareza, en uno u otro conjunto, del tipo en «pi», entre otros y la similitud de signos mas singulares que representan claramente la figura a humana con brazos arqueados y visión frontal, normalmente agrupadas en pareja, con el mismo o distinto tamaño o con aspecto muy similar formando pequeñas agrupaciones.

SERES SUPRAHUMANOS («Idolos», hechiceros, oficiantes, etc.)

Paralelismo innegable existe, a pesar de las diferencias de trazado, en las figuras en «phi» (quizá representada tres veces en todo el conjunto del Duratón) (Fig. 1, 7) siendo digno de señalar, por la repetición del grupo, la semejanza entre la composición horizontal del abrigo del Tubo (Fig. 2, SO-1) y la del abrigo segoviano de La Tumba o Rozas 1 (Fig. 2, SG-1). En mi opinión la interpretación de este esquema puede ser ambigua cuando lleva indicadas las piernas (en V invertida) y es susceptible, por tanto, de clasificarse o confundir con un esquema humano de brazos en asa. Sin embargo, su carácter de ídolo no ofrece dudas cuando muestra el interior oculado. No obstante, a nivel de paralelos muebles, su condición de ídolo (quizá extensible a ciertas figuras «tipo golondrina» de brazos muy largos y a veces con peana, como la n.º 8 del Duratón), responde a la versión pintada de un tipo especial de ídolo placa: VIII-Db de la clasificación de M.J. Almagro (1973) «con decoración antropomorfa». El prototipo más conocido es la placa-ídolo «de Indaha Nova», modalidad de las placas con brazos y manos reducidos e independizados en este ejemplo por el recorte interno de la silueta, con la consecuente pérdida de las manos. Es decir, las líneas dibujan una «phi griega» de trazo anguloso, versión muy próxima al tipo golondrina del Duratón y que, con trazo curvo y cerrado, es idéntica al tipo aquí tratado (n.º 7), conserve o no la representación de la cabeza. El escaso número y los caracteres especiales que concurren en la presencia de este tipo de motivo en la pintura esquemática (oculación, tamaño destacado, unicidad, situación, asociaciones) evidencian en no poco casos la trascendencia de la imagen dentro del conjunto.

Esta trascendencia se ve clara en el abrigo soriano de la Peñota, «ídolo oculado», que aproximaría la figura a la modalidad de aprovechar los accidentes naturales para indicar los ojos, tanto en la Peña de los Plantíos como en los oculados del Duratón, sugeridos por la representación de los arcos superciliares. El signo bitriangular, poco prodigado en los diferentes conjuntos, acusa también diferencias al igual que se pueden apreciar respecto al resto de personajes susceptibles de formar parte de esta misma serie.

Respecto a adornos u otros elementos que pudieran conferir una atribución especial a la figura, el tocado que denominó de «montera» (raya horizontal coronando la cabeza) aparece en diversas figuras lineales del Duratón, pero está escasamente representado en Soria. No se puede decir lo mismo de los remates en cuernos, hacia arriba o colgantes, pues, en las diversas zonas, este tipo de tocado aparece en las figuras más singulares y en tipos diferentes, mostrando en este aspecto una marcada diferencia artística entre las dos provincias, a pesar de las similitudes conceptuales. Un ejemplo de diferenciación local con valores aparentemente idénticos se comprueba en ciertas figuras singularizadas por su aspecto, tamaño y rareza: En el Aguila (Fig. 2, SG-4) existe un extraño arquero medio hombre/medio animal, visto de perfil, con apéndice nasal y cuernos; en Juego de Chita otro individuo corniforme está armado de «lanza» (Fig. 2, SG-5; el mismo concepto de arquero monstruoso se representó en el Peñón de la Solana (Fig. 2, SO-4) y un personaje «armado con lanza y escudo», tocado corniforme y apéndice nasal (Fig. 2, SO-5), se documenta en El Tolmo de Morellán, ambos en Valonsadero. En la figura negra de La Molinilla (Duratón), otro hombrecillo con casco de cuernos y escudo rectangular, sin empuñar ningún arma, sugiere la persistencia tardía de estos seres armados, aquí de aspecto más humano (R. Lucas, 1980, tipo 33).

CUADRUPEDOS

Los animales, tan frecuentes en los abrigos sorianos son poco numerosos en Duratón. Sólo existen en cuatro abrigos, con estilos muy contrastados. Los équidos del abrigo del Juego de Chita (Fig. 2, SG-2) muestran cierta afinidad en disposición y volumen a los de la Cuerda del Torilejo en Valonsadero (Fig. 2, SO-2) y un pequeño cuadrúpedo (¿una oveja?) del Aguila (Fig. 1, 14) también es muy parecido a otro del abrigo soriano del Peñón de la Visera (Fig. 1, 14). Jinete y équido de Los Angostillos no tienen parangón en Soria, mientras las representaciones animales con apariencia de cánido, tan abundantes y típicas de la pintura de Soria, no aparecen en la pintura de Segovia, parca incluso en los esquemas zoomorfos. Rebaños de ganado menor, cánidos, bóvidos y équidos son, quizás por este orden, los animales de la pintura soriana más representados. En Duratón los équidos son más abundantes (sólo dos bóvidos posibles y un bucráneo) y solamente hallamos en el Aguila un único ejemplar de distintas especies domésticas (ovicápridos y suido y el cabritillo de ofrenda), quizás como alusión genérica de la cabaña, y no se reconoce en todo el conjunto del Duratón ningún animal salvaje.

En síntesis, y al igual que en apartado anterior, apreciamos notables diferencias de grado y número. A este efecto, computando 21 abrigos en Segovia (Duratón) y un total de 153 motivos, frente a 32 abrigos en Soria y un total de 387 motivos, se obtienen los diagramas, muy elocuentes de la Fig. 3, en los que no se ha tenido en cuenta la temática de puntos y barras.

El conjunto, si juzgamos por los motivos representados, denota un equilibrio en la figura humana, pero la cuantificación inclina a considerar la importancia de la economía ganadera entre las gentes de Valonsadero (en general de los abrigos de Soria). Ello se refuerza aun más considerando los aspectos lúdicos y el protagonismo de los bóvidos con imágenes bastante realistas. En el Duratón no se puede decir que se desconozca la ganadería, pero el énfasis de las escenas recae en los servicios del caballo, única especie dominante y son claras las figuras (Lucas, 1980. Tipo 25) alusivas a la agricultura (inclinadas y con «palo cavador») en dos abrigos diferentes (Molinilla y Aguila), si bien no debe olvidarse que el toro es el animal elegido para la metamorfosis del «hechicero» del Aguila (Fig. 1, 1) y, posiblemente, dos grandes bóvidos, uno de ellos verosimilmente asociado a un personaje subido en el lomo (Lucas, 1980, tipo 44), pudieron representarse en la solapa del Aguila, acercándonos por tanto a las «tauromaquias» de Soria y a la larga tradición de la importancia del toro en las culturas españolas.

OTROS

Soles y estructuras rectangulares, son elementos comunes y también existe identidad en los signos petroglifoides o en herradura, pectiniformes etc.; la frecuencia es, por tanto, el parámetro que impone diferencias. Así, salvo casuísticas de conservación o apreciaciones, es de resaltar la inexistencia de signos escaleriformes en todo el conjunto soriano si bien, y en mi opinión, «la estructura» del grupo XV de Peña de los Plantíos (Gómez Barrera, 1985), debe catalogarse como escaleriforme horizontal. Su asociación a un sol reafirmaría más el paralelismo con el abrigo del Aguila. Aunque sea más dudoso es posible poner en parangón las líneas verticales en zig-zags de éste u otros abrigos sorianos, con las onduladas de la Cueva de la Nogalera. Aquí se asocian a un sol con la corona radiada (rayos internos) y a motivos rectangulares, uno de ellos acabado en cortos ángulos a modo de flecos, cuya descripción parece concordar con la de Gómez Barrera para los restos de pintura que aparecen en el grupo VII de Los Plantíos, debajo de las mencionadas líneas quebradas.

También se puede aducir, en términos generales, las concomitancias entre los puntos y las barras presentes en las dos provincias. Sin embargo, es preciso señalar las diferencias porque estos signos aparecen en Valonsadero formando parte de grupos de distinto carácter dentro de un mismo conjunto; en Duratón, además, estos signos, combinados o aislados, constituyen el tema dominante o exclusivo de diferentes abrigos, análogamente a lo documentado en la cueva de Los Conejos (monotemática: barras), al occidente de Soria.

ASOCIACIONES Y ESCENAS

Dos abrigos de la margen derecha del Duratón destacan por la insistencia en los puntos: Bujerones de San Frutos (asociación a cortas barras) y dominio (asociación a dos figuras acéfalas) en el conjunto 2 del Cabrón. En la margen izquierda, justo en frente del pareje de San Frutos, se impone también el carácter monotemático: barras o pequeñas líneas y puntos son tema, prácticamente exclusivo, de los tres abrigos de Carrascal y de otros tres de Las Rozas. Precisamente en Carrascal 1 se reconocen entre las barras cuatro esquemas en Y (dos en posición recta y dos invertida). Si estos signos tienen correspondencia con lo humano,

evidentemente no se detalla en ninguno de los casos la cabeza (Fig. 1, 10, centro y derecha). Análogamente sucede en la pintura de la Nogalera, pues uno de los tres sectores con pintura está formado exclusivamente por líneas y otro por signos en Y invertida. En el caso de Las Rozas 1 (abrigo de la Tumba) la única pintura perceptible conforma un grupo de barras perfectamente paralelas a uno y otro lado de una figura en «phi» (Fig. 2. SG-1). Este pequeño conjunto es paragonable al grupo C del covacho soriano del Puntal, más irregular en la disposición de las barras, asociadas también a una figura del mismo tipo, en este caso oculada. (Fig. 2, SO-1).

En realidad, las barras, en sus diversas asociaciones, guardan ciertas analogías en el arte de las dos provincias. La mayor coincidencia, a pesar de disposición circular de algunos puntos (Fig. 1, 17) marginales a las barras, se halla entre el Tolmo del Morellán (Valonsadero) y el abrigo 2 de Carrascal (Duratón), con la singularidad (como en Nogalera, Cabrón...) de la asociación del sitio soriano a una cueva de la que Ortego, en su día, sospechó funciones funerarias.

Ya hemos hecho alusión a la existencia en las dos provincias de parejas humanas o colectivos de tres o más esquemas con brazos arqueados, tengan que interpretarse o no como posibles danzas. Igualmente se ha recordado la asociación de signos pectiniformes o petroglifoides. Para no abundar en detalles minuciosos valga la comparación entre escenas que sugieren idénticos conceptos: En La Cuerda del Torilejo (Fig. 2, SO-2) una reata de équidos muy realistas se asocia a un pequeño individuo. Sea cual sea el sentido originario sugiere a nuestro intelecto la domesticación y el importante servicio de los équidos. Otro grupo de este mismo conjunto representa una compleja escena en disposición diagonal en cuyo punto más alto se dibujó un esquema de línea axial rematado en dos grandes arcos. El sentido puede ser equivalente al oculado del Juego de Chita y a los équidos (uno de ellos montado) que formando hilera aparecen en otra agrupación del mismo conjunto (Fig. 2, SG-2). Así, pese a las diferencias entre uno y otro abrigo, localizados en las respectivas provincias, se establecen analogías conceptuales, coincidentes además en la acumulación de dibujos, testigo de la «utilización de los sitios en distintas épocas, sin daño de las pinturas mencionadas, seguramente las más antiguas».

En otra ocasión (Lucas, e.p.) me he referido a la importancia de los signos ramiformes en el Solapo del Aguila, llegando a la conclusión de que una serie de ellos debe identificarse con el concepto amplio de vegetación. Aquí es precisamente donde hallo un paralelismo conceptual (Fig. 2, SG-3) con las representaciones del abrigo soriano del Prado de Santa María, al NO de Soria (Pedrajas). Me refiero a la tan conocida escena de la recolección de frutos: un personaje filiforme tocado con cuernos se encarama a un «árbol» de ramas rectilíneas cuyos frutos están sugeridos por algunas puntuaciones (Fig. 2, SO-3). Del análisis semiótico se desprende que estamos ante una escena «ascensional» y no económica. En el Aguila, la lectura simbólico-religiosa de los diversos grupos lleva a identificar las distintas fases de la estructura de un ritual agrario. Idéntico sentido puede tener, con otra organización, el mencionado conjunto soriano que reitera una serie de acciones susceptibles de integrarse en la misma estructura (p.e. juegos, luchas, personajes armados con palos, extraña figura tectiforme con apéndice —«personaje asomado a una valla» según Ortego— etc.). Creo que en Soria, contrastando con las muchas representaciones de ambiente pastoril tan prodigadas en Valonsadero, este ritual está testificado en Prado de Santa María y,

al menos, el grupo XI de la Peña de Los Plantíos condensa una buena parte de las acciones o fases presentes en diversos grupos del abrigo del Aguila. Una pequeña muestra de identidad se comprueba en la Fig. 2 (SO-6; SG-6) donde he comparado restos informes, de uno y otro abrigo, que sugieren, a pesar de las lagunas y de las pérdidas, la intención de representar idénticos esquemas.

En resumen, la afinidad ideológica se confirma parcialmente por la reiteración de tipos y recursos gráficos, pero se advierte, en el trazado de los dibujos más simples y en las figuras más singulares, localismos que apuntan a la existencia de auténticas provincias artísticas. Intencionalidad y significado deben condicionar la frecuencia, presencia o ausencia de determinados dibujos, pero el modo de interpretar idénticos motivos, de organizar secuencias, de sugerir nuevos conceptos e incluso de elegir determinados temas, delata la diferencia entre el núcleo del Monte de Valonsadero y el barranco del Duratón, más afín a los abrigos del occidente soriano y a los localizados en la margen izquierda del Duero. Esta divergencia, enraizando en la misma tradición, podría explicarse por diferencias en la trayectoria cultural y económica y por el comportamiento ideológico de las gentes que ocupaban o frecuentaban el mismo espacio geográfico.

ATRIBUCION CULTURAL Y CRONOLOGICA

Es tentador terminar la comunicación soslayando el espinoso problema de la filiación cultural y de la atribución cronológica, pero las novedades planteadas en relación con el arte levantino afectan directamente a la cronología del arte esquemático (Hernández y otros, 1988). Por una parte ha de tenerse en cuenta la incorporación del ciclo macroesquemático (incluso si aisláramos las líneas quebradas de la Peña de Los Plantíos se podría forzar su correspondencia con el «línea geométrico». Por otra, la existencia de ramiformes, «soles» complejos etc. y, lo más importante, la evidencia de un arte figurado o simbólico en cerámicas impresas donde se reitera la representación de figuras humanas con cabeza poco individualizada pero con indicación de pies, manos y dedos. En el tratamiento del cuerpo humano, tanto en la Cueva del'Or como en la Sarsa, se reconocen esquema en doble Y y colectivos enlazados, pero mayor atención merece el fragmento de la Cova del'Or (sector F) decorado con ciervos incisos reducidos a la línea dorsal y los apéndices. Cronológicamente el fragmento se sitúa en un estadio avanzado del Neolítico y sin ninguna duda atestigua que el arte esquemático comienza, cuando menos, en el IV milenio a. C., con independencia de los «inicios de la metalurgia venida de Oriente». P. Acosta en 1984 recogió un buen número de objetos muebles (principalmente cerámicas) con «arte esquemático» pertenecientes al neolítico y calcolítico. Efectivamente, su número aumenta en la etapa calcolítica y a este respecto conviene citar, dentro de la Meseta, los fragmentos con cérvidos y soles de Las Carolinas (Madrid), y de La Mariselta (Salamanca), amén del ciervo puntillado de la Peña del Bardal (Avila), de los «ojos soliformes» de Casaseca de la Chanas (Zamora), Cueva del Asno (Soria)... o los ídolos oculados de Juan Barbero (Madrid), la vasija con decoración antropomorfa de Atapuerca (Burgos) etc. La lista puede ser más larga y merecedora de un artículo

monográfico. No quiero dejar de mencionar por su correspondencia con las dos provincias tratadas en estas páginas, el extraño objeto localizado por Melida (1918) en las excavaciones de Numancia, desgraciadamente sin contexto preciso y decorado con signos ramiformes y antropomorfos, y el ídolo fálico decorado con un pectiniforme procedente de un enterramiento de la mencionada Cueva de Los Enebralejos en Prádena (Municio y Piñón, 1988). Precisamente estos investigadores afirman que la pintura parietal de esta cueva (esquema humano y animal) se infrapone a los grabados y en consecuencia debe sincronizarse con la fase más antigua de los enterramientos, adscritos al Calcolítico, y asociados, según se desprende de la lectura del texto, a una intensa actividad ritual. Es un nuevo dato que, unido a las figuras o símbolos (puntillados, incisos o pintados) presentes en la cerámica y otros objetos fechados en estos momentos, testimonia la posible penetración del arte esquemático en la Meseta desde fines del Neolítico, aunque su dinamismo está en sincronía con la complejidad del Calcolítico. El problema no es tanto de límites cuanto de identificar y aislar los diversos estadios de un largo proceso y la correspondencia cultural, amén de la motivación y servicio del arte rupestre.

Brevemente, pues en la próxima comunicación se abordan los grabados, debe remarcarse la correspondencia que, a nivel de símbolo, pueden tener las «barras» pintadas y las numerosas líneas grabadas en cuevas, muchas de ellas receptáculo de enterramientos colectivos. Coincide además la asociación a signos en Y, normal o invertidos, ramiformes, zig, zags, etc. y más ocasionalmente puntos. Justamente en los conjuntos monotemáticos dominan claramente muchos de estos signos. Las circunstancias hacen suponer que una parte de los lugares al aire libre con pintura pueden estar asociados a sitios con enterramientos. Mi impresión personal, a la vista de las condiciones de diversas estaciones del barranco del Duratón y de los resultados de la excavación de la Nogalera (Municio, 1988) es que la pintura «al exterior» o en la entrada de las cuevas responde, en ciertas ocasiones, al mismo concepto funerario, pero quizá en un momento de tránsito al enterramiento individual, marcando nuevos conceptos religiosos y sociales: la temática de caza no tiene importancia y priva la economía de producción y la individualidad de ciertos personajes.

Con el paso del tiempo, a medida que aumentaba la demografía y la población dependía más de un determinado territorio, posiblemente con economía mixta de ciclos estacionales, los núcleos más sugestivos y carismáticos en cuanto aña al paisaje, podrían haber actuado como «focos de cohesión social» y centros integradores para reafirmar, mediante la expresión artística y la participación en rituales y ceremonias al aire libre, la unidad o el parentesco. Repintes, acumulación de dibujos, respeto o pervivencia de la tradición, adaptada progresivamente a nuevos conceptos sociales y económicos, pueden justificar la utilización del caballo como montura (que seguramente no es anterior a la mitad del segundo milenio a. C.), la presencia de determinados pertrechos bélicos y la prolongación del carácter religioso, hasta convertir los sitios, olvidada ya su función original, en meros lugares apropiados para la práctica de supersticiones (p.e. la lucha del Juego de Chita, remedo o evocación de la escena «genuina» de lucha heroica pintada en el Aguila), culminando, en época muy reciente, con la erección de santuarios rurales o pequeñas ermitas.

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, P. (1984): «El Arte Rupestre Esquemático Ibérico: Problemas de cronología preliminares». *Scripta Praehistorica*. Francisco Jordá Oblata, Salamanca, págs. 31-61.
- ALMAGRO GORBEA, M.J. (1973): *Los Idolos del Bronce I Hispano*. B.P.H., vol. XII, Madrid.
- GOMEZ-BARRERA, J.A. (1982): *La Pintura Rupestre Esquemática en la Altiplano Soriana*, Soria.
- (1985): El Abrigo de «La Peña de los Plantíos»: Nuevo hallazgo de pinturas rupestres esquemáticas en Fuentetoba (Soria). *Ars Praehistorica*. T. III-IV, págs. 139-181.
- (1988): «D. Teógenes Ortego Frías y su aportación al conocimiento del arte rupestre post-paleolítico en la Península Ibérica». *Celtiberia*, n.º 75, págs. 47-77. Contiene la bibliografía de Ortego referente a la pintura rupestre de Soria.
- GOMEZ-BARRERA, J.M. Y BOROBIO, M.J. (1984): *Las Pinturas rupestres esquemáticas de «Cueva Conejos»* (Ucero, Soria). *Actas I Simposio de Arqueología Soriana*, Soria, págs. 143-147.
- HERNANDEZ, M. Y OTROS, (1988): *El arte Rupestre en Alicante*. Alicante.
- LUCAS, M.R. (1980): «Aproximación al conocimiento de las estaciones rupestres y de la pintura esquemática del Barranco del Duratón (Segovia)». *Altamira Symposium*, págs. 505-526.
- LUCAS, M.R. en prensa: «El santuario rupestre del Solapo del Aguila y el barranco sagrado del Duratón». *I Simposio Religiones Prehistóricas*, Salamanca.
- LUCAS, M.R. (1989): «El Horizonte de Cogotas I en San Frutos del Duratón». *XIX Cong. Nac. de Arqueología*. Zaragoza, vol. I, págs. 477-492.
- MELIDA, J.R. (1918): *Excavaciones en Numancia*. Memoria de los trabajos de 1916 a 1917. Mem. n.º 5 de la J.S.E. y A. Madrid.
- MUNICIO, L. (1988): «El Neolítico en la Meseta Central española». En *El Neolítico en España*, Madrid, págs. 299-327.
- MUNICIO, L. Y PIÑON, F. (1988): «Programa de Documentación y Estudio de la Cueva de los Enebralejos (Prádena-Segovia)». *I. Cong. Int. de Arte Rupestre «Bajo Aragón Prehistoria»*, VII-VIII, págs. 133-157.
- ORTEGO, T. (1963): «Las Pinturas rupestres de El Portalón, en el término de Villacadima (Guadalajara)». *Ampurias*, XXV, págs. 91-104.

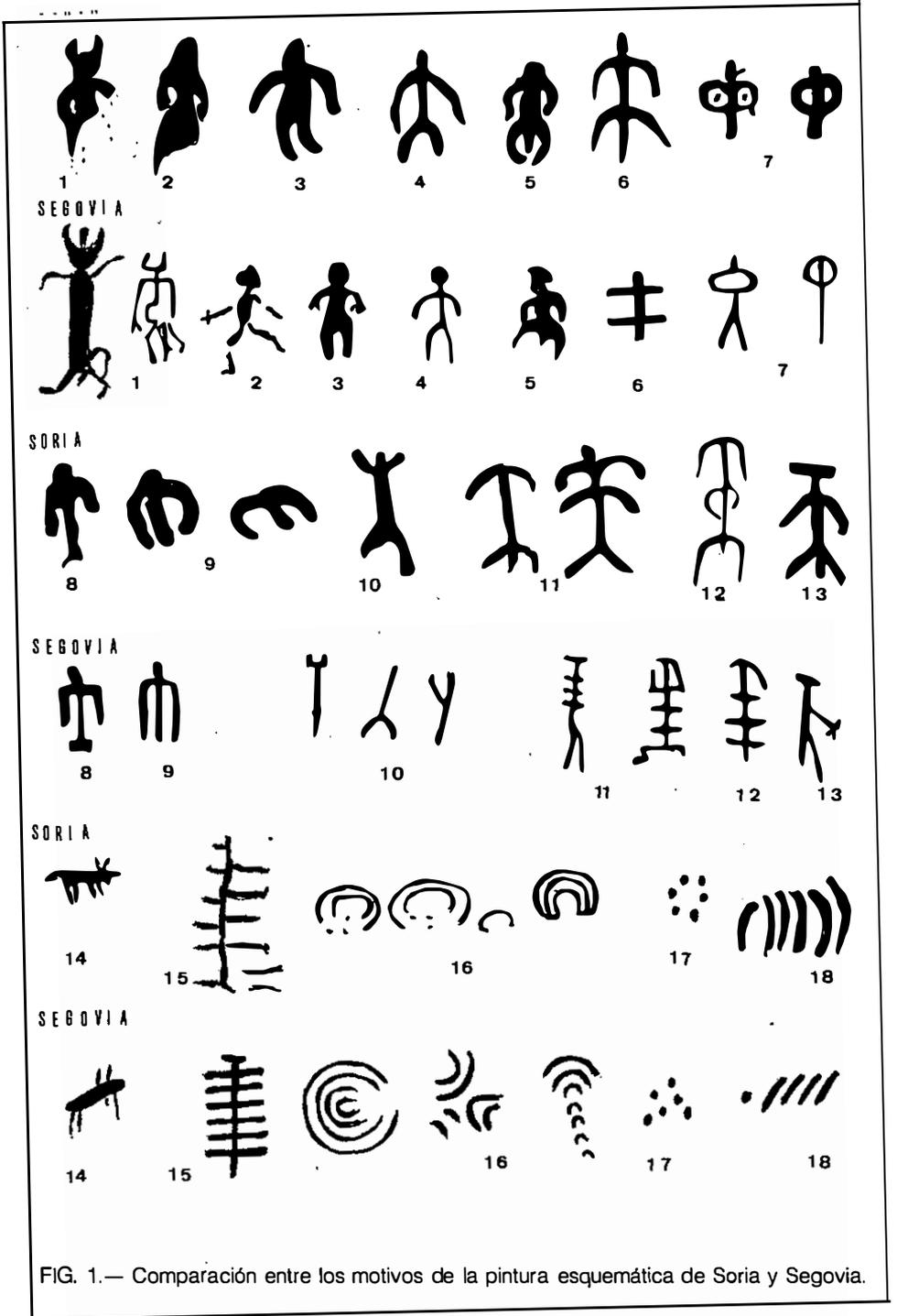


FIG. 1.— Comparación entre los motivos de la pintura esquemática de Soria y Segovia.

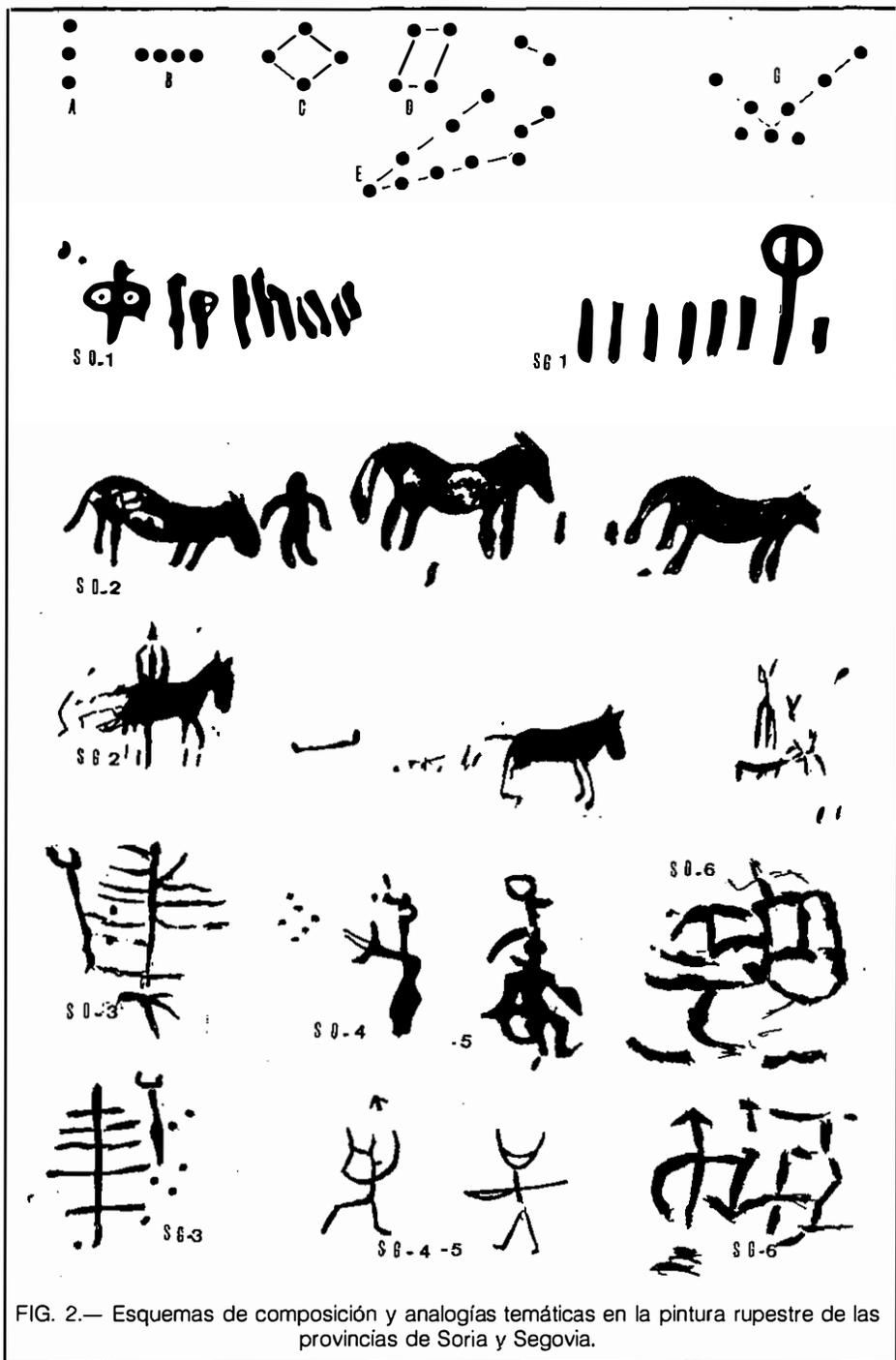


FIG. 2.— Esquemas de composición y analogías temáticas en la pintura rupestre de las provincias de Soria y Segovia.

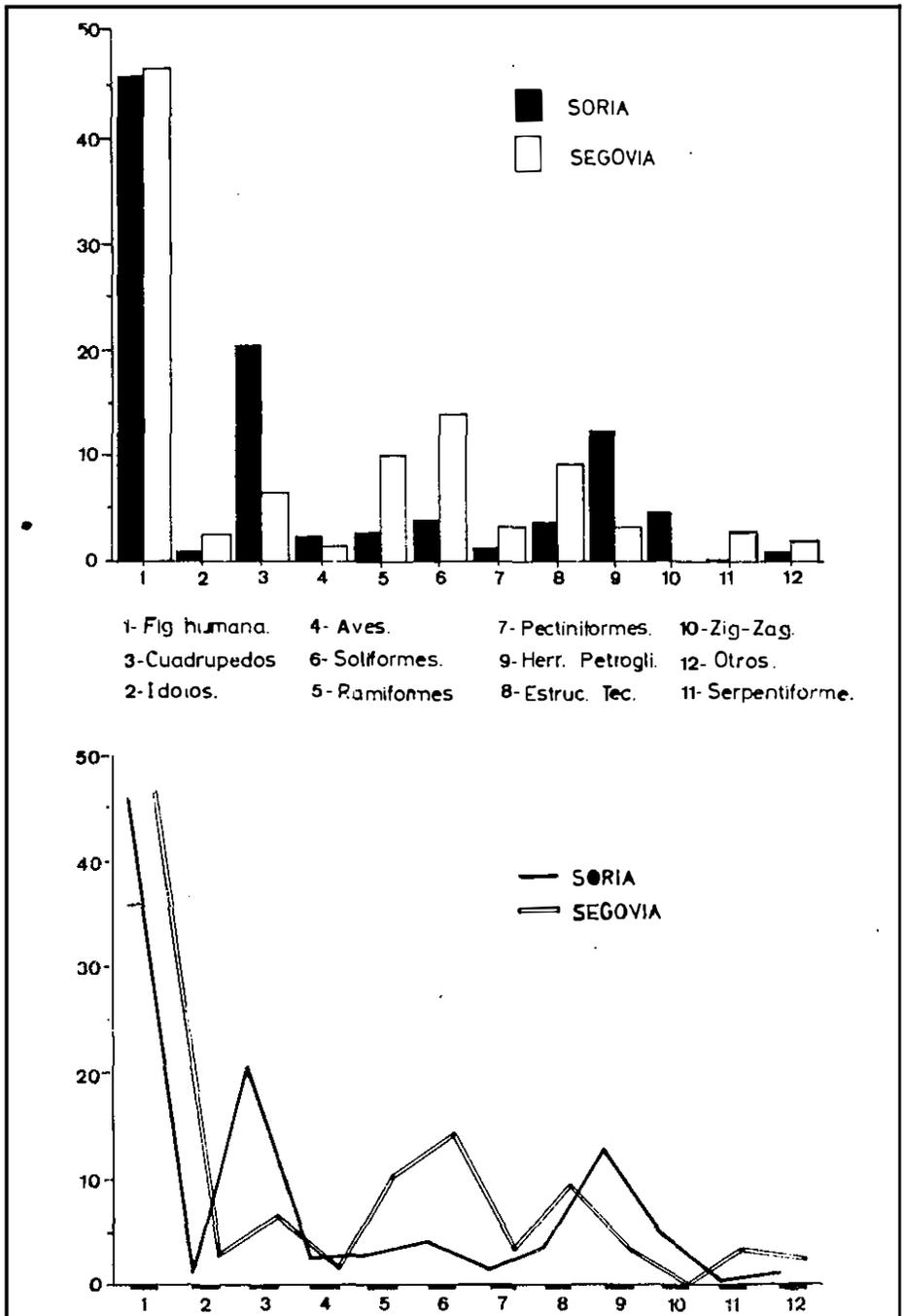


FIG. 3.— Diagramas comparados de la frecuencia de determinados motivos en la pintura esquemática de Soria y Segovia.

LOS GRABADOS RUPESTRES DE SORIA Y SEGOVIA

M.R. LUCAS PELLICER*
R. CASTELO RUANO*

Como complemento a la comunicación sobre la pintura esquemática de estas dos provincias, hemos creído oportuno contrastar las características de los grabados rupestres, bien entendido que nos centramos en la etapa postpaleolítica puesto que, de momento, y a diferencia de Segovia, ninguna de las manifestaciones rupestres localizadas en tierra soriana puede atribuirse con fiabilidad al paleolítico.

También adelantamos que esta comunicación, mero intento de síntesis, está mediatizada por los datos contenidos en la bibliografía consultada y las aportaciones se reducen a los resultados inferidos por el cotejo genérico de las distintas estaciones rupestres y a la inclusión de alguna pequeña novedad respecto a los grabados al aire libre de la provincia de Segovia. Esperamos que estas páginas, arropadas por la ponencia de Gómez Barrera, sirvan de acicate para futuras investigaciones y para concienciar en el apoyo social y económico que merece el estudio y la conservación del arte rupestre, sin distinguos de antigüedad y de la mayor o menor estética de las representaciones.

Otra precisión a tener en cuenta son las referencias bibliográficas. Se citan, como en la comunicación anterior, las publicaciones más recientes o con mayor contenido bibliográfico y sólo se remite a trabajos anteriores cuando el texto así lo exige.

Atendiendo a la localización de los grabados se distinguen las siguientes categorías:

A. GRABADOS EN CUEVAS (Fig. 1)

En una serie de sitios de una y otra provincia, los grabados se han localizado a cierta distancia de la entrada de auténticas cavidades, ya sea en las paredes o en el techo de las galerías y cámaras más singulares. Es por tanto un arte «interior» bien diferente a los simples covachos.

2. Somero en los sectores A y B de la Cueva Grande de Ucero.

c) Abrasión. Esta técnica se cita sólo en Conquezuela y es obvio que está ligada a líneas o trazos de cierta anchura cuya superficie se marca desgastando la roca por roce continuo a manera de un pulido (al igual que en alguno de los dibujos de las llamadas estelas del Suroeste).

d) Picado simple o punteado somero. En Covarrubias se cita, y se aprecia en la fotografía, la singularidad de trazar la línea mediante puntos yuxtapuestos y discontinuos.

e) Picados múltiple e intenso (Cazoletas). Con este nombre diferenciamos de la técnica anterior, la intención de rehundir mediante percusión intensa y muy local una superficie más o menos amplia, hasta lograr pequeños senos. Se especifica sólo en Conquezuela, pero es obvio que de una manera más somera se utilizó también para trazar simples puntos, más o menos agrupados tanto en esta cueva como en Covarrubias o en las segovinas de La Griega o La Vaquera.

TEMÁTICA (Tabla 1, Fig. 2)

A excepción de la Cueva de Santa Cruz en Conquezuela, los motivos dominantes son de carácter lineal y geométrico con neto predominio de simples líneas (el equivalente a las barras en la pintura esquemática). Se trata de rayas verticales o inclinadas que aparecen con profusión y se acumulan ya sea yuxtapuestas en hileras, ya sea por azar o intención, con tendencia a converger o, lo que es más frecuente, formando maraña de haces o auténticas mallas.

Por orden cuantitativo y decreciente, otros temas preferenciales son: los enrejados o parrillas, nombre en el que agrupamos líneas verticales y horizontal entrecruzadas que tendrían su equivalente en una amplia gama de tipos de la pintura esquemática (tectiformes, estructuras, placas y ramiformes complejos), predominando, en conjunto, los elementos paralelos cortados por una perpendicular e inscritos en una línea envolvente, es decir de contorno cerrado.

También son tema común las líneas quebradas, bien en zig-zags continuo, simple o múltiple, sea horizontal o vertical, o marcando angulaciones, a veces, como en Ucero, marcadas por doble o triple trazo o con otros elementos internos, llegando incluso a encerrarse, como señaló el Abate Breuil (1920) en «un cartucho». Esta peculiaridad de ángulos simples o en hilera no tienen parangón en la pintura esquemática, aunque sí la tienen las líneas en zig-zags y otros motivos como pectiniformes, escaleriformes, soles, signos de apariencia arborescentes y también las puntuaciones o puntos aislados o en pequeños grupos cuya incidencia, posiblemente, es mayor de la que se especifica en la bibliografía. Los petroglifoides y más concretamente los signos en herradura (semicírculos sencillos o dobles, enlazados o no), parecen más ocasionales al igual que las figuras de aspecto antropomorfo o zoomorfo y más excepcionalmente los ídolos, entendiendo esta categoría en el sentido amplio de figuras más singularizadas dentro de un panel determinado.

La representación de animales parece excepcional. Se cita pisciformes en Enebralejos y existe la posibilidad de dibujos de auténticas serpientes, según Ortego,

entre los grabados de Conquezuela. Sin embargo, es de destacar la descripción de este autor sobre la presencia de un cérvido más naturalista en Covarrubias y también sus reservas respecto a la posibilidad de un caprino en la misma cueva. A la figura de ciervo corresponde precisamente la línea trazada con puntuaciones yuxtapuestas y según la forografía el animal parece subyacente al resto de signos geométricos bastante enmarañados. Con todas las reservas que el caso requiere, no podemos dejar de mencionar, por una parte, el hecho de que animales de aspecto más naturalista se citan, con técnica de pintura, como exponente de las manifestaciones más antigua de la cueva de los Enebralejos; por otra, el recurso de trazar las líneas por puntos yuxtapuestos nos lleva hacia paralelos tan antiguos como el caballo al aire libre de Domingo García y algún otro ejemplo, todavía inédito, dentro de la meseta, donde el estilo y rasgos del dibujo nos acercan más a época paleolítica que a esta que nos ocupa. Pese a estos comentarios, no debe olvidarse que en la propia provincia de Soria, aunque la técnica sea diferente y no sean cérvidos, también tenemos atestiguados animales de rasgos naturales tanto en el covacho de Los Poyadillos como en la Cañada del Retortillo (CABRE, 1941).

En la tabla de la fig. 2, y siempre exceptuando la cueva de Santa Cruz de Conquezuela, se puede comprobar la esquematización e incluso abstracción de la figura humana, siempre excepcional en relación con el número de signos geométricos. Priva la acefalía contrastando precisamente la cabeza marcadamente circular de algunas figuras más excepcionales (p.e. Cueva Grande de Uceró o Covarrubias) con la presencia de signos en Y sea con brazos hacia arriba, invertida o doble y con la importancia que en términos generales se dá a la representación de los brazos o de las piernas en los signos más simples y a la idea de movimiento o contorsión del cuerpo. Es precisamente en las figuras humanas más complejas, sea por el diseño o por la ejecución, donde destaca la Cueva de Santa Cruz de Conquezuela. En ella dominan, con distinto estilo, figuras con o sin cabeza de tipo orante, siendo las más singulares las que sustituyen la representación inferior del cuerpo por un abultamiento (aproximándose a los tipos en «halter» de la pintura esquemática o a los esquemas «femeninos» de falda triangular). Para nosotros el paralelo más próximo de estas singulares figuras no está tanto en la pintura esquemática de la Meseta Norte cuanto en las figuras grabadas en el llamado santuario de la Galería de Silex de Atapuerca, si bien, el conjunto de paneles de Conquezuela, por su composición diagonal, la marcada tendencia a agrupaciones en parejas, asociación a puntuaciones (interpretados en algún panel en forma de cazoleta) etc. marcan un fuerte nexo con los conceptos simbólicos de muchos de los abrigos pintados, enfatizado todavía más por las figuras más excepcionales (seleccionadas en el cuadro bajo el epígrafe de «ídolos» dada su singularidad) entre las que destacan no sólo el signo bitriangular sino la insólita figura del hombre con «doble escudo» en los brazos próximo a un extraño signo que Ortego califica de zoomorfo y en el que nosotros reconocemos la posible representación de un arado.

CONTEXTO, CRONOLOGIA E INTERPRETACION

La existencia de arte postpaleolítico en cuevas, sea grabado o pintura, tiene la ventaja de su posible relación con el contexto arqueológico de los respectivos lugares, a pesar de las dudas sobre la coetaneidad y de la naturaleza y pervivencia de la ocupación en los diferentes sitios.

Los resultados de la investigación en la Cueva de los Enebralejos de Prádena, considerada un «conjunto cerrado», llevan, siguiendo a Municio y Piñón, a las siguientes conclusiones:

1) Los grabados son sincrónicos a la utilización de la cueva como necrópolis calcolítica de inhumación colectiva y de carácter acumulativo.

2) Junto a las prácticas funerarias se atestigua una intensa actividad de culto evidenciada por una serie de pozos o fosas de cierto tamaño y por la deposición de ofrendas (entre ellas cerámicas), según se desprende de la lectura de las diferentes publicaciones.

3) A esta fortuna se une la asociación a un poblado calcolítico al aire libre y el extraordinario hecho de hallar «in situ» un ídolo de apariencia faliforme con decoración incisa cuyo desarrollo traza un motivo pectiniforme.

Tal como indican los investigadores (MUNICIO Y PIÑÓN, 1988, pág. 143) el testimonio de Los Enebralejos de Prádena es referencia obligada para abordar la atribución cultural y cronología de manifestaciones semejantes, teniendo bien presente que la secuencia registrada por las superposiciones, (Id, pág. 140) en posible relación con las tres fases distinguidas en la necrópolis, arroja el siguiente orden de acumulación:

1) Pintura negra (cuantitativamente conservada en menor cantidad y con mayores deficiencias) es más antigua que los grabados.

2) Incisión en V infrapuesta a surcos.

3) Surco en U, la técnica más reciente.

A todo ello cabe unir la hipótesis de que los grabados actúen como demarcación topográfica, delimitando ámbitos simbólicos, en los que deben incluirse los propios enterramientos. Esta hipótesis, a nuestro entender, no es contradictoria con la propuesta postulada por una de nosotras (R. LUCAS) respecto a los conceptos simbolizados por algunos signos concretos (barras, puntos, pectiniformes, petroglifoides etc.) presentes tanto en los grabados de las cuevas como en la pintura al aire libre. Concretamente en el barranco del Duratón, y sin descartar la evocación de aspectos funerarios (caso de la Cueva de la Nogalera o del Carbón), se ha relacionado este tipo de motivos con la combinación binaria implicada en la fecundidad o en las ideas genésicas en sentido lato.

Con independencia de este burdo acercamiento a la interpretación de estos signos, a los que sería más ajustado llamar grafitos que arte, cabe indicar que el carácter cultural o de práctica de determinados ritos en ámbitos específicos ha debido estar presente en la cueva de la Griega (con independencia del «santuario» paleolítico). A la semejanza y circunstancias de numerosos signos que hemos calificado de postpaleolíticos, debe añadirse la existencia en esta cueva de Pedraza de una inscripción en caracteres romanos «de patine identique» a la de algunos grabados (comunicación personal de G. Sauvet a R. Lucas en carta de 4 de sep. de 1982). En las letras conservadas se lee claramente la palabra IVS seguida de lo que puede ser un nombre en genitivo.

Ello lleva a la consideración de la larga pervivencia en el uso o en la frecuencia y reiteradas visitas de esta y otras cuevas a lo largo del tiempo. Gran parte de la galería de La Vaquera (A. ZAMORA, 1976), tras la utilización de un sector de la cueva como hábitat durante una larga etapa que se atribuye al Neolítico, fue destinada a necrópolis (enterramiento con ajuar campaniforme), pero también se conocen materiales que atestiguan la ocupación o frecuencia de este lugar hasta época avanzada (R. LUCAS Y V. VIÑAS, 1971). Las coincidencias de la ubicación de los grabados en la galería o sala de necrópolis afianzan la relación grabado/enterramiento y la adopción de un modelo conceptual afín al atisbado en los Enebralejos, pero entre los grabados de la cueva de Torreiglesias se reconocen signos de apariencia completamente histórica y, como en el caso de La Griega, y a pesar de las distancias temporales, relacionados con actos contractuales o de derecho.

No existe la misma fortuna de contexto en los yacimientos sorianos. Sólo contamos con referencias genéricas sobre los yacimientos de las proximidades. Cubren una larga etapa cuyos inicios se sitúan más en el Bronce Antiguo que en el Calcolítico y llegan hasta momentos históricos. Por otra parte contamos con los resultados de las excavaciones practicadas por T. Ortego en Covarrubias, término de Ciria. Un dato a considerar en este sitio es la referencia a la situación de los grabados sobre una superficie ahumada, (prueba, al menos en este punto de la cámara, de una ocupación anterior) y la sospecha de que intencionadamente se pudo contrastar el juego cromático de planos y superficies. Asimismo, y aunque pueda ser engañoso, en la fotografía de la publicación de Ortego (1967, fig. 4) los rasgos del supuesto cérvido, complementando la línea punteada con trazos de surco profundo, están infrapuestos a otros más someros que parecen cortados por incisiones más recientes. Si esta apreciación es correcta, el desarrollo de las técnicas no coincide con lo apreciado en Los Enebralejos de Prádena.

En la misma cámara de los grabados se halló en Covarrubias un depósito con materiales romanos de los s. IV-V d.C. en uno de los sectores y material «revuelto» en el llamado sector A. Por las fotografías incluidas en la publicación y por las someras descripciones es evidente la presencia de material a mano atribuible, a juzgar por las fotografías de la fig. 9 a Cogotas I, si bien en algunos otros fragmentos de ésta u otras figuras se reconocen cerámicas más antiguas ya sea campaniformes o, en un sentido genérico calcolíticas, siendo digno de mención, en el caso de las decoradas a cordón con huellas de instrumento y con pestaña en el labio, su paralelismo con algunos fragmentos localizados en los yacimientos sorianos de la Cueva del Asno (EIROA, 1979) y de los Tolmos en Caracena (JIMENO, 1984), o en las cuevas segovianas del Arevalillo de Cega (FERNANDEZ POSEE, 1981), así como con las mencionadas de Los Enebralejos y La Vaquera. En cualquier caso, la cronología por C14 (1430 a.C.) en la Cueva del Asno, confirmada por la presencia de estos materiales en la fase antigua de asentamientos al aire libre, como el de Los Tolmos de Caracena, y por otras apreciaciones cronológicas deducidas de diferentes yacimientos de la Meseta (por ej. La Loma del Lomo en Cogolludo, Guadalajara) vienen a ratificar que en la estratigrafía propuesta para las cuevas sepulcrales o en algunos depósitos de habitación de la submeseta Norte, este tipo de cerámica de cordones precede a la fase de Cogotas I y se empareja o sucede a las cerámicas campaniformes. Es decir;

los materiales más antiguos de Covarrubias deben situarse entre el llamado Calcolítico del «horizonte de Las Pozas» (MARTIN VALLS Y DELIBES,1982) y el Bronce Medio, demostrando una vez más la proximidad cronológica con las cuevas segovianas, en un momento todavía mal definido.

En la bibliografía de las cuevas sorianas no se menciona la vinculación del grabado a enterramientos y tampoco se detecta este fenómeno en Pedraza (La Griega), ello lleva a sospechar una dualidad en el carácter de estas expresiones. Esta dualidad de contexto puede iniciarse ya en sus orígenes (manifiesto en Enebralejos) o ser fruto de un proceso temporal. Nada definitivo podrá decirse hasta que no se cuente con un registro y estudio más exhaustivo de las cuevas que contienen grabado, cada vez más numeroso y con cierta preferencia por la Meseta Norte. En la actualidad los motivos más característicos de estos espacios recónditos no son reducibles a un marco constricto respecto a la cronología o a su ubicación espacial (recordemos que los mismos motivos con técnica de grabado se localizan en rocas al aire libre en otras áreas geográficas).

Nada sabemos del contexto arqueológico de las cuevas de Utero excepto que se asocian, como en el caso de Conquezueta, a un lugar de culto cristiano. resulta singular, desde el punto de vista de analogías formales e incluso técnicas, el motivo de angulaciones en hilera limitadas a manera de friso corrido, según las apreciaciones de Breuil. La semejanza con la decoración vascular especialmente de fines del Bronce y de los indicios del Hierro es asombrosa, pese a que el resto de motivos (escaleriformes, pectiniformes, enrejados, etc.) entroncan, como tantas veces se ha dicho, con «motivos abstractos» que se documentan ya desde el Paleolítico y llegan a su cenit en la tela de araña tejida por las acumulaciones de estos grabados postpaleolíticos en las cuevas de la cuenca del Duero.

Un documento, que sirve de aviso para no reducir el arte de las Cuevas a idénticos conceptos, nos lo brinda la Cueva de Santa Cruz en Conquezueta. Ortego destaca la belleza del panorama y el «significativo escenario», así como la singularidad de la ermita rupestre y la existencia de un curso de agua en el interior, producto de filtraciones recogido en pila excavada en la roca. Describe la cueva como angosta y sin condiciones de vivienda por permanecer anegada aunque sea un ventanal abierto a la mansa laguna y a las tierras fecundas y por ello sitio idóneo para el culto y adoración de la diosa madre y homenaje a los muertos por parte de las tribus de economía pastoril y agrícola, siguiendo mitos y tradiciones del mundo mediterráneo, lamentando que el santuario rupestre haya anulado cualquier evidencia de estratigrafía arqueológica.

Como se ha indicado en el temática de la cueva privan las figuras humanas y en los distintos paneles es posible reconocer la misma idea en versiones y momentos diferentes. A nuestros ojos la alusión a un ritual, sea iniciático, reservado, o colectivo, nos parece más plausible que la idea de «necrolatría» a no ser que, por arcana relación de la cueva con el lugar de enterramiento, se trate de un espacio reservado al culto de los antepasados, pues es obvio que asumimos la intención religiosa de sus manifestaciones en un lenguaje más objetivado y comprensible que el adoptado en las restantes cuevas de este estudio y, por tanto, con convencionalismos equivalentes al adoptado por la pintura esquemática (una

prueba del alejamiento de esta temática con los numerosos motivos geometrizar-tes propios de otras cuevas y de su afinidad con la pintura, está precisamente en la profusión de puntuaciones y en el dominio de la figura humana con es-que-mas comparables aunque no idénticos, a sitios tan conocidos como el de La Pe-ña Escrita de Fuencaliente en Ciudad Real).

B. ABRIGOS O COVACHOS (Fig. 1)

Después de años de silencio sobre los grabados de Soria J. Cabre en 1941 consigna una larga lista de lugares situados al Suroeste de la provincia, justa-mente en la Sierra de Pela en el límite con Guadalajara. No pretendemos repetir sus numerosos datos, pero es bueno aclarar que todas las referencias aluden a estaciones que pueden clasificarse como covachos o abrigos abiertos en acan-tilados de la margen derecha de valles y cañadas localizadas entre los términos de Sotillos de Caracena y Retortillo. Grabado en surco, alguna incisión y sobre todo el picado intenso y concentrado parecen ser las técnicas dominantes apro-piadas a las numerosas herraduras, figuras humanas de aspecto filiforme, más o menos simples, y un buen número de animales (equidos y bóvidos principal-mente) de aspecto más naturalista sea silueteando el contorno o marcando la masa por sustracción intensa del soporte mediante el «picoteado».

Dentro de la variedad, interesa destacar que la localización, no alejada de otros puntos de las provincias de Segovia y Guadalajara donde Cabré registra la exis-tencia de pintura, parece idéntica a la comunemente adoptada por la pintura es-quemática «al aire libre»: en lugares con cierto resguardo.

La temática de estos grabados coincide sólo en la presencia de algún sig-no aislado (caso de las herraduras, repetidas casi monotemáticamente en mu-chos de los lugares) y en la afinidad de ciertos tipos, algunos de tan larga dura-ción como los cruciformes. No obstante, por la analogía con Conquezueta, no queremos dejar de mencionar la serie de puntos e incluso cazoletas, así como el aspecto de la «falda» de algunos esquemas en posición de «orantes» y algún otro rasgo o coincidencia formal de diversas figuras humanas localizadas en es-tos abrigos y representadas por Cabré en las fig. 11 y 12.

Más interés tiene para esta relación entre distintas técnicas o espacios de ca-racterísticas diferentes la convivencia en los mismos lugares de pintura y graba-do. Ha sido precisamente ORTEGO (1974 pág. 223) quien dió a conocer la exis-tencia de esta dualidad de técnicas tanto en la llamada Cueva Grande de Ote-ruelos, al SO de Soria, en la periferia de Valonsadero. Los grabados, como en otras ocasiones, remarcan la topografía del espacio, señalándo modificaciones por recorte, con repesto del tramo correspondiente a las figuras centrales del fri-so superior que queda «a modo de altar» y contiene una serie de hoyuelos o cazoletas de distinto tamaño, siguiendo cierta alineación.

A pesar de la técnica de percusión de algunas figuras filiformes es evidente el parecido con algunos iconos pintados y la utilización de recursos idénticos

(distintos tamaños) para enfatizar la importancia de los personajes. Ortega señala además, coincidiendo con Conquezueta y otros grabados en covachos, la ejecución de los surcos por abrasión o pulimiento con fina arenisca después de esculpidos. Aquí, como en otros ejemplos, la imitación o el remedo por parte de visitantes ajenos al sentido original no ofrece dudas. Desistimos de cualquier intento cronológico pero debe recordarse que Cabré menciona en Cañada del Monte y en otros lugares la presencia de industria lítica tallada (entre ella algunos dientes de hoz), huesos y fragmentos cerámicos en los que se distingue uno con perforaciones a modo de colador; objeto que aparece en la Península apartir del Calcolítico y perdura, sin apenas variaciones, durante la Edad del Bronce.

Nada comparable al arte de estos covachos o abrigos se conoce por ahora en Segovia, sin embargo R. Lucas en sus prospecciones por el Duratón localizó un covacho con grabados al que se dió el nombre de Covacho del Molino Griego. Está situado en la margen izquierda del Duratón, en término de Sepulveda y al O, de su confluencia con el Serrano, próximo a la Cueva del Molino, explorada por L. Hoyos Sainz en 1908 (enterramiento colectivo). El lugar ha sido transformado en redil y las paredes y techo, a consecuencia de las constantes visitas, están cubiertas por letreros y grabados profundos y geométricos a base de motivos enrejados, arboriformes y esquematizaciones humanas. Es difícil, dado el estado actual, discernir si se trata de mimetismo o de reincisión de grabados antiguos, prácticamente anulados. No obstante parecen genuinas unas serie de líneas incisas de aspecto ramiforme, que apenas se adivinaban debajo de la capa de humo que cubre el techo. Esta impresión de que existía arte en su interior fué confirmada plenamente al localizar en la pared exterior (derecha del espectador), y dos metros de altura, un gran signo de base de surco somero e irregular (de 1 cm. de anchura máxima) cubierto de musgo y concreciones. Mide en total 44 cm. de altura y presenta el contorno del triangulo inferior bien trazado mientras el superior, se pierde en lo alto, sin llegar a cerrar y con tendencia curva.

Como se vé los dibujos del interior del covacho guardan afinidad temática con las diferentes cuevas citadas, coincidiendo además en la temática del «ídolo bi-triangular» en este caso de considerable tamaño y completamente al aire libre. También se puede argumentar la concomitancia de que este covacho esté próximo a un lugar con enterramiento colectivo, reiterando así una de las características apuntadas en las manifestaciones de estos grabados.

C. AIRE LIBRE

Aunque existe para la provincia de Soria alguna mención sobre grabados en superficie al aire libre, entiéndase peñones verticales o superficies horizontales sin protección alguna, las referencias concretas son escasas y ambiguas. No sucede lo mismo con la provincia de Segovia, pues desde hace años se tienen noticias fidedignas de un importante conjunto de grabados al aire libre en distintas localidades de los alrededores de Santa María de Nieva. Las características son

muy diferentes a los grabados sorianos aun cuando las técnicas sean las mismas: predominio de trazos mediante la percusión múltiple o intensa («repicoteado»). La temática se recrea en figuras humanas y animales y cada conjunto, muestra sus preferencias temáticas y de composición. Las escenas y acumulaciones pueden estar condicionadas por la superficie de los peñones metamórficos pero es obvio que existen diferencias posiblemente motivadas por la propia intención y por la diacronía de los dibujos que acusan, en ocasiones, superposiciones y transformaciones. La tendencia triangular o cuadrangular de los cuerpos humanos, como si fueran vestidos con cortas vestimentas sin marcar la cintura, contrasta con figuras lineales, más abundantes en sitios como el arroyo Balisa, donde puntuaciones e incluso algún «sol» recuerdan más la pintura esquemática. Domingo García se recrea en las escenas en las que intervienen jinetes, y el aspecto bélico parece ser una tónica común a diversos conjuntos, al igual que lo es la presencia de pequeños cuadrúpedos de cola enroscada que semejan cánidos. Obviamente algunas figuras e incluso escenas son posteriores a la cristianización y creemos reconocer algún dibujo animal y signos que tienen su parangón en las pizarras visigodas.

De una manera global este arte segoviano, plasmariamente distinto al arte de las cuevas, con ligeras afinidades con la pintura esquemática propiamente dicha, marca un ciclo diferente de muy larga duración, más próximo a los tiempos históricos y no muy diferente de otros conjuntos al aire libre dados a conocer en los últimos años. En su día, cuando los estudios sean más numerosos y se profundice en la investigación, ayudaran a definir sus nexos o relaciones con otras manifestaciones de esta índole y su trayectoria temporal, así como la trascendencia de su significado y, en última instancia, la razón que subyace en esta insistencia por el soporte rupestre y en unos dibujos cuya expresión cobra mayor apariencia real conforme nos alejamos del arte de las cuevas/enterramientos y la figura humana, principalmente la masculina, ocupa, mundana y socialmente, mayor protagonismo, relegando a un término secundario y casi inexistente los signos «abstractos».

En la actualidad, bajo los auspicio de la Comunidad de Castilla y León y dirigido por la Universidad de Salamanca, se está desarrollando un vasto proyecto de investigación que se centra sus objetivos en el estudio del Arte rupestre de esta Autonomía. Esperamos que en un futuro muy próximo el arte de estas dos provincias se beneficie de los resultados y las muchas dudas y ambigüedades sean despejadas.

BIBLIOGRAFIA

A la bibliografía citada en artículo anterior añádase:

- CABRE, J. (1941): Pinturas y grabados rupestres esquemáticos de las provincias de Segovia y Soria. «*A.E.A.*», n.º 43, págs. 316-344. Madrid.
- EIROA, J. (1979): La Cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). «*E.A.E.*», n.º 107, Madrid.
- FERNANDEZ POSSE, M.D. (1981): La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia). «*N.A.H.*», Madrid.
- GARCIA SOTO, E. Y MOURE, A. (1984): Los Grabados esquemáticos de San Bartolomé de Ucero (Soria). «*J. Symp. Arq. Soriana*», págs. 153-162.
- JIMENO MARTINEZ, A. (1984): Los Tolmos de Caracena (Soria). «*E.A.E.*», n.º 134, Madrid.
- LUCAS, M.R. (1974): El Arte Rupestre en la provincia de Segovia. «*Cuad. Pre. y Arq. UAM*», Madrid, págs. 57-71.
- MARTIN VALLS, R. Y DELIBES, G. (1982): Hallazgos arqueológicos de la provincia de Zamora. «*BSAAW*», n.º 48, págs. 65-70, Valladolid.*
- ORTEGO, T. (1956): Los grabados prehistóricos de la Cueva de Santa Cruz en el término de Conquezueta (Soria). «*Homen. Conde Vega de Sella*», Oviedo, págs. 219-229.
- (1967): Covarrubias: una estación arqueológica en el término de Ciria (Soria). «*XCNA*», Zaragoza, págs. 205-215.
- (1974): Nueva estación de arte rupestre en el término de Oteruelos (Soria). «*Celtiberia*», n.º 48, págs. 217-288.
- SAUVET, G. Y S. (1983): Los grabados rupestres prehistóricos de la Cueva de La Griega (Pedraza, Segovia). «*Corpus Artis Rupestris*», vol. 2.º, Salamanca.
- VALIENTE MALLA, J. (1987): La Loma del Lomo I, Cogolludo. Guadalajara. «*EAE*», n.º 152, Madrid.
- ZAMORA, A. (1976): Excavaciones de la Cueva de La Vaquera en Terreiglesias. Segovia. Segovia.

- Ω Cuevas
- ∩ Covachos/abrigos
- ☼ Rocas aire libre



FIG. 1.— Localización de los grabados mencionados en el texto.

El importante valor cronológico que se ha otorgado a la aparición de cerámicas con decoración excisa en cualquier yacimiento de la Península Ibérica, la ingente labor investigadora que ha suscitado la aceptación de nuevos planteamientos para dichas cerámicas y su presencia en la provincia de Soria como nexo de unión entre dos focos tan dispares —Meseta y Valle del Ebro—, así como los nuevos hallazgos de éstas especies cerámicas nos han llevado a elaborar el presente trabajo. Con el mismo pretendemos recopilar todos los hallazgos de cerámicas excisas habidos en la provincia de Soria, así como exponer el estado actual del conocimiento sobre el particular, encuadrarlas en sus distintos contextos cronológicos, a la vez que recordar los trabajos que el homenajado Teógenes Ortego Frías, realizó al respecto en yacimientos tan polémicos como la Cueva del Asno o Castilviejo de Yuba.

Frente a la teoría de un origen indígena de las excisas peninsulares sugerido por Cabré¹, se impuso en la investigación arqueológica la opinión defendida por Almagro Basch sobre su aportación por una invasión centroeuropea. Almagro propone una evolución a partir de los motivos y técnicas del vaso campaniforme en Centroeuropa, que ejecutados por la cultura de los Túmulos y elaborados con mayor riqueza tras la fusión con la cultura de los Campos de Urnas (hacia el año 1000 a. C.), se extendieron por Occidente, llegando a través de los Pirineos a la Península Ibérica en los periodos del Hallstatt B y C —año 800 a. C. aproximadamente—, y entre cuyos materiales portarían las primeras excisas, representando así, la vuelta de los motivos del vaso campaniforme a su país de origen².

Fiel seguidor de esta hipótesis fue T. Ortego, cuyas excavaciones en diferentes yacimientos de la provincia de Soria nos depararon diversos fragmentos de cerámica excisa, que vinieron a incrementar el reducido número de ejemplares hasta entonces conocidos en la zona, que se centraban en dos puntos: los procedentes de las excavaciones practicadas por Schulten en Numancia y uno de los dos vasos hallados en prospección por Morenas de Tejada en Quintanas de Gormaz.

(1) CABRE, J., *Excavaciones en el Roquízal del Rullo, término de Fabara, provincia de Zaragoza*, MemJSEA, 101, Madrid, 1929, págs. 14-19; IDEM, *Excavaciones de Las Cogotas. Cardenosa (Avila). I El Castro*, MemJSEA, 110, Madrid, 1930, págs. 44-46.

(2) ALMAGRO, M., «La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica», *Ampurias*, I, 1939, págs. 138-145.

Por lo que respecta a Numancia se conocen dos urnas de gran tamaño procedentes de Molino de Garrejo³. Jimeno ha recogido recientemente el debate que suscitó su filiación: Schulten, Castillo y Martínez Santa-Olalla asignaron estas vasijas al Campaniforme apoyándose en su decoración, en cambio, Almagro Basch, secundado por el Marqués de Loria, y Castillo y Santa-Olalla en un segundo momento, las atribuyeron a una tradición céltica, basándose en sus formas biconocónicas y en la decoración excisa⁴. A estos vasos se asociaron en la bibliografía varios fragmentos cerámicos, un vaso y un pie votivo hallados en La Muela de Garray, que desde un principio fueron objeto de controversias tanto por motivos de clasificación cronológico-cultural, como por la técnica excisa o impresa utilizada en su decoración, dada su relación con la empleada en el vaso de Estiche. Su estudio ha sido retomado recientemente por Romero⁵, por lo que aquí lo indicaremos someramente. La primera que sostuvo una cronología de la Edad del Hierro fue M^a. Encarnación Cabré, que en 1931 propuso una procedencia «hallstattense» para el llamado «vaso biberón»⁶; años más tarde Almagro encuadró el conjunto en el comienzo del Hallstatt, hacia el 850 a. C., indicando que el pie votivo sería una supervivencia tardía de la técnica excisa⁷; Taracena, en cambio, estimó, que los galbos y decoraciones etaban presentes en las necrópolis posthallstáticas en los siglos V-IV a. C.⁸ Posteriormente Wattenberg adscribió a la fase hallstática, entre el 600 y 300 a. C., el fragmento decorado con dientes de lobo excisos y triángulos rayados incisos⁹, en el resto de las piezas observó la técnica de la impresión, a excepción del pie votivo, que califica de celtibérico¹⁰. Años después se encuadró el fragmento exciso entre las cerámicas excisas del grupo del Ebro¹¹, y en particular con las del Bajo Aragón¹².

La otra pieza excisa conocida entonces era uno de los dos vasitos de Quintanas de Gormaz, que Almagro atribuyó por su perfil al Hallstatt B y comparó con los vasos de El Redal¹³. Taracena observó que por su forma y técnica podría clasificarse en la primera Edad del Hierro (siglos IX-VIII a. C.), aunque los asignó a la cultura posthallstática, relacionándolo con los hallazgos numantinos y de Arévalo de la Sierra¹⁴.

(3) ALMAGRO, M., «La cerámica excisa...», pág. 147, lám. III; IDEM, «La invasión céltica en España», en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, I-2, Madrid, 1952, págs. 216-217, fig. 189.

(4) JIMENO MARTINEZ, A., «Algunas consideraciones sobre la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero: Dos nuevos yacimientos con cerámica excisa», *RICUS*, V-1 y 2, 1981, págs. 22-23.

(5) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión», *Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984; págs. 79-82; IDEM, *La Edad del Hierro en la serranía soriana: Los castros*, *Studia Archaeologica*, 75, Valladolid, 1984, págs. 42-43.

(6) CABRE HERREROS, M.E., «El problema de la cerámica con incrustaciones de cobre y ambar de las Cogotas y la Península Ibérica», *XVe Congrès International d'Anthropologie & D'Archéologie Préhistorique*, Portugal, 1930, *IVe Session de l'Institut International d'Anthropologie*, Paris, 1931, págs. 9-11, fig. 5.

(7) ALMAGRO, M., «La cerámica excisa...», págs. 146-148, lám. IV.

(8) TARACENA AGUIRRE, B., *Carta Arqueológica de España. Soria*, Madrid, 1941, págs. 68-70.

(9) WATTENBERG, F., *Las cerámicas indígenas de Numancia*, *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, IV, Madrid, 1963, pág. 147, tab. II-46, lám. fot. III-2, n.º 163.

(10) *Ibidem*, págs. 55 y 170, tab. XVII-460, lám. fot. XII-4 y 5.

(11) MOLINA, F. y ARTEAGA, O., «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, 1976, págs. 191-192; RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero», *Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, págs. 177-179.

(12) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», pág. 63.

(13) ALMAGRO, M., «La cerámica excisa...», págs. 148, lám. V-1.

(14) TARACENA AGUIRRE, B., *Carta Arqueológica...*, pág. 138.

Ante éstos hallazgos y conclusiones se encuentra Ortego cuando publica en 1961 su aportación a la Primera Reunión de Arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza, en la que comenta los fragmentos excisos de la Cueva del Asno y de Castilviejo de Yuba¹⁵; dos años después se extenderá con mayor detenimiento en éste último yacimiento en su comunicación al VIII Congreso Nacional de Arqueología¹⁶. Sin embargo, ya en 1951 había adoptado la tesis de Almagro sobre el origen centroeuropeo de la cerámica excisa y su evolución a partir del vaso Campaniforme, añadiendo que las vías de acceso serían desde los puertos del Pirineo Occidental a la Rioja, remontándose luego al Alto Duero, para llegar a través de los pasos naturales al Sistema Ibérico¹⁷.

En el enriscado castro de Castilviejo de Yuba descubrió cerámicas que consideró comprendidas entre los comienzos de la Edad del Bronce hasta época romana; entre ellas se hallaban varios fragmentos excisos decorados en bordes y panzas¹⁸, siendo singular un pequeño recipiente incompleto que presenta una serie de triángulos rellenos de líneas oblicuas que alternan con sus opuestos excisos, enmarcados por dos líneas incisas, junto a las cuales se observa una incipiente asa desde la mitad del vaso. Ortego identifica esta vasija con el tipo I que Beltrán otorga al yacimiento de Cabezo de Monleón y considera el yacimiento «un hito de penetración por el valle del Jalón hacia el territorio soriano, de las culturas célticas del Bajo Aragón», que hacia el 570 a. C. ofrece vestigios de las primeras culturas europeas del Hierro¹⁹.

En una visita a la Cueva del Asno (Los Rabanos) al revisar la galería Norte, ya excavada, encontró una zona que consideró intacta, decidiendo excavarla. La misma ofreció tres niveles estratigráficos: eneolítico, hallstático, con cerámicas elaboradas a mano con decoración incisa y excisa combinadas, y romano²⁰. La cueva había sido objeto de abundantes visitas; la primera conocida es la constatada en un libro de Bautizos de finales del siglo XVIII, efectuada por el clérigo D. Francisco Ruperto Enríquez, quien exploró varias veces la Cueva y recogió diversos restos óseos y cerámicos²¹. El padre Saturio González la visitó entre 1912 y 1913, encontrando abundantes materiales arqueológicos, que por diversos avatares se han perdido. En 1923 excavaron Taracena, Higes y Sáenz García; el material se conservó en el Museo Celtibérico y los resultados fueron publicados un año más tarde por Taracena, juzgando la cueva como una cámara funeraria utilizada en la primera época eneolítica²².

(15) ORTEGO, T., «I Reunión de Arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza. Soria», *Caesaraugusta*, 17-18, 1961, págs. 157-166.

(16) ORTEGO, T., «Castilviejo de Yuba (Soria): Nuevo yacimiento con cerámica excisa», *XIII CNArq.*, Sevilla-Málaga, 1963, Zaragoza, 1964, págs. 272-274.

(17) ORTEGO, T., «Celtas en tierras de Soria y Teruel. (Tres yacimientos inéditos)», *II CNArq.*, Madrid, 1951, Zaragoza, 1952, págs. 258-298.

(18) ORTEGO, T., «I Reunión de Arqueólogos...», págs. 164-166, figs. 11-13; IDEM, «Castilviejo de Yuba (Soria)...», figs. 3-5.

(19) ORTEGO, T., «I Reunión de Arqueólogos...», pág. 165, fig. 13; IDEM, «Castilviejo de Yuba (Soria)...», pág. 274, fig. 4.

(20) ORTEGO, T., «I Reunión de Arqueólogos...», pág. 161, fig. 5.

(21) SAENZ GARCIA, C., «La hoz del Duero en Soria (Geología y Espeleología locales). IV. La Cueva del Asno», *Celtiberia*, 38, 1969, págs. 190-213; el manuscrito se presenta en transcripción en las páginas 208-213.

(22) *Ibidem*, págs. 202-208; en págs. 205-208 se reproduce el informe de Taracena «Exploración arqueológica en la Cueva del Asno (Soria)» publicado en *Coleccionismo*, números 136, 137 y 138.

A partir de los trabajos de Ortego, ya en los años setenta, se van a continuar las investigaciones de la Cueva del Asno. Fernández-Miranda y Balbín estudian el conjunto de los materiales del, por entonces, Museo Arqueológico Provincial, hoy nuevamente Numantino, considerando el yacimiento una expansión de los Campos de Urnas con materiales tipo Hallstatt C-D europeos, aunque con formas arcaizantes que consideran continuación de tipos frecuentes en el Bronce Medio y Final de la Península, reafirmando así una cronología antigua para el mismo²³. Poco después y tras la noticia de restos prehistóricos en superficie en dicha cueva, J.J. Eiroa se hace cargo de su excavación arqueológica. Eiroa halló dos niveles identificables con el Bronce Inicial y Bronce Medio-Final, cuyas dataciones de Carbono 14 ofrecieron una cronología del 1910 y 1430 a. C. respectivamente, fechas ampliadas con la corrección y calibración. Sobre el nivel del Bronce Medio se halló un vaso decorado con una banda en zig-zag que deja contrapuestas entre sí dos filas de triángulos excisos, enmarcados por líneas incisas perpendiculares, y una pequeña asa lateral; situándolo el citado investigador en un momento de transición entre el Bronce Medio-Final y el Hierro inicial²⁴.

A principios de esta década una pléyade de investigadores proponen, de forma aislada, una visión diferente para las cerámicas excisas: separan las excisas asociadas a boquique de las propias de la Edad del Hierro, atisban la existencia de varios grupos invasores en épocas diferentes, además de una cronología anterior para las mismas. Estas teorías fueron retomadas por Molina y Arteaga que proponen una diferenciación de varios grupos culturales, por un lado, las pseudoexcisas campaniformes perdurarían en la Meseta hasta un momento bastante avanzado que enlazaría con las excisas de la Meseta de Cogotas I, y junto a éstas, se documentarían las excisas del Valle del Ebro de la primera Edad del Hierro, que estarían en relación con los movimientos transpirenaicos celtas del primer milenio²⁵. Almagro Gorbea y Delibes, por el contrario, son partidarios de que el foco originario de esta técnica fuera el Suroeste francés²⁵.

De la misma época son las investigaciones arqueológicas en Los Tolmos de Caracena que, catalogado por Taracena como yacimiento con restos neolíticos, de la Edad del Bronce I y romanos, proporciona por entonces varios fragmentos decorados con técnica excisa. Los conocidos en primer lugar fueron los procedentes de las prospecciones realizadas por García de Andrés en 1978, quien en su estudio los atribuyó a gentes indoeuropeas que penetraron en la Península.

(23) FERNANDEZ-MIRANDA, M. y BALBIN BEHRMAN, R., «La Cueva del Asno. (Los Rábanos. Soria)», *NAHisp.*, 2, Madrid, 1973, págs. 147-171.

(24) EIROA, J.J., «Avance sobre la primera campaña de excavaciones en la Cueva del Asno de Los Rábanos (Soria)», *XIV CNArq.*, Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, págs. 301-304, lám. I; IDEM, «Datación radiocarbónica, arqueológica y ambiental en la cueva del Asno (Soria)», en *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica, Reunión de 1978*, Fundación Juan March, *Serie Universitaria*, 77, Madrid, 1978, págs. 113-121; IDEM, «Dos fechas para la Edad del Bronce en el Alto Duero», *Saguntum*, 14, 1979, págs. 39-54, lám. III-g; IDEM, «Corrección y calibración de fechas de Carbono-14 de la Cueva del Asno y el Castro de El Royo (Soria)», *RICUS*, IV-2, 1980, págs. 65-77; IDEM, *La Cueva del Asno. Los Rábanos (Soria), campañas 1976-1977, Excavaciones Arqueológicas en España*, 107, Madrid, 1980, especialmente págs. 44-46, fig. 12, láms. VII y VIII.

(25) MOLINA, F. y ARTEAGA, O., «Problemática y diferenciación en grupos...», págs. 175-214; IDEM, «Anotaciones al problema de las cerámicas excisas peninsulares», *XIV CNArq.*, Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, págs. 565-586.

(26) ALMAGRO GORBEA, M., *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*, *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XIV, Madrid, 1977, pág. 114; DELIBES DE CASTRO, G., «Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid)», *Trabajos de Prehistoria*, 35, 1978, págs. 241-244.

Dos de los fragmentos se decoran a base de ajedrezados excisos enmarcados por líneas horizontales de boquique, presentando una de ellas además un motivo en espiga inciso. Otro de ellos se decora con triángulos contrapuestos que dejan en relieve una banda en zig-zag y el cuarto fragmento lleva ajedrezados excisos y dos pares de líneas horizontales incisas, una de ellas con puntos en su interior²⁷. Posteriormente al excavar Alfredo Jimeno metódicamente el yacimiento se duplicó el número de ejemplares excisos de Los Tolmos. En el sector A aparecieron dos piezas realizadas con las técnicas excisa y boquique, que observa Jimeno haber sido ejecutadas con una ancha espátula que extraería el barro tierno, aplicando, por tanto, la técnica de la excisión a motivos decorativos de boquique. Parece ser que estas piezas pertenecían al mismo nivel estratigráfico que las halladas en prospección. En el sector B encontró otros dos fragmentos excisos, uno de carena alta, con la parte inferior semiesférica y la superior troncocónica, decorado con una cenefa horizontal de líneas oblicuas por debajo del borde, una línea incisa sobre la carena y, por debajo de ésta, seis grandes bandas horizontales de triángulos excisos; el otro fragmento presenta en el exterior franjas verticales e incisiones oblicuas al lado del borde y en el interior dientes de lobo excisos²⁸. Su investigador encuadra el yacimiento en un Bronce Medio Meseteño, en torno a 1400 a. C., lo que le lleva a mantener una cronología más elevada para el origen de ambas técnicas, opinando que no debe considerarse como elementos culturales únicamente definidores de Cogotas I, pudiendo haberse creado en un momento anterior²⁹.

Ya en la década de los ochenta la investigación arqueológica nos ha proporcionado nuevos yacimientos y nuevos ejemplares de cerámica decorada con la técnica excisa. Entre ellos se encuentra una pieza hallada en Los Abrigos del río Talegones de Calatañazor; se trata de un fragmento publicado por Jimeno en 1981 y hallado en el mismo lugar que una vasija globular decorada con dos bandas incisas, que fue dada a conocer por Romero y Delibes³⁰. Dicho fragmento presenta incisiones entrecruzadas al lado del borde, dos filas horizontales de dientes de lobo excisos y por debajo de ellos una línea incisa. Jimeno estima que existe una relación muy estrecha, tanto espacial como tipológica, entre los dos vasos y por ello le otorga el mismo marco cronológico, el Bronce Medio, aunque ello le obliga a pensar en una mayor antigüedad para las excisas así como para el momento de formación del mundo de Cogotas I³¹.

(27) GARCÍA DE ANDRÉS, I., «Los Tolmos, nuevo yacimiento del Bronce Final y Primer Hierro; Caracena (Soria)», *Celtiberia*, 55, 1978, págs. 13-28, fig. 2, lám. II.

(28) JIMENO MARTÍNEZ, A., *Los Tolmos de Caracena (Soria). (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero, Excavaciones Arqueológicas en España*, 134, Madrid, 1984; las excisas del sector A se describen en las págs. 88 y 89, y están representadas gráficamente las procedentes de la excavación en fig. 100, lám. XI-436 y 437 bis, y en números 1.553-1.556 los de la prospección de García de Andrés; los del sector B se presentan en pág. 97, fig. 144, lám. XXXVII-1.434 y 1.436.

(29) JIMENO MARTÍNEZ, A., «Aportación al Bronce Final y Primer Hierro: Los Tolmos, Caracena (Soria)», *RICUS*, II-1, 1978, págs. 51-66; IDEM, «Las fechas C.14 del yacimiento de Los Tolmos de Caracena (Soria)», *Trabajos de Prehistoria*, 39, 1982, págs. 335-341; IDEM, «Un yacimiento del Bronce Medio meseteño: Los Tolmos de Caracena», *Revista de Arqueología*, 23, 1982, págs. 44-54; IDEM, «Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona oriental de la Meseta Superior», *XVI CNArq.*, Murcia-Cartagena, 1982, Zaragoza, 1983, págs. 309-320. IDEM, «Estado actual de la investigación del Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Soria», *Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, pág. 50.

(30) ROMERO CARNICERO, F. y DELIBES DE CASTRO, G., «Un vaso inciso de la Edad del Bronce hallado en Calatañazor», *Celtiberia*, 56, 1978, págs. 305-309.

(31) JIMENO MARTÍNEZ, A., «Algunas consideraciones sobre la Edad del Bronce. .», págs. 26-29, lám. I.

El yacimiento de Santa María de la Riba de Escalote, también publicado entonces, presenta cerámica excisa y del boquique, por lo que el autor lo adscribe a Cogotas I. Destaca un fragmento de cuenco decorado en la zona central con una cenefa quebrada realizada con la citada técnica excisa, que no ha conseguido borrar el boquique que utilizaron como elemento de trabajo, al trazar las líneas que demarcan el motivo decorativo exciso³².

Igualmente atribuyen Jimeno y Fernández Moreno a esta cultura el fragmento exciso que procede de El Castro de La Barbollla. Parece corresponder a un cuenco y está decorado con una cenefa de triángulos continuos delimitados por restos de incisiones de tipo boquique que, al igual que la pieza anterior, debió señalar el esquema decorativo exciso³³.

Otro vaso incompleto procede de Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor. Forma parte del conjunto que Teógenes Ortego depositó en el Museo Numantino, y ha sido dado a conocer también por Jimeno y Fernández Moreno, que lo describen como de forma bitruncocónica con decoración incisa, con restos de pasta blanca, y excisa, con pasta roja, que se desarrolla en la parte superior a base de una banda horizontal. Dicha banda presenta dos frisos separados por tres líneas incisas horizontales, el superior realizado por pequeños cuadros excisos dispuestos en hilera, que alternan con otros lisos resaltados, y el inferior con un motivo exciso de dientes de lobo. Toda la banda está enmarcada por dos líneas incisas horizontales y seis verticales que interrumpen las anteriores dejando libre la zona del asa. Los autores ya aludidos opinan que la forma de este vaso es propia de la Edad del Hierro de la zona y está presente en Castilviejo de Yuba o en Quintanas de Gormaz, relacionándose también con ejemplares de Los Campos de Urnas del Valle del Ebro, La Rioja y Alava, por lo que lo sitúan en los primeros compases de dicha Edad. Observan también, con todo, la pervivencia e influencia de los elementos de Cogotas I, de ahí que se planteen «valorar la fuerza que la expansión de la cultura Cogotas I de la Meseta tiene en el Valle del Ebro». Dichos investigadores fechan el conjunto de los materiales en el siglo VIII a. C., en un mundo no muy alejado del 700³⁴.

Por último habremos de hacer alusión a otro fragmento, que sólo conocemos por referencias, y que a lo que parece fue hallado por Bachiller en Fuensaúco; fue citado por vez primera por Jimeno quien estima que habría que encuadrarlo entre los primeros elementos relacionados con los Campos de Urnas del NE y valle del Ebro³⁵. Bachiller, que lo cita con posterioridad de forma reiterada, señala que se asociaba a cerámicas grafitadas y lo fecha en el siglo VII a. C.³⁶

(32) *Ibidem*, págs. 29-32, lám. II.

(33) JIMENO MARTINEZ, A. y FERNANDEZ MORENO, J.J., «El Castro de la Barbollla (Soria). Nuevo yacimiento del horizonte Cogotas I», *Celtiberia*, 66, 1983, págs. 321-334, lám. II-42, fig. 6-42.

(34) JIMENO MARTINEZ, A. y FERNANDEZ MORENO, J.J., «Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria). Algunos aspectos sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro», *RICUS*, IX-3, 1985, págs. 49 y 66, lám. I-2.

(35) JIMENO MARTINEZ, A., «La Prehistoria» en *Historia de Soria*, dirigida por J.A. Pérez Rioja, Centro de Estudios Sorianos, Soria, 1985, págs. 111-112.

(36) BACHILLER GIL, J.A., «Los castros sorianos: algunas consideraciones generales», *Celtiberia*, 72, 1986, pág. 350; IDEM, *La cultura castreña soriana en la cuenca alta del Duero*, Universidad de La Laguna, La Laguna, 1987, pág. 11; IDEM, «Nueva sistematización de la cultura castreña soriana», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, Serie Monográfica, 1, Zaragoza, 1987, pág. 5; IDEM, «Los castros del Alto Duero», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 3, 1987, pág. 78.

En cuanto a los vasos con decoración excisa conocidos antes de las aportaciones al tema por Teógenes Ortego, y los de los yacimientos que descubrió este investigador, hay que señalar que en la actualidad han variado sus planteamientos y especialmente han sido renovados, por lo que al ámbito provincial se refiere, tras el primer Symposium de Arqueología Soriana.

De Numancia decir que las urnas del Molino de Garrejo han sido valoradas, en última instancia, por Germán Delibes quien les otorga una filiación campaniforme, coetánea del campaniforme típico de Somaén³⁷. Por lo que respecta a los materiales conservados en el Museo Numantino procedentes del cerro de La Muela, apuntar que actualmente sólo se considerarn excisos el pequeño fragmento de la primera Edad del Hierro y el pie votivo que hoy nadie duda en calificarle celtibérico. El resto de las piezas fueron ejecutadas con la técnica impresa a punta de espátula; han sido relacionadas por Romero con las de otros yacimientos sorianos y asimiladas al horizonte que el denominó «protoarévaco» y fecha entre el 400 y el 350 a. C.³⁶.

Por lo que respecta al vaso exciso de Quintas de Gormaz, se ha mantenido la idea de que pertenece al mundo de los Campos de Urnas del Hierro del Valle del Ebro. Molina y Arteaga observaron que por su forma y decoración ofrecía una estrecha vinculación con el grupo del Alto Ebro, pudiendo ser contemporáneo de la fase más tardía de Cogotas I³⁹. Romero, al igual que Ruiz Zapatero, considera que el paralelo más próximo lo ofrece la fase II del Roquizal del Rullo⁴⁰; el último investigador, además, lo relaciona, por el fondo cónico que presenta, con los de algunos yacimientos navarros, como El Redal, o aragoneses caso de la Virgen del Moncayo, y señala que la cronología más apropiada para los dos vasitos sería el siglo VII a. C.⁴¹.

Sobre el vaso exciso de la Cueva del Asno hallado por Eiroa, se han planteado diversos problemas; así el hecho de que aparecieran cerámicas torneadas y materiales de hierro, procedentes del nivel superior tardorromano-visigodo, en los niveles antiguos ha permitido pensar que la estratigrafía estuviera alterada; por otro lado, hay que tener en cuenta la gran homogeneidad que ostentan las cerámicas del nivel del Bronce Inicial y Medio. Jimeno, en particular, observa que este polémico vaso presenta la técnica pseudoexcisa, y el fragmento exciso publicado por Ortego, que Molina y Arteaga habían clasificado en Cogotas I⁴², lo encuadra en el Bronce Medio; asimismo entiende que el material de la Cueva del Asno es más pobre y menos variado que el de los Tolmos, pero mantiene grandes semejanzas con respecto de éste, incluso en las fechas de Carbono 14⁴³.

(37) DELIBES DE CASTRO, G., *El vaso campaniforme en la Meseta Norte Española*, *Studia Archaeológica*, 46, Valladolid, 1977, págs. 81 y 82.

(38) Véase nota 5.

(39) MOLINA, F. y ARTEAGA, O., «Problemática y diferenciación en grupos...», pág. 192.

(40) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 62-63.

(41) RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los Primeros «Campos de Urnas»...», pág. 178, fig. 3-1; IDEM, «Cerámicas excisas de la Primera Edad del Hierro en Aragón», *Turiso*, II, 1981, pág. 14, fig. 2-4.

(42) MOLINA, F. y ARTEAGA, O., «Problemática y diferenciación en grupos...», pág. 202, tabla 2-39.

(43) JIMENO MARTINEZ, A., «Estado actual de la investigación del Eneolítico...», págs. 39-40.

Ruiz Zapatero, en cambio, estima que el vaso de Eiroa, por su forma y motivos decorativos, no se relaciona directamente con Cogotas I y quizá habría que buscar más paralelos con las excisas del Valle del Ebro, aunque entre éstos no acaben de encajar el perfil del vaso y algunos temas ornamentales, así como la cronología que es demasiado elevada para relacionarlas; esto unido a la ausencia de boquique en el yacimiento, le obliga a pensar que sería una producción local de finales del Bronce Medio o inicios del Bronce Final, influenciada por la tradición decorativa de Cogotas I⁴⁴.

Por último, decir, de Castilviejo de Yuba, que, tras la filiación de Ortego a culturas célticas del Bajo Aragón, Molina y Arteaga lo atribuyeron al mundo de Cogotas I, aunque expresando que las formas eran cercanas a las del valle del Ebro y añadiendo que quizás representen el único indicio de influencias de grupos europeos en un momento tardío del desarrollo de la excisión de Cogotas I⁴⁵. Jimeno, en cambio, opina que una parte del material corresponde al Bronce Medio —especialmente el fragmento con motivos pseudoexcisos de Ortego—, relacionándolo con la Cueva del Asno y los Tolmos; gran parte del material cerámico lo encuadra en Cogotas I, e incluso estima oportuno incluir varios vasos excisos en la Edad del Hierro⁴⁶. Por otro lado, Ruiz Zapatero observa que el vasito exciso, desde el punto de vista decorativo, es característico de los Campos de Urnas del Hierro del Ebro, en particular de las excisas del Bajo Aragón, aunque haya formas parecidas en Cogotas I, y entiende que la aparición de otras cerámicas, como las espatuladas, acanaladas o grafitadas, evidencia que hacia el 700 a. C. elementos de Campos de Urnas, que remontan el valle del Jalón, se asientan en Yuba y se extienden por la Meseta Soriana⁴⁷. Romero, por su parte, también relaciona el mencionado vaso con las especies del Bajo Aragón, tipo 1 y sus variantes de Cabezo de Monleón —como lo hiciera Ortego— así como con otro del Santuario de la Virgen del Moncayo; también considera de éste momento el fragmento con doble cenefa de triángulos excisos que dejan exentos rombos, en cuyo interior se dibujan otros excisos, que asimismo relaciona con las especies del Bajo Aragón⁴⁸.

Por lo tanto, y para finalizar, debemos fechar y situar las cerámicas con decoración excisa de la provincia de Soria, hasta ahora conocidas en tres momentos culturales diferentes: Cogotas I, Campos de Urnas de la Edad del Hierro y Celtibérica. Actualmente se considera que el origen de la técnica excisa de la Edad del Bronce se debería situar en la Meseta, a partir del vaso campaniforme, y su expansión coincidiría con la del mundo Cogotas, hacia la parte oriental y hacia el sur y levante peninsular, ampliándose su marco cronológico al Bronce Medio (1400 a. C.)⁴⁹; momento al que asignan las excisas de Los Tolmos de Caracena,

(44) RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los Primeros «Campos de Urnas»...», pág. 173.

(45) MOLINA, F. y ARTEAGA, O., «Problemática y diferenciación en grupos...», págs. 183-184.

(46) JIMENO MARTINEZ, A., «Estado actual de la investigación del Eneolítico...», págs. 40-41.

(47) RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los Primeros «Campos de Urnas»...», pág. 177, fig. 3-2.

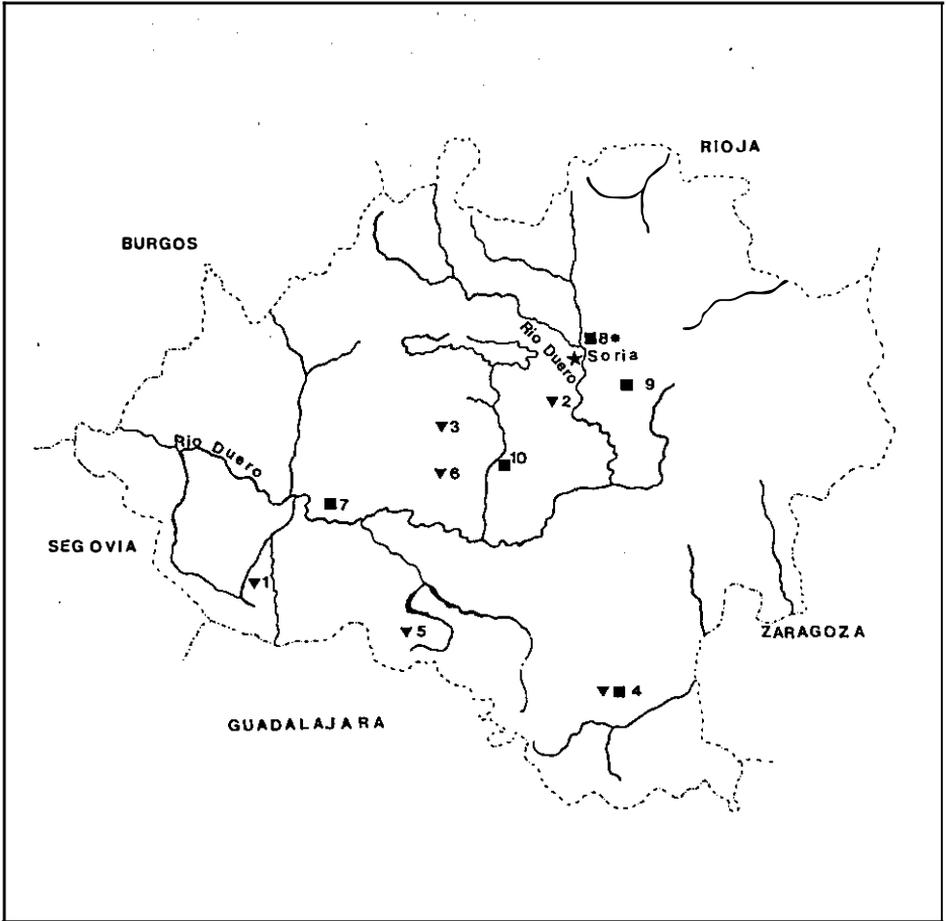
(48) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 61-62.

(49) JIMENO MARTINEZ, A., *Los Tolmos de Caracena...*, págs. 125-129.

Cueva del Asno, Calatañazor, e incluso un ejemplar de Castilviejo de Yuba; ya en el Bronce Final hay que incluir las piezas excisas de La Riba de Escalote, del Castro de la Barbolla y algunas de Castilviejo de Yuba. El vaso exciso de Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor se entiende como una pieza de transición entre dos culturas coetáneas en un determinado momento en el actual territorio soriano, por un lado, Cogotas I ya en decadencia, y, por otro, los primeros Campos de Urnas de la Edad del Hierro que penetran en la Meseta Norte, entre cuyos materiales llevarían la cerámica excisa. Sin embargo, aún no existen igualdad de pareceres en cuanto al grupo creador de la técnica excisa en la primera Edad del Hierro; en general se entiende que la entrada tuvo lugar, con la cultura de los Campos de Urnas, por los Pirineos Occidentales y desde el Alto Ebro enlazaría con el Bajo Aragón; estimándose el final de ésta cultura en el siglo VII a. C., o incluso en el VI⁵⁰. Pellicer, por el contrario, entiende la excisión como un elemento más de raíz autóctona hispana que, iniciado hacia el siglo XIII a. C. en la Meseta se mantendría hasta el siglo VI a. C.⁵¹. Con todo, a este periodo pertenecen algunas de las piezas excisas que halló Ortego en Castilviejo de Yuba, los vasitos de Quintanas de Gormaz, el del nivel inferior de Numancia y la presunta pieza de Fuensaúco. Por último, el mencionado pie votivo procedente de Numancia corresponde a la plenitud de la segunda Edad del Hierro y, por tanto, al horizonte celtibérico.

(50) RUIZ ZAPATERO, G., «Cerámicas excisas...», págs. 27-29; ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», pág. 63-64; IDEM, *La Edad del Hierro en la serranía soriana...*, pág. 9.

(51) PELLICER CATALAN, M., «La problemática del Bronce Final-Hierro del Nordeste hispano: elementos de sustento», *Scripta Praehistorica, Francisco Jordá Oblata*, Salamanca, 1984, págs. 399-430, en particular, págs. 414-421.



Cerámicas excisas en la provincia de Soria.

▼ Cogotas I, ■ primeros Campos de Urnas, * Celtibéricos.

1. «Los Tolmos», Caracena.
2. «La Cueva del Asno», Los Rábanos.
3. Calatañazor.
4. «Castilviejo», Yuba.
5. «Santa María», La Riba de Escalote.
6. «El Castro», La Barbolla.
7. Quintanas de Gormaz.
8. «Numancia», Garray.
9. «El Castillejo», Fuensaúco.
10. «Los Quintanares», Escobosa de Calatañazor.

**LOS ORIGENES DEL HABITAT DE LA EDAD DEL
HIERRO EN LA PROVINCIA DE SORIA
LAS CABAÑAS DE *EL CASTILLEJO* DE FUENSAUCO**

F. ROMERO CARNICERO*
J.C. MISIEGO TEJEDA*

A poco más de medio kilómetro al sureste de Fuensaúco, al otro lado de la carretera nacional de Soria a Zaragoza, entre los kilómetros 229 y 230, se eleva un pequeño cerro, de 1.129 metros de altitud, conocido con el característico topónimo de *El Castillejo*. Su situación, en relación a la Hoja n.º 350, «Soria», del M.T.N.E. escala 1:50.000, es de 1º 21' 25" de longitud Este, respecto de Madrid, y 41º 45' 40" de latitud Norte.

El asentamiento se realizó en su pequeña cumbre, así como en las terrazas inmediatas de su vertiente septentrional, llegando incluso a ocupar la parte más baja de ésta, de suave pendiente. Nada permite suponer que el poblado estuviera fortificado.

El Castillejo fue descubierto por Taracena, quien ya en 1928 realizó excavaciones en él. Dichas excavaciones, llevadas a cabo en el ángulo noreste de la cima del cerro y en la terraza inferior de la ladera norte, confirmaron simultáneamente la superposición de dos estratos claramente definidos. Corresponde el más bajo, con viviendas de mampostería en seco y planta rectangular, a un momento avanzado de la *cultura de los castros sorianos* que podría fecharse en los siglos V-IV a. de C.; el más moderno, con viviendas de mampostería cogida con barro, también de planta rectangular; se fechó en los siglos III y II a. de C., pertenece a la *cultura celtibérica* y fue destruido, según su excavador, por un incendio¹. Esta estratigrafía, la única obtenida por Taracena en sus múltiples excavaciones en castros y poblados sorianos de la Edad del Hierro, fue rápidamente reproducida por otros autores en sus trabajos de síntesis² y recogida, una vez más, por el propio Taracena en su *Carta Arqueológica de Soria*³.

Años más tarde figura *El Castillejo* entre los yacimientos estudiados por Fernández-Miranda en un trabajo general sobre los castros sorianos⁴; en dicha

(1) TARACENA AGUIRRE, B., *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, MemJSEA, n.º 103, Madrid, 1929, págs. 20-23, figs. 18 y 19.

(2) BOSCH GIMPERA, P., *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, fig. 494; ALMAGRO BASCH, M., «La invasión céltica en España», en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. I-2, Madrid, 1952, págs. 214-215, fig. 184, donde, sin duda por error, se da como de *El Castillejo* de Castilfrío de la Sierra.

(3) TARACENA AGUIRRE, B., *Carta Arqueológica de España. Soria*, Madrid, 1941, pág. 65.

(4) FERNANDEZ-MIRANDA, M., «Los castros de la cultura de campos de urnas en la provincia de Soria», *Celtiberia*, 43, 1972, págs. 45-48, lám. II.

síntesis, en la que se sigue fundamentalmente a Taracena, se estudian por vez primera con cierto detenimiento las cerámicas de los castros y se analizan éstos, de acuerdo con los imperativos del momento, en el contexto de las invasiones de Campos de Urnas centroeuropeos.

Por último, y bajo la dirección de uno de nosotros, se han llevado a cabo, en los últimos años, dos campañas de excavaciones en el yacimiento. La primera de ellas se desarrolló durante el mes de septiembre de 1978 y a lo largo de la misma se excavó una cata de 4x4 m., a la que se denominó cata «A», ubicada en la terraza inmediatamente inferior a la cumbre del cerro por su flanco norte. La estratigrafía obtenida, aunque algo más compleja que la publicada por Taracena, venía a confirmar lo dicho por aquél. En efecto, a la fase antigua del poblado, dentro de la cual pudimos identificar dos momentos diferentes, corresponden viviendas cuadrangulares de mampostería y cerámicas a mano, generalmente lisas o pobremente decoradas con digitaciones o ungulaciones; sobre la última de las ocupaciones citadas, y en toda la superficie excavada, se extendía un lecho de carbones y adobes quemados, que nos llevaron a pensar en un final violento para la misma. Por encima se alza el nivel celtibérico al que corresponde una nueva construcción de mampostería y planta cuadrangular, muy posiblemente reaprovechada en un momento dado, con un piso, muy deteriorado, de gravas fuertemente cementadas; las cerámicas correspondientes a esta fase son, en su mayoría, especies a torno con decoración pintada, rojo vinosa por lo general y negra en menor medida, a base de líneas, bandas y otros motivos geométricos sencillos⁵. El nivel que separa ambas fases se fechó mediante C-14 en el 350 a. de C., datación que, siendo aceptable arqueológicamente, ha de tomarse con reservas, ya que una muestra de la base ocupacional dio una fecha de 280 a. de C.⁶.

En la segunda campaña de excavaciones, desarrollada en el mes de julio de 1987, se procedió a la excavación de otras dos cuadrículas de 4x4 m., siguiendo la metodología empleada durante la primera campaña. Ambas catas, denominadas, respectivamente, «B» y «Z» y localizadas junto a la «A» la primera de ellas y en la terraza más amplia y baja del cerro la segunda, depararon resultados similares a los de la campaña anterior, por lo que a los dos momentos de ocupación aludidos se refiere, y, además, muestras evidentes de un asentamiento anterior, cuya novedad nos ha movido a presentarlas en esta ocasión⁷.

Las evidencias de una ocupación anterior a las conocidas hasta la fecha en *El Castillejo* de Fuensaúco quedaron de manifiesto al descubrirse en las dos catas excavadas en 1987 sendas cabañas de planta circular, excavadas en la roca.

(5) ROMERO CARNICERO, F., *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*, en prensa.

(6) ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*. *Studia Archaeologica*, 75, Valladolid, 1984, pág. 44, nota, 171.

(7) Una breve reseña sobre el particular puede consultarse en: ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades sobre los castros sorianos», en ARGENTE OLIVER, J.L. (Coord.), *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, 1989, págs. 53-57, fots. de las págs. 54, 58 y 82.

El límite de la cabaña exhumada en la cata «B» queda definido por un entalle de unos veinte centímetros de altura, excavado en las calizas de base; el mismo, describe un amplio arco de círculo de 6,25 m. de diámetro, a lo largo del cual, por el interior, se adosa una amplia franja, cuya anchura oscila entre 45 y 70 cms., en la que se aprecian diversas acumulaciones de carbones y adobes quemados, producto, muy probablemente, de la caída de la pared aladaña. Al exterior, encima del escalón y justo en el límite de éste, se documentaron dos pequeños hoyos, que, muy posiblemente, pudieron haber servido para sustentar sendos postes, que contribuyeran a sujetar la pared de la cabaña. Un tercer hoyo, de dimensiones mayores que los anteriores, quedó al descubierto en el interior, junto al hogar; éste, que presenta planta circular, mide 75 cms. de diámetro y apoya directamente sobre la roca madre, ofrece una base de cantos rodados sobre la que se dispuso la solera, de arcilla rojiza endurecida por el fuego, perdida en buena parte. No se detectó indicio alguno que permitiera suponer que esta cabaña tuvo un suelo preparado.

Una segunda cabaña, también circular y excavada en la roca, aprovechando el pronunciado buzamiento de las calizas de base, al igual que en el caso anterior, se recuperó en la cata «Z». Su detección tuvo lugar al quedar al descubierto una serie de hoyos de poste, alineados describiendo un amplio círculo de 4,5 m. de diámetro; éstos, en número de diez, fueron excavados directamente en la roca caliza y alcanzan una profundidad media de 15 a 20 cms.; dimensiones entre las que oscilan también en diámetros. En su interior no apareció resto alguno y sus bocas conservaban un número variable de pequeños cantos que, sin duda, habrían servido para acuñar los postes.

Hacia el interior se excavó en la roca un primer escalón, de 10 a 15 cms. de altura y 4,3 m. de diámetro, bajo el cual se abre un espacio que da paso, a su vez, a un segundo entalle, razón por la cual viene a constituir; y como tal lo hemos considerado, una especie de banco corrido. Muestra éste una anchura media aproximada de un metro y describe, en contacto casi ya con el perfil de la cata, una incurvación que implica una ruptura del mismo y, hay que suponer, se debe al hecho de que la entrada de la cabaña se localizara precisamente allí, lo que vendría corroborado por la presencia inmediata de un hoyo, similar a los ya descritos, en el que se acuñaría el quicial de la puerta. Tras el segundo escalón, que tiene un diámetro de 3,3 m. y una potencia de 5 a 10 cms., se accede al piso de la cabaña; sobre el mismo, embutido en otro de los perfiles de la cata, se localiza una banquetta de adobe de 70 cms. de longitud y una anchura visible de 30 cms.

El banco corrido y el escalón inmediatamente anterior a él, hasta el borde mismo de la alineación de hoyos de poste, así como la banquetta que apareció en el interior; sobre el suelo de la cabaña, aparecían revestidos por una o varias capas de enlucido, que, apenas si conservado en algunos puntos concretos, se extendió sobre las diversas zonas una vez debidamente alisadas. A tal efecto, en aquellos puntos en que la roca ofrecía desigualdades significativas se suplió tal deficiencia aplicando arcilla fuertemente compactada; tal ocurre, sin ir más lejos, junto a la cara interna de los hoyos más septentrionales, donde el escalón, al no poder ser excavado en la roca, hubo de construirse artificialmente. Este hecho

permite suponer que, de seguir el buzamiento de la roca con igual intensidad que en la zona excavada, la parte de la cabaña que permanece oculta se resolviera de manera diferente a la hasta ahora constatada y presumir que la horizontalidad se consiga en ella no tanto excavando, cuanto construyendo una cimentación. Sobre el banco la nivelación se obtuvo fundamentalmente a base de tierra y fragmentos de cerámica.

Finalmente, recordaremos que, por debajo del banco, el suelo del interior de la cabaña había sido igualmente nivelado, empleándose para ello, en esta ocasión, simplemente tierra. Pudo apreciarse, una vez más también, cómo se ventaron las grandes irregularidades que ofrece la roca y así, por ejemplo, pudimos apreciar cómo dos grandes hoyos naturales, situados por debajo de la zona donde se localizó la banqueta citada e inmediatamente al norte de la misma, junto a otro de los perfiles de la cata, fueron colmatados con tierra. Por último, toda esta superficie estaba cubierta con un piso de tierra apisonada, de color pardo-amarillento. Parte de un segundo piso, o quizá simplemente la evidencia de un arreglo del anterior, puesto que aquél no se atestiguó por debajo de éste, se documentó junto al banco corrido, allí donde el mismo, interrumpiéndose para permitir el acceso sin duda, como hemos visto, se ensancha e incurva.

Cuando, con ocasión del *Primer Symposium de Arqueología Soriana*, uno de nosotros daba a conocer la casa circular del castro del Zarranzano reunía ya todas las viviendas de planta similar conocidas hasta entonces y atribuidas a la Edad del Hierro⁸; no parece, por tanto, necesario volver a repetir ahora lo dicho entonces, salvo en aquellos casos en que, habida cuenta las notables diferencias constructivas existentes entre las casas de Fuensaúco y el Zarranzano, sea necesario recurrir a paralelismos concretos o cuando se trate de hallazgos nuevos que iluminen al respecto.

Si centramos la atención, en primer lugar, en la planta, en el hecho de que su interior se excave en la roca y que, como ocurre con la vivienda de la cata «Z» de Fuensaúco, conserve a lo largo de su perímetro externo una alineación de hoyos de poste, habremos de fijar nuestra mirada en las viviendas del grupo meseteño de El Soto de Medinilla⁹. Recordaremos ahora cómo en el poblado vallisoletano epónimo la evidencia de viviendas circulares partiendo únicamente de hoyos de poste se documenta sólo en los niveles iniciales, que corresponden al Soto I^o, aunque desde el Soto I-2 y hasta el Soto III éstos se asocian a paredes de adobe¹⁰. Dentro de este mismo mundo conocemos ya hoy mejor la vivienda exhumada en la localidad burgalesa de Roa, atribuida al Soto II; de la misma se conservaban ventiún hoyos de poste que, muy próximos entre sí, describen

(8) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: la casa circular del castro del Zarranzano», *1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, págs. 187-210.

(9) Una síntesis reciente sobre la facies Soto de Medinilla puede verse en: ROMERO CARNICERO, F., «La primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio», en DELIBES, G. et alii, *La Prehistoria del Valle del Duero, Historia de Castilla y León*, vol. 1, Valladolid, 1985, págs. 88-95. Con posterioridad, A. Esparza ha realizado algunas precisiones de carácter fundamentalmente cronológico: ESPARZA ARROYO, A., *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora, 1986, págs. 364-368.

(10) PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta Arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid, 1974, págs. 186 y 187, figs. 62 y 63.

(11) *Ibidem*, págs. 187-191, figs. 64-66, lám. XVII-30.

un arco de círculo de cuatro metros de diámetro¹². A la misma fase hay que llevar, puesto que se fechan a partir de la primera mitad del siglo VI a. de C., las viviendas, últimamente excavadas, del castro zamorano de Camarzana de Tera; la más antigua y mejor conservada, la número 4, presenta paredes de adobe reforzadas al exterior por un zócalo de cantos rodados; en el interior de las números 1 y 3 aparecieron hoyos acuñados con piedras, interpretados como «zona de fuegos»¹³.

A partir de la fase citada y, por tanto, a lo largo del Soto celtibérico las viviendas de adobe serán sustituidas, como es bien sabido, por otras de mampostería y su planta será ahora rectangular¹⁴. Bien recientemente, sin embargo, se han podido atestiguar cabañas circulares pertenecientes a esta última fase; así, en el mismo Soto de Medinilla, donde las excavaciones motivadas por el tendido del gasoducto Bilbao-Madrid, pusieron al descubierto tres estructuras circulares, consideradas dos de ellas viviendas, delimitadas por hoyos de poste¹⁵. Por otro lado, ha podido confirmarse la datación celtibérica de las viviendas circulares, con zócalos de piedra y alzado de adobes, de Montealegre de Campos (Valladolid)¹⁶, que ya supusimos tardías¹⁷, tras la campaña de excavaciones llevada a cabo en los meses de julio y agosto de 1989¹⁸.

Al margen de este grupo cultural se atestiguan viviendas circulares de la Edad del Hierro en otros ámbitos peninsulares. Prescindiendo de los ejemplares andaluces, cuya problemática se nos ocurre diferente¹⁹, nos interesan particularmente ahora las circulares y elipsoidales con postes acuñados por piedras aparecidas en el yacimiento catalán de L'Ille d'en Reixac²⁰, presumible poblado antiguo de las gentes que después fundaron Ullastret²¹; se fechan en el siglo VI a. de C. y, al igual que las nuestras, se excavan en la roca, consiguiéndose así el alzado de sus paredes entre treinta y cuarenta centímetros. Igualmente, aunque más tardías, las exhumadas en el nivel A-2 del poblado alavés de Atxa, asimismo excavadas en la roca y con una serie de hoyos de poste, acuñados con piedras, que

(12) SACRISTAN DE LAMA, J.D. y RUIZ VELEZ, I., «La Edad del Hierro», en MONTENEGRO DUQUE, A. (Dir.), *Historia de Burgos. I. Edad Antigua*, Burgos, 1984, pág. 193; SACRISTAN DE LAMA, J.D., *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*, Rauda (Roa, Burgos), Valladolid, 1986, págs. 61 y 62, fig. 6.

(13) CAMPANO LORENZO, A. y VAL RECIO, J. del, «Un enclave de la primera Edad del Hierro en Zamora, «El Castro», Camarzana de Tera», *Revista de Arqueología*, 66, 1986, págs. 29-33, fots. de las págs. 30 y 31.

(14) PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta...*, págs. 193 y 194, fig. 67.

(15) ESCUDERO NAVARRO, Z., «Cultura celtibérica. El Soto de Medinilla», *Revista de Arqueología*, 89, 1988, págs. 34 y 35, fots. de las págs. 34 y 36.

(16) ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro... los castros*, págs. 21 y 22, nota 81.

(17) ROMERO CARNICERO, F., «La primera Edad del Hierro...», pág. 90.

(18) Debemos esta noticia a la amabilidad de D. Luis Carlos San Miguel Maté y D. Rafael Heredero García, directores de la citada campaña de excavaciones.

(19) Una recopilación reciente de las mismas puede consultarse en: AGUAYO, P., CARRILERO, M., FLORES, C. y PINO DE LA TORRE, M. del, «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución», en *Del Bronce Final a Epoca Ibérica, Coloquio sobre el microespacio*, 3, Teruel, 1986, *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, 1986, págs. 33-58.

(20) PONS i BRUN, E., *L'Empordà, de l'Edat del Bronce a l'Edat del Ferro. 1100-600 a. C.*, Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona, Sèrie Monogràfica, n.º 4, Girona, 1984, págs. 99-101, figs. 32 y 33.

(21) MARTÍ i ORTEGA, M.A., *Ullastret. Poblal ibèric*, Guies de jaciments arqueològics, Barcelona, 1985, págs. 7 y 10.

marcan su perímetro; su cronología se ha fijado en los siglos IV y III a. C., y conviven con otras estructuras de características constructivas similares, aunque de planta rectangular y finalidad imprecisa²².

Finalmente, y por lo que al aspecto que venimos comentando se refiere, citaremos algunas otras construcciones, pese a que no ofrezcan planta circular. Es el caso de las viviendas del Bronce Final, fechadas entre el 1100 y el 900 a. de C., de La Fonollera, igualmente excavadas en la roca, de las que se han conservado los hoyos de poste delimitando un espacio rectangular, aunque con esquinas redondeadas²³. Cabe mencionar, asimismo, la cabaña de la primera Edad del Hierro, también rectangular, excavada en el yacimiento matritense de Ecce Homo, en la que ha podido apreciarse cómo su interior estaba excavado en la roca, apareciendo delimitado su perímetro por un considerable número de hoyos de poste²⁴.

Un segundo aspecto a considerar es el de la presencia, tal y como acontece una vez más en la cabaña de la terraza inferior de *El Castillejo* de Fuensaúco, de un banco corrido en el interior de la vivienda. El dato, claramente documentado en casas rectangulares, como evidenciaba Cortes de Navarra²⁵ y, más recientemente, El Raso de Candeleda²⁶, o Ecce Homo, donde se excava en la roca²⁷, al igual que ocurre en nuestro caso, es conocido también en viviendas circulares. Prescindiendo de los consabidos ejemplos del Noroeste²⁸, se atestiguan en el vallisoletano Soto de Medinilla a partir del Soto I-2, donde se alzan con adobes²⁹, y, en Alava, en El Castillo de Henayo, donde se fabrican de arcilla³⁰, y, excavados en la roca, al igual que en nuestro caso o en el citado de Ecce Homo, en Atxa³¹.

(22) GIL ZUBILLAGA, E. y FILLOY NIEVA, I., «Organización del microespacio en el yacimiento de Atxa (Vitoria-Gasteiz). II Edad del Hierro/Romanización. Avance a su estudio», en *Epoca Romana y Medieval, Coloquio sobre el microespacio*, 4, Teruel, 1986, *Arqueología Espacial*, 10, Teruel, 1986, págs. 12-17, figs. 5, 6 y 9; IDEM, «Estudio arqueológico de los precedentes de poblamiento en torno a Vitoria-Gasteiz (Bronce Final-Edad del Hierro-Romanización)», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 16, 1988, págs. 478 y 482-483, figs. 8 y 9.

(23) PONS, E. y COLOMER, A., «La Fonollera. Una aldea del Bronce Final», *Revista de Arqueología*, 92, 1988, págs. 14-17, figs. y fots. de las págs. 12, 15, 16 y 17.

(24) ALMAGRO GORBEA, M. y DAVILA, A.F., «Ecce Homo. Una cabaña de la primera Edad del Hierro», *Revista de Arqueología*, 98, 1989, págs. 31-36, figs. y fots. de las págs. 34 y 35.

(25) MALUQUER DE MOTES, J., *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico-I, Excavaciones en Navarra*, IV, Pamplona, 1954, págs. 154 y 155, fig. 56.

(26) FERNANDEZ GOMEZ, F., *Excavaciones Arqueológicas en El Raso de Candeleda (I)*, Avila, 1986, págs. 488 y 489.

(27) ALMAGRO GORBEA, M. y DAVILA, A.F., «Ecce Homo...», pág. 37, fot. de la pág. 34.

(28) ROMERO MASIA, A., *El hábitat castreño. Asentamientos y arquitectura de los castros del N.O. peninsular*, Santiago de Compostela, 1976, págs. 94 y 95, fot. 19.

(29) PALOL, P. de y WATTENBERG, F., *Carta...*, págs. 187-190, figs. 63-66. Véase también: ESPARZA ARROYO, A., *Los castros de la Edad del Hierro...*, fig. 208, donde se muestran las innovaciones y continuidad de los elementos arquitectónicos de El Soto de Medinilla, así como su relación con Cortes de Navarra.

(30) LLANOS, A., APELLANIZ, J.M., AGORRETA, J.A. y FARIÑA, J., «El castro del Castillo de Henayo (Alegria-Alava). Memoria de Excavaciones. Campañas de 1969-1970», *Estudios de Arqueología Alavesa*, págs. 126-128, fig. XVII, fots. 3 y 4.

(31) GIL ZUBILLAGA, E. y FILLOY NIEVA, I., «Estudio arqueológico...», pág. 482.

De acuerdo con cuanto señalamos en el apartado precedente, al describir las cabañas que estudiamos, el banco de la cata «Z» se ensancha e incurva en un momento dado, cerrando sobre sí mismo; ello nos ha dado pie, como queda dicho, a contemplar la posibilidad de que se abriera ahí la puerta de la casa; la presencia inmediata de un hoyo, que muy bien pudo servir para encajar el quicial, vendría a abundar en esta interpretación. Vistas así las cosas la puerta se orientaría al mediodía, lo que viene a coincidir con cuanto sabemos de las viviendas alavesas y vallisoletanas, tal y como se recogía ya al dar a conocer la casa del castro del Zarranzano³²; curiosamente, sin embargo, hemos de rectificar, respecto a lo allí indicado, la orientación del acceso a dicha vivienda, puesto que, como ha podido comprobarse, no hace mucho, al proceder a su consolidación, éste no se situaba al Suroeste, sino al Sureste³³. Esta es también la orientación de la puerta de una de las viviendas de Atxa, cuya ubicación ha podido documentarse merced al encanchado que se abre ante ella³⁴.

Tampoco parece necesario insistir en algunos otros aspectos tratados ya en la ocasión citada; tal sería el caso de los hogares o de las dimensiones de las viviendas. Por lo que al primero de ellos respecta, ya se ha visto cómo el de la cabaña de la cata «B» de Fuensaúco, el único recuperado hasta el momento, presenta planta circular y su solera se asienta sobre un lecho de cantos rodados; su disposición parece ser central y la presencia de un hoyo aledaño al mismo pudiera indicar que allí se encajó un poste que estaría relacionado con la sustentación de la cubierta. Una asociación similar se advirtió en el castro del Zarranzano, cuyos hogares son algo más complejos que el descrito, aunque el poste, que corresponde a la vivienda cuadrangular que se extiende por debajo de la circular, se acuñara allí sólo con piedras³⁵; otro tanto puede decirse de la vivienda circular del nivel IIIa del Castillo de Henayo³⁶, donde el poste que sustentaría su techumbre cónica apoyaría sobre una piedra plana próxima al hogar; siendo este último también central y de características similares al nuestro.

En relación con el segundo de los puntos citados cabe recordar ahora cómo las cabañas que nos ocupan presentan diámetros de 6,25 m., la de la cata «B», y 4,5 m., la de la «Z»; dimensiones que encajan perfectamente con las conocidas de otros yacimientos³⁷ y con las que han deparado las más recientemente exhumadas. Así, por ejemplo, ya hemos citado páginas atrás que la vivienda de Roa tiene 4 m. de diámetro³⁸ y sabemos que las celtibéricas de los poblados vallisoletanos de El Soto de Medinilla³⁹ y Montealegre de Campos⁴⁰ oscilan entre

(32) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas...», pág. 193.

(33) ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades...», pág. 52, fig. 6.

(34) GIL ZUBILLAGA, E. y FILLOY NIEVA, I., «Organización del microespacio...», pág. 15, fig. 6.

(35) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas...», págs. 190-191 y 193, figs. 2 y 3.

(36) LLANOS, A., APELLANIZ, J.M., AGORRETA, J.A. y FARIÑA, J., «El castro del Castillo de Henayo...», pág. 125, fig. XV, fots. 6 y 7.

(37) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas...», pág. 193.

(38) Véase nota 12.

(39) ESCUDERO NAVARRO, Z., «Cultura celtibérica...», pág. 35.

(40) Véase nota 18.

3,5 y 12 m. y 4 y 5 m., respectivamente; las de Atxa, que, contrariamente a las citadas en el párrafo anterior, presentan hogares adosados a las paredes, miden entre 2,5 y 5,6 m². Puede decirse, por tanto, una vez más, que las medidas de las cabañas de Fuensaúco se adecúan a las dimensiones medias de este tipo de viviendas.

Sí quisiéramos llamar la atención, finalmente, acerca de la presencia, hacia el interior de la cabaña de la cata «Z», de una especie de banqueta, como la denominábamos páginas atrás. Cabe pensar se trate de un vasar, para apoyo de enseres domésticos, inmediato al hogar que, en este caso y de ser central, como sería de esperar visto el de la cata «B», se situaría más al interior, es decir, en la parte de la vivienda que permanece sin excavar; así ocurre, como es sabido, en el castro del Zarranzano, donde sendos hogares, al interior⁴² y exterior⁴³ de la vivienda inferior; presentaban vasares de piedras planas en los que aparecieron, respectivamente, molinos barquiformes y algunos vasos. Otro tanto puede decirse de las casas del poblado aragonés de El Cabezo de Monleón, en algunas de las cuales se constata la presencia de un vasar, junto al hogar; constituido por una piedra revestida de arcilla o por esta última simplemente⁴⁴. No hay que descartar, por otro lado, que se trate de tortas de arcilla sobrelevadas del piso, a las que se llevarían los alimentos ya cocinados en hogares externos a la casa, tal y como se ha explicado para ciertas estructuras similares de las viviendas andaluzas de Acinipo, correspondientes al Bronce Final⁴⁵. Sea cual fuere su explicación, no parece aventurado sospechar que forme parte de los elementos del área de cocina que se ordenan en torno al hogar y que, junto al banco corrido, constituyen, prácticamente, los únicos elementos estructurales de las viviendas circulares⁴⁶.

Los materiales recuperados en el interior de las cabañas de *El Castillejo* de Fuensaúco, huesos animales y cerámicas exclusivamente, son muy escasos. Corresponden los primeros, de acuerdo con el estudio que presenta J.A. Bellver en este mismo *Symposium*, a una cabaña variada, que incluye ganado vacuno, equino, ovicaprino y porcino, así como ciervo, entre las especies salvajes⁴⁷. Las segundas, de las que ofrecemos una selección en la figura 4, pertenecen, en su mayor parte, a especies toscas, sin que falten aquéllas otras de superficies más ciudadanas, cuencos por lo general, y lisas, pues apenas si ofrecen otros elementos decorativos que ciertas digitaciones o unguilaciones, dispuestas habitualmente en el borde y, en algún caso excepcional, sobre un cordón aplicado.

(41) GIL ZUBILLAGA, E. y FILLOY NIEVA, I., «Organización del microespacio...», págs. 13 y 15.

(42) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas...», pág. 190, fig. 2.

(43) ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades...», págs. 52 y 53, fig. 6.

(44) BELTRAN MARTINEZ, A., «Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspe)», *Museo de Zaragoza. Boletín*, 3, 1984, pág. 29.

(45) AGUAYO, P., CARRILERO, M., FLORES, C. y PINO DE LA TORRE, M. del. «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo...», págs. 43 y 44.

(46) RUIZ ZAPATERO, G., LORRIO ALVARADO, A. y MARTIN HERNANDEZ, M., «Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico», en *Del Bronce Final a Época Ibérica. Coloquio sobre el microespacio*, 3, Teruel, 1986, *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, 1986, pág. 96, fig. 6.

(47) BELLVER GARRIDO, J.A., «Estudio zooarqueológico de las cabañas circulares de *El Castillejo* de Fuensaúco».

Su número es, en cualquier caso y como queda dicho, reducido, lo que da idea de que las cabañas debieron de mantenerse constantemente limpias; buena prueba de ello es que ningún resto se recogió sobre el banco o el piso de la de la cata «Z» y que los escasos fragmentos cerámicos en ella recuperados se habían amortizado para igualar la superficie del banco, previamente a su enlucido. Indica ello, por tanto, que dichos materiales son anteriores al momento en que se blanqueó y, casi con seguridad, a la construcción de la vivienda; cabe destacar, en cualquier caso, que estos materiales no difieren en absoluto de los recuperados en el nivel de ocupación de la cabaña de la cata «B».

Por lo que a las formas se refiere, cabe hablar, en primer lugar, de los cuencos, forma común a lo largo de la Edad del Hierro, que ya fue recogida como forma 1 de los castros sorianos por uno de nosotros⁴⁸. Merece llamar la atención, en cualquier caso, sobre los que quedan recogidos aquí con los números 1 y 2: el primero de ellos se aproxima, por su borde, a la forma 2⁴⁹, aunque frente a aquélla, que tiene cuerpo troncocónico, presente éste otro globular; ejemplares próximos al que nos ocupa se documentan en Henayo, en el nivel IIIc, cuya cronología se sitúa en torno a mediados del siglo VIII a. de C.⁵⁰ o en el vallisoletano Pago de Gorrita⁵¹. El segundo recuerda, por cuanto marca un corto cuello vertical, a los vasitos sorianos de la forma 3⁵².

De superficies menos cuidadas y dimensiones mayores son los vasos restantes, en particular; y por lo que al último aspecto citado se refiere, los que se numeran del 10 al 12. Habida cuenta que sus formas son ya conocidas en el elenco de los castros sorianos, nos limitaremos a establecer su correspondencia; así, los números 8 y 9 pueden identificarse con la forma 19 y los 11 y 12 con la 23⁵³. Por último, habremos de referirnos a la pieza número 10: un vaso de casi treinta centímetros de diámetro en su boca, con borde recto, cuello vertical, aunque ligeramente convexo, y con un cordón aplicado, con unguilaciones, en el hombro. Esta forma, aunque muy incompleta, nos era desconocida hasta ahora en el ámbito de los castros sorianos, aunque el último rasgo descrito obligaría a pensar en un vaso relacionado con las formas 22 y 25⁵⁴; por otro lado, y al margen de los vasos vinculados a los tipos citados, puede pensarse también en algunos de los navarro-riojanos⁵⁵ de la Edad del Hierro, caso de las formas 3 y, en menor medida, 7 de vasos sin pulir⁵⁶.

(48) ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro... los castros*, fig. 2-1.

(49) *Ibidem*, fig. 2-2.

(50) LLANOS, A., APELLANIZ, J.M., AGORRETA, J.A. y FARIÑA, J., «El castro del Castillo de Henayo...», pág. 212, nota 66, fig. XXVI-12.

(51) ROMERO CARNICERO, F., «Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero», *BSAA*, XLVI, 1980, págs. 150-153, fig. 2-4.

(52) ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro... los castros*, fig. 2-3.

(53) *Ibidem*, págs. 23-37, sobre la cerámica en general, figs. 6-19 y 7-23, para las formas que se citan, en concreto.

(54) *Ibidem*, fig. 7-22 y 25.

(55) Para las relaciones entre las formas cerámicas de los castros sorianos y las de los poblados de Navarra y La Rioja téngase en cuenta: *Ibidem*, págs. 27 y 29, nota 108.

(56) CASTIELLA RODRIGUEZ, A., *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja, Excavaciones en Navarra*, VIII, Pamplona, 1977, pág. 287, figs. 233 y 234, y págs. 294 y 299, fig. 242, respectivamente.

De lo expuesto hasta aquí se desprende cómo, tanto las cabañas de *El Castillejo* de Fuensaúco como los materiales arqueológicos a ellas asociados, encuentran réplicas adecuadas en contextos de la Edad de Hierro y, en particular, por cuanto a los segundos se refiere al menos, en los mismos castros sorianos. Este hecho, unido a la total ausencia de materiales arqueológicos que, como las cerámicas excisas y del boquique, características de Cogotas I, o de aquéllas otras incisas que llevaron a Ruiz Zapatero a defender la existencia de una facies local del Bronce Final⁵⁷, pudieran sugerir una ocupación de este momento, nos llevan a pensar que las cabañas de *El Castillejo* de Fuensaúco han de corresponder a la Edad de Hierro.

Otros datos, y en particular la estratigrafía de la cata «B», permiten afirmar que nos encontramos en un momento inicial de la fase apuntada. En efecto, bajo el nivel celtibérico se constató en dicha cata la presencia de otro nivel, inmediatamente anterior al que nos interesa ahora, en el que aparecieron, junto a las características cerámicas de la cultura castreña soriana, especies grafitadas; aunque algo más compleja, la estratigrafía de la cata «Z» permite apreciar, asimismo, la presencia de cerámicas grafitadas en el nivel que se superpone al de la cabaña y su asociación en el mismo a otras pintadas y a una fíbula de espirales. La asociación de estos dos últimos elementos era conocida desde antiguo en Castilfrío de la Sierra⁵⁸ y ha podido constatarse, con posterioridad, en el castro del Zarranzano, donde figuran también las especies grafitadas⁵⁹. Ello obliga a pensar que el nivel que en Fuensaúco se extiende por encima del de las cabañas y por debajo del celtibérico ha de equipararse cultural y cronológicamente a los correspondientes de los castros sorianos citados y fecharse, muy posiblemente, a juzgar por las dataciones con que contamos para el castro del Zarranzano⁶⁰, en el siglo V a. de C., o, quizás, algo antes.

Por otro lado, se viene citando últimamente en la bibliografía la aparición de un fragmento de cerámica excisa de la Edad del Hierro en *El Castillejo* de Fuensaúco⁶¹, asociándolo (?) a cerámicas grafitadas y argumentando a partir del mismo una mayor antigüedad para el yacimiento⁶² que la defendida⁶³; al tiempo,

(57) RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero», *1.º Symposium de Arqueología Soriana*. Soria, 1982, Soria, 1984, págs. 169-185.

(58) TARACENA AGUIRRE, B., *Excavaciones en las provincias...*, págs. 19 y 20, figs. 15 y 17; ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión», *1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, págs. 73 y 74; IDEM, *La Edad del Hierro... los castros*, págs. 26 y 37, fig. 8-2.

(59) ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades...», pág. 56.

(60) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas...», págs. 196-198; IDEM, «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 67 y 68; IDEM, *La Edad del Hierro... los castros*, pág. 41.

(61) Una primera noticia en JIMENO MARTINEZ, A., «Prehistoria», en PEREZ RIOJA, J.A. (Dir.), *Historia de Soria*, t. I. Soria, 1985, pág. 111.

(62) Con posterioridad lo cita quien parece ser su descubridor, aunque nunca ha publicado un dibujo del mismo: BACHILLER GIL, J.A., «Los castros sorianos: algunas consideraciones generales», *Celtiberia*, 72, 1986, pág. 350; IDEM, *Nueva sistematización de la cultura castreña soriana, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, Serie Monográfica, 1, Zaragoza, 1987, pág. 5; IDEM, *La cultura castreña soriana de la cuenca alta del Duero*, Resumen de Tesis Doctoral, Universidad de La Laguna, La Laguna, 1987, págs. 11 y 12; IDEM, «Los castros del alto Duero», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 3, 1987, pág. 78.

(63) TARACENA AGUIRRE, B., *Excavaciones en las provincias...*, pág. 22; IDEM, *Carta...*, pág. 65; ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 78-83; IDEM, *La Edad del Hierro... los castros*, págs. 42-45.

las últimas excavaciones han permitido matizar, con argumentos, lo hasta entonces sostenido⁶⁴. Dicha cerámica habría de fecharse, al igual que otras, presuntamente similares, de la provincia de Soria, en torno al siglo VII a. de C. o poco después⁶⁵, y de asociarse, como se ha apuntado en este caso y se ha señalado para otros lugares⁶⁶ a las grafitadas, permitiría elevar la cronología del nivel correspondiente al siglo VI, cuando menos, y, muy posiblemente, al siglo VII a. de C. Ello, a su vez, obligaría a pensar en este último siglo, al menos, para las cabañas que estudiaremos⁶⁷.

Cabe sospechar, por otro lado, que las cerámicas excisas del Hierro correspondieran al nivel de las cabañas, en cuyo caso dicho nivel habría de fecharse, de acuerdo con lo visto en el párrafo anterior, en el siglo VII a. de C.; ello parece conforme con las fechas que atribuimos a las grafitadas de los castros sorianos y con cuanto viene a documentar la propia estratigrafía de *El Castillejo*. Dicha secuencia, por último, viene a coincidir con la que se ha establecido, bien recientemente, para las inmediatas tierras de La Rioja⁶⁸.

En cualquier caso, no parece haber duda alguna sobre la clara antigüedad que, respecto a las conocidas, ofrecen estas cabañas de *El Castillejo* de Fuen-saúco. Queden estas páginas como testimonio de un camino que se abre en la investigación de los primeros compases de nuestra Edad del Hierro, cuya cronología esperamos pueda precisarse en un futuro no muy lejano.

(64) ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades...», págs. 56 y 57.

(65) ROMERO CARNICERO, F., «La Edad del Hierro en la provincia de Soria...», págs. 61-64; RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los primeros...», págs. 177-179; ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro... los castros*, págs. 9 y 10; JIMENO MARTINEZ, A., «Prehistoria», págs. 111 y 112.

(66) RUIZ ZAPATERO, G., «Cogotas I y los primeros...», pág. 180.

(67) Aún habría que pensar, partiendo de las altas cronologías atribuidas a ciertas cerámicas grafitadas, en una fecha más antigua, del siglo VIII a. de C. (VALIENTE MALLA, J. y VELASCO COLAS, M., «Yacimiento de tipo «Riosalido». Ermita de la Vega (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara)», *Wad. Al-Hayara*, 15, 1988, págs. 95-122, donde se resumen las aportaciones últimas, al respecto, para dicha zona). Cronologías similares se defienden en: RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A., «Elementos e influjos de tradición de «Campos de Urnas» en la Meseta Sudoriental», en *Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (II)*, I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, t. III, 1988, págs. 258 y 259; ello no parece excesivamente viable, al menos por ahora, en nuestro caso, de tener en cuenta las fechas y asociaciones aportadas por el próximo Castro del Zarranzano, en el que, como hemos visto, también aparecen cerámicas grafitadas (Véase nota 59).

(68) ALVAREZ CLAVIJO, P. y PEREZ ARRONDO, C.L., «Notas sobre la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro en La Rioja», *Cuadernos de Investigación Histórica Brocar*, 14, 1988, págs. 116 y 117.

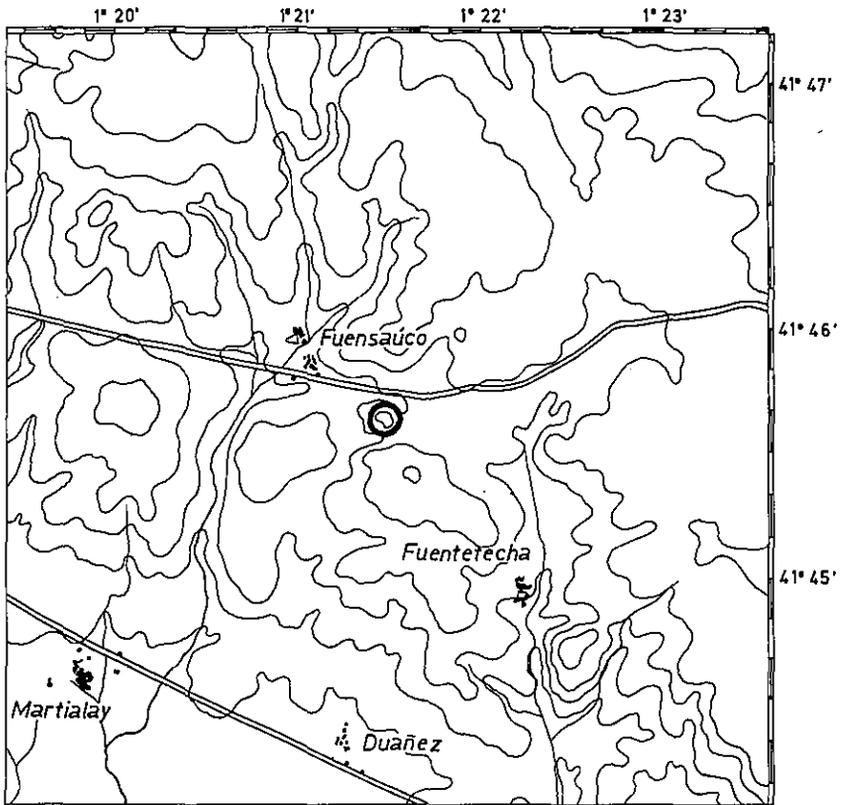


FIG. 1.— Situación de El Castillo de Fuensaúco (Soria).

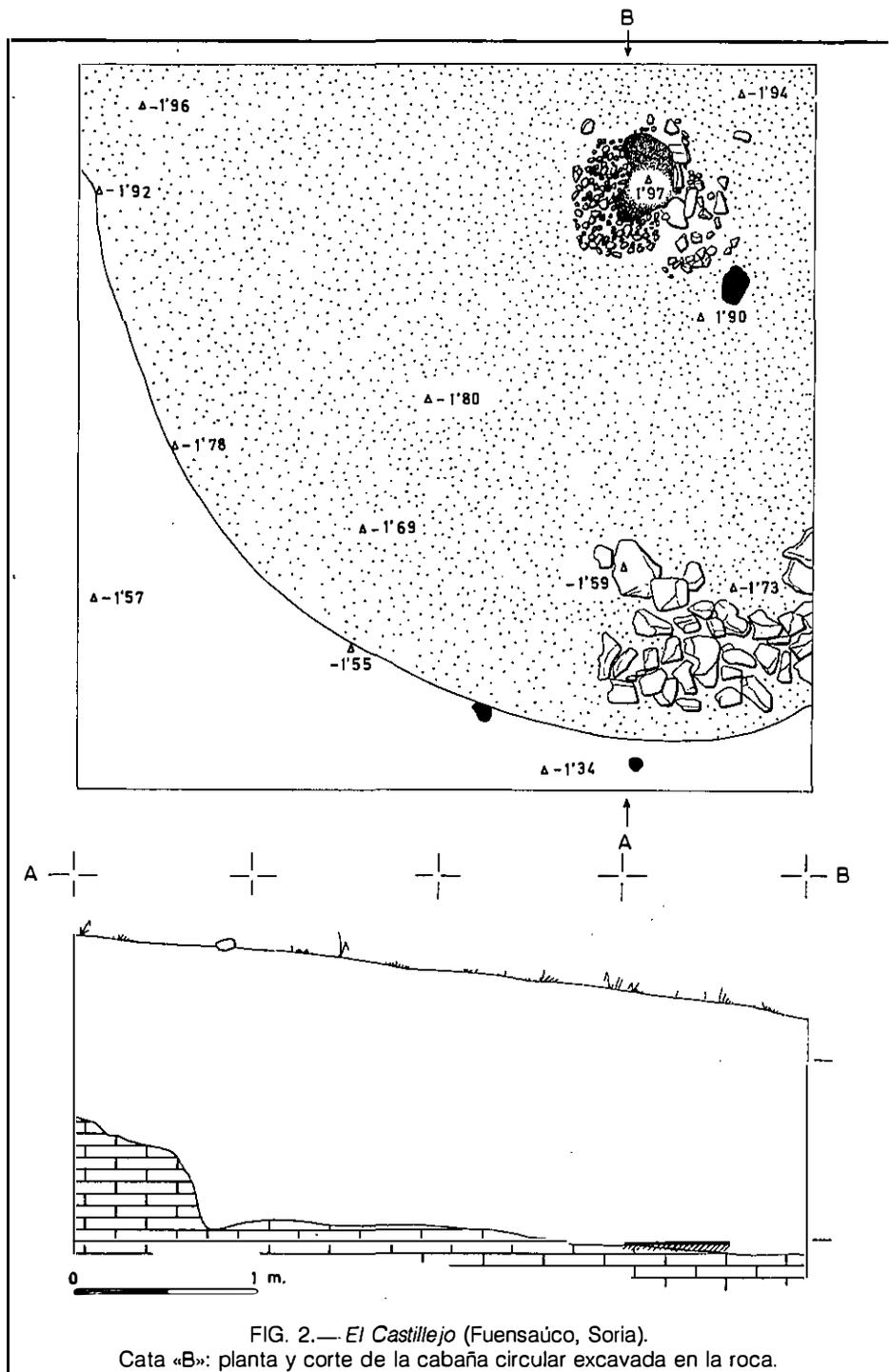


FIG. 2.— *El Castillejo* (Fuensaúco, Soria).
 Cata «B»: planta y corte de la cabaña circular excavada en la roca.

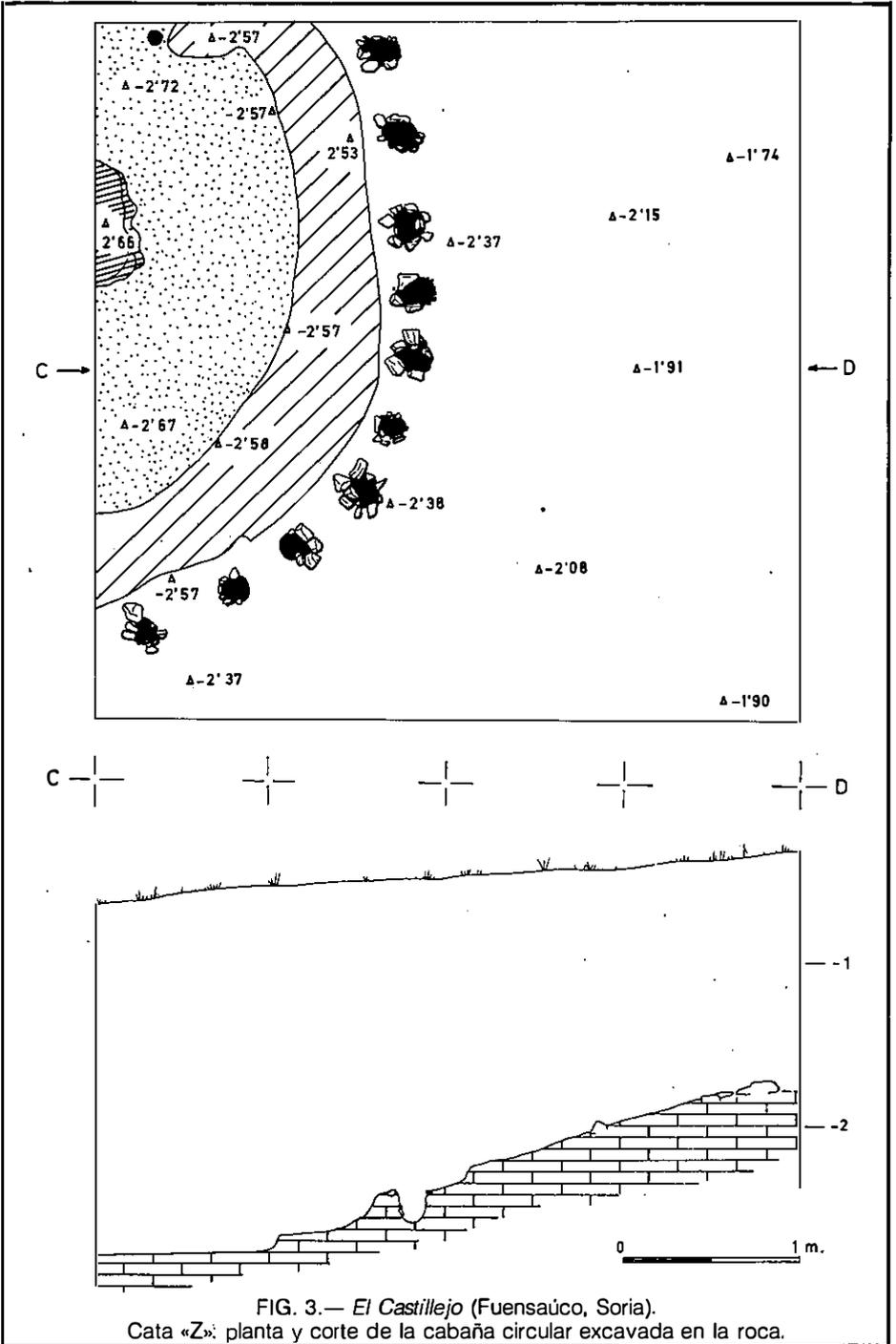


FIG. 3.— El Castillejo (Fuensaúco, Soria).
Cata «Z»: planta y corte de la cabaña circular excavada en la roca.

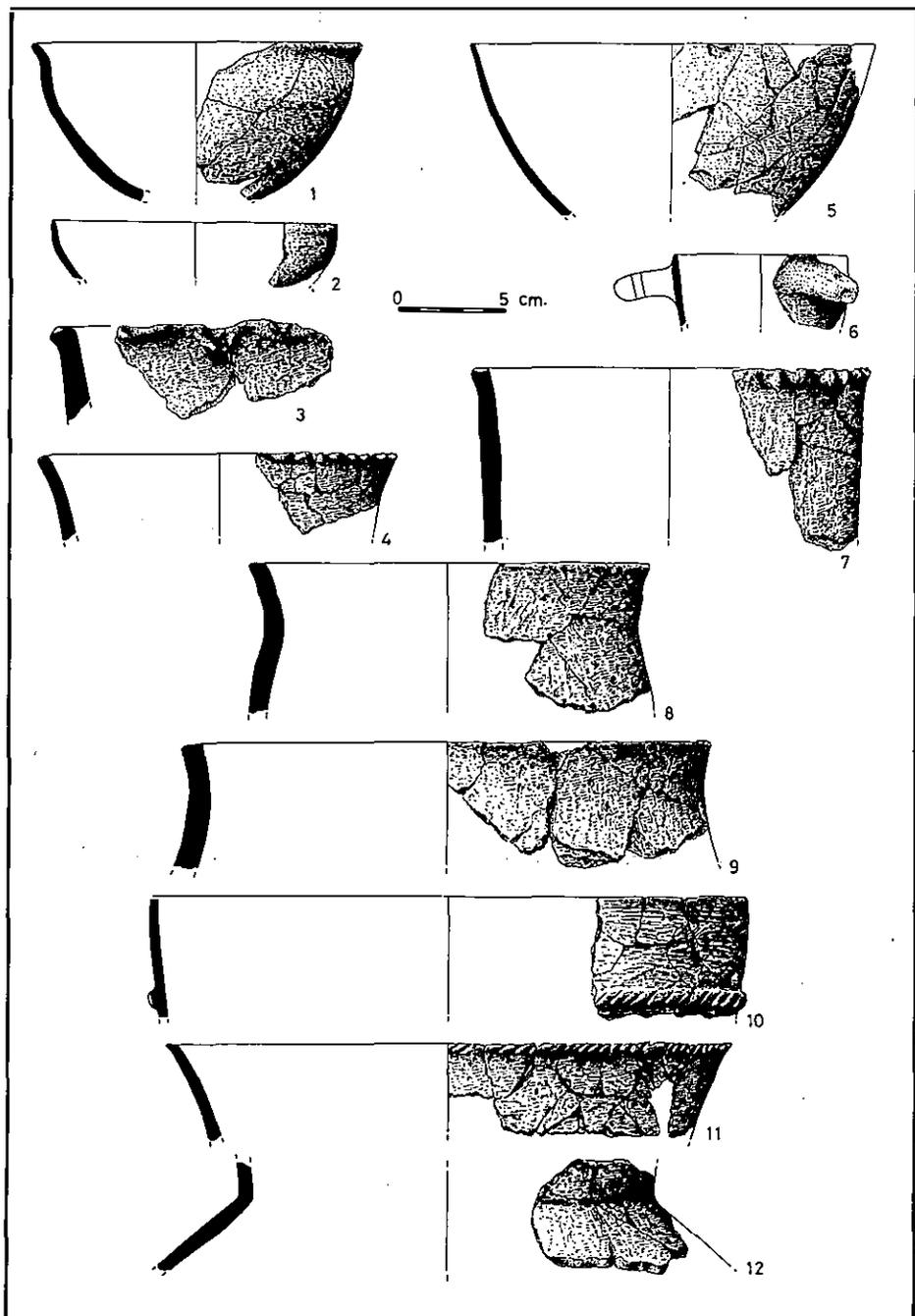
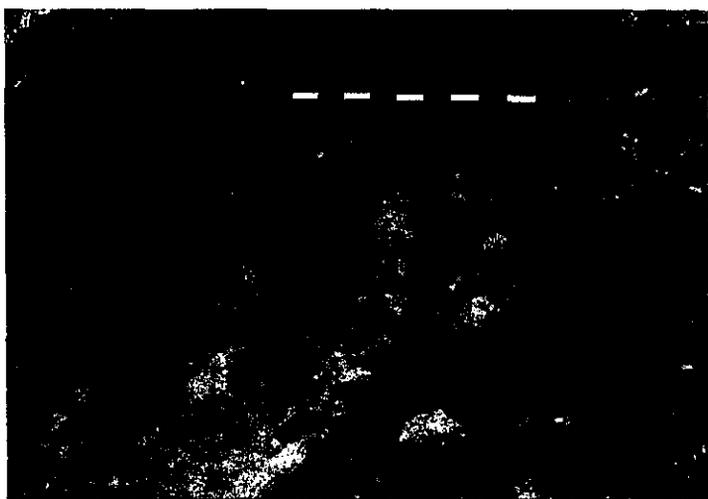
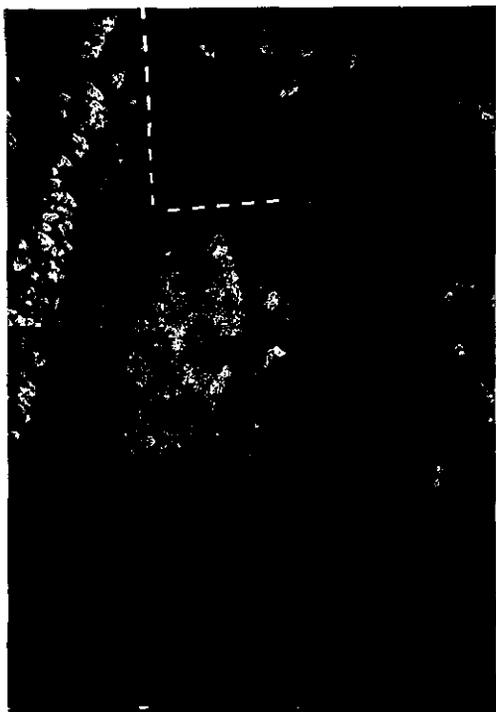


FIG. 4.— Cerámicas de las cabañas de las catas «B» (números 4 al 12) y «Z» (números 1 al 3) de El Castillejo de Fuensaúco (Soria). Los números 10 al 12 a mitad de la escala.



LAM. I.— *El Castillejo* (Fuensaúco, Soria). Cata «Z».
1. Panorámica de la cabaña circular; 2. Detalle del blanco y el piso.

**ESTUDIO ZOOARQUEOLOGICO DE LAS CABAÑAS
CIRCULARES DE *EL CASTILLEJO* DE FUENSAUCO**

J.A. BELLVER GARRIDO*

* Universidad de Valladolid.

Con la presente comunicación pretendemos dar a conocer el resultado del análisis de los restos faunísticos recuperados en las cabañas excavadas en la roca en *El Castillejo* de Fuensaúco. Se trata, como es sabido, de dos cabañas de planta circular, exhumadas en las catas «B» y «Z», en las excavaciones de 1987 y dadas a conocer recientemente (ROMERO, 1989), que se atribuyen a los inicios de la Edad del Hierro. La problemática arqueológica de las mismas es objeto de otra comunicación en esta misma reunión (ROMERO Y MISIEGO, 1989).

DATOS FAUNISTICOS

Los cálculos del número de restos identificados y determinados, con sus totales, pueden ser consultados en la tabla 1. No consideramos los porcentajes de NR como muestras estadísticas y los que se apuntan para los distintos datos tan sólo tienen un valor descriptivo. Casi todos los fragmentos no identificados corresponden a diáfisis de huesos largos, con una variación métrica que oscila entre 10 y 90 mm. lo que explica su aparente abundancia.

En la tabla 2 pueden verse los cálculos de NMI divididos en sus correspondientes segmentos cronológicos.

No podemos aventurarnos a especular con los cuadros de mortandad por guardar éstos, por ahora, un esquema muy equilibrado. El dato es ciertamente difícil de evaluar y en la mayoría de los casos se ha calculado apurando el material a fin de obtener una información meramente orientativa. Así, por ejemplo, la mandíbula de vaca de la cata «Z», puede arrojar una edad de tres años basada exclusivamente en la carencia de dentadura decídua; no sabemos cuanto tiempo ha transcurrido desde que ésta fue sustituida y además no nos es posible contrastarlo con otros huesos.

Las especies identificadas han sido las siguientes:

- Cata «B»: vaca, caballo, oveja, oveja/cabra, cerdo y ciervo.
- Cata «Z»: vaca, cabra, oveja/cabra, cerdo y ciervo.

En la tabla 3, hemos dispuesto los respectivos NR identificados con sus taxones.

Los restos recuperados en Fuensaúco presentan un comportamiento anormal. En una muestra de desechos de comida debemos suponer que nos hubiéramos encontrado con abundantes huesos largos y planos, resultado de las actividades

de cocinado y consumo. Sin embargo, los datos de NRI son elocuentes, una elevada representatividad de restos de maxilares, mandíbulas y dientes sueltos frente a una escasez de taxones del aparato locomotor apendicular. Quizás ésto puede comprenderse si pensamos en una limpieza más o menos regular y cíclica de los suelos de habitación, como así parece indicarlo la concentración de todo tipo de material en el exterior de las unidades de habitación.

Los estudios sobre conservación diferencial referidos a los conjuntos óseos no han sido aún desarrollados, como es nuestro caso, para comunidades agrícolas (LEGGE, 1987); sin embargo, sí hay trabajos ejemplares sobre comunidades nómadas y recolectoras (BRAIN, 1967). Los esquemas de este último autor sobre el grado de resistencia ofrecida por los huesos al paso del tiempo son muy elocuentes. Se sirve de los desechos de cabras consumidas por los Hotentotes de Namibia en ocho de sus poblados. El investigador recoge 2.400 fragmentos óseos de los que puede identificar 2.373. El treinta por ciento del material son neurocráneos y viscerocráneos y todos los huesos largos juntos suponen prácticamente el mismo porcentaje. Como factores causantes de esta proporción Brain señala los siguientes:

a) La rotura de todos los huesos largos para obtener médula.

b) La acción depredadora de los perros.

c) La edad de los individuos sacrificados que oscila entre 1 y 3 años. Como no todas las epífisis se han fusionado la fragilidad del material es un factor importante.

Nosotros no podemos extrapolar libremente estas ideas para intentar entender que ocurre con la «*muestra*» de las cabañas sorianas que estudiamos. Para empezar, el experimento de Brain se centra sólo en cabras, su NRI es muchísimo mayor que el nuestro y además el material que analizamos procede de excavación y el de Namibia es de prospección; por último, tampoco podemos olvidar que las economías, como ya hemos indicado, no son paralelas. A pesar de ello las experiencias de Brain nos sirven de referencia para poder analizar el nivel de fragilidad que alcanzan los taxones óseos. La manipulación de los huesos largos es evidente en el caso de numerosos húmeros que en la actualidad estamos analizando, además el elevado grado de transformación apuntado al principio de nuestra comunicación es fruto, entre otras cosas, del pisoteado al que seguramente estuvieron sujetos los huesos depositados en los alrededores de las estructuras de habitación. El volumen del material es insuficiente para establecer las pautas de policultivo ganadero y por tanto, el grado de fusión epifisial y su correspondiente resistencia al paso del tiempo no puede ser valorada. Sin embargo, el análisis faunístico que del conjunto del poblado estamos realizando indica un dominio de los individuos subadultos, es decir, de animales con los procesos de fusión ósea inconclusos. Por último, hemos encontrado pruebas de la actividad de carnívoros, posiblemente domésticos, sobre los huesos tarsotibiales de ovicaprinos.

No pretendemos que las circunstancias de los yacimientos y poblados que hemos expuesto sean las mismas, pero sí pensamos que factores económicos, como el sacrificio de ganado joven y la manipulación con fines alimenticios de sus huesos, junto con la acción climática y de los depredadores domésticos, sean los responsables de la aparición de asociaciones óseas tales como las presentadas en esta comunicación. Claro está que no pretendemos que éstas sean las únicas en el caso de nuestro material y por ello es preciso un estudio más profundo partiendo de un NRI representativo que esperamos obtener de los conjuntos faunísticos de las excavaciones realizadas hasta la fecha en el yacimiento de *El Castillejo* de Fuensaúco.

TAXONOMIA

CATA «B»

- Bos taurus*: serie dental maxilar, faltándole el P2; m1 o m2 decíduo maxilar; fragmento de escotadura y cabeza cubital.
- Equus caballus*: I1 e I2 decíduos; 2M3 maxilares, derecho e izquierdo; P2 maxilar derecho; cabeza femoral, edad menor a 3 años.
- Cervus elaphus*: M1 permanente, maxilar; D4, menor de 6 meses; porción mediodistal de radio izquierdo; epífisis distal de tibia; diáfisis tibial; tróclea de metatarso; fragmento de neurocráneo con alveolos dentales; primera y segunda falanges izquierdas.
- Ovis/Capra*: mandíbula derecha, edad ente 4 y 6 años; mandíbula izquierda, edad entre 4 y 6 años; 2M2 y 2M3 maxilares; I2 de adulto; 2D4, derecho e izquierdo, maxilares; P3, M1 y 2M2, derechos mandibulares; segunda falange izquierda; astrágalo izquierdo; fragmento acetabular de coxal derecho; fragmento de ilión; fragmento de tróclea de metápodo; porción distal de metacarpo con epífisis; fragmento sagital de metápodo; cuatro fragmentos de diáfisis de húmero, dos de radio, tres de tibia y cuatro de metatarsos.
- Sus domesticus*: I1 adulto, di2 subadulto; P2, M1, M2, M3 maxilares; fragmento de costilla.
- IND*: porción mediodistal de húmero izquierdo; fragmento de costilla; dos diáfisis de metápodo; tres fragmentos de húmero; seis fragmentos de neurocráneo; un fragmento mandibular; apófisis espinosa de vértebra dorsal; diez fragmentos de diáfisis de hueso largo; fragmento escapular; dos fragmentos de hueso largo calcinado.

CATA «Z»

- Bos taurus*: porción proximal de húmero, edad mayor de 3 años; porción mandibular izquierda; porción distal de radio derecho de edad mayor a un año; astrágalo izquierdo; falanges primera y segunda.
- Capra hircus*: clavija izquierda; epífisis distal de metatarso izquierdo; porción distal de húmero derecho.
- Ovis/Capra*: M3, derecho maxilar; M1 y M2, izquierdos maxilares; fragmento de neurocráneo; fragmento de escápula; fragmento de primerá falange, de edad menor a 10 meses; fragmento de costilla; tres fragmentos de vértebras torácicas, de edad menor a 3 años; cuerpo mandibular izquierdo, de edad menor a 3 años; mandíbula derecha, de edad menor a 2 años; fragmento mandibular derecho, de edad menor a 2 años.
- Sus sp*: fragmento maxilar izquierdo.
- Cervus elaphus*: fragmento de percha.
- IND*: proceso angular mandibular; fragmento de clavija; fragmento de diáfisis de metápodo; dos fragmentos de costilla; apófisis espinosa de vértebra lumbar; cuarenta y dos restos longitudinales de hueso largo.

BIBLIOGRAFIA

- BRAIN, 1967: BRAIN, C., «Hottentot foot remains and their bearing on the interpretation of fossil bone assemblages», *Scient. Pap. Namib. Desert. Res.*, 32, 1976, págs. 1-11.
- HILLSON, 1986: HILLSON, S., *Teeth*, Cambridge University Press, London, 1986.
- LEGGE, 1987: LEGGE, A., «Fauna en la economía prehistórica de Mocín», en HARRISON, R.J. *et alii*, «Mocín: poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I)», *NAHisp.*, 29, Madrid, 1987, págs. 90-102.
- ROMERO, 1989: ROMERO, F., «Algunas novedades sobre los castros sorianos», en ARGENTE, J.L. (Coord.), *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, 1989, págs. 49-58.
- ROMERO y MISIEGO, 1989: ROMERO, F. y MISIEGO, J.C., «Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro en la provincia de Soria: las cabañas de *El Castillejo* de Fuensaúco», *II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1989.

TABLA 1

NR		I		IND	
B	Z	B	Z	B	Z
522	108	61	24	30	48
100%	100%	11,6%	22,2%	5,7%	44,4%

TABLA 2

EDAD ESPECIE / CATA	ADULTO		SUBADULTO		INFANTIL		TOTAL	
	B	Z	B	Z	B	Z	B	Z
Caballo	1				1		2	
Vaca	1	1			1		2	1
Cabra				1				1
Oveja			1				1	
Avicáprido	1			1	1		2	1
Suido	1			1			1	1
Ciervo							1	1
TOTAL	4	1	1	3	3		9	5

TABLA 3

ESPECIE HUESO / CATA	VACA		CABALLO		OVEJA		CABRA		OVICAP.		CERDO		CIERVO		NR	
	B	Z	B	Z	B	Z	B	Z	B	Z	B	Z	B	Z	B	Z
Neurocráneo	1				1		1		4		1		1		2	7
Mandíbula		1							2	3					2	4
Dientes	2		5		2				11		6				26	
Vért. cervic.																
Vért. dorsal									3							3
Vért. lumbar																
Sacro																
Costillas									1	1					1	1
Escápula									1							1
Húmero		1					1	4							4	2
Radio		1			1			2							3	1
Cúbito	1														1	
Carpos																
Metacarpos									1							1
Falanges																
Coxal									2							2
Fémur			1													1
Tibia					2				3							5
Peroné																
Astrágalo	1	1							1						2	1
Metatarso					1		1	6							7	1
Falanges		2			2			1	1			1			4	3
TOTAL	5	6	6		9		3	33	13	7	1	1	1		61	24
																85

**ACERCA DE UN CURIOSO VASO
DEL CASTRO DEL ZARRANZANO (ALMARZA, SORIA)**

G.J. MARCOS CONTRERAS*

* Universidad de Valladolid.

Sirvan estas breves páginas, con las que queremos sumarnos al homenaje que este *II Symposium de Arqueología Soriana* rinde a D. Teógenes Ortego, para dar a conocer un curioso vaso aparecido en las excavaciones del Castro del Zarranzano*. El vaso que presentamos ofrece, como principal singularidad, asas interiores (Fig. 1). Es una fuente circular de fondo plano, aunque ligeramente cóncavo al exterior, paredes ligeramente convexas y borde festoneado que conserva en su interior dos asas, aunque, cómo se deduce de su ubicación, debió de contar inicialmente con tres; dichas asas son verticales, por lo que muestran perforación horizontal, y sus diámetros se van reduciendo progresivamente de abajo arriba, no por causa del desgaste que muestran, muy irregular y superficial, como podría especularse, sino ya desde su fabricación. Tiene el vaso 38 cm. de diámetro en la boca y 34 en el fondo y mide 13 cm. de alto. En el fondo, y al interior, presenta dos suaves acanaladuras formando un aspa. Su aspecto general es grosero y muestra superficies rugosas con desgrasantes gruesos; su coloración varía según las zonas, oscilando entre las tonalidades amarillentas y anaranjadas y aquellas otras negruzcas que evidencian que sufrió la acción del fuego en su interior.

Procede del sector II del castro, se encontraba muy fragmentado y bastante disperso y fue recuperado a lo largo de dos campañas de excavaciones diferentes (Fig. 2). En efecto, un primer grupo de fragmentos, ente los que figuraba el fondo del vaso, claramente recortado y acompañado de carbones, se recuperó en la campaña de 1984, en la que se exhumó la vivienda cuadrangular que, como se había intuido ya, se extendía por debajo de otra circular¹; aparecieron al exterior de esta última en el cuadro K11 y en el testigo entre los cuadros K11 y L11, siendo inventario con las siglas ZA/IIK11/103 a 105 y ZA/IIK11-L11/3 a 5. El resto de la vasija se localizó en 1988 con ocasión de los trabajos conducentes a la consolidación de las viviendas mencionadas²; se encontraban en el

(*) El Profesor Romero Carnicero, director de las mencionadas excavaciones, ha visto en ésta una excelente ocasión para dar a conocer la pieza, facilitándonosla para su estudio.

(1) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: la casa circular del castro del Zarranzano», *Iº Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, págs. 187-210.

(2) ROMERO CARNICERO, F., «Algunas novedades sobre los castros sorianos», en ARGENTE OLIVER, J.L. (Coord.), *Diez años de Arqueología Soriana (1978-1988)*, Soria, 1989, págs. 50-53, fig. 6, fots. de las págs. 50 y 82.

testigo que media entre los cuadros K10 y K11 y se inventarió con el número ZA/IIK10-K11/25. Corresponde el vaso a la ocupación inicial de sector, que cabe fechar en la primera mitad del siglo V a. C., si tenemos en cuenta que dos muestras de carbón del mismo sector, recogidas en el nivel de incendio que separaba las dos casas citadas y analizadas por C-14, han proporcionado sendas dataciones del 430 a. C., y que una tercera del sector III, presumiblemente contemporánea al nivel que ahora comentamos, nos sitúa en el 460 a. C.³

No son muchos los ejemplares conocidos de esta forma en la Edad del Hierro, aunque puede señalarse que son particularmente abundantes en el Noroeste peninsular. En las tierras inmediatas a Soria documentamos un primer ejemplar en La Loma del Lomo (Cogulludo, Guadalajara); se trata de una escudilla de borde indicado y fondo convexo, que Valiente Malla adscribe a su forma VIb (Fig. 3-3), que mide 25 cm. de diámetro en su boca y conserva en el interior un asa incompleta y el arranque de otra, enfrentadas, de sección circular y dispuestas horizontalmente. Apareció en la Hoya 2B-3, cortada por un pavimento con un hogar, junto a este último y asociada a un cuenco, una olla y fragmentos de molinos; fechándose en el Bronce Pleno⁴.

Algo más al norte, ya en la Rioja, sabemos de un ejemplar que fue dado a conocer, precisamente, por Ortego, quien lo llevó a la primera Edad del Hierro⁵. Se trata de un vaso de gran tamaño, pues mide 78 cm. de diámetro, aunque tan sólo 6 de altura, con fondo plano, paredes rectas y dos asas verticales, interiores y afrontadas, que nacen del borde mismo, pero no llegan a alcanzar el fondo (Fig. 3-2); procede de prospecciones llevadas a cabo en el Monte de la Pila, en las inmediaciones de Lardero.

Bastante próximos a nuestro ejemplar parecen, a juzgar por las descripciones de los mismos con que contamos, los exhumados en las viviendas del poblado aragónes del Cabezo de Monleón; se documentan en diversas viviendas, en las que aparecen junto al hogar (Fig. 4), son de grandes dimensiones y bordes poco elevados y muestran huellas de haber estado expuestos al fuego⁶. Se fecha el poblado en la primera Edad del Hierro, entre el 800 a. C., y la iberización⁷.

Por último, y en un ámbito geográfico todavía inmediato cabría recordar ciertos vasos de la Edad del Hierro, por más que no cuenten con asas internas. Es el caso de las fuentes rectangulares, con asas exteriores, correspondientes a la forma 8 de vasos pulidos de Navarra y Rioja, que se documentan en PI1b de

(3) ROMERO CARNICERO, F., «Novedades arquitectónicas...», pág. 197. Véanse también: IDEM, «La Edad del hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión», I^{er} *Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, 1984, pág. 67; IDEM, *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*, *Studia Archaeologica*, 75, Valladolid, 1984, pág. 41.

(4) VALIENTE MALLA, J., *La Loma del Lomo I. Cogulludo, Guadalajara, Excavaciones Arqueológicas en España*, 152, Madrid, 1987, págs. 58-62, fig. 44-243.

(5) ORTEGO, T., «Prospecciones arqueológicas en Lardero (Logroño). El Monte de la Pila y la Cueva del Moro», *XIV CNArq.*, Vitoria, 1975, Zaragoza, 1977, págs. 626-628, fig. 6.

(6) BELTRAN MARTINEZ, A., «Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspe) I», *Museo de Zaragoza, Boletín*, 3, 1984, págs. 28, 34, 41 y 48-50, figs. de las págs. 47 y 49.

(7) BELTRAN MARTINEZ, A., «El Cabezo de Monleón», en *Atlas de Prehistoria y Arqueología Aragonesa*, vol. I, Zaragoza, 1980, pág. 54. Véase también: RUIZ ZAPATERO, G., *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*, *Colección Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid*, 83/85, t. I, Madrid, 1985, págs. 399-403.

Cortes de Navarra y en el Castejón de Arguedas y se fechan entre el 650 y el 550 a. C.⁸ o de fuentes, ovales y sin asas, como la recuperada en la vivienda A3 del poblado abulense de El Raso de Candeleda, incluida, partiendo de su forma barquiforme, entre los vasos rituales de la forma 8⁹.

Mucho más numerosos son, como indicábamos en un principio, en la cultura castreña del Noroeste. Se documentan, por ejemplo en Castromao (Orense)¹⁰, en los castros pontevedreses de Vigo (Fig. 3-6)¹¹, Troña (Fig. 3-7)¹², Castro da Forca¹³, Caneiro (Fig. 3-4)¹⁴ y Torralla¹⁵, y, ya en Portugal, en Sanfins (Fig. 3-8)¹⁶ y Monte Móznho (Fig. 3-5)¹⁷.

La mayoría de los ejemplares citados presentan una serie de características comunes, lo que los define como tipo; así: fondo plano y paredes, por lo general, convexas, con dos asas embutidas¹⁸, de sección circular, dispuestas horizontalmente; por último, ofrecen mayor diámetro en la boca que en el fondo. J. Rey Castiñeiras los incluye en su forma 2, que define como «*recipientes cerámicos de asas interiores*»¹⁹ y C.A. Ferreira de Almeida²⁰ en su «*su estilo C*», que, en Monte Móznho, data en los siglos II y I a. de C.²¹. Una datación más precisas nos proporciona el castro de Troña, para cuyo nivel C, en el que se han localizado vasos como los que nos ocupan, y contamos con una fecha radiocarbónica del 60 a. C.²²

En definitiva, y tras este repaso por la bibliografía, cabe señalar como son precisamente los vasos más inmediatos al área en que se encuentra el Castro del

(8) CASTIELLA RODRIGUEZ, A., *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja. Excavaciones en Navarra*, VIII, Pamplona, 1977, págs. 251 y 252, figs. 203 y 204, lám. XII-2.

(9) FERNANDEZ GOMEZ, F., *Excavaciones Arqueológicas en El Raso de Candeleda*, Avila, 1986, I, págs. 106 y 468-469, fig. 46-43; II, fig. 469.

(10) GARCIA ROLLAN, M., «Memoria de la excavación arqueológica de Castromao (Caeliobriga)», *AEArq.*, 44, 1971, pág. 202, fig. 60-F.

(11) HIDALGO CUÑARRO, J.M., *Castro de Vigo. Campaña 1983, Arqueología/Memorias*, 1, Santiago, 1985, pág. 14, fig. VI-5.

(12) HIDALGO CUÑARRO, J.M., *Castro de Troña. Campaña 1983, Arqueología/Memorias*, 3, Santiago, 1985, pág. 21, fig. XXI-4.

(13) GARBALLO ARCEO, L.X., *Castro da Forca. Campaña 1984, Arqueología/Memorias*, 8, A Coruña, 1987, pág. 41, fig. 29-280.

(14) HIDALGO CUÑARRO, J.M. y COSTAS GOBERNA, F.J., «El castro «A cidade» de Caneiro, Fozara (Ponteareas)», *El Museo de Pontevedra*, XXXIII, 1979, pág. 181, fig. 41-12.

(15) HIDALGO CUÑARRO, J.M., «Tipología de la cerámica del Castro de la Isla de Torralla (Vigo)», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXV, 1984-85, pág. 64, fig. de la pág. 68-F.

(16) COELHO F. DA SILVA, A. y CENTENO, R.M.S., «Escavações arqueológicas na Citânia de Sanfins (Paços de Ferreira) 1977-1978», *Portugalia*, nova série, I, 1980, pág. 63, fig. VI-4.

(17) SOEIRO, T., *Monte Móznho. Aportamentos sobre a ocupação entre Sousa e Tâmega em época romana. Penafiel. Boletim Municipal de Cultura*, 3.ª série, 1, Penafiel, 1984, págs. 141, 168-169, 184, 204, 228 y 260, figs. LXX-1 a 3 y 5, LXXVII-2, LXXIX-4 y 5, LXXXVI-5 y 6, CIII-1, CXIII-2, CXXI-3 y CXXXII-9 y 10.

(18) GARCIA ROLLAN, M., «Memoria de la excavación...», pág. 202.

(19) REY CASTIÑEIRAS, J., *Tipología de la cerámica castreña (aportación a su estudio)*, Tesis de Licenciatura inédita, Universidad de Santiago de Compostela, citado en HIDALGO CUÑARRO, J.M., *Castro de Vigo...*, pág. 14.

(20) FERREIRA DE ALMEIDA, C.A., «Cerámica castreja», *Revista de Guimarães*, LXXXIV, 1974, pág. 187.

(21) FERREIRA DE ALMEIDA, C.A., *Excavações no Monte Móznho (1974)*, Penafiel, 1974, pág. 27.

(22) HIDALGO CUÑARRO, J.M., «Una fecha de C-14 del Castro de Troña (Ponteareas, Pontevedra)», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXVII, 1987, pág. 38.

Zarranzano, aquéllos que más se le parecen; es el caso, como hemos visto, de los procedentes de Lardero y el Cabezo de Monleón, que, se fechan también, al igual que el nuestro, en la primera Edad del Hierro.

Para terminar, unas breves consideraciones a propósito de la posible finalidad de esta forma que ahora documentamos, por vez primera, en la *cultura castreña soriana*²³. En el caso de los ejemplares gallegos parece clara su misión como instrumentos de cocina destinados a ser colocados sobre el fuego, tanto por el desgaste de las asas como por las huellas de estar quemados²⁴; otro tanto podría decirse del ejemplar de Cogolludo que, al igual que los citados, muestra rasgos de haber estado sometido a la acción del fuego²⁵. Nuestro ejemplar presenta asimismo, como se hizo notar en un principio, inequívocas señales de haber estado expuesto al fuego, aunque, curiosamente, al interior y no al exterior; por otro lado, como también se señaló entoces, no parece que deba de pensarse en desgaste para sus asas. Estos datos obligan a fijar la atención en los vasos, tan próximos geográfica y cronológicamente, por otro lado, del Cabezo de Monleón. Estos, como se recordará, se recuperaron siempre en el interior de las viviendas y próximos al hogar, por lo que Beltrán ha sugerido pudieran haber sido una especie de hogares portátiles, en cuyo interior se habrían trasladado carbones o rescoldo²⁶. Pensar, por tanto, que el vaso que estudiamos hiciera las funciones de brasero no parece, visto lo dicho, muy descaminado. En cualquier caso, no parece existir duda, habida cuenta de que todos los ejemplares citados proceden de poblados, de su utilidad doméstica.

Otro problema sería, en nuestro caso, la finalidad que pudo habersele dado, a partir de cierto momento, al fondo del vaso, pues, como también se indicó más arriba, éste muestra señales evidentes de haber sido recortado. No sabemos si ello aconteció una vez roto y fue así amortizado de alguna manera o sí, por el contrario, se hizo de forma intencionada con una finalidad concreta.

(23) Para la cerámica de los castros sorianos téngase en cuenta ROMERO CARNICERO, F., *La Edad del Hierro en la serranía soriana...*, págs. 23-37, figs. 2-7.

(24) SOEIRO, T., *Monte Mózinho...*, págs. 141, 168-169 y 204; HIDALGO CUÑARRO, J.M., *Castro de Vigo...*, pág. 14.

(25) VALIENTE MALLA, J., *La Loma del Lomo...*, pág. 59.

(26) BELTRAN MARTINEZ, A., «Las casas del poblado...», pág. 28.

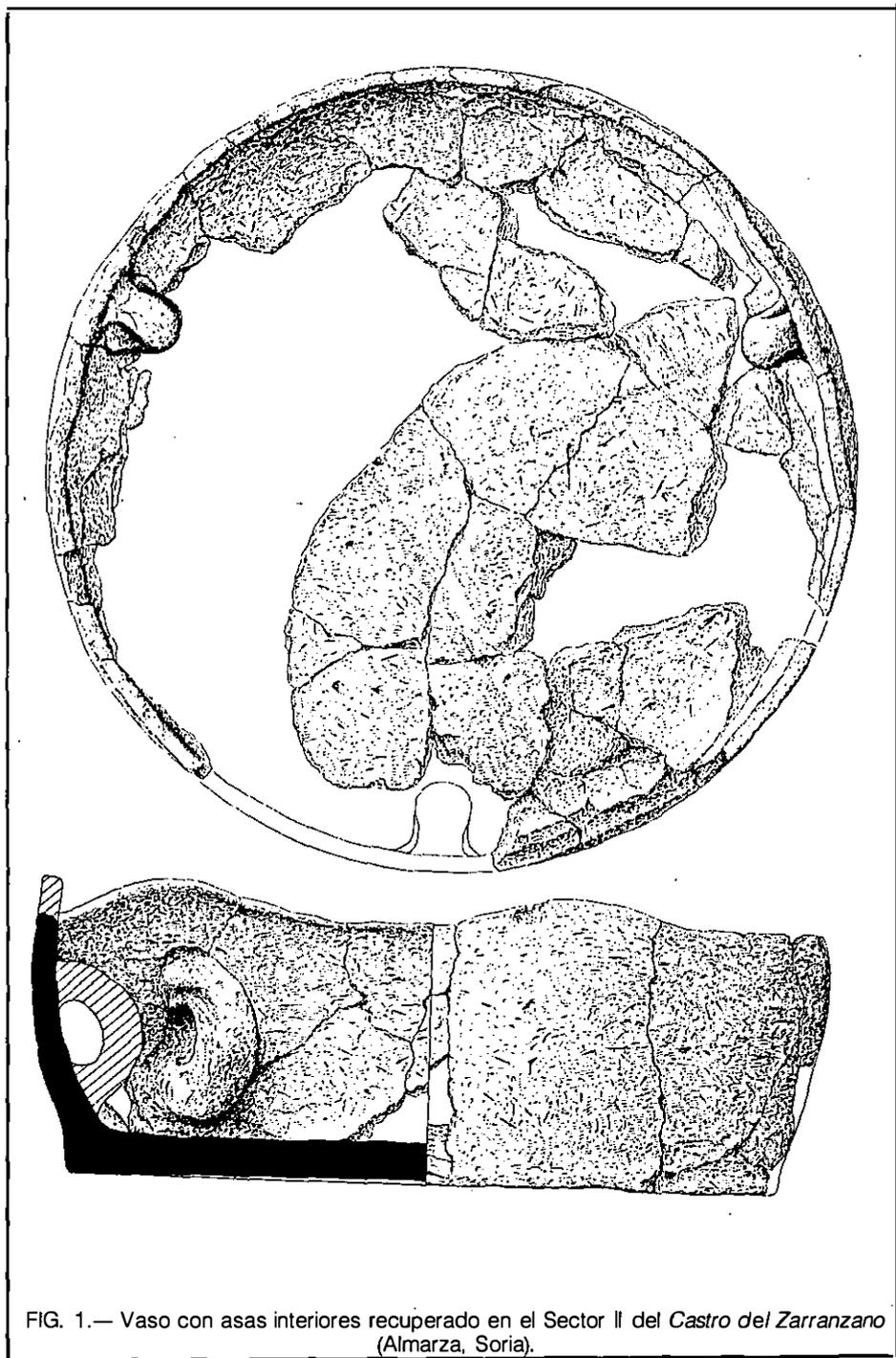


FIG. 1.— Vaso con asas interiores recuperado en el Sector II del *Castro del Zarranzano* (Almarza, Soria).

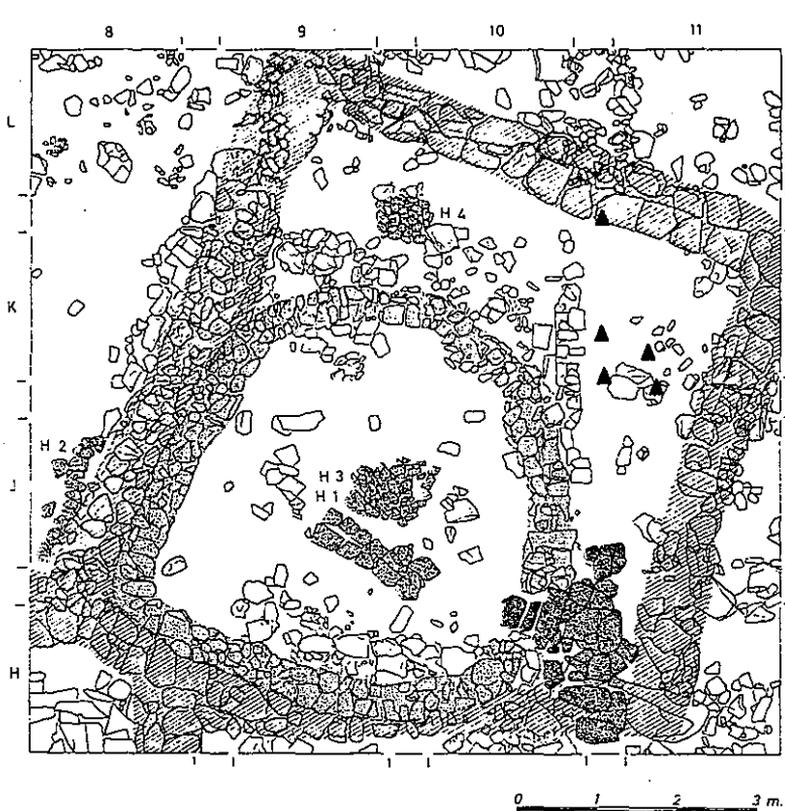


FIG. 2.— *Castro del Zarranzano* (Almarza, Soria). Planta de las viviendas exhumadas en el Sector II, según F. Romero, donde se indican (triángulos) los puntos en que aparecieron los diversos fragmentos del vaso con asas internas.

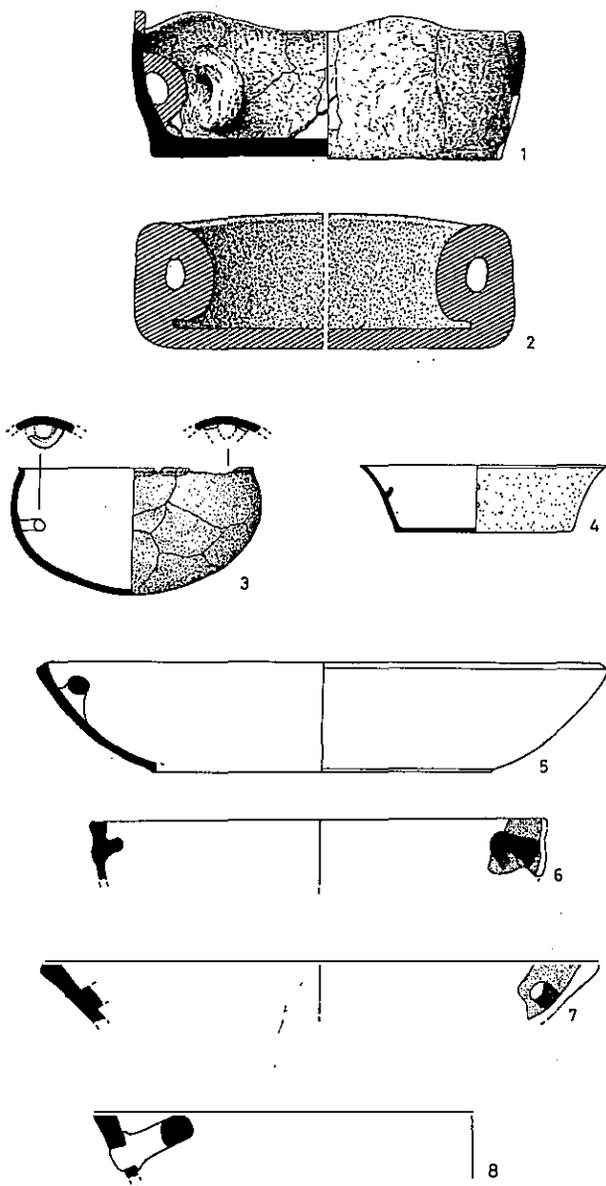


FIG. 3.— Vasos con asas interiores: 1. *Castro del Zarranzano* (Almarza, Soria); 2. *Monte de la Pila* (Lardero, La Rioja); 3. *La Loma del Lomo* (Cogolludo, Guadalajara); 4. *A Cidade de Caneiro* (Fozara-Ponteareas, Pontevedra); 5. *Monte Mozinho* (Penafiel, Portugal); 6. *Monte de Castro* (Vigo, Pontevedra); 7. *Castro del Troña* (Ponteareas, Pontevedra); 8. *Citânia de Santíns* (Paços de Ferreira, Portugal). A diversas escalas, según los autores que se citan en el texto.

ANTECEDENTES

Los primeros hallazgos de cerámicas con decoración «a peine» en la provincia de Soria están ligados a su vez a las excavaciones en necrópolis de la Edad del Hierro que en la misma se llevan a cabo entre 1910 y 1920 (Morenas de Tejada, 1916 a y b; Aguilera y Gamboa, 1916 y Cabré Aguiló, 1917), sin perjuicio de que algunos elementos de este tipo pudieran haber sido hallados con anterioridad en las excavaciones de Numancia, que se venían desarrollando desde mediados del siglo XIX (Taracena, 1941, págs. 67-83 y Wattenberg, 1963, págs. 11-25).

Estos hallazgos unidos a los de Taracena en Izana (1927, pág. 10), dieron lugar a don Juan Cabré en 1930 a incluir en su recién acuñada Cultura de Las Cogotas, las cerámicas peinadas sorianas (Cabré, 1930, pág. 62), refiriéndose indirectamente asimismo a las encontradas en La Requijada de Gormaz, Uxama y Alpanseque por los ya mencionados Cerralbo y Morenas de Tejada.

Con posterioridad, el mismo Taracena publicó dos interesantes vasos aparecidos en sus excavaciones en La Mercadera, que aumentaron el catálogo de estos barros hallados en la provincia de Soria (Taracena, 1932, págs. 26 y 27) a los que se pueden unir los posibles de Monteagudo de las Vicarías (Taracena, 1932, pág. 34) y Almaluez (Taracena, 1941, pág. 33). Así como los seguros de Langa de Duero (Taracena, 1929, pág. 40 y Lám. VIII).

Al finalizar la Guerra Civil, las primeras noticias que poseemos de yacimientos con cerámicas peinadas las encontramos en La Revilla de Calatañazor, excavada en la década de los 60 (Ortego, 1983, pág. 576 y Lám. I), a los que más recientemente hemos de unir los hallazgos de Carratiermes (Argente y Díaz, 1979, pág. 134, Fig. 15 y Lám. VII y en prensa; Misiego y Altares, en prensa) y finalmente los de San Martín de Ucero (García-Soto, 1990; García-Soto y De La-Rosa, 1990).

Nos encontramos por tanto con la existencia en la provincia de 12 yacimientos en los que se han registrado en mayor o menor medida estos barros peinados, los cuales nos van a permitir estructurar los argumentos que en este trabajo vamos a exponer; a los que uniremos los datos aportados por localidades de otras regiones donde se han hallado estas cerámicas y que puedan sernos de utilidad.

DISPERSION GEOGRAFICA

En un trabajo anterior (García-Soto y De La-Rosa, 1990) publicamos un mapa de dispersión de todos y cada uno de los yacimientos donde sabíamos se habían hallado cerámicas decoradas a peine, mapa que reproducimos de nuevo en esta comunicación (Fig. 1) en el que incluimos doce nuevas estaciones con los números 55-67 así como expresamos nuestras dudas sobre la inclusión de una de ellas (Monteagudo de las Vicarías, n.º 7), el que habíamos citado en base a (Taracena, 1932, pág. 34) el hallazgo de estos barros. Recientemente C. Jiménez ha estudiado los materiales de esta necrópolis, indicándonos que en su revisión no ha localizado resto alguno de estos vasos decorados, lo que nos hace matizar nuestra anterior aseveración, aunque no abandonarla del todo, ya que la descripción de Taracena parece referirse a este tipo de barros, cuyos restos se han podido perder a lo largo de los años como ha ocurrido en otras muchas ocasiones. En todo caso encontramos en el territorio peninsular unos 67 yacimientos, de los cuáles 54 corresponden a la Meseta Norte 9 a la Sur y 4 al Valle del Ebro. Dentro del ámbito de la Meseta Norte, se observa que la mayor densidad de estaciones se encuentra en las regiones central y oriental de la misma, destacando en esta última la provincia de Soria, com ya indicamos en otra ocasión (García-Soto y De La-Rosa, 1990), donde los 12 poblados y necrópolis que las poseen, sitúan a ésta en un lugar puntero entre las que acojen en su territorio yacimientos con estos barros (Fig. 2).

En territorio soriano, los yacimientos con cerámicas peinadas, se extienden por tres zonas perfectamente definidas, la primera de ellas es la que podemos denominar como la Ribera del Duero, en la que encontramos nueve estaciones: Numancia, Izana, Cubo de la Solana, Langa de Duero, La Revilla de Calatañazor, La Mercadera, La Requiñada de Gormaz, Uxama y Ucero; dos en las serranías meridionales; Carratiermes y Alpanseque, y dos en el Valle del Jalón: Almaluez y Monteagudo de las Vicarías, de los cuales no conocemos material alguno, aunque las descripciones de sus cerámicas, como hemos indicado, inducen a pensar que éstas fueron encontradas en los mismos.

También hemos de decir que los yacimientos de las serranías meridionales estarían relacionados con los del norte de Guadalajara como El Altillo de Cerropozo, Carabias y El Atance y las de la Ribera del Duero, Solarana, Lara, Ayllón, Cuellar etc..., donde estos barros han sido localizados (García-Soto y De La-Rosa, 1990).

Entre los yacimientos sorianos conocidos, cuatro son poblados: Numancia, Langa de Duero, Cubo de la Solana e Izana y los nueve restantes necrópolis. En líneas generales hemos de decir que la cantidad de material encontrada en éstos no es muy elevada, por ejemplo en Izana (Taracena, 1927, pág. 10), Langa de Duero (Taracena, 1929, pág. 40 y Lám. VIII), La Revilla de Calatañazor (Ortego, 1983, pág. 576 y Lám. I) y Alpanseque (Cabré, 1917 y Cabré de Morán y Morán Cabré, 1975, pág. 126), apenas se conocen más que un par de vasos en el mejor de los casos. En Numancia la cantidad de cerámica encontrada es algo mayor (Wattenberg, 1963, tablas III a VII y XI), en Gormaz y Uxama debió de serlo aún más (Bosch Gimpera, 1926, pág. 181, Fig. 317 y García-Soto, en prensa),

tal y como lo demuestran los recientes trabajos en Carratiermes (Argente y Díaz, 1979, pág. 134. Fig. 15. Lám. VII; Misiego y Altares, en prensa) en que la cantidad de material cerámico encontrado del tipo que nos ocupa es bastante notable.

El hecho de que esta cerámica sea encontrada en mayor cantidad en las necrópolis que en los poblados, no debe entenderse de forma que se interprete que estos barros tenían un uso funerario preferente, ya que al no haber sido, los poblados de la Ribera del Duero, excavados con la profusión debida, resulta absurdo intentar extraer conclusión alguna de este tipo, sin embargo es importante resaltar que en los tres en que se han realizado trabajos importantes, como Izana, Langa de Duero y Numancia, estas cerámicas han aparecido en mayor o menor número, y están presentes, los ejemplos de poblados de provincias limítrofes como las de Segovia y Burgos, más numerosos que las necrópolis, que sirven para apuntalar esta hipótesis.

EL CONTEXTO CULTURAL

Estos vasos peinados, como es lógico pensar, aparecen en un contexto general de materiales que consideramos conveniente explicar; con el fin de justificar posteriores argumentos cronológicos que estamos obligados a aportar.

En Soria, conocemos, en el contexto de los poblados, pocos materiales relacionados con estas cerámicas. Las de Numancia se piensa que aparecieron en un estrato fechado con anterioridad al 133 (Wattenberg, 1963, págs. 18 y 19), en Langa de Duero parece que se hallaron junto con cerámicas torneadas (Taracena, 1929, pág. 40 y Lám. VIII), en Izana representarían el primer momento de habitación del poblado, sobre el que se superpuso un segundo puramente celtibérico (Taracena, 1927, pág.10), por lo que suponemos que estarían incluidos en un contexto en el que las cerámicas torneadas no habrían alcanzado su máxima difusión.

Más concretos son, sin embargo, los datos que nos aportan las necrópolis. Hemos indicado ya que en el terreno cuantitativo sólo dos yacimientos, San Martín de Ucero y Carratiermes, son verdaderamente importantes, no obstante hemos de tener en cuenta los datos cualitativos de La Mercadera y la Revilla de Calatañazor, pudiendo constatar que la información aportada por el resto de los cementerios sorianos es puramente testimonial, aunque tenemos sobradas razones para pensar, como hemos indicado anteriormente, que el número de vasos de Uxama y Gormaz debió de ser más importante que el actualmente indicado por los restos conservados.

Vamos a comenzar por los hallazgos de la Mercadera; Taracena en su memoria de excavación describe el hallazgo de dos ejemplares de ornamentación incisa a base de rombos, cestería y meandros, semejantes a los de la cercanas Gormaz y Osma y pertenecientes a la denominada Cultura de Las Cogotas (Taracena, 1932, págs. 26 y 27). En concreto estas urnas pertenecían a las tumbas 13 y 40,

esta última acompañada de dos puntas de lanza, un cuchillo de hoja curva y una anilla, todo ello en hierro (Taracena, 1932, Lám. XV), careciendo la primera de todo ajuar (Taracena, 193, pág. 26, Lám. XIII).

En segundo lugar hemos de referirnos a los hallazgos de la Revilla de Calatañazor, donde en el contexto de dos tumbas se han localizado estas cerámicas peinadas, una expuesta en Museo Numantino y otra publicada por (Ortego, 1983, pág. 576 y Lám. I), esta consta de una serie importante de elementos que colaboran claramente a concretar el caudal cronológico de estas cerámicas, estos son:

- Un broche de cinturón cuadrangular de tipo Miraveche, datado a mediados del s. IV aproximadamente.
- Un puñal de frontón, precedente del biglobular, datado a finales del s. IV o comienzos del III a. C.
- Una fíbula anular hispánica de navecilla, del tipo 4b de Cuadrado, su cronología es amplia, va desde comienzos del s. IV a comienzos del s. I a. C.

El resto de los elementos se puede considerar como de amplia datación, por lo que no creemos oportuno incluirlos.

En Carratiermes las tumbas que conocemos con barros de este tipo carecen en su mayor parte de elementos datables, salvo interesantes asociaciones de cerámicas a torno y a mano con decoración peinada, aunque la cantidad de vasos con ornamentación de la clase que nos ocupa, es grande superando los 200 ejemplares (Misiego y Altares, en prensa).

San Martín de Ucero nos brinda, por lo menos, dos interesantes tumbas que pueden ayudar a datar correctamente estas cerámicas, por un lado destaca la número 29, recientemente publicada (García-Soto y Castillo Iglesias, 1990), en ella se asocian un número considerable de elementos, entre los que destacan cerámicas a torno y a mano junto a las peinadas, un broche de cinturón cuadrangular y una fíbula anular de plata con cabujón. En base a todos estos objetos podemos situar esta tumba entre mediados del s. IV y mediados del III a. C.

Por otro lado hemos de destacar la tumba número 46, que consta de una espada de antenas tipo Aguilar de Anguita, dos cuchillos de hoja curva, el aro de una fíbula anular de bronce de tipo indeterminado, una punta de lanza de hierro y las anillas de sujeción de un escudo, a los que se une una urna decorada a peine con gallones.

Las espadas tipo Aguilar de Anguita, según Cabré de Morán, serían representativas de su segunda fase de las necrópolis y corresponderían básicamente al s. V a. C., (Cabré de Morán, 1988, pág. 123), para nosotros sin embargo no hay razón objetiva, para que el tipo no perviva, y su asociación en Ucero a cerámicas torneadas y peinadas nos induce a retrasar su datación hasta los comienzos del s. IV a. C.

En otras dos tumbas de la necrópolis de Ucero, estas cerámicas están presentes y fuera de contexto, podemos citar la existencia de, al menos, otros 16 vasos que aportan un interesante catálogo de formas y decoraciones y que junto con los ya citados, representan un 7,13% del total de la cerámica y un 21,27% de la cerámica a mano (cifras aproximadas, teniendo en cuenta que solamente se ha excavado un 10% del yacimiento).

En regiones más o menos cercanas, encontramos también interesantes asociaciones, por ejemplo, en la necrópolis de Cuellar es frecuente encontrar en la misma tumba cerámicas peinadas y realizadas a mano, por ejemplo en la sepultura V (Barrio, 1988, págs. 91-108), o con vaso a torno como en la sepultura VIc (Barrio, 1988, págs. 110-117) y la VIII (Barrio, 1988, págs. 121-127), por citar algunos ejemplos. Asimismo la sepultura XII nos ofrece estos barrojos junto con un puñal Monte Bernorio (Molinero Pérez, 1971. Lám. CLXXV), lo que sitúa de nuevo su cronología, como máximo, a partir, de mediados del s. IV.

En Avila otros tres yacimientos de gran importancia nos brindan datos de gran interés.

La necrópolis de Las Cogotas brindó interesantes aportaciones sobre el tema que pasamos a resumir. De un total de 1.442 piezas cerámicas, 73 están decoradas a peine, lo que representa un 5% del total de la cerámica y un 13% del total de la cerámica a mano. Pocas tumbas con cerámicas peinadas ofrecen ajuar; estas son las siguientes: la número 361 estaba acompañada de una fíbula de La Tène que se puede fechar en los siglos IV-III a. C., la 368 de un vaso a torno que permite una cronología similar, al igual que la 861 acompañada de una fíbula anular; la 904 de una fíbula de La Tène I y la 956 de nuevo de una fíbula anular (Cabré Aguiló, 1932).

En la zona VI de La Osera, encontramos que la cerámica peinada representa el 8,80% del total de la misma y el 12,90% del total de la realizada a mano, con un total de 54 piezas repartidas en 52 sepulturas, de las cuales nueve poseen un ajuar que aporta ciertas posibilidades cronológicas. La número 4 posee un puñal Monte Bernorio que se puede datar en los s. IV-III a. C. la número 55 contiene un arma similar y una fíbula anular del s. IV-III; la 185 se asocia a placas de cinturón ibéricas de la misma cronología; y la número 200 a dos espadas tipo Arcóbriga de finales del s. IV; la 220 a una fíbula anular de los s. IV-III a. C.; la 316 a una fíbula de La Tène II de la misma fecha y la 338 a un tarrizo campaniense de los siglos IV-III a. C.; finalmente la 455 contenía una fíbula de La Tène II del s. IV y la 466 una fíbula anular de los siglos IV y III (Cabré Aguiló, Cabré de Morán y Molinero Pérez, 1950).

En El Raso de Candeleda la cerámica peinada representa al 5,30% del total y el 6,90% respecto de la realizada a mano. En esta necrópolis la encontramos en 14 tumbas de las cuáles ofrecen cronología cuatro. La número 15 aparece con una urna de barniz rojo datable en el s. IV-III; la número 32 con un urgüentario fenicio del s. IV; la número 42 con un fíbula anular de los siglos IV-III y la número 59 con otra similar. Además de otras asociadas a vasos realizados a torno que nos llevarían a la misma conclusión (Fernández, 1983).

En Fuente el Saz del Jarama (Madrid), un pequeño poblado ha proporcionado interesantes datos que confirman la cronología propuesta con anterioridad, allí en el estrato III se localizó un magnífico vaso decorado a base de ondas trenzadas a peine, apareciendo en el II cerámicas áticas y de barniz rojo que se fechan en el s. IV a. C., asimismo en el citado estrato se encontraron, entre otros objetos, una fíbula de caballito en bronce (s. IV-II a. C.), otra anular de timbal (s. IV a. C.) fue hallada en el nivel citado en primer lugar y es por tanto contemporánea de la urna (Blasco y Alonso, 1985, págs. 80, 111, 114, 116, 117, 118, Figs. 30, 40 Y 61).

En Salmántica (Maluquer, 1951, págs. 61-72 y 1956, págs. 97-103) nos describe una colección de cerámica hallada en el cerro de San Vicente de la ciudad, compuesta mayoritariamente por vasos a mano, en que se incluye una cantidad considerable de piezas decoradas a peine, aunque el torno no está del todo ausente (Maluquer, 1951, pág. 65), a esta se unen objetos de hueso, fusayolas y restos metálicos, entre los que destacan una posible fíbula de doble resorte y otra de resorte bilateral, el autor sitúa el conjunto hallado, entre los siglos IV y III a. C. (Maluquer, 1951, pág. 70). Extraña la mencionada datación al aparecer en el mismo una fíbula de doble resorte, aunque las complejas circunstancias del hallazgo hacen a Maluquer extremar su prudencia.

En Sanchorreja (Maluquer, 1958), encontramos al igual que en el castro de Las Cogotas dos niveles perfectamente definidos, uno correspondiente a Cogotas I (inferior) (Maluquer, 1958, págs. 36-48) y otro superior en el que coexisten cerámicas a mano lisas y con decoración a peine (Maluquer, 1958, págs. 50-51 y fig. 15), cerámicas a torno (Maluquer, 1958, pág. 52) y fíbulas de doble resorte —que aparecen en los dos niveles— (Maluquer, 1958, pág. 64).

A la vista de lo anterior, parece claro que nos encontramos con una amalgama de elementos que parecen coincidir en un mismo estrato los cuáles tendrían la misma cronología, extraña que cerámicas a torno y fíbulas de doble resorte convivan en el mismo nivel, aunque si analizamos detenidamente el hecho, no debe causarnos sorpresa, ya que asociaciones similares se encuentran en otros lugares como el mismo castro de Salmántica, ya citado, (Maluquer, 1951, pág. 65) e incluso en La Mercadera (Taracena, 1932, pág. 27 y Lám. XIX-83). Este acontecimiento puede a nuestro entender interpretarse de dos maneras principales: 1) que las cerámicas torneadas conviven con este tipo antiguo de fíbulas, ya que estas perviven hasta fechas más avanzadas que las generalmente admitidas, por ejemplo el s. IV. 2) Otra posibilidad sería que los materiales de Sanchorreja extraídos entre 1931 y 1935, no se hubieran conservado en buenas condiciones en sus depósitos originales y se mezclaran en los más de 20 años que mediaron entre su extracción y su publicación.

Asimismo, en base a la cronología aportada por el famoso depósito de bronces de Sanchorreja, se viene suponiendo que el nivel superior sería posterior al s. VI, por lo que habitualmente se ha situado el comienzo del mismo en el 500. Pensamos que este planteamiento tiene que revisarse, ya que se parte de que una fecha postquem supone inmediatez, lo que no se adapta en absoluto a la realidad y para nosotros, en base a los datos del mismo Sanchorreja y de otros lugares, el nivel superior del castro abulense debe situarse en los inicios del s. IV, poco antes o poco después, pero alrededor de esa fecha.

No pensamos, asimismo, que los dos estratos de Sanchorreja sean continuos y entre el inferior de Cogotas I y el superior de Cogotas II, sería factible a la vista del hallazgo de cerámicas hallstätticas pintadas (Maluquer, 1958, págs. 43-47) un estrato intermedio de la I Edad del Hierro, aunque la falta de destrucciones en el poblado y la aparente continuidad en el poblamiento dificultarían su definición, si a aquellas unimos la presencia de determinados vasos de clara tipología del Hierro I (Maluquer, 1958, fig. 14, 1, 2, 3, 4), pensamos que nuestra hipótesis se vería reforzada, aunque actualmente es admisible, asimismo, la pervivencia de este tipo de formas en el comienzo de la II Edad del Hierro, etapa de la cual las cerámicas peinadas representan un fósil director indiscutible.

No queda claro, por tanto, que en base a los materiales de Sanchorreja, actualmente se pueda retrasar el comienzo de Cogotas II a fechas que rondan el 500, como se ha venido planteando por algunos especialistas desde 1958 en que se publicó el yacimiento, debiendo, a nuestro modo de ver, esperar al resultado de las excavaciones recientemente realizadas para confirmar o no el planteamiento de Maluquer.

A otros muchos yacimientos podíamos hacer mención en este trabajo y no nos vamos a abstener de aportar los datos de Simancas (Wattenberg, 1978, págs. 111, 112, 124, 144, 145, 162, 163, 178 y 181), en los niveles V, VI, VII, IX y X, presentan asociadas cerámicas a torno y a mano peinadas, la misma situación se produce en Castrojeriz (Abasolo, 1978, fig. 3) y en multitud de estaciones del Duero Medio como Roa, Pinilla de Trasmonte, Ubierna etc..., como nos indica (Sacristán de Lama, 1986, págs. 76-82).

ASPECTOS TIPOLOGICOS

De nuevo no es objeto de esta comunicación el plantear estudios tipológicos detallados, los cuáles serán objeto de un futuro trabajo, solamente insistir en nuestros planteamientos anteriores (García-Soto y De La-Rosa, 1990), en los que expresábamos que si bién las cerámicas peinadas presentan una gran variedad de motivos y algunas se aplican casi específicamente a determinadas formas, las más simples no son necesariamente las más antiguas, ya que las consideradas complejas están presentes desde el comienzo de su utilización. Tampoco parece que existan decoraciones exclusivas de una región, aunque algunos motivos pueden estar más generalizados en unas zonas que en otras, como ocurre con los soliformes, aunque no ocurre lo mismo con la cestería, las ondulaciones, las bandas paralelas o los motivos mixtos, esto no quiere decir, en modo alguno, que un yacimiento no pueda ofrecer una ornamentación original, que no creemos posea significado cronológico o cultural alguno más allá del que supone un ligero matiz, en el contexto general de Cogotas II (García-Soto y De La-Rosa, 1990) (Figs. 3 y 4).

Igualmente ocurre con las formas, ya que si encontramos algunas casi exclusivas de determinadas zonas, no parece que estas ofrezcan, si tenemos en cuenta los ajueres que les acompañan, posibilidad cronológica alguna, baste comparar los vasos de las necrópolis de Las Cogotas (Cabré Aguiló, 1932), La Osera (Cabré Aguiló, Cabré Herreros y Molinero Pérez, 1950) y El Raso de Candeleda (Fernández, 1983), o las sorianas de La Mercadera (Taracena, 1932), La Revilla de Calatañazor (Ortego, 1983), Ucero (García-Soto y García-Soto y De La-Rosa, 1990) y Carratiermes (Misiego y Altares, en prensa) (Fig. 5).

CONSIDERACIONES GENERALES

Existían tres razones que habitualmente esgrimían y esgrimen los partidarios de ubicar en el occidente de la Meseta la zona originaria de las cerámicas peinadas: 1) De orden geográfico-cuantitativo, planteando que el número de yacimientos era mayor en esta zona que en las restantes. 2) De orden puramente cuantitativo, planteando que en los yacimientos occidentales el número de vasos decorados «a peine» era mayor que en la zona oriental. 3) De orden tipológico-cronológico, ya que se suponía que en la zona occidental se localizaban las formas más arcaicas y las decoraciones más simples, mientras que las del resto de la Meseta, presentaban formas más evolucionadas y ornamentaciones más complejas, pertenecientes a un momento posterior.

En lo que al primero de los casos se refiere, ya dejamos claro en un trabajo anterior (García-Soto y De La-Rosa, 1990) que las mayores acumulaciones de yacimientos se ubican en las regiones oriental y central de la Cuenca del Duero, teniendo como centro respectivamente las provincias de Soria y Valladolid, siguiéndoles a gran distancia la región occidental, que posee su mayor densidad en la provincia de Salamanca. A la vista del mapa de dispersión (Fig. 1) pensamos que sobra todo comentario, aunque no hemos de despreciar la labor de prospección llevada a cabo en ambas provincias.

En lo que al segundo de los casos se refiere, a la vista del cuadro adjunto, creemos que tampoco hay mucho más que comentar. Cierto es que en la zona oriental hay yacimientos en los que apenas se han encontrado más que un par de fragmentos, como ocurre en Izana, Almaluez o Alpanseque etc..., o un par de vasos, como sucede en La Mercadera, La Revilla o Langa de Duero. Hemos de decir, sin embargo, que el mismo caso se produce en algunos yacimientos de la región occidental, como La Yecla de Yeltes (Martín Valls, 1973), El Picón de la Mora (Martín Valls, 1971) o Salmántica (Maluquer, 1951). Asimismo cinco yacimientos de la zona oriental poseen o sabemos que poseyeron un número considerable de vasos peinados, estos son: San Martín de Utero, Carratiermes, Uxama, Gormaz y Numancia; por otro lado hemos de plantear que los porcentajes de cerámica peinada en La Mercadera y La Revilla son considerables respecto al conjunto vascular, aunque pequeño en números absolutos. Sirvan el cuadro siguiente para comparar los datos aportados por las regiones central y oriental, con el fin de apreciar las afinidades y diferencias entre los yacimientos de una y otra zona.

YACIMIENTO	TOTAL VASOS	TORNO	%	MANO	%	PEINADOS	% MANO	% TOTAL
S.M. Utero	280	186	66,40	94	33,6	20	21,27	7,14
Carratiermes	—	—	—	—	—	200	—	—
La Revilla	—	—	—	—	—	2	—	—
La Mercade	—	—	—	—	—	2	—	—
Cogotas (N)	1.442	885	61,37	557	38,6	73	13,00	5,00
Osera Z.VI	612	194	31,70	418	68,3	54	12,90	8,80
El Raso	320	79	23,43	241	75,3	18	7,48	5,62
Cuellar	133	24	17,50	209	82,5	48	14,10	12,40

Como puede apreciarse, contamos solamente con los datos de ocho yacimientos, de los cuáles solamente son verdaderamente operativos cinco o quizás seis. Observamos que los porcentajes de cerámicas peinadas oscilan entre el 5% de Las Cogotas (necrópolis) y el 12,40% de Cuellar, quedando el resto entre estas dos cifras. En lo que se refiere al número de vasos, los que mayor cantidad poseen son: Las Cogotas y Carratiermes, seguidos de La Osera, Cuellar, Ucero y EL Raso. Observándose que tanto los porcentajes obtenidos en yacimientos de una y otra zona, así como el número absoluto de restos son similares. De todo esto se deduce que, cuando las estaciones de una y otra región están bien excavadas, los porcentajes suelen ser similares y el número absoluto de piezas también.

En el terreno de la tipología tampoco se pueden plantear diferencias importantes, ya que prácticamente todas las formas están presentes en ambas zonas y con las decoraciones, tanto simples como complejas, ocurre lo mismo. Además los ajuares que acompañan a los diferentes tipos de vasos, no parecen llevar a diferencias cronológicas sensibles.

En base a trabajos propios (García-Soto y De La-Rosa, 1990) y de otros investigadores como (F. Hernández, 1981, págs. 317-326), hemos elaborado tres tablas tipológicas, dos de decoraciones (Figs. 3 y 4) y una de formas, en las que comparamos lo hallazgos sorianos con los del resto de las zonas, advirtiéndose que prácticamente no existen diferencias entre una y otras, lo que incide a favor de la idea de uniformidad que venimos planteando en esta comunicación.

En lo que a las formas respecta, hemos establecido de forma sintética cinco familias: 1) Cuencos semiesféricos 2) Troncocónicas. 3) a. Perfil en S: b. Perfil en S con carena. 4) Globulares de borde entrante. 5) Cuello Cilíndrico (Fig. 5).

Respecto a las decoraciones, establecemos cuatro tipos principales: 1) Incisas. 2) Impresas. 3) Combinación incisas-impresas. 4) Combinación de peine con otros motivos (Figs. 3 y 4).

Con este intento de ordenación tipológica no pensamos, como ya hemos indicado anteriormente, agotar el tema en absoluto, pero consideramos que de esta manera se hace palpable la idea principal que pretendemos exponer, esta no es otra que dejar clara la falta de contenido cronológico que formas y decoraciones poseen hasta el momento y que, a nuestro modo de ver, se ha exagerado por algunos investigadores, sin pruebas de verdadero peso.

Uno de los aspectos más destacables de este trabajo, es el intento de establecer el marco cronológico en que estas cerámicas se desarrollan. Comparando de nuevo las fechas aportadas por los yacimientos sorianos y los del resto de la Meseta, observamos que en la mayoría de los casos, nos conducen a fechas que rondan los siglos IV y III a. C., como ocurre con las tumbas 29 y 46 de San Martín de Ucero (García-Soto y Castillo Iglesias, 1990) o con la única publicada de La Revilla (Ortego, 1983; pág. 576, Lám. I).

Fuera de Soria citaremos solamente cinco ejemplos, en primer lugar, en Segovia, tenemos la necrópolis de Cuellar, donde a estos barros se unen otros a torno y un puñal Monte Bernorio, que nos conducen de nuevo a aquellas fechas (Barrio, 1988, págs. 110-117 y 122-127; Molinero Pérez, 1971. Lám. CLXXV). En las

Cogotas, las tumbas ya mencionadas nos llevan otra vez a la datación antedicha, igual que las de La Osera y El Raso de Candeleda, siendo palpable en todos ellos, la ausencia de elementos cronológicos anteriores al s. IV (Cabré Aguiló, 1932; Cabré Aguiló, Cabré de Morán y Molinero Pérez, 1950 y Fernández, 1983). Asimismo, en Fuente el Saz del Jarama, nuestra propuesta se ve confirmada (Blasco y Alonso, 1985, págs. 88, 111, 114 y 116-118).

Únicamente contradicen lo anterior; los datos aportados por dos yacimientos de la Meseta Occidental, Salmántica donde se sitúa en el mismo nivel que las cerámicas peinadas, una fíbula de doble resorte (Maluquer, 1951, pág. 67) y Sanchorreja, en que se producen acontecimientos similares (Maluquer, 1958). En ambos casos, como hemos explicado anteriormente, creemos que resulta obvio que la posible asociación no está clara y por tanto la fecha del s. V para el comienzo de la fabricación de las cerámicas peinadas, debe tomarse con las debidas reservas.

Por tanto y a la espera de nuevos datos que lo confirmen o no, pensamos que, hoy por hoy, es imposible elevar las fechas de las cerámicas peinadas, más allá de esa fecha, casi mágica, representada por el año 400, lo que no quiere decir que no se pueda subir o bajar este hito cronológico y que estas producciones no pudieran coexistir con elementos retardatarios de periodos anteriores en sus primeros momentos de vigencia, como puede ocurrir en Sanchorreja o Salmántica. Sin duda estos barros representan un elemento claro de separación entre los elementos típicos de la I Edad del Hierro y el mundo celtibérico, suponiendo, junto con la generalización de los materiales férricos y el cambio económico y demográfico que se hace palpable a comienzos del s. IV, uno de los exponentes máximos de la nueva época que ese momento se inicia en toda la Cuenca del Duero.

Por último, hemos de decir que no entramos ni salimos en la cuestión, enunciada por algunos, de ¿cuál fue la región originaria de estos barros?, simplemente no creemos que se pueda afirmar hoy de manera taxativa que estos provinieran de la Meseta Occidental, no siendo tampoco, a nuestro modo de ver, el problema fundamental que estos plantean, ya que son los de tipo cronológico y estratigráfico los que urge, sin lugar a duda, solventar, aunque no creemos que la existencia o no del que algunos han denominado nivel «a peine» sea tampoco un asunto esencial, ya que si admitimos que la fecha del 400 marca el comienzo de la II Edad del Hierro y el 350 aproximadamente el inicio de la producción de las cerámicas a torno en la Meseta, difícilmente podríamos encontrar un estrato en el que el torno no esté presente, a no ser que un poblado fuera destruido, sellado y no repoblado en este periodo tan breve. Sí existen, sin embargo, en las necrópolis, tumbas entre cuyos elementos no localizamos más que cerámicas «a peine» o a mano sin decorar, algunas de las cuales, en base a sus ajuares, podrían pertenecer a este breve periodo, sin embargo otras con las mismas características, podrían ser más modernas, no olvidemos que las cerámicas a mano coexistieron largo tiempo con las torneadas, llegando esta convivencia como

mínimo a mediados del s. III a. C., tal y como planteamos en ocasiones anteriores (García-Soto, 1990).

No pretendemos con este trabajo agotar el tema en absoluto, pero pensamos que el periodo de transición entre la I Edad del Hierro y el mundo celtibérico, está necesitado de una nueva ordenación cronológica y que fechas como el s. V para el comienzo de la II Edad del Hierro, están hoy en día fuera de lugar, futuras excavaciones darán razón o no a nuestros planteamientos, pero no cabe duda que la mencionada cuestión cronológica, junto con la de las decoraciones y formas más o menos evolucionadas de las zonas oriental y central de la Cuenca del Duero, respecto a las de la occidental, más arcaicas, actualmente no se sustentan.

Santander-Madrid. Octubre de 1989

POSTESCRPTUM

Con posterioridad a la consecución de nuestro trabajo han aparecido dos artículos sumamente interesantes que proponen unas fechas más antiguas que las mantenidas por nosotros para la aparición de las cerámicas con decoración peinada. Hemos de citar en primer lugar el de Ricardo Martín Valls titulado: «La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización», en Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, Zephyrus XXXIX-XL, Salamanca 1986-1987, págs. 59-86, aunque aparecido en 1991.

En este trabajo el citado autor mantiene las ideas expresadas con anterioridad, basándose en yacimientos como el «Cerro de San Vicente» de Salamanca o el «Picón de la Mora», que como ya hemos indicado en páginas precedentes no aportan argumentos concluyentes que avalen la supuesta antigüedad de los barros peinados allí aparecidos.

El segundo trabajo es de F.J. González-Tablas Sastre y apareció en las actas del coloquio ya indicado, págs. 49-58 y se titula «Transición a la II Edad del Hierro». El autor basándose en sus recientes excavaciones en Los Castillejos de Sanchorreja, mantiene al igual que Martín Valls fechas más antiguas que nosotros para el origen las producciones peinadas, en base a la coexistencia en los mismos

niveles de éstas con cerámicas pintadas bícromas, que las llevarían junto con otras características internas de los barros indubitadamente a la I Edad del Hierro, dando lugar al grupo que González-Tablas denomina Sanchorreja II, que se había planteado en trabajos anteriores.

Para nosotros las ideas de González-Tablas, aunque sugestivas e interesantes, carecen en estos momentos de cimientos firmes, ya que se basan en las excavaciones de un único yacimiento, el cual, además, posee indudables problemas estratigráficos, por lo que pensamos, sin dudar en ningún momento de los trabajos de González-Tablas, que deben tomarse con las debidas reservas, ya que como se plantea en el presente artículo las cerámicas peinadas, en la mayoría de los yacimientos conocidos no pueden llevarse más allá de finales del siglo V o mejor a los inicios del siglo IV.

Lo reducido del espacio disponible, no nos permite extendernos más, y ya que el tema queda abierto pensamos que futuros trabajos defendiendo uno u otro planteamiento permitirán acercarnos a la realidad planteada por estos barros decorados y si no solucionar totalmente el problema sin aproximarnos a la misma, sin perjuicio de que la razón esté en uno u otro lado, o en la síntesis de ambas propuestas.

BIBLIOGRAFIA

- ABASOLO, J.A. (1978): «Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. Partidos Judiciales de Castrojeriz y Villadiego». Burgos.
- AGUILERA Y GAMBOA, E. (1916): «Las necrópolis ibéricas». Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Congreso de Valladolid. Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (en prensa): «La necrópolis celtibérica de Carratiermes (Tiemres, Soria)». Actas II Symposium de Arqueología Soriana. Soria 1989.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y DIAZ DIAZ, A. (1979): «La necrópolis celtibérica de Tiernes, Carratiermes (Soria)». N.A.H. n.º 7, págs. 95-151.
- BARRIO MARTIN, J. (1988): «Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas. Cuellar (Segovia)». Publicaciones de la Diputación Provincial de Segovia.
- BLASCO M.C. y ALONSO M.A. (1985): «Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama». E.A.E. n.º 143. Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. (1926): «Troballes de las necrópolis d'Osma i Gormaz, adquirides p'el Museu de Barcelona». Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans MCMXXI-MCMXXVI, págs. 171-185.
- CABRE AGUILO, J. (1917): «Catálogo Monumental de la provincia de Soria». T. III. Inédito. (1930): «Excavaciones en el castro de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila)». M.J.S.E.A. n.º 110. (1932): «Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Avila). La Necrópolis». M.J.S.E.A. n.º 120.
- CABRE AGUILO, J. CABRE DE MORAN, E. y MOLINERO PEREZ, A. (1950): «El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)». Acta Arqueológica Hispánica, vol V. Madrid.
- CABRE DE MORAN, E. (1988): «Espadas y puñales de la Meseta Oriental». Celtíberos, págs. 123-126. Zaragoza.
- CABRE DE MORAN, E. y MORAN CABRE, J.A. (1975): «Dos tumbas datables de la necrópolis de Alpanseque (Soria)». Archivo de Prehistoria Levantina, n.º XIV, págs. 123-137.
- FERNANDEZ GOMEZ, F. (1983): «Excavaciones Arqueológicas en El Raso de Candele-da». 2 vols. Diputación Provincial de Avila. Institución Gran Duque de Alba. Avila.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. (1990): «Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero». Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos. Daroca, 1988-Zaragoza, 1990.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. y CASTILLO IGLESIAS, B. (1990): «Una tumba excepcional de la necrópolis celtibérica de Ucero (Soria)». Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos. Daroca 1988-Zaragoza, 1990.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. y DE LA-ROSA MUNICIO, R. (1990): «Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración «a peine» en la Meseta Norte». Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos. Daroca, 1988-Zaragoza, 1990.
- HERNANDEZ HERNANDEZ, F. (1981): «Cerámica con decoración «a peine». T.P. Vol. 38, págs. 317-325.

- MALUQUER DE MOTES, J. (1951): «De la Salamanca Primitiva». *Zephyrus* II, págs. 61-72.
 (1956): «Carta Arqueológica de España: Salamanca». Publicaciones Diputación Provincial de Salamanca.
 (1958): «El castro de Los Castillejos en Sanchorreja». *Acta Salmanticensia* XIV, Serie Filosofía y Letras. Avila-Salamanca.
- MARTIN VALLS, R. (1971): «El castro del Picón de la Mora. Salamanca». B.S.A.A. Vol. XXXVII, págs. 125-134.
 (1973): «Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos». B.S.A.A. Vol. XXXIX, págs. 81-103.
- MISIEGO TEJEDA, J.C. y ALTARES LUCENDO, J. (en prensa): «La cerámica a peine en la necrópolis de Carratiermes». *Actas II Symposium de Arqueología Soriana*. Soria 1989.
- MOLINERO PEREZ, A. (1971): «Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales 1941-1945, al Museo Arqueológico de Segovia». E.A.E. n.º 72. Madrid.
- MORENAS DE TEJADA, G. (1916 a): «Hallazgo Arqueológico en España. La necrópolis ibérica de Gormaz», en *Rev. «Por esos mundos»*, págs. 169-175.
 (1916 b): «Divulgaciones arqueológicas. Las ruinas de Uxama». *Rev. «Por esos mundos»*, págs. 605-610.
- ORTEGO, T. (1983): «La necrópolis arévaca de La Revilla (Soria)», *actas XVI Congreso Nacional de Arqueología. Murcia-Cartagena 1982*, págs. 573-583. Zaragoza.
- SACRISTAN DE LAMA, J.D. (1986): «La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero, Rauda (Roa, Burgos)». Valladolid.
- TARACENA Y AGUIRRE, B. (1927): «Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño». M.J.S.E.A. n.º 86. Madrid.
 (1929): «Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño». M.J.S.E.A. n.º 103. Madrid.
 (1932): «Excavaciones en la provincia de Soria». M.J.S.E.A. n.º 119. Madrid.
 (1941): «Carta Arqueológica de España: Soria». Publicaciones del Instituto Diego Velazquez del C.S.I.C. Madrid.
- WATTENBERG, F. (1963): «Las cerámicas indígenas de Numancia». B.P.H. Vol. IV. Madrid.
 (1978): «Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)». *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*. Vol. 2.

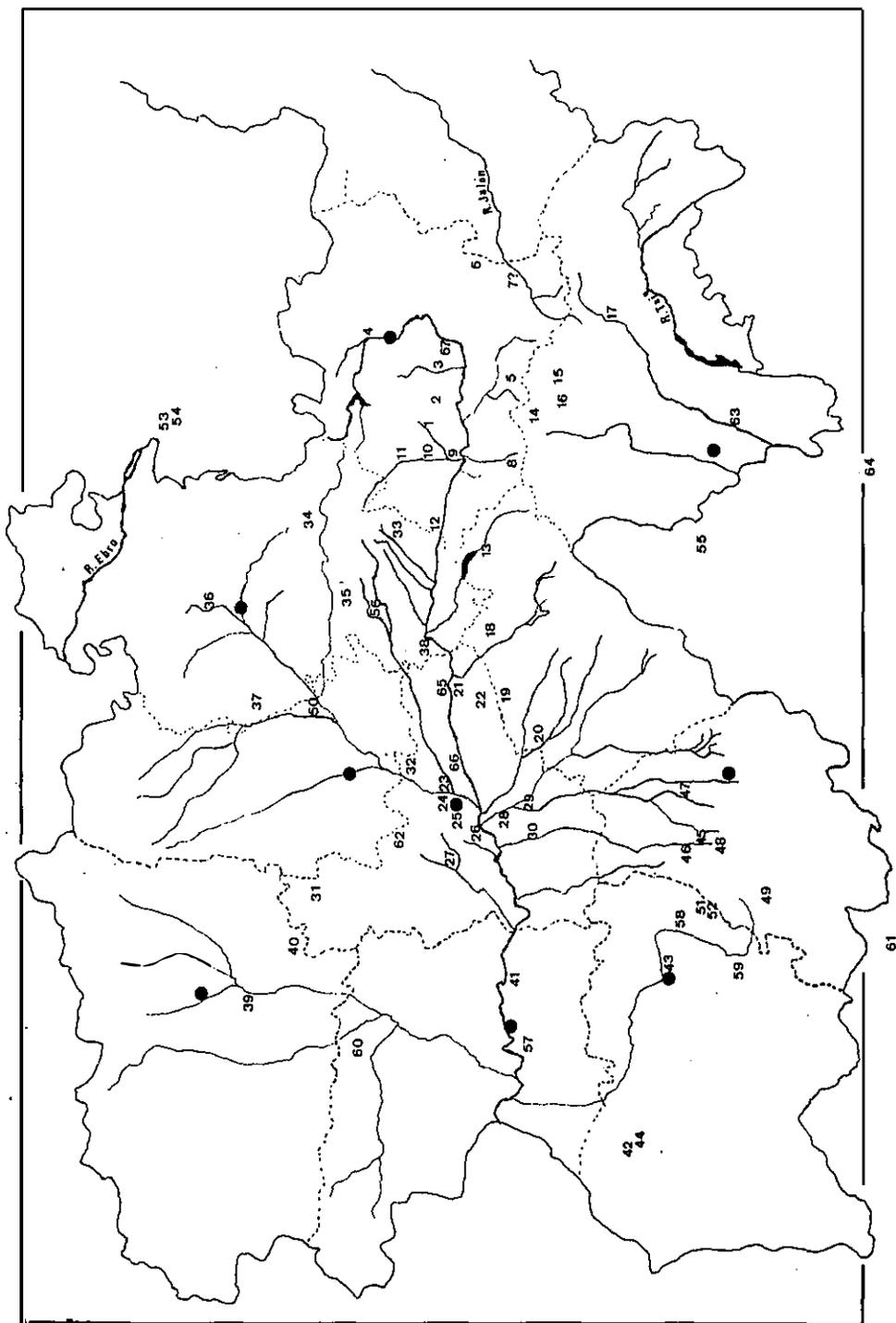


FIG. 1.— Dispersión de yacimientos con cerámicas «a peine». 1. Necrópolis de La Mercadera (Soria). 2. Necrópolis de La Revilla de Calatañazor (Soria). 3. Poblado de Izana (Soria). 4. Numanzia (Soria). 5. Necrópolis de Alpanseque (Soria). 6. Necrópolis de Almaluez (Soria). 7. Necrópolis de Monteagudo de las Vicarías (Soria). 8. Necrópolis de Carratiermes (Soria). 9. Necrópolis de La Requijada de Gormaz (Soria). 10. Necrópolis de Osma (Soria). 11. Necrópolis de Ucero (Soria). 12. Poblado de Langa de Duero (Soria). 13. Necrópolis de Ayllón (Segovia). 14. Necrópolis del Altillo de Cerropozo (Guadalajara). 15. Necrópolis de Carabias (Guadalajara). 16. Necrópolis de El Atance (Guadalajara). 17. Necrópolis de Luzaga (Guadalajara). 18. Poblado de Carrascal del Río (Segovia). 19. Necrópolis de Cuellar (Segovia). 20. Poblado de Coca (Segovia). 21. Necrópolis de Padilla de Duero (Valladolid). 22. Poblado de Cogeces del Monte (Valladolid). 23. Poblado de El Soto de Medinilla (Valladolid). 24. Poblado de El Pago de Gorrita (Valladolid). 25. Poblado de El Arroyo de la Encomienda (Valladolid). 26. Poblado de Simancas (Valladolid). 27. Poblado de Torrelobatón (Valladolid). 28. Poblado de Valdestillas (Valladolid). 29. Poblado de Matapozuelos (Valladolid). 30. Poblado de Medina del Campo (Valladolid). 31. Poblado de Valdeunquillo (Valladolid). 32. Poblado de Valoria la Buena (Valladolid). 33. Poblado de Arauzo de la Torre (Burgos). 34. Castro de Lara (Burgos). 35. Poblado de Solarana (Burgos). 36. Castro de Ubierna (Burgos). 37. Poblado de Castrojeriz (Burgos). 38. Poblado de Roa de Duero (Burgos). 39. Castro de Ardón (León). 40. Castro de Valderas (León). 41. Poblado de El Viso, Bamba (Zamora). 42. Castro de La Yecla de Yeltes (Salamanca). 43. Poblado de Salmántica (Salamanca). 44. Castro de El Picón de la Mora (Salamanca). 45. Castro de Sanchorreja (Ávila). 46. Necrópolis de La Osera y Castro de Chamartín de la Sierra (Ávila). 47. Castro y necrópolis de Las Cogotas (Ávila). 48. Castro de Ulaca (Ávila). 49. Necrópolis y castro de El Raso de Candeleda (Ávila). 50. Necrópolis de Palenzuela (Palencia). 51. Poblado de El Berrueco (Santa Lucía) (Salamanca). 52. Poblado de El Berrueco (Los Tejares) (Salamanca). 53. Castro de Berbeia (Alava). 54. Solacueva de Lacoymonte (Alava). 55. Poblado de Cerro Redondo (Madrid). 56. Poblado de Pinilla de Trasmonte (Burgos). 57. Poblado de La Tuda (Zamora). 58. Poblado de Garcihernández (Salamanca). 59. Poblado de las Paredejas (Salamanca). 60. Poblado de Arrabalde (Zamora). 61. Poblado de La Coraja (Cáceres). 62. Poblado de Montealegre (Valladolid). 63. Necrópolis de Armuña de Tejuña (Guadalajara). 64. Necrópolis de Las Esperillas (Todelo). 65. Poblado de Pesquera de Duero (Valladolid). 66. Poblado de Olivares de Duero (Valladolid). 67. Poblado de Cubo de la Solana (Soria).

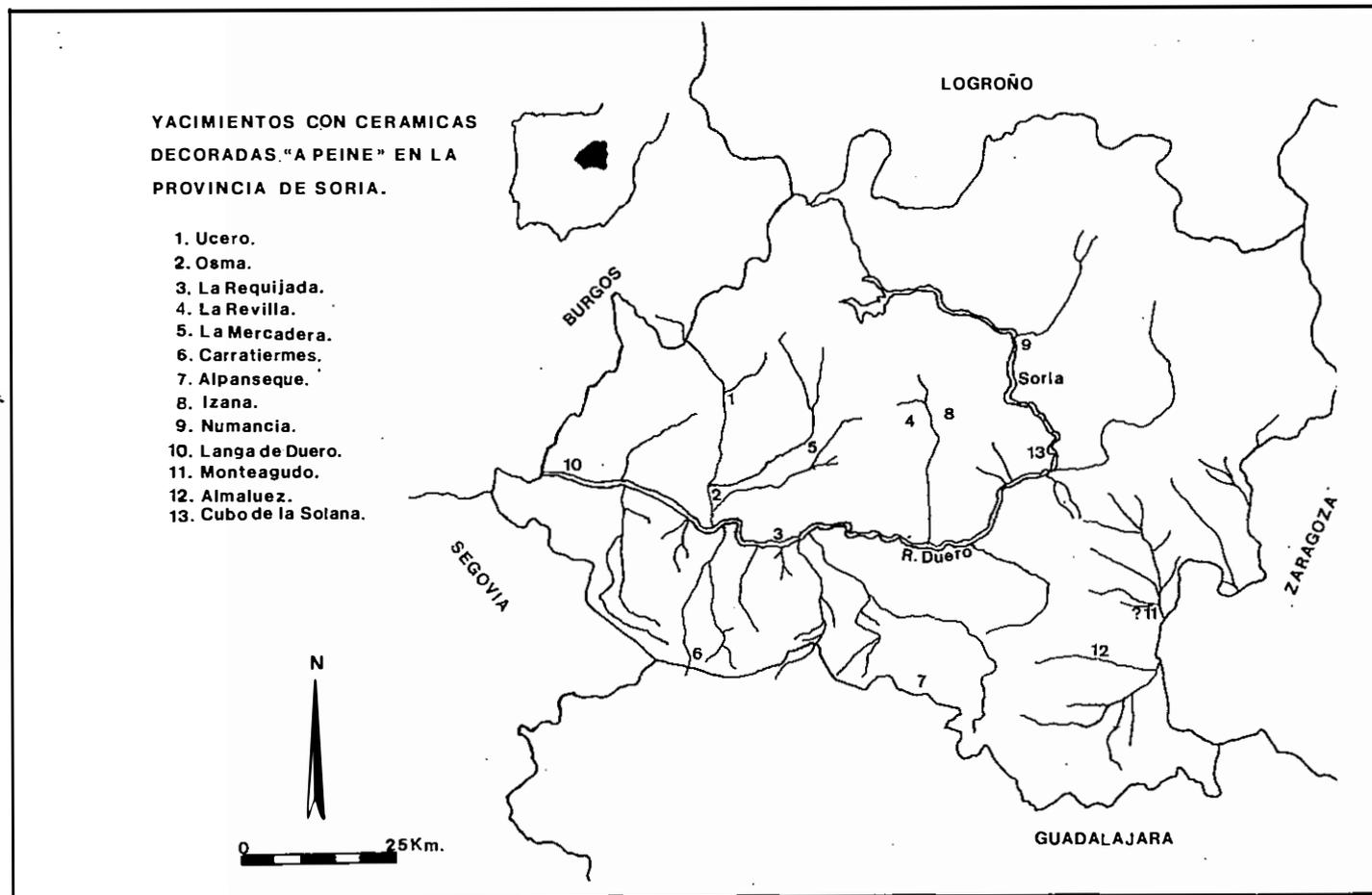


FIG. 2.— Yacimientos con cerámicas decoradas «a peine» en la provincia de Soria.

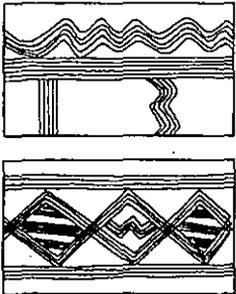
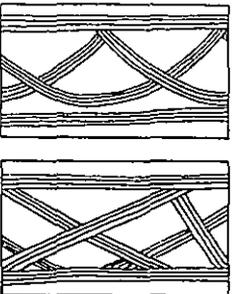
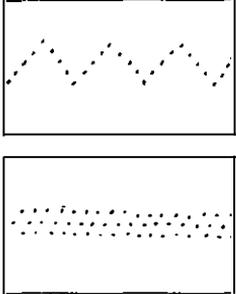
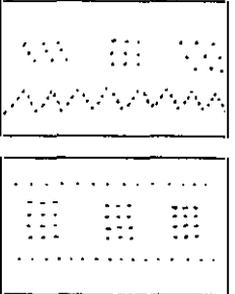
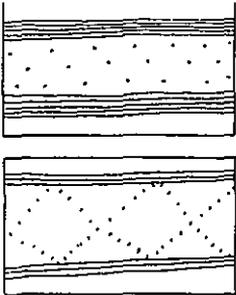
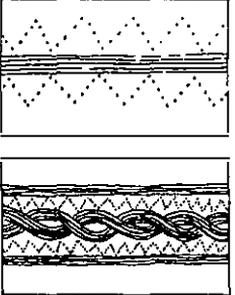
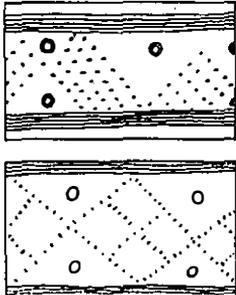
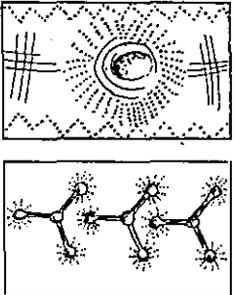
<p>INCISAS</p>		
<p>IMPRESAS</p>		
<p>COMBINACION INCISAS-IMPRESAS</p>		
<p>COMBINACION CON OTROS MOTIVOS</p>		

FIG. 3.— Tipos de decoraciones peinadas.

Decoraciones	INCISAS	IMPRESAS	COMBINACION INCISAS-IMPRESAS	COMBINACION CON OTROS MOTIVOS
Ucero	●		●	●
Carratiarnes	●		●	●
La Marcadera	●		●	
La Revilla	●			●
Osma	●			●
La Requijada	●			
Cuellar	●		●	●
Coca	●			
Attillo de Cerronzo			●	
Luzaga	●		●	
Las Cogotas	●		●	●
El Raso	●		●	●
Chamartín de la Sierra	●		●	●
Sanchorreja	●			
Roa	●		●	●
Castrojeriz	●		●	●
Los Hoyos	●		●	●
Pago de Gorrita	●			
Simancas	●		●	●
Torralobatón	●			
Matapozuelos	●		●	
El Viso	●		●	
La Yecla de Yeltas	●			
Salmántica	●		●	●
Fuente El Saz del Jarama	●			

FIG. 4.— Motivos decorativos que aparecen en las distintas zonas.

Formas	I	II	IIIa	III b	IV	V
Ucero	●	●	●		●	
Cerratiermas		●	●	●	●	●
La Mercadera	●					
La Revilla	●			●		
Osma					●	
La Requijada					●	
Cuellar	●	●	●	●	●	●
Coca					●	
Atillo de Cerropozo	●					
Luzaga			●		●	
Las Cogotas	●		●			●
El Raso	●		●			●
Chamartín de la Sierra	●	●	●		●	●
Sanchorreja	●		●	●		
Roa	●	●	●	●	●	
Castrojeriz			●		●	
Los Hoyos	●	●	●			
Pago de Gorrita	●	●	●			
Sámanca	●		●			
Torrelobatón			●		●	
Metapozuelos	●					
El Viso				●		
La Yacía de Yelcos		●		●		
Salmántica						●
Fuente El Sez del Jarama					●	

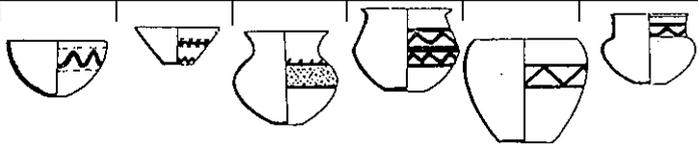


FIG. 5.— Tabla de formas sobre las que se aplica la decoración peinada.

**TUMBAS CON PUÑALES DE TIPO MONTE BERNORIO
EN LA NECROPOLIS DE SAN MARTIN DE UCERO**

E. GARCIA-SOTO MATEOS

INTRODUCCION

Uno de los utensilios que definen los yacimientos correspondientes a las culturas de la Segunda Edad del Hierro en el norte de la Meseta Superior como Monte Bernorio (Palencia) (Cabré, 1920), Peña de Amaya (Burgos) (Cabré, 1931, pág. 232); o del Alto Valle del Ebro como Miraveche (Cabré, 1916 y 1920, pág. 17), Villanueva de Teba (Sacristán de Lama y Ruiz Vélez, 1985, págs. 198-202); o la recientemente localizada en las cercanías del poblado de La Hoya en Laguardia (Alava) (Llanos, 1990), entre otros, son unos puñales cuyas principales señas de identidad son las siguientes:

- 1.—Una empuñadura de materia perecedera, por lo que únicamente se conserva de la misma, bien una pieza en forma de nave invertida o bien una doble chapa coronada por dos discos, que suele aparecer engastada en la larga espiga que casi todos los ejemplares poseen.
- 2.—Una hoja que bien puede ser recta con o sin estrangulamiento central, o bien pistiliforme. En algún caso poseen acanaladuras, ostentando en otros un nervio central poco pronunciado.
- 3.—Una vaina que es siempre de hierro, sin calados, con algunas protuberancias perforadas en su parte superior para asirlas al tahalí y que en ocasiones presentan magníficos nielados, las conteras finalizan, bien en un rectángulo sólo o decorado por cuatro discos (tetralobuladas), o bien en un sólo disco de un diámetro considerable si lo comparamos con el que suelen presentar las de otras espadas o puñales de diferentes tipología.

Estas armas junto con unos broches de cinturón extraordinariamente decorados con variados motivos geométricos troquelados, que poseen un tamaño ligeramente mayor que los denominados célticos o ibéricos; las famosas espadas de gavilanes curvos y unas fíbulas de bronce muy bellas y consistentes, configuran las características mobiliarias de una cultura de gran originalidad entre las de la Segunda Edad del Hierro del interior peninsular.

Sin embargo los puñales generalmente conocidos como tipo Monte Bernorio no aparecen exclusivamente en las zonas antes aludidas, ya que en poblados

y necrópolis de otras regiones —aunque sin la misma profusión— también han sido hallados. Los ejemplos de castro de Caravia en el oriente asturiano (Cabré, 1931, págs. 234-235), los del castro y necrópolis de Las Cogotas (Cabré, 1931 pág. 226), necrópolis de La Osera (Cabré Aguiló, Molinero Pérez y Cabré Herberos, 1932, Cabré Aguiló y Cabré Herreros, 1933 y Cabré Aguiló, Cabré de Morán y Molinero Pérez, 1950), necrópolis de Cuellar (Molinero Pérez, 1952 pág. 347-348 y 1971 pág. 103 y Lám. CLXXV-XII) y Padilla de Duero (Mañanes y Madrazo, 1978, pág. 430 y Fig. 4), en el Duero Medio, así lo atestiguan y junto con los hallazgos de la Meseta Oriental a los que a continuación haremos mención señalan la existencia, bien de influencias culturales, bien de intercambios económicos sobre los que más tarde habrá que insistir.

LOS HALLAZGOS EN LA PROVINCIA DE SORIA

En el Alto Duero y más concretamente en la provincia de Soria, se conocen una serie de yacimientos en que los puñales tipo Monte Bernorio están presentes, estos son (Fig. 1).

ALPANSEQUE

En esta necrópolis el Marqués de Cerralbo localizó un puñal de la tipología objeto de estudio, asociado a una espada de frontón (Aguilera y Gamboa, 1916, Lám. V 3 y 1 y Fig. 19; Cabré, 1916, pág. 14, Fig. 3; 1920, pág. 33; 1931, págs. 226 y 228).

Del arma antes citada se conservaba parte de la espiga, la hoja completa, aunque doblada en su punta y la vaina, aunque partida en su parte baja, con la contera rectangular, que según Cabré había perdido los cuatro discos que la adornaban (Cabré, 1931, págs. 226-228 y Fig. 2-1), cuestión ésta que para nosotros no se adapta a la realidad, a la vista de otros ejemplares como el aparecido en Padilla de Duero (Mañanes y Madrazo, 1978. Fig. 4-2).

OSONILLA

Don Juan Cabré apunta la aparición de un puñal típico Monte Bernorio en esta necrópolis que tuvo oportunidad de ver en la colección del señor García Palencia de Madrid (Cabré, 1920, pág. 33).

ALMAZAN

De nuevo don Juan Cabré hacia 1920 fotografió en la mencionada colección del señor García Palencia tres hojas de puñal y una vaina con contera unidisoidal, correspondientes a diversos puñales de tipo Monte Bernorio. Según nos narra el arqueólogo aragones éstos fueron adquiridos en Almazán, aunque parece más lógico pensar en que provenían de alguna de las necrópolis excavadas por Morenas de Tejada o de la de Osonilla citada anteriormente (Cabré, 1931, pág. 228 y Fig. 3).

LA REQUIJADA DE GORMAZ

Las noticias que tenemos sobre puñales Monte Bernorio en esta necrópolis nos vienen por la misma vía que en el caso anterior; en una visita que realizó Cabré con el Marqués de Cerralbo al Sr. Morenas de Tejada, éste les mostró un arma de la tipología que nos ocupa muy similar a la de Alpanseque (Cabré, 1916, pág. 13; 1920, pág. 33 y 1931, pág. 230).

CARRATIERMES

Procedente de esta necrópolis soriana se conocen dos puñales ambos de contera cuadrangular, uno de superficie y otro correspondiente a la tumba 180 que se halla expuesto en el Museo Numantino (Argente, en prensa).

SAN MARTIN DE UCERO

En esta necrópolis hemos localizado tres tumbas que contenían puñales de tipo Monte Bernorio, dos completos con vaina de contera unidisoidal, otro que sólo conserva la hoja y en superficie una contera, también unidisoidal, más tarde procederemos a la descripción de los ajueres de estas tumbas (García Soto, 1990).

LAS INVESTIGACIONES SOBRE LOS PUÑALES DE TIPO MONTE BERNORIO

Con el fin de que nuestras consideraciones posteriores tenga un apoyo teórico suficiente, pasamos brevemente a realizar un estudio historiográfico previo sobre el tema.

Fue don Juan Cabré Aguiló en las primeras décadas de este siglo el que en principio se ocupó en profundidad de los puñales tipo Monte Bernorio, lo hizo inicialmente en dos publicaciones monográficas sobre las necrópolis de Miraveche

(Cabré, 1916) y Monte Bernorio (Cabré, 1920), siendo en esta última en donde acuñó la denominación de los puñales por haber sido en el yacimiento palentino donde Romualdo Moro, capatáz del Marqués de Comillas, los localizó por primera vez. En ambos trabajos el arqueólogo aragones recoge todos los hallazgos conocidos hasta el momento de estas armas, incluyendo en los mapas de dispersión las descubiertas en la provincia de Soria.

Es sin embargo en 1931, cuando fruto de sus excavaciones en Las Cogotas redacta un artículo esencial para el estudio de estas armas titulado: «Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas», en este trabajo Cabré intentó establecer una evolución cronológica del puñal durante la segunda Edad del Hierro, en base a los hallazgos del yacimiento abulense y al gran conocimiento que tenía de los materiales procedentes de las excavaciones del Marqués de Cerralbo en Guadalajara, Zaragoza y Soria y de don Ricardo Morenas de Tejada en esta última provincia.

El eminente investigador de Calaceite estableció la siguiente evolución cronológica y cultural:

- Fase a: puñales con conteras tetradiscoidales (Monte Bernorio).
- Fase b: puñales con conteras unidiscoidales y una única varilla en el mango. (Monte Bernorio).
- Fase c: puñales con conteras unidiscoidales y hoja triangular (Monte Bernorio).
- Fase d: puñales iguales que los anteriores pero con el remate del pomo formado por una doble chapa culminada con dos discos.
- Fase e: puñales unidiscoidales en los que la vaina sigue el mismo sentido que la hoja.
- Fase f: puñales derivados de las espadas de frontón.
- Fase g: puñales con empuñadura doble globular.

(Cabré, 1931, págs. 235-241).

Según Cabré el tipo más antiguo se remontaría a finales del s. V o comienzos del s. IV a. C., el más reciente sería contemporáneo o ligeramente anterior a finales del s. II en que se destruye Numancia, quedando los demás enmarcados entre estas fechas (Cabré, 1931, págs. 222-225). Asimismo considera los puñales tipo Monte Bernorio de concepción plenamente hispánica (Cabré, 1931, pág. 224), aunque otros investigadores pensaron en que éstos tenían un origen itálico (García Bellido, 1933, págs. 207-211).

En lo que al aspecto cronológico se refiere, los hallazgos de la necrópolis de La Osera inducirán con posterioridad a Cabré a atrasar la cronología inicial aportada por él en 1931, al hallar en algunas tumbas de esta necrópolis la asociación del puñal Monte Bernorio teóricamente más antiguo asociado con espadas de la Tène, por lo que rebajará la fecha inicial de aquellos a finales del s. IV o comienzos del s. III (Cabré Aguiló y Cabré Herreros, 1933, pág. 37).

Con posterioridad pocos se ocuparán del tema que tratamos, bien es cierto que algunos autores en distintos trabajos de conjunto han mencionado en mayor o menor medida la problemática general antes expresada, aunque sin aportar nada nuevo sobre el tema. En este contexto es de destacar únicamente la

revisión crítica llevada a cabo recientemente por Cabré de Morán y Morán Cabré (1984, págs. 73-74), en que con total objetividad plantean sus dudas respecto a algunas afirmaciones realizadas por Cabré Aguiló en 1931, especialmente en lo que se refiere a ligar evolutivamente los puñales Monte Bernorio con los dobleglobulares.

Por último es de destacar el trabajo de sistematización que sobre estas armas ha realizado recientemente (B. Griño, 1989), en el que se plantea un completo estudio tipológico de estos puñales.

LAS TUMBAS DE UCERO

Tres son los enterramientos localizados en la necrópolis de San Martín de Ucero, en cuyos ajuares se integran puñales de tipo Monte Bernorio.

TUMBA 23

Ubicada en el corte Sur de la carretera de Valdeavellano de Ucero y localizada en 1982 cuando se desarrollaron los trabajos de urgencia en esta zona del yacimiento, se encontraba concretamente en la cuadrícula 33 C (Lám. I.1).

Carecía de urna y los huesos de la incineración se hallaban en una fosa bajo las armas y utensilios que formaban el ajuar, este constaba de los siguiente elementos (Fig. 2).

- 1.—Anilla con dos abrazaderas de hierro, \varnothing : 44 mm.
- 2.—Filete de caballo de hierro, L: 336 mm., E: 8 mm.
- 3.—Dos clavos doblados de hierro que tenían forma cuadrangular; es probable que formaran parte del atalaje de un escudo, L: 76 mm, E: 6 mm.
- 4.—Chapa redonde de hierro con una perforación en el centro, \varnothing : 36 mm., E: 2 mm.
- 5.—Chapa de hierro atravesada por un clavo del mismo metal, L: 10 mm., A: 7 mm., E: 2 mm.
- 6.—Pequeño broche anular de hierro, \varnothing : 22 mm., E: 2 mm.
- 7.—Abrazadera y eslabón de cadena en hierro, L: 80 mm., E: 4 mm.
- 8.—Espada de antenas atrofiadas en hierro con vaina de cañas y contera redonda de tamaño considerable, las antenas son muy chatas y el pomo debía ser de materia perecedera ya que presenta en el lugar del mismo una fina espiga. La hoja es recta y presenta una serie de acanaladuras en su parte central, L: 330 mm., A: 46 mm., E (hoja): 5 mm., E (vaina): 12 mm., \varnothing (antenas): 26 mm., \varnothing (contera): 34 mm.

- 9.—Puñal de tipo Monte Bernorio con contera unidiscoidal, la vaina no presenta decoración y tiene fracturados los asideros laterales: la hoja es fina L (total): 270 mm., A (vainas): 50 mm., Ø (contera): 46 mm., L (hoja): 210 mm., A (total): 26 mm., E (hoja): 4 mm.
- 10.—Punta de lanza de hierro con nervio central poco pronunciado, L: 266 mm., A: 28 mm., E (hoja): 6 mm., Ø (cubo): 20 mm., E (chapa cubo): 2 mm.
- 11.—Punta de lanza en hierro con nervio central muy pronunciado, L: 284 mm., A: 32 mm., E: 6 mm., Ø (cubo): 20 mm., E (chapa cubo): 2 mm.

TUMBA 30

Se ubicaba en el mismo sector que la anterior en la cuadrícula 62 A. Los huesos de la incineración se hallaban entre los restos fragmentados de la urna número 1, por lo que suponemos que ésta los contendría, estaba integrada en una estructura circular de piedra caliza, constaba de los siguientes elementos (Fig. 3).

- 1.—Urna naranja a torno, bitroncocónica, con ligera carena, boca acampanada, borde saliente y labio redondeado, posee un ombligo poco pronunciado y carece de decoración en la actualidad, Ø máximo: 240 mm., Ø boca: 200 mm., Ø base: 92 mm., Alt: 178 mm.
- 2.—Hoja de puñal de hierro que probablemente pertenece al tipo Monte Bernorio, se conserva la espiga y la hoja tiene forma pistiliforme sin nervio central ni acanaladuras, L: 270 mm., A máxima: 40 mm., E: 4 mm.
- 3.—Punta de lanza de 4 mesas, L: 190 mm., A: 30 mm., E: 6 mm., Ø cubo: 16 mm., E (cubo): 2 mm.
- 4.—Fragmento del borde de una urna a mano de color negro, el borde es ligeramente entrante y apuntado, E pared: 8 mm.

TUMBA 48

Ubicada en el sector 2 del yacimiento, concretamente en la cuadrícula 5 D. Se trataba de una tumba en fosa simple y se localizó en la campaña de octubre de 1982. Las cenizas se encontraban bajo los elementos metálicos del ajuar por lo que el vaso cerámico que reproducimos, tenía también la categoría de ofrenda (Fig. 4, Lárn. I. 2), constaba de los siguientes elementos.

- 1.—Vaso a torno de pasta naranja, con paredes rectas y ombligo pronunciado, el borde es ligeramente saliente y el labio redondeado, Ø máximo: 96 mm., Ø boca: 96 mm., Alt: 66 mm.
- 2-4.—Tres chapas dobladas de hierro atravesadas por un clavo o remache, L: 20 mm., A: 10 mm., E: 2 mm. Posibles piezas naviformes.
- 5.—Fusayola de barro oscuro pardo, de forma bitroncocónica y ligeramente chata, Ø máximo: 28 mm., Ø mínimo: 10 mm., Alt: 10 mm.

- 6-7.—Aros de hierro \varnothing 32 mm., E: 4 mm.
- 8.—Fíbula de bronce, de doble resorte con cruz de Malta, está completa. Los resortes poseen tres espiras cada uno y la cruz que forma el puente una decoración puntillada que recorre todo su contorno interior; L cruz: 48 mm., A cruz: 40 mm., E cruz: 5 mm., L espiras: 8 mm., E espiras: 2 mm., L aguja: 34 mm., E aguja: 2 mm.
- 9.—Clavo de hierro doblado en forma cuadrangular que atraviesa dos clavos fragmentados de hierro.
- 10.—Chapa de hierro, E: 2 mm.
- 11.—Chapa de hierro, E: 2 mm.
- 12.—Fragmento de hierro, L: 30 mm., E: 2 mm.
- 13.—Chapa de hierro atravesada por un clavo, E: 2 mm.
- 14.—Varilla de hierro, forma posiblemente parte de la espiga de un puñal Monte Bernorio.
- 15.—Igual que el anterior, L: 58 mm., E: 2 mm.
- 16.—Bocado de caballo de camas semicirculares en hierro, L: 190 mm., E: 8 mm.
- 17.—Tahalf de hierro sin decorar, L: 136 mm., A: 12 mm., E: 2 mm.
- 18.—Anilla de hierro con abrazaderas del mismo metal, L: 44 mm., \varnothing : 24 mm.
- 19.—Anilla de hierro con abrazaderas del mismo metal, L: 44 mm., \varnothing : 24 mm.
- 20.—Vaina de un puñal Monte Bernorio de contera unidiscoidal, que tiene en la misma una depresión central; conserva uno de los asideros de la parte superior; mientras que el otro está fracturado es de hierro y carece de decoración, L: 152 mm., A: 26 mm., E chapa: 2 mm., \varnothing contera: 30 mm.
- 21.—Hoja de puñal de hierro recta y con ligeras acanaladuras en su centro, la espiga está fracturada, L: 144 mm., A: 10 mm., E: 2 mm.
- 22.—Punta de lanza de hierro con nervio central pronunciado L:190 mm., A: 24 mm., E: 4 mm., \varnothing cubo: 12 mm., E chapa cubo: 2 mm.
- 23.—Punta de lanza de cuatro mesas en hierro, L: 54 mm., A: 18 mm., E: 5 mm., \varnothing cubo: 12 mm., E: 2 mm.
- 24.—Cuchillo de hoja curva en hierro, L: 122 mm., A: 12 mm., E: 2 mm.
- 25.—Doble punzón de hierro, L: 39 mm., E: 2 mm.
- 26.—Pequeño regatón de hierro, L: 44 mm., \varnothing cubo: 8 mm., E chapa cubo: 2 mm.

Fuera de contexto localizamos en el sector 4 del yacimiento la contera de hierro de un puñal Monte Bernorio, la cual estaba atravesada por dos remaches, \varnothing : 40 mm.

LOS PARALELOS

No es en el contexto del norte de la Meseta Septentrional, ni en el Alto Valle del Ebro, donde localizaremos los conjuntos cerrados que se asemejen más a los de Uceró, esto viene motivado por varias causas, entre las que destaca el desconocimiento casi total de los ajuares de Monte Bernorio y Miraveche. En los yacimientos de estas regiones solamente podríamos intentarlo con el de Villanueva de Teba, recientemente excavado, sin embargo, al estar sus materiales inéditos no podremos valerlos de los mismos para este fin. No debemos tampoco ignorar la aparición en Uceró tanto en superficie como en el contexto de la tumba 48, de fíbulas de doble resorte con cruz de Malta, tipo éste que está presente también en las necrópolis del Alto Ebro como Miraveche (Castro, 1972, fig. 63).

Es en las necrópolis del Duero central como Palenzuela, Padilla de Duero, Las Cogotas, y la Osera donde podemos situar asociaciones similares a las de Uceró. En el yacimiento vallisoletano conocemos un ejemplar de puñal con contera unidiscoidal, muy similar al de la tumba 48 de San Martín (Mañanes y Madrazo, 1978, fig. 4. 1). Asimismo sabemos que en esta estación han aparecido bastantes tumbas entre cuyos elementos de ajuar se encontraban los puñales Monte Bernorio de distintos tipos (Sanz, 1986, 1990 y Sanz, San Miguel y Carretero, 1989).

En Palenzuela se conocen varias tumbas con puñales Monte Bernorio, entre estas destaca una que cuenta también en su ajuar con un umbo de escudo, una punta de lanza de 4 mesas y una urna a torno de pasta clara decorada con motivos pintados: la vaina de aquel es unidiscoidal y el mango de larga espiga está rematado por una doble chapa de cuatro discos, es muy similar a los que representamos en las tumbas 23 y 30 de San Martín, en la vaina en el primer caso y el la hoja en el segundo (Martín Valls, 1984, pág. 40 y fig. 14).

Es sin embargo en las necrópolis abulenses de Las Cogotas y La Osera, donde localizamos un mayor número de tumbas paralelizables con las de San Martín.

En el primero de los yacimientos citados destacan las tumbas 102, 287, 288, 573, 1304 y 1359, todas con puñales de conteras unidiscoidales, que se asocian a puntas de lanza, umbos de escudo y cerámicas a torno sin decorar; salvo la urna de la tumba 573 que está realizada a mano (Cabré, 1932, láms, LXVIII, LXIX, LXX, LXXI, LXXII y LXXIX). La tumba 418 posee contera tetradiscoidal y se encontró junto con una urna a torno (Cabré, 1932, láms, LXVI y LXVII), asimismo sabemos que se encontró un puñal de contera unidiscoidal suelto.

En La Osera sabemos que en el conjunto de la necrópolis se hallaron 22 puñales Monte Bernorio, aunque sólo han sido publicados ocho correspondientes a otras tantas tumbas. Una se situaba entre las zonas 1 y 2 del yacimiento y constaba de un puñal tetradiscoidal, una fíbula de torrecilla, bocado de caballo y espada de la Tène, carecía de urna (Cabré Aguiló y Cabré Herreros, 1933, págs. 40-42. Lám. VI).

En la zona VI del yacimiento se ubican las siete restantes, tres poseían puñales tetralobulados: sepulturas 4, 509 y 514. Dos unidiscoidales: sepulturas 140 y 418.

En los dos casos restantes solamente se conservan las hojas: sepulturas 55 y 509 (Cabré Aguiló, Cabré de Morán y Molinero Pérez, 1950, pág. 79, Láms. LXXIX, LXXX, XXIX, XXX, LIV, LV, LVI, fig. 10 y Lám. LXXXVII). Estas armas se hallaron acompañadas de arreos de caballo, umbos de escudo y fíbulas de torrecilla o anulares, trébedes, parrillas y calderos de bronce. Tres sepulturas no poseían urna, otras tres están realizadas a torno, únicamente la número 55 contenía exclusivamente vasos a mano uno de ellos decorado a peine.

Para finalizar sabemos que en la necrópolis soriana de Alpanseque un puñal Monte Bernorio apareció asociado a una espada de Frontón (Aguilera y Gamboa, 1916, Larñ. IV. 3). Asimismo en la de Carratiermes ha sido hallada recientemente otra interesante sepultura que contenía un arma similar a la de Alpanseque que se encuentra expuesta en el Museo Numantino, asociada a una punta de lanza, un largo regatón, un doble punzón de hierro y una urna a mano decorada a peine (Argente, en prensa).

DISPERSION GEOGRAFICA Y CRONOLOGICA DE ESTOS PUÑALES

Conocemos actualmente 19 estaciones en que estas armas han sido localizadas en mayor o menor número. De éstas cuatro se encuentran en el norte de la Meseta Septentrional y son: Monte Bernorio (Cabré, 1916, pág. 17; 1920 y 1931, págs. 232-233); Peña de Amaya (Cabré, 1931, pág. 232); Villamorón (Cabré, 1931, pág. 233) y Arconada (Cabré, 1931, pág. 232). Otras tres en el Alto Valle del Ebro: Miravehe (Cabré, 1916, 1920, pág. 31 y 1931, pág. 233-234); Villanueva de Teba (Sacristán y Ruiz Vélez, 1985, págs. 198-202) y la Hoya (Llanos, 1988, pág. 71 y 1990). Una en Asturias: Caravia (Cabré, 1931, págs. 234-235). Cinco en el Duero Medio: Palenzuela (Castro, 1972 y Martín Valls, 1984, pág. 40); Padilla de Duero (Mañanes y Madrazo, 1978 y Sanz, 1990); Cuellar (Molinero, 1952, págs. 347-348 y 1971 pág. 103); castro y necrópolis de Las Cogotas (Cabré, 1930, Láms: LXXI Y LXXII: 1931, pág. 226 y 1932, pág. 152-154) y necrópolis de La Osera (Cabré Aguiló, Cabré de Morán y Molinero Pérez, 1950, págs. 182-183). Por último seis se ubican en la Meseta Oriental: Uceró (García Soto, 1990); Carratiermes (Argente, en prensa); Osonilla (Cabré, 1920, pág. 33); Alpanseque (Aguilera y Gamboa, 1916, pág. 320 y Lám. IV; Cabré, 1916, págs. 13-14; 1920, pág. 33 y 1931 págs. 226-228); Almazán (Cabré, 1931, pág. 228) y la Requiñada en Gormaz (Cabré, 1916, pág. 13; 1920, pág. 33 y 1931, pág. 230). (Fig. 5).

Si observamos detenidamente el mapa de dispersión observaremos como la mayor cantidad de yacimientos con puñales Monte Bernorio, se encuentran situados a lo largo del curso del Duero, especialmente en sus tramos alto y medio; seguido de la zona septentrional de la Meseta Norte y del Alto Valle del Ebro. Lo anteriormente expuesto no pretende siquiera insinuar que la zona donde mayor apogeo alcanzó este tipo de armas fuera precisamente la de las márgenes

del curso fluvial antes citado, ya que resulta obvio que es en las estaciones arqueológicas de las otras dos regiones donde en mayor cantidad absoluta y relativa han aparecido y donde su uso fue más generalizado especialmente en las necrópolis. Sin embargo esta densidad de yacimientos ribereños del Duero si nos sirve para plantearnos la existencia de contactos importantes entre una y otra zona, resultando evidente que estas armas llegaron a tener una relativa aceptación en las áreas arévaca, vaccea y vettona, aunque resulta claro que no son originarios de ninguna de ellas sino elementos importados.

Más interesante y significativo resulta el aspecto cronológico ya que estas armas por su carácter alóctono en la Ribera del Duero pensamos que se pueden constituir en un importante elemento cronológico de calidad similar a las fíbulas, los broches de cinturón y las cerámicas que sin lugar a duda son hoy por hoy, siempre y cuando estén en relación dentro de conjuntos cerrados, los elementos de datación más seguros.

En base a las asociaciones con que aparecen vamos a intentar ubicarlos en un marco cronológico lo más cerrado posible, en este contexto podemos comenzar por las tumbas de Uceró, en dos de estas los encontramos junto con cerámicas a torno lo que nos permite ubicarlos con seguridad como mucho a partir de la segunda mitad del s. IV a. C., momento aproximado en que estas parecen irrumpir en la zona oriental de la Meseta Norte (Eiroa, 1980, pág. 67), asimismo en la tumba 48 (Fig. 3 n.º 8), se localiza una fíbula de doble resorte con cruz de Malta que se puede datar a lo largo del s. IV y comienzos del III a.C., (Cabré de Morán y Morán Cabré, 1977, Fig. 7), estos datos sirven para situar estas tumbas a partir de la segunda mitad del s. IV a. C., traspasando poco su periodo de máximo apogeo en la zona la primera mitad del s. III a. C., aunque residualmente pudieron continuar en uso con posterioridad a esta última fecha, llegando quizás a cohabitar con los modelos biglobulares.

Esta cronología se ve confirmada de manera muy clara en otros yacimientos como Palenzuela (Palencia) (Martín Valls, 1984. pág. 40, fig. 14) en que la urna a torno decorada de la sepultura publicada la coloca entre las fechas anteriormente propuestas. Asimismo las tumbas de Las Cogotas casi todas con urnas a torno (Cabré, 1932, figs; LXXVIII y LXXIX) así lo confirman. Por último en La Osera tres tumbas con cerámica asociadas a estos puñales, la poseen torneada apareciendo junto con fíbulas anulares y de la Téne que encajan en la datación antedicha. Por último la asociación de estos puñales en la tumba 509 de esta necrópolis con barros torneados, una fíbula de torrecilla y una espada de tipo Arcóbriga, nos permite de nuevo volver a las fechas citadas (Cabré Aguiló, Cabré de Morán y Molinero Pérez, 1950, pág. 154 y lám. LXXIX y Cabré de Morán, 1988, págs. 123-124).

Parece quedar claro por tanto, en base a los conjuntos cerrados descritos, que el comienzo de la utilización de estos puñales en las zonas central y oriental de la Cuenca del Duero hay que situarlo, coincidiendo con (Cabré Aguiló y Cabré Herreros, 1933, pág. 3)) hacia mediados del s. IV a. C., más difícil sin embargo resulta saber cuando dejaron de utilizarse, aunque la aparición de uno de éstos

en La Osera junto con una espada de La Tène (Cabré Aguiló y Cabré Herreros, 1933) parece indicar que no habían decaído en su uso a mediados del s. III a. C., si bien no podemos asegurarlo ya que la pervivencia de gran cantidad de utensilios a lo largo de la Segunda Edad del Hierro meseteño se constata en múltiples ocasiones. Por otra parte no cabe duda que en base a los datos aportados por Miraveche y Villanueva de Teba no se puede elevar mucho más, en las zonas comunmente aceptadas como de origen, la cronología aportada para estos puñales por los yacimientos ribereños del Duero (Sacristán de Lama y Ruiz Vélez, 1985, págs. 198-202).

En otro sentido consideramos importante plantear que si bien la originalidad del grupo Miraveche-Monte Bernorio respecto a otros de la Segunda Edad del Hierro es del todo evidente, no son tan importantes las diferencias existentes entre los conocidos como Cogotas II y de la Meseta Oriental, ya que hay que destacar la similitud de casi todos los elementos cerámicos, de adorno y armamentísticos que presentan los yacimientos conocidos de uno y otro. A pesar de que hasta el momento tanto las céfamicas peinadas como estos puñales eran considerados como elementos casi exclusivos del primero; mientras que otros tipos de espadas, broches, adornos y fíbulas aparecían con mucha mayor frecuencia en el segundo. Pensamos que este hecho actualmente no se sustenta ya que resulta evidente que los utensilios cerámicos y metálicos de ambos son prácticamente iguales y en su gran mayoría aparecen con la misma profusión en los dos, no siendo los puñales Monte Bernorio una excepción, ya que porcentualmente la frecuencia de hallazgos en una y otra zona resulta también muy similar; aunque hemos de precisar que hasta el momento no se ha encontrado en territorio arévaco ninguno que posea contera cuatridiscoidal.

Por tanto y en base a lo anterior hemos de decir que, para nosotros, las diferencias entre una y otra subculturas son más de detalle que de carácter profundo, y ya que los pequeños matices están presentes incluso al relacionar zonas tan próximas como el norte de Guadalajara y el sur de Soria y dentro de esta provincia entre los yacimientos ribereños del Duero y los de las citadas serranías meridionales, los contrastes existentes entre las anteriormente citadas no deben sorprendernos y en modo alguno, al igual que en estas últimas, deben ser interpretados como otra cosa que pequeñas aportaciones locales a una cultura general fuertemente enraizada en toda la Cuenca del Duero e incluso en la Submeseta Sur y Valle del Ebro, a lo largo de los cursos altos del Jalón, Tajuña y Henares (García Soto, 1990; García Soto y De La Rosa, 1990 y en prensa).

Por último y de nuevo en el terreno cronológico, queremos insistir en que los puñales Monte Bernorio pueden constituirse en un elemento de datación relativa e incluso absoluta de cierta fiabilidad, siempre y cuando se localicen en el contexto de un conjunto cerrado, pudiendo situar su periodo de vigencia en toda la Cuenca del Duero entre mediados del s. IV y mediados del s. III a. C., tal y como parecen indicar, con toda seguridad, la mayoría de los conjuntos cerrados donde éstos se han encontrado en diferentes yacimientos de las zonas oriental y central de la Meseta Norte.

Santander, septiembre de 1989

POSTESCRPTUM

Ya redactado este trabajo, mantuvimos una conversación con D. Carlos Sanz Mínguez, excavador de la necrópolis de Las Ruedas en Padilla de Duero. Este amablemente nos comunicó, que en ese yacimiento solamente habían aparecido puñales tipo Monte Bernorio de diversa tipología y una espada de gavilanes curvos, no estando presentes en la misma las espadas de antenas o de la Tène ni los puñales de frontón o biglobulares, lo que no deja de ser sorprendente si tenemos en cuenta la posición geográfica del mismo. Asimismo nos expuso sus ideas sobre el origen de algunos tipos de las armas objeto de estudio, que el sitúa en la zona central de la cuenca, lo que ya enunció en su trabajo de 1986 y que nosotros aceptamos. Este hecho sin embargo no nos obliga a abandonar el planteamiento básico de este trabajo.

BIBLIOGRAFIA

- AGUILERA Y GAMBOA, E. (1916): «Las necrópolis ibéricas». Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Congreso de Valladolid. Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (en prensa): «La necrópolis celtibérica de Carratiermes (Tiermes, Soria)». Actas II Symposium de Arqueología Soriana.
- CABRE AGUILO, J. (1916): «Una sepultura de guerrero ibérico en Miraveche». *Arte Español*, págs. 5-20.
- (1920): «Acrópolis y necrópolis cántabras de los Celtas Berones del Monte Bernorio». Sociedad Española de Amigos del Arte. Madrid.
- (1930): «Excavaciones en el castro de Las Cogotas, Cardeñosa (Avila)». *M.J.S.E.A.* n.º 110. Madrid.
- (1931): «Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, n.º 21, págs. 221-241.
- (1932): «Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Avila). La necrópolis». *M.J.S.E.A.* n.º 120. Madrid.
- CABRE AGUILO, J. y CABRE HERREROS, E. (1933): «Datos para la cronología del puñal en la cultura de Las Cogotas». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, n.º 25, págs. 37-45.
- CABRE AGUILO, J.; MOLINERO PEREZ, A. y CABRE HERREROS, E. (1932): «La necrópolis de La Osera». *Boletín de la Sociedad Española de Antropología Etnografía y Prehistoria. Memorias. T. XXI, cuaderno 1*, págs. 19-50.
- CABRE AGUILO, J.; CABRE DE MORAN, E. y MOLINERO PEREZ, A. (1950): «El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)». *Acta Arqueológica Hispana V*. Madrid.
- CABRE DE MORAN, E. (1988): «Espadas y puñales de la Meseta Oriental en la II Edad del Hierro». *Celtíberos*, págs. 123-126. Zaragoza.
- CABRE DE MORAN, E. y MORAN CABRE, J.A. (1977): «Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica». *Revista de la Universidad Complutense, Homenaje a García-Bellido*, págs. 109-143.
- (1984): «Cabré y la arqueología céltica meseteña del hierro II». en Juan Cabré Aguiló (1882-1982). *encuentro Homenaje. Institución Fernando el Católico. Zaragoza*, págs. 65-78.
- CASTRO GARCIA, L. (1972): «Proceso de aparición de las primeras ciudades en suelo palentino y recientes hallazgos arqueológicos en Palenzuela». *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, n.º 33, págs. 119-141. Palencia.
- EIROA, J.J. (1980): «Corrección y calibración de fechas de Carbono-14 de la Cueva del Asno y el Castro de El Royo (Soria)». *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria, Tomo IV, n.º 2*, págs. 65-78. Soria.
- GARCIA Y BELLIDO, A. (1933): «Sobre el probable origen del puñal español posthallstático del tipo llamado de Miraveche o del Monte Bernorio». *Investigación y Progreso VII*, págs. 207-211.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. (1990): «Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero». *Actas II Simposio sobre los Celtíberos, Daroca 1988*, págs. 13-38.

- GARCIA-SOTO MATEOS, E. y DE LA ROSA MUNICIO, R. (1990): «Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración «a peine» en la Meseta Norte». Actas II Simposio sobre los Celtíberos, Daroca 1988, págs. 305-311.
(En prensa): «Cerámicas con decoración «a peine» en la provincia de Soria». Actas II Symposium de Arqueología Soriana. Soria 1989.
- GRIÑO, B. (1989): «Los puñales de Monte Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero». B.A.R. International Series, 504, 2 vols. Oxford.
- LLANOS, A. (1988): «Un poblado Berón: La Hoya». Celtíberos, págs. 68-74. Zaragoza.
(1990): «Las necrópolis del Alto Ebro». Actas II Simposio sobre los Celtíberos, Daroca 1988, págs. 137-148.
- MAÑANES, T. y MADRAZO, T. (1978): «Materiales de una necrópolis vallisoletana de la Edad del Hierro». Trabajos de Prehistoria, vol. 35, págs. 425-432
- MARTIN VALLS, R. (1984): «Prehistoria Palentina», en J. González, Historia de Palencia, Vol. I. Edades Antigua y Media. Publicaciones de la Excelentísima Diputación de Palencia, págs. 15-53. Palencia.
- MOLINERO PEREZ, A. (1952): «Una necrópolis del Hierro Céltico en Cuellar (Segovia)». Actas II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid 1951), págs. 337-354. Zaragoza.
(1971): «Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia». E.A.E. n.º 72. Madrid.
- SACRISTAN DE LAMA, J.D. y RUIZ VELEZ, I. (1985): «La Edad del Hierro», en Historia de Burgos I. Edades Antigua y Media, págs. 179-220.
- SANZ MINGUEZ, C. (1986): «Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el valle medio del Duero». BSAA Universidad de Valladolid, vol. LII, págs. 25-46.
(1990): «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de las Ruedad, Padilla de Duero (Valladolid)». Actas II Simposio sobre los Celtíberos. Daroca 1988, págs. 157-170.
- SANZ MINGUEZ, C., SAN MIGUEL MATE, L.C. y CARRETERO, S. (1989): «Padilla de Duero. Investigaciones Arqueológicas 1985-1989». Valladolid.

**YACIMIENTOS CON PUÑALES
TIPO MONTE BERNORIO EN
LA PROVINCIA DE SORIA.**

1. Uzero.
2. La Requijada.
3. Carratiermes.
4. Alpanseque.
5. Almazan.
6. Osonilla.

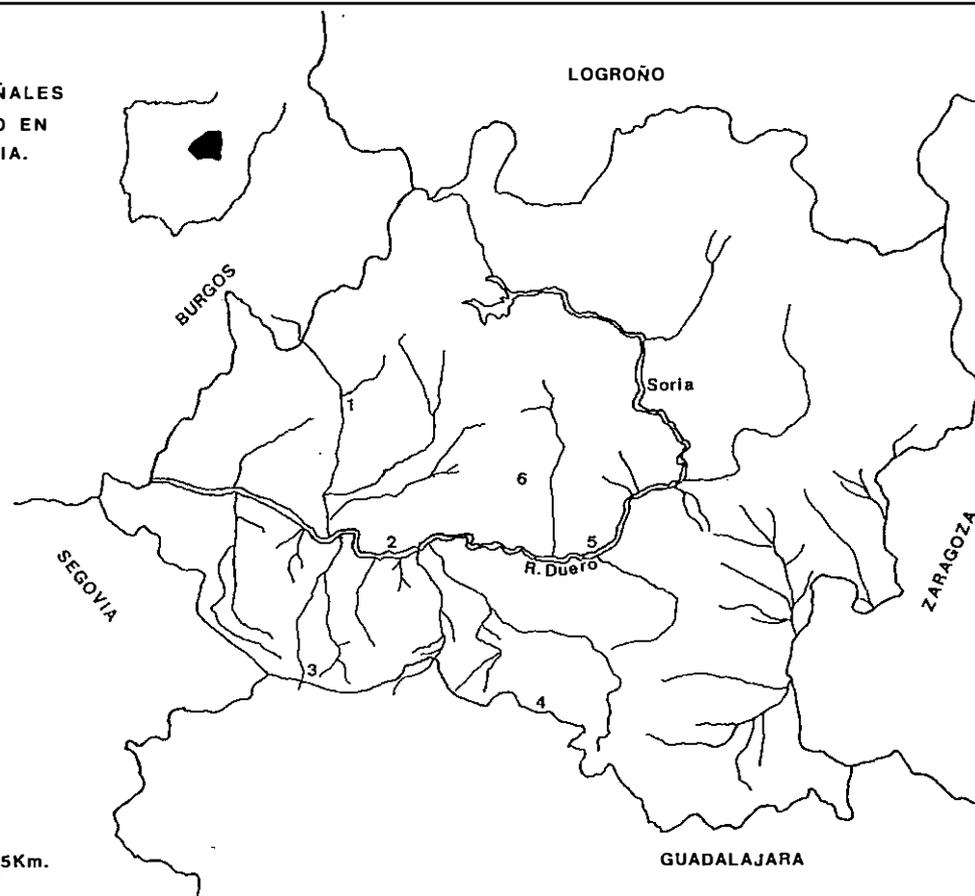
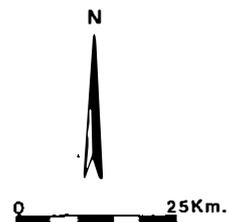


FIG. 1.— Dispersión de los yacimientos con puñales Monte Bernorio en la provincia de Soria (Según García-Soto).

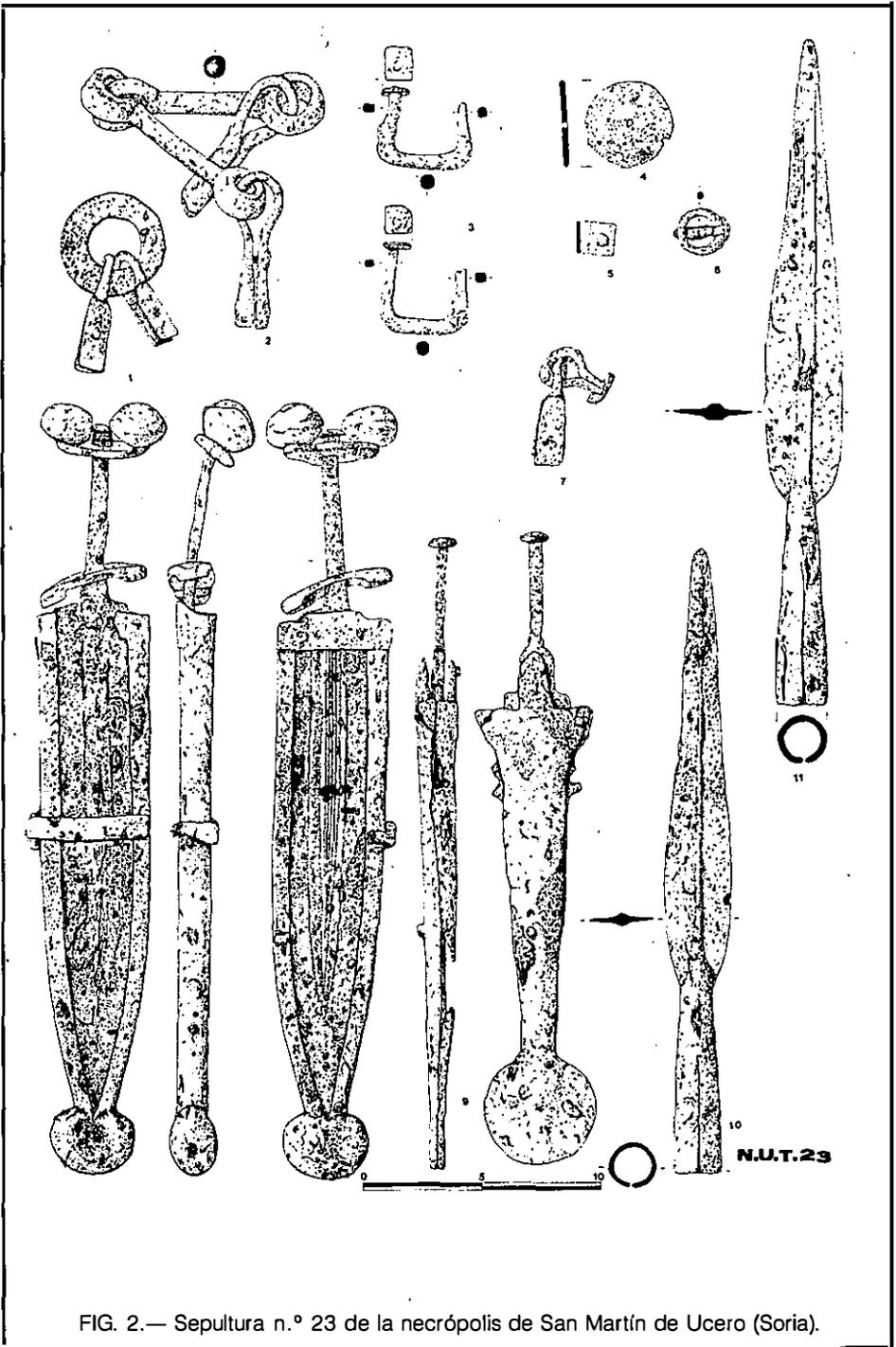


FIG. 2.— Sepultura n.º 23 de la necrópolis de San Martín de Utero (Soria).

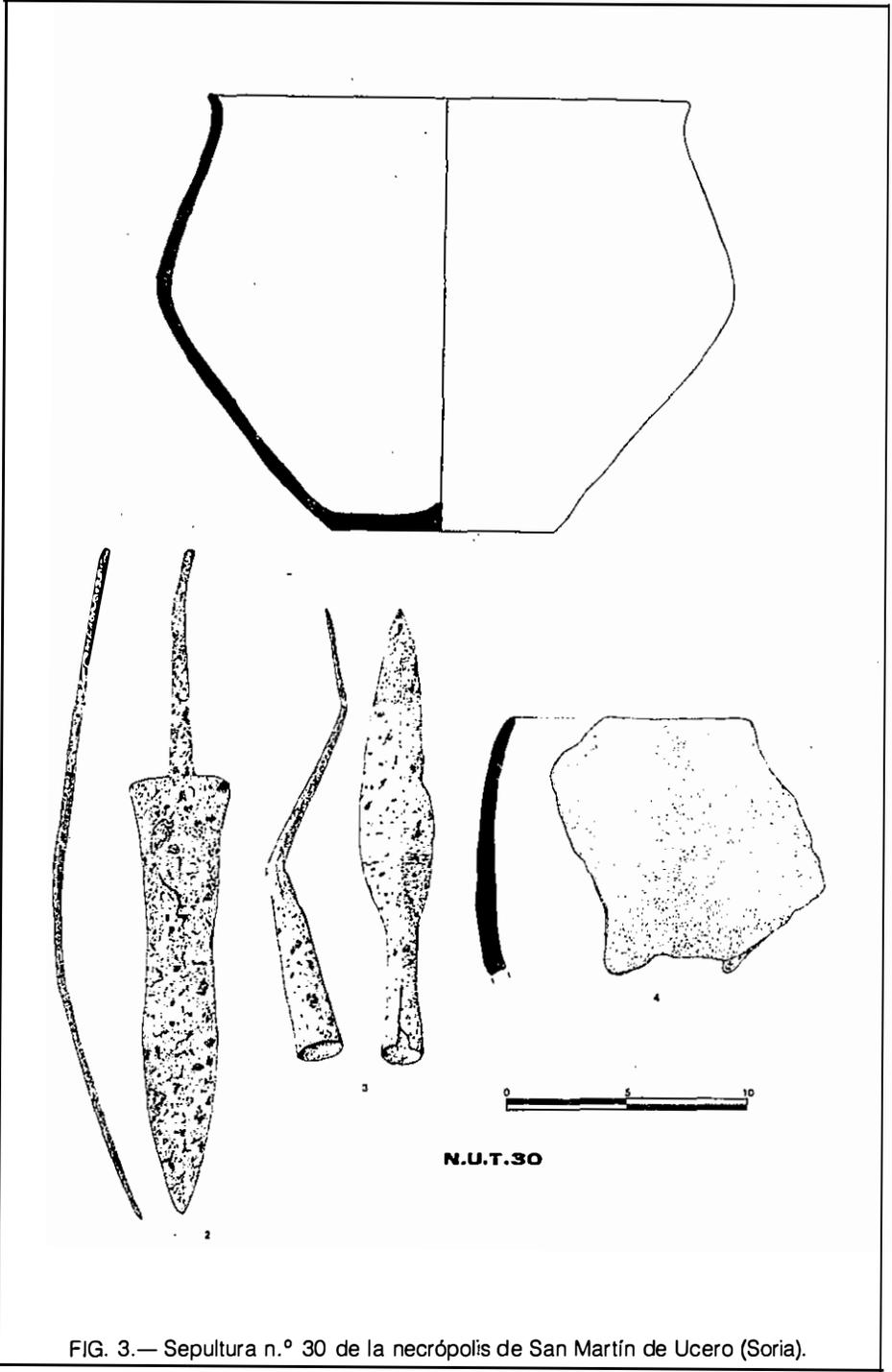
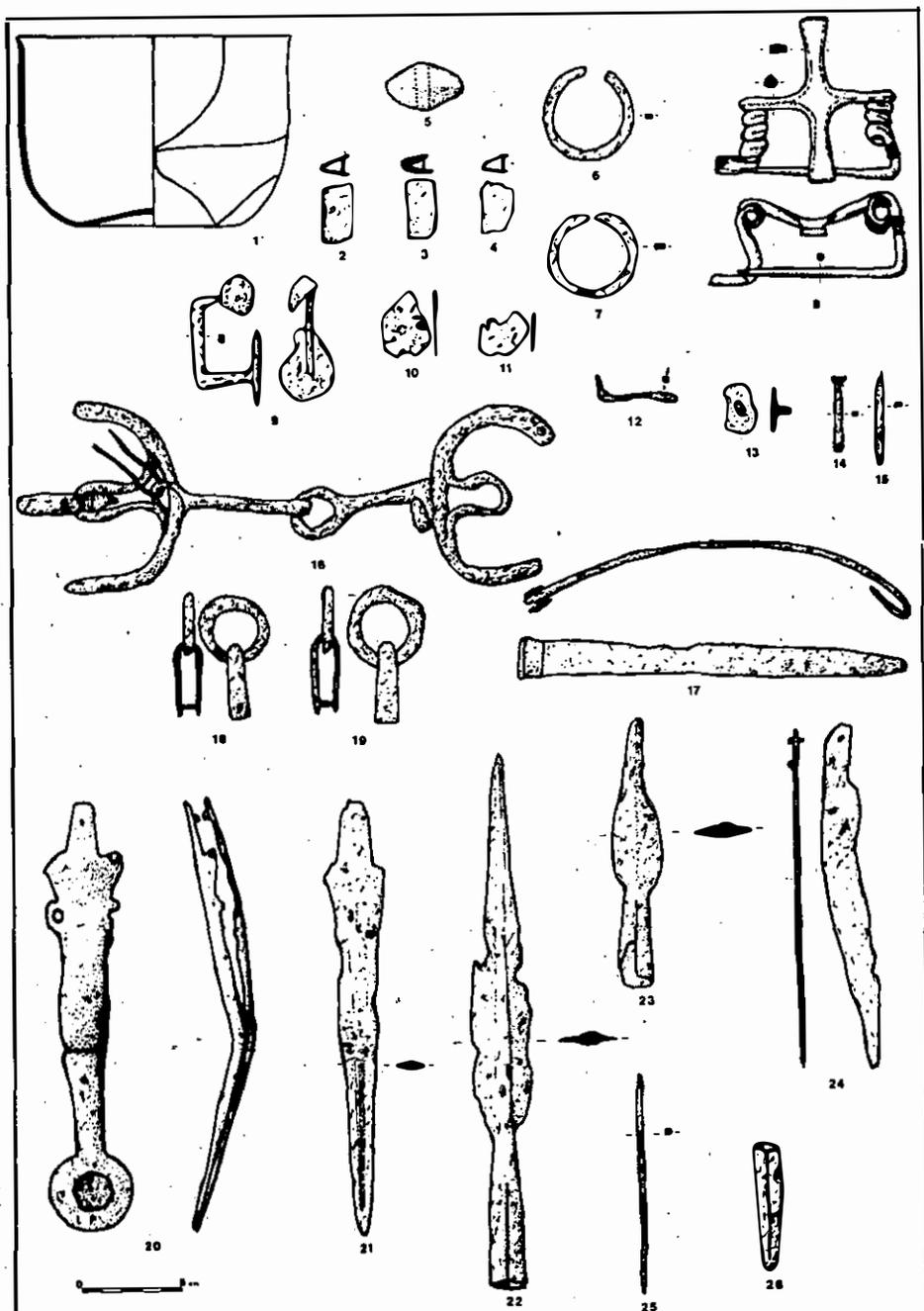


FIG. 3.— Sepultura n.º 30 de la necrópolis de San Martín de Utero (Soria).



N.U. T.48.

FIG. 4.— Sepultura n.º 48 de la necrópolis de San Martín de Ucero (Soria).

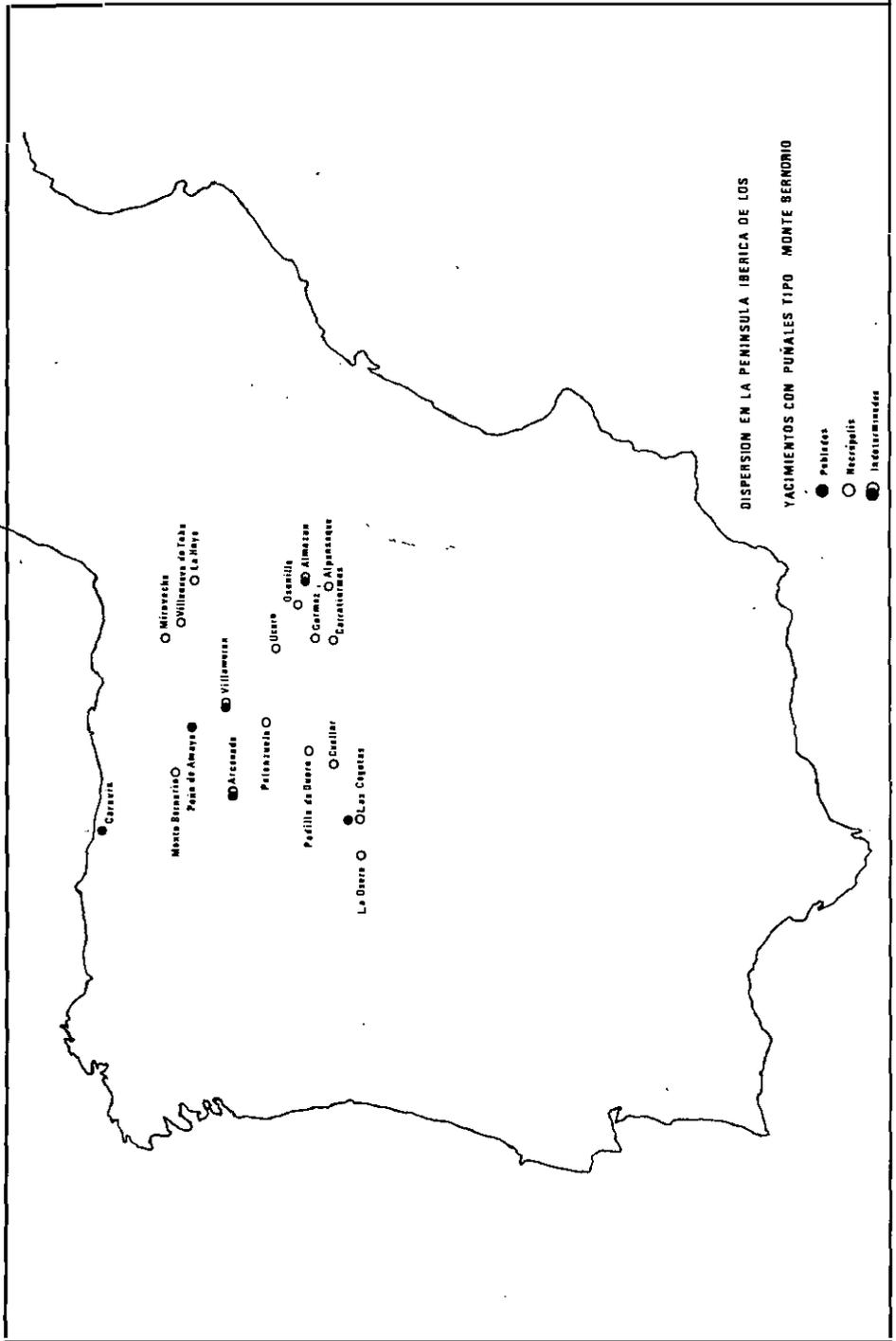


FIG. 5.— Dispersion de los yacimientos con punales Monte Bernorio en la Peninsula Ibérica (Según Cabré Aguiló y García-Soto).



LAM. I.— 1. Sepultura 23 de la necrópolis de San Martín de Utero (Soria). 2. Sepultura 48 de la necrópolis de San Martín de Utero (Soria).

PUÑALES CELTIBERICOS CON EMPUÑADURA DE TRIPLE CHAPA PLANA Y POMO CON ANTENAS

E. CABRE HERREROS*
J.A. MORAN CABRE*

ESTUDIO DE CONJUNTO DE LOS PUÑALES DE EMPUÑADURA PLANA Y POMO DE ANTENAS

GENERALIDADES

A pesar de que en la primera quincena del siglo se había publicado algún puñal de la serie que tratamos (Sentenach, 1914)¹, puede decirse que este tipo pasó prácticamente inadvertido hasta que hace muy pocos años se dió a conocer una posible tumba de Carratiermes (Soria), hallada no en las excavaciones oficiales realizadas en la necrópolis de aquella localidad, sino casualmente en trabajos agrícolas (fig. 2 C) (Ruiz Zapatero y Núñez García, 1981)².

Estos puñales son un producto típico de la tendencia al hibridismo de la panoplia celtibérica, puesto que junto a un pomo terminado en antenas atrofiadas con bolas ovoides, presenta una empuñadura formada por tres chapas de hierro con un ensanchamiento circular en su parte media. La Chapa central o alma, que mide 1,5 cm. de anchura, está fundida conjuntamente con la hoja, y las cachas externas forman cuerpo con la cruz, que es recta por su parte inferior. Entre estas dos cachas exteriores férreas y el alma quedan hoy día dos espacios vacíos que primitivamente se rellenarían con otras dos cachas probablemente de madera. Este total de cinco chapas se unía con clavos (figs. 1 A, 3 A).

Por lo que hace al modo de estar organizadas las antenas nos parece ver dos variantes, difíciles de aclarar de modo seguro a no ser a nivel de laboratorio:

l) El alma plana de la empuñadura debía tener dos apéndices laterales o pequeños vástagos en los cuales enchufan las bolas ovoides. En este caso las cachas externas terminan horizontalmente, casi en contacto con la parte inferior de las bolas (figs. 1 C, 2 A, B).

(1) Sentenach, N. 1914: «Los arévacos». Rev. Arch. Bibl. y Museos, Tir. ap. pág. 84. Madrid.

(2) Ruiz Zapatero, G. y Núñez García, C. 1981: «Un presunto ajuar celtibérico procedente de Carratiermes (Soria)». Numantia, I, págs. 189 ss.

II) El alma lleva ensartada en su parte alta una plaquita rectangular con los extremos elevados para formar el vástago donde se enchufan las bolas terminales de estas atrofiadísimas antenas. Entonces las cachas externas terminan debajo de la mencionada plaquita horizontal porta-antenas (figs. 2 C, 3 A, B).

Las hojas de estos puñales generalmente tienen perfiles pistiliformes y en algún caso rectos (fig. 2 C). Siempre con nervio central poco resaltado.

Las medidas de estas armas oscilan del siguiente modo: Su largura envainadas sería de 41 a 36 cm. Las hojas medirían entre 28 y 22 cm., con una anchura de 5.5 a 3.3 cm. Por tanto, las dimensiones de las piezas mayores les dan categoría de puñales largos, ya que muchas espadas convencionales de antenas son más cortas.

PRECEDENTES LEJANOS DE ESTE TIPO DE EMPUÑADURA

Para la construcción de empuñaduras con varias chapas planas debemos recordar a la familia de espadas de tipo aquitano, características de Arcachón y presentes en algún ejemplar de Aguilar de Anguita (Aguilera y Gamboa, 1916)³, aunque sus desarrolladas antenas, el ensanchamiento losángico de sus cachas y las guardas laterales de sus cruces sean muy diferentes de nuestros puñales.

Algo más se acerca el modelo de espadas de frontón, que en la Meseta ofrece gran variedad de formas y que ya coinciden con los puñales en tener la cruz recta.

PRECEDENTES PROXIMOS

Pensamos que los modelos que más fácilmente pudieron inspirar a los puñales que estudiamos serían otras armas coetáneas celtibéricas, que podrían ser las siguientes:

1.º Espadas largas que nosotros denominamos «de La Tène meseteño», para diferenciarlas de sus inspiradoras de La Tène europeo. Alguna de ellas construía su empuñadura con cachas, a veces de forma losángica y con pomo de antenas atrofiadas terminadas en bolas ovoides, como sucede en el notable ejemplar hallado por Cerralbo en Atance (Aguilera y Gamboa, 1916), (Fig. 1 A, B)⁴.

2.º Espadas convencionales de antenas, de las que tomaron el pomo terminado en bolas ovoides, los perfiles pistiliformes de la hoja y la construcción de algunas vainas (fig. 2 A, B).

3.º Finalmente no puede negarse que la inspiración mayor, como ya se ha dicho (Ruiz Zapatero y Núñez García, 1981)⁵, debió tomarse de los puñales de frontón, tan típicos de la Meseta, que poseían en las empuñaduras triple chapa con ensanchamiento circular en su mitad, incluso a veces horadado decorativamente en la chapa delantera o con calados rectangulares que recuerdan a los de nuestros puñales (figs. 1 C, 2 B, 3 B). También alguna vaina recuerda a sus predecesoras hasta en la decoración de hilos de plata incrustados (fig. 2 C). (Ruiz Zapatero y Núñez García, 1981)⁶.

(3) Aguilera y Gamboa, E., Marqués de Cerralbo, 1916: «Las necrópolis ibéricas». Lam. V, n.º 2, A.

(4) Id. Id. 1916. Fig. 13.

(5) Ruiz Zapatero y Núñez García, 1981, pág. 190.

(6) Id. Id. 1981, pág. 191. Describen estas decoraciones como incisas, pero es de suponer que primitivamente tendrían plata incrustada, fundida en la cremación, como en algunos ejemplares de Las Cogotas y de La Osera.

RELACION DE LOCALIDADES CON ESTE TIPO DE ARMAS

El corto número de estos puñales hace pensar en que probablemente fuese un modelo que no tuviese gran éxito ya que realmente no ofrece la perfección técnica y el equilibrado conjunto de otros tipos de armas celtibéricas, que pueden considerarse modélicas en su género, como lo fueron las espadas de antenas de «tipo Arcóbriga», los puñales de frontón y los dobleglobulares, que en ciertos casos pueden alcanzar la categoría de verdaderas joyas por sus decoraciones repujadas o caladas y a veces con incrustaciones de metales nobles.

Las necrópolis que han entregado tumbas con estos puñales son las siguientes:

UXAMA OSMA (SORIA)

Tumba 3 de las adquiridas por el Museo Arqueológico de Barcelona a su excavador Morenas de Tejada (Bosch Gimpera, 1931)⁷.

Este puñal largo o espada corta, pues de las dos maneras podría llamarse dada su longitud de 40 cm., posee una empuñadura laminar muy clara como se ve en el detalle de su cruz recta, con el extremo derecho roto (fig. 2 A). Sin embargo, las muchas concreciones de óxido de hierro hacen dudoso que haya tenido el típico ensanchamiento circular en su parte media. Podría tratarse de un ejemplar inicial de la serie (Schule, 1969)⁸. Por la organización de las antenas parece de nuestra variante I.

Su ajuar férreo se podría considerar de los más antiguos dentro de la necrópolis de Uxama, ya que consta de una punta de lanza de nervio redondeado y su largo regatón, un bocado de caballo de camas curvas terminadas en bolas ovoides, un artilugio de sostén de alto tocado y una fíbula de La Tène I C.

LA REQUIJADA DE GORMAZ (SORIA)

El puñal procede de la tumba 10 de las excavaciones de Morenas de Tejada en aquella necrópolis soriana y figura en el Museo Arqueológico Nacional con el n.º 2.448-49 (Sentenach, 1914)⁹.

Su ajuar tan sólo constaba de dos puntas de lanza de pequeño nervio central agudo y unas tijeras, todo ello albergado en los puentes alzados de la vaina que primitivamente formarían un cajetín de cuero o madera.

Las antenas de este puñal son de la misma variante I del uxamense (fig. 2 B). Su longitud total es de 41 cm.

(7) Bosch Gimpera, P. 1931: «Troballes de les necropolis d'Osma i Gormaz adquirides pel Museu de Barcelona», págs. 171 ss., fig. 303.

(8) Id. Id. 1931, pág. 173. Describe este arma diciendo: «Una espasa curba amb antenes atrofiades com les altres». Schule, W. 1969: «Die Meseta-Kulturen der iberischen Halbinseln», Berlín, lám. 54, 7. Dibuja esta pieza sin el corte de su empuñadura y sin dar efecto laminar.

(9) Sentenach, N. 1914, pág. 84.

Cabré Aguiló, J.: «Catálogo Monumental de la Provincia de Soria, T. III: Necrópolis Celtibéricas», pág. 72, lám. XXXIII.

LA OSERA DE CHAMARTIN (AVILA)

Este puñal es algo más corto que los precedentes, ya que mide 33,5 cm. de longitud, faltándole algo de la punta así como el extremo derecho de la cruz, pero cuando estuviera completo y envainado no diferiría mucho de ellos. También es idéntica la disposición de sus antenas (fig. 1 C).

Apareció en la tumba 928 de la Zona V de la necrópolis abulense, y fue hallado en la campaña de 1933, a poca profundidad en el empedrado tumular. Se conserva en el Museo Arqueológico Nacional.

El ajuar carecía de urna cineraria, y sólo consistía, además del puñal, de doce piezas de arreos de caballo y un regatón de lanza pequeño.

CARRATIERMES (SORIA)

Como decíamos al comienzo de este trabajo, el posible ajuar funerario fue hallado casualmente y se conserva en una colección particular (Ruiz Zapatero y Núñez García, 1981).

La pieza más importante del lote es el puñal, que mide 36 cm (fig. 2 C). Comparándolo con los anteriormente descritos, parece como si encabezara otra variante en que la cruz de la empuñadura tiene sus hombros más rectos y el pomo apoya las antenas al modo II, o sea sobre plaquita rectangular porta-antenas, en cuyos lados alzados se insertan las bolas ovoides terminales.

La vaina también es distinta y recuerda en su organización (con chapa delantera de hierro en el anverso y un sólo puente, como embocadura, en cuyos lados se insertan sendas anillas) a la que ofrecían los conocidos puñales de frontón meseteños, a los que incluso parecen imitar en la decoración de hilos de plata incrustados¹⁰.

El ajuar conjunto constaba de una espada de tipo La Tène europeo, que tanto por su forma como por su largura (75 cm) parece pertenecer a los finales del periodo I, bien representado en toda la Meseta (Ortego, 1983)¹¹, y de dos puntas de lanza, con el nervio central redondeado, la más pequeña, y agudo tendente a losángico, en la mayor (Ruiz Zapatero y Núñez García, pág. 190, figs. 3, 4).

SAN MARTIN DE UCERO (SORIA)

En la Tumba 3 de esta interesantísima necrópolis soriana (García-Soto, 1981, 1988)¹² apareció un puñal de hierro, que por su largura, no bien precisable a causa de su doblez, de unos 40 cm., se acerca a los de La Requiñada de Gormaz y Uxama, pero que por lo recto de los hombros de la cruz de la empuñadura y por la organización de las antenas parece de la variante II, como el de Carratiermes.

(10) Hágase la comparación con el puñal de la tumba 1354 de Las Cogotas, con parecido reparto de zonas decorativas y en el tercio inferior triangular los motivos de zig-zags verticales, reproducido por Cabré Aguiló, J. en 1932. Memoria 120 de la JSEA, lám. LXXIV.

(11) Ortego, T. 1983: «La Revilla de Calatañazor (Soria)» XVI CAN. págs. 573 ss. Lám. III. Su estudio de la espada de La Tène de la Revilla y de otras necrópolis meseteñas, es modélico, como todo el trabajo de tan competente arqueólogo.

(12) García-Soto, E. 1981: «La necrópolis celtibérica de Utero (Soria)». Arevacón, 1. Soria, págs. 4-9. Id. Id. 1988: «La necrópolis de San Martín de Utero (Soria)». Celtíberos. Zaragoza, págs. 87 ss.

A la generosidad científica de García Soto Mateos, excavador de Utero, debo el conocimiento de esta tumba 3 y de su ajuar.

Singulares son dentro de la serie las decoraciones de dicha empuñadura —que mide 11 cm de larga— consistentes en líneas horizontales incisas, acanaladuras y calados rectangulares, con precedente estos últimos en conocidos puñales de frontón.

El resto del ajuar comprendía dos urnas hechas a torno de barro claro, en forma de cuenco, con pie poco marcado y adornadas con bandas estrechas pintadas en la zona inmediata al resalte del borde. En el resto del ajuar metálico bastante destrozado, destacan una navajita despuntada de dorso casi recto y una fíbula, falta de su pié, de arco y resorte de una pieza, de La Téne I C, al parecer.

ENMARQUE GEOGRAFICO-CRONOLOGICO DE ESTAS ARMAS

AREA GEOGRAFICA

Por la precedente enumeración de localidades, parece quedar claro que este tipo de armas se deba a los talleres metalúrgicos celtibéricos de la Meseta Oriental, ya que de allí proceden cuatro ejemplares. Fuera de esta zona tan sólo han sido hallados en la vettonica abulense, a la que los suponemos llegados por el mismo comercio que aportó otros tipos de armas.

CRONOLOGIA

Repasando los elementos cronológicos de los ajuares descritos tendríamos:

En la tumba 3 de Uxama tanto la punta de lanza, como el bocado de caballo y la fíbula de La Téne I C, nos llevarían por lo menos a la segunda mitad del S. IV a.C.

El ajuar 10 de la Requiada de Gormaz por sus puntas de lanza y tijeras, nos sitúa en el último cuarto del mismo siglo.

La tumba 928 de la Zona V de la Osera, no tiene elementos cronológicos, tan sólo su aparición entre piedras tumulares le da alguna mayor antigüedad que a los puñales dobleglobulares, que en la misma necrópolis suelen aparecer muy superficialmente.

El lote de Carratiermes por su espada de finales de La Téne I nos llevaría al paso del S. IV al III a. C.

En cuanto a la tumba 3 de San Martín de Uvero, su mejor elemento cronológico hubiera sido, de estar completa, la fíbula, que nos parece de La Téne I avanzado. Pero afortunadamente tenemos el dato seguro de haber sido hallada, en la que su excavador considera la tercera fase o período de la necrópolis, que puede fijarse entre finales del S. IV y principios del III a. C.

Por todo lo cual pensamos que la vida de esta serie de puñales, conforme a estos datos, en sentido amplio podría extenderse entre comienzos del S. IV y los del III a. C., siendo quizá su mayor uso en el tránsito de uno a otro siglo.

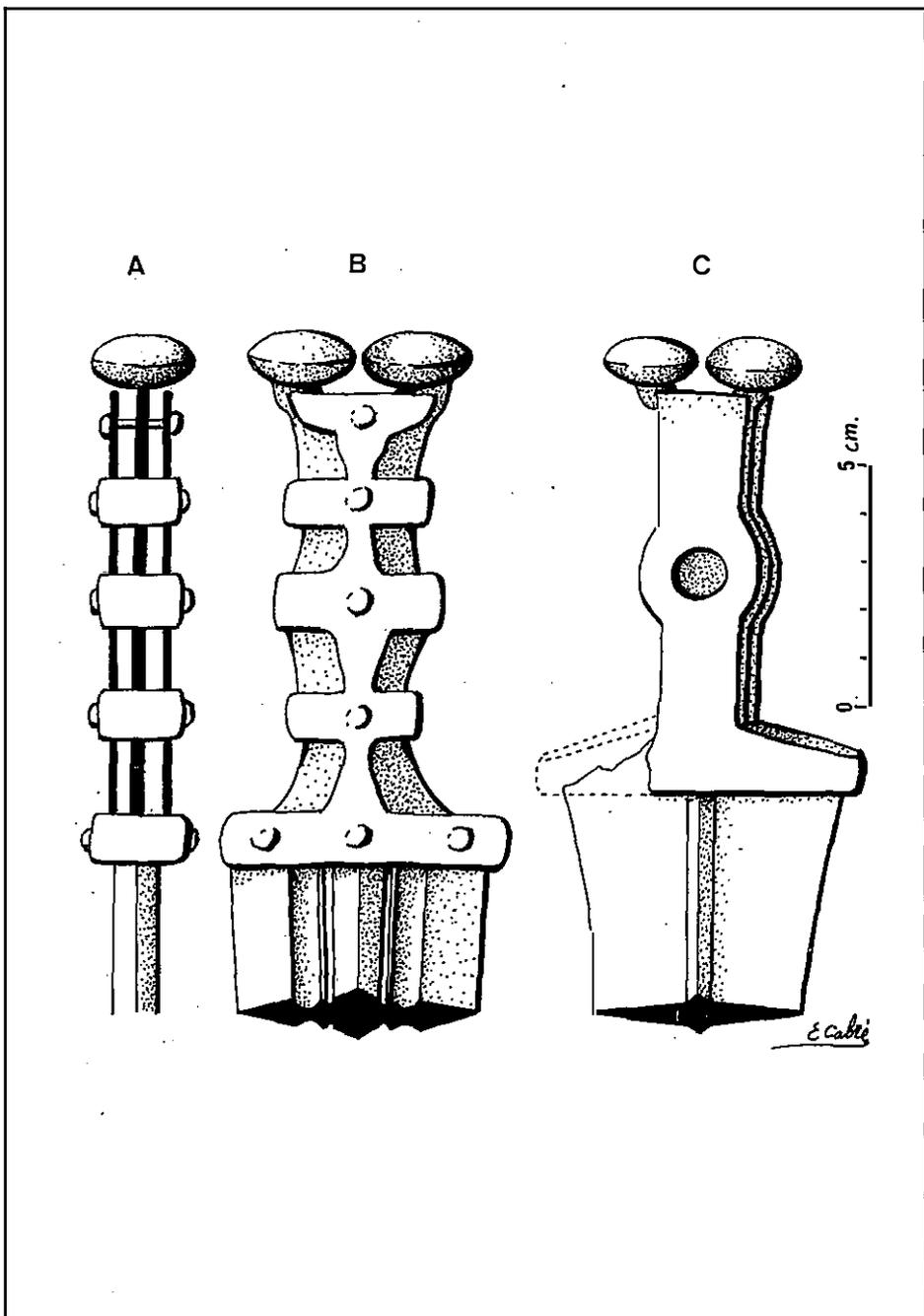


FIG. 1.— A, B: Costado y frente de una espada de antenas de «tipo de La Tène meseteño» hallada por Cerralbo en la necrópolis de Atance (Soria). C: Puñal de la tumba 928, Zona V de la Osera de Chamartín (Avila). Mus. Arg. Nac.; Dib. E. Cabré.

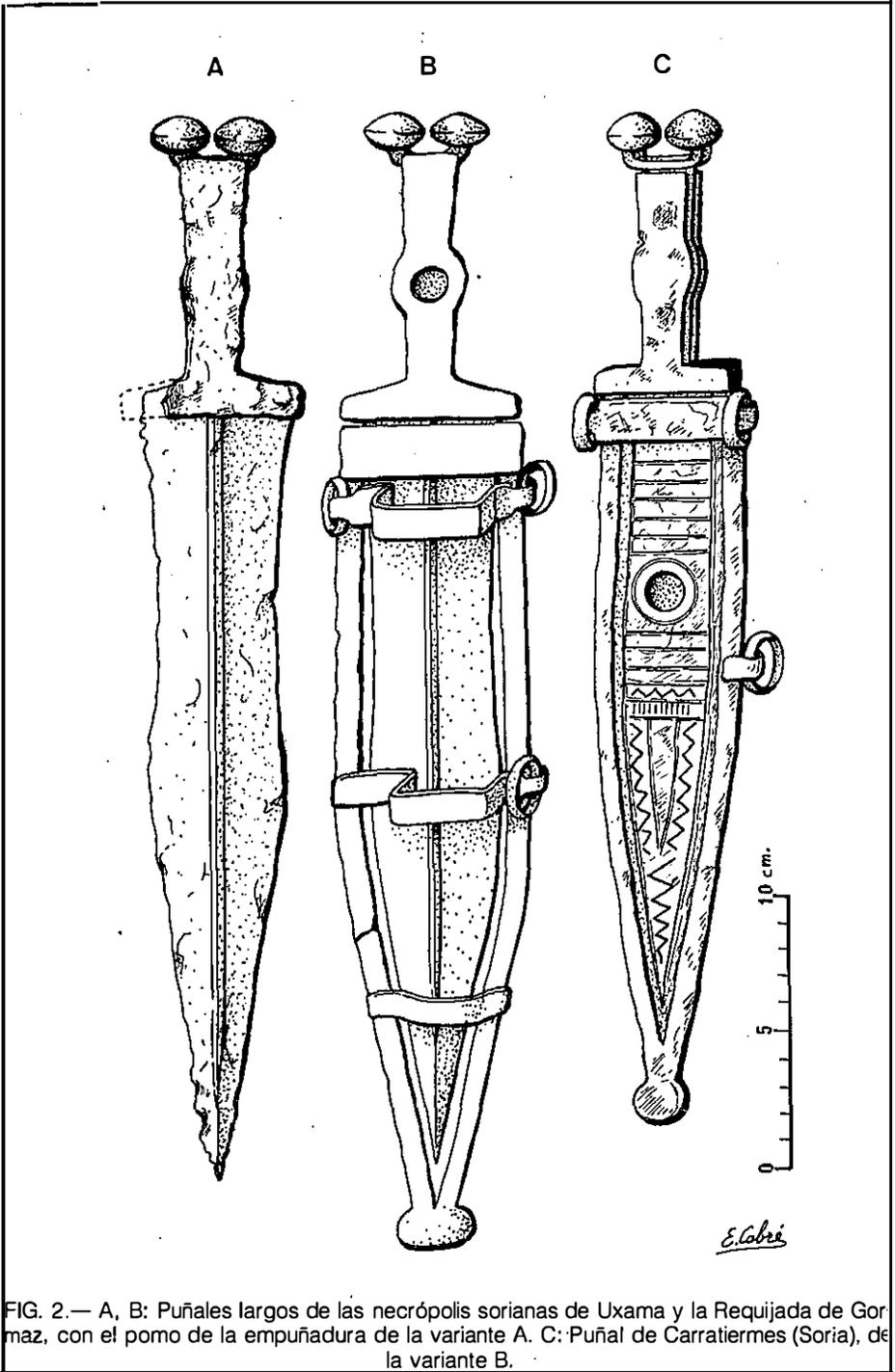


FIG. 2.— A, B: Puñales largos de las necrópolis sorianas de Uxama y la Requijada de Gormaz, con el pomo de la empuñadura de la variante A. C: Puñal de Carratermes (Soria), de la variante B.

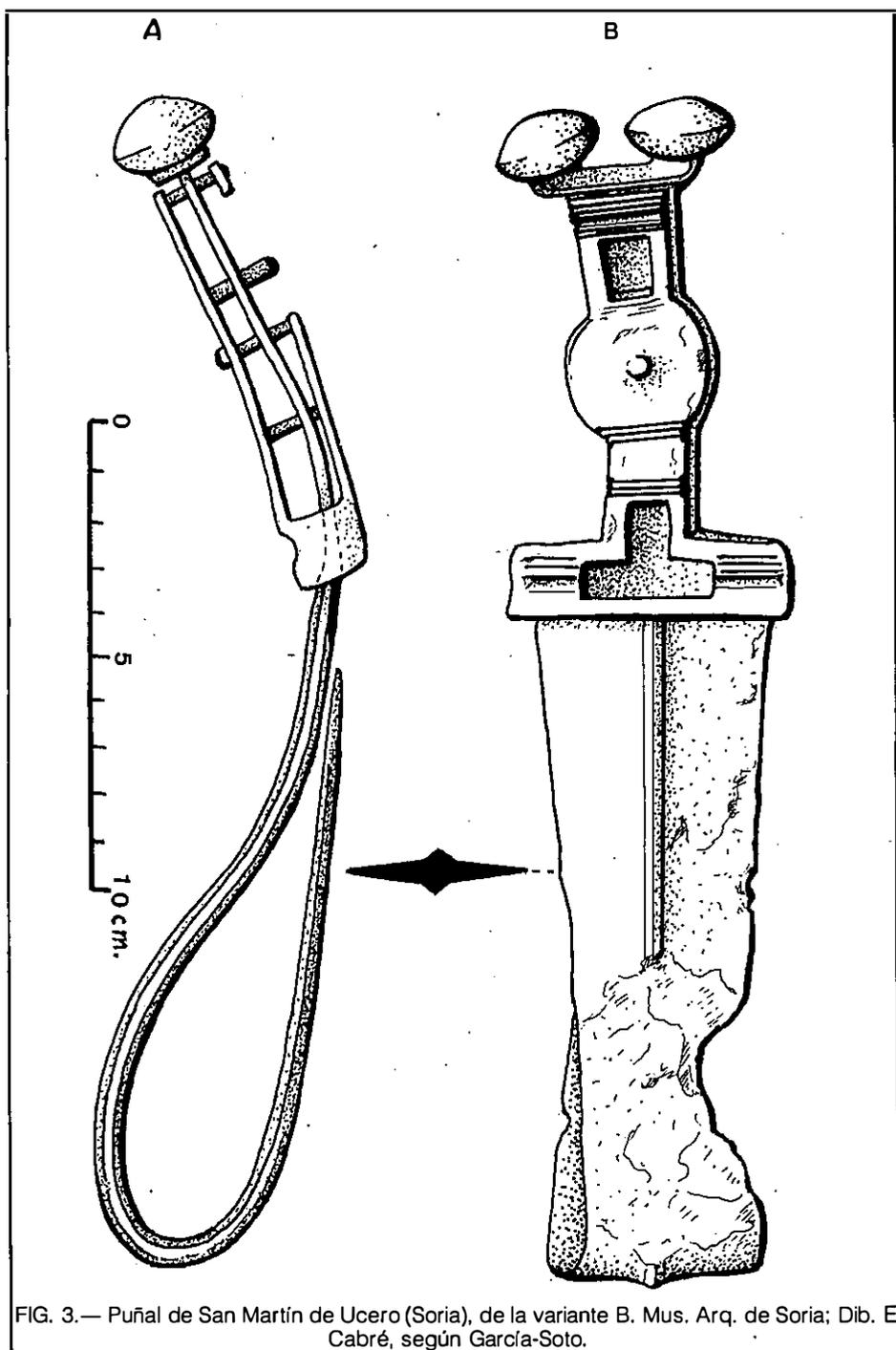


FIG. 3.— Puñal de San Martín de Ucero (Soria), de la variante B. Mus. Arq. de Soria; Dib. E. Cabré, según García-Soto.

UNA PLACA DE CINTURON DE NUMANCIA CONSERVADA EN EL MUSEO NUMANTINO

F. MARTINEZ QUIRCE*

* Departamento de Arqueología e Historia antigua. Centro de Estudios Históricos. C.S.I.C

El objeto del presente trabajo es el dar a conocer una placa de cinturón, tipo hembra, que se conserva en el Museo Numantino de Soria. No hace mucho tiempo que dicha placa fue restaurada en los laboratorios de dicho museo; estos trabajos mostraron una serie de motivos decorativos que, a pesar de su mal estado de conservación, sugerían unos comentarios, aunque no concluyentes, sí introductorios sobre su contexto.

El estudio del material se ha efectuado no sin atravesar previamente serios inconvenientes que dificultan apreciaciones seguras. Por un lado, la placa no posee un contexto arqueológico preciso; por otro, el conocimiento tan parco que se tiene de estos materiales en el contexto peninsular hace que el establecer paralelos puntualizadores de cronología sea un trabajo prácticamente inoperativo.

No obstante, se considera necesaria la publicación de la placa por diversas razones: la creciente necesidad de realizar estudios sistemáticos del antiguo material arqueológico excavado en la primera mitad del siglo en Numancia; el deseo de estudiar material, en este caso en bronce, que posibilite aumentar el conocimiento de los broches de cinturón en cuanto tipología formal y técnico-decorativa. Futuros análisis metalográficos para series de materiales descontextualizados podrán ser de gran utilidad para distinguir talleres de producción en la propia Numancia.

Como antes se ha especificado, la placa procede de las antiguas excavaciones realizadas en Numancia (Memoria de la Comisión Ejecutiva, 1912, pág. 43; MELIDA, TARACENA, 1919-1920, pág. 7; 1921-1922, pág. 10; 1923-1924, pág. 34). En dichas memorias de excavación se citan un mínimo de diecinueve broches de cinturón, asociados todos ellos a un contexto estratigráfico prerromano. Creemos que nuestro broche fue encontrado en una de estas campañas, ya que un rastreo sistemático de trabajos posteriores no ha podido proporcionar datos sobre la aparición de otras placas (SCHULTEN, 1914, 1931, 1927, 1929. WATTEMBERG, 1983). No obstante, pensamos que el rastrear la campaña de excavación en que apareció el broche es un problema secundario en función de que el material, de por sí, está descontextualizado no sólo desde el punto de vista estratigráfico, como ya hemos indicado, sino también espacial, sin relacionarlo con otros materiales en supuesta asociación, fundamentalmente las fíbulas y las cerámicas.

La única mención a la placa hembra de cinturón es la que hace J. Cabré en su estudio sobre los broches damasquinados en plata, y la incluye en su serie tipológica número ocho (CABRE, 1937, pág. 117). La relaciona, por el tamaño de la misma, al broche rectangular aparecido en el túmulo Z, zona I, de La Osera (CABRE, 1937, pág. 116, fig. 56). La cronología de ambas piezas, según dicho autor, quedaría enmarcada en un espacio cronológico entre el siglo III al I a.C. (CABRE, 1937, pág. 117).

DESCRIPCION

La placa hembra de cinturón objeto de estudio está expuesta en el Museo Numantino, de Soría con el número de inventario 10.695. Sus medidas son particularmente grandes: la pieza mide un largo de 14,9 cms., un ancho de 11,8 cms. y tiene un grosor de 0,2 cms. A pesar de que sólo es visible un calado rectangular de enganche, seguramente otro se encontraba en una parte más extrema de la pieza, actualmente no existente por rotura de la misma.

A pesar de su restauración, el estado de conservación no es muy bueno; la pieza presenta una abolladura de consideración importante, así como áreas superficiales en las que la decoración está perdida, sobre todo en la mitad superior del enganche o del calado, debido a la corrosión del bronce.

La placa se ha obtenido por fundición, con tratamientos posteriores técnicos (que presentaremos en otro trabajo cuando se realicen análisis microfotográficos y metalográficos de toda la serie numantina depositada en el Museo Numantino). La decoración, ejecutada a presión, se ha realizado a golpes de maza simples sobre la herramienta para producir una posterior línea de granetes (ROVIRA, 1982, pág. 49).

El broche cuenta con tres orificios circulares producidos por la horadación de los remaches, que se perdieron quizás ya en el momento de su antigua deposición en Numancia. Otros dos orificios corresponderían a los sectores rotos de la pieza, debido a la facilidad de ruptura de la pieza en esta zona. La unión de la placa al material de sujección (tela o cuero) se aplicaría por la cara anterior de la misma, ya que de esta forma la visibilidad de los motivos decorativos sería completa.

La decoración se concentra fundamentalmente en el sector de la placa donde no se superpone la parte macho del bronce, hoy perdido. Está enmarcada en un marco rectangular de tres líneas de granetes, interrumpido en su extremo por los orificios de los remaches. Hemos dividido la pieza en dos sectores de diferenciación dentro del conjunto decorativo global. Un tercio de la placa, que es la zona con más profusa decoración, se encuentra enmarcada por tres de los lados del marco de la pieza y cerrado por otras tres líneas de granetes, formando un rectángulo en dicho sector. Los motivos decorativos se disponen en tres rectángulos, separados por dos bandas de líneas, a modo de metopas. En el espacio central se dibuja una cruz svástica y en los dos de los extremos dos aspas complementadas con motivos en «V» realizados con dos líneas paralelas entre sí en granete y a los brazos de las aspas.

Sobre este motivo decorativo se superpone una línea en zig-zag, junto al calado de enganche y, separado del mismo, una línea con técnica también en granete.

El otro sector del broche, mucho más deteriorado, corresponde a la zona de contacto con la parte macho. Presenta motivos decorativos con tres líneas que dibujan una forma pseudoparábólica, cuyo eje cae perpendicularmente sobre el lado derecho de la placa; en su parte inferior se delinean también dos pequeñas parábolas, pero de difícil explicación descriptiva debido a que en este área el broche está muy deteriorado.

DISCUSION

El estudio de todo material arqueológico que, desgraciadamente, se presenta ante el investigador de manera descontextualizada, comporta una serie de barreras que, si no son absolutamente irresolubles, obstaculizan la resolución de problemas en el estado actual de la investigación arqueológica. Tal es el caso de nuestra placa de cinturón: la descontextualización es doble, ya que, por un lado, carece de un claro marco arqueológico; ello hace difícil precisar las coordenadas espaciales de deposición del mismo. Las referencias al contexto espacial del broche son prácticamente nulas, y las asociaciones con otros materiales, simplistas y de carácter cuantificativo. Por otra parte, desde el punto de vista tipológico, es preciso contrastar dicho material con otros broches que han aparecido en Numancia. En las excavaciones de Numancia que fueron publicadas en 1912 (*Memoria...*, 1912, pág. 43) se menciona la aparición de «placas de cinturón, por lo común rectangulares con labor, en unas estampadas o realizada por presión, más bien que repujada; en otras grabada y en otras caladas. Dicha labor es de motivos geométricos, predominando los círculos concéntricos». Mérida publicó el hallazgo de ocho placas de cinturón «rectangulares, sujetas por cuatro clavos remachados y perforados por uno o dos huecos, también rectangulares».(MELIDA, 1923-1924, pág. 30).

Dichos objetos, en realidad, permanecen inéditos, sobretudo desde un punto de vista gráfico. El análisis en conjunto de todos estos materiales dará conclusiones más globales (pertenencia a un mismo taller local, o a una misma producción, etc.), trabajo que se llevará a cabo cuando se estudien las placas citadas que se conservan en los fondos del Museo Numantino.

Como antes se ha indicado, el bronce de cinturón es citado por Cabré (CABRE, 1937, pág. 117), y lo adscribe a la serie octava de su clasificación; en este caso, la placa numantina está decorada con representaciones de «símbolos, quizás solares» (CABRE, 1937, pág. 114). En esta serie incluye una placa de la necrópolis de Miraveche (Burgos) (CABRE, 1937, pág. 115, fig. 23), dos broches de La Osera (Ávila) (CABRE, 1937, fig. 54 y 56), uno aparecido en la necrópolis de Gormaz (Soria) (CABRE, 1937, pág. 117, fig. 58), otro en Izana (Soria) (CABRE, 1937, pág. 117, fig. 59), dos en Palencia, quizá de Paredes de Nava (CABRE, 1937, figs. 60-61), y dos del Cabezo de Alcalá (Azaila - Teruel) (CABRE, 1937, pág. 119, figs. 62 y 63).

La asociación de dichos broches con el numantino se basó, en principio, en el gran tamaño de los mismos. No obstante, establecer paralelos en el estado actual de la investigación parece innecesario, debido a la descontextualización de la placa numantina y de las diferencias tipológicas que, en un análisis pormenorizado, se advierten con respecto al grupo de la serie. La similitud quizá más evidente se puede establecer no con el broche de La Osera, sino con el de la necrópolis de Miraveche, fundamentalmente por similitudes técnicas en cuanto a la elaboración de la decoración. No hay que dejar de obviar que la placa numantina es la mayor de tamaño de las aparecidas hasta ahora, lo cual es significativo a la hora de establecer diferencias formales.

En relación con la asociación tipológica al bronce de Miraveche hay que añadir a hipótesis de E. García Soto (GARCIA SOTO, 1984, págs. 211-226) respecto a la aparición de una placa macho en la necrópolis de Uceró, que adscribe a la cultura de Miraveche, en relación directa con el broche que ya se ha mencionado, por la profusa decoración del objeto, así como por el gran tamaño del mismo. Si bien consideramos que dicha hipótesis puede ser defendible desde un punto de vista arqueológico, consideramos que la placa numantina no puede adscribirse de manera sistemática a influjos culturales de la zona norte peninsular (Miraveche), ya que suponemos que la parte macho del broche numantino, que tuvo que ser más pequeña para dejar visible la decoración en forma de parábolas antes descrita, correspondiendo a un tipo que en principio no se asociaría al tipo de los dos broches antes citados (Miraveche y Uceró), sino quizá al de la necrópolis de Uxama o Gormaz (Soria) (CABRE, 1937, págs. 120-121, figs. 69-70).

Además, no podemos dejar de obviar que la decoración de dicho broche, a base de motivos aspa-avástica-aspa es típicamente numantino, como se observa en las cerámicas pintadas a torno del mismo yacimiento (WATTEMBERG, 1963); un estudio de los broches almacenados en los almacenes del Museo Numantino quizá pueda dar como resultado una combinatoria de motivos geométricos e incluso figurativos típicamente de producción local y con clara impronta de realización en Numancia. Dichos motivos, y sin riesgo de exagerar en nuestra afirmación hipotética, seguramente tuvieron un significado simbólico y, consecuentemente, ideológico (BLAZQUEZ, 1983, pág. 43; MARCO, 1986, pág. 72; SOPEÑA, 1987, págs. 124-125). La decoración de aspás y svásticas aparece, al menos, en un ejemplar de los sometidos a visualización fotográfica: el broche de la tumba XVII, zona III de La Osera (CABRE, 1937, pág. 24, fig. 54), que por la distinta disposición de los motivos decorativos —una svástica enmarcada en un cuadrado formado por aspás corridas—, la distinta tipología, técnica decorativa y tamaño, así como el gran espacio que separa ambas piezas, no nos aventuramos a hacer conclusiones cualitativamente importantes de un material que cuantitativamente está poco representando.

Creemos, por tanto, que la placa objeto de estudio corresponde, tipológicamente hablando, a un tipo de broche que, si tipológica y decorativamente, muestra apariencias o similitudes formales con otros materiales de la Meseta, es creación de un taller local situado en la misma Numancia, y que por su tipología y técnica decorativa puede decirse que corresponde a uno de los momentos finales de realización de los mismos, en algún momento anterior a la llegada de los romanos a la Meseta Norte.

A pesar de todo, sólo un estudio en conjunto de los broches de cinturón en su contexto microespacial, una valoración de los mismos en su distribución por la Meseta, que permita fijar cronologías y distinguir consecuentes diferencias tipológicas, será válido para valorar las influencias culturales que permitieron el arraigo de este tipo de material en Numancia, en una fase en que la aculturación material del mundo ibérico, a partir del siglo IV a.C., (CERDEÑO, 1979, págs. 63-64), produce una amalgama cultural tan compleja que actualmente es preciso sistematizar con criterios más rigurosos.

Desde el punto de vista cronológico, la incertidumbre es tal que fijarle una cronología es altamente arriesgado; puede que corresponda a finales del siglo III, teniendo en cuenta la cronología que da García Soto para la placa aparecida en Ucero (GARCIA SOTO, 1984, pág. 120), siguiendo las cronologías que ya fueron fijadas por Cabré y Schüle (CABRE, 1937, pág. 114, SCHÜLE 1973, pág. 137). Nosotros podemos ampliar la discusión datando dicho material en un momento cronológico más tardío, como ya hemos indicado antes. Según Mélida (MELIDA 1921-1922, pág. 20), seis broches de cinturón numantinos aparecieron asociados a fíbulas tipo La Tène, material que cronológicamente puede ascender a una datación de finales del siglo I a.C., (ARGENTE, 1988, pág. 109); Cabré sitúa la pervivencia de los broches de cinturón de la serie octava hasta el siglo I a.C., como es el caso de los dos ejemplares datados en el Cabezo de Alcalá, en Azaila (CABRE, 1973, pág. 119, figs. 62-63).

Teniendo en cuenta que dicha decoración (aspa-svástica-aspa) aparece en algunas cerámicas numantinas de manera tan evidente, como la 753 del catálogo de WATTEMBERG, 1963, pág. 100), hace que su cronología pueda ser un poco mástanda a la dada por García Soto para su broche de Ucero: algún momento del siglo II e, incluso, comienzos del siglo I a. C. No obstante, estudios más amplios del material numantino en conjunto podrá matizar estas conclusiones. Una cronología tan baja para estos broches no es considerada arriesgada si tenemos en cuenta asociación del broche de cinturón de placa con cerámicas camparienses tipo A en el poblado de Los castellares (Herrera de los Navarros, Zaragoza), quizá del comienzos del siglo II a. C., (BURILLO, 1986, págs. 209-236).

Nuestra hipótesis, basada en la existencia de un taller local numantino de producción pintadas de material en bronce, que coincidiría con las primeras cerámicas a torno, o en un momento inmediatamente anterior, puede servir como punto de apoyo para el establecimiento de una cronología baja, a pesar de las similitudes tipológicas con otros broches meseteños que, en principio, presentan una datación más antigua.

BIBLIOGRAFIA

- ARGENTE, J.L.: «Las fíbulas», en Celtíberos, Zaragoza, 1988, págs. 106-109.
- BLAZQUEZ, J.M.: «Cinturones sagrados en la Península Ibérica», Homenaje al prof. Martín Almagro Basch, II, Madrid, 1983, págs. 411-420.
- BURILLO, F. y SUS, M.^a L.: «Estudio microespacial de la casa 2 del poblado de época ibérica «Los Castellares» (Herrera de los Navarros, Aragón)», Arqueología Espacial, 9, Teruel, 1986, págs. 209-236.
- CABRE, J.: «Broches de cinturón damasquinados en oro y plata. Decoraciones hispánicas II», AEA., 38, 1937, págs. 93-126.
- CERDEÑO, M.^a L.: «La necrópolis céltica de Sigüenza», Wad-Al Hayara, 6, 1979, págs. 49-74.
- GARCIA SOTO, E.: «Broches de cinturón de tipo Miraveche en la necrópolis celtibérica de Ucero», I Simposio de Arqueología Soriana, 1984, págs. 211-226.
- MARCON SIMON, F.: «La religiosidad de los celtíberos», I Simposio sobre los celtíberos, Zaragoza, 1986, págs. 55-74.
- MELIDA, J.R. et. al.: Ruinas de Numancia. Memoria descriptiva redactada conforme al plano que acompaña de las mismas. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Memoria, 1924-1925.
- MELIDA, J.R. y TARACENA, B.: Excavaciones en Numancia. Junta Superior Excavaciones y Antigüedades, Memoria. Madrid, 1919-1920.
- Excavaciones en Numancia. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Memorias. Madrid, 1821-1922.
- Memoria de la Comisión Ejecutiva: Excavaciones en Numancia, Madrid. 1912.
- ROVIRA, S. y SANZ, M.^a: «Análisis tecnológico de varias piezas metálicas procedentes de Busto de Bureba-Burgos», Boletín Asoc. Española de Amigos de la Arqueología, 16, 1982, págs. 44-51.
- SCHULTEN, A.: Numantia. Die ergebnisse der ausgrabungen 1905-1912, 4 vols. München, 1914, 1931, 1927, 1929.
- SOPEÑA, G.: Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos, Zaragoza, 1987.
- WATTEMBERG, F.: Las cerámicas indígenas de Numancia, Madrid, 1963. Excavaciones en Numancia. Campaña de 1963, Valladolid, 1983.

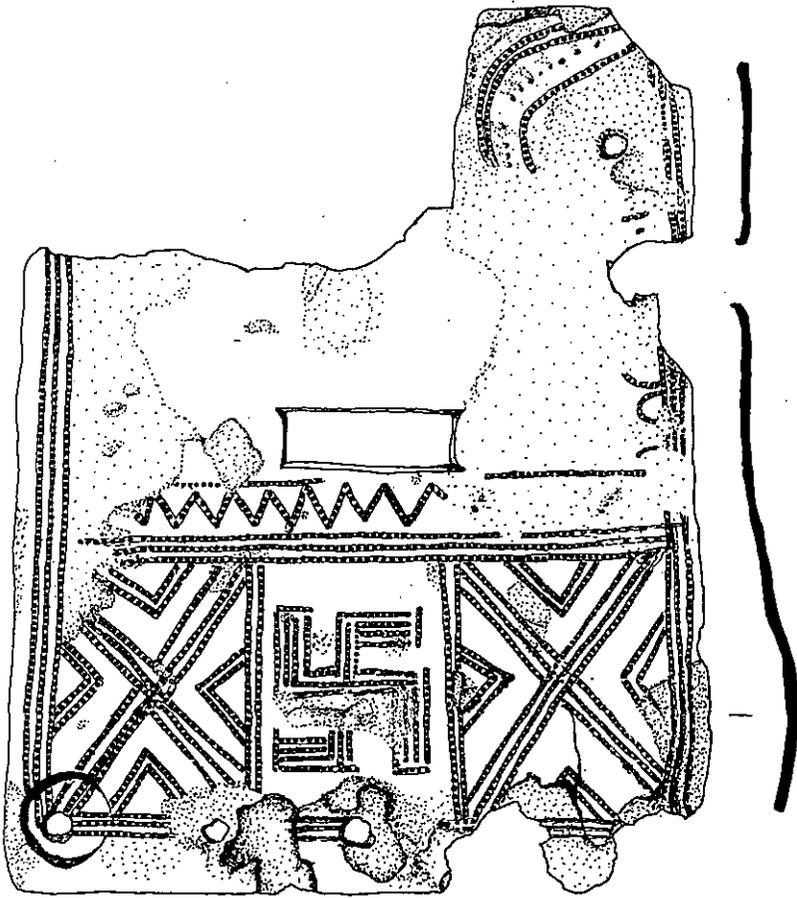


FIGURA 1

REPRESENTACIONES HUMANAS EN EL ARTE CELTICO DE LA PENINSULA IBERICA

M. ALMAGRO-GORBEA*
A.J. LORRIO*

La representación de la figura humana en la cultura céltica de la Península Ibérica constituye un tema que nunca ha sido abordado en su conjunto, aunque haya sido reiteradamente tratado en algún aspecto parcial, como el de la cabeza humana (Taracena 1943. Balil 1956. Blanco 1956. Blázquez 1958. López Montea-gudo 1987. Almagr6-Gorbea y Lorrio e.p.). Por ello parece oportuno realizar este análisis ya que, al margen de su propio interés en el campo iconográfico, estilísti-co e ideológico, permite comprender mejor la integración del mundo celtico pe-ninsular con el de allende los Pirineos¹.

El análisis aborda la recopilación de la iconografía humana del ámbito cultural céltico peninsular, según los distintos tipos de soporte en que aparecen dichas representaciones humanas. En un segundo momento se recogen las caracterís-ticas iconográficas o estilísticas que pueden deducirse de su examen de conjun-to. Siguiendo este proceso, se analizan primero los elementos escultóricos sobre soporte de piedra, entre los que se pueden distinguir las cabezas aisladas, a ve-ces denominadas **cabezas cortadas**, y las esculturas de cuerpo entero, funda-mentalmente los llamados **guerreros lusitano-galaicos**.

El siguiente grupo está constituido por las representaciones sobre soporte metá-lico. En él se pueden distinguir las creaciones de **orfebrería**, normalmente fíbulas, y algún otro objeto de chapa, como lúnulas o diademas. En otro subgrupo estarían los **objetos de bronce**, entre los que destacan algunos colgantes, fíbulas y otros elementos en menor número, como la contera de una vaina de espada o una tésera de hospitalidad que, aunque realizada en plata, se incluye dentro de este grupo ya que tales objetos suelen estar hechos en bronce.

En un tercer grupo se deben considerar las representaciones sobre **cerámica**, como algunas raras terracotas, un conjunto de vasos con cabezas de tipo plásti-co adosadas a sus paredes y, especialmente, el rico repertorio de representacio-nes pintadas de la cerámica de Numancia.

Tras el análisis de cada uno de estos grupos, se aborda la visión de conjunto del repertorio iconográfico humano en el ámbito céltico de la Península Ibérica.

(1) Queremos señalar cómo el término céltico **peninsular** hace referencia a toda manifestación artística o cultura relacionada con el mundo céltico en la Península Ibérica, sin presuponer ninguna explicación de su origen ni de su relación con el resto del mundo céltico. Tampoco se identifica con el concepto de **celtibérico**, ya que este término supone un contenido étnico y cultural mucho más restringido, limitado a los **celtiberi** que las fuentes escritas situaban en las altas tierras del Sistema Ibérico y del Oriente de la Meseta.

I. REPRESENTACIONES EN PIEDRA

A.—«CABEZAS CORTADAS» (mapa 1)

a) Grupo del Noreste

- 1.—Sant Martí Sarroca (Barcelona). (Guitart 1975).
- 2.—Olesa (Barcelona). (Balil 1956, pág. 879, lám. 3 B).
- 3-4.—Torre de San Magín (Tarragona). (Balil 1956, lám. 2).

b) Grupo Occidental

- 5.—La Vera (Cáceres). (Abad y Mora 1979).
- 6.—Plasencia (Cáceres). (Sayans 1964, fig. 5).
- 7-8.—Yecla de Yeltes (Salamanca). (Blázquez 1962a, lám. 1).
- 9.—Monte Mozinho (Penafiel). (Calo 1991, pág. 90).
- 10.—Museu Municipal de Chaves. (Santos Junior 1978, fig. 1).
- 11-12.—Armea (Allariz, Orense). (López Cuevillas 1951, pág. 195. Conde-Valvis 1952, láms. 28 y 29, 2).
- 13.—San Cibrán de Lás (San Amaro-Punxín, Orense). (Pérez Outeiriño 1985, lám. IV, 2).
- 14.—Ocastro (Silleda, Pontevedra). (Bouza 1951, lám. I).
- 15.—Castro Lupario (Roís-Brión, La Coruña). (Acuña y Cavada 1971, lám. IIb).
- 16.—Cortes (Paradela, Lugo). (López Cuevillas 1951, lám. 3g).
- 17-18.—Barán (Paradela, Lugo). (Vázquez Seijas 1934, figs. 5 y 6. López Cuevillas 1951, láms. 3b y 3f).
- 19.—Narla (Friol, Lugo). (Blanco 1956, lám. 1-2).
- 20.—San Chuis (San Martín de Beduleo, Asturias). (Fernández Ochoa 1987, pág. 377).
- 21.—Deva (Gijón, Asturias). (Fernández Ochoa 1983, Idem, 1987, págs. 352 y 377).
- 22.—Castro de Santa Iria (Guimarães). (Cardozo 1985, pág. 147).
- 23.—Santuario de Endovélico en S. Miguel de Mota. (Alandroal). (Vasconcelos 1905, fig. 25).

c) Estelas con cabeza humana

- 24.—Estela de Segura de Toro (Cáceres) (Beltrán 1973, pág. 25).
- 25.—Estela de Petracius (Museo de Mérida, Badajoz). (Blázquez 1958, pág. 44, fig. 6. Maluquer y Taracena 1954, fig. 80).

- 26.—Estela de Helechal (Badajoz). (Inédita).
- 27.—Estela de Fresno de Sayago (Zamora). (Sevillano 1978, pág. 116, lám. XVI,31).
- 28.—Estela de S. João de Ver - Vila de Feira (Oporto). (V. O. Jorge y S. O. Jorge 1983, fig. 1) (figs. 1,4).
- 29.—Estela de Faiões (Chaves). (Almeida y Jorge 1979, págs. 17-18).
- 30.—Estela de Armea (Allariz, Orense). (Conde-Valvis 1952, lám. 30).
- 31.—San Pedro (Moraña, Pontevedra).
- 32.—Muiño de San Pedro (Verín, Orense). (Taboada 1988-89).

d) Grupo vario

- 33.—Segóbriga (Cuenca). Cabeza asociada a círculo y bicráneos en la cantera romana. (Inédita).
- 34.—Cástulo (Linares, Jaen). (Abad y Mora 1979, pág. 26).
- 35.—Córdoba. (Taracena 1943, fig. 10, 4).
- 36-37.—Cerro Salomón (Riotinto, Huelva). Dos cabezas con cuernos. (Blázquez 1975b, pág. 83, B y E). (Figs. 1,1-2).
- 38.—Candelario (Salamanca), representación bifronte (Jano?). (Muñoz 1953, págs. 69 ss. Blázquez 1975b, pág. 83, figs. 1, 3).
- 39.—Lourizán (Pontevedra). (López Cuevillas 1951, pág. 193, láms. I, IV. Blázquez 1983, fig. 155).
- 40.—Amorín (Pontevedra). Escultura bifronte. (Tranoy 1981, pág. 120).
- 41.—Outara (Puebla de Brollón-Incio, Lugo). Pieza bifronte. (García Martínez 1969).
- 42.—Puentedeume (La Coruña). (Luengo 1967). Representación cuadrifronte.

El grupo de «cabezas cortadas» en piedra es bastante numeroso, pero hay que tener en cuenta su amplia variabilidad interna y la ausencia de todo contexto arqueológico en la mayoría de los casos.

Un primer subgrupo lo forman las piezas del Noreste, en la región catalana. Entre éstas destaca el monumento de Sarroca (Barcelona), que presenta un personaje sedente, tal vez entronizado, asociado a cabezas en sus laterales, por lo que se relaciona con los monumentos existentes en el Sur de Francia, como el santuario de Entremont (Gérin-Ricard 1927. Benoit 1957. Id. 1981). En relación con estas representaciones se debe valorar la existencia en esta zona de varios cráneos cortados atravesados por clavos, como los de Ullastret, dos de ellos aparecidos en un silo con una espada de La Tène II (Pujol 1989, págs. 301 ss.), y Puig Castellar (Bosch Gimpera 1915-20, pág. 595, fig. 368), lo que parece atestiguar la existencia real de una tradición ritual de cabezas cortadas en estrecha conexión con la documentada entre las poblaciones galas de la Provenza (Chassaing 1976).

Este hecho, de indudable interés, se podría explicar por la presencia de pequeños grupos de galos que se reflejaría paralelamente en algunas sepulturas

atribuidas a ellos en Ampurias (Almagro 1953, págs. 251 ss.) y en el importante depósito de armas de La Tène II aparecido también en Ampurias (Puig 1915-20, págs. 710-712, figs. 556-560), o en las espadas de La Tène de Cabrera de Mar (Barcelona) (Barbera 1958, fig. 35). En relación con estos documentos se explicarían también las cabezas de la muralla de Tarragona, quedando más imprecisa la representación de Olesa, así como la actualmente desaparecida de Torelló, al parecer con decoración similar a la anterior (Balil 1956, pág. 874), de tipología y significado más incierto dadas sus características tipológicas y ausencia de contexto conocido, aunque la asociación de cabezas y bucráneos de esta pieza aparece de nuevo en Segóbriga.

La cronología de estas representaciones se puede situar en la transición del siglo III al II a. C., ya que coincide la fecha *post quem* de la muralla de Tarraco, *Scipionum opus* (PLINIO, N. H. 3, 21), con la de la verosímil destrucción de Ullastret hacia el 197 a. C. relacionada con las campañas de castigo de Catón (Livio 34. 8s).

El subgrupo Occidental está formado por 18 ejemplares, que se caracterizan por su rudeza tipológica y falta de detalle iconográfico a causa del empleo de materiales toscos como el granito, poco aptos para la talla. Este conjunto ha sido repetidamente recogido en diversos trabajos (López Cuevillas 1951. Blanco 1956. Blázquez 1958. Abad y Mora 1979; etc.) que han insistido en su aparente relación con el tema de las cabezas cortadas célticas. La carencia de contexto arqueológico imposibilita toda precisión sobre su funcionalidad y cronología, por lo que sólo se puede plantear esta posible vinculación con el mencionado tema.

Sí tiene interés analizar su dispersión geográfica. Se extienden desde Cáceres al Norte del río Tajo, hacia la región del Noroeste. Así, se superponen en parte al área de dispersión de los verracos, algo más amplia y extendida hacia regiones más orientales (López Monteagudo 1989, figs. 3 y 4), lo que pudiera indicar una parcial coincidencia cultural, evidenciada por el empleo de escultura sobre el mismo tipo de soporte, pero también parece coincidir con el área de dispersión de determinados antropónimos que delimitan una zona lusitano-galaica de personalidad evidente (Albertos 1983, págs. 866-72).

La mayor parte de las piezas serían cabezas esculpidas en relieve sobre sillares o bloques de piedra. Algún otro ejemplar, como el del castro de Santa Iria, es de bulto redondo, por lo que puede considerarse con el grupo de «guerreros lusitano-gálicos» que se analiza a continuación, mientras que el del santuario de Endovélico en el Alentejo aún resulta más incierto por su mala conservación y por proceder de una zona apartada. La cabeza cuadrifronte de La Coruña y las diferentes representaciones bifrontes, por el tratamiento de bulto redondo y su lugar de aparición pueden considerarse junto a estos ejemplares, pero iconográficamente se corresponden con algunas representaciones europeas bifrontes (Jacobssthal 1944, láms. 6-7. Benoit 1956), también documentadas en la Península Ibérica en el Jano repujado en una planchita argéntea del Tesoro de Driebes, a su vez formalmente inspirada en una didracma romana.

Otro subgrupo podría ser establecido, tal vez, con las estelas rematadas en cabeza humana, integrado por ejemplares procedentes del occidente peninsular, con especial incidencia en la región extremeña. Este subgrupo cabría considerarlo como una perduración de la tradición de estelas antropomorfas de la Edad del Bronce, a través de ejemplares de formas progresivamente antropomorfizadas como la estela de Faiões y las de Oporto y Segura de Toro (Almagro-Gorbea, e.p.); que ya pueden considerarse de la Edad del Hierro. Por ello, constituyen el precedente inmediato de los guerreros lusitano-galaicos y de estas estelas con cabeza de inicios del Imperio, de uso funerario, como la de Helechal o la de Fresno de Sayago, esta última asociada a dos aras, una de las cuales estaba dedicada a la diosa Bane, y a lo que se ha interpretado como una mesa de sacrificios (Sevillano 1978, págs. 117-118, lám. XVI. 32. López Monteagudo 1987, págs. 247-248), siendo todas ellas reflejo de un ambiente indígena muy superficialmente romanizado, como evidencia su antroponimia (Palomar Lapesa 1957. Albertos 1983, págs. 869-874). Las características estilísticas de estas piezas enlazan con las «cabezas cortadas» del Noreste, así como con una pieza de Córdoba y una cabeza inédita de Cástulo que, al menos en este sentido y por su relativa proximidad geográfica, pudieran integrarse en este conjunto, y vincularse con otros documentos interpretados en relación con los testimonios históricos sobre la presencia de gentes célticas en los territorios situados entre el Guadiana y Sierra Morena (Tovar 1977, págs. 173 ss.; García Iglesias 1971).

Finalmente, en un grupo vario se recogen diversas piezas de más difícil atribución estilística y cultural, pero que parecen enmarcarse en este grupo por sus características iconográficas. Las de Córdoba y Cástulo ya han sido brevemente comentadas y ayudan a comprender la aparición de las dos del Cerro Salomón, quizás relacionadas con las poblaciones célticas llegadas a esa región minera desde la Galaecia, tal como evidencia la utilización del origo con la fórmula castello, característica del mundo castreño del Noroeste (Albertos 1983, pág. 868). La de Segóbriga, inédita, está labrada junto a la representación de un bucráneo en una cantera romana abandonada hacia fines del siglo I o mediados del II de JC. y pudiera explicarse por la celticidad de Segóbriga, documentada por las fuentes y confirmada por la pervivencia en esta ciudad hasta fechas muy avanzadas, plenamente imperiales, de cultos prerromanos de tipo indígena, alguno de ellos claramente céltico (Almagro 1984, págs. 37 ss.). La representación de un bucráneo asociado hace que dicha cabeza no quede iconográficamente alejada de las de Olesa, igualmente asociadas a bucráneos, elemento éste que también pudiera estar presente en la diadema de San Martín de Oscos. Geográficamente, en cambio, la cabeza de Segóbriga enlazaría con las documentadas en joyas de los tesoros de Driebs y Salvacañete, que parecen corresponder a la zona meridional de la Celtiberia. En cuanto a la de Lourizán, se aleja iconográficamente de las anteriores, al representar la mitad superior de una figura humana, un personaje barbado y con cuernos que ha sido relacionado con la representación de una deidad, concretamente Vestio Aloniego, pues se hallaron próximas a la mencionada pieza dos aras latinas dedicadas al citado dios (López Cuevillas 1951, pág. 193).

B. FIGURAS DE CUERPO ENTERO

a) Guerreros lusitano-galaicos

- 1-2.—Lezenho (Campos, Boticas). (Ferreira da Silva 1986, pág. 305, lám. 120, 1 y 2) (fig. 1, 5).
- 3-4.—Lezenho? (Campos, Boticas). (Ferreira da Silva 1986, pág. 306, lám. 121, 1 y 2).
- 5.—Castro de Mau Vizinho (Cendufe, Arcos de Valdevez) (Ferreira da Silva 1986, págs. 305, lám. 120, 3).
- 6.—Citânia de São Julião (Vila Verde). (Ferreira da Silva 1986, pág. 305, lám. 120, 4).
- 7-8.—Monte Mozinho (Penafiel). (Ferreira da Silva 1986, pág. 306, lám. 9, 17 y 120, 5).
- 9.—S. Paio de Meixedo (Viana de Castelo). (Ferreira da Silva 1986, pág. 307, lám. 121, 3 y 139, 2).
- 10.—Refojos de Basto (Cabeceiras de Basto). (Ferreira da Silva 1986, pág. 307, lám. 122, 1).
- 11.—Castro de Santa Comba (Cabeceiras de Basto). (Ferreira da Silva 1986, pág. 308, lám. 122, 2 y 139, 1).
- 12.—Castro de Santo Ovídio (Fafe). (Ferreira da Silva 1986, pág. 308, lám. 123, 1).
- 13.—S. Jorge de Vizela (Guimarães). (Ferreira da Silva 1986, pág. 308, lám. 123, 3).
- 14.—Citânia de Sanfins (Paços de Ferreira). (Ferreira da Silva 1986, pág. 308, lám. 123, 3).
- 15.—Monte do Castro (Vila Pouca de Aguiar). (Ferreira da Silva 1986, pág. 309, lám. 123, 4).
- 16.—Citânia de Roriz (Barcelos). (Ferreira da Silva 1986, págs. 292 y 309, lám. 124, 1).
- 17.—Monte de Nossa Senhora dos Anúncios (Vilarelhos, Alfândega da Fé). (Ferreira da Silva 1986, págs. 292 y 309).
- 18-19.—Citânia de Briteiros? (Guimarães). (Ferreira da Silva 1986, pág. 292, lám. 9, 18-19).
- 20.—Cidadelhe (Britelo, Ponte da Barca). (Ferreira da Silva 1986, pág. 304, lám. 9, 20).
- 21.—Midões (Barcelos). (Ferreira da Silva 1986, lám. 9, 21).
- 22.—Guarda. (Ferreira da Silva, lám. 9, 22).
- 22 bis.—Melgaco (Santos y Pérez, 1989, pág. 3, 3-2).
- 23.—Castro de Rubiás (Celanova, Orense). (López Cuevillas 1951, pág. 3 d. Abad y Mora 1979, pág. 26).
- 24.—Castromao (Celanova, Orense). (Fariña 1991, pág. 108).
- 25.—Vilar de Bário (Allariz, Orense). (Ferreira da Silva 1986, lám. 9, 24).

- 26-27.—Castro de Armea (Allariz, Orense). (Ferreira da Silva 1986, lám. 9, 25-26).
 28.—Leiro (Ribadavia, Orense). (Ferreira da Silva 1986, pág. 292, lám. 9, 27).
 29.—Castro de Río (Villamarín, Orense). (Ferreira da Silva 1986, pág. 292, lám. 9, 28. Orero 1986, lám. II, 4).
 30.—Santa Adegá (Reádegos, Orense). (Orero 1986, lám. I).
 31.—Anllo (San Cristóbal de Cea, Orense). (Orero 1986, lám. II, 1-2).
 32.—Museo Provincial de Lugo. (Orero 1986, pág. 102).
 33.—Quintela (Crecente, Pontevedra). (Santos y Pérez 1989, fig. 3, 1-2. Hidalgo 1990, láms. IV-VIII).

b) Esculturas sedentes

- 34.—Castelo de Lanhoso (Póvoa de Lanhoso). (Ferreira da Silva 1986, págs. 298 y 310, lám. 125).
 35-36.—Ginzo de Limia (Orense). (Ferro Cuoselo 1972. Ferreira da Silva 1986, pág. 298, lám. 9, 31-32).

c) Representaciones femeninas

- 37.—Citânia de Briteiros (Guimarães). (Cardozo 1985, pág. 143).
 38.—Castro de Sendim (Felgueiras). (Ferreira da Silva 1986, págs. 298 y 309, lám. 124, 2. Cardozo 1985, pág. 155, abajo).

d) Grupo vario

- 39.—Gonça (Taboada 1965, pág. 28. Cardozo 1985, pág. 157).
 40.—Museo de Guimarães. (Cardozo 1985, pág. 155, arriba).
 41.—Monte dos Picos (Pedralva, Braga). (Taboada 1965, pág. 26. Cardozo 1985, pág. 154).
 42.—Calheiros (Ponte de Lima). (Almeida 1971).
 43.—Santa Tegra (La Guardia, Pontevedra). (López Cuevillas 1951, lám. IIb).
 44-45.—Castro de Negreira (La Coruña) (Taboada 1965, págs. 24-25. López Cuevillas 1957).
 46.—Paderne (Betanzos, La Coruña). (Taboada 1965, pág. 27. Calo 1976).
 47.—Vilapedre (Lugo). (Calo 1991, pág. 91).
 48.—Sigüenza (Guadalajara). (París 1903 I), figs. 61-63).

Dentro de la iconografía humana del área céltica de la Península Ibérica destaca el singular conjunto de esculturas denominadas guerreros lusitano-galaicos, formado por más de 30 piezas.

Puede considerarse uno de los conjuntos de mayor personalidad de la Europa Protohistórica fuera del ámbito mediterráneo. Recientemente ha sido bien analizado (Cálo 1983, págs. 161 y 173 ss. Almeida 1986, págs. 166-167. Ferreira da Silva 1986, págs. 291 ss.), considerándolos como característicos del área meridional de la Cultura Castreña del Noroeste peninsular.

Se caracterizan por ofrecer la representación a tamaño natural de un guerrero estante sobre una peana. Visten túnica corta y van equipados con un armamento característico de la Península Ibérica (Schüle 1969). Destaca la caetra delante del cuerpo y la espada corta o puñal al costado, con grebas en algunos casos. El uso de cascos de tipo de La Tène y de torques al cuello y *viriae* o brazaletes en el antebrazo pueden considerarse como elementos típicamente célticos, llegados a dicha cultura desde la Meseta, por lo que, en última instancia, serían un testimonio de la celtización o aculturación céltica de las poblaciones protocélticas del Occidente Peninsular.

Estas esculturas, de fecha muy tardía, ciertamente posteriores a la conquista romana, ofrecen una indudable personalidad propia, reflejo de su ambiente cultural, lo que las hace difíciles de paralelizar con otras manifestaciones artísticas propiamente célticas. Su baja cronología incluso permitiría pensar que se hayan inspirado en la escultura honorífica romana, aunque más bien puede ser que se relacionen con la tradición de las estelas de guerreros documentadas en el Occidente Peninsular desde la Edad del Bronce hasta la Edad del Hierro, tal como parecen evidenciar las estelas de Faiões, Oporto y Segura de Toro (Almagro-Gorbea, e.p.), así como las rematadas en cabeza humana de Extremadura, Zamora y Galicia, ya de época imperial, que, en este sentido, se pudieran considerar como un fenómeno hasta cierto punto paralelo al de estos guerreros lusitano-galaicos.

Muy interesante es la onomástica que ofrecen algunas de estas esculturas. Los nombres Malceinus, Dovilo, (S. Julião de Candelas), Ladronus ?, Verotus, (Castro de Rubiás), Clodamus, Corocaudius (S. Paio de Meixedo), corresponden a la zona lusitano-galaica (Albertos 1983, págs. 866-872), considerada en general como céltica (Untermann 1987), pero que más concretamente parece relacionarse con un substrato lingüístico occidental pre o protocéltico, diferente, y probablemente anterior, al del mundo celtibérico de la Meseta (Tovar 1985).

Atendiendo a su contexto, en relación con poblados, estas piezas se han considerado como heroizaciones de guerreros notables. Las dedicaciones conservadas en algunas de ellas así parecen confirmarlo (Ferreira da Silva 1986), pero, al mismo tiempo, este uso pudiera presuponer cierto simbolismo funerario como heroización de personajes relevantes. Por ello y por el armamento que presentan, de tipo lusitano (Estrabón III. 3, 6), parecen evidenciar, en todo caso, la existencia de élites guerreras asentadas en la Cultura Castreña. Su estatus se indica, además de por sus armas, por elementos como el torque o el casco céltico, cuyo origen celta pudiera considerarse indicio de la procedencia de estas minorías.

Con las esculturas de guerreros deben considerarse otros tipos escultóricos más peculiares. Tres figuras entronizadas, de Lanhoso y de Ginzo de Limia, aunque han sido consideradas femeninas (Ferreira da Silva 1986, págs. 298 y 310), por la presencia de túnicas cortas y de *viriae*, pudiera tratarse de hombres. Dentro

Dentro de la dificultad que presenta el estudio de estas piezas, podrían ser paralelizadas, por su postura, con las figuras entronizadas de Sarroca (Barcelona) y del Languedoc francés, de contexto cultural muy diverso y de probable función e ideología diferentes. Más complicado es clasificar las dos figuras femeninas de Sendim y Briteiros, cuyo verdadero significado es difícil de precisar; al margen de representar, evidentemente, otra manifestación de las peculiaridades culturales del Noroeste peninsular que quizás se pudiera enlazar, a su vez, con la tradición que documentan algunas estelas femeninas del Occidente de la Península Ibérica a lo largo de la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea, e.p.).

Finalmente, en un grupo vario se incluyen una serie de piezas de difícil clasificación. De forma general, presentan, como característica común a la mayoría de ellas, la postura que adoptan, con las manos unidas sobre el pecho o el vientre, que recuerda a la que ofrecen las supuestamente femeninas de Briteiros y Sendim.

Por el contrario, no han sido incluidos en este estudio la representación de una figura humana procedente de Armea (Conde-Valvis 1952, lám. 30) ni el llamado «coloso de Pedralva», (López Cuevillas 1951, lám. 11e. Cardozo 1985, pág. 160) ni la estela de Troitosende y similares (Vázquez Varela 1980. Arias 1981. Rodríguez Álvarez 1981. Fernández 1986), aunque sí se haya incluido la estela de Muiño de San Pedro, debido a la antroponimia de tipo céltico que presenta ya que quedan iconográficamente alejados de las restantes manifestaciones escultóricas del Noroeste peninsular y son de difícil adscripción cultural.

II. REPRESENTACIONES EN METAL

A) ORFEBRERIA (mapa 2)

a) Fíbulas

a-1) Con figuras de cuerpo entero

- 1.—Caudete de las Fuentes (Valencia). (Raddatz 1969, fig. 6, 3).
- 2.—Cañete de las Torres (Córdoba). (Raddatz 1969, lám. 2,17).
- 2 bis.—Muela de Taracena (Guadalajara). (Angoso y Cuadrado 1981, fig. 1).

a-2) Con cabezas exentas

- 3.—Driebes (Guadalajara). (San Valero 1945, fig. 4, láms. VI-VIII). (Raddatz 1969, lám. 7, fig. 1, 6).
- 4.—Cañete de las Torres (Córdoba). (Raddatz 1969, lám. 2, 17).
- 5.—Monsanto de Beira (Castelo Branco). Fíbula con cabezas humanas y prótomos de animal. (Raddatz 1969, lám. 94, 3).

a-3) Con cabezas en relieve

6.—Cheste (Valencia). (Raddatz 1969, pág. 208. Maluquer 1970, lám. XI, 2. Lernerz de Wilde 1981, lám. 67, 1-5).

7-8.—Driebes (Guadalajara). (San Valero 1945, figs. 4 y 3, 22. Raddatz 1969, láms. 7 y 8, 2). (Fig. 1, 6-7).

b) Joyas sobre chapa

b-1) Placas de filigrana

9.—Serradilla (Cáceres). (Almagro-Gorbea 1977, fig. 83 y lám. XLVI).

10-11.—La Martela (Segura de León, Badajoz). (Enriquez y Rodríguez 1985. Berrocal 1989, fig. 1a y c). (Fig. 1,8).

b-2) Diademas

12.—San Martín de Oscos (Asturias). (López Monteagudo 1977. Eluere 1986-87).

b-3) Lúnulas

13.—Chão de Lamas (Coimbra). Lúnula con motivos de animales y cabezas humanas dentro de círculos de sogueado. (Raddatz 1969, láms. 1. 90, 1 y 91, 1a).

b-4) Chapas con cabezas en relieve

14-15.—Salvacañete (Cuenca). (Raddatz 1969, lám. 50, 5 y 6).

16.—Pozoblanco (Córdoba). (Raddatz 1969, lám. 47, 6).

Dentro de la orfebrería céltica peninsular, cuya personalidad es evidente (Raddatz 1969), también aparecen algunas representaciones humanas, pudiéndose diferenciar las figuras exentas de cuerpo entero, las cabezas de bulto redondo, y las representaciones de cabezas en relieve.

Entre las fíbulas, destacan las representaciones de figuras de cuerpo entero de la pieza de tipo la Tène avanzado de Cañete de las Torres (Córdoba) con una escena de caza en la que un jinete con escudo redondo persigue dos animales en direcciones opuestas, un cérvido (?) y un cánido (?). Tras el jinete, y arrancando entre un doble apéndice de prótomo equino, aparece una cabeza humana exenta con los rasgos bien cincelados.

Esta pieza, que puede considerarse la mejor obra de la orfebrería céltica peninsular, se vincula iconográficamente con un conjunto de fíbulas de estructura semejante, la mayoría decorada con animales, que deben hacer alusión a actividades cinegéticas (Raddatz 1969, págs. 139 ss. Pozaleón, lám. 2, 10. Driebes, lám. 8, 10. Pozoblanco, lám. 48, 1-3. Santisteban del Puerto, lám. 62, 5-6. Montosanto da Beira, lám. 94, 3). Algunas de ellas presentan el doble prótomo equino en la parte del resorte (Córdoba, lám. 6, 8. Pozoblanco, lám. 48, 1-3). La escena de caza se relaciona con relieves ibéricos de muy probable simbolismo funerario y contexto de élite social, como el de Albánchez (Chapa 1980, fig. 4. 70. Almagro-Gorbea 1983, pág. 245).

Algunos detalles estilísticos de esta fíbula sólo se explican dentro del Arte Céltico peninsular más característico, como la forma de la cabeza del caballo, apuntada y curvilíneas, relacionada con las fíbulas argénteas con animales (Raddatz 1969, págs. 48, etc.) y con las de bronce de caballito (fig. 2, 2), así como con los llamados pies votivos de Numancia rematados en prótomo de équido o con las representaciones de estos animales en las cerámicas pintadas numantinas (Wattenberg 1963, tabla XVII, 457-458 y lám. XII, 1. 1260, respectivamente). También se puede vincular con la figura humana de bronce con prótomo equino documentada en Alava (vid. infra n.º 17), relacionable a su vez con una representación vascular de Numancia (Wattenberg 1963, lám. VI, 2-1.203), lo que evidencia la amplia difusión de un estilo propiamente céltico. Igualmente, el detalle de la cabeza humana de la parte superior aparece en la fíbula de Monsanto da Beira y en la de Driebes, ésta ya de estilo algo diferente.

Asimismo, con esta pieza pueden relacionarse los ejemplares de La Muela de Taracena (Guadalajara) y de Caudete de las Fuentes I (Valencia) que presentan idéntico esquema iconográfico. La de Caudete se ha fechado hacia mediados del siglo II a. C., lo que puede servir de referencia ante quem para la pieza de Cañete de las Torres, pues los puentes decorados con figuras de animales ya se documentan en el tesoro de Driebes, lo cual indica que su inicio, al menos, puede ser anterior al final del siglo III a. C., aunque puede haber continuado a lo largo del siglo II a. C.

Las representaciones de cabezas exentas se documentan en ejemplares de Cañete de las Torres, Monsanto da Beira y Driebes. Esta última está repujada sobre chapa, mientras que las otras dos parecen fundidas y repujadas. El ejemplar de Driebes debe considerarse del siglo III a. C., pues aparece amortizado para reutilizar el metal en un tesoro con monedas de la II Guerra Púnica, lo que le da una segura cronología ante quem a fines de dicho siglo. Por el contrario, las piezas de Cañete y Monsanto da Beira se han fechado por su relación con tesorillos con denarios romanos hacia fines del siglo II a. C., siendo la de Monsanto una derivación de los tipos meridionales (Raddatz 1969, pág. 53).

Las representaciones de cabezas en relieve se deben considerar asociadas iconográficamente a las cabezas esculpidas en piedra. Se conocen 10 ejemplares: tres sobre fíbula, una en Cheste y dos en Driebes, con sendas representaciones cada una, con la excepción de una de las de Driebes, incompleta, y siete sobre chapa, una de Serradilla, dos de Segura de León, dos de Salvacañete, otra de Pozoblanco, y las dos cabezas de la lúnula de Chão de Lamas.

Las dos piezas de Driebes tienen un tratamiento estilístico que permite relacionarlas con la pátera de Santisteban. En Driebes las cabezas en relieve forman parte de dos grandes fíbulas decoradas con motivos pseudovegetales, una de ellas con una cabeza exenta en la zona del pie (fig. 1, 6). La fíbula de Cheste, de oro, es de tipo anular y ofrece sendas cabezas contrapuestas en el puente, por lo que había que considerarla una creación de un artista céltico (Lenerz de Wilde 1981, págs. 317-8) adaptada a una fíbula anular.

Un particular interés, por su personalidad técnica, ofrecen las representaciones humanas sobre joyas de chapa. Entre los ejemplares más antiguos debe considerarse el tesoro de Serradilla, fechado a partir del siglo V a. C. Estas piezas ofrecen técnicas de granulado y repujado y motivos orientalizantes como cabeza entre prótomos de ave contrapuestos, aves afrontadas asociadas a círculos y círculos aislados.

Estos motivos son adaptaciones de esquemas orientalizantes susceptibles de ser comprendidos desde la ideología céltica, lo que permite considerar la cabeza de Serradilla como inicio de la amplia serie de estas representaciones en la orfebrería de la Península Ibérica, de origen paralelo pero independiente de otras manifestaciones célticas continentales de este tipo (Megaw 1975. Sandars 1976). Además, los esquemas iconográficos y procedimientos técnicos son derivados de la cultura tartésica e independientes del Arte de La Tène centroeuropeo, a pesar de reflejar la misma mentalidad ideológica, incluso con algún motivo, como el ave solar, que se remonta a un substrato de la Edad del Bronce (Kossack 1954).

La iconografía de las placas de Serradilla se confirma con las de Segura de León, en las que cabezas humanas alternan con otras de carnívoro. La cabeza humana puede proceder de cabezas orientalizantes, consideradas con sentido apotropaico, como en los tesoros de Aliseda (Almagro-Gorbea 1977, lám. XXXII), Eborá (Carriazo 1970, láms. I. ss.) o la Puebla de los Infantes, provincia de Sevilla (Fernández 1989, págs. 84-85 y 88 izquierda). Pero su asociación a cabezas de carnívoro, elemento extraño al mundo orientalizante, parece indicar que la cabeza humana está interpretada desde la ideología céltica (Berrocal 1989a, págs. 285 y 287), por lo que esta asociación cabeza humana-cabeza de carnívoro se puede considerar como precedente de la iconografía que más tarde aparece en algunas fíbulas de tipo céltico de la Bética así como en la pátera del Tesoro de Santisteban del Puerto, siendo interesante resaltar que este esquema es característico del mundo ibérico andaluz (Apéndice I). Igualmente, los puntos en el campo y los sogueados repujados de las planchitas de plata de los tesoros celtibéricos pueden encontrar la explicación de su origen en estas técnicas orientalizantes, aunque su iconografía resulte perfectamente encuadrada en el mundo céltico.

Cabezas exentas, rodeadas de puntos o de sogueado, ofrecen las plaquitas argéneas de Salvacañete y Pozoblanco. La de Pozoblanco es una chapa circular con un Jano bifronte probablemente copiado de una didracma romana, esquema iconográfico documentado en piedra en Candelario (Salamanca), en tanto que estilísticamente enlaza con dos chapas de Salvacañete y con la lúnula de Chão de Lamas.

Una de las plaquitas de Salvacañete ofrece la cabeza asociada a un ave (gallo?) y un puñal, mientras que el ave aparece en otra de las placas de Pozoblanco. También en la lúnula de Chão de Lamas se asocian dos cabezas, colocadas simétricamente en el centro de la pieza, a dos aves, quizás rapaces, y a dos verracos, dirigidos todos ellos hacia las cabezas, en tanto que un tercer verraco y otro cuadrúpedo, tal vez una oveja, están dirigidos hacia los extremos. La asociación iconográfica que ofrece la lúnula de Chão puede considerarse representativa de lo que cabe suponer para las restantes piezas sobre chapa. Su sentido religioso es evidente y cabría relacionarlo con las escenas de sacrificio de Vilela y de los puñales votivos, aunque la asociación de cabezas humanas a rapaces hace pensar también en alguna escena vascular de Numancia que se ha vinculado con costumbres funerarias (Sopeña 1987, págs. 77 ss., lám. V).

Por último, por su técnica y por sus detalles iconográficos, estas joyas sobre chapa deben relacionarse con la pieza de San Martín de Oscos, una de las máximas creaciones de la orfebrería céltica peninsular. Las escenas se basan en la repetición de peones, algunos llevando dos sítulas, y de jinetes, con cascos,

lanzas, escudos, espadas, etc., sobre un fondo de puntos con aves zancudas y peces que hace suponer una alusión al agua, seguramente dentro de una narración iconográfica de tipo mítico. En este aspecto recuerda la organización de algunas creaciones sobre chapa del arte céltico continental, como el famoso caldero de Gundesdrup y, en especial, las placas celtogermanas como la de Himlingoie (Eggers 1964), que pueden considerarse un último eco de esta pieza. Hay que destacar la presencia de un animal indeterminado, representado en perspectiva cenital, que ya ha sido puesto en relación (Romero y Sanz, en prensa) con una serie de figuras de este tipo, posiblemente pertenecientes a animales diversos, documentadas sobre distintos tipos de soportes, que confirma la comunidad iconográfica de estas manifestaciones. Animales vistos en perspectiva cenital son conocidos en la cerámica numantina (Romero 1976, fig. 8, 25-26), así como en figuras de bronce (Schülten 1931, lám. 45), entre las que destaca una tésera de hospitalidad de procedencia desconocida (Almagro Basch 1982, págs. 201-202, fig. 2, lám. IC y D). También en uno de los extremos ofrece dos cabezas muy esquemáticas, que no es seguro que sean humanas.

B. FIGURAS DE BRONCE DE CUERPO ENTERO (MAPA 2)

a) Figuras aisladas

17.—Colgante? antropomorfo con casco con prótomo de caballo, de San Miguel de Atxa (Vitoria, Alava). (Caprile 1986, portada).

18-19.—Colgantes antropomorfos de La Hoya (Laguardía, Alava). (Caprile 1986, págs. 103, 151 y 207 ss., láms. XVIII, 3 y XIX 1). (Fig. 1,9).

20.—Colgante de Paredes de Nava (Palencia). (Nieto 1943, lám. 7,7).

21.—Colgante de Calatayud (Zaragoza). (Fuente 1882, lám. 5, 4. Cancela 1980, pág. 28, 4).

22.—Figurita de Julióbriga (Cantabria). (González Echegaray 1966, lám. 21).

23.—Colgante del Museo Arqueológico Nacional? (París 1904 (II), pag. 169. fig. 253).

24.—Colgante? de Palencia (París 1904 (II), fig. 263).

Las figuras de bronce de Julióbriga y La Hoya, junto a las de Paredes de Nava, Calatayud y la publicada por París (n.º 23), forman un conjunto muy coherente de colgantes antropomorfos. Por esta función se han comparado a ciertas piezas de La Tène con paralelos itálicos (Decheffette 1927, págs. 807 ss.), aunque estilísticamente se aproximarían más a algunos colgantes antropomorfos sudtiroleses de tradición hallstática (Kromer 1974, lám. 4, fig. 1, 5-6).

Su concepción geométrica, el que apenas evidencien el traje y un adorno circular sobre el pecho, detalle éste que también aparece en la figurita de Alava, hace pensar en la estilización de las fíbulas de caballito a las que van asociados en algunos yacimientos. Esta relación se ha planteado también en el caso de la pieza procedente de Palencia (París 1904 (II), pág. 173, fig. 263), dada la presencia sobre su vientre de círculos concéntricos similares a los documentados

en las mencionadas fíbulas. Tal relación permite situarlos en una fecha avanzada, en torno a los siglos III-I a. C. La dispersión geográfica de estas figuras está centrada en las áreas de expansión de la Cultura Celtibérica hacia los valles del Ebro y del Duero.

En cuanto a la figura humana tocada con un prótomo equino, procedente de Alava, habría que señalar, además de su evidente vinculación con dichas figuras, su relación con una representación vascular numantina (Wattenberg 1963, lám. VI. 1203).

b) Bronces con representaciones humanas

25.—Carrito de Vilela o de Costa Figueira (Museo de Guimarães). (Ferreira da Silva 1986, lám. 97. 2A). (Fig. 1, 11).

26.—Bronce del Instituto Valencia de Don Juan. (Blázquez 1975b. 68, B).

27.—Bronce de Moreira (Celorico de Basto). (Blázquez 1983, lám. 141, 2).

28.—Figurita de guerrero de El Berrueco (Ávila-Salamanca) interpretada como parte de uno de estos bronce (Maluquer 1952).

28 bis.—Figurita itigálica de procedencia indeterminada (Galicia?). (López Cuevillas 1956).

29.—Jinete de Torrejoncillo (Cáceres). (Blázquez 1962b, fig. 5).

Todos estos bronce con escenas rituales (25-27) ofrecen figuras humanas de cuerpo entero, habiéndose incluido también el guerrero del Berrueco y las piezas de Galicia? y Torrejoncillo por pertenecer posiblemente a bronce de este tipo. Su origen y técnica toreútica debe considerarse una asimilación tecnológica por estímulo de bronce orientalizante, como el Carrito de Mérida y otras piezas afines (Blázquez 1977, págs. 344 ss. Almagro-Gorbea 1977, págs. 250 ss.), que quedan expresamente excluidos de este conjunto.

Su mayor interés está en documentar ritos religiosos de tipo ancestral, algunos próximos a los *suovetaurilia*, también atestiguados en los documentos epigráficos lusitanos de Arroyo del Puerco, Cabeço das Fraguas, Lamas de Moledo y Marecos (Ferreira da Silva 1986, pág. 294), a los que, quizás, hacen referencia ciertas fuentes como Estrabón (III, 3,7).

Por ello estos bronce se han considerado célticos en sentido general, pero es más apropiado interpretarlos como testimonios de un substrato cultural anterior, conservado especialmente en las regiones occidentales y característico del ámbito lusitano-galaico, lo que permitiría diferenciarlo del considerado céltico en sentido estricto, más próximo a la cultura celtibérica, si no derivado de la misma. Este substrato pre o protocéltico, en consecuencia, podría denominarse lusitano-galaico, y se puede asociar a elementos lingüísticos como la lengua lusitana (Tovar 1985. Untermann 1987) o a los antropónimos galaico-lusitanos (Palomar Lapesa 1957. Untermann 1965, págs. 19 ss. Albertos 1983), por lo que estos bronce tendrían el gran interés de testimoniar también en el campo iconográfico e ideológico la personalidad de dicho ambiente cultural.

C) CABEZAS (mapa 2)

- 30.—Tésera de Botija (Cáceres). (García y Pellicer 1984, fig. 1). (Fig. 1, 10).
31.—Colgante de Belmonte (Zaragoza). (Díaz 1989, págs. 33-34, lám. II,1).
32.—Colgante? de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria). (Saiz, en prensa. fig. 1, 4)².
33-34.—Cabezas de Valdeherrera (Zaragoza). (Díaz 1989, pág. 34, lám. II, 2-4).
35.—Cabeza de Belmonte (Zaragoza). (Díaz 1989, pág. 35).
35 bis.—Tésera de O Caurel (Lugo). (Bronces Romanos 1990, pág. 173).

Este grupo está formado por una serie de piezas, realizadas en bronce en su gran mayoría, de funcionalidad diversa y contextos mal conocidos, aunque su ambiente cultural y su zona de procedencia evidencian su relación con el ámbito céltico que aquí se analiza. Destaca una tésera de hospitalidad de plata, posiblemente procedente del castro de Botija (Almagro Gorbea y Lorrio 1987, pág. 114), a la que habría que añadir un colgante de bronce hallado en Belmonte del río Peregiles (Zaragoza), así como cuatro cabezas exentas, también de bronce, procedentes tres de ellas de Valdeherrera (Zaragoza) y la cuarta de Belmonte. Tanto esta última como una de Valdeherrera, por ofrecer una cara plana, pudieran ser téseras anepígrafas a semejanza de los ejemplares zoomorfos anepígrafos de este tipo de objetos.

También en este apartado se ha incluido un elemento de bronce de funcionalidad difícil de determinar aparecido en la necrópolis de Carratiermes (Soria) fuera de contexto, aunque a juzgar por su apéndice pudiera considerarse como otro tipo de colgante de cabeza humana. En cambio, se ha excluido una cabecita exenta procedente de Briteiros (Cardozo 1965, lám. XXXI, 4), y otra de Numancia aplicada a una chapa y posiblemente pertenecientes a un vaso bronceo (Schulten 1931, lám. 55A), ya que este tipo de piezas no se han tenido en consideración, pues la falta de estudio dificulta su diferenciación de las romanas, aunque sí se ha considerado oportuno incluir en este grupo la soldada a la tésera de O Caurel, del 28 a. de C.

11

D. GRUPO VARIO (mapa 2)

- 36.—Estandarte? de Numancia (Schulten 1931 II, lám. 44B).
37.—Jinete de Palencia (París 1904 (II), pág. 270, fig. 407).
38.—Guarda de una espada de La Osera (Chamartín de la Sierra, Avila). (Cabré et alii 1950, lám. XL. Schüle 1969, lám. 124, 1).
39.—Guarda de una espada del Altillio de Cerropozo (Atienza, Guadalajara). (Schüle 1969, lám. 19, 1).
40.—Contera de una espada de La Osera (Avila). (Cabré 1951, fig. 5, lám. fig. 1, 12).
41.—Empuñadura de una falcata de Illora (Granada). (Cabré 1934, fig. 2, 3). (Fig. 2, 1).

(2) Agradecemos a J.L. Argente y a P. Saiz la información proporcionada sobre las piezas procedentes de Carratiermes.

En este grupo tan heterogéneo se han recogido varias piezas de gran interés pero difíciles de encajar por su singularidad en los grupos hasta ahora documentados.

Cabe destacar la presencia de un objeto realizado en bronce, procedente de Numancia y considerado como un pasariendas, con sendos prótomos de caballo contrapuestos, localizándose bajo cada una de sus cabezas lo que puede ser interpretado como una cabeza humana. Tanto la iconografía de esta pieza como la decoración a base de círculos concéntricos hace que deba de ser relacionada con las fíbulas de caballito con cabeza humana y con otros objetos como los llamados estandartes de la necrópolis de Miraveche (Schüle 1969, láms. 146, 2, 151, 2 y 153, 4), que parecen confirmar el carácter ecuestre de estos elementos y la asociación iconográfica del caballo a círculos concéntricos, interpretada como la relación entre este animal y el ámbito solar, tal vez vinculada con la heroización ecuestre (Benoit 1954) y con las propias élites ecuestres del mundo celtibérico.

Otra pieza incluida en este grupo varío sería un jinete a caballo, al parecer de Palencia, realizado en una lámina de bronce, que se ha relacionado con las mencionadas fíbulas de caballito, en este caso con jinete (Cabré 1930, pág. 88).

También se ha señalado la presencia, incierta, de sendas cabezas humanas, muy esquematizadas como en el último caso señalado, en los extremos de las guardas de algunas espadas de antenas ricamente damasquinadas aparecidas en ambientes funerarios. Más evidente es la estilización pseudovegetal de una cara humana en la decoración damasquinada de la contera de una vaina de espada de la tumba 60 de la zona III de La Osera, que se enmarca en las tendencias del arte céltico centroeuropeo a estilizaciones pseudovegetales inspiradas en prototipos mediterráneos (Lerner de Wilde 1986, pág. 278, fig. 4,1).

Finalmente, se incluye una empuñadura de falcata de Illora en forma de cabeza de caballo, con una cabeza humana situada bajo su hocico, vinculable iconográficamente con las fíbulas de caballito con y sin jinete, que evidencia la amplia dispersión de este esquema y su empleo en un arma característica, pero no exclusiva, del mundo ibérico (Schüle 1969, lám. 22).

E. FIBULAS DE BRONCE CON UNA CABEZA HUMANA (mapa 3)

a) Zoomorfas

a-1) De caballito

- 1.—Numancia (Soria). (Schulten 1931 (II), lám. 47,2).
- 2-3.—Palencia. Un ejemplar claro al que se podría añadir otro dudoso (París 1904 (II), lám. V, 1. y fig. 405, respectivamente).
- 4.—Provincia de Burgos (Cabré 1934, lám. V, 3).
- 5.—Miraveche (Burgos). (Wattenberg 1959, tabla XVIII, 1).
- 6.—Instituto Valencia de Don Juan. Posible cabeza bajo el hocico del caballo (Schüle 1969, lám. 175, 5).
- 7.—Museo Arqueológico de Barcelona. Posible cabeza humana en la parte de lantera (Schüle 1969, lám. 172, 4). (Fig. 2,3).

a-2) De caballito con jinete

- 8.—Gormaz (Soria). (Cabré 1915-20, fig. 451. Schüle 1969, lám. 24, 5).
- 9.—Luzaga (Guadalajara). (Aguilera 1916, pág. 55, fig. 23. Schüle 1969, lám. 24, 1).
- 10.—Herrera de los Navarros (Zaragoza). (Burillo y de Sus 1988, pág. 65).
- 11.—Museo Arqueológico Nacional (Melida 1900, pág. 163, lám. IV. París 1904 (II), fig. 401). (Fig. 2, 2).
- 12.—Alrededores de León (Luengo 1983, lám. 1,1).

a-3) Otros animales

- 13.—Museo Arqueológico de Barcelona. Fíbula zoomorfa (cerdo) con una posible cabeza humana (Schüle 1969, lám. 172, 21). (Fig. 2, 4).
- 14-15.—Museo Arqueológico Nacional (I Celti 1991, págs. 735 y 773, n.º 443b).
- 16.—Palencia? (Melida 1900, lám. VIII,5,1. I Celti 1991, págs. 735 y 773, n.º 443a).

b) Anulares

- 17.—La Mercadera (Soria). Fíbula anular de bronce con dos cabezas (Taracena 1932, lám. VIII. Id. 1943, fig. 10, 3). (Fig. 2, 5).
- 18.—La Carencia (Turís, Valencia). (Rams 1975, lám. IV, 2).
- 19-20.—Pozomoro (Chinchille, Albacete). Incineración 4D-5 y 4H-1.

c) Esquema de La Tène

- 21-22.—El Cigarralejo (Mulà, Murcia). (Aguilera, obra inédita (IV), lám. XXXVI, 2).

Las fíbulas zoomorfas reflejan una gran uniformidad en lo que a su iconografía se refiere, representando en todos los casos conocidos la cabeza humana en la parte delantera del animal, a la altura de su pecho, bajo el hocico. Morfológicamente son tres los tipos representados: las llamadas fíbulas «de caballito», las «de jinete», claramente relacionadas con las anteriores, y las que ofrecen un animal diferente al caballo.

Dentro del primer grupo, a pesar de ser el más numeroso, conviene señalar que las fíbulas con una cabeza humana bien definida constituyen una clara minoría, aun cuando en algún caso se haya querido ver la ausencia de ésta como una esquematización del modelo original, que ostentaría la representación de la cabeza humana (Cabré 1930, págs. 88-89). En este sentido resulta significativo que en Numancia, de las 23 fíbulas de este tipo que se han documentado, tan sólo una ofrezca una cabeza humana (Argente 1989, fig. 39, 315). No se han incluido una serie de piezas, a pesar de haber sido publicadas como poseedoras de una cabeza humana (París 1904 (II), fig. 404. Abasolo y Vélez 1978, lám. I, 1, fig. 1. etc.), dado que esto resulta incierto.

Por el contrario, la mayoría de las fíbulas conocidas hasta ahora de caballito con jinete, cuya vinculación con el tipo anterior resulta indiscutible, ostentan la representación de la cabeza humana, situada como ya se ha señalado en la parte delantera del animal. Por último, hay que hacer mención a las restantes fíbulas zoomorfas, en las que la representación de cabezas humanas no constituye un elemento frecuente.

La dispersión del conjunto de las fíbulas zoomorfas parece coincidir, con bastante nitidez, tanto con el área nuclear de la Cultura Celtibérica como con sus zonas de expansión, áreas que han sido definidas previamente a partir de la dispersión de otros elementos, tanto pertenecientes a la cultura material como a ámbitos sociales o religiosos (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987). Sin embargo, las piezas asociadas a cabezas humanas se localizan en un área más restringida, circunscribiéndose en su mayoría al valle alto y medio del Duero.

Desgraciadamente se desconoce el contexto de la mayor parte de los hallazgos, desconocimiento que afecta incluso a la adscripción de los mismos a un determinado yacimiento. De cualquier forma, aparecen tanto en contextos de habitación, éste sería el caso de Numancia o de Herrera, o funerarios, como ocurre con las piezas procedentes de Gormaz y Luzaga.

Para intentar hacer una aproximación a la cronología de estas piezas hay que remitirse al conjunto de las fíbulas de caballito que recientemente Argente (1989, pág. 234) sitúa a partir del último cuarto de siglo IV, alcanzando el siglo II a. C., aunque el ejemplar del campamento de Cáceres el Viejo (Ulbert 1984, fig. 9, 31), fechable hacia el 80 a. C., evidenciaría la presencia de este elemento hasta el siglo I a. C. Entre las que presentan cabeza humana, habría que citar la de Numancia, sin contexto conocido, al igual que las de Gormaz y Luzaga. La fíbula de la casa 2 de Herrera ha sido fechada entre fines del siglo III a. C. e inicios de la centuria siguiente (Burillo y de Sus 1988, pág. 62), por lo que parece evidente una cronología centrada en los siglos III-II a. C.

En cuanto a las fíbulas anulares hispánicas con representaciones de cabezas, tan sólo se ha documentado en la celtiberia una de bronce, asociada al nudo de Hércules, hallada fuera de contexto en la necrópolis de la Mercadera, habiendo sido fechada en los siglos IV-III a. C. (Cuadrado 1957, pág. 56, fig. 19, 1).

Los restantes ejemplares de este tipo proceden del Levante al igual que ocurre con las piezas con esquema de La Tène aquí incluidas, con cronologías altas que alcanzan el 400 a. C. (Iniesta 1983, pág. 80).

III. REPRESENTACIONES CERAMICAS (mapa 4)

A. CABEZAS EN VASOS CERAMICOS

a) Representaciones aplicadas

- 1.—Numancia (Soria). (Taracena 1943, pág. 160, fig. 5).
- 2.—Numancia (Wattenberg 1963, tabla XXXVI, 1.021, fig. 2, 6).

- 3.—Numancia. Remate terminal de un asa, no conservada, situada sobre el borde, por lo que habría que pensar en sendas cabezas enfrentadas (Wattenberg 1963, tabla XXXVII, 1.038).
- 4.—Numancia. Situada bajo el arranque inferior del asa. (Wattenberg 1963, lám. 1. VI 2. 1.203).
- 5.—Izana (Soria). (Taracena 1927, lám. X, 2).
- 6.—Langa de Duero (Soria). Remate de un asa (Taracena 1929, pág. 41).
- 7.—Uxama (Osma, Soria). Una urna con decoración pintada, con tres cabezas humanas. (Cabré 1915-1920, pág. 641, fig. 452). (Fig. 2,7).
- 8.—Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria). Tres fragmentos con otras tantas cabezas en relieve pertenecientes a una urna pintada. (Saiz, en prensa, fig. 1, 1).
- 9-10.—Luzaga (Guadalajara). Una de las cabezas aplicada y la otra indeterminada (Aguilera, obra inédita (IV), lám. XXIV, 2).
- 11-12.—Capote (Higuera la Real, Badajoz). Una de las cabezas sobre cerámica a mano. (Berrocal 1989b, fig. 21, 3-4).
- 13.—Garvão. (Beirao et alii 1985, fig. 23).
- 14.—Briteiros (Guimarães). (Cardozo 1965, lám. XXIV,1).
- 15.—Tarragona (París, 1904 (II), pág. 100, fig. 204. Bosch Gimpera 1932, pág. 394, fig. 367).
- 16.—Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet, Barcelona). (Balló 1956, pág. 879, lám. 3A).
- 17.—Ullastret (Gerona). (Oliva 1962, pág. 322, fig. 7).

b) Grupo vario

- 18.—La Osera (Chamartín de la Sierra, Avila). Urna cineraria a mano, con decoración peinada. Representaciones de cabezas cuyos contornos están realizados a peine (Cabré et alii 1950, lám. XCIII, 2 y XCVI, 8). (Fig. 2, 8).

B. CABEZAS EXENTAS EN CERAMICA

- 19-20.—Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria). (Saiz, en prensa, fig. 1, 2 y 3).
- 21.—Estepa de Tera (Soria). (Morales 1984, fig. 2, 1 I). (Fig. 2, 9).
- 22.—Langa de Duero (Soria). (Taracena 1932, pág. 56, fig. 12). (Fig. 2, 10).
- 23.—Castrillo de la Reina (Burgos). Conservado en el Museo de Santo Domingo de Silos. (Taracena 1932, pág. 56).
- 24.—Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). (Inédita).
- 25.—Simancas (Valladolid). (Wattenberg 1978, lám. V, 132).

C. REPRESENTACIONES DE FIGURAS HUMANAS

a) Pintadas

26.—Numancia. Cerámicas policromas. (Wattenberg 1963, láms. VI,2. IX-XI. XV,6 y XVI,1. Romero 1976, págs. 144-148, figs. 1 ss.). (Fig. 2, 11).

27.—Ocenilla (Soria). (Taracena 1932, fig. 9).

28-29.—Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). (Cabré 1930, lám. 60).

30.—La Coraja (Aldeacentenera, Cáceres). (Beltrán 1973, fig. 25).

31.—Castelo de Faria (Barcelos). (Lopez Cuevillas 1955, fig. 2,b. Blanco 1957 fig. 12).

b) Impresas

32.—Villanueva de La Vera (Cáceres). (González Cordero et alii 1990, lám. IV, 28 y foto 15).

c) Aplicadas

33.—Garvão (Beirão et alii 1985, fig. 30).

d) Modeladas en arcilla

34.—Pompeya (Samper de Calanda, Teruel). (Atrian et alii 1990, pág. 49).

35-41.—Numancia. (Schulten 1931 (II), págs. 268-269, lám. 35 A y C. Wattenberg 1963, tabla XVII, 455. a las que habría que añadir un jinete, Wattenberg 1963, tabla XVII, 462, fig. 2,12).

42.—Garvão (Beirão et alii 1985, fig. 29-63).

Las representaciones de cabezas humanas también es un tema característico sobre soportes cerámicos, donde cabe diferenciar un primer grupo formado por las cabecitas en relieve aplicadas a vasos, que en ocasiones aparecen asociadas con elementos de suspensión. La mayoría de ellas proceden del área nuclear de la Cultura Celtibérica, en el alto valle del Duero, pero resulta significativa su presencia también en el Sudoeste, donde las fuentes literarias sitúan a los celtici y en el área catalana en yacimientos como Ullastret o Puig Castellar, en los que han aparecido cráneos humanos atravesados por clavos, o en Tarragona, donde se han documentado sendas cabezas de piedra. Estas representaciones de la cabeza humana en la decoración vascular se deben diferenciar de las que aparecen en la cerámica ibérica, generalmente pintadas, donde, a diferencia de lo que ocurre en el área céltica, es un tema excepcional, cuyo origen y significado se considera mediterráneo (Fernández de Avilés 1944. Maestro 1989).

Entre las representaciones de «cabezas-cortadas» aplicadas destaca la urna de Uxama, que se debe relacionar claramente con la de Carratiermes (Saiz, en prensa), ambas halladas en necrópolis, y posiblemente con un fragmento procedente

de Numancia (n.º 1), que tiene varias representaciones de cabezas humanas localizadas en el interior de una estructura cuadrangular pintada que, tal vez, pudiera representar el lugar donde se depositaba y mostraba la cabeza al modo de los nichos del santuario de Roquepertuse, de Entremont o de la muralla del oppidum de l'Impèrnal en Luzech (Brunaux 1988, pág. 116).

Hay que hacer mención, dentro de las representaciones sobre vasos cerámicos, de una urna realizada a manó y con decoración a peine hallada en la tumba 220 de la necrópolis de La Osera, vinculable en cuanto a su temática con las anteriores, si bien su alejamiento geográfico y su cronología, posiblemente del siglo IV a. C., hace arriesgada su interpretación ideológica conjunta. En cualquier caso, este tema resulta excepcional en la cerámica con decoración incisa a peine, casi exclusivamente centrada en la realización de motivos geométricos.

Entre las cabezas exentas de terracota, destacan los dos ejemplares de Carratiermes, tal vez pertenecientes a alguna figura no conservada, al igual que el de Estepa de Tera. Dentro de este grupo se han incluido tres figuritas de forma cónica, con la representación esquemática de nariz y ojos, procedentes de Langa de Duero, de Castrillo de la Reina y del castro de Las Cogotas, respectivamente, y cuyo paralelo más próximo se encuentra entre las cerámicas numantinas (Wattenberg 1963, láms. X, 4. 1.239 y 9. 1.244. Romero 1976, fig. 41), destacando una escena en la que un personaje tocado con un gorro cónico se dispone a realizar un sacrificio (fig. 2, 11). También se ha incluido una «canica», procedente de los cenizales de Simancas, que ofrece una representación muy esquemática de una cara, presumiblemente humana.

También cabría hacer mención aquí de una tapadera con asidero en forma de cabeza humana procedente de Sidamunt (Lerida), a la que habría que añadir otra cabecita procedente del mismo yacimiento y posiblemente de funcionalidad similar (Balil 1955, figs. 1 y 2). Otras cabezas exentas son conocidas en el Noreste peninsular, como es el caso de las de La Guardia (Alcorisa, Teruel) (Atrian et alii 1990, pág. 50) y Poblet (París 1904 (II), figs. 215-216), aunque éstas pudieran reflejar influjos de la coroplastia ibérica.

La representación de la figura humana dentro del repertorio céltico peninsular alcanza su máximo desarrollo en las cerámicas pintadas de Numancia, conocidas como «producción policroma numantina». Pero, en estas cerámicas conviene resaltar que la figura humana no es uno de los temas más tratados, siendo los temas geométricos, y en menor medida las representaciones zoomórficas, los que gozaron de mayor atención por parte de los ceramistas numantinos. En este sentido, resulta significativo dejar constancia de que tan sólo la quinta parte de los vasos numantinos presenta decoración figurada y, de éstos, únicamente en torno al 7% ofrecen representaciones humanas (Romero 1976, pág. 144).

En la cerámica de Numancia el tratamiento de la figura humana responde a una estilización claramente geometrizable que, en general, es representada de perfil aunque con el cuerpo de frente. Se observa un gusto manifiesto por formas curvilíneas, vinculables en este sentido al arte de La Tène, aunque con una enorme personalidad.

En el aspecto iconográfico, destaca la relación de algunas representaciones humanas numantinas con otras figuras célticas analizadas, como la cabeza cubierta con un prótomo de caballo (Wattenberg 1963, 1 lám. VI, 2. 1.203), iconográficamente relacionada con una figura de bronce de Alava (Caprile 1986, portada), o un personaje tocado con un casco de tres cuernos (Wattenberg 1963, lám. XI, 5. 1252), que recuerda el que lucen algunas figuras de la diadema de San Martín de Oscos (López Monteagudo 1977, fig. 5). Otras figuras de interés son aquellas que presentan un tocado puntiagudo que sería posible relacionar, como se ha indicado anteriormente, con el que ofrecen algunas terracotas. También son de destacar las escenas con figuras humanas asociadas a aves, que se han relacionado con un ritual funerario celtibérico referido por algunos textos escritos (Blázquez 1977, págs. 442 ss.). En general, se evidencia entre las cerámicas pintadas un interés exclusivo por la representación de la figura humana de cuerpo entero.

Tan sólo se ha documentado una representación clara de figuras humanas estampadas sobre un vaso cerámico, procedente de Villanueva de la Vera, constituyendo un tema hasta ahora desconocido entre los motivos utilizados para las decoraciones estampilladas.

Las representaciones de figuras de bulto redondo realizadas en arcilla modelada constituyen un grupo muy heterogéneo. La procedente de Pompeya (Teruel), adscribible a la I Edad del Hierro, se podría considerar un precedente de las numantinas. Entre éstas, sobresale una figurita femenina decorada con pintura (Schulzen 1931 (II), lám. 35A. Romero 1976, fig. 43, 441 y 1, XVI, 441) y un jinete claramente relacionado con los documentados en fíbulas.

Jinetes se conocen, además de en las representaciones bronceas y de terracota, entre las propias cerámicas pintadas numantinas (Wattenberg 1963, lám. X, 1240), estando también documentada en sendos vasos pintados procedentes del castro abulense de Las Cogotas, en dos fragmentos también pintados de los castros de La Coraja y Castelo de Farva, así como entre las insculturas del castro de Yecla de Yeltes (Martín Valls 1973, fig. 10) y de la Citânia de Sansins (López Cuguillas 1955, fig. 1b), y en las estelas discoidales bien documentadas en la Meseta Norte (Blázquez 1977, figs. 89, 90 y 166).

La mayor parte de estas figuras humanas sobre cerámica proceden del área nuclear de la Cultura Celtibérica, circunscribiéndose al valle alto del río Duero. La mayoría fueron hallados en poblados, aunque también están documentadas en ambientes funerarios, como ocurre con las cabezas procedentes de las necrópolis de Uxama, Carratiermes y La Osera.

Cronológicamente, las aparecidas en la Celtiberia, que son las más numerosas, deben de situarse en un momento bastante tardío, cuyo término *ante quem* sería el 133 a. C., habiéndose fechado más bien ya en el siglo I a. C., e incluso en la centuria siguiente, como es el caso de la cabeza femenina de Estepa de Tera (Morales 1984, pág. 115). Algo más antiguas serían las cabezas exentas de Carratiermes, que aparecieron asociadas a una tumba colectiva fechada por su excavador hacia fines del siglo III y la primera mitad del II a. C. (Argente 1990, pág. 57. Saiz, en prensa), así como las cerámicas del área abulense, de cronología incierta, aunque la pieza con decoración a peine de La Osera debería fecharse con anterioridad al siglo III a. C., dada la cronología de este tipo de producción cerámica.

CONCLUSIONES

El análisis realizado de las representaciones de figuras humanas en la Península Ibérica pone de manifiesto, en primer lugar, la diversidad existente, que se debe tener en consideración a la hora de abordar si la citada variedad de materiales e iconografía afecta a su unidad temática y estilística.

Esta diversidad resulta evidente en consideración a los tipos de soporte, sobre piedra, metal o cerámica, aun teniendo en cuenta que no se han valorado las representaciones existentes sobre otros soportes menos directamente vinculables con el mundo céltico, como las figuras antropomorfas esquemáticas de hueso, las representaciones humanas del final del Arte Rupestre de la Edad del Hierro o, incluso, las cabezas humanas de algunas asas de bronce (Schulten 1931, lám. 36, 5. Cabré 1930, lám. LXX) por no ser segura su vinculación al ámbito céltico.

Pero frente a esta diversidad de soportes, explicable por las diferencias de contexto funcional, la iconografía y el estilo de las representaciones evidencian coincidencias estilísticas y temáticas que deben considerarse características de la personalidad del Arte Céltico peninsular. Sin embargo, es muy importante valorar, junto a la personalidad céltica, el empleo de soportes, recursos técnicos, elementos estilísticos e, incluso, de algunos esquemas iconográficos procedentes directamente de las culturas mediterráneas de la Península Ibérica, del mundo tartésico hasta el siglo VI a. C., y, posteriormente, de la Cultura Ibérica.

Este hecho es fundamental para explicar la personalidad del Arte Céltico de la Península Ibérica frente al del resto del mundo céltico que se identifica, de manera excesivamente simplista, con el característico arte de La Tène, cuya influencia es mucho menor; y sus influjos, evidentes sólo en determinadas piezas, parecen ser intermitentes y quedar integrados en un mundo estilístico diferente.

En este mundo céltico de la Península Ibérica la figura humana resulta excepcional, dada la tradición anicónica del mundo céltico anterior a La Tène, hecho aún más evidente si se compara con el contemporáneo Arte Ibérico. Las figuras antropomorfas, por ello, constituyen siempre un elemento innovador, como resultado de adaptar una iconografía exógena a la propia ideología, normalmente desde culturas mediterráneas, especialmente de la Ibérica, mucho más evolucionada en el campo estilístico e iconográfico.

Así se explica la no existencia de una tradición estilística o iconográfica comunes en las diversas manifestaciones conocidas, que resultan, por ello mismo, relativamente poco frecuentes, salvo el motivo de la cabeza, elemento iconográfico que sí debe considerarse característico del mundo céltico a pesar de que en la Península ofrezca un desarrollo propio, tal vez desde un origen iconográfico independiente del arte de La Tène, arraigado en el mundo orientalizante peninsular.

Las figuras de cuerpo entero en el Arte Céltico de la Península Ibérica son propias de contextos muy determinados, de origen y cronología diversos: las figuras de bronce lusitanas, las figuras colgantes de la Celtiberia, las representaciones vasculares de Numancia, los guerreros lusitano-galaicos, el cinturón de San Martín de Oscos, etc.

Entre dichas figuras de cuerpo entero cabe destacar los bronceos con escenas rituales de tipo Vilela, Moreira, etc. Estas piezas deben considerarse de tradición orientalizante, como evidencia su técnica toreútica, pero su interés estriba en que documentan ritos religiosos ancestrales que testimonian un substrato occidental precéltico anterior a la Cultura Céltica peninsular en sentido estricto, pues tampoco pueden considerarse como célticos por su tradición técnica y estilística.

Al mundo mediterráneo, concretamente ibérico, deben adscribirse las escenas de caza de las fíbulas andaluzas. Igualmente ibérica es la cerámica a torno y la técnica de pintura vascular de las figuras de Numancia, pero no así su iconografía que, salvo alguna excepción rara, reflejan una ideología religiosa puramente céltica. Además, estas producciones cerámicas, de cronología incierta pero en todo caso tardía, evidencian un estilo artístico propio. Su tendencia a formas estilizadas, curvilíneas y geométricas, a veces asociadas, es obligado considerarla como una manifestación, ciertamente peculiar, de la sensibilidad estilística céltica, perfectamente relacionable con la que ofrecen otras representaciones señaladas, como las fíbulas de bronce o la orfebrería.

Los guerreros lusitano-galaicos son una de las creaciones más singulares. Pueden proceder de una tradición de estelas existente en el Occidente peninsular; potenciada por la generalización de élites guerreras, tal vez como consecuencia de infiltraciones de minorías célticas, como reflejarían sus cascos y torques, pero su tipo de labra y baja cronología hacen pensar en una inspiración paralela en la plástica romana.

Por el contrario, los colgantes antropomorfos sí pudieran ser un elemento llegado del mundo céltico centroeuropeo, donde parecen documentarse algunos prototipos.

La relación con el arte céltico continental es evidente en la diadema de San Martín de Oscos. Algunos detalles, como el recurso a puntos, sogueado, etc., tienen sus precedentes inmediatos en las chapitas argéneas celtibéricas, posiblemente inspiradas a su vez en prototipos orientalizantes. Pero su disposición iconográfica a modo de un friso mitológico permite relacionarlo con creaciones tan genuinamente célticas como el caldero de Gundesdrup o las bandas celtogermanas pues, a pesar de la diferencia cronológica, es evidente que todas estas creaciones son reflejo de idéntica sensibilidad estilística relacionada con un mismo mundo ideológico.

Frente a la diversidad iconográfica y relativa rareza de la figura humana de cuerpo entero, destaca la frecuente aparición del motivo de la cabeza humana sobre soportes de materia y función muy diversos. Su dispersión geográfica y su duración temporal son también muy amplias, lo que se refleja en un gran variedad estilística que contrasta con la reiteración de este motivo, que puede considerarse el más característico del mundo céltico peninsular.

Las más antiguas representaciones de la cabeza dependen de modelos orientalizantes de la Península Ibérica, como evidencian algunas piezas tan significativas como la arracada de Gaio (Blázquez 1975a, lám. 103 C) o, mejor, como un anillo del tesoro de Aliseda decorado con cuatro escaraboides en forma de cara humana (Almagro-Gorbea 1977, pág. 209, lám. XXXII). Estas piezas, de pleno

siglo VII a. C., no sólo indicarían una raíz orientalizante para este elemento característico del mundo céltico peninsular sino que, incluso, permiten especular con la existencia de una ideología céltica entre la población de esas zonas que haya influido en su asimilación desde el mundo orientalizante. Este hecho se podría relacionar con la antroponimia céltica, atestiguada en nombres como el del rey Argantonios y en los que recientemente parecen documentarse en las estelas del Suroeste (Correa 1988).

Dentro de esta tradición iconográfica, pueden considerarse las placas del Tesoro de Segura de León como las primeras piezas interpretables con cierta seguridad como célticas. Su técnica de filigrana permite asociarlas a la placa de Serradilla, claramente inspirada todavía en un esquema iconográfico orientalizante, pero asociadas al ave solar; confirmándose la raíz local de este motivo desarrollado en el Suroeste peninsular hacia los siglos VI-V a. C.

A una corriente iconográfica distinta responden las cabezas de la fíbula de Driebes y de Caudete. Su asociación a motivos pseudovegetales, aunque en el primer caso muy próximos a creaciones de argentería ibérica, dejan ver la llegada a la Península de ecos del estilo de Waldalgesheim (Jacbsthal 1944, pág. 162), por lo que estas creaciones peninsulares, que se fechan hacia los siglos IV-III a. C., evidencian la paralela llegada de influjos del arte de La Tène.

Pero la mayor parte de las cabezas célticas en la Península Ibérica parecen corresponder a creaciones posteriores de un estilo más seco y esquemático, característico de los siglos III-II a. C., lo que impide, en la mayoría de los casos, precisiones estilísticas.

Un conjunto independiente puede considerarse el de Cataluña, formado por cabezas esculpidas como las de los monumentos del Sur de las Galias, de los que parece constituir una expansión, probablemente vinculada con penetraciones galas del siglo III a. C. y relacionada con hallazgos de cráneos con clavos.

Sin embargo, el conjunto de cabezas más numeroso aparece en las altas tierras del Este de la Meseta, en lo que puede considerarse la Celtiberia. En esta zona, el motivo de la cabeza se atestigua en fechas relativamente tardías, con seguridad sólo a partir del siglo III a. C., y aparece en orfebrería, bronce, cerámica, etc., lo que pone de manifiesto que se trata de una idea muy generalizada y, en consecuencia, profundamente arraigada.

En esta región es de destacar, por su significado, la asociación de la cabeza humana a las fíbulas de caballito con jinete. Estas piezas, por su calidad intrínseca y su relativa rareza entre las fíbulas celtibéricas, deben considerarse como piezas de prestigio. Si a ello se une su iconografía, resulta evidente que debe suponerse un valor ideológico en relación con la costumbre céltica de las cabezas cortadas como trofeo que aparece repetidamente señalada en textos escritos (Diodoro 5, 29, 4. Livio 10, 26, 11. Id. 23, 24, 11), especialmente en la referencia de Estrabón (4, 4, 5) de que los celtas, al salir del combate, colgaban del cuello de sus caballos las cabezas de los enemigos muertos. Aunque no existan testimonios arqueológicos como los conocidos en Cataluña, Taracena recoge la aparición de varios cráneos en una de las habitaciones de Numancia, hecho que se ha relacionado con el rito de las cabezas-trofeo, habiéndose hallado otro más en el depósito votivo de Garvão (Apendice II).

Más difícil resulta saber si las restantes y variadas representaciones de cabezas en orfebrería, adornos, cerámicas, etc., interpretables en su mayoría como elementos de la Cultura Celtibérica, reflejan toda dicha costumbre. Su empleo en objetos de cierto prestigio, como joyas, téseras o cerámicas de calidad, permitiría suponer que, tal como parece evidenciarse en las fibulas de jinete, sería un motivo usado para resaltar el estatus de su poseedor, probablemente un guerrero con tales trofeos. La cronología tardía y contemporánea de todas estas representaciones, que hacen suponer un fondo ideológico común, así parece confirmarlo.

Por otro lado, de este marco geográfico sólo se apartan algunas creaciones. En primer lugar, las representaciones de cabezas en orfebrería que corresponden a los tesoros argénteos. Pero es significativo que las cabezas aparecen todas en hallazgos de la Meseta, como Driebes, Salvacañete o Los Villares, o en el de Chão de Lamas, en Lusitania, confirmando su relación con poblaciones o con minorías célticas extendidas por esas áreas. Partiendo de dicha hipótesis, sería posible atribuir el mismo significado a las restantes cabezas aparecidas de manera más esporádica fuera del mundo celtibérico de la Meseta, donde aparece la mayor concentración de representaciones de este tipo iconográfico.

También es difícil saber si las estelas acabadas en cabeza humana de Extremadura, incluidas en este trabajo por motivos estilísticos y culturales, corresponden a esta idea. Las cabezas de piedra del grupo occidental pudieran explicarse por un influjo o por una extensión de la cultura celtibérica hacia esas regiones, aunque cabe otra explicación alternativa. En efecto, las figuras orientalizantes, que actualmente constituyen en la Península Ibérica las representaciones de cabezas célticas más antiguas conocidas, podrían ser consideradas como un precedente. En consecuencia, esta costumbre puede no haber sido introducida en época tardía desde el mundo galo, como se ha supuesto en alguna ocasión, sino que más bien podría considerarse como una costumbre perteneciente al fondo ideológico del substrato precéltico del Occidente peninsular, de común origen con la cultura céltica en sentido estricto pero no necesariamente derivada de ella.

A tales costumbres parecen aludir algunas fuentes escritas que hablan de sacrificios humanos en dichas regiones, no consideradas en su contexto como célticas. Entre los lusitanos se practicaban sacrificios humanos para sellar pactos (Livio. *Per.* 49), idea que pudiera reflejarse en las cabezas humanas que aparecen en téseras de hospitalidad en vez de las más frecuentes figuras de animales. También se hacían para adivinación (Estrabon. 3, 3, 6. Martín Dumiense, *De correct. rust.* 8) y, en general, como sacrificios a los dioses, tal como indica Estrabón a propósito de los pueblos montañoses (3, 3, 7) y Plutarco (*quaest. Rom.* 83) de los habitantes de Bletisama (Ledesma, Salamanca).

En consecuencia, aunque no sea posible precisar el origen de tales costumbres que, por otra parte, aún no han sido nunca documentadas por la Arqueología, su existencia permite suponer que el motivo de la cabeza sería algo perfectamente comprensible no sólo entre las poblaciones célticas en sentido estricto sino también entre poblaciones del substrato precéltico occidental desde épocas anteriores a la expansión celtibérica. Por otra parte, el contexto funcional de los objetos en que aparece la cabeza humana hace pensar que este motivo estaba vinculado a las élites guerreras, como indicio de su estatus o, probablemente al mismo tiempo, como elemento apotropaico, lo que, en última instancia, explica su amplia dispersión por áreas y en elementos tan diversos.

Como resumen de todo lo dicho, es evidente el gran interés que ofrecen las representaciones humanas del mundo céltico de la Península Ibérica, especialmente el tema de la cabeza humana. Su estudio no sólo permite profundizar en su sensibilidad artística sino en la mentalidad, costumbres sociales y creencias de la población céltica peninsular; por lo que, a su vez, permite una mejor comprensión de esta cultura y una más exacta valoración de su personalidad, tanto dentro del conjunto del mundo céltico en el que estaba integrada como en relación con las restantes poblaciones de la Península Ibérica que constituían sus vecinos étnicos y un campo de mutuas y continuas influencias.

APENDICES

I. CABEZAS BAJO CARNIVORO IBERICAS (mapa 1)

a) Escultura

a-1) Cabezas humanas

43.—Segóbriga. Garra de León con cabeza humana (Chapa 1980, pág. 703, fig. 4. 150, 2).

44.—Segóbriga. Garras de felino con posible cabeza humana (Chapa 1980, pág. 707, lám. 144, 2).

45.—Reillo (Cuenca). León con cabeza humana (Chapa 1980, págs. 700-701. fig. 4. 149).

46.—Bienservida (Albacete). León con cabeza humana barbada entre sus garras (Chapa 1980, pág. 273. fig. 4. 39).

47.—Porcuna (Jaén). Oso con cabeza humana bajo una de sus garras (Chapa 1980, pág. 476, fig. 4. 89).

48.—Ubeda la Vieja (Jaén). León con cabeza humana bajo una de sus garras (Chapa 1980, pág. 499, fig. 4. 95).

49.—Museo Arqueológico de Jaén. Cabeza humana entre garras de león (Chapa 1980, pág. 509, fig. 4. 100).

50.—Osuna (Sevilla). Garra de felino sobre cabeza humana (Chapa 1980, pág. 640, fig. 4. 134).

a-2) Cabezas de animal

51.—Cástulo (Linares, Jaén). León con cabeza de toro? entre sus garras (Chapa 1980, pág. 422, fig. 4. 47. Blázquez et alii 1984, lám. 14. 1).

52.—Cerro Alcalá (Jaén). León con cabeza de carnero bajo una de sus garras (Chapa 1980, pág. 437, fig. 4. 78).

53.—Utrera (Sevilla). León sujetando una cabeza de carnero (Chapa 1980, pág. 647, fig. 4. 136).

54.—Bornos (Cádiz). León con cabeza de carnero bajo una de sus garras (Chapa 1980, pág. 662, fig. 4. 141).

55.—Cortijo de la Mariscalá (Jerez de la Frontera, Cádiz). León con cabeza de herbívoro indeterminado bajo una de sus garras (Chapa 1980, pág. 668, fig. 4. 143).

b) Orfebrería

56.—Santisteban del Puerto (Jaen). Pátera repujada en el umbo con una cabeza humana en las fauces de un carnívoro (Raddatz 1969, lám. 63).

II. CRANEOS-TROFEO (mapa 1)

Cráneos cortados

57-58.—Puig de Sant Andreu (Ullastret, Gerona). Dos cráneos atravesados con clavo. (Campillo 1977-78. Pujol 1989, págs. 301 ss. lám. 112).

59-60.—Illa d'en Reixac (Ullastret, Gerona). Un cráneo con perforación producida por un clavo y otro más con evidencia de haber sido decapitado. (Campillo 1977-78. Pujol 1989, págs. 301 ss. lám. 109 y 111).

61-62.—Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet, Barcelona). Cráneo con clavo y otro posible (Bosch Gimpera 1915-20, pág. 595, fig. 368. Balil 1954, pág. 877, lám. 1).

63-66.—Numancia (Soria). 4 cráneos sin mandíbula (Taracena 1943, pág. 164, fig. 6).

67.—Numancia. Cráneo con clavo (Blazquez 1958, pág. 34), aunque este dato no se ha podido confirmar ni se conoce de donde se ha obtenido la información.

68.—Garcão. (Beirão et alii 1985, pág. 60. Antunes y Santinho 1986).

BIBLIOGRAFIA

- ABAD, L. y MORA, G. (1979): «Una nueva «cabeza cortada» en Extremadura». Homenaje a C. Callejo Serrano. Cáceres, págs. 21-30.
- ABASOLO, J.A. y RUIZ, I. (1978): «La necrópolis de Miranda de Ebro. Materiales para su estudio». Estudios de Arqueología Alavesa, 9, págs. 265-272.
- ACUÑA, F. y CAVADA, M. (1971): «Noticias arqueológico-numismáticas del Castro Lupario (Rois-Brión, La Coruña). Cuadernos de Estudios Gallegos, 26, págs. 265-277.
- AGUILERA y GAMBOA, E. de (obra inédita): Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas, tomo IV.
- AGUILERA y GAMBOA, E. de (1916): Las necrópolis ibéricas. Madrid.
- ALBERTOS, M.L. (1983): «Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine». *Austig und Niedergang der römischen Welt*, 29, 2, págs. 853-892.
- ALMAGRO BASCH, M. (1953): Las necrópolis de Ampurias. I. Barcelona.
- ALMAGRO BASCH, M. (1982): «Ires téseras celtibéricas de bronce de la región de Segóbriga, Saelices (Cuenca)». En Homenaje a Conchita Fernández Chicarro. Madrid, págs. 195-209.
- ALMAGRO BASCH, M. (1984): Segóbriga II. Inscripciones ibéricas, latinas paganas y latinas cristianas. Excavaciones Arqueológicas en España, 127. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. *Bibliotheca Praehistórica Hispana*, XIV. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1983): «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica». *Madrider Mitteilungen*, 24, págs. 177-293.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (en prensa): «Las estelas antropomorfas en la Península Ibérica». 115e Congres National des Societes Savantes. Avignon 1990.
- ALMAGRO-GORBEA y A. LORRIO, A.J. (1987): «La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica». I Simposium sobre los céltiberos. Daroca 1986. Zaragoza, págs. 105-122.
- ALMAGRO-GORBEA, A. y LORRIO, A.J., e.p.: «Cabezas humanas en el Arte Céltico de la Península Ibérica». 115e Congres National des Societes Savantes. Avignon 1990 (en prensa).
- ALMEIDA, C.A.F. (1971): «Una escultura castreja de Calheiros, Ponte de Lima. Duas considerações». Actas do II Congresso Nacional de Arqueología. Coimbra 1970. Coimbra, págs. 293-296.
- ALMEIDA, C.A.F. y JORGE, V.O. (1979): «A estatua-menir de Faiões (Chaves)». *Trabalhos do Grupo de Estudos de Arqueologia Portuguesa*, 2. Oporto, págs. 17-18.
- ANGOSTO, C. y CUADRADO, E. (1981): «Fíbulas Ibéricas con escenas venatorias». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 13, págs. 18-30.
- ANTUNES, M.T. y SANTINHO, A. (1986): «O crânio de Garvão (Século III a. C.): causa mortis, tentativa de interpretação». *Trabalhos de Arqueologia do Sul*, 1, págs. 79-85.

- ARGENTE, J.L. (1989): Las fíbulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica. Tesis doctoral reprografiada. Universidad Complutense. Madrid.
- ARGENTE, J.L. (1990): «La necrópolis de Carratiermes (Tiermes, Soria)». II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis Celtibéricas. Daroca 1988. Zaragoza, págs. 51-57.
- ARIAS, F. (1981): «Un estela antropomorfa do Castro de As Coroas de Reigosa (Pastoriza, Lugo)». *Brigantium*, 2, págs. 257-265.
- ATRIAN, P. et alii (1990): Museo de Teruel. Teruel.
- BALIL, A. (1955): «Dos ejemplares de la coroplástica de «Tossal de les Tenalles» (Sidamunt). III Congreso Nacional de Arqueología. Galicia 1953. Zaragoza, págs. 136-147.
- BALIL, A. (1956): «Representaciones de «cabezas cortadas» y «cabezas-trofeo» en el Levante español». Actas IV Sesión Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Madrid 1954. Zaragoza, págs. 871-879.
- BARBERA, J. (1958): «La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (Colección Rubio de la Serna)». *Ampurias*, 30, págs. 97-150.
- BEIRÃO, C. M. et alii (1985): «Depósito votivo de Il Idade do Ferro de Garvão». *O Arqueólogo Português*, serie IV, vol. 3, págs. 45-135.
- BELTRAN, M. (1973): «Las estelas con inscripción alfabética del S.W. y con decoración figurada de Madroñera y los materiales del castro de la Coraja». *Estudios de Arqueología Cacereña*. Zaragoza, págs. 87-147.
- BENOIT, F. (1954): *L'Héroisation Equestre*. Aix-en-Provence.
- BENOIT, F. (1956): *L'Art primitive méditerranéen de la Vallée du Rhône*. París.
- BENOIT, F. (1957): *Entremont. Capitale celto-ligure des Saylens de Provence*. Aix-en-Provence.
- BENOIT, F. (1981): *Entremont*. París.
- BERROCAL, L. (1989a): «Placas áureas de la Edad del Hierro en la Meseta Occidental». *Trabajos de Prehistoria*, 46, págs. 279-291.
- BERROCAL, L. (1989b): «El asentamiento «céltico» del Castejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Universidad Autónoma de Madrid*, 16, págs. 245-295.
- BLANCO, A. (1956): «Cabeza de un castro del Narla. Notas sobre el tema de la cabeza humana en el arte céltico». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XI (34), págs. 159-180.
- BLANCO, A. (1957): «Origen y relaciones de la orfebrería castreña». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XII, págs. 137-157.
- BLAZQUEZ, J.M. (1958): «Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica». *Latomus*, 17, págs. 27-48.
- BLAZQUEZ, J.M. (1962a): «Cabezas inéditas del castro de Yecla (Salamanca)». VII Congreso Nacional de Arqueología. Barcelona 1960. Zaragoza, págs. 217-226.
- BLAZQUEZ, J.M. (1962b): «Bronces prerromanos del Museo Provincial de Cáceres». *Archivo Español de Arqueología*, 35, págs. 128-131.
- BLAZQUEZ, J.M. (1975a): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. (2.^a ed.). Salamanca.
- BLAZQUEZ, J.M. (1975b): *Diccionario de las Religiones Prerromanas de Hispania*. Madrid.
- BLAZQUEZ, J.M. (1977): *Imagen y mito*. Madrid.

- BLAZQUEZ, J.M. (1983): *Primitivas religiones ibéricas II. Religiones Prerromanas*. Madrid.
- BLAZQUEZ, J.M. et alii (1984): *Castulo IV. Excavaciones Arqueológicas en España*, 131. Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. (1915-20): «El donatiu de Puig Castellar, per D. Ferran de Sagarra, a l'Institut d'Estudis Catalans». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, págs. 593-597.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.
- BOUZA BREY, F. (1951): «La cabeza céltica de Ocastro (Silleda)». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, VI, págs. 33-42.
- BRONCES ROMANOS EN ESPAÑA. 1990, Madrid.
- BRUNAUX, J.L. (1988): *The Celtic Gauls: Gods, Rites and Sanctuaries*. Londres.
- BURILLO, F. y SUS, M.L. de (1988): «La casa 2 de Herrera», en F. Burillo et alii (eds.) 1988. *Celtíberos*. Zaragoza, págs. 62-67.
- CABRE, E. (1934): «Dos tipos genéricos de falcata hispánica». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, X, págs. 207-224.
- CABRE, E. (1951): «La más bella espada de tipo Alcácer-do-Sal en la necrópolis de La Osera». *Revista de Guimarães*, 61, págs. 249-262.
- CABRE, J. (1915-20): «Esteles ibèriques ornamentades del Baix Aragó». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, págs. 629-641.
- CABRE, J. (1930): *Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Avila)*. I. El Castro. *Memoorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 110, Madrid.
- CABRE, J., MOLINERO, A. y CABRE, E. (1950): *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*. *Acta Arqueológica Hispánica*, V. Madrid.
- CALO LOURIDO, F. (1976): «Revisión metodológica sobre un supuesto ídolo gálico». *Boletín Auriense*, VI, págs. 87-96.
- CALO LOURIDO, F. (1983): «Arte decoración, simbolismo e outros elementos da cultura material castrexa. Ensaño de sintese. En PEREIRA G. (ed.): *Estudo de cultura castrexa e de Historia antiga de Galicia*, Compostela págs. 159-185.
- CALO LOURIDO, F. (1991): «De los orígenes a la romanización». *Galicia no tempo*, Santiago de Compostela, págs. 83-91.
- CAMPILLO, D. (1977-78): «Abrasionen dentarias y cráneos enclavados del poblado de Ullastret (Baix Empordà, Gerona)». *Ampurias*, 38-40, págs. 317-326.
- CANCELA, M.L. (1980): «Pequeños objetos de bronce de Bílbilis (Calatayud)». *Papeles Bilbilitanos*, págs. 17-29.
- CAPRILE, P. (1986): *Estudio de los objetos de adorno del Bronce Final y Edad del Hierro en la provincia de Alava*. *Cuadernos de Arqueología Alavesa*, 14. Vitoria.
- CARDOZO, M. (1965): *Citânia de Briteiros e Castro de Sabroso*. Guimarães.
- CARDAZO, M. (1985): *Catálogo do Museu de Arqueologia de Sociedade Martín Sarmento*, Guimarães.
- CARRIAZO, J.M. (1970): *El tesoro y primeras excavaciones de Eborá (Sanlúcar de Barrameda)*. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 69. Madrid.
- I CELTI (1991), Milán.
- CHAPA, T. (1980): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*. Tesis reprografiada. Universidad Complutense. Madrid.

- CHASSAING, M. (1976): «Du rite celtique des têtes coupées et de sa survivance dans l'icographie gallo et germano-romaine (I)». *XX Congrès Préhistorique de France*, 1974, págs. 69 ss.
- CONDE-VALVIS, F. (1952): «La «Cibdá» de Armea en Santa Marina de Au'gas Santas». *Boletín del Museo Arqueológico Provincial de Orense*, VI, págs. 25-100.
- CORREA, J.A. (1988): «Estela en escritura tartesia hallada en Alcoforado (Odemira, Baixo Alentejo)». *Archivo Español de Arqueología*, 61, págs. 197-200.
- CUADRADO, E. (1957): «La fíbula anular hispánica y sus problemas». *Zephyrus*, VIII, págs. 5-76.
- DECHELETTE, J. (1927): *Manuel d'Archéologie Préhistorique et Gallo-Romaine*, IV. París.
- DIAZ, M.A. (1989): «Sacrificios humanos en la Celtiberia Oriental: las cabezas cortadas». *Segundo Encuentro de Estudios Bilbilitanos*. Calatayud, págs. 33-41.
- EGGERS, H.J. (1964): *L'Art des Germains à l'Age du Fer. Les Celtes et les Germains à l'époque païenne*. Paris.
- ELUERE, CH. (1986-87): «Enigmatiques images d'hommes dans l'orfèvrerie de l'Age du Fer». *Antiquités Nationales*, 18-19, págs. 193-203.
- ENRIQUEZ, J.J. y RODRIGUEZ, A. (1985): *Las piezas de oro de Segura de León y su entorno arqueológico*. Badajoz.
- FARIÑA, F. (1991): «Torso de guerrero». *Galicia no tempo*, Santiago de Compostela, pág. 108.
- FERNANDEZ, J.J. (1986): «Hallazgo arqueológico en Hermisende (Zamora)». *Anuario 1986. Instituto de Estudios Zamoranos Florian de Ocampo*, Zamora, págs. 55-64.
- FERNANDEZ DE AVILES, A. (1944): «Rostros humanos, de frente, en la cerámica ibérica». *Ampurias*, VI, págs. 161-178.
- FERNANDEZ GOMEZ, F. (1989): «Orfebrería indígena en época prerromana», en *El oro en la España Prerromana*. *Revista de Arqueología*. Madrid, págs. 82-89.
- FERNANDEZ OCHOA, C. (1983): «Escultura castreña hallada en Deva (Gijón)». *Archivo Español de Arqueología*, 56, págs. 247-252.
- FERNANDEZ OCHOA, C. (1987): «La cultura castreña de los pueblos del Norte y Noroeste en la segunda Edad del Hierro». *Historia General de España y América*, 1-2, Madrid, págs. 357-381.
- FERREIRA DA SILVA, A.C. (1986): *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreira.
- FERRO COUSELO, J. (1972): «Estatuas sedentes y una columna miliaria de Xinzo de Limia». *Boletín Auriense*, 2, págs. 329-335.
- FUENTE, V. de la (1882): *Historia de la siempre Augusta y Fidelísima Ciudad de Calatayud*. Zaragoza.
- GARCIA, M. y PELLICER, J. (1984): «Dos tésseras de hospitalidad, celtibéricas, en plata». *Kalathos*, 3-4, págs. 149-154.
- GARCIA IGLESIAS, L. (1971): «La Beturia un problema geográfico de la Hispania Antigua». *Archivo Español de Arqueología*, 44, págs. 86-108.
- GARCIA MARTINEZ, M.C. (1969): «Unha escultura galaica bifronte». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXIV, págs. 14-22.
- GERIN-RICARD, H. (1927): *Le sanctuaire de Roquepertuse*. Marsella.

- GONZALEZ CORDERO, A. et alii (1990): «Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal de la Vera y Villanueva de la Vera (Cáceres)». *Studia Zamorensia*, XI, págs. 129-160.
- GONZALEZ ECHEGARAY, J. (1966): *Los Cántabros*. Madrid.
- GUIPART, J. (1975): «Nuevas piezas de escultura prerromana en Cataluña: Restos de un monumento con relieves en Sant Martí Sarroca (Barcelona)». *Pyrenae*, 11, págs. 71-80.
- HIDALGO, J.M. (1990): «Notas arqueológicas sobre Arbo y Crecente (Pontevedra, Galicia)». *Gallaecia. Actas de 1.º Congreso. La Guardia 1988*, Vigo, págs. 125-135.
- INIESTA, A. (1983): *Las fíbulas de la región de Murcia*, Murcia.
- JACOBSTHAL, P. (1944): *Early Celtic Art*. Oxford.
- JORGE, V. O. y S. (1983): «Nótula preliminar sobre uma nova estátua-menir do Norte de Portugal». *Arqueología*, 7. Oporto, págs. 44-47.
- KOSSACK, G. (1954): *Studien zum Symbolgut der Urnenfelder und Hallstattzeit Mitteleuropas. Römisch-Germanische Forschungen*, Berlín.
- KROMER, K. (1974): «Ein Votivfigürchen aus Südtirol». *Opuscula I. Kastelic*. Ljubljana, págs. 53-59.
- LENERZ DE WILDE, M. (1981): «Keltische funde aus Spanien». *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 11, págs. 315-319.
- LENERZ DE WILDE, M. (1986): «Art celtique et armes ibériques». *Revue Aquitania. Suplemento*, 1, págs. 273-280.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. (1951): «Esculturas zoomorfas y antropomorfas de la Cultura de los castros». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, VI, págs. 177-203.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. (1955): «El comercio y los medios de transporte de los pueblos castreños». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, X, págs. 145-157.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. (1956): «Nota acerca de una figura Itálica». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XI, págs. 294-295.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. (1957): «Las estatuas de Logrosa». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XII, págs. 131-135.
- LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1977): «La diadema de San Martín de Oscos». *Homenaje a García Bellido*, III, págs. 99-108.
- LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1987): «Las «cabezas cortadas» en la Península Ibérica». *Gerión*, 5, págs. 245-252.
- LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1989): *Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica*. *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, X. Madrid.
- LUENGO, J.M. (1967): «Piezas del Museo Histórico-Arqueológico de La Coruña. El Hermes celta de Puente deume y supervivencias de su culto». *Revista del Instituto José Corvide de Estudios Coruñeses*. III, 3, págs. 178 ss. (en nota).
- LUENGO, J.M. (1983): «Lo celta y celtibérico en la provincia de León». *Homenaje al Prof. M. Almagro Basch*, III, Madrid, págs. 161-172.
- MAESTRO, E.M. (1989): *Cerámica ibérica decorada con figura humana*. *Monografías Arqueológicas*, 31, Zaragoza.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1952): «Una figurita de guerrero, con espada al hombro, procedente del Castro del Cerro del Berrueco». *Revista de Guimarães*, 62, págs. 233-243.

- MALUQUER, J. (1970): «Desarrollo de la orfebrería prerromana en la Península Ibérica». *Pyren*, 6, págs. 79-110.
- MALUQUER, J. y TARACENA, B. (1954): «Los pueblos de la España Céltica». En *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal. I, 3. Madrid.
- MARTIN VALLS, R. (1973): «Insulturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: Nuevos hallazgos y problemas cronológicos». *BSAA*, XXXIX, págs. 81-103.
- MEGAW, J.V.S. (1975): «The Orientalising Theme in Early Celtic Art: East or West?». En J. Fitz (ed.) *The Celts in Central Europe. Papers of the II Pannonia Conference*, 1974, págs. 15-33.
- MELIDA, J.R. (1900): «La colección de bronce antiguos de D. Antonio Vives». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IV, págs. 154-164.
- MORALES, F. (1984): «Un pequeño busto femenino de barro en Estepa de Tera». *Celtiberia*, 67, págs. 113-117.
- MUÑOZ, J. (1953): «El Jano de Candelario». *Zephyrus*, IV, págs. 69-73.
- NIETO, G. (1943): «El yacimiento prerromano de Paredes de Nava». *BSAA*, IX, págs. 189-190.
- OLIVA, M. (1962): «Cerámica con decoración de pintura blanca en las excavaciones de Ullastret (Gerona)». VII Congreso Nacional de Arqueología. Barcelona 1960. Zaragoza, págs. 315-322.
- ORERO, L. (1986): «Torso de gerreiro de Santa Adegá (Reádegos) e cabeza de Anllo (S. Cristóbal de Cea)». *Boletín Auriense*, XVI, págs. 91-105.
- PALOMAR LAPESA, M. (1957): *La antroponomía personal prelatina en la antigua Lusitania*. Salamanca.
- PARIS, P. (1903-1904): *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*. París.
- PÉREZ OUTEIRIÑO, B. (1985): «Informe sobre las excavaciones arqueológicas de «A cidade» de San Cibrán de Lás (San Amaro-Punxín, Orense). Campaña de 1982». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 22, págs. 211-259.
- PUIG, J. (1915-20): «La colonia grega d'Empuries». *A.I.E.C.* VI, págs. 694-712.
- PUJOL, A. (1989): *La población prerromana del extremo nordeste peninsular*. I. Bellaterra.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. *Madriider Forschungen*, 5. Berlín.
- RAMS BROTONS, M.V. (1975): «Avance a un estudio de las ffbulas ibéricas de la provincia de Valencia». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIV, págs. 139-153.
- RODRIGUEZ ALVAREZ, M.P. (1981): «Sincretismo de la religión indígena y la religión romana visto a través de las estelas antropomorfas». *Brigantium*, 2, págs. 73-82.
- ROMERO, F. (1976): *Las cerámicas policromas de Numancia*. Valladolid.
- ROMERO, F. y SANZ, C. (en prensa): «Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital: iconografía y dispersión geográfica». En este Symposium.
- SAIZ, P. (en prensa): «Representaciones plásticas de la cabeza humana en la necrópolis celtibérica de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria)». En este Symposium.
- SAN VALERO, J. (1945): *El tesoro preimperial de plata de Drieves (Guadalajara)*. *Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas*, 9. Madrid.
- SANDARS, N. (1976): «Orient and orientalism: recent thoughts reviewed». En P.M. Duval y C. Hawkes (eds.): *Celtic Art in Ancient Europe*, Londrés, págs. 41-55.
- SANTOS JUNIOR, J.R. (1978): «Cabeça-troféu do Museu Municipal de Chaves». *Trabalhos de Antropologia y Etnología*, 23 (II y III), págs. 352-356.

- SANTOS, M. y PEREZ, C. (1989): «Aportaciones sobre a estatuaría de guerreiros galaicos a raíz da aparición de dúas novas estatuas en Melgaço e Quintela». *Revista de Ciências Históricas*, Porto, IV, págs. 51-64.
- SAYANS, M. (1964): «Dos cabezas célticas y una romana de Plasencia». **VIII Congreso Nacional de Arqueología**. Sevilla-Málaga 1963. Zaragoza, págs. 265-271.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen, 3, Berlín.
- SCHULTEN, A. (1931): *Die Stadt Numantia*. II. München.
- SEVILLANO, V. (1978): *Testimonio arqueológico de la Provincia de Zamora*. Zamora.
- SOPEÑA, G. (1987): *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.
- TABOADA, J. (1965): *Escultura celto-romana*. Cuadernos de Arte Gallego, 3. Vigo.
- TABOADA, M. (1988-89): «Estela funeraria antropomorfa do Muiño de San Pedro (Verín)». *Boletín Auriense*, XVIII-XIX, págs. 79-93.
- TARACENA, B. (1927): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 86. Madrid.
- TARACENA, B. (1929): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. J.S.E.A., 103. Madrid.
- TARACENA, B. (1932): *Memoria de excavaciones en la provincia de Soria*. J.S.E.A., 119. Madrid.
- TARACENA, B. (1943): «Cabezas trofeo en la España céltica». *Archivo Español de Arqueología*, XVI, págs. 157-171.
- TOVAR, A. (1977): «El nombre de Celtas en Hispania». *Homenaje a García Bellido*, III. Madrid, págs. 163-178.
- TOVAR, A. (1985): «La inscripción de Cabezo das Fráguas y la lengua de los lusitanos». *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Lisboa 1980. Salamanca, págs. 227-253.
- TRANOY, A. (1981): *La Galice romaine*, París.
- ULBERT, G. (1984): *Cáceres el Viejo*. Madrider Beiträge. Mainz am Rhein.
- UNTERMANN, J. (1965): *Elementos de un atlas antroponímico de la Península Ibérica*. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, VII. Madrid.
- UNTERMANN, J. (1987): «Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch». *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Vitoria 1985, págs. 57-76.
- VASCONCELOS, J. L. de (1905): *Religiões de Lusitania*. II. Lisboa.
- VAZQUEZ SEIJAS, M. (1934): «El castro de Barán». *Boletín de la Academia Gallega*, 21 (n.º 246), págs. 125-130.
- VAZQUEZ VARELA, J.M. (1980): «La estela de Troitosende: Uso y abuso de los paralelismos en el arte prehistórico». *Brigantium*, 1, págs. 83-91.
- WATTENBERG, F. (1959): *La región vaccea*. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, II. Madrid.
- WATTENBERG, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*. *Biblioteca Praehistorica Hispana*, IV. Madrid.
- WATTENBERG, F. (1978): *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*. Valladolid.

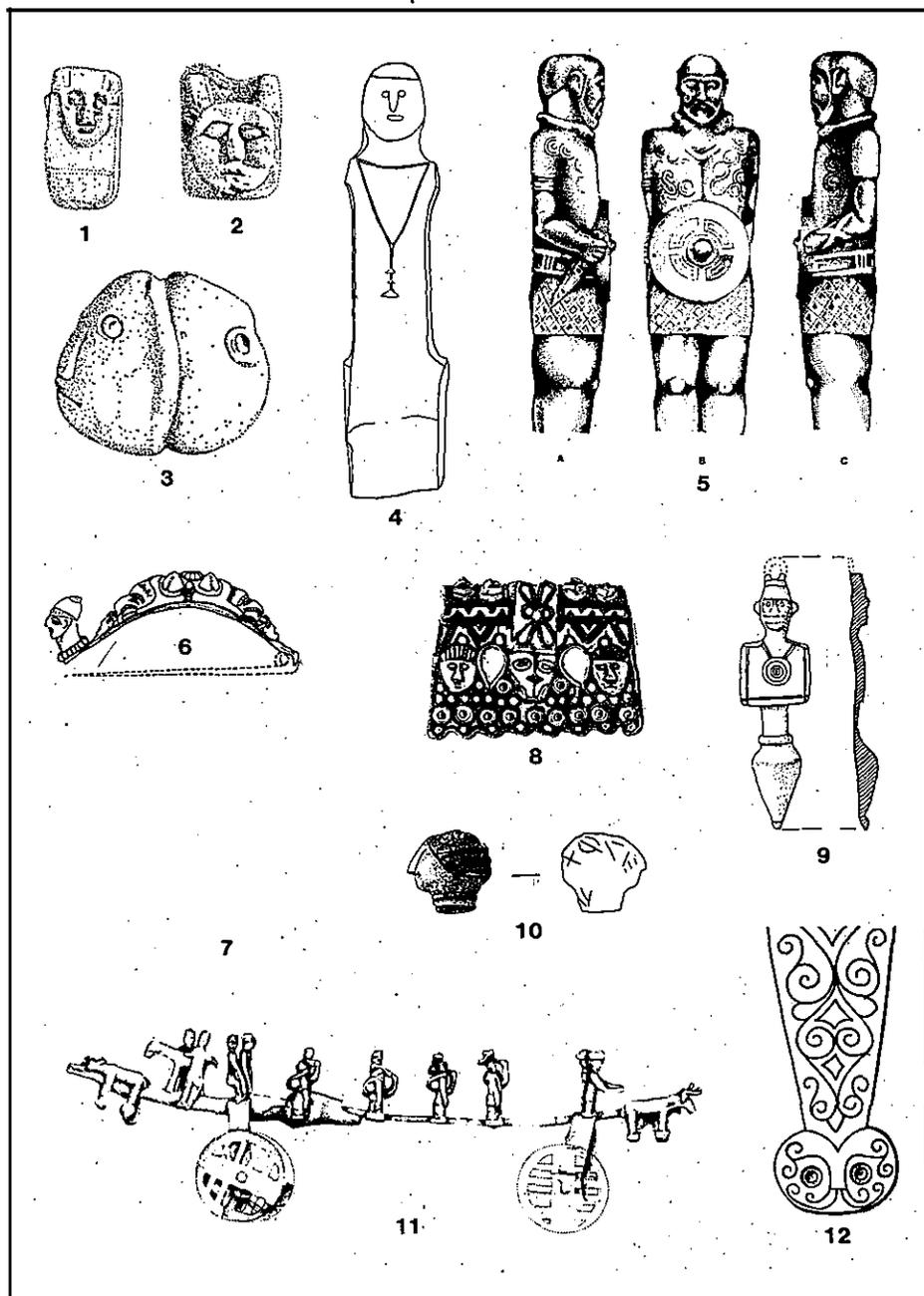


FIG. 1.— 1-2. Cabezas con cuernos del Cerro Salomón. 3. «Jano de Candelario». 4. Estela de Oporto. 5. Guerrero de Lezenho. 6-7. Fíbulas de Driebes. 8. Placa de Segura de León. 9. Colgante de La Hoya. 10. Tésera de Botija. 11. Carrito de Vilela. 12. Contera de una vaina de La Osera. (A escalas diversas y según los autores citados en los inventarios).

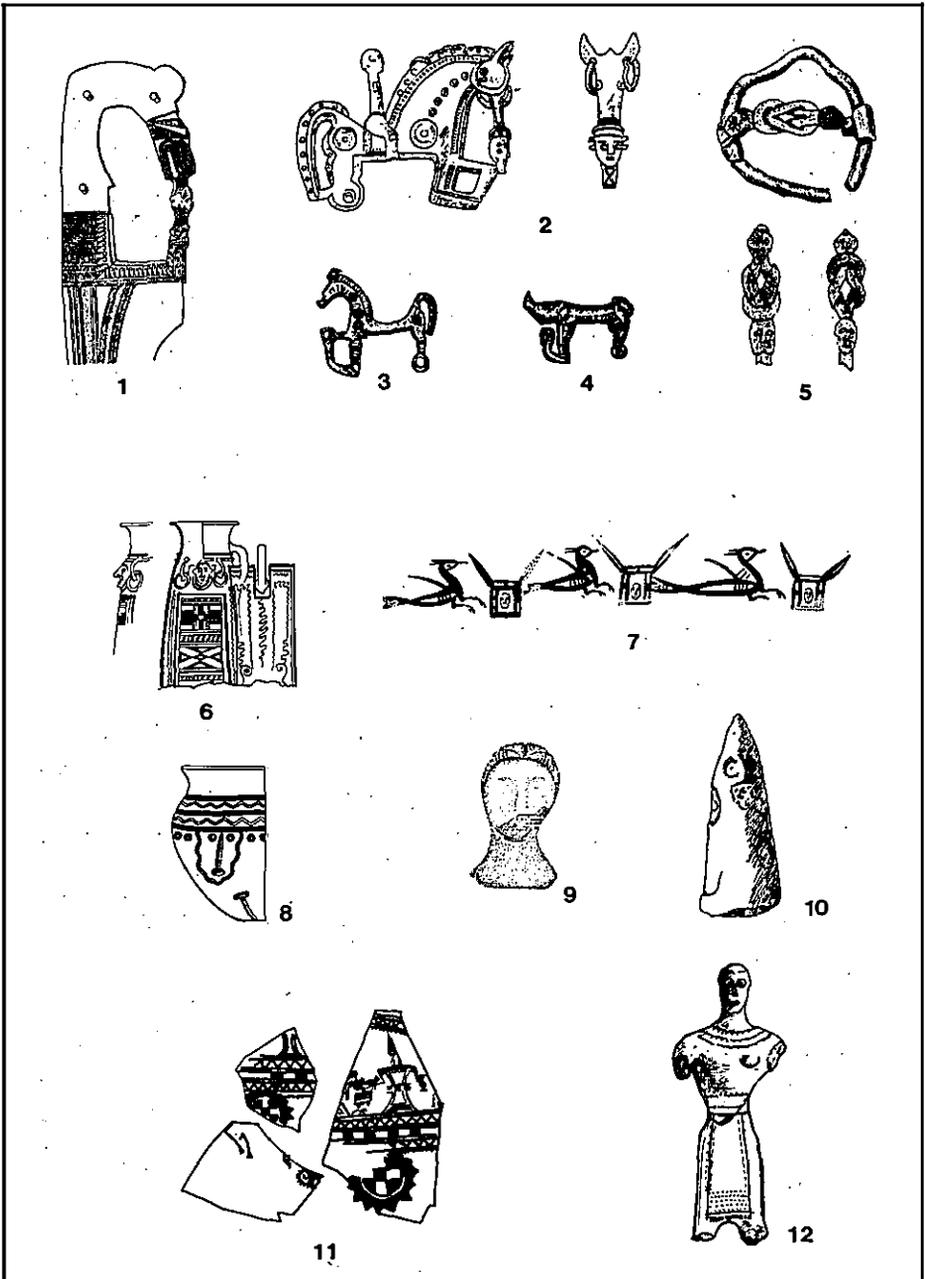
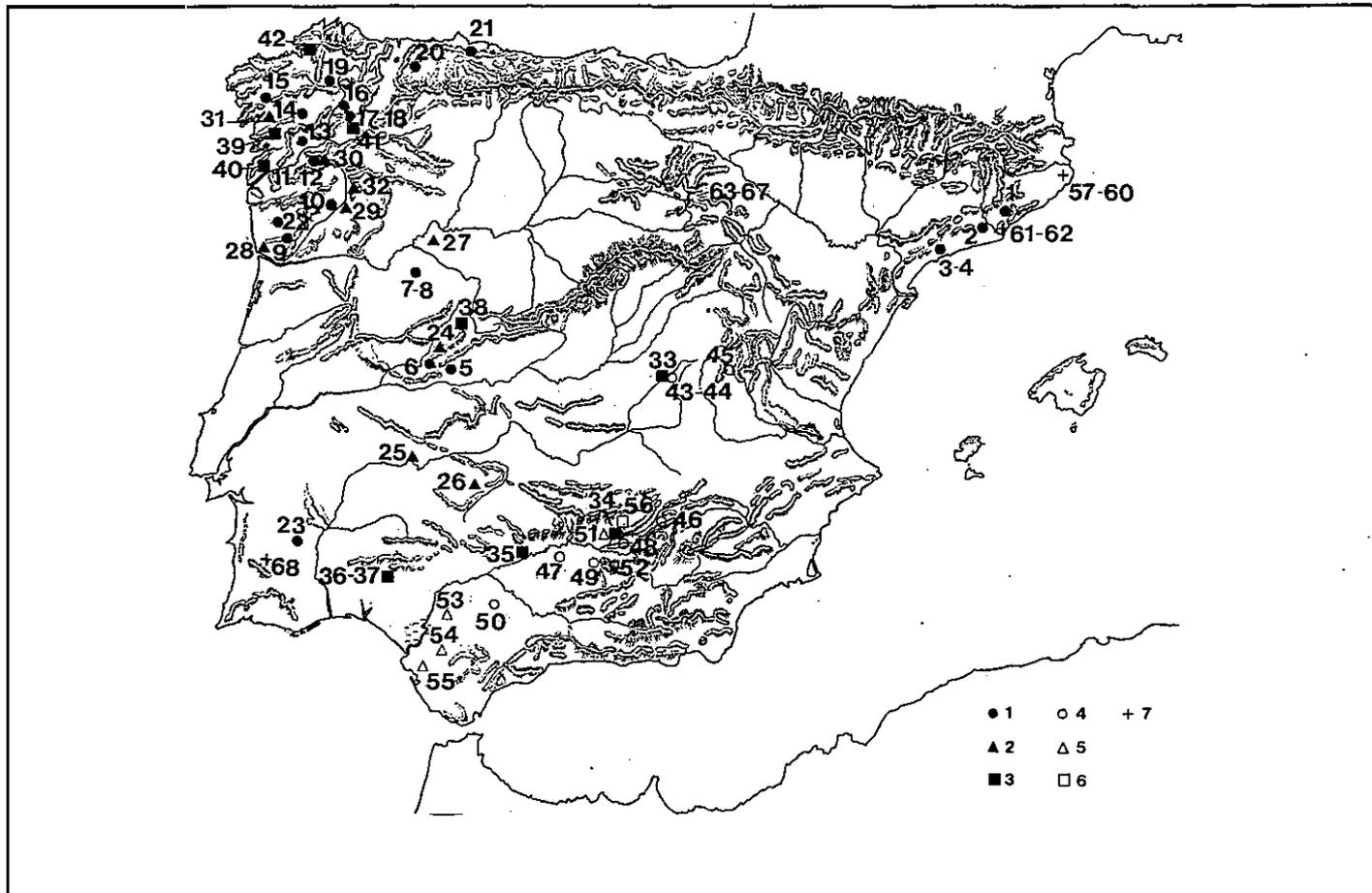
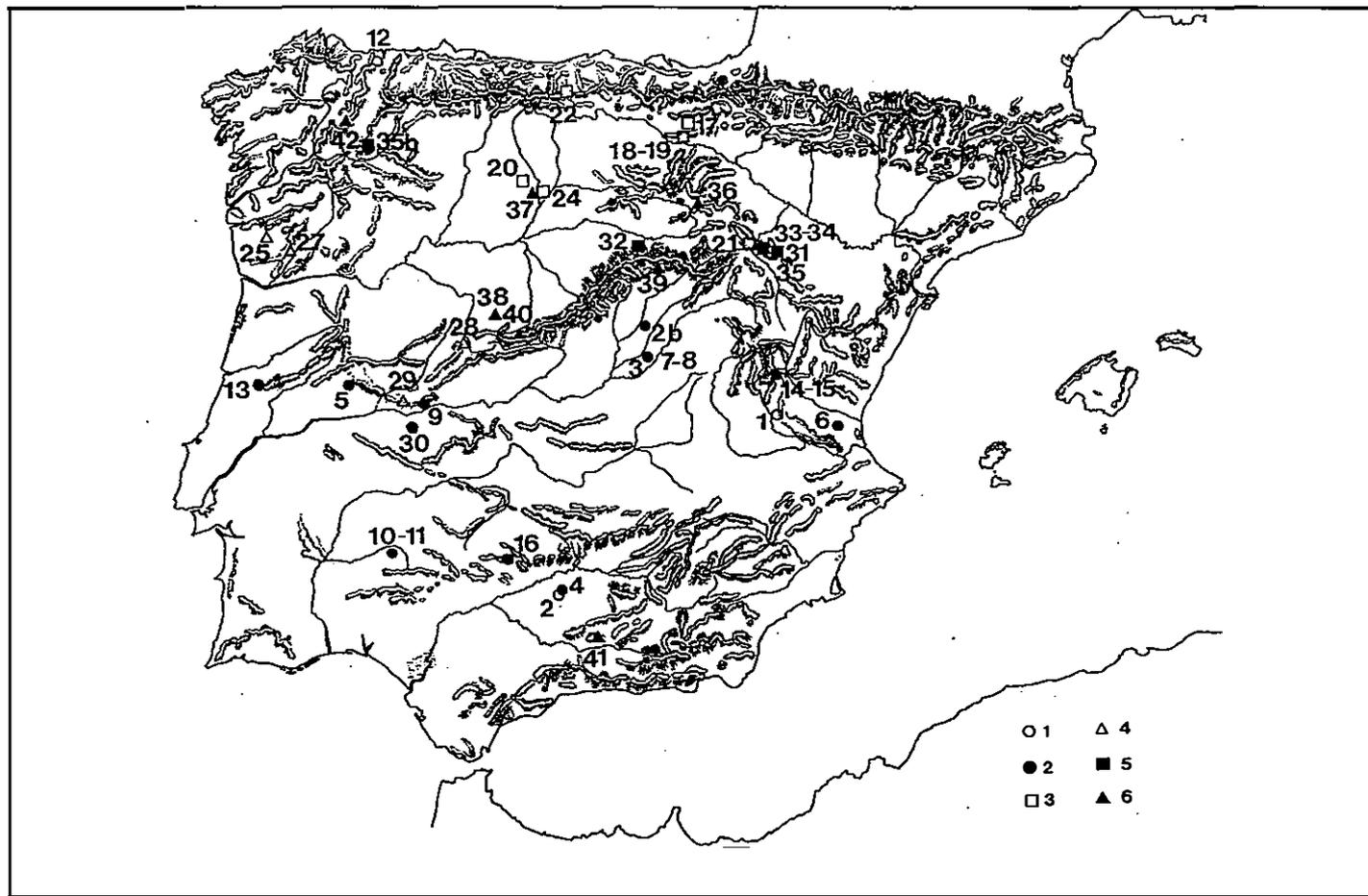


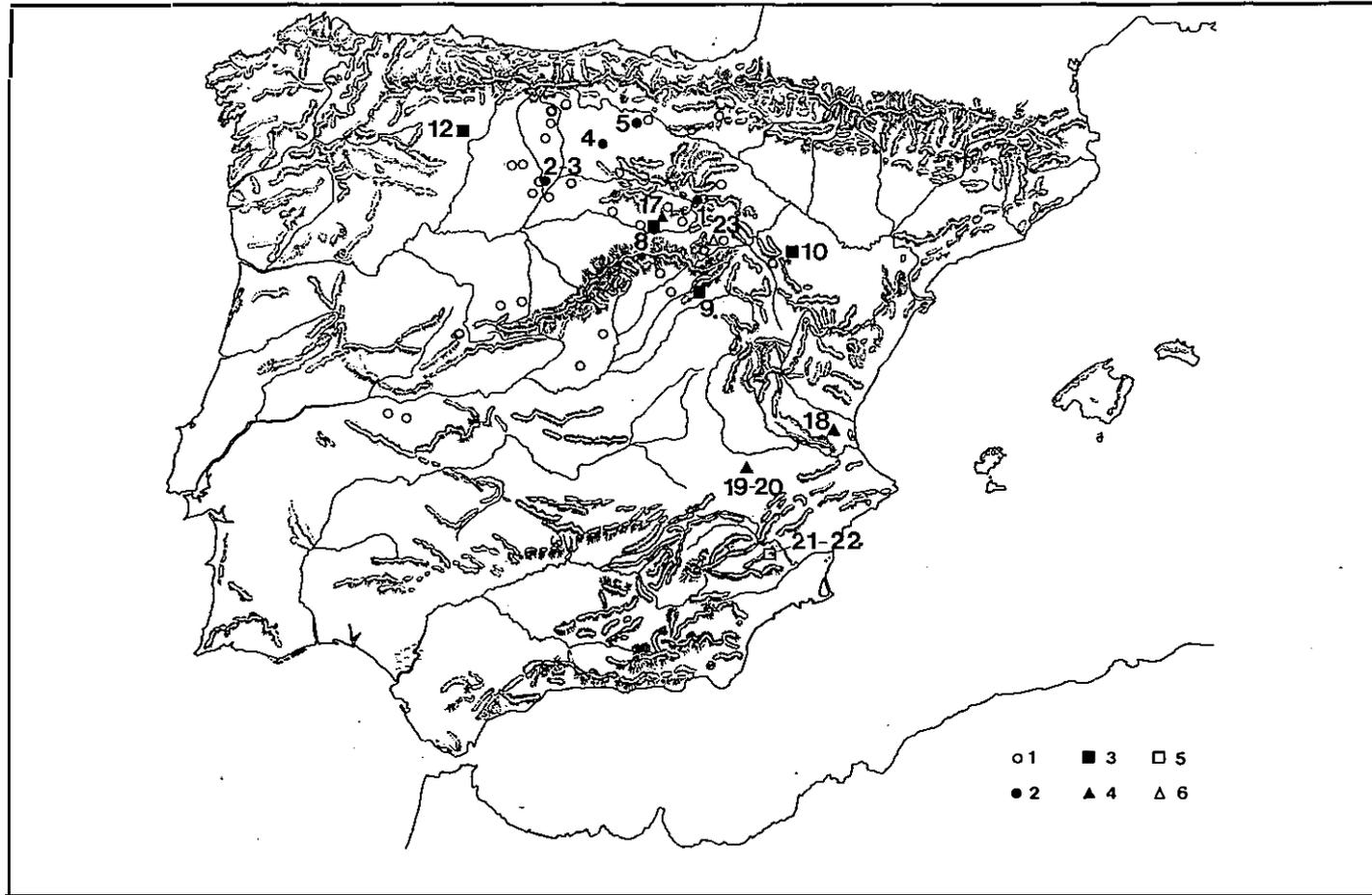
FIG. 2.— 1. Empuñadura de una falcata de Ilora. 2. Fíbula del M.A.N. 3-4. Fíbulas del Museo Arqueológico de Barcelona. 5. Fíbula anular de La Mercadera. 6. Cabeza aplicada de Numancia. 7. Cabezas aplicadas de Uxama. 8. Urna de La Osera. 9. Cabeza de Estepa de Tera. 10. Cabeza de Langa de Duero. 11. Representación pintada de Numancia. 12. Figura de Numancia. (A escalas diversas y según los autores citados en los inventarios).



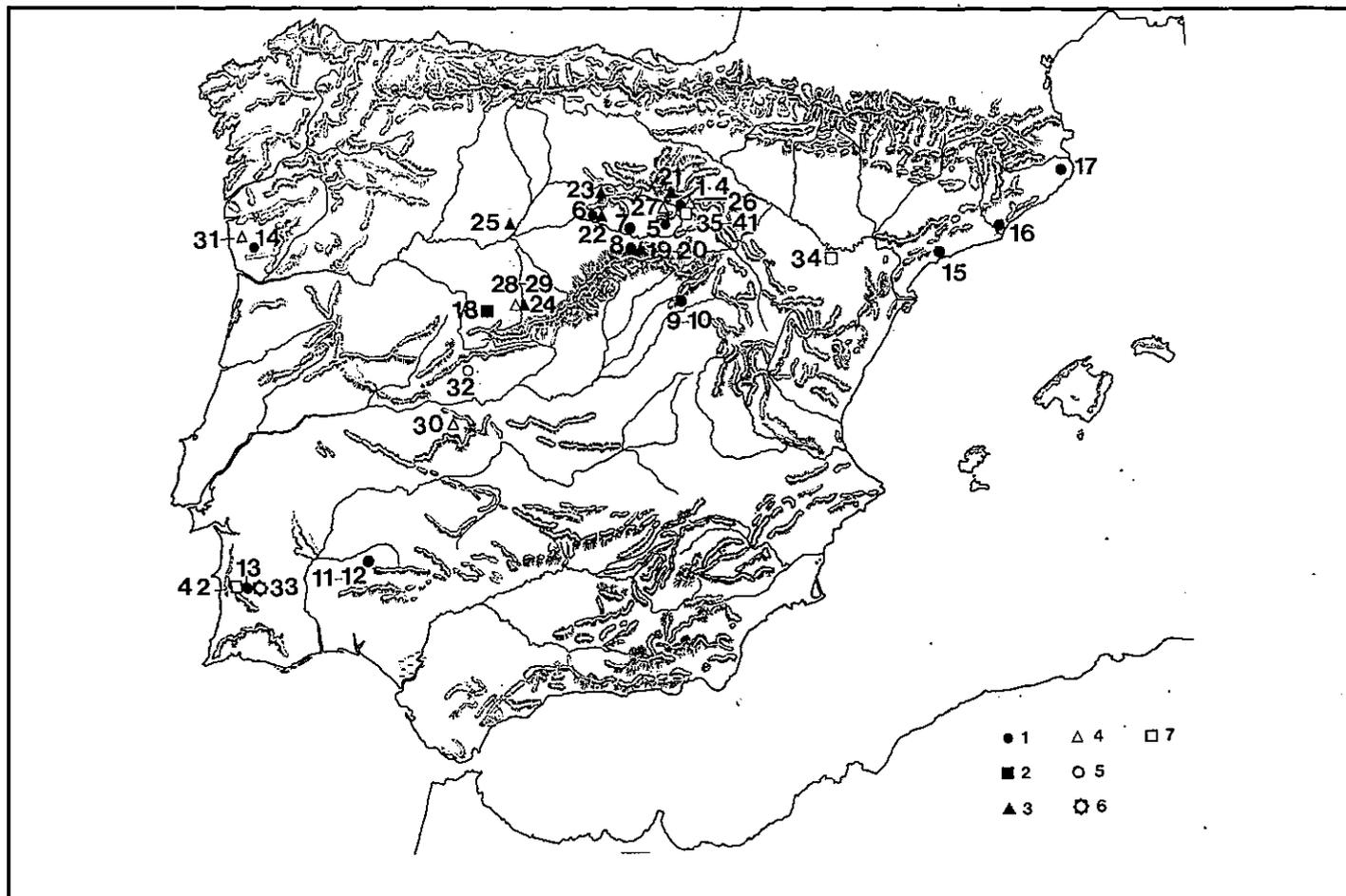
MAPA 1.— A. Representaciones en piedra: 1. «Cabezas-cortadas». 2 Estelas con cabeza humana, 3. Grupo vario. 4. Cabezas humanas bajo carnívoro. 5. Cabezas animales bajo carnívoro. B. Orfebrería: 6. Cabeza humana en las fauces de un carnívoro. C. Craneos cortados (7).



MAPA 2.— Representaciones en metal: A. Orfebrería: 1. Figuras de cuerpo entero. 2. Cabezas. B. Toreútica: 3. Figuras de cuerpo entero. 4. Bronces con representaciones humanas. 5. Cabezas. 6. Grupo vario.



MAPA 3.— 1. Fíbulas de caballito. 2. Id. con cabeza humana. 3. Fíbulas de jinete. 4. Fíbulas anulares de bronce con cabeza. 5. Fíbulas con esquema de La Tène. 6. Indeterminadas.



MAPA 4.— Representaciones cerámicas: A. Cabezas en vasos: 1. Aplicadas. 2. Grupo vario. B. Cabezas exentas (3). C. Figuras humanas de cuerpo entero: 4. Pintadas. 5. Impresas. 6. Aplicadas. 7. Modeladas en arcilla.

**REPRESENTACIONES ZOOMORFAS PRERROMANAS
EN PERSPECTIVA CENTAL
ICONOGRAFIA, CRONOLOGIA Y DISPERSION GEOGRAFICA**

F. ROMERO CARNICERO*
C. SANZ MINGUEZ*

Hace poco más de tres lustros que uno de nosotros llamaba la atención sobre cierta figura pintada en un fragmento cerámico de Numancia, intentando demostrar, amparándose en otras pinturas vasculares y alguna fíbula de bronce, que tal representación no era otra que la de un animal visto desde arriba¹, es decir, captada en lo que, con posterioridad y con nuevos y variados ejemplos, dio en llamar «*perspectiva cenital*»²; término que parece ajustarse mejor para referirnos a este fenómeno de «*realismo intelectual*», como lo designara Fernández de Avilés, que el de «*perspectiva rebatida*», empleado por él mismo para calificar curiosamente, aunque de forma incidental, a la misma figura³. Desde entonces acá los ejemplos han proliferado y, lo que parece más importante, se han diversificado en lo que a sus soportes se refiere; la idea de una recopilación y comentario actualizado de los mismos nos ha movido a redactar la presente comunicación.

En el fragmento de referencia, correspondiente muy posiblemente a una jarra de boca trilobulada, se representa, casi con seguridad, a una fiera captada en toda su agresividad, enseñando sus garras y mostrando sus fauces, haciendo uso del recurso, habitual en las pinturas numantinas, del convencionalismo de falsa perspectiva. Esta representación es sobradamente conocida, en la medida en que ha sido objeto de variadas interpretaciones⁴, entre las que cabe recordar su identificación con la divinidad gala *Cernunnos*; identificación sobre la que, aún ahora, siguen insistiendo algunos autores⁵. Otra jarra con decoración pintada

(1) ROMERO CARNICERO, F., «Nuevas aportaciones al estudio de la cerámica numantina», *Celtiberia*, 45, 1973, págs. 37-50.

(2) En primer lugar en: ROMERO CARNICERO, F., «La «perspectiva cenital» en las representaciones zoomorfas de la cerámica numantina y sus paralelismos», *III Congreso Nacional de Arqueología*, Porto, 1973, comunicación que nunca llegó a ver la luz; con posterioridad: IDEM, «Notas de cronología cerámica numantina», *BSAA*, XLII, 1976, págs. 383-385 y 387-389; IDEM, *Las cerámicas policromas de Numancia*, Valladolid, 1977, págs. 157-159 y 186-187.

(3) FERNÁNDEZ DE AVILES, A., «Rostros humanos, de frente, en la cerámica ibérica», *Ampurias*, VI, 1944, pág. 173. nota 1.

(4) ROMERO CARNICERO, F., *Las cerámicas policromas...*, pág. 24, n.º 26, fig. 8-26, donde se recoge toda la bibliografía anterior.

(5) Así, por ejemplo, el mismo J.M. Blázquez, autor como se sabe de esta teoría: BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M., «La religión indígena», en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. II-2, Madrid, 1982, pág. 281; también: SALINAS DE FRIAS, M., «La religión de los celtiberos (1)», *Studia Historica, H.ª Antigua*, II-III, 1, 1984-85, págs. 84 y 99; SOPENA, G., *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza, 1987, pág. 49, lám. XI-C.

polícroma, procedente de Numancia también y expuesta al igual que el fragmento anterior en las renovadas instalaciones del Museo Numantino, muestra tres figuras, quizá perros, en idéntica perspectiva; de diseño más geométrico y menor vivacidad que la fiera citada, presentan cabeza trapezoidal con orejas orientadas hacia atrás, un sólo ojo, por convencionalismo de falsa perspectiva sin duda también, patas arqueadas hacia adelante, con las pezuñas marcadas, y rabo⁶.

Recuerda en bastante medida a los perros citados en último lugar la figura, interpretada como «*antropomorfo*», que, procedente de Segovia, aparece sobre un fragmento cerámico celtibérico, perteneciente muy posiblemente también a una jarra de boca trilobulada, aunque de cuerpo cilíndrico ahora, pintada en rojo y negro; la cabeza es aquí triangular y sobre la misma figuran los dos ojos, las patas muestran las garras y la cola aparece apenas insinuada⁷. Mucho más esquemática es la representación que aparece pintada bajo el vertedero de una jarra de idéntica forma a la anterior; exhumada recientemente en las excavaciones de la necrópolis vaccea de Padilla de Duero (Valladolid); pese a ello, pero teniendo en cuenta otras figuras recuperadas en el mismo yacimiento, a las que habremos de referirnos más adelante, no dudamos en considerarla una representación zoomorfa en perspectiva cenital.

Muy similar a los perros de la jarra numantina y a la figura segoviana arriba citada es, ya entre la cerámica ibérica, la del «*perro*» o «*batracio*» que figura, perseguida por una serpiente, en un *kalathos* de Azaila, que Cabré atribuyó al pintor que firmaba sus vasos con una o varias HH⁸, conservando en el Museo Arqueológico Nacional; en la misma, y en particular en su cabeza, pueden apreciarse también algunos convencionalismos de representación, tales como el que muestre un sólo ojo o la boca abierta⁹.

Posteriores sin duda, los restantes ejemplos que conocemos en cerámica se caracterizan, además, por su diversidad, ya que, salvo el fragmento uxamense a que nos referiremos a continuación, en el que la representación aparece, al igual que en los ejemplos descritos hasta ahora, pintada, en los restantes éstas figuran aplicadas. En efecto, sobre un pequeño fragmento de cerámica romana de tradición indígena de la ciudad de Uxama se aprecia una figura animal, de la que sólo se conservan parte de la cabeza y de la pata anterior izquierda¹⁰, cuyos rasgos obligan a pensar en una representación zoomorfa en perspectiva cenital.

(6) ROMERO CARNICERO, F., *Las cerámicas polícromas...*, pág. 24, n.º 25, fig. 8-25, con toda la bibliografía anterior.

(7) ORTEGA PUENTE, L. y GONZALEZ ZAMORA, C., «La Segovia celtibérica», *Boletín Informativo de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 4, 1975, pág. 23, fig. 5, fot. de la pág. 24.

(8) CABRE AGUILO, J., «Un pintor ceramista de Azaila que firmó sus principales obras», en *Homenaje a Mérida*, vol. I, *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, Madrid, 1934, págs. 361 y 362, fig. 4.

(9) Además del trabajo citado en la nota precedente, ténganse en cuenta: CABRE AGUILO, J., *Cerámica de Azaila. Museos Arqueológicos de Madrid, Barcelona y Zaragoza, Corpus Vasorum Hispanorum*, Madrid, 1944, pág. 68, fig. 55, lám. 32-2; TOVIO SARNAGO, S., «Motivos zoomorfos en la cerámica ibérica de la provincia de Teruel», en *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, pág. 593, lám. II-17; LUCAS M.R., «Santuarios y dioses en la Baja Epoca Ibérica», en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica, Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, Madrid, 1979, Madrid, 1981, pág. 269, nota 105, fig. 10.

(10) GARCIA MERINO, C., «La ciudad romana de Uxama (Continuación)», *BSAA*, XXXVII, 1971, fig. 8-6.

De la necrópolis palentina de *Eras del Bosque* proceden varios vasos sobre los que las representaciones que estudiamos figuran aplicadas. Tal es el caso, en primer lugar, de un bello vaso de asas múltiples, de las que cuelgan arandelas de cerámica también, en el que junto a motivos estampados aparecen «*cuadrúpedos o batracios estilizados de difícil identificación*», realizados en arcilla y aplicados a la superficie del vaso¹¹. En otros dos vasitos las figuras se consiguen a base de tiras de cerámica, sobre cuyos puntos de unión y extremos se estampan círculos rellenos de puntos; uno de ellos, de cuerpo ovoide, corto cuello y borde exvasado, se conserva, al igual que el anterior, en el Museo Arqueológico Nacional¹², el segundo, de forma similar al citado, pero con el cuello y la boca rotos, se guarda en el Museo Arqueológico de Valladolid¹³.

Para finalizar, y por lo que a las representaciones en cerámica se refiere, habremos de referirnos a una curiosa pieza recuperada en las excavaciones del *Castellum Aquae* de Tiermes¹⁴. Se trata del fragmento del borde de un vaso de cerámica común sobre el que se ha grapado una esquemática representación zoomorfa realizada en plomo.

Un ejemplo singular, ya en bronce, lo constituye la *tessera* que se custodia en la Academia de la Historia, en cuyo Inventario General quedó recogida, en 1903, con el número 92. Fue publicada por Gómez-Moreno, quien ofreció un dibujo de su reverso, después frecuentemente reproducido, y la interpretó como «*figura de jabalí, o más bien de su piel extendida*»; en el mismo, además del texto celtibérico *libiaka*, se aprecian siete botones, uno en cada una de las patas y tres, mayores, a lo largo del cuerpo¹⁵. No ha sido, sin embargo, hasta bien recientemente cuando hemos podido conocer, merced a las fotografías publicadas por Almagro, el anverso de la misma; en él se marcan claramente, a base de grupos de tres líneas paralelas, las pezuñas de las patas y se aprecian en el relieve de la cabeza las orejas y el hocico. El profesor Almagro, que siguió en un primer trabajo la identificación defendida por Gómez-Moreno¹⁶, se inclinó más tarde por ver en la misma «*una piel y la cabeza de un oso algo estilizada*»¹⁷.

(11) TARACENA, B., «Objetos de la necrópolis romana de Palencia», en *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1940-1945)*, Madrid, 1947, pág. 91, lám. XXIX-3.

(12) *Ibidem*, pág. 90, lám. XXIX-2.

(13) Queremos agradecer a nuestros amigos Santiago Carretero y Jesús Guerrero, autores de un trabajo en el que se estudia esta pieza (CARRETERO VAQUERO, S. y GUERRERO ARROYO, J., «La necrópolis romana de Eras del Bosque (Palencia): nuevos materiales cerámicos», *II Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, 1989, en prensa), el que nos comunicaran la existencia de esta pieza, así como el que nos facilitaran el dibujo de la misma, para su incorporación a esta comunicación.

(14) Dicha pieza, inventariada con el número 83/3/2.130, nos ha sido amablemente cedida por D. José Luis Argente Oliver, director de las excavaciones del yacimiento soriano de Tiermes, y debemos el dibujo de la misma a la generosa amistad de M.^a A. Arlegui; a uno y otra queremos expresar aquí nuestro más sincero reconocimiento. La campaña en que fue exhumada se encuentra en prensa en el momento de redactar estas páginas, con todo y sobre el *Castellum Aquae* termestino puede consultarse de momento: DIAZ, A. y ARGENTE, I., «Edificio público número 19 «Castellum Aquae»», en ARGENTE OLIVER, J.L. *et alii*, *Tiermes II. Campañas de 1979 y 1980. Excavaciones realizadas en la Ciudad Romana y la Necrópolis Medieval*, Excavaciones Arqueológicas en España, 128, Madrid, 1984, págs. 15-52.

(15) GÓMEZ-MORENO, M., «Suplemento de epigrafía ibérica», en *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología*, Madrid, 1949, pág. 311, n.º 87.

(16) ALMAGRO BASCH, M., «Tres teseras celtibéricas de bronce de la región de Segóbriga. Saelices (Cuenca)», *En homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, 1982, págs. 201 y 202, fig. 2, lám. I-C y D.

(17) ALMAGRO BASCH, M., *Segóbriga II. Inscripciones ibéricas, latinas paganas y latinas cristianas*, Excavaciones Arqueológicas en España, 127, Madrid, 1984, págs. 15-17, fig. 2, lám. II.

Las producciones netamente celtibéricas también adquieren representación en el conjunto a través de una botella de pasta anaranjada, decorada con bandas negras de pintura, cuya forma corresponde a la IX de Wattenberg García. Su amplia dispersión cronológica, siglos IV/III al I a. de C., y geográfica, alto y medio Duero y provincias de Avila y Guadalajara³⁶, convierten a la pieza en una referencia escasamente indicativa para datar el conjunto padillense.

Consideramos en último término el propio pomo y el tahalí, elementos que parecen perfilarse como los de mayor valor cronológico. Así, el ensanchamiento del pomo y la fusión de las dos mitades en una sola pieza, constituida por dos placas de disposición transversal, fue ya valorada por Schüle como signo tardío que caracterizara a algunos ejemplares del foco abulense³⁹, los cuales representan los paralelos más directos para nuestro ejemplar⁴⁰. Esta valoración encuentra nuevos argumentos en la estratigrafía horizontal recientemente definida en la propia necrópolis de Padilla de Duero⁴¹, donde este tipo de piezas se desconocen de manera casi absoluta en su zona más antigua, predominando aquí claramente aquellas otras constituidas por dos mitades, de tamaño reducido, como las publicadas de la colección Madrazo⁴².

Algo parecido podemos señalar para el tahalí correspondiente. Trátase de una pieza de gran curvatura con una característica lengüeta muy desarrollada, opuesta al garfio de enganche, que manifiesta una clara evolución con respecto a los ejemplares más sencillos, cortos y apenas incurvados, de perfil triangular⁴³, cuya distribución en *Las Ruedas* se articula de forma pareja a lo indicado para la empuñadura del arma.

En definitiva, los caracteres tipológicos apuntados permiten una aproximación a la datación de la pieza que centra nuestro interés. La fecha *post quem* quedaría establecida a finales del siglo IV o inicios del III, momento en el que se encuadran

(36) WATTENBERG GARCIA, E., *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuega. Yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 3, Valladolid, 1978, págs. 28-29 y 44-45, figs. de las págs. 31 y 54-55.

(39) SCHULE, W., *Die Meseta-Kulturen...*, pág. 108. Si bien tal matización no parece fuera valorada en su momento por J. y M.E. Cabré, quienes propusieron fechas idénticas tanto para puñales de pomos cortos, caso del de la tumba 201 de *La Osera* (CABRE AGUILO, J. y CABRE HERREROS, M.E., «Datos para la cronología del puñal de la cultura de «Las Cogotas»», *AEAyArq.*, 25, 1933, pág. 37), como para los de pomos similares al nuestro (CABRE DE MORAN, M.E., «Una sepultura notable de la necrópolis de La Osera (Chamartín, Avila)», *Cuadernos de Historia Primitiva*, año III, n.º 1, 1948, pág. 58).

(40) Pomos similares encontramos en las tumbas 102 y 1.359 de la necrópolis de *Las Cogotas*, aunque de tamaño mucho más discreto y aparentemente sin ornato, asociados a vainas de contera circular que acusan o no, al igual que las hojas, el característico estrangulamiento inferior y poseen en este caso contera de cuatro discos, unidos dos a dos por barritas verticales, y, asimismo, el de la tumba 514 con restos de damasquinado de plata (CABRE AGUILO, J., CABRE DE MORAN, M.E. y MOLINERO PEREZ, A., *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*, *Acta Arqueológica Hispánica*, vol. V, Madrid, 1950, láms. LXXIX y LXXX).

Nuevos paralelos, más próximos a nuestra pieza, al menos por cuanto al tamaño se refiere, aunque aún sensiblemente más pequeños, encontramos en la necrópolis de *La Osera*, en las tumbas 509 y 514, relacionados con hoja y vaina que acusan el estrangulamiento inferior y poseen en este caso contera de cuatro discos, unidos dos a dos por barritas verticales, y, asimismo, el de la tumba 514 con restos de damasquinado de plata (CABRE AGUILO, J., CABRE DE MORAN, M.E. y MOLINERO PEREZ, A., *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*, *Acta Arqueológica Hispánica*, vol. V, Madrid, 1950, láms. LXXIX y LXXX).

(41) SANZ MINGUEZ, C., «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)», *II Simposio sobre los celtiberos: necrópolis*, Daroca, 1988, en prensa.

(42) SANZ MINGUEZ, C., «Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el valle medio del Duero», *BS4A*, LII, 1986, fig. 4-1 a 13.

(43) *Ibidem*, fig. 4-14 a 21, donde puede verse representado el tipo que comentamos.

puñales como el de la tumba 201 de *La Osera*⁴⁴ o el de la 28 de *Las Ruedas*⁴⁵, con empuñaduras constituidas por cuatro piezas naviformes de reducido desarrollo transversal, unidas dos a dos. La fecha *ante quem* habría que situarla, en virtud de que las tumbas 509 y 514 de *La Osera* —con los paralelos más próximos para nuestra pieza— son fosilizadas por la muralla del tercer recinto del castro, con anterioridad a las postrimerías del siglo III a. de C. o, más propiamente, a la primera mitad del siglo II a. de C., en que se abandona la estación abulense⁴⁶. Asimismo, los paralelos iconográficos más próximos a las representaciones de nuestro pomo se encuentran en placas de cinturón de bronce, algunas damasquinadas con oro y plata, encuadradas por Cabré dentro de su serie 8.^a la cual tendría un desarrollo de muy baja época, entre los siglos III y I a. de C., coincidiendo su apogeo con la cerámica pintada numantina⁴⁷, que registra igualmente, como queda dicho, algunas de estas iconografías.

Así pues, dataríamos nuestro pomo, y por extensión la tumba 32, entre un momento indeterminado, y probablemente avanzado, del siglo III y la primera mitad del siglo II a. de C.

Bastante antes habría que situar, de seguir a Schüle, las fíbulas o colgantes, ya que, aunque hipotéticamente, dicho autor se inclina por fecharlas entre el segundo tercio del siglo VI y comienzos del III a. de C.⁴⁸; bien recientemente, Argente data las fíbulas zoomorfas, que incluye en su «Modelo 8. Fíbulas de La Tène», a lo largo de los siglos V al I a. de C.⁴⁹, prolongando así su vida a las últimas centurias anteriores al cambio de Era, momento al que muy bien podrían corresponder los escasos ejemplares del modelo que aquí nos interesa⁵⁰, cuya dispersión geográfica, por otro lado, viene a coincidir con la de las *tesserae* celtibéricas⁵¹, de cronología tardía. En efecto, dichas piezas, entre las que se encuentra la depositada en la Real Academia de la Historia, cuya vinculación iconográfica con las fíbulas citadas, y en particular con las incluidas en el primero de los grupos descritos, es evidente, se fechan por lo general en el siglo I. a. de C.⁵²

(44) CABRE AGUILLO, J. y CABRE HERREROS, M. E., «Datos para la cronología...», pág. 37.

(45) Tumba inédita con un puñal prácticamente idéntico en estructura y decoración damasquinada al de la 201 de *La Osera*, asociado entre otros elementos a una espada de gavianes curvos y cerámica torneada celtibérica.

(46) MARTIN VALLS, R., «Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas», en DELIBES, G. et alii, *La Prehistoria del Valle del Duero. Historia de Castilla y León*, vol. 1, Valladolid, 1985, pág. 129.

(47) CABRE AGUILLO, J., «Decoraciones hispánicas II...», pág. 114. En cualquier caso, contrasta esta baja cronología con el hecho de que la placa con representación de verraco (*Ibidem*, fig. 53), procedente de la tumba 60 de Miraveche, se asocia a un puñal que Cabré paraleliza con el aparecido en la tumba 1.359 de *Las Cogotas*, es decir, del tipo de pomo desarrollado transversalmente; armamento para el cual mantiene, sin embargo, cronologías más antiguas o al menos convergentes, únicamente en un momento inicial de desarrollo de la serie 8.^a de placas, es decir, en el siglo III y no en su posterior etapa de apogeo.

(48) SCHULE, W., *Die Meseta-Kulturen...*, pág. 158 y tabla cronológica.

(49) ARGENTE OLIVER, J. L., «Las fíbulas celtibéricas», en BURILLO MOZOTA, F. et alii (Eds. y Coords.), *Celtiberos*, Zaragoza, 1988, pág. 109, tabla tipo-cronológica de la pág. 107 y tipología de la pág. 108.

(50) ROMERO CARNICERO, F., «Notas de cronología...», pág. 388; IDEM, *Las cerámicas policromas...* pág. 186.

(51) Compárense, por ejemplo, LEJEUNE, M., *Celtiberica, Acta Salmanticensis*, VII-4, Salamanca, 1955, figs. 1 y 5, con SCHULE, W., *Die Meseta-Kulturen...*, mapa 49.

(52) TOVAR, A., «El bronce de Luzaga y las téseras de hospitalidad latinas y celtibéricas», *Emerita*, XVI, 1948, págs. 79 y 80; LEJEUNE, M., *Celtiberica*, pág. 73; BLAZQUEZ, J. M., «El legado indoeuropeo en la Hispania romana», *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, septiembre, 1959, Pamplona, 1960, págs. 338 y 339; MALUQUER, J., *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, pág. 68; GARCÍA MERINO, C. y ALBERTOS, M. L., «Nueva inscripción en lengua celtibérica: una *tessera hospitalis* zoomorfa hallada en Uxama (Soria)», *Emerita*, XLIX-1, 1981, págs. 182 y 183; HOZ, J. de, «La epigrafía celtibérica», en Reunión sobre *Epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, 1983, Zaragoza, 1986, pág. 67.

Al siglo I a. de C. han de llevarse también, según todos los indicios, las cerámicas celtibéricas con representaciones zoomorfas en perspectiva cenital; esa es la fecha que parece deducirse, a juzgar por los paralelos esgrimidos, para el fragmento policromo segoviano⁵³. Aunque por diferentes caminos, uno de nosotros⁵⁴ ha venido a coincidir con Wattenberg⁵⁵ en que el apogeo de los alfares numantinos habría tenido lugar durante el periodo de paz que se abre tras las guerras sertorianas y ha defendido una cronología de mediados del siglo I a. de C. para las piezas de Numancia que se incluyen en este trabajo⁵⁶; en un momento similar, aunque fechado inicialmente en el siglo II a. de C.⁵⁷, fue situado, en principio, el *kalathos* de Azaila sobre el que figura un perro en perspectiva cenital, coincidiendo con la última etapa de vida de la ciudad, es decir, en el periodo comprendido entre las guerras sertorianas y el 49 a. de C.⁵⁸, aunque, tras la revisión de la cronología de Azaila llevada a cabo recientemente por Beltrán Llorís, ha de llevarse a una fecha anterior al 76-72 a. de C., momento en que, según el citado investigador, ha de fijarse el final de la ciudad⁵⁹. Finalmente, la jarra de la necrópolis de Padilla de Duero que muestra bajo el vertedero una esquemática representación zoomorfa cenital habría que encuadrarla, pese a su descontextualización respecto a la tumba de origen, pero teniendo en cuenta el sector en que fue recuperada y los datos proporcionados, en este sentido, por la estratigrafía horizontal apuntada, hacia la segunda mitad del siglo I a. de C.⁶⁰.

Poco es lo que puede decirse, desde el punto de vista cronológico, sobre la estela con representación zoomorfa cenital recuperada en el yacimiento vallisoletano citado en último lugar; únicamente señalar, de forma muy general, la concentración de estas grandes lajas en una zona de la necrópolis próxima a los sectores más recientes de la zanja II, con un ambiente material muy similar al esbozado para la jarra que acabamos de comentar. En cualquier caso, conviene recordar la extracción, en recientes tareas de cultivo, de centenar y medio de estas estelas en otras zonas más antiguas de la necrópolis.

Si la datación de la orfebrería del Noroeste plantea, como es bien sabido, no pocos problemas⁶¹, éstos no son menores cuando de fechar se trata piezas como

(53) ORTEGA PUENTE, L. y GONZALEZ ZAMORA, C., «La Segovia...», pág. 25.

(54) ROMERO CARNICERO, F., *Las cerámicas policromas...*, págs. 177-189, en particular para las piezas que nos interesan ahora pág. 186.

(55) WATTENBERG, F., *Las cerámicas indígenas de Numancia, Bibliotheca Praehistorica Hispana*, vol. IV, Madrid, 1963, págs. 33-36 y 68.

(56) ROMERO CARNICERO, F., «Notas de cronología...», págs. 385-392, en general, y, en particular, para las piezas de referencia págs. 387-389.

(57) CABRE AGUILO, J., «Un pintor ceramista de Azaila...», págs. 370 y 371.

(58) BELTRAN LLORIS, M., *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, *Monografías Arqueológicas*, 19, Zaragoza, 1976, págs. 447-451 y 455-456.

(59) BELTRAN LLORIS, M., «Nuevas aportaciones a la cronología de Azaila», *Museo de Zaragoza. Boletín*, 3, 1984, págs. 125-152; IDEM, «Introducción a las bases arqueológicas del Valle Medio del río Ebro en relación con la etapa prerromana», en *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, págs. 495-527, en particular pág. 498.

(60) Su recuperación dentro del sector AQ de la zanja II nos proporciona, en relación con lo arriba expresado, un contexto material significativo: producciones tardoceltibéricas, monócromas y policromas, fondos planos destacados con pie anular, bordes de cerámica vulgar con vuelo; faltando, sin embargo, cerámicas de «*tipo Clunia*» o *terra sigillata*.

(61) Una serie de consideraciones recientes al respecto pueden consultarse en PEREZ OUTEIRIÑO, B., «Orfebrería castreña», en *El oro en la España prerromana*, *Monografías de la Revista de Arqueología*, Madrid, 1989, págs. 104 y 105.

la diadema de San Martín de Oscos, de procedencia discutida, fragmentadas y dispersas; ello explica, en parte, que se hayan defendido para la misma, en los últimos años, fechas tan diferentes como las comprendidas entre los siglos V al III⁶² y III al I a. de C.⁶³. Más fácil parece determinar —por mas que se encuentre inedito todavía y no contemos sobre él mas que con una noticia preliminar de carácter muy general— si no la fecha de fabricación del cinturón áureo de Arrabalde, sí la de la ocultación del tesorillo del que formaba parte, pues hay que suponer que, al igual que el primer tesoro recuperado en el castro zamorano, este escondrijo haya de relacionarse con las guerras que, entre el 29 y el 19 a. de C., sostuvo Roma contra cántabros y astures⁶⁴.

Posteriores al cambio de Era son ya las restantes piezas descritas en la primera parte de este trabajo, por mas que todos los autores hayan reconocido su deuda con el mundo indígena. Es el caso de las cerámicas de la necrópolis palentina de *Eras del Bosque*, que Taracena fechó en el siglo I d. de C.⁶⁵, o del fragmento uxamense de tradición⁶⁶, cuyo peculiar estilo reflejaría la fusión de las tradiciones cerámicas existentes en la segunda mitad del siglo I d. de C.⁶⁷, y del fragmento termestino con aplicación de plomo. Sería el caso también, para finalizar, de las estelas de Lara de los Infantes, singular grupo en el que, como es bien sabido, perviven numerosos elementos indígenas⁶⁸ y en el que, al igual que en el pomo padillense, se documentan guerreros afrontados⁶⁹; los ejemplares con cánidos en perspectiva cenital, anteriormente descritos, se han atribuido a la primera de las «escuelas de las estelas discoideas, con escenas cinegéticas o de carácter bélico», cuya actividad se fecha entre los últimos años del siglo I y la segunda mitad del siglo III d. de C.⁷⁰.

Un rápido repaso a las piezas aquí reunidas permite apreciar cómo la mayor parte de ellas proceden de la Meseta Norte y, en particular, de sus sectores oriental y central. Únicamente tres ejemplares, de origen más o menos conocido, escapan a este ámbito; así, entre los metálicos, la diadema de San Martín de Oscos y la *tessera* de la Real Academia de la Historia, cuya procedencia, desconocida en el momento de su publicación⁷¹, fue fijada recientemente por Almagro⁷² en

(62) ELEVRE, Ch., «Enigmatiques images d'hommes...», pág. 202.

(63) LOPEZ MONTEAGUDO, G., «La diadema...», pág. 108.

(64) DELIBES DE CASTRO, G. y MARTIN VALLS, R., *El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico*, Zamora, 1982, s.p.; DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, A., «Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte...», pág. 128.

(65) TARACENA, B., «Objetos de la necrópolis...», pág. 92.

(66) GARCIA MERINO, C., «La ciudad romana...», pág. 94.

(67) ABASCAL PALAZON, J.M., *La cerámica pintada de tradición indígena en la Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*, Madrid, 1986, pág. 61.

(68) ROMERO CARNICERO, F., «Notas de cronología...», pág. 388.

(69) ABASOLO, J.A., *Epigrafía romana de la región...*, págs. 96-98, núms. 122-124, láms. LVI y LVII-1; ALBERTOS FIRMAT, M.L., «Dos estelas de la región de Lara de los Infantes», *BSAA*, XLVI, 1980, págs. 200 y 201. lám. 1-2.

(70) ABASOLO, J.A., «Las estelas decoradas de la región de Lara de los Infantes. Estudio iconográfico», *BSAA*, XLIII, 1977, págs. 72 y 86-87.

(71) GOMEZ-MORENO, M., «Suplemento de epigrafía...», pág. 311.

(72) ALMAGRO BASCH, M., «Tres teseras celtibéricas...», págs. 197 y 202; IDEM, *Segobriga II...*, págs. 16 y 17.

torno a Cabeza de Griego, si no en la misma ciudad de *Segobriga*, basándose, entre otros argumentos, en la proximidad a ésta de la ciudad de *Libana*, que muy bien puede relacionarse con el *libiaka* del texto y que, al igual que aquélla, es citada por Ptolomeo en territorio de los *Celtiberi*⁷³. Entre los cerámicos, el *kalathos* de Azaila en el que la aparición de un perro en perspectiva cenital ha sido últimamente interpretada como resultado de influencias celtibéricas en la ciudad sedetana a orillas del Aguas, y de la margen derecha del Ebro por tanto, muy próxima a la frontera celtibérica⁷⁴.

Tres piezas más, fíbulas todas ellas, se encuentran depositadas en Museos ajenos al área citada, desconociéndose su procedencia. Tal es el caso de la conservada en el Museo Arqueológico de Barcelona, sobre la que ya acertó a señalar con claridad Schüle que debía proceder de «algún lugar de Castilla y León»⁷⁵, y de las dos que, custodiadas en el Arqueológico Nacional, pudieran venir de las necrópolis palentinas⁷⁶ y quién sabe si no será una de ellas el colgante a que, como ya señalamos anteriormente, se refiere Taracena⁷⁷.

Las piezas restantes, que constituyen el setenta y cinco por ciento de los ejemplares conocidos hasta la fecha, son originarias, en su práctica totalidad, del centro y oriente del valle del Duero y aportan novedades destacadas en cuanto a la tipología de las representaciones y soportes en que figuran.

Numancia es la ciudad que ha proporcionado un mayor número de piezas, cuatro: dos fíbulas y dos vasos cerámicos, conocidas todas ellas, al igual que las anteriormente citadas, desde antiguo. Las fíbulas, muy parecidas entre sí, han de relacionarse a su vez con una de las del Museo Arqueológico Nacional, la *tessera* conquense y, curiosamente, las aplicaciones plásticas que figuran sobre el vaso con asas y anillas de la necrópolis palentina de *Eras del Bosque*. Las representaciones, aplicadas también, que aparecen sobre las botellitas de la misma necrópolis, conservadas en los Museos Arqueológico Nacional y de Valladolid, no pueden por menos de recordarnos, por un lado, y teniendo en cuenta las pastillas estampilladas con que se rematan, a la fíbula burgalesa que publicamos aquí por vez primera; ésta, a su vez, ha de vincularse iconográficamente, tal y como vimos en el primer apartado de este trabajo, a otra de las del Museo Arqueológico Nacional y a la del de Barcelona, las cuales muestran, al tiempo, un estrecho parentesco con la curiosa pieza recuperada en el *Castellum Aquae* terrestino. El esquematismo de las representaciones palentinas, por otro lado, obliga a volver la mirada hacia las piezas celtibéricas de la necrópolis vallisoletana de *Las Ruedas*. Una y otra necrópolis han proporcionado tres piezas con representaciones zoomorfas en perspectiva cenital; las de la palentina eran conocidas en parte, mereciendo destacarse las de la vallisoletana por la novedad

(73) Sobre el territorio de los *Celtiberi* y la situación de las ciudades citadas, véase la versión de la *Hispania* de Ptolomeo de A. Tovar (TOVAR, A., *Iberische Landeskunde. 2. Lusitanien*, Baden-Baden, 1976, mapa desplegable al final del vol.).

(74) BELTRAN LLORIS, M., «Problemas cronológicos de la Celtiberia aragonesa», *I Simposium sobre los Celtiberos*, Daroca, 1986, Zaragoza, 1987, pág. 33.

(75) SCHULE, W., *Die Meseta-Kulturen...*, págs. 158 y 247 y pie de la fig. 67 en la pág. 152.

(76) Según Alvarez-Ossorio las piezas números 2.522 a 2.573 de su inventario, reunidas en las láms. CLXIII y CLXIV, en la segunda de las cuales se recogen las dos que citamos aquí, proceden en su «mayoría» de «las necrópolis palentinas» (ALVAREZ-OSSORIO, F., *Museo Arqueológico Nacional. Catálogo...*, pág. 161).

(77) Véase nota 25.

que introducen, no ya sólo desde el punto de vista formal, cuanto, y muy particularmente, por el tipo de piezas en que figuran, en concreto la estela funeraria y el pomo del puñal.

Las figuras de la pieza citada en último lugar recuerdan, en cierta medida, algunas de las ya citadas hasta aquí, caso, por ejemplo, de las fíbulas del segundo grupo descrito y, en particular, la burgalesa, por sus trazos internos; pero, y sobre todo, habida cuenta la riqueza de matices que permiten tanto el soporte como la técnica empleada en su ejecución, nos llevan a fijarnos en las que aparecen pintadas sobre las producciones vasculares, las únicas que, en algún caso —y ahí están el *Cernunnos* numantino o el «*enmascarado cornudo*»⁷⁸ segoviano—, han sido interpretadas como «*antropomorfos*». Y así, en muchos sentidos, cabe emparentar los zoomorfos de Padilla de Duero con el del fragmento cerámico de Segovia, la cabeza del cual está muy próxima a la fragmentaria de Uxama. Una gran ingenuidad irradian los cánidos de la jarra polícroma de Numancia, tan cercanos por muchas razones a los de las estelas burgalesas de Lara de los Infantes, cuyo esquema recoge, en parte, la figura del *kalathos* de Azaila, en la que al convencionalismo de representar un sólo ojo viene a sumarse, según parece, el de insinuar un pequeño hocico; la otra representación numantina, la del pretendido *Cernunnos*, es, sin duda alguna, la más expresiva y de mayor fuerza de todas las conocidas y a nuestros ojos refleja, como queda dicho, una fiera.

Dos piezas más, la fíbula del *Cerro del Berrueco* y el broche de cinturón de Arrabalde, escapan a las consideraciones iconográficas arriba planteadas. En efecto, la primera, aunque por razones obvias cercana a las restantes fíbulas, muestra rasgos peculiares, lo que ya nos inducía al comienzo de estas páginas a hacerla encabezar un tercer grupo, que ahora podríamos denominar «*occidental*», frente a los otros dos, «*central*» y «*oriental*», representados, respectivamente, por los ejemplares de Burgos y Numancia. Otro tanto ocurre, como apuntábamos, con el broche zamorano, pieza de excepcional belleza en cuya ejecución se huyó, quizá por tratarse de una joya, del modelo un tanto esquemático que ofrecían los ejemplares broncíneos. No creemos que deba olvidarse, al hilo del presente comentario, que ambas piezas, aunque recuperadas en el valle del Duero, proceden del occidente del mismo y, por tanto, que se encuentran bastante alejadas, como puede apreciarse en el mapa adjunto, de lo que podríamos calificar de «*zona nuclear*» de las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital. No parece ocioso tampoco recordar, una vez más, en el mismo sentido, las peculiares características de las representaciones de la diadema asturiana de San Martín de Oscos.

En definitiva, y recapitulando cuanto queda dicho hasta aquí en este apartado, puede decirse que las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital se documentan en las tierras del interior peninsular; concentrándose en la Meseta Norte, fundamentalmente en el alto y medio Duero, donde muestran en las distintas piezas en que aparecen una relativa uniformidad iconográfica, al margen de su adscripción cultural y cronológica.

Un territorio que ocupa aproximadamente la zona neroccidental de aquél que, partiendo de la onomástica personal, individual y colectiva (*gentilitates*), definiera

(78) Como tal se califica en: LUCAS, M.R., «Santuarios y dioses...», pág. 269, nota 105.

M.L. Albertos como celtibérico⁷⁹. Dentro del mismo se incluyen Azaila y Segóbriga, en tierras ya de sedetanos y celtíberos propiamente dichos, respectivamente, que en nuestro mapa constituyen puntos aislados de la zona que denominábamos «nuclear»; la figura del *kalathos* recuperado en las excavaciones de la primera se ha justificado, como vimos, merced a influencias celtibéricas; la *tesse-ra* segobricense es por sí misma celtibérica y la propuesta de procedencia hecha por Almagro no desdice del área de dispersión de los textos celtibéricos⁸⁰. Queda fuera de dicha región onomástica celtibérica, pese a conservar no pocos rasgos indígenas, muchos de ellos celtibéricos, aunque no precisamente en su antroponomía⁸¹; Lara de los Infantes, en territorio turmogo ya, que junto a su entorno constituye el eje central de la que M.L. Albertos considerara «subzona central» de la, desde el punto de vista de la onomástica personal, región «cantábrica»⁸².

En definitiva, cabe concluir señalando que las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital parecen propias del territorio arévaco y oriente del vacceo, como intuyera Taracena⁸³, dentro de la Celtiberia⁸⁴, documentándose también, con una iconografía muy similar, en algunos puntos más alejados dentro de esta última o en puntos limítrofes. Los hallazgos más occidentales, aislados y esporádicos, se alejan tipológicamente de los modelos centrales y apuntan hacia influencias arévaco-vacceas en tierras de vettones (*Cerro de Berrueco*), astures (*Arrabalde*) y galaicos (*San Martín de Oscos*).

Obsérvese, por último, cómo todas las piezas procedentes de las que podríamos llamar zonas periféricas se fechan con anterioridad al cambio de Era, en el siglo I a. de C., fundamentalmente e incluso en un momento avanzado del mismo, coincidiendo muy posiblemente con el periodo de apogeo de este tipo de representaciones; por contra, compruébese también cómo todas aquellas piezas que han de fecharse en el siglo I d. de C., o quizá más tarde: Palencia, Lara de los Infantes, Uxama, Tiermes, proceden precisamente de yacimientos situados en ese territorio central, lo que, sin duda, vendría a abundar en la idea de que son propias del mismo.

Para finalizar, y a modo de consideración final, diremos que las representaciones zoomorfas en *perspectiva cenital* se nos presentan como un elemento característico de la iconografía arévaco-vacceas, que las plasma en los más diversos objetos: cerámica, adornos, armas, estelas funerarias, etc., a partir de un momento que cabe situar en el siglo II a. de C., pero que nos atreveríamos a centrar en el siglo I, perdurando con similar estilo y parecida intensidad a lo largo, cuando menos, del siglo I d. de C.

(79) ALBERTOS, M.L., «La onomástica de la Celtiberia», en TOVAR, A. et alii (Eds.), *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas en la Península Ibérica*, Tübingen, 1976, *Acta Salmanticensia*, serie de Filosofía y Letras, 113, Salamanca, 1979, págs. 131-134 y mapa de la pág. 132.

(80) HOZ, J. de, «La epigrafía...», fig. 2; IDEM, «La lengua y la escritura de los celtíberos», en BURILLO MOZOTA, F. et alii (Eds. y Coords.), *Celtíberos*, Zaragoza, 1988, mapa de la pág. 153.

(81) ALBERTOS FIRMAT, M.L., «El conjunto epigráfico del Museo de Burgos y los antropónimos hispánicos de Lara de los Infantes y sus proximidades», en *Homenaje a Antonio Tovar*, Madrid, 1972, págs. 47-58.

(82) ALBERTOS, M.L., «La onomástica personal indígena de la región septentrional», en GORROCHATEGUI, J. et alii (Eds.), *Studia Paleohispanica*, Actas del IV Coloquio sobre *Lenguas y culturas paleohispanicas*, Vitoria, 1985, *Veleia*, 2-3, Vitoria, 1987, págs. 156 y 189.

(83) Ya Taracena, al comentar las cerámicas de la necrópolis palentina de *Eras del Bosque* comentaba: «Provisionalmente se puede pensar que tal ornamentación esté originada en el arte, aún desconocido, de los vacceos independientes, donde apenas llegarla la decoración pintada que en la Península Ibérica se va perdiendo al caminar hacia Occidente» (TARACENA, B., «Objetos de la necrópolis...», pág. 91).

(84) No vamos a entrar aquí en la discusión de si los vacceos formaban o no parte de los celtíberos, a tal efecto consúltense: BURILLO MOZOTA, F., «El concepto de celtíbero» y «Territorio, instituciones políticas y organización social», en BURILLO MOZOTA, F. et alii (Eds. y Coords.), *Celtíberos*, Zaragoza, 1988, págs. 7-12 y 179-186, respectivamente.

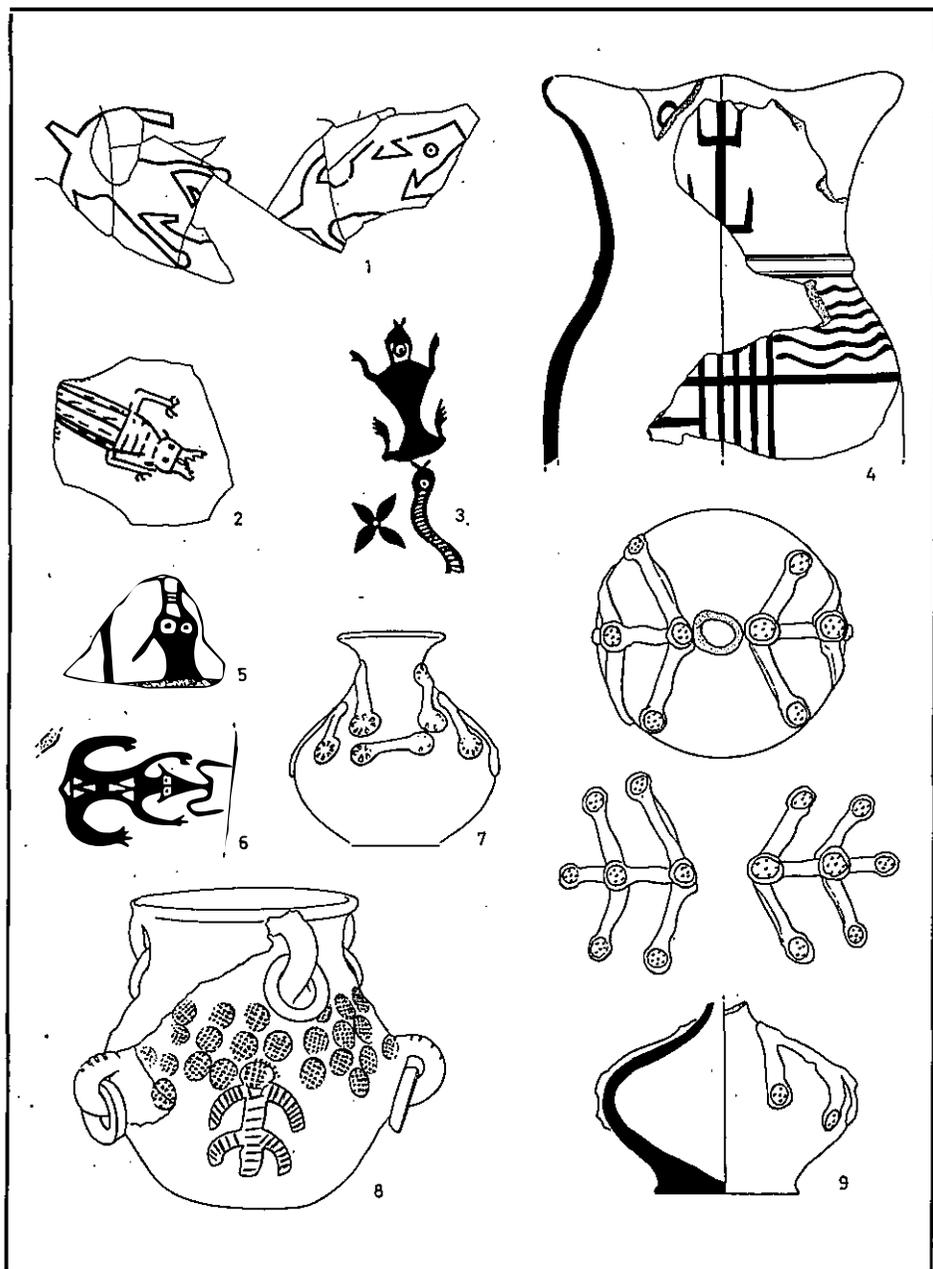


FIG. 1.—Representaciones zoomorfas en *perspectiva cenital* en cerámica: 1 y 2. Numancia (según F. Romero Carnicero); 3. Azaila (según M.E. Cabré); 4. Padilla de Duero (según C. Sanz Mínguez); 5. Uxama (según C. García Merino); 6. Segovia (según L. Ortega y C. González); 7 a 9. Palencia (7 y 8 a partir de fotografías de B. Taracena; 9 según S. Carretero y J. Guerrero). A diferentes escalas.

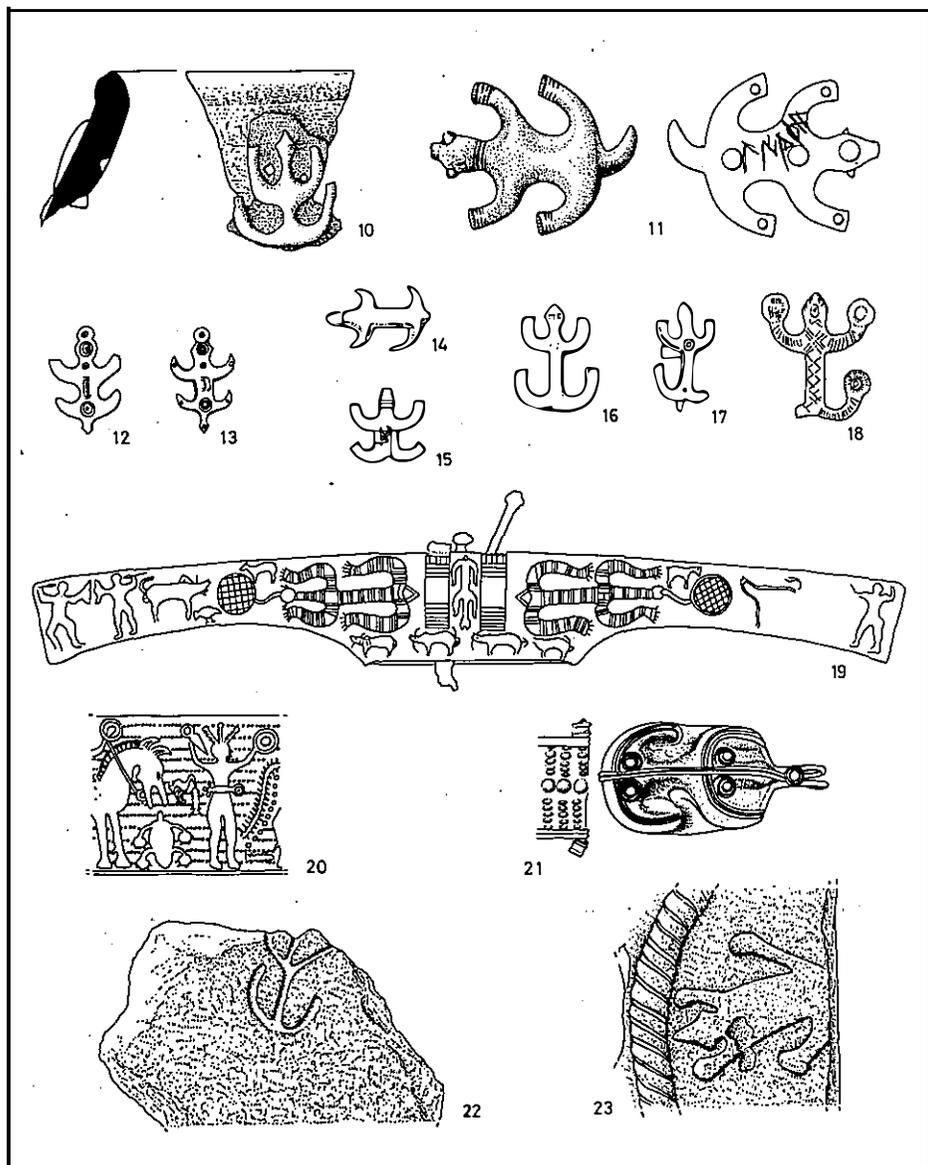


FIG. 2.—Representaciones zoomorfas en *perspectiva cenital* en piezas metálicas y en estelas funerarias: 10. Tiernes (dibujo de M.A. Arlegui); 11. Región de Segóbriga (a partir de fotografías de M. Almagro Basch); 12 y 13. Numancia (según W. Schüle); 14. Museo Arqueológico Nacional (a partir de fotografía de F. Alvarez-Ossorio); 15. Cerro del Berrueco (según F. Wattenberg); 16. Museo Arqueológico Nacional (a partir de fotografía de F. Alvarez-Ossorio); 17. Museo Arqueológico de Barcelona (según W. Schüle); 18. Provincia de Burgos; 19. Padilla de Duero (según C. Sanz Mínguez); 20. San Martín de Oscos (según G. López Monteagudo); 21. Arrabalde (a partir de fotografía de G. Delibes y A. Esparza); 22. Padilla de Duero (según C. Sanz Mínguez); 23. Lara de los Infantes (a partir de fotografía de J.A. Abásolo). A diferentes escalas.



FIG. 3.—Dispersión de las representaciones zoomorfas en *perspectiva cenital* y soportes sobre los que figuran. Cerámica (●), metal (▲), piedra (■). 1. San Martín de Oscos (Asturias), 2. Arrabalde (Zamora). 3. *Cerro del Berrueco* (Avila-Salamanca), 4. *Eras del Bosque*, Palencia, 5. Lara de los Infantes (Burgos), 6. Provincia de Burgos, 7. Padilla de Duero (Valladolid), 8. Segovia, 9. Región de *Segobriga* (Cuenca), 10. *Tiermes* (Soria), 11. *Uxama* (Soria), 12. *Numancia* (Soria), 13. Azaila (Teruel).

**LAS CERAMICAS DE NUMANCIA
CON LETRERO IBERICO**

M. ARLEGUI SANCHEZ

INTRODUCCION

Con este trabajo pretendemos ofrecer un estudio lo más completo posible de los letreros ibéricos, tanto grabados como pintados sobre cerámica, procedentes del yacimiento de Numancia y depositados en el Museo Numantino de Soria. Ello desde el punto de vista arqueológico, intentado fundamentalmente una precisión cultural y cronológica mayor a la dada hasta ahora a este conjunto, desde el comienzo fechado genéricamente en el s. I a. C. a partir de los estudios de Gómez Moreno (1949) y F. Wattenberg (1963) entre otros.

Incluimos también aquellas piezas o fragmentos que presentan signos ibéricos aisladamente y un dado de piedra cuyos valores están grabados y que si bien no puede fecharse a partir de consideraciones tipológicas al igual que la chapita de bronce que recogemos de la publicación de Schulten (1927, Tafel, 43) creemos interesante por lo que puede aportar al conocimiento del sistema numeral celtibérico.

Sin embargo, pese al intento de recopilar la totalidad de las piezas con inscripción ibérica, letreros y signos, procedentes de Numancia, hemos de reconocer que las que presentamos son un número menor que las inventariadas en los Libros de Registro del Museo Numantino debido a la imposibilidad de hallarlas entre los fondos de las excavaciones antiguas de Numancia. Por ello, a las siete piezas que incluimos con letrero ibérico habríamos de añadir dos más descritas como las reconstrucciones de dos vasos de barro rojo claro realizados a torno y con incisiones, uno de ellos de «seis marcas» y el otro de «cinco letras» (números 1.825-1.825 y 11.821). Las piezas con marcas individuales en vasos sin decoración ascienden en los libros a treinta y dos que habrían de sumarse a las dieciocho que nosotros hemos podido ver. Todas ellas son fragmentos de cerámicas realizadas a torno, excepto una que debe conservarse entera y ser un mortero. Sobre vasos con decoración pintada se incluyen en el Inventario once, además de las seis que recogemos en el estudio. Por último de los cincuenta y ocho fragmentos de Terra Sigillata con signos incisos, nosotros hemos localizado catorce aunque hay que señalar la posibilidad de que algunas de la «marcas incisas» no sean letras. De este número, cuatro piezas tienen además de la marca incisa

ibérica el sello del alfar; dato que nos hubiera sido muy útil si hubiera existido al menos una descripción más detallada. De una de ellas se indica que tenía «otras marcas romanas e ibéricas incisas» (n.º inv. 9.352).

A excepción lógica del dado y de la chapita de bronce, el soporte de las inscripciones es cerámica realizada a torno de buena calidad. Las inscripciones fueron grabadas sobre la pieza ya cocida excepto en un caso (n.º 6) que se realizó cuando la pieza ya estaba seca pero aún no cocida. En dos casos (números 1 Y 8) las piezas se escribieron con el mismo tipo de pintura negra que se utilizó en la decoración. En el caso de las inscripciones sobre Terra Sigillata todas fueron grabadas.

ESTUDIO DE LAS CERAMICAS

Para la exposición del tema comenzamos con las cerámicas de tipo celtibérico con letrero, completo o no; a continuación las cerámicas del mismo tipo que tienen signos grabados y el dado. Por último, las piezas de Terra Sigillata.

La primera de ellas es la jarra n.º 1, de cuerpo globular y boca trebolada, pie ligeramente alto y destacado y base hemisférica; el asa tiene una sección triplemente moldurada. La decoración pintada en negro se desarrolla en la mitad superior del cuerpo desde el centro hacia los lados hasta alcanzar el asa. El tema tiene como motivo central una svástica alambicada y a cada uno de sus lados dos de los denominados prótomos de caballo, cuyos cuerpos contienen trifolios y otros temas geométricos. En el cuello se pintó un signo T de largos y caídos brazos que arranca de un círculo.

La inscripción, pintada, corre en el interior de la boca, junto al asa. La grafía es buena y cuidada y presumiblemente fue hecha en el mismo alfar. Queremos añadir que está completa desmintiendo así el temor de J. de Hoz de que una letra, m, hubiera podido perderse al final de la segunda palabra.

Habitualmente se considera que la forma globular de las jarras trilobuladas sea el tipo más antiguo, fechándose en el siglo IV. a. C. en el Valle del Ebro (Pellicer, 1962, págs. 58-64) y entre finales del siglo IV y III a. C. en Navarra y La Rioja a partir de los datos obtenidos en el yacimiento de Peña del Saco en Fitero (Castiella, 1977, pág. 236), fecha en que Pallarés y Taracena se muestran de acuerdo (Pallares, 1965, pág. 72). En el Soto de Medinilla esta forma, que corresponde a la V de E. Wattenberg, se halló en el nivel I correspondiente a mediados del s. I a. C. (Wattenberg, 1978, pág. 25) y en yacimientos próximos como Izana, se fecha esta forma con la misma cronología (Taracena 1927, pág. 1).

Sin embargo esta pieza, de excepcional tamaño dentro de su grupo, presenta algunos caracteres que nos lleva a pensar en una cronología muy tardía; no sólo la complejidad de la decoración y la buena calidad de la pieza sino aspectos formales como son el asa de sección moldurada y especialmente el pie que enlaza

con formas de la cerámica romana. Así en Tiro de Cañón (Alcañiz, Teruel) existen jarras de distinto tipo pero con igual pie que los autores del estudio fechan hacia el cambio de era y aún después (Perales y otros, 1984, pág. 238). En la necrópolis indígena-romana de Carrotja y en la Cueva de Son Vaquer, Manacor, ambas en Mallorca, puede verse una seriación de formas indígenas y romanas donde evoluciona este pie entre las mismas fechas del siglo I a. C. y I d. C. (Manera y Granados, 1977, págs. 957-962). Wattenberg fechó esta pieza de Numancia entre los años 75 y 29 a. C. y en el mismo yacimiento la cronología tardía que pretendemos vendría avalada por la fecha que F. Romero da a igual forma del grupo polícromo situándola hacia la mitad o tercer cuarto del s. I a. C. (Romero, 1976), fecha en que nosotros proponemos fechar esta cerámica sino a comienzos del siglo I d. C.

De otra parte J. de Hoz en la lectura de la inscripción como LUÑIKOO KOO-
RINAU ve una clara influencia del alfabeto latino a través de argumentos puramente filológicos como es la «notación redundante de las vocales por la que tras un signo silábico se repite el signo vocálico correspondiente» y que le hace sospechar una fecha avanzada para la inscripción (de Hoz, 1986, pág. 51).

La pieza n.º 2, es un cuenco con pie destacado, marcadamente anular y fondo plano, de 4,6 cm. de alto y un diámetro de boca de 10,4 cm. De pasta gris no tiene engobe y no creemos que lo haya perdido. Las ocho letras incisas cuya lectura más probable según J. de Hoz es NO (.) ANTIKUM (de Hoz, 1986, págs. 89-90), se hicieron en el exterior, cerca del labio, grabándolas con punzón muy fino, cuidando la grafía y una vez cocida la pieza. A cierta distancia de la inscripción y en la misma banda, con el mismo punzón se grabó un signo de difícil interpretación, que de forma romboidal tiene en su interior varias líneas también grabadas.

Según F. Wattenberg es un tipo derivado de la forma 31 de la campaniense A similar a perfiles que arrancan de formas de época sertoriana (Wattenberg, 1963, pág. 44) si bien aquella en una forma más profunda que este cuenco. En Azaila encontramos igual perfil en una copa de mayor tamaño que tiene grabado en su interior la Y ibérica. Beltrán Lloris admite la posibilidad de fecharla en el siglo I a. C. encontrando el prototipo más cercano a esta copa en la forma 33 de paredes abiertas de la campaniense A que perdura en imitaciones provinciales hasta este primer siglo antes de C. (Beltrán Lloris, 1976, pág. 218).

De las formas de las piezas núms. 3 y 4 no podemos precisar más allá de que sean fragmentos pertenecientes a grandes formas de almacenaje y probablemente correspondientes al hombro de las mismas. La n.º 3 son tres fragmentos de pasta blanquecina cuyo engobe se ha perdido. La inscripción se hizo con incisión muy superficial (aunque no sabemos el índice de desgaste de la pieza) y regular aunque con impresiones en los finales de las líneas que no rematan limpiamente. El n.º 4, fragmento mejor conservado, es de pasta rojiza y conserva en la superficie un engobe de buena calidad. La inscripción también incisa es de trazo fino y uniforme y se dispuso probablemente entre dos grupos de círculos concéntricos y bajo dos bandas de pintura también en negro. Parecen ser dos líneas de las que se conservan siete signos completos en la superior y uno en la inferior y uno incompleto en cada una de ellas. No obstante la línea superior parece ser una palabra completa cuya lectura según J. de Hoz es AÑEÑASI-KOM (de Hoz, 1986, pág. 59). Quiero llamar la atención sobre el último signo

de esta palabra pues, si bien Gomez Moreno leyó en él el signo de sonido «n» (Gómez Moreno, 1949, pág. 312 n.º 90) y los estudios filológicos posteriores se han hecho a partir de sus dibujos en muchos casos, en la lectura directa de la pieza creo reconocer en lugar de aquél el signo de sonido «o» (H) de modo que el nombre se leería AREBASIKOO o lo que es lo mismo sería un genitivo singular y no plural a que obligaba aquella lectura. De este modo este texto sería gramaticalmente similar al de LUANIKOO KOOŔINAU, sobre cuyo significado insistiremos después.

El fragmento n.º 5 parece corresponder a un plato o escudilla o, si hubiera tenido pie, a uno de los tipos de copa de pie alto de Numancia. La calidad de la cerámica me inclina a pensar en este segundo tipo ya que la de aquellas en las que conozco de Numancia es notoriamente peor. La forma de plato sea cualesquiera de las dos formas debió ser de labio exvasado (por el arranque de la pared en este extremo pues el borde se ha perdido) y de poca profundidad. Si fue un plato sus paralelos más próximos se encuentran en «El Altillo de las Viñas» en Ventosa de Fuentepinilla y «El Molino» en Calatañazor, ambos de cronología muy amplia entre los siglos II y I a. C. Si se trata de una copa la cronología varía poco: en Castiliterreño, Izana, existe un perfil similar fechado en los siglos II y I a. C. (Taracena, 1927). La forma VIII de la tipología cerámica de Inestrillas, aunque aquí siempre moldurada pero de plato parecido a nuestro fragmento, tiene una fecha, según Hernández Vera, no anterior al 133 a. C. (1982 fig. XXXIII n.º 210).

La pasta de la cerámica es clara, amarillenta y la superficie se conserva engobada. El grafito de incisión fina y poco profunda igual que los fragmentos ya vistos, se trazó al exterior inmediata debajo de un pequeño sobresaliente que no llega a ser moldura. Este es el único caso en que la inscripción no es fácilmente visible.

Aunque la pieza rompió en una zoma muy próxima al comienzo del grafito, creemos por la distancia entre la rotura y la primera letra que no hubo otro signo delante al menos correspondiente a esta palabra. La lectura, siguiendo también a J. de Hoz, es BAM (.) NAAO. El tercer signo que J. de Hoz deja en duda creemos sólo puede corresponder al signo de sonido «L» (ʌ) pues no parece haber perdido ningún rasgo aún sabiendo lo enigmático de la palabra (de Hoz, 1986, pág. 59).

La pieza n.º 6 es un fragmento de pie vuelto de una copa baja o pátera, de cuenco (según otros ejemplos parecidos de Numancia) profundo y hemisférico. Es una forma frecuente en el ámbito celtibérico fechada con amplitud en los siglos II y I a. C. en el yacimiento ya citado de Izana (Taracena, 1927) y en el mismo de Numancia sin mayor precisión cronológica por Wattenberg.

Esta pieza de barro marrón y calidad más regular que las anteriores, apreciable también en un desgrasante menos fino que el habitual en las pastas celtibéricas, presenta la curiosidad de que la inscripción se grabó antes de cocer la pieza pero después de su secado. El trazo más profundo y más ancho que en el resto de las piezas tiene la sección triangular propia de incidir en la pasta aún húmeda. Conserva cuatro letras de dos palabras y el signo de puntos alineados

verticalmente que indica la separación. A la primera palabra corresponden el signo, que aunque incompleto creemos con seguridad se refiere al sonido «ś» (M) y el signo P . A la segunda la letra P y un trazo vertical partido hacia su mitad por la rotura de la pieza lo que hace arriesgado incluso aventurar signos posibles que serían muchos. La primera palabra podría tratarse de un nominativo singular de la declinación en -a sin que podamos decir nada más.

La taza n.º 7 es comparable a las de los números 575, 576 y 579 de F. Wattenberg que este autor fecha en época final preaugustea (1963, pág. 43, tabla XX). La forma de taza, con perfil en S, labio exvasado y sin pie, es conocida desde la I, E.H. y en la II, E.H. se fechan en los siglos II y I a. C. en los yacimientos de Izana y «El Altillo de las Viñas» ya citados. La forma de nuestro ejemplar, en S casi imperceptible y de pie destacado y ligeramente insinuado y con una incisión doble a modo de moldura cerca de la base, parece un tipo muy evolucionado dentro de esta forma genérica de taza. El asa es de sección circular y, en general, es una forma poco representada en este yacimiento. En el estudio que realizamos de la cerámica monocroma de Numancia apuntamos para piezas similares a este una fecha avanzada dentro del siglo I a. C.

Es de barro negruzco, probablemente por una cocción excesiva, y la inscripción de trazo regular se realizó incidiendo suave pero claramente en la pieza. Únicamente conserva tres signos situados próximos al asa en el exterior de la pieza y cerca del borde. De los tres signos, el primero está estropeado hasta el extremo de no poder saber a que corresponde si bien F. Wattenberg lo lee como E (Wattenberg, 1963 177), y los otros dos son el signo \uparrow y el N .

La pieza n.º 8 es un fragmento de difícil adscripción tipológica. Creemos que formó parte del cuello de un vaso de pequeñas dimensiones, tipo botella de perfil en S muy suave y borde ligeramente saliente. Es un fragmento indeterminado y forma rara.

De la decoración pintada puede verse las patas de un ave que si bien puede recordar a las numantinas y aún sabiendo que el grosor de la pared y la forma no es de tipo cluniense, la pieza hace pensar en este estilo.

En la inscripción, partida por tres lados, únicamente pueden verse el arranque de dos trazos, uno vertical y otro algo inclinado, sin que sepamos si pertenecían al mismo signo; el tercer trazo es gráficamente parecido a una coma porque ha perdido parte de la pintura y la fractura le afecta en la parte superior. El cuarto signo es claramente P y los siguientes N y Σ aunque este último tiene de vértice a vértice derechos un trazo vertical. Bajo él se dispusieron cuatro puntos del mismo tipo que los que sirven de separación pero en sentido horizontal. Si el signo es el final de la palabra se trataría de un adjetivo en genitivo singular del mismo tipo que ELATUÑAKO, LUÁNIKO O MAUTIKO (de Hoz, 1986, pág. 59). Debajo y algo más a la derecha se ve la parte superior de un trazo vertical y otro curvo sin que podamos asegurar sean signos o motivos decorativos.

La inscripción se escribió con el mismo tipo de pintura negra que se utilizó para la decoración.

La pieza con inscripción n.º 91 de Gómez Moreno cuya lectura es NAUTIKO según este autor (1949, pág. 312) y MAUTIKO según (J. de Hoz, 1986, pág. 59),

no hemos podido localizarla. Sin embargo sirva esta breve referencia en el intento de incluir al menos nominalmente todas las conocidas. De ella Gómez Moreno únicamente dice ser el borde de un vaso de barro rojo.

Igualmente por el mismo motivo reproducimos la chapita de bronce cuyo dibujo calcamos de la publicación de A. Schulten (1927, t. 43) y cuya lectura más acertada nos parece la de MUKOKAIKO (de Hoz, 1986, pág. 70), aceptando plenamente la interpretación que de ella hace el citado autor como una tésera tras haber podido examinar el vaciado de la pieza.

El dolio que presenta dos letras pintadas, de gran tamaño, cercanas al borde, cuya lectura segura es **M**  hay que relacionarlo por el tipo de borde a formas de la cerámica común romana que M. Vegas fecha en el siglo I y II d. C. (1973, págs. 95-97, fig. 42, tipo 49).

Las letras están pintadas entre las dos asas. De una sólo se conserva el arranque y creemos que la inscripción se redujo a estas dos letras, las mismas que en la pieza que hemos numerado como 32, de Terra Sigillata de igual lectura.

Las piezas que siguen únicamente tienen grabados uno o dos signos independientes. Nuestra pieza n.º 12, tipo olla de perfil en S y asa de sección ovalada y pie destacado y recto, encuentra paralelos de Luzaga (Díaz, 1976, pág. 453), Castrojeriz (Abásolo y otros, 1983, pág. 305) y la necrópolis de Las Cogotas (Cabré, 1932, I, 2), por citar algunos ejemplos con fechas anteriores al siglo II a. C. El parecido con estas piezas se encuentran en el recipiente. El pie de estas difiere sin embargo sensiblemente del nuestro en que este, recto, cierra en fondo plano que lo asemeja a perfiles conocidos en el mundo romano, haciéndonos creer sin poder precisar más que la pieza se realizó bajo el influjo romano. El signo grabado en la zona de máximo diámetro es el que corresponde al sonido «ti». El grabado es fino y no muy profundo aunque claramente visible tanto por el tipo de grabado como por la disposición.

La pieza n.º 13 de nuestra relación, siendo una copa de cuerpo hemiesférico, borde ligeramente entrante y pie vuelto hasta ser plano se asemeja a la forma de los denominados morteros. Es una forma muy frecuente en yacimientos celtibéricos tales como Izana (Taracena, 1927), Monteagudo de las Vicarias (Taracena, 1932. Lám XXV, 7). «Los Castejones» de Calatañazor (Taracena, 1926. VI, 3) y Langa de Duero. según Taracena en Izana se fecha en el siglo I a. C. y en Langa podría ser una cronología algo más alta llegando hasta el siglo II a. C. (Romeiro, 1976).

El signo se grabó a la mitad de altura del cuenco bajo las cuatro bandas pintadas en negro que corren inmediatamente debajo del borde. Es el signo ti grabado toscamente con una incisión no muy profunda.

Los números 14 al 17 son fragmentos más o menos indeterminados, de piezas en que se grabó el mismo signo estando en uso la pieza. El grabado es, al igual que los demás, de incisión fina e irregular con algunas imprecisiones o rectificaciones (caso del n.º 15).

El n.º 14 pudo pertenecer al arranque del cuerpo desde el fondo de una olla globular del tipo que en «Los Chopazos» (Almazán) se fecha entre los siglos IV y I a. C. (Revilla Andía, 1985, pág. 41, fig 89, n.º 89).

· El n.º 15 es un fragmento, verticalmente muy curvo, quizá perteneciente a una botella de cuerpo esférico, aunque sorprende la extrema delgadez de su sección. Es de pasta amarillenta, no engobada y desgrasantes muy finos.

El fragmento n.º 16 es un fragmento de pared de la que sólo podemos decir fuera probablemente inclinada. El signo  está fragmentado en su extremo derecho.

Igualmente el fragmento n.º 18 es de difícil definición tipológica. La pasta y la cocción parecen ser del tipo claramente celtibérico y el engobe es de calidad excepcional. La incisión es limpia y profunda y quizá fuera hecha antes de cocer la pieza. Representa el mismo signo que las anteriores.

El fondo n.º 17 mantiene parecido con los fondos de Terra Sigillata y de la cerámica común romana por lo acusadamente moldurado. Parecidos, aún dentro de la dificultad de tratarse de un fragmento, se hallan en la pieza del yacimiento de «La Muela», Almazán, yacimiento fechado entre los siglos III y I o II d. C. y de «El Molinillo» de Nepas, asentamiento celtibérico abandonado al comienzo del mundo romano (Revilla Andía, 1985, págs. 101 y 214. figs. 57. 40 y 112, 45).

La superficie englobada es de tonos oscuros marrones ajenos al tipo celtibérico numantino. Además de fuertemente moldurado la superficie tiene huellas muy numerosas de torno. La incisión muy torpe parece tener dos signos: un trazo vertical y el signo .

Las piezas números 19, 20 y 21 se conservan en mejor estado. Son tres copas de pie bajo, moldurado en las dos últimas y perdido en la primera.

F. J. Oroz interpreta el signo grabado en las ánforas de Vielle-Toulouse como la indicación de medida de cyathus (como equivalente a la mitad del sextario) u objeto destinado a sacar el vino de recipientes mayores (Oroz, 1987, pág. 363). Sin embargo los recipientes que estudiamos tienen muy distintas capacidades y ninguno muestra alguna otra marca que redujera o indicara la capacidad.

Para F. Wattenberg las copas de Numancia derivan de formas campanienses dando lugar primero a los tipos con pie bajo y después a los de pie largo y de desarrollo complicado. Se imitan según este autor páteras y los modelos de «fruteros» de la campanienses A o B, ello le hace relacionar estas copas con tipos romanos producidos desde el siglo II pero básicamente a los fechados en la transición del siglo II al I a. C. perdurando estas imitaciones hasta época de Augusto y siendo las de recipiente acampanado las más tardías (Wattenberg, 1963, pág. 44 y 47). Es, sin embargo, una forma poco frecuente. Un ejemplo similar a nuestro n.º 19, con borde marcado por estrangulamiento en la pared recta e inclinada, es fechado por F. Romero en el siglo I a. C. (Romero, 1979, fig. 27, 234).

La pieza n.º 20, de labio apuntado, pared inclinada al exterior y pie sencillo aunque moldurado, no tiene paralelos concretos en formas que conserven la superficie suficiente para establecer la comparación. Abascal recoge un fragmento de pie y fondo procedente de Segovia que incluye en su forma 15 —copas— y que fecha en los primeros años del siglo I d. C. dentro de la producción romana de tradición indígena de los talleres de Segóbriga indicando que este tipo dejó de fabricarse a finales del reinado de Nerón aproximadamente (Abascal, 1986, pág. 105, fig. 68, 326).

La pieza n.º 21 tiene grabados los signos  y . Este último representado con un trazo vertical y un triángulo que apoya en él, en vez de llegar hasta el vértice de la V invertida como es más frecuente. Ambos están separados y grabados en el interior; lógicamente por la forma, el lugar más visible.

La pieza n.º 22 es similar en forma a nuestro n.º 13 en el cuenco de la copa, el pie de esta, sin embargo, es moldurado. F. Wattenberg la relaciona con la forma 4 de la campaniense A y por tanto fechada a partir del siglo II pero preferentemente como hemos dicho en la transición de este siglo I a. C. y perviviendo hasta el cambio de era (Wattenberg, 1963, pág. 44, 735).

El signo, grabado en el interior del cuenco, es el sonido «u» () , el mismo que se grabó en el fragmento de fondo y pared n.º 23 pero en este caso añadiendo otra V paralela a la superior del signo. La forma debe ser la de una olla, sin más ejemplos en Numancia, de fondo casi plano y pie ligeramente destacado. Parece ser por el tipo de pasta y la carencia de engobe, cerámica común romana.

El signo grabado es gráficamente igual, aunque girado 180°, a la forma antigua del signo  latino en cuya evolución también se escribió como  y que Cagnat y Huguet recuerdan que se encuentra en textos contemporáneos de Augusto (Cagnat, 1914, pág. 31. Huguet, 1946, pág. 23).

Las piezas 24 y 25 tienen grabado el signo . De la primera el paralelo más exacto lo encontramos en el recipiente de cuencos-trípode de la cerámica romana fechables desde época republicana al siglo II d. C. (Aguadoc y Mostalac, 1983).

Es un cuenco de pared muy gruesa, fondo umbilicado y borde entrante engrosado al interior. Debió estar engobado y se realizó en barro amarillento del tipo más utilizado en la cerámica policroma. El grabado es grueso y se sitúa en el interior de la pieza.

El n.º 25 es un fragmento de forma imprecisa.

El fragmento de borde y pared ligeramente convexa n.º 26, corresponde a un cuenco sencillo de una forma que Taracena consideró como nueva y de la que Wattenberg creyó que además de nueva era relacionable con las campanienses A32 y 33' y campaniense B9 fechables por tanto no más allá del 133 a. C. (Wattenberg, 1963, pág. 3 tabla XVIII). Al exterior lleva grabado el signo  y en el interior lo que parece ser una estrella de cinco puntas.

El signo  se incidió aisladamente sólo en el fragmento n.º 27, de forma indeterminada, pero que debió incluir en su decoración círculos concéntricos. La superficie es engobada y la técnica de tipo celtibérico. El signo, que aparece numéricamente más representado en la cerámica romana (n.º 37 y 39), con graña tumbada y no vertical como en la escritura celtibérica, se utilizó según Cagnat como equivalente del signo y valor  durante el Imperio (Cagnat, 1914, pág. 31).

La forma del n.º 28 corresponde a una tinaja de almacenaje de las más frecuentes en yacimientos celtibéricos y fechable en el amplio margen de tiempo de los siglos II y I a. C. El signo se grabó bajo una decoración a base de dos bandas paralelas pintadas en negro y en el hombro de la pieza. La graña es profunda y muy cuidada en el trazo. La cerámica es de muy buena calidad dentro del conjunto numantino.

La pieza n.º 10 debió formar parte de un vaso de gran tamaño realizado con pasta blanquecina que ha perdido el engobe y que tiene en la parte inferior tres finas líneas decorativas marcadas en el barro.

La inscripción tiene 5 signos de los cuales los tres últimos son tres líneas verticales. El segundo podría haber sido una P sin que podamos justificar la continuidad del trazo hacia arriba y la primera es una K . La lectura, por la repetición del trazo vertical, hace pensar que pueda tratarse de un numeral. Beltrán Lloris lo plantea en las piezas de Azaila n.º 291, en que aparece el mismo signo repetido el mismo número de veces, en la n.º 72, donde sobre un ánfora de la forma 2 de Lamboglia aparece tres veces el mismo signo I entre una H y una X y en la 172 de la misma forma donde en una inscripción aparece tras el signo X y el sigro I dos veces y tras el A otras tres (Beltrán, 1976, pág 312. 1969, pág. 302, fig. 44). Con intención de establecer una relación bien numérica, bien alfabética, el signo se inscribió repetido dos veces en uno de los fustes de gran edificio de adobe de Contrebia Belaisca, cuando después de desmontados, los fustes de columna se almacenaron, lo que debió ocurrir según Beltrán Martínez tras la campaña de Perpenna entre los años 74 y 73 a. C. (Beltrán, 1982, págs. 27-100), y repetido hasta un máximo de 8 veces en el cuenco de plata de Granjuela en relación clara a una indicación numérica (Oroz, 1979).

Las piezas n.º 31-42 son fragmentos de Terra Sigillata que recogemos, calcando, del estudio de (M.V. Romero Carnicero, 1985) y del que tomamos las referencias cronológicas. La n.º 31 es un fragmento de borde de T.S.H. Drag. 37 almenadrada fechable en los últimos años del siglo I y primeros decenios del siglo II d.C. (Romero, 1985, pág. 396, fig. 64, 651). En la inscripción incisa bajo el borde de dudosa filiación podría leerse el segundo signo como H y el tercero como X .

La n.º 32 es un fragmento de forma indeterminada de T.S.H. aunque podría tratarse de una Ritt. 8, una Drag. 36 o una Hispánica 4 (Romero, 1985, pág. 426, fig. 94, 991). Junto a la base pero invirtiendo el vaso se lee MV , lectura que nos parece más probable que AN por la grafía de la segunda letra.

El fragmento n.º 33 perteneció a un vaso liso de T.S.I. de la forma GOUD, 38a Y tiene en su interior un grafito de dos trazos verticales incompletos (H) y un signo que podría ser X .

Los números 35 y 36 tienen grabado el signo H . El primero corresponde a una forma de T.S.H. difícil de precisar. El grafito tiene en el trazo central del signo, en la parte inferior, dos trazos paralelos transversales a aquél, ofreciendo una grafía distinta de este signo.

El grafito de la segunda es muy irregular y podría parecer por la imprecisión un signo ramiforme. Corresponde también a una T.S.H. de forma dudosa (Romero, 1985, págs. 428 y 430; figs. 96 y 98, 1.038).

Las piezas 37-39 tienen grabado el signo X . La primera, T.S.H. quizá Drag. 15/17 fechable como es sabido en la segunda mitad del siglo I d.C. (Romero, 1985, pág. 429, fig. 97, 1.020) conserva además de este signo otro que podría haber sido una X . Si forman parte de una palabra no sabemos el orden de lectura pues están escritos en el círculo de la base.

De igual forma debió ser el n.º 38 o quizá una Drag. 38 (Romero, 1985, pág. 428, fig. 36, 1.016). El grafito se situó en el mismo lugar.

El n.º 39 corresponde a una T.S.H. Drag. 37 fechable en los últimos veinte años del siglo I y los primeros decenios del siglo II d.C. En la cara interna sobre el signo.  hay grabados otros tres signos que esta autora lee como ANFL o AUFL (Romero, 1985, pág. 377, fig. 45, 431).

La pieza Drag. 27 tiene grabados en el fondo dos cruces que podrían interpretarse como dos . esta forma no sobrepasa el fin del siglo II d. C. y aún quizá la mitad del mismo (Romero, 1985, pág. 407, fig. 75, 80).

La pieza n.º 41, fragmento de T.S.H. Drag. 35, fechable desde el reinado de Vespasiano a no mucho más allá de finales del siglo II o inicios del siglo III (Romero, 1985, pág. 409, fig. 77, 815) tiene dos grafitos, el interior incompleto es una cruz, el situado en el exterior podría ser una .

El fondo marcado como 42 de forma dudosa tiene en el fondo externo grabados dos signos incompletos. Uno de ellos podría haber sido ; el segundo, un trazo vertical es imprecisable por la rotura.

La T.S.H. Drag. 15/17, nuestro n.º 34, se fecha en la segunda mitad del siglo I o últimos cuarenta años de este mismo siglo. La marca del alfarero está dispuesta en la mitad de la altura del vaso. En la parte inferior se lee  y próximo a él el signo  cuya disposición no sabemos con certeza y del que sale otro trazo con dirección opuesta al signo y transversal a las dos verticales.

La pieza n.º 43, T.S.H. de forma dudosa aunque podría tratarse de la forma 35 (Romero, 1985, pág. 425, fig. 39, 969) representa el mismo signo que la anterior, , también en la parte externa del fondo.

Ambas son relacionables con el fragmento n.º 29 de cerámica tipo celtibérico en que se grabaron dos signos iguales a los anteriores pero de disposición clara como dos «C» angulosas opuestas.

El dado es una pieza cúbica realizada en piedra arenisca en cada una de cuyas seis caras tiene grabado un signo. Para facilitar la descripción los hemos numerado de forma arbitraria. Uno de ellos es el mismo signo de las tres últimas piezas analizadas. Por la disposición de los demás signos, si partimos del hecho de que cuatro se escribieron en un sentido y los otros dos perpendiculares a aquellos, como parece claro, este signo únicamente pudo orientarse bien como  o como .

En el fragmento de Azaila n.º 772 ya comentado en relación a los tres trazos verticales de la pieza n.º 10, aparece este signo con la segunda graña que proponemos (Beltrán Lloris, 1976, págs. 302-303) lo que nos remite a la consideración de que efectivamente es un numeral y en este sentido hay que recordar que Lejeune creyó descubrir un indicio del uso del sistema decimal en el empleo del símbolo  para el cinco (Lejeune, 1983, págs. 33-34) aunque F. J. Oroz cree arriesgado creer en un sistema metrológico decimal a partir de esta consideración (Oroz, 1987, pág. 357). Admitimos pues que este signo se escribió en estas piezas de este modo aunque ello supone dejar sin explicación los signos grabados

en la pieza 29 y que nos obliga a citar la irregularidad de la Z latina cuando se escribe  que reseña (Cagnat, 1914, pág. 23) tanto para estas piezas como para la T.S. n.º 43.

El signo  lo encontramos aislado únicamente en un plato del yacimiento de Montes de Santa Bárbara, Valdespartera, Zaragoza, fechado entre el siglo II a. C. y la primera mitad del siglo I a. C. donde se repite tres veces en el interior y dos en el exterior de la pieza en que también se grabó un nombre personal (Beltrán Lloris, 1977, págs. 151-202) sin que el autor de la publicación se incline a dar una interpretación. En el cuenco de la Granjuela combinado con otros signos se lee como una indicación numérica de peso (Oroz, 1979, pág. 289, 344-345, 347-348 y 351).

El signo  que hemos visto representado en las cerámicas se encuentra aislado en la pieza n.º 207 de Azaila de la forma 5 Campaniense B, en el cuenco de pasta común 951, en cinco pondera y tres fusayolas (Beltrán Lloris, 1976, pág. 306). Antepuesto al signo que Beltrán interpreta «1» aparece en igual forma 5 de la Campaniense B (Beltrán Lloris, 1976, pág. 307) y se encontró grabado en un fuste de columna del edificio de Botorrita ya citado (Beltrán Martínez, 1982, pág. 99).

El signo que numeramos como cuatro, creemos que sólo pudo tener dos posiciones, bien la que corresponde al sonido «1» o invertido 180º, aunque nos inclinamos por la primera opción basados en la disposición de los demás valores que comentábamos antes.

Sin embargo remitiendonos al yacimiento de Azaila, del que contamos con una relación exhaustiva, el signo con sonido «1» aparece en un fondo de Campaniense B, forma 1 de lectura Bi Be Ba L () (Beltrán Lloris, 1976, pág. 306); aislado se grabó en otro fragmento de la misma forma de campaniense y en 23 pondera (Beltrán Lloris, 1976, pág. 297). Este último dato por cuanto, aunque sin demostrar, parece que indicaron a menudo su valor o peso, puede resultar interesante ya que además de ser un número muy elevado de casos, el signo podría leerse invertido, es decir como V. En el Palomar de Oliete (Teruel) cuyo final se fecha hacia la mitad del siglo I a. C., apareció inciso sobre una pondera en tercer lugar de frecuencia tras la  y la . También apareció en distintas posiciones en la muralla de Tarragona en las consideradas marcas de cantero (Hubner, 1892, XI) y en Bilibis, Martín Bueno considera que el signo grabado como éste sobre pondera es una indicación de origen o fabricación (Martín Bueno, 1972-72, pág. 61).

En Azaila Beltrán Lloris las identifica con una nasal, concretamente el sonido «n» (Beltrán Lloris, 1972, págs. 455-462). En Numancia apareció grabada sobre una losa de piedra de función desconocida, aisladamente (González Simancas, 1926).

Del signo  que únicamente vimos representado en la pieza n.º 28 y en la T.S. n.º 42, no conocemos ejemplos de utilización similar. La única referencia a este en relación a numerales la encontramos en F.J. Oroz cuando relaciona el signo del que cree representa al cuadrantal, con la historia del Q en latín y su vinculación con KOPPA y el etrusco  (Oroz, 1987, pág. 362).

CONCLUSIONES

Hemos de destacar en primer lugar la buena calidad de las piezas de este conjunto y en especial de aquellas en que se escribió un letrero. Asimismo hay que llamar la atención sobre el hecho de que no existan sobre Terra Sigillata (excepto algunas referencias, no comprobadas, en los Libros de Registro del Museo Numantino) aún cuando en este tipo cerámico si aparecen letras aisladas de la lengua celtibérica. Tampoco hemos encontrado piezas que demuestren que se escribiera celtibérico utilizando el alfabeto latino ni siquiera en los signos aislados. Si hemos observado en la Terra Sigillata incisiones superpuestas que podrían haber correspondido a palabras en que las letras se escribieran una sobre otra pero sin embargo no pudimos desglosar por la dificultad evidente (ante la inseguridad de que efectivamente se tratara de esto no las hemos incluido). Del mismo modo el signo representado en la pieza n.º 2 a continuación de la inscripción podía ser un símbolo en relación al nombre sin que se pueda precisar nada acerca de su sentido.

Respecto a las cerámicas en que se grabaron signos parece que éstos se realizarán estando en uso la pieza sea cual fuere su función con la clara intención de señalar. Estas marcas se grabaron en lugares muy visibles en el caso de la cerámica de tipo celtibérico, sin embargo en muchas ocasiones los signos grabados sobre la Terra Sigillata y en aquellas cerámicas afines a la común romana (números 14, 15, 16, 17, 23 Y 29) los signos aparecen en el fondo al exterior o en la base muy próximos al fondo resultando menos visibles.

Es evidente que en el caso de los letreros con nombre se trató de señalar la propiedad de los vasos y que, o bien se encargó pintar o grabar al alfarero o se grabó tras la adquisición. En el caso de los signos no creemos sin embargo se tratara de marcas de propiedad pues las letras representadas son tan sólo 5 y las más numerosas ( y ) no coinciden con las iniciales de los nombres más repetidos o comunes de la onomástica celtibérica. La misma proporción parece desacreditar también aquella opinión.

De tratarse de indicaciones de medida o peso como se ha admitido para los pondera, ya hemos indicado en algún apartado que la capacidad de las piezas en que está grabado el mismo signo no coincide y la diferencia es considerable y no existe ninguna señal (en lo que hemos podido comprobar) que marcara en la pieza la medida deseada. Respecto a si fuera una indicación de uso nada podemos añadir pues las piezas son también diferentes, ollas y copas bajas, en el caso del signo , el más frecuente, aunque el contenido a que se destinaron pudo ser el mismo. Si los signos se grabaron con una intención distinta, simbólica o religiosa es aún algo más difícil de interpretar, excepto en el caso de los signos  y la  por lo que únicamente podemos señalar que aparecen pintados en cerámicas numantinas y la primera en la supuesta «lapida» ya citada.

Sí resulta interesante observar como los signos ,  y  aparecen sobre cerámica romana y las letras  y  aparecen en mayor número en esta. El signo  nunca aparece en cerámica celtibérica. De tratarse como parece claro

de un numeral, por los paralelos expuestos y su cronología, habríamos de pensar en un elemento añadido al sistema numeral celtibérico quizá llegado con el influjo romano. En este sentido el dato puede resultar muy clarificador:

La cronología en general es tardía centrandose el grueso de las cerámicas en el siglo I a. C. y rebasando el cambio de era. De las que tienen nombres pintados o grabados las más avanzadas resultan ser la n.º 1 y la n.º 2 para las que nos inclinamos por la fecha de primeros decenios del siglo I d. C., la n.º 8 por su parecido con los tipos de la «cerámica clunia» que nos obligaría a llegar y superar el año 50 d. C. y el dolium n.º 11 de finales del siglo I d. C. El resto, mas imprecisable por su forma, podrían llevarse sin temor a finales del siglo I a. C. por razones tales como la calidad de las piezas y aspectos formales, asas o fondos, que obligan a pensar en influencias desarrolladas bajo el imperio romano.

La cronología de la mayor parte de las cerámicas celtibéricas con signos grabados que presentamos corresponde también al siglo I a. C., aunque la similitud que les confiere el signo grabado con piezas de cerámica común romana permiten suponer que fueran también, al menos algunas, del siglo I d. C., sin que podamos precisar más.

Las piezas de Terra Sigillata, algunas de las cuales alcanzan los primeros años del siglo II d. C. demuestran que la lengua celtibérica pervivió al menos hasta esta fecha aunque por el documento cerámico no podamos saber si se conservó en ambientes familiares, o fue un fenómeno socialmente extendido como para pensar en un bilingüismo de la población celtibérica hasta este siglo II d. C. Tampoco de momento se puede establecer la diferencia entre las aldeas y núcleos más romanizados. En este sentido resulta interesante el episodio ocurrido en época de Tiberio y narrado por Tácito (*Annales*, IV, XLV) del asesinato de L. Pisón cometido por un campesino de una aldea próxima a Tiermes y como éste una vez apesado «...con voz potente en la lengua de su tierra dijo que era vano el interrogatorio».

BIBLIOGRAFIA

- ABASCAL PALAZON, M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena. Centros de producción, comercio y tipología*, Madrid.
- ABASOLO, J.A.; RUIZ, I. y PEREZ, F. (1983): *Castrojeriz I. El vertedero de la colegiata*. N.A.H. 17.
- AGUAROD, C. y MOSTALAC, A. (1983): *Notas arqueológicas sobre un nuevo yacimiento romano en Farasdúes (Zaragoza)*, *Caesaraugusta*, 57-58, Zaragoza, págs. 141-170.
- ALBERTOS FIRMAT, M.L. (1979): *La onomástica de la celtiberia. Actas del II Col. sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*. Tübingen 17-19. Junio 1976. Universidad de Salamanca, págs. 131-167.
- BATTLE HUGUET, P. (1946): *Epigraphia latina*. Publicaciones de la Escuela de Filología de Barcelona.
- BELTRAN LLORIS, A. (1973): *El signo ibérico T. XII C.N.A.* (Jaén, 1971), Zaragoza, págs. 455-462.
(1976): *Arqueología e Historia de las ciudades antiguas del cabezo de Alcalá de Azaila*, Zaragoza.
(1977): *Novedades de arqueología zaragozana*. *Caesaraugusta*, 41-42, Zaragoza, págs. 151-202.
- BELTRAN MARTINEZ, A. (1958): *Los hallazgos ibéricos del Palomar de Oliete (Teruel) y la colección Orosanz de Zaragoza*. *Caesaraugusta*, 11-12, Zaragoza, págs. 24-32.
(1982): *El gran edificio de adobe de Contrebia Belaisca (Botorrita): hipótesis y estado de la cuestión*. *Bol. del Museo de Zaragoza*, págs. 92-108.
- CABRE AGUILLO, J. (1932): *Excavaciones en Las Cogotas. Cardenosa (Ávila) II. La Necrópolis*. *Mem. de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 120, Madrid.
- CAGNAT, R. (1914): *Cours d'Epigraphie Latine*, París.
- CASTIELLA RODRIGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*. Dip. Foral de Navarra.
- DIAZ DIAZ, A. (1976): *La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservadas en el Museo Arqueológico Nacional*. *R.A.B.M. LXXIX*, 2 Abril-Junio, págs. 10-48.
- GOMEZ MORENO, M. (1949): *Suplemento de epigraphia ibérica*. *Miscelaneas Historias, Arte y Arqueología*, Madrid, págs. 283-310.
- GONZALEZ RODRIGUEZ, M.^a C. (1986): *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*. *Veleia*, 2, Vitoria.
- HERNANDEZ VERA, J.A. (1982): *Las ruinas de Inestrillas. Estudio arqueológico*. *Aguilar del Río Alhama*. La Rioja. Inst. de Est. Riojanos, Logroño.
- HOZ, J. de (1979): *Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la Península*. *A.E.A.*, 139-140, págs. 227-250.
(1986): *La epigraphia celtibérica. Actas de la Reunión sobre epigraphia hispánica de época republicana*. Zaragoza, 1-3, oct. 1983. Inst. Fdo. el Católico, págs. 43-102.
- HUBNER, T. (1982): *M.L.I.*

- LEJEUNE, M. (1983): *Vieille-Toulouse et la metodologie Iberique. Reveu Archeologique de Narbonnaise*, t. 16.
- MANERA, E. y GRANADOS, J.O. (1977): Nueva forma pintada hallada en Mallorca. *C.N.A. XIV*, Vitoria, 1975, Zaragoza, págs. 957-962.
- MARTIN BUENO, M.A. (1971-72): Pondera de Bilbilis en las colecciones Samitier y Orensanz. *Caesaraugusta*, 35-36, págs. 157-165.
- OROZ ARIZCUREN, F.J. (1979): El sistema metroológico de la inscripción ibérica del cuenco de La Granjuela. *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la península ibérica*. Tübingen 17-19, junio 1976; Univ. de Salamanca, págs. 283-370.
- (1987): Sobre epígrafes ibéricos de las ánforas de Vieille-Toulouse. *Veleia*, 2-3. *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*. Vitoria, Mayo, 6-10. 1985, Vitoria, págs. 355-370.
- PALLARES, F. (1965): El poblado ibérico de San Antonio de Calaceite. *Bordighera*.
- PASCUAL DIEZ, A.C.: El poblamiento prehistórico de Quintana Redonda. Tesis de Licenciatura. Universidad de Zaragoza. Inédita.
- PELLICER, M. (1962): La cerámica ibérica del valle del ebro. *Caesaraugusta*, 19-20, Zaragoza, págs. 58-64.
- PERALES, M.P.; PICAZO, J.V. y SANCHO, A. (1984): Tiro de Cañón. Alcañiz. Los materiales cerámicos I. *Kalathos* 3-4. Teruel, págs. 203-258.
- REVILLA ANDIA, M.L. (1985): Carta arqueológica. Soria. El poblamiento prehistórico de la Tierra de Almazán. Excma. Diputación provincial de Soria.
- ROMERO CARNICERO, F. (1976): Notas de cronología de cerámica numantina. *B.S.A.A.*, XLII, págs. 377-392.
- (1979): *Las cerámicas policromas de Numancia*. C.S.I.C. Centro de Estudios Sorianos. (Col. «Biblioteca soriana»).
- ROMERO CARNICERO M.^a V.^a (1985): Numancia I. *La Terra Sigillata*. E.A.E., 146, Madrid.
- SCHULTEN, A. (1927): *Numantia. De Ergebnisseder Ausgrabungen 1905-1912. Band III. Die Lager Dei Scipio*. Munchen. Ed. Herlag Von F. Bruckman A.G.
- TARACENA, B. (1926): Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria. *Memorias de los resultados obtenidos en el año 1924*. *M.J.S.E.A.*, 75, Madrid.
- (1927): Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. *Memorias de las excavaciones practicadas en 1925-1926*. *M.J.S.E.A.*, 86, Madrid.
- (1932): Excavaciones en la provincia de Soria. *M.S.J.E.A.*, 119, Madrid.
- VEGAS, M. (1973): *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*. Inst. de Arq. y Preh., Publicaciones eventuales, 22, Universidad de Barcelona.
- WATTENBERG GARCIA, E. (1978): *Tipología cerámica celtibérica en el Valle inferior del Pisuerga (yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas)*. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 3.
- (1963): *Las cerámicas indógenas de Numancia*. B.P.H., vol. IV, Madrid.

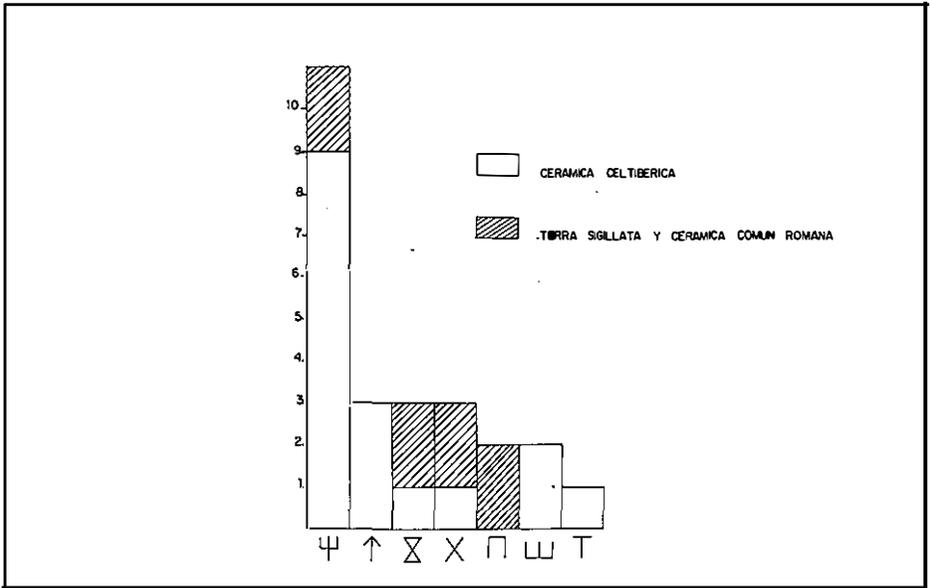
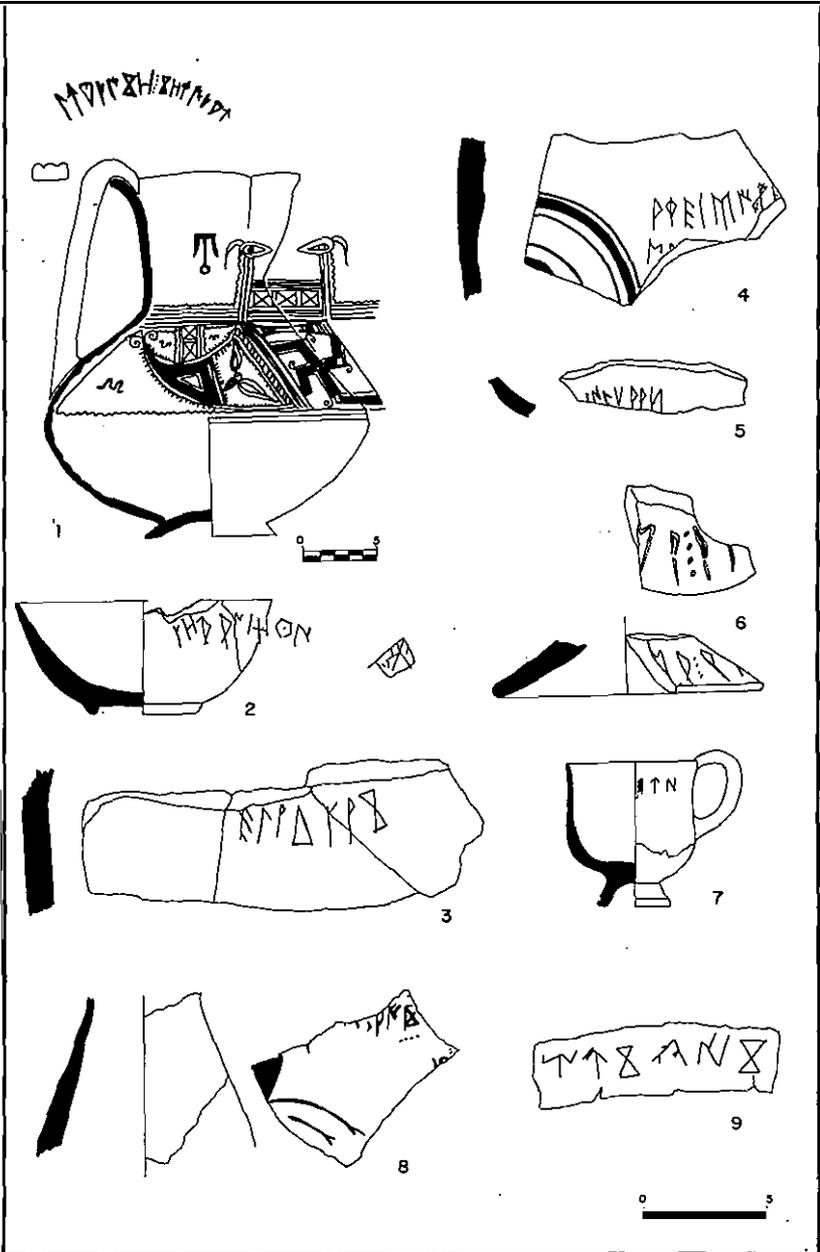
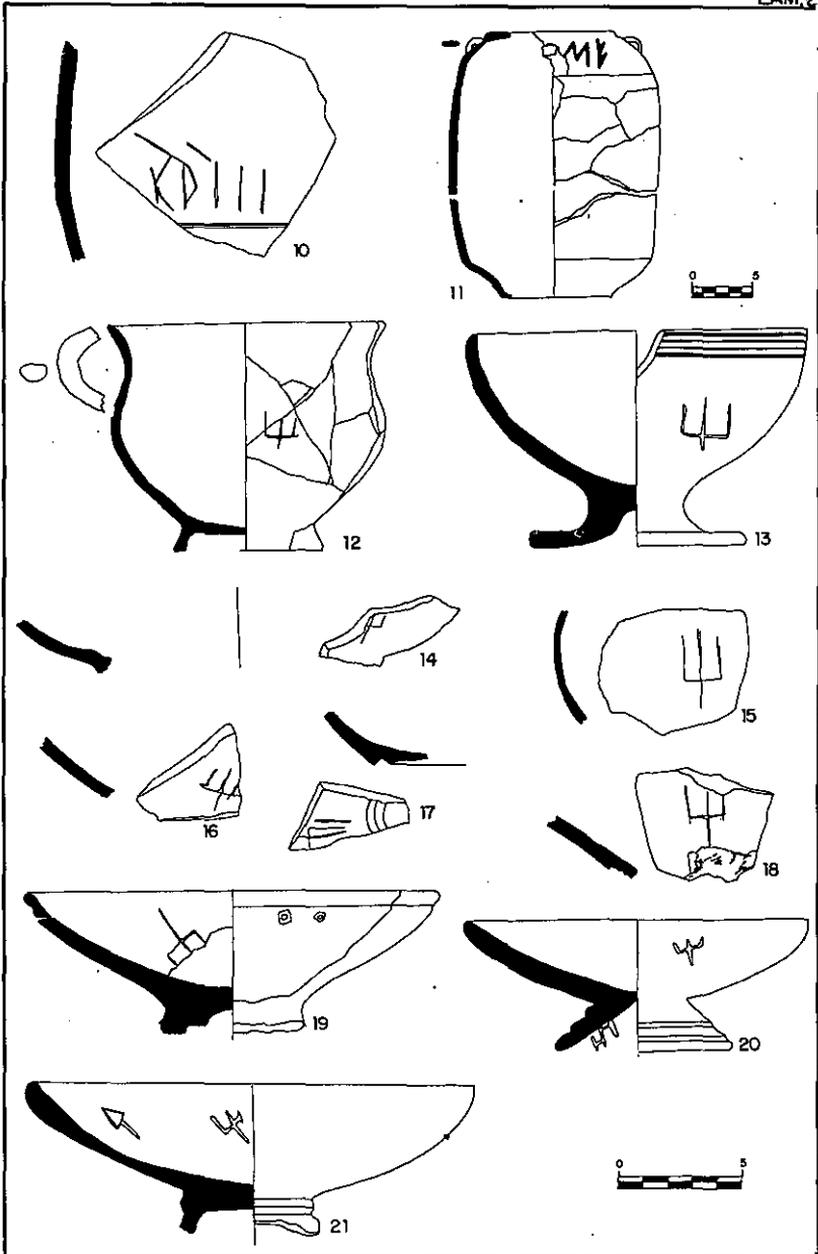


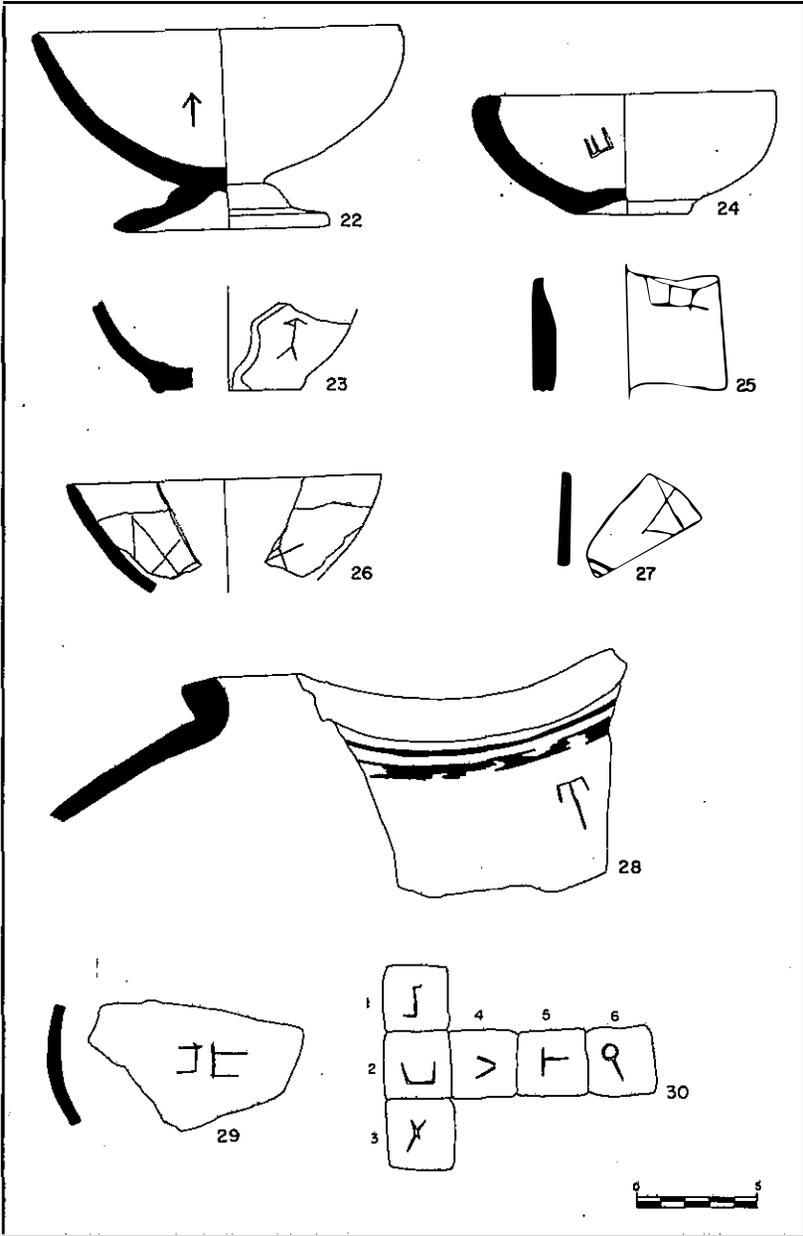
FIG. 1.—Signos sobre cerámica.

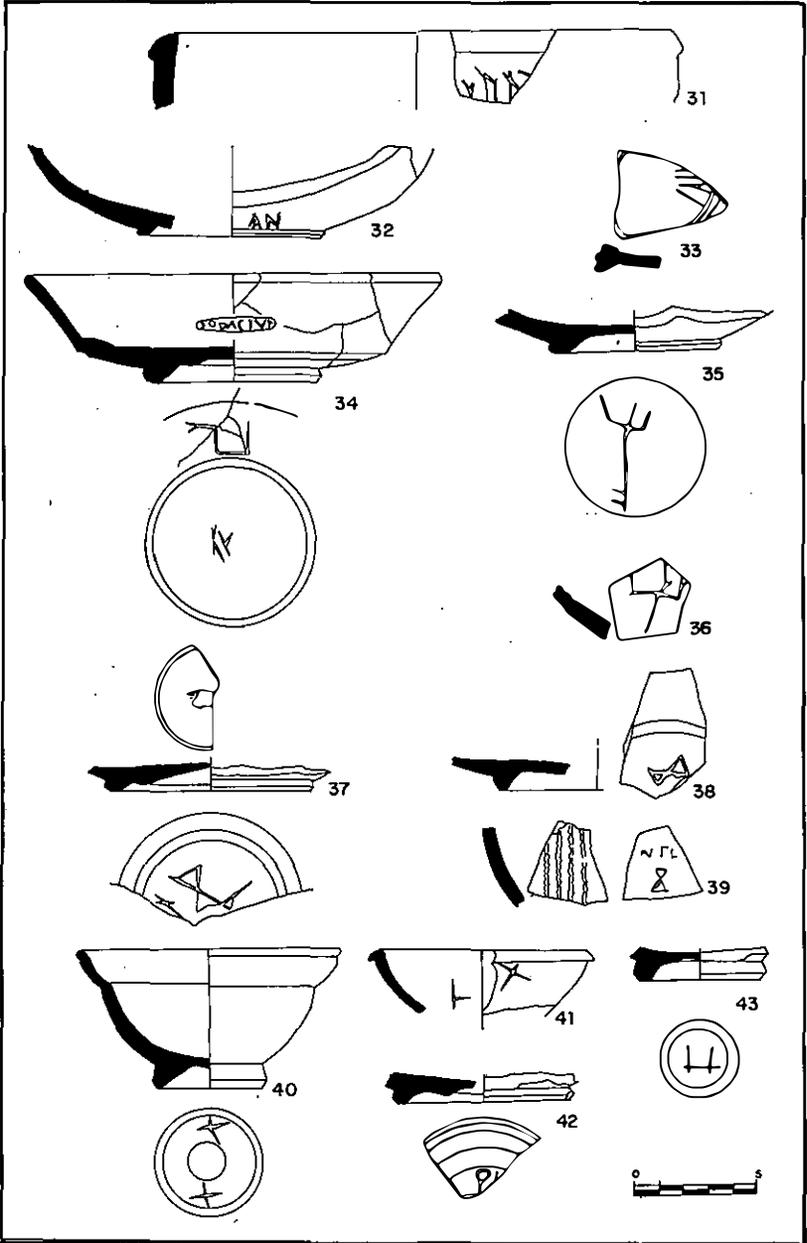
CORRELACION DE NUMEROS DE INVENTARIO

N.º	MUSEO NUMANTINO	N.º	MUSEO NUMANTINO
1	11874	23	11824
2	1471	24	1679
3	11813	25	1839
4	11814	26	s/n
5	11820	27	1824
6	11819	28	11810
7	1312	29	1852
8	8911	30	12755
9	s/n	31	9279
10	1833	32	9246
11	s/n	33	9271
12	1305	34	9128
13	3643	35	9317
14	1837	36	13810
15	1838	37	9311
16	1830	38	9312
17	1850	39	9310
18	1841	40	s/n
19	11724	41	9325
20	1476	42	9283
21	1619	43	9303
22	1676		









**EL YACIMIENTO CELTIBERICO DE «CASTILMONTAN»
SOMAEN (SORIA): EL SISTEMA DEFENSIVO**

M. ARLEGUI SANCHEZ

INTRODUCCION

El yacimiento de «Castilmontan» se encuentra situado al N del Km. 166 de la actual carretera Madrid-Zaragoza de trazado paralelo a la vía del ferrocarril y al río Jalón que discurre al pie del cerro. Constituye el extremo oriental de una serranía baja que encajona el río Jalón por su izquierda antes de abrirse en la plaza de Arcos de Jalón distante de este punto escasos 2 km. A la vez esta serranía marca el final del valle del río Valladolid en su derecha al desembocar este río en el Jalón a 500 m. del extremo E. de Castilmontan. El yacimiento se asienta sobre una plataforma de conglomerado arcilloso, ligeramente basculada hacia el S-W, de planta triangular; con escarpes verticales en sus lados N. y S. Hacia el W. la serranía continua sin interrupción, amesetada primero y en brusca elevación después hasta la máxima altura del Alto de la Cueva Linera entre los pueblos de Somaén y Jubera. En esta zona E. y fuera del recinto murado, existe una fuente de manantial regular a lo largo del año.

El ambiente del yacimiento es una zona que ofrece posibilidades agrícolas en los valles y que muy próximo aún conserva bosque con grandes recursos cinegéticos y abundantes zonas de pasto para ganado, actividades documentadas a lo largo de la excavación arqueológica. Sus coordenadas son 1° 23' 18" de long. E. y 41° 12' 23" de lat. N. del mapa escala 1:50.000 del Instituto Geográfico y Catastral. Su cota sobre el nivel del mar es de 920 m. Le atribuimos una superficie de 14.850 m.²

La excavación arqueológica se realizó entre los meses de Septiembre de 1988 y Enero de 1989 y una pequeña intervención en Mayo de éste último año para excavar los restos de un deteriorado «basurero». Todo ello dentro del plan de excavaciones de urgencia que seleccionó este yacimiento tras una rigurosa prospección de lo que es el trazado de la nueva obra de la autovía de Aragón, contando para la realización de la excavación con una partida alzada incluida en el proyecto del M.O.P.U.

Los materiales arqueológicos recuperados en la excavación así como las diversas muestras de fauna, vegetación, metales, cerámicas, etc... están en la actualidad en proceso de estudio y análisis; no obstante, la intención de este trabajo

es dar a conocer un yacimiento que por su situación en la zona de acceso a la meseta desde el valle del Ebro y en un territorio próximo a la línea de frontera entre arevacos y bellos, así como su cercanía a las minas de hierro de la zona del Jalón, numerosas y de fácil explotación, nos lo muestran como especialmente interesante.

La conservación del yacimiento es desigual debido a que la línea defensiva, murallas y torreón, ha actuado de muro de contención de los materiales arrastrados de la plataforma de modo que aquellos y parte de las casas adosadas a los mismos quedaron sepultados y conservados en óptimas condiciones, mientras que el resto de las construcciones edificadas en el interior del poblado han sido arrasadas casi completamente. Del mismo modo el tramo S. de la muralla, forzado además por la inclinación de la plataforma en esta zona, ha perdido el lienzo exterior y conserva mucho menor altura que el tramo norte.

La disposición de las casas fue transversal a los límites del cerro, dejando una amplia plaza central sin edificación de piedra y adobe aunque no podamos asegurar que no existieran cercados o compartimientos para ganado construidos con otros materiales más perecederos.

EL SISTEMA DEFENSIVO

Las construcciones defensivas se concentran en el extremo O. de la plataforma triangular; en el único lado de fácil acceso y donde el suelo natural de conglomerado marca un escalón en la mitad Norte de la línea que se eligió para trazar la muralla y el torreón, de forma que en este tramo la defensa alcanza naturalmente mayor altura lo que probablemente obligó en la parte Sur de la muralla, donde la plataforma se inclina, a una construcción más elevada. En esta zona S-W, donde el mismo escalón se extiende desde el torreón hacia el Oeste marcando un camino natural de acceso al interior del poblado, se abrió la puerta de muralla.

Desconocemos si la muralla se desarrolló a lo largo del perímetro del asentamiento dado que los sondeos realizados en distintos puntos del yacimiento no han dado ningún resultado debido al total arrasamiento de estos extremos que señalábamos antes. Sin embargo no es improbable que a tal fin sirvieran los muros traseros de las casas ya que en los lados Norte y Sur aflora la plataforma de conglomerados formando un impedimento natural.

Básicamente el sistema defensivo se compone de la muralla que forma un violento codo aproximadamente en la mitad de su recorrido, donde se alza el torreón exterior; cuyo muro trasero, no visible, debe coincidir con el lienzo exterior de la muralla, y, como prolongación de este hacia el poblado, el torreón interior; cuya pared Oeste, de la que son visibles algunas hiladas de la construcción, queda a escasos 50 cm. del lienzo interior de la muralla, espacio que se rellenó de piedra y tierra.

Ambas construcciones se planearon conjuntamente aunque después sufrieron algunas remodelaciones complejas como demuestran algunas superposiciones y añadidos de difícil explicación por el momento.

Los materiales empleados en la construcción de las estructuras defensivas provienen de zonas inmediatas al poblado, caso del conglomerado extraído para la realización de la muralla y torreones (y edificaciones domésticas) o de afloraciones geológicas próximas como es el caso de los sillares de toba empleados en los tramos altos de la muralla, que provienen de zonas situadas en un diámetro de 2 km. con eje en el yacimiento arqueológico.

La dureza relativa del conglomerado arcilloso (no muy denso de cantos rodados) y la dificultad de obtener bloques regulares hace que el tamaño y la forma sean muy diversos aunque se aprecia una cierta tendencia a obtener al menos una cara alisada. Esta irregularidad se compensa con cuñas que rellenan los espacios libres y una cementación con barro en el lienzo exterior de la muralla y en el torreón extramuros con la segura intención de dar un aspecto ciudado y sólido a la construcción.

Además de la piedra, conglomerado y toba, y de adobe como materiales de construcción, hemos recuperado restos de madera empleada en la muralla y quizá de lo que fue el quicio de la puerta. Parece tratarse de madera de una especie de sabelo aún hoy muy frecuente en la zona.

LA MURALLA

La muralla conservada tiene una longitud de 85,80 m. a los que habrían de añadirse aproximadamente 8 m. más desde el extremo Sur de la puerta hasta el cortado donde la muralla giraría o acabaría enlazando con la primera casa de la alineación Sur, como parece hacerlo en el sector Norte excavado, en donde un marcado giro en curva enlaza con el escarpe de roca. Para trazar este arco de manera que la muralla no perdiera consistencia se adelantó un muro que cubre 4 m. de la muralla cuyo lienzo exterior acaba bruscamente en favor de aquél.

El tramo de trazado recto desde el torreón hacia el Norte mide 36 m., igual medida que la que hay desde el mismo torreón hasta el vano de la puerta. Ello siguiendo el lienzo exterior ya que como lienzo interior de la muralla en este tramo Norte únicamente se construyeron 10 m.: los que median entre el ángulo N-W del torreón interior; desde el que un muro de no muy buena factura une y sirve de contrafuerte al torreón y al relleno de muralla, y el muro trasero de las casas. El espacio que queda entre estos tres elementos, muralla, torreón y muro-contrafuerte, de planta triangular; 1,80 m. más alto que el suelo natural en el exterior del recinto fortificado, tiene un suelo de barro apelmazado con huellas de poste en el vértice de unión entre la muralla y el torreón y pudo servir para acceder desde él a la muralla y torreones.

Desde el torreón exterior hacia el Sur; la muralla debió desarrollarse de la misma manera aunque al haber perdido el lienzo exterior no podemos seguir su trazado exacto (hipotéticamente lo hemos señalado en el planta de la excavación

con línea discontinua), incluso creando el mismo espacio triangular que sirve para corregir el ángulo de la muralla y crear un muro recto a partir del cual conseguir una disposición regular de las casas.

Resulta especialmente interesante el sistema de refuerzo de la cimentación conservado en los 3 m. próximos al muro Sur del torreón exterior: paralelo a la cimentación en banco sobresaliente unos 20 cm. de lienzo se construyó un muro de unos 40 cm. de anchura y 40 de altura que se unió a la muralla con vigas de madera de 4 cm. de diámetro aproximado y distantes entre sí (en las cinco huellas que se conservan) unos 15-20 cm. La cimentación reforzada se hizo necesaria sin duda por la inclinación de la plataforma del yacimiento en este sector y por asentar la muralla sobre tierra y no sobre la roca natural como ocurrió en el tramo Norte.

El sistema constructivo de la muralla es el de levantar un doble paramento, sea el interior un muro de casa o realmente un lienzo de muralla. El espacio entre los paramentos verticales se rellena de tierra y piedra de pequeño y mediano tamaño. El paramento interior es siempre de peor factura, notoria en que los bloques de piedra empleados son más irregulares y la trabazón entre ellos menos consistente, a la vez que probablemente no estuvieron recubiertos con barro.

La anchura de la muralla en los tramos claramente definidos a través del doble paramento oscila entre los 3 m. de la zona Norte junto al torreón y los 2.50 m. de la zona Sur del mismo. La altura máxima conservada es de 3.50 m. en la unión de la muralla con el ángulo N-E del torreón exterior. En esta misma zona se conservan ocho hiladas de sillares de toba de muy buena factura y tamaños regulares entre los 60 cm. de ancho y 30 de altura y 40 cm. por 30 cm. en el caso de los de menor tamaño. Entre la última hilada de piedras de conglomerado y la primera de toba se observan huellas de forma circular que a veces afectan a los sillares de toba y que podrían ser las marcas dejadas por el andamiaje utilizado para levantar la construcción del mismo tipo que los mechinales de andamiaje de que habla B. Taracena en la muralla de Ocenilla (Taracena, 1932, pág. 41).

Nos inclinamos a pensar que los dos tipos constructivos responden a dos momentos distintos aunque no muy distantes en el tiempo por la forma en que como veremos después se ha trabado este tramo de toba con el muro del torreón. Por otro lado la toba se empleó en el lienzo interior desde la misma altura en que se hizo en el exterior dando el aspecto de ser una reparación global. En el tramo Sur de la muralla se utilizó también la toba sobre conglomerado pero a mucha menor altura que en aquel sector.

Desconocemos el tipo de coronamiento que tuvieron los muros y tampoco hemos encontrado restos que indiquen la existencia de empalizadas o construcciones similares sobre ellos. Igualmente desconocemos si la muralla tuvo camino de ronda en todo su recorrido, aunque como veremos más adelante por lo que se observa en el espacio entre los dos torreones es probable que así fuera.

La puerta de muralla se abrió en el extremo S-W del trazado de la muralla y es una interrupción limpia de ésta. El vano de la puerta mide 3.80 m. y tiene una profundidad de 5.60 m. Está construida de la misma manera que la muralla aunque los bloques empleados son ligeramente mayores en la base (solo se conserva una hilada en cada una de las caras).

De la unión con el lienzo no podemos asegurar nada ya que como hemos indicado aquél se ha perdido. Sólo apuntar que la profundidad de la puerta hace que la muralla en este extremo tenga casi el doble de la anchura que tiene en el resto de su trazado. La geografía del terreno no hace posible sin embargo que existieran torres de flanqueo a los lados de la puerta.

Hacia la mitad de su profundidad en la cara Norte encontramos restos de un poste de disposición vertical, de 13 cm. de diámetro, hincado en el terreno natural unos 18 cm. Delante de él, es decir hacia el E., se dispusieron dos lajas quizá para contener y reforzar este poste del que quizá no sea aventurado decir que sirviera de quicio al portón de madera que quedaría así colocado en la mitad del vano de la puerta.

El acceso a la puerta marca una rampa y traspasada aquella queda libre la plaza central del poblado ya que la primera casa desde la puerta hacia el Norte en la primera alineación que se adosa a la muralla dista 4 m. del ángulo interior de la puerta.

En el giro del trazo curvo de la muralla en su zona más al Norte se abre un portillo por el que se accede a un ángulo libre del poblado, obligado en el trazo urbanístico por el cambio de alineación de las casas. Del poblado hacia el exterior es una salida cómoda, por más cercana, a la fuente y permitiría y agilizaría el acceso al poblado cuando la muralla tuviera cerrada la puerta principal en tiempos de paz. En tiempo de guerra permite una salida por sorpresa del recinto murado del tipo que refiere Livio como los suessetanos, enviados por catón a atacar la capital de los iacetanos fueron rechazados por estos que salieron al ataque utilizando una puerta secundaria que aquellos no habían visto (Livio, 34, 20. 1-9). Es un acceso fácilmente disimulable por tanto y quizá sea esta la explicación del muro que nace del mismo punto en donde arranca la curva de la muralla y que tiene una orientación transversal a ambas. Entre los ejemplos más claros y próximos hemos de citar la poterna de la muralla del «cabezo San Pedro» en Oliete, Teruel (Redón y otros, 1985, pág. 79).

LOS TORREONES

Se trata de dos torres construidas en la zona central de la muralla de manera que ésta queda entre ambas que sirven, además, para evitar el ángulo que marcaría la muralla en esta zona, razón que nos inclina a pensar con las ya expuestas que el planeamiento de la obra defensiva original incluyó tanto la muralla como los dos torreones.

Aunque la construcción de ambas es independiente en la base, pueden considerarse como un cuerpo ya que su disposición, una como continuación de la otra, y su función defensiva, las hacen complementarias. La torre exterior además de vigilar la zona E. inmediata al yacimiento en dirección a la Meseta, debió construirse para reforzar la vigilancia sobre la muralla. La torre interior, además de ampliar la superficie de la exterior, en caso de que hubiera sobre ellas algún recinto que alojara algo parecido a un cuerpo de guardia o de ataque a los enemigos situados ya en la base de la muralla, tiene eminentemente una función

de vigilancia ya que orientada al interior del yacimiento, con una altura máxima conservada de 3.30 m. sobre el nivel del poblado permite una visibilidad que desde el torreón exterior no es posible. Aunque cabe la posibilidad de que desde ellas se realizaran señales de aviso a otros núcleos habitados, es decir que este complejo defensivo formara parte de otro más amplio de control y defensa de un territorio, sólo podemos señalar la proximidad de este yacimiento al de Santa María de Huerta de similares características estratégicas (Aguilera y Gamboa, 1909, pág. 185) en tanto no se realice una completa prospección arqueológica para determinar si en el Valle del Jalón se establecieron torres de vigilancia con la función de las denominadas *Turres hannibalies* (Balil, 1977) en relación calculada con otros asentamientos.

La construcción de los dos torreones es similar. El exterior, de planta cuadrada, presenta no obstante un aspecto más ciudado que el interior, de planta trapezoidal más irregular. Se construyeron en talud con bloques de conglomerado rellenando los espacios libres con cuñas y ripio excepto el muro E del torreón interior que es de adobe. Los dos tienen el interior macizado con piedra y tierra no compacto. Los muros interiores de las dos torres se levantaron también en talud de manera que, respecto a los lienzos de muralla, queda un espacio libre en forma de cuña vertical que se rellenó con piedra y tierra. Es clara la intención de desvincular constructivamente la muralla de los dos torreones pues si bien hubiera sido restar esfuerzo al emplear la muralla como muro intermedio de los torreones ninguno de los elementos hubiera tenido la consistencia obtenida de este modo y la destrucción de uno de ellos hubiera supuesto el desmoronamiento del otro.

El torreón exterior con una base de 9 m. en el lado N. 9,20 en el O. y 12 m. en el S. hasta la unión con la muralla conserva toda su altura original en el ángulo N-O siendo de 2.58 m. y definiendo un talud de 22,5°. Sobre esta construcción de piedra se elevó una plataforma de adobe de al menos 1.20 m. de altura que volaba de la construcción de piedra 8 cm. Los adobes empleados, hechos claramente con molde, miden entre 6 y 9 cm. de altura por 38 y 39 cm. de anchura y entre 38 y 39,5 cm. de profundidad. Esta plataforma de adobe se conserva únicamente en la mitad de la superficie y de modo no regular en altura.

En la cimentación se emplearon bloques de gran tamaño de los que el mayor alcanza 1.60 m. de anchura y 80 cm. de altura sin que hayamos apreciado en la cata de sondeo que efectuamos en el ángulo N-O ninguna técnica particular para fijar el torreón.

En los extremos en que el torreón extramuros unifica con la muralla por el exterior se conservan dos cuerpos que presentan por el momento ciertas dificultades para su correcta y completa explicación. Basicamente ambos son iguales excepto en el volumen siendo el situado al N. mucho mayor tanto en planta como en alzado. Desde la muralla hasta los contrafuertes del cuerpo N. y hasta el muro que pusimos en relación con la cimentación de la muralla en el S. parecen, pues están perfectamente trabados con la muralla, ser reconstrucciones destinada a cubrir y proteger la unión de los torreones y la muralla. En el caso del situado al Norte la trabazón es de obra cuando se trata de los sillares de conglomerado, en el caso de las levantadas con sillares de toba, estos se recortaron toscamente al encajarlos como parece responder a una rápida reconstrucción.

En alzado son construcciones también en talud de modo que al levantarse sobre la planta de arco de círculo forman un cono. Sin embargo de los contrafuegos y los muros de los lados N. y S. respectivamente hasta el torreón la construcción se asienta sobre un perfil estratigráfico complejo, vertido desde el torreón en el primer caso, a partir de 1.40 m. en el punto más bajo y sobre los 3.20 m. en el más alto ya junto al muro N. del torreón.

En cualquier caso es indudable que su explicación hay que ponerla en relación con diversas remodelaciones, de las que segura y evidente es una, realizada de modo rápido y económico.

En el lado Norte del torreón, donde se conserva la altura original de la torre de piedra y probablemente de la plataforma de adobe, y donde este cuerpo en el vertice del cono se sobrepone al adobe, la altura total, hasta este vértice, es de 4.88 m.; desde esta máxima altura y a 1 m. desde la muralla existía una alineación de piedras muy irregular que de ser un muro y apoyado sobre la plataforma de adobe correría a lo largo del torreón en el lado N. al menos.

El torreón interior mide en sus lados N. y S. 9 m., en el O. 11 m. y 13 m. en el muro E. El muro O, es decir, el próximo a la muralla, tiene mayor altura que la construcción de piedra del torreón exterior y es claro que ha perdido parte de su altura; ello viene a indicar la posibilidad de que este torreón interior fuera más alto que el exterior lo cual no sería extraño si pensamos en la estrategia de vigilancia que evidentemente tiene el planteamiento del sistema defensivo de este yacimiento.

Esta torre se conserva en peores condiciones que la exterior: De hecho ha perdido la plataforma por completo quedando visible el relleno. Igualmente el muro S. ha perdido aproximadamente la mitad de su volumen quedando en un tramo únicamente las hiladas de base.

El muro E. fue, sin embargo, un paramento vertical construido con adobes de medidas similares a los utilizados en la plataforma exterior. Dado que este muro conserva escasos 40 cm. de altura y en la base, no podemos aventurar qué tipo de construcción fue con el fin de evitar el empuje del relleno de la torre ni tampoco como se hizo la unión con los muros N. y S. de piedra.

En el ángulo S.E. apareció un canal de desagüe visible en 1.40 m. que saliendo de este ángulo del torreón entra en la muralla. Su anchura es de 40 cm. de media y de 10 cm. de espacio de agua. Está construido con bloques a modo de laja y dista del muro trasero de las casas unos 30 cm. De tratarse efectivamente de un canal de desagüe tendríamos que relacionarlo con el colector de aguas que describe B. Taracena de la muralla del castro de «Los Villares» de Ventosa de la Sierra (Taracena, 1926, pág. 5).

No hemos encontrado restos de escalera o sistemas de acceso a los torreones y muralla. Hemos de suponer que a la muralla se accedería en distintos puntos de su recorrido a través de escaleras de madera pues en todo lo excavado no hay indicios de basamento para una escalera de piedra. Al torreón exterior debió accederse desde la muralla y desde el torreón interior: A este último el acceso más factible debió ubicarse en uno de los lados N. o S. o en los dos, si se confirma que la alineación de las casas se apoyó también, siguiendo con continuidad, en el muro interior de la torre.

En conjunto ambas torres son de muy buena construcción y se edificaron dentro del mismo plan defensivo. Si bien no son frecuentes los torreones de alzado trapezoidal podemos nombrar la torre A del ya citado poblado del «Cerro de San Pedro» de Oliete, fechado en el s. III pero en uso hasta el s. I a.C. (Redón y otros, 1985, 72-73) y el recientemente descubierto en «El Castillejo» de Naharro (Cuenca) aún más similar a los de Castilmontán (Gómez y Sierra, 1989, pág. 63), no sin llamar la atención sobre el hecho de que algunas de las torres descritas como cuadradas por sólo conservar la base podrían haber sido de este tipo. Por otro lado ejemplos de construcción ataludada parece existir en la muralla de Numancia (González Simancas, 1926, pág. 6), en la muralla del «Castillo de las Espinillas» de Valdeavellano de Tera (Soria) perteneciente a la denominada cultura castreña soriana (Taracena, 1928, págs. 10-11) y la muralla del castro de Yecla de Yeltes (Martín Valls, 1973, págs. 95-96) de sección trapezoidal las dos y en la de «Picón de la Mora», construida con anterioridad al siglo III a. C. y que conserva un notable talud en el paramento externo (Martín Valls, 1971, págs. 125-144).

Igualmente interesante resulta la construcción maciza de las torres, exentas aunque unidas a la muralla por la plataforma, que dificulta enormemente el desmontaje de la estructura o su minado en la base mediante maquinaria de guerra como arietes o bolas de catapulta. Este tipo de torres macizas se generalizan en el ámbito mediterráneo a partir del siglo IV a. C. y su uso en el valle del Ebro está atestado al menos desde el siglo III a. C. (Pallares, 1984).

CONCLUSIONES

La primera evidencia ante este yacimiento es que su elección para establecer en él el asentamiento responde a una función estratégica en el control de un territorio: asentado en una zona productiva, agrícola y ganadera con recursos cinegéticos abundantes y muy próximos a zonas mineras debió tener como primera función el control de una importante vía de comunicación como es la que marca el río Jalón, en el punto preciso en que termina su descenso de la Meseta y comienza el valle del Ebro.

Todo ello viene indicado por el volumen de su sistema defensivo en relación al tamaño del poblado al que calculamos entre 30 y 35 casas (es decir como máximo y sin entrar en cálculos precisos hasta realizar un estudio detallado de este aspecto, una población estable de 150 personas intramuros) y sin ser una fortaleza dedicada con exclusividad a la defensa o «castillo» (existen evidencias arqueológicas de la práctica intensiva de las actividades económicas reseñadas antes) los elementos defensivos no responden sólo a una tradición constructiva ni a una intención de defensa únicamente preventiva. Muy al contrario los datos constructivos y el planeamiento de la defensa demuestran una estrategia calculada en el marco de un territorio más amplio que el local y en este sentido recordamos de nuevo «El Castillo» de Santa María de Huerta y el complejo sistema defensivo de «Cerro Villar» en Monreal de Ariza (Aguilera y Gamboa, 1909, págs. 7-8 y 109-132), los tres situados en una línea de 17 Km.

Aunque cabe la posibilidad de que la táctica estratégica incluyera defenderse de otros pueblos celtibéricos y es importante la proximidad del yacimiento a la frontera entre arevacos y bellos y al pueblo titto, nos inclinamos a pensar que se dirigió fundamentalmente contra un ejército dotado de maquinaria de guerra (catapultas, arietes...) más que a prevenir razzias periódicas o un ataque de guerrilla para lo cual hubiera bastado con un sistema defensivo menos complejo que supusiera además menos esfuerzo constructivo y de mantenimiento. Únicamente pensando en el peligro del ejército romano y sus tácticas de guerra puede explicarse el grado de especialización que requieren, además del planeamiento global, desde la elección hasta su trazado, detalles como la calidad del talud del torreón exterior; la regularidad de la plataforma que se elevó sobre él, el cálculo con que se relacionaron los torreones a la muralla, probablemente el estudio de las alturas de cada elemento de la construcción y una adecuada utilización de materiales en el caso del relleno no compacto de las torres más resistentes sin duda a cualquier empuje.

Aunque no podamos precisar el momento exacto de la construcción de las defensas de este poblado, materiales arqueológicos, predominantemente cerámicos, remiten a formas muy frecuentes en el ámbito ibérico desde el siglo III hasta el siglo I a. C. Las cerámicas realizadas a mano son muy escasas y corresponden a tipos que, aunque utilizados ya en la I Edad del Hierro, perviven hasta fases avanzadas a la iberización. Ello nos llevaría a plantear la interesante cuestión de que si bien el proceso iberizador supuso el abandono de numerosos poblados, pacífica o violentamente, supuso también la creación de otros nuevos asentamientos de carácter estratégicos no motivados ni única ni principalmente por planteamientos económicos novedosos como la generalización de la agricultura. Algunos ejemplos de ello son los yacimientos de «San Cristobal» en Nolay fechable en los siglos III-II a. C. o «El Castillo» de Covarrubias ambos en la provincia de Soria y fechable en los mismos siglos (Revilla, 1985, págs. 225-226 y 179-180) o «El cerro de San Blas» en Rabanera del Campo o el yacimiento de Castil de tierra (Borobio, 1985, págs. 120 y 64) también en la provincia de Soria y con la misma datación.

La última fase de ocupación del poblado se sitúa en el s. I relacionable con los sucesos derivados de las guerras sertorianas sobre cuya importancia en el valle del Ebro no vamos a insistir aquí excepto para llamar la atención sobre la no presencia en el yacimiento de elementos indicadores de una aculturación romana incipiente.

Las cerámicas romanas se reducen únicamente a dos fragmentos de campaniense B de la que no podemos precisar la forma y un vasito de paredes finas fechables en el primer cuarto del siglo I a. C., aparecido fuera de contexto arqueológico.

Dentro de este marco de tiempo creemos que la construcción del sistema defensivo tal como hoy lo conocemos estuvo determinado por la amenaza del ejército romano y en la zona de este estudio comenzó a ser real con la intervención de Catón en la Celtiberia de la que hay referencia en Livio y que debió afectar sobre todo al Valle del Alto Jalón y zonas próximas. Desconocemos como afectó,

si lo hizo, a este asentamiento la orden de dismantelar las defensas dadas por Catón (Livio, 34, 17) o si fué destruido en este momento como refiere el escritor latino que ocurrió a un número elevado de poblados (Livio, 34, 19) si bien es cierto que no hay constancia de destrucción violenta del yacimiento.

A partir del 195 a. C., fecha del consulado de Catón, hasta el 180 en que bajo el consulado de T. Sempronio Graco se declara sometidos a bellos y titos, el valle de Jalón fue el escenario de numerosas batallas encaminadas como es sabido a la conquista de la Celtiberia Ulterior. De las numerosas revueltas y alzamientos de los pueblos celtibéricos con posterioridad a esta fecha nos interesan particularmente los provocados por la ciudad de Segeda en el 153 por cuanto la conquista definitiva de Occilis tras los incidentes de su desercción y rendimiento a M. Claudio Marcelo en el 152 nos obligan a pensar que el poblado de Castil-montan deberfa ya haber sido conquistado y su población trasladada con la intención de dejar en la retaguardia un yacimiento fuertemente amurallado.

Sin embargo hemos de atender a la posibilidad de que el núcleo fortificado, ya conquistado, se mantuviera, sirviendo a los intereses de Roma, a lo largo de los s. II y I a. C., del mismo modo que podrfá ocurrir con los poblados plenamente celtibéricos de Langa de Duero e Izana, fechados en estos siglos, cuyos sistemas defensivos evidencian el interés de un control de algún modo militarizado de sus territorios después de la conquista.

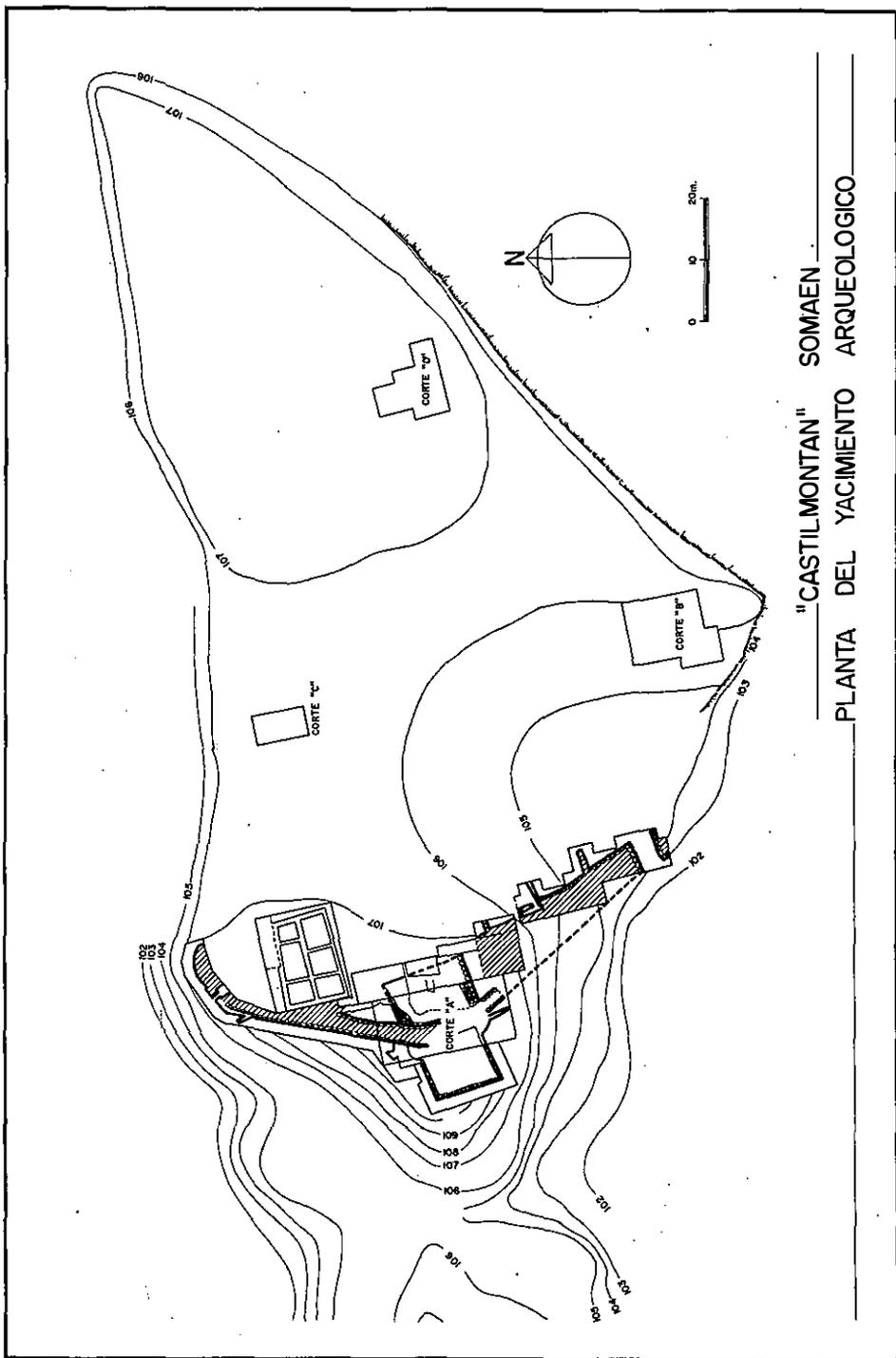
En cualquier caso el abandono definitivo del poblado se realizó de forma paífica pues no hay señales de destrucción violenta y la pobreza de los materiales recuperados y algunas ausencias significativas, tales como herramientas, hacen pensar que los habitantes del poblado pudieron llevar consigo los objetos de valor en un traslado planeado.

ADDENDA

Los trabajos realizados con posterioridad a la presentación de esta comunicación, estudio exhaustivo de los materiales arqueológicos y de los restos constructivos, nos hacen pensar en la actualidad, en la existencia de dos fases constructivas en el sistema defensivo, si bien la última incluye funcionalmente parte de los elementos de la primera edificación.

BIBLIOGRAFIA

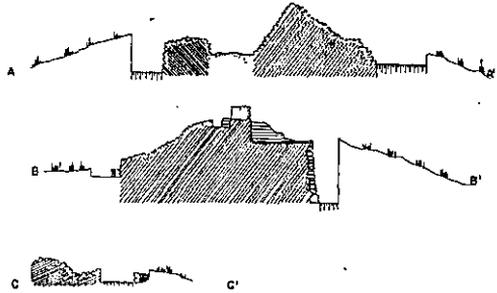
- AGUILERA Y GAMBOA (1909): *El Alto Jalón*, Madrid.
- BALIL, A. (1977): «Comunicaciones ópticas del mundo antiguo». XIV C.N.A., (Vitoria, 1975), Zaragoza, págs. 833-842.
- BOROBIO SOTO, M.J. (1985): *Carta arqueológica de Soria. El Campo de Gómara*. Publ. de la Excma. Diputación Prov. de Soria.
- GOMEZ, A. y SIERRA, M. (1989): «El Castillejo de Naharros. Otro yacimiento destruido», *Arqueología*, n.º 101, sept., pág. 63.
- MARTIN VALLS, R. (1971): «El castro del Picón de la Mora (Salamanca)», *B.S.A.A.*, XXXVII, págs. 125-144.
(1973): «Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos». *B.S.A.A.*, XXXIX, págs. 95-96.
- PALLARES, R. (1984): *El poblado ibérico de las comarcas de Tarragona (El Castellet de Bauydes, Tivissa, Ribera D'Ebre)*. Resumen de Tesis Doctoral, Universidad de Barcelona.
- REVILLA ANDIA, M.L. (1975): *Carta arqueológica de Soria. La tierra de Almazán*. Publ. de la Excma. Diputación Prov. de Soria.
- TARACENA, B. (1926): «Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria. Memoria de los resultados obtenidos en el año 1924». *M.J.S.E.A.*, n.º 75, Madrid.
(1932): «Excavaciones en la provincia de Soria». *M.J.S.E.A.*, n.º 119, Madrid.
- VICENTE, J.P.; ESCRICHE, C. y PUNTER, P. (1985): «Las construcciones defensivas del poblado ibérico del «Cabezo de San Pedro» (Olite, Teruel)». *Bol. Museo de Zaragoza*, n.º 4, págs. 63-93.



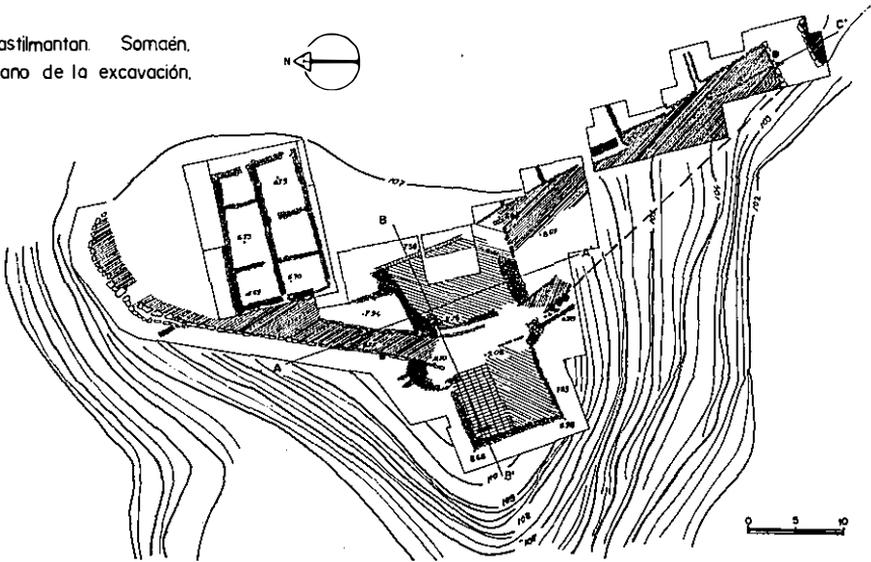
"CASTIL MONTAN" SOMAEN

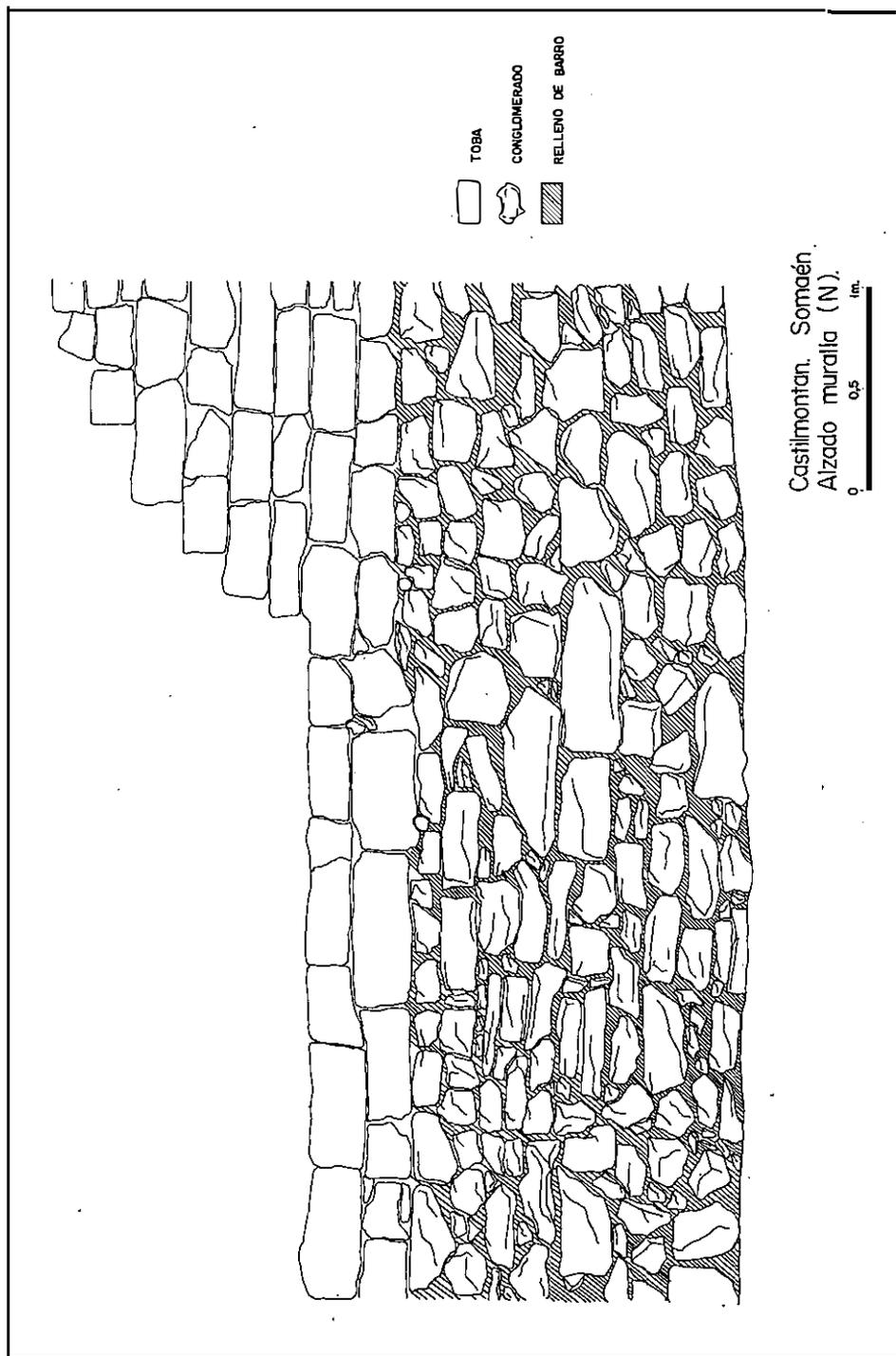
PLANTA DEL YACIMIENTO ARQUEOLOGICO

-  SUELO NATURAL
-  SUELO DE BARRO
-  RELLENO DE PIEDRA
-  RELLENO DE PIEDRA Y TIERRA
-  PLATAFORMA DE ADOBE
-  MAMADO DE ADOBE
-  RESTOS DE MADERA (TRAVECIANOS)
-  TOBA
-  CONGLOMERADO



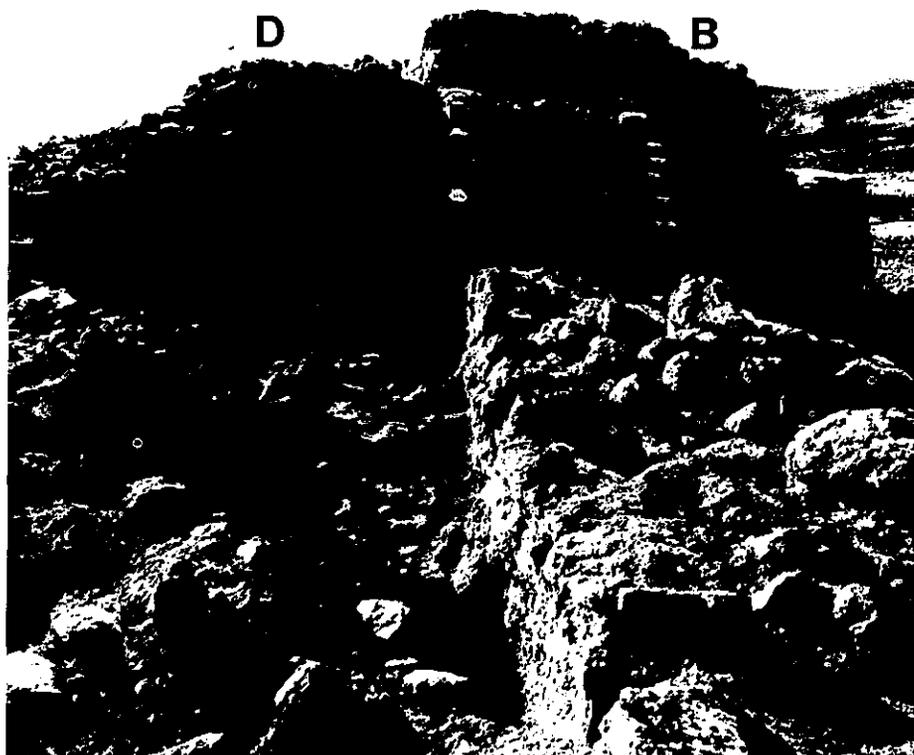
Castilmontan. Somaén.
Plano de la excavación.



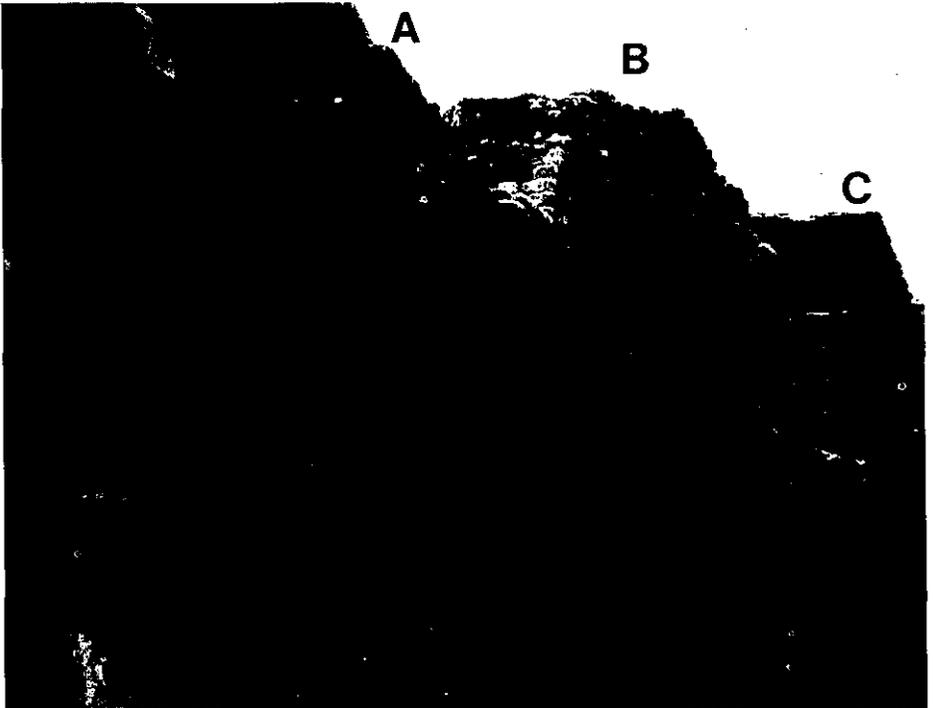
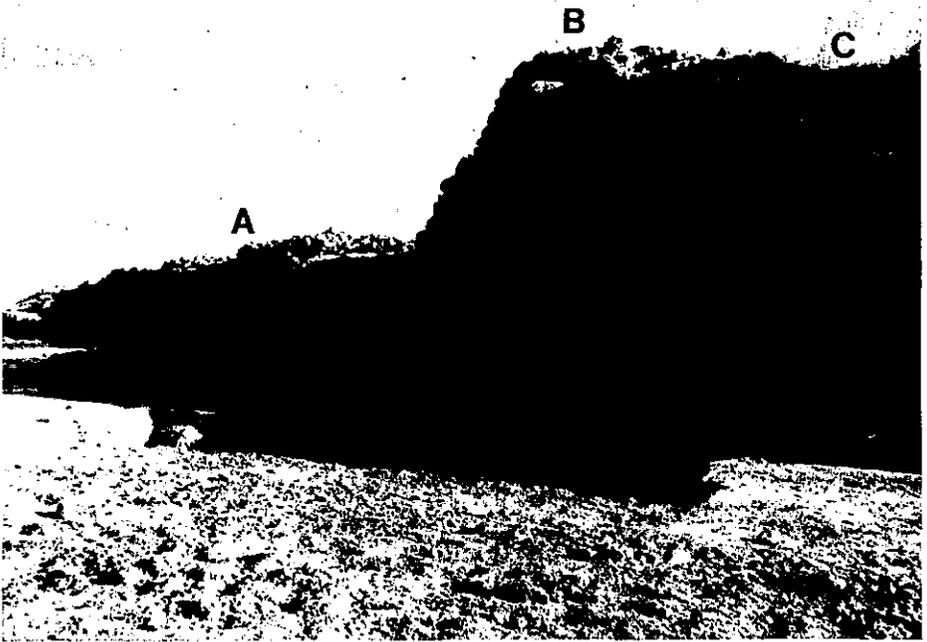




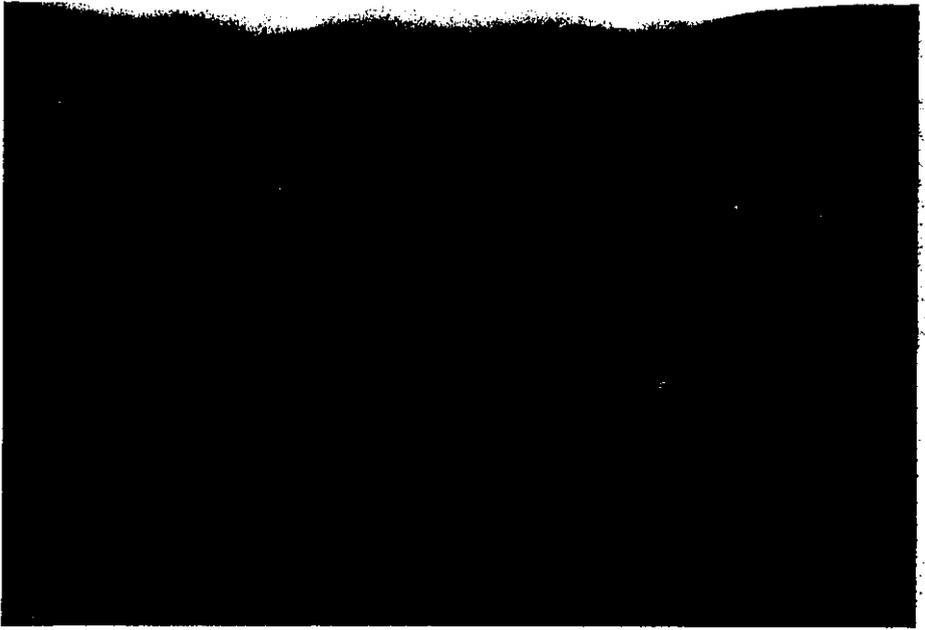
Vista General de «Castilmontan» con la vega del Río Valladar en primer término.



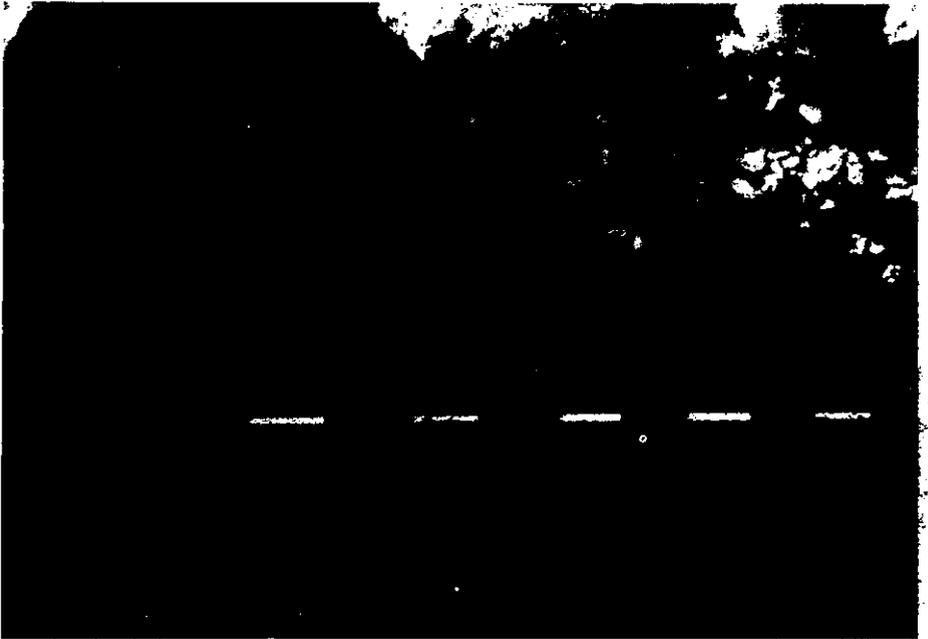
A: Tramo N. de la muralla; B: Contrafuertes; C: Torreón exterior; D: Torreón interior.



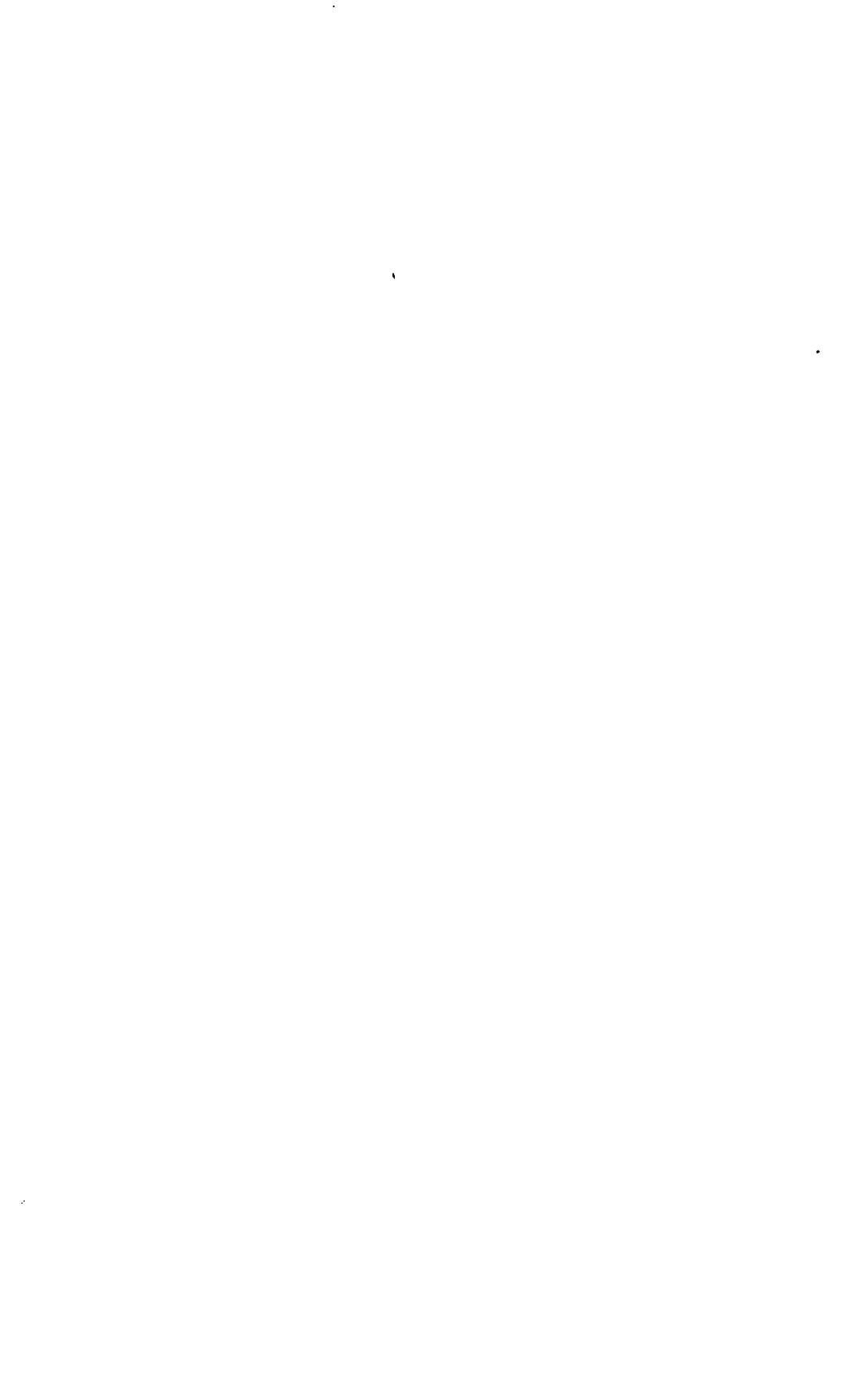
A: Lienzo exterior de la muralla; B: Contrafuertes; C: Torreón exterior.



Puerta de la muralla desde el interior del poblado



Posible canal de desagüe



**NOTAS SOBRE EL POBLAMIENTO CELTIBERICO DE
LA ZONA DE QUINTANA REDONDA**

A.C. PASCUAL DIEZ

INTRODUCCION

La zona de Quintana Redonda es una de las unidades geográficas en que se dividió la provincia de Soria, en la revisión de la Carta Arqueológica¹. Se sitúa en la parte central de la misma, al SW de la capital (fig. 1), y ocupa las comarcas de la «Alcarria Soriana» y «Los Pinares del Centro», según la delimitación comarcal realizada por Gómez Chico².

El norte y centro de la zona es bastante accidentado y está limitado por la orla meridional del Sistema Ibérico, sierra y muelas de Cabrejas y picos de Hinodejo y San Marcos, que no llegan a superar los 1.400 m. de altura sobre el nivel del mar; siendo la Paramera de Villaciervos la que sirve de enlace entre la sierra de Cabrejas y la de Hinodejo. El sur menos accidentado, está señalado por lomas y terrazas que se escalonan hasta el Valle del Duero³.

La red hidrográfica discurre de norte a sur; y relaciona los dos sectores a través de los valles de los ríos: Izana y Mazos, que nacen en la sierra de Cabrejas y son afluentes del Duero; Sequillo, Avión y Avioncillo, que desembocan en el río Ucero; y Erizes-Castro que desembocan en el río Fuentepinilla.

La vegetación es abundante, las 2/3 partes están cubiertas de arbolado, existiendo tres grandes manchas continuas, una situada al NW formada por sabinars, aunque existe repoblación de pinos; otra compuesta por un monte de robles y encinas que se sitúa en la sierra de Hinodejo; y en el SE la mancha de pinares que ocupa los términos municipales de Tardelcuende, Osonilla, Quintana Redonda y Lubia (fig. 1)⁴

Estas características geográficas han condicionado los asentamientos y actividades económicas desde la Antigüedad, de ahí que los núcleos de población se sitúen fundamentalmente en los valles de los ríos, y que los espacios libres y aptos para el desarrollo de la agricultura sean escasos, por lo que la ganadería y el aprovechamiento forestal han sido ocupaciones básicas de la población de estos lugares.

(1) Revisión de la Carta Arqueológica de la provincia de Soria, dirigida por A. Jimeno, que se está llevando a cabo mediante el trabajo sistemático y metódico de la prospección de los 14 espacios naturales en que se dividió la provincia, y la revisión de los materiales arqueológicos depositados en el Museo Numantino.

(2) A. GÓMEZ CHICO: Las comarcas geográficas sorianas. *Celtiberia*, 2, 1951, págs. 357-374.

(3) C. SAENZ GARCIA: Marco geográfico de la Altimeseta soriana. *Celtiberia*, 1, Soria 1951, págs. 69-80.

(4) M. CALAVIA: Ecología y explotación de los bosques sorianos. Tesis Doctoral, inédita, Universidad de Zaragoza, 1985. El mapa de vegetación de la fig. 1, está basado también en este estudio.

CARACTERÍSTICAS

Los datos utilizados en este estudio de distribución del poblamiento se han obtenido mediante la prospección arqueológica, y el estudio y revisión de los materiales de las excavaciones de B. Taracena en los poblados de «Los Castejones» (Calatañazor) y de «Castiliterreño» (Izana) depositados en el Museo Numantino⁵.

La etapa celtibérica presenta un aumento en el número de asentamiento respecto al periodo anterior. Aspecto que también se observa en los estudios de las comarcas de «El campo de Gómara» y «La Tierra de Almazán»⁶, limítrofes con la zona de Quintana Redonda». Así, de los cinco yacimientos localizados en la Primera Edad del Hierro pasamos a conocer 20 lugares para este momento, de los cuales tres son necrópolis y 17 poblados; este hecho hay que relacionarlo con la existencia de una nueva organización económica, el inicio de un mayor aprovechamiento agrícola del terreno, que lleva a la ocupación de nuevos lugares para el desarrollo de esta actividad.

Una visión general sobre este espacio indica que los yacimientos situados entre los ríos Mazos e Izana presentan mayor proximidad entre si (2,5 km.), pensamos que se debe a ser espacios abiertos y de grandes posibilidades agrícolas, frente al mayor distanciamiento de los localizados en la zona occidental (5 km.), situados en terrenos más elevados, suelos degradados, cubiertos por el sabinar, y por tanto con mayores dificultades para este tipo de actividad.

No obstante existen espacios vacíos donde no se han localizado restos arqueológicos en época celtibérica, como sucede al N., en la Paramera de Villaciervos, debido a las condiciones geográficas adversas que dificultan la vida en esta zona, y en el SE donde la abundancia de vegetación en la actualidad dificulta la prospección y la detección de los restos arqueológicos, aunque hemos de indicar que en la actualidad la población se distribuye de forma similar (fig. 2).

La mayor parte de los hábitats se establecen entre los 1.000 y 1.100 m. de altura, no sobrepasando nunca los 1.200 m. sobre el nivel del mar, y en zonas cercanas a los ríos concentrándose principalmente en: el río Izana, Mazos, Erizes-Castro y Avión, ocupando por tanto los espacios con condiciones más favorables para el aprovechamiento agrícola.

Por otra parte el estudio de la situación de los poblados nos indica que no existe un modelo para la ubicación de los mismos, sino que responden más a necesidades funcionales, que en muchos casos aún persisten, pues hay gran número de asentamientos localizados en lugares próximos a las poblaciones actuales, como sucede en Calatañazor, Ventosa de Fuentepinilla o Cuevas de Soria.

(5) A.C. PASCUAL DIEZ: El poblamiento Prehistórico y Antiguo en la zona de Quintana Redonda (Soria). Tesis de Licenciatura, inédita, Universidad de Zaragoza, 1986.

(6) M.^a J. BOROBIO SOTO: Carta Arqueológica Soria. Campo de Gómara. Excma. Diputación Provincial, Soria, 1985.

M.^a L. REVILLA ANDIA: Carta Arqueológica Soria. Tierra de Almazán. Excma. Diputación Provincial, Soria, 1985.

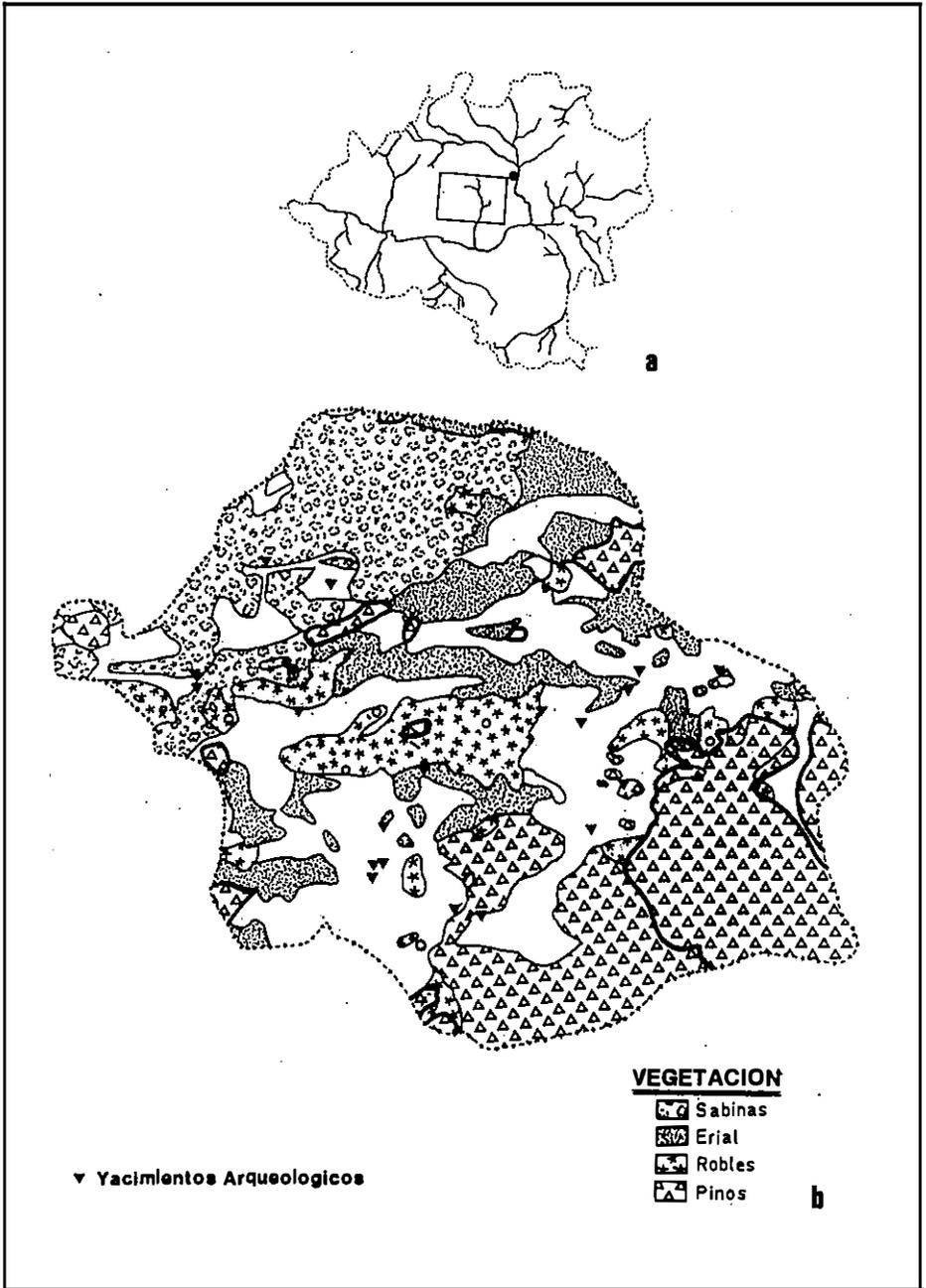


Fig. 1.—a) Situación de la zona de Quintana Redonda dentro de la provincia de Soria. b) Distribución de la vegetación en la zona.

Existen diferencias de emplazamiento entre los yacimientos de cronología más antigua (siglos IV-III a.C.) y los más modernos (siglos II-I a.C.) ya señaladas en el estudio de la comarca de «La Tierra de Almazán»⁷.

Los primeros los más antiguos, se sitúan en cerros aislados o destacados (a más de 1.000 m.) de buena visibilidad y en lugares estratégicos de fácil defensa que dominan los valles de los ríos. En la zona de Quintana Redonda presenta estas características «Carranalón» (Camparañón), «El Castro» (Cuevas de Soria) y «Cuesta del Espinar» (Ventosa de Fuentepinilla). Los dos últimos corresponden a asentamientos de la Primera Edad del Hierro posteriormente celtiberizados. El número de poblados fechables en este primer momento de la cultura Celtibérica no aumenta en relación al número de asentamientos conocidos de la Primera Edad del Hierro, lo que lleva a pensar en un mantenimiento de los modos de vida anteriores, en los que predomina la actividad ganadera sobre la agrícola.

Los poblados más modernos (siglos II-I a.C.) en los que vamos a centrar nuestro estudio de distribución de poblamiento, y de los que conocemos mejor su cultura material, presentan dos tipos distintos de emplazamiento:

- Unos se sitúan en zonas abiertas, poco extensas (alrededor de 8.000 metros cuadrados), llanas o en lugares escasamente elevados (menos de 1.000 m.) cerca de los ríos y con claro aprovechamiento agrícola, responden a estas características «El Malacate» (Osonilla) y «El Gamonar» (Camparañón).
- Los otros se localizan en lugares elevados de buena visibilidad, gran valor estratégico, están bien defendidos natural y artificialmente, y tienen una extensión (alrededor de los 16.000 metros cuadrados) son los poblados de «Los Castejones» (Calatañazor), «Castiliterreño» (Izana) y «Altillo de las Viñas» (Ventosa de Fuentepinilla)⁸.

Arqueológicamente están documentados los sistemas de defensa artificial de los poblados de «Castiliterreño» y de «Los Castejones», realizados con piedras bien careadas unidas con barro hacia el exterior, y construidas en el interior por un revuelto de piedras de distintos tamaños. En algunas zonas se observa la existencia de una doble línea de muralla, y en «Castiliterreño» se aprecia la existencia de un torreón, en relación con este doble sistema defensivo⁹.

También «Castiliterreño» permite conocer datos de su urbanismo, como la existencia de una calle empedrada con canto menudo de 2,50 m. de anchura, y flanqueada por aceras bajas, y viviendas cimentadas sobre roca, construidas de mampostería, cogidas con barro y elevadas con tapial, en alguna de las cuales se documentaron cuevas socavadas en la roca de tipo rectangular como las de Tiermes o Numancia¹⁰.

(7) M.^a L. REVILLA ANDÍA: Carta Arqueológica..., págs. 337-345.

(8) B. TARACENA: Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria (1924), M.J.S.E.A., 75, Madrid, 1926. B. TARACENA: Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. M.J.S.E.A., 86, Madrid, 1927, págs. 3-21.

(9) B. TARACENA: Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria..., pág. 19. B. TARACENA: Excavaciones en la provincia de Soria..., págs. 5-7.

(10) B. TARACENA: Excavaciones en la provincia de Soria..., págs. 8-9.

Las actividades económicas de los mismos están bien constatadas, la evidencia directa de las actividades agrícolas nos la proporciona el yacimiento de «los Castejones» (Calatañazor), «dentro de una tinaja ibérica pintada hallamos en abundancia trigo limpio y de grano menudo, quizá tremesino, también quemado, del que pudimos recoger hasta nueve dm. cúbicos, que es sin duda el contenido de la vasija», e igualmente indica la utilización de madera de sabino¹¹.

Asimismo conocemos el utillaje relacionado con las actividades de subsistencia, tanto para el aprovechamiento agrícola: hoces, podaderas, escardillos, rejas de arado, molinos de mano amigdaloides y circulares; como para el aprovechamiento ganadero: esquilas de ganado de forma cónica y troncopiramidal, pesas y husillos relacionados con la fabricación de tejidos; o como para el aprovechamiento forestal: hachas de hierro, hachas martillo, espigas de hierro bifurcadas en punta y dobladas en ángulo recto, escoplos y grapas de hierro¹².

Por otra parte realizando un análisis del territorio¹³ observamos que tanto «Castiliterreño» (Izana) como «Altillo de las Viñas» (Ventosa de Fuentepinilla) presentan aspectos comunes, mientras existen diferencias con el yacimiento de «Los Castejones» (Calatañazor) debidas fundamentalmente a las distintas condiciones geográficas, que en este último asentamiento son menos favorables para el desarrollo de la agricultura.

Trazando un círculo con un radio de 6 km. alrededor de cada uno de los tres poblados (fig. 3) vemos que «Castiliterreño» y «Altillo de las Viñas» abarcan un terreno la mitad del cual es apto para el cultivo, y la otra parte se utilizaría para los aprovechamientos ganaderos y forestales. Asimismo, y en un radio de 1 km., la totalidad de la superficie es apta para el aprovechamiento agrícola. Igualmente hemos advertido que los asentamientos incluidos dentro de estos círculos se localizan en lugares llanos y no muy extensos donde predomina el aprovechamiento agrícola.

En el poblado de «Los Castejones» (Calatañazor), los espacios aptos para el cultivo son menores, dentro de un radio de 6-7 km. En torno a 1 km. del asentamiento, el terreno cultivable es algo menor de la mitad, por lo que creemos que en esta zona tendría mayor importancia en la economía de estas gentes las actividades ganaderas y forestales. No obstante los yacimientos incluidos en este círculo, se sitúan igualmente en las zonas más aptas para el aprovechamiento agrícola.

CONCLUSIONES

Los poblados de «Castiliterreño», «Altillo de las Viñas» y «Los Castejones» se relacionan con los ríos más importantes de la zona, y dominan sus cabeceras: el primero controlaría el río Izana y Mazos; el segundo haría lo mismo con el río Erizes-Castro, y «Los Castejones» dominarían el río Avión. Aspecto a tener en cuenta

(11) B. TARACENA: Excavaciones en diversos lugares..., págs. 20-21.

(12) B. TARACENA: Excavaciones en la provincia de Soria..., págs. 3 y ss.

B. TARACENA: Excavaciones en diversos lugares..., págs. 19 y ss.

(13) G. RUIZ ZAPATERO y V.M. FERNANDEZ MARTINEZ: Cortes de Navarra: Un modelo económico de la 1.ª Edad del Hierro en el Noreste de la Península Ibérica, C.N.A., Zaragoza, 1985, págs. 371-192.

ya que hemos observado que estos ríos son igualmente vigilados en su desembocadura en el Duero, en los términos municipales de Cubo de la Solana, Ciadueña y Andaluz¹⁴.

A su vez rodean el centro de gravedad de la zona, que se localiza en la sierra de Hinodejo, por lo tanto se distribuyen abarcando todo el territorio de tal manera que el «El Altillo de las Viñas» estará a la misma distancia de «Castiliterreño» que del cerro de «Los Castejones» a 11 km., por lo que dominarán y controlarán todo el espacio de Quintana Redonda.

Los siglos II-I a. C. es el momento de mayor ocupación del territorio de Quintana Redonda y se relaciona con un mayor aprovechamiento del terreno apto para el cultivo y que queda reflejado en un aumento en el número de asentamientos.

Dentro de la zona de Quintana Redonda se perfilan tres sectores distintos, uno ocupando la parte occidental, otro la oriental y otro la sur alrededor de la sierra de Hinodejo. Cada uno de ellos contaría con un asentamiento de mayor entidad que ejercía una función de control sobre el resto.

Así en un radio de 6 km. alrededor del yacimiento de «Castiliterreño» (Izana) dependerían «El Gamonar» (Camparañón), «Los Quemados II» (Navalcaballo), «La Garcimona» (Los Llamosos), «Royo Albar» (Quintana Redonda) de «EL Altillo de las Viñas» (Ventosa de Fuentepinilla) lo harían «EL Chorrón» (Ventosa de Fuentepinilla), «El Malacate» (Osonilla), «Los Casares» (Monasterio); y del cerro de «Los Castejones» (Calatañazor) dependerían «El Molino» (Calatañazor), «Costanillas» (Nódalo), «Villaseca» (La Cuenca) y «Los Castillejos» (Muriel de la Fuente). Incluimos estos dos últimos yacimientos dentro de los que dependen de «Los Castejones» por ser un terreno más accidentado que los anteriores, y porque esta ampliación del territorio no implica interferencias de control respecto de los otros dos asentamientos.

Sin embargo existen zonas que no quedan dentro de estos círculos, pero que coinciden con los espacios para los que no conocemos en este momento ningún asentamiento, y que han sido comentados con anterioridad.

Estos tres poblados con características similares, como ya hemos visto, de emplazamiento, extensión y cantidad de restos de su cultura material nos lleva a pensar en la existencia de una jerarquización dentro de los asentamientos celtibéricos. Desde ellos se controlarían otros yacimientos más pequeños situados en zonas cercanas pero emplazados en terrenos llanos de claro aprovechamiento agrícola.

Creemos que este predominio sobre su entorno se debe principalmente a que son poblados que controlarían los aprovechamientos económicos, agrícolas, ganaderos, y forestales. Se pueden apreciar algunas diferencias entre los sectores oriental y central en los que predomina las actividades agrícolas, y el sector occidental donde parecen tener más importancia las actividades ganaderas y forestales.

(14) M.ª J. BOROBIO SOTO: Carta Arqueológica..., págs. 69 y ss.

M.ª L. REVILLA ANDIA: Carta Arqueológica..., págs. 166 y ss.

B. TARACENA: Carta Arqueológica de España. Soria. C.S.I.C., Madrid, 1941, pág. 37.

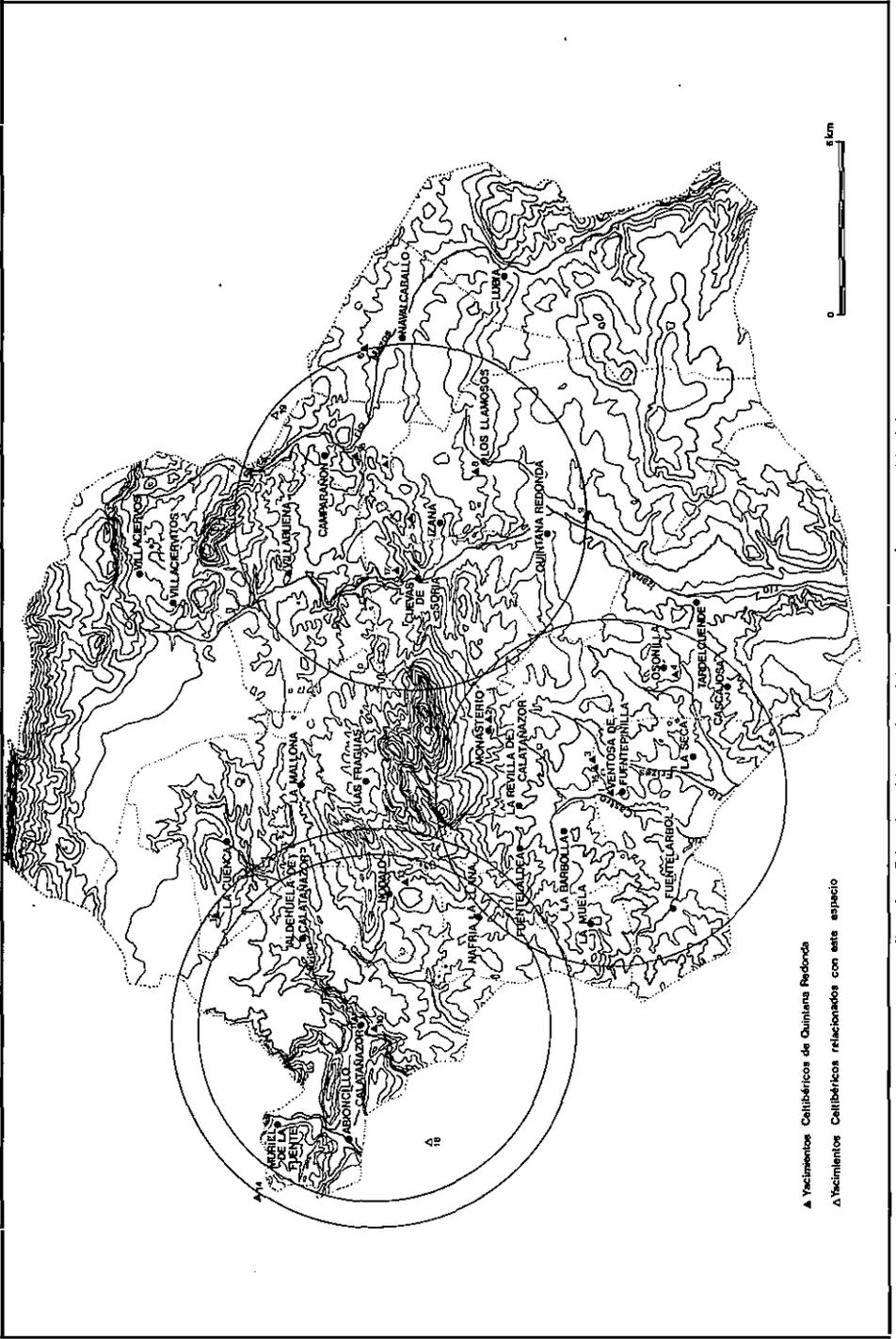


Fig. 2.—Distribución del poblamiento en época celtibérica.

No obstante en momentos determinados no se puede descartar también en estos poblados una función militar o de defensa de estos asentamientos, que podría relacionarse con el levantamiento y resistencia de los pueblos celtibéricos en la primera mitad del siglo I a. C., en la que destacan, las campañas contra los celtíberos realizadas por T. Didio en el año 98 a. C. y sobre todo en las Guerras Sertorianas en las que los celtíberos aliados de Sertorio resisten hasta el final de las mismas en el año 72 a. C.

En el estado actual de nuestros conocimientos es difícil indicar la ciudad o centro de mayor importancia del que dependerían estos tres poblados, ya que no conocemos la jerarquización, ni los estudios geográficos espaciales del resto de las comarcas de la provincia.

RELACION DE YACIMIENTOS INCLUIDOS EN EL MAPA DE DISTRIBUCION DEL POBLAMIENTO CELTIBERICO EN LA ZONA DE QUINTANA REDONDA

1. «Altillo de las Viñas» (Ventosa de Fuentepinilla).
2. «Los Casares» (Monasterio).
3. «El Chorrón» (Ventosa de Fuentepinilla).
4. «El Malacate» (Osonilla).
5. «Castiliterreño» (Izana).
6. «Los Quemados II» (Navalcaballo).
7. «El Gamonar» (Camparañón).
8. «La Garcimona» (Los Llamosos).
9. «Royo Albar» (Quintana Redonda).
10. «Los Castejones» (Calatañazor).
11. «El Molino» (Calatañazor).
12. «Villaseca» (La Cuenca).
13. «Costanillas» (Nódalo).
14. «Los Castillejos» (Muriel de la Fuente).
15. «Cuesta del Espinar» (Ventosa de Fuentepinilla).
16. «Carranalón» (Camparañón).
17. «El Castro» (Cuevas de Soria).
18. «Fuentes de Avión» (Blacos).
19. «Granja de Ontalvilla» (Carbonera).

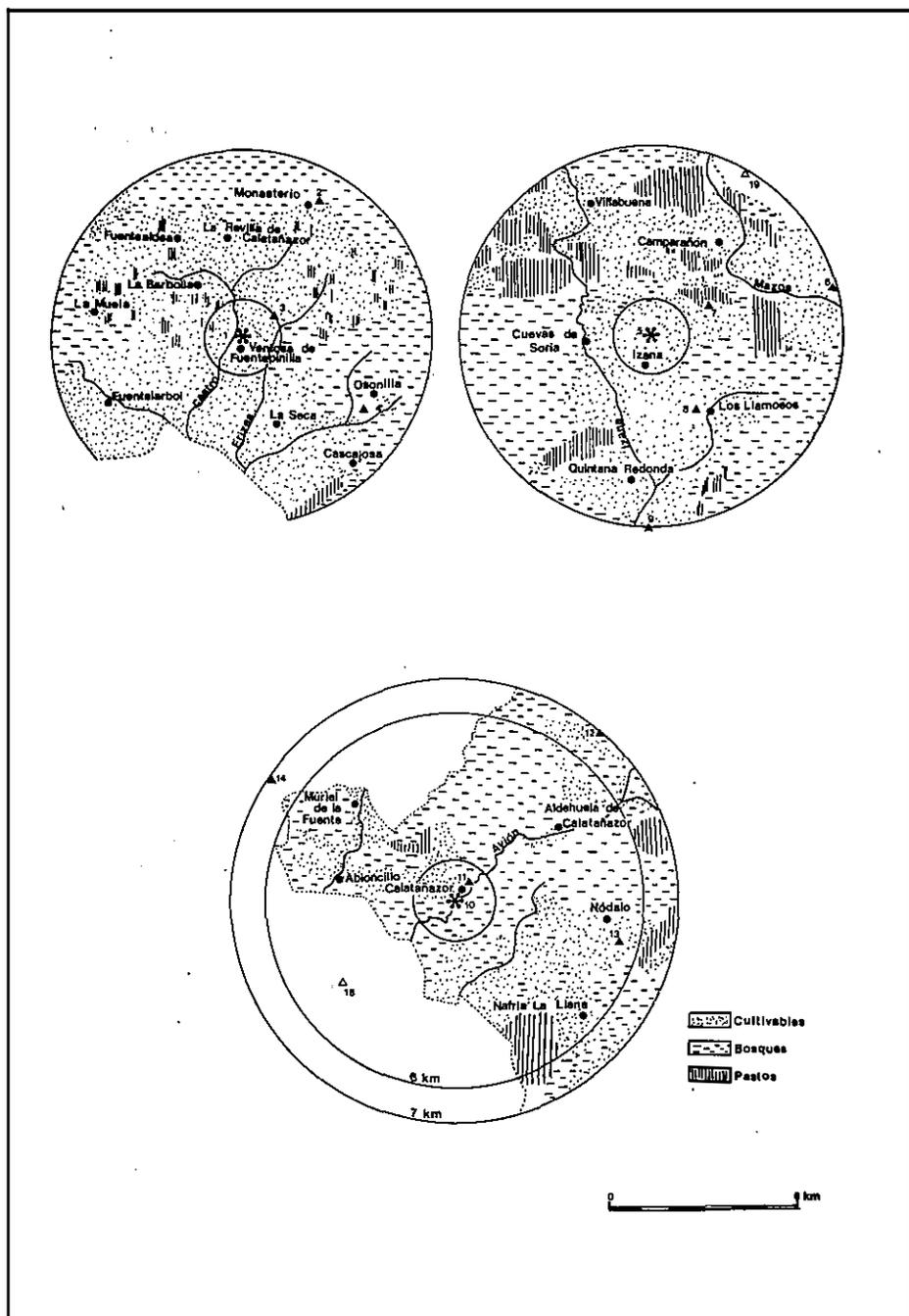


FIG. 3.—Análisis del territorio de los yacimientos de «Atillo de las Viñas», «Castiliterreño» y «Los Castejones».

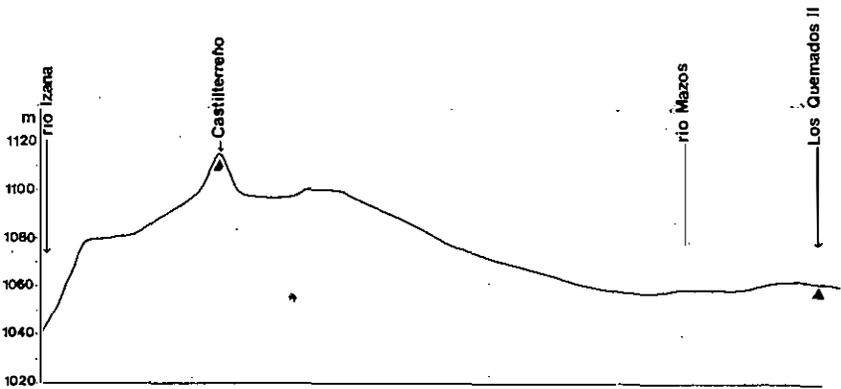
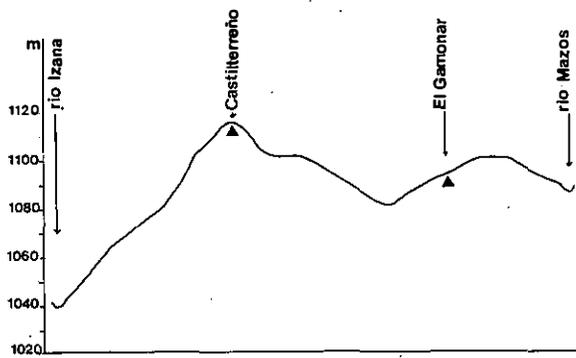


FIG. 4.—Corte transversal. Dirección W-E (Río Izana a Río Mazos) y (Río Izana a «Los Quemados II»).

LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES. SORIA)

J.L. ARGENTE OLIVER*

A. DIAZ DIAZ**

A. BESCOS CORRAL***

* Director Museo Numantino y de las Excavaciones de Tiermes.

** Co-Directora de las Excavaciones de Tiermes.

*** Co-Director de las Excavaciones de Tiermes.

Las últimas campañas efectuadas en el Yacimiento de Tiermes se centran en la excavación de la necrópolis celtibérica de Carratiermes, ubicada al nordeste de la ciudad, a unos 900 metros de la ermita románica de Nuestra Señora de Tiermes¹.

Los resultados conocidos hasta el presente son importantes, ya que la información obtenida corresponde a los restos materiales de una etapa cultural de la que sólo se disponía de una parca información en los textos clásicos, referidos solamente a su etapa final; además, los ajuares inventariados han permitido retrotraer la datación de Tiermes hasta fines del siglo VI a.C. e incluso se han registrado otros materiales que señalan momentos anteriores, aunque su relación es cuantitativamente menor y se hallaron dispersos entre las estructuras funerarias localizadas.

Las intervenciones realizadas en Carratiermes se iniciaron en la primavera de 1977, llevando a cabo diversos sondeos en el área en la que, durante los años 1975 y 1976, se habían recuperado diversos objetos metálicos, cuando se efectuaban tareas agrícolas en diferentes parcelas. La intención de la primera campaña fue la de hallar elementos claros que confirmaran la presencia del cementerio celtibérico, puesto que así lo indicaban las piezas entregadas en el Museo Numantino. Los resultados fueron casi negativos, pues sólo escasos restos materiales pudieron inventariarse, además de encontrarse fuera de contexto²; sin embargo, fueron lo suficientemente explícitos para confirmar la presencia de la etapa celtibérica en Tiermes.

Más tarde, en la primavera de 1986 y en la campaña de 1987, 1988 y 1989 se han continuado los trabajos. La información obtenida en las mismas es satisfactoria, y permite albergar esperanzas bien fundadas para conocer la importancia de Tiermes en su etapa prerromana, significándose, además, como uno de los lugares importantes de la Celtiberia³. El número de ajuares, la composición de los mismos, su tipología y calidad permiten pensar que, cuando finalicen los

(1) ARGENTE OLIVER, J.L. y DIAZ DIAZ, A.: La necrópolis celtibérica de Tiermes (Carratiermes, Soria). N.A.H., 7, (1979), págs. 95-151; ARGENTE OLIVER, J.L.: Tiermes: Tiermes: Catorce años de excavaciones. Diez años de Arqueología Soriana (1978-1988). Soria, 1989; págs. 76-86.

(2) ARGENTE OLIVER, J.L. y DIAZ DIAZ, A.: La necrópolis, op. cit., 1979, págs. 95-151.

(3) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): Las necrópolis ibéricas. Madrid, 1916.; IDEM: Historia Patria, por mis excavaciones arqueológicas. Obra inédita; t. III.

trabajos de campo, los resultados ayuden a comprender mejor todo el conjunto de necrópolis que, a ambos lados de la actual división administrativa de las provincias de Soria y Guadalajara, conforman el núcleo de la Celtiberia estricta. En este sentido, los datos que vamos a señalar ya permiten pensar en lo expuesto.

Según los trabajos efectuados en las campañas realizadas, el área en la que se ubica la necrópolis celtibérica de Tiermes ocupa una superficie bastante amplia, aproximadamente unos 35.000 metros cuadrados; sin embargo, se ha podido comprobar la presencia de espacios vacíos de enterramientos entre las áreas fértiles. La zona de trabajo se ha dividido en cuadrículas de 20 metros de lado, dentro de las cuales se han establecido otras divisiones menores, con el fin de llevar un minucioso control de las estructuras y datos que se registren.

En el área cuadriculada se pueden diferenciar dos zonas, según los datos que se poseen, quedando entre ambas un espacio vacío de enterramientos al que se aludió antes. Las dos zonas son A, ubicada en la parte oriental, y B, en la occidental. En la primera se observa una estratigrafía horizontal, con la parte más antigua hacia el sur, la más reciente hacia el extremo contrario y hacia occidente, oscilando su datación entre el siglo VI a. C. y el cambio de Era; por lo tanto, cubre toda la secuencia temporal del mundo celtibérico, existiendo una etapa protoceltibérica, antecesora inmediata de la anterior.

La segunda zona se caracteriza por la presencia de una estructura tumular, alrededor de la cual se inventariaron enterramientos individuales; puede fecharse el sector B entre mediados del siglo III y finales del II a.C.

ESTRATIGRAFIA DE LA NECROPOLIS

En la zona del sector A es dónde se aprecia una secuencia de estratos que coincide en toda su superficie; en cambio, en el sector B tan sólo se puede distinguir uno, si exceptuamos el manto vegetal. En consecuencia, la estratigrafía que vamos a describir se puede considerar general para la necrópolis de Carratermes y comprende los siguientes niveles:

Manto Vegetal

Es la capa superior, que se encuentra revuelta por acción del arado moderno, y en la que se registran numerosos fragmentos de estructuras y ajueres funerarios; sin embargo, en la zona próxima al camino que, partiendo del Camino Real, se dirige a Tiermes, se han conservado las estructuras pétreas, pues quedaron cubiertas por una capa de piedras calizas, desconociendo si proceden de la construcción del pavimento de la vía o de la limpieza efectuada en el campo de labor.

Nivel arqueológico

Queda constituido por tierra gris y en él se sitúan las estructuras funerarias y los ajuares inventariados; en algunos casos, se supera el nivel arqueológico, introduciendo en el tercero el hoyo practicado para la colocación de la urna o del ajuar metálico.

Base o roca virgen

Se compone mayoritariamente de gravas con arena roja o amarilla, procedentes de descomposición de las areniscas del lugar; no obstante, hay otros puntos en los que el predominio es el de la tierra amarilla.

MODELOS DE ENTERRAMIENTOS

En el inventario de enterramientos registrado hasta el presente, tras realizar la campaña de 1989, se pueden distinguir los siguientes:

1. Tumba colectiva. Se encuentra realizada con un amontonamiento de lajas de piedras, debajo de las cuales se hallan los ajuares y los restos de la cremación. Encima de la estructura pétreo había abundantes restos de vasijas, principalmente de fondos y bordes⁴.

2. Depósito de ajuar metálico directamente en la grava, sin restos óseos ni cerámicos. Resulta extraño el que aparezcan ajuares metálicos solos, pudiendo pensar que más bien que haya habido pérdida de la urna, que, en ocasiones, no está directamente junto al mobiliario metálico.

3. Pequeño rebaje en la grava, en el que queda dispuesto el mobiliario metálico.

4. Hoyo simple realizado en la tierra, que contiene los restos óseos del difunto; puede presentar o no ajuar funerario. En algunos ejemplos, las paredes del hoyo se recubrieron con lajas de piedra. En diversos casos, se ha podido inventariar un importante ajuar de piezas realizadas en bronce, en las que destacan pectorales de espiraliformes o de placa.

5. Tumbas con urna. Los restos óseos y el mobiliario metálico quedan dentro de la vasija funeraria; una serie de piedras rodean y protegen la urna, mientras que una laja (en algunos casos son dos) tapa la boca de la vasija. En otras ocasiones, cuya cronología resulta más moderna, una serie de lajas de caliza blanca protegen la urna funeraria, pudiendo existir otras piedras que completan la estructura pétreo que rodean aquélla.

(4) ARGENTE OLIVER, J.L. y otros: *Tiermes. Guía del Yacimiento Arqueológico y Museo*. Soria, 1990: págs. 17-21, 117-130 y 142-144; ARGENTE OLIVER, J.L.: *La necrópolis de Carratiermes (Tiermes, Soria)*, comunicación presentada al II Simposio de Celtiberos, *Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1990: págs. 51-57.

6. Tumbas con estructura pétreo de protección que cubre el hoyo o al menos parte del mismo. Hay ocasiones que no se delimita correctamente el hoyo, ya que se realizó y rellenó la estructura con la tierra del entorno.

En este apartado se pueden distinguir diversas variantes: tumbas con hoyo debajo de las piedras, tumbas con urna rota y los restos óseos desparramados sobre las piedras, tumbas con los restos de la cremación en el hoyo y el ajuar sobre o bajo la estructura pétreo, etc..

7. Estructura pétreo que rodea a una estela informe de arenisca o caliza, debajo de la cual se encuentra un rebaje en el que se depositó el mobiliario metálico; entre las piedras puede situarse la urna con los restos óseos de la cremación; en otros casos, no existe urna.

TIPOS DE AJUARES

De acuerdo con la información recuperada en las campañas de excavación efectuadas, se pueden distinguir los siguientes ajuares:

A. Ajuar metálico

En el que se diferencian:

- Ajuar de elementos guerreros, realizados en hierro y en bronce que registran diferentes tipos de armas (espadas, puntas de lanza, regatones, etc..), piezas de arreo del caballo (bocados, adornos y otros), objetos de adorno (fíbulas, broches de cinturón, pinzas, etc..).
- Ajuar de elementos de bronce y hierro, compuesto generalmente por pectorales (espiraliformes o de placa), fíbula, broche de cinturón, cuchillo de hoja curva, etc..

B. Ajuar cerámico

En el que se pueden distinguir:

- Solamente la urna, con huesos calcinados.
- La urna funeraria con piezas cerámicas (como fusayolas, bolas) y/o objetos metálicos, fundamentalmente adornos en bronce (fíbulas, espirales sueltas) y en algunos casos objetos en hierro (puntas de lanza, doble punzón); el ajuar puede encontrarse dentro o fuera de la vasija o en ambas posiciones.

ESTELAS FUNERARIAS

En relación con los conjuntos de incineración, hay que señalar el registro de estelas funerarias. Consisten en bloques informes de piedra arenisca sin desbastar o gruesas lajas de calizas. Todas se han encontrado enterradas y sólo algunas se hallaban in situ. Las descubiertas en Carratiermes son de tamaño algo menor que las que hallaron Cerralbo⁵ y Taracena⁶ en sus excavaciones, pero mayores que las registradas en Riba de Saelices⁷. Este tipo de objetos se conocen en buena parte de las necrópolis excavadas en la zona de la Meseta, aunque el número mayoritario se centra en las de las provincias de Guadalajara y Soria⁸.

La finalidad de estos elementos era, a nuestro entender, la de señalar e identificar un enterramiento o estructura funeraria en el espacio de la necrópolis; sin embargo, el hallarlas casi siempre caídas en el suelo no permitía relacionarlas con un ajuar concreto, salvo excepciones⁹; lo expuesto ha podido ser constatado en Carratiermes, en dónde se han identificado diversas de estas piezas del mobiliario concreto de una tumba y formando parte de una estructura pétreo.

USTRINUM

En el área excavada de Carratiermes, no ha sido posible identificar con plena certeza ninguna estructura o mancha que pueda señalarse claramente como ustrinum. Sin embargo, hemos denominado de esta manera a cinco estructuras de diferentes medidas, de forma ovalada o casi circular y que quedan constituidas por guijarros de tamaño medio y cortados de forma intencionada. Las piedras estaban envueltas en una potente y negra capa de ceniza. Al no hallarse restos materiales, es de suponer que, si fueron utilizados como ustrinum, limpiaban perfectamente el lugar tras una cremación. No obstante, se puede indicar que cabe la posibilidad de que el nivel arqueológico de tierra negra-gris se haya formado precisamente por sucesivos ustrina, desmantelados tras el enterramiento.

Aunque los ustrinum como lugar de cremación del cadáver quedaban fuera del lugar de enterramiento, existen casos, como en la necrópolis de Las Madrugueras, en dónde aquéllos se situaron sobre el lugar mismo de la incineración¹⁰. En otros casos, se sabe que los ustrinum quedaban perfectamente definidos y en su interior se recuperaron materiales arqueológicos, tanto metálicos como fragmentos cerámicos; así lo comenta el Marqués de Cerralbo en su obra inédita¹¹.

(5) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): Las necrópolis, op. cit., 1916.

(6) TARACENA AGUIRRE, B.: Excavaciones en la provincia de Soria. M.J.S.E.A., n.º 119 (1932); Exploraciones en Monteagudo de las Vicarías; pág. 33.

(7) CUADRADO DIAZ, E.: Excavaciones en la necrópolis cellibérica de Riba de Saelices (Guadalajara). E.A.E., 60 (1964); págs. 46-47 y fig. 11.

(8) PEREZ CASAS, J.A.: Las necrópolis, en Celtíberos, catálogo de la Exposición celebrada en Zaragoza en marzo-abril de 1988, pág. 79.

(9) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): Las necrópolis, op. cit., 1916; lám. II. CUADRADO DIAZ, E.: Excavaciones, op. cit., 1964; fig. 11.

(10) Ver nota 8.

(11) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): Historia Patria, op. cit.; vol. III.

ASOCIACION DE ESTRUCTURAS, ESTELAS Y AJUARES

En algunos casos, se ha podido delimitar y concretar en la necrópolis de Carratiermes la reunión de tres elementos básicos: estructura pétrea, estela y ajuar metálico para un mismo enterramiento; no obstante, durante la excavación se ha concretado una serie de tipos de tumbas cuya clasificación permite conocer mejor la asociación estructural y de mobiliario.

Desde que comenzaron a conocerse estas necrópolis celtibéricas, se estableció la posible relación entre unas formas estructurales y determinados ajuares funerarios, incluso señalando algunas etapas cronológicas; después de conocer parte de Carratiermes, se puede indicar, aunque de manera provisional hasta que se termine la excavación de la misma, una serie de estructuras y ajuares que corresponden a determinados periodos cronológicos.

El inventario actual de tumbas permite ver la posibilidad de comprobar asociaciones de enterramientos, cuyas características se establecen por las afinidades entre las estructuras funerarias excavadas y por el tipo de ajuar presente en ellas.

Así se puede señalar como norma general en el estado actual de la investigación que, en la zona más meridional de la necrópolis, se registran ajuares metálicos y muy característicos que comprenden dos diferentes tipos; por un lado, el mobiliario de bronce (pectorales espiraliformes, de placa, fíbulas, broches de cinturón, cuchillos de hoja curva), dentro de hoyos excavados en la tierra, en los que hay gran cantidad de tierra negra; por otro lado, ajuares metálicos férricos, que constan de objetos de armamento (puntas de lanza de gran tamaño, regatones, cuchillos de hoja curva) y otros de adornos en bronce (fíbulas y broches de cinturón), depositados en un pequeño rebaje en la grava. En este caso, puede existir dos modalidades: mancha de tierra negra (que se diferencia perfectamente dentro de la grava) que al excavarla queda señalado perfectamente el rebaje; y en un segundo caso suele estar presente una estela encima del pequeño hoyo, quedando debajo el ajuar metálico, y a su alrededor existe una estructura pétrea, entre la que, en ocasiones, se sitúa la urna funeraria con los restos óseos de la cremación.

Los conjuntos expuestos definen un momento previo y anterior al de la consolidación del mundo celtibérico, constituyendo la fase que se viene conociendo como protoceltibérica, que puede fecharse entre fines del siglo VI o principios del V a.C. hasta comienzos-mediados de la IV centuria a.C.

Un segundo momento cronológico que se puede establecer en Carratiermes corresponde a la etapa celtibérica plena, cuya datación queda comprendida entre mediados del siglo IV a fines del II-principios del I a.C.

Esta etapa se caracteriza por presentar estructuras funerarias a base de losas de protección lateral, generalmente de caliza blanca, que tan sólo recubren una parte de la urna, mientras que el resto de la misma lo hacen otro tipo de piedras, casi siempre areniscas y cantos rodados. Las vasijas son ya de cerámica oxidante a torno, conservando en la mayoría de los casos la tapadera, que resulta ser parte de la misma pieza, ya que ésta se realizó entera y, antes de la cocción, se separaron ambas partes, señalando, con una marca de alfarero, los dos componentes de la urna.

En el interior de la urna, además de los restos óseos, puede existir ajuar metálico, pero presenta una evolución con respecto a los de la etapa anterior; disminuyendo en la mayoría de los enterramientos el número de piezas, aspecto que se denota en el final de la etapa celtibérica plena, sobre todo una vez conquistado el territorio por los romanos, y que se halla constatado en la mayoría de este tipo de necrópolis¹².

Así, los objetos que se inventarían son fíbulas, broches de cinturón, puntas de lanza, regatones, dobles punzones, cuchillos de hoja curva, etc...; en otros casos, se completa con piezas cerámicas (fusayolas, bolas), que en bastantes tumbas son los únicos objetos que acompañan a la urna. Sin embargo, hay otros conjuntos en los que se relacionan ajuares metálicos importantes; en un principio, son las espadas de antenas atrofiadas, de tipo Echauri o de puñales Monte Bernorio, asociadas a puntas de lanza, anillas de escudo, puñales de hoja curva, bocados de caballo, fíbulas, etc... que se hallan depositadas en la grava, en un pequeño rebaje practicado en la misma o entre piedras que conforman la estructura de un enterramiento. Estos ajuares pueden situarse en el siglo IV y primera mitad del III a.C.

Dentro del mismo periodo celtibérico pleno, pero en una fecha más moderna, se indican los ajuares en los que el puñal de tipo biglobular es el más extendido en los enterramientos en los que aparece; le acompañan cuchillos de hoja curva, bocados de caballo, fíbulas, etc. Se mantienen las tumbas cuyo único ajuar lo constituye la urna y algunas piezas, en un número reducido, de tipo cerámico y fíbula como adorno; no obstante, siempre existen excepciones a esta regla general que, en principio y en el estado actual de la investigación de la necrópolis de Carratiermes, se puede establecer como fija.

Como ausencia, en cierto modo importante, se puede señalar, para el período que describimos, el no inventario de espadas de la Tène y de frontón, que completarían la panoplia de este tipo de objetos. No obstante, se publicó un ajuar, que presumiblemente procede de Carratiermes, en el que había una espada de La Tène y ello permitiría completar la tipología del armamento de la necrópolis¹³.

Finalmente, se debe mencionar el área que podemos denominar como «celtíbera-tardía», correspondiente cronológicamente al período romano en su etapa tardo-republicana y comienzos del Imperio. Se aprecia continuidad en el rito funerario y en el empleo de materiales, aunque se observa una disminución notoria en el mobiliario metálico, quedando reducido su inventario, en el mejor de los casos, a piezas de adorno. Las cerámicas registradas son una clara evolución de modelos anteriores, aunque se aportan claras novedades, como es el ejemplo, aunque escaso, de piezas de T.S.H. o de producción de tipo Clunia.

(12) ARGENTE OLIVER, J.L.: La necrópolis celtibérica de «El Altillo», en Aguilar de Anguita (Guadalajara). Resultados de la campaña de excavaciones de 1973. *Wad-alHayara*, 4 (1976); CUADRADO DIAZ, E.: Excavaciones, op. cit., 1964.

(13) RUIZ ZAPATERO, G. y NUÑEZ GARCIA, C.: Un presunto ajuar celtibérico procedente de Carratiermes (Soria). *Nvmantia* I, 1981; págs. 189-194.

Este es el desarrollo que, en el estado actual de la excavación, presenta la necrópolis de Carratiermes, estimando muy poco probable que los cambios que puedan hallarse, por lo menos en lo que respecta a elementos esenciales de cada etapa, afecten de manera importante a los esquemas generales presentados.

CARACTER SOCIAL DE LOS AJUARES

Uno de los aspectos que se identifican en el mobiliario inventariado en la necrópolis de Carratiermes es el carácter social que representan. En los estudios publicados siempre se ha establecido un rango socio-económico, de mayor a menor; en cada una de las tumbas excavadas en las necrópolis conocidas. En principio, puede aceptarse el esquema establecido; sin embargo, ante los ajuares hallados en Carratiermes estimamos que se debe buscar otro criterio que, si no definitivo, sirva de discusión para una mejor comprensión de los diversos aspectos que facilitan los objetos hallados.

Así pues, entendemos que si los objetos de las necrópolis, además de la función que representan (bélica o de adorno), constituyen elementos de prestigio, los ajuares que se excavan tienen esa significación, por lo que deberían entenderse todos ellos correspondientes a personas de clase social elevada o alta económicamente, que con sus recursos podrían financiar la adquisición de las piezas halladas. Si ello es así, los cementerios que se conocen corresponden a una parte de la sociedad protoceltibérica o celtibérica, pudiendo encontrarse en otros lugares los pertenecientes al resto de la población o bien que el rito funerario reservara para ellos otra modalidad que desconocemos en la actualidad, pues todavía faltan datos para corroborar lo que expresamos. Lo expuesto debe entenderse como hipótesis de trabajo basada, eso sí, en los hallazgos materiales que se inventarían en todas las necrópolis conocidas.

Además de lo dicho, y atendiendo al número de piezas que se registran en los ajuares excavados, entendemos que se puede expresar otra distinción que también refleja la estratificación del pueblo celtibérico, pero dentro de esa élite que denotan las tumbas reconocidas en cada necrópolis. Así pues, en el total de enterramientos conocidos hasta ahora en Carratiermes establecemos el siguiente orden:

A. Tumbas sin ajuar; a veces incluso sin urna o sólo con algún elemento de mobiliario muy deficiente, acompañados de restos óseos; en su mayoría corresponden a diferentes etapas de utilización de la necrópolis.

B. Tumbas con ajuar intermedio, sin elementos definidores claros, pero siempre con alguna pieza de prestigio; fíbulas, puntas de lanza, cuchillos de hoja curva, etc...; por regla general, suelen llevar asociadas urnas funerarias, en las que se depositan los restos óseos de la incineración.

C. Tumbas con ajuar rico, en las que se relacionan características suficientes que denotan un estatus social alto y que, en principio, corresponden a la etapa más antigua de la necrópolis y comienzos de la celtibérica plena, lo que no impide que, en momentos posteriores, exista algún ajuar importante, significativo y amplio, según el número de objetos inventariados en la misma.

Los ajuares ricos se encuentran también asociados a urnas, pero se pueden señalar, de acuerdo con el ajuar metálico, la división entre:

C.1. Ajuar de armas o de guerrero.

C.2. Ajuar de pectorales, en los que predominan los objetos realizados en bronce.

Con norma general, se puede indicar que los ajuares de guerrero aparecen asociados a estelas (de las que hemos encontrado diversos ejemplos conservando dicho elemento in situ, mientras que la mayoría de las estelas se hallaron en el suelo y fuera del lugar originario) y a pequeños hoyos, o simplemente rebaje en la grava, en donde se dispusieron los objetos del ajuar. Por el contrario, en la mayoría de los casos con mobiliario de bronce se encuentran depositados en hoyos profundos, rellenos de tierra muy negra.

Si los hoyos pequeños o rebajes en la grava se mantienen en otros momentos cronológicos posteriores, los hoyos dejan de ser frecuentes en época celtibérica plena. Ambos tipos estructurales desaparecen por completo en Carratiermes en las postrimerias de la IV centuria a.C. o comienzos de la siguiente.

Finalmente, en relación con el tema de estelas funerarias y ajuares, queremos señalar lo siguiente. La mayor parte de este tipo de piezas han sido halladas en la zona oriental de la necrópolis, junto al camino que conducía a Tiermes desde el Camino Real. Casi todas se encontraban caídas en la tierra y fuera de su lugar originario, debido a la acción de los arados que, en su trabajo de temporada, arrastraron las estelas hasta una zona de mayor potencia de tierra. Sin embargo, algunas, muy pocas, quedaron in situ, aunque sin conservar su altura inicial. La presencia de estelas en el lugar originario, rodeadas de la estructura pétreo correspondiente y, en torno a ésta, suele depositarse la vasija funeraria (en las que se introdujeron solamente restos óseos) y debajo de la estela se encontraron los ajuares metálicos; en otros casos, en vez de una urna con huesos calcinados, pueden registrarse varias, lo que, a nuestro entender, implica otra posibilidad.

La presencia de varias urnas alrededor de una estela, debajo de la cual se deposita el ajuar metálico, nos permite aventurar que, en torno a aquél y a la estela, las urnas pudieran tener una dependencia familiar o social respecto del enterramiento principal, que lo conforma el ajuar metálico. En este sentido cabe destacar dos posibilidades; si se trata de grupos familiares, la figura principal es la que contiene las piezas de prestigio, y la estela señalada la posición que ocupa en la necrópolis; por otro lado, si corresponde esta disposición a una relación de fidelidad en torno a la figura de un jefe, podría pensarse en un enterramiento colectivo en la misma fecha, bien consecuencia de una acción bélica, en la que la muerte del jefe conlleva la de sus fieles, bien porqué de muerte natural pudiera producirse la misma situación para todos o parte de los que mantienen los lazos de lealtad hacia una persona.

A pesar de lo expuesto, se puede mantener la idea básica de considerar la distinción de los diferentes ajuares hallados: tumbas que contengan o no ajuar, y dentro de las primeras los de mobiliario de hierro o de bronce. La segunda nota a destacar es la de que siempre los enterramientos inventariados pertenecen a un estatus social elevado, puesto que los objetos depositados responde a un criterio de significación social.

LA SITUACION DE CARRATIERMES EN EL MUNDO CELTIBERICO

El conocimiento general de la cultura celtibérica, y en particular el aspecto de las necrópolis, precisa de excavaciones extensivas, caso de las que en la actualidad se llevan a cabo en Carratiermes y Ucero (en la provincia de Soria) o de las que, en el mismo sentido, se efectúan en la provincia de Guadalajara.

En este sentido, se tiene ya precedentes, caso de las necrópolis que componen la Colección Cerralbo, pero de las que no disponemos de datos de excavación, de composición de ajuares, de conocimiento de las estructuras halladas, etc..., por lo que solamente servirán para estudios comparativos de materiales; de ahí la necesidad de apurar al máximo los cementerios celtibéricos que se encuentran en proceso de excavación, con el fin de conocer, o de empezar a entender, este tipo de yacimientos, sobre todo aquellos que han sufrido o padecen los estragos de la intervención de furtivos.

Carratiermes presenta en especial la ventaja de ofrecer una secuencia completa, desde el momento protoceltibérico hasta la fase aculturadora romana. Precisamente hoy uno de los puntos más interesantes en Carratiermes es el momento protoceltibérico y que, una vez deshechada la tesis invasionista, forman un *unicum* con la cultura celtibérica, un mundo en el que deben estar contenidas las causas internas que provocaron la eclosión de la cultura celtibérica en el siglo IV a.C. Lo que señalamos queda reflejado en nuestra necrópolis, en la que se encuentran tumbas y ajuares atribuibles a dicha época. Se trata de una fase poco estudiada y sobre todo mal interpretada, aunque se nombra bastante últimamente. La cronología para estos hallazgos se puede centrar entre fines del siglo VI-principios del IV a.C. Es muy posible que la transición del mundo protoceltibérico al celtibérico se encuadre dentro de una dinámica general europea, como señala Burillo¹⁴.

La etapa celtibérica plena se encuentra, en el estado actual de la excavación, mayoritariamente representada, aportando el número más importante de enterramientos. Las urnas, en la evolución temporal de los enterramientos, dejan de

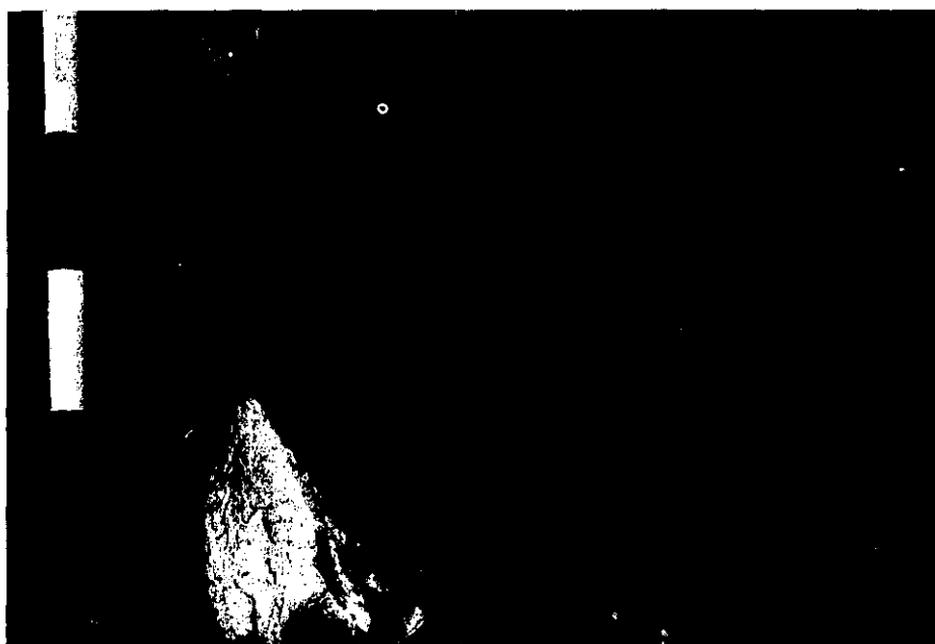
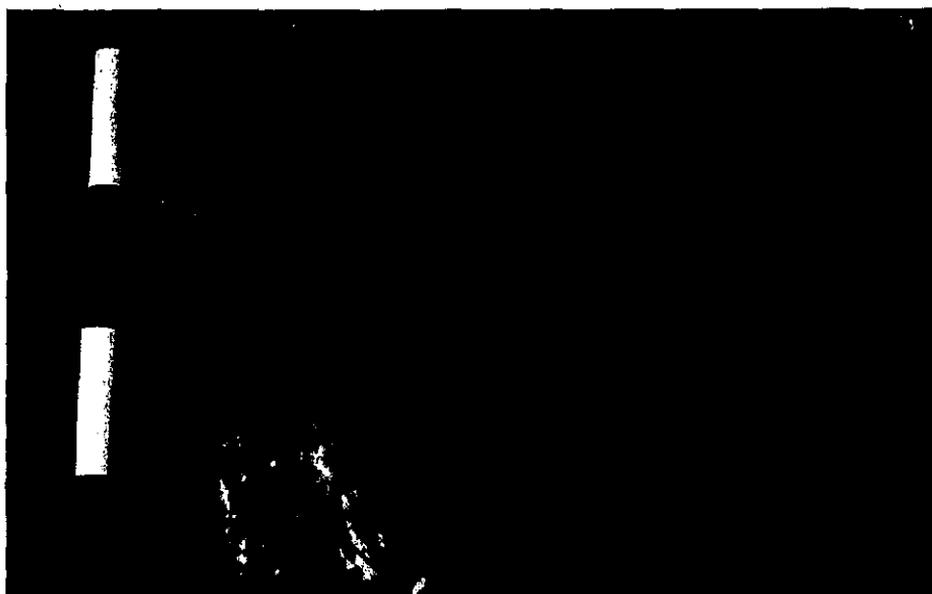
(14) BURILLO MOZOTA, F.: Antecedentes, en *Celtiberos*. Catálogo de la Exposición celebrada en Zaragoza, en marzo-abril de 1988; págs. 16-17.

ser protegidas por una estructura pétreo y pasan a tener solamente lajas que posteriormente se reflejan en una sola línea, que viene a ser, a juzgar por los datos recogidos, las de datación más tardía.

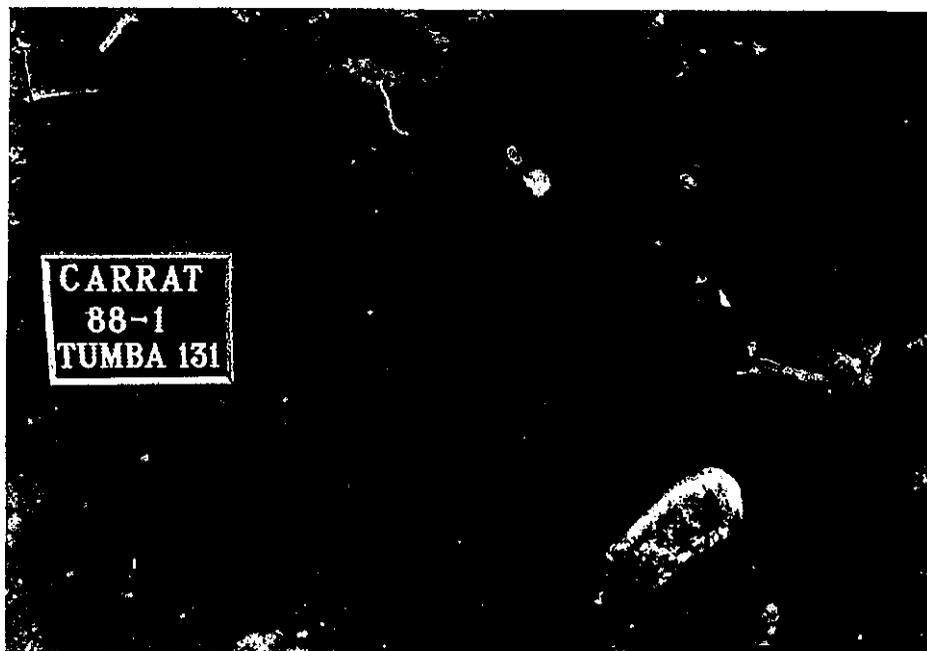
Una de las conclusiones claras que aporta la necrópolis de Carratiermes es que la sociedad celtibérica (entendida como un grupo humano que evoluciona, al menos desde el siglo VI a.C.), presenta una estructura, especialmente en su evolución en el tiempo, que es mayor a la conocida hasta ahora y que es accesible sólo en excavaciones en extensión.

Las tareas de excavación y estudio en Carratiermes permitirán, con los resultados de sucesivas campañas, completar la investigación del cementerio y ayudará, según nuestro criterio, a dar un impulso a la arqueología funeraria celtibérica, tan falta de memorias de excavación completas y sistemáticas, tratando también de recoger y unificar, en el estudio global de la zona, los datos que se conocen de excavaciones antiguas, procurando de esta manera establecer los esquemas generales de la evolución cultural, a través de los objetos de rito funerario, que el mundo celtibérico sufrió en su largo desarrollo temporal¹⁵.

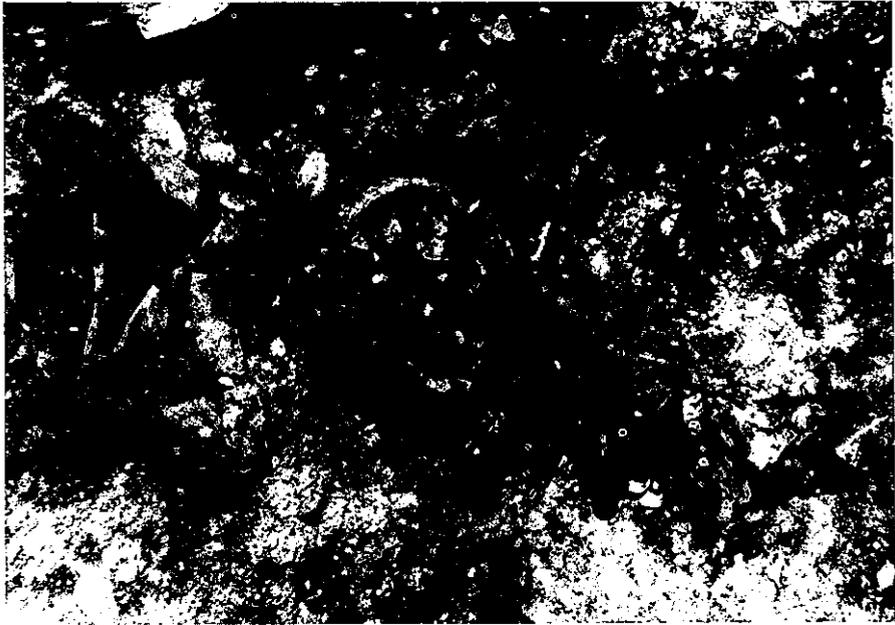
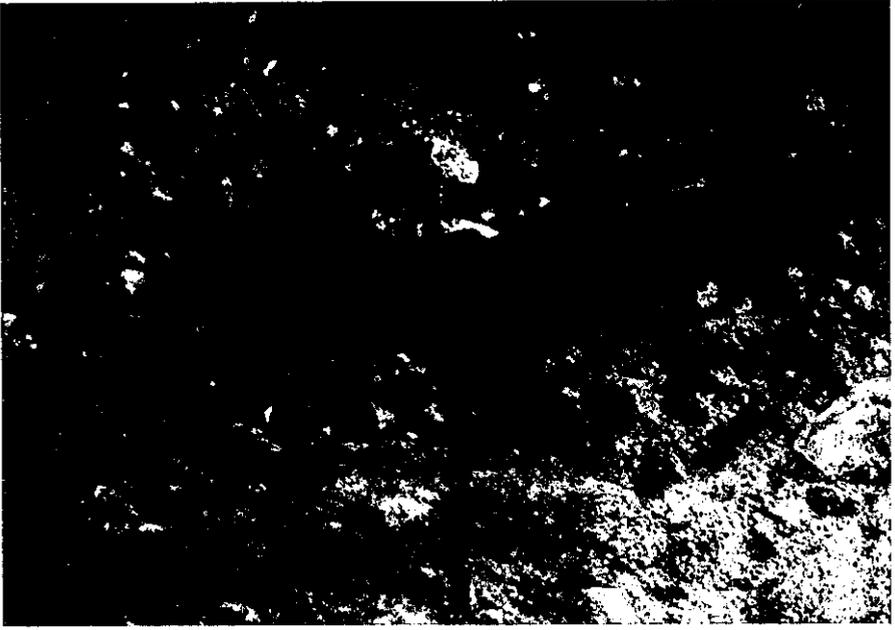
(15) Durante las campañas de 1990 y 1991 se ha ampliado el área de excavación de Carratiermes, exhumando parte de la zona protoceltibérica, que ha aportado interesantes resultados. Al finalizar la campaña de 1991 se llevan registrados 643 tumbas. Las noticias de estos dos años se presentan en ARGENTE OLIVER, J.L., DIAZ DIAZ, A. y BESCOS CORRAL, A.: Tiermes. Excavaciones Arqueológicas. Campaña 1990. Soria, 1990, págs. 11-26; ARGENTE OLIVER, J.L., DIAZ DIAZ, A. y BESCOS CORRAL, A.: Tiermes. Excavaciones Arqueológicas. Campaña 1991. Soria, 1991, págs. 7-30.



LAM. I.—Tumba de estructura pétreá, dentro de la cual se encontraba la urna con el ajuar y los restos de la cremación. Las tomas corresponden a dos momentos de la excavación de la tumba número 92. (Fotografías: José Luis Argente).



LAM. II.—Ajuar correspondientes a las tumbas números 131 y 306. El primero se depositó en un hoyo, como puede apreciarse en el perfil; el segundo, dentro de una urna, a la que rodeaba una estructura pétreo. (Fotografías: José Luis Argente).



LAM. III.—Ajuares de las tumbas números 305 y 337; ambos se depositaron en rebajes practicados en la capa de conglomerado. El mobiliario de la tumba 337 lo tapaba una estela de arenisca, alrededor de la cual se le protegió con una estructura pétreo. (Fotografías: José Luis Argente).

**LA CERAMICA CON DECORACION A PEINE
DE LA NECROPOLIS DE CARRATIERMES
(MONTEJO DE TIERMES, SORIA)**

J. ALTARES LUCENDO*
J.C. MISIEGO TEJADA**

* Universidad Complutense de Madrid.

** Universidad de Valladolid.

En el transcurso de las sucesivas campañas de excavación realizadas en la necrópolis de Carratiermes, desde el año 1977 (Argente y Díaz, 1977; Argente 1988a; Argente 1989; 76-86), se han exhumado materiales importantes, que aportarán, sin duda, datos interesantes para el estudio tanto de la cultura celtibérica, como de su periodo de formación, de los citados materiales, se ha escogido para esta comunicación las cerámicas decoradas a peine.

Estas cerámicas han sido analizadas globalmente en anteriores ocasiones (Hernández 1981; Martín Valls 1985; García-Soto y De la Rosa 1988)¹, pero creemos interesante realizar un estudio individualizado de las mismas en el ámbito de los respectivos yacimientos, que permita alcanzar conclusiones más generales².

Con este trabajo se pretenden tres objetivos: sistematizar un conjunto de cerámicas decoradas a peine procedentes de las excavaciones realizadas en la necrópolis de Carratiermes³, presentar una tipología de formas y motivos decorativos y analizar los conjuntos cerrados en que aparecen estas piezas, lo que consideramos ayudará a situarlas cronológicamente⁴.

La producción de cerámicas decoradas a peine documentada en la necrópolis de Carratiermes se compone, en estos momentos, de aproximadamente dos centenares de piezas, la mayoría fragmentadas. Son cerámicas elaboradas a mano, de grosores cercanos a 0,5 cms. cocciones reductoras, desgrasantes finos y medios, superficies bien tratadas en la mayoría de los ejemplares (alisadas o bruñidas) y coloraciones oscuras. Se puede considerar que estas cerámicas son una especie fina entre la fabricación a mano, tal vez una producción de lujo, tanto por su relativa escasez, como por la decoración empleada.

(1) Agradecemos a estos autores su amabilidad a la hora de manejar el original de esta comunicación, presentada al II Simposio sobre los Celtíberos, cuyas actas aún están en prensa.

(2) Estudios de este tipo son los realizados en Roa (Sacristán 1986; 71-87) o en Cuéllar (Barrio 1988).

(3) La dirección de dichas excavaciones corrió a cargo de D. José Luis Argente Oliver, al que agradecemos el habernos permitido utilizar este material, así como sus sugerencias a la hora de la elaboración del presente trabajo.

(4) Las conclusiones de esta comunicación son provisionales, ya que se siguen realizando excavaciones en la necrópolis; sin embargo, es una primera aproximación al estudio de este tipo de cerámicas en el yacimiento.

TIPOLOGIA DE FORMAS (Fig. 1)

Hemos encuadrado las especies decoradas a peine de Carratiermes en tres grandes tipos o grupos⁵ que, salvo contadas excepciones, engloban todos los ejemplares existentes.

TIPO I: FORMAS OVOIDES

La característica principal que define este tipo de vasos es su perfil ovoide, con borde cerrado sobre sí mismo y fondo plano. Se distinguen dos formas, diferenciadas por su tamaño y capacidad. La decoración aparece siempre en la zona media alta del vaso.

Forma I.1: Cuenco de perfil ovoide, borde entrante y fondo plano. En otras ocasiones posee fondo umbilicado. Identificamos esta forma con la I.3 de F. Hernández (1981; 318, fig. 3.3.); también la documentamos en vasos de Roa (Sacristán 1986; lám. XII), Cuéllar (Barrio 1988; 219-229, lám. 112) o Ucero (García-Soto 1988; 89 y 92).

Forma I.2: Vaso ovoide de mayor tamaño que el anterior, con perfil globular, borde cerrado y fondo seguramente plano, aunque no podemos constatarlo en el ejemplar que poseemos. Encontramos este vaso en Luzaga (Díaz 1976; figs. 4 y 20), Cuéllar (Barrio 1988; 274-277, lám. 120) o Castrojeriz (Abásolo et alii 1983, fig. 44)⁶.

TIPO II: FORMAS TRONCOCONICAS

Recipiente definido por su perfil de tronco invertido, de borde saliente y fondo plano. La anchura de la boca suele ser mayor que la altura del vaso. La decoración se circunscribe a las zonas media y baja de las piezas. Diferenciamos dos formas.

Forma II.1: Vasito troncocónico que, por la tendencia de sus paredes al abombamiento, suele considerarse en algunos casos como cuenco. En muchos yacimientos se identifica esta forma como vasito de ofrendas o tapadera de vasos mayores (Hernández 1981; 319-320, fig. 3.8; Castiella 1977; fig. 179). En nuestro caso se trata de un vasito de ofrendas, ya que apareció en una tumba asociado a una urna cineraria a torno. Esta forma aparece documentada, aparte de los casos mencionados, en Simancas (Wattenberg 1978), en El Raso de Candeda (Fernández 1986; fig. 466) o en Cuéllar (Barrio 1988; 230-237, lám. 114).

(5) Aunque pretendamos sistematizar los materiales de Carratiermes, tendremos que tener presentes trabajos ya elaborados, como son el de Francisca Hernández, quien estudia los conjuntos más clásicos de cerámica a peine (Hernández 1981), o el reciente trabajo de Joaquín Barrio sobre la necrópolis de Las Erijuelas en Cuéllar (Barrio 1988).

(6) Cabría señalar como este tipo de vasos no está recogido en la tipología de F. Hernández (1981), aunque es una forma que, sin decoración, se observa en bastantes yacimientos.

Forma II.2: Vaso troncocónico de dimensiones mayores que el anterior. Forma abierta, de perfil liso y base plana. Se encuentra recogida por F. Hernández, aunque de menor tamaño que la nuestra (Hernández 1981; 319); también la documentamos en yacimientos navarro-riojanos (Castiella 1977; figs. 206 y 252-258) o en el segoviano de Cuéllar (Barrio 1988, pág. 230).

TIPO III: FORMA CON PERFIL EN «S»

Vasos cuya característica principal es su perfil en «S», que varía en cada forma según el mayor o menor grado de carenamiento o curvatura. Desconocemos la base de los ejemplares de Carratiermes, pero por similitudes con otros vasos podemos pensar que se trata de fondos planos. La decoración se dibuja indiferenciadamente por toda la vasija.

Forma III.1: Vaso reconstruido con dos piezas diferentes; presenta borde exvasado, cuello estrecho y cuerpo carenado en su altura media. Se corresponde con la forma IV de F. Hernández (1981; 321, fig. 4), atestiguándose también en otros yacimientos como La Atalaya, en Cortes de Navarra (Castiella 1977; 201-206, fig. 209), Castrojeriz (Abásolo et alii 1983; fig. 44) o La Revilla de Calatañazor (Ortego 1983; 576, lám. 1), por citar algún ejemplo significativo.

Forma III.2: Vaso con perfil globular; cuello bastante marcado y borde ligeramente vuelto hacia el exterior. Podría corresponderse con la forma IV.4 de F. Hernández (1981; 321, fig. 4). También se documenta en yacimientos como Cuéllar (Barrio 1988; 241 y 246, lám. 116), Castrojeriz (Abásolo et alii 1983; fig. 44.3) o alguno navarro-riojano (Castiella 1977; 258-259, fig. 209.4).

Forma III.3: Vaso con perfil en «S», pero de silueta más globular que en los dos casos anteriores, por lo que es agrupado en otros tipos por algunos autores (Hernández 1981; 322, fig. 4.7). Se trata de una vasija de cuerpo globular, cuello cilíndrico y borde recto o ligeramente inclinado; el fondo, que desconocemos en nuestro ejemplar, parece ser plano y de poco diámetro. Aparece en provincias tan distantes como Avila (Fernández 1986; fig. 465) o Navarra (Castiella 1977; 258-259, fig. 209.3).

En definitiva, apreciamos la amplia difusión de los tipos de vasos de nuestra tabla a lo largo de toda la Meseta, durante la Edad del Hierro, sin que se pueda observar una diferenciación formal por siglos.

TIPOLOGIA DE DECORACIONES (Fig. 2)

Los motivos registrados en las piezas de Carratiermes se realizan utilizando las dos técnicas habituales en la decoración a peine: incisión e impresión, que, en ocasiones, se ejecuta por separado, aunque predomina la asociación de ambas. En otros ejemplos aparecen otros motivos asociados a las decoraciones a peine.

La incisión se realiza por el arrastre de un peine, cuyas púas varían en número de tres a ocho. La impresión se ejecuta con un peine que oscila entre cinco y diez púas.

Distinguimos en la decoración a peine tres grupos: inciso, impreso y compuesto, y un cuarto, consistente en motivos asociados y sus diversas combinaciones con los grupos anteriores.

GRUPO I: INCISIONES

Se componen de una sucesión de líneas paralelas incisas, motivo esencial de este grupo, que en algunos casos aparece como único elemento decorativo (mot. I.A). En otras ocasiones, a partir de él, se ejecutan diversas composiciones: trenzados (mot. I.B), semicírculos y líneas verticales (mot. I.C) o líneas quebradas (mot. I.D).

Son motivos de amplia difusión a lo largo de la cuenca del Duero (Cabré 1930; lám. XXIII; Cabré 1932; lám. XXVII; Cabré et alii 1950; lám. LXXXVI; Martín Valls, 1973; fig. 9; Wattenberg 1978; 182-183; Hernández 1981; fig. 1.13; Fernández 1986; fig. 456; Barrio 1988; Tabla general de decoraciones), excepto el motivo I.B, para el que encontramos los paralelos más cercanos en la decoración de la cerámica pintada celtibérica.

GRUPO II: IMPRESIONES

Se constituye por sucesiones de puntos impresos, normalmente asociados a motivos incisos. De forma individualizada aparecen sólo dos motivos: una línea quebrada (mot. II.A) y una sucesión de zig-zag (mot. II.B). El primero lo localizamos en el castro de Las Cogotas (Cabré 1930; lám. XXVII).

GRUPO III: ASOCIACION DE INCISION E IMPRESION

Resultado de la asociación de motivos a peine incisos e impresos; es el grupo más común entre nuestras cerámicas.

Dos series de líneas peinadas incisas horizontales enmarcan una, o varias, bandas de motivos puntillados impresos. Estas pueden ser líneas paralelas de puntos, verticales u oblicuas (mot. III.A), líneas quebradas (mot. III.B y III.D), series de impresiones en forma de espiga (mot. III.C), ajedrezados (mot. III.E) o zig-zag (mot. III.F).

Estos motivos se documentan en numerosos yacimientos como ocurre en Las Cogotas (Cabré 1930; lám. XXIII), Simancas (Wattenberg 1978; 182), Padilla de Duero (Mañanes y Madrazo 1978; fig. 3), Castrojeriz (Abásolo et alii 1983; fig. 46), Roa (Sacristán 1986; láms. XI-XII) o Cuéllar (Barrio 1988; Tabla de decoraciones).

También incluimos dentro de este grupo el motivo III.G, compuesto por dos bandas incisas horizontales, que delimitan otras verticales, formando unos cuadrados. Estos, a su vez, se encuentran divididos por dos diagonales; bordeando las mismas aparece una línea de impresiones. Hemos documentado paralelos para este motivo en el Castro de Las Cogotas (Cabré 1930; lám. XXIII, 25 y 27).

MOTIVOS ASOCIADOS A LA DECORACION A PEINE

Describimos, en primer lugar, los motivos que se asocian a esta decoración, para, a continuación, señalar las distintas combinaciones decorativas.

Motivo 1: Formado por las impresiones de pequeños hoyuelos circulares.

Motivo 2: Compuesto de pequeñas impresiones en forma de estrella.

Motivo 3: Una serie de dobles acanaladuras, dispuestas en forma de triángulo invertido, al final del cual se imprime un hoyuelo.

Los motivos 1 y 3 están recogidos en la necrópolis de Las Erijuelas (Barrio 1988; Tabla de decoraciones), mientras que para el número 2 no hemos encontrado paralelos.

Las diferentes asociaciones que hemos documentado son:

Con el motivo 1

A. Bandas alternas de líneas horizontales y de hoyuelos. Un motivo similar aparece en La Mesa de Miranda (Cabré et alii 1950; lám. LXXXVI, 12).

B. Dos series horizontales de hoyuelos enmarcan una línea quebrada puntillada.

C. Banda horizontal incisa, encima de la cual encontramos una línea de hoyuelos, mientras que debajo se sitúa otra quebrada impresa, entre la que se disponen unos hoyuelos impresos. Se encuentra en La Mesa de Miranda (Cabré et alii 1950) o en Simancas (Wattenberg 1978; 182).

D. Dos bandas incisivas horizontales enmarcan otra quebrada, también incisa; entre esta última, así como en las inmediaciones de las primeras, se disponen pequeños hoyuelos impresos. Documentamos un ejemplo parecido en la necrópolis de Las Cogotas (Cabré 1932; lám. XXXVII, 9).

E. Dos bandas horizontales encuadran un ajedrezado impreso, en cuyo interior se dibujan pequeñas impresiones circulares. Aparece en La Mesa de Miranda (Cabré et alii 1950; lám. LXXXVII, 13) y en Padilla de Duero (Mañanes y Madrid 1978; fig. 3).

F. Dos bandas incisivas horizontales a las que se asocian otras oblicuas y unos hoyuelos impresos.

Con el motivo 2

Sólo encontramos una asociación de este motivo, compuesta por una banda incisa horizontal bajo la cual se disponen pequeños estampillados en forma de estrella.

Con el motivo 3

Asociación constituida por una serie de rombos elaborados con líneas impresas, debajo de las cuales se desarrolla una banda horizontal, en primer lugar, que continúa con acanaladuras finalizadas en unos hoyuelos, para terminar en otra línea quebrada impresa⁷.

(7) Se ha intentado documentar paralelos en otros yacimientos para estos motivos decorativos, aunque haya sido infructuoso en alguno de los casos, no tanto porque sólo existan en Carratiermes, sino más bien, por la falta de publicación adecuada sobre estos aspectos.

ESTUDIO DEL MATERIAL ASOCIADO A LA CERÁMICA DECORADA A PEINE EN LOS CONJUNTOS CERRADOS DE LA NECROPOLIS

Tenemos documentada, hasta el momento, cerámica decorada a peine en un total de 20 sepulturas⁸, todas en el sector «A» de la necrópolis, zona en la que se ha detectado una amplia estratigrafía horizontal (Argente 1989; 78). A partir de estos datos, podemos señalar que la cerámica decorada a peine se circunscribe a una zona, bastante amplia, de la necrópolis.

De estos veinte enterramientos destacan, por sus materiales, nueve, que son los que sirven de base a nuestro estudio.

En la incineración número 180, sin cerámica torneada, se documentó un fragmento peinado, decorado con simples líneas incisas, junto a un conjunto de elementos metálicos entre los que destacan una fíbula de doble resorte, tipo 3D de la reciente sistematización realizada por J.L. Argente (1988b), y un puñal tipo Monte Bernorio de contera cuadrada (Sanz Mínguez 1986; 25-46). La cronología de este enterramiento se situaría en pleno siglo IV, aunque podría alargarse a los principios del siglo III a.C.

En la sepultura 129 aparecieron tres fragmentos cerámicos decorados con simples líneas incisas, asociados a una urna fabricada a mano, algún fragmento a torno y un broche anular de hierro. Este último ha sido considerado el precedente de la fíbula anular hispánica (Almagro 1966; 236), y J.L. Argente sitúa su llegada a la Península hacia el siglo V a.C., aunque perdura varios siglos (Argente 1974), como parece ocurrir en el presente caso. Creemos que la tumba se podría fechar tardíamente, pero la presencia de los fragmentos a torno no permite llevarla más allá del siglo IV.

La tumba número 6 proporcionó un galbo con decoración peinada de nuestro grupo III, junto a una fíbula de pie vuelto tipo La Tène II, cuya cronología oscila entre finales del siglo IV y el siglo II a.C., según J.L. Argente (1988b; fig. 105), fecha en la que se podría encuadrar el resto de los materiales de la tumba.

En otro enterramiento, el número 175, junto a dos fragmentos de cerámica a peine (decoración III.B de nuestra tabla), hallamos una urna a torno, tres fusayolas, cinco bolas de caliza y dos fíbulas; una anular hispánica, tipo 6C de J.L. Argente (1988b) y otra de La Tène I, tipo 8A3 de la misma tipología (Argente 1988b). A partir de estos materiales podríamos fechar la tumba entre finales del siglo IV y el último cuarto del siglo III a.C.

La tumba número 242 aportó un fragmento decorado con una banda incisa, acompañado de cerámica a torno y un puñal biglobular. Así podemos situarla desde el siglo III a.C., aunque este tipo de puñal, genuinamente celtibérico, tiene una perduración hasta época romana (Schule 1969; 247-248 y Tabla cronológica; Cabré de Morán 1988; 125).

(8) Contamos con los datos obtenidos en las campañas de excavación efectuadas en la necrópolis de Carratiermes durante los años 1986, 1987 y 1988.

Entre los nueve enterramientos también encontramos dos con vasos enteros decorados a peine, asociados a cerámica a torno (números 166 y 265). Estas vasijas sirven de modelo a las formas II.1 y II.2, respectivamente, de nuestra tabla. Son cerámicas de amplia difusión en la Meseta durante toda la Edad del Hierro.

Finalmente, en otras dos tumbas, las números 185 y 226, encontramos fragmentos decorados a peine junto a urnas completas fabricadas a torno, que se corresponden con formas características dentro del conjunto cerámico celtibérico. La vasija perteneciente a la tumba 226 es una olla ovoide, también de amplia difusión en lugares con cultura material celtibérica, como Osma (Bosch Gimpera; fig. 318) o Luzaga (Díaz 1976; 408, fig. 4, forma I), por ejemplo⁹. La cerámica a peine de dicha tumba se incluiría en nuestra forma I y decoración del grupo I.

La otra, número 185, presenta una vasija bitroncocónica, de cuello exvasado y borde apuntado, que encontramos en numerosos yacimientos meseteños (Wattenberg García 1978; 29 y 31, forma X) y que, según E. Wattenberg, se inicia a finales del siglo II, llegando al I a.C. El fragmento decorado a peine de esta sepultura se corresponde con nuestra forma III.1 y con la decoración III.B.

CRONOLOGIA Y VALORACIONES FINALES

La cronología de las cerámicas decoradas a peine de la necrópolis de Carratiermes está determinada por los enterramientos descubiertos, no siendo posible establecer una seriación cronológica de las diferentes formas y motivos decorativos, ya que, los datos a este respecto son imprecisos¹⁰.

Un balance global de los datos anteriormente reseñados indica que es a lo largo de los siglos IV y III cuando se detecta la mayor cantidad de cerámica decorada a peine.

Su origen en la necrópolis es oscuro a partir de los datos que poseemos, aunque podemos apuntar a principios del siglo IV el inicio de su expansión. El enterramiento 129 podría acercarnos a esa fecha si consideramos los escasos fragmentos de cerámica a torno como una intrusión, dato avalado por la presencia, por un lado, de una urna cineraria a mano, y, por otro, de un broche anular. Otro dato que corroboraría esta hipótesis es la asociación de esta cerámica con fibulas de doble resorte, de clara raigambre antigua. En esta misma línea apuntan los trabajos de F. Romero y E. García-Soto Mateos, quienes reseñan este momento para el inicio de estas producciones en la provincia de Soria, situándolo Romero en la base del mundo celtibérico (Romero 1984; 77-78; García-Soto 1988; 89-91).

(9) Esta forma deriva de producciones similares a mano, imperantes durante toda la Edad del Hierro. Así lo vemos en Luzaga (Díaz 1976, fig. 20) o en nuestro tipo I.

(10) Ejemplo de ello es la amplia difusión de nuestras formas y motivos.

El momento final de estas cerámicas es aún más incierto, aunque su producción llega hasta época plena celtibérica, como lo atestigua su asociación, en la tumba 242, con un puñal biglobular, arma claramente celtibérica, o con una urna de cerámica a torno celtibérica, en la tumba 185, situada cronológicamente entre los siglos I y II a.C. Ahonda en esa fecha el dato aportado por Castrojeriz, donde los cenizales de la Colegiata, datados en el siglo II-I a.C., presentan un declive de las producciones a peine (Abásolo et alii 1983). Sin embargo, en un yacimiento cercano, como Ucero, sólo se documenta hasta el momento de transición al mundo celtibérico (García-Soto 1988; 89-91).

Cuando aparece este tipo de cerámica en otros yacimientos meseteños, se adscribe al horizonte Cogotas II (Martín Valls 1985; 107 y ss.; Barrio 1988; 376), o, en otros casos, se asimila a niveles del Hierro I o celtibéricos, derivándose, entonces, de relaciones comerciales o del empuje expansionista del grupo abulense de Cogotas II, como se establece en el yacimiento de Roa (Sacristán 1986; 84 y ss.) Estas cerámicas, en Carratiermes, podríamos englobarlas, hasta cierto punto, en el segundo de los casos mencionados, ya que no se detecta un nivel intermedio al que atribuir las con exclusividad. Estas se documentan en niveles protoceltibéricos o celtibéricos; los mismos se suceden cronológicamente sin hiato alguno (Argente 1989; 85).

Otro problema relacionado con el punto anterior lo constituye la procedencia de estas cerámicas. Tradicionalmente su foco originario se ha situado en la zona salmantino-abulense (Hernández 1981; 325). Mas la cantidad de piezas peinadas, así como su calidad, documentadas tanto en nuestro yacimiento como en otros de la zona oriental de la Meseta, tales como Ucero (García-Soto 1988), La Revilla de Calatañazor (Ortego 1983) u Osma y Gormaz (Bosch Gimpera 1921-1926), nos lleva a plantear la existencia de varios centros productores a lo largo del valle del Duero. En dichos talleres la producción seguiría unas líneas generales, apreciadas en la uniformidad de formas y decoraciones, que se repiten continuamente, mientras que las diferencias vendrían dadas por variaciones decorativas. El menor barroquismo de las diferentes composiciones, así como la existencia de motivos para los que no hemos encontrado paralelos refuerzan esta tesis¹¹.

De todas formas, hay que tender a valorar estas cerámicas no por la importancia cronológica por sí mismas, sino como un elemento más de la cultura material del mundo celtibérico, tal como se aprecia en éste y en otros yacimientos.

Para finalizar, conviene señalar que este trabajo es un primer avance del estudio global del conjunto cerámico de la necrópolis de Carratiermes, uno de cuyos apartados será el correspondiente a la cerámica a peine. Este estudio, una vez realizado, las publicaciones sobre las necrópolis excavadas en fecha reciente y la revisión de las excavadas con anterioridad, permitirán, sin duda, valorar las cerámicas a peine en toda su amplitud y en su verdadero contexto.

(11) Un ejemplo es el tipo I.B, reflejado en temas pintados celtibéricos.

BIBLIOGRAFIA

- ABASOLO, J.A., RUIZ VELEZ, I. y PEREZ, F. (1983): «Castrojeriz I. El vertedero de la Colegiata», *NAHisp.*, 17, Madrid, págs. 191-318.
- ALMAGRO BASCH, M. (1966): «Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas», *Ampurias*, XXVIII, págs. 215-236.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1974): «Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita», *Trabajos de Prehistoria*, 31, págs. 143-216.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1988a): «La necrópolis de Carratiermes», en *II Simposio sobre los Celtíberos*, Daroca, abril 1988, Zaragoza, en prensa.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1988b): *Las fíbulas en la Meseta. Su valor tipológico, cultural y cronológico*. Ed. Complutense, Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1989): «Tíermes: catorce años de excavaciones», en ARGENTE OLIVER, J.L. (Coord.): *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, págs. 69-96.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y DIAZ DIAZ, A. (1977): «La necrópolis celtibérica de Carratiermes (Tiermes, Soria)», *NAHisp.*, 7, Madrid, págs. 95-151.
- BARRIO MARTIN, J. (1988): *Las cerámicas de la Necrópolis de Las Erijuelas. Cuéllar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte, Segovia*.
- BOSCH GIMPERA, P. (1921-1926): «Traballes de las necropolis d'Osma i Gormaz adquirides pel museu de Barcelona», *Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, VII, págs. 171-186.
- CABRE AGUILO, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa, Avila. I. El castro*, MemJSEA, 110, Madrid.
- CABRE AGUILO, J. (1932): *Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa, Avila. II. La necrópolis*, MemJSEA, 120, Madrid.
- CABRE AGUILO, J., CABRE DE MORAN, E. y MOLINERO PEREZ, A. (1950): *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra*, Acta Arqueológica Hispánica, 5, Madrid.
- CABRE DE MORAN, E. (1988): «Espadas y puñales de la Meseta Oriental en la II Edad del Hierro», en BURILLO MOZOTA, F.: et alii (Coords.): *Celtíberos*, Zaragoza, págs. 123-126.
- CASTIELLA RODRIGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Excavaciones en Navarra, VIII, Pamplona.
- DIAZ DIAZ, A. (1976): «La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el Museo Arqueológico Nacional», *RABM*, LXXIX, 2, págs. 397-489.
- FERNANDEZ GOMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda, Avila*, Avila.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. (1988): «La necrópolis de San Martín de Ucero (Soria)», en BURILLO MOZOTA, F.: et alii (Coords.): *Celtíberos*, Zaragoza, págs. 87-94.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. y LA-ROSA MUNICIO, R. de (1988): «Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración a peine en la Meseta Norte». *II Simposio Sobre los Celtíberos: Necrópolis Celtibéricas*, Daroca, abril 1988, Zaragoza, en prensa.

- HERNANDEZ HERNANDEZ, F. (1981): «Cerámica con decoración a peine», *Trabajos de Prehistoria*, 38, págs. 317-326.
- MAÑANES, T. y MADRAZO, T. (1978): «Materiales de una necrópolis vallisoletana de la Edad del Hierro», *Trabajos de Prehistoria*, 35, págs. 425-432.
- MARTIN VALLS, R. (1973): «Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos», *BSAA.*, XXXIX, págs. 81-103.
- MARTIN VALLS, R. (1985): «La Segunda Edad del Hierro», en DELIBES, G. et alii: *La prehistoria del Valle del Duero*, Historia de Castilla y León, 1, Valladolid, págs. 104-131.
- ORTEGO, T. (1983): «La necrópolis arévaca de La Revilla (Soria)», *XVI CNArq.*, Murcia-Cartagena 1982, Zaragoza, págs. 573-583.
- ROMERO CARNICERO, F. (1984): «La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión», *Actas del Primer Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 51-121.
- SACRISTAN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid.
- SANZ MINGUEZ, C. (1986): «Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el valle medio del Duero», *BSAA*, LII, págs. 25-46.
- SCHULE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, 3, Berlín, 2 vols.
- WATTEMBERG, F. (1978): *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 2, Valladolid.
- WATTEMBERG GARCIA, E. (1978): *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 3, Valladolid.

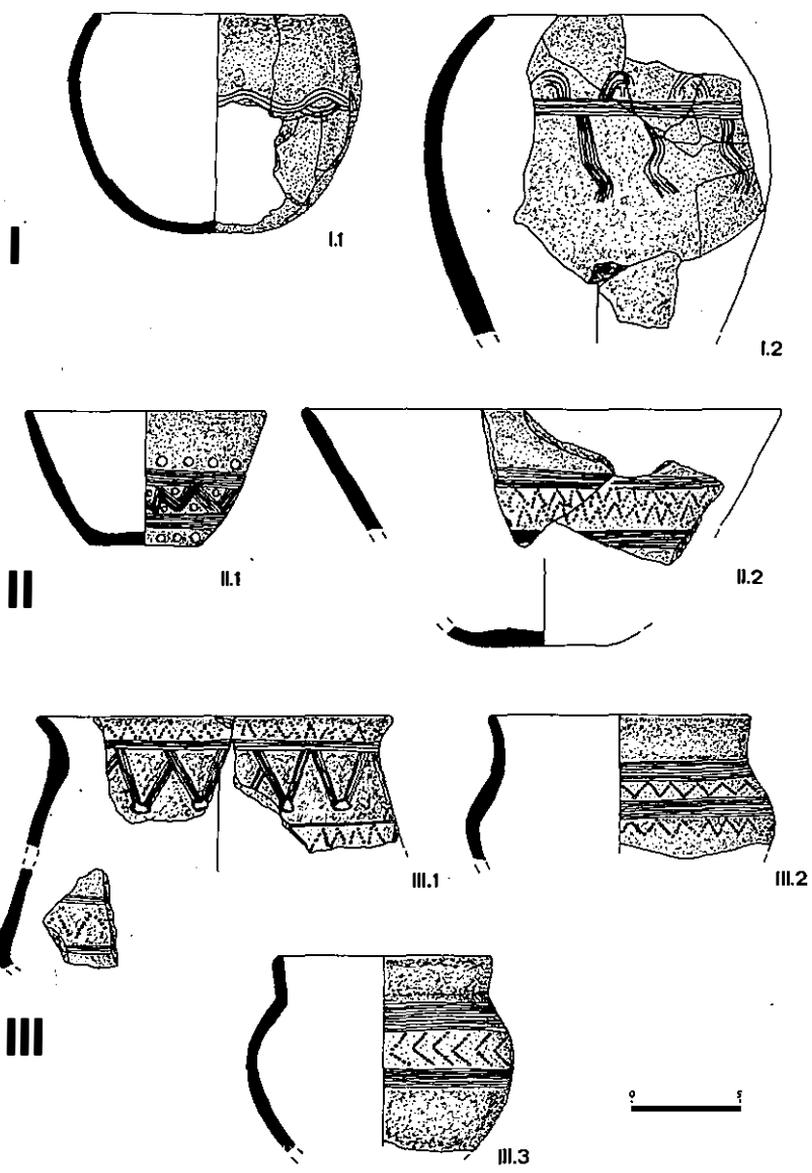
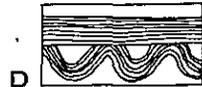
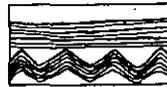
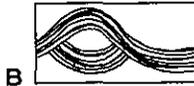
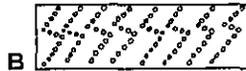
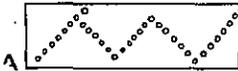


FIG. 1.—Tipología de formas a peine. Necrópolis de Carratiermes.

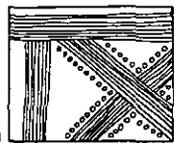
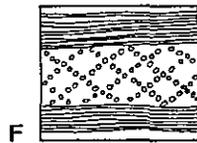
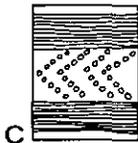
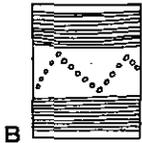
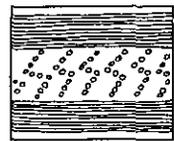
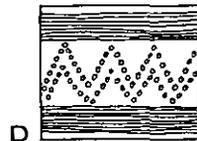
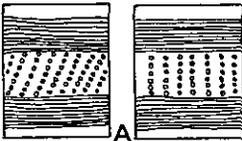
I



II

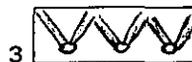
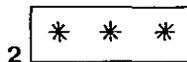
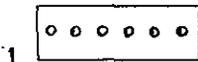


III



IV

MÓTIVOS ASOCIADOS



COMPOSICIONES DE MOTIVOS A PEINE Y ASOCIADOS

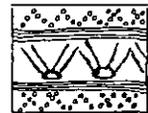
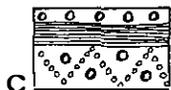
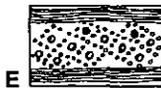
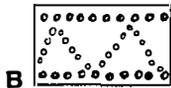
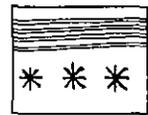
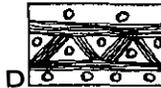


FIG. 2.—Tipología de motivos a peine. Necrópolis de Carratiermes.

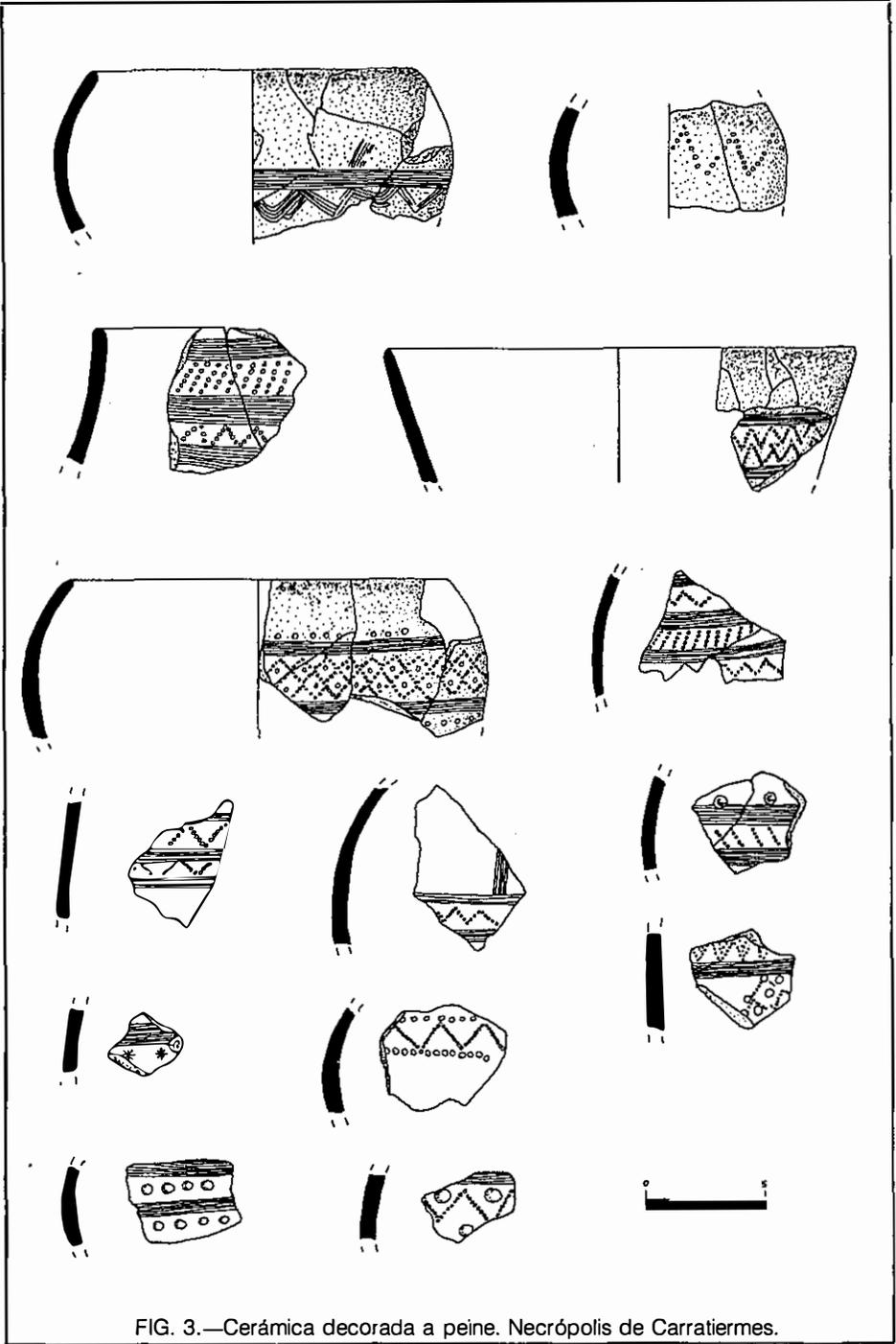
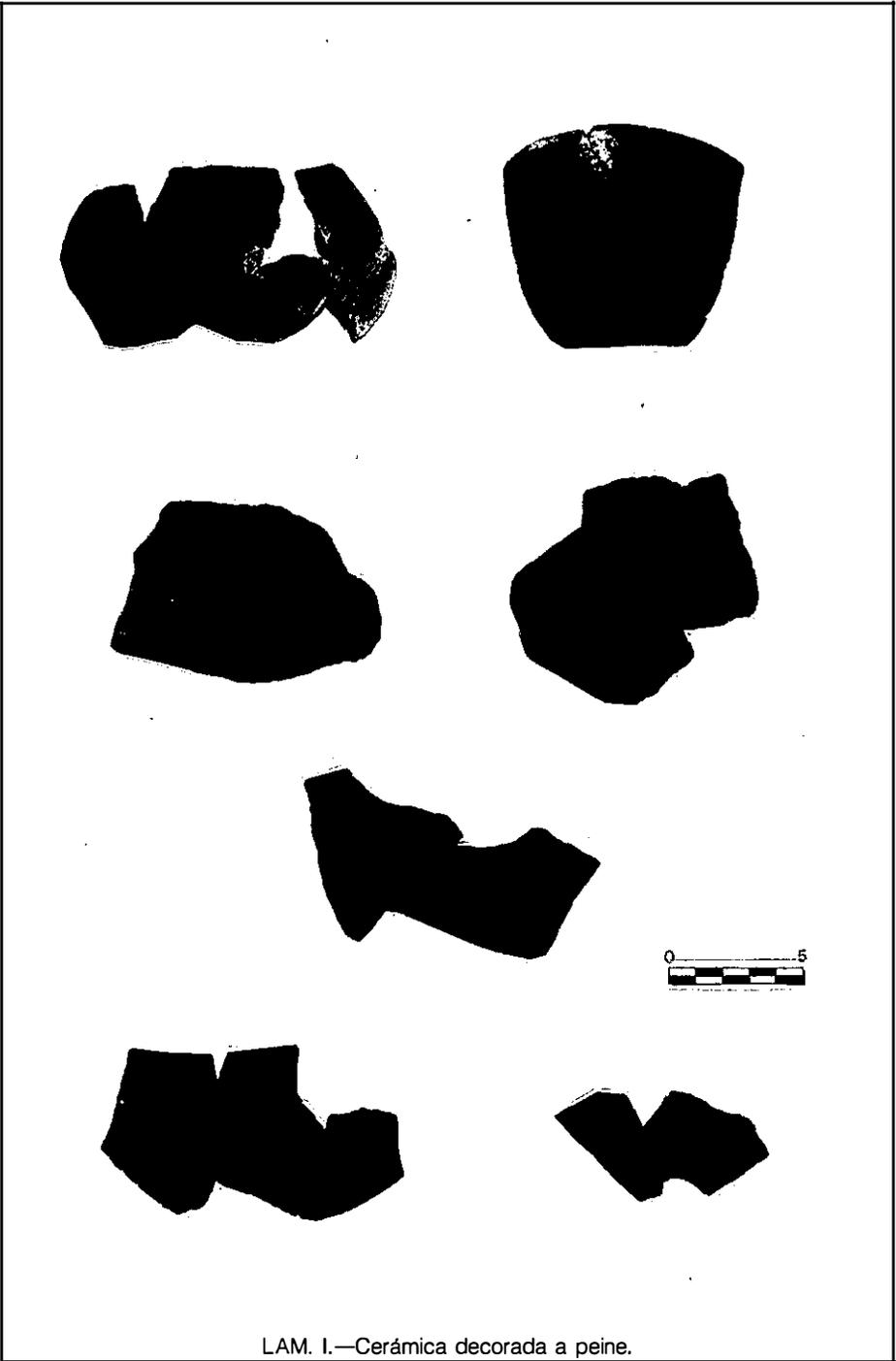


FIG. 3.—Cerámica decorada a peine. Necrópolis de Carratiermes.



LAM. I.—Cerámica decorada a peine.

**EL ARMAMENTO DE LA NECROPOLIS CELTIBERICA
DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA):
ESPADAS Y PUÑALES**

C. MARTINEZ MARTINEZ*

* Colaborador en las Excavaciones de Carratiermes.

La necrópolis celtibérica de Carratiermes, aún en proceso de investigación, ha proporcionado hasta ahora más de cuatrocientas tumbas, que contienen ricos ajuares, entre los que destacan aquellos en los que aparecen entre sus piezas espadas y puñales, objeto de la presente comunicación.

En primer lugar, debemos tener en cuenta dos circunstancias: una, la provisionalidad de algunos de los datos que aquí se ofrecen, debido, como ya hemos indicado, a que la necrópolis se encuentra en estos momentos en proceso de excavación, y nuevos datos pueden en el futuro modificar lo que aquí se expone sobre el tema; por otro lado, hay que señalar la falta de excavaciones sistemáticas de necrópolis con las que se pueda realizar una visión de conjunto del mundo funerario celtibérico, y permitan establecer paralelos fiables; hoy por hoy, sólo tenemos la posibilidad de comparar los hallazgos de Carratiermes con algunos conjuntos conocidos y piezas aisladas de ciertos yacimientos, que permitirán un mejor conocimiento de la dispersión de los objetos que ahora tratamos en el área de la Celtiberia.

ARMAS INVENTARIADAS EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES

En Carratiermes, se ha recuperado un nutrido conjunto de armas, entre las que destacan las espadas y puñales; los tipos que aparecen con más frecuencia en el yacimiento son los característicos de la Meseta Norte durante la Segunda Edad del Hierro. Se trata de una serie de piezas que se caracterizan por formas muy definidas, de origen conocido, y muy extendidas por las necrópolis del área oriental de la Meseta. Porcentualmente el número de tumbas con espadas es muy escaso, puesto que ronda el 5% del total de las estructuras excavadas hasta ahora; a pesar de todo, hay variedad en los tipos hallados, estando sólo ausentes, por el momento, los puñales y espadas de frontón y las falcatas, que, aunque pertenecientes estas últimas al mundo ibérico, se conocen en otros yacimientos cercanos a Carratiermes, caso de Osma, Quintanas de Gormaz, en la provincia de Soria, o Carabias, en la de Guadalajara.

A continuación, recogemos los modelos que se han inventariado en la necrópolis de Carratiermes:

ESPADAS DE ANTENAS ATROFIADAS

Dentro de las espadas, cuyo pomo remata en antenas, hay que distinguir varios tipos diferenciados: de antenas atrofiadas propiamente dichas, con pomo terminado en dos bolas, único resto de las antenas que poseían los modelos centroeuropeos, hoja corta con 40 cm. de longitud media, y acanaladuras en la hoja en sentido longitudinal; posee una espiga donde va encajada la guarda y las cachas de la empuñadura, así como el pomo, pieza de dos puntas a la cual se sujetan las bolas. En ocasiones, las cachas están decoradas con embutidos de cobre o plata, que forman círculos concéntricos o líneas paralelas horizontales. En la necrópolis de Carratiermes, hay siete ejemplares del tipo descrito, contextualizados en tumba, además de otros recogidos en niveles de revuelto. En el ámbito provincial es relativamente abundante la espada de antenas atrofiadas, registrándose en la mayoría de las necrópolis celtibéricas de Soria (fig. 1,1).

De tipo Echauri

Queda caracterizada por tener una hoja corta, con nervio central acusado, prolongación de la espiga que forma la empuñadura, y antenas terminadas en discos. La vaina es también muy específica, pues se fabricó en una sola pieza de metal y con contera recta. Se ha registrado un ejemplar completo, muy bien conservado, formando parte del ajuar de la tumba 131, así como dos fragmentos correspondientes a la parte inferior de la vaina, halladas en nivel de revuelto (fig. 1,2).

De tipo Alpanseque

Término que sirve para denominar una curiosa asociación de elementos: espada de antenas, puntas de lanza y cuchillos de hoja curva, todos ellos introducidos en la misma vaina de la espada. No se trata, sin embargo, de un tipo diferenciado de arma, sino de un conjunto. En el ejemplar de la tumba 223 de Carratiermes (fig. 2), hay dos puntas de lanza y dos cuchillos curvos, además de la espada de antenas, que no se diferencia de otras aparecidas solas, aunque la vaina se ejecutó de modo que los otros elementos se puedan introducir en ella. Se trata, por tanto, de algo pensado antes de la fabricación, y no de una simple costumbre funeraria. Se le denomina así debido a haber aparecido primero en la necrópolis de Alpanseque, aunque se registran también en Quintanas de Gormaz.

PUÑALES BIGLOBULARES

Se trata del puñal corto, típico del mundo celtibérico, que perdura hasta la etapa romana. Posee una hoja plana, sin bisel, con nervio central destacado, de unos 17 cm. de longitud media. La empuñadura, que le confiere su nombre, es muy característica; está formada por varias piezas: una espiga central, y dos cachas

metálicas que se dilatan en medio y al final formando dos discos, que en ocasiones llevan decoración. Entre las dos cachas y la espiga central quedan dos huecos para sendas piezas de madera o hueso, que darían mayor consistencia y volumen al empuñadura. En general, la longitud media del puñal completo oscila sobre los 25 cm. Es el tipo más abundante en la necrópolis de Carratiermes, ya que por el momento han aparecido siete ejemplares en tumbas, y otros fuera de ellas. Cabe destacar un ejemplar hallado en superficie y depositado en el Museo Numantino, del que se conserva la hoja y parte de la guarda, hecha ésta en bronce y con decoración incisa de punteado. Se trata de una pieza excepcional, ya que, aún cuando en ocasiones las guardas tienen decoraciones grabadas o de plata, siempre están hechas con hierro. El puñal biglobular se registra en diversas necrópolis celtibéricas sorianas, como en las de Osma y Quintanas de Gormaz (fig. 3,1) (Cabré de Morán, 1988).

PUÑALES TIPO MONTE BERNORIO

Se trata también de un modelo de importación (SANZ MINGUEZ, 1986). Las armas de la necrópolis de Miraveche (Burgos) se caracterizan por sus formas propias y su ornamentación. En cuanto a la forma, en este caso, se trata de un tipo de puñal corto, de unos 25 cm. de longitud media, que encaja perfectamente en el tipo Monte Bernorio. La pieza de Carratiermes, inventariada en el ajuar de la tumba 180, se ha conservado enfundada en su vaina, y en la que se observa una decoración con desarrollo notable, que se sitúa en la contera, que finaliza en una forma cuadrangular, con calados en el interior. La fecha para esta pieza termestina se fija en la primera mitad del siglo IV a.C., de acuerdo con el mobiliario de la tumba; destaca una fíbula de doble resorte, tipo 3D de Argente (Argente, 1989).

Es frecuente la presencia de este tipo de puñal en las necrópolis celtibéricas sorianas, que, además de Carratiermes, se registra también en Alpanseque y Uce-ro, entre otras (fig. 3,2).

ESPADAS DE LA TENE

Hemos dejado en último término la referencia a este tipo de espada que, a pesar de que en las excavaciones de la necrópolis de Carratiermes no se ha registrado ningún ejemplar, hay noticias de la existencia de una espada de La Tène hoy en paradero desconocido y que ha sido publicado recientemente (Ruiz Zapatero y Nuñez García, 1981). El modelo es el más sencillo, puesto que consta solo de una hoja larga, con espiga que iría embutida en la empuñadura. La pieza de Carratiermes, que conserva solo la hoja, está fechada, siguiendo a Schüle, y por su asociación con otros materiales, por Ruiz Zapatero y Nuñez García en el siglo III a. C. Es el arma más larga dentro de la panoplia del guerrero celtibérico; su tamaño haría más difícil su manejo, y por esa razón no sería adecuada para la lucha cuerpo a cuerpo, sino más bien para ser utilizada por la caballería. Los paralelos más próximos en la provincia se encuentran en las necrópolis de

Quintanas de Gormaz y de Osma. Respecto a su origen, se trata de un modelo procedente de Centroeuropa, que pasa a la Península a comienzos del período de La Tène, a inicios del siglo IV a. C., y se extiende por Europa Occidental, produciéndose copias locales en la Meseta Norte.

ASOCIACION DE ARMAS CON OTROS ELEMENTOS DEL AJUAR

En general, los enterramientos en los que aparecen espadas o puñales suelen destacar por la riqueza de los ajuares que les acompañan, encontrándose en muy pocos casos aislados estos elementos. En las tumbas halladas intactas, sin que hubieran sido afectadas por la acción del arado o de los furtivos, puede estudiarse el conjunto completo y su disposición. En muchos casos se observa el ajuar típico del guerrero; así en la tumba 131, además de la espada tipo Echauri con su vaina, aparece un cuchillo curvo, dos puntas de lanza, piezas para colgar el escudo, un doble punzón y una pulsera de bronce. De este modo, no solo se asocian armas al ajuar del guerrero, sino que también en ellas suele aparecer siempre algún elemento de ornamentación fabricado en bronce, caso de fíbulas, broches de cinturón, pulseras, etc... Todo ello revela el nivel social del fallecido, a través de la riqueza que se entierra con él, y que va fijada en el número de piezas que se registran (Schüle, 1969).

Un elemento que debemos tener en cuenta a la hora de hablar de armas, y que, por diversas razones no se ha incluido en esta comunicación, es el cuchillo de hoja curva. En sí, no se trata de un puñal, a pesar de ir asociado mayoritariamente a ajuares «de guerrero», aunque tampoco es exclusivo de los mismos, por lo que probablemente fuese un útil multifuncional, que acompañase al guerrero, y, en caso de necesidad, también podía ser empleado en la lucha. Por ello no se incluye específicamente en el capítulo de armas, aunque en muchas ocasiones vaya asociado a ellas.

Complemento a lo expuesto, hemos de indicar la existencia de otras piezas que se relacionan con las armas, tanto en Carratiermes como en otras necrópolis; nos referimos, entre otros, a los bocados de caballo, objeto que también refleja de manera significativa la situación social y económica del individuo, ya que como pieza metálica debía de ser un objeto preciado, y además indica la pertenencia al grupo social de los guerreros.

También, en otras ocasiones se registran en los ajuares de tumbas, y asociado a espadas, piezas de escudo, agarraderas y umbos. Corresponden a la típica caetra celtibérica, escudo redondo y pequeño, muy apropiado para la lucha cuerpo a cuerpo y su transporte a caballo.

El mobiliario del guerrero celtibérico, por lo que se refiere a los inventariados en Carratiermes, suele completarse en otras ocasiones con collares de cuentas de pasta vítrea, pinzas de depilar y alguna otra pieza que, aunque conocida, no suele ser objeto frecuente del ajuar militar.

CONCLUSIONES

De los datos obtenidos después de cinco campañas de trabajo de la necrópolis de Carratiermes, pueden extraerse algunas conclusiones provisionales, y algunas ideas complementarias sobre la sociedad celtibérica. De más de cuatrocientas estructuras ya excavadas, solo en 18 figuran espadas o puñales entre el ajuar; lo cual supone un 5% de tumbas con este tipo de armas, un porcentaje moderado, dada la abundancia de enterramientos. Ello nos confirma la idea de la fuerte jerarquización de la sociedad celtibérica (Frankenstein y Rowlands). Por un lado, se reconoce un grupo social más rico económicamente, que se entierran con elementos de prestigio, como son las espadas o los objetos de adorno personal; por otro, hay una gran cantidad de tumbas con ajuar de guerrero, que llegan a acercarse al 50% de las que presentan ajuar, que se sitúan en un escalón de riqueza inferior; y, por último, hay otros ajuares que no poseen más que la urna, a lo sumo algún elemento de prestigio aislado (Sopeña, 1987).

Estudiando los tipos de ajuares, puede verse claramente como se distribuye la riqueza, y como se convierte en símbolo de prestigio. La jerarquización se muestra a través de un valor de autoridad, ascendente o raigambre, basado en la consecución de bienes escasos o de gran estima entre los individuos de una población; en este sentido, las espadas y puñales, debido a su función y a estar fabricados en un metal escaso o de difícil tratamiento, cumplen los dos requisitos. Debido a la escasez del hierro, a la complejidad de su trabajo, y probablemente a la inexistencia de artesanos a tiempo completo, la espada, por ejemplo, era un bien difícil de obtener, caro, y muy apreciado, que poseía un significado social, y con probabilidad religioso, hasta el punto de que eran enterradas con su propietario, en ocasiones inutilizadas, a pesar de su gran valor económico, de modo que nadie más pudiera usarlas.

En cuanto a la cronología para las armas referidas, estimamos que las aquí citadas concuerdan con los períodos establecidos para la necrópolis de Carratiermes, teniendo en cuenta también los demás materiales hallados y la relación entre los mismos; dichas fases son las siguientes:

- Fines del siglo VI hasta fines del V a. C.: los materiales metálicos más destacados en este período son pectorales de bronce, puntas de lanza, regatones, bocados de caballo, cuchillos curvos, fíbulas y broches de cinturón. No aparecen todavía espadas o puñales.
- Siglo IV a. C.: En él se registran ya las espadas de antenas, la de La Téne, la de tipo Echauri, y el puñal tipo Miraveche, manteniéndose algunos de los objetos de la etapa anterior; pero con la evolución que el tiempo fija, caso de las fíbulas.
- Siglos III y II a. C.: Predominan sobre todo los puñales biglobulares, que se mantienen hasta la etapa romana; de igual manera, se conservan objetos ya señalados en fases anteriores, desaparecen otros y algunos evolucionan, presentando tipos característicos de la fecha que indicamos; es el caso de las fíbulas o los broches de cinturón, por ejemplo.

Lo expuesto se encuentra acorde con el resto de los materiales inventariados, así como la evolución habida en las estructuras funerarias empleadas en la necrópolis.

BIBLIOGRAFIA

- SCHULE, W.: Die Meseta kulturen der Iberischen Halbinsel. Berlín, 1969; dos vols.
- SALINAS DE FRIAS, M.: Conquista y Romanización de la Celtiberia. Salamanca, 1986.
- SANZ MINGUEZ, C.: Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el Valle Medio del Duero. B.S.A.A., LII. Valladolid (1986); págs. 25-46.
- RUIZ ZAPATERO, G. y NUÑEZ GARCIA, C.: Un presunto ajuar celtibérico procedente de Carratiermes (Soria). Numantia I. Soria (1981); págs. 189-194.
- FRANKESTEIN, S. y ROWLANDS, M.J.: The internal structure and regional context of Early Iron Age society in south-west Germani, págs. 73-112.
- CABRE DE MORAN, E.: Espadas y puñales de la Meseta Oriental en la II Edad del Hierro. Celtíberos, Zaragoza, 1988; págs. 123-126.
- SOPEÑA GENZOR, G.: Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos. Zaragoza, 1987.
- ARGENTE OLIVER, J.L.: Las fíbulas en la Meseta Oriental. Su valoración tipológica, cultural y cronológica. Tesis Doctoral, n.º 54/89. Universidad Complutense. Madrid, 1989.

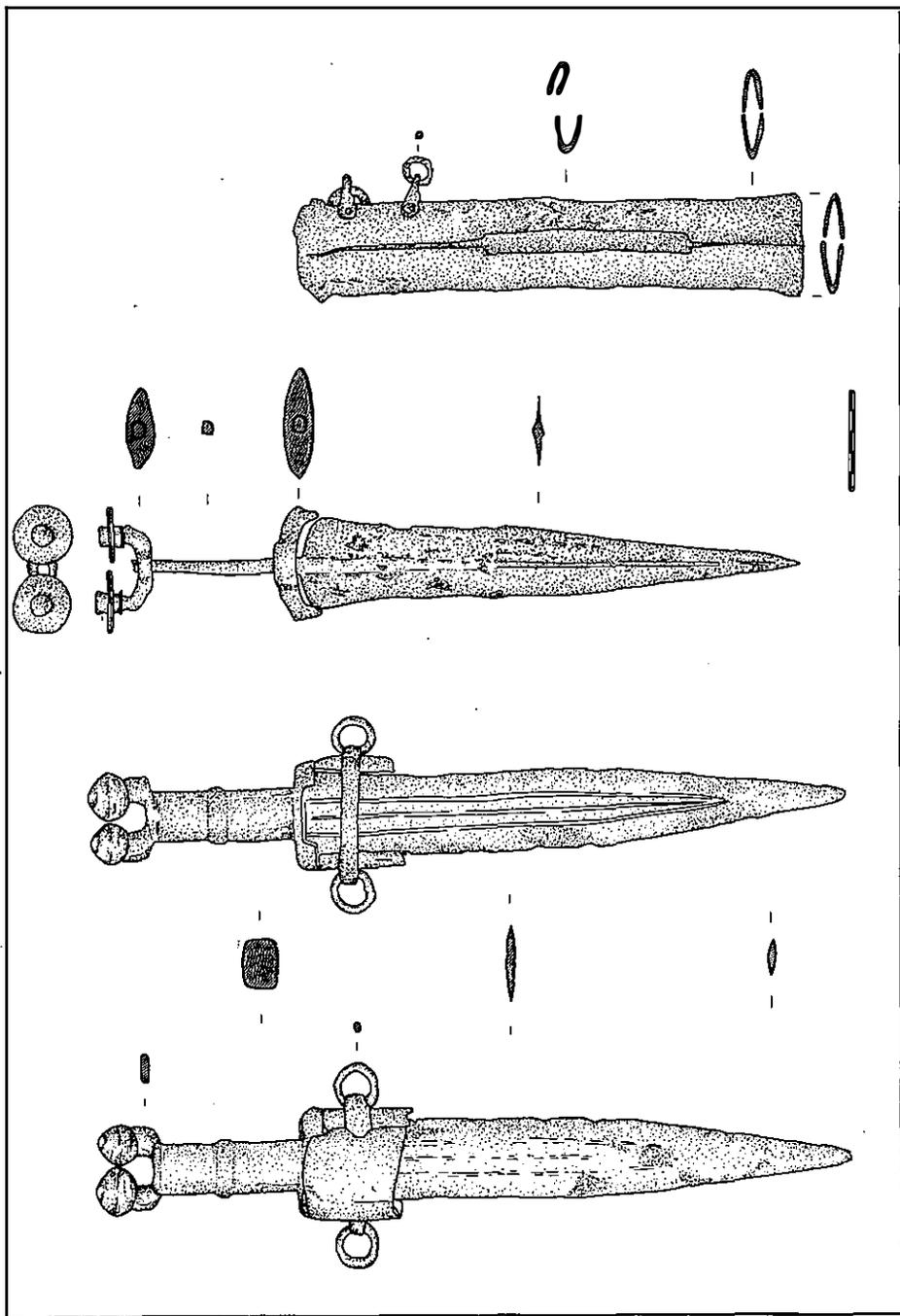


FIG. 1.—Espada de antenas atrofiadas y espada de antenas tipo Echauri; la primera se halló fuera de contexto, la segunda corresponde al ajuar de la tumba número 131. (Dibujos de Antonio Lubias).

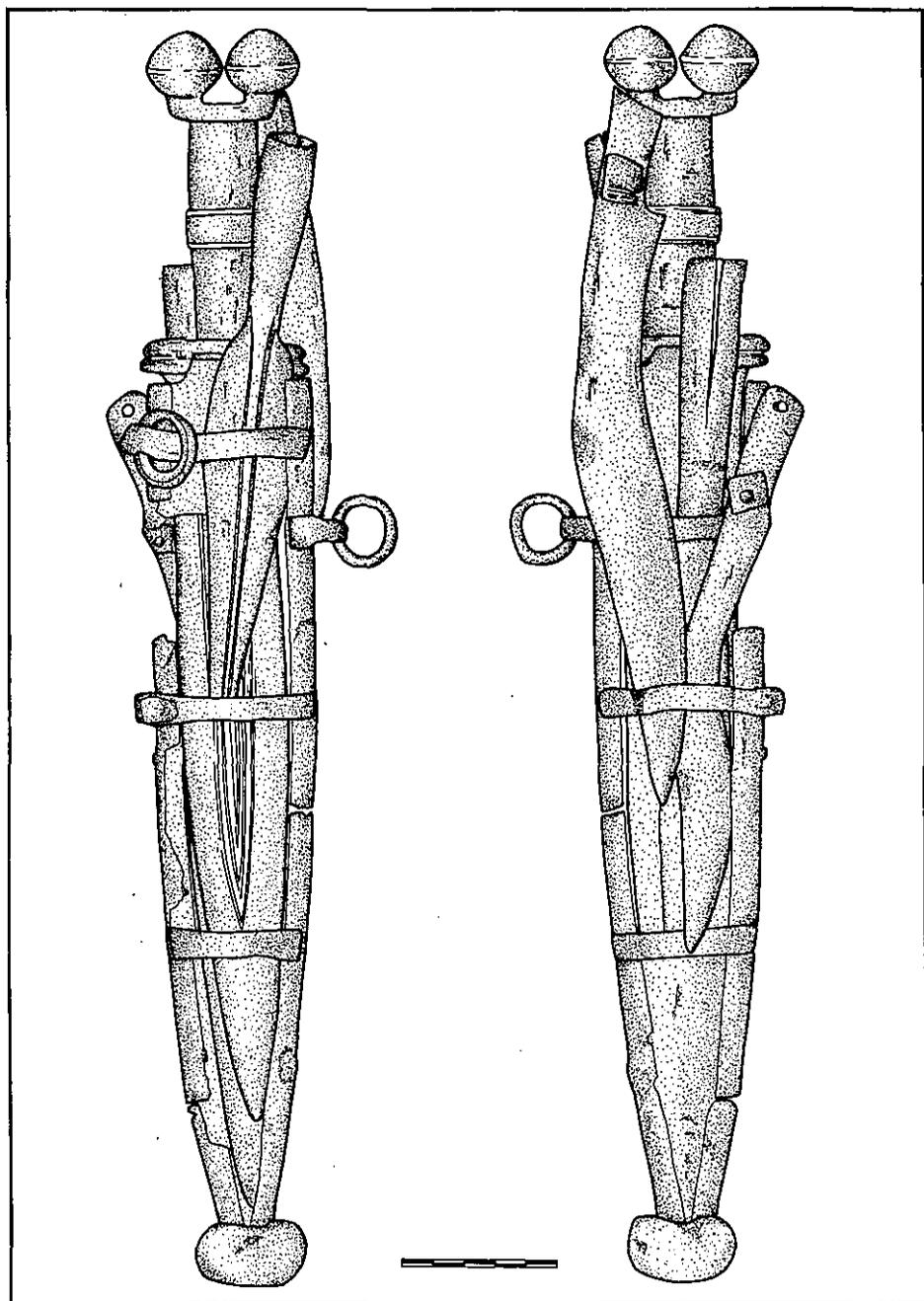


FIG. 2.—Espada de antenas, tipo Alpanseque; pertenece a la tumba número 223; junto a la espada, y dentro de la vaina de la misma, dos cuchillos de hoja curva y dos puntas de lanza completan el ajuar militar. (Dibujos de Antonio Alonso).

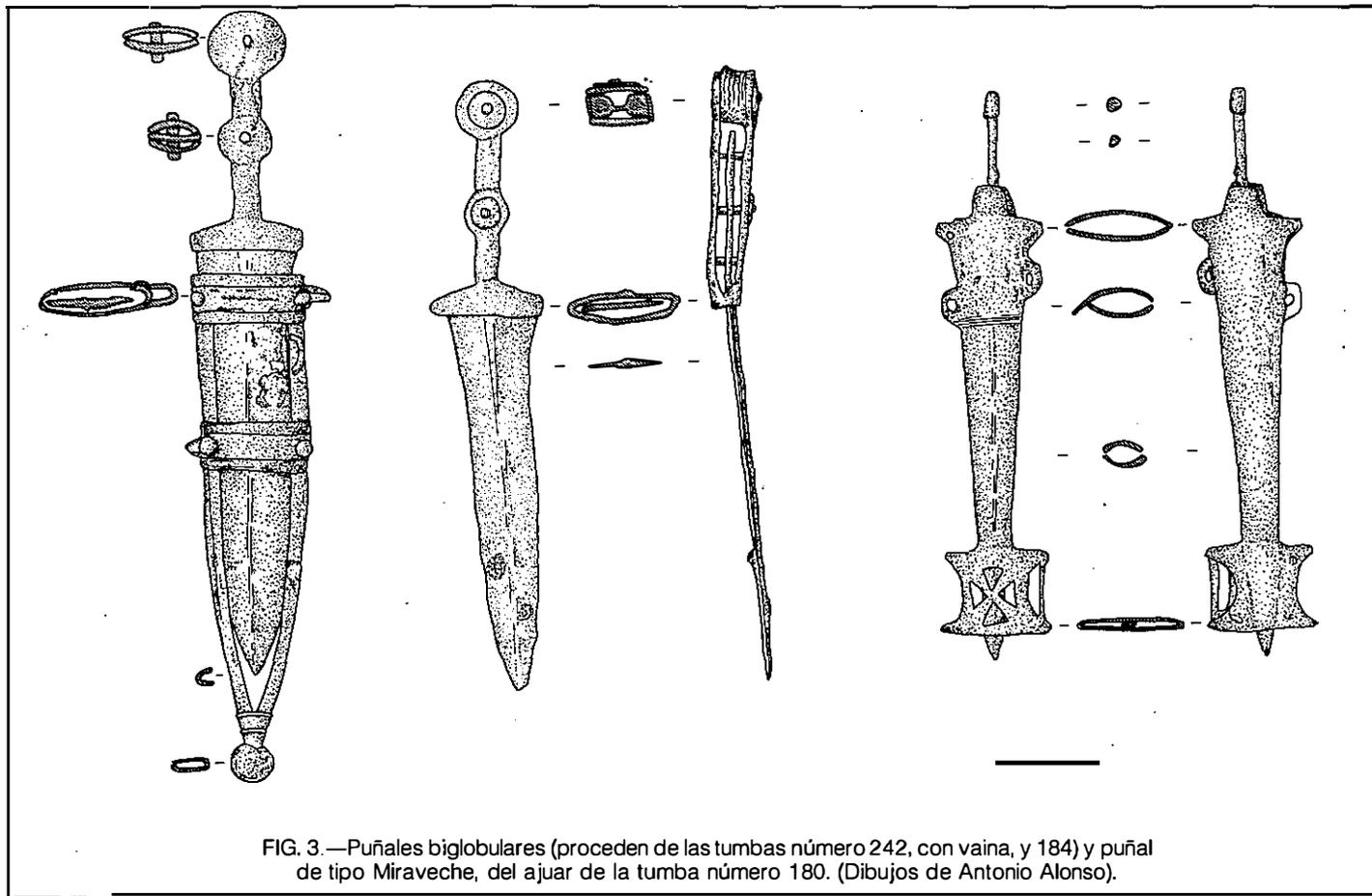


FIG. 3.—Puñales biglobulares (proceden de las tumbas número 242, con vaina, y 184) y puñal de tipo Miraveche, del ajuar de la tumba número 180. (Dibujos de Antonio Alonso).

**BROCHES DE CINTURON DE TIPO CELTICO EN LA
NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES
(MONTEJO DE TIERMES, SORIA)**

A. ALONSO LUBIAS*

* Colaborador en las Excavaciones de Carratiermes.

I. INTRODUCCION

Entre los objetos de prestigio inventariados en las necrópolis celtibéricas se encuentran los broches de cinturón, piezas que no habían tenido un tratamiento específico hasta hace relativamente poco tiempo¹; ello no impidió que en fechas anteriores diversos autores dedicaran algunos trabajos en torno a este tema y consiguieran aportar datos de interés². No obstante, la mayoría de las piezas estudiadas en los trabajos citados no tienen referencia dentro de una estructura concreta y bien definida, lo cual nos sitúa en el mismo caso que en el resto de los materiales que se conservan.

Las lagunas señaladas han quedado paliadas en el caso de los hallazgos de la necrópolis de Carratiermes por tratarse de una excavación sistemática, lo que no quiere decir que todos los broches de cinturón correspondan a conjuntos cerrados, pues la acción de los trabajos agrícolas ha hecho que algunas de las piezas inventariadas en dicho yacimiento se encontraran fuera de contexto, aunque respondiendo a la idea general y de datación de la necrópolis.

La muestra que presentamos en esta comunicación, comprende una selección de piezas consideradas suficientemente significativas, la mayoría de las cuales aparecieron dentro de conjuntos cerrados; en otros casos, la tipología nos permite situarlas claramente en un periodo cronológico bastante concreto.

II. LOS BROCHES DE CINTURON DE CARRATIERMES: ASPECTOS TECNICOS

Antes de hablar de los broches de cinturón de Carratiermes, entendemos debe darse una sucinta descripción del objeto; se trata de un útil de dos piezas

(1) CERDEÑO SERRANO, M.L.: Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico. T.P. 35 (1978), págs. 279-306.

(2) CABRE AGUILO, J.: Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata. A.E.A.A., 38 (1937); IDEM: El thymaterion céltico de Calaceite. A.E.A., XV (1942); págs. 181-198; CUADRADO DIAZ, E.: Broches de cinturón de placa romboidal en la Edad del Hierro Peninsular. Zephyrus, XII (1961); págs. 208-220; CUADRADO DIAZ, E. y ACENÇAO E BRITO, M.A.: Broches tartésicos de cinturón de doble gancho. C.N.A., XI (1968); págs. 494-514.

metálicas —bronce— que encajan una en la otra y cuya finalidad es la de rodear la cintura con la ayuda de una tira de cuero.

Las dos piezas que componen el broche de cinturón se fabricaron sobre una placa de bronce, cuyo grosor oscila generalmente entre 2 y 3 mm.; se denominan macho —la que engarza— y hembra —la que aloja—, en las que se distinguen varias partes. La primera la conforma el talón, o punto de unión con el cuero mediante clavos, generalmente tres; la zona central, con escotaduras abiertas o cerradas, y el extremo contrario, constituido por el garfio o garfios —que son 1,3 ó 4—. La hembra es una placa de forma rectangular, cuadrangular o un alambre serpentiforme.

Respecto a la técnica decorativa los broches de Carratiermes presentan similares características que los de la Meseta Norte, con motivos incisos y sucesión de puntos en relieve o granetti, desarrollados a lo largo del contorno de la pieza y en la parte central, nunca en los garfios, por lo que respecta a las piezas machos; en cuanto a las hembras, en los casos en los que aparece, la decoración es similar.

III. DESCRIPCION Y TIPOLOGIA DE LAS PIEZAS DE CARRATIERMES

A continuación, establecemos la relación de los objetos que incluimos en el presente estudio; para su clasificación, utilizamos la tipología ya planteada por Cerdeño, que nos parece válida y aplicable a los broches de Carratiermes, sin necesidad de establecer una nueva³.

III.1. DESCRIPCION DE LOS BROCHES

1. (83/1/1.142). Placa macho de un garfio y escotaduras laterales abiertas —tipo C-V. 1a—. Presenta tres perforaciones en el talón; la decoración se desarrolla en todo el contorno con líneas incisas y otras de puntos incisos; en el centro, un círculo que perfora la placa.

2. (89/1/6.964 y 89/1/6.965; tumba 351). Broche de cinturón completo; el macho es de un garfio con escotaduras laterales cerradas, con dos discos en cada una —tipo D-III.1a—. En el talón hay tres agujeros para clavos de cabeza circular; se conserva uno. Se decora en todo el contorno con tres bandas de líneas de granetti, y en el talón se completa con dos líneas de puntos incisos; la misma aparece en la zona central. La hembra es una placa rectangular con una perforación en cada esquina; no tiene decoración.

3. (89/1/5.059 y 89/1/5.060; tumba 332). Broche de cinturón completo; el macho presenta las mismas características que el anterior, conservando los tres clavos de cabeza circular en el talón. La hembra es el único ejemplo que tenemos de forma cuadrangular, con idéntica decoración y cuatro clavos de hierro en las esquinas.

(3) CERDEÑO SERRANO, M.L.: *Los broches*, op. cit., 1978; págs. 281-286.

4. (89/1/3.708; tumba 306). Pieza macho, de un garfio y escotaduras laterales cerradas, con un disco en cada una —tipo D- III.1a—. Conserva los tres clavos de cabeza circular en talón; decoración similar a los anteriores, aunque muy perdida. Se completa con círculos concéntricos incisos repartidos en su superficie. En la parte posterior, lleva dos láminas rectangulares que sirvieron para reparar roturas de época.

5. (87/3/1.531 y 87/3/1.532; tumba 92). Broche de cinturón completo; el macho es de un garfio y escotaduras laterales cerradas; conserva dos de los tres clavos de cabeza circular del talón; la decoración es similar a la pieza anterior. La hembra es de placa rectangular estrecha, con dos prolongaciones triangulares para su sujeción en el cuero.

6. (89/1/1.989 y 89/1/1.990; tumba 291). Broche de cinturón completo; el macho es de tres garfios con escotaduras laterales cerradas sin discos —tipo D-III. 3—. El talón presenta cuatro perforaciones, y conserva un clavo de cabeza circular. La decoración se desarrolla solamente en el contorno, a base de dos líneas de granetti que enmarcan otra banda de trazos incisos paralelos. La hembra es un alambre serpentiforme.

7. (89/1/6.955; tumba 350). Placa macho de tres garfios con escotaduras laterales cerradas y un disco en cada lado —tipo D.III.3—. Tres perforaciones en el talón, conservando sólo un clavo de cabeza circular. Decoración de granetti y círculos concéntricos.

8. (89/1/5.000; tumba 305). Placa macho de tres garfios con escotaduras laterales cerradas y un disco en cada una —tipo D-III.3—. Tres perforaciones en el talón. Decoración de granetti.

9. (89/1/3.724). Placa macho de tres garfios con escotaduras laterales cerradas y dos discos en cada una —tipo D.III.3—. Tres perforaciones en el talón y se conserva un clavo de cabeza circular. Decoración en el contorno a base de granetti y rosetón central de círculos concéntricos de granetti y puntos incisos.

10. (89/1/4.359). Placa macho de tres garfios, similar al anterior incluso en decoración; solamente le agrega una banda en el talón a base de pequeñas ovas con puntos incisos.

11. (89/1/3.931 y 89/1/3.937; tumba 319). Broche de cinturón completo; la pieza macho es de tres garfios, del mismo tipo que el anterior. La decoración es similar e introduce en la zona central y en el talón dos figuras geométricas delimitadas por líneas incisas. La hembra se realizó con un alambre serpentiforme.

12. (89/1/6.292; tumba 345). Placa macho en dos fragmentos; corresponde al mismo tipo que la pieza anterior; la única novedad estriba en la decoración de plata que conserva en el disco inferior de la escotadura derecha.

13. (89/1/2.386 y 89/1/2.387; tumba 302). Broche de cinturón completo. La pieza macho corresponde al tipo D-III.3; su decoración es a base de líneas de granetti y puntos incisos. La hembra se realizó con un alambre serpentiforme, decorado con pequeñas líneas incisas.

14. (89/1/2.340; tumba 301). Pieza macho de cuatro garfios con escotaduras laterales cerradas con dos discos en cada una —tipo D.III.4—. La decoración a base de granetti y puntos incisos.

III.2. TIPOLOGIA DE NUESTRAS PIEZAS

En cuanto a la clasificación seguimos pues la diferenciación clara de las producciones denominadas *tartésica*, *ibérica* y *céltica* que detallan los autores ya mencionados más arriba⁴; al ser los del último grupo mencionado los más abundantes en Carratiermes, nos ceñimos, como ya se ha dicho, a la tipología de Cerdeño⁵.

En los broches de la necrópolis termestina, destaca la ausencia total de los denominados «*prototipos*», como los de la ría de Huelva⁶ o el de Almaluez⁷. Igualmente, se carece de ejemplares sin escotaduras laterales y algunas variantes de los de escotaduras laterales abiertas. El número más importante de los presentados quedaría enmarcado en el tipo D-III, tanto en sus variantes de un garfio como de tres, teniendo un solo ejemplar de cuatro garfios y la ausencia total de los de dos garfios, tipo poco frecuente, ya que tan solo se conoce un ejemplar procedente de la necrópolis de Valdenovillos (Alcolea de las Peñas, Guadalajara)⁸.

IV. LOS BROCHES DE CINTURON DE CARRATIERMES EN SU CONTEXTO ARQUEOLOGICO

En los broches de cinturón termestinos podemos establecer una primera diferenciación, que consiste en la procedencia de los ejemplares: correspondientes a tumbas o los hallados fuera de contexto.

El primer grupo quedaría formado por los números de nuestro catálogo 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 11, 12, 13 y 14; en el segundo, están los números 1, 9 y 10.

En el cuadro de la figura 1, se observa que existen broches de cinturón —macho y hembra— que no han sido descritos por tratarse de fragmentos pequeños o por presentar las mismas características que el resto, pero que sí tenemos en cuenta para el estudio global. Estos fragmentos forman parte de los ajuares de las tumbas 109, 181, 222, 235, 246, 274, 321, 327, 329 y 376 y siguen la misma dinámica que a continuación se detalla.

(4) Ver notas 1 y 2.

(5) Ver nota 3.

(6) ALMAGRO BASCH, M.: El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa. Ampurias, II (1940); pág. 136.

(7) TARACENA AGUIRRE, B.: Carta arqueológica de España. Soría. Madrid, 1941; págs. 32-34.

(8) CERDEÑO SERRANO, M.L.: La necrópolis celtibérica de Valdenovillos (Guadalajara). Wad-al-hayara, 3 (1976), pág. 11.

De los ejemplares hallados en tumba hay que hacer notar una diferenciación clara:

- Los números 4, 5, 6, 7 y 8 corresponden a ajuares con pectoral de bronce (de placa o de espirales), fíbula y cuchillo de hoja curva; esto supone un 45% del total estudiado.
- Los números 2, 3, 11, 12, 13 y 14 aparecen en ajuares con bocado de caballo, punta de lanza, regatón, cuchillo de hoja curva y fíbula, en torno al 65% de los ajuares estudiados (lógicamente, estos porcentajes hay que tomarlos con la necesaria precaución que implica el reducido tamaño de la muestra, además de encontrarse la necrópolis todavía en proceso de excavación, pero que sí son claramente significativos).

Por lo tanto, y siguiendo la pauta general que la combinación de materiales dentro de los ajuares nos da para la necrópolis en su fase protoceltibérica, tenemos que señalar la existencia de dos tipos de mobiliario bien diferenciados, el que podríamos denominar de guerrero y el de carácter civil.

En los primeros destaca el uso de materiales bélicos (bocados de caballo, puntas de lanza, regatones), mientras que en el segundo existe una ausencia de éstos para ser el distintivo el pectoral de bronce. Por último, hay que destacar que los únicos materiales que aparecen indistintamente en los dos grupos son las fíbulas, los cuchillos de hoja curva y los broches de cinturón.

Todos ellos se mezclan también con otros objetos de prestigio social y económico que corresponden a un estamento elevado dentro de la sociedad protoceltibérica.

V. CRONOLOGIA Y PARALELOS

Para la datación de los objetos de los ajuares contamos con una doble referencia: los broches de cinturón, estudiados por Cerdeño⁹, y las fíbulas estudiadas por Argente¹⁰. Respecto a los primeros, identificamos en Carratiermes los tipos: C-V.1a (del 550-450 a.C.), D-III.1a (520-400 a.C.), D-III.3 (520-400 a.C.) y D-III.4 (480-450 a.C.).

En cuanto a las fíbulas, los modelos y tipos inventariados en los ajuares en que aparecen broches de cinturón son los siguientes: 3C (525-400 a.C.), 6B (500 a.C.-50 d.C.), 6C (400-200 a.C.), 7A (550-400 a.C.), 7B (575-400 a.C.), 9A1 (525-375 a.C.).

(9) CERDEÑO SERRANO, M.L.: Los broches, op. cit., 1978; págs. 293-297.

(10) ARGENTE OLIVER, J.L.: Las fíbulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica. Tesis Doctoral, número 54/89. Madrid, 1989.

Resumiendo, la cronología para broches de cinturones (550-400 a.C.) y para las fíbulas asociadas a ellos (575-200 a.C.); sin embargo, no podemos ni debemos bajar hasta la última fecha, ya que es la datación general para el tipo 6C, siendo el extremo inferior el del 400-350 a.C., ya que correspondería esta última fecha con el final de la fase protoarévaca, y estaría más acorde con las dataciones de los broches de otras necrópolis.

Respecto a los paralelos nos remitimos a los aportados por Cerdeño para el área de la Meseta Oriental, en la que se ubica la necrópolis de Carratiermes; sin embargo, las excavaciones que se efectúan en la actualidad aportan nuevos materiales entre los que se cuenta con piezas de broches, pero que al no hallarse publicados no podemos hacer mención de ellos; algunos se hallan expuestos en las salas del Museo Numantino, procedentes de las necrópolis sorianas de La Revilla de Calatañazor o de la de Ucero¹¹.

VI. CONSIDERACIONES FINALES

Una vez estudiados los broches de cinturón de la necrópolis de Carratiermes, en relación con los ajuares a los que acompañan, podemos indicar las siguientes notas, siempre dentro de la provisionalidad que los datos actuales nos ofrecen.

- Existencia dentro de un área concreta de la necrópolis de ajuares pertenecientes a un estatus social elevado.
- Este grupo social hace además diferenciación en sus ajuares, entre elementos de carácter militar y civil, lo cual lógicamente tuvo que tener una repercusión en la vida real de aquellas gentes, configurándose de este modo una doble división del estatus elevado de la sociedad, en cierto modo diferente a la que hasta ahora se creía.
- Todos estos ajuares pertenecen a una fase anterior a la de cristalización de la cultura celtibérica, y que denominamos protoceltibérica, que abarca un período cronológico desde mediados del siglo VI a comienzos-primer mitad del siglo IV a.C.

(11) GARCIA-SOTO, E., ROVIRA, F. y SANZ, M.: Broches de cinturón de tipo Miraveche en la necrópolis celtibérica de Ucero. Primer Symposium de Arqueología Soriana. Soria, 1984, págs. 211-227.

Nº TUMBA	ESTRUCTU.	PECTORAL	FIBULA	BROCHE - N BROCHE - H	CUCHILLO HOJA CURV.	PULSERA	CUENTAS COLLAR	PUNTA DE LANZA	REGATON	RESTOS ESPADA	BOCADO DE CABALLO	URNA	OTROS
92	▲	▲	△	■ ●	△							▽	
109	△	▲	△	■	△								
181	▲			■						●		▽	CANICAS
222	▲			■							▲	▽	COLGANTE CANICA SILEX
235	▲	▲	△	●	△	○	▲						2 PASADOR.
246	▲	▲		■		○							
274	▲	▲	△	●									
291	■	▲	△	■ ●	△								
301	△		△	■	△				◆		▲	▽	
302	■		△	■ ●				◇	◆		▲		LAMINA B ALAMBRE B
305	■	▲		■	△		▲						
306	▲	▲		■		○						▽	
319	■		△	■ ●	△			◇	◆				
321	■		△	●	△			◇	◆		▲		CALDERO BOLA FUSAYOLA
327	△		△	■ ●	△		▲	◇	◆		▲		CALDERO
329	▲	▲		■								▽	BRONCE FUNDIDO
332	■		△	■ ●	△			◇	◆				LAMINAS BRONCE
340	▲	▲		■								▽	CHAPA HIERRO
350	■	▲	△	■		○							
351	■			■ ●	△			◇	◆				
376	■		△	●	△			◇	◆		▲	▽	
21		11	13	21	12	4	3	7	8	1	6	8	

FIG. 1.—Cuadro-resumen de los broches de cinturón de tipo céltico en Carratiermes, relacionados con sus ajuares y estructuras funerarias. (Dibujo de Antonio Alonso y Carlos González).

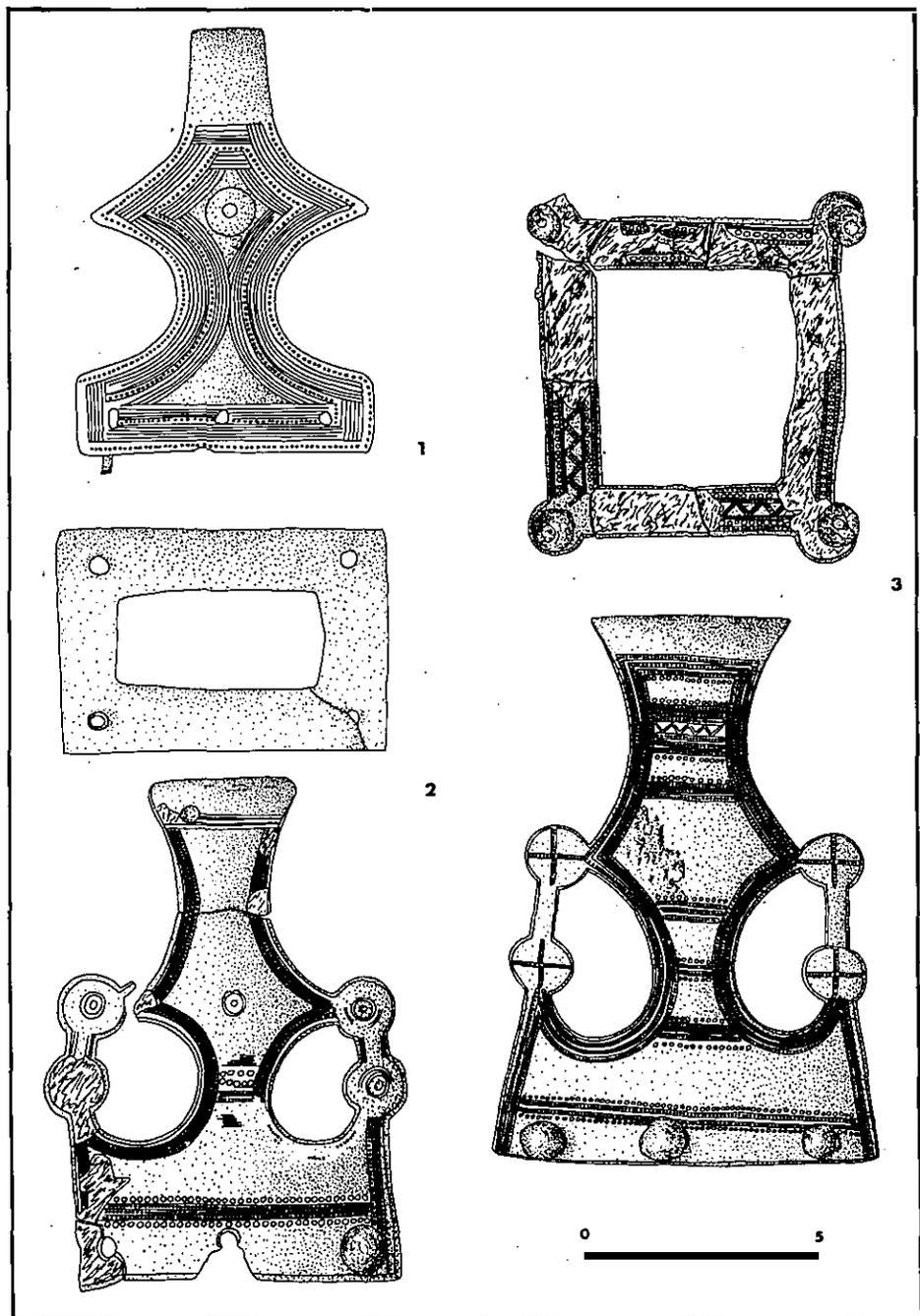


FIG. 2.—Broches de cinturón: de un garfio y escotaduras abiertas y de un garfio con escotaduras cerradas. (Dibujos de Antonio Alonso).

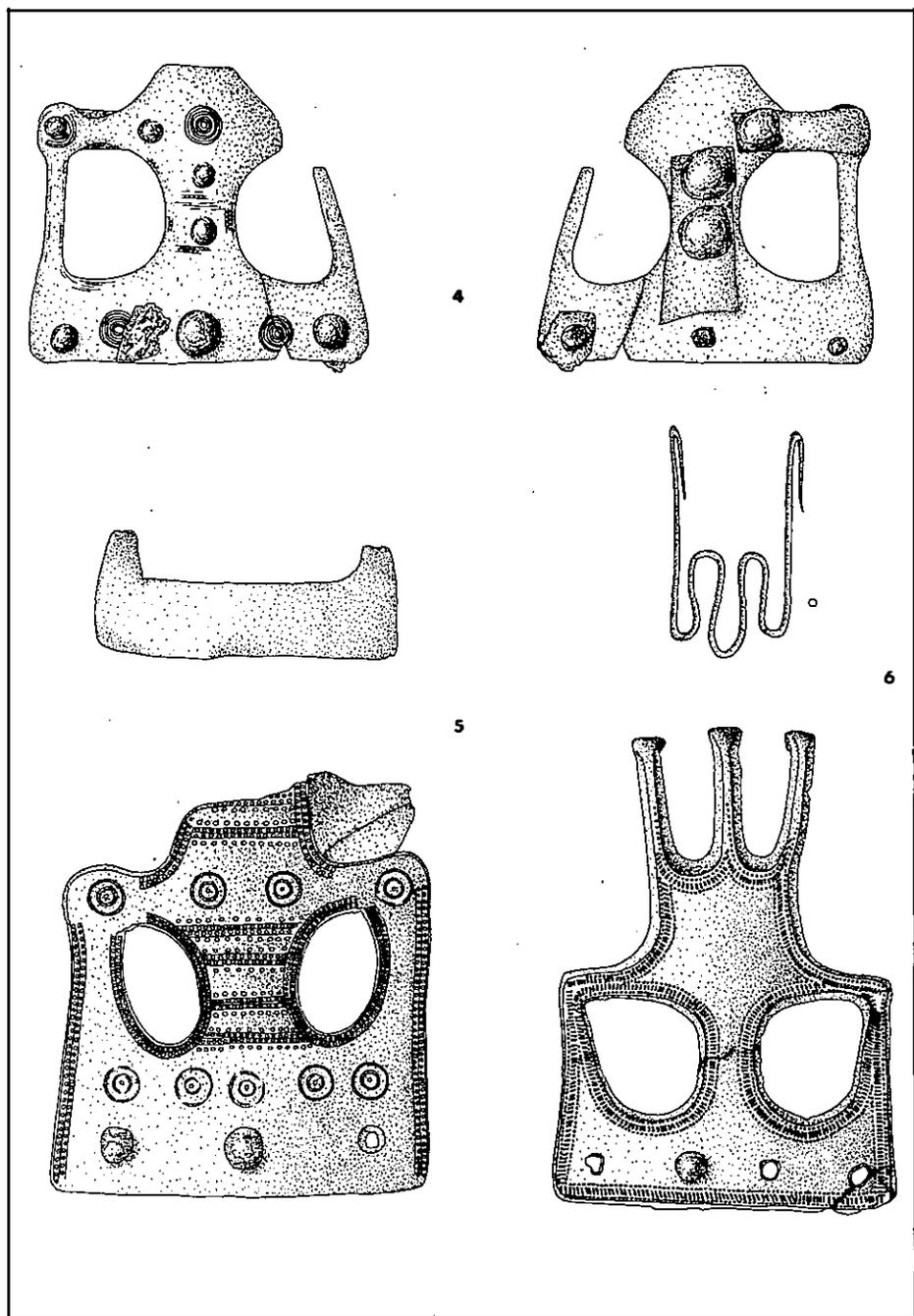


FIG. 3.—Broches de cinturón: de un garfio y escotaduras cerradas y de tres garfios.
(Dibujos de Antonio Alonso).

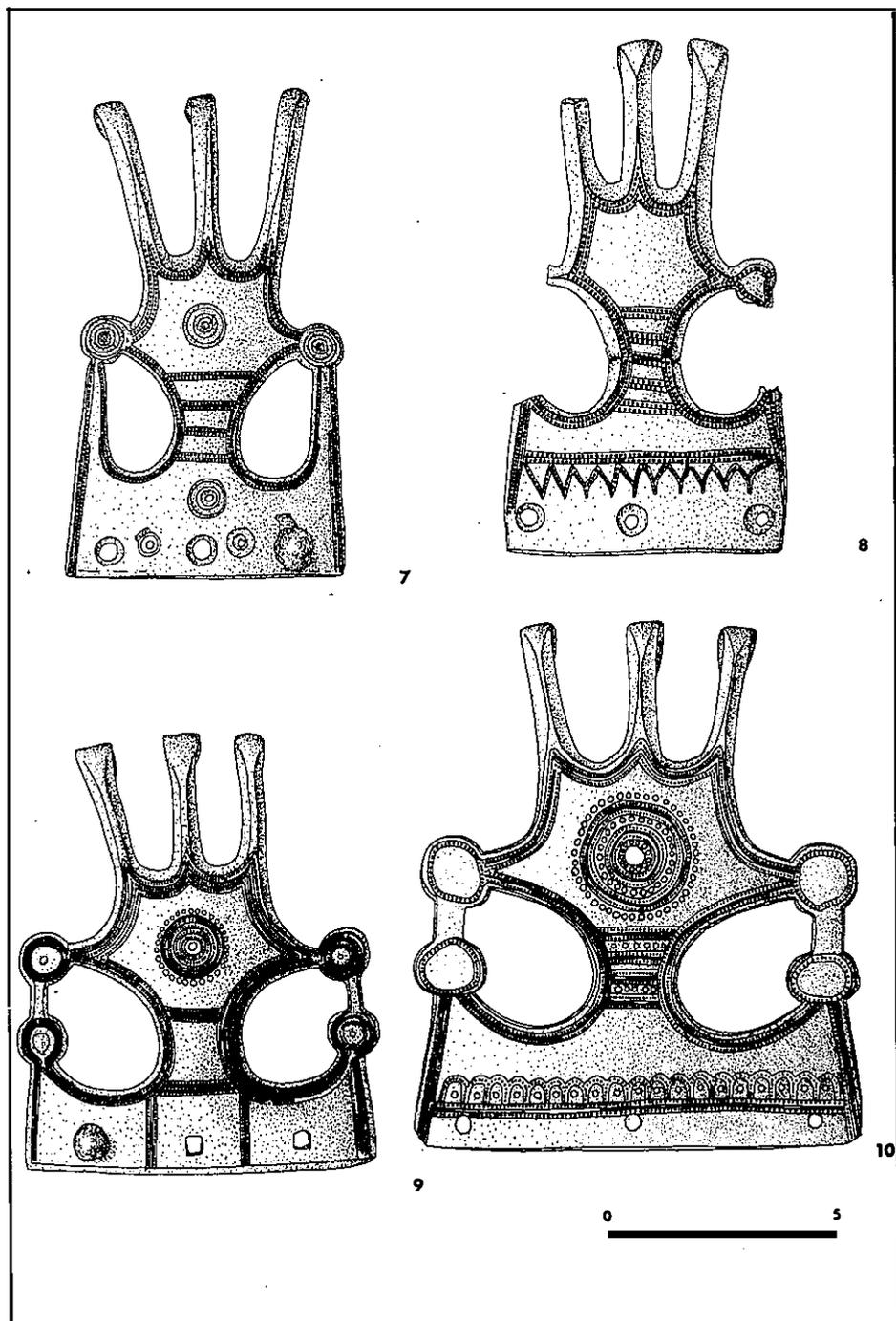


FIG. 4.—Broches de cinturón de tres garfios. (Dibujos de Antonio Alonso).

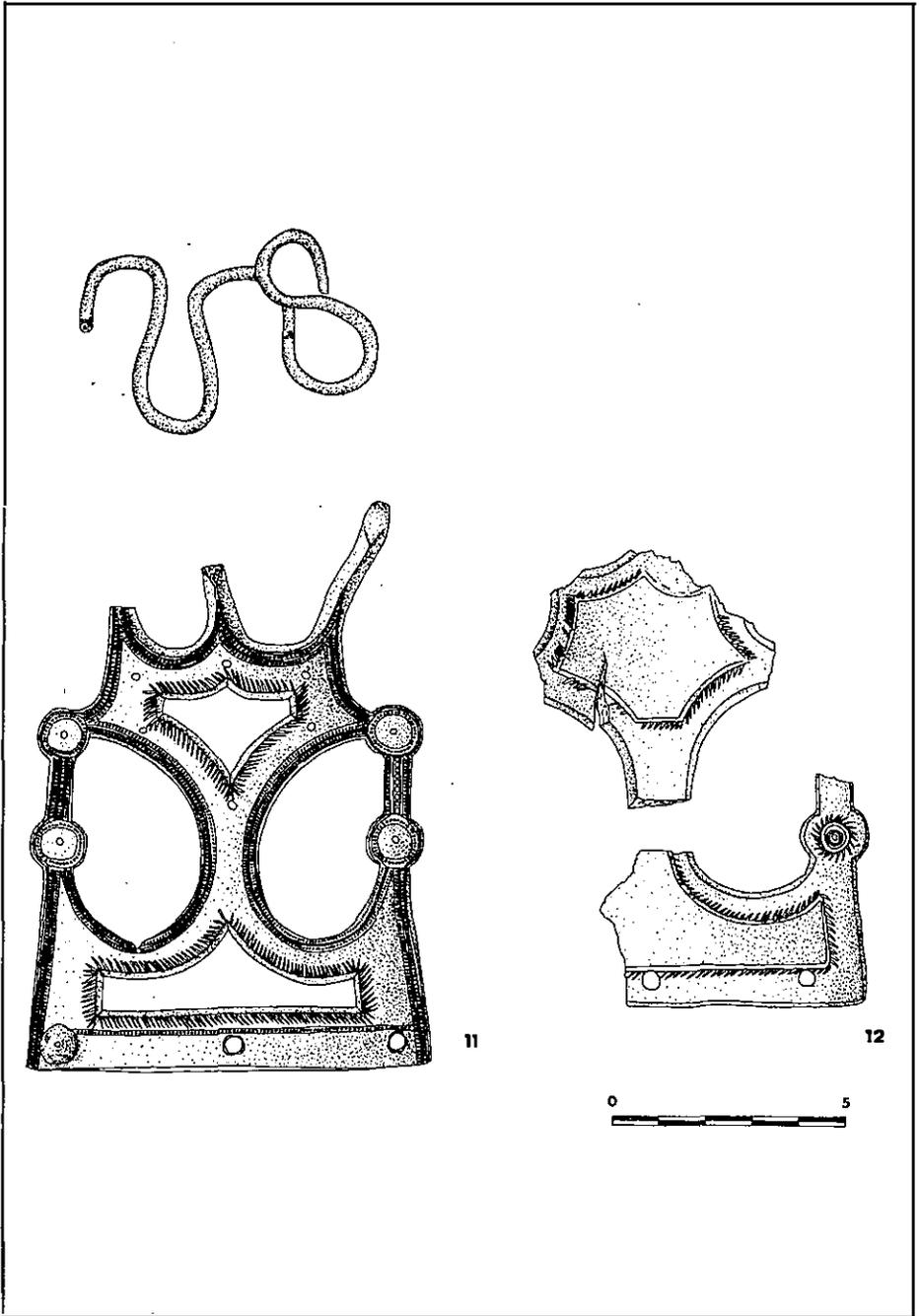
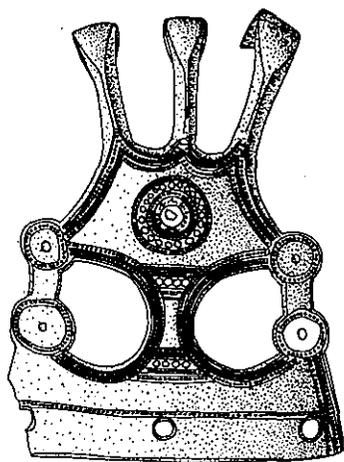
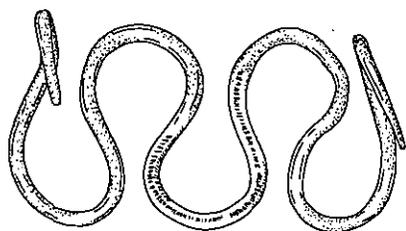
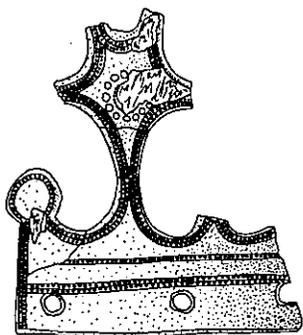


FIG. 5.—Broches de cinturón de tres garfios; el número 12 lleva decoración de plata en los discos de cierre de la escotaduras laterales. (Dibujos de Antonio Alonso).



13



14



FIG. 6.—Broches de cinturón de tres garfios, el número 13, y de cuatro garfios, el número 14.
(Dibujos de Antonio Alonso).—

**PLACAS DECORADORAS CELTIBERICAS
EN CARRATIERMES
(MONTEJO DE TIERMES, SORIA)**

J.L ARGENTE OLIVER*
A. DIAZ DIAZ**
A. BESCOS CORRAL***

* Director del Museo Numantino y de las Excavaciones de Tiermes.

** Co-Directora de las Excavaciones de Tiermes.

*** Co-Director de las Excavaciones de Tiermes.

I. PRESENTACION

En las excavaciones que se están efectuando en la actualidad en necrópolis celtibéricas, en las provincias de Guadalajara y Soria, comienzan a inventariarse en algunas de ellas un conjunto de piezas de las que se tenía información de manera parcial, y que ahora se van conociendo en toda su estructura. Ya a principios del presente siglo, el Marqués de Cerralbo aportó datos de carácter general y particular de las necrópolis celtibéricas, así como de ciertos conjuntos principales de algunas de ellas¹. Sin embargo, todavía se desconocía hasta hace poco tiempo las características generales de dichos yacimientos, para los que el Marqués de Cerralbo indicó algunas peculiaridades, que, en parte, no han podido ser constatadas en excavaciones posteriores. En la etapa actual se han detectado y comprobado algunos aspectos de disposición y composición de los ajuares, así como de la estructura que conforman las tumbas, etc...

En este sentido, se puede señalar que la necrópolis celtibérica de Carratiermes está ofreciendo una importante información, tanto en la estructura general del cementerio como de los ajuares que componen las diferentes tumbas ya excavadas, a la vez que ofrece una estratigrafía horizontal en la que se observa la evolución estructural y de contenido particular en los enterramientos, ofreciendo una cronología general que comprende desde fines del siglo VI a.C. al I d.C.

En el conjunto de enterramientos destacan ajuares formados por piezas de bronce, sistemáticamente adjudicados, hasta hace poco tiempo, a tumbas femeninas; sin embargo, hoy esta idea se encuentra en revisión, y nosotros mismos pensamos, tomando como base los hallazgos en Carratiermes, que la ausencia de armas no es un elemento determinante, pudiendo existir otros factores como los grupos de edad o sociales, lo que tampoco excluiría necesariamente la existencia de enterramientos femeninos.

Dentro de los conjuntos cerrados con piezas de bronce (en los que suele figurar siempre alguna pieza en hierro, como es el caso de pequeños cuchillos de

(1) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): Las necrópolis ibéricas. Madrid, 1916, figs. 36, 37, 39 y 40 y lám. XI; IDEM: Historia Patria, por mis excavaciones arqueológicas. Obra inédita, vols. III y IV.

hoja curva), vamos a ocuparnos en la presente comunicación de unos objetos que venimos a denominar «pectorales», y de los que hasta el presente solamente se conocían algunos ejemplares aislados y/o piezas sueltas de los mismos, pero que suponemos pudieron ser relativamente frecuentes en el mundo celtibérico, dependiendo siempre de la importancia social que el individuo alcanzó en su momento. En ellos se pueden distinguir diversos modelos, siempre basándonos en los hallazgos que se han producido en la necrópolis de Carratiermes y en algunos otros ejemplos de yacimientos antiguos, correspondientes a la Colección Cerralbo. Los modelos que se pueden diferenciar son fundamentalmente dos: los constituidos por placas metálicas (circulares y rectangulares) y los formados por elementos espiraliformes.

Los tipos señalados anteriormente, y que vamos a describir a continuación, son distintos, incluso en su funcionalidad; no obstante, forman un conjunto de materiales significativo, tal como vamos a demostrar y que constituyen uno de los modelos de ajuares que se están exhumando en la actualidad. Es más, se puede decir que, en la fase más antigua de la necrópolis, existen dos tipos de ajuares ricos: por un lado, los de armas de hierro, y, por otro, los que ahora presentamos.

II. TIPOLOGIA DE LOS PECTORALES CELTIBERICOS

Como ya se ha dicho anteriormente, diferenciamos dos tipos de pectorales, teniendo en cuenta los ejemplos conocidos de antiguo y los que proporcionan las excavaciones en curso. La diferencia principal entre ambos es la de estar constituidos, unos, por una placa, a la que se añaden otros elementos que completan la ornamentación de la pieza resultante, y otros a base de piezas espiraliformes que nacen de un vástago central.

Teniendo en cuenta las características principales expuestas, señalamos a continuación el esquema general que puede establecerse para estas piezas:

II.1. PECTORALES DE PLACA

Son aquellos objetos que se constituyen a partir de una placa de bronce, a la que se le añaden diversos adornos, tanto por encima como por debajo de la misma. Existen dos variantes, constituidas por placa circular y la de placa rectangular.

Respecto a la primera, solamente se conoce un ejemplar completo, procedente de la necrópolis de Aguilar de Anguita². En otros cementerios celtibéricos se conocen algunos fragmentos y es posible que puedan existir ejemplares más sencillos, a base de uno o dos círculos, previsiblemente de cronología más moderna.

(2) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): Las necrópolis, op. cit., 1916; SCHULE, W.: Die Meseta kulturen der iberischen halbinsel. Berlín, 1969.

En cuanto a los de placa rectangular, podemos generalizar que se componen de tres partes: la central, que es la placa rectangular en sí, mientras que en la parte superior e inferior lleva los elementos complementarios de adorno de la pieza, que son sencillas campanillas en la inferior y, en la superior, una placa recortada, en la que se ejecutan dos círculos o bien éstos son dos espirales. La placa recortada se sujeta a la parte central por medio de dos remaches, mientras que las espirales lo hacen con un pequeño alambre. En el centro de la parte superior de la placa se coloca la aguja, que permite sujetar la pieza en el soporte correspondiente.

Aún se puede añadir un tercer tipo, en el que la parte superior, unida a la placa rectangular, es simplemente una plancha que se dobla para su sujección en la prenda correspondiente.

II.2. PECTORALES DE ESPIRALES

Se constituyen a partir de un eje central longitudinal, cuya alma es una varilla de metal, de bronce o hierro. Las varillas, en algunas ocasiones, suelen ser dos o tres, disminuyendo la sección de las mismas, respecto a la que se forma con una sola. Del eje parten los alambres que constituyen las espirales, que se unen a aquél por medio de un estrecho alambre, de sección laminar. En el centro del eje se acopla la aguja, que se une al mismo mediante el adelgazamiento de la sección, que llega a ser laminar. El número de espirales a cada lado del eje varía entre 4 y 8, según el tamaño total de la pieza; del mismo modo, a mayor longitud y distancia del eje, las espirales poseen diámetro más grande.

La disposición de las espirales en el eje es siempre simétrica o alterna. De las inferiores cuelgan otros elementos, conformados por vástagos verticales a los que se sujetan dos espirales realizadas en un mismo alambre: aquéllos se constituyen con un alma de un hilo de sección laminar; doblado en sus extremos; sobre él se arrolla otro alambre, cuya misión es la de reforzar y decorar el elemento.

III. LA EVIDENCIA ARQUEOLOGICA DE LA EXISTENCIA DEL CONJUNTO

Con los diferentes apartados que vamos a desarrollar, queremos presentar la realidad de este tipo de conjunto que, de manera comprobada, ha podido ser confirmado en Carratiermes.

III.1. TUMBAS CON PECTORAL EN EL CONJUNTO DE CARRATIERMES

Dentro de la dispersión que ofrece la necrópolis de Carratiermes, en el estado actual de la excavación, los ajuares que registran en su inventario pectorales de bronce ocupan una zona concreta, en lo que suponemos sea el centro, o parte más interna, del cementerio celtibérico; no obstante, estimamos que pueden hallarse más conjuntos que contengan dicho tipo de piezas, pues todavía no se ha excavado por completo el área que suponemos sea el foco de los enterramientos con pectorales.

Las tumbas de Carratiermes con pectorales de bronce, en total 21, se ubican topográficamente, en casi su totalidad, en una misma zona de la necrópolis, que, en principio, queda aislada del resto del cementerio, según los últimos datos de la excavación. Constituyen un área en la que se excavaron 47 tumbas, de las que 17 registran en el ajuar pectorales o fragmentos de pectorales de bronce, lo que supone algo más del 36%; el resto de los ajuares contienen piezas de guerrero. Lo expuesto significa una fuerte presencia de individuos del estamento civil frente a miembros de la milicia, que, en principio, contrasta con la idea tradicional de que en la sociedad celtibérica (protoceltibérica para el caso que ahora tratamos) predominaba la casta o grupo social guerrero.

Lo que acabamos de exponer creemos que es una importante y novedosa característica, no advertida hasta ahora en los escasos ajuares conocidos, y por desconocimiento también de los conjuntos hallados en las necrópolis ya excavadas, y, por otro lado, señala las escasas bases que se conocen de la sociedad a la que pertenecieron los ajuares que presentamos, que ocupó un área geográfica concreta, a ambos lados de la actual demarcación administrativa de las provincias de Guadalajara y Soria.

Aún podemos aportar otro dato que estimamos relevante; en el estado actual de la investigación de Carratiermes, las tumbas con pectorales de bronce representan el 4,84% del total de las excavadas, que, unido a su datación concreta de fines del siglo VI y V a.C., le incrementan un valor todavía mayor, pues indica correctamente esa situación dual —militar y civil— establecida en la sociedad protoceltibérica, y que consideramos debió continuar en el tiempo, llegando muy posiblemente hasta bien entrado el siglo III y comienzos del II a.C., fechas en las que la situación bélica se hace más significativa e incrementa el estamento militar (por lo menos se puede deducir esta situación a través de los escritores clásicos, pero ignorando la etapa anterior para la que no se cuenta con ningún otro tipo de información que no sea la que proporcionan los ajuares en las necrópolis). Estimamos, pues, que la situación descrita no conllevó la desaparición, aunque probablemente sí la disminución, del sector civil, y que de momento no queda documentada en los restos arqueológicos, bien por no haber detectado sus formas materiales (continuadoras de la etapa protoceltibérica o, por el contrario, de nuevo cuño), o bien no se ha sabido identificar correctamente.

III.2. LOS AJUARES DE BRONCE ENTRE LOS AJUARES RICOS

Los conjuntos en donde se inventarian los pectorales de bronce deben ser considerados pertenecientes a individuos de alta posición social, tanto por la compleja elaboración de aquéllos, como por el resto de los objetos que constituyen los ajuares y que denotan una preeminencia económica. La ubicación de estos enterramientos en un área concreta con otros cuyo mobiliario, aunque diferente (por tratarse de los correspondientes a guerreros), responden tanto a unas mismas condiciones técnicas, en cuanto a su elaboración, como económicas y de posición social, en lo que se refiere a objetos de prestigio y de coste económico elevado, por lo que se puede y debe considerar como «ricos» a los ajuares de bronce que ahora nos ocupan.

El resto de objetos que se inventaría es muy homogéneo en casi todas las tumbas, existiendo en unas de ellas un mayor número de piezas que en otras. De los 21 ajuares que presentamos, se puede señalar (ver fig. 2) que, junto a los pectorales, que es la característica común a todos ellos, los objetos del mobiliario funerario lo componen, de mayor a menor cantidad registrada, pulseras (12), figuras (11), broches de cinturón y cuchillos de hoja curva (7) y collares de cuentas de pasta vítrea o piezas sueltas (6). Lo indicado sería el ajuar medio que representaría el tipo de mobiliario que denominamos como «correspondiente a individuo rico no guerrero», en el que un único objeto de hierro suele acompañarle, el cuchillo de hoja curva, que estimamos de uso múltiple que, aún cuando puede ser utilizado como arma, nos inclinamos a pensar más bien en su empleo como objeto de la vida cotidiana. En este sentido, ha de señalarse que los cuchillos de hoja curva inventariados hasta la fecha en Carratiermes se aproximan a las 150 unidades (registrados en tumba o fuera de contexto), dato que inclinaría su función a la expresada anteriormente.

Así, pues, conocemos el ajuar tipo del individuo no guerrero (ya que entendemos que los objetos hallados corresponden a uso personal y de distinción entre los demás individuos de un núcleo de población) que permite establecer la pauta general que ayude a adentrarnos en el conocimiento de la sociedad protoceltibérica y celtibérica; además la diferencia entre unos y otros ajuares estriba en el tipo de pectoral identificado, en el modelo de fíbula y, en menor grado, en las cuentas de collar registradas, pues los broches de cinturón y cuchillos de hoja curva responden, en todos los casos, a un mismo tipo. Todos los detalles apuntados permitirán, en futuros estudios, ir concretando el esquema de la sociedad celtibérica de la Meseta Oriental, a través del ajuar funerario, y privados, de momento, de otro elemento de información que complementa los hallazgos materiales que se van produciendo en las excavaciones arqueológicas que se realizan en la actualidad.

III.3. POSICION TOPOGRAFICA DE LOS AJUARES DE BRONCE EN LA NECROPOLIS DE CARRATIERMES

Aún cuando no se ha excavado la totalidad del cementerio celtibérico, ni siquiera el área que suponemos restringida para este tipo de ajuares, se puede pensar con la información actual que, tanto las tumbas con mobiliario de bronce como de guerreros y correspondientes a la fase protoceltibérica, ocupan unos límites superficiales concretos, en los que suponemos sea el interior del área en la que se dispersa la necrópolis, repartiéndose en su entorno los enterramientos de cronología posterior. De momento, no estamos todavía en posición de afirmar si la expansión de la necrópolis se hizo a partir de un punto y en estratigrafía horizontal, o bien el incremento de ocupación del suelo para enterramientos se hizo en anillos o círculos, siempre desde la zona que ocupan las tumbas más antiguas, aunque desarrolladas en un mismo plano horizontal, sin superposición de tumbas.

Por tanto, futuras campañas permitirán aportar los datos concretos y correctos que ayuden a asegurar uno u otro planteamiento.

III.4. LOS AJUARES CONTEMPORANEOS A LOS ESTUDIADOS

Ya hemos dicho que las tumbas con piezas de bronce se disponen junto a otras que, gozando de la misma datación cronológica, tienen un sentido diferente y corresponden, a juzgar por los objetos inventariados, a individuos del estamento militar; no obstante, las piezas recuperadas señalan ciertas diferencias con los ajuares de la élite militar de fechas posteriores.

El mobiliario del guerrero protoceltibérico se caracteriza por presentar, como norma general, las siguientes piezas: puntas de lanza de tamaño grande —suele llegar a sobrepasar los 50 y 60 cm.—, y con fuerte nervadura central; regatones, con tamaño en relación a las puntas de lanza; en ciertos casos, arreo de caballo; cuchillo de hoja curva; fíbula —de bronce o hierro, que en este material serán menos frecuentes en etapas posteriores—; broches de cinturón, mayoritariamente de tres garfios y escotaduras cerradas, del tipo D III.3 de Cerdeño³, aunque también los hay de un sólo garfio y escotaduras cerradas. Otros tipos de broches de cinturón no son frecuentes, aunque se ha registrado un ejemplar de tipo tartésico y otro de un garfio con escotaduras abiertas. Las espadas y puñales conocidas en Carratiermes corresponden a las siguientes centurias.

Algunos conjuntos presentan piezas poco frecuentes, como es el caso de calderos de bronce, que aparecen aplastados con clara intencionalidad, y que se registran, hasta el presente, en dos tumbas —números 321 y 327—, o un cazo de bronce —tumba número 362—, lo que permite pensar, si el tanto por cien se mantiene, en una importación de piezas de origen más lejano que las frecuentemente registradas en los ajuares ya excavados.

Así, pues, queda reflejado perfectamente la diferencia entre los dos tipos de ajuar que se desarrollan en la etapa protoceltibérica, y que responden a los dos estamentos ya indicados.

III.5. CRONOLOGIA DE LOS AJUARES CON PIEZAS DE BRONCE

Expuestos ya los diferentes aspectos del tema en el punto anterior sobre los ajuares, su ubicación, composición y dispersión en el área excavada en la necrópolis de Carratiermes, vamos a analizar ahora los distintos elementos que componen los ajuares «ricos» de bronce, desde el punto de vista de datación, con objeto de fechar cada uno de ellos y que, a la vez, sirva para el conjunto de tumbas con las mismas características de mobiliario funerario.

Para ello nos basaremos en el ajuar tipo, anteriormente definido, que se compone fundamentalmente de: pectoral (de placa o espirales), fíbula, broche de cinturón, pulsera, cuentas de collar y, como único objeto en hierro, el cuchillo de hoja curva. De todos los citados, sólo contamos con el apoyo cronológico de dos, que últimamente han sido estudiados en profundidad; nos referimos a los broches de cinturón⁴ y a las fíbulas⁵.

(3) CERDEÑO SERRANO, M.L.: Los broches de cinturón peninsulares de origen céltico. T.P., 35 (1978); págs. 279-306.

(4) Passim.

(5) ARGENTE OLIVER, J.L.: Las fíbulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica. Universidad Complutense, Madrid, 1989, Tesis Doctoral número 54/89; pág. 1.034.

Respecto a los primeros, el número con que contamos es de 8 ejemplares distribuidos en 7 tumbas (2 hembras, 4 machos y 1 macho y 1 hembra); todos corresponden al tipo D III.3 de Cerdeño⁶, quien fecha el mismo entre muy fines del siglo VI y fines del V a.C., datación que, como veremos al estudiar las fíbulas, es correcta para las tumbas del sector de la necrópolis de Carratiermes del que ahora nos ocupamos. Los datos seguros que aporta Cerdeño le permiten exponer la datación que ofrece, y que nosotros ratificamos con los hallazgos de Carratiermes; sin embargo, los ejemplos que cita se encuentran muy dispersos geográficamente, y curiosamente ninguno en la zona en que se ubica nuestra necrópolis, cuando, según su inventario, son abundantes en la misma, pero procedentes de necrópolis en donde no se puede asociar los broches de cinturón a conjuntos cerrados⁷. Carratiermes ofrece, dentro del área oriental de la Celtiberia, la posibilidad de dataciones seguras, con ajuares concretos y estructuras funerarias completas.

En cuanto a las fíbulas, el inventario que hay en las 21 tumbas que tratamos para el estudio de los pectorales ofrece una variedad importante de modelos y tipos, pero todos dentro de un período cronológico similar. El total de fíbulas es de 20, repartidas en 10 tumbas, de las que dos de ellas tienen 4 piezas, una contiene 3, en dos hay 2 ejemplares y en cinco tumbas una fíbula en cada una. Los modelos en que se clasifican son los siguientes:

—Sin resorte	3 ejemplares (siglo VI a.C.) ⁸ .
—Doble resorte	3 ejemplares (fines VI-fines V a.C.).
—Anular hispánica	2 ejemplares (V a.C. al I d.C.).
—Pie vuelto	7 ejemplares (mediados VI-fin V a.C.).
—Espirales	4 ejemplares (fines VI-comienzos IV a.C.).
—Sin definir	1 ejemplar:

Como se puede apreciar, los modelos y tipos de fíbulas que se registran en las tumbas en las que hay pectorales de bronce, se fechan entre fines del siglo VI y todo el V a.C., a excepción de uno —el 6b— cuya perduración se prolonga hasta el siglo I d.C.⁹, pero que en el ajuar a que pertenece debe fecharse en el siglo V a.C., pues el conjunto total corresponde a esa centuria.

El resto de las piezas que se registran en los mobiliarios estudiados no presentan dataciones concretas, por lo que deben quedar dentro de la fecha del conjunto.

También hay que indicar que en las tumbas de guerreros, ubicadas junto a las de ajuar de bronce, y en cuyos inventarios se catalogan broches de cinturón

(6) CERDEÑO SERRANO, M.L.: Los broches, op. cit., 1978; págs. 295-296.

(7) IBIDEM; págs. 296 y 285.

(8) MALUQUER DE MOTES, J.: El castro de Los Castillejos en Sanchorreja. Salamanca, 1956; pág. 96. Sólo en este yacimiento se han podido fechar varios ejemplares; el otro conocido procede de la necrópolis de Valdenvillos; ver ARGENTE OLIVER, J.L.: Las fíbulas, op. cit., 1989; pág. 266. Ahora en Carratiermes se conocen ya varios ejemplares más de este tipo de fíbula, lo que amplía de manera importante la dispersión y la cantidad de ejemplares conocidos.

(9) ARGENTE OLIVER, J.L.: Las fíbulas, op. cit., 1989; págs. 264-279.

y fíbulas, de los mismos modelos y tipos que en los señalados para aquéllos, tienen la misma datación.

En consecuencia, deducimos que los ajuares «ricos» de bronce (correspondientes a individuos del estamento civil) y los de guerrero, dentro de la misma zoma —presumiblemente la más interna del área cementerial de Carratiermes—, con objetos coincidentes en cuanto al uso y modelo —broches de cinturón, fíbulas y cuchillos de hoja curva— corresponden a una misma etapa cronológica —fines del siglo VI y todo el V a.C.— y cultural —la protoceltibérica—.

IV. SIGNIFICACION SOCIAL DEL CONJUNTO DEL AJUAR

De todo lo anterior, entendemos se puede deducir que los elementos de decoración pectoral conforman un ajuar que señala la posición social alta de la persona que utilizó dichas piezas. Los ajuares con pectorales podemos oponerlos a los contemporáneos con armas, y que, por lo tanto, no tienen la significación de potenciación de la figura del guerrero; ante esto, sólo tenemos dos opciones: o aceptar la opinión tradicional de que dichas piezas pertenecían y representarían a mujeres de posición social elevada —por ejemplo, las sacerdotisas del Sol según el Marqués de Cerralbo¹⁰—, o, por el contrario, se pueden buscar otras explicaciones; por ejemplo, el caso del grupo social documentado por las fuentes del Consejo de Ancianos. Sin embargo, se podrían considerar otras posturas —y esto lo queremos remarcar— para poder tener otros modelos complejos de la sociedad celtibérica. No obstante, la presencia del número ya importante de ajuar con pectorales, 36% en su zona (que, a partir del siglo V a.C., se reduce de manera drástica, y se incrementa el número de piezas que componen el del guerrero, relacionando ya espadas en el inventario) entre los correspondientes al del estamento militar nos hace sospechar, todavía sin datos que nos lo confirmen, que se trata de piezas pertenecientes a varón; los análisis óseos, entre otros estudios, nos permitirán contar con elementos de juicio suficiente que apoyen o nó lo que de momento proponemos, con lo que las necrópolis resultarían ser mayoritariamente masculinas.

Si además entendemos que los objetos que se hallan son bienes de prestigio, por lo tanto no al alcance de todos los individuos; si también admitimos que la sociedad protoceltibérica y celtibérica estaba estratificada y que sólo una mínima parte de los habitantes podía acceder a bienes importantes y al poder, económico y social, y si, de igual manera, no olvidamos las informaciones que las fuentes señalan, referidas ya a un período cronológico posterior al que ahora tratamos, y, tal vez, algo diferente para la fase protoceltibérica, en relación a un exceso de población, que parte de la misma emigra (sobre todo formado parte de las tropas cartaginesas y romanas), podríamos plantear la siguiente hipótesis:

(10) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): Las necrópolis, op. cit., 1916; págs. 61-72.

1. Las áreas cementariales celtibéricas conocidas se destinan a personas masculinas importantes de la sociedad y a sus fideles, quienes, en torno a su señor y con ninguno o escasísimos elementos de ajuar, elevan la significación del enterramiento principal.

2. Habrá que suponer que estas necrópolis responden sólo a una parte de la sociedad, pudiendo pensarse en otros lugares para el resto de la población o que el rito funerario reservara para ellos otra modalidad que se desconoce actualmente.

Si lo que acabamos de apuntar como reflexión es el camino correcto, podríamos resumir que en la etapa protoceltibérica, en los enterramientos excavados, el número de individuos de carácter civil es importante frente al de los guerreros, siendo dudosa su adscripción a que correspondan a mujeres, por lo que habría mayoría o totalidad de varones.

V. CONCLUSIONES

Expuestas y revisadas las piezas que denominamos pectorales de bronce —de placa o de espirales—, cuya finalidad hasta ahora no había sido propuesta, tal como lo hacemos nosotros, y las piezas que componen los ajuares en donde se inventarían aquéllos, señalan una riqueza importante y una oposición al mobiliario de guerrero; así pues, reseñamos las siguientes consideraciones:

ESPIRALIFORME

Su fabricación y uso, a juzgar por los datos que hoy poseemos, se centra en el período que comprende desde fines del siglo VI y todo el V a.C.; la presencia de dichas piezas en centurias posteriores es diferente, pues su tamaño se reduce y quedan como elementos de función, significación y ornato, tal como nos revelan las fíbulas que denominamos «propias de la Meseta Oriental»¹¹, identificándose con nuestro tipo 9.A, que comienzan también en la etapa protoceltibérica, pero que se dilatan algo más en el tiempo.

Los ejemplares que se conocen actualmente son muy escasos, sobre todo piezas completas o que conserven parte de las mismas; el resto de las que se pueden reconocer en los materiales de necrópolis antiguas, sobre todo en los fondos de la Colección Cerralbo, se centran en espirales sueltas y en fragmentos de vástagos de los que nacen aquéllas.

Las piezas que mejor paralelo ofrecen a las de Carratiermes se hallaron en la necrópolis de La Olmeda (Guadalajara), en una tumba que Cerralbo denominó de una dama celtíbera; a nuestro entender, en la recomposición del pectoral

(11) ARGENTE OLIVER, J.L.: Las fíbulas, op. cit.; págs. 242 y 249.

añadieron a las espirales las campanillas que colgaban de las piezas de placa rectangular, también presentes en el mismo ajuar¹². Otros ejemplos que nos proporciona el Marqués de Cerralbo proceden de la necrópolis de Aguilar de Anguita y Clares (Guadalajara), pero corresponden a parte de pectorales¹³.

En resumen, podemos decir que este tipo de objetos es minoritario en la necrópolis de Carratiermes, pero su número se reduce mucho más en todas los demás yacimientos juntos; lo dicho es lo que se puede señalar en el estado actual de conocimiento.

DE PLACA

Al igual que el modelo anterior; se fecha en la misma cronología; queda identificado en las características fijadas anteriormente. También las placas acompañan a fíbulas, cumpliendo aquéllas una función meramente ornamental, que permiten realzar al elemento de sujeción¹⁴; presentan la misma técnica decorativa que en los pectorales de placa, en los que se pueden distinguir tipos y dataciones en la siguiente forma:

1.A. Placa circular: Solamente se conoce un espléndido ejemplar que procede de Aguilar de Anguita (Guadalajara), y en el que varias de ellas, unidas por pequeños tramos de cadenas, forman un conjunto excepcional. La pieza se encuentra asociada a un conjunto de objetos que pueden datarse en la primera mitad del siglo IV a.C. Es de los muy escasos ajuares que conocemos en su integridad, y que Cerralbo los ofrece con bastante detalle, tanto en el texto como en las fotografías que publicó¹⁵.

1.B. Placa rectangular a la que se añade otra en la parte superior, que fue recortada y constituye dos círculos. Incluimos las piezas de Carratiermes, fechadas entre el siglo VI y V a.C.

Del tipo de placa 1.B se conocen dos ejemplares procedentes de la necrópolis de La Olmeda (Guadalajara), y corresponden al mismo ajuar que el pectoral espiraliforme antes mencionado¹⁶. De otras necrópolis antiguas no tenemos más referencias; en cambio, sí conocemos varios ejemplares de la de Utero (Soria), todavía sin publicar, y que se conservan en los fondos del Museo Numantino¹⁷.

(12) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): *Las necrópolis*, op. cit., 1916; lám. XI, que titula «sepultura de dama celtíbera del siglo IV a.C.»; SCHULE, W.: *Die Meseta*, op. cit., 1969; lám. 21, en la que reproduce la misma disposición de los objetos del ajuar que en la obra de Cerralbo.

(13) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): *Las necrópolis*, op. cit., 1916; figs. 36 y 37. En la 36, se representa un ajuar semejante a los de Carratiermes, en el que queda incluido un broche de cinturón de tres garfios —hembra serpentiforme completa y un fragmento de macho—; en la 37, se reconoce sólo una pieza entera, pero de los que denominamos «espirales pequeñas».

(14) ARGENTE OLIVER, J.L.: *Las fíbulas*, op. cit., 1989; págs. 243-245 y 249.

(15) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): *Las necrópolis*, op. cit., 1916; fig. 18, láms. VII y VIII.

(16) *IBIDEM*; lám. XI.

(17) Agradecemos a D. Ernesto García Soto-Mateos la información recibida sobre estas piezas de la necrópolis de Utero.

1.C. Además de los dos ejemplares de Carratiermes, existe otro en la necrópolis de Ucero, que también se encuentra inédito.

Por lo que respecta a la utilización de placas rectangulares decoradas aún queda por indicar una última evolución, posiblemente con la misma función de pectoral, en el que cambia la decoración, tanto en los temas expuestos —a base de círculos concéntricos, representaciones solares y de animales—, como por la técnica empleada —generalmente en relieve—. En la lista que se puede citar, destacan las piezas de la necrópolis de Arcóbriga, también excavada por el Marqués de Cerralbo¹⁸.

Pocos ejemplos más podemos indicar en el área de la Meseta Oriental. Respecto a otros puntos, el único paralelo verificado se refiere a las placas que ofrece Fernández Miranda, procedentes de las islas Baleares. Se trata de piezas circulares realizadas en bronce; la decoración que presentan es troquelada y con motivos funerarios y su función y significado es dudoso; una de ellas, de la que pende una vara, parece tratarse de un instrumento de percusión. El tipo 1 que identifica Fernández Miranda tiene 25 cm. de diámetro, que queda fuera de la amplitud de nuestros elementos; en cambio, el tipo 2, con un diámetro entre 5 y 15 cm., presenta, en principio, más similitudes¹⁹.

Estas placas pueden corresponder a la misma función que las nuestras; sin embargo, la morfología es diferente, salvo en una pieza que responde en la forma y en la decoración, y que sobre ella hay otra muy fina de plata. En cambio, las placas de plomo mallorquinas, también de contexto funerario, sí presentan una disposición de la decoración muy similar; sobre todo con el tipo 1 de éstas²⁰.

Fuera del territorio nacional, cabría citar la fabricación de objetos con espirales, cuyo uso se centra sobre todo en la formación de fíbulas; de igual modo, a aquéllas se les superpone una placa, lo que da un mayor realce a la pieza. También, la existencia de placas circulares, decoradas con motivos en relieve, permite establecerlos como paralelos para nuestras piezas; nos referimos a los hallazgos de Italia del Norte, en cuyos objetos profundizaremos cuando redactemos la Memoria de Excavación, pues estimamos pueden tener un foco común con las piezas de la Meseta Oriental²¹.

Expuestos los datos que estimamos podemos extraer de estas piezas, teniendo en cuenta el estado actual de nuestra investigación arqueológica, podemos reseñar las siguientes conclusiones:

(18) AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): *Las necrópolis*, op. cit., 1916; figs. 34 y 35. Dice Cerralbo lo siguiente «fueron sacadas una a una, a veces dos reunidas, varias a tres y algunas a cuatro». El grupo que se encuentra en la fotografía tienen representaciones esquemáticas de caballos con puntos troquelados; otro grupo de tres tiene por decoración lo que denomina «representaciones esquemáticas del caballo solar». En el resto de las piezas, los motivos que llevan son elementos solares.

(19) FERNANDEZ MIRANDA, M.: *La secuencia cultural de las islas Baleares*. B.P.H.

(20) FERNANDEZ MIRANDA, M.: *La secuencia*, op. cit.; ENSEÑAT, C.: *Las plaquetas de plomo mallorquinas*. T.H.M., 19 (1976); sobre todo una procedente de San Bosc, que tiene un paralelo perfecto en su iconografía.

(21) MONTELIUS, O.: *La civilization primitive en Italie depuis l'introduction des metaux*. Estocolmo, 1895-1910.

- Las tumbas donde aparecen los pectorales ocupan un lugar determinado en el área de la necrópolis, suponiendo que puedan cubrir la zona interna del cementerio, a partir de la cual, en forma de círculos o expansión en sectores concretos, con cronología más moderna, se iba ampliando el área de enterramiento.
- En ese foco de establecimiento de tumbas protoceltibéricas existe una dualidad básica de los ajuares: los correspondientes al estamento civil y otro al militar.
- La presencia de los ajuares descritos señalan y reconocen una posición social y económica, por lo que las piezas enterradas representan bienes de prestigio entre la población, además de su utilidad concreta, caso de las armas —defensa y ataque—.
- Se reconoce la potenciación del ajuar sin armas, aspecto que no se fijaba en las investigaciones que se habían realizado para esta sociedad; de esta forma, se fortalece y pone de relevancia la importancia civil del individuo y de un sector social.
- Por los objetos que componen el conjunto de piezas de bronce establecemos la datación desde la segunda mitad-fines del siglo VI y todo el V a.C., etapa anterior a la de cristalización de la cultura celtibérica.

Así, pues, los datos expuestos para el estudio de los pectorales permiten contemplar el mundo celtibérico desde otras perspectivas, que estimamos interesantes y que podrán, en un futuro no muy lejano, establecer unas pautas para la mejor comprensión de esta sociedad, de la que se cuenta con numerosos yacimientos, piezas significativas y un escaso conocimiento, no sólo del pueblo celtibérico, sino de sus propios ritos de incineración, estructuras y composición de sus tumbas y un detallado exámen de los materiales que compusieron los ajuares de las tumbas.

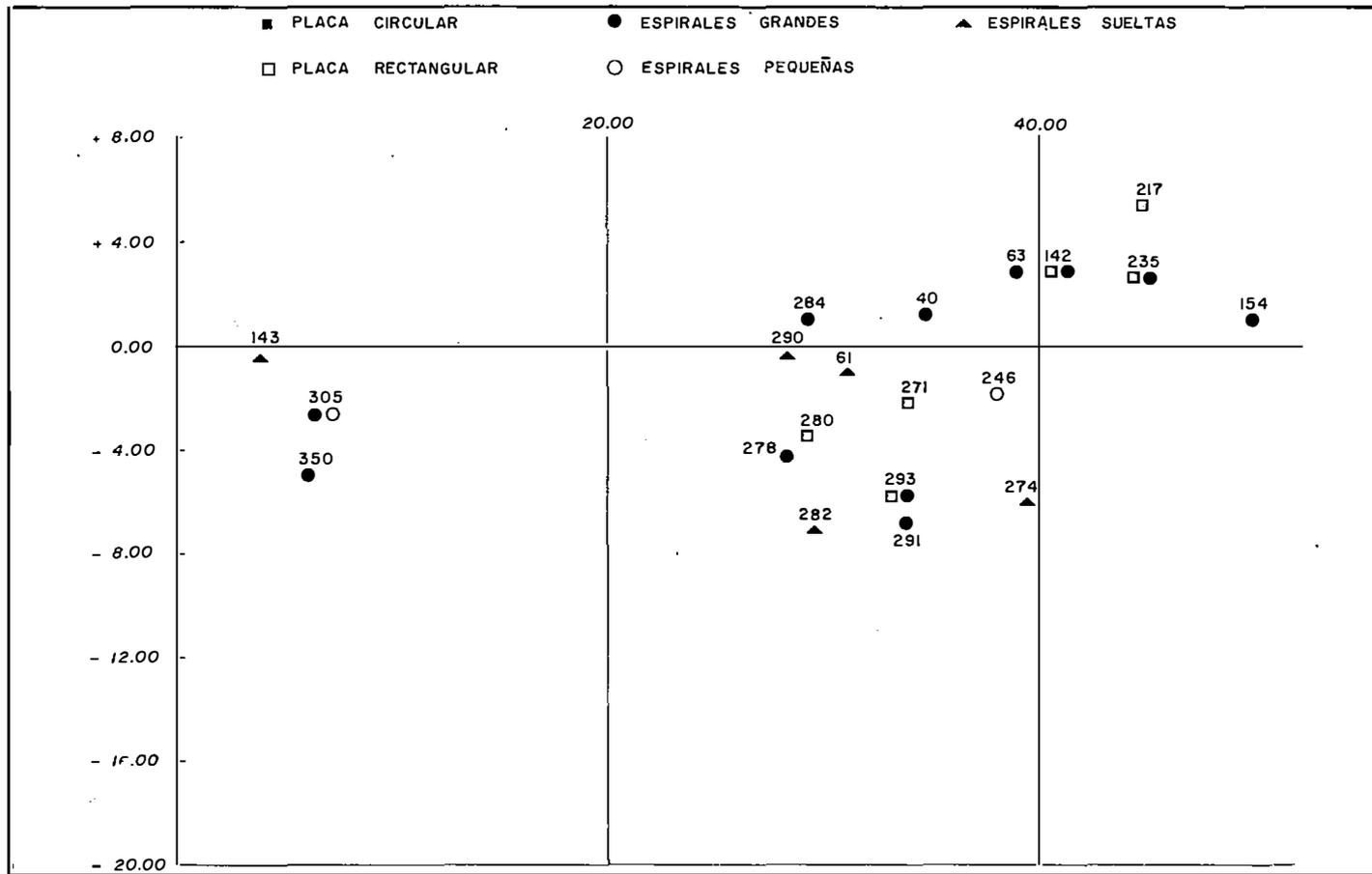


FIG. 1.—Area de la necrópolis de Carratiermes en donde se registra una concentración de tumbas con ajuares de bronce; los símbolos indican qué tipo de pectoral se inventarió en cada una de las estructuras.

Nº TUMBA	ESTRUCTURA	PECTORAL	FIBULA	CUCHILLO DE HOJA CURVA	BROCHE DE CINTURÓN	PULSERAS	CUENTAS COLLAR	URNA O RESTOS CERÁMI.	OTROS
40	■	●		⊛					BRONCE FUN.
6	■	●				*		△ □	
63	■	●							COLGANTE BRONCE
70	▲	□						□	2 BROCHES ANULARES
142	▲	□ ●		⊛		*		□	
143	■	▲	▲ *			*			BRONCE FUNDIDO
154	■	●	◆		△			△ □	2 FRAGMENT DE HIERRO
217	■	□	⊙			*	☆	△ □	
235	▲	□ ●	▲ ◆ ◆	⊛	△	*	☆ ○	△ □	PASADORES
246	▲	○			△	*			
271	■	□	△ ▲ ◆ *	⊛		*	☆	△	FUBAYOLA
274	▲	▲			△			△ □	
278	△	●	△			*		△ ◆	VAINA DE ESPADA
280	■	□ ●	◆			*		□	
282	■	▲		⊛				□	3 LANZAS 1 REGATON
284	■	●				*			FIGURA BRONCE
290	■	●							
291	■	●	◆ *	⊛ ⊛	△		☆ ●		
293	▲	□ ●	△ ◆ ◆ *			*	☆		LASCA
305	■	● ○		⊛	△		☆		
350	■	●	◆		△	*			
(21)		(21)	(10)	(7)	(7)	(12)	(6)	(11)	

TIPOS DE ESTRUCTURAS

- MOYO EN EL SUELO
- ▲ ESTRUCTURA PETREA
- △ REBAJE EN EL SUELO

TIPOS DE PECTORALES

- ESPIRALES GRANDES
- ESPIRALES PEQUEÑAS
- PLACA RECTANGULAR
- ▲ ESPIRALES SUELTAS

TIPOS DE FIBULAS

- △ SIN RESORTE
- ▲ DE DOBLE RESORTE
- ◆ ANULAR HISPANICA
- ◆ PIE VUELTO
- * DE ESPIRALES

CERAMICAS

- △ A MANO
- A TORNO

FIG. 2.—Esquema en el que se indican los ajueres completos que se hallaron en cada una de las tumbas en las que se registran pectorales de bronce.

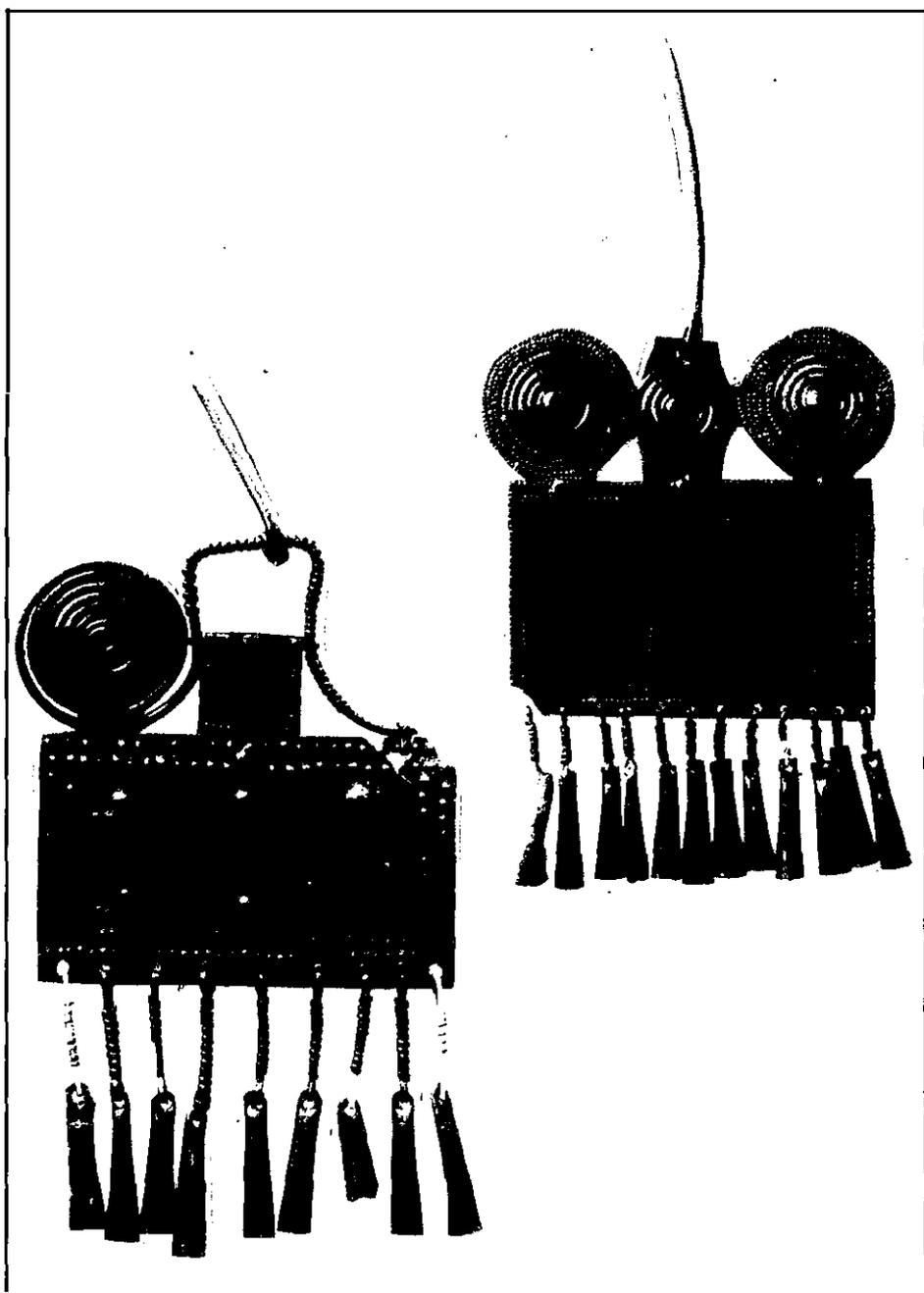


FIG. 3.—Pectorales de placa; el superior corresponde a nuestro tipo 1B, de placa rectangular, a la que se le une otra recortada; ambas se sujetan con remaches. El inferior es de nuestro tipo 1C, en el que la placa superior recortada se sustituye por dos espirales.
(Archivo Museo Numantino; fotografía Alejandro Plaza).

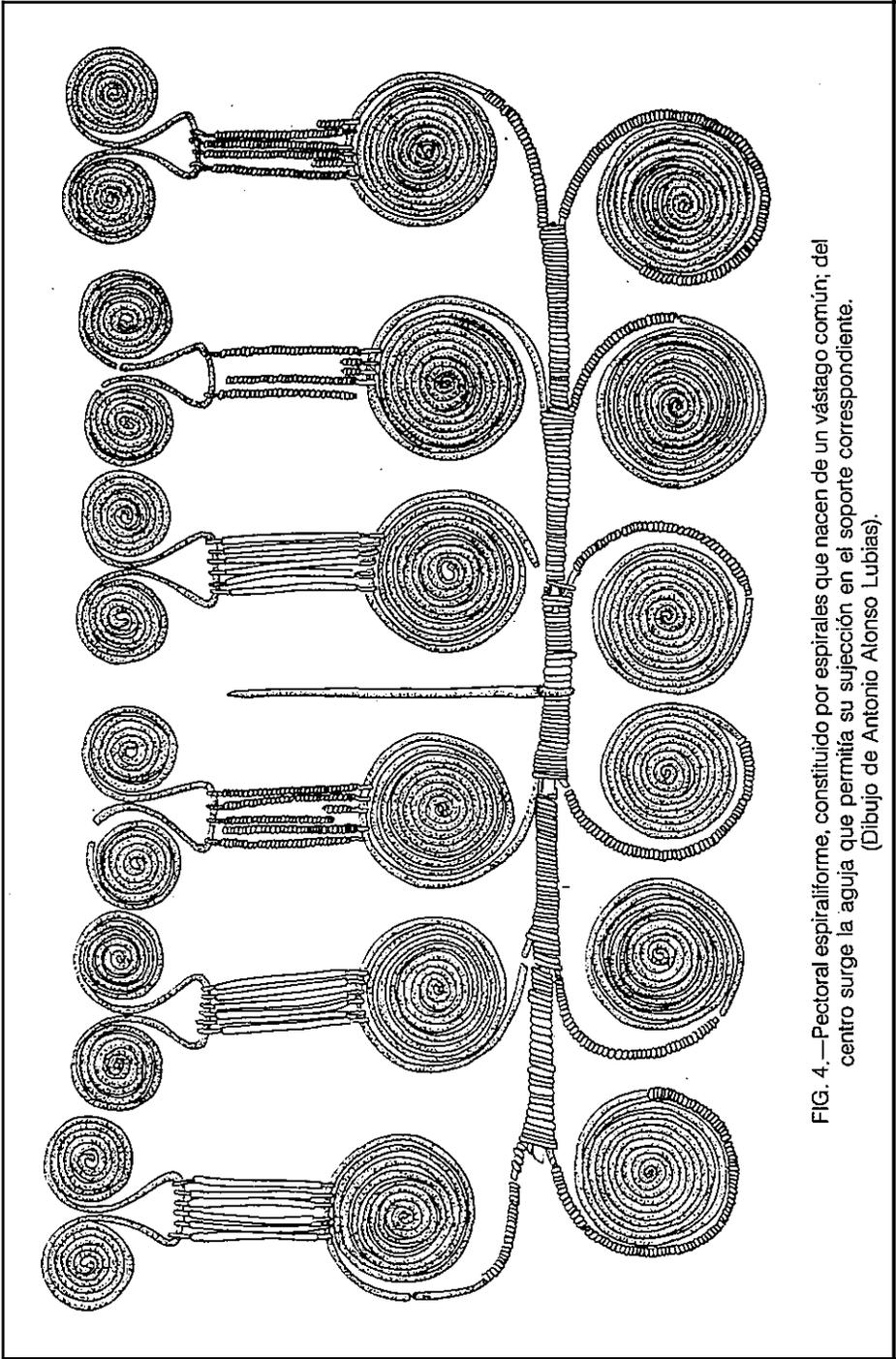


FIG. 4.—Pectoral espiraliforme, constituido por espirales que nacen de un vástago común; del centro surge la aguja que permitía su sujeción en el soporte correspondiente.
(Dibujo de Antonio Alonso Lubias).

**REPRESENTACIONES PLASTICAS DE LA CABEZA
HUMANA EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA
(MONTEJO DE TIERMES, SORIA)**

P. SAIZ RIOS*

* Colaboradora en las Excavaciones de Carratiermes.



Las piezas que presentamos en esta comunicación fueron halladas en el curso de las excavaciones que, de forma sistemática, se vienen realizando desde 1986 en la necrópolis celtibérica de Carratiermes (Tiermes, Soria). Recogemos un conjunto de materiales donde se representan cabezas humanas modeladas en arcilla —dos piezas exentas y apliques plásticos en un vaso cerámico—, y como decoración en un objeto de bronce. Estas piezas son la plasmación de una temática profusamente figurada en todo el ámbito céltico, por lo que adquieren un interés específico que justifica su diferenciación del conjunto de las manifestaciones plásticas.

El tema de la cabeza como elemento plástico ha suscitado, en el ámbito peninsular, opiniones contrapuestas que se hacen partícipes de las interpretaciones de autores que han tratado el tema en el arte céltico. Por una parte, Taracena y Balil¹ (como Reinach, Lantier, Benoit y otros) consideraron la representación de la cabeza como una verdadera «fête-coupée»; de otra parte, Blanco y Blázquez² se inclinaron por la tesis de Jacobsthal, que consideraba este tipo de representaciones como un modo de expresión carente de cualquier significación por sí mismo, por tanto, como un mero elemento decorativo. Sopeña ha criticado acertadamente ambas posturas, puesto que ni puede atribuirse a todas las figuraciones craneales un valor de cabezas trofeos, ni simplificarse la cuestión hasta el punto de considerarlas como un mero ornato³.

(1) TARACENA, B.: Cabezas trofeo en la España céltica. *A.E.Arq.*, XVI (1943); págs. 157 y ss. BALIL, A.: Cabezas cortadas y cabezas trofeo en el levante español. Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Actas de la IV sesión. Madrid, 1959; págs. 871 y ss.

(2) BLANCO FREIJEIRO, A.: Cabeza de un castro del Norte. Notas sobre el tema de la cabeza humana en el arte céltico. *C.E.G.*, XXXIV, (1956); págs. 159 y ss. BLÁZQUEZ, J.M.: Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica. *Latomus*, 19, (1958); págs. 27 y ss. IDEM: Cabezas inéditas del castro de Yecla, Salamanca. VII, C.N.A., Zaragoza, 1962; págs. 217 y ss.

(3) SOPEÑA, G.: Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos. Zaragoza, 1987; págs. 106-107. Otras publicaciones en el marco peninsular: LOPEZ CUEVILLAS: Esculturas zoomorfas y antropomorfas de la cultura de los castros, *CEG*, VI, 19 (1951). ABAD CASAL, L. y MORA RODRIGUEZ, G.: Una nueva cabeza cortada en Extremadura. Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano. Cáceres, 1979; págs. 21 y ss. LOPEZ MONTEAGUDO, G.: Las cabezas cortadas en la Península Ibérica. *Gerión*, 5 (1987) págs. 245 y ss. DÍAZ SANZ, M.A.: Sacrificios humanos en la Celtiberia Oriental: las cabezas cortadas. Segundo encuentro de Estudios Babilitanos. Calatayud, 1989.

Desde que Reinach acuñó el término «*tegê-coupée*»⁴, éste se ha convertido en un tópico y se han interpretado todas las cabezas que se representan como de enemigos vencidos y decapitados. Ello ha derivado en buena medida de los testimonios de las fuentes escritas que ilustran la práctica de la decapitación del enemigo vencido entre los celtas; y aunque esta costumbre, documentada desde la Celtiberia a Galatia⁵, como práctica ritual con una significación religiosa tiene una consecuente plasmación formal, no consideramos correcto hacer extensiva su significación a todas las figuraciones capitales conocidas. El hecho de la ecapitación ritual y el de la representación plástica capital —cualquiera que sea su contexto— responde a un único referente: la especial consideración del cráneo como depositario de la esencia humana y portador de virtudes apotropaicas⁶. Por ello, independientemente de que se den representaciones de «*têtes-coupées*», por ejemplo en Entremont⁷, es obvio que no todas las figuraciones capitales aluden al corte de cabezas humanas, teniendo en cuenta que la cabeza es un símbolo y, por tanto, tiene un carácter polivalente. De esta forma, Lambrechts prefirió hablar de «*l'exaltation de la tête dans la pensée et dans l'art des celtes*»⁸, expresión que contiene una valorización más amplia que sintetiza diversas manifestaciones de un mismo concepto fundamental: él diferenciaba la representación de enemigos decapitados, dioses o difuntos.

Contamos en la Península con un bagaje considerable de figuraciones capitales de una importancia especialmente significativa en los ejemplos hallados en el marco de la Celtiberia⁹. Estas manifestaciones plásticas, netamente célticas desde el punto de vista formal y semántico, arrojan una cronología tardía, un siglo II a.C. para los ejemplos más antiguos. Pertenecen, pues, a un momento en que el mundo celtibérico ha recibido influencias exteriores del mundo mediterráneo y especialmente del pueblo conquistador. Así mismo, la información que facilitan las fuentes clásicas corresponde ya a la fase tardía de estos pueblos, privándonos del conocimiento de la cultura celtibérica en su fase de plena realización.

DESCRIPCION DE LAS PIEZAS DE CARRATIERMES

Pretendemos aportar nuevos hallazgos que contribuyen al conocimiento del tema de la cabeza como elemento plástico en la Celtiberia. Cuatro son las piezas inventariadas en los trabajos de excavación que en la actualidad se vienen realizando en la necrópolis de Carratiermes.

(4) REINACH, S.: *Les têtes coupées et les trophées en Gaule*. *Revue Celtique*, 34 (1913); págs. 35 y ss.

(5) Sobre el rito de cabezas trofeo, con exhaustiva bibliografía, ver SOPEÑA, G.: *Dioses*, op. cit., 1987; págs. 99 y ss.

(6) BENOIT, F.: *Le symbolisme dans les sanctuaires de la Gaule*. Bruselas, 1970, pág. 22.

(7) BENOIT, F.: *La statue d'Entremont, Recherches sur les sources de la mythologie celto-ligure*. *Rivista di Studi Liguri*, XIV (1948); págs. 64 y ss.

(8) LAMBRECHTS, P.: *L'exaltation de la tête dans la pensée et dans l'art des celtes*. Brujas, 1954, pág. 21.

(9) Una lista exhaustiva en SOPEÑA, G.: *Dioses*, op. cit., 1987; pág. 105 y notas 73-83; añadir nuevos hallazgos en DIAZ SANZ, M.A.: *Sacrificios humanos*, op. cit., 1989; págs. 33 y ss.

La primera de ellas (fig. 1,1) está constituida por tres fragmentos pertenecientes a un vaso carenado de cerámica de tradición indígena evolucionada, dentro de la producción conocida como «tipo Clunia» con decoración pintada y apliques plásticos (cabecitas) sobre la línea de carena. Uno de los fragmentos se localizó en la estructura funeraria número 227, mientras que los otros dos se hallaron fuera de su lugar original, ya que la tumba había sido afectada por la acción del arado. Todos se conservan muy rodados, habiendo perdido parte de la decoración pintada; a pesar de ello, pueden distinguirse la representación de unas estructuras cuadrangulares, a modo de contenedores con los lados segmentados, dentro de los cuales se inscriben las cabecitas en relieve aplicado. En el fragmento mejor conservado se observa, por el trazo del pincel no apreciable en el dibujo, el arranque de un apéndice que parte del extremo superior; en la misma pieza, a la izquierda de la cabecita, existen restos de pintura que corresponden al plumaje dorsal de un pájaro, del que se conserva una pata a la derecha de la cabecita de otro de los fragmentos. Las representaciones capitales se encuentran modeladas de forma sumaria: rostro ovalado, ojos representados por pequeños apliques de arcilla, nariz triangular y boca indicada por una incisión.

Ejemplo de cabecitas aplicadas sobre vasos cerámicos se encuentran en otros yacimientos sorianos, como Numancia e Izana¹⁰; nos interesa una urna procedente de la necrópolis de Uxama¹¹, donde aparece figurado el mismo tema iconográfico que en la pieza que presentamos, con una cronología similar; datable en el siglo I d.C.

La segunda de estas piezas (fig. 1,2) apareció asociada al enterramiento colectivo; se trata de una cabeza humana modelada en arcilla y cortada a bisel por el cuello; cráneo redondeado y rostro oval, afilado hacia el mentón y con la zona bucal muy desgastada; nariz como una prominencia triangular en el mismo plano que la frente, y ojos representados por dos apliques circulares de arcilla, adheridos a dos pequeñas concavidades; hay un intento de señalar las cejas mediante un leve cambio de plano. Dos protuberancias, modeladas en la amplia pella de arcilla, forman las orejas.

La tercera pieza (fig. 1,3) se halló debajo del enterramiento colectivo y, como la anterior, es una cabeza exenta de terracota sobre la que se ha aplicado un casquete¹². El rostro adopta una forma cuadrangular, habiendo perdido la mitad derecha y la nariz. El único ojo conservado tiene las mismas características descritas en la pieza anterior; sin embargo, la oreja aparece modelada con

(10) WATTENBERG, F.: Las cerámicas indígenas de Numancia. B.P.H., IV (1963); tabla XXXVII, n.º 1038; tabla XXXVI, n.º 1.021. TARACENA, B.: Excavaciones en Numancia. Memoria de la Comisión Ejecutiva. Madrid, 1912; lám. XXXIV; lám. XXXVI, A; lám. LXV. TARACENA, B.: Cabezas trofeo, op. cit., 1943; pág. 163, fig. 5. IDEM: Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. M.J.S.E.A., n.º 86 (1927); lám. X, 2. IDEM: Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. M.J.S.E.A., n.º 103 (1930); pág. 41.

(11) CABRE, J.: Esteles ibèriques ornamentades del Baix Aragó. A.I.E.C., VI (1915-20); págs. 640-641.

(12) Las denominamos exentas por no haber hallado restos de figuras completas en la excavación del enterramiento colectivo de la necrópolis de Carratiermes; no obstante, no excluimos la posibilidad de que pudieran estar aplicadas al cuerpo de una figura, de un vaso u otro soporte.

más detalle que aquélla. La boca, representada con una incisión sin señalización de labios, da paso a un mentón redondeado. La base del cuello tiene forma cuadrangular; con un hundimiento central, posiblemente para ser aplicado en un soporte.

Entre los ejemplos de figuraciones humanas exentas conocidos en la provincia, recogemos las piezas procedentes de Numancia¹³, de Langa de Duero¹⁴, de Estepa de Tera¹⁵ y otras que, procedentes del extinto Museo Celtibérico, no tienen procedencia conocida. La datación de las dos cabezas exentas de Carratiermes corresponde a la del enterramiento colectivo en el que se hallaron, que Argente establece a fines del siglo III y primera mitad del II a.C.¹⁶.

Por último, damos a conocer un objeto de bronce realizado a molde (fig. 1,4). Tiene forma de puente fíbula, rematado por una cabeza humana; pero no podemos determinar si corresponde a este tipo de objetos, puesto que la pieza se halló rota en el lugar que correspondería a la mortaja, y en lo que pudiera ser la cabeza del puente se inserta un arito que impide la posibilidad de introducir el anillo de una fíbula anular hispánica o el eje del resorte de muelle de una fíbula de La Tène. El rostro es un óvalo alargado, muy agudizado hacia el mentón y presenta unos rasgos bien diferenciados: cuatro incisiones arqueadas, simétricas y paralelas dos a dos, parecen indicar el pelo; las cejas, señaladas por medio de dos aristas paralelas a las incisiones, enmarcan unos ojos abultados, y de expresión más viva, al indicar con un punto central a troquel el iris y la pupila, ésta solamente en el ojo izquierdo; presenta una nariz aguda y prominente, de sección triangular. Las orejas forman parte de una delgada lámina del mismo material que sobresale a ambos lados del rostro y que apareció fragmentada a la altura del mentón; en ellas se han practicado dos perforaciones donde se introducen unos aritos a modo de pendientes.

Escasos paralelos existen para esta pieza termestina; sin embargo, se puede recordar una fíbula de plata de Drieves¹⁷ o la de La Mercadera¹⁸. Resulta difícil

(13) ROMERO CARNICERO, F.: Las cerámicas policromas de Numancia. Valladolid, 1976; número 441, fig. 43 y lám. XVI.

(14) TARACENA, B.: Memoria de excavaciones en la provincia de Soria. M.J.S.E.A., n.º 119 (1932); págs. 52-57 y fig. 12.

(15) MORALES HERNANDEZ, F.: Un pequeño busto femenino de barro en Estepa de Tera. Celtiberia, 67 (1984); págs. 113 y ss.

(16) ARGENTE, J.L.: La necrópolis de Carratiermes (Tiermes, Soria). Comunicación presentada en el II Simposio sobre los Celtíberos «Necrópolis Celtibéricas», Daroca, 1990, págs. 51-57.

(17) SAN VALERO, J.: El tesoro preimperial de plata de Drieves, Guadalajara. Madrid, 1945; págs. 22-24, fig. 4 y lám. VI, VII y VIII.

(18) TARACENA, B.: Cabezas trofeo, op. cit., 1943; fig. 10,3; IDEM: Memoria de excavaciones, op. cit., 1932; lám. VIII. Otros paralelos formales de piezas realizadas en bronce: CABRE DE MORAN, E. y MORAN CABRE, J.A.: Las fíbulas conesquemata de La Tène en el mundo ibérico y su adopción y adaptación en la Meseta. XVI C.N.A., Zaragoza, 1983; págs. 463-470; recuerda vagamente al estilo de una fíbula del tesoro de Chestre: RAMS BROTONS, M.V.: Avance a un estudio de las fíbulas ibéricas de la provincia de Valencia. A.P.L., XIV (1975); págs. 139-154; otras piezas de bronce, procedentes de la Citerior (Valdeherrera y Belmonte), en DIAZ SANZ, M.A.: Sacrificios humanos, op. cit., 1989; Ejemplos en armas, con estilización de la cabeza humana en los extremos de la cruz de la empuñadura de las espadas, caso de las de Atienza, en CABRE, J.: Excavaciones en la necrópolis céltica del Altillio de Cerropozo, Atienza (Guadalajara). M.J.S.E.A., n.º 105 (1930); láms. XVII-XVIII.

asignar una fecha a este curioso objeto, ya que se recogió fuera de contexto; no obstante, puede situarse a fines del siglo II o principios del I a.C., teniendo en cuenta los materiales que inventariamos en el área del hallazgo.

ESTUDIO Y SIGNIFICADO

Desde un punto de vista formal, observamos que todas estas piezas se encuentran modeladas con unos rasgos típicamente célticos, definidos en su día por Jacobsthal: frontalidad, nariz en forma de triángulo con la base ancha, ojos abultados, ausencia frecuente de orejas, etc...¹⁹ De tal forma que el mismo autor, a propósito de las cabezas célticas, hablaba de máscaras, denominación aplicable en nuestro caso por la extrema simplificación de los rasgos faciales. Una de las características del arte céltico es la tendencia a representar la *pars pro toto*, de forma que la esencia del hombre queda reducida a la figuración de su cabeza. Se trata de una representación convencional, muy esquemática, que encierra una carga conceptual importante desde el punto de vista religioso.

Onians estudió el simbolismo del cráneo en la Antigüedad, valorando su carácter de principio vital; es el lugar donde reside el poder generador y, en particular, señalaba que para los celtas la cabeza era el receptáculo del alma²⁰. Existe una creencia universal en el valor apotropaico de la cabeza²¹, se le atribuye ese carácter de talismán debido a que es la parte del cuerpo que contiene más *nana*. Estas consideraciones arrojan una luz fundamental a la hora de interpretar la significación de las cabezas de Carratiermes, halladas todas ellas en un contexto funerario.

Hemos hecho referencia a una urna cineraria, procedente de la necrópolis de Uxama, sobre la que se desarrolla el mismo tema iconográfico que aparece figurado en el vaso de tipo Clunia hallado en Carratiermes²². La decoración pintada tiene un desarrollo corrido sobre la línea de carena, alternando cabecitas en relieve aplicado, insertas en unas estructuras de lados segmentados, con pájaros de cuerpo ictiforme que se dirigen hacia la derecha. Esas estructuras o contenedores están rematadas en los extremos superiores por unos apéndices que Sopeña ha considerado como posibles protuberancias aladas, atendiendo al simbolismo de los otros motivos iconográficos, referidos, según este autor; al tránsito del alma²³. Hemos visto que bajo la forma de una cabeza se representa la

(19) JACOBSTHAL, J.: *Early Celtic Art*. Oxford, 1944; págs. 12 y ss.

(20) BROXTON ONIANS: *The Origins of European Thought*. Cambridge, 1951; pág. 156.

(21) BENOIT, F.: *Le symbolisme*, op. cit., 1970; pág. 22.

(22) CABRE, J.: *Esteles*, op. cit., 1915-20; págs. 640-641, fig. 452.

(23) SOPEÑA, G.: *Dioses*, op. cit., 1987; pág. 144. Hace hincapié en la importancia de la urna de Uxama en el contexto religioso celtibérico. (Morenas de Tejada consideró esos apéndices como astas de toro votivas: CABRE, J.: *Esteles*, op. cit., 1915-20; pág. 641).

supervivencia psíquica del individuo²⁴; el hecho de que este elementostico aparezca flanqueado por aves, animal psicopompo, nos remite al tránsito del alma del difunto. Contamos con paralelos en diversos monumentos galo-romanos de Nevers, donde se representa una cabeza humana entre dos pájaros afrontados²⁵. Por otra parte, el valor funerario de los pájaros es indudable en la mitología de los pueblos célticos y germánicos²⁶. El tema funerario aparece claro en la combinación ave-cabeza: el mundo celta cree en la naturaleza aérea del alma y el ave es el psicopompo que conduce las almas a través del aire, medio por el cual el espíritu se eleva y accede a los cielos en una escatología astral, como lo es sin duda la celtibérica²⁷.

El hallazgo de Carratiermes viene a apoyar la interpretación de Sopeña como tema iconográfico remitente al Más Allá, sobre la base del contexto funerario del hallazgo y el simbolismo de los motivos iconográficos, de absoluta raigambre céltica. El hecho de que las dos únicas piezas celtibéricas con este tema —exactamente el mismo—, procedan de necrópolis, nos lleva a pensar en un destino funerario para este tipo de vasos, con una cronología correspondiente ya al siglo I d.C. Esto contrastaría con los datos de que disponemos y evidenciaría un cambio, puesto que, por el momento, no existen indicios de una producción de cerámica celtibérica dirigida al empleo exclusivamente funerario y sí la utilización de vasos domésticos con la funcionalidad de urna cineraria. Se observa incluso cierto descuido en el contenedor de los restos de la cremación, al reaprovechar como urnas vasos que han sido inutilizados para el uso al que fueron concebidos; de ello contamos con varios ejemplos de enterramientos hallados in situ, que se adscriben a la fase protoceltibérica y celtibérica plena de la necrópolis. Sin embargo, no podemos aplicar en este punto un criterio de riqueza o pobreza, puesto que disponemos de ejemplos de individuos enterrados con un ajuar metálico importante, cuyos restos fueron depositados en un vaso de uso doméstico fragmentado antes de ser utilizado como vasija funeraria —entre otras, la tumba n.º 92²⁸. Con los datos actuales podemos decir que la urna no aparece como un elemento de ajuar significativo, al menos hasta el siglo III a.C.

Volviendo al tema iconográfico de la cabeza humana, podemos rastrear una perduración del mismo en las estelas de la zona, en las que la representación del difunto se reduce a la cabeza, perpetuando una tradición indígena. En la onomástica de estas estelas, el elemento autóctono es importante y los motivos

(24) BENOIT, F.: *Dieux-têtes*. Latomus, XIV (1955).

(25) TOUTAIN, F.: *Les cultes païens dans l'Empire Romaine (I-II-III)*. París, 1905-1917-1918 (Roma, 1967); pág. 278; otro ejemplo en LAMBRECHTS, P.: *L'exaltation* op. cit., 1954; fig. VII, 27.

(26) Sobre el simbolismo de las aves ver SOPEÑA, G.: *Dioses*, op. cit., 1987; pág. 112, nota 113 y págs. 122 y ss.

(27) MARCO, F.: *La religión de los celtíberos*. I Simposio sobre los Celtíberos. Zaragoza, 1987; págs. 55 y ss.; SOPEÑA, G.: *Dioses*, op. cit., 1987; págs. 122 y ss.

(28) ARGENTE, J.L.: *Tiermes*, en *Celtíberos*, Zaragoza, 1990; pág. 61. IDEM: *Tiermes: catorce años de excavaciones, en Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*. Soria, 1989; págs. 76 y ss. Se conoce otra urna con estas características procedente de La Revilla de Calatañazor: ORTEGO Y FRIAS, T.: *La necrópolis arévaca de La Revilla (Soria)*, XVI C.N.A., Zaragoza, 1983; págs. 573 y ss.

iconográficos presentan una simbología religiosa esencialmente indígena, de rai-gambre céltica²⁹. Desde el punto de vista técnico, se observa un acusado indigenismo evidenciado en unas cabezas muy esquemáticas, de forma globular y a veces sobre un soporte troncocónico; los rasgos faciales, cuando se señalan, quedan indicados con una simple incisión. Contamos en la provincia de Soria con tres estelas, una procedente de Yanguas y dos de Vizmanos³⁰, en las que se observan estas características, así como otros ejemplos similares en áreas próximas³¹ y paralelos galo-romanos y danubianos³².

No sorprende la pervivencia del motivo, ya que, aun cuando el grado de romanización de la Meseta fue importante, el elemento celtibérico persiste con fuerza; ello es rastreable como vemos a través de la iconografía o la continuidad de las formas de enterramiento: en Carratiermes hasta el siglo I d.C. —con los datos actuales—, evidenciado igualmente en unos enterramientos de Uxama, donde se mantiene el rito de la incineración en unas estructuras excepcionales que contienen elementos de ajuar romanos (objetos de vidrio)³³.

(29) JIMENO, A.: *Epigraffa romana en la provincia de Soria*. Soria, 1980; págs. 232-235.

(30) IDEM, págs. 144-145, lám. XL,3.; págs. 140-142, láms. XXXVIII,2 y XXXIX,2.

(31) Podemos citar, aunque se sale del marco de lo que es estrictamente Celtiberia, una lápida con forma de cabeza humana hallada en Valpalmas: BELTRAN LLORIS, F.: Un nuevo antropónimo vascónico en la comarca de las Cinco Villas (Zaragoza). Homenaje a Miguel Tarradell (en prensa); sobre ella, Marco afirma que es un clarísimo préstamo céltico. Las estelas de Avila con cabecitas esquemáticas grabadas en CABRE, J.: *Estelas*, op. cit., 1915-20; pág. 638, figs. 448 y 449. Otros ejemplos en MARCO, F.: *Las estelas decoradas de los Conventos Caesaraugustano y Ciuniense*. Zaragoza, 1978; págs. 41 y ss.

(32) LAMBRECHTS, P.: *L'exaltation*, op. cit., 1954; págs. 95 y ss.

(33) ARGENTE, J.L. y JIMENO, A.: *Tres tumbas de incineración de época romana, halladas en Uxama (Osma, Soria)*. *Celtiberia*, 53 (1977), págs. 29-40.

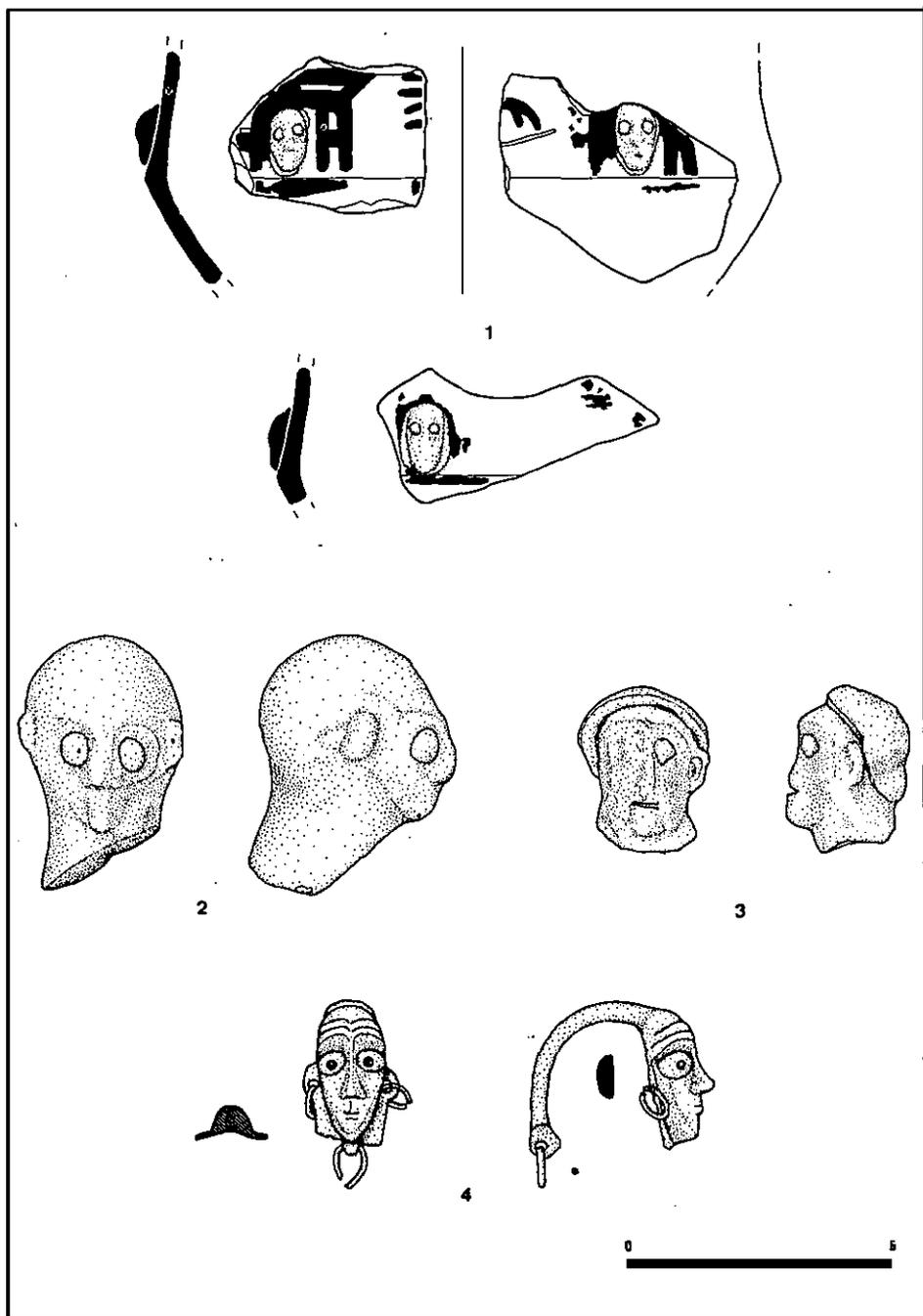


FIG. 1.—Representaciones de cabezas en vaso funerario (1) de bulto redondo (2 y 3); cabeza de bronce realizada en molde (4). (Dibujos de Pilar Saiz).

**PROSPECCION GEOFISICA APLICADA A LA
INVESTIGACION DE LA NECROPOLIS CELTIBERICA
DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA)
PRIMEROS RESULTADOS**

J.F. BERGAMIN *
M.T. MATEOS *
A. GRADOLPH *
J.L. ARGENTE **
F. MINGARRO ***
C. LOPEZ AZCONA ****

* Departamento de Geodinámica, Fac. CC. Geológicas U.C. Madrid.

** Director del Museo Numantino. Soria.

*** Departamento de Petrología. Fac. CC. Geológicas U.C.

**** Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

I. INTRODUCCION

El yacimiento arqueológico de Tiermes, está situado en el suroeste de la provincia de Soria, al norte de la Sierra Pela, que es divisoria de aguas de las cuencas hidrográficas del Duero y Tajo. La zona de Carratiermes se localiza al Noreste de la Ermita de Tiermes, aproximadamente a 1 Km. del Museo Arqueológico y al Este de un lazo del río Tiermes (o Manzanares), en el lugar donde recibe por la derecha las aguas del arroyo de las Balsas; paraje denominado Reajo. La altitud media es de 1.170 metros.

En este lugar se encuentra una Necrópolis de fosas más o menos circulares, situadas a escasa profundidad, donde se introducían las urnas cinerarias, utensilios y ajuares, siendo posteriormente cubiertas por acumulaciones de piedras que formaban la estructura de la tumba; en la actualidad se encuentra semidestruida, al menos en los niveles superiores.

I.1. MARCO GEOLOGICO

La zona estudiada, se sitúa en la parte septentrional de la Falla de Somolinos, que sensiblemente paralela a la Sierra Pela, pone en contacto las formaciones cretácicas y jurásicas, con las triásicas del Noreste y en concreto, con el conjunto triásico inferior de Buntsandstein.

Estas formaciones descritas, constituyen un pequeño sinclinal, cuyo eje, pasando entre Sotillos de Caracena y Manzanares, se inclina hacia el Noreste en la Atalaya ya coronada por dolomías tableadas del Jurásico inferior;

Los materiales del Triásico inferior, presentan un carácter más detrítico que el Trias clásico descrito por Virgili (1977), por lo que Sopeña (1979) propone la denominación de Trias Hespérico que ya Hernando (1977-1980) consideraba constituido por cuatro unidades litoestratigráficas para la región de Atienza-Ayllón; no todas bien representadas en el área que nos ocupa (Aracil y Hernando, 1988).

En las proximidades de Tiermes se presentan las formaciones más potentes de la serie, constituidas por areniscas arcósicas rojas de la unidad «Areniscas del Río San Pedro», que en sus tramos superiores alternan con algún nivel

conglomerático, con cantos de metacuarcita y pequeños estratos de lutitas rojas o abigarradas. Los niveles conglomeráticos se reducen, en ocasiones, a una simple alineación de cantos, mientras otros son acumulaciones de cantos mayores llegando a bloques, aunque en estos casos con escasa extensión, correspondiendo a paleocauces que están más desarrollados hacia el techo de la unidad.

Por encima de la unidad descrita se encuentra la más significativa en la zona de prospección, es la llamada «Conglomerados de Termancia», que es una formación de aglomerados de bloques de metacuarcita con granates y bloques medianos de cuarzo, con un diámetro medio de 10 a 20 cm. y que presenta huellas bien marcadas de percusión que indicarían una fuerte dinámica de transporte. Este conjunto se encuentra trabado por una pasta arcósica de colores rojizos, compuesta por cuarzos redondeados, algún feldespato, magnetita y algunos granos de micacitas, esquistos verdes y neises. La potencia de la unidad es de 10 a 15 metros, aunque en ocasiones este conglomerado se encuentra interrumpido por estratos areniscosos por lo que pierde su carácter masivo, confundiendo con los tramos conglomeráticos de la unidad inferior.

El conjunto superior es el denominado «Unidad de Areniscas y Lutitas de Termancia», con conglomerados en la base de estructura más o menos lenticular, que tienen carácter subordinado en el conjunto de la unidad, pero que confunden el límite con las unidades inferiores, a pesar de que el tamaño de los cantos es menor.

La Zona de Carratiermes se presenta como una loma circundada por el río Tiermes localizado al Este, que corresponde con la unidad conglomerática ya erosionada fuertemente y deja en superficie los bloques de metacuarcita con una matriz arcósica compuesta por granos de cuarzo muy redondeados de tamaño mediano, feldespatos, moscovita, algún clasto de fragmentos de roca metamórfica y todo ello empastado por un material aleurítico casi exclusivamente formado por cuarzo, ortoclasa del tipo hyalofana, feldespato que además de potasio contiene bario y finalmente algún cristal de moscovita y magnetita. Todo ello toma un color rojo que destaca netamente sobre los bancos arcósicos.

Los procesos erosivos actuando sobre los estratos areniscosos, los recortan dejando una serie de escalones que buzan al Noreste y están recubiertos por la formación conglomerática, ya erosionada y por el suelo vegetal. Así su potencia no resulta homogénea pudiendo oscilar entre 0.2 y 0.6 metros, llegando en ocasiones al metro. Es en este recubrimiento donde se encuentran las fosas de enterramiento siendo su base la arenisca arcósica y localmente un nivel conglomerático más potente y consolidado. Este basamento arcósico, pronto aflora en los alrededores de la necrópolis e inclusive en la parte alta de la loma, habiendo sido objeto de explotación para la obtención de sillares y piedras para la construcción.

La arenisca arcósica, está formada por clastos angulosos de 0.22 mm. de tamaño medio, siendo los mayores policristalinos de cuarzo y los pequeños de feldespato, algo de microclina, moscovita y biotita con circón, sin presencia de magnetita lo que prácticamente constituye la diferencia con las arenas arcósicas que traban los conglomerados intercalados; tampoco presenta este tipo de material ningún mineral cementante por lo que la roca resulta blanda y permeable.

A título de resumen, podemos decir que el conjunto está formado por bancos de areniscas arcósicas entre los que se dispone un estrato lenticular de naturaleza conglomerática muy deleznable. Los procesos erosivos determinan que dicho estrato se deteriore, extendiendo y dispersando sobre las arcosas sus constituyentes, que con el aspecto de un recubrimiento de sedimentos posteriores, parece adquirir una morfología de terraza del río Manzanares, que no aparece en otros puntos del mismo. No obstante, al haber sido destruido su estrato original, puede considerarse como un remodelado aluvial sin apenas transporte, que ha fosilizado varios estratos arcósicos.

I.2. MARCO ARQUEOLOGICO

El yacimiento arqueológico de Tiermes, abarca una cronología de más de 30 siglos de historia y de ocupación de su solar por las distintas fases culturales que el hombre ha originado; destacando los períodos celtibero y romano, en los que alcanzó su mayor importancia y desarrollo urbano (Argente Oliver et al., 1988).

Las fuentes clásicas informan ya de diversos acontecimientos en relación a Tiermes, aunque corresponden a una etapa tardía, faltándonos los datos de su formación como pueblo histórico. Es ahora cuando se están obteniendo, aunque de forma parcial los primeros datos, a partir de las excavaciones que se realizan en la necrópolis celtibérica de Carratiermes.

La información que aportan los escritores romanos sobre Tiermes es escasa y muy parca en sus comentarios. La primera cita de la existencia de la ciudad la hace Apiano, afirmando que se trata de una de las principales localidades celtibéricas en guerra contra Roma; se fecha la noticia en el año 143 a.C. Algunas otras anotaciones respecto a la existencia del lugar; a hechos de armas y acciones o particularidades de los celtiberos completan un panorama que no deja entrever la importancia real de Tiermes en el mundo prerromano, ni conocer con detalle los usos y formas de vida de la zona donde se enclava.

La existencia de Tiermes se difumina durante el Bajo Imperio, y nada se conoce de lo acontecido en la ciudad durante los períodos visigodo e islámico, siendo total el silencio de las fuentes. Sólo con la Reconquista cristiana vuelve a tenerse alguna noticia del lugar, en el que se construye una iglesia y dos monasterios (Minguella y Arnedo, 1913), de vida aparentemente breve, quedando en el siglo XVI la iglesia como ermita de Santa María de Tiermes, sin que las ruinas de la antigua ciudad cobijen ya población estable alguna.

La escasa aportación de las fuentes y la ignorancia sobre los últimos 1.500 años de historia de Tiermes se ha comenzado a romper con las excavaciones arqueológicas que, desde comienzos del presente siglo y de forma sistemática desde 1975, se vienen realizando en este Yacimiento.

La naturaleza de las formaciones geológicas que sirven de fundamento a Tiermes (descritas anteriormente), hace posible que ya en época celtibera, se recurra a la Arquitectura Rupestre como solución para construir viviendas adaptadas al duro clima de la altiplanicie soriana.

La característica rupestre de la mayoría de los restos arquitectónicos de Tiermes ha sido causa de que las estructuras básicas de la ciudad se hayan conservado intactas, soterradas bajo acumulaciones de tierra de arrastre, en algunos casos de gran espesor. A ello, hay que añadir la pervivencia de parte de las edificaciones romanas realizadas a base de muros de sillería y/o mampostería. Por lo dicho y por la buena conservación de casas particulares, calles y obras públicas, Blas Taracena (1954) denominó a Tiermes como la POMPEYA ESPAÑOLA.

1.2.1. Resultados arqueológicos de la excavación de la Necrópolis Celtibérica de Carratiermes

Los resultados que se conocen actualmente de la necrópolis son importantes y satisfactorios, puesto que informan de un período amplio de este pueblo (siglo VI a.C. a I d.C.) y de las características más importantes del rito funerario que emplearon; no obstante, la ausencia de noticas escritas impide concretar, de una manera más detallada, los distintos aspectos que inciden en la necrópolis.

La necrópolis presenta dos áreas bien definidas: la que denominamos «A», se ubica en la zona oriental, y presenta una estratigrafía horizontal que abarca el período general de la necrópolis; la segunda, «B», se centra en la zona occidental y comprende un período fijo, fines del siglo III y primera mitad del II a.C.

Para la explicación de la necrópolis utilizaremos solamente la zona «A», ya que en ella se recoge todo el desarrollo cronológico (fines del siglo VI a.C. al I d.C.) y tipológico (las distintas estructuras de los enterramientos) del yacimiento, presentando una estratigrafía horizontal desde el lado meridional al septentrional, aunque en zonas colaterales se registran enterramientos de diferente datación; es un aspecto que no podrá ser expuesto en sus consideraciones generales hasta no excavar totalmente la necrópolis.

En cuanto a la estructura de las tumbas se puede establecer, de manera muy general, la siguiente tipología:

1. Tumba colectiva (zona B).
2. Depósito de ajuar metálico situado directamente sobre el sustrato conglomerático.
3. Pequeño rebaje en el conglomerado, en el que queda depositado el ajuar.
4. Hoyo en la tierra, con los restos óseos del cadáver; que puede contener o no ajuar funerario.
5. Tumbas con urna, en las que se incluyen los restos óseos y el ajuar funerario; la urna queda protegida por diversas piedras.
6. Tumbas con protección pétreo en el hoyo.
7. Estructura pétreo que rodea a una estela, debajo de la cual hay un rebaje en el conglomerado, que contiene el ajuar funerario.

En lo que respecta a los ajuares se pueden distinguir:

A. Ajuar metálico:

- A.1. Elementos de guerrero (armas en hierro y adornos en bronce).
- A.2. Objetos en bronce y en hierro.

B. Ajuar cerámico:

- B.1. Solamente la urna.
- B.2. Urna con piezas cerámicas y adornos en bronce.

Por último consideramos el aspecto cronológico que, en el estado actual de la investigación, permite establecer que los ajuares más antiguos responden a dos diferentes conjuntos: los metálicos en hierro, compuestos principalmente por armas y algún objeto de adorno, o los que presentan un inventario a base de piezas de bronce y sólo un objeto en hierro (cuchillo de hoja curva); la datación, teniendo en cuenta ciertos objetos directores, puede establecerse entre finales del siglo VI principios del V a.C. hasta comienzos-mediados del siglo IV a.C.

Un segundo momento cronológico, que puede establecerse en Carratiermes, pertenece a la etapa celtibérica plena, entre mediados del siglo IV a finales del II-principios de I a.C. Las estructuras funerarias se componen de losas de protección lateral, que tan sólo resguardan parte de la urna, mientras que el resto queda cubierto con otro tipo de piedras. Las vasijas son de cerámica oxidante a tono, conservando en la mayoría de los casos la tapadera, que resulta ser parte de la misma pieza.

El ajuar metálico no se registra en todos los enterramientos; en los que hay, presentan ya una evolución y disminución en cuanto al número de piezas con respecto a los de la etapa anterior; los objetos que se inventarían son fíbulas, broches de cinturón, puntas de lanza, regatones, etc... Sin embargo, hay otros conjuntos en los que se relacionan ajuares metálicos importantes, identificándose espadas de antenas atrofiadas, de tipo Echauri o puñales Monte Bernorio, que se asocian a puntas de lanzas, abrazaderas de escudo, bocados de caballo, etc.

Todavía se puede establecer una nueva distinción, que corresponden a un período más moderno, en el que figuran los puñales biglobulares, a los que acompañan bocados de caballo, fíbulas, cuchillos de hoja curva, etc. Sin embargo, existe una ausencia importante, la de las espadas de La Tène y de Frontón, que completarían la panoplia de este tipo de objetos.

Finalmente, el área que podemos denominar «celtíbera-tardía», correspondiente cronológicamente al período romano en su etapa tardo-republicana y comienzos del Imperio. Se aprecia continuidad en el rito funerario, disminuyendo de manera notoria las piezas metálicas, reduciéndose casi por completo a objetos de adorno. Las cerámicas responden a una clara evolución de modelos anteriores, aportándose también novedades claras, como es el ejemplo, aunque escaso, de piezas de T.S.H. o de producción de tipo Clunia.

I.3. ANTECEDENTES DE LA INVESTIGACION GEOFISICA EN LA NECROPOLIS

Aunque hace más de 15 años que se realizan excavaciones en esta necrópolis, es desde 1986 cuando se comienza una excavación sistemática y continuada. De forma simultánea, en 1988 se hace una primera campaña de prospección geofísica, con el fin de contrastar los datos obtenidos mediante la técnica de Calicatas Eléctricas y la intervención directa sobre una zona de reducidas dimensiones (20,20 m.) (Bergamín et al., 1988). Esta campaña no dió el fruto apetecido por problemas inherentes al lugar en que se realizó y por llevarse a cabo en una época de prolongada sequía, lo cual reduce el contraste de resistividades entre las estructuras de las tumbas y el medio circundante. Ambas circunstancias dificultaron notablemente la interpretación y por ello se pensó en la utilización de otra metodología geofísica de mayor fiabilidad.

En la campaña de excavación del verano de 1988, se realiza por primera vez en la zona un levantamiento magnetométrico de campo total. Dado el contraste de susceptibilidad magnética que existe previsiblemente, entre los elementos arqueológicos (hierro, bronce, cerámica, cenizas...) y el entorno geológico, se piensa en esta metodología como idónea para la detección de las tumbas. Los primeros resultados de esta investigación se exponen a continuación, siendo el objeto de la presente comunicación.

I.4. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACION

En esta primera campaña se pretendía ensayar la técnica de la magnetometría de campo total, con el fin de ver su posible aplicación extensiva al estudio de la necrópolis, desarrollando al propio tiempo una metodología de toma de datos en campo; así como el tratamiento, representación e interpretación rápida y efectiva, de forma que los resultados puedan ser aplicados a la planificación de las futuras excavaciones.

I.5. SITUACION DEL AREA INVESTIGADA

El área objeto de esta primera investigación magnetométrica se ha denominado ZONA I y tiene una extensión de 720 m.², con forma rectangular de dimensiones 40 por 18 metros.

Referido a la ordenación de la excavación arqueológica, comprende las cuadrículas 7-9 / A,B,....,S; 7-8 / T,V,X,Y,Z,; 6-9 / A,B,....,S; 6-8 / T,V,X,Y,Z,. En la figura 1 se representa un esquema de dichas cuadrículas y las coordenadas correspondientes referidas al punto (0,0) del trabajo arqueológico. La posición del eje de ordenadas de dicha cuadrícula referidas al Norte magnético es de 317°.

II. METODOLOGIA UTILIZADA

II.1. EL METODO MAGNETICO

Se puede considerar que el 99% del campo magnético terrestre tiene un origen interno, correspondiendo al 95% de este campo al creado por un dipolo axial con una inclinación de 11° en relación con el eje de rotación de la Tierra. El resto del campo está relacionado con corrientes eléctricas en la Ionosfera y sus variaciones están asociadas a fases de actividad de las manchas solares, produciéndose en períodos de extensión variable: desde variaciones rápidas y fuertes relacionadas con tormentas magnéticas, hasta variaciones diurnas de 24 horas de duración. Al propio tiempo, hay otras variaciones mucho más lentas (variaciones seculares), que tienen su origen en las perturbaciones de las corrientes del Núcleo Terrestre.

Cuando se efectúa un levantamiento magnetométrico y sus resultados han de expresarse de forma cartográfica, es necesario habilitar un procedimiento de corrección y eliminar el conjunto de todas estas variaciones, con el fin de hacer relacionables todos los datos.

El 1% restante del campo magnético terrestre corresponde a la magnetización de las rocas de la corteza terrestre, así como en nuestro caso a los objetos arqueológicos que se encuentren en la capa más superficial. Si un determinado objeto o roca de la corteza ha estado sometido a una elevada temperatura, en el momento de su enfriamiento, al pasar el punto de Curie, adquiere una magnetización paralela a la posición del campo en ese momento, que contribuye, por tanto, al valor del campo magnético. Este fenómeno se conoce con el nombre de magnetización termorremanente. Los objetos arqueológicos que presentan este tipo de magnetización son fundamentalmente las cerámicas.

Por otra parte existe el fenómeno de la inducción magnética por el cual los materiales expuestos a un campo magnético adquieren una magnetización según la dirección de dicho campo, con el mismo sentido o el contrario que el campo inductor; así influirá en el valor de dicho campo.

En la aplicación del Método de Prospección Magnética a la Arqueología, sólo nos interesa la medición de la magnetización inducida y la remanente de aquellos objetos y estructuras de origen cultural, debiéndose extraer de la medida de la intensidad total del campo magnético, los efectos de todas las variaciones de éste y en lo posible la parte de señal que corresponde al sustrato geológico. Así se intentará obtener un mapa de «tendencia residual» que refleje, de la forma más pura, las estructuras arqueológicas.

II.2. REALIZACION DEL LEVANTAMIENTO

La totalidad del levantamiento se ha realizado en un período relativamente corto, tres jornadas de trabajo, durante los primeros días del mes de Agosto de 1988.

II.2.1. Establecimiento de la base

Con el fin de controlar las variaciones del campo magnético y hacer relacionables las medidas para su posterior representación cartográfica, se establece una base o punto de referencia del cuál se partirá al comenzar un determinado recorrido y al que se regresará a su terminación. El criterio adoptado para situar esta base, consiste en realizar una medida en el punto elegido comparándola con otras del entorno próximo. Así se podrá comprobar que en dicho punto no existe una anomalía local si la diferencia entre las medidas es de pocas unidades.

Para la realización de las medidas sólo se dispuso de un magnetómetro, por lo cual fue necesario referir cada recorrido a esta base haciendo la corrección de las variaciones del campo como deriva de las medidas en el tiempo. La duración de los recorridos se redujo al máximo, con el fin de evitar las variaciones de alta frecuencia, tomándose las medidas en un tiempo de relativa calma magnética, a fin de reducir en lo posible el ruido producido por esta causa. La duración media de los recorridos es de 8 minutos.

II.2.2. Características del levantamiento

En la preparación de la campaña es necesario considerar una serie de factores entre los que podemos citar, la profundidad de los objetos a prospectar, la susceptibilidad magnética de estos y de su entorno y como consecuencia la longitud de onda de las anomalías que pueden esperarse, ya que la distancia entre estaciones deberá ser, al menos, la mitad de esta longitud (Roux A.T., 1979).

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias y tras efectuar una serie de perfiles experimentales, se tomó como separación entre estaciones 1 metro, realizándose estas agrupadas en perfiles de 18 metros de longitud que se situaron a distancia de 0.5 metros. Las medidas se hicieron desfasadas 0.5 metros de un perfil a otro, por lo que la distancia efectiva entre estaciones fue de 0.7 metros.

II.2.3. Instrumentación toma de datos y tratamiento

Las mediciones se realizaron con un magnetómetro de precesión de protones Geometrics (G-836), que mide la frecuencia de precesión del giro de los iones en el seno del campo magnético terrestre.

Se hacen un total de 1.680 medidas, agrupadas en 81 perfiles de dirección 317°. En cada punto se mide tres veces para tomar la media de los valores, anotándose también la hora y minuto. Como se indicó anteriormente cada uno de estos perfiles constituyó un recorrido, partiendo de la base y terminando en ella, con el fin de efectuar la oportuna corrección de deriva. Todos los datos se unen, en cálculo posterior, al valor de la primera lectura de la base para hacer la reducción a fecha común.

Todo este proceso de corrección de las variaciones y su posterior reducción a fecha común, se realiza mediante el programa MGDER (Bergamín 1988), adaptado para el caso concreto a un ordenador personal.

II.2.4. Trazado de mapas

Una vez efectuadas todas las correcciones, se procede a la representación cartográfica de los datos, obteniéndose el Mapa Magnetométrico Observado de Campo Total (Fig. 2). El trazado del mapa se realiza mediante el programa de cartografía automática SURFER (1987), que proporciona una salida gráfica por impresora que permite la rápida evaluación de los resultados. La equidistancia entre isolíneas en dicho mapa, es de 5 nT.

Con el fin de separar los efectos debidos a la constitución geológica del terreno y poder confeccionar un mapa que refleje de manera más clara las anomalías que puedan atribuirse a causas arqueológicas, se efectúa un proceso analítico de separación de los diferentes tipos de superficies, obteniéndose los mapas residuales correspondientes.

Al mismo tiempo se utiliza también como «tendencia regional» un mapa confeccionado con los datos tomados en campo sobre una malla de 4 por 4 metros, colocando el sensor a una altura de 3 metros.

De la comparación de ambos métodos se concluye que el mapa que refleja mejor las anomalías producidas por las estructuras arqueológicas es el resultante de eliminar la tendencia de una superficie de primer grado (Fig. 3). Es este mapa, el que se utilizará en las interpretaciones posteriores.

III. INTERPRETACION CUALITATIVA DEL MAPA RESIDUAL

La información que aporta un mapa magnetométrico de estas características, en latitudes medias, viene representada por parejas de máximo, al Sur (Reford M.S., 1964). No obstante y dependiendo de la forma local de la estructura arqueológica que está representada por las anomalías descritas, esta tendencia teórica puede quedar ligeramente trastocada, variando al propio tiempo los valores de cresta y seno.

En el mapa residual se pueden distinguir varias zonas que agrupan anomalías de este tipo, pero de forma diferente:

—En la zona Noreste del mapa, que corresponde a las cuadrículas 6-8 Z y 6-9 J,O,T, se distinguen dipolos característicos con valores que oscilan entre 100 y 160 nT. Los fuertes gradientes nos inducen a pensar que correspondan con tumbas que presentan ajuares metálicos, fundamentalmente de hierro, junto a la estructura típica de amontonamiento de piedras. Por lo que respecta a la orientación de los dipolos, es en general Norte-Sur aunque en el caso de las anomalías contenidas en las cuadrículas 6-9 J,O, es más Noreste-Suroeste, probablemente por tratarse de estructuras más complejas o por contener ajuares de hierro dispersos.

- La segunda zona se extiende a la mitad Oeste del mapa, siendo más extensa que la anterior ya que comprende las cuadrículas 7-9 A,B,C,D,E,F,G,H,I,J, excediendo algunas de las anomalías los límites de dichas divisiones. Este conjunto de dipolos se distribuye en dos alineaciones subparalelas con dirección aproximada Norte-Sur, cerrándose por otra anomalía en el Sur, dejando una zona vacía. Este conjunto, por lo que respecta al dominio de esta cartografía, pudiera interpretarse como una distribución de tumbas en dos hileras, con una zona destinada al paso entre ambas, lo que podría dar idea de una cierta ordenación en la colocación. Los valores de las anomalías son muy variables, aunque por lo general son de menor cuantía que los descritos en la primera zona, excepción hecha de los comprendidos en las cuadrículas 7-9 A y C que podrían contener más objetos de hierro en los ajuares. El resto de las anomalías pueden estar condicionadas por las características de los enterramientos y su grado de conservación, o por factores tan variables como el mayor o menor contenido en hierro, la existencia de urnas cinerarias de cerámica con magnetismo termorremanente, el contenido en cenizas, o las propias características composicionales de las piedras utilizadas en la confección de las estructuras de las tumbas. En todo caso la distribución entremezclada de dipolos debe estar condicionada por la proximidad de las distintas estructuras de las tumbas que en ocasiones puede producir el enmascaramiento de la verdadera cuantía de las anomalías. Finalmente un factor a tener en cuenta, que puede también introducir variaciones cuantitativas, es la profundidad a que se encuentran las estructuras arqueológicas, con respecto al nivel de referencia utilizado en el levantamiento magnetométrico. La dirección de los dipolos es en un elevado tanto por ciento Norte-Sur:
- Por último, hay que distinguir entre ambas zonas una serie de anomalías dispersas que pueden corresponder a otras tantas estructuras, o a la existencia de huecos excavados en el sustrato, o en menor cuantía a los ajuares del hierro, urnas o estelas situadas fuera de su primitiva situación.

IV. ANALISIS COMPARATIVO DEL MAPA DE ANOMALIAS RESIDUALES CON LOS RESULTADOS DE LA EXCAVACION

En el estudio conjunto que se ha efectuado, geológico, geofísico y arqueológico, se han puesto de manifiesto una serie de cuestiones que juzgamos importantes; puesto que el estudio geofísico preliminar y su interpretación, han coincidido en buena medida con el resultado de la excavación arqueológica. Por otra parte se han podido precisar una serie de aspectos derivados de la superposición de información, una vez exhumadas las estructuras y datos arqueológicos, constituyéndose así un punto de partida en la interpretación de futuros estudios magnetométricos, de estas características. Al propio tiempo, se podrán establecer las oportunas hipótesis de partida para la planificación del trabajo arqueológico propiamente dicho.

Coincidió el área estudiada, mediante magnetometría, con la parte más antigua del cementerio celtibérico, pudiéndose identificar, dentro de la misma cronología, dos zonas distintas, en las que estructuras y ajuares presentan diferencias notables. Así, en el sector 6-9 predominan los hoyos excavados en el sustrato conglomerático y algunos depósitos efectuados directamente sobre el mismo; los ajuares, aunque metálicos todos los existentes, se distinguen por tener; unos, solamente piezas de bronce y, otros, objetos en hierro. Por regla general, los primeros se encuentran en los hoyos, mientras que los segundos se depositan sobre el conglomerado. El reflejo de estas estructuras en el estudio magnético es diferente, pues mientras los ajuares férricos depositados en el conglomerado ofrecen anomalías de 100 a 160 nT (Fig. 4), los hoyos y sobre todo aquellos que contienen piezas en bronce, apenas si tienen reflejo sobre la cartografía magnetométrica, 5 a 10 nT. De este tipo es la anomalía que pone de manifiesto la T.278 (6-9/I). Otros ejemplos de anomalías, los tenemos en 6-9/G,H, que corresponde a la T. 347, con un valor de 40 nT., esta tumba pertenece al grupo de las que presentando ajuar de hierro, tienen también algo de bronce en una estructura de hoyo. También la T. 302 (6-9N) se encuentra en el mismo caso, aunque con valores mucho menores.

De otra parte, en la zona del cuadrado 7-9, la excavación ha confirmado también las interpretaciones previas. Así, se ha podido comprobar que el mapa magnético aporta dos tipos de datos; por un lado, fuertes e importantes anomalías (200 nT) para los ajuares metálicos, que no cuentan con cobertura pétreo, caso de la T.332 (7-9/A) o T.342 y 348 (7-9/C), y por otro, valores más moderados en aquellas estructuras con concurrencia de piedras, debajo de las cuales se encuentra el ajuar metálico (Fig. 5). Además, todo el conjunto forma una unidad con un radio importante, dando la impresión de responder a una construcción con una datación sincrónica y con una importante relación entre los individuos allí enterrados, pues se constituyen unidades menores que, en torno a una estela con ajuar metálico señalado, disponen de una o varias urnas funerarias con restos óseos de incineración.

Como era de esperar, si se tienen en cuenta las características ya señaladas de la cartografía llevada a cabo, este estudio no pone de manifiesto de forma clara la situación de los objetos cerámicos con restos óseos en su interior: Ello se debe fundamentalmente al espaciado de la toma de datos, al nivel de ruido del mapa y a la superposición de efectos en el caso de aquellas tumbas en las que se mezclen objetos metálicos con otros cerámicos y en ocasiones, estructuras pétreas de diversa constitución (Fig. 5, T.310, 7-9/G). Por otra razón, en tanto no se perfeccionen las técnicas de toma de datos e interpretación se hace necesario el reconocimiento arqueológico de la totalidad del área con el fin de disponer del máximo de datos para el estudio final de la necrópolis.

Por último, otro aspecto destacable de este estudio conjunto, es el reflejo que sobre el mapa de anomalías tienen las posibles estructuras de incineración «ustrinum» (Fig. 6); en este caso corresponde a la T.354, que contiene piezas de hierro en hoyo. En este ejemplo la anomalía queda reformada hacia el noroeste. También se puede apreciar en esta figura el ligero máximo relativo que refleja la urna de carácter reductor situada en un hoyo (T.360).

El encontrarnos en proceso de estudio de esta necrópolis, tanto desde punto de vista arqueológico como de investigación de la metodología geofísica a aplicar y ser un yacimiento que entendemos, puede ayudar a comprender mejor los cementerios de incineración de la Meseta en la Edad del Hierro, invita y obliga a ser muy minuciosos, tanto en lo que se refiere a los trabajos de campo como en los de laboratorio, con el fin de conseguir y aportar el mayor número de datos que permitan planificar las excavaciones y clarificar y comprender este tipo de estaciones y la época cronológica a la que corresponden.

V. RESUMEN Y CONCLUSIONES

De esta primera experiencia, con un método como la magnetometría de campo total, llevada a cabo sobre la necrópolis de Carratiermes, se pueden extraer una serie de conclusiones. Unas de carácter operativo, que sentarán las bases para futuros trabajos en este área o en otras de similares características. Otras, interpretativas, de indudable importancia en su aplicación como dato previo a la labor arqueológica. Finalmente, también se ponen de manifiesto las limitaciones que presentan este tipo de investigaciones.

Por lo que se refiere a la toma de datos, pensamos que el procedimiento es suficientemente operativo; para el caso de llevarla a cabo con un sólo magnetómetro. El nivel de ruido resulta aceptable, dada la magnitud de las anomalías, aunque es indudable que se obtendrán mejores resultados con la utilización de un magnetómetro base con registro continuo, evitándose de esta forma el ruido procedente de las variaciones de alta frecuencia del campo magnético.

El tratamiento de los datos de campo y los procedimientos de representación cartográfica de los mismos son buenos, pero en el futuro pensamos mejorar estas técnicas con métodos como la reducción al polo, filtrajes o procedimientos de representación por matriz de puntos, como los propuestos por Kermorvant, A. (1975). También, para una primera interpretación cualitativa, que en muchos casos puede ser suficiente, los procedimientos de separación regional/residual, utilizados son buenos aunque se sigue trabajando actualmente para su mejora, con vista a las posibles interpretaciones cuantitativas de anomalías concretas.

En el trabajo realizado, se ha podido comprobar que a partir de un documento de las características del Mapa de Tendencia Residual se pueden poner de manifiesto los utensilios y armas realizados en hierro y como consecuencia las tumbas que los contienen. La expresión cuantitativa de las anomalías producidas puede estar, por el contrario, condicionada por las estructuras pétreas acompañantes, llegando en ocasiones éstas, a producir una auténtica interferencia que

da como resultado una anomalía muy diferente de la esperada para materiales de hierro. De otra parte, la detección de los objetos de bronce, muy abundantes en el área prospectada, es más difícil, lo cual era de esperar dada la dispersión de estos objetos su pequeño tamaño y el bajo contraste de susceptibilidad con el entorno. Por último, la cerámica no se detecta en general en un mapa de estas características, por dos razones: encontrarse junto con ajueres de hierro que enmascaran la pequeña anomalía que producen estos objetos y las características propias del levantamiento, espacio entre puntos de observación, nivel de ruido, etc.

De todo lo anteriormente expuesto se desprende, que una investigación como la realizada tiene, a pesar de los inconvenientes citados, un gran valor como documento de partida para la planificación de la excavación, ya que se puede afirmar que pone de manifiesto, por uno u otro motivo, la totalidad de los enterramientos y como consecuencia su distribución espacial. En la actualidad se continúan estas investigaciones, relacionando la magnetometría con métodos de resistividad como las Calicatas Eléctricas y las mediciones de Anisotropía Lateral Aparente, con lo cual podremos separar con mejor criterio las anomalías debidas a uno u otro tipo de materiales arqueológicos.

AGRADECIMIENTOS

Los autores agradecen al Dr. Casas Ponsatí la colaboración presentada, al cedernos la instrumentación geofísica necesaria para la realización de esta investigación.

BIBLIOGRAFIA

- ARACIL, E. y HERNANDO, S.: Las facies de transición del Buntsandstein al Muschelkalk entre Cuevas de Ayllón y Termancia (prov. de Soria). Rev. Soc. Geol. Esp. Vol. 1 (1-2), págs. 89-96 (1988).
- ARGENTE OLIVER, J.L. y otros: TIERMES, guía del yacimiento arqueológico y Museo. Soria, 1988, págs. 11-13.
- APIANO. Iber, págs. 76-77.
- BERGAMIN, J.F.: Informe Interno Tiermes 1988.
- BERGAMIN, J.F.: Programa MGDER para reducciones de datos magnéticos en arqueología. (Inédito).
- HERNANDO, S.: Permico y Triásico de la región de Ayllón-Atienza (provincias de Segovia, Soria y Guadalajara). Tesis Doctoral Univ. Complutense de Madrid, pág. 408 (1977).
- HERNANDO, S.: Aspectos paleogeográficos del Keuper en la región Ayllón-Atienza. Cuad. Geol. Ibérica 4, págs. 385-398. (1977).
- HERNANDO, S.: Mapa geológico del Pérmico y Triásico de la región Ayllón-Atienza. Cuad. Geol. Ibérica 6, págs. 21-55. (1980).
- KERMORVAN, A.: Tesis Doctoral de tercer ciclo (1975).
- MINGUELLA Y ARNEDO, F.T.: Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos. Madrid, 1913; vol. 3, pág. 358.
- SURFER: Programa de cartografía automática. Golden Soft. (1987).
- REFORD, M.S.: Magnetic anomalies over Thin Sheets. Geophy. Vol. 29, n.º 4. S.E.G. Tulsa (1964).
- ROUX, A.T.: The magnetic method. Geophysical field manual for technicians. South African Geophysical Association. pág. 71. (1979).
- SOPEÑA, A.: Estratigrafía del Pérmico y Triásico de la provincia de Guadalajara. Sem. Estr. Ser. Mo. 5, U. C. Madrid, pág. 329. (1979).
- TARACENA AGUIRRE, B.: Los pueblos celtibéricos. En Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Madrid, 1954; vol. 3, pág. 239.
- VIRGILI, C.: Le Trias du Nord l'Espagne. Bull. B.R.G.M. Sec. n.º 3, págs. 205-213. (1977).

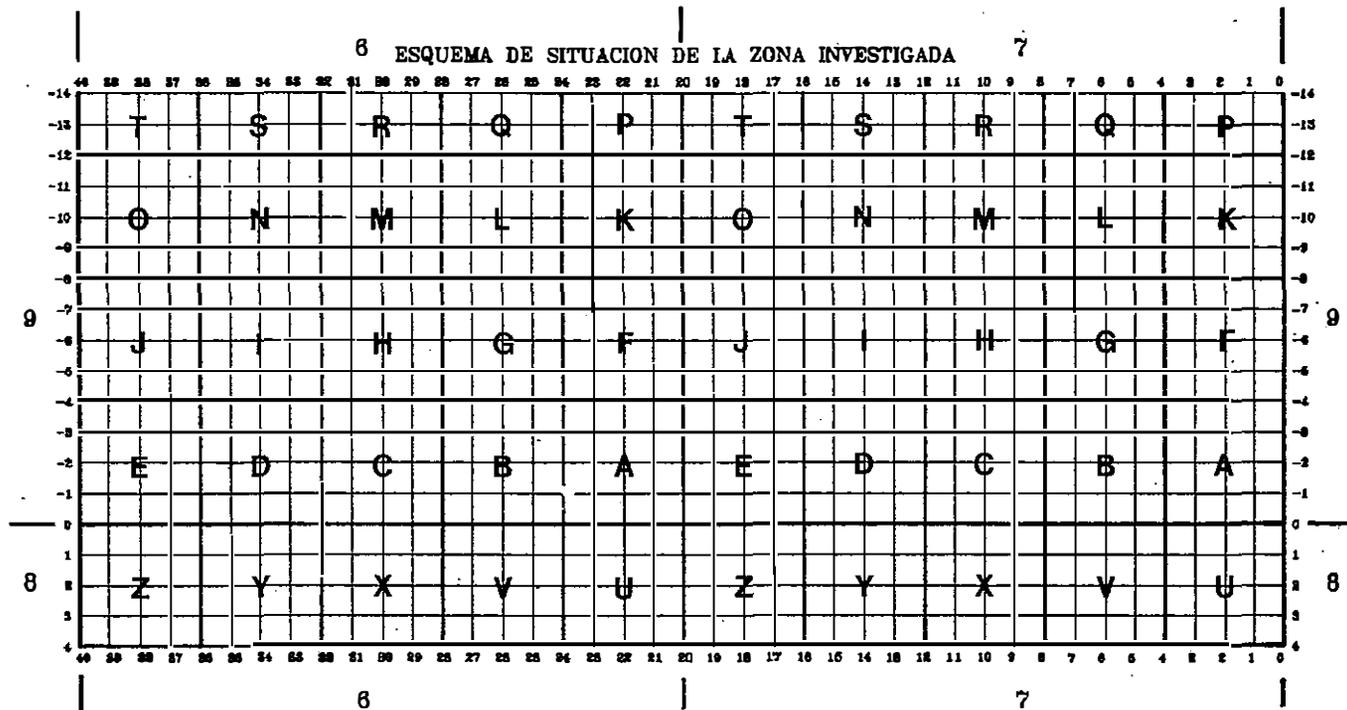


FIG. 1.—Esquema director de la zona investigada, mostrando la división en cuadrículas utilizada en el trabajo arqueológico.

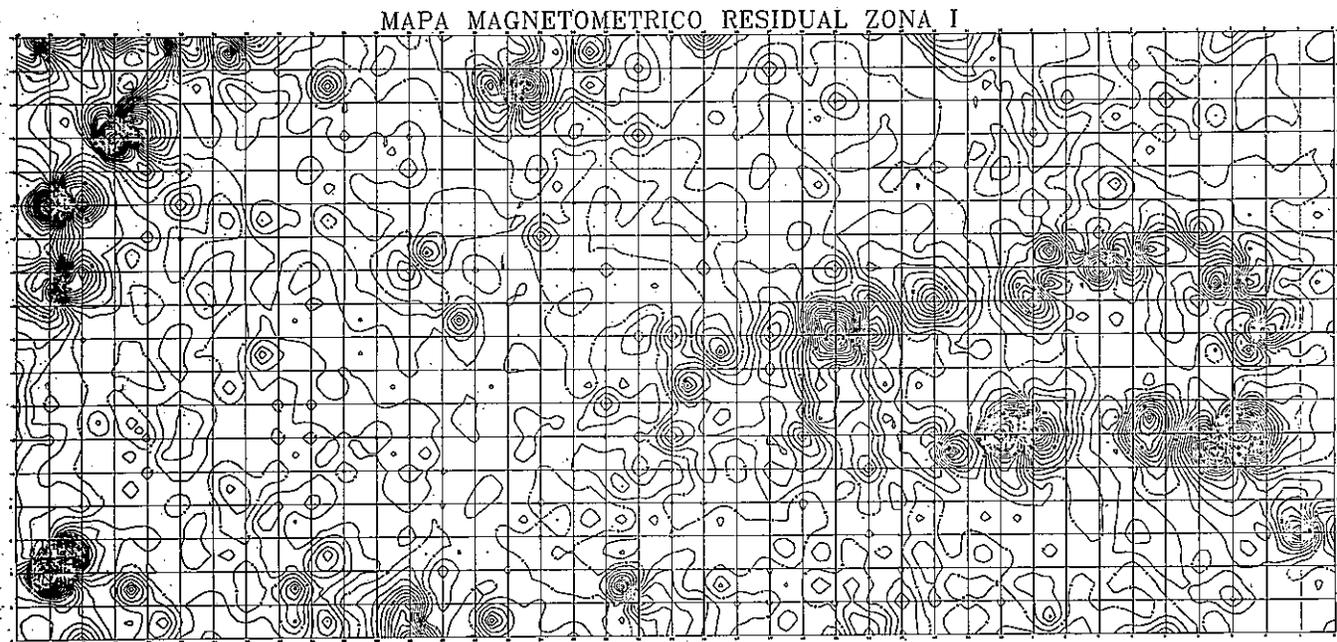


FIG. 2.—Mapa Magnetométrico Observado de campo total de la zona investigada. Equidistancia entre isoanómalas 5 nT.

MAPA MAGNETOMETRICO OBSERVADO. ZONA I

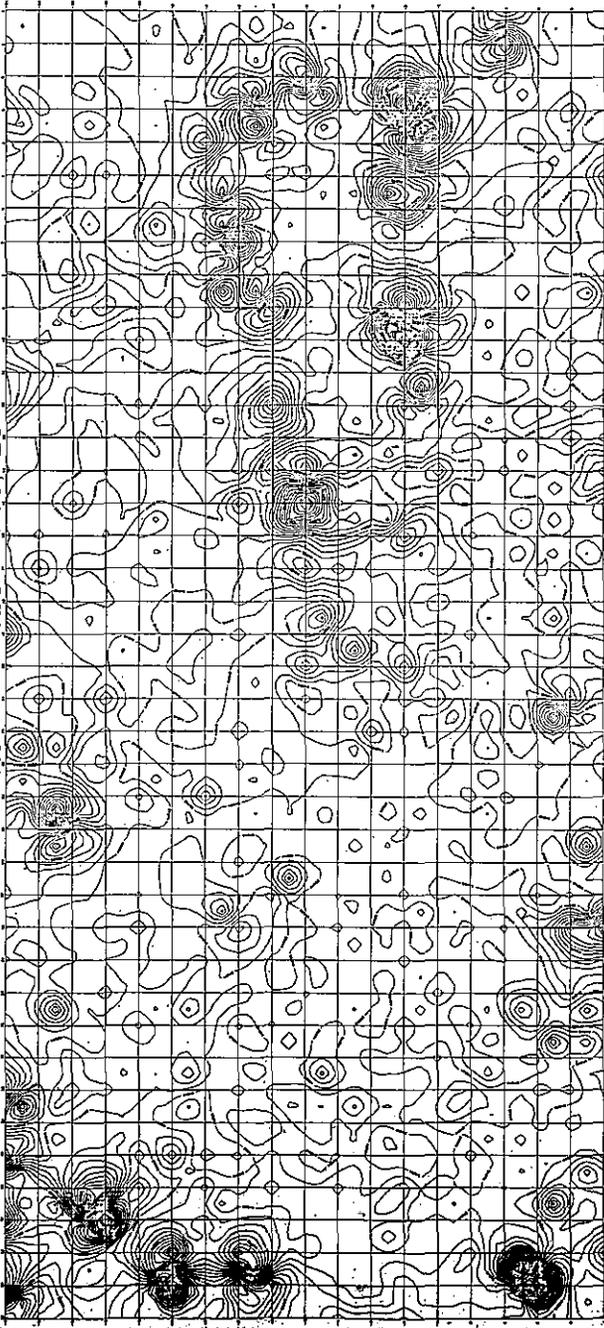


FIG. 3.—Mapa Magnetométrico de tendencia residual. Equidistancia entre isonómalas 5 nT.

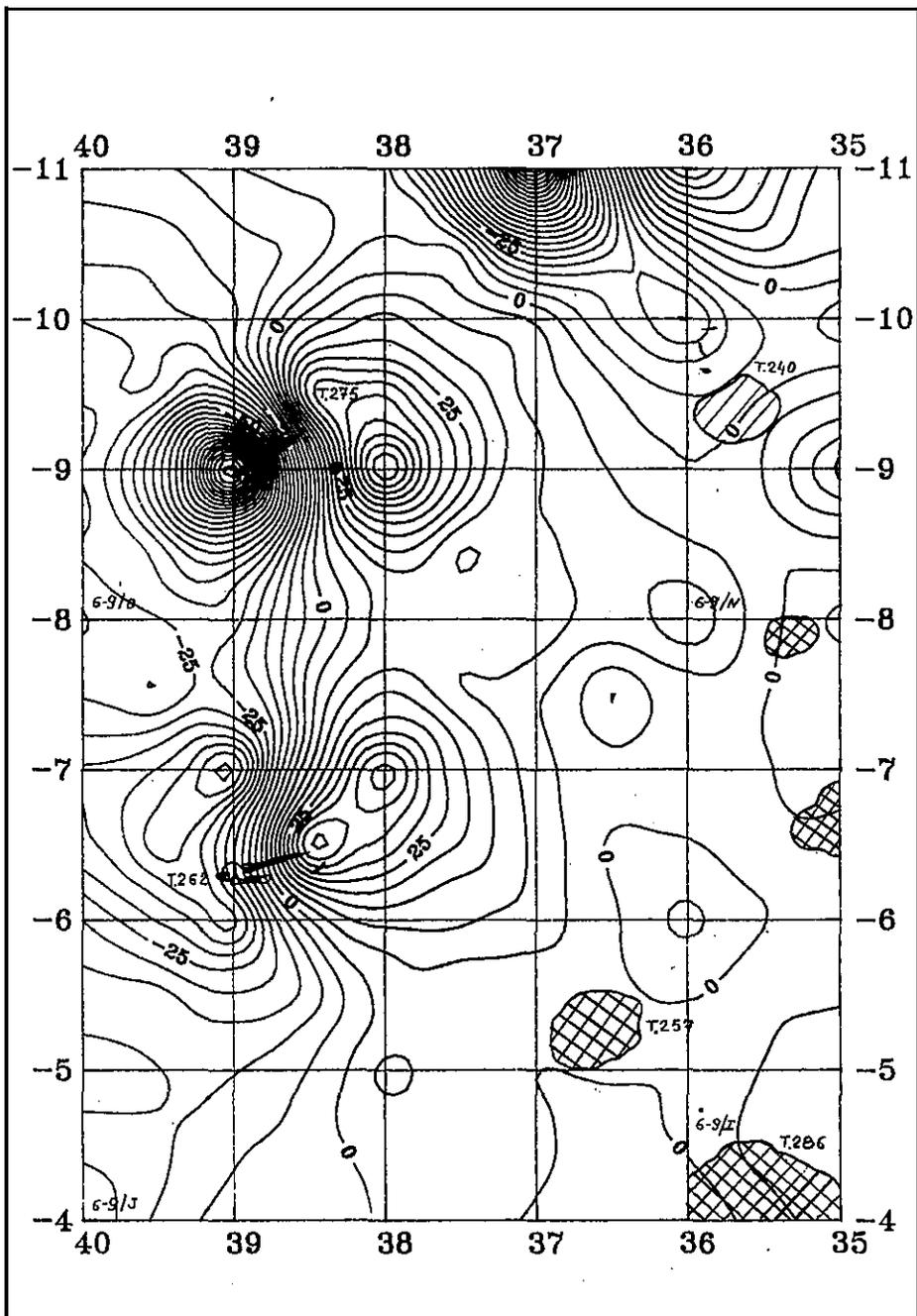


FIG. 4.—Esquema parcial del cuadro 6-9 con representación de algunas de las tumbas con ajuares de hierro situados sobre el sustrato conglomerático (T.262 y 275). También se muestran las estructuras en hoyo con o sin ajuar (T.240-257).

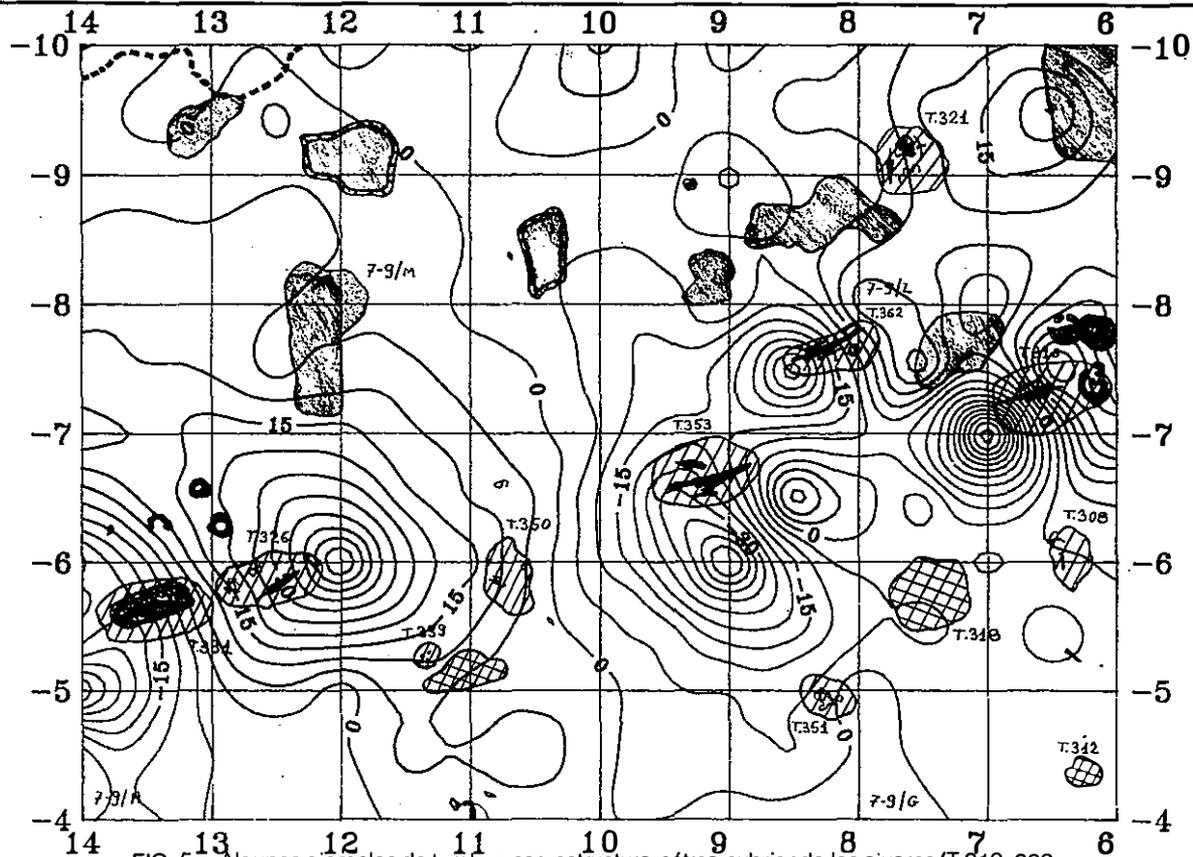


FIG. 5.—Algunos ejemplos de tumbas con estructura pétreo cubriendo los agujeros (T.310, 326, 353, 362), puestas de manifiesto por anomalías de bajo gradiente. Se puede ver un cierto reflejo de las estelas (sombreadas en gris), así como de los amontonamientos de cenizas (12-8).

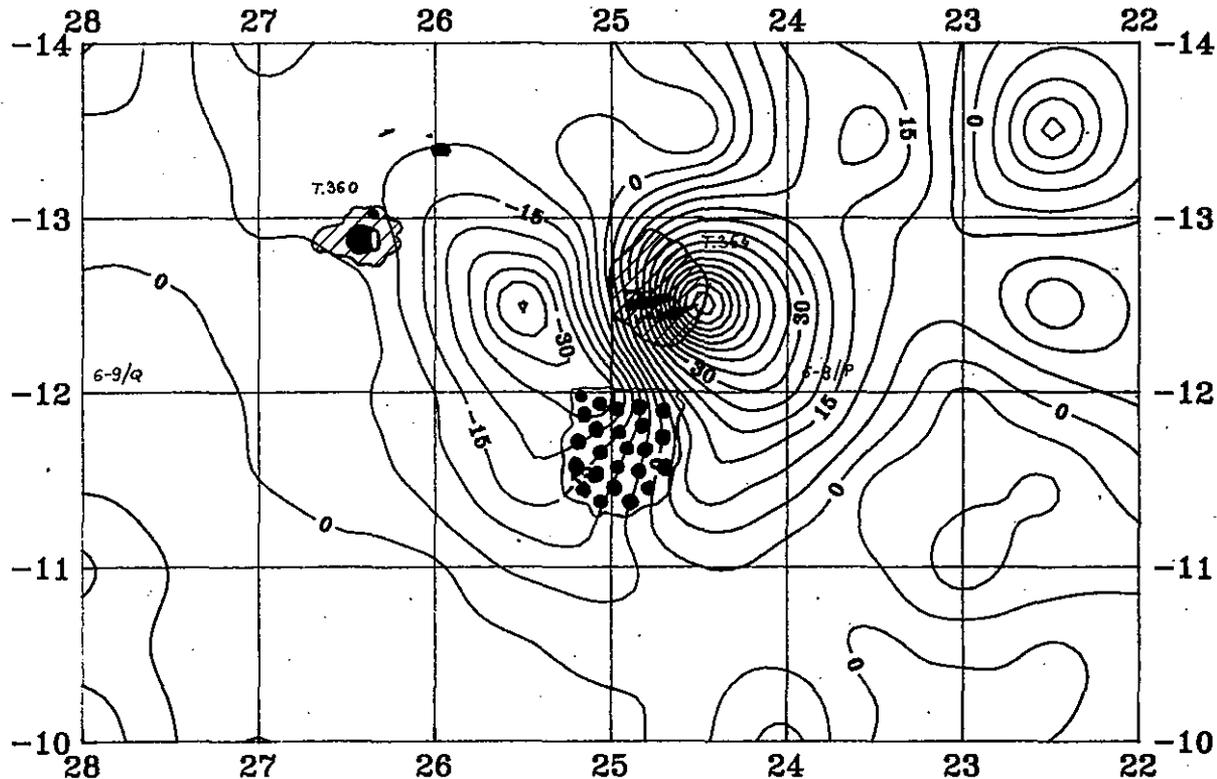


FIG. 6.—Ejemplo de anomalía producida por una estructura de posible «ustrinum» (punteado en negro). Dicha anomalía, aunque producida por la T.354 y su ajuar de hierro, presenta una deformación hacia el noroeste. También se aprecia en la figura un máximo relativo producido por la T.360 que contiene cerámica reductora.

**BASES DE DATOS RELACIONADOS PARA LA
GESTION DE EXCAVACION:
LA EXPERIENCIA DE LA NECROPOLIS DE
CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA)**

A. BESCOS CORRAL*
A.I. ALDECOA RUIZ*

INTRODUCCION

La validez de toda investigación arqueológica depende, en gran medida, del adecuado tratamiento de las fuentes y los datos que estas proporcionan.

La evolución tanto conceptual como a nivel práctico que ha experimentado la arqueología en los últimos decenios ha generado un espectacular aumento del volumen de información recogido, incremento que no ha sido parejo a la capacidad de tratamiento de la misma. Como causas de este fenómeno, pueden señalarse las siguientes:

a) La acumulación de datos desde el pasado, muchos de los cuales tienen carácter redundante. Baste citar el corpus de artículos, publicaciones monográficas existentes, o el ingente volumen de materiales que llena los Museos sin posibilidades de ser adecuadamente estudiado.

b) El incremento neto del material recogido en las excavaciones actuales.

c) La sistematización en la recogida de datos: ha aumentado el número absoluto de objetos de los que se extrae información, así como el porcentaje que representan respecto al total de material recogido.

d) el incremento del volumen de datos contextuales y específicos obtenido de cada objeto, en valor absoluto, respecto al pasado.

La aparición de la informática es la respuesta necesaria a este problema de crecimiento del volumen de datos no parejo a la capacidad de los medios convencionales de tratamiento. Sin embargo, su uso no está exento de riesgo, principalmente si su aplicación se realiza sin una previa planificación.

Toda actuación arqueológica se sustenta en una teoría general, más o menos amplia, de la cual se desprenden varias hipótesis de trabajo, susceptibles de comprobación. Dentro de los modos de verificación de las hipótesis, la excavación arqueológica es uno de los principales.

El papel de la informática comienza en la misma gestión de la excavación, con el inventario informatizado y otras aplicaciones de uso directo (diario, mapas topográficos, dibujo asistido, creación de gráficos, etc.). El posterior estudio de los

materiales exige un tratamiento de la información para el que están especialmente preparados los sistemas de gestión de bases de datos de carácter relacional, así como los programas de tratamiento estadístico. El análisis de la información recogida permitirá extraer unas conclusiones que validarán o no la hipótesis de partida.

Lo anterior puede enfocarse como una actuación cerrada, puntual, para esa verificación, o darle una dimensión mayor; basada en la potencialidad de los sistemas de gestión de bases de datos relacionales: la capacidad de consulta, actualización y comparación con otras bases de datos actuales o futuras, así como de incorporación en redes informáticas y bancos generales de datos.

En otras palabras, la informatización lleva implícito el desarrollo del concepto de fluidez de la información arqueológica como contraposición al criterio de información no dinámica vigente hasta ahora.

LA FLUIDEZ DE LA INFORMACION

Hasta ahora, el volumen de datos extraídos de las excavaciones arqueológicas y publicado es sólo una fracción pequeña del total obtenido, principalmente por las dificultades económicas y técnicas existentes. Por ello, su estudio comparado con datos de otras procedencias exige un considerable esfuerzo y pérdida de tiempo.

La informática puede ayudar en esta situación, como soporte dinámico de todo tipo de información.

El concepto de FLUIDEZ DE LA INFORMACION ARQUEOLOGICA se basa en la potencialidad de los sistemas de gestión de bases de datos de acceder a múltiples archivos de forma simultánea y establecer comparaciones entre ellos, de modificar y ampliar los mismos, crear otros nuevos y, sobre todo, de trabajar dentro de redes locales y bancos de datos generales.

En un futuro no lejano, será factible para todo investigador el acceso y consulta desde terminales mediante sistemas de gestión de bases de datos (SGBD o DBMS) tanto el corpus general de artículos y publicaciones como a las informaciones y monografías de excavación. Tal hecho supondrá un notable cambio respecto a la situación actual.

Desde la perspectiva presente, el camino hacia esta meta pasa inevitablemente por un cambio de actitud y una adopción de ciertos criterios de trabajo, que deben ser mayoritariamente compartidos para ser eficaces.

El objetivo de esta comunicación es sugerir unas pautas mínimas de actuación basadas en la experiencia adquirida desde 1986 en el empleo de la informática en un yacimiento arqueológico. Evidentemente, cada yacimiento es diferente, pero en lo fundamental, tanto por el hardware y software empleado como por los problemas detectados, es posible sugerir unas ideas de amplia aplicación.

NATURALEZA DE LAS BASES DE DATOS

Base de datos puede definirse como un grupo de datos almacenados bajo criterios definidos en un conjunto compacto, del que se han eliminado las redundancias innecesarias, al que mediante un sistema de gestión de bases de datos se puede añadir, eliminar, estudiar o intercambiar información, pudiendo utilizarse en aplicaciones diversas y por usuarios diferentes. El ejemplo inmediato en arqueología es el inventario de excavación.

En el mundo informático, dentro de sus convenciones de lenguaje, y de forma no coincidente con otras ciencias, se considera la diferenciación entre datos, información y conocimiento en los siguientes términos:

a) Datos son hechos elementales con significación, que no están formados por otros hechos.

b) información es el significado de los datos, esto es, su aspecto semántico.

c) Conocimiento es la información sobre un hecho más la capacidad de llegar a conclusiones a partir de ella.

Aplicando estos significados a la arqueología, tendríamos que dato es un hecho elemental, como el diámetro de un borde cerámico; información es el significado de un conjunto de n datos, como la forma de un objeto o artefacto, y conocimiento es la capacidad de establecer una tipología a partir de la forma de n objetos.

Los programas que gestionan bases de datos se denominan gestores de bases de datos (en inglés, DBMS), existiendo diversos tipos de estructuración y tratamiento de la información. Los principales son los jerárquicos, los relacionales y los de red.

La evolución de los sistemas de gestión de bases de datos ha ido paralela, aunque con algo de retraso, respecto a las innovaciones tecnológicas y al desarrollo de los lenguajes de programación. Se acepta como criterio descriptivo la existencia de cinco generaciones en el desarrollo de los ordenadores.

Los sistemas de gestión de bases de datos aparecieron con la tercera generación, siendo de tipo navegacional (los programas de aplicación, al solicitar un acceso a la base de datos, deben especificar a qué datos quieren acceder y por qué camino). Los sistemas de gestión de la cuarta generación son principalmente no navegacionales (no precisan que se les indique el camino de acceso a los datos, sino que lo determinan ellos mismos). Son sistemas fundamentalmente relacionales.

Se prevé que en la quinta generación se desarrollen sistemas de gestión de bases de conocimiento, capaces de soportar sistemas expertos y de ser interrogados en lenguajes naturales.

Mientras que los sistemas de gestión de bases de datos o de información operan, en último extremo, sobre los datos elementales, los sistemas expertos se caracterizan por la capacidad de gestionar conocimiento, de facilitar no sólo datos, sino de extraer conclusiones de los mismos e incorporarlas a la base. Ofrecen muchas posibilidades en la próxima década.

Los sistemas de gestión de bases de datos (DBMS) de tipo relacional permiten realizar un análisis exhaustivo de los datos, mediante la apertura de varios archivos de forma simultánea y comparándolos mediante campos comunes, eliminando redundancias y repeticiones y optimizando el uso de la memoria. Estas características permiten obtener conclusiones no evidentes a partir del análisis de datos procedentes de fuentes distintas.

PRINCIPIOS GENERALES DEL DISEÑO DE BASES DE DATOS

Un diseño correcto del almacenamiento de los datos que va a contener un sistema de información de carácter relacional debe tener en cuenta lo siguiente:

a) Los datos han de ser independientes respecto de los programas que los utilizan: no debe importar el uso de uno u otro software, si los datos son compatibles; por ejemplo, la información en las bases de datos suele guardarse en códigos ASCII, con lo que es inteligible para numerosos programas y sistemas operativos.

b) La distribución física y el formato de los datos no debe afectar a las funciones del sistema: no debe tener incidencia la disposición de los datos en soporte de hardware (por ejemplo, su orden de introducción).

El diseño estructurado de los datos se base en un proceso llamado normalización, en el que se conforman las relaciones entre los diferentes elementos, eliminando las redundancias inútiles. Puede permitirse una redundancia parcial en algunos casos, según las necesidades que plantee el posterior trabajo con los datos.

Así, la descripción literal de un elemento como FRAGMENTO DE BORDE DE TERRA SIGILLATA HISPANICA indica su composición cerámica, pero es útil que en el campo descriptor de «composición» se repita la clave numérica que corresponde a la codificación de los elementos cerámicos.

Dentro del proceso de normalización, tiene especial importancia la construcción de un diccionario de datos, que contiene la descripción detallada de cada elemento de información. Quizá este es el principal caballo de batalla de la aplicación de la informática en arqueología, dado que no existe una unificación del lenguaje, ni el mismo término se interpreta igual para autores diferentes. El diccionario de términos busca ajustar los significados para esa base de datos concretas, haciéndola inteligible para su consulta y comparación con otras bases.

LA EXPERIENCIA DEL YACIMIENTO ARQUEOLOGICO DE TIERMES

Desde la campaña de excavaciones de 1986, se vienen aplicando en el Museo Monográfico de Tiermes diversos programas de tratamiento de la información arqueológica, fundamentalmente gestión de excavación, inventario y estudio estadístico de piezas. Los sistemas de gestión de bases de datos probados en microordenadores han sido de varios tipos:

a) Inicialmente, bases de datos secuenciales, programadas en lenguaje BASIC, para inventario general, bajo sistema operativo CP/M 2.2. Son relativamente lentas y obsoletas en la actualidad.

b) En un segundo momento, bases de datos de acceso aleatorio, mucho más rápidas, bajo sistemas MS/DOS 3.3. Los programas pueden compilarse.

c) Actualmente, sistemas de gestión de bases de datos relacionales que permiten trabajar simultáneamente con varios archivos a la vez y crear programas compilados para tratamiento de la información. Por ejemplo, el mismo programa genera una Base de Datos de «Inventario» y otras relaciones con atributos (ej. «Cerámicas Pintadas») o pertenencia a conjuntos (ej. «Ajueres de Tumba»).

El criterio de aumentar la compatibilidad de la información con sistemas o programas diferentes, ha aconsejado adoptar los sistemas de bases de datos relacionales, accesibles desde redes locales y compatibles sin problemas para versiones sucesivas.

Entre los problemas principales que se han detectado, el más importante es la necesidad de realizar un amplio diccionario de términos descriptivos y datos antes de diseñar los archivos, así como de estructurar los mismos según las reglas canónicas del proceso de normalización. Esta tarea exige una colaboración entre arqueólogos y técnicos, para evitar errores de concepto y estudiar que se va a pedir en último extremo al software, más aún en un terreno tan subjetivo como es el de la descripción de objetos arqueológicos, con un vocabulario no normalizado.

En los DBMS, considerando la entrada de cada registro (objeto, entero o fragmento), compuesto por n campos (datos específicos, contextuales y asignados al objeto), como una fila de una matriz bidimensional, y cada campo como una columna de la misma, debe cumplirse lo siguiente:

a) Cada entrada de la tabla es un dato individual simple: por ejemplo, el valor del diámetro de un borde o el número de sigla de un objeto.

b) Todos los elementos de un campo son de la misma clase: así, los diámetros son datos numéricos expresados en unidades semejantes y los números de sigla son enteros positivos.

c) Todos los registros son diferentes: no hay dos iguales, y fragmentos de un mismo objeto o artefacto difieren en su número de sigla si se han hallado en contextos distintos.

d) Filas y columnas (registros y campos) pueden ser considerados en cualquier secuencia sin afectar a la información contenida. La entrada de los registros no se realiza en ningún orden determinado, ni la posición de los campos guarda ninguna jerarquía específica.

La eliminación de las dependencias obvias entre datos, o redundancias, que ya hemos dicho que puede ser sólo parcial, permite un diseño aceptable de la base de datos. Ello no evita que una vez puesta a prueba se puedan producir cambios de criterio sobre la estructura que es mejor para la base, o sobre sus definiciones, y sólo en buen análisis inicial de necesidades y una cierta experiencia práctica minimiza esta tendencia, que por otra parte es natural por la propia dinámica de la arqueología, y soportable por el software, ya que las bases relacionales pueden ser redefinidas en su estructura y contenidos en cualquier momento.

Esto lleva a considerar otro hecho fundamental: es conveniente buscar la máxima sencillez, evitando la excesiva casuística —tentación inicial en todo diseño—, ya que redundará siempre en una mayor agilidad y claridad del trabajo si se junta con un estudio previo de necesidades.

En nuestra experiencia en el inventario informatizado de unos 50.000 objetos procedentes de la ciudad de Tiermes y la Necrópolis Celtibérica de Carratiermes, con una cronología que abarca entre la Edad del Bronce y el mundo medieval (incluidas intrusiones modernas), la estructura de la base de datos se fue puliendo hasta llegar a desarrollar un sistema de entrada organizado en campos numéricos (para datos codificados), campos de comentario (para entradas textuales) y campos «memo» para largos comentarios, mediante un conjunto de claves y un diccionario de datos ajustado a las necesidades del amplio espectro de materiales cerámicos, metálicos, etc. que se obtienen de estos yacimientos.

Por ejemplo, un fragmento de borde de cerámica común pintada de cronología romana presenta la siguiente secuencia de claves para su descripción numérica:

4522 1 87 C216 2 12 3 1 1 9 1 1 5

A la que se añaden los campos alfanuméricos y los campos memo para descripción general de sus características y atributos.

La información guardada por registro ha sido de 150 caracteres (de los cuales una parte son claves numéricas para búsqueda, ordenación o indexación y el resto son cadenas alfanuméricas descriptivas, que permiten también la búsqueda de información), aparte de otros 4.000 caracteres optativos para comentarios en campos «memo». El inventario resumido permite una consulta visual rápida, además del estudio estadístico informático, siendo mucho más completo que el antiguo inventario manual.

Además de disponer de pantallas de ayuda dentro del mismo programa, ha resultado necesario perfeccionar el diccionario de datos, ajustando los significados de términos que tienen un carácter vago o impreciso. Este es un problema complejo, y para hacer comprensible la base de datos a cualquier persona, se incluyen estas consideraciones en las pantallas de ayuda.

En la actualidad se trabaja en el desarrollo de programas expertos que faciliten las labores de entrada de datos, controlen el uso de términos no fijados en el diccionario de datos, así como los posibles errores, y permitan un diálogo fluido entre el usuario y la terminal, sin necesidad de poseer por parte de aquél especiales conocimientos de informática.

La experiencia adquirida en estos años nos hace considerar útiles las siguientes consideraciones sobre el empleo de medios informáticos en arqueología:

1. El empleo de la informática en la arqueología debería realizarse desde la óptica de la fiabilidad de la información. Lo contrario significaría cercenar la posibilidad más importante de esta herramienta.

2. Su uso más inmediato se halla en el software de sistemas de gestión de bases de datos, siendo los de carácter relacional los que ofrecen mayor número de posibilidades actuales.

3. Consideramos conveniente establecer criterios sobre hardware y software a emplear por los investigadores, cara a un posterior intercambio de la información.

En principio, los ordenadores personales tipo XT, AT y PS/2 y los sistemas de gestión de bases de datos relacionados que permiten intercambio de datos con otros programas y pueden trabajar bajo redes locales, poseen una buena relación capacidad/precio para el tratamiento de información y están estandarizados, al contrario que otras opciones técnicas, que presentan problemas de compatibilidad. Además, la información puede «migrar» hacia las versiones futuras sin ningún problema.

4. Es un objetivo realizable la publicación conjunta con las memorias de excavación del disco o discos con el inventario informatizado de la misma, bajo los criterios de compatibilidad señalados en el punto anterior. Consideramos imprescindible la codificación de toda la información en código ASCII, para facilitar su difusión.

5. El coste económico que conlleva la informatización de una excavación y los estudios posteriores, hace necesario mantener un criterio de compatibilidad en el nivel de los microordenadores (cuya capacidad y potencia crecen cada año), lo que no es impedimento para el uso de hardware de mayor nivel en los intercambios de información

Es preciso, en todo caso, adoptar unas convenciones en cuanto al soporte de la información y a su codificación, ya que pueden suponer la agilización del trabajo y un paso en el camino hacia la fluidez de la información arqueológica.

MUNDO REAL

MUESTRA

EXCAVACION
RECOGIDA DE DATOS
GESTION INFORMATICA DE LA EXCAVACION

BASES DE DATOS RELACIONALES / ESTUDIOS ESTADISTICOS

*ANALISIS
CONTEXTUAL*

*ANALISIS
ESPECIFICO*

SIMULACION POR ORDENADOR / MODELOS ESTOCASTICOS

*SIMULACION
ELABORACION DE MODELOS*

VERIFICACION

*CONTRASTE DE MODELOS
CON LAS MUESTRAS*

INTERPRETACION
NUEVAS OBSERVACIONES Y REELABORACION DE MODELOS

CONCLUSIONES SINTETIZADORAS

Modelo simplificado de metodología arqueológica.

INVENTARIO

EXCAVACIONES DE CARRATIERRES
EXPEDIENTE I - 1988

NUMERO	CLAVE	CATA	Z	M-T	CON	FOR	FAB	C	D	G	COL	DEC	ACB	MRC	DESCRIPCION	DECORACION	COMENTARIO
2500	C146	5 9/M	A		12	2	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2501	M113	5 9/M	T	140	6	14	1								FRAGMENTOS DE VAJRA		
2502	C145	5 9/M	T	140	12	2	3	1	1	1	8	1	1	5	BORDE ZOOMORFO DE CERAMICA CONO#		
2503	C146	5 9/M	T	140	12	2	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2504	C146	5 9/M	T	140	12	6	3	1	1	1	4	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2505	C146	5 9/M	T	140	12	8	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2506	C146	5 9/M	T	140	12	6	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2507	C146	5 9/M	T	140	12	10	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2508	C146	5 9/M	T	140	12	2	3	1	1	1	7	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2509	C146	5 9/M	T	140	12	6	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2510	C146	5 9/M	T	140	12	6	1	2	1	3	3	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2511	C146	5 9/M	T	140	12	6	1	2	1	1	3	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2512	C146	5 9/M	T	140	12	6	1	2	1	1	3	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2513	C146	5 9/M	T	140	12	6	1	2	1	2	8	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2514	C146	5 9/M	T	140	12	6	1	2	1	2	2	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2515	C146	5 9/M	T	140	12	6	1	2	1	2	2	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2530	C150	SUPBRERIC	S		12	14	1	2	1	1	3	2	1	5	COLADOR DE CERAMICA CON AGUJEROS Y LINEAS	LIBRAS DE PORTOS	
2532	M113	5 8/T Z S	T		6	14	1								FRAGMENTO DE VAINA		
2533	C145	5 8/T Z SH	T		12	2	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2534	C146	5 8/T Z SH	T		12	2	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2535	C146	5 8/T Z SH	T		12	2	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2536	C146	5 8/T Z SH	T		12	6	3	1	1	1	3	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2537	C146	5 8/T Z SH	T		12	8	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2538	L100	5 8/T Z SH	T		15	1	1								LASCA		
2539	M200	5 8/T Z SH	A		4	1	4								CALAGORRIS/ANVERSO AUGOSTO/BEVERSO TORO	VILLARONGA / F.975	POST.23 AC
2540	C146	5 8/T Z SH	A		12	2	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		BORDE EIV
2541	C145	5 8/T Z SH	A		12	6	3	1	1	1	9	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2542	C146	5 8/T Z SH	A		12	8	3	1	1	1	7	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2543	C146	5 8/T Z SH	A		12	6	3	1	1	1	7	1	1	5	CERAMICA CONO#		
2544	M115	7 8/S	A		6	1	1								SEGATON PEQUEÑO DE 5 CM		
2545	M143	7 8/S	A		6	1	1								ARABDELA Y REMACHE COLGANTE DE		

Ejemplo de inventario informatizado realizado en la misma excavación.

**LOS ARGUELOS:
ETNIA, LINAJE Y ADMINISTRACION**

L. PEREZ VILATELA*

Ptolomeo (2, 6, 55) es el primer autor que llama «Argaela» a «Uxama», pues Plinio (NH 3, 27) la cita sin más entre los «oppida» arévacos. Un epígrafe de Sto. Domingo de la Calzada (CIL II 2907) menciona «Uxama / A[r]gaela...» ¿Cuál fue la relación entre Úxama y los argelos? Úxama fue una ciudad grande en época romana, de 28 Ha. (Taracena 1941, pág. 129) en el «cerro del Castro» de Osma. Tuvo tal vez un papel en la guerra numantina, de corresponderse «Axeinon» («lb.» 47, 194) ciudad donde los celtíberos guardaban los víveres, atacada en vano por Nobilior, derrotado varias veces y sin abastos, por lo que ello debió ocurrir bien avanzado 153 ó ya en 152. «Axeinon» en griego, quiere decir «inhóspito», fácil juego de palabras, la ciudad que negó alimento a los romanos, quienes se retiraron de noche, lo que da idea de un desastre considerable. Varios autores (Schul-ten 1974, pág. 130; Bosch - Aguado 1935, pág. 106; Tovar - Blázquez 1975, pág. 52) defienden que es Úxama; Simon (1962, pág. 13) no.

La razón por que creemos en la identidad de «Axeinon» con «Uxama» es que hallamos formas muy similares en autores antiguos, «Auxumen» (ac., Exuperant., 8) «Auxuma» (Flor. 2, 10, 9) referidas a la heroica defensa de «Uxama» (Oros. 5, 23, 14) frente a Pompeyo, por fidelidad a Sertorio ya muerto, como «Clunia» y «Calagurris». Existió pues, una tendencia a alargar la primera sílaba en cantidad y timbre, en autores latinos. Morenas (1916, págs. 341 y 605 ss.) descubrió una necrópolis (cf. tb. Taracena 1941, págs. 125-135) y G.^a Guinea (1959, págs. 122 ss.) realizó prospecciones en la ciudad. La etapa romana se conoce mejor (Loperráez 1788, II, págs. 290 ss.; G.^a Merino 1970, págs. 383 ss.; ead., 1971, págs. 75 ss.; ead., 1975, págs. 302 ss.)

LAS MONEDAS

Son cronológicamente el primer documento atribuible a los argelos: se trata de emisiones en bronce, no muy abundantes, en alfabeto ibérico y lengua celtibérica, en nominativo plural. «A.Ř.CA.I.L.I.CO.Ś» (Lejeune 1955, M90, pág. 95; Untermann 1975, pág. 280, n.^o 62) rotulado en el exergo, bajo los cascos del

caballo del «jinete lancero» (Untermann 1964, pág. 116). En el siglo pasado se transcribieron «ARCLIQS» y se atribuyeron a Medinaceli, interpretando «Arx Oci-lis», (Heiss 1870, pág. 226) aunque (Delgado 1876, III, págs. 13 ss.) el «UŠ» del anverso se atribuía a «Uxama». Aún se mantiene aquella atribución (Mateu 1947, pág. 67) y otras más extravagantes: «Oscu» (?) en Soria (Villaronga 1979, pág. 204), «Arx Elia», hacia Zaragoza (Gil 1966, pág. 190) alteración doble del topónimo, que fue realmente «Castra Aelia» (Liv. fr. lib. 91) no ciudad, sino campamento y aún inidentificado. La sistematización de emisiones es tipológica, no cronológica (Vives 1924, II, n.º 69, págs. 141 ss.): ases y rarísimos cuadrantes de metrología romana, cuyo anverso lleva cabeza desnuda e imberbe y delfín y la leyenda «UŠ» flanqueándola. En reverso, en un renglón o bien dos, el gentilicio («A.Ř.CA.I.L.I.» y «CO.Š» en este caso, llamado segundo modelo de la primera emisión). La llamada segunda emisión por Vives no presenta «UŠ» en anverso, leyenda en un sólo renglón del reverso. La tercera presenta en anverso las marcas «C» y «D», delante y detrás de la cabeza. «UŠ» corresponde a Úxama, según opinamos (Hübner 1893, pág. 82, n.º 90; Caro 1954, pág. 734; Untermann 1975, pág. 280; García Merino 1970, págs. 385 ss.) Pero como las mismas letras aparecen también en el anverso de las monedas de «U.I.Ř.O.U.I.A.», hay quien duda de que estos signos identifiquen una ciudad (Gil 1956, págs. 22 y 31). El grupo estilístico de «Arcaicos» es el celtibérico (Guadán 1969, pág. 209) que comenzaría a emitir tras la caída de Numancia en 133, coherentes en tipología y geografía. La zona de hallazgos es Osma, Clunia y Muro de Agreda (Martín 1966, pág. 221).

Pero el enigma de estas monedas es la existencia en el mismo período y grupo, de otro conjunto: las de «U.Š.A.M.U.Š», asimismo con jinete en la cruz, sin referencia a los argelos (Vives 1924, II, n.º 43; Untermann 1975, pág. 290, n.º 72; Guadán 1969, pág. 209). En anverso, cabeza imberbe, delfín, o bien arado y letras «UŠ», o bien un círculo, que pudiera ser una «KU» ibérica. Untermann (1964, pág. 116) atribuye las de «Arcaicoš» a «Uxama Argaela» y éstas a Osma de Valdegovia, «Uxama Barca». Pero no es así, pues esta ciudad acuñó como «U.A.Ř.CA.S» (Vives 1924, II, págs. 146 ss. n.º 78; Caro 1954, págs. 711 y 734; Untermann 1975, A93 pág. 320). Por tanto, los argelos acuñaron como grupo propio, unas veces al margen de Úxama y otras, apuntando una relación. Hay otras cecas con el gentilicio polínmico en reverso y una abreviatura de un étnico en anverso: «Belaišcom» o «Contebacom» (gen. plu.) que añaden «bel», apócope de «belaiscos»; «Cařaves», «gal», de Galli acaso (Beltrán 1987, págs. 43 ss.) etnónimos superiores a la ciudad, lo que no es el caso de «UŠ» (polínimo) respecto a «Arcaicoš». Hay otros casos en que aparece una parte del polínimo en el exergo: «Š.E.KO.T.I.A.S» y en la cara «L.A.K.A.S» (Vives, pág. 146, n.º 76; Untermann 1975, pág. 299, n.º 77). Se trata de «Segontia Lanka» (Ptol. 2, 6, 55) y se usa el anverso para el apelativo de la ciudad en conjunto, que va en gen. sin. probablemente y que la diferencia de homónimas. Parecido es el caso de «Uařcas», ya visto, salvo que aquí en el exergo del reverso va el segundo término. Tanto «Uařcas» como «Lakas» no son gentilicios sino explicitaciones del polínimo para diferenciarlo de homónimos y van en genitivo dando algo así como «Segontia de Lanka». El único caso comparable, aunque no del todo es el de «I.K.E.S.A.N.COM» (gen. plu. f. «Bořneškom», «Belaiskom», etc.) bajo el caballo, en vez del polínimo que va en anverso «CO.N.BO.UTO», Complutum» (Vives, pág. 85,

n.º 28; Untermann 1975, pág. 294, n.º 74). Se trataría más bien de un gentilicio que suplantaría al nombre de la ciudad y que no va en nom. sin., a diferencia de «*Ařcaicoŝ*», quienes no sólo suplantaron a su ciudad, sino que en una emisión omiten toda referencia a ella. Además lleva el sufijo —ico—, característico de esta lengua para formar los gentilicios de tercer orden (Albertos 1975, págs. 26 ss.). También lo llevan algunos otros rótulos monetales urbanos «*Oilaunicoŝ*», «*Calakořikoŝ*», etc.

El origen romano de la metrología arévaca aparece claro (Beltrán 1950, pág. 316; Simón 1962, pág. 12 n. 3; Marín Valls 1966, pág. 130; Tovar-Blázquez 1975, págs. 234 ss.). Además habían alcanzado la madurez económica para hacerlo (Knapp 1979, págs. 465 ss.) pero ésto no explica la gran proliferación de cecas que comienzan tras 133, mientras que en cambio, grandes ciudades de la Ulterior como Hasta, Munda, Tucci, etc. nunca acuñaron. Tampoco ni vacceos, ni siquiera los arévacos del SO. (Termancia, Segovia, cuyas monedas son muy posteriores y romanas, si no corresponden a la de la Bética) y según sus ciudades (Visontium, Savia) tampoco los pelendones. En cambio los arévacos centro noroeste presentan además, «*Ařcořaticos*», «*Colounioku*», «*Letaiřama*», etc. etc. Tal atomización sólo puede tener origen político. No es necesario fabricar las monedas que se usan: el mayor tesoro hispano se halló en Palenzuela, la «*Pallantia*» vaccea, gente que no amonedó. Es difícil no ver la mano de Roma tras esta proliferación. Escipión dividió el territorio numantino «entre los vecinos» (App. «*lb.*» 98, 428) acaso también Úxama (Bosch - Aguado 1935, pág. 184). Antes efectuó «...transacciones comerciales» (App. «*lb.*» 98, 427), mejor que «decidió las cuestiones pendientes» (FHA IV, pág. 301) pues «*chrēmatisas*» literalmente es «tratar en dinero», además de que impuso multas «*chrēmasin*», en dinero. Es decir que Escipión monetarizó intencionadamente las relaciones comerciales de los arévacos, adelantándose a César (B.G. 6, 24, 5) que observó el comercio como desbravador de pueblos. Se ha dicho que los vacceos acudieron a sometersele en 133 (Simón 1962, pág. 189) pero no hay pruebas. De hecho, los segovienses, arévacos pese a Schulten (1914, págs. 134, 232, 253) en 76 aparecen ligados a los vacceos, sus hermanos de raza (Bosch 1932, págs. 558 ss.) en que Sertorio envía a Insteyo a Segovia y los vacceos para reclutar caballería (Liv. fr. lib. 91). Por ello, sospechamos mayor reticencia frente a Roma. Tal vez quedasen en la provincia Ulterior; como vacceos y carpetanos en su mayoría (Rdz. Colmenero 1979, págs. 144 ss.). Las pistas no apuntan a relaciones «crematísticas» en la intensidad de los arévacos. Orosio (1, 2, 74) y otros testifican que la divisoria interprovincial afectaba a los celtíberos.

LOS EPIGRAFES

Todos los que mencionan a los argelos se han hallado fuera de Úxama y los arévacos. Aquellos que mencionan uxamenses, numerosos y a veces detallados (CIL II 2403, Caldas de Vizella) no indican en general ser argelos, salvo uno. La mayoría emigró al N.O., como muchos uxamenses y clunienses que manifestaban su origen tal vez por algún privilegio fiscal (G.^a Merino 1973, pág. 28) pero

los celtíberos habían influido allá en época prerromana (Martín - Delibes 1981, págs. 172 ss.; Esparza 1983, págs. 87 ss.). Otro dedicante de Tarragona (CIL II 4307) manifiesta ser «Uxamen [sis am] birodacus», o «birodacum», según G.^a Merino (1970, pág. 424, n. 5 menos probable), aplicando un adjetivo a Uxama, que no es el oficial. Sin embargo, hay uxamenses que son argelos emigrantes y manifiestan esta condición bajo un genitivo plural:

1) «CORNE/LIA G.F. V/XAME/(N)SIS ARG/ELORV/M MAT/ER H.S.ES.» de Norba, Cáceres (CIL II 696: ILER 5424; Crespo 1976, pág. 228; Jimeno 1980, n.º 163, pág. 195). A veces el apelativo de Uxama, pero al estar en genitivo plural tiene pues, una dimensión gentilicia (G.^a Merino 1970, pág. 427, n.º 10).

2) «DEAE/DEGANT(AE)/FLAVIA FLAVI [F(ILIA)] IN HONO [REM]/AR-GÆL(orum)/F.», de Cacabelos, León (Gómez Moreno 1925, págs.58-59; Blázquez 1962, pág. 77; G.^a Merino 1970, pág. 432).

Letras capitales de buena factura, al parecer de fines del siglo I. Un hedera entre la 2.^a y 3.^a línea. Losa blanca. Hay duda en la penúltima letra que algunos dan como E. Aquí nuevamente los argelos actúan como un gentilicio, pero es curioso que éste quede destacado con una fórmula «...in honorem...» usada por comunidades políticas, corrientemente. No se cita para nada a Uxama pero se considera (Crespo 1976, pág. 229) que se trata de arévaca y uxamense.

El nombre de la diosa puede ser «Deganta» (Blázquez 1962, pág. 47) o «Degantia» (G.^a Merino 1970, pág. 432). Depende de como se complete. La segunda forma tiene paralelismos con la hidronimia paleoeuropea en «-tia», «-tium», que han dado lugar a las formas romances en «-za» «-cia»: Alenza, Eslonza, Palancia, Daganzo (Krahe 1962, pág. 294; Hoz 1963, pág. 241). Se trata pues, de una diosa con nombre acuático (Fdz. Albalat 1986, pág. 146, n.º 3).

3) «DEAE/ DE(ANAE)? CV(STODI)? ANT.(ONII)/FLAVIA FI(LII) IN HONOREM ARGAE/[LI M(ATER)] FECIT». Lectura de Fita (BRAH 60, 1912, pág. 505) insegura (ILER 345) de Astorga.

Creemos que se impone la lectura «De(gantiae)» o «De(gantae)» (Mauleón, 1983, n.º 1.060, pág. 77). Asimismo «Argaelorum» es lo indicado, pero mantiene «fi(lii) in honorem» como secuencia (id. pág. 113). Nosotros sospechamos que «in honorem» se refiere a «Argaelorum» y leemos «Ant(onio)» en la 2.^a línea y «fi(lio)» en la 3.^a Esto parece preferible a «Ant(onii) Flavia/fi(lia)...». La cuestión se aclararía de conservarse mejor la última línea, pues en vez de «m(ater)» hubiese podido ser «v(otum)». Los paralelismos con la anterior son notorios. Tras estas inscripciones de argelos en genitivo plural, examinemos otras en que el vocablo va en nominativo singular:

4) «MA. OCTAVIO / TIF. GAL/NOVATO/ PRAEFECTO

FABRUM / Q. VALERIUS ARGÆLUS/DVITQ.». En los laterales, en incisiones: «IS / L / NICO». Procede de Segóbriga (Osuna 1976, pág. 53, n.º 1). Apareció en la escena del teatro (Albertos 1975, pág. 15, n.º 121; González 1986, n.º 114, pág. 114).

(5) «ANNI[O] / ARGAE[ELI F.] / [...] NCIC(UM)».

Procede de Buenafuente (Fita, BRAH 28, 1896) Guadalajara (González, 1986, n.º 15). También pudiera ser Anni[us] (Mauleón 1983, n.º 1.189). Es probable que «Arga[...]» se refiera a los argelos, pero tal vez sea el nombre del padre de «Anni[us]» pero sería único caso; los demás argelos llevan nombres latinos; podría ser un cognomen como en los números 4 y 6. Así lo da Albertos (1979, pág. 137) en nominativo González con plata [AIA]NCIC/(UM).

6) «SEPTIMVS / ARGILICVS / V.S.L.M.» (CIL II 5.615; ILER 969; MLI, pág. 223 s.v.). Procede de Chaves al NE de Portugal.

7) «...LICINIVS [AR]GELA(E) ...». Epígrafe mutilado (CIL II 5695; Fita 1881, pág. 391) del que el mismo Hübner daba otra lectura (MLI, pág. 223: «[AR]GELA»). De León. Ha sido relacionado con Úxama o con la «gens» de los argelos (Crespo 1976, págs. 229-30). Más que un nominativo helenizado sería preferible alguna lectura indígena [AR]GELA(RUM) (?) o [AR]GELA(CVS). Por otra parte, podría no tener nada que ver con los argelos, sino con la ciudad vaccea de «Gela» (Ptol. 2, 6, 49; «It.» 440, 3; Rav. IV 45 = 318, 7). En estos casos, el comportamiento de este cognomen «Argaelus», «Argilicus» es comparable al de otros de origen étnico: «Celtiber», CIL II 4.464, 4.472, 5.881; «Cantaber» CIL II 4.191, 5.759; «Astur», CIL II 2605; ILER 3747, etc...

8) «CAISAROS CECCIQ(UM) / PR(INCEPS) ? ARCAILO(M) ?».

Tésera pequeña de Paredes de la Nava (CIL II 5.762; Fita, BRAH 13, 1888, «Icr(o) Arcailo», se puede descartar). Unos autores completan «Arcailo» con -N (Albertos 1975, números 48 y 70, pág. 48; Lejeune 1955, págs. 80 y 104-105) y otros con -M (-CIL; Mauleón 1983, n.º 1.166; Blázquez 1975, pág. 359, n.º 10) se relaciona con el problema de las nasales celtibéricas. Inaceptable -ROM (Crespo - Sagredo 1978, n.º 85). Vives (ILER 5.929) y González (1983, pág. 26 C. 90) lo dejan como «Arcailo» y ésta lo relaciona con fórmulas onomásticas del bronce de Botorrita, f. «Letondu Ubicum Tuño», siendo el último el nombre del padre, pero ¿Y las letras intermedias? Además, las téseras hispanas sólo mencionan un contrayente de hospitalidad. Untermann (1975 A63, pág. 280) relaciona esta tésera con las monedas de «Arcailicoś». No está clara la lengua ¿celtibérica o latina? ni la eventual magistratura consignada en las dos letras más borrosas. La mayoría lee PR(INCEPS) pero Lejeune lee «RR», que Blázquez desarrolla como «R(ix) R(igon)». Aquella palabra significa «rey» en galo y la segunda parece un caso oblicuo de la misma. Asimismo podría completarse «PR(AETOR)» título que en la Narbonense encubría al «vergobret» galo: «praetor Volcarum» o «Vasien-sium» (Lejeune 1969, págs. 22 ss.) coincidiendo con la titulación del magistrado principal de Contrebia (Fatás 1980, pág. 13), pero nuevamente estorba el hecho de que la comunidad política debía ser Uxama o bien los arévacos. En Pannonia, Mesia Inferior y Dalmacia los pueblos indígenas eran gobernados por «pre-fecti» designados por Roma (Rostovtzeff 1972, pág. 458). El problema es ¿cómo parangonarlos al tamaño gentilicio de los argelos? De las interpretaciones, la más probable es como la del «princeps Albionum» de Asturias (G.^a Bellido 1943, pág. 418 ss.) aunque el N.O. hispano se incorporó a Roma bajo el Imperio, no bajo la República como Narbonense y Celtiberia. Por otra parte, la propia Úxama, sin más, firmó una tésera de hospitalidad con los de «Roura» (G.^a Merino - Albertos 1985, pág. 311 ss.) que parece asimismo del s. I a.C.

Conocemos once gentilicios en gen. plu. de uxamenses, incluídos argelos, casi todos de emigrantes (G.^a Merino 1970, pág. 346; Jimeno números 3 y 22). Pero los argelos son especiales: sólo Cornelia hace constar ser uxamense. Sin ser ninguno ciudadano romano sus onomásticos son sistemáticamente latinos y es mayor su vínculo al gentilicio que a la ciudad. Los tres primeros van en gen. plu., pero se concretan bajo la fórmula «in honorem Argaelorum», típica de comunidades políticas (n.º 2-3) o con el gentilicio tras la notación urbana, «Uxame(n)sis» (n.º 1). La fórmula aparece en las mismas lápidas que «Degantia», diosa sólo adorada por argelos (mujeres). El nombre de los argelos va siempre en latín, salvo acaso el n.º 8.

En los pueblos del N. hay una «gens» de primer orden «Astures», que comprende otras de segundo, «Zoelae» y éstas las de tercero «Cabruagenici» (Caro 1970, págs. 13 ss.) todas ellas con una relación ideológica. Los autores actuales usan terminologías diferentes. «Argilicus» sería «gens» para Hübner (MLI, pág. 233) subdivisión de los arévacos para Albertos (1975, pág. 48) entre «civitates» y «populi», pero entonces ¿dónde quedaba Úxama que era la comunidad política? Como gentilicio del sistema onomástico lo toman G.^a Merino (1970, págs. 426 ss.), Jimeno (1980, pág. 196), Crespo (1976, pág. 240) que les llama también «gens» (id. pág. 230). Se preguntaba la primera si «Argaela» era un apelativo derivado de la «tribu o gens» que la fundó y dió los primeros gobernantes a Úxama. González no los incluye en sus repertorios de gentilidades. Los autores acaban por estirar la gama de su propia terminología para adecuarla a los argelos.

ENSAYO DE INTERPRETACION DE LOS MATERIALES

Lo desconcertante es que los argelos aparezcan en distintos peldaños de la escala gentilicia, tanto en posición de 2.º orden como los zoelas astures o los orgenomescos cántabros, como en la posición que entre los celtíberos corresponde a la ciudad (cf. Lejeune B8, págs. 83 ss., 103 ss.) por lo que en los epígrafes debería aparecer «Uxama». Asimismo tras la conquista del Norte la «gens» de los zoelas se convierte en «civitas», la célula de administración (Santos 1985, págs. 11 ss.) como pasa con orgenomescos, con orniacos astures, etc. No lo es menos que los argelos se constituyesen en ceca, papel que entre celtíberos corresponde a la ciudad y que hubiese una distonía entre «Ušamus» y «Arcaillicoš» y que hubiese uxamenses cuyo cognomen fuera «[Am]birodacus» no «Argelus», además de varias gentilidades en gen. plu. Opinamos que Uxama fue un sinecismo de varias, una de ellas los argelos, como la mayoría de ciudades antiguas (Fustel 1971, págs. 91 ss.) ¿Son los argelos el ejemplo de como una «gens» podía subir y/o bajar peldaños en la escala gentilicia teórica? Creemos que sí, en lo referente a generar nuevas agrupaciones en su seno a lo largo del tiempo (Caro 1970, págs. 35 ss.) como «Dvitiq(um)» y «Cecciq(um)», como parece ser el caso de visáligos y cabruagénicos, segregados de los zoelas (CIL II 2.533) según Santos (1985, págs. 10 ss.). Lo mismo se comprueba en sociedades africanas tradicionales

aún vivas, en que cuando los que se refieren a un antepasado «A» para establecer parentesco, son demasiado numerosos y por tanto la solidaridad interna se debilita, pueden entonces escindirse, eligiendo unos a un antepasado de cuarta o quinta generación anterior como referencia (Marquet 1971, pág. 44, grafs. 2 y 3). Pero el caso de los argelos presenta una tendencia a subir en la escala, sin llegar ni a la suplantación total de su ciudad, ni a quebrar la gens arévaca, lo que da idea de la estabilidad de estas instituciones celtíberas, pues los argelos, serían al principio un gentilicio de tercer orden, con sufijo típico en «—ico—», e integración en la onomástica. Desde este aspecto serían la gentilidad de mayor perduración (s. II a.C. I - II d.C.) aunque los epígrafes no están bien datados. Su amonedación denota el reconocimiento preeminencial que Roma les otorgaba y acaso un privilegio fiscal, como el hecho de emitir téseras, dos características políticas. Acaso se deba a Escipión este reconocimiento, pues se relacionó con príncipes celtíberos como «**Thyresus**» (Oros. 5, 8, 1) contra Numancia, reclutando hispanos (FHA IV, pág. 76 ss.). Uno de estos jefes debió ser el agente potenciador del grupo: de forma similar a los grandes «**géné**» griegos arcaicos que se habían interesado por la amonedación a su nombre (Daverio 1973, págs. 92 ss.). En época imperial continuó la emigración arévaca al N.O. a la vez que Úxama se potenciaba y sólo un grupo establecido en tierras astures continuó usando en exclusiva el gentilicio «**Argaelorum**», con exclusión de cualquier otro, bajo una fórmula propia de comunidades políticas, lo que le quita naturalidad y le da un aire oficial y fósil. Y es que el sistema gentilicio celtibérico funcionaba como máximo a tres escalas, el intento de establecer peldaños intermedios sólo sobrevivió por razones políticas. Las gentilidades como unidades sociales sólo tenían un significado local (Faust 1979, pág. 488, n. 9) derivado de nombres personales (González 1986, págs. 28 ss.) y sin llegar a muchos grados de parentesco (id. 1986, pág. 105), aunque las pruebas son ambiguas. Cuando el grupo se latinizó en onomástica no pudo generar nuevas gentilidades: algunos mantuvieron el gentilicio bajo fórmula política, otros lo convirtieron en cognomen, como «**Valerius**» o «**Septimius**», pero el mismo sobrevivió como adjetivo diferenciador de esta Uxama, que como arévaca era un «**oppidum**» (Plin. NH 3, 18) que en terminología pliniana para Hispania denota categoría superior a los «**populi**» en que se articulaban los pelendones (Plin. NH 3, 26).

Nos queda «**Degantia**», víctima de repertorios sobre la «religión de los astures» (Quintana 1969, págs. 57-69; Lomas 1975, pág. 57). Pastor (1981, págs. 27, 86) la cree «divinidad protectora o tutelar» de los argelos, que serían una «**gentilitas**», astur al no indicar otra cosa. Blázquez (1962, pág. 77) la relaciona con los argelos de Uxama. Ya vimos que su etimología parecía acuática (Tovar 1957, pág. 79; Blázquez, id.; Fdz. Albalat 1986, pág. 146, n.º 3). Tranoy (1981, pág. 298) considera a Flavia, la de Cacabelos, posible sacerdotisa y el carácter oficial de la consagración. La topografía del hallazgo le hace perder tino. Se trata, lo más seguro, de una emigrante o descendiente de Uxama. Es un culto relacionado estrechamente con la «**gens**» de los argelos y probablemente no sea astur la diosa, sino llevada por los desplazados. Observamos que en la Carpetania del Norte muy unida a los arévacos según la geografía al menos, tenemos «**Daganzo**» pueblo de Madrid y en Villamanta (To.) CIL II 3.083: «**Aplondus Dagencium M. f.**». La vocación emigrante de los argelos es intensísima, principalmente hacia el N.O. como otros arévacos, agentes interpuestos entre Roma y los norteños, lo que podría explicar la lenta y peculiar romanización del N.O.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERTOS, M.L. (1975): «Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua», BSAAV XL-XLI, págs. 5 ss.
- Id. (1979): «La Onomástica de la Celtiberia», II CLCPPI ed. Salamanca, págs. 131 ss.
- BELTRAN, A. (1987): «El bronce de Botorrita: pueblos y cecas», I Simposium sobre los celtíberos, ed. Zaragoza, págs. 43 ss.
- BLAZQUEZ, J.M. (1962): «Religiones primitivas de Hispania I. Fuentes literarias y epigráficas», Roma.
- Id. (1975): «La Romanización II», Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): «Etnología de la Península Iberica», Barcelona.
- CARO BAROJA, J. (1954): «La escritura en la España prerromana. (Epigrafía y numismática)», HEMP I, 3, Madrid, págs. 677 ss.
- Id. (1970): «Organización social de los pueblos del Norte de la Península Ibérica», Legio VII Gemina, León.
- CRESPO, S. (1976): «Fuentes epigráficas para el estudio del pueblo arévaco», Celtiberia, 52, págs. 221 ss.
- Id. - SAGREDO, L.: «Epigrafía romana de la provincia de Palencia», Palencia - Valladolid.
- DAVERIO ROCCHI, G. (1973): «Aristocrazia genetica ed organizzazione politica arcaica». La Parola del Pasato 28, págs. 92 ss.
- DELGADO, A. (1876): «Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España», Sevilla.
- ESPARZA, A. (1983): «Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio astur», Lancia 1, León, págs. 83 ss.
- FATAS, G. (1980): «Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza) II. Tabula Contrebiensis», Zaragoza.
- FAUST, M. (1979): «Tradicón lingüística y estructura social: el caso de las gentilidades». II CLCPPI et. Salamanca, págs. 435 ss.
- FERNANDEZ - ALBALAT, B. (1986): «Las llamadas divinidades de las aguas», apud J.C. Bermejo, «Mitología y mitos de la Hispania prerromana» 2, Torrejón de Ardoz, págs. 141 ss.
- FUSTEL DE COULANGES, H.N., 1971: «La ciudad antigua», México (ed. org. 1864).
- GARCIA Y BELLIDO, A. (1943): «Los albiones del N.O. de España y una estela hallada en el Occidente de Asturias», Emerita XI, 1943, págs. 418 ss.
- GARCIA GUINEA, M.A. (1959): «Prospecciones en la antigua Uxama», AEAq 99-100, págs. 122 ss.
- GARCIA MERINO, C. (1970): «La ciudad romana de Uxama», BSAAV XXXVI, págs. 383 ss. y XXXVIII, 1971, págs. 85 ss.

- Ead., (1973): «Las tierras del N.O. de la Península Ibérica, foco de atracción para los emigrantes de la Meseta, en época romana», *Hispania Antigua* III, págs. 9 ss.
- Ead., (1975): «Población y poblamiento en Hispania romana. El conventus Cluniensis», Valladolid.
- Ead., (1985): «Una nueva «tessera hispitalis» con texto en lengua celtibérica, hallada en Uxama (Soria)» III CLCP, ed. Salamanca, págs. 311 ss.
- GIL FARRÉS, O. (1956): «Las marcas en la serie monetaria del jinete ibérico», *Numisma* 22, págs. 9 ss.
- Id. (1966): «La moneda hispánica en la Edad Antigua», Madrid.
- GÓMEZ MORENO, M. (1925): «Catálogo monumental de España. Provincia de León», Madrid.
- GONZÁLEZ, M.C. (1986): «Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania», Vitoria.
- GUADAN, A.M. de (1969): «Numismática ibérica e iberoromana», Madrid.
- HEISS, A. (1870): «Description générale des monnaies antiques d l'Espagne», París.
- HOZ, J. de (1963): «Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica», *Emerita* XXXI, págs. 15 ss.
- HÜBNER, E. (1893) MLI: «Monumenta Linguae Ibericae», Berlín.
- JIMENO, A. (1980): «Epigrafía romana de la provincia de Soria», Soria.
- KNAPP, R. (1979): «Celtiberian conflict with Rome: policy and coinage». II CLCPPI ed. Salamanca, págs. 456 ss.
- KRAHE, H. (1962): «Die Struktur der alteuropäischen Hydronymie», Wiesbaden.
- LEJEUNE, M. (1955): «Celtiberica», Salamanca.
- Id. (1969): «Inscription lapidaire de Narbonnaise», *Etudes Celtiques* XII, 1, 1968-69, págs. 21 ss.
- LOPERRAÉZ, J. (1788): «Descripción histórica del obispado de Osma», 2 vols., Madrid.
- MARTÍN VALLS, R. (1966): «La circulación monetaria ibérica», *BSAAV* 32, págs. 207 ss.
- Id. y DELIBES G. (1981): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora», *BSAAV* - XLVII, págs. 153 ss.
- MATEU Y LLOPIS F. (1947): «Identificación de cecas ibéricas pirenaicas», *Pirineos*, 3, 5, págs. 39 ss.
- MARQUET, J. (1971): «El poder negro en Africa», Madrid.
- MAULEON, M.D. (1983): «Índices de las inscripciones latinas publicadas en el Boletín de la Real Academia de la H.^a (1877-1950), Pamplona.
- MORENAS DE TEJADA, R. (1916): «Las ruinas de Uxama», *Revista «Por esos mundos»*.
- OSUNA, M. (1976): «Museo de Cuenca. Secciones de Arqueología y Bellas Artes», Madrid.
- PASTOR, M. (1981): «La religión de los astures», Granada.

- QUINTANA, A. (1969): «La religión pagana en tierras de León», *Archivos Leoneses* XXIII.
- RODRIGUEZ COLMENERO, A. (1979): «Augusto e Hispania», Bilbao.
- ROSTOVITZ, M. (1972): «H.^a social y económica del Imperio romano», vol. I, Madrid (trad. de 2.^a edic. original, Oxford, 1957).
- SANTOS, J. (1985): «Comunidades indígenas y administración romana en el Noroeste hispánico», Universidad del País Vasco.
- SCHULTEN, A. (1914): «Numantia I: Die Keltiberer und ihre Kriege unit Rom», Munich.
- SIMON, H. (1962): «Roms Kriege in Spanien», Francfort.
- TARACENA, B. (1941): «Carta arqueológica de España: Soria», Madrid.
- TOVAR, A. (1949): «Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas», Buenos Aires.
- Id. (1957): «Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico», *Zephyrus* VIII, 1957, págs. 76 ss.
- Id. - BLAZQUEZ, J.M. (1975): «H.^a de la España romana», Madrid.
- TRANOY, A. (1981): «La Galice romaine», París.
- UNTERMANN, J. (1964): «Zur gruppierung der hispanischen «Reitermünzen» mit Legenden in iberischer Schrift», *Madrider Mitteilungen* 5, págs. 91 ss.
- Id. (1975): «Monumenta Linguarum Hispanicarum (MLH)», Wiesbaden.
- VILLARONGA, L. (1979): «Numismática antigua de Hispania», Barcelona.
- VIVES, A. (1924): *La moneda hispánica*, I - IV y atlas, Madrid.
- VIVES, J. (1971): «Inscripciones latinas de la España romana (ILER)», Barcelona.

**LA ORGANIZACION SOCIO POLITICA CELTIBERICA
A TRAVES DE LOS TEXTOS CLASICOS
Y LA ARQUEOLOGIA**

M.^a P. GARCIA-GELABERT PEREZ*

INTRODUCCION

La idea de la organización socio política y económica celtíbera se esboza a partir de las noticias de los autores grecolatinos, mas resultan vagas, con la imprecisión derivada de unos textos cuya finalidad no era descriptiva. Sin embargo, algunos de los detalles que llamaron la atención de los escritores clásicos aparecen como destellos extraordinariamente vívidos: en la brumosa configuración del territorio, que las lejanas noticias nos permiten, son los rasgos que nos remiten a un pueblo que vive, trabaja, guerrea, muere, en un paisaje y en unas tierras familiares: las altas cuencas del Duero y sus agrestes sierras y la zona de páramos que se extiende hasta el Tajo, el viejo territorio de arévacos y pelendones, la actual provincia de Soria.

Sobre Celtiberia escribieron Estrabón, Livio, Polibio, Diodoro, Apiano, Catón, Plinio, Ptolomeo y otros. A veces, aluden con este nombre a una realidad étnica muy concreta, pero en otros casos se trata de una denominación más general, en la que se engloba a todos los pueblos de la Meseta. Es Celtiberia, según Estrabón (III, 4, 12), región amplia y de varios aspectos, pero cuya mayor parte es áspera y está regada por ríos, entre ellos el Duero, que pasa cerca de Numancia. Burillo (1987, pag. 87) determina dos grandes áreas geográficas celtíberas, la meseteña, que se corresponde con la Celtiberia Ulterior y la del valle del Ebro o Celtiberia Citerior: En este estudio me remito únicamente a la zona meseteña, al territorio nuclear de los arévacos, anteriormente poblado, en parte, por los pelendones. Ciudades arévacas son: Numancia, Uxama, Termancia, Contrebia, etc., además de numerosas aldeas y castillos.

Los escritos de los autores clásicos son importantes, pues, para extraer información sobre la organización sociopolítica celtíbera, aunque no son ciertamente tan pródigos en su descripción y enumeración como hubiera sido de desear. A los datos textuales se deben unir los aportados por el examen de los materiales arqueológicos de los poblados y necrópolis. Ahora bien, en los registros arqueológicos de los poblados no hay apenas indicios de una diferenciación social. Es únicamente en las necrópolis, a pesar de que este tipo de yacimientos adolece

de la falta de estudios de conjunto actuales, donde se refleja una cierta estratificación social, señalada en los ajuares que acompañan al cadáver incinerado.

A tenor de lo expuesto, queda pues estructurado el estudio de la siguiente manera: desarrollo de los datos arqueológicos, apoyando los argumentos, de ellos extraídos, con los textos clásicos.

DATOS ARQUEOLOGICOS

Las necrópolis sorianas, entre las que se deben mencionar las de Almaluez (Taracena, 1941), Alpanseque (Aguilera, ob. ined., 1916; Taracena, 1941), Carratiermes (Argente-Díaz, 1979), La Mercadera (Taracena, 1932), Monteagudo de las Vicarías (Taracena, 1932), Osma (Bosch Gimpera, 1921-1926), Osonilla (Taracena, 1941), Quintanas de Gormaz, que según C. García Merino (1973, págs. 36-48) puede formar con la de La Requijada de Gormaz una unidad, la Revilla de Calatañazor (Ortego, 1983), Uceró (García Soto-Mateos, 1981, 1982), el Vado de la Lámpara de Montuenga (Aguilera, 1909, ob. ined.; Taracena, 1941), tienen una fuerte similitud con las de la provincia de Guadalajara, concretamente con las que se extienden por el norte¹. Unas y otras, excepto Uceró y Carratiermes, en el caso de las de la provincia de Soria, fueron excavadas o prospectadas en las primeras décadas del siglo, con métodos no excesivamente científicos, lo cual no es imputable a sus investigadores, sino más bien a las circunstancias de la época, en la que la arqueología no estaba considerada como ciencia, de hecho, aún en nuestro tiempo, no siempre se estudian los materiales arqueológicos, y se procesan los datos recabados de las excavaciones, con el rigor que sería de desear. De estas necrópolis, en época actual, se han revisado o bien publicado algunas de sus tumbas, ajuares o piezas sueltas².

(1) Como indico en el texto muchas de las necrópolis del área septentrional de Guadalajara fueron excavadas a principio de siglo o en sus primeras décadas, la mayor parte por el marqués de Cerralbo. De las mismas, de sus ajuares depositados en el MAN, modernamente se han llevado a cabo estudios. Reseño a continuación algunas de estas necrópolis, recogidas en Aguilera, ob. ined. vols. III y IV, así como algunos de los trabajos posteriores de revisión de sus materiales: el Altillo, Aguilera de Anguita; las Horazas, Atance; el Almagral y el Plantío, Ruguilla; el Tesoro, Carabias; la Caba, Ciruelos; Clares; Estriegana; los Casares, Garbajosa; los Arroyuelos, Higes; los Acederales, la Hortezueta de Hocén; los Centenares, Luzaga; La Olmeda, Jadraque; Padilla del Ducado; el Reboñar y Valdenovillos, Alcolea de las Peñas; Renales; Tordelrábano; la Cabezada, Torresaviñán; el Tejar y el Torrejón, Turmiel. Trabajos de revisión: Argente, 1974, 1975, 1976, 1977. Cerdeño, 1976, 1978, Díaz, 1976. Fernández-Galiano, 1979. García Huerta, 1980. Paz, 1980. Requejo, 1978. También se han excavado las necrópolis de el Altillo de Cerropozo, Atienza (Cabré, 1930) y la de Riba de Saelices (Cuadrado, 1964, 1968). En época moderna se han excavado o están en proceso de excavación las de Prados Redondos, Sigüenza (Fernández-Galiano, 1976; Fernández-Galiano, Valiente, Pérez, 1982; Cerdeño, 1977, 1979, 1981). La Yunta, en el Alto Jalón (García Huerta, Antona, 1986) y la de Prados Redondos, Chera, en Molina de Aragón (Cerdeño, 1983, Cerdeño, García Huerta, Paz, 1981).

(2) Numerosos objetos metálicos se hallan incorporados al estudio de W. Schüle (1969). Para las necrópolis de Alpanseque, Carratiermes y la Revilla, cf. respectivamente, Cabré de Morán, Morán Cabré, 1975; Ruiz Zapatero, Nuñez García, 1981; Ortego, 1983, entre otros.

En las necrópolis sorianas y de la provincia de Guadalajara, se observan, en general, dos fases, en cuyo desarrollo puede constatarse como las costumbres y las formas de vida se transforman: una primera fase situada entre los siglos VII y IV a.C., y una segunda entre los siglos IV y II-I a.C., siempre, insisto, en términos muy generales, pues no entro en esta comunicación en la problemática de la cronología particular de cada necrópolis.

A través del examen de las necrópolis se deduce que la diversificación social celtíbera se señala únicamente en los ajuares funerarios que se asocian a las cenizas. La mayor parte de estos ajuares son muy sencillos, a veces hay enterramientos que hasta carecen de él, se componen de objetos de uso cotidiano, que incitan a pensar que fueron usados en vida por aquél o aquélla a quien acompañan en la muerte. Otros, en cambio, considerablemente menos numerosos, comprenden objetos ricos, sobre todo armas y adornos. Este grupo privilegiado, comúnmente incluye guerreros y alguna dama, no se entierran apartados de los demás. Los enterramientos se colocan sin plan alguno de ordenación, a diferentes distancias y profundidades, indistintamente mezclados los de hombres, mujeres, niños, ricos y pobres. La posición social, repito, sólo se detecta en los ajuares y nunca en una posible colocación privilegiada del cadáver, de sus cenizas, en el ámbito sepulcral. Tampoco en las necrópolis celtíberas hay superestructuras funerarias que definan que en un lugar determinado estaba enterrado un personaje importante, un noble o un gran guerrero, como ocurre en la sociedad ibérica, en la cual las sepulturas de la clase dirigente, —en el área ibera se puede hablar con propiedad de clase dirigente (García-Gelabert, 1989)—, además de por su ajuar, se diferencian por constituirse en importantes monumentos funerarios, grandes tumbas de cámara o túmulos, a veces colocados en lugares relevantes, cruces de caminos o promontorios, con un cierto carácter propagandístico, además del sacro o funerario inherente, que redundaría en la gloria de la estirpe del muerto (García-Gelabert 1988, págs. 314-349). En las necrópolis sorianas, en algunos casos, se han hallado estelas que marcan los enterramientos, como en Monteagudo de las Vicarías (Taracena 1932, pág. 33), pero éstas, grandes bloques prismáticos de hasta 2,50 m. de altura, no se corresponden especialmente con aquéllos que contienen un ajuar más importante.

Esta falta de monumentos funerarios, así como la uniformidad de las viviendas, está indicando que la diversificación social celtíbera no estaba muy marcada, al menos a nivel de signos exteriores. Los ajuares funerarios son indicadores de que la sociedad no era igualitaria. Estos argumentos materiales son débiles en los cementerios arévacos sorianos, en los que apenas hay ricos ajuares y el sistema de enterramiento es muy rudimentario, por ejemplo en la Mercadera (Taracena 1932, pág. 7) los restos de la incineración del cadáver y el ajuar se introducen en un hoyo, en la mayoría de los casos directamente, pues de 99 enterramientos excavados sólo se encontraron 12 con urna. En cambio en varias de las necrópolis afines de Guadalajara se han encontrado ajuares importantes, véase por ejemplo la descripción que del ajuar de una tumba de la necrópolis de Aguilar de Anguita hace su primer excavador: «el ajuar, probablemente de un régulo, se compone de un soliferreum doblado, una espada de antenas, dos lanzas, dos regatones, bocado de caballo, varias fusayolas, la vaina de la espada, una fíbula anular; dos cuchillos, placas redondas de bronce, fragmentos de escudo,

casco de bronce repujado con planchas muy delgadas, ornamentos de bronce, discos para espalda, pecho y hombros (faleras), repujados» (Aguilera 1916, pág. 33, fig. 18, láms. VII y VIII). O el ajuar de la sepultura 16 del Altillio de Cerropozo, Atienza (Cabre 1930, pág. 24): «espada de antenas con nielados muy ricos, tipo Arcóbriga, con cobre y plata; vaina con cajetín para insercción del cuchillo, decorada con nielados de espirales; placa de cinturón profusamente grabada con roleos, volutas y círculos; con damasquinado de plata se halla una placa rectangular con cuatro colgantes; una fíbula de bronce; dos piezas de bronce; dos lanzas; un punzón doble; tres cuchillos; un fragmento del embrace de un escudo circular; dos bocados de caballo».

Estas tumbas y otras muchas, que no cito por no alargar la comunicación, corresponderían a grandes hombres, generalmente guerreros, con status elevado, sobre los que se ha de precisar que no habían muerto en combate, pues a los caídos en la lucha, según texto de Silio Itálico (3, 341-343), se les dejaba expuestos a la intemperie para que sus cuerpos fueran despedazados por los buitres y otras aves, que habían de trasladar sus almas al cielo. Esta práctica suponía la creencia de que el cielo era la morada de los muertos gloriosos y de que la divinidad residía en los astros, lo que implica una concepción astral de la otra vida.

DATOS TEXTUALES

Los personajes a que aludo, incinerados junto a un suntuoso ajuar, son los que se podrían corresponder con aquéllos nombrados en las fuentes clásicas, durante el relato de la resistencia de las tribus mesetañas frente a las legiones romanas, durante la que Polibio (35, 1) y Diodoro (31, 40) denominaron «guerra de fuego». Tal es Hilerno o Ilernus, jefe de la coalición de vacceos, vettones y celtíberos, que se enfrentó a Marco Fulvio en el año 193 a.C. en las cercanías de Toledo, que es denominado rey por Livio (35, 7, 6) y Orosio (4, 20, 16). Muy concreta es la mención al príncipe Allucio, citado por Livio (26, 50), Dión Casio (Fr. 57, 42), Frontino (2, 11, 5), Aulo Gelio (N.A. 7, 8, 3) y Polieno (8, 16, 6), que se encontraba entre los prisioneros celtíberos tomados por Escipión en el 206 a.C., después de vencer a los púnicos en Carthago Nova. Allucio debió ostentar en verdad un rango muy elevado en la sociedad celtíbera, puesto que una vez liberado por el general romano se presentó, al cabo de pocos días, ante él con 1.400 caballeros. Este poder de gestión que le permitió reclutar un número importante de caballeros, que posiblemente formarían parte de su clientela, está indicando a un jefe poderoso. Personaje destacado fue Olónico (Livio per. 43) u Olindico (Floro 1, 33, 13), jefe de la rebelión celtíbera en el año 170 a.C., el cual, blandiendo una lanza, que decía enviada del cielo, incitaba a levantarse contra los romanos. La postura de Olindico induce a pensar que los conceptos religiosos celtíberos tendían a un cierto grado de complejidad, únase a esto lo indicado arriba, acerca del destino de los guerreros muertos en combate, lo que es un tanto más a favor del grado de evolución general de su civilización.

Ya durante las guerras celtibéricas, propiamente dichas, los escritores grecolatinos aluden a personajes, a los que denominan jefes, caudillos, que se encontraban al frente de las tropas autóctonas, y alaban su valor y fuerza. El primero en destacar en esta definitiva fase de las guerras celtíberas es Caro o Caciro, que toma la palabra en nombre de los segedenses, ante la legación romana, defendiendo su postura acerca de la construcción de la muralla (Diodoro 31, 39). Rota la paz e iniciadas las hostilidades en el 153 a.C., los habitantes de Segeda y Numancia lo eligieron como caudillo (Apiano, Iber 45). Debió ser un guerrero destacado y respetado, no sólo por los belos, sus compatriotas, sino también por los arévacos, hecho que se deduce de haber sido nombrado jefe de los ejércitos de ambos pueblos. Muerto en combate fueron elegidos Ambon y Leukon (Apiano, Iber 46). Probablemente a falta de un personaje carismático muy destacado, como Caro, los nombrados fueron dos, uno por Segeda y otro por Numancia.

La elección de los caudillos del ejército se realizaba, según se desprende de los textos, por el pueblo congregado en asamblea (Apiano, Iber 46), y es ésta también la manera en que los arévacos declararon la guerra a los romanos en el 153 a.C., según un párrafo de Diodoro (31, 42): «la multitud reunida en pública asamblea, decidió la guerra contra los romanos». Este hecho es significativo. No se constata una autoridad individual consolidada, un jefe de tribu, un jefe de ciudad, que dirigiera los asuntos en tiempos de paz y que en la guerra comandara el ejército. No es pues, la celtíbera una sociedad de jefatura constituida formalmente, tal como se reconoce en las tribus iberas (García-Gelabert, 1989). Tal vez el grado menor de desarrollo radique en el grado menor de riqueza. En el área ibérica la riqueza, sobre todo la minera era considerable y para su administración y redistribución era necesario un poder concretado en una persona, de ahí que la evolución fuera más rápida. En Celtiberia, según los textos, cuando había que tomar decisiones, que afectaban los intereses comunes, era el pueblo reunido en asamblea quien las tomaba. Además, en esta sociedad, como en la mayoría de las primitivas, tenían un fuerte poder de gestión decisorio los ancianos, nombrados en diversas ocasiones con relación a asuntos importantes: son los ancianos los que se oponen en Lutia, en el año 134 a.C., a que se ayude a los numantinos (Apiano, Iber 93) y los que en el 75 a.C. aconsejan la paz, cuando Pompeyo acosaba el poblado de «Meo...» no localizado arqueológicamente (Salustio, Hist. 2, 92).

De la existencia de consejo constituido en asamblea permanente u operante, y reunido en un edificio, a él expresamente destinado, se conoce la noticia que transmite Apiano (Iber 100), acerca de que los habitantes de Belgeda (ciudad no localizada arqueológicamente), en el año 93 a.C., quemaron al consejo, junto con el edificio, porque vacilaba en levantarse en armas contra los romanos. De este tipo de consejo, que dirigía los asuntos de una ciudad, no se sabe más, quizá estuviese compuesto por los ancianos, lo que sí parece patente es que la actitud del pueblo, en el episodio descrito, no está demostrando respeto ante las resoluciones del consejo y, en último extremo es aquél quien decide.

Otros caudillos, tomando esta palabra en su acepción de jefe o cabeza de ejército, que aparecen en las fuentes son: Megaravico, únicamente citado por Floro (1, 34, 3) en relación con el conflicto de Segeda. Liteno, caudillo de los numantinos

en el año 152 a.C. (Apiano, Iber 50). Respecto a éste, y probablemente se puede aplicar a los restantes, su misión no parece ser sólo en momentos de guerra conducir el ejército, sino también negociar las cuestiones de alianzas, pactos, tratar la paz, pues cuando Marcelo situó al ejército en las cercanías de Numancia, Litenó pactó con él, bajo unas determinadas condiciones de entrega de rehenes y tributos. Posiblemente el pacto se efectuó por Litenó, en representación de la posible asamblea numantina, que a su vez representaría los intereses del pueblo. Los magistrados con los que trató T. Graco en el 137 a.C., para que le fueran devueltas sus tablillas de cálculos y cuentas (Plut. Tib. Graco, 5), bien podrían ser miembros de la asamblea, ya que permitásemelo insistir; no parece existir un jefe único con poder decisivo.

El jefe del ejército se debía, pues, nombrar a través de la asamblea institucionalizada, órgano de gobierno de la ciudad, cuyos miembros podrían ser los ancianos y de éstos los pertenecientes a las familias más poderosas o, en su caso, los nobles, es decir, los asociados en la muerte a los ajueres más importantes, hallados en las necrópolis durante los trabajos de excavación. En los momentos de mayor crisis, el caudillo era nombrado por el pueblo constituido en asamblea.

Los textos continúan aludiendo a personajes importantes, pertenecientes, con toda probabilidad, a los estratos altos de la sociedad, como al joven, cuyo nombre no se cita, o a Pirreno (Val. Máx. 3, 2, 21) o Tiresio (Livio., pap. Oxyrh 164), quienes independientemente uno de otro, retaron a duelo singular a Quinto Ocio, legado de Metelo en 143 a.C.

Y finalmente hay que hacer mención obligada a Retogenes de Numancia, llamado de sobrenombre Caraunio, el más esforzado de los numantinos (Apiano, Iber 93), que en las postrimerías de la resistencia de Numancia, ante el cerco de Escipión, eludiéndolo, salió de la ciudad con cinco amigos, que serían parte de su clientela, para solicitar ayuda a las ciudades arévacas. El ser adjetivado por Apiano «el más esforzado de los numantinos» puede estar indicando su valor para realizar la gesta narrada, o bien su primacía sobre sus conciudadanos, como jefe, con las mismas prerrogativas que los nombrados con anterioridad. De ser así se explicaría el que él, por su poder de gestión, fuera el indicado para solicitar ayuda de las ciudades vecinas.

DISCUSION

Hilerno, Allucio, Olindico, Caro, Ambon, Leukon, Litenó, Retogenes, son ejemplos muy claros de liderazgo, siempre asociado a actividades bélicas, que son las que únicamente tratan los textos, pues nunca se menciona el poder político en función de la economía, del sistema redistributivo que genera aquél, hecho común en las sociedades de jefatura. Las fuentes narran como los celtíberos, a través de una asamblea orgánica o del pueblo constituido en asamblea, nombran como jefe a la persona más relevante, con poder y destreza para dirigir el ejército, la que es probable, que precisamente por esas mismas cualidades sea la más poderosa en el terreno económico.

Como hipótesis de trabajo, fundamentada en el examen de los ajueres de las necrópolis y en el análisis de los textos, a los que aplico las investigaciones sobre sociedades de jefatura de estudiosos como E. Service (1962), G.E. Lenski (1966), R.M. Adams (1966), M.H. Fried (1967), R. Bell, D.V. Edwards, R.H. Wagner (1969), R.L. Carneiro (1981), R.N. Adams (1975), T. Earle, J.E. Ericson (1977), R. Cohen (1978), N. Korn (1978), C.L. Redman (1978), J. Haas (1979), G. Jones, R. Kautz (1981), R. Drennan, C. Castaño (1987), y otros, se puede indicar; —seguridad absoluta nunca hay, evidencias sí, y aquí la evidencia es fuerte—, que en el pueblo celtíbero, en la época inmediata a su conquista por Roma, se estaba desarrollando un esquema de sociedad intermedia entre la igualitaria y la formación de estado, es decir la denominada de jefatura (chiefdom) o de rango. Queda en reserva el que futuras investigaciones arqueológicas en las necrópolis de Soria y Guadalajara, que son de desear, eleven al terreno de afirmación precisa la hipótesis que propongo.

Las tribus celtíberas sufrieron con la irrupción de púnicos y romanos un tremendo impacto. En particular la conquista romana significó la ruina de su civilización y las consecuencias políticas, sociales y económicas, fueron negativas para el pueblo vencido, en el cual se produjo una aculturación a cargo de la fuerza dominante, Roma, de ahí que aunque determinados rasgos indígenas perduraron en el tiempo, los fundamentales de gobierno, económicos y sociales se perdieron. De no haber mediado la conquista por Roma, estas sociedades poseían las cualidades necesarias para que una jefatura se desarrollara plenamente y más adelante derivara a la formación de estado. Veamos la situación con anterioridad a la conquista:

Por los datos arqueológicos, sobre todo por los procedentes de las necrópolis, se observa en la mayor parte de la España prerromana un aumento de la productividad, un progreso tecnológico, que consecuentemente provoca el crecimiento de la población. Este sistema económico en auge, va potenciando una diversificación social, una sociedad estratificada, que se manifiesta en la diferencia, cantidad y calidad de los ajueres funerarios. Esta diferencia es una de las características que definen la presencia de una jefatura, según S. Milisauskas (1978, págs. 166, 167, 245, 289), que utilizó este criterio para decidir si habían existido, en los lugares excavados en Europa Central.

La obligada especialización en la producción, el almacenamiento de los excedentes, la redistribución de los productos, requieren una persona dominante en el servicio comunitario. Hubiera podido ser, de no haber mediado las legiones romanas, cualquiera de los personajes, que mencionan las fuentes, ostentaron el liderazgo militar en la contienda con Roma. En condiciones de paz se hubiesen complejizado sus funciones en el terreno político, administrativo y económico.

No obstante, fracasado el desarrollo natural de la sociedad celtíbera, se observa como ésta se detuvo en una sociedad embrionaria de jefatura, cuyas instituciones se reflejan en las fuentes y ratifica la arqueología, ésta únicamente en cuanto a estratificación social, no en cuanto a categorías: caudillos nombrados en momentos de crisis, asambleas permanentes o esporádicas, consejos de ancianos, unos magistrados con atribuciones difusas. Es decir, los elementos característicos de una sociedad que evolucionaba desde igualitaria a estadios más complejos como es el de sociedad de jefatura.

BIBLIOGRAFIA

- ADAMS, R.M. (1966): *The evolution of urban society: early Mesopotamia and prehispanic Mexico*, Aldine. Chicago.
- ADAMS, R.N. (1975): *Energy and structure: a theory of social power*, University of Texas Press. Austin.
- AGUILERA, E. (1909): *El Alto Jalón. Descubrimientos arqueológicos*, Madrid.
(1916): *Las necrópolis ibéricas*, Madrid.
Ob. ined.: *Páginas de la historia patria, por mis excavaciones arqueológicas*, 5 vols.
- ARGENTE, J.L. (1974): *Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita*, TP 31, págs. 143-216.
(1975): *Los yacimientos de la colección Cerralbo a través de los materiales conservados en los fondos del Museo Arqueológico Nacional*, XIV CNA, págs. 587-598.
(1976): *Informe sobre las excavaciones efectuadas en la necrópolis de el Altillo (Aguilar de Anguita, Guadalajara)*, NAH. Preh. 5, págs. 357-360.
(1977): *La necrópolis celtibérica de el Altillo en Aguilar de Anguita (Guadalajara). (Resultados de la campaña de excavación de 1973)*, WAH 4, págs. 99-141.
- ARGENTE, J.L. y DIAZ, A. (1979): *La necrópolis celtibérica de Tiernes*, NAH 7, págs. 95-151.
- BELL, R.; EDWARDS, D.V. y WARNER, R.H. (1969): *Political power, a reader in theory and research*, Free Press, Nueva York.
- BOSCH GIMPERA, P. (1921-1926): *Troballes de les necrópolis d'Osma i Gormaz adquirides pel Museu de Barcelona*, Anuari de l'Institut D'Etudis Catalans VII, págs. 178-185.
- BURILLO, F. (1987): *Sobre el origen de los celtíberos*, I Simposium sobre los celtíberos (Daroca 1986), Zaragoza, págs. 75-93.
- CABRE, J. (1930): *Excavaciones en la necrópolis celtibérica de el Altillo de Cerropozo*, Atienza (Guadalajara), MJSEA 105.
- CABRE DE MORAN, E., y MORAN CABRE, J.M. (1975): *Dos tumbas datables de la necrópolis de Alpanseque (Soria)*, APL 14, págs. 123-137.
- CARNEIRO, R.L. (1981): *The chiefdom: precursor of the state*, en *The transition to statehood in the New World*, Cambridge University Press, Cambridge, págs. 37-79.
- CERDEÑO, M.L. (1976): *La necrópolis celtibérica de Valdenovillos (Guadalajara)*, WAH 3, págs. 5-26.
(1977): *Prados Redondos (Sigüenza)*, WAH 4, págs. 255-257.
(1978): *Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico*, TP 35, págs. 279-306.
(1981): *Sigüenza: enterramientos tumulares de la meseta oriental*, NAH 11, págs. 189-208.
(1983): *Nuevos ajuares de la necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara)*, WAH 10, págs. 283-294.

- CEDEÑO, M.L.; GARCIA HUERTA, R y PAZ, M. de (1981): La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). Campos de urnas en el este de la Meseta, WAH 8, págs. 9-84.
- COHEN, R. y SERVICE, E.R. (1978): *Origins of the state: the anthropology of political evolution*, Institute for the study of human issues, Filadelfia.
- CUADRADO, E. (1964): Excavaciones en la necrópolis de Riba de Saelices (Guadalajara), NAH 8-9, págs. 158-161.
- (1968): Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices, EAE 60.
- DIAZ, A. (1976): La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el MAN, RABM 79, págs. 397-489.
- DRENNAN, A. y CASTAÑO, C. (1987): *Chiefdoms in the America*, University Press of America inc., Londres-Toronto.
- EARLE, T. y ERICSON, J.E. (1977): *Exchange systems in prehistory*, Academic Press, Nueva York.
- FERNANDEZ-GALIANO, D. (1976): Descubrimiento de una necrópolis celtibérica en Sigüenza (Guadalajara), WAH 3, págs. 59-68.
- (1979): Notas de prehistoria seguntina, WAH 6, págs. 9-48.
- FERNANDEZ-GALIANO, D.; VALIENTE, J. y PEREZ, E. (1982): La necrópolis de la primera edad del hierro de Prados Redondos (Sigüenza, Guadalajara). Campaña de 1974, WAH 9, págs. 9-36.
- FRIED, M.H. (1967): *The evolution of politica society: an essay in political anthropology*, Randon House, Nueva York.
- GARCIA-GELABERT, M.P. (1988): La necrópolis del Estacar de Robarinas, Jaén: ritos y creencias, Madrid.
- (1989): Evolución socio-política de Castulo: sociedad de Jefatura, Lucentum VI, págs. 29-42.
- GARCIA HUERTA, M.R. (1980): La necrópolis de la Edad del Hierro de la Olmeda (Guadalajara), WAH 7, págs. 9-34.
- GARCIA HUERTA, M.R. y ANTONA, V. (1986): La Yunta, una necrópolis celtibérica en Guadalajara, Arqueología 59, págs. 36-47.
- GARCIA MERINO, C. (1973): La evolución del poblamiento en Gormaz (Soria) desde la Edad del Hierro a la Edad Media, BSAA 39, págs. 31-79.
- GARCIA-SOTO, E. (1981): La necrópolis celtibérica de Ucero (Soria), Arevacón 1, págs. 4-9.
- (1982): La necrópolis celtibérica de Ucero, Soria.
- HAAS, J. (1979): *The evolution of the prehistoric state: toward an archaeological analysis of political organization*, PH. Disertation, Columbia University, Nueva York.
- JONES, G. y KAUTZ, R. (1981): Issues in the study of New World state formation, en *The transition to statehood in the New World*, Cambridge University Press, Cambridge, págs. 3-34.

- KORN, N. (1978): *Human evolution*, Nueva York.
- LENSKI, G.E. (1966): *Power and privilege: a theory of social stratification*, Nueva York.
- MILISAUSKAS, S. (1978): *European prehistory*, Academic Press, Nueva York.
- ORTEGO, T. (1983): La necrópolis arévaca de la Revilla (Soria), XVI CNA (Murcia-Cartagena 1982), Zaragoza, págs. 573-583.
- PAZ, M. de (1980): La necrópolis céltica de el Atance (Guadalajara), **WAH** 7, págs. 35-58.
- REDMAN, C.L. (1978): *The rise of civilization*, San Francisco.
- REQUEJO, J. (1978): La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara), **WAH** 5, págs. 49-62.
- RUIZ ZAPATERO, G. y NUÑEZ GARCIA, C. (1981): Un presunto ajuar celtibérico procedente de Carratiermes (Soria), *Numantia*. Investigaciones arqueológicas de Castilla y León, Soria, págs. 189-194.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Berlín.
- SERVICE, E. (1962): *Primitive social organization: an evolutionary perspective*, Randon House, Nueva York.
- TARACENA, B. (1932): Excavaciones en la provincia de Soria, **MJSEA** 119.
(1941): *Carta arqueológica de España*. Soria, Madrid.

HALLAZGOS MONETARIOS IBERICOS E HISPANORROMANOS EN NUMANCIA

F. ROMERO CARNICERO*
M.A. MARTIN CARBAJO*

No tememos engañarnos mucho si iniciamos estas páginas señalando que si algún aspecto de la arqueología numantina ha venido siendo postergado, desde prácticamente sus inicios, éste ha sido el del estudio de sus hallazgos monetarios. Recientemente fueron objeto de catalogación las monedas antiguas custodiadas en el Museo Numantino de Soria, haciéndose especial hincapié en la exclusión del numerario recuperado en Numancia¹, y tan sólo han merecido el interés de los investigadores las monedas recuperadas en los campamentos y conservadas en el Römisch-Germanisches Zentralmuseum de Mainz que, dadas a conocer ya en la clásica obra de Schulten², han sido objeto con posterioridad de dos nuevos trabajos³. Se ha publicado únicamente y de manera incidental un mapa de las cecas ibéricas representadas en Numancia a partir de la bibliografía⁴.

La presente comunicación, breve avance de un trabajo más amplio en elaboración, pretende únicamente reunir los datos dispersos sobre hallazgos monetarios ibéricos e hispanorromanos en Numancia y contrastarlos con el numerario conservado en el Museo Numantino; en definitiva, intentar poner algún orden en las reiteradas referencias bibliográficas y facilitar a los estudiosos la relación de cecas autóctonas, representadas en la ciudad.

(1) VIDAL BARDAN, J.M. y CASA MARTINEZ, C. de la, «Catálogo de moneda antigua del Museo Numantino de Soria», *Acta Numismática*, 15, 1985, págs. 77-96, en particular, para el dato que se señala, la pág. 77, donde se justifica dicha exclusión en el hecho de que están siendo objeto de estudio por parte de los Drs. Jimeno Martínez y Romero Carnicero.

En efecto, el estudio del erario numantino fue iniciado hace ya algunos años por uno de nosotros en colaboración con A. Jimeno; circunstancias diversas hicieron que su ejecución fuera dilatándose y que uno y otro nos interesáramos por aspectos diversos en nuestras investigaciones, cediéndonos el Dr. Jimeno la culminación del mismo una vez finalizado el inventario de las piezas. Quede constancia aquí de ello, así como de nuestra gratitud para con él por su desinteresada colaboración.

(2) HAEBERLIN, E.J., «Die Münzen aus der Stadt Numantia, den Lagern des Scipio und den Lagern bei Renieblas», en SCHULTEN, A., *Numantia*, vol. IV, München, 1929, págs. 234-283.

(3) ROMAGOSA, J., «Las monedas de los campamentos numantinos», *Acta Numismática*, II, 1972, págs. 87-96; HILDEBRANDT, H.J., «Die Römerlager von Numantia. Datierung anhand der Münzfunde», *Madridrer Mitteilungen*, 20, 1979, págs. 238-271.

(4) ROMERO CARNICERO, F., «Notas de cronología cerámica numantina», *BSAA*, XLII, 1976, pág. 380, fig. 5.

Ofrecemos a continuación un listado de las monedas depositadas en el Museo Numantino, así como de las citadas por los diversos autores; en todos los casos se hace mención de su tipología siguiendo a Vives⁵ y se da la correspondiente bibliografía⁶. En el citado Museo se custodian un total de doscientas treinta monedas: una es una dracma ampuritana, conservada en menos de su mitad y, por ello, de difícil clasificación; sesenta y cinco corresponden a acuñaciones ibéricas, habiéndose incluido entre ellas el as de la ceca de Castulo; ciento cuarenta y tres más proceden de cecas hispanorromanas, entre las que contamos el as de Carbula con texto latino; finalmente, otras ventiún monedas han de incluirse, habida cuenta de su penoso estado de conservación, bajo la categoría de inclasificables, pese a que Taracena incluyera bajo este mismo epígrafe tan sólo diecinueve piezas⁷. De ahí que, en definitiva, ofrezcamos esta recopilación bajo dos únicos epígrafes: hallazgos monetarios ibéricos e hispanorromanos y que, de la misma manera, presentemos al final dos mapas de las cecas representadas en la ciudad; en estos constan con distintos signos aquéllas de las que se conservan monedas en el Museo Numantino y las que, aunque citadas por la bibliografía, no nos consta se conserve su numerario⁸. Por último, se acompañan también dos cuadros con la relación, por tipos, de las monedas conservadas en el Museo Numantino.

HALLAZGOS MONETARIOS IBERICOS

1.—**ARECORATAS**: 1 as (XLI-5), 1 semis (XL-3) y 1 cuadrans (variante no recogida por Vives, parecido al semis XL-5).

SAAVEDRA, pág. 111; TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; MARTIN VALLS, pág. 128.

(5) VIVES Y ESCUDERO, A., *La moneda hispánica*, Madrid, 1924. En adelante se indicarán únicamente, entre paréntesis, las correspondientes láminas del *Atlas*: cuando falte dicha referencia es que la o las monedas se conocen sólo por la bibliografía.

(6) La relación, por orden alfabético, de las correspondientes publicaciones, así como las abreviaturas empleadas en el texto, es la siguiente: APRAIZ: APRAIZ BUESA, R. de., «Museo Numantino (Soria)», *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 1947, VIII, Madrid, 1948, pág. 165; DOMINGUEZ ARRANZ: DOMINGUEZ ARRANZ, A., *Las cecas ibéricas del valle del Ebro*, Zaragoza, 1979; *Excavaciones de Numancia. Memoria presentada al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Madrid 1912; GOMEZ MORENO: GOMEZ MORENO, M., «Notas sobre numismática hispana», en *Misceláneas. Historia-Arte-Arqueología*, Madrid, 1949, págs. 175-186; *H. M.* VI: MATEU Y LLOPIS, F., «Hallazgos monetarios (VI)», *Ampurias*, XIII, 1951, pág. 230, n.º 378; *H. M.* VII: MATEU Y LLOPIS, F., «Hallazgos monetarios (VII)», *Numario Hispánico*, I, 1952, págs. 245, n.º 539, y 250, n.º 573; MARTIN VALLS: MARTIN VALLS, R., *La circulación monetaria ibérica*, Valladolid, 1967; MELIDA-TARACENA: MELIDA, J.R. y TARACENA AGUIRRE, B., *Excavaciones de Numancia. MemJSEA*, n.º 36, Madrid, 1921; MELIDA *et alii*: MELIDA, J.R.; ANIBAL ALVAREZ, M.; GOMEZ SANTA CRUZ, S. y TARACENA AGUIRRE, B., *Ruinas de Numancia. MemJSEA*, n.º 61, Madrid, 1924; SAAVEDRA: SAAVEDRA, E., *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augustobriga. Memorias de la Real Academia de la Historia*, IX, Madrid, 1879; TARACENA: TARACENA, B., «Museo Numantino (Soria)», en *Guía histórica y descriptiva de los Archivos, Bibliotecas y Museos de España. Sección de Museos*, Madrid, 1925, págs. 361-404; WATTENBERG: WATTENBERG, F., «Informe sobre los trabajos realizados en las excavaciones de Numancia (Del 24 de septiembre al 2 de noviembre de 1963)», *NAHisp.*, VII 1-3, 1963, Madrid, 1965, págs. 132-142 (= en *Numancia. Crónica del Coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la Epopeya Numantina. Monografías Arqueológicas*, 10, Zaragoza, 1972, págs. 59-73).

(7) TARACENA, B., «Museo Numantino...», pág. 398.

(8) Ocorre ello, fundamentalmente, como puede comprobarse en las relaciones que siguen con las referencias debidas a Saavedra, lo que se explica por cuanto este autor debió entregar las monedas que recogió en su día en la Academia de la Historia, acompañando a su Memoria, al igual que hizo con los restantes materiales arqueológicos. Aquí se reúnen únicamente las monedas que da como halladas en Numancia (SAAVEDRA, E., *Descripción de la vía...*, pág. 112), prescindiendo de las que, procediendo probablemente de la ciudad, recogió en Soria capital (*Ibidem*, pág. 111).

2.—**ARSAOS**: 2 ases (XLVIII-3).

APRAIZ, pág. 165; *H. M.* VI, pág. 230; MARTIN VALLS, pág. 129; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 66.

3.—**ARSE**: 2 ases.

H. M. VI, pág. 230; MARTIN VALLS, pág. 130.

4.—**BASCUNES**: 1 denario (XLV-2) y 2 ases (XLV-6 y 12).

TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; MARTIN VALLS, pág. 131; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 74.

5.—**BELIGIOM**: 1 as (XLIV-2).

SAAVEDRA, pág. 111; *H. M.* VI, pág. 230; MARTIN VALLS, pág. 132; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 81.

6.—**BILBILIS**: 6 ases (1: LXIII-1; 4: LXIII-9 y 1: LXIII-10).

SAAVEDRA, pág. 112; TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; *H. M.* VII, pág. 245; MARTIN VALLS, pág. 133.

7.—**BOLSCAN**: 12 denarios (5: XLIII-1 y 7: XLIII-2), 2 ases (XLIII-4 y 5) y 2 semis (variantes no recogidas por Vives).

Excavaciones, pág. 49; TARACENA, pág. 398; GOMEZ MORENO, pág. 183; *H. M.* VI, pág. 230; *H. M.* VII, págs. 245 y 250; MARTIN VALLS, pág. 135; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 96.

8.—**CAISCATA**: Una moneda de bronce.

SAAVEDRA, pág. 112, donde se da como de ceca incierta; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 111.

9.—**CASTULO**: 1 as (LXX-8).

TARACENA, pág. 398; *H. M.* VII, pág. 250.

10.—**CELSE**: 5 ases (1: LXI-7; 1: LXII-5; 2: LXII-7 y 1: LXII-9).

Excavaciones, pág. 48; MELIDA *et alii*, pág. 33; TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; *H. M.* VII, pág. 245; MARTIN VALLS, pág. 137; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 128.

11.—**CONTERBIA CARBICA**: 1 as (variante no recogida por Vives).

TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; MARTIN VALLS, pág. 140.

12.—**ILTIRTA**: 2 ases (XXVII-1 y 2).

SAAVEDRA, pág. 112; TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; *H. M.* VII, pág. 245; MARTIN VALLS, pág. 145.

13.—**KESSE**: 1 as (XXXIV-12).

14.—**SALDUIE**: 1 as (XXX-2).

15.—**SALAMA**: una moneda de bronce.

SAAVEDRA, pág. 112.

16.—**SECAISA**: 7 ases (5: LXIV-8 y 2: LXV-7).

Excavaciones, pág. 49; *H. M.* VI, pág. 230; *H. M.* VII, pág. 245; MARTIN VALLS, pág. 149.

17.—**SEGIA**: 3 ases (1: XLII-11 y 2: CLXXII-6).

SAAVEDRA, pág. 112; TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; MARTIN VALLS, pág. 149; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 163.

18.—**SEGOBIRICES**: 4 denarios (3: XXXVII-1 y 1: XXXVII-2) y 1 as (XXXVII-3).

SAAVEDRA, pág. 112; *Excavaciones*, pág. 49; TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; *H. M.* VII, pág. 245; MARTIN VALLS, pág. 150.

19.—**SEGOTIAS**: 1 as (LIX-1).

TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230; MARTIN VALLS, pág. 151.

20.—**SESARS**: 60 denarios.

DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 169, donde se dan como VIVES, XLIII-1.

21.—**SETEISCEN**: 2 ases (XXXVIII-4 y 7).

TARACENA, pág. 398; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 156.

22.—**TURIASU**: 1 denario (LI-7) y 2 ases (LII-4 y 6).

Excavaciones, pág. 49; *H. M.* VI, pág. 230; *H. M.* VII, pág. 245; MARTIN VALLS, pág. 152; DOMINGUEZ ARRANZ, pág. 185.

23.—**UNDICESCEN**: 2 ases (CXXIII-5 y 6).

H. M. VI, pág. 230; *H. M.* VII, pág. 245; MARTIN VALLS, págs. 154 y 155, donde se dan cuatro ases y se señala que uno de ellos, inédito, se encuentra en la Colección Monteverde.

24.—**USAMUS**: una moneda de bronce.

SAAVEDRA, pág. 112.

HALLAZGOS MONETARIOS HISPANORROMANOS

1.—**BILBILIS**: 21 ases (1: CXXXVIII-4; 2: CXXXVIII-7; 6: CXXXIX-1; 10: CXXXIX-4; 1: CXXXIX-7 y 1: CXXXIX-8).

Excavaciones, pág. 48; TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230.

2.—**CAESARAUGUSTA**: 1 dupondio (CLII-9), 9 ases (1: CXLVII-3; 1: CXLVII-7; 1: CXLVIII-2; 1: CXLVIII-7; 1: CXLVIII-10; 1: CXLIX-9; 1: CL-12; 1: CLII-2 y 1: CLIV-2) y 6 semis (1: CLXVIII-8; 1: CL-5; 3: CL-7 y 1: CL-7).

Excavaciones, pág. 48; MELIDA *et alii*, pág. 33; TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230.

3.—**CALAGURRIS**: 22 ases (1: CLVII-3; 2: CLVII-4; 2: CLVII-6; 1: CLVII-2; 3: CLVIII-9; 1: CLIX-1; 1: CLIX-2; 5: CLIX-4; 5: CLIX-5 y 1: CLIX-6) y 1 semis (CLVII-2).

SAAVEDRA, pág. 112; *Excavaciones*, pág. 48; MELIDA-TARACENA, pág. 9; MELIDA *et alii*, pág. 33; *H. M.* VI, pág. 230; APRAIZ, pág. 124; WATTENBERG, pág. 142.

4.—**CARBULA**: 1 as (CXIII-4).

5.—**CASCANTUM**: 7 ases (3: CLXI-1 y 4: CLXI-2).

TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230.

6.—**CELSA**: 30 ases (6: CLX-1; 2: CLX-3; 2: CLX-4; 1: CLX-5; 7: CLX-9; 2: CLX-10; 1: CLX-12; 1: CLXI-1; 2: CLXI-2 y 6: CLXI-8).

SAAVEDRA, pág. 112; *Excavaciones*, págs. 48 y 49; TARACENA, pág. 398; MELIDA *et alii*, pág. 33; *H. M.* VI, pág. 230.

7.—**CLUNIA**: 4 ases (3: CLXIII-1 y 1: CLXIII-2) y 1 semis (CLXIII-6).

MELIDA *et alii*, pág. 33.

8.—**EMERITA**: 1 as (CLXI-6).

9.—**ERCAVICA**: 2 ases (CLXII-1).

TARACENA, pág. 398; *H. M.* VI, pág. 230.

10.—**GRACURRIS**: 2 ases (CLXIII-1).

H. M. VI, pág. 230.

11.—**ILERDA**.

H. M. VI, pág. 230.

12.—**OSCA:** 1 dupondio (CXXXVII-7) y 3 ases (1: CXXXVI-6; 1: CXXXVI-12 y 1: CXXXVII-3).

H. M. VI, pág. 230.

13.—**SAGUNTUM.**

TARACENA, pág. 398.

14.—**SEGOBRIGA:** Una moneda.

H. M. VI, pág. 230.

15.—**TARRACO.**

TARACENA, pág. 398.

16.—**TURIASO:** 28 ases (2: CLV-2; 2: CLV-3; 3: CLV-7; 1: CLV-9; 2: CLV-10; 1: CLV-12; 1: CLVI-5; 7: CLVI-6; 4: CLVI-11; 4: CLVII-1 y uno más de variante no recogida por Vives) y 3 semis (1: CLVI-9 y 2: CLVII-3).

SAAVEDRA, pág. 112; *Excavaciones*, pág. 49; *H. M.* VI, pág. 230.

Sirvan, finalmente, de consideración última estos breves comentarios. La mayor parte de las monedas ibéricas conservadas son ases, destacando con siete, seis y cinco, respectivamente, las cecas de Secaisa, Bilbilis y Celse, mientras que las restantes están representadas con entre una y tres piezas. El mayor número de monedas, con todo, corresponden a Bolscan, dado que de ella se conservan doce denarios, lo que no es de extrañar; otros cuatro son de Segobirices. Nada sabemos, a no ser por la cita debida a Domínguez Arranz, de los sesenta denarios de Sesars que, según dicha autora, fueron hallados en Numancia. Las cecas de las que nos ha llegado el numerario son, como era de esperar, las del valle del Ebro, así como algunas otras celtibéricas del alto Tajo; a considerar, al margen, amén de la dracma ampuritana, ya citada, los dos ases de Undicescen y los otros dos, citados por Mateu y Llopis y recogidos después por Martín Valls, de Arse y, por último, el as de Castulo.

Mucho más numerosas son las monedas hispanorromanas, pertenecientes también, en su mayoría, a las cecas de valle del Ebro. A destacar, una vez más, la presencia de piezas de Saguntum, que menciona Taracena, pero que no hemos visto; asimismo, el as de Emerita y el, ya citado, de Carbula. El numerario conservado lo forman, en su mayor parte, ases, repartiéndose un centenar entre las cecas de Celsa, Turiaso, Calagurris y Bilbilis, con más de veinte piezas cada una de ellas; les siguen en número, aunque muy por debajo, pues están representadas con menos de una decena en cada caso, Caesaraugusta, de la que, sin embargo, contamos con seis semis, y Cascantum.

CUADRO I

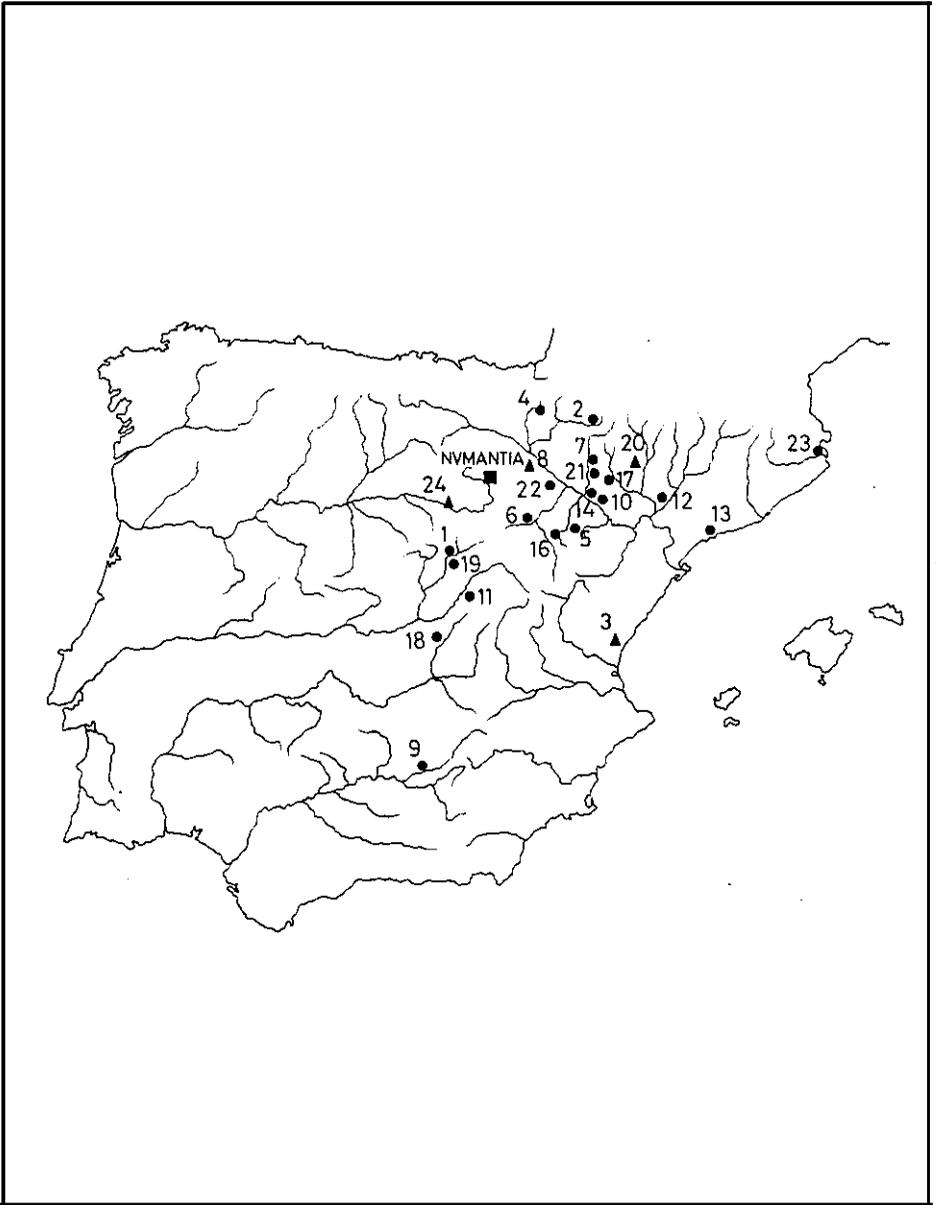
**RELACION DE MONEDAS IBERICAS PROCEDENTES DE NUMANCIA
DEPOSITADAS EN EL MUSEO NUMANTINO**

CECAS	DENARIOS	ASES	SEMIS	CUADRANS	TOTAL MONEDAS
1. Arecoratas	—	1	1	1	3
2. Arsaos	—	2	—	—	2
4. Bascunes	1	2	—	—	3
5. Beligiom	—	1	—	—	1
6. Bilbilis	—	6	—	—	6
7. Bolscan	12	2	2	—	16
9. Castulo	—	1	—	—	1
10. Celse	—	5	—	—	5
11. Conterbia C.	—	1	—	—	1
12. Itirta	—	2	—	—	2
13. Kesse	—	1	—	—	1
14. Salduie	—	1	—	—	1
16. Secaia	—	7	—	—	7
17. Segia	—	3	—	—	3
18. Segobirices	4	1	—	—	5
19. Segotias	—	1	—	—	1
21. Seteiscen	—	2	—	—	2
22. Turiasu	1	2	—	—	3
23. Undicescen	—	2	—	—	2
TOTAL	18	43	3	1	65

CUADRO II

**RELACION DE MONEDAS HISPANORROMANAS PROCEDENTES DE
NUMANCIA DEPOSITADAS EN EL MUSEO NUMANTINO**

CECAS	DUPONDIOS	ASES	SEMIS	TOTAL MONEDAS
1. Bilbilis	—	21	—	21
2. Caesaraugusta	1	9	6	16
3. Calagurris	—	22	1	23
4. Carbula	—	1	—	1
5. Cascantum	—	7	—	7
6. Celsa	—	30	—	30
7. Clunia	—	4	1	5
8. Emerita	—	1	—	1
9. Ercavica	—	2	—	2
10. Gracurris	—	2	—	2
12. Osca	1	3	—	4
16. Turiaso	—	28	3	31
TOTAL	2	130	11	143



MAPA 1.—CECAS IBERICAS REPRESENTADAS EN NUMANCIA.

Se señalan con un círculo aquéllas de las que se conservan monedas en el Museo Numantino y con un triángulo aquéllas otras de las que únicamente tenemos referencia a través de la bibliografía. 1. Arecoratas; 2. Arsaos; 3. Arse; 4. Bascunes; 5. Beligiom; 6. Bilbilis; 7. Bolscaen; 8. Caiscata; 9. Castulo; 10. Celse; 11. Contrebia Carbica; 12. Iltirta; 13. Kesse; 14. Salduie; 15. Samala (localización desconocida); 16. Secaisa; 17. Segia; 18. Segobirices; 19. Segotias; 20. Sesars; 21. Seteiscaen; 22. Turiasu; 23. Undicescaen; 24. Usamus.



MAPA 2.—CECAS HISPANORROMANAS REPRESENTADAS EN NUMANCIA.

Se señalan con un círculo aquéllas de las que se conservan monedas en el Museo Numantino y con un triángulo aquéllas otras de las que únicamente tenemos referencias a través de la bibliografía. 1. Bilbilis; 2. Caesaraugusta; 3. Calagurris; 4. Carbula; 5. Cascantum; 6. Celsa; 7. Cluñia; 8. Emerita; 9. Ercavica; 10. Gracurris; 11. Ilerda; 12. Osca; 13. Saguntum; 14. Segobriga; 15. Tarraco; 16. Turiaso.

INDICE

VOLUMEN I

	<u>Págs.</u>
<i>LECCION INAUGURAL</i>	7
ARTE RUPESTRE EN LA PROVINCIA DE SORIA, por J.A. Gómez-Barrera . . .	9
<i>SESION DE PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA</i>	65
<i>Ponencias</i>	67
EL POBLAMIENTO DESDE EL NEOLITICO A LA EDAD DEL BRONCE: CONSTANTES Y CAMBIOS, por A. Jimeno Martínez y J.J. Fernández Moreno	69
LA EDAD DEL HIERRO: PROBLEMAS, TENDENCIAS Y PERSPECTIVAS, por F. Romero Carnicero y G. Ruiz Zapatero	103
<i>Comunicaciones</i>	121
REVISION DE LA INDUSTRIA LITICA DEL YACIMIENTO ACHELENSE DE TORRALBA DEL MORAL (SORIA), por A.I. Ortega Martínez	123
EL YACIMIENTO ACHELENSE DE TORRALBA: NUEVAS INTERPRETACIONES TAFONOMICAS Y PALEOECONOMICAS, por A.C. Díez Fernández-Lomana	137
ESTUDIO PETROLOGICO DE NODULOS Y CALCOS DE AMBRONA (SORIA) Y PROCESOS DE RESTAURACION, por M.C. López de Azcona y L. de Huéscar	153
EL FENOMENO MEGALITICO EN LA PROVINCIA DE SORIA, por M.A. Rojo Guerra, A. Jimeno Martínez y J.J. Fernández Moreno	163
APORTACIONES AL ESTUDIO DE INDUSTRIAS LITICAS DE SUPERFICIE EN LA VERTIENTE SEPTENTRIONAL DE LA SIERRA DEL ALMUERZO. NARROS (SORIA), por I. Arellán Gañán, C. Jiménez Sanz y N. Ramón Fernández	183
	683

ELEMENTOS CAMPANIFORMES EN EL YACIMIENTO ARQUEOLOGICO DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por A. Bescos Corral . . .	203
LOS ARENALES DE RIOSECO (SORIA): CONSIDERACIONES SOBRE LA RELACION DE CERAMICAS CAMPANIFORMES Y COGOTAS I, por J.J. Fernández Moreno y A. Jimeno Martínez	211
LA METALURGIA DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA PROVINCIA DE SORIA: EL CONTEXTO CULTURAL, por A. Jimeno Martínez y J.J. Fernández Moreno	231
LA METALURGIA DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA PROVINCIA DE SORIA: ESTUDIO ANALITICO, por S. Rovira, I. Montero y S. Consuegra	247
LA PINTURA ESQUEMATICA DE LAS PROVINCIAS DE SORIA Y SEGOVIA: ESTUDIO COMPARATIVO, por M.R. Lucas Pellicer	261
LOS GRABADOS RUPESTRES DE SORIA Y SEGOVIA, por M.R. Lucas Pellicer y R. Castelo Ruano	279
LA APORTACION DE TEOGENES ORTEGO Y CONOCIMIENTO DE LA CERAMICA EXCISA EN LA PROVINCIA DE SORIA Y LA INVESTIGACION POSTERIOR, por M.J. Marcos Mínguez	295
LOS ORIGENES DEL HABITAT DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA PROVINCIA DE SORIA: LAS CABAÑAS DE EL CASTILLEJO DE FUENSAUCO, por F. Romero Carnicero y J.C. Misiego Tejada	307
ESTUDIO ZOOARQUEOLOGICO DE LAS CABAÑAS CIRCULARES DE EL CASTILLEJO DE FUENSAUCO, por J.A. Bellver Garrido	325
ACERCA DE UN CURIOSO VASO DEL CASTRO DEL ZARRANZANO (ALMARZA, SORIA), por G.J. Marcos Contreras	333
CERAMICAS CON DECORACION «A PEINE» EN LA PROVINCIA DE SORIA, por E. García-Soto Mateos y R. De La-Rosa Muncio	343
TUMBAS CON PUÑALES DE TIPO MONTE BERNORIO EN LA NECROPOLIS DE SAN MARTIN DE UCERO, por E. García-Soto Mateos	367
PUÑALES CELTIBERICOS CON EMPUÑADURA DE TRIPLE CHAPA PLANA Y POMO CON ANTENAS, por E. Cabré Herreros y J.A. Morán Cabré	389
UNA PLACA DE CINTURON DE NUMANCIA CONSERVADA EN EL MUSEO NUMANTINO, por F. Martínez Quirce	399
REPRESENTACIONES HUMANAS EN EL ARTE CELTICO DE LA PENINSULA IBERICA, por M. Almagro-Gorbea y A.J. Llorio	409
REPRESENTACIONES ZOOMORFAS PRERROMANAS EN PERSPECTIVA CENTAL: ICONOGRAFIA, CRONOLOGIA Y DISPERSION GEOGRAFICA, por F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez	453
LAS CERAMICAS DE NUMANCIA CON LETRERO IBERICO, M. Arlegui Sánchez	473
EL YACIMIENTO CELTIBERICO DE «CASTILMONTAN» SOMAEN (SORIA): EL SISTEMA DEFENSIVO, por M. Arlegui Sánchez	495

NOTAS SOBRE EL POBLAMIENTO CELTIBERICO DE LA ZONA DE QUINTANA REDONDA, por A.C. Pascual Díez	515
LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por J.L. Argente Oliver, A. Díaz Díaz y A. Bescos Corral	527
LA CERAMICA CON DECORACION A PEINE DE LA NECROPOLIS DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por J. Altares Lucendo y J.C. Misiego Tejada	543
EL ARMAMENTO DE LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA): ESPADAS Y PUÑALES, por C. Martínez Martínez	559
BROCHES DE CINTURON DE TIPO CELTICO EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por A. Alonso Lubias	571
PLACAS DECORADORAS CELTIBERICAS EN CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por J.L. Argente Oliver, A. Díaz Díaz y A. Bescos Corral	585
REPRESENTACIONES PLASTICAS DE LA CABEZA HUMANA EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por P. Saiz Ríos	603
PROSPECCION GEOFISICA APLICADA A LA INVESTIGACION DE LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA) PRIMEROS RESULTADOS, por J.F. Bergamin, M.T. Mateos, A. Gradolph, J.L. Argente, F. Mingarro y C. López Azcona	613
BASES DE DATOS RELACIONADOS PARA LA GESTION DE EXCAVACION: LA PRIMERA DE LA NECROPOLIS DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por A. Bescos Corral y A.I. Aldecoa Ruiz	635
LOS ARGELOS: ETNIA, LINAJE Y ADMINISTRACION, por L. Pérez Vilatela	647
LA ORGANIZACION SOCIO POLITICA CELTIBERICA A TRAVES DE LOS TEXTOS CLASICOS Y LA ARQUEOLOGIA, por M.ª P. García-Gelabert Pérez	659
HALLAZGOS MONETARIOS IBERICOS E HISPANORROMANOS EN NUMANCIA, por F. Romero Carnicero y M.A. Martín Carbajo	671

VOLUMEN II

<i>SESION DE ARQUEOLOGIA CLASICA</i>	695
<i>Ponencias</i>	697
LA ROMANIZACION EN LA PROVINCIA DE SORIA: PANORAMA Y PERSPECTIVAS, por M.A. Romero Carnicero	699
LAS VILLAS ROMANAS EN LA PROVINCIA DE SORIA: ESTADO DE LA CUESTION, por M. Mariné	745
<i>Comunicaciones</i>	765
PRIMEROS RESULTADOS DE LAS EXCAVACIONES REALIZADAS EN MEDINACELI. CAMPAÑAS 1986-1989, por M.J. Borobio Soto, F. Morales Hernández y A.C. Pascual Díez	767
	685

EL PLANEAMIENTO URBANO DEL CENTRO MONUMENTAL DE TIERMES EN EPOCA JULIO CLAUDIA, por J.M. Izquierdo Bertiz	785
MATERIAL DE EPOCA ROMANA HALLADO EN LAS EXCAVACIONES DE LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por A. Martínez y E. Hernández Urizar	797
ALGUNOS EJEMPLOS DE ARQUITECTURA DECORATIVA DE LA PROVINCIA DE SORIA, por M.A. Gutiérrez Behemerid	815
ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LOS MOSAICOS SORIANOS, por M. Torres Carro	835
CERAMICA PINTADA CON DECORACION PLASTICA DE UXAMA, por C. García Merino	851
APORTACIONES AL ESTUDIO DE LA CERAMICA DE PAREDES FINAS CON DECORACION A MOLDE DE UXAMA (OSMA, SORIA), por J. Guerrero Arroyo, B. Saquero Martín y S. Carretero Vaquero	865
ESTUDIO PETROLOGICO Y GEOQUIMICO DE ENCOSTRAMIENTOS EN UNA REJA ROMANA DE UXAMA (SORIA) Y PROCESOS DE RESTAURACION, por J.L. Argente, F. Mingarro y L. de Huéscar	875
CONJUNTO DE TSHT PROCEDENTE DE UXAMA (OSMA, SORIA), por B. Saquero Martín, J. Guerrero Arroyo y S. Carretero Vaquero	885
LOS CASTROS SORIANO-RIOJANOS DEL SISTEMA IBERICO: NUEVAS PERSPECTIVAS, por U. Espinosa	899
NUEVOS TESTIMONIOS EPIGRAFICOS SORIANOS, por J. Gómez-Pantoja	915
NUEVAS APORTACIONES A LA EPIGRAFIA SORIANA, por S. Crespo Ortiz de Zarate y J.R. Vega de la Torre	927
APROXIMACION AL POBLAMIENTO RURAL HISPANO-ROMANO EN LA PROVINCIA DE SORIA, por J. Gómez Santa Cruz	937
LA PROVINCIA DE SORIA DURANTE LA ROMANIDAD TARDIA, por F. Pérez Rodríguez	957
NOTICIA SOBRE HALLAZGOS TARDORROMANOS EN TORRALBA DEL BURGO (SORIA), por J.R. Vega de la Torre	973
NECROPOLIS TARDORROMANAS EN SORIA, por A. Fuentes	991
APROXIMACION AL HABITAT VISIGODO DE TERMES, por C. de la Casa Martínez y J.M. Izquierdo Bertiz	1007
<i>SESION DE ARQUEOLOGIA MEDIEVAL</i>	<i>1019</i>
<i>Ponencias</i>	<i>1021</i>
LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN SORIA. ESTADO DE LA CUESTION, por M. Retuerce Velasco	1023

	<u>Págs.</u>
<i>Comunicaciones</i>	1043
CATALOGACION DE LA MONEDA HISPANO-MUSULMANA EN EL MUSEO NUMANTINO DE SORIA, por J.I. Saenz Díez	1045
NECROPOLIS RUPESTRE DE TIERMES, por M. Domenech Esteban y C. de la Casa Martínez	1061
NECROPOLIS MEDIEVAL DE SAN BAUDELIO DE CASILLAS DE BERLANGA, por J. Andrio Gonzalo y E. Loyola Perea	1069
EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE CARACENA (SORIA), por F. Morales Hernández y M.J. Borobio Soto	1087
HALLAZGO MONETAL EN MONTENEGRO DE CAMEROS (SORIA), por C. de la Casa Martínez y M. Domenech Esteban	1105
PANORAMA DE LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN ALMAZAN, por J.A. Marquez Muñoz	1115
PILAS BAPTISMALES SORIANAS CON OMEGA-ALFA, por M.A. Alonso Sánchez	1131
<i>SESION DE PATRIMONIO ARQUEOLOGICO</i>	1143
PROPUESTA DEL MONTE VALONSADERO COMO PARQUE ARQUEOLOGICO, por J.A. Gómez-Barrera, A. Jimeno Martínez, J.J. Fernández Moreno y J.F. Yusta Bonilla	1145

II SYMPOSIUM DE ARQUEOLOGIA SORIANA

Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías
19-21 de Octubre de 1989

(Volumen II)

II SYMPOSIUM DE ARQUEOLOGIA SORIANA
Actas

Director: Dr. D. Carlos de la Casa Martínez.

Secretario: D. José Javier Fernández Moreno.

© EDICIONES DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SORIA
Departamento de Cultura

Portada: ALEJANDRO PLAZA.

Colección: TEMAS SORIANOS N.º 20

Imprime: INGRABEL - SORIA

I.S.B.N. (Tomo II): 84-86790-36-0

I.S.B.N. (Obra completa): 84-86790-37-9

D.L.: SO. 55/92

Precio: 3.500 ptas.

En estos volúmenes se recogen las ponencias y comunicaciones presentadas al «II Symposium de Arqueología Sorianana», celebrado entre los días 19 y 21 de octubre de 1989 en el Aula Magna «Tirso de Molina» de esta Ciudad.

Estas jornadas fueron organizadas y patrocinadas por la Diputación Provincial de Soria, que desea expresar, desde estas líneas, su agradecimiento a todos los participantes y aquellas personas que colaboraron en esta actividad de carácter científico.

SESION DE ARQUEOLOGIA CLASICA

PONENCIAS

LA ROMANIZACION EN LA PROVINCIA DE SORIA PANORAMA Y PERSPECTIVAS

M.V. ROMERO CARNICERO*

LA ARQUEOLOGIA ROMANA EN LA HISTORIOGRAFIA ARQUEOLOGICA SORIANA

Resulta difícil marcar un punto cronológico o una figura para señalar el origen de la arqueología romana en Soria. Puede serlo Loperráez ya en el siglo XVIII con su obra *Descripción Histórica del Obispado de Osma* (1788). En cualquier caso, es a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando la arqueología romana empieza a encontrar su lugar en los estudios de la provincia con figuras como N. Rabal y E. Saavedra, con el acicate de las primeras campañas de excavación en Numancia y con la aparición de estudios más específicos, en particular epigráficos. Es una fase que se afianza en los comienzos del siglo XX con personalidades como Schulten o Mélida y con la práctica de excavaciones en otros yacimientos, caso de Tiermes, Medinaceli o Uxama.

No pretendemos desde luego realizar aquí un panorama historiográfico exhaustivo de los trabajos sobre la arqueología romana de la provincia. De los más antiguos da cuenta, dentro de un marco general, B. Taracena en la *Carta Arqueológica de Soria*, de 1941. En fechas más recientes ofrecen una visión global A. Jimeno en la presentación del primer volumen de la nueva *Carta Arqueológica* (Bobio, 1985, págs. IX-XV) y G. Ruiz Zapatero en el libro publicado con ocasión de la exposición *Diez años de Arqueología Soriana (1978-1988)* (Ruiz Zapatero, 1989), celebrada en el Museo Numantino en mayo de 1989. Nos remitiremos por ello a señalar los estudios antiguos que consideramos hitos importantes en el conocimiento de la arqueología romana de la provincia, para centrarnos después en aquéllos efectuados en las últimas décadas.

El primer gran trabajo monográfico es el de Saavedra *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augustobriga*, presentado a la Real Academia de la Historia en 1861 y publicado en 1879. Sorprende todavía lo cuidadoso de sus ilustraciones y, en particular, el detallado trazado de la vía, fruto de una inspección personal por parte del estudioso, que se ve además completado por otras referencias a elementos epigráficos o arqueológicos que, como en el caso concreto

de Augustobriga, resultan todavía una base fundamental, por cuanto casi ya irre recuperable, para el conocimiento de algunos aspectos de la misma. Tendrán que transcurrir unos setenta años para que esta obra se vea ampliada por otra del que puede considerarse la gran figura de la arqueología soriana, D. Blas Taracena, quien en su estudio sobre las vías romanas del Alto Duero (1934), aborda el trazado de las calzadas de toda la provincia en una visión de gran acierto. A Blas Taracena se debe también la primera valoración científica de la romanidad en tierras sorianas, expuesta en las primeras páginas de la *Carta Arqueológica* (1941, págs. 19-23) y sustentada en un repertorio de yacimientos y hallazgos que hicieron de la provincia de Soria la mejor documentada arqueológicamente en los años cuarenta. Si la investigación personal de Taracena pareció encaminarse más hacia el mundo indígena y en concreto hacia la Edad del Hierro, no da la impresión de que la arqueología romana se resintiera de ello, como tampoco la de momentos más recientes, y éste es un gran mérito de su obra.

De la importancia y trascendencia de estos tres trabajos da buena cuenta el hecho de que, por globalizadores y serios, son puntos de referencia ineludibles para quien aborde casi cualquier aspecto de la arqueología romana soriana. Y ello sin desmerecer la obra de otros estudiosos que afrontaron aspectos más concretos de ese campo o se inclinaron por la recuperación o excavación de yacimientos determinados.

Tras la gran labor desarrollada por Taracena, la arqueología provincial entra en un largo período de «impasse» que abarca casi tres decenios. Las escasas aportaciones a la arqueología romana que ven luz en esos años se deben casi con exclusividad a D. Teógenes Ortego, quien, por otro lado, no cesará esta actividad hasta su muerte, acaecida recientemente. De su prolijo trabajo —guías de yacimientos como Numancia y Tiermes (1967a y 1967b), la elaboración de la «Época antigua» en la *Historia de Soria* (1985), trabajos de excavación, entre los que sobresalen los de las villas de Santervás del Burgo (1956) y Rioseco (1977), y una innumerable serie de estudios y artículos, todos ellos recopilados en fecha reciente (Pérez Rioja, 1988)—, destacaríamos sobre todo su labor de registro de nuevos yacimientos y materiales romanos de todo tipo. Esta tarea, que llevó a cabo en puntos bien dispares y a veces poco accesibles de la geografía provincial, ha proporcionado una inestimable documentación de la que se ha beneficiado ampliamente la arqueología soriana, a la que él aportó además en no pocas ocasiones acertados juicios.

En torno a los años 70 la investigación sobre este campo experimenta un nuevo empuje: se reanudan las excavaciones en Numancia, Tiermes y Uxama y se hacen más frecuentes los estudios sobre el particular. No es ajena a dicho empuje la actividad de C. García Merino, quien da amplia cabida a la arqueología soriana en su obra *Población y Poblamiento en Hispania romana. El Conventus Cluniensis*, de 1975. Ella ha realizado también sucesivas contribuciones sobre los conjuntos arqueológicos de Gormaz, San Esteban de Gormaz y Vildé (1973a, 1977a y 1977b) y, en particular, de Uxama y su entorno (1969, 1970, 1984, 1987 y 1989), así como sobre la epigrafía de distintos puntos de la provincia y otros aspectos de interés (García Merino, 1967 a 1989). Su investigación se viene centrando en los últimos años en el importante conjunto de Uxama, yacimiento en el que desde

1976 efectúa excavaciones periódicas. Aproximadamente por esas fechas se reiniciaron las excavaciones en Tiermes, prosiguiéndose en la actualidad a cargo de J.L. Argente y un amplio equipo; fruto de las mismas son una larga serie de informes publicados periódicamente en la revista *Celtiberia*, varios trabajos sobre diferentes aspectos del yacimiento (Argente y Baquedano, 1983; Argente, 1984; Argente y Alonso, 1984; Argente y Mostalac, 1981 y 1985), dos memorias de excavación (Argente *et alii*, 1980 y 1984a) y dos nuevas guías de Tiermes (Argente *et alii*: 1985; Argente y Díaz: 1988a). Uxama y Tiermes han recuperado así en los últimos quince años el lugar perdido en la arqueología romana provincial y peninsular. Diferente suerte ha corrido Numancia, aunque ello en parte sea lógico. Retomadas las excavaciones por F. Wattenberg en los años 60, la publicación de los resultados ha debido esperar 20 años para ver la luz (Wattenberg, 1983). Continuada después por J. Zozaya en 1970 y 1971, los esfuerzos posteriores se han encajinado fundamentalmente a la consolidación y limpieza de lo ya excavado.

En 1980 A. Jimeno publica la *Epigrafía romana de la provincia de Soria*, una obra necesaria y esperada (1980a). De su repercusión nos hablan elocuentemente el vigor y empuje que han experimentado en estos últimos años los trabajos sobre la epigrafía de Soria o los estudios relacionados con ella.

Por otro lado y además de haber efectuado otras aportaciones personales a la arqueología romana de la provincia (Jimeno, 1977 a 1980; Argente y Jimeno, 1977; Argente *et alii*, 1980), A. Jimeno ha tenido también buena parte de responsabilidad en las recientes aportaciones efectuadas en ese campo por nuevas generaciones de arqueólogos, estando no obstante su propia investigación volcada ya hacia la Protohistoria. Nos estamos refiriendo a su labor de dirección de la nueva *Carta Arqueológica de Soria*, de la que se han publicado ya los volúmenes correspondientes al Campo de Gómara (Borobio, 1985) y a la Tierra de Almazán (Revilla, 1985). Sorprende en ambos el número de yacimientos inéditos detectados, por cuanto cuadruplican prácticamente los documentados por Taracena. Expresivo de los resultados es el mapa del poblamiento romano en la provincia que recientemente ha ofrecido A.C. Pascual Díez (1988), en el que incorpora, junto a los asentamientos de las dos cartas citadas, los detectados por ella misma en la zona de Quintana Redonda, tomo de la Carta de próxima aparición, y los del entorno de Uxama y Numancia, ofrecidos por C. García Merino y F. Morales, respectivamente. Se comprueba, en efecto, cuán ampliamente se ha transformado y enriquecido el panorama de la ocupación romana en las áreas citadas.

También desde un marco riojano se han efectuado aportaciones en este sentido en los últimos años; tal es el caso de la *Carta arqueológica del Alto Cidacos* (Pascual y Pascual, 1984), en la que se incluye la zona correspondiente al mismo de nuestra provincia. Señalar igualmente el incentivo que para la arqueología soriana supuso la celebración en 1982 de un primer *Symposium* sobre el tema; en lo referente a la romana destacaríamos el trabajo de Caballero Zoreda (1984), la primera síntesis realizada sobre la arqueología tardorromana y visigoda de la provincia tras los trabajos de Taracena (1941) y Palol (1970).

Sería injusto finalizar sin hacer mención de los estudios que sobre yacimientos, materiales o aspectos concretos del mundo romano han venido realizándose en los últimos años. Enfocados algunos hacia cuestiones de carácter regional

o comarcal (Espinosa, 1984a; Espinosa y Usero, 1988), analizando otros toda la documentación preservada de un elemento de la cultura material, como el *Corpus de mosaicos* de Soria (Blázquez y Ortego, 1983) o versando sobre piezas singulares, caso de los relativamente numerosos de Balil (1978 a 1984), tampoco faltan los dedicados a materiales diversos o a nuevos yacimientos, una larga lista de la que, a fin de no cargar el texto, nos hacemos eco a través de las referencias bibliográficas finales. En conjunto, una muestra diversificada que pone de relieve el interés que va cobrando la arqueología romana de la provincia, un campo que a su vez ha quedado reflejado en mayor o menor grado en obras de carácter general (p.e.: Gorges, 1979; Fernández Castro, 1982; Wiegels, 1985). Paralelamente en este último decenio se han retomado las excavaciones en Cuevas de Soria (Mariné, 1984) y Medinaceli (Borobio, Morales y Pascual, 1989), tras un paréntesis de cincuenta años.

Un panorama, en suma, esperanzador y que nos permite plantearnos qué sabemos y qué deseamos conocer y que nos obliga a reflexionar hacia donde deberán enfocarse los esfuerzos en los próximos años. Vemos, en cualquier caso, que el largo recorrido de la arqueología romana en nuestra provincia es el de la arqueología soriana en general (Ruiz Zapatero, 1989). Eso significa que ese campo siempre ha tenido su propio lugar tanto en los buenos como en los malos momentos, que ha sido parte activa en su desarrollo, un elemento modelado pero a su vez también modelador del mismo.

II

LA ROMANIZACION EN LA PROVINCIA DE SORIA. ESTADO DE LA CUESTION

Hemos elegido el término romanización por lo que lleva implícito de dinamismo, de proceso contínuo, que es la estructura de la que hemos querido partir. Una estructura temporal que, sin embargo, se define con poca nitidez en este ámbito y que nos ha obligado a fijar momentos más amplios de lo que hubiéramos deseado. Son éstos: la época republicana, de Augusto a los flavios, el s. II y el s. III.

Precisa esta toma de postura de algunas indicaciones complementarias y en parte justificativas. Como preámbulo de todos ellos situaremos un apartado, el de la presencia militar en la provincia de Soria, plasmada en los campamentos, que en su mayor parte precedieron a la conquista o fueron el motor de la misma. En la fase republicana, la más desconocida de la época romana en la provincia, hay un momento que podría intuirse como hito, el sertoriano, posible definidor de un «antes» y un «después», pero arqueológicamente la separación de esas dos fases resulta algo bastante abstracto, por lo que nos hemos retraído de fijar un límite que, al menos hoy por hoy, pudiera tener bastante de artificioso. En el

s. I d. de C. cabría haber diferenciado el período julio-claudio y flavio, y alguna consideración haremos para cada uno de ellos, pero son más los fenómenos y manifestaciones que se mueven con imprecisión entre uno y otro. Es el s. I, no obstante, el momento que resulta más tangible y prolífico en datos entre los que hemos de tratar. Con mucha menos precisión se definen los siglos II y III d. de C., marcos temporales que, en cualquier caso, creemos necesario considerar:

El trabajo de Caballero Zoreda sobre la romanidad tardía en el anterior *Symposium de Arqueología soriana* (1984), así como en éste la ponencia de M. Mariné sobre las villas y varias comunicaciones relativas a este período, nos han eximido de prolongar el trabajo a la época bajo-imperial, un campo en el que nos hubiéramos movido con menos comodidad.

1. LA PRESENCIA MILITAR Y LA CONQUISTA DEL TERRITORIO SORIANO: LOS CAMPAMENTOS

Esta presencia puede considerarse notable. Siguiendo a Schulten, se resumiría en dos momentos: el más antiguo, de comienzos del s. II a. de C., vinculado a la campaña de Catón del 195 y representado por los campamentos de Alpanseque y I y II de Renieblas; a un segundo momento, el de las guerras celtibéricas, responderían el de Almazán, fechado entre el 153 y el 133, el III de Renieblas, correspondiente a la campaña de Nobilior del 153, y por último la obra ofensiva de circunvalación de Numancia erigida por Escipión entre el 134 y 133. Fuera ya de los límites cronológicos que ahora nos interesan quedarían los campamentos IV y V de Renieblas atribuidos a las guerras sertorianas (Schulten, 1928; 1945, págs. 69 y 172).

Taracena recogió estos datos en la *Carta arqueológica* (1941, pág. 19), haciendo notar, no obstante, la imprecisión cronológica de algunos de estos establecimientos, caso de los de Alpanseque y Almazán.

Después y durante largos años, los campamentos sorianos han sido por lo general sólo un punto común de referencia en la bibliografía. Destaca en este olvido la intervención de Gamer y Ortego en el de Almazán efectuada al final de los años 60 y que vino a corroborar las fechas propuestas por Schulten, en virtud de los hallazgos de cerámica campaniense y ánforas principalmente. Si Ortego se inclina en el *XI CAN* por una fundación en el 153-152 relacionada con la campaña de Nobilior y una ocupación reiterada hasta el fin de las guerras celtibéricas (Ortego, 1970, págs. 668-673), en su trabajo con Gamer rectifica en parte el trazado del campamento dado por Schulten y se retrae hacia una fecha menos comprometida de la segunda mitad del s. II a. de C., haciéndolo coincidir con las guerras celtibéricas y advirtiendo la similitud de sus materiales con los de los campamentos en torno a Numancia (Gamer y Ortego, 1970).

De otro tipo ha sido el interés suscitado por estos últimos o por los de la Gran Atalaya de Renieblas, por cuanto se ha centrado casi con exclusividad en los hallazgos monetarios. Estos, además de haber sido incorporados en trabajos de

numismática de carácter más general, han sido objeto de dos estudios monográficos por parte de Romagosa y Hildebrandt. Si el del primero ofrece un catálogo de la moneda indígena (Romagosa, 1972), el de Hildebrandt (1979) supone un trabajo completo y verdaderamente sólido de los hallazgos monetarios de estos campamentos. Sopesando aquéllos, ahí donde están documentados —Campamentos III y V de Renieblas y varios de los de circunvalación de la ciudad—, con índices de probabilidad basados en las fechas de las emisiones y en los valores relativos de los pesos, llega a establecer la siguiente subordinación cronológica. Campamento III: 157-146 a. de C.; anillo de circunvalación a Numancia: 141-130; Campamento V: 135-130. Si la valoración numismática de los dos primeros viene a coincidir con las fechas propuestas por Schulten, pudiendo ajustarse a los acontecimientos históricos por él señalados, no ocurre lo mismo con el campamento V. Schulten lo había relacionado con las guerras sertorianas, en tanto que el estudio de Hildebrandt revela, aun siendo el suyo el conjunto numismático más moderno del grueso, su vinculación directa con la conquista de la ciudad (Hildebrandt, 1979, págs. 265-271). Sólo una de las monedas de este campamento podría disociarse por su posible fecha posterior de este ambiente cronológico (Hildebrandt, 1979, págs. 244, 266 y 268), pero parece totalmente insuficiente para emitir juicios sobre una hipotética permanencia o reocupación militar del mismo. Indirectamente, con este trabajo, queda puesta en tela de juicio la cronología del Campamento IV de Renieblas, anterior al V y como él relacionado por Schulten con el momento sertoriano, así como las ocupaciones previas a Escipión señaladas por el mismo autor en El Castillejo (Schulten, 1945, págs. 178-179).

En cualquier caso, creemos conveniente insistir sobre la incidencia del estudio de Hildebrandt y ello por varias razones. Ha recuperado para la investigación una parte del material de los campamentos excavados por Schulten; implícita queda la llamada de atención de que los hallazgos ahí efectuados siguen depositados en el Römisch-germanisches ZentralMuseum de Mainz y, lo que es más importante, en unas condiciones, a juzgar por los monetarios, que permiten posiblemente todavía el estudio diferenciado de cada uno de los campamentos. Tal vez sea ésta una impresión optimista, pues el material numismático siempre ha sido un documentopreciado, pero valdría la pena comprobar si el resto ha corrido tan buena suerte en estos largos años. Bien es verdad, por otro lado, que estos materiales, con toda probabilidad de asequible acceso para los estudiosos, lo son en realidad mucho menos para nosotros en virtud de la distancia, pero un buen punto de partida puede ser la consulta de la obra de Schulten (1927 y 1929), que por fortuna no es parca en ilustraciones para su fecha de edición.

La importancia de un mejor conocimiento de los campamentos es además doble: por un lado y en una vertiente general, para adquirir una más completa noción de este tipo de instalaciones y su equipamiento, tanto militar como de uso cotidiano, con sus valores cronológicos; por otro, en una vertiente más doméstica, que es la que aquí nos interesa. Aparte de lo que nos puedan informar sobre las actuaciones romanas anteriores o coetáneas a la conquista, bien puede derivarse también de su estudio, y en particular del de alguno de sus materiales, un mejor conocimiento de las relaciones entre estos enclaves militares y su entorno. Clave en este sentido puede resultar, por ejemplo, la cerámica celtibérica hallada en algunos de los campamentos en torno a Numancia (Taracena, 1941, pág. 82; Morales, 1985, págs. 61-63). Comprobar su origen y verificar su cronología, a la luz de la que ofrezcan otros materiales de datación más precisa, no parece asunto de poca importancia.

2. LA EPOCA REPUBLICANA

En éste uno de los momentos más «oscuros» en la arqueología romana de la provincia, como lo es también en buena parte de la Meseta. Partimos de un mundo, el celtibérico, que conocemos más en sus manifestaciones externas —yacimientos y materiales— que en su dinámica interna y abocamos ya en el s. I d. de C. en otro que se muestra si no radical sí notablemente diferente. Ignoramos, sin embargo, casi en su totalidad qué factores han verificado este cambio y cómo y cuándo han actuado.

Insuficientes para aclarar esta cuestión son las fuentes, aún cuando no sean excesivamente parcas para la época. Expresivas y numerosas en los relatos de la caída de Numancia, aportan también otras alusiones ocasionales sobre los episodios del 98-94 y referencias algo más amplias sobre el apoyo de la Celtiberia a la causa sertoriana, con mención expresa de algunos núcleos de la provincia (*Celtiberos*, 1988, págs. 201-206).

Tampoco la arqueología cuenta, hoy por hoy, con datos suficientes para determinar cómo se desarrollaron esas transformaciones en nuestro territorio y ello fundamentalmente por dos hechos: 1) la ausencia o excepcionalidad de elementos materiales característicos —ciertos pavimentos, cerámica campaniense, lucernas, ánforas, etc.— que permitan vincular determinados asentamientos o niveles a la época republicana; una ausencia, ya de por sí expresiva, que no se advierte en cambio en otras zonas de más temprana romanización, caso de Cataluña o el Valle medio del Ebro (*De les estructures indígenes a l'organització provincial romana*, 1987; Beltrán Lloris, M., 1986; *Celtiberos*, 1988, págs. 36-53), donde el estudio de este período está alcanzando resultados prometedores. 2) Como consecuencia de esta carencia, el conocimiento de esta larga fase recae fundamentalmente en la comprensión del mundo indígena y su dinámica. Y éste, si bien encuentra en recientes enfoques una perspectiva esperanzadora para abordar el análisis de los asentamientos, nos muestra en cambio un fuerte rechazo a ser aprehendido en su evolución temporal en virtud de la indefinición cronológica del material que le es más común y característico, la cerámica. Como consecuencia, la valoración de la época republicana ha de efectuarse dentro de unos márgenes de inconcreción y provisionalidad, un marco que regirá también nuestros escasos comentarios.

Tras la incorporación de un territorio, lo habitual en la mentalidad romana, siempre práctica, fue en líneas generales mantener bajo control la situación previa. A pesar de la literatura vertida sobre la guerra numantina, fruto de una propaganda política y honoraria, hay que pensar que esa fue también la actuación de Roma en la Celtiberia Ulterior. Evidente de por sí es el hecho de que núcleos significados en las fuentes a través de las guerras celtibéricas o en acciones anteriores, como Ocilis, Uxama, Tiermes o Numancia, pervivan en época imperial, sean o no citados en la época que nos ocupa. El mismo caso de Numancia es expresivo; aún cuando algunos autores sigan mencionando su abandono entre el 133 y la época augustea (Salinas, 1986, págs. 94-95; Morales, 1985, págs. 51-55), es generalmente aceptada la continuidad en el habitat de La Muela por la que abogara en su día Wattenberg (1963, págs. 27-36 y 68), una propuesta para la

que cobran valor no pocos argumentos (Romero, 1976). No parecería extraña, de cualquier modo, la permanencia durante cierto tiempo de algún enclave militar en la zona, y algo a este propósito, a falta de confirmar, fue apuntado por Schulten en la Saledilla (Schulten, 1945, págs. 225-226). Por lo demás, la ausencia antes comentada de elementos nuevos en el elenco cultural y material del mundo celtibérico es un factor que refuerza ese mantenimiento del viejo orden de cosas.

En alguna medida viene a corroborar esta idea también el panorama del poblamiento celtibérico en la provincia, aún dentro de su imprecisión cronológica. Taracena situaba la desaparición o abandono de algunos poblados, no muchos —Carbonera de Frentes, Fuensaúco, Monasterio, Ocenilla, Ventosilla de San Juan—, en torno a las guerras celtibéricas, mientras que para la mayoría de aquéllos que no acusan evidencias de romanización —entendiendo esto como ocupación romana detectable a través de sus materiales, es decir habitat de época imperial en realidad—, que son además el grueso del conjunto, proporcionó una cronología más o menos amplia que se mueve entre los siglos III-I, III-II o II-I a. de C. (Taracena, 1941). Una tónica similar es la seguida, a falta de más datos, en las nuevas cartas arqueológicas (Borobio, 1985; Revilla, 1985). Expresada o implícita queda ahí también la idea de la pervivencia durante un tiempo impreciso de unas formas de vida que no son otras que las de la etapa celtibérica.

Este ambiente de continuidad debió de experimentar sin embargo transformaciones importantes a lo largo del s. I a. de C., aún cuando no alcancemos a ver cuáles fueron ni cómo se produjeron, pues una situación «nueva» como aquella a la que asistimos en el s. I d. de C. no puede fructificar en muy corto plazo. Revelador como referencia puede ser el caso catalán. Se observa ahí en el s. II a. de C., y en particular en su segunda mitad, una nueva estructuración del territorio, plasmada en unos ejes viarios y en la proliferación de nuevos establecimientos agrícolas en llano, foco de atracción del elemento indígena, que paulatinamente abandonaría muchos de sus primitivos enclaves; es ésta una situación que cuajaría en el s. I a. de C., momento más caracterizado ya por una preocupación por los núcleos urbanos (Mayer y Rodá, 1986, págs. 345-346; *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana*, 1987).

Un esquema, el catalán, del que se pueden entrever ecos más tardíos en nuestra provincia, en particular por lo que a la aparición de un nuevo sistema de explotación del suelo y al abandono de los poblados se refiere. De hecho, C. García Merino ha esbozado ya una evolución de este tipo (1975, pág. 323) y un caso representativo sería el de Gormaz (García Merino, 1973a, págs. 65-66).

Remitiéndonos al primer aspecto, a la introducción de un nuevo sistema de explotación de los recursos agrícolas, bien podrían relacionarse con él ciertos asentamientos en llano y de pequeña extensión con materiales celtibéricos. Varios yacimientos de este tipo han sido proporcionados en los dos volúmenes de la nueva *Carta arqueológica*. Citaremos, por ejemplo, para el Campo de Gómara los de «Las Rozas» en Bliccos, «Camino de la Mata» en Candilichera, o el de «La Campana» en Peroniel del Campo (Borobio, 1985); en la Tierra de Almazán, «El Pecho de la Fuente» de Adradas, «El Barranco» de Borjabad, «La Castellera-Los Jardines» de Soliedra y «La Piñuela» de Taroda parecen particularmente expresivos (Revilla, 1985). Vienen a incidir en esta idea ciertas consideraciones que realiza

M.L. Revilla a propósito del poblamiento celtibérico en la zona de Almazán; advirtiendo diferentes tipos de emplazamiento, apunta por una cronología más evolucionada, en algunos casos romana ya, para aquellos situados en llano, en los que acertadamente ve la plasmación de una diferente organización económica (Revilla, 1985, págs. 337-338).

En cuanto a la segunda cuestión, la del abandono de los poblados, no volveremos a insistir en su imprecisión cronológica. Nos referiremos solamente a dos yacimientos que parecen representar la nota discordante en esta atonía de fechas, Izana y Langa de Duero. Si el primero desapareció según Taracena a raíz de las guerras sertorianas (1941, pág. 88), un final que habría que llevar hoy a un momento posterior dentro del s. I a. de C. (Romero, F. 1976, pág. 391), el de Langa supondría casi el caso contrario. Taracena sitúa su origen a mediados del s. I a. de C. y su ocaso a mediados del siglo siguiente (1941, pág. 90). Aunque con resultados diferentes en cada yacimiento, la centuria que precede al cambio de era parece ser vital para ambos.

En este mismo siglo la Celtiberia es escenario importante de las luchas entre dos partidos romanos, tras prestar decididamente su apoyo a uno de ellos, el de Sertorio. Un apoyo, ligado presumiblemente a promesas de una liberalización en los impuestos y a la esperanza de otras mejoras, cuyos móviles en conjunto son, no obstante, difíciles de concretar. Sus consecuencias, en un principio negativas —toma de Tiermes y de Uxama por los pompeyanos, con la destrucción de esta última—, no debieron de ser a la larga tan catastróficas. Se ha cifrado en esos años de apoyo a Sertorio un fuerte estímulo para las fuerzas sociales y las estructuras económicas indígenas que facilitarían su integración posterior (Espinosa, 1984b, págs. 198-199), una idea que también se ha vertido en alguna medida para ciertos núcleos de nuestra provincia (García Merino, 1984, pág. 391; 1989, pág. 88) y con la que coincidimos en lo que tiene de abstracto, pues el reflejo de ese estímulo es algo mucho más fácil de intuir que de verificar hoy por hoy.

Se acepta generalmente que las acuñaciones celtibéricas experimentan un notable aumento en relación con las guerras sertorianas (Domínguez, 1988, pág. 160); sin embargo, también se ha visto en el florecimiento de estas acuñaciones entre finales del s. II y comienzos del I a. de C. la plasmación de una condición de frontera, es decir, de un territorio ya incorporado pero cuya organización u ocupación intensiva todavía no se ha efectuado (Knapp, 1979, pág. 471). Una y otra hipótesis podrían ser válidas para las emisiones relacionadas con la provincia de Soria, por lo demás bastante inciertas. La identificación de la ceca de *Usamus* con Osma, hasta ahora unánimemente aceptada, ha sido recientemente puesta en tela de juicio (de Hoz, 1986, pág. 63; 1988, pág. 153). Bastante segura la de *Arkailikos*, sitúese en Osma o en un lugar no lejano a ella (García Merino, 1987b, págs. 75-76; de Hoz, 1988, pág. 153; Domínguez, 1988, págs. 158 y 168), el resto de los posibles centros emisores se ha identificado en virtud de los parecidos fonéticos con nombres de villas actuales —Débanos, Oncala, Borobia, Agreda— y aún algunas de estas vinculaciones, caso de la de *Arekoratas* con Agreda o la de *Uirouias* con Borobia, tampoco gozan de acuerdo (Vidal Bardán, 1982 y 1984; Domínguez, 1988, págs. 158 y 168). Viene a sumarse a esta imprecisión la ausencia de otras evidencias arqueológicas sobre la mayoría de los posibles centros emisores.

Un caso paralelo, aunque distinto, viene proporcionado por otros textos epigráficos, como téseras o inscripciones funerarias, unas y otras presentes en la provincia. Se considera la escritura celtibérica como un fenómeno avanzado dentro de este mundo —s. II y I a. de C.—, un marco cronológico en el que, salvo en contados casos, no parece posible hacer muchas precisiones (de Hoz, 1986, pág. 43). En la provincia contamos, aparte los letreros monetales, con tres epígrafes, presumiblemente funerarios, de Langa, Trébago y Osma (de Hoz, 1986, págs. 62-63; Albertos y Romero, 1981, págs. 199-204; García Merino, 1983, pág. 356), así como con dos téseras, de Numancia y Osma, respectivamente (de Hoz, 1986, pág. 66; García Merino y Albertos, 1981 y 1985). García Merino avanza para la tésera de Osma una cronología de la primera mitad del s. I a. de C., que no desdice de la republicana que generalmente se les atribuye (de Hoz, 1986, págs. 67-68), y una fecha algo más tardía para la estela de la misma procedencia (García Merino, 1987b, pág. 79). Presumiblemente estaríamos de nuevo moviéndonos con imprecisión en el s. I a. de C.

Dentro de este mismo siglo se han aportado algunas referencias cronológicas para el material celtibérico más característico, la cerámica. Es a partir del comienzo del mismo o poco antes cuando irrumpe, al parecer, el mundo figurativo y el gusto por la policromía en la cerámica de Numancia (Wattenberg, 1963, págs. 35-36; Romero, F. 1976; Romero, F. 1977, págs. 184-189), un caso peculiar, el numantino, que tiene no obstante sus ecos en Izana y Langa. En otro ambiente, el vacceo, y en concreto en Rauda, J.D. Sacristán (1986, págs. 221-245) ha distinguido un celtiberismo tardío, cuya formación, según la estratigrafía del yacimiento, correspondería a mediados del s. I a. de C. Quizá convenga señalar también que a este momento tardío le precede otro, la etapa celtibérica plena o clásica, cuyo fin se relaciona con las guerras sertorianas (Sacristán, 1986, pág. 137).

Parece, en definitiva, que a lo largo de este siglo adquieren cierto peso dentro del mundo indígena algunos elementos diferenciadores, bien sea por su introducción o por su transformación. La época sertoriana cabalga ahí como un posible hito generador de ulteriores cambios, pero su transcendencia no acaba de definirse. Por nuestra parte, hemos abogado tímidamente por la existencia en este siglo de una política romana enfocada a la organización del territorio y que puede intuirse en ciertos cambios en el poblamiento y, en particular, en la aparición de formas innovadoras en el habitat rural, fruto de una nueva concepción de explotación y distribución del suelo. Desconocemos, sin embargo, qué circunstancia política propició este proceso y en consecuencia también cuándo empezó a fructificar. Si hay constancia de su realización ocasional en fechas bastantes antiguas —fundación de Colenda en el 102 a. de C. para los celtiberos que participaron en las guerras contra los lusitanos (*Celtiberos*, 1988, pág. 204), hay que pensar en una fecha más avanzada para una organización global de este tipo. En este sentido podría cobrar valor la situación de frontera, defendida por R. Kanpp (1979, pág. 471) en relación a las acuñaciones monetarias, fuera cual fuera su función (Beltrán Lloris, F. 1936, págs. 895-906), por cuanto cabe suponer que, cuando estas emisiones desaparecen, y aquí lo hacen a mediados del s. I a. de C., el territorio ya ha sido organizado (Knapp, 1979, pág. 471). No faltan,

por otro lado, indicios en otras áreas de la Meseta, aunque no exactamente del mismo signo, que llevan a pensar en un replanteamiento del proceso romanizador en el comedio de dicho siglo (Bendala *et alii*, 1988, pág. 132).

La arqueología tiene buena parte de la palabra a la hora de verificar la planificación y desarrollo de este proceso organizativo, si, como pensamos, tuvo efectivamente lugar y, en este sentido, parece clave la detección y estudio a fondo de los asentamientos. Es probable que de futuros trabajos de este tipo se deriven ya algunas consideraciones cronológicas, pero será el concurso de esos datos con aquéllos proporcionados por la numismática, la epigrafía, el análisis de los materiales y la valoración crítica de las fuentes el que, con toda probabilidad, permitirá en su día establecer con mayor precisión cuándo esos procesos de cambio tuvieron lugar y evaluar sus consecuencias.

3. DE AUGUSTO A LOS FLAVIOS

3.1. Aproximación a su devenir histórico

Si la política augustea es reconocible en otros ámbitos de la provincia Citerior o Tarraconense, caso de Cataluña y en particular del Valle medio del Ebro, donde en gran medida continuó la labor iniciada por César con la creación de colonias y, algo que parece más propio de su política, municipios, no ocurre lo mismo en la Meseta y, en concreto, en la actual provincia de Soria. Aquí puede atribuírsele la revitalización de un eje de comunicación entre el Valle del Ebro y el Noroeste, la vía de Caesaraugusta a Asturica, utilizada con toda probabilidad con ocasión de las guerras cántabras (Taracena, 1934, págs. 266-267; Jimeno, 1980a, págs. 260-261) y que veremos plasmada ya a comienzos de la época julio-claudia. Podría situarse también en época augustea el arco de Medinaceli, de resultar certera la restitución de la inscripción hecha por Blanco (1978, págs. 674-678), quien propone su dedicación a Lucio Cesar; la tipología del arco, en cualquier caso, no parece extraña a este momento (Blanco, 1978, págs. 677-678). A Augusto se le ha asignado también la posible fundación de Augustobriga (Saavedra, 1879, pág. 53; Taracena, 1941, pág. 119), pero la misma terminación en «briga» del nombre denuncia un núcleo anterior, atestiguado también por la presencia de materiales antiguos —cerámica campaniense, moneda ibérica—. No parecería extraño, con todo, un cambio de denominación en este época, eco del interés demostrado por Augusto hacia ciudades relativamente próximas, como Turiaso o Bilbilis, y en conexión asimismo con la revitalización de la vía antes mencionada.

La tarea de Augusto parece fructificar en nuestra provincia con sus sucesores en un momento relativamente temprano. A Tiberio y como mucho a Caligula se ha atribuido la concesión del estatuto municipal a Tiermes y Uxama (Espinosa, 1984a, págs. 309-310; Wiegels, 1985, págs. 163 y 165), privilegio que vendría precedido o propiciaría una serie de obras públicas y realizaciones monumentales, de las que sería particularmente expresivo, en el caso de Uxama, el foro aterrazado

de cronología inicial tiberiana (García Merino, 1987a, págs. 256-259; 1987b, págs. 82-89 y 101-105; 1987c, págs. 147-151). Las primeras evidencias epigráficas de la vía Caesaraugusta-Asturica —miliarios de Tiberio y Claudio (Jimeno, 1980a, números 140 y 150)— corresponden también a esta época.

Desconocemos cuando ascendió Augustobriga a la categoría de municipio, condición que tiene atestiguada en el s. II d. de C. (Espinosa, 1984a, pág. 311). Espinosa sugiere que pudo obtener el estatuto en época flavia; no obstante, pudo ser antes. Los restos de su muralla que describe e ilustra Saavedra (Saavedra, 1879, pág. 53 y lám. IV), y hoy prácticamente perdidos, podrían pertenecer, en virtud de su alomohadillado rústico, a la época julio-claudia. Gómez Pantoja ha avanzado (1987, págs. 232-234), por otro lado, la posible presencia, en un área próxima y en torno a la misma época, de un campamento militar, con el que relaciona las dos inscripciones de militares de Añavieja. Ni uno ni otro aspecto aportan pruebas que avalen su municipalidad preflavia, pero pueden entenderse como signos de vitalidad no desacordes con esta posibilidad.

En época flavia dos hechos vinieron a incidir sobre la provincia. La creación entonces o poco antes del convento cluniense, en el que quedó englobada la mayor parte de la misma (García Merino, 1975, págs. 35-37), y la concesión del *ius latii* por Vespasiano y en parte hecha efectiva por sus sucesores, que bien pudo alcanzar a algunos núcleos sorianos. En relación al primero, la datación augustea propuesta por Blanco para el arco de Medinaceli no tiene por qué modificar necesariamente la inclusión de este área como extremo más meridional del convento cluniense, aún cuando ponga en tela de juicio el carácter de límite entre éste y el caesaraugustano que Mérida le había atribuido (Taracena, 1941, pág. 95); no obstante, y al margen de ello, no falta quien considera más acertada su pertenencia a este último (Sancho, 1981, pág. 51). En contrapartida, un trabajo reciente de Espinosa y Usero (1988) parece demostrar de forma convincente, a través de datos epigráficos, la relación del territorio situado al norte de las sierras de Montes Claros y El Rodadero con el convento caesaraugustano. Esta zona, que ya C. García Merino parecía excluir del cluniense (1975, págs. 36-37) y cuya singularidad había puesto de manifiesto A. Jimeno (1979a, pág. 95 y mapa), se presenta, a través del estudio antes mencionado y en clara conexión con el área riojana del Alto Cidacos, como un territorio peregrino dependiente de Calagurris por vínculos de patronato y clientela (Espinosa y Usero, 1988, pág. 488-495).

Menos precisiones se pueden realizar sobre el segundo aspecto, las *civitates* o núcleos que adquieren en este momento su estatuto de municipalidad. Ya hemos comentado algo a propósito de Augustobriga, que en cualquier caso debió de recibirlo en el s. I. Para Numancia Espinosa se inclina por una concesión flavia en virtud de la adscripción a la tribu Quirina de uno de sus habitantes (Espinosa, 1984a, págs. 310-311), perteneciente con toda probabilidad a la élite local de la misma. Pese a lo modesto e incluso humilde de la arquitectura de la ciudad, no faltan junto a éste otros argumentos que avalen su ascensión de categoría. Wiegels considera además, en este sentido, la inscripción rupestre de Molinos de Duero (Jimeno, 1980a, n.º 136), donde figura un *II vir* como constructor de una vía de segundo orden (Wiegels, 1985, pág. 163). Si para Espinosa (1984a, pág. 311)

el epígrafe supondría la comprobación de Visontium como municipio, Wiegels lo valora en cambio en relación a Numancia, en cuyo territorio, y Molinos formaría parte por tanto de él, habría ejercido su función el *dunvir* (Wiegels, 1985, págs. 163 y 167). Sin contradecir lo apuntado sobre el probable privilegio flavio para Numancia, tanto la hipótesis de Espinosa como la de Wiegels parecen posibles para Visontium, aún cuando la imprecisa localización de ésta (Taracena, 1941, págs. 178-179) y el desconocimiento de restos de cierta envergadura o extensión en la zona, abundan hoy en la línea esbozada por el segundo.

Tampoco es fácil de definir el carácter de Ocilis. La adscripción a la tribu Quirina de uno de los individuos que figura en una triple inscripción funeraria (Jimeno, 1980a, n.º 71) podría servirnos para considerar positivamente su elevación al rango de municipio en época flavia. También en esta época se sitúa el trazado de la vía Emerita-Caesaraugusta (Abascal, 1982a, pág. 64; 1982b, pág. 60), que pasaba junto a Ocilis, lo que de alguna forma pudo actuar a su favor, aún cuando no mereciera por razones que ignoramos ser citada en los itinerarios.

Hemos intentado aproximarnos al devenir del territorio soriano a lo largo del s. I d. de C. La transcendencia de los diferentes momentos que cabría establecer —la época augustea, julio-claudia y flavia— queda un tanto desdibujada y es que, aparte del problema de identificación y valoración de algunos de sus núcleos urbanos, el marco elocuente que supondría el conocimiento de su integración jurídica, se nos presenta cuajado de no pocas dudas.

3.2. Un territorio organizado

No obstante esta ambigüedad, el s. I d. de C. ofrece en la provincia un panorama definido que conlleva la previa organización del territorio, resultado en parte de actuaciones anteriores a este momento y fruto asimismo de estímulos que debieron de actuar ya en la época que nos ocupa. Un panorama que se pone de manifiesto en tres aspectos: en el papel de capitalidad de unos núcleos urbanos, que lo ejercen sobre un territorio o un área de influencia, en una estructurada red de comunicaciones y en la explotación más individualizada e intensiva del suelo, representada en los abundantes asentamientos rurales, tres aspectos que guardan entre sí una estrecha conexión, tal y como ya había sido advertido (Taracena, 1934, pág. 277; García Merino, 1975, págs. 335-336).

El eje estructurador de los asentamientos parece el sistema viario (Taracena, 1934, pág. 277; García Merino, 1975, págs. 335-336), en muchos casos eco de antiguos caminos naturales revitalizados. Las vías condicionan claramente la ubicación de muchos enclaves rurales y favorecen la continuidad y la prosperidad de ciertos núcleos indígenas de larga tradición, aun cuando en algún caso pudieran ser éstos los que determinaran el trazado de aquéllas. Tres elementos, en cualquier caso, —vías, ciudades y establecimientos rurales— en estrecha y dialéctica relación. Plasmados ahora en su interrelación con bastante nitidez, su gestación debió de irse fraguando en alguna medida desde un momento indeterminado del s. I a. de C., que aventuraríamos más bien avanzado, y modelándose a tenor de nuevas previsiones y estímulos en la centuria que ahora nos ocupa.

3.2.1. Los núcleos con caracteres urbanos

Comenzaremos con ellos, municipios ya algunos en esta época, otros *civitates* estipendiarias o peregrinas, aún otros no más que simples vicos. No volveremos a insistir sobre Augustobriga, Numancia o Uxama, en la vía Caesaraugusta-Asturica, sobre Ocilis, en la de Emerita a Caesaraugusta, o Tiermes, en la ruta secundaria que enlazaba el valle del Duero con la Meseta Sur a través de Segontia. Su carácter de núcleos urbanos, fuera cual fuera su importancia y categoría es indiscutible.

Resulta en cambio problemática la entidad de Visontium, tradicionalmente identificada con Vinuesa, por cuanto ya antes se ha dicho. La inequívoca existencia de una vía en sus proximidades, que según Taracena comunicaría Numancia con el Puerto de Santa Inés (1934, págs. 274-275) y cuyo rastro entre Garray y Vilviestre de los Nabos parece evidenciar la dispersión epigráfica (Jimeno, 1980a, págs. 263-264), favorece la posibilidad de que existiera a lo largo de la misma algún núcleo, siquiera de escasa entidad, con caracteres urbanos. Esta posibilidad no se ha visto sin embargo confirmada hasta la fecha y la topografía y cobertura vegetal de la zona no hacen fácil la empresa.

Un caso diferente, pero también complejo de resolver es el de Voluce, citada en los itinerarios como mansión entre Numancia y Uxama e identificada por la mayoría de los estudiosos con el cerro de «Los Castejones», en las proximidades de Calatañazor (Saavedra, 1879, págs. 17-19; Taracena, 1941, págs. 46-47; García Merino, 1975, pág. 301), y por Blázquez y Sánchez Albornoz con el «despoblado de las Fuentes del Avión», en Blacos (Taracena, 1941, págs. 43-44 y 46). En fecha reciente A.C. Pascual ha puesto en entredicho su vinculación con «Los Castejones», en virtud del material romano exclusivamente bajo-imperial que se conserva del yacimiento (Pascual Díez, 1988, pág. 85, nota 11); es una opinión que compartimos pues el lugar parece mucho más apto para una ocupación tardía, relativamente frecuente en nuestros castros (García Merino, 1975, pág. 324; Caballero, 1984, pág. 441; Romero, F., en prensa). Este hecho no inclina necesariamente la balanza a favor del «despoblado de las Fuentes del Avión». Su emplazamiento encajaría en principio mejor con el de una villa o establecimiento rural, tal y como se ha señalado (Saavedra, 1879, pág. 19; Taracena, 1941, pág. 274; García Merino, 1975, págs. 308-309), por lo que parece necesario efectuar una valoración más exacta de este yacimiento.

Hemos dejado deliberadamente aparte el caso de los hipotéticos núcleos de San Esteban de Gormaz y Alcubilla de Avellaneda, basados ambos en el abundante material epigráfico que conservan actualmente dichas villas. El primero ha sido objeto ya de varios trabajos, unos favorables a su consideración como centro urbano e, incluso, municipio (García Merino, 1977a; Espinosa, 1984a, págs. 312-313; Abascal, 1984-1985) y otros en el sentido contrario (Balil, 1981; García Merino, 1986, pág. 278; 1987b, pág. 94, nota 58). Una cuestión similar se ha suscitado tímidamente en lo que respecta a Alcubilla de Avellaneda (Espinosa, 1984a, pág. 312), a raíz de la rectificación en la lectura de una de sus lápidas (Jimeno, 1980a, n.º 39) hecha por Alföldy (1981).

La abundante epigrafía tanto de San Esteban como de Alcubilla puede explicarse en buena parte por la cercanía de estas localidades a Uxama y Clunia respectivamente. No obstante, quedarían sin resolverse adecuadamente ciertas cuestiones, como la no coincidencia en algunas magistraturas o la adscripción de ciertos individuos en inscripciones de ambas localidades a la tribu Quirina, cuando los de aquéllas pertenecieron a la Galeria. Pero ahí podrían entrar en juego otras ciudades, caso de Salas de los Infantes por ejemplo, como ya indicara Alföldy a propósito de la lápida antes mencionada de Alcubilla de Avellaneda (1981, págs. 117-118), sin necesidad de presuponer la existencia de un núcleo en los lugares de hallazgo. Hay claros indicios, además, de que este tipo de material ha experimentado no pocos traslados y reutilizaciones a lo largo de la historia (Borobio, Gómez-Pantoja y Morales, 1987, págs. 250-252).

Más que entrar en esa problemática nos interesa verificar la existencia de otros núcleos, de mayor o menor entidad, cuya existencia está avalada arqueológicamente. Nos estamos refiriendo a ciertos yacimientos de Villar del Río, en el Alto Cidacos, Villalba, en la Tierra de Almazán, y Villaseca de Arciel, en el Campo de Gómara, a los que podría sumarse otro de Quintana Redonda. Si la detección de estos últimos es fruto de trabajos encaminados a la elaboración de la nueva *Carta Arqueológica*, el primero ya había sido dado a conocer por Taracena y su importancia ha sido puesta de relieve en obras más recientes.

El yacimiento de «Las Gimenas», en Villar del Río y con una extensión que supera algo más de las 20 Has., fue recogido por Taracena (1941, pág. 178) como un poblado celtibérico de mediados del s. I a. de C. que prolonga su vida hasta el s. III d. de C. P. Pascual y H. Pascual ponen en cambio más el acento en la época celtibérica, en la que le conceden un gran florecimiento en coincidencia con las guerras numantina y sertoriana; avanzan incluso la posibilidad de identificarlo con la Lutia que mencionan las fuentes (Pascual y Pascual, 1984, págs. 90-92 y 117). En cualquier caso, y en el aspecto que aquí nos interesa, tanto su extensión como los materiales romanos que ha proporcionado, en particular la sigillata como elemento de más fácil guía, con alguna pieza importada y un amplio abanico cronológico y en repertorio de formas hispánicas (Romero, F., en prensa), nos lo presentan como un núcleo romano de relativa importancia. A las últimas aportaciones sobre el yacimiento ha venido a sumarse un reciente trabajo de Espinosa y Usero sobre la epigrafía de la zona que facilita el mejor conocimiento de su entorno; se ponen en él de manifiesto tanto la unidad cultural del ámbito del Alto Cidacos como sus relaciones de dependencia con el Valle medio del Ebro (Espinosa y Usero, 1988). Parece evidente, en este sentido, el papel desempeñado por «Las Gimenas» como centro neurálgico de este área, que pasará ya en el s. I d. de C. a formar parte del convento caesaraugustano. Curiosamente no se conoce en la actualidad ningún documento epigráfico en Villar del Río, pero aventuraríamos que parte de las inscripciones de la zona podría proceder en origen de allí.

El yacimiento de «Los Valladares-El Vadillo» de Villalba, en la comarca de Almazán, era desconocido hasta el trabajo de M.L. Revilla, quien anota ya su posible carácter de núcleo urbano (1985, págs. 279-323 y 346). Emplazado en una suave pendiente, que permite no obstante una buena visibilidad sobre el entorno,

se valora su extensión en unas 20 Has. A juzgar por los materiales cerámicos recogidos en él, no parece que este asentamiento se superponga a otro celtibérico; da la impresión, por el contrario, de ser un establecimiento «nuevo». Su existencia está bien atestiguada en la segunda mitad del s. I d. de C. en virtud de ciertos materiales, lo que no obsta para una fundación anterior, y debió gozar de una larga vida, tal y como demuestran algunos hallazgos tardíos tanto monetarios como cerámicos.

El conocimiento del yacimiento de «La Gotera», en el Campo de Gómara, y más concretamente en Villaseca de Arciel, se debe a M.J. Borobio (1985, págs. 161-175). No especifica su emplazamiento ni tampoco su extensión, pero indica de esta última que es mayor que la de una villa. Son de nuevo los materiales cerámicos, en su abundancia y variado elenco formal, los que vienen a incidir en su carácter de núcleo urbano o semiurbano. Su ámbito cronológico se advierte algo más corto que el del anterior; no se constata material tardío claro y buena parte del grueso correspondería al s. II. De forma más evidente todavía que en Villalba no se detecta ningún elemento concluyente que permita presuponer un poblamiento anterior al s. I d. de C., por lo que hay que pensar que se configura de una forma paralela a este asentamiento. Curiosamente escasean en ambos las cerámicas pintadas de tipo Clunia y aún en el de Villaseca de Arciel, y esto es más extraño, las comunes de tradición indígena o celtibérica.

Llama igualmente la atención la ausencia o rareza de monumentos epigráficos tanto en Villalba como en Villaseca, si bien éstos parecen rarearse en la zona centro-este y sureste de la provincia. Sólo se conoce uno en Villalba (Borobio, Gómez-Pantoja y Morales, 1987, págs. 248-249) y otro relativamente próximo de Alentisque (Jimeno, 1980a, n.º 45). Ningún ejemplar está documentado en Villaseca, aunque sí en su entorno, caso de los epígrafes de Tordesalas, Noviercas, Pinilla y Peñalcazar (Jimeno, 1980a, números 112, 79, 24 y 89, respectivamente), uno votivo y tres funerarios, por cierto muy afines entre sí y al grupo de Lara.

A.C. Pascual, haciéndose eco de estos dos posibles núcleos, avanza otro más, el de Quintana Redonda, señalando igualmente que su extensión es mayor de la habitual en un asentamiento tipo villa (Pascual Díez, 1988, pág. 83). Nuestro conocimiento personal hace algún tiempo de ciertos materiales de esta procedencia, entre los que se contaba abundante cerámica de tipo Clunia, sigillata importada e hispánica muy temprana, no desdice esta hipótesis, pues son sin duda más apropiados de un núcleo de población, llámese *vicus* o *civitas*, que de un establecimiento rural. Epigráficamente, uno se sentiría inclinado a valorar la documentación relativamente abundante de Cuevas de Soria (Jimeno, 1980a, números 52-56), pero sería llevar demasiado lejos las cosas, máxime cuando algunas de esas inscripciones fueron halladas, al parecer, en la dehesa de la localidad, en las proximidades del lugar en que se ubicó la villa.

No parece que ninguno de estos yacimientos refleje un núcleo urbano de gran importancia. La extensión estimada para algunos de ellos, caso de los de Villar del Río y Villalba, es similar a la de Numancia, lo que nos remite a enclaves relativamente modestos. El de Villaseca de Arciel podría ser incluso poco más que un vico y carecemos de datos suficientes para evaluar el de Quintana. Creemos conveniente resaltar por otro lado, y a pesar de lo provisional de los datos, que

dos de estos asentamientos parecen haber sido creados *ex novo*, los de Villalba y Villaseca de Arciel, y que su existencia está asegurada en la segunda mitad de la primera centuria. La razón de ser del segundo en función de la vía Numancia-Bilbilis es evidente. Villalba pudo servir, por su parte, como eficaz punto de contacto entre el Valle del Duero y el Jalón.

No nos sorprendería además que de futuros volúmenes de la nueva *Carta Arqueológica* se desprendiera la detección de otros núcleos de similares características. Puede preverse alguno como punto intermedio en la vía Uxama-Ocilis y en comunicación asimismo con Villalba, pero las previsiones sobre el papel no han de corresponderse necesariamente con la realidad.

Otro aspecto que deberíamos abordar finalmente es el del área de influencia de las ciudades y núcleos de población, en otras palabras, el territorio de los municipios y el entorno de aquéllos que ignoramos si recibieron dicho estatuto. A través del estudio de Espinosa y Usero (1988), queda bastante bien perfilado cuál fue el de Villar del Río, con su límite sur en el Puerto de Oncala, pero puede decirse que es el único caso. Las dos fuentes epigráficas que podrían servir al caso, el bronce de Peralejo de los Escuderos para el territorio de Tiermes y una estela de Trébago para el de Augustobriga presumiblemente (Jimeno, 1980a, números 134 y 115), no aportan desgraciadamente claridad sobre este aspecto o, al menos, reconocemos no poder relacionar hoy por hoy con facilidad su contenido con el lugar del hallazgo. En cualquier caso, este aspecto del territorio o área de influencia de los núcleos urbanos, así como el de la posible dependencia de algunos de ellos respecto de otros más significados, constituyen campos importantes sobre los que investigar en un futuro.

3.2.2. La estructura viaria

No insistiremos mucho sobre las vías, cuyo entramado hay que suponer configurado ya a lo largo del s. I d. de C., aunque fruto en muchas ocasiones y sobre todo en el caso de algunas secundarias de una adecuación de viejos caminos. El panorama trazado por Saavedra para la vía Caesaraugusta-Asturica (Saavedra, 1879) y por Taracena para las del Alto Duero (Taracena, 1934) mantiene su vigencia, por cuanto no ha sido modificado de manera sustancial en obras posteriores (García Merino, 1973b; 1975, págs. 318-319; Jimeno, 1980a, págs. 259-264; Ortego, 1985, págs. 148-151).

Nos referiremos por ello exclusivamente a algunos trabajos recientes y a ciertos aspectos esbozados líneas atrás. A Coronado y C. González han insistido no hace mucho en la trayectoria de la arteria principal de la provincia entre Voluce y Clunia a través de Uxama, con unos métodos que hay que reconocer útiles. Ellos dan la primera noticia del hallazgo de un nuevo miliario en las proximidades de Uxama (Coronado y González, 1982, pág. 28; Borobio, Gómez-Pantoja y Morales, 1987, págs. 241-243) que ha venido a ratificar el trayecto en esa zona que en su día señalara Saavedra (1879, págs. 12-13). La aparición de otro miliario unos 3 Km. al norte de Tiermes (Borobio, Gómez-Pantoja y Morales, 1987, págs. 246-247) ha venido a confirmar, por otro lado, y a pesar de su más avanzada

cronología —s. III—, la existencia de la vía secundaria entre esta ciudad y Uxama, sobre la que en su día se pronunciara Taracena (1934, pág. 271). Igualmente, en su estudio de las vías romanas de la provincia de Guadalajara, Abascal Palazón ha reiterado la existencia de un camino entre Tiermes y Segontia, que pondría en comunicación la Meseta Norte y Sur (Abascal, 1982a, págs. 100-102). Su recorrido sería el ya esbozado por Taracena (1934, pág. 271).

También han sido objeto de estudio algunas vías del Norte de la provincia. En la *Carta Arqueológica del Cidacos* se menciona un tramo de calzada de la vía Numantia-Vareia conservado en las proximidades de Garray y se abunda sobre todo en buena parte del recorrido de la de Calagurris a Numancia. Se precisa en concreto, por lo que aquí nos interesa, el tramo entre Leria y Valloria, en virtud de los asentamientos romanos y prerromanos, los topónimos y la dispersión de la epigrafía, y se señalan asimismo algunos ramales que partirían del mismo (Pascual y Pascual, 1984, págs. 109-111 y 132), entre ellos el ya indicado por Taracena en dirección a Taniñe (1934, pág. 275). La existencia del núcleo de Villar del Río cobra sentido así como nexo o nudo de comunicación entre Numancia y Calagurris y como punto de partida de la conexión entre el Valle del Cidacos y el del Alhama.

Vías, núcleos de población y establecimientos rurales aparecen, como ya señalamos antes, íntimamente relacionados, hasta el punto de que cada uno de ellos puede servir de indicio para verificar los otros. También los hallazgos epigráficos constituyen un elemento digno de tener en cuenta en la comprobación del recorrido de las calzadas, aún cuando en algunos casos su dispersión pueda resultar por el contrario, y ahí está el ejemplo de Uxama, confusa e incluso disturbadora. De utilidad se muestra, en cambio, y ya lo hemos visto, para el seguimiento de la vía Numantia-Calagurris, incluso al sur de Valloria, o de la que desde Numancia se dirigía hacia Vinuesa y Molinos de Duero, tal y como indicara Taracena (1934, págs. 270 y 274-275) y ha reiterado Jimeno (1980a, págs. 263-264). Otros casos igualmente significativos serían el del tramo entre Augustobriga y Numancia o el del camino desde Uxama a tierras de Burgos por el Ucero (Jimeno, 1980a, mapa 1). Con todo, no hay que ver necesariamente en esta dispersión epigráfica el reflejo de la situación originaria de los epígrafes; si esto puede ser válido para algunos casos, en otros, en particular en los próximos a las ciudades, puede ser el resultado de su reutilización posterior, aprovechando para su traslado viejos caminos romanos, en su mayoría rutas naturales.

Más clarificadora en conjunto, como puede deducirse del mapa ofrecido por A.C. Pascual (1988, fig. 4), es la distribución de los asentamientos rurales y urbanos. Ya hemos señalado cómo aquéllos van jalonando la vía Numantia-Bilbilis, que estaríamos tentados a desplazar algo más hacia el Sur hasta las proximidades de Villaseca de Arciel. Igualmente la situación de otros establecimientos rurales va enmarcando un camino que pone en conexión este último núcleo con el de Villalba, siguiendo en principio el curso del Rituerto para dirigirse, al alcanzar el Duero, hacia el Sur. También parece plausible deducir, en la línea que venimos esbozando, la existencia de un camino que desde Villalba y próximo al curso del Duero se acercara a Uxama. Son más débiles los indicios de una comunicación desde Villalba con la vía Emerita-Caesaraugusta y, en concreto, con Ocilis

y Arcobriga. Las hipótesis de una y otra ruta han sido barajadas desde antiguo (Taracena, 1934, pág. 273; Revilla, 1985, pág. 291; Pascual Díez, 1988, pág. 82). La prospección de la zona al sur de Villalba parece clave para detectar ambas en caso de existir, lo que parece probable. Al menos así parecen sugerirlo los yacimientos de Taroda, La Borbolla y Adradas, en dirección a Ocilis, y los de Alentisque y Cabanillas hacia Arcobriga.

También los establecimientos detectados al Norte de Numancia parecen reflejar la trayectoria de las vías, aun cuando todavía no permitan despejar el panorama con nitidez. Algunos de ellos, como los de Cirujales y Pinilla; debían jalonar la vía hacia el valle del Alhama, para seguir, como indicara Taracena, por Suellacabras y San Felices hasta Contrebia Leucade (Taracena, 1934, pág. 270), una ruta antigua que debió tener bastante vitalidad en época tardía, a juzgar por ciertos asentamientos (Caballero, 1984, págs. 445 y 453).

Para finalizar, y aun a riesgo de pecar de osadía, nos atreveríamos a señalar la posibilidad de un camino secundario, un tramo alternativo y paralelo en su parte central a la vía de primer orden que atraviesa de Este a Oeste la provincia, y que parece posible deducir a través del poblamiento de la zona de Quintana Redonda (Pascual Díez, 1988, fig. 4). Aunque no se presenta claro su inicio al Este, puede ponerse al menos en conexión con la vía Numantia-Bilbilis a la altura de Fuentetecha, Cubo de Hogueras y Candilichera, para seguir por Tardajos y Luvia hacia Quintana Redonda, desde donde seguiría hacia el Oeste por La Borbolla o Fuentelarból hasta unirse a la principal a la altura aproximada de Rioseco. No cabe descartar otro posible enlace con la misma al norte de Quintana Redonda, en las proximidades de Villaciervitos. Un camino coincidente en parte con el que ahora proponemos fue sugerido en su día por Taracena (1934, págs. 273-274), lo que en buena medida nos ha animado a incluirlo aquí.

Se desprende, en cualquier caso, de lo hasta ahora expuesto la importancia de los asentamientos rurales a la hora de detectar las vías, vías que unen además entre sí núcleos de población de mayor entidad, en ocasiones propiciados por los propios caminos. La labor de prospección de la nueva *Carta arqueológica* ha sido vital en este sentido y, por ello, cabe esperar de los volúmenes en proceso de elaboración resultados prometedores en áreas insuficientemente conocidas hasta la fecha.

3.2.3. Los establecimientos rurales

Sólo algunos comentarios sobre ellos. Representan posiblemente el aspecto más fructífero de los recientes trabajos a que nos acabamos de referir. Su número en las zonas estudiadas se ha cuadruplicado prácticamente. Se advierte además, tal y como intuyeran Taracena (1934, pág. 277) y García Merino (1975, pág. 323), que su ubicación está mucho más en función de la trayectoria de las vías que del curso de los ríos; no obstante, los cursos de agua también debieron jugar un papel de atracción, aun cuando claramente secundario en relación al primero. También los focos urbanos estimularon un poblamiento disperso en su entorno próximo desde época temprana; el caso de Uxama (García Merino, 1971, págs. 110-114; 1984, págs. 386-387) y Numancia (Borobio y Morales, 1984, pág. 49; Morales, 1985, págs. 60-70) puede servir de pauta en este sentido.

Si la detección de los asentamientos rurales no plantea grandes dificultades, no ocurre lo mismo con su valoración y esto en un doble sentido: en su precisión cronológica y en la definición de su carácter y funcionalidad.

En relación al primero, estamos acostumbrados a barajar las denominaciones del alto y bajo imperial, lo que al fin y al cabo es realista, pero no tan satisfactorio como para que en el futuro podamos conformarnos con ello. Centrándonos en el momento del que nos estamos ocupando, el s. I d. de C., creemos que puede asumirse que la mayoría de los establecimientos alto-imperiales debían de existir ya en este siglo. No faltan pruebas de ello en algunos casos, como en los yacimientos de Matabreras (Romero, M.V. y F. y Gabriel, 1976), Estepa de Tera (Morales, 1984), «La Majada de la tía Elena» en Tardajos de Duero, «El Erial» en Villanueva de Zamajón (Borobio, 1985, págs. 136 y 158) o «La Piñuela» en Taroda (Revilla, 1985, pág. 265), todos ellos con sigillata de importación.

Resulta mucho más difícil situar su origen que, aunque no hubo de ser coetáneo en muchos de ellos, tuvo que responder en cualquier caso, por su distribución estructurada y poco aleatoria, a un plan preconcebido de organización del territorio único o, con mucha más probabilidad, progresivo. Esta organización, que suponemos iniciada ya en alguna medida en la época tardorrepública, debió de recibir nuevos impulsos de hecho en otros momentos de la época que nos ocupa, con la institucionalización o adecuación de algunas vías y con la potenciación de ciertas entidades poblacionales y en más de un caso con su municipalización.

Lamentablemente, frente a la posible teoría, el poblamiento rural muestra una fuerte resistencia a ser fechado con precisión. Los hipotéticos, aunque probables, asentamientos republicanos nos hacen enfrentarnos con la indefinición cronológica de la cerámica celtibérica y los establecimientos alto-imperiales más modestos o humildes deparan sobre todo materiales funcionales, como por ejemplo cerámica común de tradición celtibérica, igualmente difíciles de fechar, y escasa vajilla de mesa, que puede enmascarar o extrapolar momentos ocupacionales más amplios. Otro tanto cabe decir de los hallazgos numismáticos, por lo demás bastante raros. No es de extrañar tampoco que la cerámica de importación, expresiva por lo significativa, escasee en estos yacimientos. Las dificultades son, por lo tanto, muchas y no fáciles de solventar en lo que a su datación se refiere.

La determinación del carácter y funcionalidad del poblamiento rural ha preocupado en líneas generales menos que el deseo de otorgarles una cronología. El único intento en este sentido ha partido casi con exclusividad de C. García Merino (1975, pág. 324). Aún así apenas podemos diferenciar hoy una aldea o *vicus* de un asentamiento rural de carácter familiar; ni éste de un núcleo de explotación más amplio. Otro tanto cabe decir de los enclaves artesanales enfocados a la producción de un determinado artículo. Conocemos, no obstante, la existencia de uno en «Fuentes Grandes», en Gormaz (Ortego, 1969), dedicado ya en el s. I d. de C. a la confección de cerámica de tipo celtibérico (García Merino, 1973a, págs. 52-56), de la que con mucha probabilidad debió surtir a Uxama y a su ámbito. Tal vez cabría relacionar con la zona artesanal de alfar un pequeño enclave de habitación muy próximo, el de «Fuentes Chiquitas», aun cuando éste último tuvo una perduración bastante más prolongada (García Merino, 1973a, págs. 48-52). Como ya fuera señalado (Taracena, 1941, pág. 64; García Merino,

1975, pág. 324), cabe prever también otro enclave humano en Espejón y Espeja de San Marcelino dedicado a la extracción de los conglomerados marmóreos que desde el s. I d. de C. fueron utilizados en Clunia como soporte epigráfico (de Palol y Vilella, 1987, números 7, 18, 29-31, 104, 120-121, 123-145 y ss.). Pero, sin duda, hubo otros casos en la provincia de instalaciones artesanales en suelo rural.

Por último, el único estudio que se ha realizado hasta la fecha encaminado a la valoración del área de explotación de los establecimientos rústicos es el de Borobio y Morales, que engloba un amplio área en torno a Numancia y una parte del Campo de Gómara. Para la época alto-imperial, y prescindiendo, como parece lógico, de los asentamientos suburbanos situados en un radio de poco más de 1 Km. en torno a Numancia, se establece una distancia media de 5,2 Kms. entre los establecimientos y se propone una superficie de explotación aproximada de 2.100 Has. (Borobio y Morales, 1984, pág. 48), una cifra que puede ser indicativa. No obstante, no parece ajustada la valoración de algunos yacimientos, como los de Cabrejas del Campo, Candilichera o Mazalvete, para los que se ha excluido una ocupación alto-imperial (Borobio y Morales, 1984, pág. 48 y gráfico 4; Borobio, 1985, págs. 52, 56 y 93).

Cerramos aquí el apartado, quizá demasiado largo, que hemos dedicado a vías, centros urbanos y establecimientos rurales. Hemos pretendido exponer a través del mismo cómo estos tres elementos se nos presentan ya en el curso del s. I d. de C. como la estructura de un todo organizado. Es en esta interconexión en donde mejor puede apreciarse el cambio en relación a la situación previa. Si la ciudad ejerce su influencia sobre un territorio, como lo hacían las *civitates* o las *poleis* celtibéricas, si las vías pueden reflejar en muchos casos caminos antiguos revitalizados, la interrelación de ambas, articulada a su vez en una explotación nucleizada del suelo, antes desconocida, prefigura un panorama completamente diferente que debió requerir un proceso organizativo externo, un proceso romanizador, que en parte se sirvió de la herencia indígena y en buena parte la transformó y modificó a tenor de un plan que superaba ampliamente los márgenes locales.

3.3. La cultura material

Paralelamente al desarrollo de ese proceso y sobre todo como consecuencia de él la realidad material debió de irse transformando. No faltan testimonios de este tipo en nuestra provincia. Son evidentes los de las ciudades. En Uxama y Tiermes se acometen una serie de obras públicas y realizaciones monumentales que directa o indirectamente debieron de ser causa o consecuencia de su municipalización. En ambas se resuelve el problema de abastecimiento hidráulico con importantes obras de ingeniería, aprovechando sabiamente los recursos disponibles. Uxama se abastecía del nacimiento del Ucero, aproximadamente a unos 15 Kms. al Norte de la ciudad, parte de cuyo caudal se conducía en ciertos tramos por un acueducto excavado en la roca; entrando en Uxama a un nivel 40 mts. inferior de la zona más alta de la misma, habría de contar con algún dispositivo que permitiera subir el agua para su almacenamiento en los depósitos públicos, uno de los cuales es bien conocido y visitable. Un sistema de cisternas comunicadas por fístulas de plomo se encargaría de su distribución por el resto de la ciudad (Sáenz Ridruejo, 1985; García Merino, 1984, págs. 381-382; 1989, págs. 90 y 95).

Tiermes se alimentaba del río Pedro, lo que exigió una conducción en parte a cielo abierto y en parte subterránea y excavada en la roca, al igual que en Uxama. Penetraba en la ciudad por el Oeste, dividiéndose en dos ramales, uno norte y otro meridional (Argente *et alii*, 1980, págs. 193-236; 1984a, págs. 81-87; Argente y Díaz, 1988a, págs. 37-44). En relación con estas obras hay que poner sin duda la construcción del *castellum aquae*, aun cuando todavía no haya podido verificarse la conexión entre esta estructura y la llegada del acueducto (Argente *et alii*, 1984a, pág. 44; 1985, págs. 74-75). El *castellum*, de planta rectangular y encerrando en su perímetro dos galerías superpuestas (Argente *et alii*, 1984a, págs. 16-52; 1985, págs. 69-75; Argente y Díaz, 1988a, págs. 65-69), debió ser lugar de almacenamiento y distribución hidráulico. Estas obras públicas no proporcionan ninguna fecha precisa, pero su construcción hubo de ser en gran parte anterior o coetánea a la de los conjuntos monumentales anexos, lo que es particularmente evidente en Tiermes.

No se conocen en otras ciudades complejos de acometida de agua de este tipo. Convendría estudiar no obstante, y en relación a Medinaceli, el pasillo y la cámara descubiertos por el marqués de Cerralbo en la cueva de Valdelacasa, en Velilla de Medinaceli, por cuanto, tal y como anotara Taracena (1941, pág. 171), van acompañados de un pozo de registro análogo a los del acueducto de Tiermes.

En cuanto a Augustobriga, no hubo de tener problemas importantes de abastecimiento de agua si pensamos en la próxima laguna de Añavieja, cuyo potente manadero todavía es visible hoy, muchos años después de haber sido desecada. Taracena hace notar aún la presencia de puentecillos de fábrica romana junto a la carretera de Soria a Tarazona (1941, pág. 38), tal vez un tramo aéreo de acueducto. Numancia, en cambio, no ofrece más indicio de provisión de agua que las numerosas cisternas que siembran sus ruinas; para la mayoría hay que pensar en un uso privado, aun cuando alguna de mayor tamaño pudo ser de utilización o disfrute público en conexión posiblemente con algún edificio termal. Condiciones análogas a las de Numancia podrían aplicarse también a otros núcleos modestos de población.

El conocimiento de los centros monumentales, los foros, nos viene proporcionado de nuevo por Uxama y Tiermes. En la primera, una terraza artificial con criptopórticos, subestructura sobre la que con toda probabilidad se asentó un templo rodeado de pórticos, dedicado tal vez al culto imperial; todavía en proceso de excavación, el comienzo de la construcción de este conjunto puede fecharse no obstante en época de Tiberio, cronología que deparan los materiales exhumados en el relleno artificial de la terraza (García Merino, 1987a, págs. 256-257; 1987b, págs. 82-89; 1987c, pág. 151). Por su emplazamiento, en una de las cotas más altas del yacimiento, y su orientación NE-SE parece cumplir; en la topografía accidentada de la ciudad, una función de bisagra o nexo entre las dos lomas ligeramente superiores que la flanquean. Aun en Uxama, C. García Merino ha detectado la existencia de otro posible foro, una plaza o área enlozada con un templo centrado en su lado sur y una basílica, el considerado templo de Venus por Morenas de Tejada, flanqueando su lado oeste. Avanza una cronología de finales de la época julio-claudia o flavia ya para este conjunto, que se orienta rigurosamente en sentido N-S y E-O, conforme a una nueva trama urbana en la que se integraron asimismo otras construcciones privadas (García Merino, 1987a, págs. 257-258; 1987b, págs. 89-94; 1987c, págs. 150-151).

Comienza a definirse también el centro monumental de Tiermes, que será objeto afortunadamente de una comunicación en este simposio. En íntima conexión con el *castellum aquae*, cuya plataforma superior probablemente constituyera parte del área foral, el espacio público se extendió asimismo a un nivel inferior al Este del mismo. En el ángulo NE se ha rescatado recientemente un edificio, excavado de antiguo, que se ha identificado como un templo (Argente *et alii*, 1984b, págs. 282-283; Argente y Díaz, 1988b, págs. 62-65) y adosadas a la parte inferior de los muros este y sur del *castellum* se han exhumado en los últimos años sendas hileras de tabernas (Argente y Díaz, 1988b, págs. 119-122; Argente, 1989, pág. 73). Se esboza un complejo que, como ya ha sido señalado (García Merino, 1987b, pág. 89), no deja de recordar en algunos aspectos el del foro de Valeria (Fuentes, 1987). No obstante, el de Tiermes, más que cumplir un papel de enlace o bisagra, como este último o el tiberiano de Uxama, parece emerger en el paisaje urbano como foco dominante y elemento centralizador de las laderas norte, este y sur.

No sabemos prácticamente nada del área pública de Numancia, que sin duda debió tenerla. Su foro se ha situado en un impreciso punto junto a la calle D (Taracena, 1941, pág. 77), próximo al parecer a la J o I (Ortego, 1967a, pág. 19; 1967c, pág. 200; 1972a, págs. 78 y 85), pero realmente de lo exhumado hasta la fecha nada recuerda una zona pública, por humilde que fuera ésta, a excepción tal vez de un amplio edificio, recientemente acondicionado en labores de limpieza y consolidación, de la Manzana XII; su posición en el centro de la misma y sin acceso claro desde la calle D, así como lo sencillo de sus paramentos parecen invalidar, sin embargo, esta posibilidad. Cabe pensar por ello que la zona pública permanezca en el área que resta por excavar al este de la calle D, aunque acaso sus restos puedan verse ya, quizá casi desmantelados o enmascarados por otros.

Restos de edificios termales han sido reconocidos igualmente en Uxama (García Merino, 1987b, pág. 107), Tiermes (Argente y Díaz, 1988a, págs. 32-33) y Numancia (Ortego, 1972a, págs. 84-85). Es posible que algunas de estas construcciones, sobre las que poco o nada sabemos, se elevaran ya antes de finalizar el s. I d. de C.

Una leve referencia, para finalizar con las construcciones públicas, a la muralla de Augustobriga, de cuyo alzado ofreció un dibujo Saavedra en su día (1879, pág. 53 y lám. IV). Su paramento externo, en almohadillado rústico, nos lleva a una época temprana, de no muy avanzado el s. I d. de C., por cuanto se difunde particularmente en época de Claudio. A época alto-imperial ha remontado, por otro lado, C. García Merino la construcción de la muralla de Uxama (1987b, págs. 80-81), revitalizada después en época tardía (García Merino, 1989, pág. 95).

La arquitectura privada de la primera centuria después de Cristo comienza a conocerse también en nuestra provincia a través de ciertas viviendas, algunas de ellas verdaderas *domus*, con una extensión que supera a veces los mil metros cuadrados y habitaciones ordenadas en torno a atrios o peristilos. La «Casa del Acueducto», de Tiermes (Argente *et alii*, 1984a, págs. 53-81; 1985, págs. 42-53; Argente y Díaz, 1988a, págs. 45-49), y las de «Los Plintos» o «El Lampadario», «La Cantera», «El Sectile» y «La Atalaya», de Uxama (García Merino, 1984, págs. 382-384; 1989, págs. 94-95), tienen su origen en torno a mediados de dicho siglo, aun cuando varias de ellas se perpetúen hasta época más avanzada. Una

de las de Uxama, la de «Los Plintos», parece responder a la misma trama urbana en que se inserta el posible foro de finales de época julio-claudia o flavia, una trama bien planificada de la que se han rescatado dos decumanos con aceras porticadas (García Merino, 1987b, págs. 92-93). En la casa citada de Tiermes, y que bien podemos denominar *domus*, sorprende la sabia y económica adecuación de su planta, inequívocamente romana, a una arquitectura rupestre, recurso que sabemos también utilizado en otras construcciones todavía no excavadas de Uxama (García Merino, 1984, págs. 384-385).

Esas viviendas de los notables de ambas ciudades parecen encontrar un débil eco en ciertas construcciones de Numancia, como en la casa con peristilo de la Manzana XVII que se abre a la calle P (Ortego, 1972a, págs. 81-82), de incierta cronología, aunque no muy alejada posiblemente de la que ahora nos ocupa. Entre sus humildes restos los que más destacan son los de la Manzana I y en concreto un grupo de viviendas (Ortego, 1972, págs. 82-83) con estancias a dos niveles y patios, en el inferior y meridional, porticados en dos de sus lados, tal y como ha puesto de relieve su reciente restitución para la visita. La técnica constructiva de algunos de los muros, sillarejo con machones de sillares a intervalos más o menos regulares, es frecuente en Hispania en edificios públicos de la primera mitad del siglo I d. de C., por lo que no parece aventurado situar estas viviendas en dicho siglo. Su situación, al amparo de los vientos, y su estructura planificada, aún en lo poco que nos es conocido, así como el carácter más cuidado de sus paramentos, inducen a pensar en esta zona como la de residencia de ciertas élites locales. A uno de sus miembros debió de estar dedicado el monumento funerario que se presenta en este mismo simposio (Gutiérrez Behemerid, 1989), ejemplo de otros, análogos o más importantes, que sin duda existieron en otras ciudades.

Cerramos aquí el aspecto arquitectónico y monumental, público y privado, que tiene no obstante su correspondencia en otros restos por lo que a la esfera pública u oficial se refiere. Es el caso de la estatua equestre en bronce, efigie probable de Tiberio (Balil, 1982), hallada en Tiermes en la zona donde se ubicó el foro y que se ha puesto en conexión con el inicio de la construcción del mismo (Argente *et alii*, 1984b, pág. 285). Proceden también del mismo área otros bronceos (Argente y Díaz, 1988a, págs. 94-96), entre ellos una figurilla de soldado que adornaría un petal de parada perteneciente quizá a la mencionada estatua equestre (Balil, 1979b).

En relación al desarrollo de Uxama, habría que valorar igualmente, tal y como ha puesto de manifiesto García Merino, la inscripción monumental de Alcubilla de Avellaneda dedicada a la piedad augustea y a Germánico y erigida probablemente en el 19 d. de C. con ocasión de la muerte de este último (García Merino, 1986, págs. 280-282), otros epígrafes de San Esteban de Gormaz, en particular el dedicado por los decuriones a M. Emilio Lepido como patrono de la ciudad, y los relieves de *spolia* de esta misma localidad (García Merino, 1986, págs. 277-280) que la misma autora vincula, al igual que la inscripción de Alcubilla antes citada, a un monumento fúnebre conmemorativo de la *pietas augusta* y la *virtus* de Germanico (García Merino, 1987a, pág. 258; 1987b, págs. 94-96 y 103).

En Numancia sólo se tiene constancia de la aparición cerca del área del supuesto foro de modestos monumentos votivos y de un brazo de bronce, correspondiente posiblemente a una estatua honoraria (Ortego, 1972a, pág. 85), a lo que se suma el hallazgo más reciente de un dedo, igualmente de bronce (Argente y Romero, F. 1976, págs. 220, 222 y 226-227).

Si el arco de Medinaceli corresponde, tal y como ha sugerido Blanco (1978, págs. 674-678), a la época augustea, ésta sería la primera obra de carácter monumental conocida en la provincia. El programa constructivo parece cobrar impulso en Uxama y Tiermes a partir de Tiberio y se acompaña de la erección de estatuas y otros monumentos honorarios y conmemorativos, probables signos todos ellos de una recién recibida municipalidad. El estímulo continúa a lo largo del s. I d. de C. y debió extenderse asimismo a otros núcleos menores, caso de Numancia, ya más cerca de la época flavia. Así, al tiempo que aparece plasmada la organización del territorio, se inicia la monumentalización del ámbito público de algunas de sus ciudades, a las que se dota de los espacios religiosos y cívicos marco de la vida ciudadana, un ejemplo que seguirán, a tenor de sus posibilidades, otros núcleos menores. Si en el primer aspecto, el de la organización del territorio, hay que ver un estímulo externo, en el desarrollo del segundo debió ser importante y aún vital el papel de las élites locales.

En la esfera de lo privado son también claramente perceptibles los cambios que se operan en este siglo. Basta pensar en las transformaciones en la vida cultural y en el bagaje material. Un elenco de artículos importados, entre los que es particularmente expresiva la vajilla de mesa, se incorpora por vez primera y de forma no excepcional, a la vida cotidiana. Es éste casi un hecho generalizado en todo el Imperio a partir de Augusto, pero no está de más recordar que en otros ámbitos hispanos el fenómeno se había producido más de un siglo antes. En el nuestro, si en este siglo y aún posiblemente después se seguirá produciendo cerámica de tipo celtibérico en el taller de «Fuentes Grandes» de Gormaz (García Merino, 1973a, pág. 48-52), en Tiermes y antes de finalizar ese mismo siglo se introduce la fabricación, o cuando menos se intenta, de una cerámica de mesa ajena al mundo indígena, como es la sigillata (Fernández Martínez, 1983; de la Casa y Terés, 1984). No estamos todavía en condiciones de evaluar el peso de esta producción, que se manifiesta claramente emparentada con el área triense a través de los moldes utilizados, pero es bien expresivo, al igual que el consumo de la cerámica indígena de «tipo Clunia», bastante generalizado en nuestra provincia, de cómo se ha asumido un mundo figurativo, a veces incluso escénico, aunque sólo en muy raras ocasiones narrativo.

Más elocuentes pueden resultar todavía ejemplos de otro tipo, como el de las *trullae* de plata de Tiermes, objetos aquí excepcionales, aunque comunes en los atrios de las casas patricias romanas. Cuatro de estas piezas se rescataron en la ciudad; de ellas sólo se conservan dos, que portan sendas inscripciones celtibéricas en alfabeto latino (García y Bellido, 1966), de probable carácter votivo (Siles, 1985; de Hoz, 1988, pág. 149). Es difícil precisar la cronología de este tipo de piezas, que debían tener además una larga vida, pero, como ya anotara García y Bellido (1966, págs. 122-123), su uso es más común a comienzos del Imperio, en época augustea y julio-claudia.

Sabemos también que en época de Tiberio se expresó en lengua celtibérica el termostino que dió muerte al cónsul L. Pison. Pero ya en la segunda mitad del siglo muchos particulares optaron por dedicar para sí o para sus familiares estelas funerarias con formulario y lengua latina, aunque sus nombres evidencien su origen indígena. Significativas son, en este sentido, ciertas estelas del

Alto Cidacos, precisamente una de las zonas más aisladas de la provincia de Soria, por más que su texto incluya ciertas peculiaridades o su decoración ignore el naturalismo (Espinosa y Usero, 1988, págs. 488-492). Tanto o más expresivo es el grupo de Borobia, decorado con jinetes o «equites singulares» (García Merino, 1973c; Ortego, 1974a; Tovia Sarnago, 1975; Jimeno, 1980a, números 48-49 y anepígrafe 3), a la manera de otras estelas de Lara de los Infantes (Abásolo, 1974, láms. XLIX-LV) y, en particular, de Clunia (de Palol y Vilella, 1987, págs. 15-20, 70 y 119). Aparte las anepígráficas, en el grupo cluniense encontramos algunas todavía con letrero celtibérico y otras ya con inscripción latina, mientras que las de Borobia son, al igual que las de Lara, todas ellas latinas, aunque, al menos las sorianas, con una onomástica todavía claramente indígena. Vemos a través del conjunto cómo se mantiene un tipo iconográfico, si bien más elaborado en Lara, a la par que se transforma el alfabeto en que se expresa la dedicación, un proceso de adaptación que debió desarrollarse también con toda probabilidad a lo largo del siglo que ahora cerramos.

4. EL SIGLO II

La tónica que rigió esta centuria debió ser la de la continuidad. Durante buena parte de la misma los núcleos urbanos se mantuvieron en una situación, fuera próspera o discreta, de cierta vitalidad; de hecho, todos ellos deparan abundantes materiales cerámicos atribuibles a este siglo. Otro tanto ocurre con los establecimientos rurales; precisamente en los que cabría calificar como alto-imperiales casi nunca faltan restos de este tipo que permitan asegurar su ocupación en el s. II d. de C. Tampoco escasea la documentación en lo relativo a las vías, siendo incluso rica para los primeros decenios.

No obstante, la iniciativa parece recaer más en el sector privado que en el público. En éste el aspecto más digno de destacar es la reparación efectuada a comienzos de siglo en la vía Caesaraugusta-Asturica en su tramo oriental a su paso por la provincia. Siete miliarios trajaneos entre Matalebreras y Calderuela avalan esta renovación (Jimeno, 1980a, pág. 261 y números 142-143, 145-148 y 152), a la que es posible corresponda el firme, de grandes lajas y aspecto cuidado, que hasta hace poco más de quince años era visible todavía en el despoblado de Masegoso a lo largo de un centenar de metros. A esos miliarios de Trajano hay que añadir otro de Agreda de época adrianea (Jimeno, 1980a, n.º 150).

Poca documentación tenemos sobre los núcleos urbanos, que debían servirse de los conjuntos monumentales y los espacios públicos creados a lo largo del s. I d. de C., un esfuerzo que posibilitaría ahora vivir de las rentas más que acometer nuevas empresas. No obstante, en Uxama se erige un amplio edificio en rotonda, cuyos restos de hormigón reciben el nombre común de «El Tambor» (García Merino, 1989, pág. 94). Su destino parece difícil de precisar. C. García Merino ha avanzado la posibilidad de que se tratara de un gran depósito de aguas de carácter público (García Merino, 1984, pág. 381). De emprenderse otras obras públicas en las ciudades parece más plausible pensar en las termas, pero ninguna precisión se puede hacer sobre ellas, por cuanto su exploración viene de

antiguo y no han sido objeto de una nueva revisión hasta la fecha. De las de Uxama, excavadas por Morenas de Tejada, podemos deducir solamente su posible cronología altoimperial (García Merino, 1987b, págs. 91 y 106-107). En cuanto a las de Tiermes (Argente y Díaz, 1988a, págs. 32-33), d'Ors sugiere que fuera ésta la obra donada por los Dercinoassedenses a la ciudad que menciona el bronce de Peralejo de los Escuderos y que él fecha en el s. II d. de C. (d'Ors, 1951). Parece demasiada obra, sin embargo, para el erario de un vico y, por otro lado, tanto Galsterer como Wiegels se inclinan por una cronología del s. I para el citado bronce (Wiegels, 1985, pág. 140). Habrá que esperar, por tanto, de futuros trabajos una mayor concreción sobre estas construcciones, al igual que de las de Numancia (Ortego, 1972a, págs. 84-85).

La iniciativa particular debió honrar las áreas públicas, si bien de una forma modesta, con monumentos y epígrafes votivos. Excepcional en este sentido es el monumento votivo, hallado en el área del foro de Uxama (García Merino, 1978b, págs. 97-98) y de cronología antoniniana (Jimeno, 1980a, n.º 20; Balil, 1980), que Pompeya Moderata, sin duda una mujer acaudalada, dedicó por testamento a Mercurio Augusto, pues se trataba de un ara recubierta de placas de bronce, de las que sólo se conserva la de la inscripción, y decorada con bucráneos. En el ámbito estrictamente privado sabemos que varias de las *domus* surgidas en el s. I d. de C. continúan en uso a lo largo de éste. Es el caso de la de «Los Plintos» y «El Sectile», en Uxama, que experimentan una ocupación o remodelación posterior (García Merino, 1989, pág. 140), y de la «Casa del Acueducto» de Tiermes, que es embellecida a finales del s. I o a comienzos del s. II d. de C. con revestimientos pictóricos, preparándose cuidadosamente para ello los muros rupestres de arenisca (Argente y Mostalac, 1981 y 1985).

No obstante, en Tiermes, un sector situado al NE de la ciudad se abandona al parecer ya en la segunda mitad del siglo, utilizándose la zona como basurero. Sobre sus restos, entre los que se incluyen algunas estructuras y una calle o calzada, se erige la muralla del s. III. Podemos pensar así que a finales del s. II Tiermes ha constreñido el área habitada en relación al siglo precedente, algo que tal vez ocurriera también en Uxama a costa de ciertas zonas periféricas.

El poblamiento rural de pruebas de una manifiesta vitalidad, como ya antes señalamos. Es más, a mediados de este siglo corresponden los hallazgos monetarios más antiguos de tres importantes villas bajo-imperiales de la provincia, lo que ha llevado a remitir su fundación a esta época. Nos referimos, en concreto, a las de Cuevas de Soria (Taracena, 1930, pág. 80), Santervás del Burgo y Rioseco (Ortego, 1956, págs. 190 y 194; 1977, pág. 289). Esta coincidencia tal vez sea fruto de la casualidad, pero en cualquier caso el dato merece anotarse por cuanto pone de manifiesto la existencia de estos tres establecimientos antes de finalizar el siglo. En este sentido, cabría plantearse si tuvieron ya en esa fecha algo del carácter suntuoso que ofrecerán dos siglos después y que ha llevado a denominarlos «palacios campestres» (Balil, en prensa) o si eran por el contrario modestos asentamientos de explotación agraria. Los materiales escultóricos que han proporcionado dos de estas villas, las de Santervas y Rioseco (Ortego, 1956, págs. 190-191 y lám CLVII; 1977, págs. 290-292, figs. 1-2, 16 y 19), no son fáciles de fechar, si bien podrían estar más en consonancia con el carácter culto o cultivado

que ostentan sus dueños en una fase más tardía (Balil, 1984, pág. 340). No obstante, Balil parece debatirse, a propósito de la estatua de Saturno de Rioseco, entre este presupuesto, constatado en varias villas de la Meseta, y los paralelos que aduce en concreto para la estatuilla y que corresponden fundamentalmente al s. II o III (Balil, 1984). Por otro lado, las placas de mármol exhumadas también en Rioseco difícilmente pueden llevarse más allá de finales del s. II (Ortego, 1985, pág. 183; Gutiérrez Behemerid, 1989), por lo que hay que suponer, al menos en este caso, un complejo residencial no exento de comodidades, más allá de la simple explotación rústica.

Es posible que no sea el único ejemplo. En Vildé, próximos a una villa con ocupación alto y bajo-imperial, quedan los restos de un monumento funerario turriforme que, con toda probabilidad, acogió los restos de los dueños de la misma (García Merino, 1977d). Los paralelos tipológicos del monumento arrojan una fecha de finales del s. II o comienzos del III, por lo que se ha sugerido para el de Vildé una posible cronología del s. II (García Merino, 1977 d, pág. 54).

Podría deducirse así de forma hipotética que, avanzado el s. II d. de C., ciertos establecimientos rústicos han adoptado el carácter de residencias acomodadas de campo o, mejor, han incorporado esta función a sus instalaciones. Parece difícil, de hecho, separar esta finalidad de la primaria de explotación agraria, por lo que hay que pensar que la función residencial ha venido a sumarse a la rústica, modificando el complejo en las ya existentes. Y ahí cabría de nuevo preguntarse, ¿supondría ello un cambio en la propiedad agraria o simplemente un cambio en la mentalidad y en las formas de vida de los poseedores? ¿de qué manera pudo incidir sobre la vida ciudadana?, ¿podría ser éste el germen de algunos grandes *fundi* del bajo imperio? Son éstas cuestiones que de forma más o menos directa vienen planteándose desde hace tiempo y para las que habrá que intentar encontrar una respuesta en el futuro.

Finalmente, a este siglo podemos remitir buena parte de los epígrafes funerarios de la provincia, entre los que se cuentan no pocos decorados (Jimeno, 1977; 1980a, págs. 224-235; 1980b, págs. 95-96; Marco Simón, 1978, págs. 68-69). Muchos reflejan a través de sus motivos, esquemas o escenas figuradas ecos del foco burgalés y más concretamente del de Lara de los Infantes (Abásolo, 1977). Sobresalen en este sentido las estelas decoradas con escenas de banquete funerario, una temática que arraiga curiosamente sobre todo en la zona este de la provincia (Jimeno, 1980a, pág. 230; 1980b, pág. 95), al igual que lo hacía, como ya vimos al tratar el siglo precedente, la figura del jinete, más directamente emparentada con Clunia. Singulares son también las representaciones humanas bajo arquerías o dinteles, a menudo entrelazando sus manos, para las que no faltan conexiones tanto en el área burgalesa como sobre todo en la vasco-navarra (García Merino, 1977c; Marcos Simón, 1978, págs. 40-45); la interesante estela de Castilfrío (Ortega, 1975, págs. 30-31, fig. 5; Jimeno, 1980a, págs. 215-216) parece relacionarse, en cambio, más claramente con ciertos ejemplares clunienses (de Palol y Vilella, 1987, pág. 119, números 40 y 42, fig. 14). Estas estelas, en su mayoría del s. II (Marco Simón, 1978, pág. 69), constituyen por ahora una de las manifestaciones más ricas y «artísticas» de la época, marcándola de nuevo bajo el signo del mundo familiar y privado.

5. EL SIGLO III

La problemática de este siglo, que se incluye aquí por lo que de cierre de Alto Imperio tiene, fue planteada por Caballero Zoreda de forma sucinta pero certera en el *1^{er} Symposium de Arqueología Soriana* (1984, págs. 436-437). Arqueológicamente se nos presenta como un período «oscuro». Fáciles de detectar los materiales alto y bajo-imperiales, los del siglo que discurre entre ambos momentos tienen también el carácter provisional de lo que media entre dos mundos mejor conocidos. Históricamente, y aunque no falten voces discordantes, se ha venido definiendo como un período de crisis, reflejado en dos aspectos fundamentalmente: en la propia crisis de la vida municipal y en el ambiente de inseguridad fruto de las invasiones francoalamanas de época de Galieno, con las que se han relacionado de forma más o menos directa las destrucciones de algunas villas, como las de Santervás y Rioseco, y los amurallamientos de ciertas ciudades, caso por ejemplo de Tiermes.

No obstante, hoy tiende a dársele menos trascendencia a la tan debatida crisis. Se desconoce, de hecho, el verdadero alcance de las invasiones en el Valle del Duero y, en cuanto a la vida urbana, es posible que no se viera tan gravada o colapsada como en parte hasta ahora se ha creído. Se advierten con todo síntomas de que la vida en las ciudades se resiente ahora tanto de las propias circunstancias del momento como de ciertos cambios que debían haberse operado paulatinamente a lo largo del s. II y que obligan a efectuar un reajuste ahí donde es posible, mientras que conducen en otros casos a un lento languidecer:

En Tiermes y Uxama la continuidad está asegurada a través de su vigencia e, incluso, prosperidad en el Bajo Imperio, pero tampoco faltan documentos arqueológicos correspondientes a este siglo. Un epígrafe de San Esteban de Gormaz, que hay que suponer procedente de Uxama, nos ofrece un eco de la vida pública de la ciudad: por decreto de los decuriones se dedica a Sabina Tranquilina, mujer de Gordiano III, una inscripción honoraria (Jimeno, 1980a, n.º 128) relacionada con el culto imperial (García Merino, 1987a, pág. 255). En el ámbito de lo privado sabemos que algunas de las viviendas uxamenses surgidas en el s. I permanecen hasta mediados o bien entrado el s. III, caso de la de «Los Plintos» o «El Sectile»; la segunda recibe su nombre del pavimento que decora su triclinio y que se incorpora a la misma en su segunda y última fase (García Merino, 1989, pág. 94). La documentación de ambas viviendas, no muy alejadas entre sí, se cierra en esta centuria; quizá el área en que se ubican se abandonara en favor de otra zona, pero acaso simplemente su ocupación tardía, más superficial, haya sido desmantelada por el paso del tiempo. Es curioso, en cualquier caso, el hecho de que los vestigios de la larga vida de ambas casas desaparecieran antes de finalizar este siglo. Desconocemos, por último, la cronología concreta de la muralla bajo-imperial de Uxama (García Merino, 1989, pág. 95); no hay por ahora ningún dato que permita vincularla a este momento.

No ocurre lo mismo con la de Tiermes, que se ha fechado en la segunda mitad del s. III y puesto en posible relación con las invasiones (Argente *et alii*, 1984a, págs. 209-211; 1985, págs. 60-62). La muralla, cuyo perímetro reduce el área

intramuros, se eleva no obstante, sobre construcciones que debían haber sido abandonadas al parecer ya antes de finalizar el s. II (Argente *et alii*, 1984a, págs. 210-213). De pocos datos más disponemos para Tiermes en esta época. Es de destacar, en este sentido, el miliario de Decio recientemente descubierto a escasos kilómetros al norte de la ciudad (Borobio, Gómez-Pantoja y Morales, 1987, págs. 246-247), por cuanto, además de documentar la vía entre Uxama y Tiermes propuesta desde antiguo (Saavedra, 1879, pag. 10; Taracena, 1934, pág. 271), nos proporciona un elemento de referencia positivo para la ciudad a mediados de la centuria. Cabe suponer también, en principio, que siguen en uso el acueducto, la casa del mismo nombre y el área pública del foro, pues deparan materiales bajo-imperiales, situándose su abandono en los siglos IV o V d. de C. (Argente *et alii*, 1985, págs. 53, 60 y 64). Con todo, el acueducto, amortizado con seguridad en época tardía por algunas tumbas (Argente y Alonso, 1984), tal vez hubiera dejado de cumplir parte de su finalidad en la época que nos ocupa, a juzgar por los datos que se aportan sobre la colmatación del *emissarium*, encargado de la distribución del agua desde el *castellum aquae* (Argente *et alii*, 1984b, págs. 281-282).

Poco sabemos de Augustobriga. García Merino sitúa la destrucción de sus murallas en el s. III (García Merino, 1975, págs. 296), lo que entra dentro de lo posible. En cualquier caso, un miliario de Tardesillas le da carta de naturaleza en el umbral del s. IV (Jimeno, 1980a, n.º 193). Se sabe también del hallazgo de una cuarentena de tumbas de inhumación en la necrópolis que tuvo junto a la vía (Taracena, 1941, pág. 119), pero este dato proporciona un margen cronológico demasiado amplio para nuestros propósitos. Con todo, no parece aventurado suponerle una vida modesta, cuando menos, para esta época. Los frecuentes y reiterados hallazgos de mosaicos que periódicamente se observan al arar el yacimiento podrían ser indicio de una cierta prosperidad en época bajo-imperial, por cuanto la pavimentación musiva parece ser un rasgo adoptado tardíamente en nuestra provincia.

Es éste un fenómeno que se ha puesto de relieve para Medinaceli a raíz de las últimas excavaciones (Borobio, Morales y Pascual, 1989, págs. 105-106), haciendo viable afortunadamente deducir su posible continuidad desde el siglo I. El núcleo de Villalba manifiesta una existencia al menos discreta a lo largo de este siglo; no carece de materiales que pudieran fecharse entonces y los tardíos, aún siendo más escasos que los alto-imperiales, son comparativamente más numerosos que en Numancia (Revilla, 1985, pág. 291 y figs. 146-147, 153 y 157-158). Esta ciudad debió experimentar, en cambio, un progresivo decaimiento, evidente en particular a través de algunos de sus restos cerámicos (Romero, M.V., 1985, pág. 307), que tal vez la redujo a poco más que una estación o parada en el recorrido de la vía aneja. Algo similar debió ocurrirle al núcleo de Villaseca de Arciel donde, si bien se han recuperado algunos materiales que podrían atribuirse al s. III (Borobio, 1985, en las figs. 65, 70-71), no hay signos evidentes de una ocupación posterior. Difícil de evaluar es el caso de Villar del Río. En prospección ha deparado un ejemplar cerámico tardío (Romero, F. en prensa), lo que podría avalar su continuidad hasta esa época, pero no permite evaluar, en cambio, en qué condiciones lo hizo.

Los resultados son, por lo tanto, desiguales en lo que respecta a los núcleos urbanos. No son desfavorables para Uxama y Tiermes y aún tampoco lo parecen demasiado para Ocilis, Augustobriga o Villalba, mientras que se nos ofrecen negativos para Numancia y Villaseca de Arciel.

La información sobre las vías es también expresiva en cierta manera. Al miliario de Decio, ya comentado, de las proximidades de Tiermes, hay que añadir otro de Carino hallado en San Esteban de Gormaz, perteneciente sin duda a la arteria principal Caesaraugusta-Asturica (Jimeno, 1980a, n.º 137). No parece conveniente considerar aquí los dos de Constancio Cloro, de Tardesillas y Renieblas, en los umbrales ya del s. IV, por cuanto parecen encontrar una continuidad en otros de comienzos del mismo siglo (Jimeno, 1980a, números 137-139 y 141; Borobio, Gómez-Pantoja y Morales, págs. 241-243). En total, pues, tan solo dos miliarios del s. III que, fruto de reparaciones llevadas a cabo en esas vías o reflejo tal vez simplemente de una política honoraria, parecen primar nuevamente a las ciudades de Uxama y Tiermes.

Los asentamientos rurales constituyen posiblemente uno de los aspectos más controvertidos de este siglo, tal y como ya hiciera notar Caballero (1984, pág. 437). Ortego detectó en las villas de Santervás y Rioseco un momento de destrucción, que relacionó con las invasiones franco-alemanas de época de Galieno, al que seguía un abandono temporal de las mismas; a finales del s. III se procedería a su reconstrucción con una modificación parcial de sus habitaciones y la reparación de sus mosaicos (Ortego, 1956, págs. 194; 1977, págs. 289-290). García Merino observó también en «El Quintanar» de Bayubas de Abajo dos momentos diferentes: uno de fines del s. I a principios del III y otro de finales del mismo al s. V (García Merino, 1967, pág. 185). Se desprende de ello una interrupción en el habitat en cierto momento del s. III que viene a diferenciar la ocupación alto y bajo imperial de la villa. Una tónica similar rige varios de los asentamientos rurales proporcionados por la nueva *Carta Arqueológica* (Revilla, 1985, págs. 350-351).

Y, sin embargo, es posible que en estas valoraciones se esté produciendo un cierto fenómeno de espejismo. Caballero señalaba ya en 1984 la necesidad de revisar la cronología de las villas de Santervás y Rioseco, sugiriendo incluso que sus mosaicos podían ser del s. IV, lo que llevaría la segunda fase de las mismas a época constantiniana (Caballero, 1984, pág. 437). La intuición de este planteamiento se ha visto corroborada poco después, pues el estudio de los mosaicos de ambas villas ha determinado que éstos no pueden ser anteriores al s. IV (Blázquez y Ortego, 1983, págs. 37 y 48; Torres, 1989). El problema reside ahora en saber si este hecho invalida o no la destrucción de las instalaciones de la fase previa en la segunda mitad del s. III y para esta cuestión no hay, o por lo menos no tenemos por nuestra parte, una respuesta segura.

Es verdad que algunas de las villas alto-imperiales deben desaparecer en el s. III, como sin duda lo es también que surgen otras nuevas, pero resulta difícil admitir globalmente para aquéllas que mantienen una ocupación alto y bajo imperial, y son muchas, un abandono parcial en este siglo. No parece probable desde luego que tuviera lugar un fenómeno generalizado de este tipo. El problema ha de radicar por ello, como ya señalara Caballero, en que no conocemos o no identificamos bien los materiales arqueológicos que corresponden a esta centuria. Una tarea más que queda por hacer:

Con todo, el siglo III proporciona signos evidentes de un momento de cambio. En sus primeros decenios representa el agotamiento de una situación que hemos visto surgir en el s. I d. de C. y que de alguna manera debió ir deteriorándose en el s. II, un proceso en el que las ciudades debieron llevar la peor parte. Pero ya antes de finalizar el siglo parecen haberse buscado los resortes para un acomodo a las nuevas circunstancias, asentándose con ello las bases para el desarrollo de la época bajo-imperial.

III

PERSPECTIVAS DE FUTURO

En el panorama que acabamos de trazar son muchos los fenómenos que se mueven bajo el signo de la indefinición y la provisionalidad y los menos aquéllos que por su certeza emergen con luz propia. Algunas carencias habrán de imputarse, sin duda, a quien lo suscribe, otras en cambio responden a lagunas en la investigación. Aún así, no creemos llamarnos a engaño si afirmamos que la arqueología romana se conoce bastante mejor en la provincia de Soria que en muchas otras del Valle del Duero o la Meseta norte. Una apreciación positiva que ha de servir de estímulo para planteamientos futuros.

No volveremos a insistir aquí sobre el interés del estudio de los materiales de los campamentos republicanos, en particular de aquéllos de Renieblas y el entorno de Numancia, por cuanto al tratar sobre ellos hemos creído ponerlo suficientemente de relieve.

A lo largo de las páginas anteriores hemos visto cómo nuestra información sobre la romanización en la provincia de Soria es muy desigual tanto en sus manifestaciones como en su desarrollo temporal. Si tenemos un nivel de conocimiento no desdeñable del fenómeno urbano, tan significativo como foco transmisor de la ideología y la política de Roma, los asentamientos rurales nos son conocidos sólo en una de sus manifestaciones, en la de las lujosas villas bajo-imperiales, mientras que poco o nada sabemos sobre los establecimientos rústicos más modestos o sobre otras instalaciones artesanales, que suponen en buena medida su aplicación económica. En su desarrollo temporal, el s. I nos resulta el más apprehensible, sabemos en cambio muy poco sobre la época republicana y para los s. II y III podemos movernos más que nada sobre unos pocos puntos comunes. Esta desigualdad se observa, no obstante, en mayor o menor medida también en otros ámbitos próximos. Por otro lado, nuestro escaso conocimiento de ciertos períodos se debe en buena parte a la renuencia que ofrece su realidad material a mostrarse diáfana, lo que de todas formas no puede servirnos de excusa por mucho tiempo. Hay que intentar romper esa resistencia de alguna manera si queremos comprender los procesos que se verifican en la provincia a lo largo del período que nos interesa. Por nuestra parte proponemos dos vías paralelas, que sin duda están en la mente de todos:

1. Elaboración para la época romana de estudios zonales de carácter integral.
2. Estudio en profundidad de los diferentes elementos de la cultura material.

En lo que al primer aspecto respecta, ya hemos visto cómo la labor de prospección abordada con vistas a la elaboración de la nueva *Carta Arqueológica* ha enriquecido enormemente el panorama de la romanización en las zonas de la provincia que han sido ya objeto de estudio. Cabe esperar mucho, pues, de las que todavía restan por hacer. Pero no creemos, sin embargo, que haya que conformarse solamente con ello. El planteamiento que ha regido la nueva *Carta*, detección e incorporación a la investigación de nuevos yacimientos arqueológicos desde la Prehistoria al final de la época romana, facilita un *corpus* de datos iniciales básicos para cada uno de los momentos culturales, pero no permite por su amplitud temporal, y tampoco debe pretenderlo, un estudio a fondo y global de cada uno de ellos. En cambio, deja fecundamente abonado, el campo de trabajo para que éste se efectúe posteriormente.

En efecto, a la vista de las últimas aportaciones, parece que puede abordarse en los próximos años un estudio integral y en profundidad de la romanización en la provincia, que bien podría ser objeto de algunas tesis doctorales. A tal propósito, el enfoque zonal se presenta en principio más adecuado que el temporal. La elección de un momento de la época romana como base de estudio partiría, hoy por hoy, de un conocimiento desigual del espacio provincial, lo que a la larga se traduciría en un tratamiento diferenciado y en unos resultados selectivos. En cambio, la elección de un área permite una exploración exhaustiva, un registro arqueológico más preciso y un mejor seguimiento de la evolución temporal. Ni que decir tiene que lo idóneo sería la elaboración paralela de estos trabajos en diferentes áreas, pero generalmente lo aconsejable no viene a coincidir con lo posible o realista.

Hay que partir de que un estudio zonal es imposible de dissociar en el mundo romano del conocimiento moderado de otros ámbitos, incluso de los no próximos. Sobre esta base, puede servirse además de los instrumentos de la arqueología espacial, que tan útil se está mostrando en la valoración de los asentamientos y su entorno, pero deberá asumir igualmente una estimación de la funcionalidad de los yacimientos. La ponderación calibrada de los mismos facilitará sin duda la formulación de hipótesis acerca de otros posibles vestigios —vías, límites, etc.—, que la no excesiva extensión del área objeto de estudio hará posible detectar y comprobar en buena parte de los casos. Deberá yuxtaponerse a todo ello una evaluación ajustada de la cultura material en sus más variadas manifestaciones, por cuanto, si sabemos leer su contenido, se muestra como una fuente tremendamente eficaz y fructífera.

Un estudio que habrá de ser, en cualquier caso, exhaustivo e integral y en el que todos los recursos disponibles, y no sólo los estrictamente arqueológicos, habrán de utilizarse en aras de una mejor y más profunda aproximación a lo que fue el espacio geográfico correspondiente en época romana. Ni que decir tiene que para la primera etapa de la romanización parece imprescindible una estrecha colaboración entre arqueólogos clásicos y protohistoriadores, pues de lo contrario es difícil solucionar adecuadamente los problemas que esta fase suscita, de la misma manera que, en general, es imposible prescindir de otros datos y valoraciones propiamente históricos.

Para este tipo de trabajos la prospección puede ser en muchas ocasiones suficiente, sin ser necesario acudir a la excavación, máxime cuando la primera cuenta hoy con unos apoyos técnicos que permiten la detección de ciertos restos del subsuelo. Tiene además la ventaja de ser una técnica no destructiva, más rápida y menos costosa. La práctica de la excavación puede ser aconsejable, no obstante, encauzada a la solución de problemas concretos difíciles de solventar con otros medios.

Si previamente al desarrollo del trabajo nos hemos preguntado qué incógnitas deseamos resolver y qué lagunas deseamos llenar, parece altamente probable que, poniendo los recursos idóneos, logremos encauzar y clarificar al menos varias de ellas.

La segunda línea de investigación, el estudio de los elementos de la cultura material, representa, en principio, una labor menos gratificante que la de los estudios zonales, pero igualmente necesaria. Frente a los primeros, más integradores y globales, puede parecer meramente descriptiva y arqueográfica y, sin embargo, no tiene por qué ser así exactamente. Si el valor instrumental de estos estudios queda fuera de toda duda, también pueden deducirse a través de ellos connotaciones culturales, productivas y económicas o procesos evolutivos difícilmente detectables por otros medios.

Dado el carácter suprapeninsular y cada vez más especializado de las investigaciones en arqueología romana, la mejor forma de enfocar estos estudios es la elección de un tipo de material o de una manifestación concreta. La razón parece clara. La gran mayoría de los elementos u objetos de la cultura material romana son inabordables no ya desde una perspectiva local sino también regional e incluso peninsular. Es más, requerirán en no pocos casos de un conocimiento global de esas manifestaciones en el mundo romano, si se quiere llegar a resultados satisfactorios.

El ámbito geográfico sobre el que se centre el estudio no tiene por qué ser precisamente el provincial e incluso puede ser aconsejable que no lo sea en ciertos casos. Podría responder a un marco más amplio, el Valle de Duero por ejemplo, o más concreto, una comarca o área natural de la provincia o incluso una ciudad romana de la misma. Sus enfoques serán, por lo tanto, diversificados, tanto por el espacio geográfico como por el elemento de la cultura material elegido y a veces, sin duda, éste último determinará la selección de aquél.

La importancia de tales trabajos está en el ánimo de todos. Basta recordar simplemente la repercusión de la obra *Epigrafía romana de la provincia de Soria*. Entre los materiales que con más urgencia requieren ser abordados están ciertos tipos cerámicos, como la cerámica celtibérica, la común de tradición celtibérica o la indígena pintada. Si dispusiéramos de trabajos profundos sobre ellas, es posible que encontraran cauces de solución parte de las cuestiones e incógnitas planteadas en la arqueología romana de la provincia. Su estudio no es nada fácil, pero conocer simplemente algo de sus centros de producción y su área de comercialización, así como poder disponer de ciertas pautas cronológicas en su desarrollo, es hoy por hoy casi un reto. Su transcendencia puede ser enorme.

Además de ayudar a fechar con mayor aproximación algunos asentamientos e informar sobre aspectos de la vida económica, la difusión de ciertos artículos cerámicos de producción comarcal puede ser igualmente útil para determinar el territorio o área de influencia de algunos núcleos urbanos.

Hemos hablado de la cerámica, arqueológicamente quizá el material por excelencia, dado lo común de su uso y su carácter casi indestructible, pero queda todo o mucho por hacer sobre las herramientas y otros utensilios, tan significativos de la vida económica, sobre los adornos y los pequeños bronceos, tan elocuentes como vehículos de transmisión de iconografías y fenómenos de gusto, y aún sobre materiales considerados más privilegiados, como los numismáticos. Algunos aspectos más artísticos del bagaje material han corrido mejor suerte, pero son susceptibles también en ciertos casos de nuevos enfoques.

Muchos de esos elementos de la cultura material reclaman desde hace años un poco de atención desde su retiro en los depósitos de fondos de ciertos Museos y, en particular, del Numantino. En el estudio de los mismos reside buena parte del éxito de los trabajos zonales, por cuanto en éstos es casi imposible llevar a efecto una valoración poderada de todos y cada uno de los aspectos de la cultura material si no se dispone previa o paralelamente de una información cabal de este tipo.

Creemos que ambas líneas de trabajo, complementarias entre sí, representan vías adecuadas con vistas a obtener un conocimiento más completo y dinámico de lo que supuso la romanización en la provincia. Si paralelamente se continúan las excavaciones en algunas de sus ciudades y se emprende una exploración seleccionada de cierto tipo de asentamientos rurales, hasta la fecha poco o nada conocidos, el panorama ha de verse en unos años notablemente enriquecido, precisado y aún también modificado.

BIBLIOGRAFIA

- ABASCAL PALAZON, J.M. (1982a): *Vías de comunicación romanas de la provincia de Guadalajara*, Guadalajara.
- (1982b): «Las vías romanas en Guadalajara», *Revista de Arqueología*, 16, págs. 60-64.
- (1984-85): «Q. Calvisius Sabinus y un posible municipio flavio en San Esteban de Gormaz (Soria)», *Studia Historica*, II-III, 1, págs. 141-149.
- ABASOLO ALVAREZ, J.A. (1974): *Epigraffa romana de la región de Lara de los Infantes*, Burgos.
- (1977): «Las estelas decoradas de la región de Lara de los Infantes. Estudio iconográfico», *BSAA*, XLIII, págs. 61-99.
- ALBERTOS FIRMAT, M.L. y ROMERO CARNICERO, F. (1981): «Una estela y otros hallazgos celtibéricos en Trébugo (Soria)», *BSAA*, XLVII, págs. 199-208.
- ALFÖLDY, G. (1981): «Epigraphica Hispanica III. Ein Bürgermeister in einer Inschrift aus Alcubilla de Avellaneda bei Clunia in der Hispania Citerior», *ZPE*, 44, págs. 113-118.
- APRAIZ, R. (1955): *Numancia y su Museo*, Temas Españoles, n.º 200, Madrid.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1984): «Investigaciones del mundo romano en Tiermes», *I.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 243-292.
- (1989): «Tiermes: Catorce años de excavaciones», en *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, págs. 69-86.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y ALONSO LUBIAS, A. (1984): «Dos enterramientos bajo imperiales en el acueducto de Tiermes», *I.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 417-431.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y BAQUEDANO PEREZ, E. (1983): «Broche y botón romanos decorados de Tiermes (Montejo de Tiermes, Soria)», *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, III, Madrid, págs. 411-421.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y DIAZ DIAZ, A. (1988a): *Tiermes. Guía del yacimiento arqueológico y museo*, Soria.
- (1988b): «Informe sobre la 13.ª Campaña de Excavaciones en Tiermes (1987)», *Celtiberia*, 75, págs. 107-124.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y JIMENO MARTINEZ, A. (1977): «Tres tumbas de incineración de época romana, halladas en Uxama (Osma, Soria)», *Celtiberia*, 53, págs. 29-40.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y MOSTALAC CARRILLO, A. (1981): «La pintura mural romana de la Casa del Acueducto, de Tiermes (Montejo de Tiermes, Soria)», *Numantia*, 1, págs. 147-163.
- (1985): «La construcción alto imperial denominada «Casa del Acueducto» (Tiermes, Soria)», *XVII CNArq.*, Logroño, 1983, Zaragoza, págs. 881-896.
- ARGENTE OLIVER, J.L. y ROMERO CARNICERO, F. (1976): «Un lote de objetos arqueológicos hallados en un pozo de Numancia y conservados en el Museo Provincial de Soria», *RABM*, LXXIX, 1, págs. 215-229.

- ARGENTE OLIVER, J.L. *et alii* (1980): *Tiermes I, EAE*, 111, Madrid.
 (1984a): *Tiermes II, EAE*, 128, Madrid.
 (1984b): «Excavaciones arqueológicas en Tiermes. Informes preliminares de la décima campaña», *Celtiberia*, 68, págs. 271-299.
 (1985): *Tiermes. Gufa del yacimiento arqueológico*, Madrid.
- ARMISTEAD, S.G. (1972): «Una lápida romana (Torreblacos, Soria)», *Celtiberia*, 44, págs. 277-279.
- BALIL, A. (1978): «El mosaico de Ucero. Observaciones sobre la cronología hispánica del mito de Belerofonte», *Celtiberia*, 56, págs. 143-152.
 (1979a): «Un mosaico de Uxama», *Celtiberia*, 58, págs. 267-274.
 (1979b): «Un bronce de Tiermes», *Celtiberia*, 58, págs. 275-277.
 (1980): «Un ara romana, chapada de bronce, hallada en Uxama», *Celtiberia*, 60, págs. 257-261.
 (1981): «M. Magius M. F. Gal. Antiquus en una inscripción de San Esteban de Gormaz (Soria)», *Numantia*, 1, págs. 199-201.
 (1982): «Retrato del emperador Tiberio, hallado en Tiermes», *Celtiberia*, 63, págs. 111-124.
 (1983): «Un vidrio romano de Tiermes», *Celtiberia*, 65, págs. 127-134.
 (1984): «Estatua de Saturno hallada en la villa romana de Los Quintanares», *I.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 325-340.
 En prensa: «Arte de la época romana», en *Historia del Arte de Castilla y León*, Valladolid.
- BELTRAN LLORIS, F. (1986): «Sobre la función de la moneda ibérica e hispano-romana», en *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, págs. 889-914.
- BELTRAN LLORIS, M. (1986): «Introducción a las bases arqueológicas del Valle Medio del río Ebro en relación con la etapa prerromana», en *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, págs. 495-527.
- BENDALA *et alii* (1988): «Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista», en *Coloquio sobre los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, 1986, Madrid, págs. 121-140.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1978): «La epigrafía y los monumentos», *V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1976, Madrid, págs. 669-678.
- BLAZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T. (1983): *Corpus de mosaicos de España. VI. Mosaicos romanos de Soria*, Madrid.
- BLECH, M. (1978): «Saturn in Hispanien», *Madriider Mitteilungen*, 19, págs. 238-250.
- BOROBIO SOTO, M.J. (1985): *Carta arqueológica, Soria. Campo de Gómara*, Soria.
- BOROBIO SOTO, M.J.; GOMEZ-PANTOJA, J. y MORALES HERNANDEZ, F. (1987): «Diez años (y dos siglos) de epigrafía soriana», *Celtiberia*, 74, págs. 239-258.
- BOROBIO SOTO, M.J. y MORALES HERNANDEZ, F. (1984): «Distribución de poblamiento de época romana imperial en una zona de la provincia de Soria», *Arqueología Española*, 5, Teruel, págs. 41-56.

- BOROBIO SOTO, M.J.; MORALES HERNANDEZ, J. y PASCUAL DIEZ, A.C. (1989): «Arqueología urbana: Medinaceli», en *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, págs. 97-106.
- CABALLERO ZOREDA, L. (1984): «Arqueología tardorromana y visigoda en la provincia de Soria», *1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 433-458.
- CASA MARTINEZ, C. de la (1983): «Marca de alfarero en ladrillos romanos procedentes de Tiermes (Soria)», en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, IV, Madrid, págs. 53-66.
- CASA MARTINEZ, C. de la y TERES NAVARRO, E. (1984): «Aportaciones al estudio del alfar de terra sigillata de Tiermes», *1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 361-375.
- Celtíberos* (1988): *Celtíberos*, Zaragoza.
- CORONADO, A. y GONZALEZ, C. (1982): «La vía romana entre Uxama y Clunia», *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, VI, 1-2, págs. 7-32.
- De les estructures indígenes a l'organització provincial romana* (1987): *I Jornades Internacionals d'Arqueologia romana. De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior*, Granollers.
- DOMINGUEZ, A. (1988): «La moneda celtibérica», en *Celtíberos*, Zaragoza, págs. 155-170.
- D'ORS, A. (1951): «Un nuevo dato para la historia de la llamada Termancia», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, II, Madrid, págs. 567-581.
- ESPINOSA RUIZ, U. (1984a): «Las ciudades de arévacos y pelendones en el Alto Imperio. Su integración jurídica». *1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 305-324.
- (1984b): «Calagurris y Sertorio», *Calahorra, bimilenario de su fundación. Actas del I Symposium de Historia de Calahorra*, Madrid, págs. 189-199.
- ESPINOSA, U. y USERO, L.M. (1988): «Eine Hirtenkultur im Umbruch Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus dem Conventus Caesaraugustanus (Hispania Citerior)», *Chiron*, 18, págs. 477-504.
- FERNANDEZ CASTRO, M.C. (1982): *Villas romanas en España*, Madrid.
- FERNANDEZ MARTINEZ, V. (1980): «Excavaciones en la «villa» tardorromana de Huerta del Río (Taracena, Soria). Campaña de 1979», *Celtiberia*, 60, págs. 287-290.
- (1981): «La muralla romana de Tiermes. Resultados de la campaña de excavaciones de 1980. Elementos para su datación», *Celtiberia*, 62, págs. 317-323.
- (1983): «El taller de cerámica sigillata de Tiermes», en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, IV, Madrid, págs. 21-30.
- FUENTES RODRIGUEZ, A. (1987): «Avance al Foro de Valeria (Cuenca)», en *Los Foros romanos de las provincias occidentales*, Madrid, págs. 69-72.
- GAMER, G. y ORTEGO, T. (1970): «Nuevas observaciones sobre el campamento romano de Almazán (Soria)», *Celtiberia*, 39, págs. 67-69.
- GARCIA Y BELLIDO, A. (1966): «Las trullae argenteas de Tiermes», *AEArq.*, XXXIX, págs. 113-123.

GARCIA MERINO, C. (1967): «Tres yacimientos de época romana inéditos en la provincia de Soria», *BSAA*, XXXIII, págs. 167-206.

(1969): «Monedas inéditas procedentes de Uxama», *BSAA*, XXXIV-XXXV, págs. 323-328.

(1970): «La ciudad romana de Uxama», *BSAA*, XXXVI, págs. 383-440.

(1971): «La ciudad romana de Uxama (continuación)», *BSAA*, XXXVII, págs. 85-121.

(1973a): «La evolución del poblamiento en Gormaz (Soria) desde la Edad del Hierro a la Edad Media», *BSAA*, XXXIX, págs. 31-79.

(1973b): «El puente romano inédito de Golmayo (Soria)», *BSAA*, XXXIX, págs. 415-422.

(1973c): «Estelas funerarias hispanorromanas procedentes de Borobia (Soria)», *Durius*, vol. 1, fas. 2, págs. 353-359.

(1973d): «Las tierras del NO. de la Península Ibérica, foco de atracción para los emigrantes de la Meseta en época romana», *Hispania Antiqua*, 3, págs. 9-28.

(1975): *Población y Poblamiento en Hispania romana. El Conventus Cluniensis*, *Studia Romana*, I, Valladolid.

(1977a): «Un olvidado núcleo de población hispanorromano: el yacimiento de San Esteban de Gormaz (Soria)», *Hispania Antiqua*, VII, págs. 165-229.

(1977b): «El sepulcro romano turriforme en la Meseta Norte. El yacimiento arqueológico de Vildé (Soria)», *BSAA*, XLIII, págs. 41-61.

(1977c): «Un nuevo relieve militar en la Meseta: el trofeo de San Esteban de Gormaz (Soria)», *BSAA*, XLIII, págs. 361-370.

(1977d): «Acercas de algunas estelas hispano-romanas de la Meseta», *Publicaciones de la Institución «Tello Téllez de Meneses»*, 38, págs. 307-327.

(1980): «Una tessera hospitalis de Uxama (Soria)», *BSAA*, XLVI, págs. 206-219.

(1983): «Addenda a la epigrafía de Uxama y la nueva estela de San Esteban de Gormaz», en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, III, Madrid, págs. 355-364.

(1984): «La ciudad de Uxama. Nuevos datos para la romanización en Soria», *I.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 377-399.

(1986): «Una nueva pieza del relieve de armas de San Esteban de Gormaz (Soria), un fragmento de inscripción relacionable con el culto imperial y varia de Uxama», *Numantia*, II, págs. 277-289.

(1987a): «La civitas hispanorromana, ¿fruto de la voluntad política o del desarrollo? Algunos datos para la discusión», *I Jornades Internacionals d'Arqueologia romana de Granollers. De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior*, Granollers, págs. 255-262.

(1987b): «Desarrollo urbano y promoción política de Uxama Argaela», *BSAA*, LIII, págs. 73-114.

(1987c): «Noticias preliminares sobre el foro de Uxama Argaela», en *Los Foros romanos de las provincias occidentales*, Madrid, págs. 147-151.

(1989): «Uxama Argaela: El yacimiento y su historia», en *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, págs. 87-96.

GARCIA MERINO, C. y ALBERTOS FIRMAT, M.L. (1981): «Nueva inscripción en lengua celtibérica: una tessera hospitalis zoomorfa hallada en Uxama (Soria)», *Emerita*, XLIX, 1, págs. 179-189.

- (1985): «Una nueva tessera hospitalis con texto en lengua celtibérica, hallada en Uxama (Soria)», *III Coloquio sobre Lenguas y Culturas paleohispánicas*, Salamanca, 1980, Salamanca, págs. 311-317.
- GARCIA DE PABLO, R. (1983): «Bases para el estudio de las comunicaciones romanas en Tiermes», *Arevacon*, 9, págs. 4-6.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. (1989): «El yacimiento arqueológico de San Martín de Ucero (Soria): Excavaciones de 1980 a 1985», en *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, págs. 59-68.
- GOMEZ PANTOJA, J. (1987): «Two army-related inscriptions from central Spain», *ZPE*, 68, págs. 232-236.
- GORGES, J.G. (1979): *Les villas hispano-romaines. Inventaire et Problématique archéologiques*, París.
- GUTIERREZ BEHEMERID, M.A. (1981): «Cinco capiteles romanos del Museo Numantino de Soria», *Celtiberia*, 62, págs. 301-308.
- (1989): «Algunos ejemplos de arquitectura decorativa de la provincia de Soria», *II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria.
- HILDEBRANDT, H.J. (1979): «Die Römerlager von Numantia. Datierung anhand der Münzfunde», *Madridrer Mitteilungen*, 20, págs. 238-271.
- HOZ, J. de (1986): «La epigrafía celtibérica», *Actas de la Reunión sobre Epigrafía Hispánica de época romana-republicana*, Zaragoza, 1983, Zaragoza, págs. 43-102.
- (1988): «La lengua y la escritura de los celtíberos», en *Celtíberos*, Zaragoza, págs. 145-158.
- JIMENO MARTINEZ, A. (1977): «La decoración funeraria hispano-romana de la provincia de Soria», *Estudios de Zaragoza*, III, Zaragoza, págs. 163-179.
- (1978): «Un tejuelo escrito de Uxama (Osma, Soria)», *Celtiberia*, 56, págs. 297-304.
- (1979a): «Aportación a la epigrafía romana, votiva, de la provincia de Soria», *Celtiberia*, 58, págs. 287-294.
- (1979b): «Aportación al estudio de las necrópolis del Duero: Los Tolmos de Caracena (Soria)», *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, III, 1, págs. 91-105.
- (1980a): *Epigrafía romana de la provincia de Soria*, Soria.
- (1980b): «Nueva aportación a la epigrafía romana de Soria», *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, IV, 2, págs. 89-97.
- JIMENO MARTINEZ, A.; FERNANDEZ MORENO, J.J. y SANZ ARAGONES, A. (1980): «La cerámica sigillata decorada y de imitación de Los Tolmos, Caracena (Soria)», *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, IV, 1, págs. 121-132.
- KNAPP, R.C. (1979): «Celtiberian conflict with Rome: policy and coinage», *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Tübingen, 1976, Salamanca, págs. 465-472.
- LOPERRAEZ CORBALAN, J. (1788): *Descripción histórica del Obispado de Osma*, Madrid.
- LOPEZ VAZQUEZ, M.A. y PALOMERO SANCHEZ, M.A. (1981): «Prospecciones arqueológicas en la Dehesa de Agreda», *Arevacon*, 2, págs. 4-6.

- LUCAS HERNANDEZ, N. (1977): «Castillo Billido: un castro romanizado en el Cañón del Río Lobos (Soria)», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 7, págs. 38-42.
- MANGAS, J. y RAMIREZ, M.J. (1980): «Nueva inscripción latina de San Pedro Manrique (Soria)», *Memorias de Historia Antigua*, 4, págs. 221-222.
- MANRIQUE MAYOR, M.A. (1980): *Instrumentos de hierro de Numancia conservados en el Museo Numantino (Soria)*, Madrid.
- MARCOS SIMON, F. (1978): *Las estelas decoradas de los conventos caesaraugustano y cluniense, Caesaraugusta*, 43-44.
- MARINE ISIDRO, M. (1984): «Las «termas» de la villa de Cuevas de Soria», *I.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs. 401-416.
- MARTINEZ TERROBA, C. e HIGES ROLANDO, V. (1968a): «Algunos datos nuevos para la Carta Arqueológica de Soria», *Celtiberia*, 35, págs. 109-114.
- (1968b): «Algunos datos nuevos para la Carta Arqueológica de Soria, II», *Celtiberia*, 36, págs. 249-263.
- MAYER, M. y RODA, I. (1986): «La romanització de Catalunya. Algunes qüestions», 6é. *Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Protohistoria Catalana*, Puigcerdà, 1984, Puigcerdà, págs. 339-351.
- MORALES HERNANDEZ, F. (1984): «Un pequeño busto femenino de barro, en Estepa de Tera», *Celtiberia*, 67, págs. 113-118.
- (1985): *Garra, Almazán (Soria)*.
- MORALES HERNANDEZ, F. y JIMENO MARTINEZ, A. (1982): «Nuevas inscripciones romanas de la provincia de Soria», *Celtiberia*, 63, págs. 159-166.
- NIETO GALLO, G. (1958): «Fragmento de un bronce epigráfico encontrado en Peralejo de los Escuderos (Soria)», *RABM*, LXVI.
- ORTEGO FRIAS, T. (1956): «Excavaciones en la villa romana de Santervás del Burgo (Soria)», *NAH*. III-IV, 1-3, págs. 169-194.
- (1959-60): «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria», *Caesaraugusta*, 15-16, págs. 107-132.
- (1960): «Escena hispano-romana de banquete funerario en tres estelas sorianas», *Celtiberia*, 19, págs. 71-83.
- (1964): «Tiermes: Ciudad rupestre celtibero-romana», *Celtiberia*, 28, págs. 185-220.
- (1967a): *Numancia. Guía breve histórico-arqueológica*, Soria.
- (1967b): *Tiermes. Ciudad rupestre celtibero-romana*, Soria.
- (1967c): «Numancia romana», *Celtiberia*, 34, págs. 197-208.
- (1969): «Un poblado celtibérico en «Fuentes Grandes» de Gormaz (Soria)», *AE Arq.*, 42, págs. 46-55.
- (1970): «El ambiente arqueológico en torno al campamento romano de Almazán», *XI CNArq.*, Mérida, 1968, Zaragoza, págs. 668-676.

- (1972a): «Numancia romana», en *Numancia. Crónica del coloquio conmemorativo del XXI centenario de la epopeya numantina, Monografías arqueológicas*, 10, Zaragoza, págs. 75-89.
- (1972b): «Gormaz: su contorno arqueológico», *Celtiberia*, 43, págs. 77-86.
- (1974a): «Nuevas estelas hispano-romanas con jinetes, en Borobia (Soria)», *Boletín de la Asociación Española de los Amigos de la Arqueología*, 2, págs. 22-25.
- (1974b): «Vestigios arqueológicos notables en Alcubilla de Avellaneda (Soria)», *Miscelánea Arqueológica*, II, Barcelona, págs. 101-111.
- (1975): «Miscelánea arqueológica (Ucero, Uxama, Castilfrío)», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 3, págs. 28-31.
- (1976): «Arqueología provincial. Hallazgos notables de estelas y miliarios hispano-romanos», *Celtiberia*, 52, págs. 251-260.
- (1977): «La villa romana de «Los Quintanares» en el término de Rioseco (Soria)», en *Segovia, Symposium de arqueología romana, Publicaciones eventuales*, 27, Barcelona, págs. 285-292.
- (1985): «Edad Antigua», en *Historia de Soria*, tomo I, Soria, págs. 123-208.
- PALOL, P. de (1970): «Hallazgos hispanorromanos de los siglos IV y V, en la provincia de Soria», *Pyrenae*, VI, págs. 185-197.
- PALOL, P. de y VILELLA, J. (1987): *Clunia II. La epigraffa de Clunia*, EAE 150, Madrid.
- PASCUAL DIEZ, A.C. (1988): «Aportaciones de D. Teógenes Ortego al estudio de las villas bajo-imperiales y las nuevas interpretaciones», *Celtiberia*, 75, págs. 79-85.
- PASCUAL MAYORAL, P. y PASCUAL GONZALEZ, H. (1984): *Carta arqueológica de la Rioja, I. El Cidacos*, Logroño.
- PEREZ RIOJA, J.A. (1988): «Una bibliografía cronológica de Teógenes Ortego y Frías», *Celtiberia*, 75, págs. 95-105.
- REVILLA ANDIA, M.L. (1985): *Carta arqueológica, Soria. Tierra de Almazán*, Soria.
- ROMAGOSA, J. (1972): «Las monedas de los campamentos numantinos», *Acta Numismática*, II, págs. 87-96.
- ROMERO CARNICERO, F. (1976): «Notas de cronología cerámica numantina», *BSAA*, LII, págs. 377-392.
- (1977): *Las cerámicas policromas de Numancia*, Valladolid.
- En prensa: Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria, Studia Archaeologica*, 80, Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, M.V. (1975): *Terra sigillata aetina decorada de la Península Ibérica. I. Numancia*, *Studia Archaeologica*, 35, Valladolid.
- (1977): *Vasos de terra sigillata hispánica de Numancia. Formas Dragendorff 29 y 30*, *Studia Archaeologica*, 45, Valladolid.
- (1985): *Numancia I. La terra sigillata*, EAE, 146, Madrid.

- ROMERO CARNICERO, M.V. y F. (1979): «Cerámicas imperiales con engobe rojo y decoración pintada procedentes de Numancia», en *Estudios de cerámica romana. VI, Studia Archaeologica*, 56, Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, M.V. y F. y GABRIEL SOLANILLA, A. (1976): «Yacimiento arqueológico inédito en Matalebreras (Soria): La villa romana de «El Palomar», *Celtiberia*, 51, págs. 25-34.
- ROMERO CARNICERO, F. y JIMENO MARTINEZ, A. (1976): «Consideraciones en torno a un miliario de la vía de Augustobriga a Numancia», *Durius*, IV, 7-8, págs. 169-174.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1989): «100 años de arqueología soriana», en *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, págs. 9-21.
- SAAVEDRA, E. (1879): *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augustobriga*, Memoria presentada a la Real Academia de la Historia en 1861, Madrid.
- SACRISTAN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid.
- SAENZ RIDRUEJO, C. (1985): «La traída de aguas a Uxama», *Celtiberia*, 70, págs. 265-291.
- SALINAS DE FRIAS, M. (1986): *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.
- SAN MIGUEL VALDUERTELES, M.A. (1987): «Los Casares: Un yacimiento arqueológico en San Pedro Manrique», *Celtiberia*, 73, págs. 115-126.
- SANCHO ROCHER, L. (1981): *El convento jurídico caesaraugustano*, Zaragoza.
- SCHULTEN, A. (1927): *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. III. Die Lager des Scipio*, München.
- (1928): «Campamentos romanos en España», *Investigación y Progreso*, II, 5, págs. 34-36.
- (1929): *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912, IV. Die Lager bei Reñeblas*, München.
- (1945): *Historia de Numancia*, Barcelona.
- SILES, J. (1985): «Las páteras, en caracteres latinos, de Tiermes y un plato de bronce, con inscripción ibérica, encontrado en Gruissan», en *Symbolae L. Mitxelena Oblatae*, I, *Anejos de Veleia*, 1, Vitoria, págs. 455-462.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1930): «La «villa» romana de Cuevas de Soria», *Investigación y Progreso*, IV, 7 y 8 págs. 78-80.
- (1934): «Vías romanas del Alto Duero», *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Homenaje a Mérida*, II, págs. 257-278.
- (1941): *Carta arqueológica de España*, Soria, Madrid.
- TORRES CARRO, M. (1989): «Algunas reflexiones sobre los mosaicos sorianos», *II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria.
- TOVIO SARNAGO, S. (1975): «Nota sobre un resto arqueológico en Borobia (Soria)», en *Miscelánea arqueológica. Homenaje a Antonio Beltrán*, Zaragoza, págs. 151-158.
- VIDAL BARDAN, J.M. (1982): «Sobre la posible localización de las cecas ibéricas de la Celtiberia», *Arevacon*, 6-7, págs. 14-15.

- (1984): «Las cecas ibéricas de la Celtiberia y su posible localización geográfica», *1.º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, págs., 295-304.
- VIDAL BARDAN, J.M. y CASA MARTINEZ, C. de la (1985): «Catálogo de la moneda antigua del Museo Numantino de Soria», *Acta Numismática*, 15, págs. 77-95.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*, BPH, IV, Madrid.
- (1983): *Excavaciones en Numancia. Campaña de 1963*, *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 5, Valladolid.
- WIEGELS, R. (1985): *Die Tribusinschriften des römischen Hispanien*, *Madriider Forschungen*, 13, Berlín.
- ZOZAYA, J. (1970): «Acerca del posible poblamiento medieval de Numancia», *Celtiberia*, 40, págs. 209-218.
- (1988): «Evolución de un yacimiento: el castillo de Gormaz (Soria)», *Castrum 3. Guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au Moyen Age. Coloque, Collection de l'Ecole Française de Rome*, 105, *Publications de la Casa de Velazquez. Serie Archéologie*, fas. XX, Madrid, 1985, París, págs. 173-178.

LAS VILLAS ROMANAS EN LA PROVINCIA DE SORIA: ESTADO DE LA CUESTION

M. MARINE*

* Museo Provincial de Avila.

El análisis de cualquier aspecto de arqueología y de Historia soriana tiene la ventaja, respecto a otros realizables en otras provincias españolas, de la coherencia de los límites que le adjudicó la división administrativa decimonónica: el bloque del nacimiento y primer cuarto de recorrido del río Duero tuvo la suficiente entidad —o cantidad— como para que no se le pretendieran adicionar tierras de otras características, en aras de la igualdad de oportunidades naturales o geográficas que la justicia distributiva de Javier de Burgos preconizaba para las distintas provincias.

Con ello se logra que la aplicación retroactiva de la circunscripción provincial no vicie, ya de raíz, los posibles resultados del estudio, haciéndole incluir realidades completamente dispares, o prescindir de otras que deberían ser consideradas, por sus circunstancias objetivas. La actual provincia de Soria tiene la cohesión de la cuenca del Duero que, en su doble camino, llega a alcanzar las características de «valle del Duero», aunque en altura: 900/1.000 metros. Además, los numerosos afluentes de este tramo están íntegramente comprendidos en ella. El único añadido ajeno es la cuña del valle del Ebro, con la inclusión del primer Jalón: A esta excepcional unidad se ha llegado porque la demarcación de Soria no se realizó por adición de elementos, sino por recortes de un territorio histórico y tradicional más amplio, en una evolución que ha resumido de manera muy gráfica Clemente Sáenz en lo que respecta a la Edad Media (Sáenz, 1985).

Además de la coincidencia con límites naturales, invariables para los tiempos de ocupación humana, Soria tiene otras ventajas para estudiarla como una unidad en época romana, sobre todo imperial. Por un lado, toda ella puede incluirse en una circunscripción administrativa, el «conventus cluniensis»; y, por otro, la población autóctona que la ocupaba, sobre la que obró el proceso de romanización presentaba, a pesar de ser pueblos distintos, unos rasgos de similitud que apreciaron los propios romanos adjudicándole un único nombre —«celtíberos»—, nombre que, como es lógico, no se aplicaba sólo a los prerromanos sorianos, —y valga esta chirriante denominación—, pero sí a todos ellos.

VILLAS ROMANAS. TERMINOLOGIA

«Villa», en latín, es una casa en el campo, una vivienda aislada, en contraposición a núcleo de población —aunque, posteriormente, en las lenguas románicas, pase a significar todo lo contrario—.

Pero la casa no es sólo vivienda, sino centro de explotación agropecuaria; por eso no existe ninguna en terreno no fértil, aunque sea habitable. Su justificación es económica, y no de segunda vivienda o estacional, lo que no excluye que, de hechos, se aproveche como alternativa a la vida ciudadana, que se supone incómoda y obligatoria, frente al ocio bucólico. Los romanos, como sucede en toda cultura urbana, tenían idealizada la vida campesina y consideraban un descanso el trabajo de la tierra —voluntario, claro—, tanto directo como de supervisión, al igual que la caza y la pesca.

Los dos componentes de la villa son, por tanto, un terreno que cultivar y una casa que se levanta en él para vivienda de los que lo trabajan, e incluso para el dueño, que puede habitarla de forma esporádica o permanente. Quedan excluidas las factorías de explotación sin habitación, y las casas sin explotación del terreno, sólo de recreo o retiro.

La amplitud del término resultante viene dada porque ya no se puede acotar más: todas las dependencias necesarias para el trabajo, el almacenamiento, la cría de animales, el primer tratamiento de los productos, el servicio de los que la habitan y sus propias habitaciones, forman parte de la villa, y «son» villa, recibiendo este nombre actualmente tanto todo el conjunto como cada uno de sus elementos.

La aplicación de las teorías que elaboraron para los alrededores de Roma, para romanos e itálicos, los tratadistas de arquitectura y agricultura, al resto de las provincias y a sus habitantes es posible por la unificada superestructura que legitima el Imperio. Las aspiraciones de vivir de una determinada manera son comunes, y común es también el medio para lograrlas: de ahí resulta la sistemática repetición de un tipo constructivo y de una forma de trabajo agrícola, y no de la aplicación de un modelo oficial.

Sí puede tener mayor importancia el desfase cronológico entre la documentación literaria —básicamente altoimperial— y la realidad arqueológica de cada villa; por eso no hay que empeñarse en adjudicar a cada recinto un fin según un esquema establecido siglos antes, por ejemplo. Una vez más, las frecuentes analogías y coincidencias son funcionales o miméticas, y no imposiciones teóricas.

LAS VILLAS ROMANAS DE SORIA

Científicamente, este tipo de asentamientos ha dado lugar, en la provincia de Soria, a todos los pasos o fases pensables. En todos ellos, participó en alguna forma Teógenes Ortego, lo cual es muy significativo y digno de ser recordado

en este Homenaje que se le dedica, por reflejar un aspecto más de su total dedicación a la arqueología soriana, y lo mucho que éste le debe, más allá de sus meras obligaciones como Comisario de arqueología, en tiempos.

Efectivamente, las villas en Soria —en número variable: todas las posibles / las conocidas / algunas / tres concretas—, han sido localizadas; excavadas; estudiado especialmente alguno de sus elementos; integradas en el análisis general de villas hispanas, en el de aspectos económicos, políticos y humanos del valle del Duero, y en el de romanización de la Península; y, finalmente, reconducidas en su interpretación provincial en la «Historia de Soria», publicada en 1985.

Administrativamente, también han pasado por todas las fases posibles —y también en cantidad e intensidad distinta—: las hay prospectadas; excavadas; restauradas, consolidadas, tapadas intencionadamente o por el paso del tiempo; declaradas Monumento o incoado su expediente; preparadas para su visita; e incluso se ha intentado, sin éxito, dotar a alguna de museo in situ. Como es lógico en estas actuaciones —en cuántas y en cómo— incide decisivamente la propiedad del yacimiento: particulares, comunales, Ayuntamientos, Diputación, públicas o Estatales y su poseedor los mismos propietarios, Montes, antiguo Icona, Confederación Hidrográfica—, ya que repercute en un tratamiento diferenciador, según las posibilidades y el interés de cada uno.

También, por supuesto, ha habido destrucciones totales o parciales, intencionadas o casuales —la adopción de la vertedera para arar con tractor ha ampliado el número de villas conocidas, por remover la tierra a mayor profundidad que el arado tradicional, pero también ha desbaratado muchas habitaciones. Lo que no se da tanto en ellas es el saqueo clandestino, y —supongo— no por falta de ganas, sino porque suelen ser poco rentables: por un lado, hay muchas probabilidades de encontrar sólo fragmentos, y escasos, de lo que sea, con nulo valor en el mercado; y, por otro, en la misma provincia abundan ofertas —?— alternativas más interesantes a estos efectos.

Actualmente, se tiende a restringir las excavaciones sistemáticas en villas, porque también para la Administración resultan caras y lentas: son, por definición, yacimientos muy extensos, que exigen más inversión para obtener datos significativos que otros puntuales —un dolmen, por ejemplo—, o con estructuras trasladables o sin ellas, lo que permite el vaciado del terreno —una necrópolis—, u ocupados largamente —una ciudad—. Además, si están pavimentadas con mosaicos, la excavación queda, por lo general, paralizada en ese sector, porque su tratamiento implica la concurrencia de profesionales especializados, con un fuerte gasto complementario. Esto es así en una provincia como Soria, y para una fuente de financiación como la Junta de Castilla y León, que ya cuenta a lo largo del Duero con algunas villas muy documentadas —las sorianas, sin ir más lejos—. A cambio, se potencian las prospecciones por los más distintos medios, porque, dadas las características de las villas en su faceta señorial, pueden llegar a proporcionar casi tanta información como una excavación, y sin los inconvenientes señalados.

Siguen faltando, por tanto, los estudios de aspectos domésticos y de explotación del entorno, para lo que sí es rentable e imprescindible la excavación arqueológica.

A. PROSPECCIONES

En 1941 se publicó ya la Carta Arqueológica de Soria, debida al meritorio esfuerzo de Blas Taracena. Meritorio no sólo por el cúmulo de información que reúne, sino por ser pionera en España de este tipo de catálogos. En ella aparece un listado de 40 villas romanas —en un total de 190 yacimientos— con distinto grado de certeza en la identificación (Taracena, 1941), aunque, como ya se ha destacado (Ruíz Zapatero, 1989), la comprobación personal de Taracena en más de la mitad de los lugares reseñados, es garantía de objetividad de la información y de unidad de criterio clasificatorio. Por eso, a pesar de los casi cincuenta años transcurridos, sigue siendo muy válida y punto obligado de referencia para cualquier interpretación arqueológica de Soria.

A ella se han ido añadiendo hasta esta década los resultados de prospecciones parciales, en una zona determinada, derivada del análisis del entorno que se suele hacer para comprender mejor un yacimiento concreto: Ortego en la cuenca del Ucero y cercanías de Uxama (Ortego, 1944, 1979 y 1985); García Merino también en los alrededores de Uxama y Gormaz (García Merino, 1967, 1973 y 1977), en la zona más cercana al Duero; y los hermanos Romero Carnicero (Romero Carnicero, 1976), para fijar el trazado de la vía Numancia-Augustóbriga.

Este es el estado recogido por Gorges en 1979. Localiza, sólo por fuentes bibliográficas pero presuntamente exhaustivas, 49 villas, que en realidad son 50, porque considera como sólo una la de «Pozo de Jaray» en Ucero y la de «La Cruz del Santo» en Sotos del Burgo, superponiendo la localización y los datos de ambas (ver fig. 1). Para ellas, como para el resto de la Península, establece una tabla clasificatoria en tres grados, según la fiabilidad que otorga a cada noticia, resultando 4 seguras, 16 probables y 29 (30) posibles (Gorges, 1979). El primer grupo lo forman las tres excavadas ampliamente en esa fecha y la de Ucero; el segundo, las que presentan «vestigios», restos constructivos o musivarios; y el tercero, aquéllas de las que sólo se tienen indicios, materiales romanos junto con una ubicación apropiada, o de las que sólo se menciona su existencia.

En 1985 se inicia la publicación de una nueva Carta Arqueológica, financiada por la Excma. Diputación, en relación con las campañas de prospección del Colegio Universitario, de la que aparecen dos tomos: «Tierra de Gómara» (Borobio, 1985) y «Campo de Almazán» (Revilla, 1985). Con ellos, aumenta sensiblemente el número de posibles villas romanas, dado el rastreo concentrado y exhaustivo del terreno y los criterios de identificación, que adoptan el término en su sentido más amplio, considerando como tales villas las ocupaciones romanas que no conserven rasgos característicos de ser otra cosa —ciudad, campamento, necrópolis— (ver fig. 2).

Se trata de dos zonas consideradas tradicionalmente casi vacías de asentamientos romanos, con sólo tres lugares coincidentes con el catálogo de Taracena. La comprobación de estos tres datos ha dado resultados divergentes: se ha confirmado la localización de la villa de «Los Villares» en Sauquillo de Boñices y la de «Hoyo de Abajo» en Ciadueña, donde, tras más de setenta años transcurridos, se siguen encontrando teselas blancas y negras del mosaico destruido a principios de siglo. En cambio, se ha descartado la de «La Fuentecilla» en Escobosa de Almazán, por no existir ni el lugar ni las tejas que señaló Taracena.

Actualmente está en marcha la elaboración de un nuevo Inventario Arqueológico de la provincia, a cargo de la Junta de Castilla y León, que ha empezado por incidir principalmente en las zonas de las que se conoce menos. Es indudable que cuando se remate, el catálogo de villas conocidas se incrementará considerablemente.

Características:

El análisis de los rasgos que han permitido que estos yacimientos hayan sido identificados por sus prospectores como villas romanas, viene a suponer un listado de elementos que, a modo de plantilla, convierte en tales todos los asentamientos que se ajusten al modelo.

Como es lógico, los hay definitorios de por sí, aunque sean raros y escasos, —mosaicos, «bessales» o ladrillos de hipocaustum, estuco pintado—, y los hay que, si concurren, permiten empezar a pensar en una hipótesis de villa: ubicación relacionada con un río o regato —casi un 100% de los puntos reflejados en los mapas de dispersión—, en terreno fértil, sobre todo de cereal, restos de terra sigillata —imprescindible, pero no suficiente por sí solo—, fragmentos de tejas —más significativa si es plana o «tegulae»—, y cualquier otro tipo de cerámica romana, aunque no sea exclusiva —pintada, común, paredes finas—. Estadísticamente, cuando coinciden dos o tres datos de éstos, ya se define como villa.

No importa tanto la existencia o no de piedras de mampostería constructiva, ni que se intuyan o no alineaciones de muros. Tampoco es vital la presencia de materiales no cerámicos como los de vidrio, bronce, hueso, monedas, etc..., aunque si existen, apoyan la identificación.

En cuanto a la toponimia, que puede mantener inalterable el recuerdo de una realidad perdida, no es tan coincidente como se supone, aunque sí hay nombres que se repiten y que constituyen un argumento más, análogo a un determinado material. El más abundante, con diferencia, es el de «Villar» o «Villares»; le sigue el grupo de los derivados de teja —«Tejar», «Tejares», «Tejera»—; y, finalmente, los que plasman la cercanía del agua —«Fuente», «Dehesa», «Huerta», «Molino»—. El resto, más de la mitad de los lugares localizados, presentan un nombre único y sin ninguna relación con la villa que subyace en ellos.

Cronológicamente, las fechas que los distintos investigadores les adjudican según los materiales encontrados, abarcan todo el Imperio, del siglo I al V, con una clara tendencia a encuadrarlas en los siglos I y II cuando los hallazgos son escasos, dado que, proporcionalmente, los altoimperiales resultan más significativos.

B. EXCAVACIONES

De todo el elenco de villas conocidas han sido excavadas, en lo que se me alcanza y hasta el momento, ocho. Para calibrar bien este número, hay que especificar que son excavaciones publicadas como tales, y recordar la dificultad para distinguir estas actuaciones, cuando no son sistemáticas, en la bibliografía de Taracena y Ortego (ver fig. 3).

En cualquier caso, si no son todas, sí son las más importantes y además, curiosamente, reflejan las distintas vicisitudes por las que puede pasar un yacimiento, sea por el medio por el que es conocido, el motivo de la intervención arqueológica, o por su final, su estado actual.

Para la actualización —y a veces conocimiento— de los datos que siguen, me han sido preciosas las noticias de J.J. Fernández Moreno, Arqueólogo Territorial, y J.L. Argente Oliver, Director del Museo Numantino. Desde aquí les reitero mi agradecimiento por su eficaz colaboración.

Así, como excavaciones mínimas, asimilables a prospecciones por su intención de definir el yacimiento, sin posteriores consecuencias, se incluyen las de la villa de «El Quintanar» en Bayubas de Abajo y la de «La Dehesa» de Agreda. La primera se llevó a cabo tras su identificación de forma inmediata y casi simultánea, en aras de una adscripción más exacta (1963); y la segunda tras un hallazgo casual, debido a una obra (1980). Ambas se taparon después de su análisis, con lo que sus lugares recuperaron su finalidad habitual: labrantío y parque público, respectivamente.

Entre las excavaciones sistemáticas de villas que no abarcan toda su estructura, sea porque nunca se pretendió tal cosa o porque no se ha conseguido su continuidad, hay dos que inciden en yacimientos ya localizados: «Cerro de San Pedro» en Valdanzo (1976) y «Pozo de Jaray-San Matín» de Uceró (1980-1982). La primera se excavó ante la evidencia de destrucción de los mosaicos al arar la tierra que los cubría. La segunda, que, como se verá, se presta a confusiones de identificación y ubicación, se excavó por hallarse en un nivel superior, y adyacente, a una necrópolis celtibérica en estudio.

Ambas han sido tapadas y reexplotadas agrícolamente en su caso, aunque para una mayor protección —de todo el yacimiento, no sólo la villa, cuya importancia se puede considerar subsidiaria—; la de Uceró tiene incoada su declaración de Monumento (B.O.E. 26-I-81). También una excavación sistemática parcial se ha realizado en la villa de la «Huerta del río» en Tarancueña (1979 y 1982), cuya existencia sólo había sido barruntada por un hallazgo aislado y casual. La excavación tuvo por objeto la villa en sí; de forma simultánea, se consolidaron las estructuras que iban apareciendo. Tiene incoada declaración de Monumento (B.O.E. 26-I-81). Estos restos in situ son visibles actualmente en lo que permite la caída natural de la tierra desde los perfiles.

Las excavaciones totales sistemáticas son las que han permitido conocer el desarrollo constructivo de un conjunto importante de cada villa, así como la vida que tuvo lugar en ella. Se consideran «totales» porque cierran la investigación, a pesar de que en el momento de dar por terminado el estudio, se sabía de la existencia «de más restos», no tocados por estar aislados o por considerarse menos trascendentes.

Integran este grupo la villa de la Dehesa de Cuevas de Soria —excavada a continuación de su localización—, «los Quintanares» de Rioseco de Soria y la de «Los Villares» de Santervás del Burgo —excavadas décadas más tarde—. Es decir, el trío habitual de villas romanas sorianas que se tienen en cuenta tanto en los estudios sobre ocupación romana de la Meseta y Península como en los de villas hispanas, debido —como es lógico y precisamente— a su importancia intrínseca, a la exhaustividad de su análisis, y a la difusión de las publicaciones a que han dado lugar:

Pero, a pesar de la unidad que parecen formar por la tradición de citarlas todas seguidas, sus circunstancias son bien distintas debido a motivos también distintos: la de Cuevas de Soria fue tapada someramente después de la primera

época de excavación (1928-1929), tras realizar una maqueta fidedigna —que en muchas ocasiones se ve reproducida como «vista aérea» de la villa— y extraer y trasladar tres mosaicos al Museo Arqueológico Nacional y al Numantino (San Juan de Duero), Pero, como fue adquirida por la Excm. Diputación Provincial, no recuperó su anterior función de dehesa comunal, sino que, habiendo cercado la zona excavada, se declaró Monumento (Gaceta, 6 de junio de 1930), y se dotó de guarda de vigilancia y de guía de visitas. En los últimos diez años la Diputación ha emprendido su restauración, lo que ha supuesto una limpieza general y particular con drenaje y tratamiento de algunos mosaicos, la recolocación del que estaba en San Juan, una segunda fase de excavación centrada en las zonas no tocadas por la primera, la prospección geofísica de los campos adyacentes para intentar conocer sus límites reales, y, finalmente, el proyecto de cubrirla y canalizar el regato desviado del río para imposibilitar que el agua —filtrada y de lluvia— siga saboteando todas las actuaciones anteriores.

La de Santervás del Burgo se tapó tras su excavación (1954) —previo traslado de algunos mosaicos al Numantino, al parecer—. Fue adquirida por el Ayuntamiento, que este mismo año de 1989, tras un largo período de inactividad, ha subastado su cultivo. Actualmente, por tanto, está arada con promesa por parte del adjudicatario —que pujó con esa loable intención— de no profundizar para no levantar los mosaicos.

Finalmente, la de Rioseco (1974), también tapada después de descubierta, sin remoción de mosaicos y con una cubrición leve con la misma tierra tirada desde las terreras que limitan las habitaciones y zanjas —aún se ven entre los montículos estacas, in situ, de numeración de cuadrículas, amén de esquinazos de muros y un fuste de columna—, no ha sido puesta otra vez en labor. Actualmente, sigue incoado expediente de declaración de Monumento (B.O.E. 26-I-81).

Características:

El Quintanar en Bayubas de Abajo

Prospectada con catas de intervención por Carmen García Merino en 1964 (García Merino, 1967). Se halla situada en una pequeña colina —a unos 900 metros de altura— que se abre al Duero por su flanco meridional; el terreno se dedica al cultivo de cereal, aprovechando el riego del río Bayubas que corre a 100 metros del yacimiento. Se supone que su emplazamiento está relacionado con la cercana Uxama.

Se trabajó en dos sectores, descubriendo en uno de dos redes de habitaciones correspondientes a dos momentos de ocupación, y, en el otro, dos muros perpendiculares de un amplio recinto de la segunda construcción, pavimentado con «opus signinum». Los muros estaban revestidos en parte con estuco pintado. La zona entre ambos sectores pudo tener restos de un «hipocaustum» según noticia del labrador que la limpió de muros, sillares y ladrillos que entorpecían su labor.

La sucesión de los abundantes materiales extraídos, así como el nivel de cenizas que separa la superposición de muros, sitúa la cronología de esta villa de

finales de siglo I a principios del III para su primera construcción y de finales del III al V para la reconstrucción, que responde a una mayor riqueza y que acaba por abandono más o menos ordenado y voluntario.

La Dehesa en Agreda

En 1980, Miguel Angel López Vázquez y Miguel Angel Palomero Sánchez (López Vázquez y Palomero Sánchez, 1981) excavaron cinco catas de prospección, de las que sólo resultaron fértiles tres. Como su nombre indica, está situada en la Dehesa municipal —actualmente chopera—, a la vera del río Queiles, a unos 900 metros de altura.

Se pusieron al descubierto cinco recintos estructurados por muros de mampostería. Sólo una de ellos se pudo delimitar por los cuatro lados, interpretado como un aljibe, ya que es estanco y con pavimento de cemento. El suelo de otra habitación es de teja molida.

Por los escasos materiales hallados se atribuye su construcción y ocupación a los siglos IV y V, con reutilización medieval.

Cerro de San Pedro en Valdanzo

Excavada por José Luis Argente y Alfredo Jimeno en 1976, está situada en la ladera del cerro que da nombre al lugar; con una altura de 900 metros y a orillas del arroyo Valdanzo. El lugar es todo él apto para cereal.

Actualmente es inminente la entrada en prensa de la Memoria de excavaciones, cuyas conclusiones generales, según información adelantada por Argente, son que se trata de una villa tardorromana del siglo IV, de la que sólo se ha investigado una porción, por lo que no se puede conocer su estructura en plano. Se han extraído cuatro pavimentos de mosaico geométrico y polícromo.

Pozo de Jaray - San Martín en Ucero

Esta villa, en su parte de orillas del Ucero —también sobre los 900 metros—, está documentada desde hace justo un siglo. Nicolás Rabal, en su catálogo de Soria (1889), estudia un hallazgo casual y su identificación como una «quinta de recreo» con una parte especialmente dedicada a la pesca. Se extendía en unos 500 metros cuadrados con todas las habitaciones pavimentadas con mosaico, entre los que destacaba uno figurado con el mito de Bellerofonte acabando de matar a la Quimera que, inmediatamente, se perdió. La finca, una vez construida la carretera que motivó el hallazgo, siguió arándose para cereal. El estudio iconográfico del dibujo conservado y de la descripción literaria permite atribuirle una cronología de fines del siglo III o IV, a pesar de las contradicciones existentes entre la fuente gráfica y la narrativa (Balil, 1978).

En 1980, Miguel López acometió la excavación del lugar del que, en el lapso de tiempo transcurrido, había noticias de «hallazgos» musivarios. No se ha publicado

la Memoria correspondiente a la única campaña realizada, pero, de una visita a la misma, recuerdo una sucesión de habitaciones con mosaicos policromos y geométricos protegidos, de la inmediata corriente, por un muro de contención con escalera de acceso al río. Es posible que alguna de las habitaciones fuera la misma que, ante un aviso de destrucción, exhumó Teógenes Ortego en 1967 y que fecha en el siglo V (Blázquez y Ortego, 1983).

Simultáneamente, también en 1980, Ernesto García Soto inició la investigación de la necrópolis celtibérica de San Martín de Ucerro, a poca distancia de la otra excavación. En sucesivas campañas, extendidas en varios sectores, se pusieron de manifiesto restos de unas habitaciones romanas en uno de ellos que, según los abundantes materiales hallados en ellas, corresponden a los siglos IV y V (García-Soto, 1989).

Por el momento, lo más lógico es pensar que ambas construcciones están relacionadas, aunque no se puede determinar cómo. La distancia y la carretera que las separa, inducen aún sin querer, a considerarlas como dos villas, aunque hay que superar esta primera impresión pensando en la amplitud que debían alcanzar las villas con sus edificios anejos.

Huerta del río en Tarancueña

Su primera campaña de excavación la llevó a cabo Víctor Fernández en 1979 (Fernández Martínez, 1979); tres años más tarde Miguel López realizó otra, inédita por el momento, pero con presentación pública de un grupo de sus materiales metálicos en el I Symposium de Arqueología Soriana (1982), aunque sin incluir esta comunicación en el tomo de Actas.

Se halla en una ladera suave, a orillas del río Caracena, en tierra de tradicional cultivo de cereal, sobre los 1.100 metros de altura. Por su localización, cae plenamente en la zona de influencia de Tiermes.

Su excavación, relativamente extensa, según una visita a su segunda campaña, no descubrió la acostumbrada retícula de habitaciones: los muros son escasos y difícil su interpretación —incluso hay un recinto circular que se ha interpretado como palomar, según datos de J.J. Fernández Moreno que participaba en la excavación— con suelo de tierra apisonada y cal. En cambio sí aportó abundantísimos materiales que la adscriben al siglo IV-V, cerámicos, variados utensilios de hierro y un cuenco de T.S.H.T. con monedas bajoimperiales caídas que, por no haber sido ocultado, parece más una «hucha» en uso que un tesoro.

Los Villares en Santervás del Burgo

Excavada en 1954 por Teógenes Ortego (Ortego, 1954-1955, 1961, 1983 y 1985), en una exhaustiva campaña que rápidamente —a las tres semanas, según se especifica en el correspondiente Informe—, puso al descubierto toda su planta. Esta rapidez fue posible gracias a que la capa de tierra que cubría los pavimentos era muy tenue, y a la continua extracción de material de obra de los muros para reutilizarlo en construcciones del vecino municipio, hasta tal punto que algunos suelos quedaban, tras la excavación, más elevados que los restos de muros que los circundaban, ya que sólo existía la huella de cimientos.

Esta villa se levantaba casi en un margen del río Cegos, en un terreno con abundante agua —incluso una laguna—, que permite una importante explotación agrícola, con una altura que se acerca a los 1.000 metros. Su emplazamiento se relaciona con la ciudad de Uxama —a 10 kilómetros—, sobre todo a través de la vía de Clunia.

La edificación se articula alrededor de un gran peristilo rectangular, con conjuntos de dependencias en sus lados, cuya interpretación se hace más difícil por el arrasamiento ya mencionado de las cimentaciones, que impiden distinguir claramente vanos y accesos.

Si pudo Ortego distinguir un núcleo de vida doméstica, cotidiana, se diría: para el dormir, comer y descansar diario, en el ángulo Suroeste, con ocho dependencias articuladas algunas entre sí, sin relación con el patio central. Sus pavimentos a distintos niveles salvados con escalones, son todos de mosaicos geométricos y polícromos, excepto uno de argamasa, y los muros enlucidos con estuco pintado con motivos vegetales.

En el lado Sur; otro núcleo para el aspecto solemne y señorial de la villa, con funciones religiosas y de recibimiento. Son dos cámaras simétricas, de planta intencionadamente rebuscada —casi circular con cuatro hornacinas diametrales y de cruz griega con un brazo doblemente absidado—, con pavimentos excepcionalmente cuidados: mosaico geométrico que enmarca un emblema central con un busto de la diosa Ceres en la primera, y con fragmentos de esculturas de mármol entre su derrumbe.

En la crujía septentrional, diversas dependencias de servicio, y en el ángulo Noroeste otro conjunto en el que pudo delimitar un contenedor, que supuso baño o lagar.

Los materiales relativamente escasos por el desmenuzamiento que supone el laboreo continuado y el contraste de dos facturas en los mosaicos, le permitieron suponer que la villa fue ocupada desde el siglo II, abandonada y destruida parcialmente a mediados del III, reconstruida en el IV y saqueada —y abandonada— a principios del V.

Las dos cámaras del núcleo señorial, inscritas en un rectángulo con el espacio intermedio macizado, excepto dos pequeños receptáculos que marcan el eje de simetría, se suponen cerradas con cúpulas. Este tipo de cubierta, su planta y sus dimensiones, las hacen semejantes al mausoleo de Centcelles, erigido seguramente para el emperador Constante II, muerto en la mitad del siglo IV, con disposición e iconografía paleocristiana. Su paralelismo sirve para interpretarlas de forma radicalmente opuesta. Así, mientras Gorges (Gorges, 1979), rebatiendo hipótesis formuladas hasta el momento, las considera exponente del lujo constructivo heredero y derivado de la arquitectura termal para uso religioso pagano, de donde podría generarse un fin funerario; Fernández Castro no decide entre que sus antecedentes sean los ambientes de recepción o los termales, por falta de argumentos y restos (Fernández Castro, 1982); para Caballero (Caballero, 1984) volviendo a esas hipótesis mencionadas, el modelo de Centcelles podría arrastrar su construcción también al siglo IV, aunque para creencias paganas.

Los Quintanares en Rioseco de Soria

Excavada por Teógenes Ortego en tres campañas desarrolladas en la década de 1965 a 1975, que pusieron de manifiesto una lujosísima construcción, tanto por su complicado desarrollo estructural, como en sus elementos decorativos, e, incluso, funcionales, que ya de antiguo fueron reutilizados para edificaciones posteriores —ermita y rollo jurisdiccional, por ejemplo— (Ortego, 1966, 1968, 1976, 1983 y 1985).

Se ubicaba en una ladera por cuya base próxima discurre el río Sequillo, a una altura aproximada de 1.000 metros, y rodeada de campos de producción cerealística.

Su planta se desarrolla alrededor de dos peristilos que comparten, yuxtapuestos, una de las crujías menores. El oriental está ordenado por el eje de una gran habitación absidata y el occidental por otra de triple ábside.

Treinta de sus dependencias han conservado sus pavimentos, con mosaicos policromos, de esquema geométrico. Una de ellas, la exedra trilobular precisamente, mantiene aún en el hemiciclo occidental un emblema central con el busto de diosa Fortuna, en probable conjunto con otros dos emblemas que han sido destruidos; el espacio central cuadrangular estaba destacado por su pavimento con placas de mármol en disposición geométrica —«opus sectile»—. Por su cuidado, riqueza, iconografía, restos de estuco pintado y molduras de yeso, y su misma estructura, Ortego le supone una función religiosa o de representación.

En el resto de las dependencias no queda tan claro su uso, excepto las de baño del sector Suroeste —sobre hipocaustum y con decoración aplicada en mármol—. También se ha localizado el canal de abastecimiento de agua desde el Noroeste.

Abundan los materiales de todo tipo, incluso restos arquitectónicos —capiteles corintios, placas— en los que se ve la convivencia de lo autóctono con las importaciones de lujo.

La cronología de estos materiales y las referencias más o menos coetáneas de los pavimentos, llevaron a Ortego a considerar que fue edificada a mediados del siglo II, destruida un siglo más tarde, reconstruida a principios del IV y vuelta a destruir en el V, aunque no abandonada del todo, sino con pervivencias visigodas.

Dos conjuntos de materiales han sido objeto de estudios monográficos: la escultura de Saturno, hallada entre cenizas en el peristilo oriental, que, por su fidelidad al modelo helenístico, Balil considera del siglo I —con lo que plantea la hipótesis de que se pueda retrotraer la construcción de la villa a esa fecha (Balil, 1984). Y el tesoro de 65 monedas, semis y quadrantes bajoimperiales, oculto en una de las dependencias domésticas —sin mosaico— de la crujía meridional, en un momento extraño para esta acción —años 366 a 371— dado que no se conoce hechos que la pudieran motivar (López Monteagudo, 1983).

La Dehesa en Cuevas de Soria

Fue descubierta casualmente por un vecino y usuario de la dehesa comunal, que quería levantar en ella un cobertizo. Se sitúa cerca del río Izana, a unos 1.000 metros de altura, en terreno llano y fértil, orientada al Suroeste. Casi inmediata

mente fue excavada por Blas Taracena en 1928 y 1929 (Taracena, 1930), con el criterio imperante entonces de descubrir la mayor cantidad de muros posibles, para poder restituir la planta del edificio. Este resultó ser de desarrollo rectangular; alrededor del peristilo central, con dependencias simétricas a partir del eje de una gran habitación absidal sobresaliente al exterior. En la crujía septentrional, la simetría es total, alternándose tres habitaciones y pasillos de acceso a cada lado del eje mencionado. El lujo constructivo de esta zona se expresa en los ábsides interiores que coronan todas las habitaciones y pasillos, en los escalones internos que elevan la zona del ábside, y en la comunicación de habitaciones y patio a través de los pasillos, para impedir la entrada directa del frío y del calor:

En el resto del edificio conocido, lados oriental y occidental, las dependencias —hasta treinta— son rectangulares interior y exteriormente, aunque ya no guardan simetría, sí se incluyen en dimensiones regulares.

Casi todas las habitaciones —veintidós— están pavimentada con mosaicos polí cromos, de esquema geométrico o motivos vegetales estilizados, en los que no se repite ningún modelo: ni siquiera las galerías del peristilo se consideraron una unidad, presentando cada lado un esquema decorativo distinto.

Se descubrieron en un excepcional buen estado de conservación e integridad, a lo que debió colaborar el hecho de que el lugar fuese dehesa de pasto, no campo de labor, y el haber sido excavada a continuación de su identificación. Esta integridad permite afirmar que no tuvo emblemas figurados, aunque sí presenta medallones centrales con una anagrama uno —¿nombre del propietario?— y con otro símbolo más estilizado en otros tres como marca —o moderno logotipo— de propiedad también, similar a los hierros de marcar ganado actuales.

En el ángulo Sureste, una bañera y pequeñas dependencias elevadas sobre hipocaustum lo identifican como zona de baño de aseo, no deportiva ni de recreo (Mariné, 1984).

Su cronología se extiende por los siglos III y IV, perteneciendo a este último los pavimentos encontrados (Fernández Castro, 1983). Fue abandonado paulatinamente, incluso a lo largo del V; por eso, casi no se han encontrado materiales y menos en buen estado: todos son clasificables como desechos que nadie quiso ni trasladar ni recoger:

El resto del lado Sur quedó sin excavar, así como algunas dependencias del occidental, dado que no presentaban mosaicos. En esta zona he centrado las excavaciones de esta segunda etapa de actuación en la villa, como ya se ha mencionado. Con ellas se ha puesto de manifiesto la existencia de una retícula subyacente de muros, incluso con distinta orientación a la de los ya conocidos, y una construcción unitaria de cubículos rectangulares y semicirculares, simétricos, que hubo que cegar y sanear para impedir las filtraciones en la construcción de la villa superior:

No he logrado averiguar aún la finalidad de esta estructura: sólo que debía ser algo relacionado con fuego y calor: la red de muros inferior está ahumada y toda ella está protegida de las filtraciones de agua por un drenaje de encaño que vierte en el río sin que, por el momento, se sepa desde dónde. El uso de este sector se puede situar entre el 150 y 225.

CONCLUSIONES

La dispersión de las villas conocidas, y de las que presumiblemente se localizarán a medida que la atención de los arqueólogos se fije en zonas más o menos «vírgenes», demuestra que también en el Alto Duero la ocupación real del territorio para la explotación sistemática de los recursos naturales —cereales, sobre todo—, fue total: se trabajaban las mejores tierras y las no tan buenas, aunque hoy día sea más fácil documentarlas en las segundas que en las primeras, proque éstas, selectivamente, han sido también utilizadas en épocas posteriores.

Por definición, faltan villas en las zonas de montaña alta, por encima de los 1.100 metros, porque sus condiciones impiden la agricultura, y mucho más la extensiva, que era la practicada en la época. La localización de asentamientos romanos en esas altitudes, ya no responde a la filosofía de la villa, sino que tiene más que ver con poblados que reutilizan los antiguos castros.

La cronología de las villas excavadas apunta al siglo II como su momento de diseminación o de efectividad, circunstancia que concuerda con el resto del valle del Duero. Y a los siglos III y IV para su auge, para la conversión paulatina en latifundios autosuficientes, que impuso la ruralización del Bajo Imperio ante el fracaso del modelo urbano.

El problema es la datación de los edificios en su última versión, la que se conoce hoy día. Y no tanto en sus aspectos de utillaje, ajuar y decoración, ya que se prestan a renovaciones y cambios —de ahí los materiales tardíos, los pavimentos y mosaicos del siglo IV en adelante—, sino en el constructivo: la revisión actual de la importancia de la crisis del siglo III, como modo de interpretación histórica basada en lo que respecta a la Península, entre otros argumentos, en la destrucción y despoblación de las villas del Duero (Arce, 1988), parece encaminarse a dos conclusiones complementarias: por un lado, se le resta trascendencia, posibilitando la perduración normal de las villas preexistentes, y, por otro, se supone que algunas de ellas se pudieron construir una vez superada, en el siglo IV (Caballero, 1984).

La tipología de las tres villas con planta conocida coincide: las tres pertenecen al grupo de las «áulicas», según Gorges, por desarrollarse alrededor de un patio o peristilo y tener elementos lujosos, tanto en decoración como en planta (Gorges, 1979); y las tres son «residenciales señoriales» para Fernández Castro, a tenor de su clasificación por funciones, y «de peristilo-jardín, rodeado de pórtico», por su estructura (Fernández Castro, 1982).

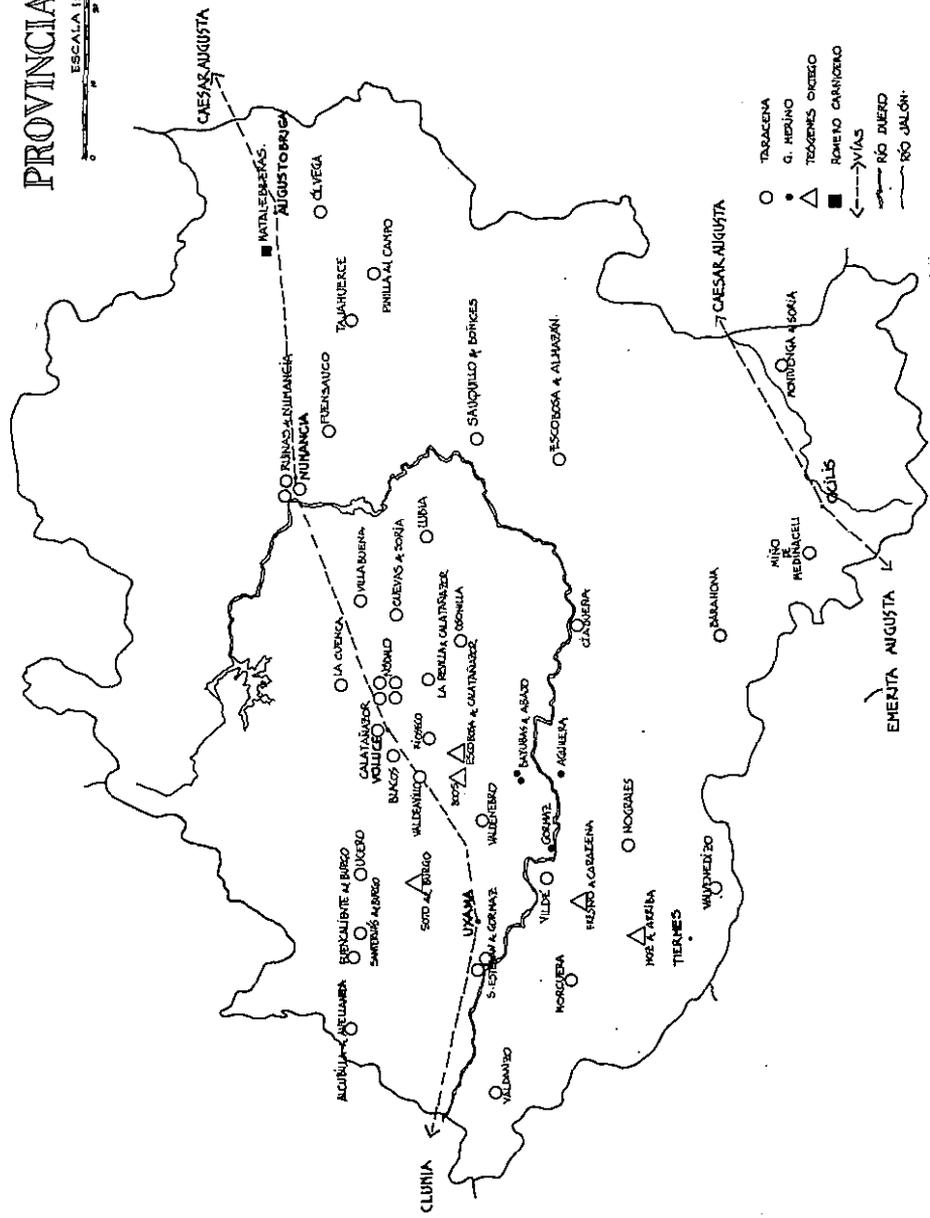
Esta triple analogía no tiene que hacer pensar en un modelo de villa «del primer Duero», sino en la escasa documentación lograda sobre el resto. Escasez que es total para las zonas no señoriales: para las «villas rústicas». Y son precisamente estas zonas las que pueden aportar los datos que faltan, e incluso permitir reinterpretar lo ya conocido.

BIBLIOGRAFIA

- ARCE, J. (1988): «España entre el mundo antiguo y el medieval». Madrid, Taurus, 1988.
- BALIL, A. (1978): «El mosaico de Ucero. Observaciones sobre la iconografía hispánica del mito de Bellerofonte». *Celtiberia*, 56, 1978, págs. 143-152.
- (1984): «Estatua de Saturno hallada en la villa romana de Los Quintanares». I Symposium de Arq. Soriana. Soria, Dip. Prov., 1984, págs. 327-342.
- BLAZQUEZ, J. M.^a y ORTEGO, T. (1983): «Mosaicos romanos de Soria». *Corpus de mosaicos romanos de España*, VI. Madrid, C.S.I.C., 1983.
- BOROBIO, M.^a J. (1985): «Carta arqueológica de Soria. Campo de Gómara». Soria, Dip. Prov., 1985.
- CABALLERO, L. (1984): «Arqueología tardorromana y visigoda en la provincia de Soria». I Symposium de Arq. Soriana. Soria, Dip. Prov., 1984, págs. 435-458.
- FERNANDEZ CASTRO, M.^a C. (1982): «Villas romanas en España». Madrid, M. de C. 1982.
- (1983): «Mosaicos de la villa romana de Cuevas de Soria». En BLAZQUEZ y ORTEGO (1983), págs. 59-79.
- FERNANDEZ MARTINEZ, V. (1980): «Excavaciones en la villa tardorromana de Huerta del Río (Tarancueña, Soria). Campaña de 1979». *Celtiberia*, 60, 1980, págs. 287-289.
- GARCIA MERINO, C. (1967): «Tres yacimientos de época romana inéditos en la provincia de Soria». *BSEAA*, 33, 1967, págs. 167-193.
- (1973): «La evolución del poblamiento en Gormaz (Soria)». *BSEAA*, 39, 1973, págs. 31-69.
- (1977): «Un sepulcro romano turriforme en la Meseta Norte. El yacimiento arqueológico de Vildé (Soria)». *BSEAA*, 43, 1977, págs. 41-60.
- GARCIA-SOTO, E. (1989): «El yacimiento arqueológico de San Martín de Ucero (Soria): excavaciones de 1980 a 1985». En *Diez años de Arqueología Soriana (1978-1988)*. Soria, 1989, págs. 59-68.
- GORGES, J.G. (1979): «Les villes hispano-romaines. Inventaire et problematique archeologiques». París, Bocard, 1979.
- LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1983): «Tesorillo de monedas de la villa de Los Quintanares». En BLAZQUEZ y ORTEGO (1983), págs. 83-87.
- LOPEZ VAZQUEZ, M.A. y PALOMERO SANCHEZ, M.A. (1981): «Prospecciones arqueológicas en la Dehesa de Agreda». *Arevacon*, 2, 1981, págs. 4-6.
- MARINE, M. (1984): «Las «termas» de la villa de Cuevas de Soria». I Symposium de Arq. Soriana. Soria, Dip. Prov., 1984, págs. 403-417.
- ORTEGO, T. (1944): «Por tierras de Uxama. Hallazos recientes de época romana». *AEA*, 18, 1944, págs. 413-418.

- (1954-55): «Excavaciones en la villa romana de Santervás del Burgo (Soria)». NAH, III y IV, 1954-55, págs. 159-194.
- (1961): «La villa romana de Santervás del Burgo». Celtiberia, 22, 1961, págs. 183-202.
- (1967-68): «Memoria de las excavaciones en la villa romana de Los Quintanares en el término de Rioseco de Soria». NAH, X-XII, 1966-68, págs. 235-242.
- (1976): «Excavaciones arqueológicas realizadas en la villa romana de Los Quintanares en Rioseco de Soria». NAH Arq. 4, 1976, págs. 359-376.
- (1985): «Edad Antigua». En PEREZ-RIOJA, J.A.: «Historia de Soria». Soria, C.E.S., 1985, págs. 125-208.
- REVILLA, M.^a L. (1985): «Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán». Soria, Dip. Prov., 1985.
- ROMERO CARNICERO, M.^a V. y F. y GABRIEL SOLANILLA, A. (1976): «Yacimiento arqueológico en Matalabreras (Soria). La villa romana de El Palomar». Celtiberia, 51, 1976, págs. 25-34.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1989): «100 años de arqueología soriana». En Diez años de arqueología soriana, (1978-1988). Soria, 1989, págs. 9-21.
- SAENZ RIDRUEJO, C. (1985): «Edad Media». En PEREZ RIOJA, J.A.: «Historia de Soria». Soria. C.E.S., 1985, págs. 217-268.
- TARACENA, B. (1930): «La villa romana de Cuevas de Soria». Investigación y Progreso, IV, 1930, págs. 78-80.
- (1941): «Carta arqueológica de España: Soria». Madrid, C.S.I.C., 1941.

PROVINCIA DE SORIA



- TARACENA
- G. HERINO
- △ TEGONES ONTEGO
- BOMBO CARRIZENO
- ← VÍAS
- RÍO NUEVO
- RÍO JALÓN

FIG. 1.—Villas romanas conocidas en 1979.

PROVINCIA DE SORIA

■ CALA 1:400.000
 0 10 20 30 40 KM

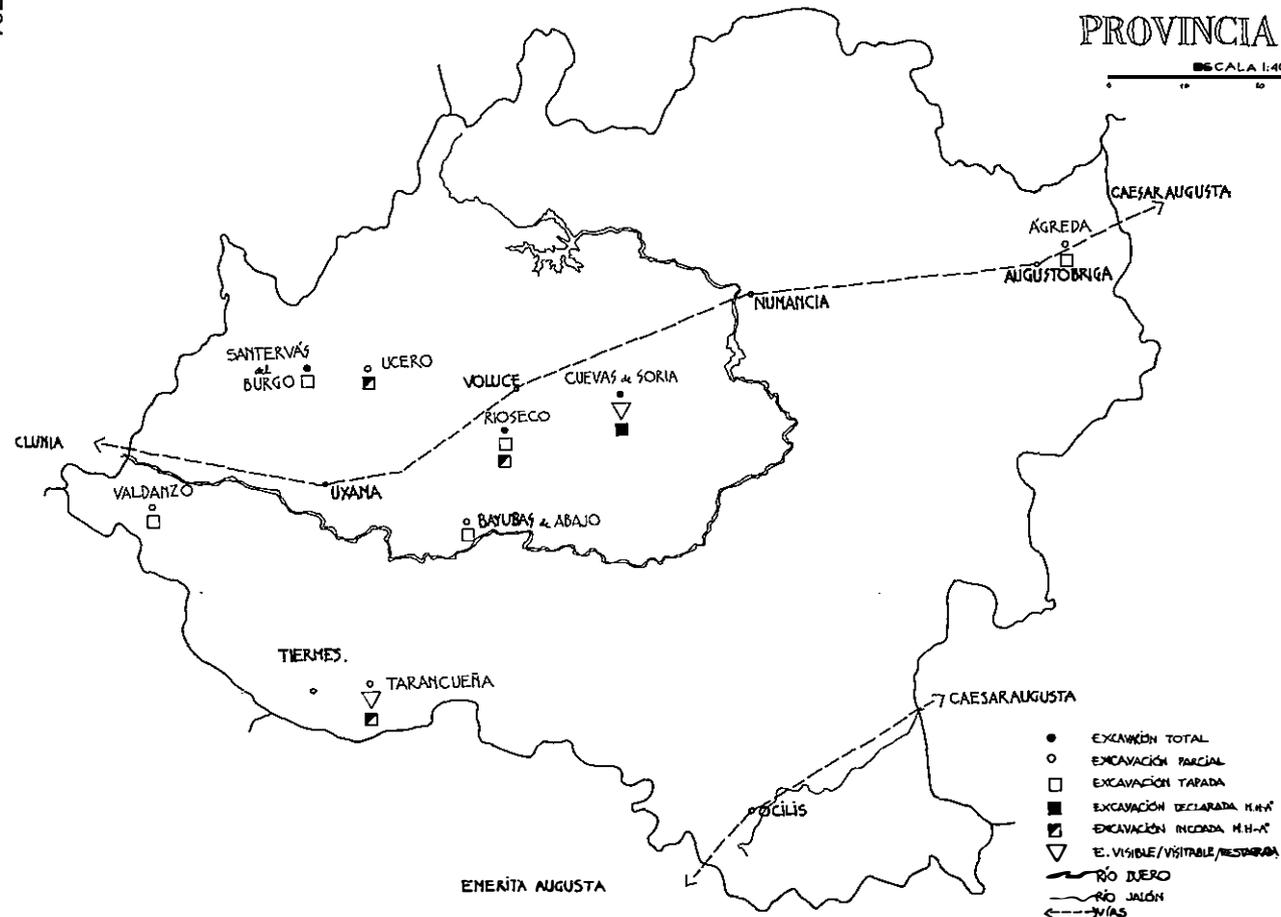


FIG. 3.—Villas romanas excavadas hasta 1989.

COMUNICACIONES

**PRIMEROS RESULTADOS DE LAS EXCAVACIONES
REALIZADAS EN MEDINACELI
CAMPAÑAS 1986-1989**

M.^a J. BOROBIO SOTO
F. MORALES HERNANDEZ
A.C. PASCUAL DIEZ

INTRODUCCION

En 1985 presentamos a la Junta de Castilla y León un Proyecto de trabajo a corto, medio y largo plazo, encaminado tanto a proteger el Patrimonio Histórico-Arqueológico, como a estudiar el asentamiento de Medinaceli en su conjunto.

El proyecto se hacía más necesario al tratarse de un núcleo urbano, dinámico, en el que se realizan múltiples actuaciones en el subsuelo (pavimentaciones, alcantarillado, cimentaciones, etc.) que ponen en peligro y alteran los restos arqueológicos¹.

Exceptuando las excavaciones arqueológicas realizadas por J.R. Mélida (1924-25) en la «Villa Vieja» y la actual Medinaceli², hasta 1985 sólo contamos con actuaciones arqueológicas esporádicas e inconexas unidas a Proyectos de Restauración como las efectuadas en un tramo de la muralla por J. Zozaya (1970-71), en el Convento de San Román por C. de la Casa (1980) y en el entorno del Arco Romano por M. Mariné (1981), o la excavación de urgencia efectuada en un inmueble de la calle San Gil por C. Núñez y J.J. Fernández (1984-85).

Para llevar a cabo este proyecto, el equipo de arqueólogos programó dos formas de actuación: campañas anuales centradas en aquellas zonas en las que en un futuro próximo se iba a intervenir, de ahí las excavaciones en la Plaza de Santiuste, Plaza del Carmen y Plaza Mayor; y seguimientos arqueológicos de las obras públicas y privadas que conllevaran remoción del terreno, como las efectuadas en la cama del mosaico de la calle San Gil, en el entorno del Arco Romano, en las obras de conducción de luz, teléfono, pavimentación y en diferentes inmuebles de la villa.

RESULTADOS. CAMPAÑAS 86-89

Las diferentes actuaciones arqueológicas efectuadas unidas a la documentación nos permiten apuntar que el cerro de Medinaceli presenta gran actividad

(1) BOROBIO, M.ª J.; MORALES, F. y PASCUAL, A.C.: Diez años de arqueología soriana (1978-1988), Soria 1989, págs. 97 y ss.

(2) MELIDA, J.R.: Ocilis (Medinaceli). Memoria de las excavaciones practicadas en 1924-25, J.S.E.A., n.º 82.

histórica desde los primeros momentos de nuestra Era haciéndose más patente en los periodos romano y medieval como queda puesto de manifiesto por los restos arqueológicos localizados.

El poblamiento prehistórico de Medinaceli es difícil de precisar ya que los restos no son abundantes ni lo suficientemente representativos para asegurarlo, no obstante, tenemos algunos fragmentos de material lítico y cerámica a mano recogidos en la Plaza Mayor, entorno del Arco y en un tramo de la muralla.

Del momento celtibérico contamos con escasos fragmentos de cerámica de clara tipología celtibérica y un denario con la leyenda —Sekobirices— recogidos en la Plaza Mayor a lo que hay que unir los datos aportados por Zozaya en su informe sobre la excavación realizada en un tramo de muralla.

Es en época romana cuando observamos una mayor abundancia de restos arqueológicos que nos permiten aportar datos más precisos sobre esta etapa. La ocupación se produce en época Alto-Imperial a juzgar por los restos constructivos excavados y el material arqueológico recogido.

Dentro de los restos constructivos tenemos que hacer mención de una serie de pavimentos totalmente lisos, que presentan superficie uniforme, pulimentada, en la que se han insertado fragmentos irregulares de calizas, en ocasiones de varios colores³ y otros pavimentos de barro endurecido. (Fig. 1).

Estos restos constructivos no debemos analizarlos aislados sino que hay que ponerlos en relación con el resto del material entre los que destacamos fragmentos de cerámica «tipo Clunia» con diferentes motivos, cerámica de paredes finas, terra sigillata, algunos de ellos con sigillum, marmoratas, monedas de Claudio y Trajano, etc., lo que nos está indicando una cronología Alto-Imperial. (Fig. 2).

Esta ocupación se va a mantener en época Bajo-Imperial como queda patente en los restos constructivos documentados en la Plaza Mayor; donde observamos una superposición de estructuras de las dos épocas del Imperio. Se han localizado varias habitaciones, una de ellas pavimentada con «opus tessellatum» que tanto por su composición como por los motivos representados podemos incluirlo en este momento, además de abundantes fragmentos de pintura mural y molduras. (Fig. 1).

A esto tenemos que unir los diferentes fragmentos de cerámica sigillata, común, y monedas que nos apuntan esta cronología.

Por todo ello, podemos decir que, al menos, hacia la mitad del siglo I d.C. tenemos atestiguada ya la presencia romana en el cerro, cuyo poblamiento se va a prolongar hasta el siglo IV ó V d.C., aunque será durante el Alto-Imperio cuando presente mayor actividad.

En época medieval hay que diferenciar un momento árabe y otro cristiano: al primero corresponden algunos restos constructivos encontrados en la Plaza del Carmen, una cimentación realizada con un aparejo de tizones regularmente dispuestos y unidos con cal⁴ y en la Plaza Mayor diferentes dependencias, la mayor

(3) FERNANDEZ-GALIANO, D.: Mosaicos romanos del Convento Caesaraugustano, Zaragoza, 1987, págs. 148-149.

(4) ESCO, C. y SENA, P.: La muralla islámica de Huesca. Actas II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1987, vol. II, págs. 589-601.

parte de ellas reutilizadas en momentos posteriores, destacando un muro de «opus spicatum» o de espiguilla de clara tipología árabe⁵. Apoyando esta ocupación hay que mencionar la gran cantidad de fragmentos de cerámica y monedas correspondientes a este momento.

A la etapa medieval cristiana se pueden atribuir los restos constructivos encontrados en la Plaza Mayor correspondientes a varias estancias revestidas de un enlucido de yeso o cal, alguna de las cuales conserva la impronta de los dedos, para conseguir un suelo se ha rebajado y alisado la roca natural, lo que unido a las escaleras de fábrica nos está hablando de habitaciones correspondientes a sótanos. En este conjunto hay que incluir dos silos circulares, uno con reboque, que en el momento de la excavación cumplían función de basureros. Todo ello nos está indicando que se trata de una zona de servicios dedicada al almacenaje. Junto a estos restos tenemos abundantes fragmentos de cerámica medieval.

En la etapa medieval cristiana hay documentadas cuatro necrópolis, todas ellas con características similares: tumbas de lajas de forma rectangular; orientadas de W-E, con el esqueleto en posición decúbito supino, brazos cruzados sobre el pecho o cadera. Sin restos de ajuar. Mención especial merecen las tumbas de la Plaza del Carmen por conservar «in situ» una piedra a modo de estela. Cronológicamente podemos situarlas en torno a los siglos XII-XIII.

Dentro de todo el conjunto y dado el carácter del Symposium queremos destacar, por su especial interés, los pavimentos de «opus tessellatum» hallados en la Villa.

MOSAICO PLAZA MAYOR

Dentro de las habitaciones excavadas en la Plaza Mayor, destaca una pavimentada con «opus tessellatum». Su longitud es de 10 m. y su anchura de 7,50 m. Queda delimitada en todos sus lados por muros de fábrica romana, alterados en ocasiones por obras posteriores. En su lado W se encuentra la puerta de unos 3 m. de longitud, cuyas esquinas redondeadas conservan el estuco del zócalo en color rojo.

El mosaico se encuentra bastante deteriorado debido a varias causas: un muro de fábrica medieval lo corta en dirección N-S; una zanja de conducción de agua de unos 40 cms. de anchura lo atraviesa NW-SE; restos de troncos de raíces de acacias que ocupaban, antes de los jardines, el paseo central de la plaza y por cajetines de cemento y hierro, correspondientes a una obra actual, cuya función era sujetar la plaza de toros portátil instalada para la celebración de la fiesta del «Toro Jubilo». Precisamente al llevar a cabo esta obra aparecieron teselas, lo que hizo que se planificara la excavación arqueológica dado el estado de deterioro al que estaba sometido.

(5) ZOZAYA, J.: El proceso de islamización en la provincia de Soria. I Symposium de Arqueología Soriana, Diputación Provincial, págs. 483-496.

Las teselas, toscamente elaboradas, son de tamaño grande considerando la finura que normalmente requieren los motivos figurados ya que sus medidas oscilan entre los 9-10 mm. para los motivos geométricos y los 10-20 mm. para alguno de los figurados, concretamente en el panel de animales afrontados.

Para completar su análisis se ha realizado un estudio petrológico de las mismas, se tomaron muestras de teselas de todos los colores: blanco, gris, rojo, verde, negro, amarillo y granate, excepto de las rosas de las que se ha prescindido por no perjudicar al mosaico.

Su color se ha definido mediante un método comparativo con la Rack-color Chart; de cada una de ellas se ha realizado una sección transparente de aproximadamente 0,03 mm., para su posterior estudio mediante el microscopio petrográfico de polarización⁶.

Descripción:

Los motivos, realizados sobre fondo blanco, se disponen en «U» de la siguiente manera: un panel figurado formado por la diosa Ceres-Abundancia rodeada de cuadrados separados entre sí por cable sencillo que contienen diferentes elementos y junto a él, en su lado W, separado por una línea de teselas en negro, otro panel figurado de animales afrontados, rodeados por motivos geométricos que representan círculos secantes, rectángulos y cuadrados alternantes. La separación de los paneles figurados, y geométricos viene dada en unas zonas por línea de cable sencillo, toscamente ejecutado, y en otras por dos líneas de cable. El mosaico sufrió alguna reparación posterior como se observa en algunas zonas del mismo.

Comenzaremos la descripción por los motivos figurados, por lo que consideramos el motivo central que sería la diosa Ceres-Abundancia, para continuar con el panel de animales afrontados y por último los paneles con motivos geométricos.

MOTIVOS FIGURADOS

—Panel de la diosa Ceres-Abundancia

Formado por la mencionada diosa rodeada de varios cuadrados, marcados por una línea de teselas en negro y separados por cable.

Este motivo queda enmarcado de forma circular, por dos líneas ondulantes entrecruzadas marcadas por una línea de teselas en granate y negro formando vacíos ovalados en blanco. Este motivo se repite de manera concéntrica, quedando unidos, cada dos vacíos, por una línea de teselas de diferentes colores. El busto representa a la diosa Ceres-Abundancia con la cornucopia repleta de frutos,

(6) Para una mayor información el equipo de Arqueólogos, Director de las excavaciones, cuenta con el estudio petrológico de las teselas, realizado por López de Azcona y Mingarro Martín.

coronada por un pequeño pájaro. Cubre su cabeza con corona radiada, adornada con pedrería, destacando la piedra central marcada por un círculo de teselas en verde. Ha desaparecido el rostro, apreciándose parte del cuello y el vestido ricamente decorado, recogido en cada uno de sus hombros por medio de fíbulas circulares, posiblemente esmaltadas, ejecutadas con teselas en granate y blanco.

Así mismo podemos apreciar que portaría otros elementos en gran parte desaparecidos, de los que conservamos parte de un enmangue que arranca de su hombro derecho, del que partirían líneas curvadas marcadas por línea de teselas en granate.

Este motivo está rodeado de cuadrados, los de los ángulos ocupados por cabezas de jóvenes de perfil, representando a los vientos.

En el de su derecha se ha marcado el cuello, perfil del rostro, ojo y pelo mediante una línea de teselas en negro y su interior se ha rellenado de teselas de varios colores, marcando algunas partes de su anatomía.

El de su izquierda también de perfil, sobre fondo blanco, se ha marcado su cuello, rostro, ojo, ceja y pelo mediante línea de teselas en negro y granate, pero su interior; a diferencia del anterior; se ha dejado en blanco y gris marcando, mediante la disposición de las teselas, algunas zonas de su rostro. En los dos se han indicado los soplos mediante un haz de tres líneas que parten de su boca, indicados con teselas en negro.

Aunque sólo conservemos dos, posiblemente estuviesen representados los cuatro. Están separados entre sí por cuadrados, uno ocupado en parte por el motivo semicircular antes descrito y otro con el mismo motivo acompañado de un pequeño animal acuático, posiblemente un delfín.

Este panel quedaría completado en su lado W por seis cuadrados a cada lado, organizados en dos filas de tres, separados por cable.

En la primera encontramos una cratera en el central y delfines afrontados a la misma en los laterales. La cratera presenta boca ovalada, enmarcada como todo su perfil y asas con una línea de teselas en negro. En su interior se han intentado marcar las bandas decorativas, toscamente ejecutadas, con teselas granates, rosas, blancas y amarillas.

Los delfines, con cola terminada en tridente, se han ejecutado con teselas en negro y granate para marcar algunos rasgos.

En la segunda fila de cuadrados, deteriorados en parte por una zanja de conducción de agua, podemos apreciar lo que parece una cratera en el central y felinos en los laterales, remarcando su cuerpo con una línea de teselas en negro, presentan fauces abiertas y para su interior se han utilizado teselas en granate y rosa.

Este esquema se repetiría posiblemente en su lado E, dato que no podemos constatar, ya que se encuentra considerablemente deteriorado por un muro de fábrica medieval y por troncos y raíces de acacias; no obstante, observamos algunos restos de cable separador de los cuadrados, y motivos figurados de difícil identificación, peces y lo que parece un cuadrúpedo.

—Panel de animales afrontados.

Este panel está separado de los cuadrados, anteriormente descritos, por una línea de teselas en negro. Lo forman dos parejas de animales afrontados. En la primera un animal fantástico que presenta cabeza, alas y patas de ave y cuerpo serpentiforme. Su cabeza, vuelta hacia arriba, termina en pico largo y recto marcado por teselas en granate; el cuello está retorcido tomando un aspecto serpentiforme, así como su cola terminada en tridente. Se ha remarcado un ensanchamiento de la parte central de su cuerpo. La separación del cuello y cuerpo viene dada por un línea de teselas en blanco, de donde arrancan sus alas formadas por dos líneas de teselas y por otro trazo más ancho rematado con teselas blancas y granates alternantes. Así mismo observamos que de su cuerpo parten dos patas de ave, terminadas en cuatro uñas colocadas al paso, con la izquierda levantada. Su interior es policromo, en granate, amarillo, verde y negro.

Frente a él tenemos otro animal que presenta cabeza y cuartos delanteros de macho cabrío, marcando el perfil con una línea de tesela negra y, en ocasiones, verde. Como en el motivo anterior las patas se han colocado al paso, con la derecha levantada. Observamos un ligero estrechamiento en su cuerpo sin poder precisar el resto del mismo, aunque por la temática del otro motivo quizá fuese un pez. Para rellenar el interior se han utilizado teselas en blanco, marrón, negro, granate, verde y amarillo.

Teniendo en cuenta las características del panel, estos dos animales estarían afrontados a un elemento que no conservamos dado el deterioro del mismo.

En sentido inverso a los anteriores, encontramos un león y una pantera afrontados a una copa. El león, al paso, con la pata derecha levantada sin llegarla a apoyar en la copa. Se ha resaltado su perfil con una línea de tesela en negro. Sus fauces abiertas dejan ver la lengua dibujada con teselas en rosa. Presenta policromía en su interior; utilizando teselas en negro, blanco, gris, granate, rosa y amarillo y algunas zonas de su cuerpo se han resaltado, como la melena y ciertos rasgos anatómicos, intercalando teselas en negro y gris.

La pantera, en posición rampante, con las patas delanteras levantadas con ademán de acercarlas a la copa. Como el león, presenta fauces abiertas. Frente a la policromía vista en el león, este motivo se ha representado con teselas en negro, gris y blanco.

Están afrontados a una copa, toscamente ejecutada, que presenta amplia boca exvasada, formada por varias líneas de teselas que del interior al exterior presentan los siguientes colores; granate, rosa, blanco, granate. El cuerpo dibujado en negro y granate está separado en dos por una línea de teselas en negro, y la base alargada forma un reticulado desigual alternando teselas en granate y negro.

MOTIVOS GEOMETRICOS

Dentro de los motivos geométricos señalamos dos paneles: uno formado por círculos secantes y otro de cuadrados y rectángulos alternantes. La separación de estos motivos con los figurados no es simétrica ya que en algunas zonas se han hecho con cable y en otras se han superpuesto los paneles.

—Panel de círculos secantes

Se trata de círculos secantes con los espacios intersecantes en negro, las intersecciones de cada círculo, en blanco, generan rectángulos de lado curvilíneos en negro que contienen círculos o cuadrados unos en rojo y otros en amarillo, que encierran respectivamente puntos o cruces en negro.

—Panel de cuadrados y rectángulos alternantes

Sobre fondo blanco, delimitamos por una línea de teselas en verde con cruz central en blanco y en otros marcando sólo la línea de los lados con teselas en verde, y en el centro, sobre fondo blanco, una cruz también en verde.

Este panel está separado del anterior por una cenefa de semicírculos en granate, sobre fondo amarillo y de triángulos en verde, sobre fondo blanco. La delimitación de los paneles geométricos es una cenefa de rectángulos que inscriben rombos, alternando con cuadrados que contienen una cruz en el centro, salvo en la esquina W, rompiendo el esquema decorativo.

ESTUDIO

Las representaciones figuradas de la diosa Ceres-Abundancia no son demasiado frecuentes en los mosaicos romanos. Posiblemente responda a la idea de suplantarse por representaciones alegóricas o simbólicas a las mitológicas⁷. Sin embargo, los paralelos más próximos los encontramos en esta misma provincia, concretamente en la villa romana de «Los Quintanares» de Rioseco de Soria y en la de Santervás del Burgo⁸. Es de lamentar el deterioro que presenta el rostro y que no nos permite hacer un estudio más exhaustivo del motivo, no obstante presenta una serie de elementos a tener en cuenta, como es el tipo de corona radiada y las fíbulas circulares representadas que nos recuerda al uso de este tipo de elementos en época tardorromana.

Igualmente, el tema de los vientos lo encontramos representado en contadas ocasiones, dentro de la provincia en Santervás del Burgo⁹, fuera de ella en mosaicos de Mérida, Córdoba e Itálica¹⁰ y sus nombres los tenemos citados en el mosaico báquico de Baños de Valdearados¹¹.

Escenas de animales afrontados son frecuentes encontrarlos en los mosaicos¹²; dentro de la provincia, en Uxama tenemos grifos afrontados a una cratera¹³. En el caso concreto que nos ocupa está representada una copa custodiada por dos animales guardianes, un león y una pantera.

(7) BLAZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T.: Mosaicos romanos de Soria. C.S.I.C., Madrid, 1983, pág. 16.

(8) *Ibidem*, págs. 16 y ss. y págs. 43 y ss.

(9) *Ibidem*, págs. 45 y ss.

(10) BLANCO, A.: Mosaicos romanos de Mérida, C.S.I.C., Madrid, 1978, págs. 45 y ss.

BLAZQUEZ, J.M.: Mosaicos romanos de Córdoba, Jaén y Málaga. C.S.I.C. Madrid, 1981, pág. 43.

(11) ARGENTE, J.L.: La villa tardorromana de Baños de Valdearados (Burgos), Madrid, E.A.E., 1979, págs. 50 y ss.

(12) FERNANDEZ-GALIANO, D.: *Complutum II. Mosaicos*, E.A.E., Madrid, 1984, págs. 168 y ss.

(13) BALIL, A.: Un mosaico de Uxama. *Celtiberia*, 58, 1979, págs. 267-274.

BLAZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T.: Mosaicos romanos... opus cit. págs. 52 y ss.

No obstante hay que señalar que existe una utilización de distintos modelos para este tipo de representaciones. Dentro de estas variantes y unido al gusto por la utilización de modelos fantásticos debemos encuadrar la escena formada por los otros dos animales, apuntando que el macho cabrío también aparece representado en escenas con cierto carácter báquico¹⁴.

El resto de los motivos que encontramos: cráteras, delfines y geométricos son frecuentes en la musivaria romana¹⁵ y sus paralelos más próximos en la provincia de Soria están en la villa de «Los Quintanares» de Rioseco de Soria y en la de Santervás del Burgo¹⁶.

Por último señalar que este tipo de composición con motivos distribuidos en «U», con cierta tendencia a la sobrecarga, sobre todo en los motivos geométricos, responden al esquema de los mosaicos tardío, lo que unido a los elementos representados permiten situarlo cronológicamente en el siglo IV d.C.

MOSAICO CALLE SAN GIL

Al realizar trabajos de cimentación en un inmueble sito en la calle San Gil, próxima a la Plaza Mayor, apareció un pavimento de «opus tessellatum». Este mosaico ya ha sido objeto de estudio aunque no en su totalidad por lo que era necesario hacer un análisis completo del mismo¹⁷.

Sus dimensiones, conservadas, son de 5,30 por 3,30 metros, queda delimitado por restos de cimentaciones de fábrica romana en tres de sus lados y la puerta, situada al S, mide aproximadamente 1,8 metros. Está interrumpido en la parte W por la cimentación de un muro posterior que queda fechado por el hallazgo de una moneda de los Reyes Católicos y en su lado S por la cimentación de un muro moderno que sirve de separación del inmueble y la calle San Gil. No obstante, y a juzgar por la distribución de los motivos, posiblemente falta otra parte similar a la encontrada.

El color de fondo del mosaico es blanco y las teselas, de piedra caliza, tienen un tamaño uniforme, con una medida aproximada de unos 10 mm. Presenta policromía en colores negro, granate, amarillo, marrón, verde fundamentalmente en los motivos vegetales y figurados y monocromía en los geométricos.

Una vez se produjo el arranque del mismo¹⁸, el equipo de arqueólogos realizó la excavación de la cama aportando los siguientes datos: el mosaico se asentaba sobre una capa de cal, de aproximadamente, 2 cm., debajo de la cual encontramos otra de cal, arena y en su parte inferior fragmentos de piedra caliza

(14) FERNANDEZ-GALIANO, D.: *Complutum...* opus cit., pág. 171.

(15) LANCHA, J.: *Mosaïques géométriques les ateliers de Vienne (Isère)*, Roma, l'Erma di Bretschneider, 1977.

(16) BLAZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T.: *Mosaicos romanos...* opus cit. págs. 31 y ss. y 45 y ss.

(17) Queremos mostrar nuestro agradecimiento a D. Carlos Núñez y D. José-Javier Fernández al poner a nuestra disposición todos los datos aportados por la excavación arqueológica del mosaico.

ORTEGO, T.: *Edad Antigua en Historia de Soria*, C.E.S., Soria, 1985, págs. 165-168.

SANCHO, M.C.: *Gufa de Medinaceli*, 1985.

(18) Su arranque fue efectuado por D. Francisco Gago.

de diferentes tamaños que presentan las mismas características que las utilizadas para la elaboración de las teselas, que servían como material de nivelación, de unos 11-12 cms. de espesor. Estas dos capas se apoyaban directamente sobre «greda» natural.

Descripción

El mosaico presenta una distribución en franjas, en dirección E-W, enmarcado por una línea de doble tesela en negro.

En primer lugar destacamos una franja en la que, pensamos, se desarrollaría el motivo central, delimitada por una línea de ovas en negro en cuyo interior quedan restos de la cabeza y cuerpo serpentiforme de un animal fantástico, ejecutado en negro, flanqueado por tres cuadrados a cada lado, marcados por una línea de teselas en negro, en cuyo interior aparecen motivos geométricos, de los que con seguridad sólo se dibuja un rombo cuyos lados se han ensanchado con varias líneas de teselas en negro, formando rectángulos.

A continuación, enmarcada por cenefa de espiga en oposición de colores, encontramos tres rectángulos. Al menos en dos de ellos se han dispuesto parejas de animales, uno detrás de otro. Los rectángulos a su vez están separados por nudos de Salomón. La primera pareja la forman una esfinge andante (busto y manos humanas y tronco de león alado) de perfil, en el que se han marcado con teselas en negro, el pelo ondulante, el contorno de las alas y algunas partes anatómicas de su cuerpo, y otro animal que presenta cabeza y cuartos delanteros de macho cabrío, cuerpo y cola de pez, en el que se han destacado las escamas por medio de teselas en negro.

En el siguiente encontramos un grifo y parte de un animal que se adivina como un ave y que a juzgar por la temática del panel pudiera pertenecer a una arpía.

La franja siguiente, rodeada por una línea de triángulos en negro, contiene en el centro una esquematización vegetal flanqueada a cada lado por un ave con una pata levantada y en ademán de picotear una hoja. Queda completada, a ambos lados, por seis cuadrados de temática vegetal y nudo de Salomón.

Una línea de cable polícromo sirve para enmarcar la franja siguiente en cuyo interior se desarrolla un meandro de esvástica con vuelta simple en negro.

Cierra el mosaico, en su lado E, una greca de postas en negro y un motivo central formado por una crátera de la que brotan tallos de parra, y a ambos lados un ave, posiblemente una perdiz. Le acompañan cuatro cuadrados vegetales florales formados por cuadrifolias y sexapétalas.

Por último destacar que en la zona S conservamos cuatro cuadrados alineados con motivos geométricos que completaría la zona desaparecida.

ESTUDIO

En este pavimento nos encontramos ante elementos figurados, en algunos casos representando animales fantásticos que gozaron de gran aceptación en época romana. Entre ellos destaca el grifo, cuyo significado en este mosaico, puede

responder a cierto carácter benéfico, el mismo que podemos encontrar en la esfinge y en la crátera flanqueada por aves. Grifos afrontados se representan a menudo en los mosaicos africanos¹⁹ y dentro de la Península los encontramos en Uxama afrontados a una crátera²⁰, en Tarazona opuestos en sentido heráldico²¹, Mérida²² y en la villa de Cabriana²³.

La esfinge no es un motivo corriente en la musivaria hispana, aunque encontremos algún ejemplar fuera de ella²⁴.

La asociación de crátera y aves es un tema antiguo que figura en mosaicos de época tardía, aunque no presenta la misma disposición con la que aparece en el que nos ocupa. Este motivo se representa de diferentes maneras, en unos casos sobre las extremidades de los tallos se posan aves, en otros sobre una crátera y no faltan aves entre ramos de vid²⁵. En este caso se nos presenta por un lado una esquematización vegetal con aves y por otro, crátera de la que brotan tallos de vid flanqueados por aves, expresando cierto sentido benéfico.

El resto de los motivos, vegetales y geométricos, los tenemos abundantemente representados en la musivaria romana²⁶.

Su cronología no es fácil de precisar ya que los motivos representados los encontramos en mosaicos con amplia cronología. Sin embargo, hay una serie de elementos a tener en cuenta como la monocromía para algunos motivos geométricos y el uso del color en los figurados y vegetales, la escasa complicación decorativa y cierta ausencia de sobrecarga en todo el conjunto a los que hay que añadir el entorno arqueológico en el que se encuentra ya que no debemos olvidar que junto a esta estancia tenemos documentada otra cuyo pavimento de superficie uniforme nos está indicando una cronología Alto-Imperial, por lo que podemos incluirlo cronológicamente a partir de la 2.^a mitad del siglo II d.C.

(19) BLAZQUEZ, J.M.: Mosaicos romanos de la Real Academia de la Historia Ciudad Real, Toledo, Madrid y Cuenca. C.S.I.C., Madrid, 1982, pág. 19.

(20) BLAZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T.: Mosaicos romanos... opus cit. págs. 52 y ss.

(21) ABAD, R.: Catálogo monumental de España: Zaragoza, Madrid, Instituto Diego Velázquez, 1957, pág. 32.

(22) FERNANDEZ-GALIANO, D.: Mosaicos romanos... opus cit. pág. 38.

(23) TORRES, M.: Los mosaicos descubiertos en el siglo XVIII en la villa de Cabriana (Alava). Estudios de Arqueología Alaves, 10, Vitoria, 1981, págs. 329 y ss.

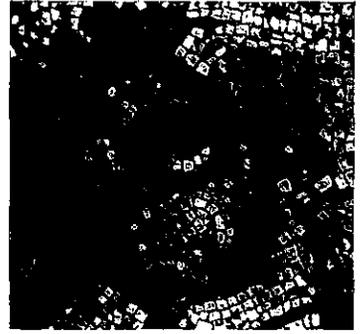
BLAZQUEZ, J.M.: Mosaicos romanos de la Real Academia... opus cit. págs. 18 y ss.

(24) DUNBADIN, K.: The mosaics of Roman North Africa. Oxford, Clarendon Press, 1978, fig. 24.

(25) BLAZQUEZ, J.M. y otros: Mosaicos romanos de Navarra, C.S.I.C., 1985, págs. 70 y ss.

(26) LANCHA, J.: Mosaïques géométriques... opus cit.

BALMELLE, C. y otros: Le decor géométrique de les mosaïques, Paris 1985, págs. 27, 35, 40, 77, 122 y 156.



LAM. I.—a) Mosaico Plaza Mayor y detalle del mismo. b) Vista general del mosaico de la calle San Gil. (Foto A. Plaza).

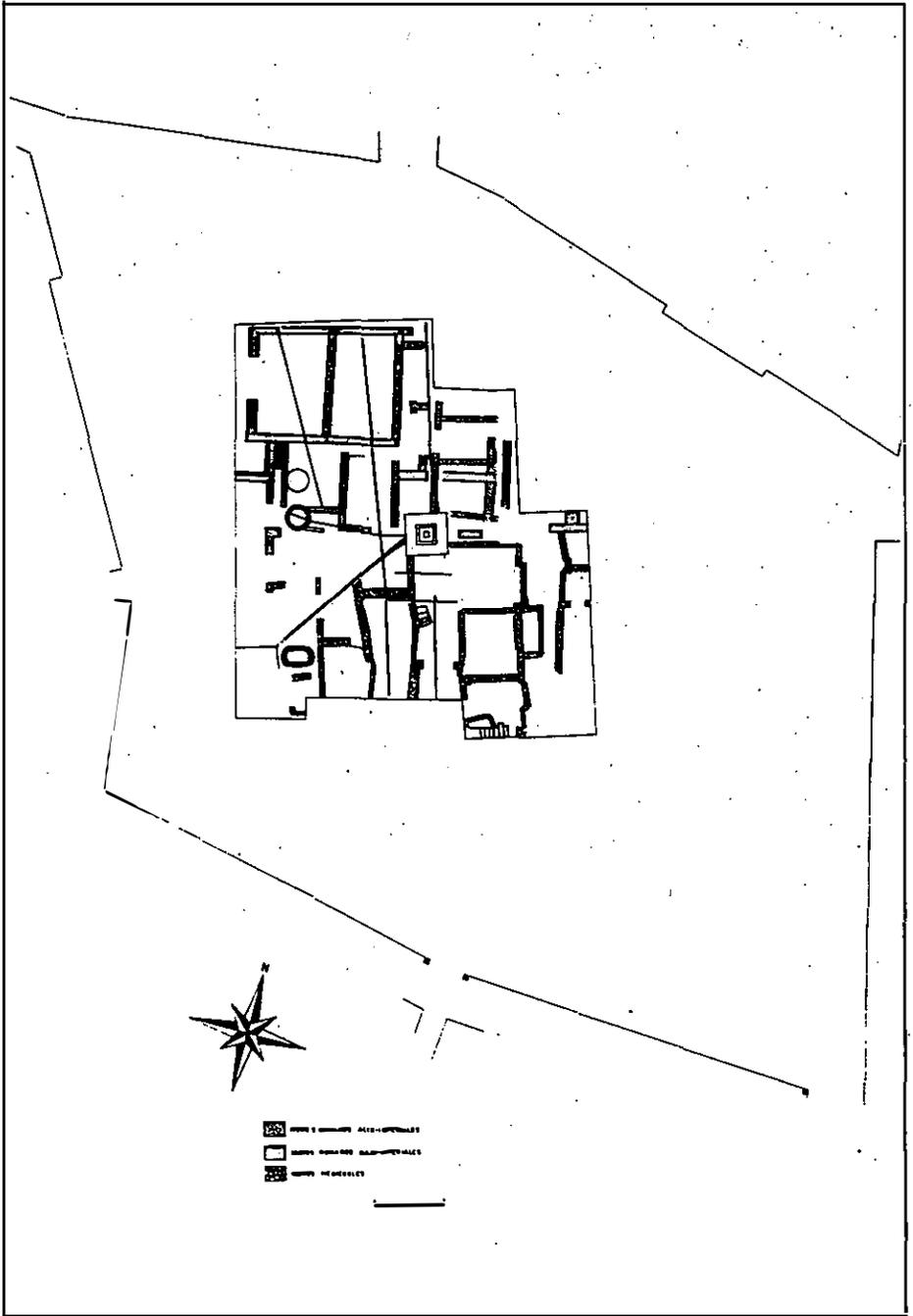


FIG. 1.—Planimetría general de las excavaciones realizadas en la Plaza Mayor de Medina del Campo (1986-89).

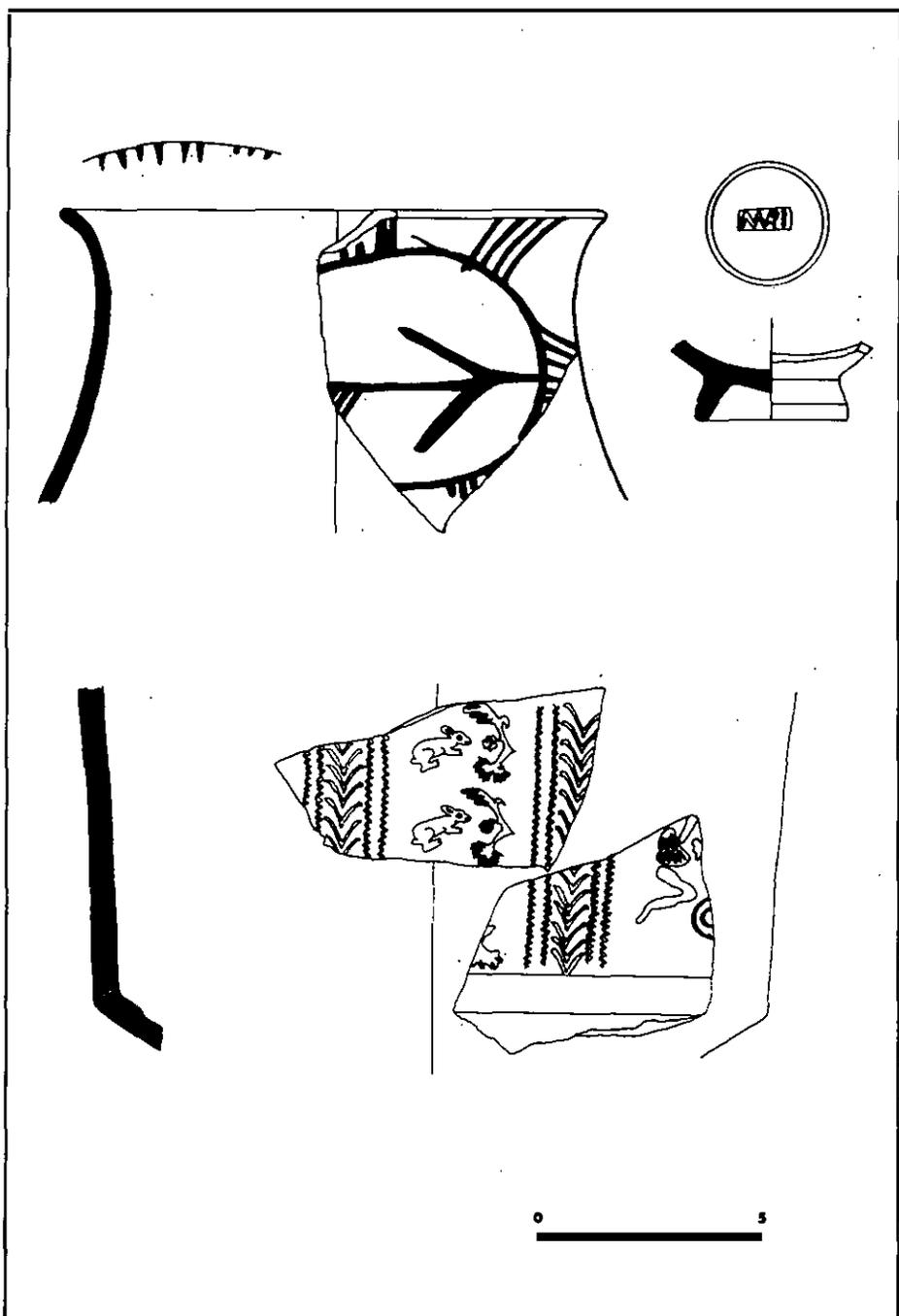


FIG. 2.—Fragmento de cerámica romana.

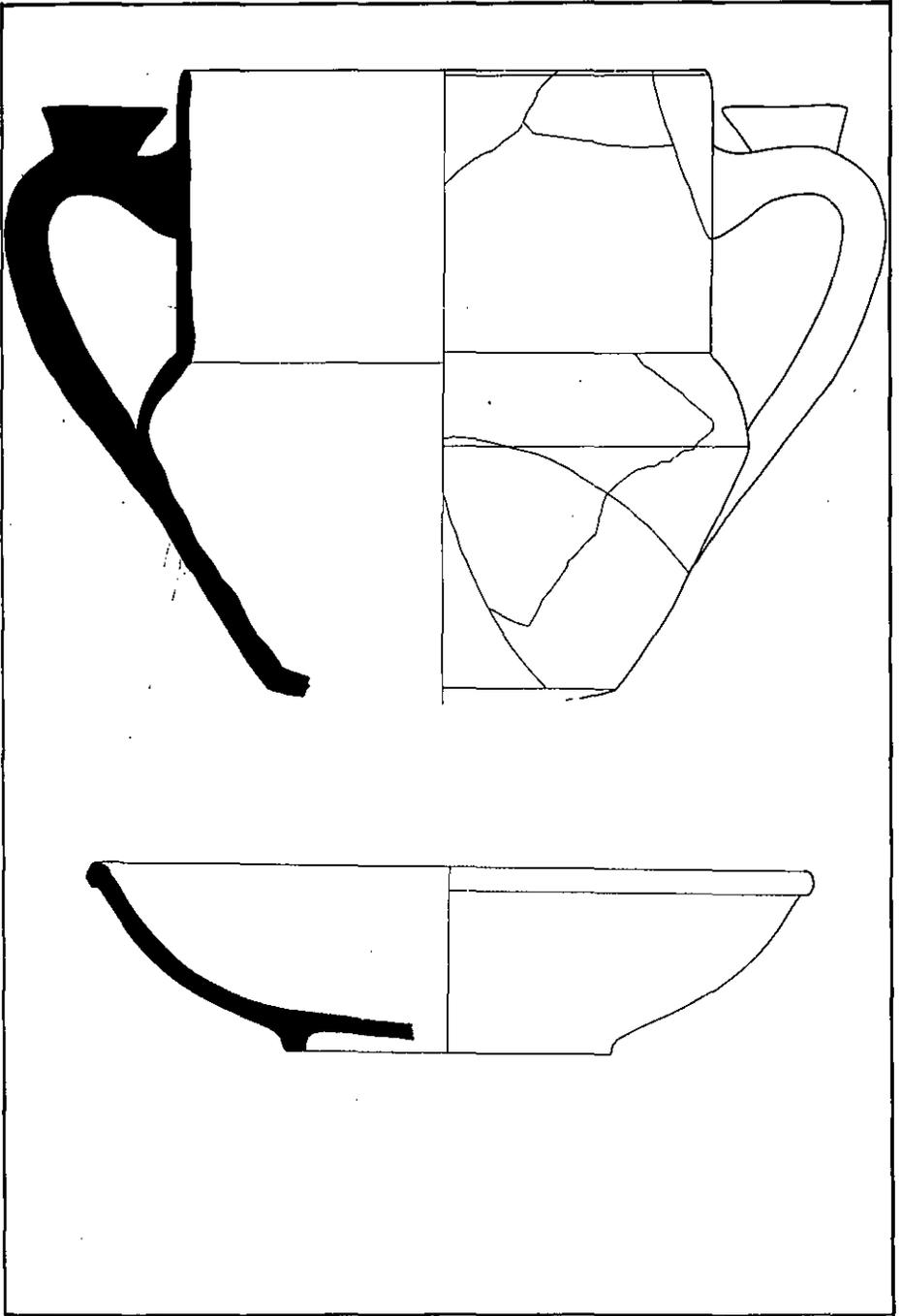


FIG. 3.—Cerámica medieval.

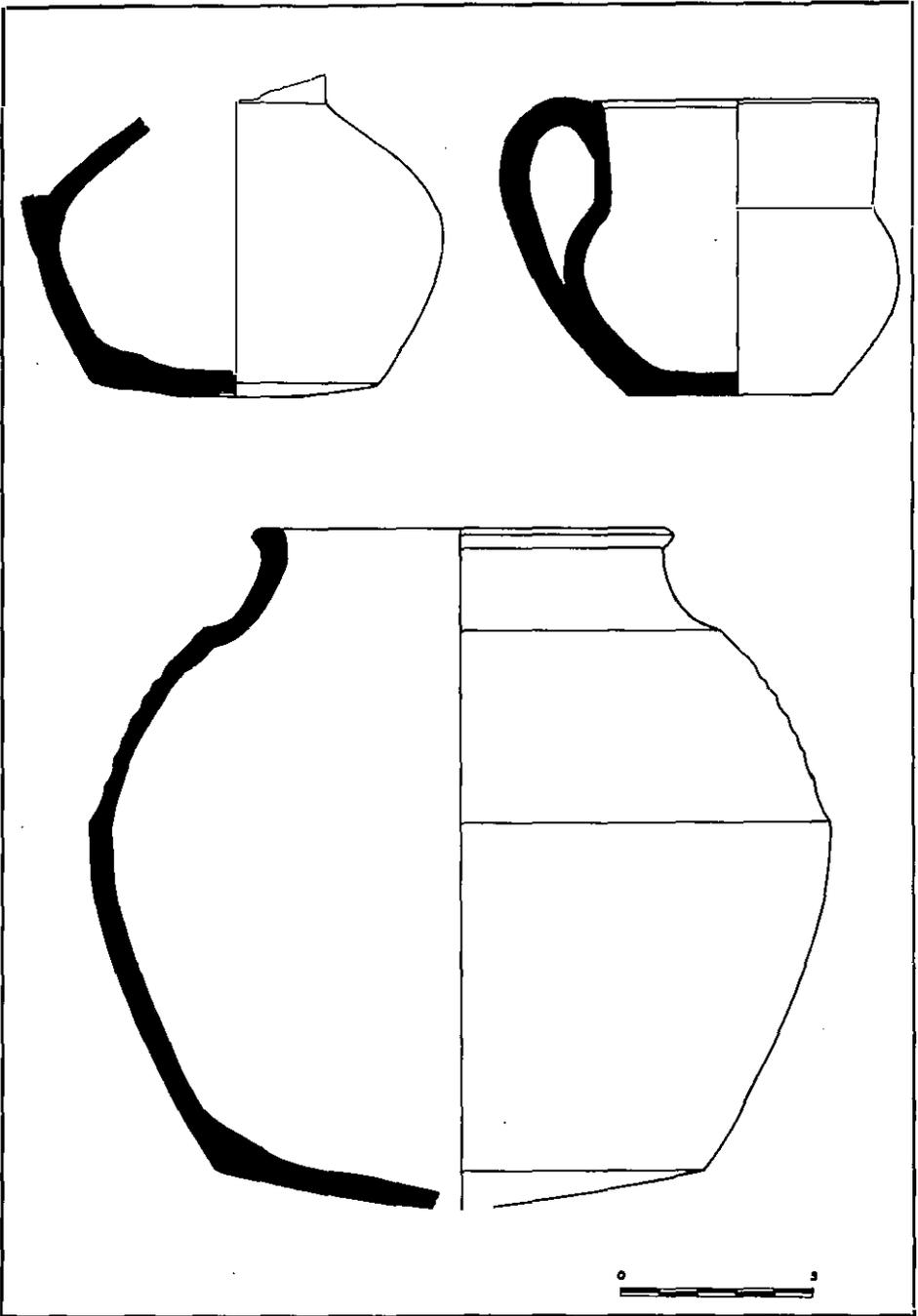


FIG. 4.—Cerámica medieval.

**EL PLANEAMIENTO URBANO DEL CENTRO
MONUMENTAL DE TERMES EN EPOCA
JULIO CLAUDIA**

J.M. IZQUIERDO BERTIZ*

Entre los años 1909 y 1913 el conde de Romanones, Narciso Sentenach e Ignacio Calvo —aquél por vía de mecenazgo y estos directamente— practicaron excavaciones arqueológicas en Tiermes. El desarrollo de las mismas, como tantas otras de la época, no puede seguirse en la actualidad debido a la pobreza de datos de los informes que publicaron. En cualquier caso está claro que se acometieron en el área situada al Norte y Este del gran edificio rectangular conocido tradicionalmente como castro. Ya en los años treinta, cuando Taracena trabajó en Tiermes, el reconocimiento visual de las citadas excavaciones era sumamente difícil; por lo que en su Carta Arqueológica de Soria debe contentarse, al comentarlas, con utilizar los mencionados informes. Todos los investigadores recientes se han limitado a repetir lo dicho por Taracena sobre esta zona de primera importancia en el estudio de la ciudad, ya que está fuera de toda duda que en ella se situó el foro, cuya existencia queda acreditada por la condición del *municipium* de Termes en época romano-imperial.

Sin embargo el foro de Termes sigue siendo prácticamente desconocido en la literatura arqueológica española referente a urbanismo romano. Lo hemos podido comprobar manejando el estudio de Jiménez Salvador sobre los foros hispanos, en el que no aparece ni siquiera citado, pese a tenerse en cuenta incluso los conocidos solamente por testimonios epigráficos. Únicamente en un reciente y breve trabajo de Balil (1987) hemos hallado algunas alusiones al foro termestino. Por otra parte, cuando en 1981 procedimos al reconocimiento de las antiguas excavaciones de Sentenach, su estado de abandono era total, apreciándose únicamente cortos tramos de los cimientos del edificio que su descubridor identificó como basílica. Era necesaria una reexcavación sistemática que, con criterios actuales, valorara adecuadamente aquellos restos. Tal es la línea de investigación cuya primera fase —identificación y análisis de la pretendida basílica— hemos tenido oportunidad de dirigir.

En la presente comunicación deseamos analizar la situación en que actualmente se encuentra el análisis del centro monumental de Termes en época altoimperial. Para ello expondremos en primer lugar brevemente nuestras propias investigaciones, desarrolladas a lo largo de cuatro campañas de excavación entre 1981 y 1984.

La primera se dedicó prácticamente en su totalidad a limpieza superficial y preparación del terreno. Las correspondientes a los años 1982 y 1983 se ocuparon

en la exploración del edificio, especialmente en su mitad occidental y todo el sector norte del mismo. El nivel de roca básica —arenisca rojiza con intrusiones de conglomerados— se alcanzó en varios puntos de la zona noroeste de la construcción. Si bien no puede hablarse de estratigrafía, es posible distinguir de modo genérico, y desde luego discontinuo, dos niveles: uno superior de tierra apelmazada y muestras evidentes de antiguas remociones, prácticamente sin material; y un segundo que descansa sobre la roca, localizado básicamente en el sector norte, caracterizado por un contexto de tierra más suelta con abundante presencia de fragmentos de ladrillo, teja, madera quemada y estuco pintado, procedente todo ello del derrumbamiento y ruina de la estructura arquitectónica. La campaña de 1984 tuvo, finalmente, carácter documental, dedicándose a la limpieza, fotografía y dibujo de los restos del edificio tras nuestra actuación.

Como resultado de todo ello podemos hablar de una construcción arrasada a nivel de cimientos, que no se conservan en su totalidad, ya que faltan sobre todo en las esquinas, cuyos bloques han sido robados a excepción de la del ángulo NW, que hemos podido utilizar como testigo. Este estado de extremada ruina hace muy difícil el análisis estructural, si bien una serie de datos parecen claros: nos hallamos ante un edificio de perímetro rectangular —22,70 metros de longitud por 16,30 de anchura— dotado en su fachada norte de un cuerpo saliente identificable con el acceso. En el interior otra línea de cimientos conforman un recinto de proporciones sensiblemente cuadradas (10,60 por 9,10 metros) (Fig.1). A partir de estos datos podemos proponer la siguiente restitución en planta: el perímetro externo de cimientos sustentaría una plataforma o podium con acceso por escalinata flanqueada por dos cuerpos salientes; sobre esta plataforma, hoy totalmente destruida, se elevaría el cuerpo principal del edificio, por supuesto también desaparecido (Fig. 2).

Desgraciadamente nos hemos encontrado ante una carencia total de elementos arquitectónicos *in situ*, y durante nuestras campañas tampoco ha sido posible recuperar un solo fragmento de basas, fustes, capiteles, pilastras o cornisas. Ello es debido sin duda al intenso expolio que el edificio sufrió seguramente ya desde época medieval, rematado por las poco metódicas excavaciones de comienzos de siglo, en cuyo transcurso se recogieron bastantes piezas de este tipo, sin que su localización y características se documentaran debidamente. Como consecuencia de todo ello consideramos ya prácticamente imposible reconstruir el programa decorativo del edificio.

A pesar de estos problemas, lo que a nuestro juicio queda ya fuera de toda duda es la identificación funcional: se trata de un templo, siendo perfectamente reconocibles sus elementos básicos, el podium y la cella. Es el templo que debió presidir, como veremos seguidamente, el foro de la ciudad romana de Termes. Respecto a las razones que hicieron pensar a Sentenach en una basílica, aparte de las deficiencias de método en la propia excavación, existe una fundamental: sólo examinó parte del edificio, ya que no tuvo en cuenta todo el cuerpo norte, incluido el acceso. Esta circunstancia, debida seguramente a que excluyó de sus trabajos la zona exterior a la cerca que en este punto limitaba los terrenos adquiridos en su momento por el Estado, le condujo a cometer graves errores, como situar el eje principal de la construcción en sentido oeste-este (cuando en

realidades norte-sur); o considerar parte integrante del edificio recintos inexistentes, como los que supone sede del pretendido tribunal y estancias anejas, todo ello a base de tener en cuenta muros tardíos que para nada se relacionan con los cimientos que nos ocupan.

En cualquier caso, todo esto parece quedar ahora completamente claro. No tanto, de momento, la cronología del templo, para la que tenemos pocos datos directos. Los escasos materiales recogidos, en claro contexto de arrastre, son muy poco fiables. La única, aunque notable excepción, la constituye el hallazgo de un as de Tiberio, ceca *Cascantum*, junto al cimiento del lateral oeste del podium de acceso, que nos lleva a una datación en época Julio-Claudia concordando bien, por otra parte, con la que deduciremos más adelante de argumentos de tipo histórico-urbanístico comparativo.

EL FORO DE TERMES Y SU CONTEXTO URBANÍSTICO

La consecuencia más importante que podemos establecer en relación con lo dicho hasta ahora consiste en que por vez primera disponemos de un eje de planificación urbana para avanzar en el conocimiento del centro monumental de Termes en época romano-imperial. Debemos ocuparnos, pues, del contexto en que se sitúa dentro de la ciudad el edificio que estudiamos.

La escasez de fuentes, tanto de tipo literario como arqueológico, hace que no conozcamos casi nada del proceso de romanización que se operó en el oppidum termestino tras la ocupación de Tito Didio y la conclusión de las guerras sertorianas. En cualquier caso, está claro que, como se ha señalado en repetidas ocasiones, para el asentamiento romano se escogió la zona situada al Este del antiguo emplazamiento arévaco, topográficamente menos abrupto y por tanto más apto con vistas a la implantación de un nuevo esquema urbano, distinto al celtibérico anterior de cuño estrictamente defensivo. El desarrollo de este proceso urbanizador estuvo en todo caso íntimamente relacionado con la situación jurídica de la ciudad. De la condición de *municipium* de Termes en época imperial no existe duda alguna, ya que la conocida *tessera hospitium* de Peralejo de los Escuderos hace mención tanto de los *quattorviri* como del *Senatus populusque termestinus* (JIMENO, 1980). Lamentablemente el epígrafe carece de fecha, habiéndose datado genéricamente en el siglo II d.C., término ante quem muy tardío, porque Termes debió adquirir el status municipal bastante tiempo antes, en época julio-claudia —concretamente en el principado de Tiberio, según opinión de ESPINOSA (1984)—, dentro de un proceso que debió afectar a todas las ciudades celtibéricas de relevancia, encabezadas por Clunia.

Como es de sobra conocido, la condición municipal exigía de las poblaciones romanas una serie de compromisos urbanísticos entre los que el más destacado era sin duda la organización del área del foro, como núcleo principal de la vida ciudadana. En el caso de Termes, y por lo que se refiere en primer lugar a la

elección del emplazamiento, queda bien establecido entre el Castellum Aquae y la actual ermita románica. Sin duda se tuvieron en cuenta las favorables condiciones topográficas de la zona, que permitieron evitar grandes obras de infraestructura y aterrazamiento, como en el caso de la cercana Bilibilis.

Al hallarnos en la primera etapa de su estudio, no resulta posible de momento establecer el perímetro del foro termestino, si bien la identificación segura del templo que lo articula permite establecer un eje Norte-Sur que determina básicamente la ordenación urbana de la zona. Basándonos en los datos disponibles, parece lógica pensar, como hipótesis actual de trabajo, en la organización templo/plaza/basílica de origen itálico tardorrepblicano que constituye el esquema forense clásico desde comienzos de época imperial y que se adopta de manera generalizada en Hispania (JIMENEZ SALVADOR, 1987a). Particularmente significativo en relación con Termes debemos considerar el caso de Clunia, tanto por la condición de cabeza del convento jurídico en cuyo territorio se halla nuestra ciudad como por su proximidad geográfica. El foro cluniense, perfectamente definido en su estructura según el plan citado (PALOL, 1987), pudo muy bien haber sido el modelo ejemplificador tenido en cuenta para el termestino.

Desgraciadamente no podemos establecer paralelos con otras ciudades celtibéricas que sin duda lo poseyeron, como es el caso de Numancia y Uxama. En relación con la primera, se ha supuesto recientemente que se hallaría en el área de la ciudad aún no excavada (BALIL, 1987). Por lo que respecta a Uxama, el análisis urbanístico parece todavía lo suficientemente embrionario —se habla de dos foros consecutivos con cambio de ubicación (GARCIA MERINO, 1987)— como para permitir aportarnos elementos válidos de comparación.

Por nuestra parte proponemos para Termes (Fig.3) una estructura basada en el templo principal, frente al que se extendería hacia el Norte una plaza cuyo perímetro y dimensiones son de momento desconocidos, completándose el conjunto con una basílica que en principio podemos suponer situada en posición transversal respecto al templo, cerrando la plaza por su lado Norte, y siguiendo por tanto el modelo visto en Clunia y otros foros hispanos, como los de Valeria o Baelo Claudia; aunque tampoco cabe descartar a priori la posibilidad de que la basílica se situara en uno de los lados mayores de la plaza, paralela al templo, como en los casos de Bilibilis o Ampurias. Naturalmente, esta y otras cuestiones, como la existencia de pórticos en la plaza, a los que parecen aludir Sentenach y Calvo, sólo quedarán dilucidadas mediante la evidencia arqueológica que proporcionen futuras excavaciones.

El templo (Fig. 3,A) ocuparía una posición preeminente en el conjunto, subrayada desde el punto de vista topográfico, dado que sus cotas de asentamiento superan en 2/3 metros a las del presunto complejo plaza/basílica a él asociado. Ya dijimos que el expolio intensivo de materiales y la reducción actual del edificio a nivel de cimientos en precario estado plantean dificultades de difícil solución a la hora de intentar un estudio de su estructura en detalle. Por otra parte, la desalentadora insuficiencia de las descripciones de Sentenach y Calvo en relación con sus excavaciones nos obliga a desconocer datos muy valiosos referentes a los numerosos fragmentos escultóricos y epigráficos aparecidos en su curso, y

que sin duda alguna estuvieron relacionadas con el templo y el foro. Recordemos aquí, entre los pocos conservados, la cabeza de bronce atribuida a Tiberio, el supuesto Apolo y los restos de una estatura monumental ecuestre.

En cuanto a la dedicación del templo nos inclinamos por el culto imperial. Debemos tener en cuenta los presupuestos ideológicos-religiosos que posiblemente ya en el principado de Augusto, y desde luego en época tiberiana, se difunden por la Península Ibérica fundamentalmente desde Tarraco. El tema ha sido estudiado recientemente a propósito de Bilibis (MARTIN BUENO, 1982 y 1983). Se trata de la adopción, por parte de las ciudades que en época julio-claudia acceden al status municipal, de un esquema de organización urbana que, aparte de cumplir fines administrativos, constituye un adecuado vehículo de propaganda imperial tendente a reafirmar el nuevo orden político-religioso implantado por Augusto. Esta idea, plasmada en la organización de nuevos conjuntos forenses, y que aparece bien definida asimismo en Clunia, sería adoptada igualmente en Termes, donde debieron emprenderse, como consecuencia del acceso a la condición de municipio, importantes obras de urbanización que afectarían en primer lugar al foro. Para el inicio de las mismas cabe proponer, en tanto no se disponga de datos más precisos, el principado de Tiberio, prolongándose seguramente al menos durante el de Claudio. Son las mismas fechas en las que se trabajaba en los conjuntos forenses de Clunia, Uxama y Bilibis, entre otros.

Como consecuencia de todo lo anteriormente expuesto podemos definir el núcleo monumental de Termes en época alto imperial a partir de una organización templo/plaza/basílica, con carácter de eje urbano básico; en la que hemos delimitado (Fig. 3,B) el primer componente, quedando por concretar los otros dos. Aún debemos tener en cuenta otros elementos adicionales que vienen a completar este conjunto, en primer lugar el gran edificio rectangular del *castellum aquae* (Fig. 3,F), tradicionalmente conocido como castro, actualmente en excavación. Por otro lado, el edificio localizado al Noroeste del templo (Fig. 3,C) que Sentenach exploró paralelamente a sus trabajos en el área del foro. Las noticias de que disponemos nos hablan de una sala cuadrada rodeada de otras semicirculares, pilas, canalizaciones de agua y pavimentos musivos. Podría pensarse en una *domus* privada, si bien, en tanto no se realice una reexcavación que permita valorar definitivamente estos restos, nos inclinamos a pensar en unas terrazas, según opinaba ya Taracena, complementarias a las monumentales localizadas en la ladera Sur de la ciudad.

Finalmente debemos aludir al *macellum* o mercado. Junto a las funciones cívico-religiosas que corresponden al foro hemos de recordar las de tipo comercial, íntimamente relacionadas con él. Como es sabido (JIMENEZ SALVADOR, 1987b) en el siglo I d.C. este tipo de función es desplazada del área propiamente forense para concentrarse en el *macellum*, situado normalmente en sus proximidades. Durante la campaña de 1987 se ha procedido en Termes a la limpieza de todo el frente oriental del *castellum aquae* (ARGENTE, 1988), zona que en 1911 excavara Sentenach (Fig. 3,E). Queda ahora claro que lo que éste interpretó como acera es en realidad el pavimento de las *tabernae* que se apoyaban en el *castellum*, y los que denomina pedestales son los frentes de separación entre las sucesivas tiendas. Estos errores llevaron a Sentenach a pensar en un pórtico

decorado con estatuas cuando, en realidad, parece evidente que nos hallamos ante un sector de las *tabernae* del *macellum* termestino, cuyo perímetro y estructura esperamos pondrán en claro las excavaciones actualmente en curso. La conexión entre foro y mercado, o más propiamente, su separación, quedaría establecida por un *decumanus* (Fig. 3,D) que Sentenach también había localizado en sus trabajos con bastante claridad, ya que nos habla de «una ancha calle con muchos edificios a ambos lados», aunque, naturalmente, estos últimos no puedan identificarse en la actualidad.

Como resumen final de todas las consideraciones hasta aquí expuestas, concretamos el estado actual de nuestros conocimientos en torno al foro de Termes en los siguientes puntos:

- 1.—El edificio excavado en 1910/1911 por Sentenach, e identificado por su descubridor como basílica, es en realidad un templo, que generaría el eje básico de organización urbana del área forense.
- 2.—El foro termestino se completaría con una plaza, probablemente dotada de pórticos laterales y cerrada por una basílica, construcciones todas ellas aún pendientes de identificar.
- 3.—Este conjunto estaría rodeado por otras edificaciones complementarias: **castellum aquae**, **macellum** y quizás unas termas y almacenes comerciales de carácter público.
- 4.—La cronología de todo este complejo urbanístico no puede establecerse todavía con precisión, si bien debemos pensar genéricamente en época julio-claudia, presumiendo una estrecha relación entre la concesión del estatuto municipal a la ciudad y el planeamiento e inicio de las obras, y sin perjuicio de que estas continuaran posteriormente, completando o modificando el plan de partida.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARGENTE, J.L. et alii (1988): Tiermes. Guía del yacimiento y museo.
- BALIL, A. (1987): Forum y fora en el Noroeste peninsular. En Los foros romanos de las provincias occidentales. Madrid. Págs. 145-146.
- CALVO, I. (1913): Tiermes, ciudad celtibero-arévaca. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, XXIX. Págs. 374-387.
- ESPINOSA, U. (1985): Las ciudades de arevacos y pelendones en el Alto imperio. Su integración jurídica. Actas del I Symposium de Arqueología Soriana. Soria. Págs. 307-324.
- GARCIA MERINO, C. (1987): Desarrollo urbano y promoción política de Uxama Argaela (Osma, Soria). Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, LIII. Págs. 73-107.
- JIMENEZ SALVADOR, J.L. (1987a): Arquitectura forense en la Hispania romana. Bases para su estudio. Zaragoza.
- JIMENEZ SALVADOR, J.L. (1987b): Los modelos constructivos en la arquitectura forense de la Península Ibérica. En Foros romanos de las provincias occidentales. Madrid. Págs. 173-177.
- JIMENO, A. (1980): Epigraffa de la provincia de Soria. Soria.
- MARTIN BUENO, M. (1982): Municipium Augusta Bilbilis. Un nuevo ejemplo de adopción de esquemas preconcebidos en la arquitectura romana altoimperial. Mélanges de la Casa de Velázquez, XVIII. Págs. 69-78.
- MARTIN BUENO, M. (1983): La inscripción a Tiberio y el centro religioso de Bilbilis (Calatayud, Zaragoza). Madrider Mitteilungen, 22. Págs. 244-253.
- PALOL, P. (1987): El foro romano de Clunia. En Foros romanos de las provincias occidentales. Madrid. Págs. 153-163.
- ROMANONES, C. de (1910): Las ruinas de Tiermes. Apuntes arqueológicos. Madrid.
- SENTENACH, N. (1911a): Tiermes. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos XXIV. Págs. 473-481.
- SENTENACH, N. (1911b). Excursión a Tiermes. Boletín de la Sociedad Española de Excursiones XIX. Págs. 176-190.

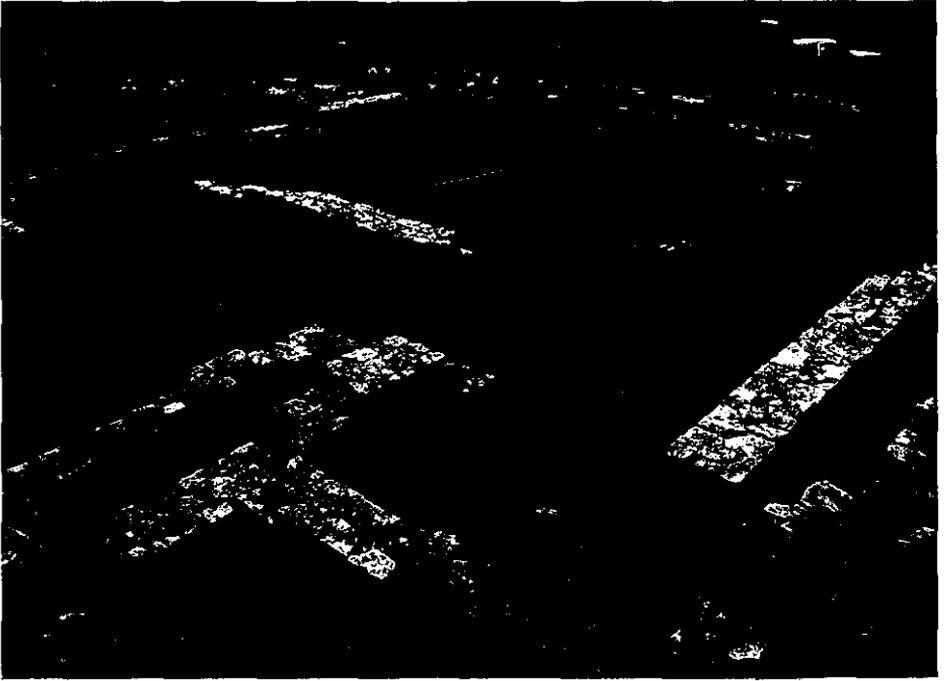


FIG. 1.—El templo imperial de Termes visto desde el NW.

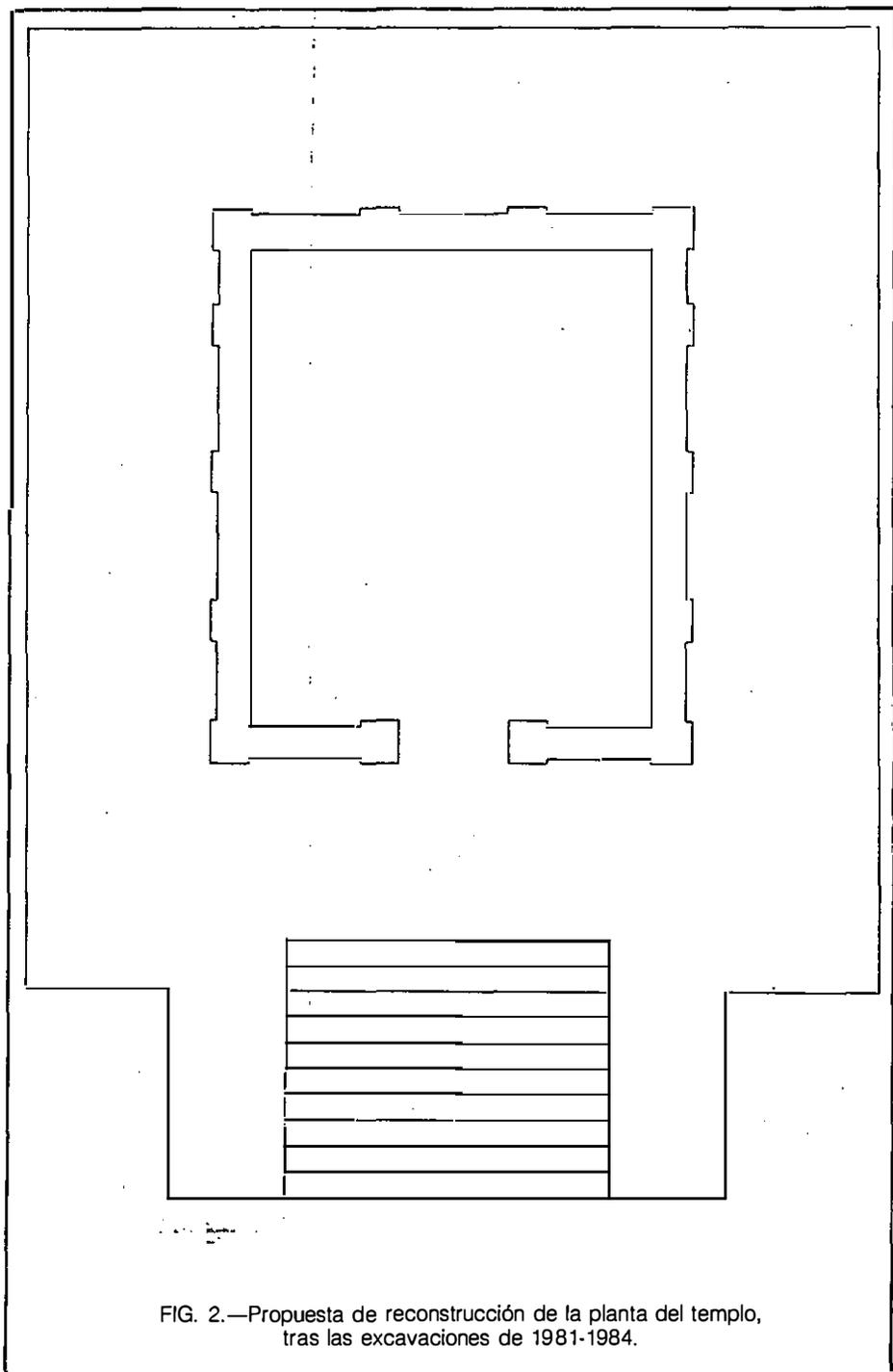


FIG. 2.—Propuesta de reconstrucción de la planta del templo, tras las excavaciones de 1981-1984.

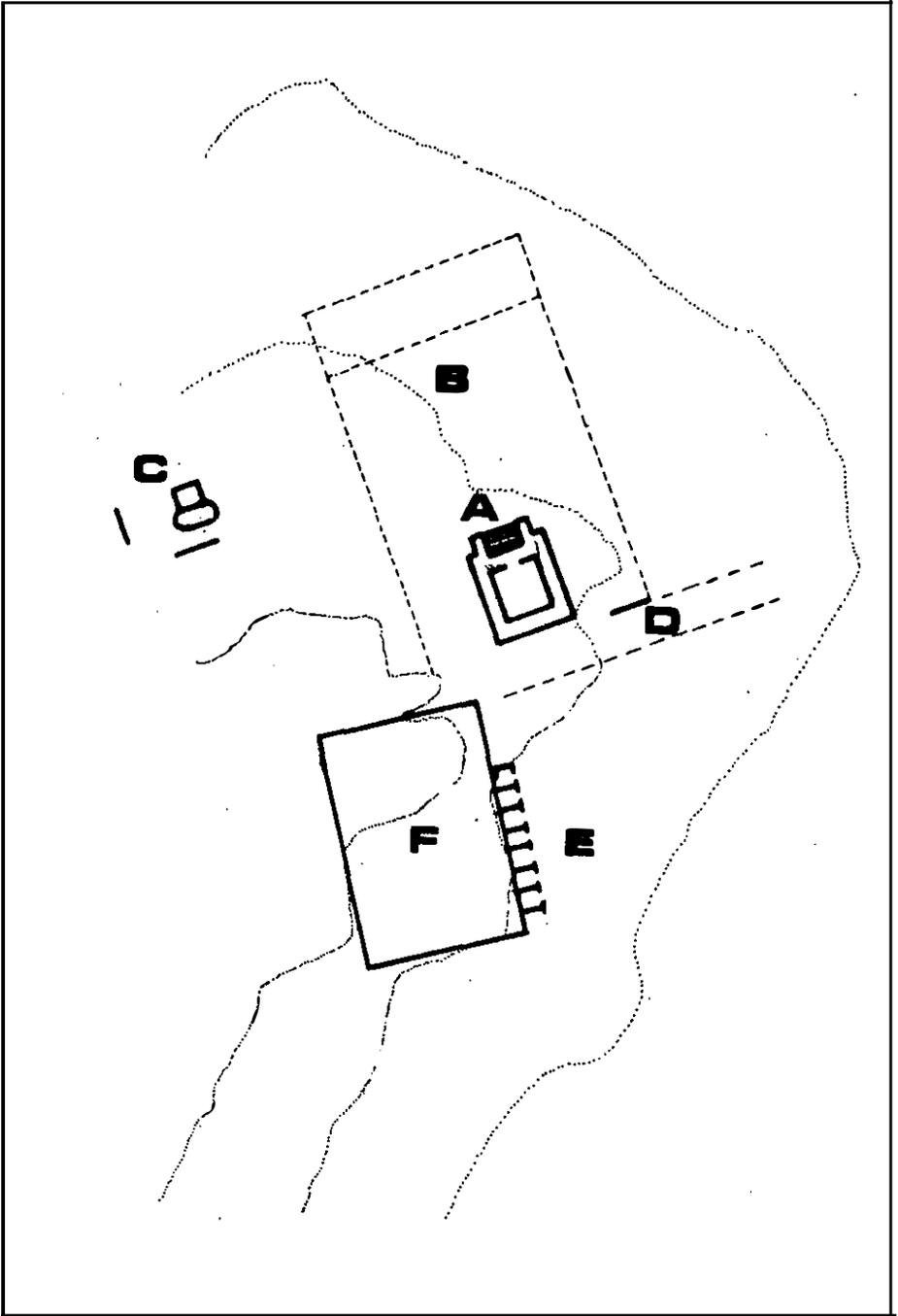


FIG. 3.—El área monumental de Termes en el siglo I. d.C. A: Templo. B: Plaza y Basílica. C: Termas. D: Decumanum. E: Macellum. F: Castellum Aquae.

**MATERIAL DE EPOCA ROMANA HALLADO EN LAS
EXCAVACIONES DE LA NECROPOLIS
CELTIBERICA DE CARRATIERMES
(MONTEJO DE TIERMES, SORIA)**

A. MARTINEZ MARTIN*
E. HERNANDEZ URIZAR*

* Colaboradoras en las Excavaciones de Carratiermes.



Cuando se menciona a la necrópolis de Carratiermes normalmente se piensa en época celtibérica; sin embargo, los materiales que aquí presentamos, recogidos en las diversas campañas realizadas en dicho yacimiento, son de filiación romana. Ellos nos precisan la fecha en que, de forma provisional, según los datos obtenidos hasta el presente, se deja de utilizar la necrópolis, al menos como tal.

Entre estos materiales destacaremos una serie de cerámicas con una cronología que, en principio, puede considerarse tardía para la utilización celtibérica del yacimiento; pero no podemos olvidar que, tras una etapa de auge, correspondiente al periodo Celtibérico Pleno, se sigue utilizando la necrópolis en la fase siguiente, la que se conoce como Celtibérico Tardío. En esta etapa ya encontramos intrusiones, principalmente de cerámicas romanas, entre los objetos celtibéricos, correspondientes a su última fase cronológica.

El desarrollo de la presente comunicación se ha estructurado en tres grupos: el primero abarca el estudio de las piezas, tanto las halladas en las distintas catas abiertas como las procedentes de tumbas; en segundo lugar, presentamos un análisis de la dispersión de los materiales en el yacimiento; finalmente, hemos buscado posibles paralelos en otras necrópolis celtibéricas, tarea difícil por el escaso número de estudios que sobre las mismas se han realizado.

MATERIAL PROCEDENTE DE EXCAVACION, SIN ADSCRIPCION A ESTRUCTURA ALGUNA

Es el grupo más numeroso con el que contamos para el presente estudio, tanto en lo referente a cerámica como a monedas; sólo un pequeño número de piezas, en el que no hemos hecho hincapié, aparecieron en el nivel superficial, revuelto por el arado; el resto, más fiable para el fin que perseguimos, pertenece al nivel arqueológico. En el conjunto, distinguimos los siguientes subgrupos:

A. CERAMICA DE TRADICION CELTIBERICA (Fig. 1)

Es el tipo de producción que se contabiliza en mayor proporción; son piezas realizadas con buenas pastas (la mayoría de color anaranjado), de cortes rectos, aunque algunas están muy desgastada por haber sufrido rodamiento, sobre todo las que se hallaron en el nivel superficial. Se trata de formas abiertas, de paredes rectas y globulares principalmente, denominadas por Sacristán cuencos o boles (Sacristán de Lama, 1984), algunas de ellas con carena en el hombro, aunque son ejemplos escasos. Los bordes son principalmente rectos, aunque existen otros exvasados en vasijas abiertas y en menor grado en las globulares.

Además de la decoración pintada, existe en algunas piezas decoración plástica, a base de una o dos molduras colocadas en la parte superior del cuerpo, que sirven para distribuir la zona decorada (Fig. 1,5).

Algunos de los motivos pictóricos registrados, pertenecen de manera clara al periodo celtibérico pleno y, en cambio, otros a fechas tardías (Sacristán de Lama, 1984); no obstante, aún se puede señalar un tercer grupo, constituido por aquellos motivos que perduran durante ambos periodos, y que presentan escasos cambios, caso de las líneas y franjas horizontales situadas en el hombro. Se trata de un motivo muy frecuente entre la cerámica de tradición inventariada en la necrópolis de Carratiermes.

Entre los motivos más tempranos, existen líneas onduladas horizontales (Fig. 1,1), eses en cadena, triángulos, ajedrezados e incluso un fragmento con tema zoomorfo (ave, Fig. 1,4). También es frecuente en la cerámica inventariada en Carratiermes el motivo de semicírculos concéntricos, que perdura en la etapa siguiente (Fig. 1,2 y 5) de datación temprana.

En cambio, entre los motivos tardíos se registran ondas, triángulos de trazos paralelos, aspas y arcos, principalmente.

La datación de los materiales citados abarca desde el siglo III a.C. hasta el I d.C., fechas que corresponden a una cronología relativa, que será confirmada por el estudio de todos los demás materiales inventariados en la necrópolis, cuando se lleve a cabo la correspondiente memoria del conjunto.

B. CERAMICA DE «TIPO CLUNIA» (Fig. 2)

En el material inventariado, contamos con varios fragmentos de la denominada cerámica de «tipo Clunia». Hemos estimado más oportuno analizarlas como un conjunto aparte de la cerámica de tradición, dado el elevado número de fragmentos aparecidos en la necrópolis y sus peculiares características, tanto de fabricación como de formas y decoración.

No entraremos en hacer una descripción detallada de las formas que aparecen. Simplemente vamos a limitarnos a señalar sus características generales, que nos permiten distinguir dos grandes grupos:

—Formas globulares, abiertas (Fig. 2,4 y 5).

—Formas de paredes rectas, algunas de ellas con carena que separa el cuerpo del inicio del pie (Fig. 2,1-3).

Los motivos representados son muy variados, pero dentro siempre de la tabla conocida hasta ahora en esta producción; así, podemos señalar: aspas encuadradas por líneas o dobles resctángulos con trazos oblicuos entre ellos (Fig. 2,1), líneas onduladas horizontales, líneas verticales de separación de la decoración metopada (Fig. 2,3 y 5) y temas citomorfos. Destaca un fragmento de borde con un motivo zoomorfo, en el que se recoge la cabeza y cuello de un ave, con plumaje en la parte posterior del cuello e inicio de un penacho sobre la cabeza (Fig. 2,6). Según Abascal (Abascal, 1986) este motivo pertenecería a un primer estadio dentro de la evolución de dicho motivo pictórico.

Para la cerámica de «tipo Clunia» se establece un periodo cronológico amplio, que comprende desde el cambio de Era hasta principios del siglo II, siguiendo las ideas de autores como Abascal (Abascal, 1986) o Palol (Palol, 1959), pero estimamos más conveniente establecer, en lo que respecta a los hallazgos de Carratiermes, una datación más concreta, una vez revisados el resto de los materiales.

C. TERRA SIGILLATA HISPANICA (Fig. 3)

Las piezas de T.S.H. inventariadas en la necrópolis de Carratiermes presentan una relación importante; existe mayor número de fragmentos de formas lisas que decoradas; en las primeras se identifican las siguientes formas: Drag. 24/25 (Fig. 3,1), Drag. 27 (Fig. 3,2), Drag. 35 (Fig. 3,3) y un vaso Meqz. 2 (Fig. 3,4 y 5) (Mezquiriz, 1961).

Las formas decoradas se reducen a varios fragmentos de la forma Drag. 37, entre los que destacamos uno en el que es posible diferenciar parte de la decoración, a base de la repetición de dos círculos segmentados concéntricos, en cuyo interior existe un motivo que no podemos identificar en el estado actual de la pieza (Fig. 3,6). Estos fragmentos nos remiten, en general, a una datación entre mediados del siglo I y el II d.C. (Romero, 1985).

D. CERAMICA COMUN Y ENGOBADA (Fig. 4)

También se han recuperado fragmentos de cerámica común romana, de la denominada por Beltrán y Vegas «vajilla de mesa» (Beltrán, 1978; Vegas, 1973); destacan varios cuencos, uno de ellos de pasta clara, correspondiente a la forma 21 de Vegas, y que estudiaremos entre el material de tumba. ya que fue hallado en una de estas, en la número 242 (Fig. 4). Otro de los cuencos puede ser identificado con la forma 9 de Vegas (Fig. 4,1). El tercero, de pared recta y abierta, lleva decoración pintada a base de pestañas en el interior del labio (Fig. 4,2).

Finalmente, citaremos una pequeña pieza, de paredes finas y engobada, que corresponde al inventario de la tumba número 241 (Fig. 4,5).

En cuanto a la cronología, resulta difícil determinar una fecha para este conjunto de piezas, ya que su periodo de vida fue largo, dado su uso común; sin embargo, teniendo en cuenta los objetos registrados en las dos tumbas que ahora citamos (números 241 y 242), podemos señalar fines del siglo I a.C. y I d.C. para incluir todas las piezas que se han comprendido en el grupo estudiado.

E. MONEDAS

El conjunto numismático hallado en la necrópolis de Carratiermes consta, hasta el presente, de cinco monedas, una de ellas encontrada en tumba; a continuación hacemos una relación de las piezas:

1. Moneda ibero-romana de bronce, semis; presenta los siguientes caracteres:
Anverso: efigie viril, tras ella expresión **EX.S.C.** y delante **CELTMI**.
Reverso: jinete lancero ibérico con **TOLE** en exergo.

La ceca corresponde a Toledo; su cronología se sitúa entre 60-51 a.C. Su estado de conservación es bastante bueno.

Toledo acuña en esta época dos emisiones singulares; en ellas, aparece la expresión **EX.S.C.**, fórmula que en acuñaciones romanas significaba que la emisión no había sido prevista por el Senado a principio del año (Villaronga, 1979; pág. 242).

2. Moneda romana de bronce, as altoimperial, con leyenda latina. Descripción:
Anverso: cabeza laureada a izquierda y leyenda **AUGUSTUS MUN. CAL. IULIA**.
Reverso: Orus (toro) y leyenda: **II VIR L.BAEB. PRISCO Y C.GRAN.BROC**.

Lleva gráfila en anverso y reverso; la emisión corresponde a la ceca de Calagurris, con cronología del 23 a.C. y posteriores. Su estado de conservación es bueno (Villaronga, 1979; pág. 262).

3. Moneda romana de bronce, as altoimperial, con leyenda latina. Descripción:
Anverso: Cabeza de Tiberio a derecha, leyenda dentro de gráfila: **TI. CAESAR DIVI AUGUSTI F. AUGUSTUS**.
Reverso: Corona de laurel y en interior leyenda: **V.IR**; dentro de gráfila de puntos: **MUN. AUGUSTA BILBILIS C. POM. CAPELL.G. VALE. TRANQ.**

Corresponde la emisión a la ceca de Bilbilis, y fue acuñada entre el 14 y 37 d.C. Su estado de conservación es bueno (Villaronga, 1979; pág. 282).

4. Moneda ibero-romana de bronce, as. Descripción:
Anverso: Efigie laureada de Augusto a derecha, y leyenda: **AUGUSTUS DIVI F**.
Reverso: Toro a derecha, y leyenda: **MUN. ERCAVICA**. En el exergo **ERCAVICA**.

Corresponde la acuñación a la ceca de Ercávica, y se fecha entre el 27 a.C. y el 14 d.C. Su estado de conservación es muy bueno (Villaronga, 1979; pág. 263).

5. Moneda ibero-romana de bronce, as. Descripción:
Anverso: cabeza de Augusto a derecha, y leyenda: **IMP. AUGUSTUS P.O.** Gráfila de puntos.
Reverso: Efigie femenina a derecha, con infulas, y leyenda: **TURIASO**. Gráfila de puntos.

La ceca de emisión es Turiaso y la fecha queda comprendida entre el 27 a.C. y el 14 d.C. Su conservación es muy buena, puede considerarse flor de cuño (Villaronga, 1979; pág. 261).

Las características comunes de este conjunto numismático se pueden resumir del siguiente modo:

—La cronología general de emisión de las piezas descritas comprende desde la mitad del siglo I a.C. hasta el primer cuarto del siglo I d.C.

—Todas las monedas se encuentran acuñadas en bronce, con inscripción latina, y en cecas que podemos concretar en dos zonas:

1. Calagurris, Bilbilis y Turiaso, bastante próximas entre sí y con Tiermes y su entorno; hay que significar que, en las excavaciones practicadas en la ciudad, el numerario procedente de las cecas de este grupo es también importante.

2. Ercávica y Toledo, algo más alejadas geográficamente de Tiermes pero que también, como en el caso anterior, se encuentran reflejadas en los hallazgos que han proporcionado los trabajos de campo efectuados en la ciudad de Tiermes.

MATERIAL CORRESPONDIENTE A AJUARES DE TUMBAS (Fig. 4,3-5)

En nueve tumbas del total inventariado hasta ahora en la necrópolis de Carratiermes, existe material de época romana, junto a cerámicas y otras piezas de época celtibérica. De los conjuntos indicados, solo tres vamos a tratar, por considerar que son los más significativos para el presente estudio. Son los siguientes:

Tumba 212

En ella, junto a cerámica celtibérica, tanto a torno como a mano, caso de la urna funeraria, se encontró una moneda de bronce, acuñada por Augusto (nuestro número 5).

Tumba 241

Con cerámica celtibérica, a torno y a mano, se halló una pieza entera de T.S.H., correspondiente a la forma Drag.27 (Fig. 3,5) y un borde de cerámica engobada, tipo 21 de M. Vegas (Fig. 4,5), imitación de tipo Oberaden 9, servicio 1 de T.S.I.

Tumba 242

Al lado de cerámica celtibérica a torno, había un puñal biglobular con su vaina, una anilla del arreo del caballo y un pequeño cuenco de cerámica común romana (Fig. 4,4), cuya forma imita a la 24/25 de Lamboglia de T.S.I.

DISPERSION DEL MATERIAL EXPUESTO

En el plano esquemático de la figura 5, se ha representado la dispersión de las piezas estudiadas dentro del conjunto del área excavada hasta la campaña de 1989. En él se puede observar, como ya señaló Argente Oliver (Argente, 1989) en un avance sobre la necrópolis de Carratiermes, la existencia de una estratigrafía horizontal, en la que los hallazgos más antiguos se sitúan hacia el S y SW, y los más modernos, caso de los que ahora se presentan, hacia el N y NE.

Al analizar la localización del material, se puede observar, en primer lugar, una ausencia casi total en la mayor parte de la extensión excavada de la necrópolis, salvo en una zona muy concreta, donde existe una clara concentración (cuadros 4-8, 4-9, 5-8, 5-9 y 6-9), que confirma la existencia de estratigrafía horizontal que antes mencionábamos. Dentro de dicha zona, la mayor concentración se halla en los cuadros 4-8, 5-9 y NW de 4-9, con una dispersión menor alrededor de ellos en los cuadros circundantes.

En lo que respecta a las monedas y a las piezas de T.S.H., no contamos, como ocurre con los restos cerámicos, con una o varias concentraciones puntuales, ya que se encuentran mucho más dispersos dentro del área en la que se hallaron.

PARALELOS

Nuestro propósito inicial, a la hora de abordar este trabajo, fue encontrar otras necrópolis dentro de la zona de la Celtiberia en las que, además de material propiamente celtibérico, contaran con otro de filiación romana en alguna de sus tumbas o en el área excavada del yacimiento.

Por esta circunstancia comenzamos a revisar las publicaciones relativas a dichas estaciones, no obteniendo resultados positivos, una vez consultadas las obras pertinentes, que recogen los trabajos efectuados en la primera mitad del presente siglo. Las investigaciones de Cerralbo, Cabré, Morenas de Tejada, Taracena y otros presentan resultados parciales del conjunto o, lo excavado, corresponde a otras etapas que no nos permiten establecer los paralelos pertinentes para este estudio.

Buena parte de los conjuntos excavados en esta etapa no fueron atendidos correctamente en su publicación, caso de la Colección Cerralbo, cuyos fondos constituyen el principal foco para la comprensión de buena parte del territorio celtibérico oriental; sin embargo, a pesar de no contar con datos de excavación, desde hace unos años se han ido estudiando y publicando los materiales de dicha Colección que, aunque sólo desde el punto de vista tipológico, han proporcionado datos importantes que deberán ser confirmados o rectificados con las excavaciones que en la actualidad se efectúan en yacimientos de este tipo, principalmente, y en lo que afecta a la Celtiberia Oriental, en las provincias de Soria y Guadalajara.

En segundo lugar, revisamos las publicaciones sobre necrópolis efectuadas en la segunda mitad de nuestro siglo (Cuadrado, Ortego, Almagro Gorbea y otros), en las que la ausencia de material romano es total.

Finalmente, hemos estudiado las excavaciones realizadas desde el último cuarto de siglo en las zonas próximas a Tiermes, llevadas a cabo por María Luisa Cerdeño, Ernesto García Soto, Rosario García Huerta, etc. Son escasos los trabajos y la mayoría de ellos no han finalizado, no aportando tampoco material del que ahora nos interesa.

Lo expuesto, no significa que no se hayan recogido algunas piezas de marcado carácter romano, pero no con el número y la ubicación que está proporcionando Carratiermes, lo que ha impedido establecer los paralelos adecuados que pretendíamos.

Fuera de la zona clásica celtibérica, pero encuadrada en la misma o similar época, debemos citar la necrópolis vaccea de Padilla de Duero (Sanz Mínguez y otros, 1989), en la que, junto a materiales prerromanos hay ya otros de cronología romana, incluso bajo imperial; el hallarse todavía en proceso de excavación no nos permite señalar las semejanzas que pueden existir entre Carratiermes y Padilla de Duero.

En consecuencia, debemos manifestar que resulta difícil establecer las comparaciones que deseábamos realizar; a pesar de ello, los objetos aquí expuestos permiten ver como la utilización de la necrópolis de Carratiermes fue muy amplia temporalmente, desde fines del siglo VI a.C. al I d.C., llegando a rebasar los límites temporales que se producen en otras necrópolis celtibéricas y revela, de manera segura, el mantenimiento del lugar de enterramiento de la Tiermes Arévaca, a la vez que el respeto por el mismo en época más tardía, no impidiendo que los habitantes del lugar utilizaran como elementos de ajuar objetos de diferente origen al que habían empleado sus antecesores; ello significa, a nuestro modo de ver, la plena incorporación del pueblo terrestino a las nuevas formas de vida impuestas por el pueblo vencedor; a la vez que mantienen viva, en mayor o menor grado, la esencia de su idiosincrasia que, aunque algo cambiada, volverá a surgir en el Bajo Imperio.

CONCLUSIONES

Ante todo, queremos señalar que nuestro propósito ha sido estudiar el material romano, no como un conjunto aislado, sino como algo hallado en un contexto muy concreto, como es la necrópolis de Carratiermes y correspondiente a la fase final de utilización del lugar como cementerio.

Sin embargo, las conclusiones que presentamos son provisionales, puesto que se encuentra excavada solamente parte del total del cementerio, que, sin duda, aportará mayor información y tal vez modifique en parte la idea que existe hoy sobre el tema.

En el conjunto de materiales expuestos, se pueden distinguir tres producciones:

- Piezas celtibéricas
- Piezas celtibéricas de época romana
- Piezas romanas

A pesar de ello, los materiales forman un único conjunto, en el que conviven estos distintos tipos. El estudio general de los materiales de cata, nos acerca a una cronología que abarca desde el siglo II a.C. hasta final del I d.C.

Lo mismo puede deducirse de las piezas procedentes de tumbas, aunque en principio pueda resultar extraño, ya que existen objetos dispares dentro de una misma tumba. Creemos que la fecha que puede guiarnos es la de los materiales más recientes (siglos I-II d.C.), ya que los elementos más antiguos pueden tener una larga utilización; en nuestro caso, las fechas más alejadas las aportan las armas, objetos considerados de prestigio social y económico entre el pueblo celtíbero. Por ello no puede resultar extraño que las armas, que son objetos más duraderos, caros y menos sujetos a las influencias del momento, puedan tener más larga perduración en el tiempo (Pérez Casas, 1988). Ello nos lleva a fijar la cronología de estos conjuntos de materiales entre los siglos II a.C. al I d.C., tal vez comienzos del II d.C.

En cuanto a la dispersión de los materiales en la necrópolis, hay que señalar que el límite oriental de la zona de concentración coincide aproximadamente con el borde E. de la zona excavada; sin embargo, volvemos a insistir que lo expuesto es provisional y pueden variar los datos a medida que avance la excavación por esa zona, sobrepasando el límite hasta ahora establecido.

BIBLIOGRAFIA

- ABASCAL PALAZON, J.M.: La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica. Madrid, 1986.
- AGUILERA Y GAMBOA, E. de (Marqués de Cerralbo): Las necrópolis ibéricas. Madrid, 1916.
- ALMAGRO GORBEA, M.: La necrópolis celtibérica de Las Madrigueras. Carrascosa del Campo (Cuenca). B.P.H., X, 1976.
- ARGENTE OLIVER, J.L.: Tiermes: catorce años de excavaciones. En Diez años de Arqueología Soriana (1978-1988). Soria, 1989, págs. 59-68.
- BELTRAN MARTINEZ, A.: Cerámica romana. Tipología y clasificación. Zaragoza, 1978.
- CABRE AGUILO, J.: Excavaciones en la necrópolis celtibérica del Altillio de Cerropozo (Atienza). M.J.S.E.A., n.º 105, 1929.
- CERDEÑO, M.L.: La necrópolis céltica de Sigüenza. W.H., 6, 1979, págs. 72 y ss.
- CERDEÑO, M.L., GARCIA HUERTA, M.R. y PAZ ESCRIBANO, M.: La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). W.H., 8, 1981, págs. 9-84.
- CUADRADO DIAZ, E.: Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara). E.A.E., 60, 1988.
- DIAZ DIAZ, A.: La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara). R.A.B.M., LXXIX, 2, 1976, págs. 397 y ss.
- MAYET, F.: Las céramiques sigillées hispaniques. Contribution a l'histoire économique de la Péninsule Ibérique sous l'Empire Romaine. París, 1983-1984.
- MEZQUIRIZ DE CATALAN, M.A.: Terra Sigillata Hispánica. Valencia, 1961.
- PALOL, P. de: Clunia Sulpicia, ciudad romana. Burgos, 1959. Guía de Clunia, Burgos, 1983.
- PEREZ CASAS, J.A.: Las necrópolis. Catálogo de la Exposición sobre Celtíberos. Zaragoza, 1988, págs. 96-98.
- ROMERO CARNICERO, M.V.: Numancia I. La terra sigillata. E.A.E., 146, 1985.
- SACRISTAN DE LAMA, J.D.: La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos). Valladolid, 1984.
- SANZ MIGUEZ, C. y otros: Padilla de Duero. Investigaciones arqueológicas 1985-1989. Valladolid, 1989.
- VEGAS, M.: La cerámica común romana del Mediterráneo Occidental. Barcelona, 1973.
- VILLARONGA, L.: Numismática Antigua de Hispania. Barcelona, 1979.

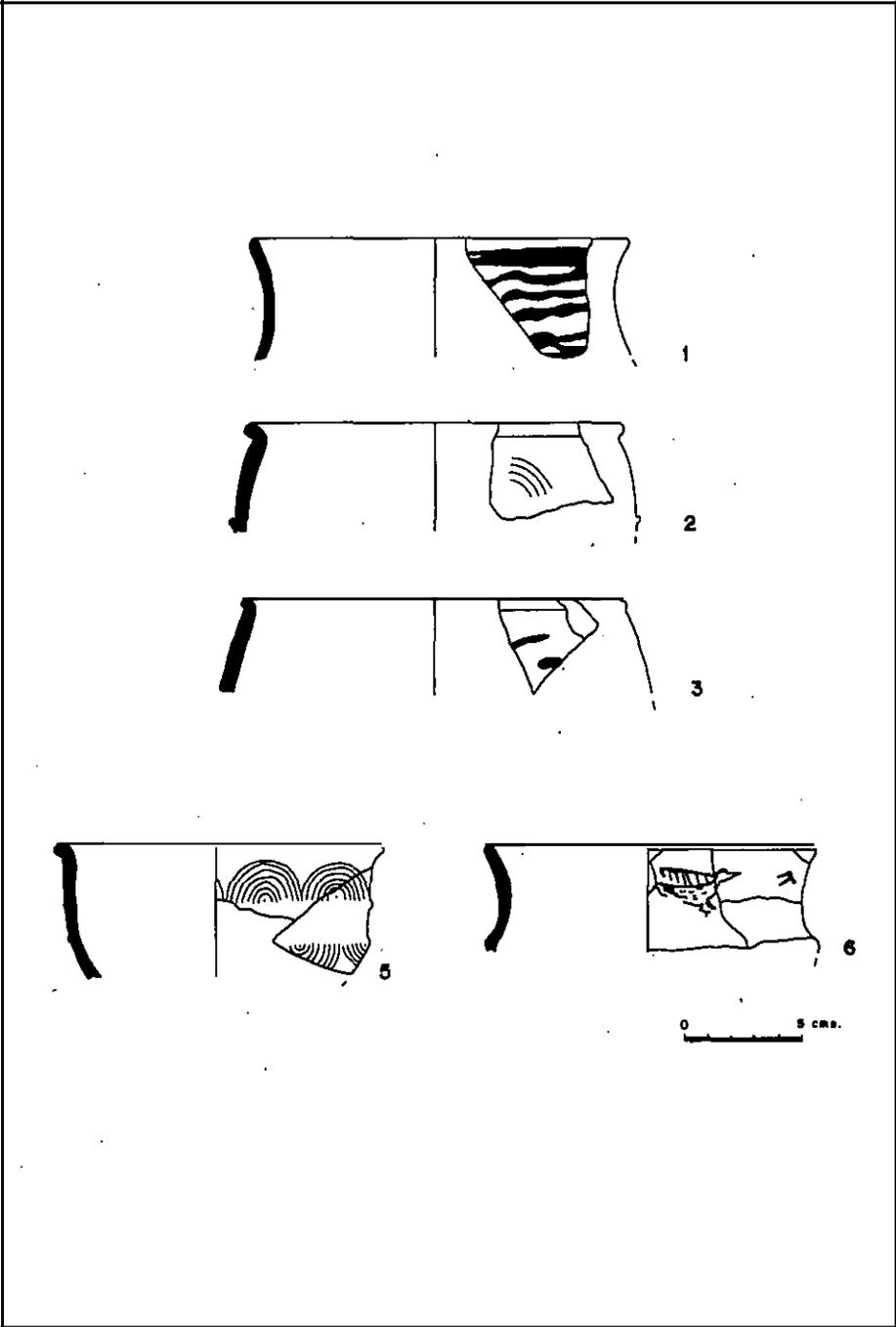


FIG. 1.—Necrópolis de Carratiermes. Cerámica pintada de tradición indígena.

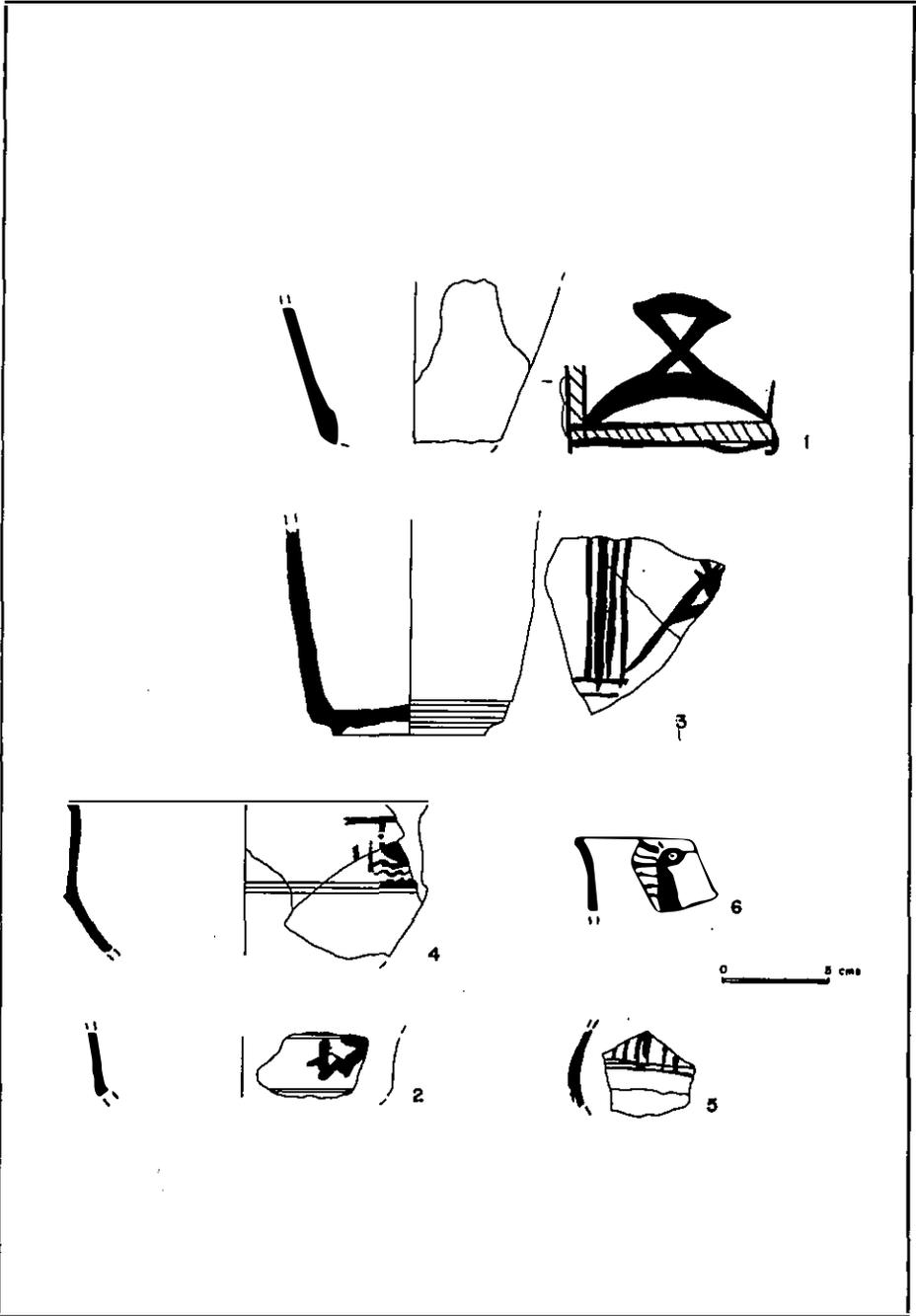


FIG. 2.—Necrópolis de Carratiermes. Cerámica pintada de «tipo Clunia».

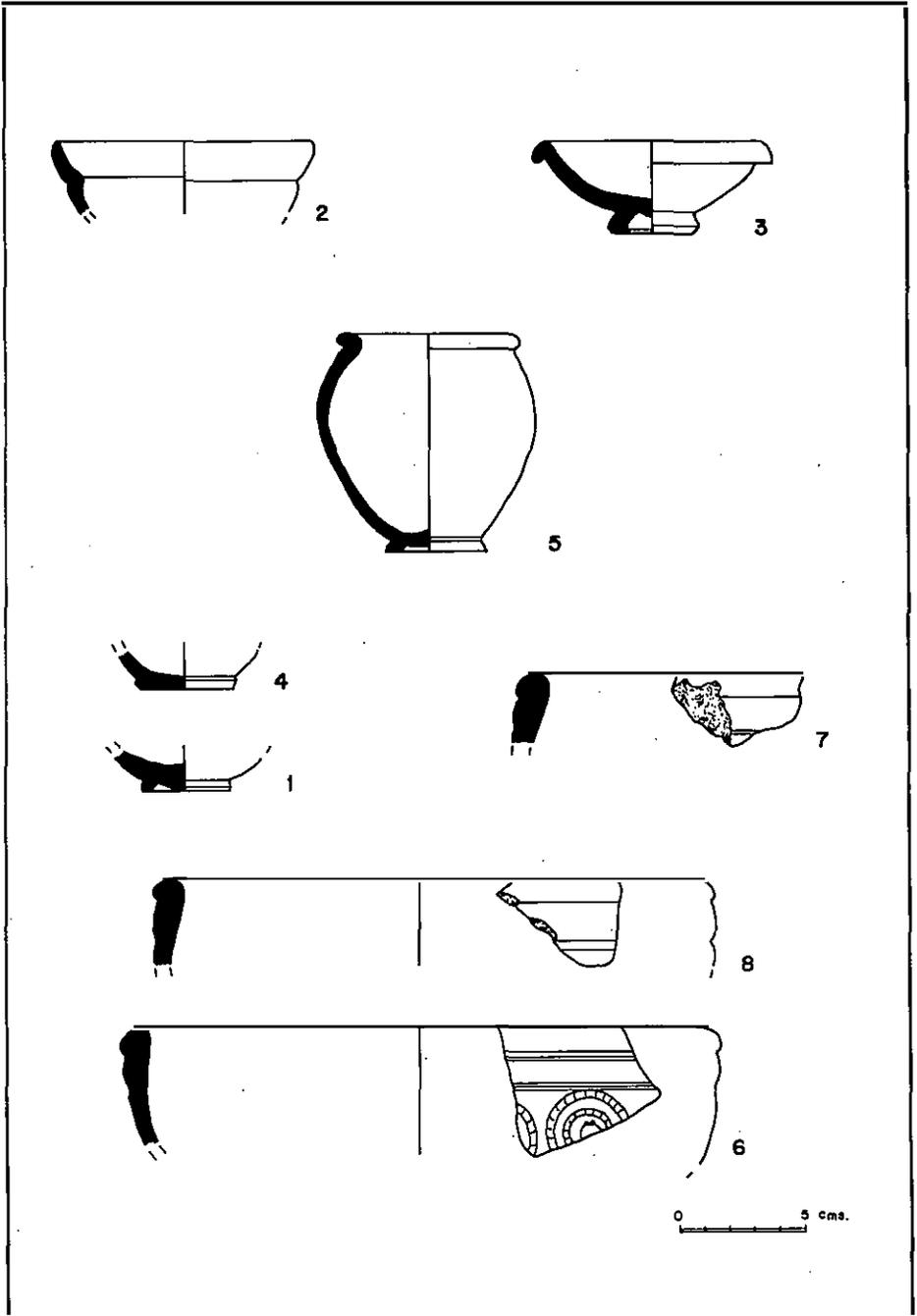


FIG. 3.—Necrópolis de Carratiermes. Terra Sigillata Hispánica.

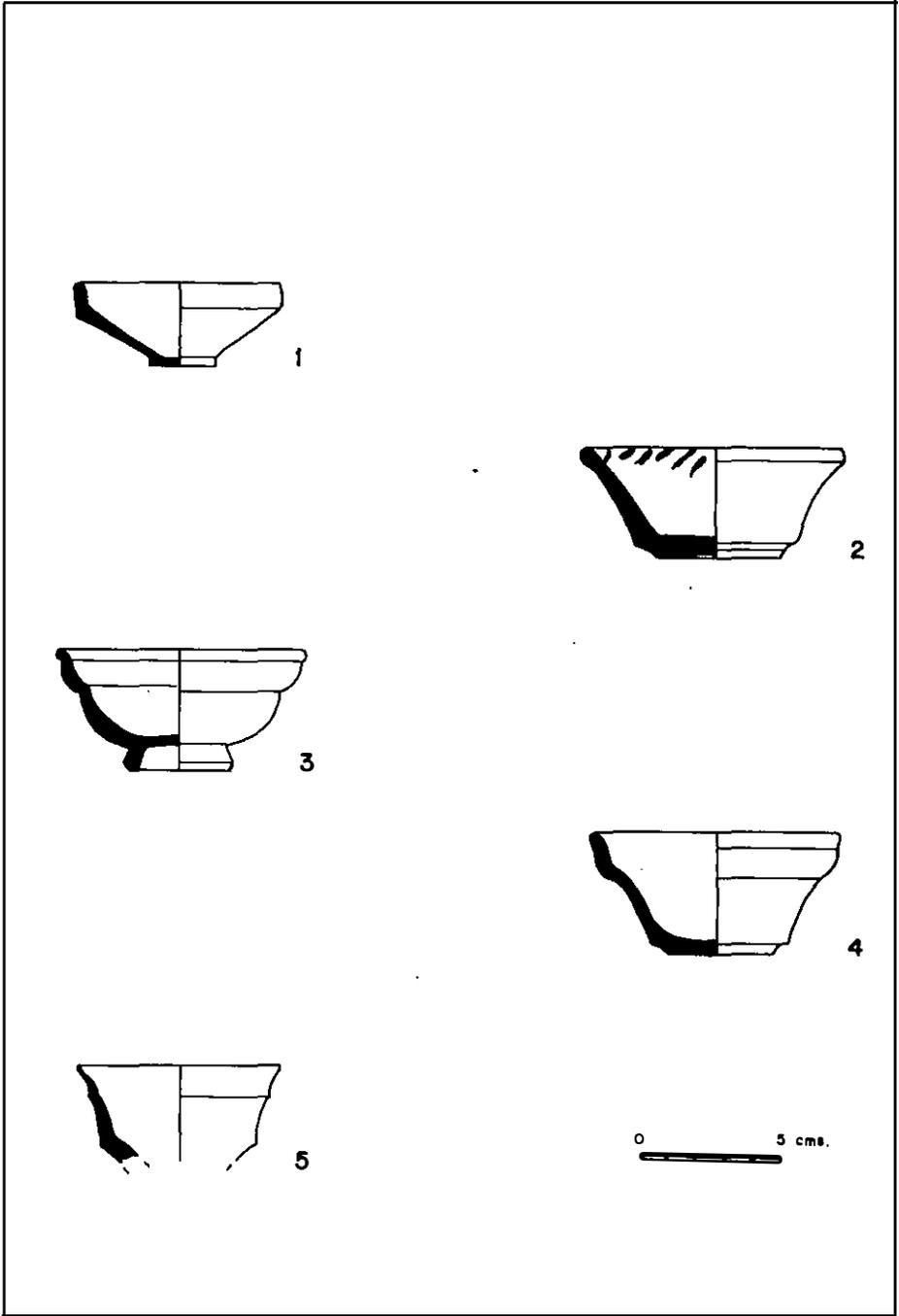


FIG. 4.—Necrópolis de Carratiermes. Cerámica romana.

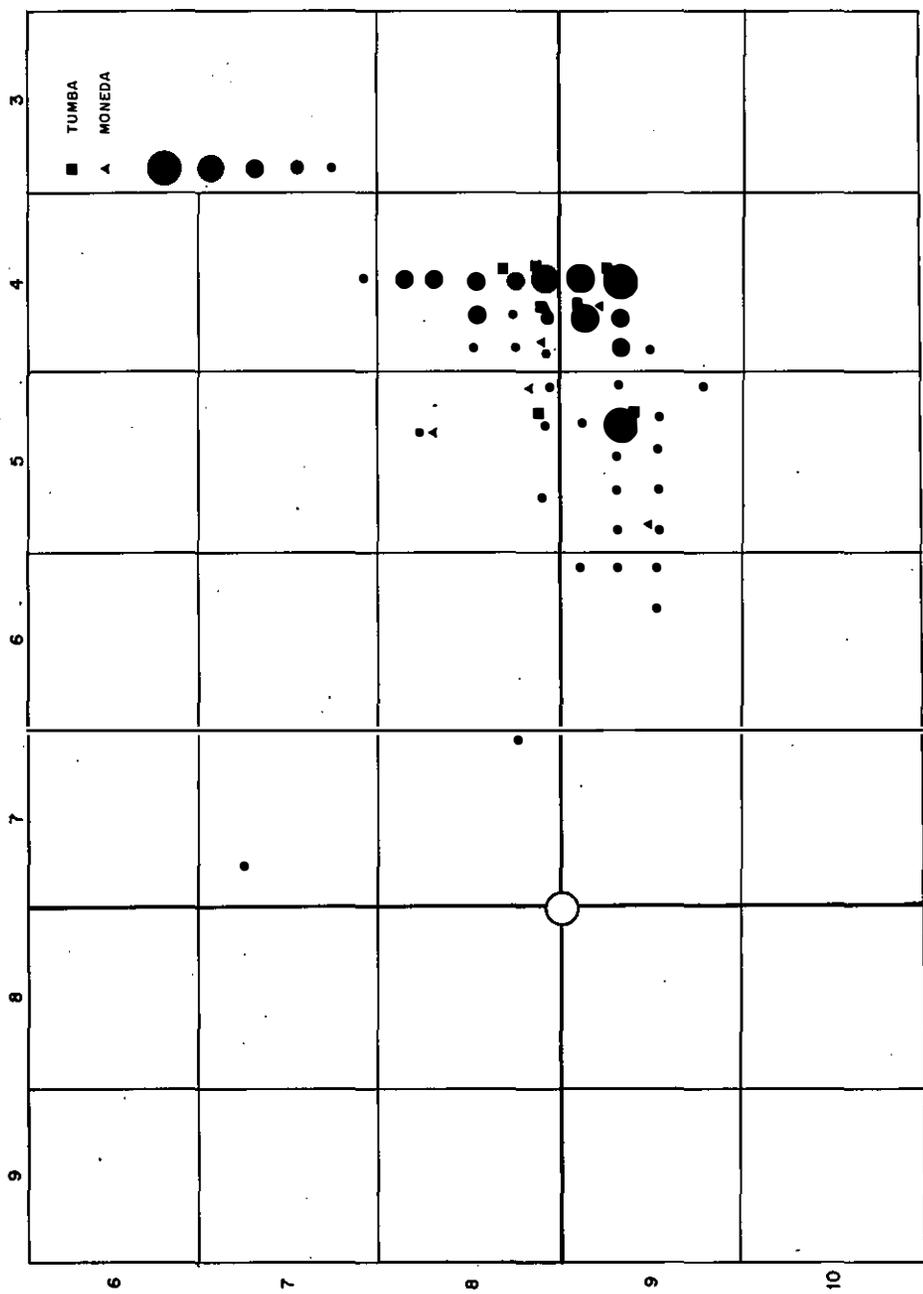


FIG. 5.—Necrópolis de Carratiermes. Distribución de los hallazgos de época romana en el área excavada del yacimiento.

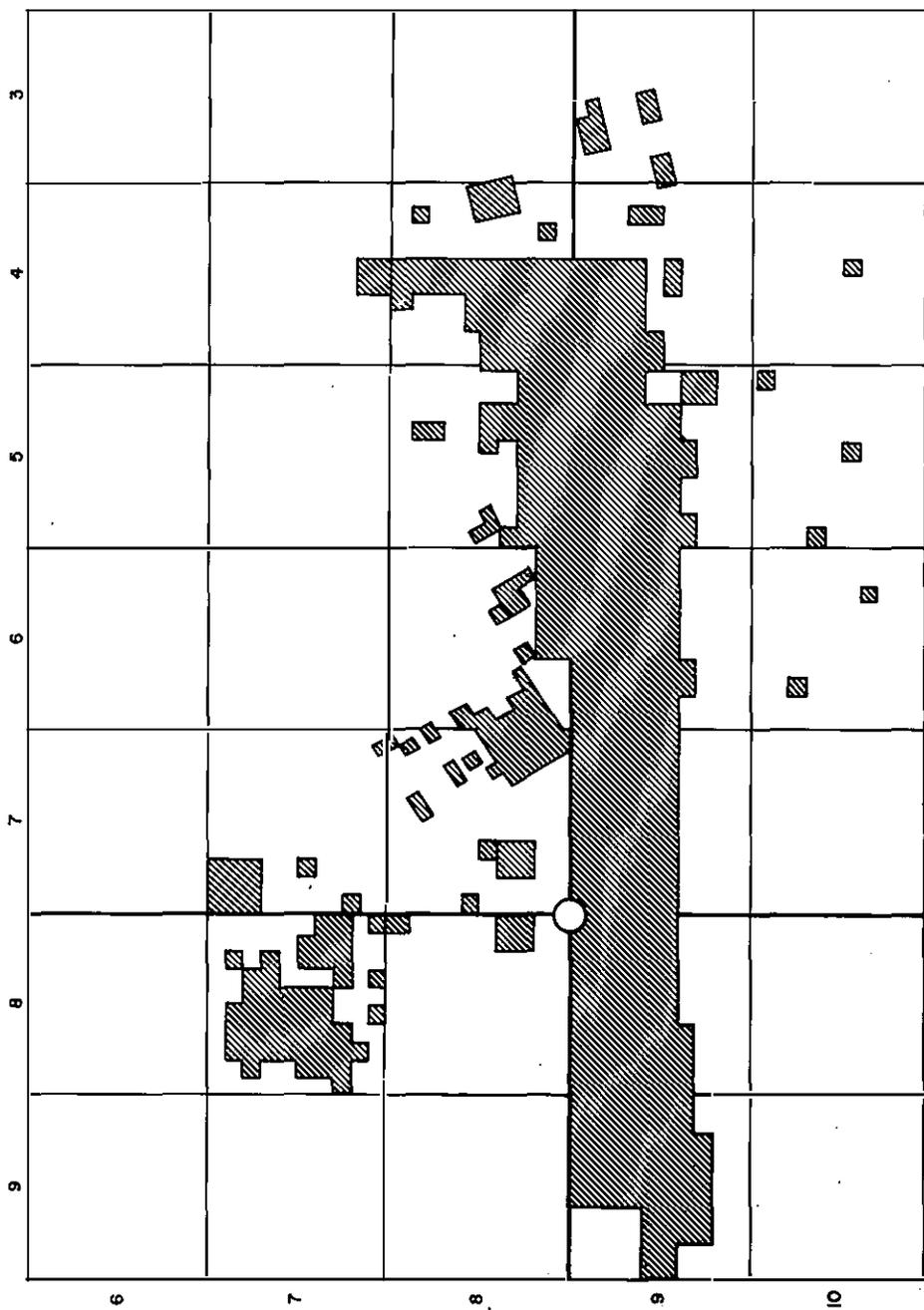


FIG. 6.—Plano del área que supuestamente ocupa la necrópolis de Carratermes y zona excavada hasta 1989.

ALGUNOS EJEMPLOS DE ARQUITECTURA DECORATIVA DE LA PROVINCIA DE SORIA

M.^a A. GUTIERREZ BEHEMERID*

Los elementos arquitectónicos que vamos a analizar constituyen una variada muestra de la decoración arquitectónica de época imperial. Hemos reunido piezas de diversas características como son capiteles, frisos, placas decorativas o estucos moldurados de modo que a través de su análisis pudiéramos trazar una secuencia tanto cronológica como estilística de las mismas, independientemente de la procedencia de cada una de ellas. A pesar de que el material no es muy abundante, sí permite, en cambio, apreciar una evolución en la decoración arquitectónica desde un momento relativamente temprano —fines de época augustea/tiberiana hasta finales del siglo II/comienzos del siglo III d.C.—. No incluimos en este trabajo los capiteles de la Villa de «Los Quintanares», del siglo V d.C., por considerar que se alejan bastante del ámbito cronológico que nos ocupa. En este conjunto vamos a encontrar también diferentes esquemas ornamentales que nos van a permitir ver cual es su grado de integración en las corrientes artísticas del mundo romano. En este sentido, quizá lo más interesante que puede aportar su análisis es precisamente el ver la reelaboración e interpretación que se ha llevado a cabo de unos modelos urbanos y su trasposición a un medio típicamente provincial.

Las piezas proceden en su mayor parte de Numancia —dos capiteles toscanos con sus basas correspondientes, uno corintio y seis fragmentos de friso— y en menor medida de Uxama —dos capiteles— y de Tiermes —un capitel y una lápida—. De la Villa de «Los Quintanares» presentamos un material bastante diferente como son una placa de mármol y otros elementos moldurados en yeso.

I. CAPITILES

a) Toscanos

1-2.—Pro. Numancia. Manzana XXI. Loc. in situ. Mat. arenisca. Dim. alt. 37 cm.

Bibliografía: MELIDA, J.R.: *Excavaciones en Numancia*, MJSE y A., III, 1971, pág. 11, lám. VIII A; ORTEGO, T.: *Numancia. Guía breve histórico-arqueológica*, Madrid, 1975, lám. 33.

El ábaco, cuadrado y liso, se apoya directamente sobre un equino en forma de toro que se une al hypotrachelium mediante un collarino en forma de gola.

b) Corintios

3.—Pro. Uxama. Loc. Museo Numantino. Mat. arenisca.

Bibliografía: GUTIERREZ BEHEMERID, M.^a A.: Cinco capiteles romanos del Museo Numantino de Soria, *Celtiberia*, 61, 1981, págs. 301-302, lám. I; ORTEGO, T.: Edad Antigua en Historia de Soria dirigida por J.A. Pérez Rioja, Soria, 1985, pág. 169.

Mitad superior de un capitel corintio. Los caulículos, inclinados y estriados, se rematan en una orla formada por dos listeles horizontales; sus cálices están constituidos por dos hojas de acanto de perfil, articuladas en cinco lóbulos de hojitas apuntadas con zonas de sombra en forma de gota seguida de uno o dos triángulos en su punto de unión. El cáliz central muestra dos pequeñas hojitas de perfil, divididas en lóbulos en su parte interna; de este nace el tallo que sostiene la flor del ábaco. Las volutas y las hélices, a modo de cinta de sección cóncava y con los márgenes en resalte, finalizan en espiral; en su punto de unión, ocupando el espacio libre del kálathos, se desarrollan unos delgados tallos que se rematan en sendas rosetas de cinco pétalos redondeados con un bulbo central. El ábaco, de lados poco cóncavos y bastante alto, presenta dos zonas claramente diferenciadas.

4.—Pro. Uxama. Loc. Colección Morenas de Tejada. Mat. arenisca.

Ejemplar tipológicamente afín al anterior. Muestra parte de las hojas de la segunda corona en las que se aprecia la articulación de los lóbulos en hojitas de sección angular y apuntada, con formas geométricas en su punto de contacto. La nervadura central recorre la hoja verticalmente flanqueada por profundos surcos paralelos y ligeramente arqueados que llegan hasta la base de la hoja; los caulículos, acanalados, se rematan en una orla formada por dos listeles horizontales; sus hojas son idénticas a las de las coronas pudiéndose apreciar en este caso con mayor claridad el motivo de la gota y de los triángulos en su punto de unión. El cáliz central es similar al de la pieza anterior. Las hélices muestran sección cóncava con los márgenes en resalte desarrollando una amplia espiral.

5.—Pro. Numancia. Loc. reutilizado en la Iglesia de Ventosilla. Mat. arenisca. Dim. alt. 63 cm., long. de todo el bloque: 103 cm.; prof. 50 cm.

Bibliografía: ORTEGO, T.: Numancia romana, *Celtiberia*, 34, 1967, pág. 207, lám. III, fig. 6; IDEM: Crónica del Coloquio conmemorativo del XXI centenario de la epopeya numantina, *Monografías Arqueológicas*, 10, 1972, pág. 86.

La parte inferior del kálathos aparece cubierta con dos coronas de hojas de acanto, con la parte superior redondeada y separada ligeramente del cuerpo del capitel; estas se articulan en cinco lóbulos, divididos a su vez en hojitas lanceoladas con terminación ligeramente apuntada y zonas de sombra en forma de gota alargada en su punto de contacto. La nervadura, con una profunda incisión en el centro, está flanqueada por surcos paralelos y arqueados que llegan hasta la base de la hoja. Los caulículos, alargados e inclinados, presentan acanaladuras rematándose en una pequeña corona de sépalos; sus cálices ofrecen el mismo

tipo de hojas de la base. Las volutas y las hélices, ligeramente convexas, se rematan en espiral. El cáliz central está originado por dos estrechas hojas de acanto de perfil articuladas en pequeños lóbulos en su parte interna; de este cáliz surge un delgado tallo que sostiene la flor del ábaco.

6.—Pro. Tiermes. Loc. Carrascosa de Arriba.

Bibliografía: TARACENA, B.: *Carta Arqueológica de España*. Soria, Madrid, 1941, pág. 112; ORTEGO, T.: *Tiermes. Guía del conjunto arqueológico*, Madrid, 1975, pág. 33, fig. 22.

Presenta dos coronas de hojas de acanto bastante extendidas y adheridas al kálathos, ocupando más de la mitad de la altura total del capitel. La articulación de los lóbulos es en hojitas lanceoladas con zonas de sombra en forma de gota alargada en su punto de unión. La nervadura central en forma de V invertida recorre verticalmente la hoja presentando en el centro una incisión vertical que llega hasta la base de la misma; los caulículos, curvos y acanalados, se rematan en tres ovas; sus cálices muestran el tipo de hojas de las coronas; el cáliz central es similar al de las piezas anteriores. Las volutas y las hélices a modo de cinta bastante estrecha y de sección cóncava se rematan en una breve espiral. Se aprecia un delgado tallo que surge del cáliz central y que sostendría la flor del ábaco.

Los rasgos de los **capiteles toscanos** numantinos corresponden a un tipo con amplia difusión en todo el ámbito romano desde época tardo-republicana, constituyendo una variante típicamente occidental. La simplicidad de su perfil, sin ningún tipo de moldura suplementaria sobre el equino y el hecho de que las tres partes que integran el capitel —ábaco, equino y collarino— tengan similar altura, nos permite considerarlo de época temprana, posiblemente de la primera mitad del siglo I d.C. Un elemento en apoyo de esta datación es la modalidad de basa, ática, formada por dos toros, un poco más alto el inferior y sobrepasando también ligeramente en amplitud al superior; separados por una escocia no demasiado amplia y el carecer de plinto. Piezas afines son relativamente abundantes tanto dentro como fuera de la Península y con una cronología similar a la propuesta¹.

La cronología que nos proporcionan los **capiteles corintios** se puede situar, en líneas generales, a lo largo del siglo I d.C. La fase más antigua viene señalada por los dos fragmentos procedentes de Uxama (números 3 y 4) en los que están presentes todos los elementos que caracterizan a las piezas tardo-republicanas y proto-augusteas, aunque su cronología haya que situarla en un momento ligeramente más tardío, finales de época augustea o incluso en los comienzos de la tiberiana. El elemento clave para su datación es el acanto, que se estructura según un rígido esquema geométrico, en el que las hojas se articulan en cinco lóbulos, divididos en cinco hojitas apuntadas, con zonas de sombra en su punto de contacto en forma de gota seguida de uno o varios triángulos con el vértice superior abierto. Es la variedad de acanto que se utilizará desde la época tardo-republicana a la medio augustea y que aparece ampliamente documentada

(1) PENSABENE, P., *Les chapiteaux de Cherchel*, 3 supl. *Bull. Archeologie Algerienne*, 1982; Tipo IV, números 138 y 139; IDEM, *Scavi di Ostia. VII. I Capitelli*, Roma, 1974, números 5, 14 y 17; GUTIERREZ BEHEMERID, M.^a A., *Capiteles Romanos de la Península Ibérica*, *Studia Archaeologica*, 77, Valladolid, 1986, pág. 43, figs. 1 a 3.

tanto en diferentes construcciones como en piezas aisladas². El acanto presente en estos capiteles de Uxama está entre los tipos D y E de Roth Conges³, quizá con mayor aproximación al tipo E —n.º 4— aunque su fragmentaria conservación no nos permite mayores precisiones. Además del acanto, la forma estriada de los caulículos y su remate nos lleva también a este momento. A ello hay que añadir la presencia de unas diminutas rosetas, n.º 3, situadas entre las volutas y las hélices, que son elementos típicos del estilo metropolitano del Segundo Triunvirato; su ejecución es debida, según Heilmeyer, a equipos griegos y gozará de bastante popularidad en las provincias⁴. A este hecho no va a ser ajena la Península Ibérica siendo relativamente numerosos los ejemplos que se conocen con estas características procedentes todos ellos de la Tarraconense⁵; sin embargo, la cronología de las piezas hispanas presenta en algunos casos un cierto retraso con respecto a las de la metrópoli correspondiendo en su mayor parte a época tardo-augústea.

El ejemplar de Numancia (n.º 5) señala un paso más con respecto de los anteriores. El acanto no se organiza conforme a un riguroso esquema y el contacto de los distintos lóbulos entre sí constituyen zonas de sombra en forma de gota alargada e inclinada, asumiendo todo el conjunto de la hoja un aspecto diferente; este tipo de acanto, disimétrico, es la modalidad que suplantará al anterior a partir de la época medio-augústea y perdurará durante toda la época imperial⁶. La hoja pierde así el aspecto geométrico adquiriendo rasgos más naturalistas; sin embargo, este capitel está lejos aún del naturalismo que ofrecen ciertos ejemplares como pueden ser varias piezas procedentes de Mérida o Córdoba⁷, manteniéndose en ellos aún ciertos rasgos que recuerdan a los que hemos visto en las piezas anteriores como son los caulículos o el cáliz central. Su cronología se podría situar en la segunda mitad del siglo I d.C.

Finalmente, en el capitel de Tiermes (n.º 6), encontramos varios elementos similares al de los ejemplares anteriores como son los caulículos o el cáliz central; sin embargo, las hojas se presentan mucho más extendidas y la nervadura central se organiza de forma diferente, si bien las zonas de sombra que originan los lóbulos en su punto de unión son muy similares a las del capitel numantino. Su datación es también similar a la de este manteniéndose en él ciertos elementos como son la forma del tallo de los caulículos o el remate superior del fuste de la columna que se encuentran en piezas de época más temprana.

(2) ROTH-CONGES, A., *L'acanthé dans le décor architectonique proto augustéen en Provence*, RAN, 16, 1983, págs. 105-108. Esta modalidad de acanto está presente en Roma entre otros, en el Templo del Divo Iulio (42-29 a.C.) o en el Templo de Apolo Palatino (36-28 a.C.); en la Galia encontramos también diversos ejemplos en Arles y en Glanum; *ibidem*, figs. 3, 5 y 34 a 36.

(3) *ibidem*, pág. 129.

(4) HEILMEYER, W.D., *Korinthische Normalkapitelle. Studien zur Geschichte der römischen Arkitekturdekoration*, 16 suppl. RM, 1970, págs. 36-39.

(5) Diversos ejemplos de esta modalidad se constatan en Barcelona, Tarragona, Zaragoza, Pamplona, etc.; GU-TIERREZ BEHEMERID, M.ª A., *Ob. cit.*, págs. 14-17.

(6) ROTH-CONGES, A., *Ob. cit.*, pág. 109.

(7) BLANCO FREIJEIRO, A., *España romana en Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, 1982, fig. 308; BARRERA ANTON, J.L. de la, *Los Capiteles Romanos de Mérida*, Monografías Emeritenses, 2, 1984, números 2 a 17.

II. FRISOS

1.—Pro. Numancia. Loc. utilizado como jamba en una casa de Renieblas. Mat. caliza.

Bibliografía: ORTEGO, T.: *Numancia Romana*, Crónica del Coloquio conmemorativo del XXI centenario de la epopeya numantina, *Monografías Arqueológicas*, 10, 1972, pág. 86; IDEM: *Edad Antigua en Historia de Soria* dirigida por J.A. Pérez Rioja, Soria, 1985, pág. 158.

Fragmento decorado con una guirnalda del tipo voluta-pedúnculo. El esquema decorativo se forma a partir de delgados caulículos, lisos, de los que surgen conjuntamente hojas de acanto de perfil, articuladas en lóbulos, y diminutos zarcillos o pedúnculos que desarrollan un círculo y se rematan en dos tipos diferentes de flor ocupando el interior de la voluta; en un caso se trata de una roseta con una doble corona de pétalos lanceolados y botón central y, en otro, de dos florones, con aspecto de margarita, igualmente de pétalos lanceolados, con sección cóncava, agrupados de tres en tres, formando en el punto de contacto zonas de aspecto triangular alargadas. El friso está enmarcado por un sencillo listel plano.

2-5.—Pro. Numancia. Loc. reutilizado en la Iglesia de Ventosilla (n.º 2). Cubo de Hogueras, entrada a la Iglesia (n.º 3). Empotrado en las paredes de una casa en Fuentelsaz (n.º 4). Reutilizado en la torre de la Iglesia de Renieblas (n.º 5). Mat. arenisca. Dim. long. 88 cm. (n.º 2); 89 cm., (n.º 3); 98 cm. (n.º 4); alt. 40 cm. (números 2 y 3); fondo 50 cm. (n.º 3).

Bibliografía: ORTEGO, T.: *Numancia Romana*, *Celtiberia*, 34, 1967, lám. IV, fig. 8; IDEM: *Numancia Romana*, Crónica del Coloquio conmemorativo del XXI centenario de la epopeya numantina, *Monografías Arqueológicas*, 10, Zaragoza, 1972, págs. 68-69; IDEM: *Edad Antigua en Historia de Soria* dirigida por J.A. Pérez Rioja, Soria, 1985, págs. 158-159.

El esquema es el mismo en todos los casos, tipo voluta-pedúnculo. La composición se desarrolla a partir de delgados caulículos acanalados y rematados en una orla formada por dos pequeñas hojitas que sucesivamente van dando origen a tallos de acanto de perfil y a pedúnculos que describen un círculo conteniendo en su interior distintos tipos de florones y rosetas; de estos caulículos parecen surgir al mismo tiempo unos delgados tallos, visibles sobre todo en el n.º 3, que se rematan en series de hojitas diferentes y ocupan los espacios libres tanto en la parte superior como en la inferior del friso. Todos ellos están enmarcados por un listel plano.

6.—Pro. Numancia. Loc. reutilizado en una casa en Fuentelsaz. Mat. arenisca. Dim. long. 87 cm., alt. 38 cm.

Bibliografía: ORTEGO, T.: *Numancia Romana*, Crónica del Coloquio conmemorativo del XXI centenario de la epopeya numantina, *Monografías Arqueológicas*, 10, Zaragoza, 1972, pág. 87; IDEM: *Edad Antigua en Historia de Soria* dirigida por J.A. Pérez Rioja, Soria, 1985, pág. 159.

Fragmento que corresponde al eje central de una composición del mismo tipo que la anterior. Se trata de una cabeza barbada con los rasgos de la cara realizados de forma esquemática; en la parte superior de la cabeza se representan dos orejas de animal entre las que surgen dos caulículos, uno de ellos, el derecho, en forma de trompeta, similar a un cuerno de la abundancia; de estos se origina el esquema compositivo a partir de tallos de acanto y pedúnculos que se rematan en sendas rosetas de seis pétalos abultados y bulbo central ocupando prácticamente todo el espacio interno de la voluta; en el punto de unión de los caulículos nace un elemento vegetal de carácter análogo al que ofrecen los frisos anteriores; el motivo de la derecha parece surgir del caulículo.

Los seis fragmentos de friso que acabamos de analizar ofrecen todos ellos el mismo tipo de composición, esquema voluta pedúnculo, que se origina a partir de un elemento central —florón de acanto, Gorgona, crátera, etc.— desarrollándose la composición a uno y otro lado de este, tal y como vemos en la pieza n.º 6; también puede desarrollarse a partir de un motivo en la base.

La guirnalda representada en el fragmento n.º 1 está escasamente vegetalizada, lo que se manifiesta en la simplicidad de los tallos de acanto; tampoco ofrece esos elementos de relleno que aparecen en las otras piezas. No es probable una mayor diversidad en los elementos florales ya que lo más seguro es que únicamente alternasen esos dos motivos vegetales en toda la composición. El tipo de rosetas que aparece en este friso, sobre todo en el caso de las dos rosetas iguales, encuentra cierta afinidad estilística en varias representaciones análogas de frisos dóricos, en donde alternan con bóvidos o con otra modalidad de rosetas⁸, y en alguna medida también formando parte de la decoración de cornisas⁹. La Península Ibérica nos proporciona ejemplos similares en un friso dórico procedente de Sagunto y en la ornamentación de los costados de varias lápidas¹⁰. Parece probable que este fragmento de friso corresponda a la decoración de uno de los costados de una lápida, ara, etc. o, incluso, de una pequeña pilastra, ya que muestra en la parte inferior el listel de encuadramiento del friso, finalizando por tanto la composición en esta zona; posiblemente se remate de igual modo en la parte superior. Representaciones similares de lápidas, cipos, aras, etc. se constatan ampliamente¹¹.

En las otras cuatro piezas la vegetalización es mayor tal y como se manifiesta en las hojas de acanto que cubren los tallos de los caulículos o en la presencia

(8) RIZELLO, M., *Monumenti funerari romani con fregi dorici della Media Valle del Liri*, Sora, 1979, págs. 26 y 52; TORELLI, M., *Monumenti funerari romani con fregio dorico*, D. d' A.: 1968, fig. 7; GLADIS, A. von, *Der Arc du Rhone von Arles*, RM, 79, 1972, lám. 40, figs. 1 y 2; CAVALIERI MANASSE, G., *La decorazione ar chitettonica romana di Aquileia*, Trieste, Pola. I. L' Eta Repubblicana, Augustea e Giulio-Claudia, Padova, 1978, números 120 y 124; JOULIA, J. C.-L., *Les frises doriques de Narbonne*, Latomus, 202, 1988, números 12 y 148; lám. LXXXVII y lám. LXXXVII.

(9) GROS, P., *Les Temples Geminées du Glanum*, RAN, 1981, fig. 6.

(10) ALMAGRO, M., *El monumento funerario romano con friso dórico de Sagunto*, Saguntum, 15, 1980, lám. I, fig. 1; BOSCHUNG, D., *Antike Grabaltäre aus den Nekropolen Roms*, Acta Bernensia, X, Bern, 1987, lám. 41, números 813 b y 819 a; GAMER, G., *Formen römischer Altäre auf der Hispanischen Halbinsel*, MB, 12, 1989, lám. 33b y lám. 36 a y b.

(11) En diversos Museos de Roma encontramos varios ejemplos de ellos: SINN, F., *Stadtrömische Marmorurnen*, Mainz, 1987, lám. 14, n.º 42; KLEINER, Diana E.E., *Roman Imperial funerary altars with portraits*, Roma, 1987, lám. 5, números 3 y 4; DIEBNER, S., *Assernia-Venafrum. Untersuchungen zu der römischen Steindenkmälern zweier Landstädte Mittelitaliens*, Roma, 1979, lám. 80b; un caso más cercano tenemos en Clunia: PALOL, P. de y VILELLA, J., *Clunia II*, EAE, 150, 1987, pág. 81.

de diferentes tipos de hojas que ocupan el espacio libre entre las ondulaciones tanto en la parte superior como en la inferior y que en unos casos surgen de los caulículos y en otros se sitúan paralelos al tallo de los mismos, alternando una y otra disposición. Hay una mayor diversidad en los tipos de florones y rosetas, sin duda para dar más variedad a la composición y romper así la monotonía del esquema; en un caso, se trata de rosetas de pétalos triangulares (a) con aspecto geométrico y botón central tripartito (números 2,3 y 5), tipo de flor que aparece representada frecuentemente tanto en guirnaldas como en frisos dóricos¹²; otra variedad es la roseta «a girandola» (b) bien con movimiento hacia la derecha bien hacia la izquierda, siguiendo la dirección de la voluta y que cuenta con una amplia difusión tanto en guirnaldas como en frisos dóricos o en estelas¹³. Un tercer modelo está constituido por una flor de pétalos lisos (c), variante que está documentada por ejemplo en Arles y en Narbona¹⁴. La modalidad de florón con pétalos abultados (d) es muy común atestigüándose su presencia tanto en la Galia como en Italia o en la Península Ibérica¹⁵. En lo que al tipo de flor formado por dos hojas de acanto de perfil con los lóbulos tocándose en su parte interna (e) se refiere, únicamente hemos encontrado un ejemplo análogo en Saintes¹⁶. De las hojas que decoran los fragmentos números 3 y 5 solamente conocemos una representación análoga a la de Renieblas en un monumento funerario procedente de Venafurum¹⁷; de la otra variante no hemos encontrado ningún paralelo.

El friso n.º 6 corresponde al eje central de una composición, una cabeza, desarrollándose el esquema compositivo a uno y otro lado de esta. Creemos que se trata de la representación de una Gorgona aunque su iconografía no se corresponda exactamente. Conocemos una representación similar a la nuestra, en la que la Gorgona ofrece un aspecto prácticamente idéntico al de este friso, con dos prominentes orejas de animal, situadas en la parte superior de la cabeza, en lugar de las tradicionales alas, con dos tallos surgiendo entre las alas y rematados en sendas rosetas a uno y otro lado de la cabeza¹⁸; parece ser que este tipo de Gorgona, con orejas de animal en lugar de alas, pertenece a un tipo grotesco del que no se conocen demasiados paralelos y que se utilizan especialmente desde la segunda mitad del siglo I a.C. en frisos, desarrollando un esquema de composición idéntico al de este friso¹⁹. Pensamos que no hay duda en ver en esta cabeza una representación de Gorgona, quizá una mala interpretación de Gorgona, más que la de cualquier otra divinidad tal y como en algún momento se ha apuntado²⁰.

(12) En Barcelona en ambas modalidades: PUIG I CADAFLACH, J., *L' Arquitectura Romana a Catalunya*, Barcelona, 1934, figs. 245 y 259; JOULIA, J. C.-L., *Ob. cit.*, números 35 y 36; JANON, M., *Le décor architectonique de Narbonne. Les rinceaux*, 13 supl. RAN, 1986, lám. VIII, números 30 y 48.

(13) En Roma: Porta Maggiore: TORELLI, M., *Ob. cit.*, fig. 7; en Arles: JANON, M., *Ob. cit.*, n.º 22; en Narbona: JOULIA, J. C.-L., *Ob. cit.*, números 5, 24 y 26 y en Glanum: GROS, P., *Ob. cit.*, fig. 21; PALOL, P. de y VILELLA, J., *Ob. cit.*, pág. 81.

(14) GLADIS, A. von, *Ob. cit.*, lám. 41; JANON, M.: *Ob. cit.*, lám. VII.

(15) Nîmes: GLADIS, A. von, *Ob. cit.*, lám. 21,1; Narbona: JANON, M., *Ob. cit.*, n.º 80; Pietrabbondante: SYDOW, W. von, *Ein Rundmonument in Pietrabbondante*, RM, 1977, lám. 186,1; Barcelona y Tarrasa: PUIG I CADAFLACH, J., *Ob. cit.*, figs. 245, 259 y 426.

(16) TARDY, D., *Le décor architectural de Saintes antiques. Etude du «Grand entablement corinthien»*, Revue Aquitania, 14, 1986, figs. 3, H2.

(17) DIEBNER, S., *Ob. cit.*, lám. 83, n.º 821.

(18) SYDOW, W. von, *Ob. cit.*, lám. 136.

(19) IDEM, pág. 285; lám. 130, números 1 y 2 y lám. 131, n.º 2.

(20) Ortego ya apuntó la posibilidad de que pudiera tratarse de una Gorgona; sin embargo, en otro momento se refiere a esta misma representación como a la de un viento: ORTEGO, T., *Historia de Soria dirigida por J.A. Pérez Rioja*, Soria, 1985, pág. 159; IDEM, *Numancia romana en Crónica del Coloquio conmemorativo del XXI centenario de la Epopeya Numantina*, Monografías Arqueológicas, 10, 1972, pág. 87.

Hemos comprobado hasta ahora como tanto los elementos vegetales como la Gorgona encuentran amplia documentación en construcciones básicamente de carácter funerario, ya sea en mausoleos ya en monumentos más sencillos como aras, cipos, etc. Esta modalidad de frisos gozará de gran popularidad durante los siglos I y II d.C., suplantando a los frisos dóricos en la decoración de monumentos funerarios ya desde el siglo I d.C. Su origen hay que buscarlo en el mundo clásico y sobre todo en el helenístico para conocer un gran éxito en los ambientes provinciales. Su carácter funerario, al menos en los comienzos, se manifiesta en el simbolismo que entrañan los elementos vegetales: la guirnalda que se regenera voluta a voluta como símbolo de inmortalidad²¹. En altares y cipos funerarios la utilización de este tipo de guirnaldas se atestigua también desde el siglo I d.C., sobre todo a partir de época julio-claudia y flavia, continuando su uso durante todo el siglo II d.C., empleándose la guirnalda para rodear un campo epigráfico en monumentos funerarios modestos²²; contamos con numerosos ejemplos de este tipo en Italia y en la Narbonense²³.

El esquema compositivo de todas estas guirnaldas es muy simple; el único elemento que introduce variedad en la composición es la alternancia de los distintos motivos florales. Y es precisamente en ellos en donde se manifiesta una mayor perduración de los modelos que estaban ya vigentes desde época tardo-republicana/augustea, fenómeno que se constata también en otros lugares de la Península, del norte de Italia o de la Narbonense y que estaría en relación con la perduración de una tradición anterior; a ello habría que añadir el hecho de que en la arquitectura funeraria el gusto local aflora más fácilmente y se mantienen las variantes de motivos decorativos experimentados desde largo tiempo atrás²⁴.

III. OTROS ELEMENTOS DECORATIVOS

a) Placa de revestimiento

Pro. Villa de «Los Quintanares». Rioseco. Loc. Museo Numantino. Mat. mármol.

Bibliografía: ORTEGO, T.: La villa romana de «Los Quintanares» en el término de Rioseco (Soria), Segovia y la Arqueología Romana, Barcelona, 1977, pág. 189.

El eje de la composición se encuentra posiblemente en la parte central de la pieza donde se representan dos cálices iguales, contrapuestos, desarrollándose a partir de ellos sendas composiciones idénticas; éstos, apoyados sobre una corola de pétalos ondulados, dan nacimiento a un delgado tallo que sostiene a otro cáliz

(21) JANON, M., Ob. cit., págs. 87-88.

(22) SAURON, J., Les Cippes funéraires Gallo-romaines à décor de rinceaux de Nimes et de sa region, Gallia, 41, 1983, págs. 59-66.

(23) ALTMANN, W., Die römischen Grabaltäre der Kaiserzeit, Berlin, 1905, pág. 123.

(24) CAVALIERI MANASSE, G., Ob. cit., pág. 171.

similar: A uno y otro lado de este tallo se disponen simétricamente volutas formadas a su vez por otros tallos rematados en acanto en su parte interna y ocupados por rosetas; un motivo idéntico, pero adaptado al espacio más estrecho de la pieza, se desarrolla a continuación. Sobre estos, otros dos tallos que enrollan su espiral en sentido contrario y finalizan en dos pequeñas hojitas o semipalmetas, uniéndose también en su parte interna; a continuación, y apoyado sobre una base, se dispone una crátera de la que surgen a su vez cálices y tallos de acanto que dan lugar a volutas que contienen rosetas diferentes de las anteriores. El remate final es un kyma lesbico del tipo Scherenkyma. En el eje de la composición se encuentran dos pequeñas volutas conteniendo en su interior pequeñas rosetas de cuatro pétalos. Este mismo esquema se repetiría a partir del centro en sentido contrario.

b) Lápida

Pro. Tiermes. Loc. Carrascosa.

Bibliografía: ORTEGO, T.: **Tiermes. Guía del conjunto arqueológico**, Madrid, 1975, pág. 36, fig. 21.

La composición se desarrolla en la base a partir de dos semipalmetas afrontadas de las que surgen tres tallos; el central parece brotar de un pequeño y esquemático cáliz en la parte inferior, en la unión de las semipalmetas; este tallo no desarrolla ningún tipo de composición sino que ocupa el eje central de la misma corriendo verticalmente a lo largo de todo el campo decorativo, regenerándose de vez en cuando mediante pequeños cálices y finalizando en otro cáliz. En la base, junto a las semipalmetas, nacen dos tallos, a modo de caulículos lisos, que se van adelgazando paulatinamente y se ondulan simétricamente en forma de S, dando nacimiento a delgados tallos y rosetas diversas dos a dos.

c) Estucos

Pro. Villa de «Los Quintanares». Loc. Museo Numantino.

Bibliografía: ORTEGO, T.: **La Villa romana de «Los Quintanares» en el término de Rioseco (Soria)**, Segovia y la arqueología romana, Barcelona, 1977, pág. 289, lám. X, fig. 7.

Diversos fragmentos de los que pueden destacarse dos cabezas, una de ellas adornada en la parte lateral con hojas de acanto, y que podría corresponder a un capitel corintio; asimismo diversas representaciones de hojas de acanto, caulículos así como una flor que posiblemente decoraría el ábaco de algún capitel. A ello hay que añadir otros fragmentos correspondientes probablemente a cornisas y a algún friso.

El esquema decorativo que ofrece la placa de «Los Quintanares» se podría incluir dentro del tipo denominado de «candelabro vegetal» y que consiste en un tallo central, articulado en varios cálices, con pares de volutas formadas por tallos ondulados y con una disposición simétrica a ambos lados de estos; en este

tipo de composición el eje se sitúa en la base, generalmente a partir de un elemento vegetal: semipalmetas, florón de acanto, cratera, etc., si bien en este caso el eje está en el centro de la composición y la cratera aparece como remate de la misma. Este modelo deriva de las composiciones «a candelabro» que se representan en el centro de los paneles de los lados cortos del Ara Pacis, motivo que será frecuentemente imitado en época augustea y julio-claudia²⁵. Este esquema se constata ampliamente formando parte de la decoración de pilastras, candelabros...²⁶. Se conocen algunos ejemplos similares de crateras a las que ofrece esta placa en mosaicos procedentes de localidades cercanas como Uxama y Clunia²⁷ y también como decoración de una lápida en Clunia²⁸. El estilo decorativo que muestra la placa de «Los Quintanares», mucho más cuidado y refinado, está bastante alejado de las representaciones que acabamos de ver en los frisos numantinos; quizá en este caso bien pudiera tratarse de una pieza importada. Su cronología habría que situarla a finales del siglo II o comienzos del siglo III como mucho.

Una derivación de este esquema de candelabro, mucho más simplificado y con una interpretación diferente, es la que presenta como decoración de uno de sus lados la lápida de Tiermes; la composición se origina en este caso a partir de dos semipalmetas, hecho no demasiado frecuente, ya que estas son generalmente bien un remate o bien un elemento central de composición; a ambos lados, tallos ondulados y contrapuestos configuran el motivo. La utilización de este esquema está ampliamente atestiguada desde época augustea tal y como acabamos de comprobar; representaciones similares encontramos formando parte de la decoración de los costados de varias urnas y altares²⁹ así como en varios arcos de triunfo³⁰ lo que nos permite observar la interpretación y la reelaboración que ha experimentado este mismo motivo en un ambiente totalmente provincial. En la Península lo encontramos formando parte igualmente de la decoración de una lápida en Clunia³¹. La cronología que se ha propuesto para esta lápida es la de fines del siglo II d.C.³² y creemos que puede ir acorde con la que ofrecen los elementos decorativos.

Finalmente, y en lo que a los fragmentos de estuco respecta, no podemos precisar mucho de ellos teniendo en cuenta principalmente el número exiguo que presentamos. En origen, las representaciones en estuco están estrechamente vinculadas con la pintura, como un complemento de la misma y sus motivos tomados directamente de ella. La ornamentación de techos y paredes de estuco

(25) PENSABENE, P., *La decorazione architettonica di Cherchel: cornici, architravi, soffitti, basi e pilastri*, 25 suppl., RM, 1979, pág. 159.

(26) IDEM, en Cherchel: números 243, 250 y 251; en Ostia: lám. 69, números 1 y 2; rematándose en una cratera y en un oinochoe: números 259, 260 y 263.

(27) FERNANDEZ GALIANO, D., *Mosaicos hispánicos de esquema a compás*, Guadalajara, 1980, fig. 2, números 7 y 8 y fig. 6.

(28) PALOL, P. de y VILELLA, J., *Ob. cit.*, figs. 7, 11, 12 y 13.

(29) SINN, F., *Ob. cit.*, lám. 14, números 34 y 36; lám. 22, n.º 75 y lám. 35, n.º 167.

(30) Arco de Tito: PFANNER, M., *Der Titusbogen*, Mainz, 1983, láms. 21 a 23; Arco de Trajano: HASSEL, F.J., *Der Trajanusbogen in Benevent*, Mainz, 1966, lám. 28, n.º 1 y lám. 35, n.º 1, y, finalmente, en el Arco de Gavi: TOSI, G., *L' Arco dei Gavi*, Vicenza, 1983, láms. 29 y 35 a, b y c.

(31) PALOL, P. de y VILELLA, J., *Ob. cit.*, figs. 10, 11 y 12.

(32) JIMENO, A., *Epigraphía romana de la provincia de Soria*, Soria, 1980, pág. 71.

se desarrolla a lo largo del siglo I a.C. configurándose un repertorio específico en época temprano augustea; esta se realiza tanto sobre techos —casetones, medallones, guirnaldas, etc.— como en las paredes —composiciones arquitectónicas—, en este último caso con una relación más estrecha con la pintura. Las composiciones figuradas aparecen en época de Claudio bien aisladas, bien formando grupo. La pintura, tercer y cuarto estilo, seguirán ejerciendo su influencia en la decoración estucada hasta finales del siglo II d.C.³³

En líneas generales, los estucos se utilizan con una triple función: para subrayar las líneas arquitectónicas —cornisas—, para imitarlas —pilastras, arquerías, etc.— o simplemente para resaltar el valor geométrico de las superficies pintadas o estucadas —encuadramiento de paneles—. En todos estos casos, los perfiles que ofrecen son muy sencillos y la decoración consiste generalmente en ovas, hojas, kymas lébicos, etc., utilizándose también motivos de carácter geométrico³⁴. En nuestro caso concreto, los fragmentos que presentamos corresponden posiblemente a capiteles, cornisas y quizá, en menor medida, a algún remate de friso o de encuadramiento de paneles; los motivos ornamentales empleados son hojas de distintos tipos, con predominio de acanto. En el caso de las cabezas podrían corresponder a algún capitel figurado.

Es frecuente el hecho de relacionar siempre la decoración estucada con termas; en los ejemplos italianos que se conocen se constatan dos lugares principales de utilización del estuco; las tumbas y las termas públicas; incluso, en las viviendas se encuentra este uso particular del estuco en los baños o en los ninfeos; este mismo fenómeno se manifiesta también en los ambientes provinciales. Al margen de esta utilización, los estucos estaban reservados también a ciertas dependencias de las casas, como pueden ser habitaciones de estar o de recepción³⁵. En nuestro caso, este hecho se cumple puesto que los estucos corresponden a la habitación trilobulada, posible lugar, según Ortego, de culto doméstico. Ejemplos similares con cabezas y hojas encontramos entre otros lugares en la Galia —Autum por ejemplo—, Aquicum y Vironum³⁶. Es muy difícil precisar la cronología de estas piezas aisladas; sabemos únicamente que los mosaicos que pavimentan esta habitación se sitúan en torno a la mitad del siglo IV d.C.

CONCLUSIONES

A través del análisis de los diferentes elementos arquitectónicos hemos podido comprobar como en un primer momento existe una cierta vinculación estilística con las corrientes artísticas vigentes a finales de época tardo-republicana/protoaugustea; quizá el rasgo más característico sea precisamente la perduración de elementos arcaizantes durante todo el siglo I d.C. Esta vinculación se llevaría

(33) MIELSCH, H., *Römische Stuckreliefs*, 21 supl. RM, 1975, págs. 103-207.

(34) FRIZOT, M., *Stucs de Gaule et des provinces romaines. Motifs et techniques*, Dijon, 1977, pág. 30.

(35) IDEM, pág. 31.

(36) IDEM, números 30, 31, 50, 333 y 336.

a cabo a través de algún centro de la Tarraconense puesto que es en esta provincia donde se encuentran ejemplos con estas mismas características, manteniéndose también allí la tradición tardo-republicana durante bastante tiempo; a través de alguno de estos centros pasaría a Uxama ya que es esta ciudad quien refleja más exactamente y en un momento más temprano este estilo decorativo. Estos elementos arcaizantes están presentes, tal y como acabamos de ver, en Numancia y en Tiermes, manteniéndose la decoración arquitectónica dentro de esta tónica de carácter provincial y de reelaboración de modelos, al margen de cualquier innovación, a los que quizá no sea ajena en algún momento la influencia cluniense. Con todo, los escasos restos arquitectónicos conocidos de estas localidades no nos permiten hacer una valoración más amplia.

Por último, hay que hacer notar, la contraposición que existe entre los materiales que proporcionan los núcleos urbanos —Uxama, Numancia, Tiermes— con el procedente de la Villa de «Los Quintanares» que, si bien corresponden a un momento más tardío, su carácter se aleja notablemente del que hemos visto en estas piezas; en este caso no puede hablarse de reelaboración o de adaptación de modelos ya que estas piezas enlazan directamente con los prototipos urbanos, hecho este que pone de manifiesto el índice de refinamiento que ofrece esta villa en un momento que aún podría considerarse relativamente temprano —fines del siglo II/ comienzos del siglo III d.C.— si tenemos en cuenta además que el apogeo de las villas se sitúa en una época posterior.

ENSAYO DE RECONSTRUCCION DEL MONUMENTO FUNERARIO DE NUMANCIA

Ya hemos mencionado anteriormente como los distintos motivos ornamentales que decoraban los frisos numantinos nos llevaban a una utilización de carácter funerario de los mismos; trataremos ahora, pues, de averiguar a que tipo de monumento funerario pudieron pertenecer. De lo que no parece haber duda es que todos ellos, a excepción del n.º 1, corresponden a un mismo conjunto. En primer lugar, las dimensiones, altura principalmente, es prácticamente idéntica en todos ellos; el estilo, la técnica, el carácter de la composición es también similar en todos los casos además de una serie de motivos que se repiten: esas pequeñas hojitas que llenan los espacios libres entre cada ondulación y que únicamente cambian en el fragmento n.º 2 y, posiblemente también en el n.º 5, ofreciendo una ejecución más cuidada, y que puede obedecer simplemente a que sea una mano más experta quien ha realizado el trabajo o a haber servido de modelo para los demás; igualmente se repiten algunas flores y rosetas; así, el tipo a se encuentra en los fragmentos números 2, 3 y 5; el b en los números 2 y 3; el d en los números 4 y 6 y posiblemente también en el n.º 2. A la vista de estos datos nos parece, pues, que háy elementos suficientes para pensar que todos ellos son parte integrante de un único monumento funerario. Ahora bien, el problema estriba en saber como sería ese monumento e intentar su reconstrucción.

Existen dos posibilidades al respecto; en un caso, podría tratarse de un altar o de un cipo con un friso de guirnalda rodeando el campo epigráfico; el eje central de la composición sería el fragmento decorado con la Gorgona; lo que no podemos precisar es el orden de colocación de los fragmentos; únicamente sabemos que el ritmo de la guirnalda del fragmento n.º 5 es de izquierda a derecha mientras que en los restantes es de derecha a izquierda. Esta modalidad de altar o cipo va a ser una moda típica de época julio-claudia y flavia, constatada ampliamente durante el siglo I y II con una perduración hasta comienzos del siglo III d.C. La clientela a la que iba destinada este tipo de monumentos era fundamentalmente la de los sevires augustales, sobre todo hasta época flavia; a partir de este momento serán utilizados por todo tipo de personas³⁷. Se conocen numerosos cipos con estas características y que nos pueden servir de ejemplo si nos planteamos una reconstrucción similar para el caso numantino; así, el monumento se alzaría sobre una pequeña base moldurada y a continuación la guirnalda rodeando el campo epigráfico, sin ningún remate moldurado en la parte superior, tal y como sucede en buena parte de estos cipos o bien se repetiría la misma molduración de la base, incluso rematándose en dos pulvinus en la parte superior. Existen numerosos ejemplos con estas mismas características e, incluso, con representaciones de Gorgonas ocupando el centro de la composición³⁸.

Cabe, sin embargo, una segunda posibilidad, que es en nuestra opinión la que consideramos más verosímil; se trata, en este caso, de un monumento funerario más complejo, probablemente de un pequeño mausoleo, ya que independientemente de estos fragmentos de friso contamos también con el capitel reutilizado en Ventosilla, que corresponde al ángulo de una construcción, al que hay que añadir un fragmento de pilastra estriada reaprovechada también en la misma Iglesia. En el mismo bloque del capitel se representa una antorcha abatida, elemento este que, tal y como ya señaló Ortego, indica su pertenencia a un monumento de carácter funerario³⁹. Nos planteamos entonces la posibilidad de que frisos, capitel y pilastra pudieran corresponder realmente a un mismo monumento funerario. Contamos con algunos datos en este sentido para poder afirmarlo; así, por ejemplo, la profundidad del capitel es aproximadamente de 50 cm. coincidiendo con la de uno de los fragmentos de friso, en concreto, con el de Cubo de Hogueras; la anchura de la pilastra es análoga a la que ofrece la base del capitel además de la coincidencia tanto en cronología como en estilo del capitel y de los frisos. A todo ello hay que añadir también el que la temática decorativa de los frisos y la presencia de la antorcha aluden a un monumento de tipo funerario. Por todo ello, nos parece lógico pensar el que todas estas piezas sean parte integrante de una misma construcción. Es bastante frecuente esta modalidad de mausoleo, en forma de dado, dispuesto sobre un basamento, con pilastras adosadas en los ángulos, colocándose el friso

(37) SAURON, G., *Ob. cit.*, págs. 59-66.

(38) IDEM, láms. 1 a 45 procedentes todos de Nimes, donde se constatan diferentes variantes de estos cipos decorados todos ellos con guirnalda; ALTMANN, W., *Ob. cit.*, figs. 100, 101, 104 a 108, 110..., todos ellos en diversos Museos de Roma; ORTALLI, J., *Un nuovo monumento funerario romano di Imola*, *Rivista di Archeologia*, 1978, fig. 13.

(39) ORTEGO, T., *Numancia Romana ob. cit.*, pág. 86.

de guirnaldas directamente sobre el capitel, sin ningún elemento intermedio y rematado en una sencilla cornisa. No creemos probable la existencia de un piso superior y otro tipo de remate sobre esta estructura tal y como ocurre con bastante frecuencia puesto que, en este caso, no se conocen otros elementos arquitectónicos y por tanto, no contamos con ninguna base para afirmarlo. Existen ejemplos diversos en el centro y norte de Italia, entre otros lugares, que nos pueden dar una idea de como sería este mausoleo⁴⁰.

Nos hemos aventurado, además, a vincular este monumento funerario a una determinada persona. A partir de las inscripciones que se conocen y en las que se da como segura su procedencia numantina, nos atrevemos a proponer la lápida procedente de Chavalier, dedicada a Lucio Valerio Nepote, como la que pudiera corresponder al monumento⁴¹. Para ello hemos tenido en cuenta varias cosas: el tipo de material utilizado, arenisca, es el mismo en todos los casos; las dimensiones de la lápida, especialmente la longitud, se adecuan perfectamente a este tipo de monumento; el tipo de letra, capital, con una buena ejecución, es la apropiada también para un monumento de estas características. El destinatario presenta además una onomástica totalmente romana, con los *tria nomina* y está adscrito a la tribu Quirina. Esta lápida ha sido datada en el siglo I d.C.⁴² con lo que viene a coincidir también con la cronología que ofrecen los elementos arquitectónicos.

(40) FLORIANI SQUARCIAPINO, M. y otros, Scavi di Ostia. III. Le Necropoli, Roma, 1958, fig. 71; parte inferior del monumento de Pietrabbondante: SYDOW, W. von, Ob. cit., fig. 29; DIEBNER, S.: Ob. cit., láms. 43-44 y 68.

(41) JIMENO, A., Ob. cit., n.º 56, lám. XVIII, 2, págs. 77-78.

(42) IDEM, pág. 78.



1



33



4

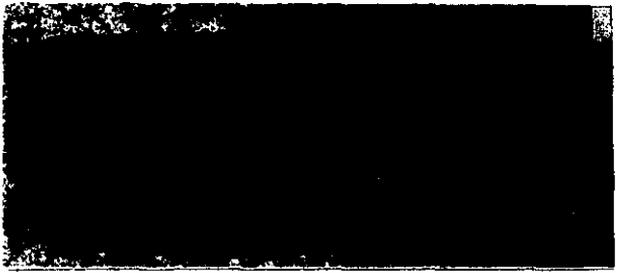
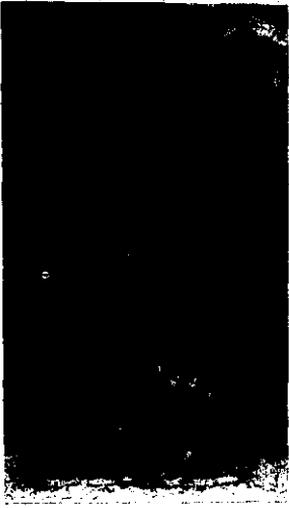
6



5



LAM. I.—1. Numancia. 33. Uxama. 4. Uxama. 5. Numancia. 6. Tiermes.



LAM. II.—Frisos. Numancia.



1



2



3

LAM. III.—1. Lápida. Carrascosa. 2. Placa «Los Quintanares». 3. Estucos. «Los Quintanares».

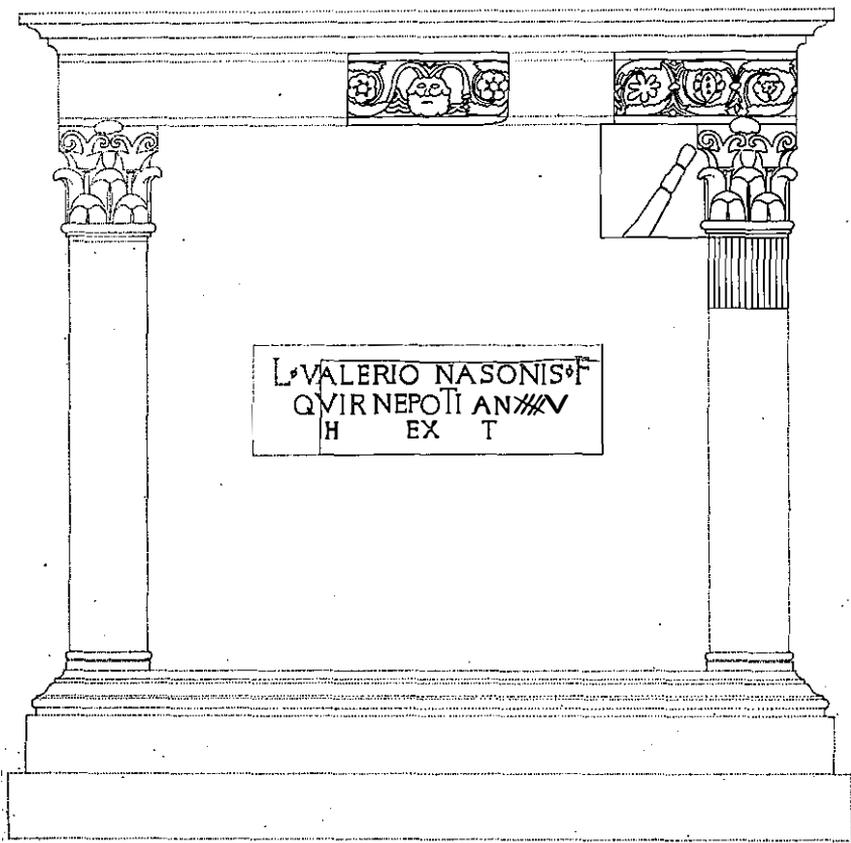


FIG. 1.—Reconstrucción del posible monumento funerario de Numancia.

**ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE
LOS MOSAICOS SORIANOS**

M. TORRES CARRO*

* Universidad de Valladolid.

El propósito de este trabajo es examinar de forma global la producción musiva de la provincia de Soria, dentro del área geográfica en la que está ubicada, con el fin de perfilar las relaciones e influencias que se aprecian en ella y los rasgos que la caracterizan. Dentro de este esquema, centraremos la atención en algunos de los problemas que se plantean desde los primeros momentos de la romanización, hasta que esta producción alcanza su máximo desarrollo.

Gran parte de los materiales musivos de la provincia han sido recogidos en el volumen correspondiente del *Corpus de mosaicos de España*¹. Esta obra se centra en las tres villas más importantes de la provincia, Los Quintanares, Santervás y Cuevas de Soria, con menor atención a otras, como Ucero o Valdenebro. La producción de algunas ciudades, como Uxama o Tiermes, ocupa un lugar secundario. A los mosaicos de la primera se dedica un corto apartado, sin tener en cuenta su procedencia de distintos puntos de la ciudad, y en Tiermes se hace referencia a un solo mosaico. Estos y otros datos, como el carácter del material recogido, en su mayor parte de *opus tessellatum* y cronología tardía, proporcionan una visión parcial, y en cierto sentido equívoca, del conjunto musivo soriano. A lo dicho puede añadirse la ausencia de hallazgos más o menos recientes —como los de Medinaceli² o Valdanzo³, y de las referencias de autores anteriores a piezas hoy desaparecidas⁴. Todo ello justificaría, desde mi punto de vista, la revisión de estos mosaicos.

(1) BLAZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T.: *Corpus de mosaicos de España. VI. Soria. Mosaicos romanos de Soria*, Madrid, 1983.

(2) TARACENA, B.: *Carta arqueológica de España. Soria*, Madrid, 1941, pág. 96; ORTEGO, T.: «Edad Antigua», en *Historia de Soria. I*, Soria, 1985, págs. 167-168; DOMENECH, M.: «Medinaceli. Nuevos hallazgos», *RA*, 84, 1988, pág. 64; BLAZQUEZ, J.M.: «El simbolismo del matrimonio en el mosaico de Fuente Alamo (Puente Genil, Córdoba) y otros mosaicos hispanos inéditos», *Latomus*, XLVII, 1988, págs. 798-830; BOROBIO, M.J.; MORALES, F. y PASCUAL, C.: «Arqueología Urbana: Medinaceli», en *Diez años de Arqueología soriana (1978-1988)*, coord. J.L. ARGENTE, Soria, 1989, págs. 102 y 105-106.

(3) TARACENA, B.: *Op. cit.*, pág. 166; FERNANDEZ GALIANO, D.: «Notas sobre talleres musivarios en Hispania», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 20, 1980, pág. 130. Quiero expresar aquí mi agradecimiento a J.L. Argente y a Alfredo Gimeno por haberme facilitado las fotografías de los mosaicos de este yacimiento, que serán publicadas próximamente.

(4) Los trabajos de B. Taracena siguen teniendo vigencia e interés, en muchos aspectos. Véase: TARACENA, B.: *Carta Arqueológica de España. Soria*, Madrid, 1941.

II

La aproximación a los albores de esta producción es una difícil tarea, pues no tenemos constancia de la existencia de pavimentos de superficie uniforme, que en otras áreas peninsulares documentan los inicios de la influencia romana. Así, por ejemplo, no conocemos restos de terrazo blanco, ni de pavimentos de mortero con fragmentos de mármol o caliza intercalados, que se asimilan a los denominados *scutulatum*. De mosaicos de *opus signinum* solo contamos con dos referencias, en Villabuena⁵ y en Uxama⁶, ambas imposibles de comprobar; y en las que no se especifica si se trata de *signinum* liso o teselado.

Estos tipos pavimentales, desarrollados en el área del convento cesaraugustano, limítrofe a la provincia de Soria y bien estudiado, en fechas que oscilan entre mediados del siglo I a.C. y mediados del siglo I d.C.⁷, nos servirían para documentar los primeros momentos. El *opus signinum*, que hasta ahora es el mejor conocido de todos ellos, penetra hacia el interior de la Península por el valle del Ebro, contra lo que se pensaba, y arraiga en el convento cesaraugustano⁸. Su escasísima presencia en la provincia de Soria nos indica un límite para esta expansión y, a la vez, la inserción del área que estudiamos dentro del panorama general de la Península⁹. Si comparamos la frecuencia de este tipo pavimental en la provincia de Soria con la del resto de la Meseta norte, veremos que existe una correspondencia, ya que hallazgos como los de Berrueces (Medina de Río-seco, Valladolid)¹⁰, Villabermudo (Palencia)¹¹ o El Soldán (Santa Coloma de Somoza, León)¹², son excepciones que confirman su escasa implantación en toda esta área. A la vez, casos como el de la villa de El Soldán pueden resultar ilustrativos de cómo penetra la influencia de Roma. La zona en la que se asienta fue, por su riqueza minera, un importante foco de actividad a comienzos del Imperio. Esto, junto a la presencia de gentes de otros lugares¹³, fomentaría la creación de nuevos núcleos de habitación e, incluso, de establecimientos comerciales¹⁴, lo que facilitaría la penetración y la realización de estos tipos pavimentales, nuevos en Hispania:

El porcentaje de mosaicos de los tipos antes citados hemos de interpretarlo como indicativo de escasa implantación del sistema pavimental romano, en el área central de la Península, a finales de la República y comienzos de época imperial. Y ello, aún teniendo en cuenta que, hasta hace muy poco, se ha hecho

(5) TARACENA, B.: *Op. cit.*, pág. 176.

(6) PALOL, P de: «Perduración de las ciudades augusteas. La zona norte y la meseta», *Symposion de ciudades augusteas. I*, Zaragoza, 1976, pág. 266.

(7) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Mosaicos romanos del Convento Cesaraugustano*, Zaragoza, 1987, págs. 147-150.

(8) LASHERAS CORRUCHAGA, J.A.: «Pavimentos de *opus signinum* en el valle medio del Ebro», *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3, 1984, págs. 165-192.

(9) *Ibidem*, págs. 186-187.

(10) PALOL, P. de, y WATTENBERG, F.: *Carta arqueológica de Valladolid*, Valladolid, 1974, págs. 70-71.

(11) FERNANDEZ IBAÑEZ, C.: «Excavaciones en la villa romana de Villabermudo (Palencia)», *RA*, 36, 1980, pág. 34.

(12) GORGES, G.J.: *Les villas Hispano-romaines*, París, 1979, págs. 276-277.

(13) MANGAS, J. y SOLANA, J.M.: *Historia de Castilla y León. 2. Romanización y germanización en la Meseta Norte*, Ambito, Valladolid, 1985, pág. 48.

(14) *Ibidem*, pág. 61; FERNANDEZ DE CASTRO, M.C.: *Las villas romanas en España*, Madrid, 1982, pág. 114.

caso omiso de este tipo de pavimentos, y que es de esperar que en un futuro próximo aumente el número de hallazgos. Con tan escasos restos, no es posible afirmar, como en el convento cesaraugustano, que su implantación fuese más rápida e intensa en las ciudades que en los asentamientos rurales¹⁵. Pero, en cambio, se aprecia que los pavimentos de *opus signinum* de la Meseta norte se concentran a lo largo de la vía principal que la recorre, lo cual pone de manifiesto la importancia de la red vial a la hora de plantearse el proceso de introducción y desarrollo del mosaico.

La época alto imperial se presenta también con una serie de problemas que impiden precisar hasta que punto arraigaron los diferentes tipos pavimentales romanos y, en concreto, el mosaico de teselas. Los restos que se conservan con posibilidades de pertenecer a esta época son escasísimos, lo mismo que aquellos que conocemos a través de noticias, en su mayoría muy escuetas. Unos y otras adolecen, en general, de un contexto arqueológico expresivo de su cronología.

Las ciudades de la Celtiberia proporcionan hasta el momento un escaso número de mosaicos y, por razones diversas, es difícil precisar; en la gran mayoría de los casos, cuales de ellos podrían haber sido realizados en los primeros siglos del imperio. Sabemos que en Tiermes se hallaron mosaicos muy sencillos en una habitación cuadrada y en dos laterales circulares, al norte del castro. También aparecieron allí algunos restos de un mosaico orlado con grecas y de otro, muy deteriorado, en un edificio termal, sin que falten referencias a un mosaico con el triunfo de Baco y a otros, sencillísimos, de escaso dibujo lineal negro o rojo sobre fondo blanco¹⁶. Ninguno de estos hallazgos ha llegado hasta nosotros, por lo que difícilmente se puede intentar una aproximación cronológica. De todos modos, la escasez de material musivo que proporciona Tiermes podría estar parcialmente justificada por las especiales características de algunas de sus viviendas, asentadas directamente sobre la roca, que supliría una de las funciones del mosaico. El núcleo urbano de Muro de Agreda, superpuesto a Augustóbriga, impide saber con precisión la importancia y las características de la ciudad romana. Como en el caso anterior, existen referencias a la aparición de un mosaico geométrico de teselas blancas y negras, y también fueron halladas baldosas¹⁷, todo ello datos insuficientes, de nuevo, para cualquier tipo de valoración. En Numancia, las excavaciones realizadas hasta el momento ponen de manifiesto la ausencia absoluta de cualquiera de los tipos pavimentales romanos.

En lo que se refiere a los establecimientos rurales, los trabajos publicados recientemente sobre el Campo de Gómara¹⁸ y la Tierra de Almazán¹⁹ parecen reforzar la idea de la escasa implantación del *opus tessellatum*, ya que no proporcionan restos de teselas ni de otros pavimentos romanos. Sólo en el caso de Villabuena, en donde, como se ha señalado anteriormente, aparecen también restos de *signinum*, podemos pensar con cierta probabilidad que los «pavimentos

(15) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Convento Cesaraugustano*, pág. 149.

(16) TARACENA, B.: *Op. cit.*, pág. 113; ORTEGO, T.: *Tiermes. Guía del conjunto arqueológico*, Soria, 1975, pág. 33.

(17) TARACENA, B.: *Op. cit.*, pág. 119.

(18) BOROBIO SOTO, M.J.: *Carta arqueológica de Soria. Campo de Gómara*, Soria, 1985.

(19) REVILLA ANDIA, M.L.: *Carta arqueológica. Soria. Tierra de Almazán*, Soria, 1985.

de pequeñas y toscas teselas, blancas, negras y rojas», a que se refiere Taracena²⁰, pudieran encuadrarse en época alto imperial. En cambio, no cabe hacer la misma suposición respecto a algunos otros pavimentos de tipos diferentes a que se refieren diversos autores. En este caso se encuentran los mosaicos policromos de Alcuilla de Avellaneda²¹ y los de Los Valladares-El Vadillo²²; los «mosaicos de teselas blancas y negras formando estrellas de seis rayos», hallados en Ciadueña²³; «un baño con suelo de mosaico», encontrado en Lubia²⁴; o «un fragmento de mosaico geométrico a base de círculos», que se descubrió a mediados del siglo pasado en Valdenarros²⁵. Se pueden añadir también los pavimentos de baldosas cerámicas cuadradas y de pequeños ladrillos romboidales de la Dehesa de Valhonsadero de Soria²⁶, de Valdenebro²⁷ y de Valdelubiel²⁸, y un suelo de tejas machacadas que pavimentaba el sepulcro turriforme de Vildé²⁹. Todos estos restos ayudan a configurar el mapa de dispersión musiva de la provincia de Soria, y también a comprobar la existencia de distintos tipos de pavimentales, pero sirven de poca ayuda a la hora de trazar las pautas evolutivas de su desarrollo.

El caso de Uxama, que se perfila cada vez con mayor nitidez como una de las ciudades más activas y prósperas de la Celtiberia, merece una atención especial. Sabemos que en ella aparecieron diferentes tipos pavimentales, desde los más sencillos suelos de mortero, piedras engastadas en un fondo terroso, enlosado y baldosas de cerámica de distintas formas y tamaños, hasta pavimentos más lujosos de *opus sectile* y de teselas³⁰. Sin embargo, la mayor parte de estos hallazgos proceden de excavaciones antiguas y se han perdido, por lo que plantean serios problemas cronológicos. De todos modos, creo que en el caso de los mosaicos de teselas es posible la aproximación a su cronología, si los estudiamos desde una doble perspectiva. Por una parte, han de analizarse en relación a la producción musiva de Clunia, con la que existen evidentes puntos de contacto, y por otra, dentro del conjunto de la producción soriana, por lo que nos referiremos a ellos más adelante.

La escasez de restos musivos en la provincia de Soria durante los primeros siglos del Imperio es, en la actualidad, una evidencia. Sin embargo, hemos de tener presente que los núcleos urbanos, a medida que son excavados, se perfilan ante nosotros con mayor pujanza. Es visible un despegue del sector artesanal,

(20) TARACENA, B.: *Op. cit.*, pág. 176.

(21) *Ibidem*, pág. 30.

(22) REVILLA ANDÍA, M.L.: *Op. cit.*, págs. 279-291. La autora de este estudio destaca la importancia del yacimiento, refiriéndose a la posibilidad de que se trate de una ciudad romana, y señala sus límites cronológicos entre el siglo I y el V d.C.

(23) TARACENA, B.: *Op. cit.*, pág. 160.

(24) *Ibidem*, pág. 92.

(25) GARCIA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama (continuación)», *BSAA*, XXXVII, 1971, pág. 112.

(26) TARACENA, B.: *Op. cit.*, pág. 153.

(27) *Ibidem*, pág. 169.

(28) *Ibidem*, pág. 169; GARCIA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama (continuación)», pág. 112 (se hace también referencia a la aparición de teselas).

(29) TARACENA, B.: *Op. cit.*, págs. 173-174; GARCIA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama (continuación)», pág. 113; BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus. VI*, pág. 55 (hace referencia a la aparición de teselas en el exterior del recinto).

(30) GARCIA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama (continuación)», págs. 85-90.

orientado, por lo que parece hasta el momento, a cubrir las necesidades más inmediatas —zapateros, madereros, ceramistas, canteros³¹—. Y sobre todo, en época bajo imperial, el panorama musivo cambia por completo y se nos presenta con una obra que podríamos denominar «madura», con una abundancia de materiales que, contra lo que pudiera parecer a simple vista, supera la media de las restantes provincias de la Meseta norte³² y sur³³ y del Convento Cesaraugustano³⁴. Si tenemos en cuenta estos datos, habremos de cuestionarnos las causas de este vacío musivo, sin paralelos en otros sectores artesanales, y tratar de hallar razones convincentes para el cambio que se advierte en época bajo imperial. Necesariamente, estas cuestiones quedan pendientes, ya que exceden los límites de este trabajo y solamente diré, para cerrar el apartado, que da la impresión de que, para la gran masa de la población indígena, el mosaico debió de ser realmente, en esta época, un producto de lujo.

III

Pese a todas estas incógnitas, y aunque no se puedan precisar los pasos previos a su configuración, lo cierto es que en época bajo imperial nos hallamos ante una producción musiva lo suficientemente extensa como para poder señalar algunos de sus rasgos característicos.

La escasez de representaciones figuradas, que llama la atención a primera vista, no debe considerarse un rasgo exclusivo del conjunto musivo de esta provincia, pues se debe a la concentración de un número considerable de mosaicos en unos pocos yacimientos. En este sentido, el fenómeno tiene paralelos en otras provincias del mismo ámbito territorial, como Palencia y Valladolid, en donde yacimientos como La Olmeda o Almenara de Adaja presentan una proporción similar a la de Los Quintanares o Santervás del Burgo. Por lo tanto, no se puede hablar de una tendencia anicónica dominante, aunque esta tendencia esté presente en villas como Cuevas de Soria o Valdanzo.

En cambio, podemos considerar un rasgo diferencial de la producción soriana la ausencia absoluta de temas frecuentes en la Meseta, tales como las escenas

(31) MANGAS, J. y SOLANA, J.M.: *Op. cit.*, págs. 74-76.

(32) Palencia es la provincia que proporciona un número mayor de mosaicos, unos cuarenta, que en su mayoría proceden de las villas de Quintanilla de la Cueva y la Olmeda. León y Burgos están alrededor de los treinta pavimentos musivos. Zamora no llega a alcanzar los veinte, casi todos fragmentados. También en Valladolid se conocen en torno a veinte muchos de ellos de almenara de Adaja, y en Salamanca las referencias están en torno a la media docena.

(33) Las provincias de Ciudad Real, Toledo, Madrid, Cuenca están próximas al medio centenar. Véase: BLAZ-QUEZ, J.M.: *Corpus de mosaicos de España. V. Mosaicos romanos de la Real Academia de la Historia, Ciudad Real, Toledo, Madrid y Cuenca*, Madrid, 1982; FERNANDEZ GALIANO, D.: «Complutum II. Mosaicos», *EAEsp.*, 138, 1984.

(34) Nos referimos aquí a las provincias de Huesca, Zaragoza, Teruel. Alava, Navarra, Rioja y Guadalajara, que estudia Dimas Fernández Galiano. Véase nota 3.

de caza, las representaciones de prótomos de animales surgiendo de roleos vegetales, o las estaciones. También son minoritarias las figuras de aves y peces que, combinados, sólo aparecen en uno de los mosaicos de Ucero³⁵. En Medinaceli, en el mosaico de la calle de San Gil³⁶, se representan aves de tipo naturalista, y en el mosaico de la Plaza Mayor³⁷, aparecen delfines de una factura más descuidada. También en Santervás³⁸ se conoce una esquemática representación de un pez, cuya ejecución se reduce, prácticamente, a la línea de contorno, por lo que no presenta ningún parecido con los numerosos ejemplares de época tardía del noroeste de la Península³⁹ ni de la Meseta⁴⁰. En esta misma villa se conserva la tosca figura de un viento⁴¹, tema que se repite en el mosaico de la Plaza Mayor de Medinaceli⁴², y que, en cambio, no es nada frecuente en los mosaicos tardíos de la Meseta. La última representación de aves nos la proporciona uno de los mosaicos de Uxama, procedente de la denominada «Quinta romana», y que conocemos sólo a través de un dibujo⁴³.

Estos rasgos diferenciales de los mosaicos sorianos podrían ser indicativos del escaso interés de los propietarios de las viviendas por aquellos temas relacionados con las actividades cotidianas —como la caza y la pesca— y con las actividades agrícolas —como las estaciones—, y denotarían, por tanto, un gusto bastante diferente al que se aprecia, en la misma época, en el resto de la Meseta.

Por el contrario, existe un marcado interés por los temas mitológicos, en los que se advierten dos tendencias. En unos casos, se eligen mitos que perpetúan una larga trayectoria figurativa, cuyas primeras representaciones pavimentales arrancan de los mosaicos de guijarros. Tales serían el caso del Triunfo de Baco (Tiermes), de Bellerophonte (Ucero) y de los Grifos (Uxama y Medinaceli). El primero de ellos entra a formar parte de un amplísimo repertorio de mosaicos que, durante todo el imperio, se desarrolla dentro y fuera de la Península. El mosaico de Ucero se suma al resurgimiento del tema de Bellerophonte que se observa en Hispania en época tardía. Denota una mentalidad muy similar a la del mosaico malagueño de Puerta Oscura⁴⁴, aunque responde a un tipo iconográfico distinto.

(35) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus*. VI, n.º 50, págs. 50-51, fig. 3.

(36) BOROBIÓ, M.J.; MORALES, F. y PASCUAL, C.: *Op. cit.*, pág. 102.

(37) *Ibidem*, págs. 105-106.

(38) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus*. VI, n.º 48, págs. 49-50, lám. 38.

(39) ACUÑA, F.: «Mosaicos romanos de Hispania citerior. II. Conventus Lucensis», SA, 24, Valladolid, 1973; IDEM: «Los mosaicos de la Cigarrosa (Orense)», SA, 25, Valladolid, 1973; IDEM: «Mosaicos romanos de Hispania citerior. III. Conventus Bracarensis», SA, 31, Valladolid, 1974; BALIL, A.: «Sobre los mosaicos romanos de Galicia: identificación de un taller musivario», CMGR, II, París, 1975, págs. 259-263; MANANES, T.: «El mosaico romano de la catedral de León», SA, 59, Valladolid, 1980.

(40) Los mosaicos de Villavidel, en León; de Almenara de Adaja, en Valladolid; de Sasamón y San Martín de Losa, en Burgos; de Quintanilla de la Cueva, Dueñas o la Calle del Paraíso, en Palencia, presentan también notables diferencias con el de Santervás.

(41) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus*. VI, n.º 46 págs. 45-48, lám. 21.

(42) En este caso, los vientos se representan «por cabezas de jóvenes de perfil, soplando». Véase: BOROBIÓ, M.J.; MORALES, F. y PASCUAL, C.: *Op. cit.*, pág. 102.

(43) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Mosaicos hispánicos de esquema a compás*, Guadalajara, 1980, págs. 22-23, fig. 3.

(44) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus de mosaicos romanos de España. III. Mosaicos romanos de Córdoba, Jaén y Málaga*, Madrid, 1981, números 53 y 64, págs. 77-80, láms. 61a y b.

Como él, se acompaña de una leyenda explicativa que supe el posible desconocimiento del mito, a la vez que proporciona un contenido más elevado a una escena que, en sí misma, podría reflejar tan sólo una cacería. Por último, puede señalarse que, a pesar de que la iconografía del grifo está ya establecida en los pavimentos de guijarros, no es un tema frecuente en mosaicos de teselas. De hecho, en la Península, además de los dos mosaicos sorianos antes citados, sólo aparece en uno de los de Cabriana y en otro de Tarazona. El mosaico de Cabriana ha sido fechado por Dimas Fernández Galiano en la segunda mitad del siglo IV⁴⁵, siglo en el que también se realizó, según sus descubridores, el mosaico de Medinaceli. La cronología de estos dos mosaicos me parece un argumento importante a la hora de proponer también una fecha tardía de realización para el mosaico de Uxama⁴⁶. Máxime cuando no existe ningún mosaico peninsular; con el mismo tema, fechado con certeza por su contexto arqueológico en época alto imperial, y más aún, al aparecer los tres pavimentos señalados en yacimientos relativamente próximos. A estos casos podría sumarse, con razonamientos similares, el del mosaico de Tarazona, sobre cuya cronología también existe divergencia de opiniones⁴⁷. Por otra parte, estos ejemplares podrían incluirse perfectamente dentro de la corriente renovadora que se deja sentir en la Península, en otros temas mitológicos, a partir del siglo IV d.C.

Puede destacarse también que el mosaico de Medinaceli presenta una esfinge persiguiendo a una cabra marina, en el panel adyacente al del grifo. La figura de la esfinge es totalmente novedosa en el repertorio musivo hispano y, fuera de la Península, sólo la conocemos en relación con Edipo. En cambio, la figura de la cabra marina tiene una amplia tradición en mosaico, aunque no la conocemos conformando una escena igual a la que aparece aquí⁴⁸. La solución que ofrece este panel parece propia del taller que realiza este mosaico, pero refleja perfectamente una de las formas de hacer que se advierten en el siglo IV d.C., caracterizada por la utilización de motivos conocidos, desgajados de su contexto habitual y combinados de una forma nueva.

La segunda tendencia que se advierte en los mosaicos sorianos se encuadra, decididamente, dentro de un influjo renovador que muestra temas poco frecuentes o desconocidos en mosaico, y que, en algunos casos, adquiere un marcado carácter simbólico-religioso. En este último caso se encuentran las representaciones de Ceres-Abundancia, de Los Quintanares y Santervás. La realización de ambas figuras en busto responde a una forma de hacer presente en otros ejemplares tardíos peninsulares⁴⁹ y, junto a esto, su carácter simbólico las pone en relación con las del oriente mediterráneo, y más concretamente, de Antioquía.

(45) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Convento cesaraugustano*, n.º 208, págs. 135-136, lám. LXXVI.

(46) Creo que la fecha propuesta por A. Balil, entre mediados y finales del siglo II d.C., debe de retrasarse al menos en un siglo. Véase: BALIL, A.: «Un mosaico en Uxama», *Celtiberia*, 58, 1979, págs. 267-274.

(47) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Convento cesaraugustano*, n.º 55, pág. 38, lám. XIII (fecha el mosaico en la primera mitad del s. II d.C.); BONA LOPEZ, I.J. y otros: *El Moncayo. Diez años de investigación arqueológica. Prólogo de una labor de futuro*, Tarazona, 1989, págs. 82-83 (fechan el mosaico a mediados del siglo III d.C.).

(48) Para las representaciones de la esfinge en mosaico y para mayores precisiones sobre este pavimento, véase: BLAZQUEZ, J.M.: «El simbolismo...», págs. 799-800.

(49) También en el mosaico de la Plaza Mayor de Medinaceli aparece una figura, en busto, con corona radiada y cornucopia en la mano, que, según sus descubridoras, representa a la Abundancia. En la Península recordamos, entre otros, los dos ejemplares de Tetis en Jaén, la figura supuestamente masculina de Alcázar de San Juan o el busto del Tritón de Sasamón.

En la configuración y distribución de la superficie musiva, ha de señalarse la ausencia total de composiciones conseguidas a base de elementos vegetales, con cierto arraigo en el resto de la Meseta norte⁵⁰. Esos elementos vegetales son escasos incluso como motivos de bordura, con apariciones esporádicas en uno de los mosaicos de Ucero⁵¹ y en Cuevas de Soria⁵². En la villa de Los Quintanares⁵³, se realiza una cenefa de cornucopias que responde a un tipo genérico bastante extendido en los mosaicos peninsulares tardíos⁵⁴ y cuya realización se asemeja a la de uno de los mosaicos de Alcázar de San Juan⁵⁵. Un motivo tan utilizado en la Meseta en época tardía, como las guiraldas de laurel, no tienen apenas plasmación en Soria⁵⁶. Por último, los motivos vegetales saliendo de las bocas de cráteres, que tienen una representación digna de ser destacada en el taller de Prado-Almenara, aparecen tan sólo en el mosaico de la calle San Gil, de Medinaceli, y en Cuevas de Soria, aunque las cráteras son un elemento de interés en Uxama.

Estas puntualizaciones nos ayudan a delimitar un grupo de mosaicos en el que dominan las superficies cubiertas mediante esquemas geométricos. Un pequeño número de ellos muestra una composición centrada, que en algunas ocasiones se basa en la superposición de cuadrados que dan lugar a una estrella de ocho puntas, y en otras, se resuelve mediante el círculo. El primer tipo compositivo tiene su mejor exponente en Cuevas de Soria, en donde se repite en tres ocasiones, sin ningún tipo de figuración interna, y vuelve a aparecer en Valdanzo, realizado por el mismo taller⁵⁷. Ejemplares paralelos se encuentran en Rielves⁵⁸, en Hontoria de Cerrato⁵⁹, y en un mosaico de Zaragoza⁶⁰. Cuadrados en estrella aparecen también en uno de los mosaicos de Santervás del Burgo, aunque, en este caso, llevan el busto de Ceres en su interior; de forma similar a lo que sucede en Cabriana⁶¹ y en el mosaico B de la villa de Baños de Valdearados⁶².

El segundo tipo de compositivo se basa en el círculo y se centra en Uxama. En uno de los mosaicos de esta ciudad, el n.º 1 de la llamada «Basílica»⁶³, se presenta la conocida composición de círculo central, semicírculos laterales y cuartos de círculo en los ángulos, con cráteras en los cuadrados cóncavos y veneras en el resto, excepto en el centro, en el que muestra un motivo geométrico. Este

(50) Como contrapunto, quisiera recordar aquí el pavimento del vestíbulo de San Julián de Valmuza, con cráteras angulares de las que surgen tallos vegetales cubriendo toda la superficie; uno de los mosaicos de la villa de Prado, con guiraldas de laurel dividiendo los compartimentos y temas vegetales de relleno; o el mosaico de Cabezón de Pisuerga, con toda su superficie ocupada por conjuntos vegetales que se repiten.

(51) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus*. VI, n.º 51, págs. 51-52, lám. 37.

(52) *Ibidem*, n.º 61, fig. 10.

(53) *Ibidem*, n.º 30, págs. 35-37, lám. 36.

(54) TORRES CARRO, M.: «Los mosaicos de la villa de Prado (Valladolid)», *BSAA*, LIV, 1988, págs. 186 ss.

(55) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus*. V, n.º 16, págs. 24-25. Lám. 5.

(56) Aparece tan sólo en tres de los tapices de la habitación trilobulada de Los Quintanares y en uno de los mosaicos de Hontoria de Cerrato (Palencia), *TTM*, 38, 1977, pág. 305, figs. 1-7.

(57) Dimas Fernández Galiano ha identificado dicho taller y señalado algunas de sus características. Véase nota 3.

(58) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus*. V, fig. 30 (mosaico de la habitación O).

(59) CALLEJA GONZALEZ, M.ª V.: «Aparición de los primeros mosaicos en la villa romana de Santa Columba de Hontoria de Cerrato (Palencia)», *TTM*, 38, 1977, pág. 305, figs. 1-7.

(60) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Convento Cesaraugustano*, n.º 91, pág. 57, lám. XXIV.

(61) *Ibidem*, n.º 206, págs. 133-134, lám. LXXV.

(62) ARGENTE, J.L.: «La villa tardorromana de Baños de Valdearados (Burgos)», *EAEsp*, 100, 1979, fig. 19.

(63) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Esquema a compás*, pág. 20, fig. 2.

ejemplar tiene exactamente el mismo esquema compositivo, y motivos de relleno muy similares, que uno de los mosaicos de Clunia, el de la habitación 44 de la casa número 1⁶⁴. La semejanza de ambos pavimentos es tan acusada que, pese a que el de Uxama lo conocemos sólo a través de un dibujo, es lógico pensar que ambos fueran realizados por un mismo taller. Refuerza esta afirmación, además de la proximidad de ambas ciudades, la inexistencia de este esquema en el resto de la Meseta norte⁶⁵, en el convento cesaraugustano o, incluso, en la mitad norte de la Península⁶⁶. En cuanto a la cronología de los mosaicos de la casa número 1 de Clunia, no encuentro ningún impedimento para admitir que todos ellos son contemporáneos y que pueden fecharse en torno al 330, como propone Palol⁶⁷. Es más, todos los esquemas que aparecen en ellos —círculos secantes formando rosetas, estrellas de losanges y cuadrados, composición de bandas, hexágonos en nido de abeja y octógonos secantes y adyacentes— son frecuentísimos en el repertorio musivo soriano de época tardía, como veremos a continuación, y también en el de la Meseta. Aún admitiendo que los mosaicos n.º 1 y 44 de Clunia no hayan sido realizados por las mismas manos que el resto de los pavimentos de esta casa, ya que se advierte una factura más cuidada en ellos⁶⁸, sigo sin encontrar ningún impedimento para su contemporaneidad. Por todo ello, podría considerarse que este mosaico de Uxama ha de tener una fecha de realización próxima a los de la casa número 1 de Clunia y, en todo caso, en el siglo IV d.C. Aprovecharé este momento para recordar que, más arriba, me he referido al otro mosaico de la «Basílica», el número 2, con las figuras de los grifos, que ocupó una habitación casi pegada a la del anterior, cuya cronología más adecuada, desde el punto de vista temático, sería también la del siglo IV d.C.

Otro mosaico uxamense, el n.º 4 de la denominada «Quinta romana»⁶⁹, presenta una composición basada en el círculo que puede considerarse variante de la anterior. En este caso, al círculo central se superponen, entrelazándose con él, los semicírculos laterales y los cuartos de círculo angulares, y se aovan además los ángulos. El conjunto se rellena con una cratera central, sobre la que reposan un par de aves, nudos de Salomón dobles —desconocidos en la musivaria hispana— en los espacios aovados, y se repiten las veneras en los espacios laterales. De nuevo, existe una relación evidente con Clunia, en este caso con el mosaico n.º 2 de la casa n.º 3⁷⁰, en el que, aunque muy mal conservado, puede apreciarse un esquema idéntico y un motivo, el nudo de Salomón doble, que se repite. Sin duda alguna, el taller que realiza ambos mosaicos es el mismo y

(64) TARACENA, B.: «El palacio romano de Clunia, *AE Arq.*, XIX, 1946, pág. 43, fig. 10.

(65) Para la Meseta norte, sólo podemos referirnos a un caso similar, aunque no idéntico, en Villabermudo (Palencia). Véase: FERNANDEZ IBÁÑEZ, C.: *Op. cit.*, pág. 34. Los mosaicos peninsulares con este esquema son estudiados en: FERNANDEZ GALIANO, D.: *Esquema a compás*, págs. 35 ss. y en: MONDELO, R. y TORRES, M.: «El mosaico romano de Casariche (Sevilla)», *BSAA*, LI, 1985, págs. 145-153.

(66) Sólo conocemos un mosaico que presenta este esquema, con una variante, en Carranque (Toledo), y que además presenta figuración en todos sus compartimentos. Véase: ARCE, J.: «El mosaico de Las Metamorfosis de Carranque (Toledo)», *MM*, 27, 1986, págs. 365-374, fig. 1.

(67) PALOL, P. de: *Guía de Clunia*, 4ª ed., Burgos, 1978, pág. 92.

(68) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Esquema a compás*, pág. 27.

(69) *Ibidem*, págs. 22-23, fig. 3.

(70) PALOL, P. de: *Guía*, figs. 28-29.

él se deben, además de motivos novedosos —como el nudo de Salomón doble—, sus esquemas, sin paralelos conocidos en otros lugares. El mosaico n.º 1 de la misma casa de Clunia⁷¹ ayuda a perfilar los rasgos del taller que en ella trabaja, ya que presenta de nuevo un esquema basado en el círculo, en este caso solucionado con ocho círculos entrecruzados en el interior de otro de mayor tamaño. Cada medallón se rellena con una crátera, y los espacios angulares, con otras. Estos últimos motivos evidencian de nuevo la relación de taller con los mosaicos de la «Quinta romana», en dos de cuyos mosaicos —el anteriormente mencionado y el n.º 3⁷²— aparecen vasos del mismo tipo. El esquema de círculos entrecruzados es, en cambio, ampliamente conocido y difundido en el mundo romano⁷³, prestándose a interpretaciones como la que podemos ver en el mosaico de la cámara E de Rielves⁷⁴. El problema que plantea la producción de este taller es el cronológico. Como ya ha hecho notar Dimas Fernández Galiano, Palol, al referirse a los mosaicos de la casa n.º 3 de Clunia, se inclina a fijar su cronología «todavía» en el siglo III d.C.⁷⁵ Sin embargo, las características de estos mosaicos me llevan a considerar una fecha ligeramente posterior. Parecen indicarlo así la multiplicación de cenefas de bordura, algunas de las cuales —línea de «redans», por ejemplo— no se utilizan en la Península hasta el siglo IV. También inciden en esta apreciación la valoración de los esquemas, con reinterpretaciones novedosas que nos indican una larga trayectoria recorrida y, en cierto sentido, una madurez; e incluso, se advierte una tendencia al entrelazo que se va a desarrollar de forma más acusada en mosaicos como el de Dulcitiu, de la villa de Castejón⁷⁶, el de la Almunia de Doña Godina⁷⁷, o el de Baños de Valdearados⁷⁸.

Aunque, como puede verse, el segundo de los tipos compositivos presentes en la provincia de Soria se centra en la ciudad de Uxama y demuestra una relación insistente con las producciones de la capital del Conventus, no podemos dejar de señalar que el compás es utilizado también en uno de los ábsides de la habitación cruciforme de la villa de los Quintanares⁷⁹. En este mosaico se presenta una composición de arcos entrecruzados en el interior de un gran círculo, que dan lugar a dieciséis escudos en cuña y a un gran polígono interior. Los resultados son muy similares a los del mosaico C de la villa de Baños de Valdearados⁸⁰, al igual que es similar el gusto por los entrelazos, aunque no existe ningún elemento idéntico en ambos casos. Tampoco existen elementos que permitan establecer una relación más acusada entre estos mosaicos y los de Villabermudo (Palencia)⁸¹, únicos que conocemos en la Meseta norte con utilización del compás.

(71) *Ibidem*, figs. 25-27.

(72) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Esquema a compás*, págs. 25-26.

(73) Es semejante al del Palacio Sora. Véase BECCATI, G.: «Alcune caratteristiche del mosaico policromo in Italia», *CMGR*, II, París, 1975, pág. 181, lám. LXI, 1.

(74) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus*. V, fig. 38.

(75) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Esquema a compás*, pág. 18.

(76) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Convento Cesaraugustano*, n.º 180, págs. 111-112, lám. LIII.

(77) *Ibidem*, n.º 17, págs. 28-29, lám. X.

(78) ARGENTE, J.L.: *Op. cit.*, págs. 65-71, fig. 20.

(79) BLAZQUEZ, J.M.: *Corpus*. VI, n.º 29, págs. 34-35, lám. 35.

(80) ARGENTE, J.L.: *Op. cit.*, págs. 65-71 y fig.

(81) Ver nota 64.

En el resto de los mosaicos sorianos⁸², priman las superficies cubiertas por esquemas geométricos, basados en una figura que se repite. Predominan los octógonos secantes y adyacentes en su variante oblicua, con presencia en cuatro pavimentos de Santervás y en uno de Los Quintanares. Uno de los mosaicos de Uxama, dibujado por Loperráez, muestra la variante recta de esta composición. También son frecuentes los octógonos adyacentes oblicuos, presentes en dos pavimentos de Cuevas de Soria, en Santervás del Burgo, en los Quintanares y en Utero. La composición de octógonos secantes y adyacentes tratados en meandro de esvástica se realiza en Cuevas, y se repite en Los Quintanares con superposición de una red de círculos. Todas estas composiciones presentan una amplia difusión en la Meseta norte, desde Burgos hasta León, y todas ellas están, a la vez, presentes en la villa de Rielves⁸³, excepto los octógonos, a que hemos hecho referencia, representan un pequeño grupo si las comparamos con el número de variantes y la frecuencia con que se realizan en la Meseta norte, en donde son abundantísimas.

El círculo desempeña también un papel importante como base de otro grupo de mosaicos. Círculos secantes formando rosetas de cuatro pétalos aparecen en Los Quintanares y en Santervás. Círculos en filas que no llegan a tocarse se repiten en Los Quintanares y en Cuevas. Ambas composiciones están presentes en la Meseta norte, pero, en cambio, la primera de ellas es menos frecuente en la Meseta sur, donde la segunda no aparece. Otra de las composiciones presente en Los Quintanares y en Santervás, la de círculos tangentes, sólo podemos relacionarla con un mosaico de Villaverde Bajo.

En algunas ocasiones los círculos aparecen desdibujados, presentando una composición octogonal de cruces de husos en aspa tangentes, que dejan entrever una doble composición de círculos secantes. Este esquema que encontramos en cuevas y en Uxama solamente se puede relacionar con Rielves, en donde aparece en dos ocasiones, con Camarzana de Tera (Zamora)⁶⁴, Navatejera (León)⁸⁵ y la villa de Monroy (Cáceres)⁶⁶.

El círculo aparece en otras composiciones más complicadas. Así, las líneas de círculos alternados con cuadrados, muy frecuentes en toda la Meseta, aparecen en uno de los tapices de Cuevas de Soria, con cuadrilóbulos de peltas alrededor de los cuadrados. Para ella, hay un paralelo exacto en Alcázar de San Juan, aunque se conocen otras variantes en Quintanilla de la Cueva⁸⁷ o Albalate de Cinca⁸⁸.

(82) Todos los mosaicos de esta provincia a los que me referiré a continuación están recogidos en el volumen correspondiente del *Corpus*, por lo que obvia la repetición.

(83) Recuérdese que los mosaicos de las provincias de Ciudad Real, Toledo, Madrid y Cuenca se estudian en el volumen V del *Corpus*.

(84) REGUERAS, F.: «Restos y noticias de mosaicos romanos en la provincia de Zamora», *Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 1985, n.º 4, pág. 43, fig. 4b, lám. IIIb.

(85) DIEZ GIMENEZ, J.E.: «La villa romana de León», *BRAH*, LXXX, 1922, págs. 450-453, fig. 3.

(86) Los resultados de la excavación, así como los mosaicos, permanecen inéditos.

(87) GARCIA GUINEA, M.A.: *Guía de la villa romana de Quintanilla de la Cueva*, Palencia, 1982, hab. 24, pág. 31, lám. 39.

(88) Para los mosaicos de las provincias de Guadalajara, Zaragoza, Huesca, Teruel, Navarra, Alava y Rioja, utilizamos: FERNANDEZ GALIANO, D.: *Convento cesaraugustano*.

Las líneas de círculos alternadas con líneas de cuadrados dan lugar a una de las composiciones que caracteriza los mosaicos de Cuevas de Soria, en la que se unen los cuadrados por medio de bandas. Se produce de este modo un reticulado de bandas, oblicuo, cargado con cuadrados en las intersecciones, y entre ellos, círculos. Para este tipo, sólo hallamos un paralelo en Liédena.

El reticulado de bandas, propiamente dicho, está presente en cinco mosaicos de Los Quintanares y en el mosaico de la Plaza Mayor de Medinaceli. Sus paralelos más próximos se encuentran en Clunia, en la casa n.º 1⁸⁹, y se vuelven a repetir en las Pequeñas Termas y en Los Arcos⁹⁰. También aparece en Liédena (Navarra) y, con una fecha más temprana, en Urrea de Gaén (Teruel).

Otro de los esquemas presentes en los mosaicos sorianos es el cuadrículado, en sus modalidades recta y oblicua. La primera se puede ver en Cuevas, realizado mediante espina de pez, trenzado o punteado. En Los Quintanares se traza mediante una línea de cable. La variante oblicua del cuadrículado se encuentra en Cuevas y en Los Quintanares, realizada mediante línea de cable, y en la última de estas villas y en Santervás, mediante una línea sencilla de teselado. La última modalidad de este tipo de reticulado es la conseguida mediante líneas de husos, que aparece en Uxama y que está mucho menos extendida que las anteriores. De hecho, sólo la conocemos en Cabriana, Quintanilla de la Cueva y Alcalá de Henares (Casa de Baco)⁹¹.

Los losanges entran también a formar parte del repertorio soriano, formando diversas composiciones: losanges acostados y en pie, en Cuevas, del mismo tipo que en Cabriana y en Zaragoza; losanges en composición de estrellas de cuatro puntas que dan lugar a un reticulado, tanto en Cuevas como en Los Quintanares y Santervás; losanges formando estrellas de ocho puntas en Cuevas y en Uxama, y con paralelos en la casa n.º 1 de Clunia⁹², en Rielves y en Liédena.

La composición de peltas acostadas y en pie solamente se realiza en Cuevas y en Ucero, y aunque pueden hallarse paralelos para ellas en la Meseta norte, son mucho más abundantes en la sur; en concreto en el taller que trabaja en Alcázar de San Juan y en Las Tamujas, y en los mosaicos de Cabañas de la Sagra, Rielves y Albadalejo.

Los cubos en perspectiva se utilizan en Cuevas y también en Valdanzo, y sus paralelos nos llevan a Cabriana, Luzaga (Guadalajara) y Alcalá de Henares (Villa del Val)⁹³. Los hexágonos en nido de abeja están presentes en estas mismas villas, y se vuelven a encontrar en Clunia⁹⁴, repitiéndose en Cabriana. Por último, en Valdanzo aparece una composición de líneas de hexágonos oblongos adyacentes y secantes, formando cuadrados y hexágonos. Esta composición nos relaciona de nuevo con Rielves, Alcázar de San Juan y Liédena.

(89) TARACENA, B.: «Clunia», galerías 3 y 7, figs. 8 y 9.

(90) FERNANDEZ GALIANO, D.: *Esquema a compás*, pág. 18.

(91) IDEM: «Complutum. II. Mosaicos», *EAEsp.*, 138, 1984, págs. 181-182, lám. LXXXIII.

(92) TARACENA, B.: «Clunia», hab. 6 y gal. 5, figs. 7 y 8.

(93) FERNANDEZ GALIANO, D.: «Complutum», págs. 225-226, lám. CXVII.

(94) TARACENA, B.: «Clunia», gal. 4, fig. 8.

IV

Por lo dicho anteriormente, se advierte que los mosaicos sorianos —tanto los figurados como los geométricos— muestran una tendencia a presentar temas y esquemas que gozan de una larga tradición. Este hecho ha llevado a considerar que esta producción presenta un carácter arcaizante y, en algunos casos, se ha llegado a atribuir a los pavimentos una cronología anterior a la que se propone en este trabajo. Sin embargo, la cuestión debiera ser planteada desde otra perspectiva. Hay que tener en cuenta que para una población del siglo IV, poco acostumbrada al mosaico, como se deduce del análisis de la época anterior; casi todos los esquemas y temas resultarían novedosos. Por ello, no creo exagerar si afirmo que, sobre todo en lo que respecta a los temas mitológicos, los mosaicos sorianos se insertan perfectamente en las tendencias del siglo IV, porque reavitalizan temas que habían caído en desuso o que, pese a ser muy conocidos, no se encuentran prácticamente en mosaico, y además, porque muestran temas nuevos.

Si observamos el repertorio de esquemas, que no es demasiado amplio, vemos que en aquellos motivos más comunes —octógonos, círculos— se aprecia una relación con la Meseta norte bastante intensa, lo mismo que en temas menos frecuentes, como los husos. También se advierte que Uxama es el lugar que muestra unos rasgos más particulares en algunos de sus mosaicos, en concreto, en los dos que se relacionan directamente con los talleres clunienses —mosaico n.º 1, de la Basílica, y mosaico n.º 4, de la Quinta Romana—. Ambos aparecen aislados en la zona, sin otras relaciones que Clunia, y el segundo de ellos presenta, además, un esquema de nueva creación. Sin embargo, en otros mosaicos de esta ciudad —en concreto, los señalados por Loperráez con las letras F y G— se advierte una relación muy intensa con la villa de Rieves, que va más allá del esquema, para extenderse también a las cenefas de bordura. La relación con Rieves vuelve a estar presente, de forma muy acentuada, en varios esquemas de la villa de Cuevas de Soria. Esta vivienda presenta además algunos esquemas comunes con las villas de Alcázar de San Juan, Las Tamujas y Cabañas de la Sagra, hecho que interpreto como prueba de una intensa relación con la Meseta sur. No puedo dejar de señalar que Cuevas de Soria ofrece también esquemas similares a algunos de Complutum, de Liédana y de Cabriana. Estos tres yacimientos sobresalen del resto, al hacer referencia a la provincia de Soria, ya que, como se habrá visto por las referencias a los esquemas geométricos que componen sus mosaicos, hay que citarlos una y otra vez. La relación de los mosaicos de Complutum con los paneles figurados del mosaico de la Plaza Mayor de Medianaceli es muy clara. En cambio, no me parece tan evidente en los paneles geométricos, uno de los cuales —el reticulado de bandas— tiene una importante presencia en Clunia —casa n.º 1, Pequeñas Termas y Los Arcos—, es abundantísimo en Los Quintanares, y está presente en Liédana. Esquemas y temas presentes en Cabriana se relacionan, no sólo con el taller que trabaja en cuevas y Valdanzo, sino también con Uxama, Clunia, Los Quintanares, Santervás y, fuera de Soria, en Complutum.

En estos momentos, no veo la posibilidad de perfilar de qué tipo fueron las relaciones a que hago referencia, ni de afirmar en qué sentido se produjeron las influencias. Para ello, tendríamos que conocer con mayor exactitud la cronología de la mayor parte de los yacimientos citados, y además, basada en datos externos a los mismos mosaicos. Da la impresión de que las relaciones observadas se producen a través de un tema, o bien a través de un esquema o un grupo de esquemas, y que, además, ninguno de ellos es realizado del mismo modo en dos ocasiones. Por ello resulta tan difícil, por no decir imposible, atribuir todo el material musivo de un mismo conjunto arqueológico —una villa, por ejemplo— a un mismo taller. Sin embargo, y pese a ello, los mosaicos de la provincia de Soria de época tardía se presentan mucho más vinculados con los del territorio que la limita al sur y al este que con los del resto de la Meseta norte, y con respecto a ellos, ofrecen ciertos rasgos diferenciales.

**CERAMICA PINTADA CON DECORACION
PLASTICA DE UXAMA**

C. GARCIA MERINO

Este trabajo se orienta hacia la búsqueda de un marco cronológico para aquellos vasos con decoración pintada que unen el motivo de los pájaros con la representación plástica de cabezas humanas enmarcadas en recuadros con alas y a veces también patas de pájaros. Dejaremos al margen las interpretaciones que pueda suscitar el motivo de las cabezas, tema tratado ya con bastante amplitud, incluso en este mismo Simposio, así como la cuestión de sus implicaciones con el mundo funerario. Nuestro propósito es solamente aportar una referencia temporal por analogía para este tipo de representaciones. Hemos de señalar que de las tres piezas que presentamos, dos —particularmente aquella que se ha podido fechar en excavación—, proceden de la ciudad, de un ambiente doméstico, mientras que la tercera proviene de una necrópolis. Asimismo en estas piezas el citado tema se da sobre dos formas diferentes: en dos casos sobre vasos carenados y en el tercero sobre un vaso de diámetro bastante mayor y forma probablemente cerrada, de perfil globular u ovoide y boca estrecha, del tipo de almacenamiento.

1. LAS PIEZAS BASE PARA EL ESTUDIO

1) Vaso conservado en el Museo Arqueológico Nacional (nº Invent. 24647) en la sala 1.^a de Prehistoria. Pertenece a uno de los ajueres de la necrópolis celtibérica de Portuguí excavada por Morenas de Tejada¹ y que fueron adquiridos por el Estado en 1917. Esta pieza ha merecido algunos comentarios en la bibliografía anterior a los años cincuenta² por el hecho de ser figurativa y por ciertos elementos iconográficos representados en ella.

(1) MELIDA, J.R.: «Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional». *RABM*, LXII, 1918; págs. 14-16. Sobre la necrópolis de Portuguí veanse: MORENAS DE TEJADA, G.: «Las ruinas de Uxama». *Revista Por esos mundos*, Septiembre, 1914, págs. 341-344. BOSCH-GIMPERA, P.: «Troballes d'Osuma i Gormaz adquirides pel Museu de Barcelona». *Anuari del Institut de Estudis catalans*, MCMXI-XXVI, págs. 171-186. TARACENA, B.: «Carta arqueológica de España. Soria». *Madrid*, 1941; págs. 125-126. SHULE, W.: «Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel». *Berlin*, 1969, págs. 54-63.

(2) CABRE, J.: «Una urna interesante de la necrópolis de Uxama». *Revista Coleccionismo*, nº 62, 1918.

Se trata de un vaso carenado (fig. 1, n.º 2 y 4) de 6,5 cm. de altura y 12,3 cm. de diámetro en la boca. El borde se inclina un poco hacia afuera, el apoyo es un pie anular ligeramente marcado de 5 cm. de diámetro, la pared tiene 3 mm. de grosor y la pasta es de color ocre claro con fino desgrasante micáceo. Al exterior el tono ocre del fondo varía al anaranjado claro en la parte baja del vaso. La decoración pintada en tinta marrón-negra se sitúa entre el labio y la línea de la carena. Aunque el estado de conservación de la pintura es deficiente no impide apreciar que por debajo de aquella no está decorada con arquillos u otro motivo.

La decoración, figurativa como hemos señalado antes, consiste en tres pájaros y tres urnas (?) como cajas cuadradas con alas y garras que contienen sendas cabecitas plásticas. Las aves no están en posición heráldica sino que miran a la derecha desarrollándose el tema en secuencia en torno al vaso. Entre cada dos pájaros hay una urna y aquellos apoyan siempre el extremo de su larga cola en el lateral derecho de una de éstas. Es difícil identificar el tipo de ave de que se trata: tienen el cuerpo muy largo, pequeñas alas abiertas, cola de abanico estrecho y fuertes garras que posan en la línea de la carena. Su cabeza es pequeña con plumas enhiestas en la parte posterior y un pico más bien corto. La figura no es de silueta rellena sino que hay zonas blancas en torno a los ojos, en el pecho, cuerpo y cola donde algunas bandas verticales parecen señalar diferencias de colorido en el plumaje. Los tres pájaros no tienen el mismo tamaño sino que hay dos de 6,5 cm. de longitud (de la punta de la cola al arranque del cuello) y uno de 8,5; también la altura en este último es algo mayor. El motivo de ese alargamiento de una de las aves es sin duda que el alfarero empezó a pintar la secuencia dando a las aves unas medidas que luego resultaron insuficientes en el tercer caso para cubrir el espacio restante. Inserto entre cada dos animales hay un espacio cuadrangular a modo de ventana o caja, delimitado por ancha franja y que tiene en los dos ángulos superiores alas y en las inferiores patas de pájaro con garras visibles ya sólo en una de las tres. Las dimensiones de ese receptáculo que parece simular el cuerpo de otro ave son de 2,5 cm. de lado. Dentro de ese recuadro, posada sobre el fondo hay una cabecita en relieve que no presenta indicios de haber estado pintada. Sus facciones son sumarias y se caracteriza por un perfil donde se unen la frente y la nariz en una sola línea abombada, la boca hundida y los grandes ojos globulares que son también distintivos de las figuras humanas de la policromía numantina³. La cabeza está en una pequeña depresión circular que hace pensar que primero se quitó un pellizco de barro y con él se moldeó la cabecita y luego se la adhirió en el mismo lugar.

Tanto Cabré como Taracena consideran este vaso de plena época celtibérica si bien el segundo la sitúa ya en el s. II a.C. y la considera precedente de la cerámica de Clunia⁴. Desgraciadamente no hay seguridad sobre las piezas que componían el resto del ajuar funerario correspondiente y por tanto qué tipo de armas y objetos metálicos o qué cerámicas le acompañaban. De ese modo no hay más referencia para el vaso que el amplio margen cronológico que abarca

(3) ROMERO, F.: «Notas de cronología de cerámica numantina». BSAA, XLII, 1976, págs. 378-388. IDEM: «La cerámica policroma de Numancia». Soria, 1977; pág. 148.

(4) TARACENA, B.: «Las cabezas trofeo en la España céltica». AEA, 51, 1943, pág. 169.

la necrópolis: del s. III al I a.C. Para Taracena sería una muestra del motivo de las cabezas trofeo propio del arte de «progenie celta» como otro fragmento de cerámica de «fino barro rojo» con pintura negra cuyo dibujo incluye, y que apareció en una de las habitaciones de una casa semirrupestre entre las calles B y C del yacimiento de Langa, excavada por él en el otoño de 1940⁵ a la que da cronología del s. II a.C. al I d.C. En el fragmento en cuestión se aprecia parte de un recuadro como la caja o urna de Uxama y dentro una cabecita análoga a la de ésta. Al parecer se encontraba entre restos quemados en el nivel más antiguo de la casa, el que denomina celtibérico. Las cerámicas pintadas de su contexto arqueológico coinciden en buena parte con las que veremos aquí en la fase inicial, sin material importado y situado inmediatamente debajo de un nivel entre mediados y finales del s. I d.C.

2) Fragmento de cerámica (Fig. 1, 3) recogido en superficie en la zona del yacimiento denominada Las Fraguas, sita en la parte alta de su ladera N. y donde es perceptible la presencia de un gran cenizal⁶. Es parte de un vaso carenado de pasta color naranja pálido muy fina y de excelente factura, naranja más vivo en la superficie externa y con aguada o engobe ligero. La pared tiene 3 mm. de grosor y la decoración va pintada en negro ocupando la parte de la pared sobre la carena. Representa una caja-pájaro cuadrangular, de 1,8 por 2,3 cm., semejante a la de la pieza n.º 1, con alas extendidas en las dos esquinas superiores y soportada por patas con garras en las inferiores. Dentro de ella hay una cabecita plástica de 0,8 por 1,3 cm. con la frente y la nariz unidas sin transición, en una misma curva, barbilla saliente y algo inclinada hacia arriba, dejando la boca sumida y grandes ojos saltones. A su izquierda parte de un ave en tinta negra salvo la cara donde destaca el ojo sobre fondo blanco y con pequeñas alas levantadas. Como en el caso anterior mira a la derecha y posa las patas en la carena por debajo de la cual no se percibe decoración. El perfil es análogo al del n.º 1 y el tamaño algo menor pero la conservación lo mismo que la calidad de pasta, la textura, etc. son mucho mejores que las de aquel.

3) Fragmento (Fig. 1, n.º 1) correspondiente a la parte alta de la pared de un amplio vaso de perfil globular u ovoide probablemente. La pasta, muy bien tamizada es color ocre con desgrasante fino, en la zona interior el vaso es de color ocre oscuro y no presenta las líneas del torno sino las huellas de la trama de un lienzo o algo parecido que las borró por fricción. Este detalle lo hemos observado también en las cerámicas a torno pintadas más antiguas halladas en las excavaciones y que se pueden fechar a finales del s. I a.C. y en el primer tercio del s. I d.C. Al exterior lleva aguada color naranja claro que soporta la decoración pintada en tinta negra y de la que se ve sobre este fragmento la parte inferior de una urna-pájaro alada y con patas en cuyo interior había una cabecita plástica hoy perdida. El diseño de la urna es algo diferente al de las piezas vistas mas arriba por la forma sinuosa de su parte inferior y por las patas que aquí presentan espolones. También difiere éste fragmento de los otros en que bajo la doble línea que señala la base del friso decorado hay una hilera de arquillos cruzados e invertidos, motivo que veremos luego generalizado a partir de mediados de siglo.

(5) *Ibidem*, pág. 163, fig. 5 con dibujo citado y plano de la figura 1 con la casa.

(6) Es uno de los cenizales característicos de muchas ciudades prerromanas. Agradecemos a D. Esteban Arranz, vecino de Osma y su hallador, la amabilidad de permitirnos estudiar la pieza.

Esta pieza procede de una casa altoimperial situada bajo la Atalaya, en el extremo NE. de la ciudad, sobre la Hoz del Ucero y que fue parcialmente excavada por nosotros en 1985. Corresponde al nivel de habitación más antiguo de las estructuras arquitectónicas exhumadas, al material doméstico de una casa destruida y sobre cuyos escombros amontonados para elevar el nivel del suelo se contruyó otra casi de forma inmediata. La cronología de la primera de estas viviendas se extiende dentro de la fase julio-claudia, entre los años treinta y los años cincuenta. La de la segunda ocupa el resto de esa misma centuria y los inicios de la siguiente⁷.

2. EL CONTEXTO ARQUEOLOGICO DE LA PIEZA N.º 3

Este vaso se recogió entre el cúmulo de materiales que componen el relleno de la base de la habitación n.º 4 de la casa de la Atalaya. Tanto éstos como los situados inmediatamente sobre la roca en otros puntos de su planta nos han servido para reconocer el primer nivel de ocupación altoimperial de ese sector. Los materiales que conforman ese Nivel y por tanto aparecen asociados a la pieza n.º 3 de nuestra relación, son cerámica pintada, la especie más abundante, algo de terra sigillata, algo de paredes finas y engobadas y cerámica común. El mayor volumen de restos corresponde con mucho al primer tipo cuya proporción respecto a la terra sigillata, fundamentalmente de importación, es de 40 a 1.

a) La Cerámica pintada

Este grupo de materiales abarca tanto grandes vasos de almacenamiento, alguno todavía con bordes derivados o emparentados con el tipo de palo de golf o cabeza zoomorfa, a base de uñada (Fig. II, n.º 5 y 7) decorados con círculos concéntricos o bandas y rombos. La pasta de éstos vasos es bien tamizada y la coloración al exterior ocre claro o beige con aguada (fino engobe de barro diluido) y decoración pintada en negro. También algunos de estos recipientes presentan borde engrosado y plano por arriba que se orienta al interior en forma de baquetón como alguno de Roa, yacimiento en cuyos materiales cerámicos pintados encontramos en general paralelos para los más antiguos de Uxama⁸.

Sin duda el tipo más abundante es el vaso de tamaño pequeño, fundamentalmente cuencos carenados y copas, el primero de ellos presenta ya en su pared una curvatura hacia afuera que prefigura el perfil del vaso carenado posterior: Las copas tienen el borde con labio vuelto hacia el exterior más o menos curvado

(7) GARCIA MERINO, C.: «La casa urbana en Uxama Argaela», *Symposium sobre La casa urbana en Hispania romana*. Zaragoza (Noviembre de 1988) (en prensa), apdo. B3, La Casa de la Atalaya, págs. 18-21, fig. 7 y láms. VIII-X.

(8) SACRISTAN, J.D.: «La Edad del Hierro en el Valle medio del Duero», Valladolid, 1986. Lám. XXXV, n.º 2 para vasos con borde de baquetón y las láms. LXXXIV-XCV para las cerámicas de estos años en general.

y en ocasiones la parte carenada hacia su mitad. Tanto éstas como los vasos carenados tienen el borde decorado con grupos de rayas transversales pintadas (fig. II, n.º 12). Los barroos muy finos y depurados son ocre ó naranja claros con finísimo desgrasante micáceo o calizo y suelen presentar aguada al exterioro. Hay también pequeñas ollitas con pared moldurada que combinan esa decoración con semicírculos pintados por encima y por debajo de la zona moldurada (fig. II, n.º 5 y 6). Finalmente hay alguna jarra y vasos que más que carena tienen en el perfil de su pared una curvatura que determina una parte inferior más ancha y casi globular. Estos recipientes suelen llevar decoración de pájaros que apoyan las garras sobre el galbo. En este segundo grupo de vasos la decoración, se sitúa en la parte superior de la pared, entre el borde y la carena y en ocasiones bajo ésta se sitúa una hilera de arquillos cruzados e invertidos, algo que luego será característico de los vasos carenados. Los motivos empleados son geométricos (líneas horizontales más o menos anchas, líneas onduladas, aspás, líneas de puntos, haces de trazos verticales) generalmente formando los elementos-marco, y figurativos. Entre estos últimos predominan los zoomorfos fundamentalmente pájaros y en menor medida, conejos o liebres (véase con pájaro y parte de una liebre el n.º 1 de la fig. II), más raramente peces y algunos vegetales.

El tema de los pájaros es común a la cerámica pintada de otros yacimientos de la Meseta Norte, sobre todo de su zona oriental y parece tener un viejo origen. Tal vez, como se ha señalado⁹ proceda de Azaila y el valle del Ebro a través de los establecimientos del Jalón de donde pasaría al resto de las producciones celtibéricas. Los pájaros son de diverso tipo: grandes aves con fuertes garras y cuerpo moteado que parecen aves de presa, en ocasiones con una liebre u otro mamífero colgando del pico (como ejemplo de ese tema véase la fig. II, n.º 12), a veces pendiendo de una línea de sss a modo de eslabones de una cadena ó una larga lazada. También hay otras aves de largas alas y colas en horquilla que parecen aves migratorias (del tipo de las de la fig. I, 2), cuervos, palomas y otras de difícil identificación.

Poco frecuente es sin duda el tema de los pájaros-urna con cabezas plásticas en su interior (Fig. I, n.º 1) seguramente el mismo que los de las piezas n.º 1 y 2 de nuestra relación (Fig. I, n.º 2, 4 y 3). Cuando este tema se encuentra en material de uso doméstico como es el caso de dos de las piezas que presentamos, parece razonable entender que aparece así porque formaba parte del amplio repertorio ornitomorfo. Ese sentido de la elección por el alfarero de unos motivos iconográficos no impide que éstos tuviesen además otros significados, sobre todo si se trata de un antiguo tema que con el tiempo pasa a ampliar su contenido. El significado original para algunos investigadores está en relación con «las cabezas cortadas» (como las que aparecen bajo las patas de los caballos en las fíbulas de jinete de las necrópolis) y con el mundo funerario. Y en este punto hay que advertir que no creemos que existan diferencias cronológicas entre el ejemplar de la necrópolis y los otros dos que pudieran justificar el lapso de tiempo suficiente para que un tema funerario cambie de sentido. Es más, nos inclinamos a pensar, considerando la cronología tiberio-claudiana de la n.º 3, los

(9) ABASCAL, J.M.: «La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península ibérica». Madrid, 1986, págs. 74-75.

perfiles de las otras dos, semejante el de la segunda al de la pieza n.º 12 de la fig. I, el tipo de pájaros, sobre todo el de la segunda, etc. que las tres son coetáneas y pertenecen a una fase de cambio en la que están surgiendo nuevos elementos en la cerámica y que algunos alfareros asocian nuevos ingredientes con temas conocidos mientras que otros no lo hacen¹⁰.

b) Secuencia Evolutiva de los Materiales

Los diversos materiales que configuran este horizonte, aún teniendo en cuenta que es un relleno y que comprende restos de tres décadas, permiten gracias a lo que de la primera mitad del siglo conocemos en otras casas de la misma ciudad¹¹ apreciar una evolución dentro de la cerámica pintada. En efecto, es posible determinar que vasos son más antiguos. A la vez nos permiten observar el aumento numérico, si bien siempre en moderado volumen, de las manufacturas cerámicas importadas así como de las imitaciones hasta la aparición de la terra sigillata hispánica. Por ello creemos que se reflejan en este conglomerado de materiales dos momentos: uno inicial y otro avanzado.

Fase inicial. Los materiales que la configuran son dentro de la cerámica pintada algunos grandes vasos de almacenamiento del tipo de los globulares o tinajas, con decoración de motivos geométricos (fig. I, n.º 5-7). Además vasos carenados con sencillos motivos como ondas o líneas horizontales (fig. II, n.º 3 y 4). También vasitos moldurados con decoración geométrica (fig. II, n.º 5 y 6). Entre el resto de las cerámicas hay terra sigillata itálica tardía, fragmentos de tres copas Goudineau 40 (fig. II, n.º 13), algún plato Goudineau 38 (fig. II, n.º 19), un fondo de copa con marca de Cn. Ateius (*Atei*) (fig. II, n.º 14) y dos piezas de paredes finas; parte del borde de un cubilete con borde ganchudo y perfil quizá ovoide, asimilable a la forma III b de Mayet (fig. II, n.º 15) a los que puede darse preferentemente una cronología tiberiana. Quizá se deba por sus características incluir aquí el fragmento con urna-pájaro.

Fase avanzada. Posiblemente corresponden a ella la mayor parte de los materiales para los que algunas piezas, particularmente las cerámicas de paredes finas, aportan una cronología claudia o tiberio-claudia. Entre estas hay varios boles asimilables a la forma XXXVII de Mayet, tres de ellos de decoración arenosa con engobe al exterior de color gris azulado o castaño, de cronología claudia (fig. II, n.º 17). Asimismo se recogió algún vaso de forma Mayet XXXVIII con decoración a la barbotina de festones y perlas y cronología de tiempos de Tiberio y Claudio (fig. II, n.º 20). Por último dentro de este grupo hay que citar fragmentos de dos vasitos, forma Mayet XXXIV, de los llamados de cáscara de huevo.

(10) Sobre la evolución de la cerámica celtibérica pintada hacia los tipos altoimperiales en Uxama, tema que excede los límites de esta comunicación, véase: GARCIA MERINO, C.: «Algunas consideraciones sobre la cerámica celtibérica pintada y su evolución hacia la pintada de época imperial, el caso de Uxama». EAE, 63, 1990, págs. 116-135.

(11) GARCIA MERINO, C.: «Uxama I. Campañas de 1976-78. La Casa de la cantinera, la Casa del sectile y el Tambor», 425 págs. (en prensa).

Entre la terra sigillata, escasa aún, hay varios fragmentos de sudgálica pertenecientes a tres piezas distintas: son el borde de un plato Dragendorf 15/17 (fig. II, n.º 18) y casi todo el pie de otro gran plato (fig. II, n.º 21) así como parte del fondo de otro plato con el inicio de sello epigráfico de alfarero RV... (fig. II, n.º 16) situado en el centro de la cara interior en un cartucho con ángulos redondeados. Los elementos de juicio con que contamos para identificar a su autor y valorar por tanto la pieza como elemento de datación más precisa son muy escasos. Teniendo en cuenta la cronología del contexto que en ningún caso parece pasar de los primeros años de Nerón, y de las características del fragmento (véase inventario) aunque no hay precedentes que ofrezcan una analogía completa. Podría ser de algún alfarero del grupo de Montans o de la Graufesenque entre el 15 y el 70¹². Respecto a la terra sigillata hispánica se registraron algunos fragmentos del fondo de dos platos, quizá de la forma Drag. 15/17.

En el tipo de cerámica común se cuentan entre otros algún resto de ánforas que no permitían una identificación precisa, ollitas negras de la forma 2 de Vegas y un fragmento de cubilete de borde horizontal ranurado (fig. II, n.º 22) de cronología julio-claudia no muy avanzada. Finalmente hay que señalar la presencia de fragmentos de cuatro ejemplares diferentes del plato 15A de Vegas en pasta color ladrillo, castaño claro al exterior y con un fino engobe color rojo oscuro al interior (fig. 15, n.º 20). También se constata la presencia de algún vaso engobado, concretamente la pared de un bol de pasta anaranjada con engobe castaño oscuro de discreto brillo metálico al exterior.

Dentro de la producción de cerámica pintada, la más abundante con mucho, se cuentan cientos de fragmentos correspondientes a numerosos vasos, unos carenados pero con perfil ligeramente distinto a los que caracterizarán luego al periodo flavio y también alguna jarra y algún vaso con galbo bajo y parte inferior globular con decoración de pájaros sobre la línea del galbo. Las pastas son muy ligeras y depuradas con finísimo desgrasante micáceo calizo, color exterior ocre claro o anaranjado, incluso rojo claro. Las decoraciones son preferentemente figurativas, motivos que cubren la zona superior del vaso entre el borde y la carena y algunos con arquillos cruzados e invertidos bajo ésta. El tema predominante son los pájaros hasta el punto de que podríamos calificar estos motivos como de típicamente claudianos. No sólo se constata aquí sino también en la Casa del sectile y en la Casa de los plintos en un nivel de estos mismos años. Después si hay pájaros estarán concebidos de otro modo y mezclados con motivos vegetales: unas veces estas aves se representan de modo más realista (fig. II, n.º 10 y 12) y otras más abstractas (fig. II, n.º 8). También hay peces (fig. II, n.º 9) y parecen empezar a emplearse motivos vegetales en frisos metopados con bandas rellenas de puntos bajo el borde (fig. II, n.º 7). Seguramente los fondos de estos vasos son los que presentan un anillo menos destacado.

(12) Efectivamente podría corresponder al nomen *Rufus* de Crambade, del grupo de Montans que trabajó entre el 15 y el 20 d.C. o a *Rusticus* de la Graufesenque, entre 40 y 70 (Véase MARTIN, TH.: «Centre de Montans. Atelier de Crambade». *Dossiers d'Archeologie française*, n.º 6, 1986, págs. 72-73 para el primero y HOFMANN, B.: «Catalogue des stampilles sur vaisselle sigillée». *Revue Archeologique des Sites*. Hors-serie n.º 27, 1986, pág. 18 y n.º 48 para el segundo). Hay otros menos probables como *Rufinus* 55-95 y *Rufus* de 55 a 70 en la Graufesenque (HOFFMANN, B.: Ob. cit., n.º 146 y 147).

En otro orden de cosas hay que mencionar restos de revestimiento parietal de tres capas sucesivas de mortero y pinturas al fresco con evidencias de un zócalo de salpicaduras imitando jaspe y paneles en rojo-oscuro y amarillo ocre con elementos separadores negros, rojos, blancos y verdes y grises, posiblemente de un II estilo pompeyano, en la habitación que precedió a la n.º 4.

Incluiremos finalmente como elemento seguro de cronología —aunque no apareciera en esa habitación sino en el nivel correspondiente de la n.º 5 con terra sigillata sudgálica entre otras producciones—, un as de Claudio del año 41.

3. CONCLUSIONES

De todo lo dicho puede en principio concluirse que la pieza n.º 1 con urna-pájaro procedente de la Casa de la Atalaya se encuadra en tiempos de Tiberio y Claudio, es decir entre los años 20 y los 50 de la Era. En segundo lugar y considerando la morfología de los vasos con analogías con los de tiempos claudianos, la estructura ornamental, el tema, etc., es coherente que a las otras dos piezas de este tipo: el fragmento de hallazgo superficial y el de la necrópolis celtibérica de Portugal se les aplique esa misma cronología en líneas generales¹³. En aquellos sectores de la ciudad que conocemos a través de excavación, no hemos encontrado ese tema de las urnas-pájaro con cabezas en relieve a pesar de la abundancia de cerámica pintada que se ha registrado, por lo que resulta lógico pensar que ya había dejado de emplearse. De ahí que a nuestro modo de ver, no sea arriesgado considerar los tres vasos que presentamos como algunos de los últimos exponentes de un tema sin duda infrecuente y con una vida no demasiado larga.

Por otra parte es muy posible que lo que hemos visto como peculiaridades del tema en la pieza de la Casa de la Atalaya, a saber, el festón de arquillos invertidos y la silueta de la urna, más claramente ornitomorfa que las de los otros dos casos analizados, carezcan de significado cronológico. Es decir que mejor que ver en ellas indicios de una posición de la pieza algo más avanzada en el tiempo, debamos interpretarlas como muestra de las innovaciones y los cambios de la cerámica en una fase de transición entre el mundo celtibérico y el hispanorromano. Es más junto a esos que parecen rasgos avanzados están otros conservadores como la propia forma y el tratamiento de las superficies, sobre todo de la interior, propio de los vasos más fieles a la tradición celtibérica.

A partir de Nerón la producción pintada se orienta especialmente a los vasos carenados de tamaño pequeño o medio-pequeño (entre 8 y 12 cm. de diámetro) con decoración de pájaros, peces o liebres, motivos vegetales y elementos geométricos combinados que responden ya a la demanda determinada por cambios en la moda y en el gusto. Esos cambios y esos diferentes repertorios temáticos, coetáneos ya siempre de la producción hispánica de terra sigillata, son comunes con los de la imperante cerámica llamada de tipo Clunia, difundida profusamente desde Clunia a partir de los Flavios.

(13) No debe sorprender la presencia de algunos materiales romanos altoimperiales en este cementerio celtibérico. De hecho el uso de la incineración y el tipo de rito se prolongan hasta bien entrada la Era, como muestra también el de Carratiermes según queda patente en este Symposium.

4. INVENTARIO

Figura I*

* Las letras y cifras que siguen al número que cada pieza de excavación de la Casa de la Atalaya tiene en la Figura son claves de posición en el registro de materiales de esta Campaña.

- 1.—Fragmento de jarra o botella en barro ocre claro decorado con pintura marrón-negro.
- 2.—Vaso carenado. Barro fino color arena con fino desgrasante micáceo. Superficie color ocre claro, más anaranjado en la parte inferior del vaso. No conserva aguada. Bastante deteriorado y en algunos puntos borrada la decoración pintada en negro a la que se añaden tres aplicaciones en relieve de cabezas humanas en la misma arcilla del recipiente.
- 3.—Fragmento de vaso carenado de arcilla muy depurada. Color naranja vivo al exterior, decorado con pintura negra y con la aplicación de una cabecita en medio relieve. Excelentes factura y conservación.
- 4.—Desarrollo de la decoración de la pieza n.º 2.
- 5.—At G/F. Fragmento de gran vaso de almacenamiento con borde derivado del tipo de labio en palo de golf. Pasta color beige muy depurada y decoración pintada en negro sobre aguada.
- 6.—At F/F1. Fragmento de gran vaso pasta color ocre y decoración pintada en marrón negro sobre aguada. En la cara interna presenta huellas de fricción de un lienzo o similar.
- 7.—At G/S1. Fragmento de gran vaso globular de labio con uñada, pasta color beige oscuro y con aguada al exterior. Decoración pintada en negro.
- 8.—At F/J2. Fragmento de copa de fino barro beige color naranja claro al exterior.
- 9.—At F/A2. Fondo con pie apenas destacado de un vaso, posiblemente carenado, en arcilla depurada color naranja muy claro, de excelente factura y aguada al exterior.
- 10.—At F/F1. Fragmento de pie alto en barro color ocre.

Figura II*

- 1.—At G/S1. Fragmento de vaso globular u ovoide de fina pared en pasta beige con decoración pintada zoomorfa en color marrón-negro.
- 2.—At G/U1. Fragmento de gran vaso de pasta muy depurada color ocre claro con aguada exterior y decoración en negro a base de motivos geométricos. En la cara interna presenta las mismas huellas que el n.º 6.
- 3 y 4.—At F/A2 y At F/F1. Fragmentos de borde de sendos vasos carenados de fina pasta y color beige con decoración geométrica pintada en negro.
- 5 y 6.—At F/F1 y At F/A2. Fragmentos de vasos moldurados en pasta beige pálido y anaranjado respectivamente de excelente factura y decoración pintada en negro.

- 7.—At G/R1. Fragmento de vaso carenado en pasta naranja vivo, de fino barro muy depurado con decoración vegetal pintada en negro.
- 8.—At F/Z1. Fragmento de vaso carenado en barro finísimo color rojo anaranjado con aguada y decoración zoomorfa abstracta de fino trazo en negro.
- 9.—At G/S1. Fragmento de pequeño cuenco de pared vertical color beige blanquecino, pintado en negro con motivo zoomorfo de un pez en un espacio metopado.
- 10.—AT G/L1. Fragmento de vaso carenado color ocre muy claro con decoración zoomorfa.
- 11.—At G/N1. Fragmento de canica de barro color ocre decorada con radios y puntos estampados.
- 12.—At F/F1. Fragmento de vaso carenado de barro beige muy depurado, beige pálido al exterior y decorado en pintura negra con un gran ave de rapiña y un conejo o liebre al que se añaden determinados elementos de fantasía. Lleva bajo la línea de la carena una guirnalda de arquillos invertidos y cruzados como un festón.
- 13.—At F/11. Fragmento de terra sigillata itálica tardía correspondiente al borde y parte superior de la pared de una copa Goudineau 40 con decoración de roleo a la barbotina.
- 14.—At F/F1. Fondo de copa de terra sigillata itálica tardía con sello del ceramista Cn. Ateius («Atei») del tipo tardío, solo con el nomen.
- 15.—At F/F1. Fragmento del borde de un cubilete de paredes finas en pasta gris-ocre, asimilable a la forma III b de Mayet.
- 16.—At F/R1. Fragmento del fondo de un plato en terra sigillata sudgálica con inicio de sello epigráfico RV... en cartucho rectangular con esquinas redondeadas. Pasta beige amarilla y barniz naranja satinado y con brillo discreto. El sello se encuentra centrado en la cara interna del fondo del plato, que es de poco grosor.
- 17.—At G/J2. Fragmento del borde y parte alta de la pared de un bol de paredes finas de la forma Mayet XXXVIII con decoración arenosa y enpasta beige con engobe metálico agrisado en ambas caras.
- 18.—At F/12. Terra sigillata sudgálica. Fragmento del borde y parte de la pared de un plato Dragendorf 15/17.
- 19.—At F/X1. Fragmento de terra sigillata itálica tardía correspondiente a un plato de la forma Goudineau 39.
- 20.—At F/11. Fragmento de cubilete de pared finas con decoración de festones y perlas a la barbotina, correspondiente a la forma XXXVII b de Mayet.
- 21.—At G/N1. Fragmento de pie de un plato de terra sigillata sudgálica.
- 22.—At F/F1. Fragmento de la boca de un cuenco de borde horizontal con ranura de cerámica común, correspondiente a la forma Vegas 4. Pasta color ladrillo y color pardo-negruzco al exterior.
- 23.—At G/R1. Fragmento de cerámica común, perteneciente al borde y pared de un plato de la forma 15 A de Vegas. Pasta color ladrillo, castaño claro al exterior con delgada capa de barniz rojo claro al interior.

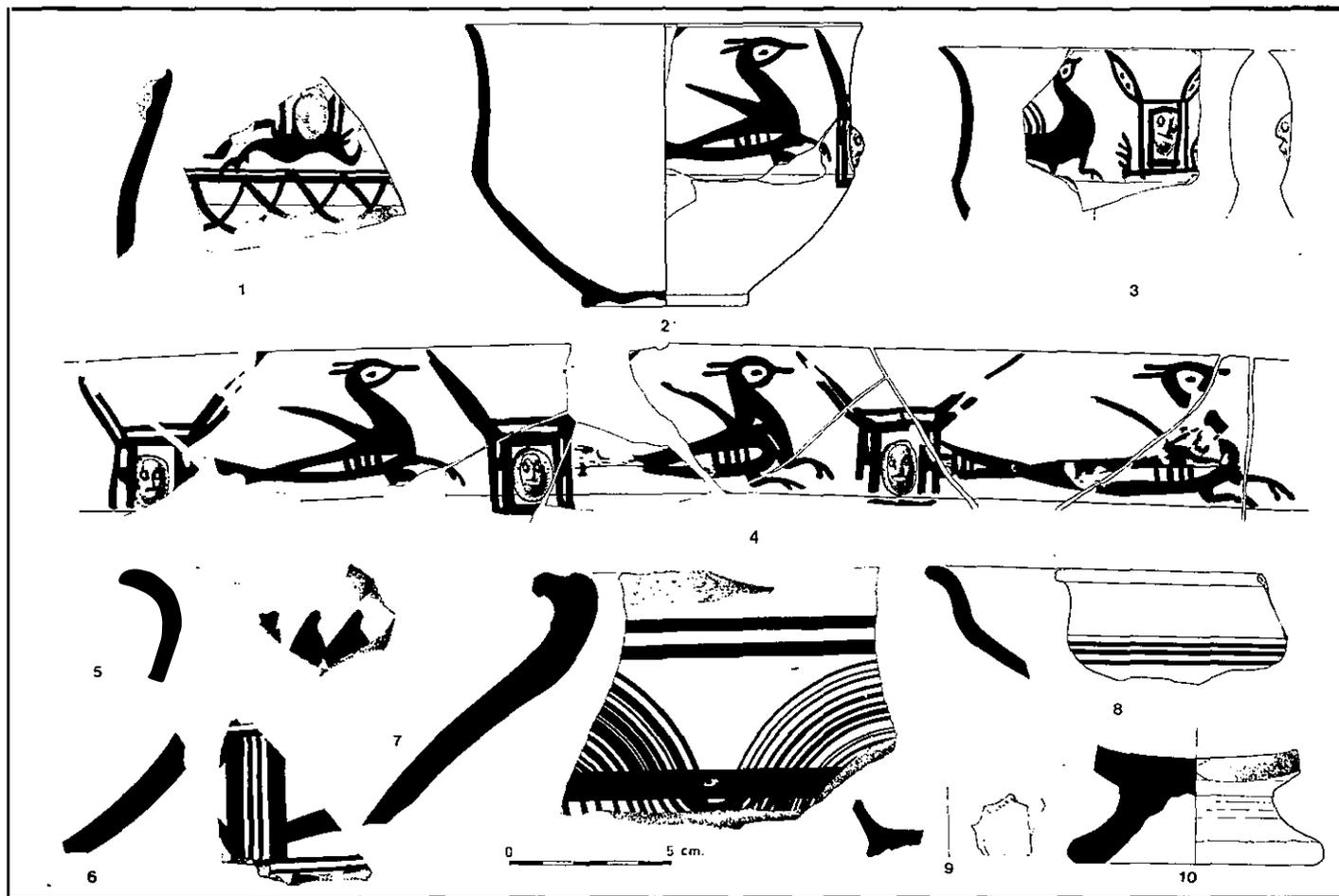


FIG. I.—1. Fragmento de vaso del nivel I de la Casa de la Atalaya (Campaña de 1987).— 2 y 4. Vaso de la necrópolis de Portugüí conservado en el M.A.N.— 3. Fragmento de vaso hallado en superficie en la zona N. de la ciudad en 1985.— 5-10. Materiales del nivel I de la Casa de la Atalaya, contexto de la pieza n.º 1.

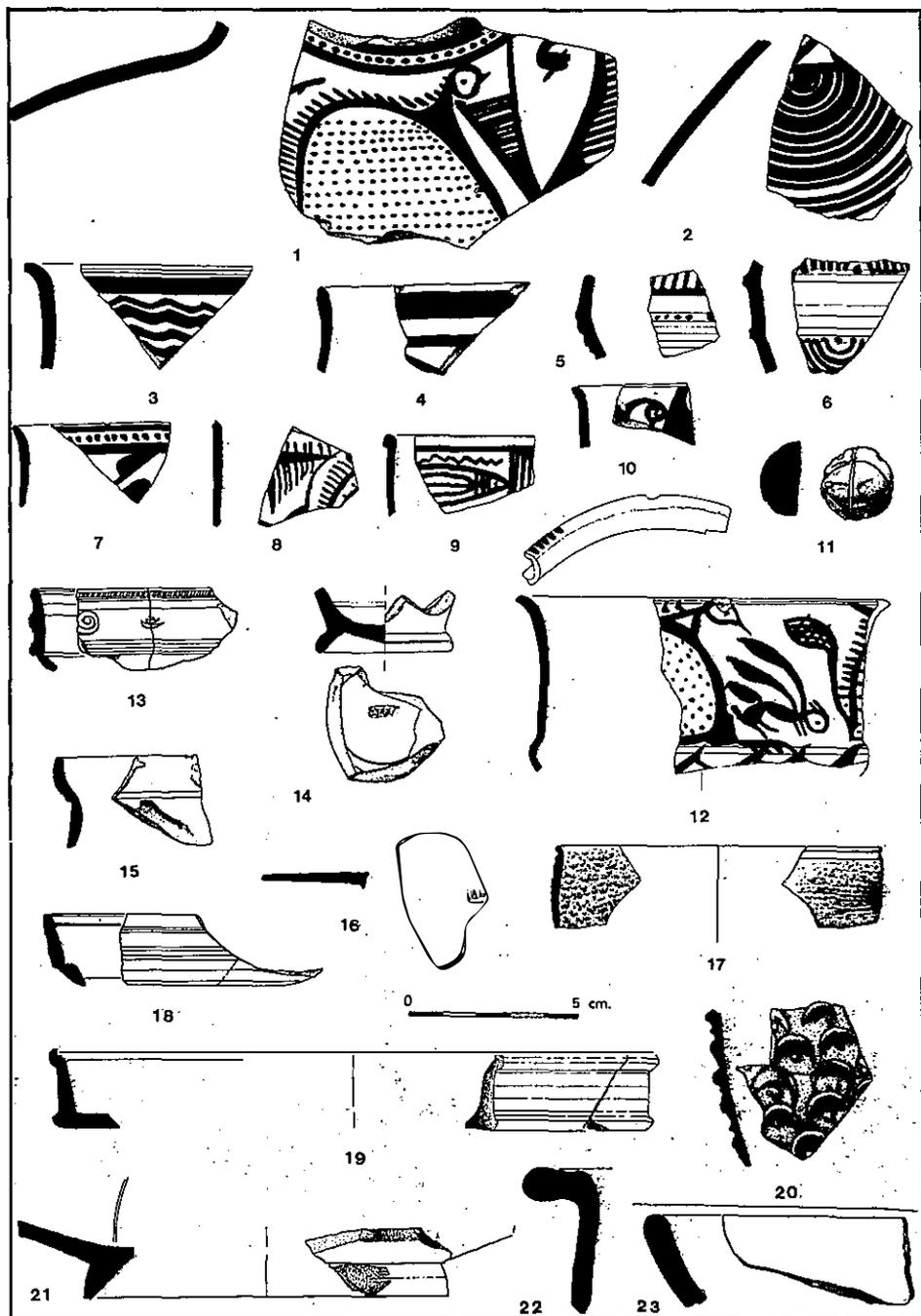


FIG. II.—Elementos significativos del contexto arqueológico de la pieza decorada con cabecita plástica en urna-pájaro de la Casa de la Atalaya de Uxama. Epoca Julio-Claudia (etapas de Tiberio y Claudio).

**APORTACIONES AL ESTUDIO DE LA CERAMICA
DE PAREDES FINAS CON DECORACION A MOLDE
DE UXAMA (OSMA, SORIA)**

J. GUERRERO ARROYO
B. SAQUERO MARTIN
S. CARRETERO VAQUERO

El estudio de la cerámica de paredes finas experimentó un gran impulso en 1975, a raíz del trabajo de F. Mayet¹, donde se reunían gran cantidad de piezas cerámicas de la Península, estudiando decoraciones, formas y procedencias. Destacó sobre todo la sistematización realizada, que permitió establecer una tabla de formas, muy consultada desde entonces, y punto de referencia obligatorio para cualquier estudio de las cerámicas de paredes finas. Sin embargo en las 77 láminas donde recoge 657 piezas, encontramos únicamente 2 vasos decorados a molde con el interior arenoso. Es precisamente esta escasa frecuencia y el poco conocimiento de estas piezas en la Península, al menos en los yacimientos publicados, lo que nos ha motivado a dar a conocer un nuevo fragmento, procedente de Uxama, que fue hallado en la campaña de 1982, en la llamada «Casa de los Plintos», concretamente en la zona del atrio.

Se trata de un fragmento cerámico de paredes finas que presenta una decoración a molde en su parte exterior, que recuerda a la terra sigillata de producción gálica. El interior mantiene una decoración arenosa, que lo recubre con poca densidad.

DESCRIPCION

El fragmento que se conserva (fig. 1, 1) corresponde a la parte inferior de la pared y pie de un cuenco o bol, con unas dimensiones de 33 mm. de altura, 88 mm. de diámetro máximo, y 25 mm. de diámetro de pie. Presenta una pasta depurada, compacta y dura de tonalidad rojo-anaranjado. En el interior la superficie aparece alisada con granos de arena adheridos, de variados tamaños, incluso diminutos, sin llegar a tener una densidad muy elevada. Los granos de arena aparecen concentrados en zonas, de manera que no se distribuyen en la pared interna de manera uniforme.

(*) Agradecemos a la directora de las excavaciones de Uxama, Carmen García Merino, por la información proporcionada referente a la cronología de la pieza.

(1) MAYET, F.: *Les céramiques parois fines dans la Péninsule Ibérique*, Paris, 1975.

El engobe del fragmento es muy diluido, y se ha mantenido sobre todo en la parte externa. El color del engobe aparece algo más oscuro que el de la pasta, y se conserva relativamente bien en toda la pieza.

Tipológicamente puede hacer recordar a las formas Drag. 29 ó 37, sin embargo, la ausencia del borde nos impide precisar más, aunque se constata que se trata de un cuenco de pequeñas dimensiones. El fragmento se conserva desde la pared hasta el fondo, con un pie muy poco desarrollado, describiendo una marcada concavidad que no se traduce en carena.

La adscripción de esta pieza a las producciones de paredes finas es ciertamente discutible, pues el grosor de la pared oscila entre 3 y 7 mm., lo que vuelve a remitir a la comparación con las formas de la terra sigillata. Sin embargo, la técnica de fabricación, así como su engobe y decoración permiten presentarla como un tipo específico de las producciones de paredes finas.

La decoración se desarrolla en dos frisos. El superior presenta una composición metopada: dos paneles, uno relleno de hojas pinniformes verticales y el otro con parte de un medallón decorado en su interior, posiblemente, por un ave; paneles separados por un gran motivo vegetal vertical. El friso inferior presenta una guirnalda recta de palmetas hacia la izquierda enmarcadas por dos líneas de perlas; la inferior aparece unida por un cordoncillo.

Como se mencionó anteriormente la pieza se localizó en el nivel correspondiente a la primera fase de la «*Casa de los Plintos*» de época Claudio-Nerón; concretamente se centran en los años cuarenta del s.I d.C., en base a los demás materiales aparecidos: terra sigillata sudgálica, marmorata, paredes finas, cerámicas pintada de tradición indígena.

PARALELOS

En la Península Ibérica conocemos ocho fragmentos de vasos, que están fabricados con esta misma técnica decorativa: tres en Represas (Beja, Portugal), uno en Conímbriga, uno en Ampurias, dos en Celsa y uno en Calahorra.

1. En Represas (Beja) contamos con un vaso que se conserva completo a pesar de su estado fragmentario. Tiene unas dimensiones de 80 mm. de altura, 160 mm. de diámetro en el borde, 46 mm. de diámetro de pie y un espesor de 3-4 mm. Se trata de un bol de pared redondeada, borde recto, separado de la pared por una serie de molduras que terminan en un labio redondeado. El fondo se espesa más. Se trata de una pieza que se distingue sobre todo por sus grandes dimensiones en relación con las demás. La decoración interna es arenosa con granos espesos, aplicados en numerosos golpes de pincel. En la pared exterior la decoración a molde aparece en dos frisos separados por un grupo de seis líneas de perlas. El friso superior, mucho más alto, está decorado alternando dos

motivos, uno circular y otro cruciforme (cruz de San Andrés). La parte inferior, más estrecha, está compuesta de un friso de festones rodeando una hoja de hiedra. La decoración es de gran finura. La pasta es color ocre, y el engobe de tonalidad naranja claro brillante y de excelente calidad².

Para Nunes Ribeiro podría tratarse de un producto de Montans y por tanto tendría una cronología del s.I d.C. Mayet asimismo afirma su procedencia de este taller sudgálico, datándose en un momento cronológico entre Tiberio y Claudio en base a la cronología de Vindonissa³.

2. Con la misma procedencia contamos con dos fragmentos de un mismo vaso, que presentan una decoración formada al menos por un friso de guirnaldas y líneas de perlas. El tercer fragmento de Represas, pertenece a otra pieza y está decorado también con motivos vegetales que parecen ir en un friso, y líneas de perlas. Los dos vasos tendrían decoración arenosa en su interior⁴.

3. Las excavaciones de Conímbriga han proporcionado un pequeño fragmento de bol hemiesférico, pared redondeada, aunque lisa en el interior. La decoración es a molde en el exterior; y está compuesta por dos frisos de motivos vegetales separados por una línea de perlas. La pasta de color ocre, es muy fina y bien cocida. El engobe es naranja oscuro y brillante, con reflejos metálicos de excelente calidad⁵.

Fue hallado en el nivel superficial, y por tanto no proporcionó datos cronológicos. Los autores creen que procedería del sur de la Galia: Montans, La Graufesenque o el pequeño taller de Galane, y su cronología sería de Claudio-Nerón en base a los datos proporcionados por Vindonissa⁶.

4. Procedentes de Ampurias contamos con dos fragmentos de un bol. Su altura a pesar de su estado fragmentario es de 50 mm., un diámetro del borde de 90 mm., y un espesor de 2 mm. Se trata de un bol con panza hemiesférica, con borde ligeramente incurvado hacia el interior; sin labio, separado de la pared por una serie de molduras. La decoración es arenosa en el interior y a molde en la pared externa, en dos zonas decoradas con guirnaldas continuas encuadradas y separadas por una fila de perlas. La pasta es de color ocre oscura, aunque fina. El engobe se conserva tanto en el interior como en el exterior de la pieza, es de tonalidad naranja claro, medianamente brillante, pero de excelente calidad⁷.

La cronología propuesta por Mayet lo data en época Tiberio-Claudio, con una procedencia del taller de Montans⁸.

(2) NUNES RIBEIRO, F.: «Um Vaso de Paredes Finas con Decoração Mista», *Arquivo de Beja*, XXII, 1965, 203-210, fig. 1; MAYET, F.: *Op. cit.*, 119, n.º 657, pl. LXXVII, n.º 657.

(3) NUNES RIBEIRO, F.: *Op. cit.*, 209; MAYET, F.: *Op. cit.*, 118. Sobre Vindonissa véase ETTILINGER, E. y SIMONETTI, CH.: *Römische keramik aus dem Schulthügel von Vindonissa*, Bâle, 1952, 42-54.

(4) NUNES RIBEIRO, F.: *Op. cit.*, 109, figs. 2 y 3, respectivamente.

(5) ALARCAO, J.; DELGADO, M.; MAYET, F.; MOUTINHO ALARCAO, A. y PONTE, S. da: *Fouilles de Conimbriga. VI. Céramiques divers et verres*, Paris, 1976, 37, n.º 84; 127, pl. VII, n.º 84.

(6) *IBIDEM*, 37.

(7) MAYET, F.: *Op. cit.*, 119, n.º 656, pl. LXXVII, n.º 656.

(8) *IBIDEM*, 118.

ANTECEDENTES

En el año 1985, ingresó en los fondos del Museo Numantino, una Reja de hierro para ventana, de época romana; fue entregada por la Dra. D.^a Carmen García Merino, y se supone, que procede del Yacimiento de Uxama, o de sus proximidades. El n.º de inventario de la pieza, es el 85/49.

La Reja de ventana, que corresponde al tema de la presente comunicación, no es una pieza frecuente en los yacimientos romanos peninsulares, sin embargo, van conociéndose algunos ejemplos, sobre todo completos, lo que permite comprender el sistema constructivo de estos elementos. La Reja soriana, se encontraba doblada cuando fue entregada al Museo, según aparece en la fig. 1, devolviéndola a su posición original mediante el oportuno tratamiento de restauración, llevado a cabo en el Laboratorio del Museo Numantino por el Restaurador del mismo, y tras los oportunos análisis técnicos realizados en el Instituto de Geología Económica del C.S.I.C.

La pieza uxamense, se fabricó con barras de hierro de sección rectangular; que forman una malla también rectangular; se compone la reja, de cinco barras horizontales y cuatro verticales, que en su intersección, forman cuadrados. En la unión de las barras, y entre ellas, se fijan dos formas rómbicas de hierro, en disposición diagonal respecto a las barras maestras, y llegando casi al contacto, en el interior de cada cuadrado las puntas agudas de los rombos. Las barras maestras y los dos rombos, se fijan mediante remaches de hierro, al parecer, introducidos de dentro a fuera (según la posición de la reja en la habitación) y considerando la homogeneidad de las cabezas en esta cara de la Reja, remachándose por fuera. Fig. 2.

Los ejemplares conocidos en la Península, son muy escasos, pudiéndose señalar, los que se conservan en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida (Números de Inventario 9.985 y 27.832), y la que, procedente de Munigua, se guarda en el Museo Arqueológico de Sevilla (Caldera de Castro M.^a del Pilar 1982). Aunque la expuesta en dicho Museo, su cartel dice proceder de Mulva, datada como del siglo II o III d. de C.

La pieza soriana, es de un tamaño algo menor que la número 9.985 del Museo de Mérida, y similar, a la número 27.832 del mismo centro; las medidas de aquella, son de 87x85 cm.

La sujeción de la reja, al marco correspondiente, se efectuaba por medio de clavos, que se disponían en los extremos de cada una de las barras que conforman el armazón de la reja, doblados hacia el interior y clavados por ésta cara al marco; de los 18 clavos con que se sujetó la reja uxamense, sólo se han conservado 7, que han permitido unirla al marco de madera, que se le ha fabricado, con el fin de sujetarla correctamente. No obstante, se han colocado, otros tres más, de fabricación moderna, que fijan la pieza. Fig. 3.

Las piezas citadas, tienen una forma muy semejante, pero la procedente de Uxama, presenta algunas variaciones en la forma constructiva, con respecto a las emeritenses; en éstas, la intersección de las barras, se sujeta con remaches de hierro y la estrella colocada entre ellas, se fabricó en una pieza, que consta de una parte circular plana y cuatro pequeños triángulos; por el contrario, en la del Museo Numantino, la estrella, se contruye con dos barras rómbicas cruzadas, al igual que sucede, en otras piezas que se conocen fuera de la Península Ibérica, o la expuesta en el Museo Arqueológico de Sevilla.

Convendría hacer notar, que tal vez, por presentar una mayor sofisticación y simplicidad tecnológica en su construcción, las emeritenses, fueran de edad posterior a las de Uxama. También se debe resaltar, que ésta soriana y la expuesta en Sevilla, muestran una construcción exactamente igual, a diferencia de los anclajes de fijación, pues en la soriana, se clavan por el interior del cerco de madera, mientras la sevillana, parece que las barras maestras se terminan en forma lanceolada, lo que tal vez, significaría estar colocadas sobre el cerco, en lugar de estar colocada en su interior; por otra parte, los rombos que forman las estrellas de los nudos, parecen en Sevilla, ser más alargados, que los sorianos, aun teniendo en cuenta, el peor estado de conservación y restauración de aquella. Se debe destacar que la del Museo Arqueológico de Sevilla, está expuesta girada 90° de la posición inicial, pues las ventanas romanas eran verticales y no horizontales.

Desconocemos el contexto arqueológico de la reja soriana, por lo que la datación de la misma deberá establecerse por analogía con otras piezas semejantes. Los ejemplos publicados, del Museo de Mérida, se fechan, como en otras piezas europeas, en el siglo III d. de C. y dado que la estructura constructiva es muy similar en todas ellas, puede aceptarse la datación de la centuria citada anteriormente, aunque por las razones constructivas antes citadas, tal vez la soriana, sea de edad anterior:

ESTUDIO DE MATERIALES

De la reja, tal cual fue entregada al Museo Numantino, retorcida y replegada, se tomaron cuatro muestras de diferentes puntos, para determinar las causas y grados de deterioro; tres muestras fueron tomadas de los encostramientos y

oxidaciones de barras y rombos, y la número cuatro, sobre costra y material del enterramiento, en una zona más protegida, sobre un remache.

Todas las muestras, fueron estudiadas al estereomicroscopio, y después de una disgregación por ultrasonido, se analizó la fracción más fina por Difracción de Rayos X, para poder determinar las posibles diferencias de alteración de la reja, una vez eliminadas las impurezas propias de su enterramiento y ajenas a la misma, para lo cual, el resultado ultrasónico, fue pasado por un tamiz de 0,063 mm.

En las observaciones realizadas al estereomicroscopio, se puede decir, que en todos los ejemplares, a excepción del número 4, se ven claramente los enterramientos de hierro, en los que se distinguen generalmente, tres capas de distinta naturaleza: la primera, de un espesor variable, que puede llegar a 1,5 mm. formada por una capa terrosa rojiza, con pequeños clastos de cuarzo, redondeados o subredondeados, es decir, de los materiales en que aparecía enterrada la reja, cementados por óxidos e hidróxidos de hierro; la segunda, de hasta 1 mm. de espesor, formada esencialmente por hierro metálico, observándose, unas alineaciones paralelas a la dirección de la costra, tal vez, procedentes del mismo forjado de la reja en fragua, pues el metal, al ir adquiriendo forma por percusión, también adquiere una estructura hojosa en su interior; por lo que, generalmente, los procesos de deterioro y alteración, la disgrega en láminas, o superficies más o menos cóncavas, donde impactó el martillo; la tercera capa, blanca, con estructura globular; formada por Carbonato cálcico (Calcita), y con espesor que puede llegar como máximo a 0,5 mm.

El resto del material, que no son éstas costras de hierro, está formado por clastos muy pequeños de cuarzo, redondeado o subredondeado, empastado, por un material margoso (muy patente en la muestra número 4). Junto con los clastos de cuarzo, siempre dominantes, aparecen también, aunque en menor proporción, Feldespato tipo Ortoclasa y abundante Calcita.

A la vista de todo ello, parece ser; que la reja, fue trabajada en fragua, por percusión, y que ha estado enterrada, en unos materiales aluviales, de escasa hidrodinámica singenética, aunque su evolución, ha sido larga e intensa, como lo demuestran, los clastos tan redondeados de Cuarzo y Feldespato, de tamaño muy fino (aleurítico), junto con una pasta muy escasa de naturaleza arcillosa (Micas, Illita, Montmorillonita... etc), todo ello, fue impregnado por aguas ricas en Bicarbonato cálcico, constituyendo todo el conjunto, unas margas aleuríticas.

Los resultados de los análisis por Difracción de Rayos X, se expresan en el Cuadro adjunto, donde se observa como los minerales dominantes son: Calcita, Cuarzo, Feldespato, Goethita y Hierro.

Viendo estos resultados, podrían ordenarse los materiales de fuera adentro de la reja, o por su mayor proximidad a ella, según la secuencia: 4, 1, 2, 3. La primera (la 4) de materiales externos a la reja y por su orden las otras tres (1, 2, 3), correspondiendo a costras de la misma reja o estados de alteración, por eso, la número 4, no presenta hierro metálico, a diferencia de las verdaderas costras, y de éstas, la más próxima a la reja, la número 3, es la que lo contiene en mayor proporción, al igual que el Cuarzo y la Calcita, y ésta última, lógicamente también

más abundante en la capa más externas, del alterado, sin embargo, se presenta una anomalía respecto al feldespato, más abundante en la muestra número 3, que en las dos anteriores más externas, lo cual, puede explicarse, por una anomalía local, o por la disgregación, al ser un mineral mucho más fino y frágil.

En estas condiciones, la reja de hierro, ha sufrido una cierta oxidación, pasando el hierro a formar Goethita, Limonita y otros óxidos amorfos de Hierro, pero en tales procesos de oxidación, se presenta un aumento de volumen de 230,77%, el cual se produce, según se va oxidando, y a favor de la hojosis propia de la estructura del Hierro forjado; a la vez, dicha estructura esponjosa, se impregna de las mismas aguas carbonáticas medioambientales del enterramiento, originando en la parte interna de las hojas, un precipitado de Carbonato cálcico, que al cristalizar, hace el efecto de cuña, ayudando también a la escamación superficial del Hierro.

No sabemos, cómo es la estructura interna de las barras que forman la reja, por lo que desconocemos su espesor original y grado de alteración alcanzado en su interior. De todas formas, podría limpiarse previamente con un simple cipi-lado, o todo lo más, con agua ligeramente acidificada, con ácido acético, en lugar de ácidos más fuertes que podrían deteriorarla más.

La intensidad de su limpieza, deberá ser regulada poco a poco, según se va arrancando la costra externa, sin llegar a una eliminación total de los óxidos, y dejar el Hierro, totalmente limpio, pues se perderían detalles de la obra, e incluso de la misma hermosura de la reja. No obstante, ésta tampoco debe enmascararse con un excesivo herrumbre.

Para enderezarla, y darle su configuración original, puesto que sus dobleces, deben de considerarse como causa de acumulación y transporte entre cascotes y deshechos, debe de realizarse, mediante calor o fuego reductor, que conseguiría transformar el Carbonato Cálcico en Cal, los Oxidos e Hidróxidos de Hierro, deshidratarse, y nunca, aumentar la proporción de Hierro oxidado, mediante un fuego oxidante, a la vez que el metal, va adquiriendo una cierta ductibilidad, y puede enderezarse fácilmente.

El fuego aplicado con poca intensidad, debe de ser conjugado con la aplicación de la fuerza necesaria para enderezarlo lentamente, y con poca percusión, ya que las vicisitudes sufridas después de su moldeado al fuego, podrían romper y resquebrajar la reja.

Una vez restaurada su forma primitiva, debe de procederse a una nueva y definitiva limpieza, para posteriormente, conservarla al adicionarle algún producto conservante, que para su ubicación en el interior del Museo Numantino, podría tratarse con Polimetacrilato de butilo, o binilo, productos que confieren, no sólo los efectos consolidantes, sino también, el aislar la pieza, de la humedad ambiental, para que no vuelva a oxidarse, y según es el soporte y ambiente del Museo, resultarían más útiles, que otros productos similares.

TRABAJOS DE RESTAURACION

El primer paso, en la restauración de la reja, fue un trabajo mecánico para conseguir la eliminación máxima, de adherencias, tierras y óxidos, mediante dicho sistema, aunque no en su totalidad, permitió eliminar, manualmente el máximo de dicha capa, de cuerpos extraños. Posteriormente se continuó la limpieza, con un cepillo de copa y fibra de nylon, pudiéndose observar ya en muchas zonas, el trabajo de fragua, mediante el cual se realizó la pieza.

Se fabricó un soporte especial de sujeción lateral de la reja, con el fin de continuar con el paso siguiente del proceso, que consistía en el estiramiento progresivo de la misma, dicha labor, se llevó a efecto, auxiliados por una fuente de calor regulable, desde 400° C. a 850° C. de fuego reductor y mediante planchas de amianto para aislar el núcleo del fuego directo, y mediante la utilización de sargentos de presión por zonas, se fue llevando poco a poco a la posición original.

Con el tratamiento del fuego reductor, se consiguió una eliminación más completa de los Carbonatos, Oxidos y Exfoliaciones, que se habían formado como envoltura del núcleo principal.

Se construyó un marco de madera, apropiado a las medidas de la reja para su montaje, intentando reproducir lo más fielmente posible su estado primitivo. Fig. 4.

Se aprovecharon los clavos originales, para sujetar la reja al nuevo bastidor, y los que faltaban, se fabricaron con hierro batido, con las mismas medidas que los originales.

A pesar del tratamiento a que fue sometida la pieza, no se consiguió la eliminación total de las adherencias, por lo cual, y aprovechando que el montaje que se había practicado ofrecía más garantía para su manipulación, se pudo, mediante vibración, erradicar completamente los restos de encostramientos, que quedaban en zonas puntuales. Para la obtención de dicho efecto, se apoyó en las zonas necesarias un TAS de mano, sobre el que se percusionaba progresivamente, hasta conseguir el total desprendimiento de tales adherencias.

Esta técnica, lenta y laboriosa, era la más aconsejable, pero no fue suficiente para la total erradicación de la totalidad de los óxidos, siendo necesaria su extracción manual, mediante punzones y útiles fabricados al efecto.

Conseguida la limpieza básica de la reja, se procedió a pegar los fragmentos que originariamente estaban partidos, y precisamente en los finales de las barras, donde estas se fijan al marco, optándose en esta ocasión por utilizar la resina epoxídica N-35, de la cual se hicieron pruebas de tracción, obteniéndose resistencias de hasta 270 Kgm.xCm². No obstante, y después de conseguir el fraguado de la resina, se extendió una fina capa envolvente en los trozos de unión, con el fin, de darle una consistencia mayor.

Para proceder al desengrasado completo de la pieza, y dar una mayor estabilidad al núcleo de las barras, se completó la restauración con el tratamiento, mediante taninos.

Posteriormente, con objeto de igualar la tonalidad oscura, resultante de este tratamiento, se procedió, en las partes pegadas con resina epoxídica, a la aplicación de unas ligeras pinceladas con gouache, hasta conseguir la igualación del tono.

Para finalizar el proceso de restauración, se aplicó una capa aislante del medio ambiente, con una solución de PB-72 al 3% y cera microcristalina, al 10% disuelta en $C_6H_4(CH_3)_2$, cepillándola suavemente, con un cepillo fino de pelo, siendo el acabado por fricción con vellón de lana.

RESULTADOS DE LOS ANALISIS POR DIFRACCION DE RAYOS X

N.º DE MUESTRA	CALCITA	CUARZO	FELDESPATO	COETHITA $FeOOH$	HIERRO
1	XXX	XX	X	X	XX
2	XX	XX	X	X	XX
3	XX	XX	XX	X	XX
4	XXX	XXX	XX	X	—



FIG. 1.—Aspecto de la Reja, cuando fue entregada en el Museo Numantino.

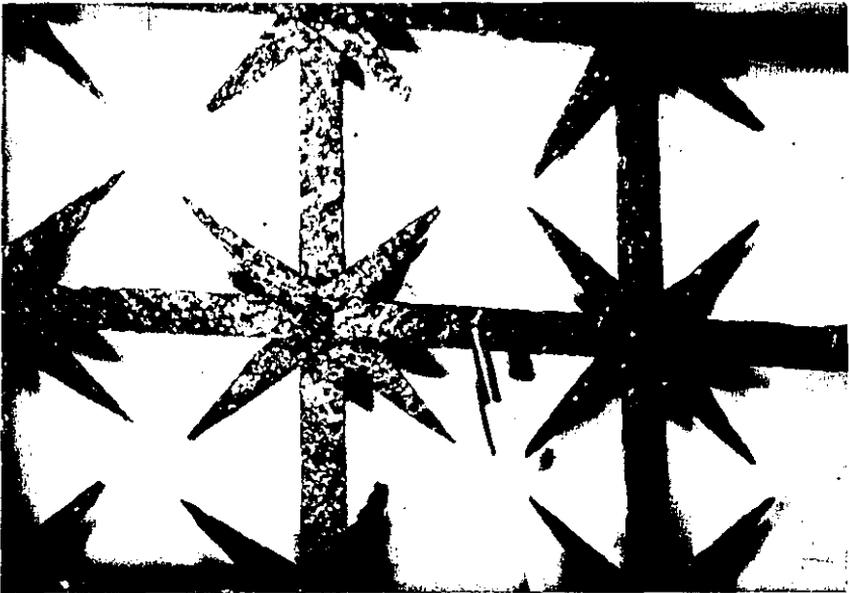


FIG. 2.—Detalle de la construcción de los nudos de la malla en la Reja.

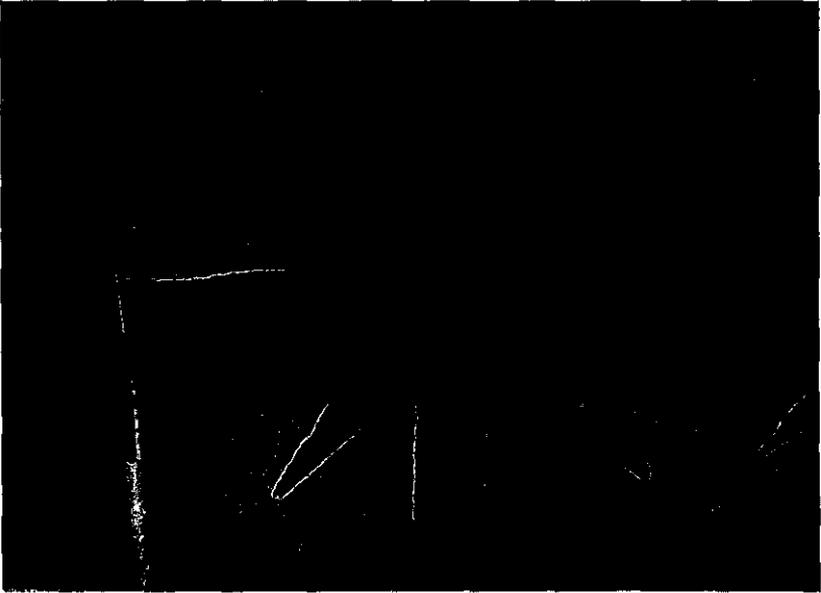


FIG. 3.—Aspecto de un nudo y fijación de las barras al marco.

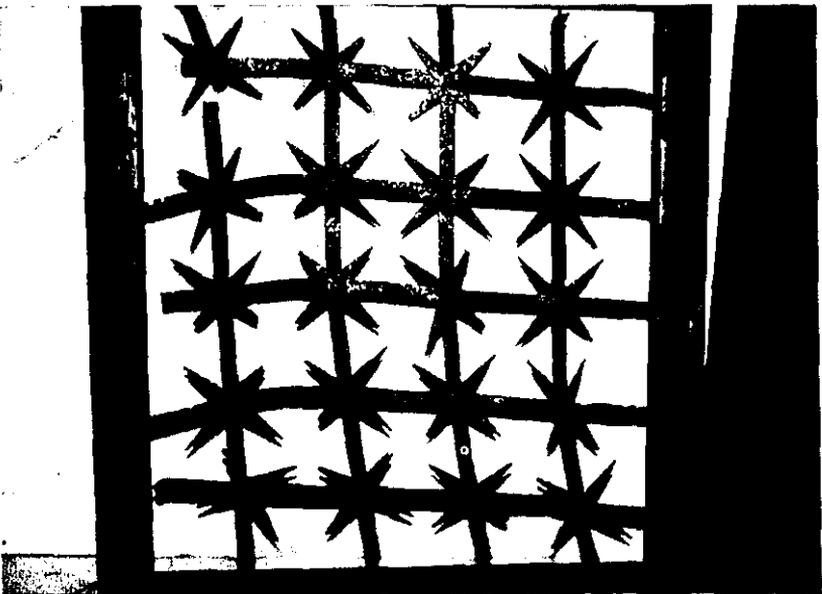


FIG. 4.—Aspecto de la Reja ya restaurada y con su marco de madera.

**CONJUNTO DE TSHT PROCEDENTE DE UXAMA
(OSMA, SORIA)**

B. SAQUERO MARTIN
J. GUERRERO ARROYO
S. CARRETERO VAQUERO

La ciudad de *Uxama Argaela*, uno de los núcleos más importantes del valle oriental del Duero¹, proporciona muchos y variados datos de su pasado indígena y romano, fundamentalmente durante el Alto Imperio. Las fuentes escritas de época clásica la mencionan desde las guerras celtibéricas. Apiano recuerda su papel de almacén de víveres durante la contienda numantina², Exuperantio³, Floro⁴ y Orosio⁵ nos informan de su adhesión a la causa de Sertorio.

Asimismo contamos con otro tipo de datos como los numismáticos, epigráficos y arqueológicos que señalan la gran importancia y el alto desarrollo urbano de *Uxama* durante el Imperio Romano⁶. Destacaremos particularmente las inscripciones que informan de la vida pública de la ciudad, como la que hace referencia al patronazgo de M. Aemilio Lépido, a principios del gobierno de tiberio⁷, o las realizaciones urbanísticas, como la terraza artificial perteneciente al foro, y la posible existencia de otro conjunto forense formado por basílica, plaza y templo⁸.

Frente a la abundante documentación para la época alto-imperial, el Bajo Imperio cuenta en *Uxama* con muchos menos datos. A pesar de ello, las fuentes arqueológicas no hablan de decadencia en época bajo-imperial, y así lo demuestran los frecuentes hallazgos del s. IV d.C. en el territorio circundante, dependiendo de *Uxama*⁹.

En el presente trabajo estudiamos un conjunto de piezas de T.S.H.T. aparecidas en la campaña de excavaciones de 1988. El objeto de dicha intervención fue la limpieza y vaciado del conjunto de cisternas públicas, cercanas a la terraza

(*) Los dibujos han sido realizados por Marian Arlegui y Santiago Carretero.

(1) GARCIA MERINO, C.: «Promoción política y desarrollo urbano de Uxama Argaela», *BSAA*, LXXX, 1987, 73.

(2) «Hist. Rom. Iber». Schulten. Barcelona, 1957, (*FHA* IV).

(3) «De Marii, Lepidi et Sertori bellis civilibus», 8. Schulten. *IBIDEM*.

(4) «Rer. roman», lib. I, II, 10. Schulten, *IBIDEM*.

(5) «Hist.», lib. VII, 5, 23, 14. Schulten, *IBIDEM*.

(6) GARCIA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama», *BSAA*, XXXVI, 1970, págs. 33 y ss.; IDEM, *BSAA*, XXXVII, 1971, págs. 85 y ss.; IDEM, «Promoción política...», *op. cit.*, págs. 73 y ss.

(7) GARCIA MERINO, C.: «Promoción política...», *op. cit.*, págs. 95, n.º 2.

(8) GARCIA MERINO, C.: «Noticias preliminares sobre el Foro de Uxama Argaela», *Los Foros Romanos de las Provincias Occidentales*, Madrid, 1987, págs. 147 y ss.

(9) GARCIA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama», *BSAA*, XXXVII, 1971, pág. 117.

artificial del foro, que dibujaban en planta un superficie semianular. Este conjunto aparece formado por cinco compartimentos de diferentes tamaños, comunicados entre si mediante puertas o pequeños orificios entre cisternas, y construído en recio «opus caementicium» que muestra en las bóvedas de cañón las huellas del encofrado. La función principal de este complejo sería abastecer, probablemente, la parte suroeste del núcleo urbano.

Las piezas aquí presentadas se hallaron en el nivel inferior de las cisternas, bajo los distintos niveles de colmatación que rellenaban los compartimentos. También incluimos en el presente estudio un pieza procedente de un hallazgo superficial en la parte occidental del yacimiento, posiblemente una bandeja o soporte de grandes dimensiones, cuya forma no ha aparecido documentación en otros yacimientos.

En total presentamos un conjunto de nueve piezas, depositadas actualmente en el Museo Numantino, seis correspondientes a grandes platos, dos piezas decoradas a molde y la mencionada bandeja o soporte.

TERRA SIGILLATA HISPANICA TARDIA DECORADA A MOLDE

1. Forma inédita, incompleta, correspondiente a una jarra o botella de perfil troncocónico. Pared de trayectoria oblicua, ligeramente cóncava en la zona inferior, donde el cuerpo se une al pie, éste bajo y de sección cuadrangular. El interior del fondo plano se manifiesta al exterior en un perfil convexo y moldurado. De la zona superior se conserva parte del hombro y arranque del asa. La decoración se desarrolla en tres frisos. Los dos primeros presentan el mismo esquema decorativo: grandes ultrasemicírculos del estilo 3A3/1 —en el friso superior— y círculos concéntricos, trazados a compás —del estilo 3A5/1¹⁰ en el friso central— alternando con otros motivos que se adaptan a los espacios libres. Elementos vegetales —bifolios y arboriformes, similar a 3D/40¹¹— y pequeños círculos dobles aparecen separando los grandes círculos como rellenando los espacios triangulares. La composición del friso inferior, a base de temas seriados, es totalmente distinta: series de paneles rellenos de pequeños bastones verticales enmarcados por dos líneas de círculos simples; paneles separados por bastones o pequeñas barras horizontales. Elementos que parecen haber sido realizados a mano alzada como lo demuestra la irregularidad en su ejecución. Este friso se encuentra enmarcado y acentuado por dos estrechas molduras y líneas de puntos simples y dobles. Pasta de color rosado con pequeños desgrasantes y barniz rojizo, semimate, de excelente calidad cubre exclusivamente la superficie externa. (Fig. 1).

Diámetro: 196 mm.

Alt. media: 190 mm.

(10) LOPEZ RODRIGUEZ, J.R.: *Terra Sigillata Hispanica Tardía. Decorada a molde de la Península Ibérica*, Salamanca-Valladolid, 1985, pág. 69, Fig. 16.

(11) *IBIDEM*, pág. 79, Fig. 23.

2. Cuenco incompleto de perfil más o menos globular correspondiente a la forma 42. La pared tiende a cerrarse rematando en un pequeño borde vertical. Fondo bajo y plano, en el que se esboza un pie muy rudimentario. La decoración se extiende en una ancha franja decorativa de grandes ultrasemicírculos concéntricos superpuestos, rellenos de bastoncillos y lúnulas, estilo 3A/3/1 y 3A/2/1¹². Esquema enmarcado y acentuado por dos estrechas molduras. Al tema central le rodean, en la parte superior; elementos seriados de ángulos o medias lunas —2B/1/1 y 2¹³— que parecen haber sido realizados a mano alzada; bastones verticales, en la zona inferior; apenas marcados —2B/13¹⁴—. La pasta es rosada con pequeños desgrasantes de mineral y el barniz anaranjado cubre la pared exterior e interior hasta media altura. (Fig.1).

Diámetro: 154 mm.

Alt. media: 104 mm.

TERRA SIGILLATA HISPANICA TARDIA ESTAMPADA

1. Plato fragmentado de perfil abierto y curvo con borde oblicuo ligeramente apuntado. En la pared interna se observa un leve cambio de plano, marcado por una pequeña ranura, entre el borde y el inicio de la pared. El fondo se mantiene en principio horizontal para ascender y estrecharse suavemente hacia el centro; en este lugar se sitúa la decoración estampillada de motivos cruciformes o en aspa, dispuestos radialmente y enmarcados por dos círculos incisos. Pasta rosada con pequeñas partículas de mineral. Barniz cuarteado de color rojizo oscuro con restos, en el fondo interno, de manchas negras. (Fig. 2)

Diámetro: 318 mm.

Alt. media: 38 mm.

2. Plato incompleto similar a la forma 3 de Palol-Cortes¹⁵. Borde amplio de trayectoria horizontal levemente inclinado hacia arriba, con labio engrosado. Fondo plano y bajo, con un pie apenas esbozado. En el interior, decoración estampillada de pequeños cuadrados que dibujan una gran estrella, irregular¹⁶, inscrita en dos círculos incisos. Plato de pasta anaranjada con desgrasantes de pequeño tamaño y barniz de igual color; totalmente, pedido en el interior del fondo. (Fig. 2).

Diámetro: 332 mm.

Alt. media: 42 mm.

(12) *IBIDEM*, pág. 69, Fig. 16.

(13) *IBIDEM*, pág. 67, Fig. 15.

(14) *IBIDEM*, pág. 67, Fig. 15.

(15) PALOL, P. y CORTES, J.: «La Villa romana de La Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia). Excavaciones de 1969 y 1970, Vol. I», *Acta Arqueológica Hispánica*, 7, Madrid, 1974, pág. 124, Fig. 37, n.º 35.

(16) *IBIDEM*, Fig. 39, n.º 50, motivo de estrella pero con ciertas variantes respecto a nuestro ejemplar, al igual que JIMENO MARTÍNEZ, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J.J. y SANZ ARAGONES, A.: «La cerámica sigillata decorada y de imitación de Los Tolmos, Caracena (Soria)», *Revista de Investigación*, IV, 1, Soria, 1980, pág. 128, Lám. III, n.º 19.

3. Plato fragmentado de características técnicas y morfológicas análogas al ejemplar n.º 1. Presenta una pared abierta, de movimiento curvo y uniforme, que remata en un borde ligeramente apuntado; de igual modo, pared/fondo se articula sin solución de continuidad. Decoración de pequeños círculos impresos¹⁷ enmarcados por dos círculos incisos. Pasta rosada con pequeños desgrasantes de mineral y barniz rojo oscuro bastante cuarteado. (Fig. 2).

Diámetro: 336 mm.

Alt. media: 54 mm.

4. Gran plato fragmentado correspondiente a la forma 4 de Palol-Cortés¹⁸. Borde amplio de desarrollo horizontal y labio engrosado. La suave curvatura del perfil exterior se rompe en el interior por la presencia de dos pequeñas acanaladuras. No existe pie y en su lugar se aprecia una ligera depresión a partir de la cual el fondo asciende suavemente hacia el interior del plato. Decoración estampillada de hojas lanceoladas, apenas marcadas, inscritas entre dos círculos incisos. Pasta anaranjada, tamizada y barniz del mismo color, semimate, ausente en el interior del fondo. (Fig. 3).

Diámetro: 384 mm.

Alt. media: 42 mm.

5. Gran plato incompleto similar a la forma 3 de Palol-Cortés¹⁹. Borde amplio, engrosado al exterior; de trayectoria casi horizontal pero, ligeramente, inclinado hacia arriba. Presenta un perfil carenado marcado y acentuado, en la pared interna, por un a pequeña acanaladura; en el exterior dos estrechas molduras, donde la inferior hace la función de un pie apenas esbozado. Fondo plano con un ligero engrosamiento en el interior; en esta zona se localizan motivos vegetales tetrapétalos estampillados, enmarcados por dos círculos incisos. Pasta anaranjada, cuarteada y barniz del mismo tono que la pasta, semimate y cuarteado en el interior del fondo. (Fig. 3).

Diámetro: 420 mm.

Alt. media: 52 mm.

6. Gran plato fragmentado de perfil curvo y abierto que se va engrosando, gradualmente, para rematar en un borde de labio plano delimitado por dos pequeñas acanaladuras. Fondo bajo, ligeramente convexo y con un pie apenas definido. Decoración en el interior del fondo de motivos «ancoriformes»²⁰ incisos, realizados a mano alzada. Pasta y barniz anaranjados, semimate, y cuarteado. (Fig. 4).

Diámetro: 434 mm.

Alt. media: 50 mm.

(17) JIMENO MARTINEZ, A.; FERNANDEZ MORENO, J.J. y SANZ ARAGONES, A.: *Op. cit.*, Lám. III, n.º 17; PALOL, P. y CORTES, J.: *Op. cit.*, Fig. 41, números 96 y 97.

(18) PALOL, P. y CORTES, J.: *Op. cit.*, págs. 124-125, Fig. 37, números 36 y 37.

(19) *IBIDEM*, pág. 124, Fig. 37, n.º 35.

(20) Motivo similar en un fragmento de 37t decorada a molde localizado en Cubo de la Bureba (Burgos) LOPEZ RODRIGUEZ, J.R.: *Op. cit.*, pág. 78, Fig. 22, n.º 16.

7. Pieza de cerámica de T.S.H.T. Perfil plano, rematado en un amplio borde engrosado de trayectoria horizontal con tres amplias acanaladuras. Acanaladuras que se repiten en el fondo. Se trata de una forma que no se halla recogida dentro de las tipologías habituales. Por su aspecto pudiera tratarse de un gran soporte o bandeja.

Diámetro: 384 mm.

Alt. media: 18 mm.

Nos hallamos frente a unas piezas representativas de un tipo concreto de cerámica, la Terra Sigillata Hispánica Tardía en sus dos modalidades decorativas a molde y estampada. Tal y como señaló López Rodríguez en su trabajo sobre la cerámica tardohispánica decorada a molde²¹, a partir del s. IV d.C. se produce una ruptura con la sigillatas alto-imperiales que se manifiesta, fundamentalmente, en la modificación de la vajilla de mesa²² —se reduce el número de formas y los grandes platos comienzan a ser los grandes protagonistas— y en las innovaciones decorativas. Aspectos que proporcionan a esta vajilla una personalidad propia.

Un análisis pormenorizado de los ejemplares tardíos a molde y estampados de *Uxama* nos introducirá en esta nueva atmósfera estética y funcional.

En primer lugar, ambas producciones desde el punto de vista técnico presentan las características de pasta y engobe que singularizan a las piezas tardías. Las pastas de color rosado o anaranjado contienen pequeños desgrasantes de mineral, que no influyen para que su aspecto sea, en líneas generales, compacto y depurado. El barniz poco espeso, semimate, recubre las superficies de las piezas de modo uniforme, con una coloración que varía del anaranjado claro —a veces análogas al color de la pasta (Fig. 2, 2; Fig. 3, 4 y 5; Fig. 4, 6)— a tonos algo más rojizos (Fig. 1, 2; Fig. 2, 1 y 3). En la mayoría de los ejemplares el barniz muestra un aspecto cuarteado, incluso llega a desaparecer en el interior de algunos fondos, caso de los ejemplares números 2 (Fig. 2) y 4 (Fig. 3). Su explicación está directamente relacionada con las condiciones de cocción a las que han estado expuestas, no superando los 95° C, lo que provoca una menor adherencia o impregnación del barniz y por consiguiente están expuestas a un mayor deterioro²³.

En cuanto a la Terra sigillata decorada a molde, destacar lo inusual de estas dos formas. La primera de éstas corresponde a una forma nueva, inédita; pertenece con cierta seguridad a una jarra de grandes dimensiones que debería poseer un cuello alto y cerrado como parece atestiguarlo, en primer lugar, el hecho de conservar aún el arranque de una asa en el inicio del hombro —no se puede descartar la posibilidad de que tuviera más— y en segundo, por carecer de barniz en su interior. La decoración realizada en tres grandes franjas, abarca desde el inicio de la pared hasta una zona próxima al fondo, lo que parece apuntar a la existencia de un molde usado exclusivamente para la realización de esta forma.

(21) *IBIDEM*, págs. 245-246.

(22) VEGAS, M.: *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*, Barcelona, 1973, pág. 39, señala como esta modificación de la vajilla de mesa pudiera estar relacionado con un cambio en la dieta alimenticia.

(23) DELGADO, M.; MAYET, F. y MOUTINHO DE ALARCAO, A.: *Fouilles de Conimbriga. IV: Les sigillées*, Paris, 1975, pág. 318.

Una pieza incompleta, de menores dimensiones, procedente de la colección arqueológica del Padre Saturio González en Santo Domingo de Silos²⁴, presenta en la parte conservada unos rasgos morfológicos similares a nuestra pieza.

La forma 42 es relativamente escasa. Sólo se conocen hasta el momento trece ejemplares, todos ellos localizados en la mitad Norte de la Península²⁵, excepto una pieza procedente de Toledo²⁶.

López Rodríguez estableció dos variantes para esta forma, atendiendo principalmente a la zona que ocupa la decoración. Así diferenció la 42A caracterizada por poseer una pared completamente curva y estar decorada, únicamente, hasta la mitad de la misma, apuntando la posibilidad de que se hubiera empleado para su fabricación los mismos moldes que para la 37t; en la 42B la zona decorativa se acerca más al borde y la pared presenta un cambio de dirección más brusco en el inicio de la parte moldeada²⁷.

El ejemplar perteneciente a *Uxama*, presenta ciertos problemas para su adscripción a una u otra variante. Por un lado si atendemos a la extensión de la zona decorativa se observa como se prolonga más allá de la mitad del cuerpo, uno de los rasgos que caracterizan a la variante B. Morfológicamente el ejemplar más cercano a nuestra 42 es una pieza procedente de Castejón atribuida por López Rodríguez a la variante A²⁸: proporciones de la pieza tendiente a la horizontal y pared curva que remata en un pequeño borde vertical.

En el terreno decorativo estos dos ejemplares (Fig. 1, 1 y 2) responden al esquema más frecuente y representativo, de la T.S.H.T.; nos referimos a aquel donde el tema central lo constituyen los grandes círculos dobles o ultrasemicirculares concéntricos, trazados a compás, y rellenos de pequeños elementos individuales: lúnulas, bastones o líneas en zig-zag. Este esquema decorativo se ve enriquecido por otros motivos —arboriformes, pequeños círculos dobles— que se intercalan entre los espacios triangulares o que simplemente separan los grandes círculos dobles (Fig. 1, 1). Estilo que se adscribe al grupo 3 clasificado por López Rodríguez²⁹, frecuente a mediados del s. IV y principalmente durante el V d.C., y que posee la suficiente entidad como para diferenciarse de las sigillatas precedentes.

La producción de sigillata estampada viene representada por la elaboración de grandes platos. Estas grandes vasijas de paredes abiertas y fondos bajos, generalmente planos, caracterizan un tipo de vajilla de mesa muy peculiar de época bajo-imperial y fuertemente influenciada por la sigillata clara norteafricana.

(24) LOPEZ RODRIGUEZ, J.R.: *Op. cit.*, Lám. 30, n.º 547.

(25) *IBIDEM*, págs. 32-33.

(26) CARROBLES SANTOS, J. y RODRIGUEZ, S.: *Memoria de las excavaciones de urgencia del solar del nuevo mercado de Abastos (Polígono industrial, Toledo). Introducción al estudio de la ciudad de Toledo en el siglo IV d.C.*, Toledo, 1988, págs. 30-31, Lám. 29, n.º 1.

(27) LOPEZ RODRIGUEZ, J.R.: *Op. cit.*, págs. 32-33.

(28) *IBIDEM*, pág. 32, Lám. 47, n.º 836.

(29) *IBIDEM*, págs. 68-77.

Un primer intento tipológico vino de la obra de Palol-Cortés³⁰ al constatar y detallar el material de La Villa de la Olmeda (Pedrosa de La Vega, Palencia); posteriormente los trabajos de Zoreda y Argente Oliver en Baños de Valdearados³¹ así como la recopilación y estudio de Mayet³² vinieron a engrosar el panorama de este tipo de producción.

Entre los ejemplares de *Uxama* se puede distinguir dos tipos de platos atendiendo a la articulación de borde y pared. En primer lugar, encontramos platos de paredes abiertas, de movimiento curvo y uniforme que rematan en un borde oblicuo, ligeramente apuntado (Fig. 2, 1 y 3) y cuyos rasgos morfológicos se asemejan a un ejemplar hallado en la necrópolis, de mediados del s. IV al V d.C., de San Miguel del Arroyo³³. También hallamos un ejemplar donde el borde se engrosa gradualmente hasta finalizar en un labio plano (Fig. 4, 6). Estos ejemplares presentan un fondo bajo y plano (Fig. 2, 3) o ligeramente curvado (Fig. 2, 1; Fig. 4, 6).

En segundo lugar, aquellos que se caracterizan por el amplio desarrollo del borde, de trayectoria horizontal y labio engrosado (Fig. 3, 4), correspondientes a la forma 4 de Palol-Cortés³⁴ y donde su precedente formal ha de buscarse en las producciones norteafricanas, concretamente en la sigillata clara D, forma Hayes 59³⁵; también pueden mostrarse ligeramente inclinados hacia arriba (Fig. 2, 2 y Fig. 3, 5) siendo asimilables a la forma Palol-Cortés 3³⁶.

El perfil exterior de estos platos, de suave curvatura o bien carenados, queda interrumpido con el fondo por un pequeño resalte (Fig. 3, 4) o por un pie apenas esbozado (Fig. 2, 2; Fig. 3, 5); en el interior, se resuelve mediante un cambio de plano marcado por una o dos pequeñas acanaladuras (Fig. 3, 4 y 5), rasgo que Mayet³⁷ identifica como propia de las producciones hispánicas.

La decoración se desarrolla en el interior de fondo mostrando un esquema simple y repetitivo de motivos geométricos o vegetales dispuestos radialmente y enmarcados, generalmente, por dos círculos incisos. Los platos expuestos presentan una decoración estampada (Fig. 2, 1-3) poco marcada (Fig. 3, 4 y 5) que pudiera estar relacionado con el desgaste de los punzones o bien, que las estampaciones fueron realizadas cuando la pasta se encontraba bastante seca. Destacar el ejemplar n.º 6 (Fig. 4) decorada por motivos «ancoriformes» incisos que parecen haber sido realizados a mano alzada como manifiesta la irregularidad de sus trazos. Un motivo paralelo lo hallamos en un fragmento de 37t decorada

(30) PALOL, P. y CORTES, J.: *Op. cit.*, págs. 113-152.

(31) CABALLERO ZOREDA, L. y ARGENTE OLIVER, J.L.: «Cerámica paleocristiana, gris y anaranjada, producida en España. Cerámicas Tardo-romanas de la Villa de Baños de Valdearados (Burgos)». *Trabajos de Prehistoria*, 32, 1975, págs. 113-150.

(32) MAYET, F.: *Las Cerámiques sigillées hispaniques*, París, 1984.

(33) PALOL, P.: «La necrópolis de San Miguel del Arroyo y los broches hispanorromanos del siglo IV d.C.», *BSAA*, XXXV, 1969, pág. 131, Fig. 20, n.º 3.

(34) PALOL, P. y CORTES, J.: *Op. cit.*, págs. 124-127, Fig. 37, números 36-37.

(35) HAYES, J.W.: *Late roman pottery*, London, 1972, págs. 96-100.

(36) PALOL, P. y CORTES, J.: *Op. cit.*, pág. 124, Fig. 37, n.º 35.

(37) MAYET, F.: *Op. cit.*, págs. 254-255.

a molde localizada en Cubo de la Bureba (Burgos)³⁸, utilizado como elemento separador en la intersección de dos grandes círculos.

Finalmente el ejemplar n.º 7 (Fig. 4) aunque no forma parte de este lote cerámico aparecido en las cisternas, se ha incluido en el presente trabajo por la similitud de sus rasgos técnicos con la TSHT. Se trata de una pieza que no se halla recogida dentro de las tipologías habituales y donde su perfil plano recuerda a una gran bandeja o soporte.

Por lo que respecta a la fabricación de estas dos producciones cerámicas, hay que hacer notar; en primer lugar, la falta de grandes concentraciones de talleres que agrupen su producción como ocurría en los primeros siglos del imperio con los alfares riojanos de Tricio o los andaluces de Andujar. Los escasos yacimientos, entre Clunia y los alfares riojanos, donde se han localizado restos de moldes tardíos no parecen explicar, por el momento, el fenómeno de diversificación y dispersión que sufre la producción hispánica durante el bajo-imperio³⁹.

Respecto a la cronología de la T.S.H.T. es aún difícil de precisar. Si atendemos a los materiales análogos localizados en necrópolis como en habitats se observa como es desde mediados del s. IV d.C. hasta finales del V la época de mayor auge de estas producciones⁴⁰. Periodo al que parecen pertenecen los ejemplares aquí expuestos una vez analizados.

(38) LOPEZ RODRIGUEZ, J.R.: *Op. cit.*, Fig. 22, n.º 16.

(39) *IBIDEM*, págs. 44-47, 246. Es importante destacar el papel que mantuvo durante los siglos IV y V d.C. el centro de producción de Nájera (GARABITO GOMEZ, T.: *Los Alfares romanos riojanos. Producción y comercialización. Biblioteca Praehistórica Hispana*, XVI, Madrid, 1978, pág. 432, ver nota 2, Fig. 116, números 1-12). No obstante, hasta el momento son escasos los datos a este respecto.

(40) Nos referimos a lo que se ha denominado «Las necrópolis del Duero»: San Miguel del Arroyo (PALOL, P.: *Op. cit.*, págs. 159-160), Los Tolmos de Caracena (JIMENO MARTINEZ, A.: «Aportación al estudio de las necrópolis del Duero: Los Tolmos, Caracena (Soria)», *Revista de Investigación*, III, 1, Soria, 1979, págs. 91-105); Las villas de La Olmeda en Pedrosa de la Vega (PALOL, P. y CORTES, J.: *Op. cit.*, págs. 113, 121-122, 124), y Baños de Valdearados (CABALLERO ZOREDA L. y ARGENTE OLIVER, J.L.: *Op. cit.*, págs 113-150).

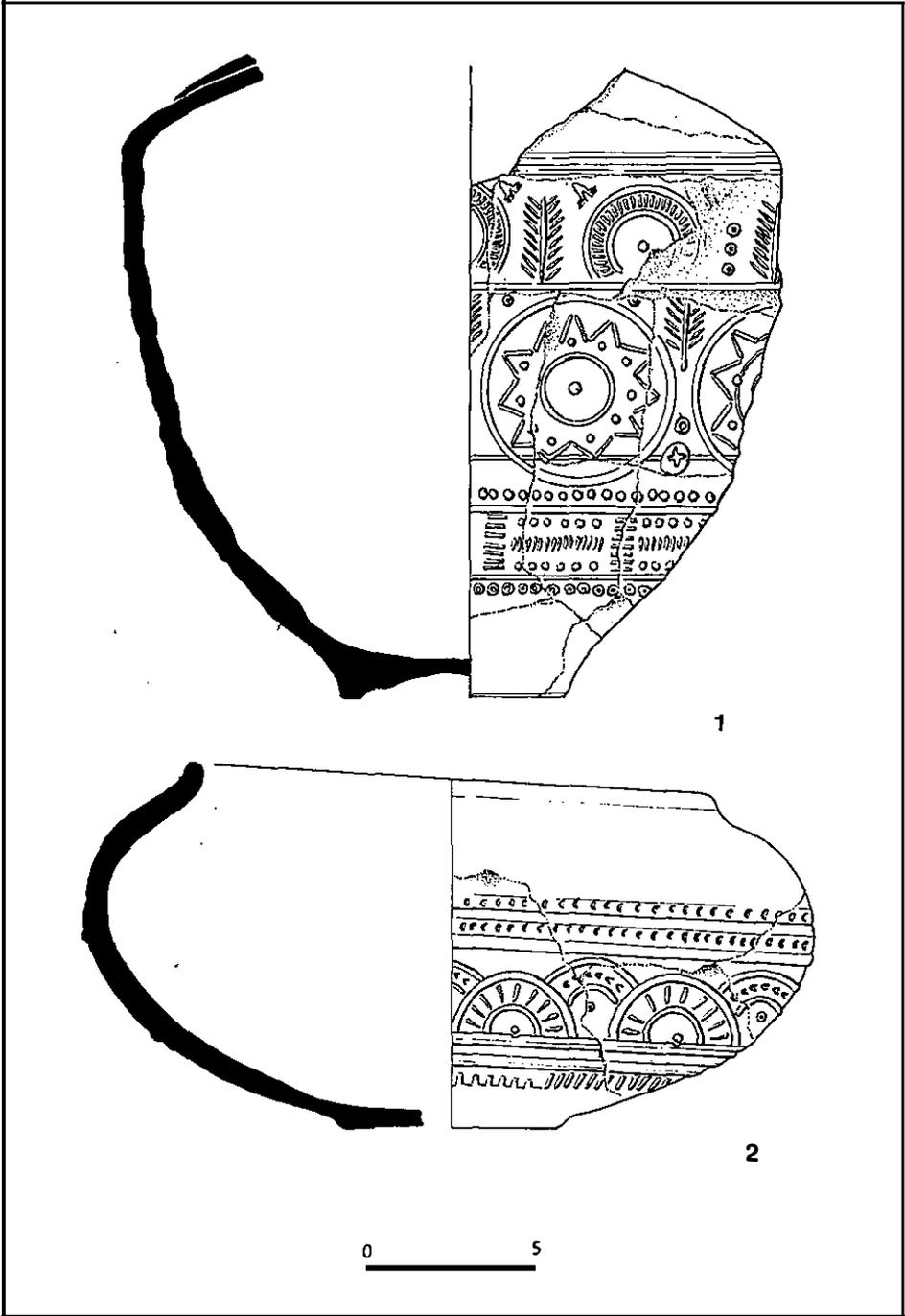


FIG. 1.—T.S.H.T. decorada a molde.

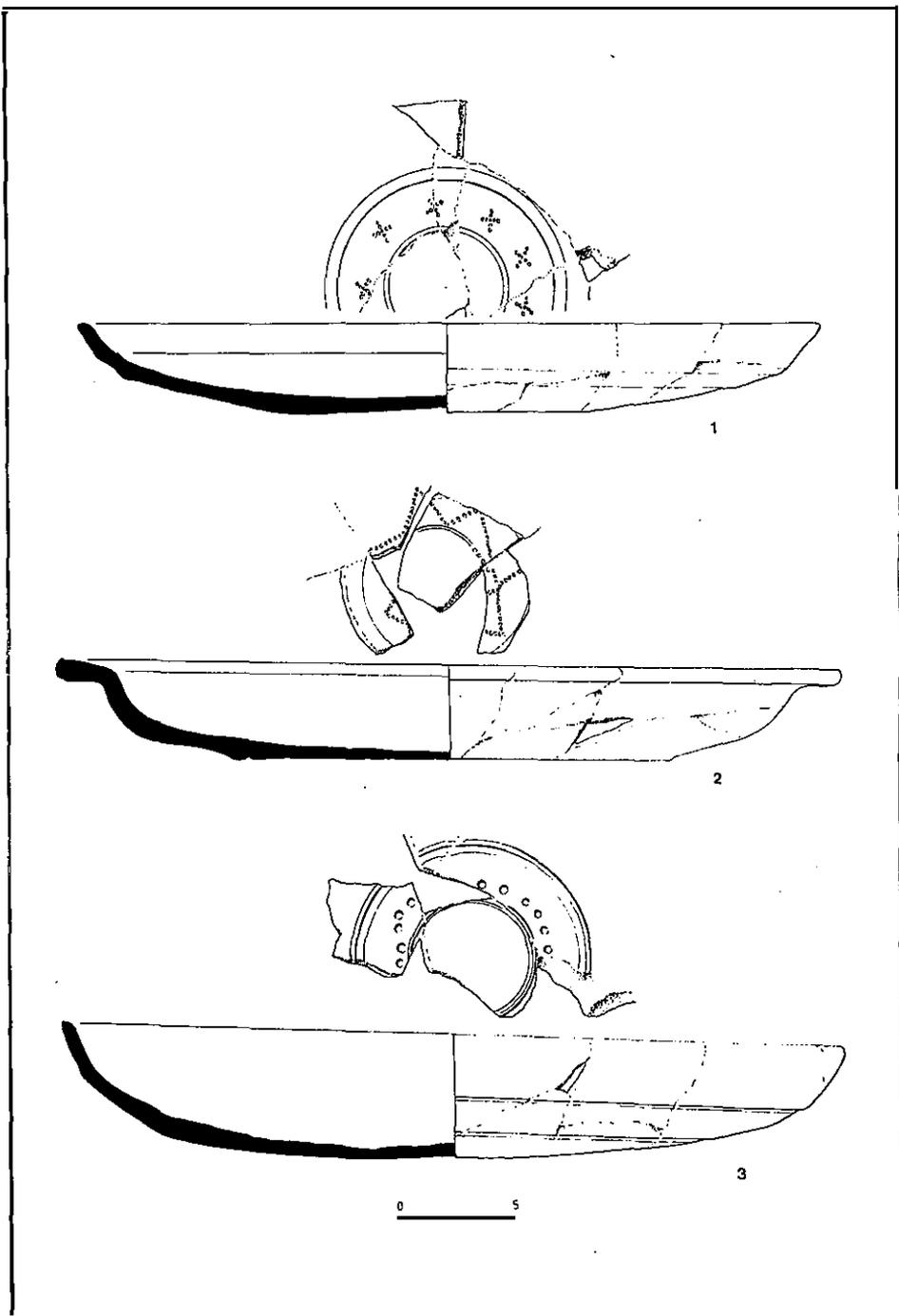


FIG. 2.—T.S.H.T. con decoración estampada.

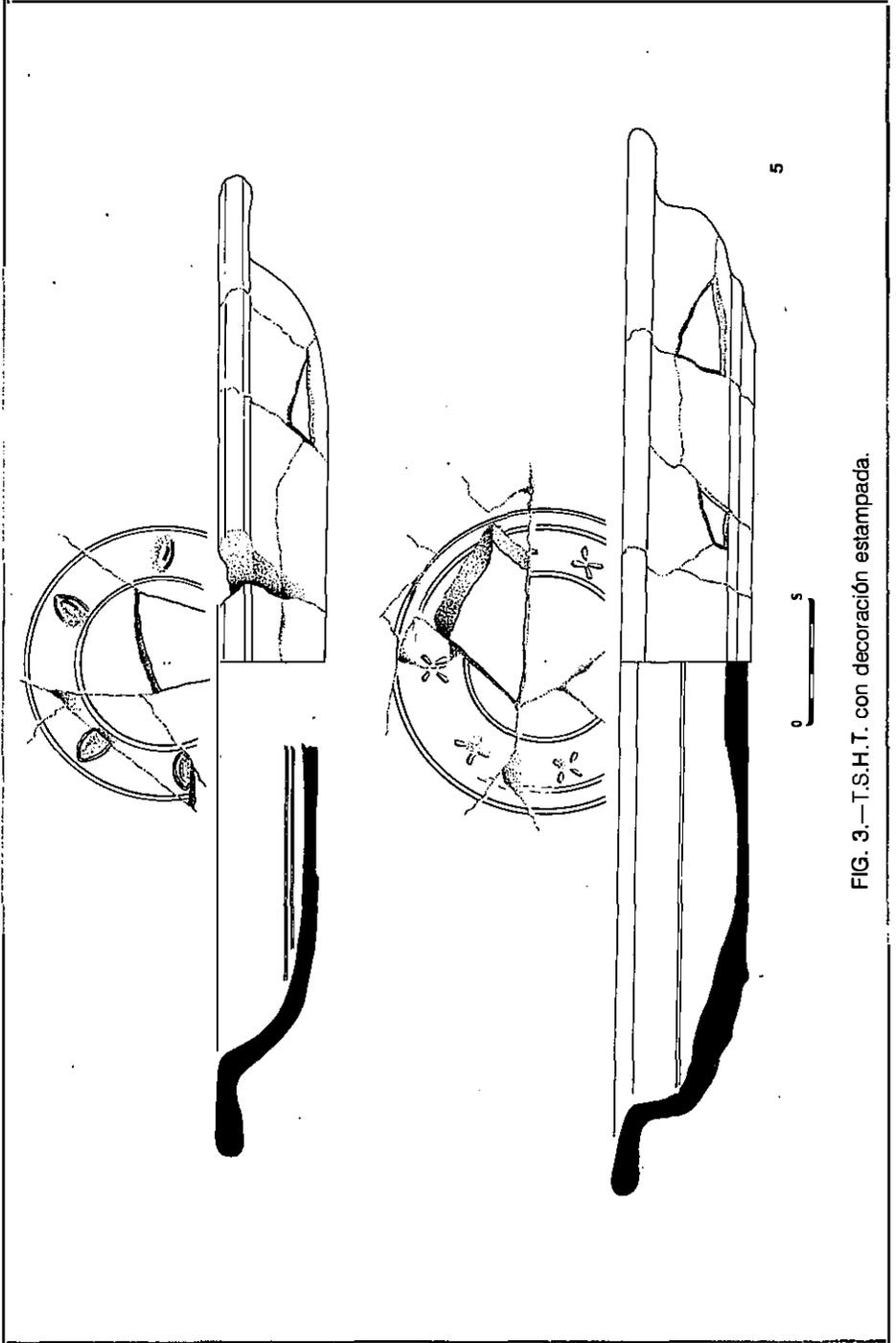


FIG. 3.—T.S.H.T. con decoración estampada.

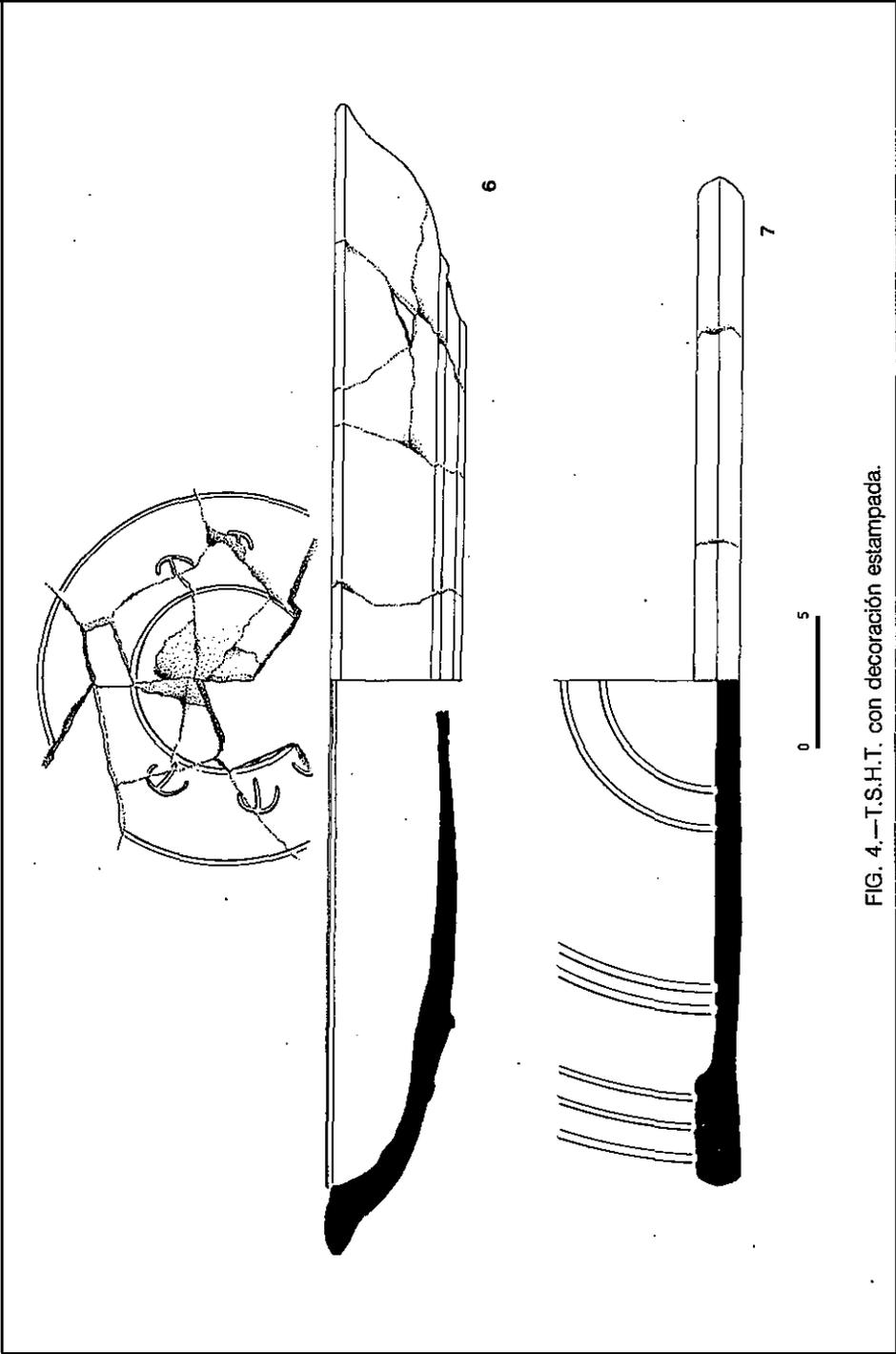


FIG. 4.—T.S.H.I.T. con decoración estampada.

**LOS CASTROS SORIANO-RIOJANOS DEL
SISTEMA IBERICO:
NUEVAS PERSPECTIVAS**

U. ESPINOSA*

* Universidad de Zaragoza. (Colegio Universitario de La Rioja).

No pretendemos abordar aquí, ni tampoco podemos, el complejo problema de los castros soriano-riojanos de la Cordillera Ibérica, un problema en el que, a nuestro entender, no se darán pasos decisivos hasta tanto se cuente con amplias seriaciones estratigráficas sobre la total geografía castreña. Mientras, nos limitaremos a aportar nuevos datos y enfoques que cuestionan ciertas premisas hasta hoy comúnmente aceptadas, al tiempo que intentaremos una aproximación a la comprensión del fenómeno desde renovados criterios. Por otro lado, anticipamos desde ahora que las conclusiones a las que lleguemos serán válidas únicamente para el conjunto castreño localizado en la vertiente septentrional del Sistema Ibérico.

Creemos que la cuestión castreña no puede ser resuelta mediante el recurso a un solo tipo de fuentes, como se ha hecho hasta hoy. Sintetizaremos los datos arqueológicos, nos apoyaremos en la epigrafía y en la geografía, luego saltaremos a la filología para, finalmente, recordar las fuentes literarias y obtener conclusiones. El objetivo será mostrar que el fenómeno castreño fue más complejo de lo que imaginamos y apuntar algunas líneas de investigación, cuyo desarrollo ulterior podría ofrecer un panorama bien distinto al que poseemos en la actualidad.

I. ESQUEMA DE LA TESIS TRADICIONAL

Desde Blas Taracena hasta hoy se identifica como Pelendones a las gentes que poblaron los castros de la primera y segunda Edad del Hierro en las serranías soriano-riojanas¹. En consecuencia, la geografía castreña y el ager Pelendonum poseerían perfiles territoriales en gran parte superponibles.

(1) La tesis inicial de TARACENA fue formulada en: *Tribus celtibéricas: «Los Pelendones», Homenagem a Martins Sarmiento*, Guimarães, 1933, págs. 393-401. En esta tesis se reafirmó después, a medida que fue ampliando el catálogo de castros y conociendo mejor sus contenidos arqueológicos. Por ejemplo, en *Carta arqueológica de España: Soria, Madrid 1941*, págs. 12 ss.; id., *Los pueblos Celtibéricos, Hist. de España (M. Pidal) I. 3*, Madrid 1976 (3.ª edic.).

Los castros muestran patrones de asentamiento, formas y fases culturales muy homogéneas entre sí, tanto en la vertiente meridional como en la septentrional del Sistema Ibérico. Se asientan sobre elevaciones cuyas cotas superan los 1.100 m.; próximo a cada uno siempre existe algún río o fuente y la superficie que ocupan es reducida. Constante es la obsesión por la seguridad, pues todos están dotados de sistemas defensivos que, en ocasiones, alcanzan gran desarrollo. En realidad desconocemos si su urbanismo interior es irregular y anárquico o llegó a existir cierta planificación². Los habitantes se dedicarían a la ganadería como principal actividad económica.

Se acepta habitualmente que los castros surgieron hacia los siglos VII/VI a.C. y que pasaron por doble fase en su desarrollo histórico. Características de la primera son las cerámicas manufacturadas y de la segunda las producciones a torno rápido de tipo ibérico. Aquellas serían las únicas existentes hasta el s. IV, momento en que comenzarían a imponerse las torneadas coincidiendo con el abandono de varios castros³. Los enclaves supervivientes se han denominado «celtiberizados».

Muy pocos castros (cuatro o cinco en el actual estado de la investigación) muestran vestigios específicos de la romanización hispana, uno en el Alto Alhama (San Felices) y los demás al sur del Sistema Ibérico. Por ello se les ha llamado «castros romanizados»⁴. Pero la tónica general es que la mayoría no dan cerámicas mediterráneas importadas, sigillatas, comunes, etc. Por eso se acepta tácitamente que la específica forma de habitat en castro desaparecería en los territorios referenciados del Sistema Ibérico coincidiendo con los inicios de la romanización (finales de la República o inicios del Imperio, a lo más tarde).

II. UNAS GENTES SINGULARES AL NORTE DE LA CORDILLERA

Han sido los estudios epigráficos los que han permitido sondear nuevos caminos investigativos. Gracias a las inscripciones no siempre se pierde en el anonimato histórico el inmenso horizonte social del indigenismo hispano, ese indigenismo superviviente a la gran marejada de los romanos.

(2) La investigación arqueológica sobre los castros cuenta ya con un importante elenco bibliográfico. Entre otras obras, B. TARACENA, *Carta arqueológica...*, págs. 14 ss.; id. op. cit. 1976 en nota 1, pág. 205; M. ALMAGRO BASCH, *La invasión céltica en España*, *Hist. de España* (M. PIDAL) I.2, págs. 214 ss.; también M. FERNANDEZ, *Los castros de la cultura de los campos de urnas en la provincia de Soria, Celtiberia*, 43, 1972; G. RUIZ ZAPATERO, *Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero*, I Symp. de Arq. Soriana, Soria 1984, pág. 181, para quien son «una facies regional de los C.U. tardíos del Hierro del NE de la Península Ibérica en su expansión por la Meseta»; F. ROMERO, *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*, Valladolid 1984; J.A. BACHILLER, *Nueva sistematización de la cultura castreña soriana*, en *Cuad. de Prehistoria y Arqueología*, n.º 1, Zaragoza 1987. Para documentar gráficamente la geografía castreña, remitimos a F. ROMERO, 1984, figs. 1 y 9; y a J.A. BACHILLER, 1984, figs. 2, 3 y 8.

(3) Así parecen confirmarlo las dataciones radiocarbónicas obtenidas en la vertiente meridional de la cordillera. El Royo ha dado 530 ± 50 a.C. para el nivel inferior, con cerámica manufacturada exclusivamente, y el 320 ± 50 para el superficial, con cerámica mayoritariamente a torno (J.J. EIROA, *Datación por el Carbono 14 del Castro hallstático de El Royo* (Soria), *Trab. de Prehistoria* 37, 1980, págs. 435-442, corregidas a valor Godwin serían: 600 y 390 a.C. respectivamente. Del mismo autor, *Corrección y calibración de fechas de Carbono 14 de la Cueva del Asno y el Castro de El Royo* (Soria), *Rev. Invest. Coleg. Univ. de Soria* IV.2, 1980, págs. 65-77). Disponemos de tres fechas en Zarranzano: 450 ± 50 , 430 ± 50 y 460 ± 50 a.C., la última (sector III) data el nivel antiguo de ocupación y las dos primeras (sector II) el momento de incendio y abandono (F. ROMERO, op. cit. 1984 en nota 2, págs. 197 ss. Los materiales celtibéricos son pocos y superficiales). En Zarranzano sólo existe la fase antigua de los castros, con fechas algo posteriores a El Royo.

(4) J.A. BACHILLER, op. cit. 1987 en nota 2, págs. 41 ss.

1. Grupo Epigráfico Unitario en Tierra de Yanguas

Tomamos como punto de partida el descubrimiento de un grupo epigráfico unitario de 19 estelas hispano-romanas, conjunto llamativamente homogéneo y diferenciado respecto a la producción epigráfica del norte peninsular⁵. La fig. 1 muestra con claridad su homogeneidad formal y decorativa. Sobre lajas naturales de la comarca, apenas escuadradas, se graban a punzón decoración e inscripción. Características son las siluetas humanas arriba y las de animales abajo. Las variantes en los detalles no afectan a la rígida organización de los campos decorativos y epigráficos. Evidente resulta que entre monumento funerario y naturaleza media el corto camino del esfuerzo humano técnicamente elemental.

La mayor parte de los ejemplares se dataría en la segunda mitad del siglo I d.C. o principios del II y solamente uno de El Collado y otro de Grávalos, que portan la invocación D.M., pertenecerían ya a pleno siglo II; no obstante no puede rechazarse de plano una datación algo más reciente si admitimos como criterio general y rígido la aparición retardada de novedades en áreas marginales. No es aventurado pensar que las estelas conocidas se tallaron en un corto periodo de poco más o menos medio siglo, 70/80 años a lo más, el tiempo de 2/3 generaciones.

La chocante homogeneidad que caracteriza al conjunto no puede explicarse por la existencia de una oficina lapidaria, dada la elementalidad técnica de ejecución y la distancia geográfica y cronológica entre algunos ejemplares. Debe derivar de la homogeneidad social y cultural de las gentes que las tallaron.

2. La Geografía Histórica de la Zona

Los ejemplares han aparecido en las siguientes localidades:

N.º CATALOGO	LOCALIDAD	N.º INCRIPCION
1-2	—El Collado (Soria)	2
3	—Grávalos (La Rioja)	1
4	—Munilla (La Rioja)	1
5	—San Vicente de Munilla (La Rioja)	1
6	—Valdeosera (La Rioja)	1
7-8	—Valloria (Soria)	2
9	—Vellosillo (Soria)	1
10-15	—Vizmanos (Soria)	6
16-18	—Yanguas (Soria)	3
19	—Otros	1
	TOTAL	19

(5) El grupo unitario ha sido publicado por U. ESPINOSA y L.M. USERO, Eine Hirtenkultur im Umbruch; Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus dem conventus Caesaraugustanus (Hispania Citerior), ChIron, 18, 1988, págs. 477-504. Para no reiterar los contenidos de las inscripciones remitimos directamente al trabajo citado, cuyo catálogo utilizamos aquí. A las 18 estelas publicadas hay que añadir una más procedente de San Pedro Manrique, de la que hemos sabido verbalmente por J. GOMEZ PANTOJA.

Con excepción del ejemplar de Grávalos, los demás se localizan en los cursos altos de los ríos Leza, Jubera, Cidacos y Mayor (o Linares); esto es, con límite al Oeste en Camero Viejo y al Este en San Pedro Manrique, siempre dentro de la cuenca hidrográfica del Ebro. Quince de las 19 estelas se concentran en un reducido círculo de 12 km., que coincide con la comarca Tierra de Yanguas. Aquí parece darse el foco nuclear de las estelas (fig. 2).

A grandes rasgos la geografía del grupo unitario coincide con la mitad septentrional de la de los castros. Es un ambiente serrano de bosques y pastizales que, pese a la compartimentación generada por los hondos cursos de los ríos, ha albergado siempre poblaciones muy relacionadas entre sí por modos de vida y tradiciones comunes. Destacable es que todos los puntos con inscripciones se hallan intercomunicados por fáciles caminos y cañadas pastoriles; aparentemente marginal es la estela de Grávalos, pero se vincula al conjunto a través del curso del río Mayor; en realidad mostraría la proyección de los serranos de Tierras de Yanguas y San Pedro Manrique hacia el valle del Ebro. Pero de ello se hablará luego.

El territorio de las estelas era en la antigüedad, como hoy, un espacio marginal, agreste y con duras condiciones climáticas, alejado de las principales vías de comunicación y ajeno a las experiencias de la romanización (urbanismo, explotación minera, comercio, etc.). Para la sociedad cultivada del Imperio Romano sólo representaba un desnudo nombre, el *Idoubéda óros*; en época republicana estas crestas delimitaban la Celtiberia Citerior de la Ulterior y durante el Imperio el convento Cesaraugustano del Cluniense⁶.

III. EL HABITAT DE LAS GENTES DE LAS ESTELAS

Salvo la inscripción de Grávalos, descubierta en 1929 en una necrópolis, las demás han aparecido en descampados o reutilizadas en construcciones medievales y modernas. Para mayor sorpresa, tal densidad de epigrafía romana altoimperial (unas dos docenas de inscripciones con las ajenas al grupo) se da en un espacio sin vestigios romanos altoimperiales (sigillatas, cerámicas comunes, etc.). Sólo se documenta una posible villa junto a Yanguas a partir del siglo III y una necrópolis del V en Taniñe⁷. Aparentemente, pues, estamos ante unos textos sin contexto.

Sin embargo, el número significativo de ejemplares que componen el grupo unitario, su concentración en una comarca bien precisa, física y culturalmente homogénea incluso en el presente, su profundo arraigo en la región y las hondas tradiciones indígenas que parecen revelar, indican que nuestras estelas no han viajado mucho desde sus emplazamientos originarios; son de gentes que habitaban la comarca misma.

(6) Sobre el nombre de la cordillera, Estrabón III 4.10 y 12; Ptolomeo II 6.20; ver A. SCHULTEN, *Iberische Landeskunde*, Strasbourg/Kehl, 1955, págs. 155 ss. Sobre los límites administrativos, E. ALBERTINI, *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*, Paris 1923, pág. 101.

(7) Los materiales altoimperiales se reducen a rarísimos fragmentos de campaniense y sigillata en Villar del Río (habitat celtibérico); cfr. B. TARACENA, *Carta arqueológica...*, pág. 178; P. e H. PASCUAL, *El Cidacos*, Logroño 1984, pág. 92.

En esa comarca escasean los enclaves de morfología cultural hispano-romana, pero está literalmente plagada de enclaves indígenas. Frente a la tradición investigadora que sólo ha identificado media docena de estos últimos, a los que se creía abandonados durante la romanización, hoy podemos decir que existieron al menos veintitrés⁸. El listado es el siguiente:

1. Aldealcardo
2. Bretún, Cueva de los Moros
3. Bretún, El Molino
4. El Collado, Castellares
5. Garránzo, Corrales de Senova
6. La Laguna, Castillejo
7. La Laguna, El Castillo
8. Navalsaz, Castillejo
9. Navalsaz, El Castillo
10. San Andrés S. Pedro, Castellares
11. Sarnago, El Castillo
12. Taniñe, Castillejo
13. Taniñe, El Castillo
14. Valduerteles
15. Valloria, Castillejo
16. Villar del Río, Las Gimeras
17. Villar de Maya, Castillejos
18. Villar de Maya, Cerro del Haya
19. Villaseca Somera
20. Vizmanos, Castillejillo?
21. Vizmanos, Valdeyuso
22. Yanguas, Coronilla Negra
23. Yanguas, Coronilla Río Mazas

Bien es verdad que no todos los enclaves son funcional y morfológicamente iguales (por ejemplo Villar del Río) y que no todos estuvieron ocupados sincrónicamente, ni vivieron la misma peripecia histórica. Pero también es cierto que la mayoría responde a la tipología formal del castro, lo que permite una doble afirmación: al norte de la cordillera existió tanta densidad de castros como al sur y estos fueron el sistema de habitat intensiva y extensivamente imperante en la zona durante la antigüedad. Originado como tal tipo en momentos difíciles de precisar, fue revitalizado en los tres últimos siglos antes del cambio de era por la cultura ibérica, en cuya tradición los castros quedaron definitivamente anclados y bajo cuyas formas pervivieron durante generaciones.

(8) Completar el inventario a partir de los trabajos de B. TARACENA, *Carta arqueológica...*, 1941; F. ROMERO, *op. cit.* de 1984 en nota 2; P. e H. PASCUAL, *op. cit.* en nota 7; J.A. BACHILLER, *op. cit.* en nota 2.

En la fig. 3 superponemos la geografía del grupo unitario de estelas a la de los castros septentrionales. En unos casos constatamos que las estelas han sido reutilizadas en el mismo lugar donde existe un castro y en los demás siempre hallamos alguno cerca. Ninguna dificultad existe para afirmar que aquellas proceden de las ilocalizadas necrópolis castreñas. Como sigue, al menos en los siguientes casos:

- Estelas n.º 1 y 2 de El Collado, se adscribirían al castro «Los Castellares» de esa localidad.
- Estelas n.º 7 y 8 de Valloria, al castro «El Castillejo» de la misma población.
- Estelas n.º 10, 11, 12, 13, 14, 15 de Vizmanos, al castro de «Valdeyuso» y eventualmente al problemático de «Castillejillo» en esa localidad.
- Estela n.º 9 de Velloso, al castro «Los Castillejos» de Villar de Maya o al de una de las «Coronillas» de Yanguas.
- Estelas n.º 16, 17 Y 18 de Yanguas, al cerro del Castillo de esta localidad (si es que hubo castro en él) o bien a los castros de la «Coronilla del Río Masas» y de la «Coronilla Negra».

Por otro lado, el ambiente pastoril de los castros coincide plenamente con el que evidencia el grupo epigráfico. Sus siluetas de animales poseen sin duda valor simbólico en relación con creencias de ultratumba, pero también es verdad que ello es así porque la ganadería era elemento vital y sustantivo para la supervivencia del grupo; por eso el animal se categoriza como símbolo.

Tras lo anterior podemos avanzar ya un primer bloque de conclusiones.

1. El Alto Cidacos, prolongado en tierras de San Pedro Manrique, fue el foco central y expansivo de unas gentes que vivían en castros. Fueron ellas las que tallaron las estelas del grupo unitario. Estas son la expresión funeraria de aquellos. No queda otra alternativa razonable, pues la masiva aparición de estelas reclama una red de asentamientos igualmente densa.

2. Hay que aparcarse definitivamente la tesis de que los últimos castros se abandonaron antes de la romanización. Recordemos que se basó exclusivamente en criterios de tipología cerámica, hoy en franca revisión. Muchos de los castros septentrionales, al menos aquellos a los que adscribimos epigrafía, estuvieron habitados durante el Imperio Romano.

3. La coincidente concentración epigrafía-poblados reflejaría a grosso modo el reparto de la demografía en estas comarcas del Sistema Ibérico durante la época romana.

4. Con toda probabilidad el castro como tipo diferenciado de habitat pervivió en la zona hasta tal vez los comienzos de la Edad Media, como sabemos ocurrió en el noroeste peninsular.

5. Es equívoco y poco preciso el término «castros romanizados» aplicado a los que muestran algunas cerámicas específicas hispano-romanas; estas últimas lo más que prueban es la supervivencia de un enclave en época romana. Los ejemplos de arriba, y no son todos los posibles, muestran que, sin presencia constatada

hasta hoy de aquellas cerámicas, también otros muchos castros estuvieron habitados durante la Romanidad. De otro lado, definir el grado de romanización logrado por cada grupo exige analizar, si las fuentes lo permiten, los ajuares materiales, pero sobre todo la lengua y la onomástica, los usos sociales, la forma religiosa, etc.

6. A tenor de la ausencia hasta el momento de materiales específicamente romanos, el último estadio cultural documentado en los castros septentrionales es el de tradición ibérica. Las cerámicas de esta tradición pervivieron aquí sin solución de continuidad durante toda la Romanidad, aunque restringida su producción y comercio a los circuitos indígenas.

7. Subsidiariamente una última deducción. En algunos castros de la zona estudiada aparecen cerámicas hispanas tardías; en muchos casos podrían revelar no una reocupación, como se ha sugerido, sino la introducción por primera vez de productos hispano-romanos en enclaves que se venían ocupando desde generaciones atrás.

IV. SINGULARIDAD CULTURAL DE LOS CASTREÑOS SEPTENTRIONALES

Las gentes de las estelas que vivían en castros poseían curiosas singularidades respecto al contexto histórico y cultural del entorno. Lo veremos a continuación.

1. Una identidad diferenciada

Las estelas forman un grupo singular y diferenciado del entorno epigráfico. Su homogeneidad formal y decorativa debe ser expresión de unas gentes partícipes de férreas tradiciones comunes y la elementalidad de recursos técnicos parece revelar una sociedad con escasa estratificación social⁹.

El mundo simbólico de las figuraciones humanas y animalísticas nada tiene que ver con el entorno céltico del medio-alto Ebro y de la Meseta. Sus referentes culturales se hallan en un horizonte distinto al de la Céltica hispana. La singularidad y fuerte diferenciación del grupo respecto al entorno es al mismo tiempo afirmación de identidad. Posee acusada personalidad propia.

2. La singularidad onomástica

El grupo unitario muestra a nuestras gentes en momentos en que la latinización ha penetrado en ellas de modo decisivo. La mayor parte de su onomástica es latina, si bien perviven en ella algunos nombres indígenas: Caericioco(n), de

(9) U. ESPINOSA y L.M. USERO, op. cit. en nota 5, 488 ss.

lectura insegura, y *Lesuridantar* en Munilla (n.º 4), *Anau*(---) en San Vicente de Munilla (n.º 5), *Oandissen*(---) en Valloria (n.º 7) y *Arancisís y Agirsenus/ius* en Vizmanos (n.º 13). Chocante resulta que todos ellos son hapax de la onomástica hispana. En otro lugar hemos mostrado que los únicos paralelos disponibles se encuentran en la onomástica ibérica del cuadrante nordeste peninsular¹⁰. A tenor de la antroponimia nuestras gentes aparecen, por tanto, como reducto perviviente del iberismo gracias a su reclusión en espacios serranos alejados de los grandes focos generadores de mutaciones históricas. La onomástica refuerza el no celtismo que acabamos de ver en los temas y símbolos funerarios.

3. Apertura al exterior

Concluimos, pues, que cuando se tallaron las estelas del grupo unitario, sus gentes vivían, en parte, replegadas sobre sus ancestrales tradiciones y, en parte, en mutación cultural por sus contactos con el mundo exterior. Averiguar de dónde procedían los impulsos transformadores que lograron despertarlas del secular letargo, es posible de nuevo mediante el recurso a la onomástica. No los podían recibir del entorno meseteño inmediato, pues cuando aquellas levantaban sus estelas, este empezaba también a despertar tras la concesión vespasiana del *ius Latii* a núcleos como Augustóbriga, Vinuesa, Numantia y la no localizada Savia. No pudieron ser referentes para nuestras gentes. Además, el grupo sólo se testimonia en la vertiente septentrional del Sistema Ibérico, como si la divisoria de aguas Ebro-Duero fuera para él una barrera infranqueable. La estela de Grávalos (n.º 3) parece apuntar que los contactos exteriores se orientaban hacia el Ebro. Hacia ese río hemos orientado nuestras pesquisas y hemos probado en otro trabajo lo siguiente¹¹:

1. La latinización de nuestras gentes se debe a la influencia de Calagurris, pues el cuadro onomástico de aquellas es calcado del de la aristocracia del municipio.

2. Con toda probabilidad las gentes del Alto Cidacos y ríos adyacentes estaban adscritas a Calagurris mediante *adtributio* o mediante cualquier otra suerte de dependencia. De ahí que los contactos administrativos con los magistrados calagurritanos generará lazos de clientela que, a su vez, latinizaron la onomástica en el sentido indicado.

No extraña lo anterior, teniendo en cuenta que Calagurris se localiza en la salida al Ebro del Cidacos (fig. 3), que por este río discurría una vía secundaria hacia la Meseta y que Calagurris tuvo un poderoso ascendiente en el territorio de las estelas, simple prolongación del cual fue su posterior integración en la diócesis calagurritana¹².

(10) *Ibid.* anterior, págs. 486 y 492.

(11) *Ibid.* anterior, págs. 492 ss.

(12) U. ESPINOSA, Calagurris Iulia, Logroño 1984, págs. 94 ss. y 301-302.

V. CASTROS SEPTENTRIONALES Y PELENDONES

Recordemos en síntesis que las gentes del grupo unitario habitaron castros que, como tipo de habitat, pervivieron al Norte de la Cordillera Ibérica hasta el final de la antigüedad o comienzos de la Edad Media. Recordemos también que su matriz cultural no era céltica, sino la ibérica del valle del Ebro y del cuadrante nordeste peninsular; de otro modo, que su onomástica y sus formas culturales tradicionales sobrevivieron al celtismo arévaco, para terminar siendo profunda y progresivamente afectadas por la Romanidad. Y llegados a este punto retomamos la teoría castreña tradicional en lo que concierne a la identificación castros-Pelendones. Entre las escasas fuentes sobre los Pelendones nos interesan las siguientes:

Pinio dice textualmente que son Celtíberos y que pertenecen al convento Cluniense¹³. Ptolomeo les atribuye las ciudades de Augustóbriga (Muro de Agreda), Visontium (Vinuesa?) y Savia¹⁴; parece que se ubicaban al sur de la Cordillera, lo cual armoniza bien con el dato pliniano de que el Duero nace en territorio pelendón¹⁵.

No caben objeciones serias a la exactitud de la información proporcionada por Plinio en cuanto al celtismo pelendón. Además la adscripción de este pueblo al convento Cluniense nos parece determinante. En oposición a ello, los castreños de la vertiente norte de la Cordillera Ibérica pertenecían al convento Cesaraugustano por su dependencia de Calagurris. La tradición no céltica de estos últimos y su restricción al norte de la divisoria de aguas Ebro-Duero, precisamente límite conventual, nos llevan directamente a concluir lo siguiente:

1. Las gentes de los castros septentrionales soriano-riojanos NO son Pelendones. En la zona estudiada el ager Pelendonum se ubicaba al sur de la divisoria de aguas Ebro-Duero. Hay que corregir, por tanto, la tesis tradicional, al tiempo que asignamos el territorio del grupo unitario de estelas a un pueblo no céltico, cuyo nombre desconocemos por el momento.

2. El uniforme patrón de asentamiento de los castros, igual al sur que al norte de la Cordillera Ibérica, no es obra ni patrimonio monumental exclusivo de un solo grupo étnico, sino que se debe a experiencias históricas comunes a varios pueblos y a imperativos técnicos, defensivos, o de cualquier otra índole, igualmente comunes. El castro fue aquí utilizado como tipo de habitat por grupos étnica y culturalmente diferenciados.

3. La cultura material castreña no siguió iguales derroteros histórico-cronológicos a uno y otro lado de la cordillera, pues en el septentrional pervivió durante la romanización.

(13) Plinio NH III 26: «eodem (sc. conventu Cluniensi) Pelendones Celtiberum IV populis...».

(14) Ptolomeo II 6.53.

(15) NH IV 112: «Durius, amnis ex maximis Hispaniae, ortus in Pelendonibus et iuxta Numantia lapsus».

4. Es arriesgado y probablemente inexacto llamar «castros celtiberizados» a aquellos septentrionales en los que se documenta un horizonte de cerámica a torno, sea datable esta en época prerromana o romana. Mientras al sur de la Cordillera Ibérica las corrientes generales de la iberización fueron impuestas bajo la específica impronta de lo celtibérico arévaco, al norte las gentes no célticas de nuestras estelas parecen remitir, al menos por la onomástica prelatina, al iberismo del valle del Ebro y del nordeste peninsular. En su caso sería más correcto hablar de «castros iberizados».

5. La divisoria administrativa conventual es, en el territorio estudiado, al mismo tiempo una radical frontera social, cultural y económica.

VI. CONCLUSION

Conscientemente hemos eludido la incorporación detallada de datos arqueológicos. De sobra conocidos, hubiera sido tarea, por otro lado, tan innecesaria como imposible de abordar en esta comunicación. Aquí hemos pretendido únicamente mostrar las posibilidades de nuevas y más matizadas visiones de las cosas que se abren al conjuntar interaccionadamente todas las fuentes disponibles. Será suficiente si la vía metodológica, que en muy forzada síntesis hemos diseñado, contribuye a vitalizar ulteriores investigaciones sobre el fenómeno castreño de las serranías soriano-riojanas y a ofrecernos un panorama más matizado y preciso sobre sus ricos contenidos histórico-culturales.

En fin, hemos visto que el indigenismo hispano fue bajo la civilización de Roma un mundo aún más atomizado, plural, rico y variopinto de lo que dejan ver las fuentes literarias y arqueológicas. Como testimonio de la cotidianeidad, la epigrafía ha resultado ser fundamental para la propuesta crítica que acabamos de formular.

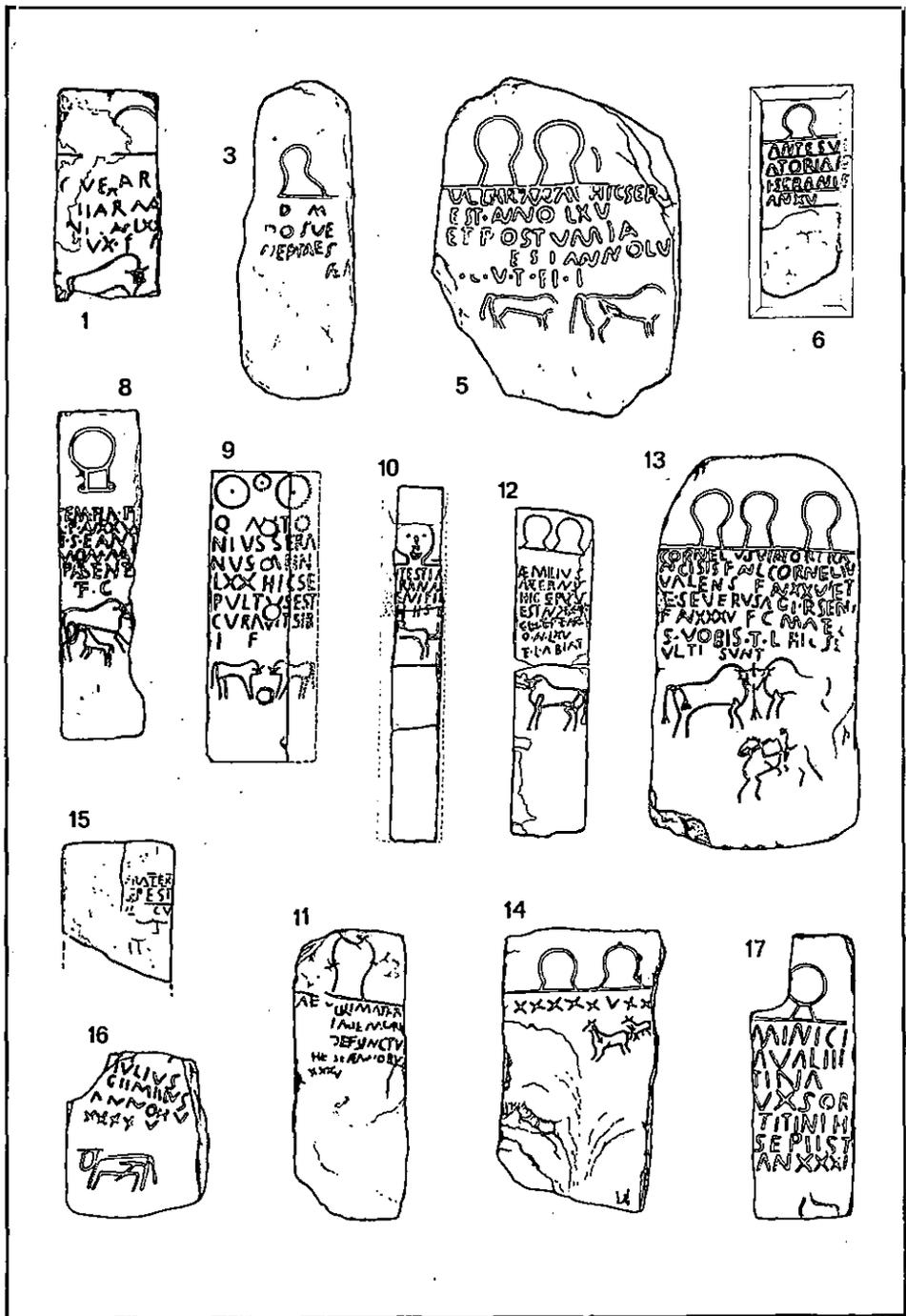


FIG. 1.—Diversas estelas del grupo unitario.

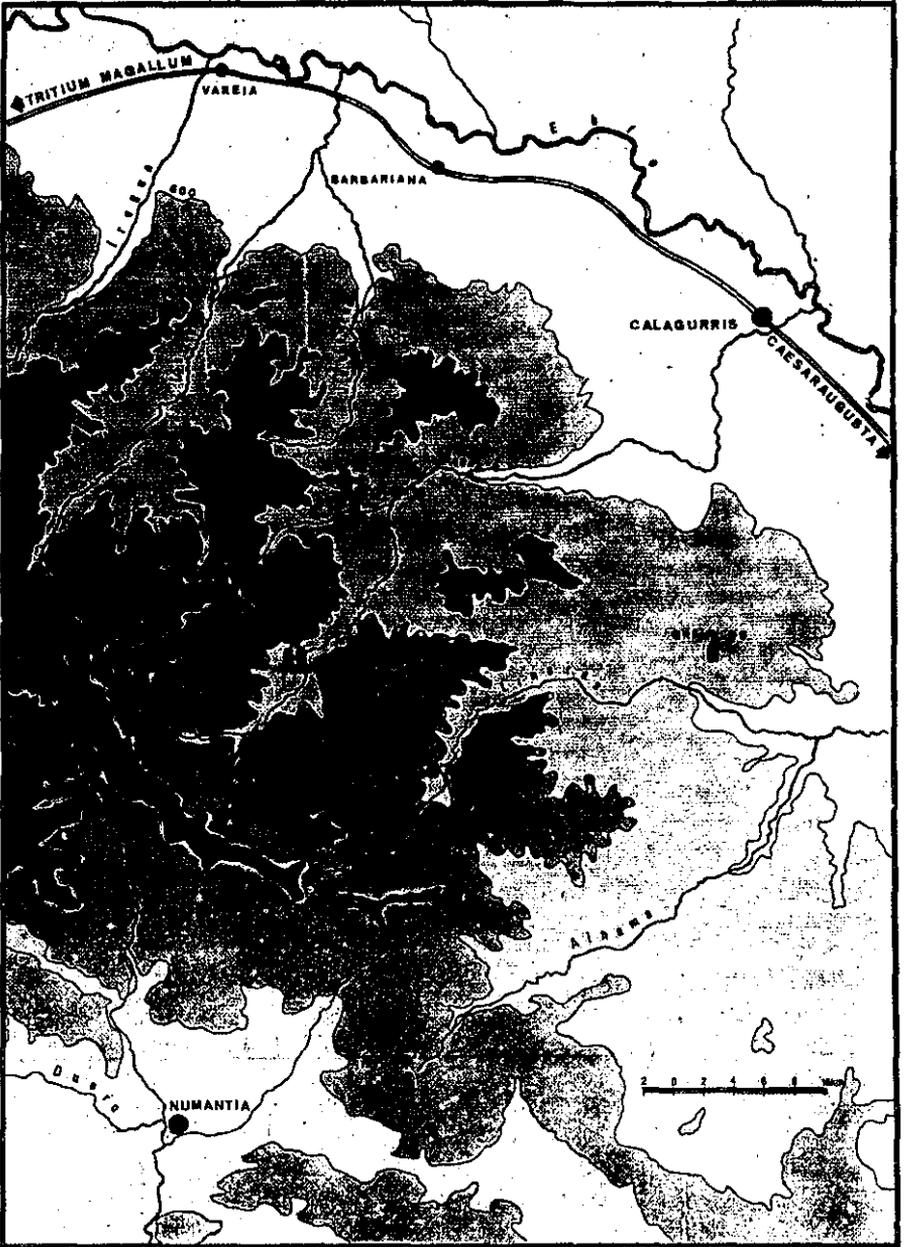


FIG. 2.—Dispersión geográfica de las estelas.

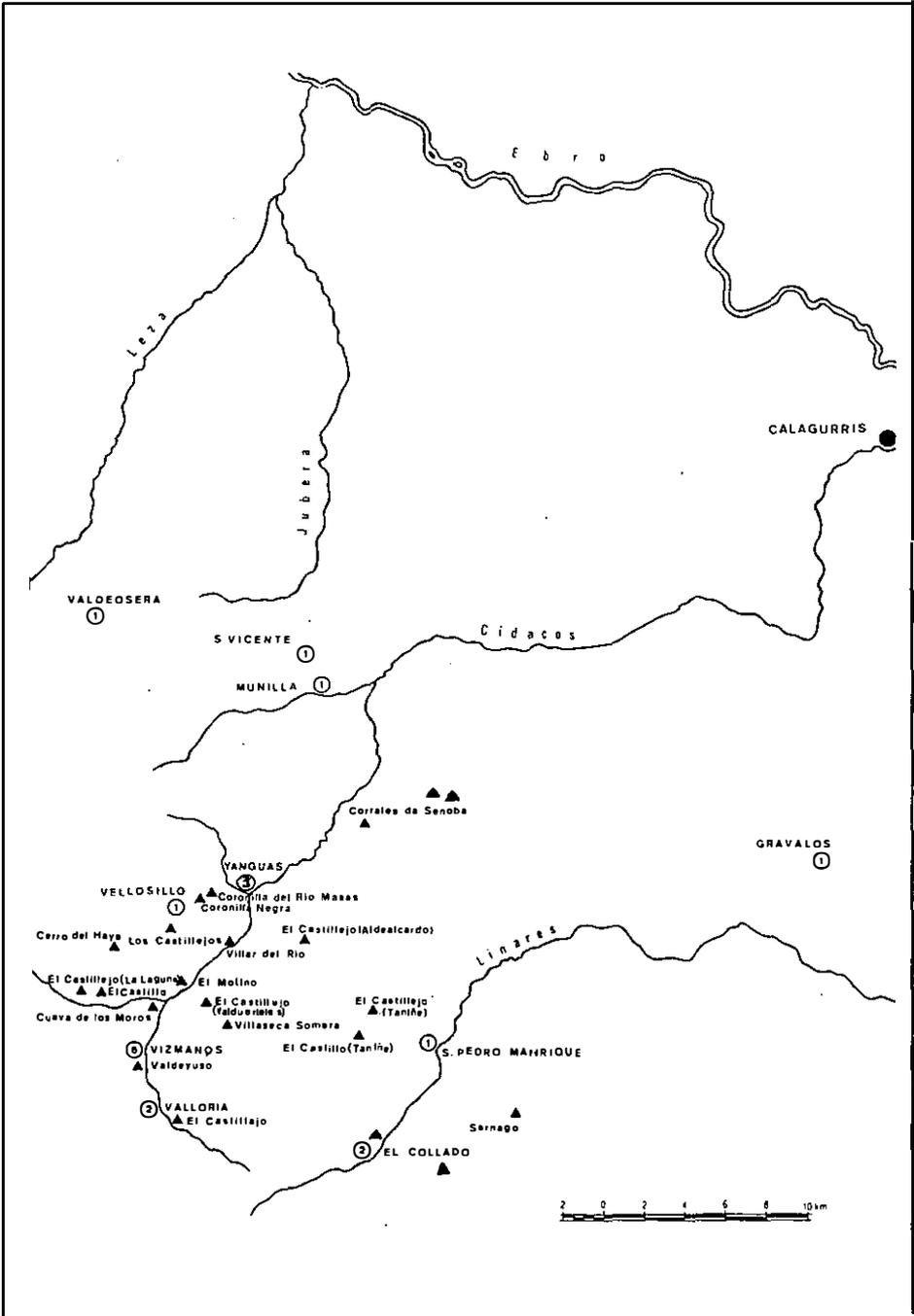


FIG. 3.—Inscripciones del grupo unitario y enclaves indígenas. Con círculos las estelas y su número en cada localidad; con triángulos, los castros.

NUEVOS TESTIMONIOS EPIGRAFICOS SORIANOS

J. GOMEZ-PANTOJA*

Good news is no news. Este aforismo que —dicen— figura en letras doradas en las salas de redacción de la mayoría de los periódicos, ocupa también un lugar de privilegio en los gabinetes de los que tratamos de reconstruir la Historia de las provincias del Imperio Romano. No descubro nada nuevo afirmando que, en ocasiones, los historiadores clásicos, al seleccionar lo que era digno de quedar en la memoria de las *Res gestae*, se guiaron por criterios y pautas muy similares a lo que los editores de la «prensa amarilla» de hoy han comprobado que *venden*: las noticias sangrientas y la vida azarosa de los ricos y famosos. Estando los poderosos de la Antigüedad (como hoy) concentrados en unos pocos lugares, el volumen de «noticias» interesantes que generaban las regiones periféricas fue (y es) residual, salvo cuando había brotes de violencia; como estos fenómenos son, por naturaleza, ocasionales, la característica común del registro histórico de las Provincias durante la *pax romana* es el aburrimiento o si se quiere, «la felicidad de los pueblos sin Historia». El caso de la región a cuyas antigüedades dedicamos este congreso es paradigmático: las gentes de Uxama, Numantia y Termes aparecen en la historiografía antigua sólo cuando hay sangre por medio, bien sea la vertida en el asedio de Numantia, la que derramaron los uxamenses que se negaron a aceptar que Sertorio hubiera perdido la partida, o la del pobre L. Piso, posiblemente el *leg.Aug.pr.pr.P.H.C.*, del año 25 que fue asaltado y muerto en el camino por un terrestino agraviado.

De ahí la importancia que en estas regiones mal documentadas tienen los datos que se puedan extraer de las fuentes epigráficas, numismáticas y arqueológicas. Desde 1980 he estado preparando la edición de los epígrafes sorianos para el nuevo *Supplementum* al vol.II del *Corpus Inscriptionum Latinarum* y aunque el volumen de la colección lapidaria provincial no es tal que permita grandes sorpresas y fue bien publicado hace una decena de años, esto no obsta para que haya nuevos hallazgos y para que se sigan estudiando y revisando críticamente las demás inscripciones. Lo que sigue continúa la labor emprendida en previos artículos¹.

(1) J. GÓMEZ-PANTOJA: Two Army-related Inscriptions from Central Spain, *ZPE* 68 (1987), págs. 232-6; M.J. BO-ROBIO, J. GÓMEZ-PANTOJA y F. MORALES: Diez años (y dos siglos) de epigrafía soriana, *Celtiberia* 37 (1987), págs. 239-58; J. GÓMEZ-PANTOJA, Castillos en el Duero, *Gerión*, 7, 1989, 241-9.

1. LAPIDA DE EL COLLADO

En El Collado, una pequeña localidad soriana en la carretera de Oncala a San Pedro Manrique, en el jardín de la casa de D. Fortunato Vela, existe una estela funeraria romana que, de acuerdo con los datos de su propietario, se encontró en 1988 entre las ruinas de una casa de la aldea, la que antiguamente servía de Rectoría.

Da la casualidad que en este mismo domicilio se conserva otra lápida de características similares a la aquí presentada (salvo que es opistógrafa) y que fue descubierta y publicada por el finado T. Ortego, junto con otras inscripciones provenientes de las localidades serranas de la provincia, todas con el rasgo común de estar decoradas con figuraciones animales bajo el texto; según Ortego, el epígrafe apareció también en la casa de Curato de esa aldea².

Simultáneamente a la aparición de este trabajo, Espinosa y Usero reconstruían, a partir de un grupo de inscripciones caracterizadas por su homogeneidad formal y decorativa, lo que parece ser una *officina lapidaria* cuyas producciones se encuentran en toda la comarca yangüesa y en las localidades cameranas de la vecina Rioja; estos autores suponían, además, que la onomástica de los epígrafes refleja un grupo social o étnico de acusada personalidad y que vivía en estrecha relación con dos núcleos urbanos de la ribera del Ebro, Calagurris y Turiaso. Gracias a una noticia que M. L. Albertos había recibido de Ortego y que, a su vez, yo les comuniqué, el estudio de Espinosa y Usero incluye también la lápida citada antes, pero describiendo una de sus caras como si fuera una pieza y el fragmento de la una cara como una inscripción independiente³.

Precisamente, en Agosto de 1988, revisando las noticias de Albertos y los datos de Espinosa y Usero fue cuando D. Fortunato Vela tuvo la amabilidad de mostrarme el nuevo epígrafe recientemente descubierto y que ahora presento. La inscripción se encuadra perfectamente en el grupo delimitado por Espinosa y Usero: el soporte es una laja de arenisca local de 109x43x13, en la que la única labor de cantería realizada fueron algunos retoques para mejorar su perfil rectangular; en la parte superior presenta un tosco dibujo inciso simulando una cabeza y un torso humano; a continuación, sigue el texto, en burdas letras de 6 cms. de módulo; bajo él, la figura de un bóvido de perfil a la izquierda pero con la cabeza y las cuernas de frente; todo esto se grabó con puntero, siguiendo posiblemente

(2) T. ORTEGO: Estelas funerarias inéditas, con representaciones bovinas, en territorio arévaco-pelendón, en el *Homenaje a Antonio García y Bellido*, vol. V, Madrid 1988, págs. 339-41 y figs. 7 y 8. Este artículo, firmado en Soria en 1973, presentaba unas inscripciones inéditas cuya novedad e interés quedaron anulados por el gran retraso de la publicación; en el interim, siendo Ortego persona que no guardaba para sí lo que sabía y dado el interés reciente por las cuestiones epigráficas, todas las lápidas fueron dados a conocer por otros autores, generalmente con más rigor y mejores lecturas que las de Ortego.

(3) U. ESPINOSA y L.M. USERO: Eine Hirtenkultur im Umbruch. Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus dem conventus Caesaraugustanus (Hispania Citerior), *Chiron* 18 (1988), págs. 478-81 n.º 1 y 2 con lám. 1, fig. 1 y 2. De las dos inscripciones, la más antigua parece ser la n.º 2, a la que falta la cabecera con busto humano tan propia de este grupo; como la de la otra cara (n.º 1) se conserva íntegra, hay que suponer que la estela estaba ya rota cuando se grabó la segunda inscripción.

un diseño y un texto garabateado en la piedra, sin recurso al compás y la regla. La estela parece conservarse íntegramente, pero no debe descartarse que falte algo por el lado derecho, máxime considerando los finales de las líneas 2 y 3. En el epígrafe (fig. 1) se lee:

D(is) mā(nibus)
 Aeonso h(ic) s(epultus est)
 an(norum) LXXX Cu(---)
 fili(o/us fecit).

Aunque la silueta humana y la figura del bóvido están presente en casi todas las estelas del grupo, no resulta menos peculiar la onomástica y los formularios. Aeonso es un *hapax*, al menos en la onomástica peninsular pero este rasgo no extraña en un conjunto caracterizado por una singular mezcla de nombres personales latinos e indígenas⁴.

Para la solución de las abreviaturas de lin. 2 se ha recurrido también al ejemplo de las otras inscripciones de la comarca, y si, como he dicho antes, la pieza estuviera rota por el lado derecho, habría que suponer que la tercera letra de la fórmula sepulcral estaba en la parte perdida⁵; este detalle es más relevante en la siguiente línea, donde Cu(---) oculta el nombre del dedicante de la inscripción, quien, dependiendo de la solución de *fili(---)* en la línea siguiente, podría ser bien el padre o el hijo del finado: propondría leer ahí Cu(*liericus*), un nombre que se documenta en una inscripción de Trevago, un lugar relativamente cercano a El Collado⁶.

2. INSCRIPCION DE VALDEMALUQUE

En 1986, cuando revisaba sus fondos epigráficos, descubrí en uno de los patios del todavía en obras Museo Numantino un magnífico altar de mármol del que no tenía noticia de su existencia. Cuando indagué por él, se me contestó que procedía de Ucero y que aguardaba publicación por sus descubridores: ahora, gracias a la gentileza de estos, Ernesto García-Soto y María Mariné, puedo dar a conocer este interesante monumento.

Se trata de un bloque de mármol algo picado en su superficie, de (120)×45×30: falta posiblemente la base; la única decoración apreciable es la escotadura que enmarca por arriba el campo epigráfico; este mide 65×45 y el módulo de las letras, capitales cuadradas de buena labra, es de 6 cm. La pieza, según E. García-Soto⁷, «fue localizada en el año 1982 por un vecino de Valdemaluque...

(4) U. ESPINOSA y L.M. USERO: *Art. cit.*, págs. 488-90. Entra dentro de lo posible, aunque me parezca una extraña alternativa, que el difunto se llamase *Aemilius Onso*.

(5) *Ibidem*, n.º 4, 9, 12, 15 y 17.

(6) A. JIMENO: *Epigrafía romana de Soria*, Soria 1980, pág. 115 y lám. 37, fig. 1: *M(arcus) Culierico Gusiuni f(ilius) aug(ustobrigensis)*.

(7) *Per litteras*, 10-10-89.

en el lugar conocido como «La Cruz del Santo», término de Sotos del Burgo, pedanía del Ayuntamiento de Valdemaluque»; este lugar es conocido como yacimiento desde hace una cuarentena de años⁸. La inscripción apareció —sigue la noticia de García-Soto— «junto con diversos restos arquitectónicos, como un fragmento de fuste de columna y un brocal de pozo, ambos en piedra caliza». Por lo que he podido ver en la hoja correspondiente del Mapa Topográfico Nacional, el sitio está a algo más de un kilómetro al sur de Valdemaluque, entre el río y la carretera del Burgo de Osma a San Leonardo, en torno al punto kilométrico 8.900.

En el epígrafe se grabó lo siguiente:

Pergamidi
 L(uci).O(---).C(---).ancilla
 h(ic).s(ita).e(st).an(norum).XXX
 Helius con-
 5-tubernali(s)
 et.Musice.f(ilia)
 tua.fec(e)r(unt)

A tenor del formulario y de los rasgos paleográficos, el altar parece del siglo I, quizá de época flavia o ligeramente posterior. Como sugiere la onomástica y confirma la mención *ancilla*, la inscripción nombra a tres personajes de condición servil⁹, la difunta, su contubernal y una hija de Pergamis, que posiblemente no fue fruto de su unión con Helius. Las tres letras iniciales de lin. 2 ocultan indudablemente los *tria nomina* del dueño de los esclavos, del que, siendo demasiadas las variantes para el *nomen* y el *cognomen*, sólo el *praenomen* puede restituirse con seguridad¹⁰.

Salvo en Clunia, no abundan en los alrededores de Valdemaluque ni los epígrafes marmóreos ni las lápidas de esclavos¹¹, lo que hace doblemente raro que sea una sierva la destinataria de un monumento de esta clase. Ambas circunstancias, unidas al hecho que bastaran las iniciales para conocer al dueño de Helius, Pergamis y Musice indica que este era un personaje bien conocido y rico. Es lástima que no podamos identificarlo, pues sería un dato significativo en el general anonimato historiográfico característico de los uxamenses.

(8) T. ORTEGO: Por tierras de Uxama. Hallazgos recientes de época romana, *AEArq* 22 (1949) págs. 415-8.

(9) Cf. H. SOLIN: *Die griechischen Personennamen in Rom. Ein Namenbuch*, Berlín-New York 1982, s.v. *Pergamis*.

(10) Vid. A. MOCSY et alii, *Nomenclator provinciarum Europae Latinarum et Galliae Cisalpiniae*, *Dissertationes Pannonicae*, series III-1, Budapest 1983, s.v. y H. SOLIN y O. SALOMIES, *Repertorium nominum gentilium et cognominum Latinarum*, Hildesheim 1988, sv.

(11) La única mención de un *servus* es CIL II 2.823 : EE ix, 303 : ERS 97. Fuera de las dedicatorias oficiales sobre este material, las únicas inscripciones privadas marmóreas de Uxama son CIL II 6338 o : ERS 80 y AE 1925, 22 : ERS 65; quizá «la piedra sumamente dura» sobre la que, según FITA, se grabó el epitafio de M. Magius M.f. Gal. Antiquus (EE viii, 144 : ERS 131) fuera también mármol u otro material de precio.

Vista la penuria de información antigua de la que justamente se quejan los que trabajan sobre las antigüedades sorianas, posiblemente resultase provechoso analizar petrográficamente los soportes epigráficos —especialmente los que claramente no se realizaron sobre piedra local— para determinar su procedencia, Vid. A. ALVAREZ: Estudio de los materiales lapídeos presentes en la epigrafía de Cataluña, en *Epigraphie hispanique. Problèmes de Méthode et d'édition*, Burdeos 1984, págs. 87-112.

Un comentario final para acabar. Esta pieza de Valdernalque procede indudablemente de un establecimiento romano de cierta importancia; según las noticias de Ortego, aparecieron allí «algunos ladrillos decorados con estrias quebradas en la superficie de asiento, tégulas típicamente romanas, varios fragmentos de cerámica elaborada y pintada según la técnica decadente antigua y, entre cenizas, numerosos restos oseos de bóvidos y otros pequeños rumiantes»; la prospección también rindió una quicialera y dos bronceos, uno de ellos una estatuilla que Ortego identifica, a mi juicio con escaso fundamento, con una representación poco usual de Fortuna¹².

Este establecimiento que, sin duda estaba en el *territorium* de Uxama (y que ahora se nos presenta con más peso y entidad y, si se me permite la expresión, más provinciana)¹³, debe de ponerse en relación con otros lugares similares situados en ambas orillas del río Ucero. De ellos conocemos malamente algunos vestigios: la villa de Ucero con su magnífico mosaico, *las Paredejas* de Valdelubiel y la estupenda inscripción de Barcebalejo¹⁴. Indudablemente, una exploración cuidadosa de la zona será bienvenida.

3. LA INSCRIPCIÓN CRISTIANA DE GORMAZ

En la Ermita en ruinas, otrora bajo la advocación de San Miguel, que se alza a los pies del castillo de Gormaz, en la jamba derecha de la puerta de entrada a la iglesia, se conserva un fragmento de inscripción, que se aprovechó como dovela del arco. Se trata de un bloque calizo de forma rectangular y tallado a la medida para su reutilización; sus dimensiones son (34)×(18)×27. Las letras miden 4 cms., perfectamente legibles y bien cortadas en la piedra.

Como muchas otras antigüedades sorianas, la pieza fue dada a conocer por Ortego en 1971 y luego recogida por otros autores, pero, dado el carácter fragmentado del texto, ninguno de ellos fue capaz de desentrañar el sentido del mismo¹⁵. Lo que puede leerse (fig. 2) es:

 [---posue]runt[---]
 [---i]psa Ecle[ssia---]
 [---]BINT in.[---]
 [---]REM P[---]

(12) Vid. la reciente reivindicación de Vxama y su papel en C. GARCIA MERINO: Desarrollo urbano y promoción política de Vxama Argaela, *BSAA* 53 (1987), págs. 73-114.

(13) ORTEGO: *Art. cit.*, págs. 415-18 con fig. 1-7.

(14) Cf. B. TARACENA: *Carta arqueológica de España. Soria*, Madrid 1941, s.v. UCERO; A. BALIL, El mosaico de Ucero. Observaciones sobre la iconografía hispánica del mito de Bellerofonte, *Celtiberia* 28 (1978), págs. 143-52; J.M. BLAZQUEZ y T. ORTEGO: *Corpus de mosaicos de España, vol. VI: Mosaicos romanos de Soria*, Madrid 1983, pág. 50. Para Valdelubiel, ORTEGO: *art. cit.* págs. 413-5 y ERS 118; para Barcebalejo, B. TARACENA: Epigrafía soriana, *BRAH* 85 (1924), págs. 23-25.

(15) T. ORTEGO: Miscelánea arqueológica soriana (ambrones, paleocristianos y visigodos), *XII CAN, Jaén 1971*. Zaragoza 1973, págs. 805-8; id., Gormaz: Su contorno arqueológico, *Celtiberia* 22 (1972), págs. 82 y ss.; C. GARCIA MERINO: La evolución del poblamiento en Gormaz (Soria) desde la Edad del Hierro a la Edad Media, *BSAA* 39 (1973) pág. 58; ERS 66.

En la lin. 1, puede restituirse también *fecerunt dedicaverunt* u otra forma verbal similar. En la lin. 3, lo que queda de la primera letra parece indicar que se trataba de una «B», pero la lectura es incierta; igualmente, transcribo la letra inicial de la lin. 4 como una «R», pero quizá sea una «B» o una «P». En cuanto a la cronología, algunos rasgos paleográficos (especialmente la «R» en la lin. 1), indican que se trata de un fragmento de época visigótica, y esta data concuerda con la sugerencia de Ortego del origen germánico de la Ermita: tal afirmación es discutible, pero lo que parece claro es que, bien en el mismo solar, bien en otro lugar cercano, existió un edificio visigodo, algunos de cuyos elementos decorativos se aprovecharon para el adorno de la Ermita de San Miguel y de otros edificios próximos¹⁶.

4. LA LAPIDA SEPULCRAL DE SAN PEDRO MANRIQUE

En la torre de la Iglesia de esta localidad serrana existe una inscripción sepulcral que fue publicada casi simultáneamente por dos equipos de trabajo, con considerables discrepancias en la lectura¹⁷. Como hacía notar en un artículo reciente¹⁸, tales divergencias se deben a la situación del epígrafe, a tal altura que dificultan tanto una autopsia cómoda como tomar buenas fotografías. Las lecturas ofrecidas son:

Mangas-Ramírez	Jimeno-Morales
D(is) m(anibus)	D(is) m(anibus)
Ant(onia?)Titu-	Ant(onia)Titu-
lla Sem(proniae)	lla.s(uae).f(iliae) m(ater)
Titulle	Titulle
5-an(norum) XX s(uis?)	an(norum).XX f(ecit de) s(uo)
α(ara) e(x)p(ecunia) m(onumentum/aritus) P(ublius	cep(it).m(onumentum).p(ossuit)
Min(ucius/icius) Fe-	Min(imae) Fe-
licissim(us)	licissim-
f(ecit)	(a)e

Varios exámenes con prismáticos de la pieza y la comparación con la única fotografía aceptable que conozco (la de Ramírez que ilustra el trabajo de Mangas-Ramírez) me han llevado a la misma conclusión que muestra la colación de ambos

(16) L. CABALLERO: Arqueología tardorromana y visigótica en la provincia de Soria, *Actas del primer symposium de arqueología soriana*, Soria 1982, Soria 1984, págs. 447-52; J. ZOZAYA: Gormaz, síntesis de arqueología soriana, *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria 1989, pág. 108.

(17) J. MANGAS y M.J. RAMÍREZ: Nueva inscripción latina de San Pedro Manrique, *Memorias de Historia Antigua* 4 (1980), págs. 221-2 con lám. 4; F. MORALES y A. JIMENO: Nuevas inscripciones romanas de la Provincia de Soria, *Celtiberia* 32 (1982), pág. 160 con lám. 2, fig. 1.

(18) J. GÓMEZ-PANTOJA, F. MORALES y M.J. BOROBO: *Art. cit.* Pág. 254

textos: que, con la salvedad de algunas anomalías ortográficas (la S inversa en las lin. 3.5 y 8, N por M en las lin 8 y el vulgarismo de *Titulle* por *Titullae*), la inscripción es perfectamente legible pero no muy inteligible, como prueban las dispares lecturas ofrecidas, especialmente en la lin. 5 y siguientes, donde las soluciones aportadas son extrañas y sin paralelos en el uso epigráfico de la región. Creo que cabe una interpretación más normal y que explique las peculiaridades del epígrafe:

D(is).m(anibus)
 Ant(estia) Titu-
 lla Sem(proniae)
 Titulle (filia)
 5-an(norum) XX. (h)i—c—
 —s—ep(ulta est).m(onumentum) p(osuit)
 Min(icia) Fe-
 licissi(m)-
 a

En la lin. 1, en vez del Antonia preferido por los anteriores editores, ha restituido Antestia, que es un *nomen* frecuente en los epígrafes de la zona¹⁹; la curiosa fórmula de filiación de la lin. 2-3 puede ser explicada como la única forma de salvar la confusa alternativa *Ant. Titulla Titulle (filia)*. Y ahora viene la *crux* de la inscripción: en lin. 5-6, lo que se lee claramente en la piedra es un *XX.IS : CEP.*; mi explicación supone la existencia de un *ordinator* no muy leído (recuérdense las «S» inversas ya notadas) que cometió dos errores: uno ortográfico —*ic* por *hic*— y otro al confundir en la minuta la lectura de la C y la S cursiva, una equivocación nada infrecuente²⁰.

5. EL ALTAR VOTIVO DE YANGUAS

En 1941, Taracena anunciaba que en la iglesia de San Pedro de Yanguas había tres inscripciones latinas, una sirviendo de pila de agua bendita, otra «en el pavimento de la iglesia y aún otra, casi ilegible por su mal estado de conservación»; de esta tercera se ha perdido la pista, mientras que las otras dos debieron ingresar poco después en los fondos del Museo Celtibérico, donde actualmente están: una es una dedicación a la *Matres* y la otra, casi ilegibles sus tres primeras

(19) Cf. en ESPINOSA-USERO: *Art. cit.*, las inscripciones n.º 6.7 y 10.

(20) Una confusión similar en el epígrafe *BRAH 53* (1908), pág. 36, como nota J. GIL: Nota a la epigrafla de Tarragona, en el *Homenaje a Saenz de Buruaga*, Badajoz 1982, pág. 361.

líneas, siendo finalmente identificada por su último (y mejor editor) como un altar consagrado a Júpiter²¹. He aquí esa lectura:

I(ovi) O(ptimo) M(aximo) Teica[n]-
ia Pompei
Flac(i) f(ilia) Nem[e]-
ntina Atem
5-nia e(x) v(oto) s(olvit) l(ibens) m(erito)²²

La lectura tiene la virtud de sacar algo de sentido de un epígrafe que parecía para siempre condenado al grupo de las *inscripciones ilegibles*. Sin embargo deben de hacerse serios reparos que anulan el esfuerzo de Jimeno; primero, no haber tenido en cuenta los restos de letras que quedan por encima de los que él considera como la primera línea; luego, la irregular nomenclatura de la dedicante, con tres *cognomina* y sin gentilicio, que inclina a pensar que se trata más bien de dos personajes; y por último, la extraña fórmula consecratoria *ex voto solvit libens merito*, que rompe con el uso epigráfico... y con la sintaxis latina. En la práctica, esa «E» supernumeraria que obliga a Jimeno a tan peculiar construcción gramatical, es la última letra de un nombre en dativo, *Atemniae*, que como tentativamente supuso Albertos²³, debe de corresponder a la divinidad honrada.

Tras el exámen de los calcos de la inscripción, creo que puedo proponer con bastante certeza la siguiente lectura:

[Pro sa]lu[te]
Pompei.Ca+-
[.]n(-) Pompei(a)
Flac(i) f(ilia) Neme-
5-ntina Atem-
niae v(otum).s(olvit).l(ibens).m(erito)

La letra que no puede identificarse son seguridad al final de la línea 2, parece una *R*, con lo que el *cognomen* podría ser entonces *Car[i]n(us)*. Concluyendo: perdemos una dedicación a Júpiter y ganamos un nuevo teónimo y una divinidad femenina, de carácter y atributos desconocidos²⁴.

(21) B. TARACENA: *Op. cit.*, pág. 179; las inscripciones del Museo tienen, respectivamente, los números de inventario 1028 y 1029, y han sido publicadas por L. CAMPORREDONDO: *Miscelánea. Recuerdos de Yanguas*, Soria 1934; Nota de la Inspección General. Museo Celtibérico de Soria, *MMAF* 3 (1943), págs. 186-7 con lám. 58, fig. 1 y 3; *AE* 1946, pág. 196; *ILER* 385; *ERS* 35-36; P. PASCUAL y H. PASCUAL: *Carta Arqueológica de la Rioja, I: El Cidacos*, Logroño 1984, págs. 102, n.º 56.

(22) *ERS* 36 con lám. 10.2.

(23) M.L. ALBERTOS: *Spanische Gotternamen*, en J.M. BLAZQUEZ, *Einheimische Religionen Hispaniens in der röm. Kaiserzeit*, *ANRW* 18.1 (1986) pág. 262, leyó *Atem[...]niae*.

(24) Este trabajo se realizó en el verano de 1989 durante una placentera estancia en la Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik des Deutschen Archaeologischen Instituts en Munich, parcialmente financiada con una ayuda a la investigación de la Comunidad Autónoma de Madrid, y del DAAD.

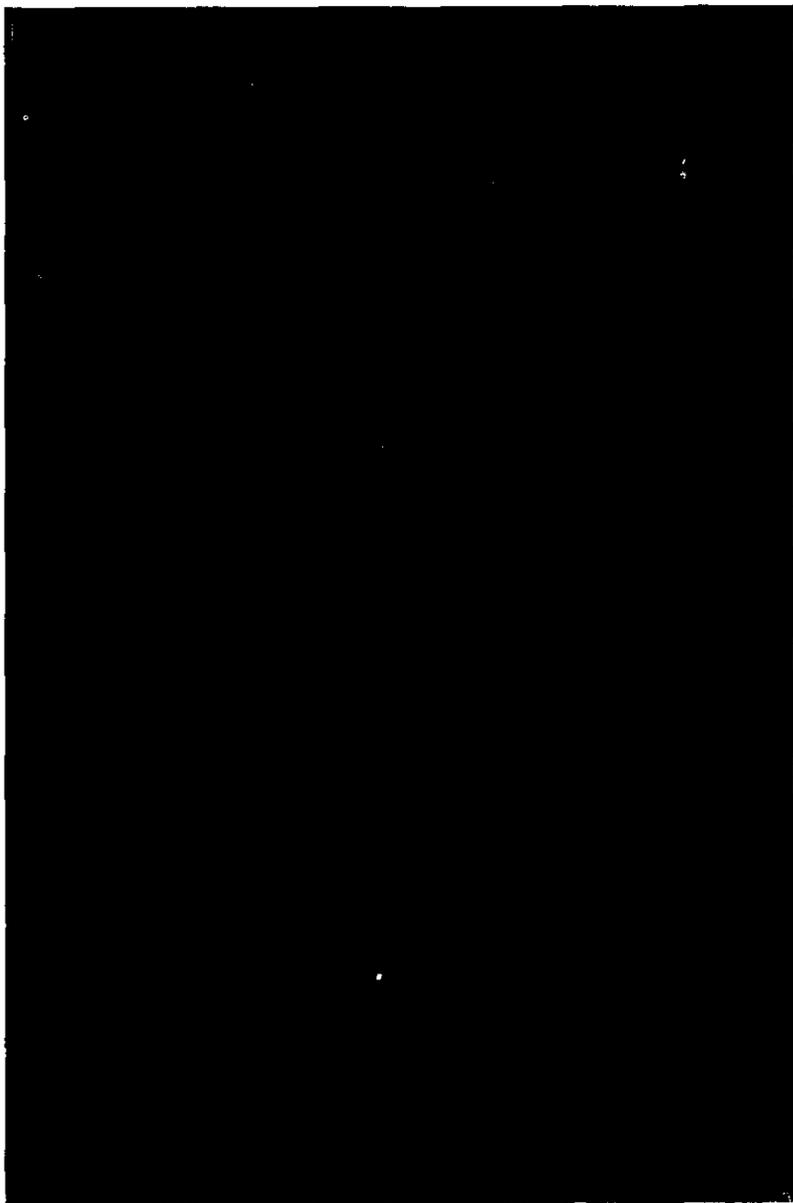


FIG. 1.—La lápida de El Collado. (Fotografía del autor).

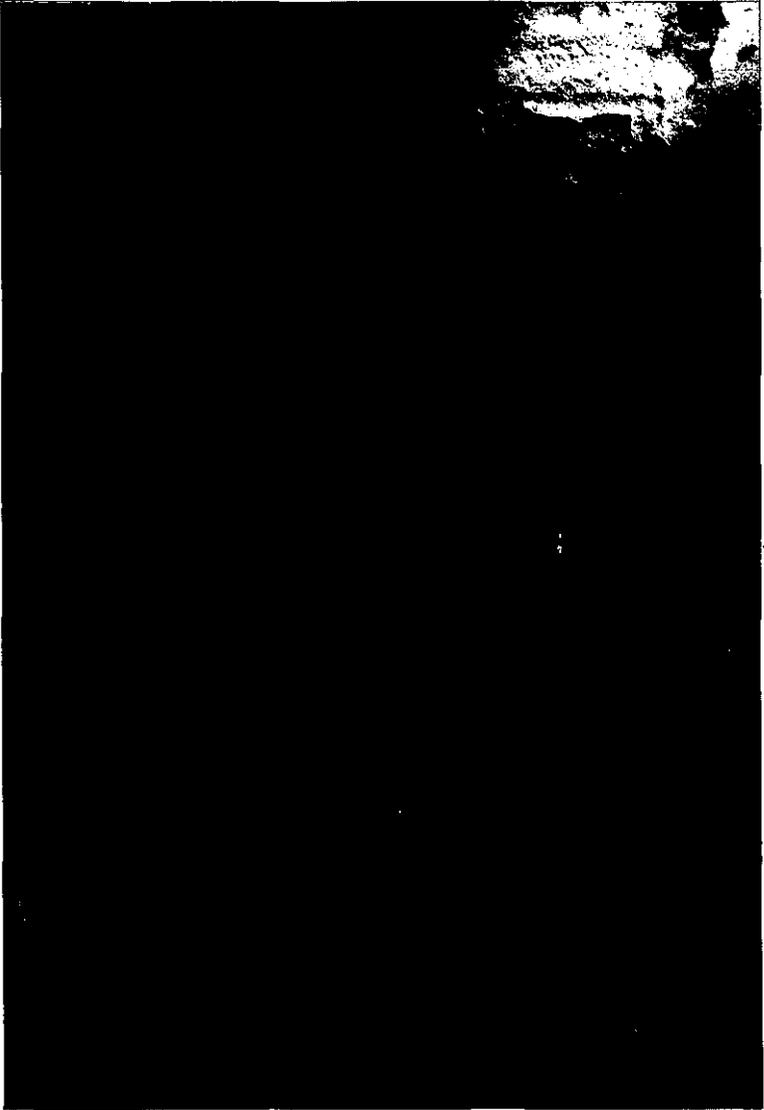


FIG. 2.—Inscripción fragmentaria en el atrio de la Ermita de S. Miguel, en Gormaz.
(Fotografía del autor).

NUEVAS APORTACIONES A LA EPIGRAFIA SORIANA

S. CRESPO ORTIZ DE ZARATE*
J.R. VEGA DE LA TORRE**

* Universidad de Valladolid.

** Instituto de Prehistoria y Arqueología «Sautuola».



En la tarde del día 1 de Abril de 1983, realizando uno de nosotros¹ una excursión al castillo de Osma (Soria), en compañía de un grupo de jóvenes estudiantes, mientras les iba mostrando los restos constructivos y ornamentales reutilizados en los muros de la fortaleza, reparó en la existencia de una estela funeraria que, fragmentada, se hallaba embutida en la parte alta de la muralla meridional, a unos tres metros de altura de la base del muro y a unos dos metros de la parte superior de éste.

Aunque en un principio dio por supuesto que la pieza sería ya conocida, las indagaciones bibliográficas finalmente emprendidas resultaron infructuosas², puesto que no se encontró referencia alguna ni en los trabajos específicamente dedicados a Uxama³, ni en las publicaciones epigráficas de ámbito soriano⁴. Esto nos hizo pensar, lógicamente, que la inscripción ahora presentada era inédita.

La pieza procede, indudablemente, de la necrópolis de Uxama⁵, habiendo sido empleada, tras su fragmentación, en la construcción de la muralla. Suponemos que ello debió de suceder en época altomedieval⁶, al convertirse en pródiga y cómoda cantera las ruinas del despoblado uxamense, tanto en la parte ocupada en su día por los vivos, como en la destinada a los muertos. Una detenida inspección de ambas caras de los muros no nos ha revelado la evidencia de más piezas, pero no sería extraño que, con el lado del epígrafe oculto a la vista, se encuentren algunas más⁷.

(1) J. Raúl Vega de la Torre, quien agradece al grupo de jóvenes mencionado su colaboración, en ésta y en otras ocasiones, para los trabajos de campo y muy especialmente a la srta. Teresa Cerezo para los de gabinete.

(2) Pero la existencia de materiales reaprovechados en la construcción del castillo de Osma es conocida desde hace un par de siglos, al menos. Cfr. J. LOPERRAEZ: Descripción histórica del Obispado de Osma, II, pág. 302, en edición facsímil de Ed. Turner, Madrid, 1978.

(3) Toda la bibliografía que puede interesar sobre este yacimiento se puede encontrar en C. GARCIA MERINO: «La ciudad romana de Uxama», BSAA, XXXV, 1970, págs. 383-440 y «Desarrollo urbano y promoción política de Uxama Argaela», BSAA, LIII, 1987, págs. 73-107.

(4) Cabe citar el corpus provincial publicado por A. JIMENO: Epigrafía romana de la provincia de Soria, Soria, 1980.

(5) Parece que, al igual que la necrópolis celtibérica y la visigoda, la romana se fijó en un ámbito propio, que marcan los hallazgos de 1857 —carretera de Valladolid— y los más recientes de 1976 (Vid. J.L. ARGENTE y A. JIMENO: «Tres tumbas de incineración de época romana halladas en Uxama (Osma, Soria)», Celtiberia, XXVII, 53, 1977, págs. 29 ss.

(6) Probablemente en el siglo X, época durante la cual la zona fue teatro de enfrentamientos militares continuos entre cristianos y musulmanes (Vid. J. SAENZ RIDRUEJO: Soria durante la Reconquista, en la obra colectiva dirigida por J.A. PEREZ RIOJA: Historia de Soria, Soria, 1985, págs. 230 ss.).

(7) Junto a la pieza aquí estudiada observamos la existencia de una piedra que, por ciertas características, sospechamos pueda ser otro fragmento de la nuestra.

A pesar de la importancia y larga existencia de la ciudad de Uxama, el número de inscripciones a ella atribuidas no es grande: cuatro epígrafes votivos, dos honoríficos y ocho funerarios⁸ —nos referimos exclusivamente a aquellos con soporte pétreo—, habiéndose añadido más recientemente⁹ otras tres piezas, dos de ellas presumiblemente funerarias, y la tercera ostentando inscripción con caracteres ibéricos. Sin duda que el expolio multiseccular a que se ha visto sometido el yacimiento tiene mucho que ver con tal escasez¹⁰.

El soporte de la estela es un bloque de piedra caliza que debió tener forma paralelepédica, rematándose en cabecera semicircular. El frontón y la cartela de la inscripción ocupan superficies rehundidas, separadas por una ancha banda carente de toda decoración y contorneadas por una orla igualmente lisa, más ancha en la zona de la cartela que en la del frontón. Este se halla adornado con lo que parece ser una flor de cuatro pétalos, cuya posición descentrada, así como su tamaño reducido, invitan a pensar que tuvo complemento en otra similar, colocada simétricamente y flanqueando ambas un motivo ornamental de mayores dimensiones, quizá solar, lunar, estelar...¹¹.

La lectura del texto de la inscripción se hace mucho más compleja por la situación de la pieza, precisando de un teleobjetivo para poder contar con una reproducción fotográfica aceptable. Lamentablemente, por razones técnicas sólo podemos presentar en este momento la fotografía que se adjunta al trabajo, un tanto lejana, pero susceptible de ser apreciada en sus caracteres escritos con una lupa de cierto aumento.

El texto de la inscripción, según lo hemos podido transcribir dice así:

...ANIQ
CILI
HSE
...XX

Existe a primera vista una cierta duda en la interpretación del nombre del difunto. La última letra legible bien podría ser interpretada como una «O», con lo

(8) C. GARCIA MERINO: «La ciudad...», págs. 416 ss.

(9) C. GARCIA MERINO: «Addenda a la epigrafa de Uxama y la nueva estela de San Esteban de Gormaz», *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, III, 1983, págs. 355 ss.

(10) Es harto significativa la comparación que M. A. GARCIA GUINEA: «Prospecciones en la antigua Uxama (Osma)» AEA, XXXII, págs. 99-100, 1959, págs. 125 ss., hace entre lo que él ve y lo señalado por LOPERRAEZ (op. cit.) y por B. TARACENA, *Carta Arqueológica de España*. Soria, Madrid, 1941, págs. 127 ss.

(11) Hemos encontrado cierta similitud con la pieza n.º 81 del corpus de JIMENO (op. cit., lám. XXVII, 1), también procedente de Uxama. Esta disposición decorativa —aunque con diferencias en cuanto a la apariencia concreta de los motivos— la vemos igualmente en la obra y autor citados— n.º 97, lám. XXXII, 1 procedente de San Esteban de Gormaz. ¿Cabría hablar de un taller local? Dada la importancia de las poblaciones mencionadas, no sería extraño. En cualquier caso, hay otra zona, relativamente próxima, que manifiesta una particular preferencia por el esquema compositivo que suponemos para nuestra pieza, como es Poza de la Sal (Cfr. J. A. ABASOLO y OTROS: *Los monumentos funerarios de época romana, en forma de casa, de la región de Poza de la Sal (Bureba, Burgos)*, Burgos, 1976, *passim*). Podemos ver otros ejemplos en Navarra (Cfr. C. CASTILLO y OTROS: *Inscripciones romanas del Museo de Navarra, Pamplona*, 1981, láms. XXXIX y LVII); en León (Cfr. F. DIEGO SANTOS: *Inscripciones romanas de la provincia de León*, León, 1986, lám. CXXXVIII); e incluso en un lugar tan alejado como Queifes (sur de Portugal) (Cfr. J. D'ENCARNAÇÃO: *Inscrições romanas do conventus pacensis*, Coimbra, 1984, n.º 49).

que, a juzgar por el trozo que falta a la izquierda, resultaría ser [EL]ANIO, en dativo. Sin embargo, no debería descartarse otra lectura, ya que la curva de esa última letra de la primera línea parece terminar en la misma parte superior sin prolongarse circularmente para constituir la letra «O». Ello permitiría identificar una letra «C» que se destruye hacia su parte mitad izquierda e inferior por un destroz de la piedra, pudiéndose así establecer [EL]ANICO. Además apoyando esta argumentación, la erosión inmediata a la derecha de la palabra referida presenta la apariencia de haber albergado una letra «A», aunque sin posibilidades reales de reconstrucción. La lectura según esta última hipótesis sería la de [EL]ANIC[A].

La segunda línea nos ofrece el nombre CILI, en genitivo, correspondiente a la filiación del difunto. No parece que hayan precedido ningún tipo de letras en la zona izquierda anterior; reconociéndose claramente un nombre CILIUS.

La tercera línea debió contener la «F» de [F(ilius)], finalizando con las siglas clásicas de defunción que se muestran claramente H S E.

Finalmente, la edad del difunto, en la cuarta línea, solo permite apreciar una «X» claramente y, con dificultad, pero evidente y real, otra «X». No puede suponerse ningún tipo de cifra para esta edad ya que posiblemente falten una o dos cifras más en la parte primera de la línea. Precedería igualmente en esa zona corrupta de la línea la abreviación [AN(norum)].

Por el tipo de letra, la ornamentación y la fórmula funeraria, la inscripción podría datarse a finales del siglo I p.C. La onomástica que presenta es totalmente indígena. La lectura e interpretación definitiva podría quedar establecida de la siguiente forma:

[EL]ANIO / CILI(i) / [F(ilio)] H(ic) S(itus) E(st) / [AN(norum)] ó bien sustituyendo el primer nombre con [EL]ANIC[O] o [EL]ANIC[A] pudiéndose traducir por: «A Elanios (o Elanicos/Elanica), hijo (a) de Cilius, de ..XX años, aquí yace».

El nombre indígena Elanios aparece en contadas ocasiones de forma clara y distinta en la Península y sus paralelos y variantes se dan en forma muy escasa por el centro de la meseta. El radical *EL- contribuye a la formación de diversos nombres como Elanioca, Elaesus, Elanus, Elanicos¹². El onomástico se encuentra perfectamente delimitado en inscripciones halladas en La Puerta (León)¹³ y Cardeñosa (Ávila)¹⁴ y de manera más o menos dudosa en Castreñas (Burgos)¹⁵, El Sauzal (Cáceres)¹⁶.

(12) M. PALOMAR LAPESA: La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania, Salamanca, 1957, pág. 72; L. ALBERTOS: Onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética, Salamanca, 1966, págs. 112-113; Idem, «Nuevos antropónimos hispánicos», Emerita, XXXII, 1964, 1.ª parte, pág. 247; Idem, «Nuevos antropónimos hispánicos» (2.ª serie), Emerita, XL, 1972, 2.ª parte, págs. 289-290.

(13) F. DIEGO SANTOS: Inscripciones romanas de la provincia de León, León, 1983, n.º 280.

(14) P. PALOL: Bronces Hispanovisigodos de origen mediterráneo, jarritos y patenas litúrgicos, Barcelona, 1952, págs. 85-86.

(15) J.M. IGLESIAS GIL: Epigraffa cántabra. Estereometría, decoración, onomástica, Santander, 1976, n.º 23.

(16) L. ALBERTOS: Onomástica..., pág. 290.

Por lo que se refiere a sus paralelos, el onomástico **Elanioca** se da en Lara (Burgos)¹⁷ y el de **Elanica** en Madridanos (Zamora)¹⁸. La variante **Elanus** se ha constatado en Santa Olaja (León)¹⁹, Velilla de Valdoré (León)²⁰, Fuentes-Parres (Asturias)²¹, Soto de Cangas (Asturias)²², Trespuentes-Iruña (Alava)²³ y Valladolid²⁴. Existe un **Elanis** en Astorga (León)²⁵ y un **Elanicus** en Susilhao-Vinhais (Portugal)²⁶.

A través del dato aportado por la presente estela funeraria, se viene, pues, a completar el cuadro de distribución de los nombres **Elanius/Elanus**, que se sitúan preferentemente en el noroeste de la Península con un desplazamiento a las zonas orientales de la Meseta, cuyos límites parecen ser los hallazgos de Vitoria y el presente de Soria.

El nombre **Cilius** es igualmente un antropónimo indígena de fuerte presencia en Lusitania y en el Noroeste de la Península, tanto él como otros nombres de la misma raíz²⁷. El radical **CIL-** aparece en pluralidad de compuestos como **Cila**, **Cilacili**, **Cilauci**, **Cilemnie**, **Cileus**, **Cilimedus**, **Cilea**, **Cilia**, **Cilici**, **Cilini**, **Cilonis**, **Cilura**, siendo más preponderante el de **Cilius** y su variante **Cileus**.

Este antropónimo **Cilius**, es mucho más abundante que el anterior; registrándose hallazgos en Ibahernando²⁸, Santa Cruz de la Sierra²⁹ y Coria (dos hallazgos)³⁰ en la provincia de Cáceres; Santa Eufemia (Córdoba)³¹; Meimoa³², Bemposta³³,

(17) J.A. ABASOLO: *Epligrafía romana de la región de Lara de los Infantes* (Burgos), Burgos, 1974, pág. 109, n.º 146.

(18) S. CRESPO: «Las formas de dependencia personal en el Convento jurídico cluniense. Estudio de las fuentes», *Estudios en Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz*, III, Buenos Aires, 1985, pág. 499, n.º 24.

(19) F. DIEGO SANTOS: *Inscripciones romanas...*, n.º 289.

(20) F. DIEGO SANTOS: *Inscripciones romanas...*, n.º 296.

(21) F. DIEGO SANTOS: *Epligrafía romana de Asturias*, Oviedo, 1959, n.º 37.

(22) S. CRESPO: «Las formas de dependencia...», pág. 514, n.º 41.

(23) A. LLANOS: *Carta arqueológica de Alava*, I, Vitoria, 1987, n.º 9.053.

(24) J.M. SOLANA SAINZ, «Valladolid durante la antigüedad tardía», *Historia de Valladolid*. I. Prehistoria e Historia Antigua, Valladolid, 1977, pág. 110.

(25) F. DIEGO SANTOS: *Inscripciones romanas...*, n.º 101.

(26) J.D'ENCARNAÇÃO: *Divindades Indígenas sob o domínio romano em Portugal*, Lisboa, 1975, pág. 209.

(27) M. PALOMAR LAPESA: *La onomástica personal prelatina...*, págs. 63-64; L. ALBERTOS: *Onomástica personal primitiva...*, págs. 87-88; Idem, «Nuevos antropónimos...», 1964, 1.ª parte, págs. 239-240; Idem, «Nuevos antropónimos hispánicos», 2.ª serie, *Emerita*, XL, 1972, 1.ª parte, pág. 27; J. UNTERMANN: *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*, Madrid, 1965, págs. 100-101, mapa n.º 35.

(28) R. HURTADO: *Corpus provincial de Inscripciones latinas (Cáceres)*, Cáceres, 1977, n.º 295.

(29) R. HURTADO: *Corpus provincial...*, n.º 454.

(30) S.G. ARMISTEAD: «Cuatro nuevas inscripciones romanas de Coria (provincia de Cáceres)», *AEA*, 48, págs. 131-132, 1975, 177 y 178, 3.

(31) A.U.Stylow, «Beitrag zur Lateinischen Epigraphik im Norden der Provinz Córdoba», *MM*, 27, 1986, n.º 1.

(32) M.L. ALBERTOS/M. PYREX: «Testemunhos da ocupação romana na região de Meimoa (Beira-Baixa)», *CAN XIV*, Zaragoza, 1977, 1.207, b.

(33) Cfr. nota anterior, 1.208.

Idanha-a-Velha (cuatro hallazgos)³⁴, Lamego³⁵, S. Sebastiao Avellas³⁶, Ferro Covilha³⁷, Marialva-Guarda³⁶, Castelo Branco³⁹ y Vila Boa-Sabugal⁴⁰ en Portugal.

Las variantes *Cileus/Cilea* y el femenino *Cilia* aparecen en estas zonas de forma generalizada salvo alguna excepción, hasta un total que excede la cuarentena de casos.

El antropónimo de nuestra inscripción, aparece, pues, fuera del marco geográfico habitual para este tipo de nombres, cuyo dominio es el occidente peninsular; con un centro importantísimo en Extremadura y en Idanha en Portugal desde donde irradia en dirección noroeste.

Por último, solo nos queda por mencionar la aparición de una segunda estela, también en las proximidades del castillo de Osma, situada en la pared que cierra por el lado de la carretera la finca denominada «Huerta de Santillán» y a unos 20 metros del esquinale próximo al castillo. Esta segunda estela se encuentra tumbada sobre su costado izquierdo, muy sucia y desgastada, siendo imposible apreciar ni su decoración ni su posible inscripción.

(34) CIL, II, pág. 443; HAE, 1.113, 1.141 y 1.209.

(35) CIL, II, 5.252.

(36) CIL, II, 5.655.

(37) J. MENDES/F. BANDEIRA: «Varia epigrafica», RG, LXXIX, 3-4, 1969, pág. 260.

(38) M. ALVES DIAS: «Para um repertorio das inscrições romanas do territorio portugues (1985)», *Euphrosyne*, XVI, 1988, n.º 15.

(39) J.M. GARCIA: «Epigrafia e romanização de Castelo Branco», *Conimbriga*, XVIII, 1979, n.º 6.

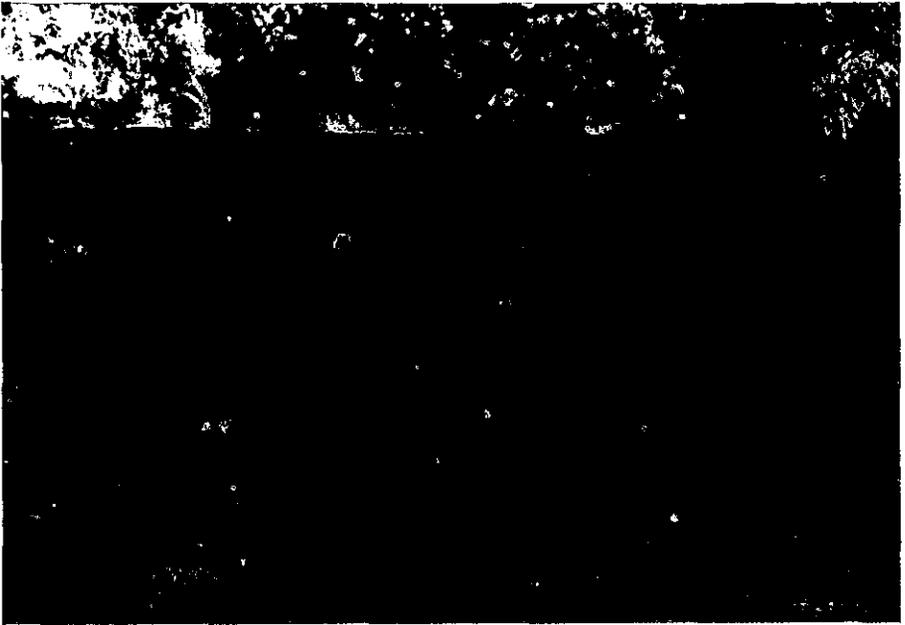
(40) *Ficheiro Epigráfico*, 27, 1988, n.º 133, 2.



Estela romana del castillo de Osma.



Transcripción del texto epigráfico.



Estela de la «Huerta de Santillán», en las cercanías del Castillo de Osma (Soria).

**APROXIMACION AL POBLAMIENTO RURAL
HISPANO-ROMANO EN LA PROVINCIA DE SORIA**

J. GOMEZ SANTA CRUZ*

* Dpto. de Historia Antigua. Colegio Universitario de Soria.

INTRODUCCION

En esta comunicación se aborda el estado actual del poblamiento rural hispano-romano en la provincia de Soria. No pretendemos limitarnos a una simple visión historiográfica —necesaria, por otra parte— ni tampoco aportar una solución global; no obstante, puede ser el momento adecuado, ante los avances de la investigación y las nuevas tendencias metodológicas, para retomar el estado de la cuestión del poblamiento y abrir nuevas perspectivas en su estudio.

El historiador de la Antigüedad, para el estudio del poblamiento rural romano, cuenta con distintas fuentes de información: los escritos de agrónomos, naturalistas y geógrafos clásicos —Catón, Varrón, Columela, Plinio, Ptolomeo, etc.—; aisladas disposiciones legislativas; documentos epigráficos; memorias de excavación de algunas importantes villae, etc. Sin embargo, ante la necesidad de planteamientos e hipótesis nuevas en la dinámica de los procesos históricos —como en el caso del poblamiento rural romano¹— hay que ampliar las fuentes de conocimiento y los métodos de trabajo.

En este sentido, en los últimos decenios el historiador contempla, junto a la constante revisión crítica de las fuentes y ampliación de la documentación disponible², nuevos presupuestos de investigación experimental —arqueología espacial, prospección sistemática, fotointerpretación, cálculos demográficos, etc.— que pueden ayudar a una síntesis histórica más objetiva de los procesos agrícolas del ámbito romano³.

(1) La vida rural del ámbito romano, adolece todavía de información satisfactoria acerca de la naturaleza de los cultivos, extensión de las explotaciones, las técnicas y utillajes empleados; o, en otro orden de cosas, la evolución de los tipos de propiedad, régimen social del campesinado, orientación de los excedentes, relación campo/ciudad, etc.

(2) Vid. a modo de ejemplo, las síntesis de J.G. GORGES: *Les villas hispano romaines. Inventaire et Problématique archéologiques*, París, 1979; M.ª C. FERNANDEZ CASTRO: *Villas romanas en España*, Madrid, 1982.

(3) Entre las numerosas aportaciones vid. J. PERCIVAL: *The Roman Villa*, Londres, 1976; P. LEVEAU: «La Ville antique et l'organisation de l'espace rural», *Annales E.S.C.* n.º 4, 1983, págs. 920-942; vid. casos prácticos en M. PONSICH: *Implantation rurales antique sur le Bas-Guadalquivir*, París, 1974; E. CERILLO y J.M. FERNANDEZ: «Contribución al estudio del asentamiento romano en Extremadura». *Norba* I, 1981, págs. 157-175; M.J. BOROBIÓ y F. MORALES: «Distribución del poblamiento de época romana imperial en una zona de la provincia de Soria». *Arqueología Espacial*, 5, Teruel, 1984, págs. 41-57; vid. en esa publicación algunas de las nuevas perspectivas de investigación. Acerca de las relaciones entre historia antigua y arqueología vid. el reciente artículo de J.J. SAYAS ABENGOCHEA: «Arqueología e Historia Antigua», *A Distancia UNED*, Junio-1989, págs. 18-20.

Llegamos así a una reorientación en la investigación del mundo rural romano, donde el historiador ha de observar, tanto el estudio del espacio rural, como el de sus restos arquitectónicos —huella inequívoca de su ocupación—; y donde, igualmente, interesa tanto la información global proporcionada por la prospección sistemática, como los resultados de la excavación individualizada.

PLANTEAMIENTO METODOLOGICO

Con este trabajo se pretende una primera aproximación a la hipotética variación de los comportamientos en la ocupación del suelo rural, a lo largo del Imperio, en la actual provincia de Soria; resultado de la distinta orientación económica y social de las explotaciones campesianas, ante la difusión de nuevas relaciones, medios y técnicas de producción en el ámbito rural provincial romano.

La correcta orientación del problema planteado, requiere una metodología adecuada que contemple: el carácter y evolución de los asentamientos rurales, los agentes humanos implicados, la alteración del paisaje rural y el contexto político y económico en que se desarrollan.

El plan metodológico propuesto, parte de una primera diferenciación de los asentamientos rústicos en dos momentos históricos diferenciados: el Alto Imperio y el Bajo Imperio. Posteriormente, partiendo del binomio **localización/función** de los asentamientos, estos se estudian en relación con:

1. El marco natural o ecológico —esencial en una economía de base primaria—, enfocado como recursos y aprovechamientos agropecuarios disponibles.
2. El contexto geopolítico, plasmado en dos de los pilares que sustentan el estado Imperial Romano: los núcleos urbanos como centros básicos de gestión del entorno y la red viaria, soporte de su relación.
3. Los precedentes históricos, entendidos como la antigua ocupación prerromana y su distinto comportamiento ante las nuevas formas romanizadoras.

Este planteamiento metodológico, se articula en dos fases instrumentales. Una primera, de recogida exhaustiva de toda la información, conocida e inédita, factible por el alto nivel, cuantitativo y cualitativo, de los estudios sobre el mundo romano en Soria. Podemos citar —ante la imposibilidad de enumerar en esta ocasión todas las fuentes utilizadas—, excavaciones, como las de Ortego en las villae de Rioseco y Santervás⁴; prospecciones, como las de Taracena⁵, Martínez e

(4) T. ORTEGO: «La villa romana de Santervás del Burgo (Soria)». A.E.A., 38, 1965, págs. 86-97, con la bibliografía de las publicaciones anteriores; IDEM, «La Villa romana de los Quintanares en el término de Rioseco (Soria)». Segovia y la Arqueología Romana, Barcelona, 1977, págs. 285-292.

(5) B. TARACENA: Carta Arqueológica de España. Soria. Madrid, 1941.

Higes⁶, Pascual y Pascual⁷, las más recientes de Revilla⁸, Borobio⁹ y las todavía inéditas de Morales¹⁰ y Pascual¹¹, las efectuadas en el valle del Jalón con ocasión del trazado de la Autovía de Aragón¹² o, las aún en curso, en la zona de San Esteban¹³, entre otras¹⁴; sin olvidar, igualmente, otros trabajos teóricos sobre el poblamiento romano en Soria¹⁵.

Elaborada una base de datos, en una segunda fase, se procedió a su ubicación en un mapa provincial, dotado de la información más propicia para resolver las hipótesis planteadas:

1. Zonas de cultivos y aprovechamientos agrícolas¹⁶ diferenciando un Dominio I de tierra cultivable y laboreo intensivo (en blanco en los Mapas 1 y 3); otro Dominio II de coníferas, frondosas, matorral, pastizal y prado natural (trama de puntos en los Mapas 1 y 3); y otro Dominio III, de huertas y cultivos herbáceos (trama rayada en Mapas 1 y 3).

2. Núcleos urbanos constatados (Numantia, Uxama Argaela, Termes y Augustóbriga); otros posibles o más coyunturales (Ocilis, Voluce, Arcóbriga, Visontium, Segontia Lanka)¹⁷ y los situados en las localidades de Villalba¹⁸, Villaseca de Arciel¹⁹ y Quintana Redonda²⁰.

3. Red viaria principal (Vías 27 y 24 del Itinerario de Antonino) y otros caminos secundarios romanos²¹.

(6) C. MARTINEZ y V. HIGES: «Algunos datos nuevos para la carta arqueológica de Soria». *Celtiberia*, 36, 1968, págs. 249-262.

(7) P. PASCUAL y H. PASCUAL: Carta Arqueológica de la Rioja I. El Cidacos. Logroño, 1984.

(8) M.L. REVILLA: Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán, Soria, 1985.

(9) M.J. BOROBIO: Carta Arqueológica de Soria. Campo de Gómara, Soria, 1985.

(10) F. MORALES: Poblamiento romano imperial del entorno de Numancia. Tesis de Licenciatura. Universidad Complutense, 1983.

(11) A.C. PASCUAL: El Poblamiento prehistórico y antiguo de la zona de Quintana Redonda (Soria), Tesis de licenciatura. Universidad de Zaragoza, 1986.

(12) La Memoria de la Prospección, está actualmente en fase de redacción.

(13) Equipo de Prospección integrado por los licenciados: O. Arellano, M. Lerín, A. Lafuente, A. Ruiz, M.J. Taracón y otros.

(14) Resultado de la continua elaboración del Inventario Arqueológico Provincial, impulsado por el Dr. A. Jimeno; o de la propia labor del Departamento de Prehistoria e Historia Antigua del Colegio Universitario de Soria.

(15) Vid. C. GARCIA MERINO: Población y Poblamiento en Hispania Romana. El *Conventus Cluniensis*, Valladolid, 1975, págs. 295-325 y 356 y ss.; IDEM, «La ciudad romana de Uxama». *B.S.A.A.*, 37, 1970, págs. 383-440; M.J. BOROBIO y F. MORALES: Distribución del poblamiento, ...; A.C. PASCUAL: «Aportaciones de Teógenes Ortego y las nuevas interpretaciones». *Celtiberia*, 75, 1988, pág. 79.

(16) Síntesis realizada a partir del Mapa de cultivos y aprovechamientos de la provincia de Soria, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1986.

(17) La evolución ciudadana y el privilegio jurídico de los antiguos oppida de la zona es ya recogido, a mediados del siglo II por C. Ptolomeo que cita, con probable estatuto de *Municipium*, a *Uisontium*, Augustóbriga y *Sauia* entre los *Pelendones*; *Confoenta*, *Colonia de Clunia*, *Termes*, *Uxama Argaela*, *Segortia Lanca*, *Uéluca*, *Tucrés*, *Numantia*, *Segouia*, *Nova Augusta* entre los *arévacos*. Vid. *PTOLOMEO*, *Geographica*, II, págs. 6, 53 y 55.

(18) M.L. REVILLA: *Tierra de Almazán...*, págs. 279 y ss.

(19) M.J. BOROBIO: *Campo de Gomara...*, págs. 161 y ss.

(20) A.C. PASCUAL: *Quintana Redonda...*, págs. 231 y ss.

(21) Para una visión general de las vías de la provincia, vid. E. SAAVEDRA: «Descripción de la vía romana entre Uxama y Augustóbriga». *MRAH*, IX, Madrid, 1861; B. TARACENA: «Vías romanas del Alto Duero», *Anuario del CFABA*, II, Madrid, 1934; J.M. ROLDAN: *Itineraria Hispania*. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la P.I., *Anejos de Hispania Antiqua*, Madrid, 1976; T. MANANES y J.M. SOLANA: *Ciudades y vías romanas en la Cuenca del Duero (Castilla-León)*, Valladolid, 1985.

Un estudio así planteado, nos permitirá elaborar un modelo de los asentamientos rurales hispano-romanos en Soria que contemple, entre otras, las siguientes aportaciones: cuantificación de localizaciones; índices de aparición, continuidad, abandono y reocupación según zonas y períodos históricos, a la vez que una valoración de la incidencia de los antiguos asentamientos pre-romanos; distinción de la/s zona/s de mayor ocupación y del grado de «concentración/dispersión» del poblamiento rural; móviles de los asentamientos en cuanto aprovechamiento de los recursos agropecuarios y en cuanto a su relación dialéctica con los núcleos urbanos y red viaria; valoración de la repercusión de la crisis del siglo III y las invasiones tardías en el campo; etc.

Es necesario, por último, precisar algunos conceptos y limitaciones:

- Se constata una presencia y ocupación rural en una determinada época histórica, basándonos en los distintos indicios de su cultura material; por ello, excepto en los asentamientos excavados, la cronología aquí reflejada no excluye necesariamente otras posibles presencias anteriores y posteriores. De ahí una periodización amplia que abarca para el Altoimperio, desde época de Augusto hasta los últimos Antoninos, y desde estos hasta inicios del siglo IV para el Bajoimperio, con una dilatación aún mayor para los materiales de esta última etapa.
- Del mismo modo, en los asentamientos pre-romanos que presentan una continuidad de materiales en época romana, se obtendrá una diferenciación formal, que no necesariamente real, de la ocupación
- Como es lógico, las zonas de prospección más continuada y de mejor acceso, presentan porcentajes más altos, que aquellas otras de prospección más esporádica; en todo caso, las áreas de difícil acceso actual (cobertura vegetal, orografía,...) serían también de difícil ocupación romana. Por otra parte, es de prever que los porcentajes presentados, aumenten proporcionalmente con los nuevos hallazgos.
- Se ha eludido conscientemente todo intento de tipificación de los asentamientos recogidos. La falta de criterios y nomenclaturas uniformes para la definición de los distintos tipos de estructuras de ocupación rural romana (*villae*, *vici*, aldeas, poblados, castros romanizados, etc.), así como las propias características del poblamiento rural en la Meseta, donde las construcciones, generalmente ligeras, dejan escasos vestigios en superficie²²; aconsejan enfocar el estudio desde una óptica global que contemple todo establecimiento rural —extraurbano—, sean sus indicios más o menos evidentes.
- Tampoco se incluyen los asentamientos inmediatos a los núcleos urbanos —casos de Numantia y Uxama—, probables *villae urbanae*, con una funcionalidad distinta de las que catalogamos como rurales.
- El cálculo de la superficie de explotación agrícola o zona de captación de los asentamientos (reflejada en los Mapas 2 y 4) sigue el modelo de Borobio y Morales²³ que estableció, a partir de módulos radiales y promedios de distancias, una extensión media de 2.100 y 700 Has. para los asentamientos alto y bajo imperiales, respectivamente. Señalar, no obstante, que su aplicación al panorama general provincial, requiere de las oportunas modificaciones.

(22) A. BALIL: «Casa y urbanismo en la España Antigua», B.S.A.A. 39, 1973, pág. 123.

(23) M.J. BOROBIO y F. MORALES: Distribución del poblamiento..., págs. 48 y 50.

- Los resultados de este trabajo, limitados a un somero modelo de poblamiento rural, alcanzarán su auténtica dimensión, dentro de una valoración global del fenómeno del poblamiento, que contemple, tanto los precedentes y consecuentes romanos, como su evolución en zonas más amplias, unificadas en sus procesos históricos por la estructura dominante romana.

POBLAMIENTO RURAL HISPANO-ROMANO EN SORIA

Con la consolidación de la presencia romana en el alto Duero y su integración político-administrativa en el *Conventus Cluniensis*, se generan procesos de romanización —evidentes ya con Augusto y los Julio/Claudios— que traen consigo una progresiva transformación del poblamiento, manifiesta en una inusitada proliferación de asentamientos rurales.

Surgidos a lo largo del Imperio, hemos contabilizado un total de 166 localizaciones hispanorromanas en el ámbito rural de la actual provincia de Soria; de ellas, 71 (42,7%) documentan, en distinto grado, materiales altoimperiales, y otras 95 (57,3%), por su parte, materiales bajoimperiales.

EL Poblamiento Rural Altoimperial. (Mapas 1 y 2)

Durante las dos primeras centurias del Imperio, se produce una intensa ocupación del ámbito rural: surgen 57 nuevos asentamientos que, junto a otros 13 de posible adscripción temprana²³, alcanzan un significativo 42,7% sobre el total; pero ¿qué causas y bajo qué pautas de comportamiento —reflejo en última instancia de la coyuntura socioeconómica— se guía este fenómeno? Lejos aún de respuestas rigurosas, podemos sin embargo, perfilar algunas tendencias para este período.

En primer lugar; observando el mapa de aprovechamientos agrícolas, vemos como la ocupación rural altoimperial, se centra predominantemente en las zonas de recursos englobados en el Dominio I, de tierra cultivable; de tal manera, que aproximadamente el 60% del total de asentamientos tempranos se ubica en este dominio; mientras que otro 20% integra su zona de captación o explotación en los Dominios I y II (un 13% aproximadamente ocupa las tierras del Dominio II, y el restante 7%, las del Dominio III).

(23) A Estos se pueden añadir otras localizaciones que parecen evidenciar materiales altoimperiales: Alcubilla de Avellaneda (La Serna), Arancón, Berlanga, Casillas de Berlanga (Los Majanares), La Cuenca (Prado Lozano), Fuencaiente (Santuy), Matute de la Sierra (Los Villares de Tera), Navaicaballo (Prado Cimbrío), Nódalo (Los Casarejos, Casares de la Matilla, Costanilla y Las Viñas), Tajahuerce (Collado de las Esteras) y Valdealvillo (Llanura de la Vega).

En segundo lugar, respecto al marco geopolítico, se aprecia cierta coincidencia espacial entre poblamiento rural, red viaria y núcleos urbanos²⁴; estos últimos, con una función egocéntrica o de punto central de áreas periféricas radiales de hasta 20 Km. según cálculos efectuados en la provincia²⁵.

Esta vinculación entre contexto geopolítico y poblamiento rural altoimperial, es notoria a lo largo de la Vía 27 del It. de Ant. y sus jalones urbanos o mansiones; también sobre la red viaria secundaria que enlazaba Numantia con las regiones septentrionales y, sobre todo, la que enlazaba con Bilbilis; igualmente el Duero, como vía natural, atrae un elevado número de asentamientos. Por el contrario, la Vía 24 del It. a su paso por el valle del Jalón y, en general, las vías y núcleos meridionales, apenas presentan asentamientos en esta época, dentro de una tónica general de vacío rural.

En el caso de la Vía 27 —arteria principal en la Meseta Oriental, que conoce desde época temprana una activa labor de consolidación, apreciable en 11 miliarios hasta ahora constatados²⁶—, la ubicación de los asentamientos rurales es más significativa en el «hinterland» de los núcleos urbanos potenciados con su trazado. Así, en dirección E-W, desde Augustóbriga, surgen los asentamientos aislados números 39 y 64, para, ya en torno a Numantia —coetáneos a una aureola de establecimientos suburbanos²⁷— aumentar su número (61, 11 y 23, 28, 35 y 55, además de los números 32 y 33, junto al Cidacos, camino de Calagurris). Igualmente, continuando con la vía 27, aparecen tempranos atisbos rurales junto a los núcleos de Voluce y Quintana Redonda (números 29, 17, 68, 48, 30 y 2); mientras que en torno a Uxama, además de otra aureola de establecimientos suburbanos²⁸ surgen nuevos asentamientos tanto en las vegas del Ucero (números 65, 63, 47 y 53) como del Duero (números 69, 36, 15, 16, 3 y 45), estos últimos coincidentes con trazado viario que enlaza Uxama con Termes y Ocillis.

En tercer lugar, respecto a los asentamientos pre-romanos, es posible valorar en la distribución del poblamiento rural altoimperial, una incidencia de los antiguos habitats arévacos y pelendones en 17 casos (asentamientos números 23, 25, 35, 50, 54, 60, 67, 69, 71 y 1, 13, 22, 55 y 59). Este hecho —continuidad del poblamiento en el espacio y en el tiempo—, nos indica, no sólo la tradicional ocupación de los Dominios de aprovechamientos I y II, sino también la raigambre de ese habitat celtibérico, absorbido en los primeros siglos del Imperio por la órbita romana (un 32% aproximadamente), correspondiendo el resto (un 77%) a nuevas colonizaciones impulsadas por la política agraria romana.

(24) Ya Barbaro y Vigil advertían este fenómeno como muestra, en su opinión, de la mayor relación de los propietarios con la administración romana y la Hispania romanizada, que con la vida local de carácter indígena. (A. BARBERO y M. VIGIL: «La organización social de los cántabros y sus transformaciones en relación con los órganos de la Reconquista». *Hispania Antiqua*, I, 1971, pág. 206). Para una visión panorámica de los procesos de romanización en la zona, vid. J. MANGAS y J.M. SOLANA: *Romanización y germanización de la Meseta Norte*, H.ª de Castilla y León, 2, 1985.

(25) Cfr. C. GARCIA MERINO: *La ciudad romana...*, pág. 390.

(26) Nos referimos a los miliarios de Tiberio en Muro de Agreda, de Claudio en Garray, varios de Trajano en Agreda, Matalebreras, Aldealpozo y Calderuela; y otro posible de Marco Aurelio en Aldealpozo.

(27) F. MORALES y J. GOMEZ STA. CRUZ: «El Poblamiento romano suburbano entorno a Numantia». *H. Ant.*, (en prensa).

(28) Cfr. C. GARCIA MERINO: *La ciudad romana...*, págs. 390 y ss.

Especial atención merece en este periodo altoimperial, el área integrada por las actuales comarcas de Campo de Gómara y Tierra de Almazán. En síntesis, constituyen una zona geológica terciaria —con predominio de sedimentación miocénica—, altitudes entre los 700 y 1.100 m., regada en distinta medida por los ríos Duero, Rituerto, Henar, Nájima, Izana y Morón, que acoge en sus tierras, bajas y llanas, gran parte de la colonización rural romana (aproximadamente el 40% de los asentamientos del altoimperio). Esta proliferación y, sobre todo, su decidida vocación agrícola provocarán la paulatina transformación del paisaje: deforestación, roturación de nuevas tierras, etc., convertido en una biomasa de monocultivo cerealístico de secano.

Pero también en esta zona, junto al evidente peso de las condiciones naturales favorables, se pueden percibir influencias de factores geopolíticos, tanto viarios como urbanos (pendientes todavía de investigaciones que ratifiquen su trascendencia). De una parte, destaca la coincidencia de asentamientos rústicos en las proximidades de la vía que une Numantia con Bilibis²⁹, probablemente muy utilizada en esta época, dada la despoblación de la vía paralela del Jalón. De otra parte, destacan dos yacimientos, cuyas características y riqueza material, permiten pensar en posibles núcleos urbanos: «La Gotera» en Villaseca de Arciel, desarrollado exclusivamente en época altoimperial³⁰ y «El Vadillo-El Valladar» en Villalba, ocupado hasta el siglo V³¹. Su peculiar riqueza, extensión y ubicación, puede responder a su función como centros de canalización de las actividades agrícolas y comerciales de la zona.

EL Poblamiento Rural Bajoimperial. (Mapas 3, 4 y 5)

A fines del siglo III, al poblamiento rural experimenta procesos contrapuestos de desaparición y continuidad; así el paso del Alto al Bajo Imperio, coincide con la desaparición de más de la mitad (53%) de los asentamientos surgidos en las primeras centurias del Imperio. ¿Qué causas provocaron estos procesos y cómo repercuten sobre las gentes y la economía agrícola? Las respuestas son demasiado complejas para abordarlas en este momento, sin embargo, la distribución de los asentamientos afectados, permite obtener algunas conclusiones.

Se observa como ese fenómeno de desaparición de asentamientos rurales afecta a las zonas de mayor concentración anterior; en especial, al Campo de Gómara —con 14 asentamientos y el núcleo de Villaseca de Arciel, abandonados—; pero, y aquí está la clave, también se reparte por toda la zona provincial, paralelo a otros procesos de continuidad del poblamiento. De esta manera, desde el siglo IV, observamos como el medio rural experimenta un aumento demográfico, roturaciones y puesta en cultivo de nuevas tierras, dentro de una reorientación y diversificación de la producción que incrementan y dispersan el poblamiento y la transformación del paisaje rural. Pero ¿qué características concretas presenta

(29) Vid. B. TARACENA: *Vías romanas...*, págs. 157-178.

(30) M.J. BOROBO: *Campo de Gómara...*, pág. 280.

(31) M.L. REVILLA: *Tierra de Almazán...*, pág. 162.

el poblamiento rural de Soria durante el Bajo Imperio?, ¿en qué medida su distribución espacial aparece condicionada, como en época anterior, por factores ecológicos, geopolíticos e históricos? El hecho de encontrarnos con un periodo dilatado, deficientemente conocido y la ingerencia de factores exógenos a partir del siglo V, dificultan respuestas contundentes; aún así, podemos advertir algunas características peculiares.

En primer lugar, se experimenta un incremento de los asentamientos rurales, tanto nuevos (56 casos), como continuidad de los anteriores (20 casos) como reocupaciones (8 casos) que, junto a otros 3 posibles³², suman un 57,2% sobre el total computado. Este incremento, presenta una distribución más equilibrada por la provincia, dentro de una tónica general de «dispersión»; aunque sea posible apreciar mayor intensidad de ocupación rural en: las proximidades del Duero —en gran medida, reocupación bajo imperial de antiguos asentamientos de los siglos I y II—, el área comprendida entre la Sierra de Cabrejas y el Duero, y en el valle del Jalón y zonas del suroeste provincial.

En segundo lugar, paralela a esa distribución más uniforme, se constata una ocupación más equitativa de los Dominios agrícolas. De esta manera, se mantiene el predominio en la ocupación del Dominio I (37% aproximadamente) aumentando los asentamientos que combinan en sus zonas de explotación los Dominios I y II (29% aproximadamente) y los ubicados exclusivamente en el Dominio II (22% aproximadamente), mientras que el resto (12% aproximadamente) se sitúa en el Dominio III.

En tercer lugar, se mantiene cierta identidad entre la distribución del poblamiento rústico tardío y los factores geopolíticos. En concreto, la Vía 27, objeto de reparaciones bajoimperiales³³, no sólo mantiene sino que atrae nuevos asentamientos entre Augustóbriga y Numantia (números 2, 45, 38, 15 y 56) y entre Numantia y Uxama (números 21, 29, 91, 30, 17, 64 y 12). Un rol semejante parece apreciarse en Numantia, Uxama y, sobre todo, en Quintana Redonda. Precisamente en el término de «Las Quintanas» de dicha localidad, se aprecia ya desde época altoimperial un importante yacimiento, que en el Bajo Imperio, debió potenciar los asentamientos rurales surgidos en ese momento (números 54, 55, 62, 32, 44 y 43) y revitalizar los ya existentes (números 31 y 13).

Igualmente, la incidencia de la red viaria y sus jalones urbanos, se extienden, en esta época, sobre zonas con anterioridad vacías; caso de la Vía 24 con nuevos asentamientos (números 69, 70, 9, 48 y 95). Fenómeno extensible a la red del SE³⁴ y septentrional: asentamientos (números 36, 58, 93 y 68) en la Vía del Cidacos; (números 27, 87, 76 y 67) en la vía del Alhama, y (números 65 y 41) en la Vía Municipal del Alto Duero.

(32) A estos se pueden añadir otras localizaciones que parecen evidenciar materiales bajoimperiales: Aguilera (Las Viñas), Arcos de Jalón (Los Cerrillos), Miño de Medinaceli (Los Cantarrales de los Majanos), Nograles (Cementerio), Soto del Burgo (Cruz del Santo) y Valdenebro. Al igual que en el caso anterior, la falta de una comprobación fehaciente por nosotros, aconseja reservarles hasta nuevos estudios.

(33) Así lo testimonian los miliarios de C. Cloro en Renieblas y Tardesillas, de G.V. Licinio en el Burgo y otros dos de Galerio en Gormaz.

(34) Como demuestra el miliario del emperador Decio aparecido en Montejo de Tiermes, cfr. M.J. BOROBIO y otros: «Diez años (y dos siglos) de epigrafía soriana». Celtiberia, 74, 1987, pág. 246.

Esta situación parece truncarse en el siglo V y sobre todo el VI con la crisis del sistema romano. ¿Cómo se refleja este fenómeno en el poblamiento rural? La ausencia de bases concretas para la diferenciación material de las etapas que conforman el Bajo Imperio y el mundo tardo-romano en general, impiden la elaboración de modelos sólidos. Sin embargo, partiendo de la manifiesta caída demográfica y del desplome de la estructura político-administrativa hispano-romana, creemos apreciar en el poblamiento rural de los siglos tardíos algunas tendencias.

Así, paralelo al proceso de abandono de las grandes unidades rurales forjadas durante el bajoimperio y otras más pequeñas, mantenidas desde época altoimperial, se aprecian tendencias del poblamiento a reocupar antiguos habitats pre-romanos situados en los rebordes montañosos (Mapa 3. Asentamientos números 88, 65, 41 en la Sierra Cebollera; 33, 2, 63 en la Sierra de Pela; 67, 76, 87, 38 en la Sierra del Almuerzo, etc.). Al contrario de la «romanización» de asentamientos prerromanos que veíamos al inicio del Imperio, ahora se reocupan antiguos habitats del Bronce o inicios del Hierro, cuya morfología y ubicación, impide el desarrollo de unidades de explotación agrícolas de tipo romano.

Al mismo tiempo, los inicios visigodos en la provincia³⁵, permiten perfilar una distribución de su poblamiento en torno a las vías de penetración natural en la Meseta oriental: caso de la Vía 27, que a través del paso del Alhama (Mapa 5, números 46 y 50) sigue el trazado romano (números 37, 42, 38, 56, 27, 28, 43, 39, 22,...); o caso de la Vía 24 (números 23, 33 y 47). Asimismo, en algunas localizaciones, se aprecia cierto paralelismo en la ocupación del espacio rural entre los asentamientos tardíos y los nuevos indicios visigodos (números 50-16, 44-13, 41-11, 21-33, etc.). Fenómenos todos ellos que preludian nuevos mecanismos en la ocupación del espacio rural.

CONCLUSIONES

Desde la segunda mitad del siglo I y todo el siglo II, la zona suroriental del Conventus Cluniensis, experimenta una cuantiosa y rápida ocupación de su ámbito rural (42,7% del total de poblamiento) a impulsos de la nueva política agraria romana. Enmarcada dentro de sistemas económicos de mercado — eminentemente romanizadores—, extiende por el campo distintos factores de alteración del poblamiento, explotación y paisaje rurales; articulados a través de las civitates como centros económicos de la periferia rural, la red viaria como vehículo comercial y la extensión de monocultivos cerealísticos para la exportación.

La nueva oligarquía municipal hispanorromana, será uno de los motores de este proceso mediante la adquisición y puesta en cultivo de nuevas tierras bajo

(35) Vid. entre otros, L. CABALLERO: «Arqueología tardorromana y visigoda en la provincia de Soria». Actas I Symposium de Arqueología Soriana, Soria 1984, págs. 433-458; T. ORTEGO: «La huella visigoda en territorio soriano», Boletín AEAA, 17, 1983, págs. 9 y ss.

la cobertura jurídica y técnica del sistema romano. La tendencia uniforme a su ubicación en tierras de laboreo sistemático, indica un poblamiento rural de nuevo cuño, hispanorromano, cuya manifiesta vocación agrícola —en detrimento de las típicas economías mixtas anteriores— e interés en la consecución de la máxima rentabilidad, hace de las actuales comarcas de Campo de Gómara, Tierra de Almazán y, en menor medida, ambas márgenes del Duero, los focos esenciales del poblamiento rural altoimperial (aglutinando más del 65% de esa época). Las áreas afectadas por la difusión de las nuevas unidades de explotación, conocerán una propulsión de la economía agraria y con ella, el nivel de vida y de romanización de la población indígena, transformación de los hábitos de consumo y alimentación, mayor vinculación campo/ciudad, etc.

Ya a fines del s.III, el poblamiento rural presenta complejos fenómenos contrapuestos de abandono y continuidad de los asentamientos; su distribución equilibrada por toda la provincia, apunta más una restructuración de la ocupación y explotación del medio rural, que a la acción depredadora de agentes exteriores.

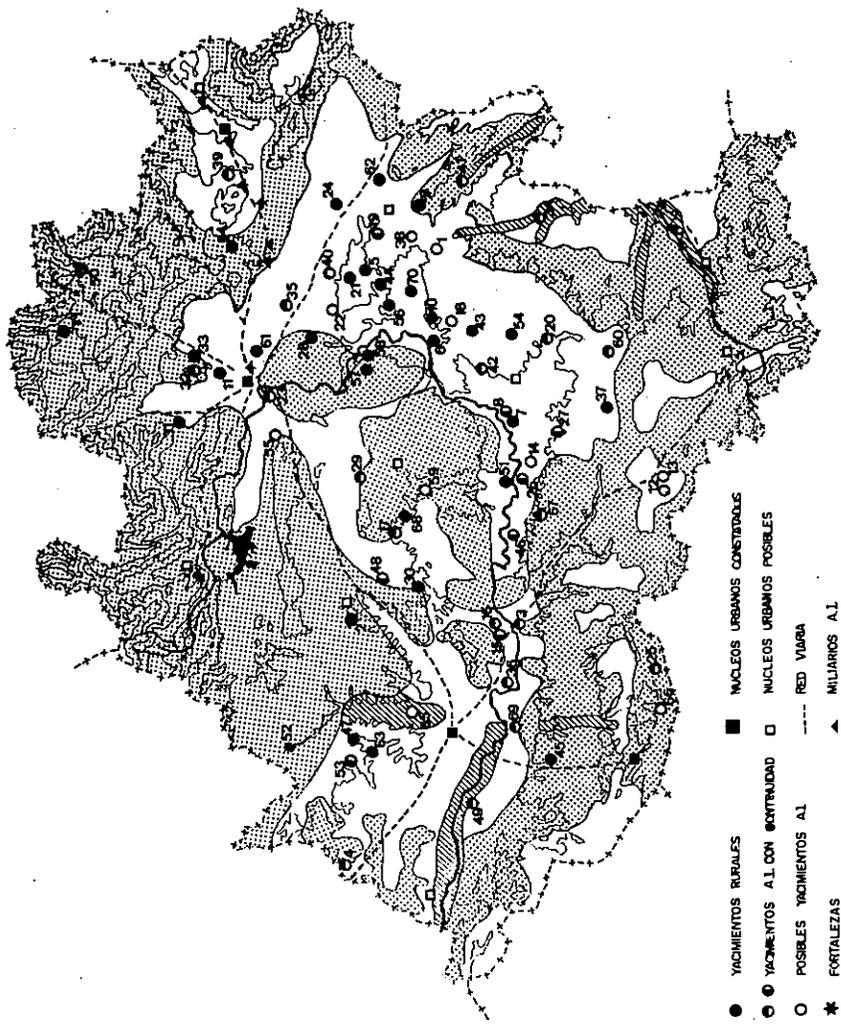
Para la comprensión de estos fenómenos, hay que tener presente la complejidad e interacción de distintos procesos, que adquieren en la época bajoimperial, su máximo desarrollo; acordes a los cambios del marco político-administrativo y a las nuevas orientaciones socio-económicas, manifiestas en una mayor movilidad de la población campesina y un paulatino éxodo al campo paralelo a la crisis de las formas ciudadanas. En líneas generales, durante los siglos IV y V, la oligarquía hispano-romana, antigua inversora en monocultivos cerealísticos, pasa a instalarse en sus propiedades campestres donde levanta suntuosas viviendas; a la vez que mantiene explotaciones agrícolas de policultivo, encaminando sus excedentes a los circuitos comerciales, único medio de capitalización de las inversiones agrícolas y constructivas. Tendencia, pues, a la ocupación de potenciales recursos agropecuarios de variado carácter; explicable por el mayor número de gentes en el campo (con un 57,3% de los asentamientos totales, en gran parte de nueva creación), la búsqueda de una mayor diversificación de las producciones agrícolas, y una reactivación de las economías ganaderas y forestales.

Finalmente, en gran parte del s.V y sobre todo en el VI, con la eclosión de la crisis del sistema romano y el desmoronamiento del centralismo estatal dirigido desde la ciudad y de su sistema económico, se percibe en el campo una quiebra de la fórmula de la villa, la disgregación de los *fundi*, el abandono de las explotaciones agrarias y la dispersión de la población en asentamientos, ubicados, en algunos casos, en los rebordes montañosos, reocupación tardía de antiguos habitats protohistóricos. Se trata de pequeños grupos de población que, buscando áreas de sobrevivencia en un mundo rural falto de toda orientación centralizada, se instalan en lugares de orografía complicada, donde retornan a modos económicos de tipo natural con predominio de la ganadería de transhumancia corta.

En suma, los asentamientos rurales, por encima de su diversidad estructural, espacial y temporal, constituyen formas concretas de ocupación del suelo y, por tanto, unidades de reproducción de los elementos económicos, sociales y políticos del sistema dominante romano; sistema que encuentra, precisamente en la ocupación del agro, uno de los pilares básicos para la romanización de la Meseta.

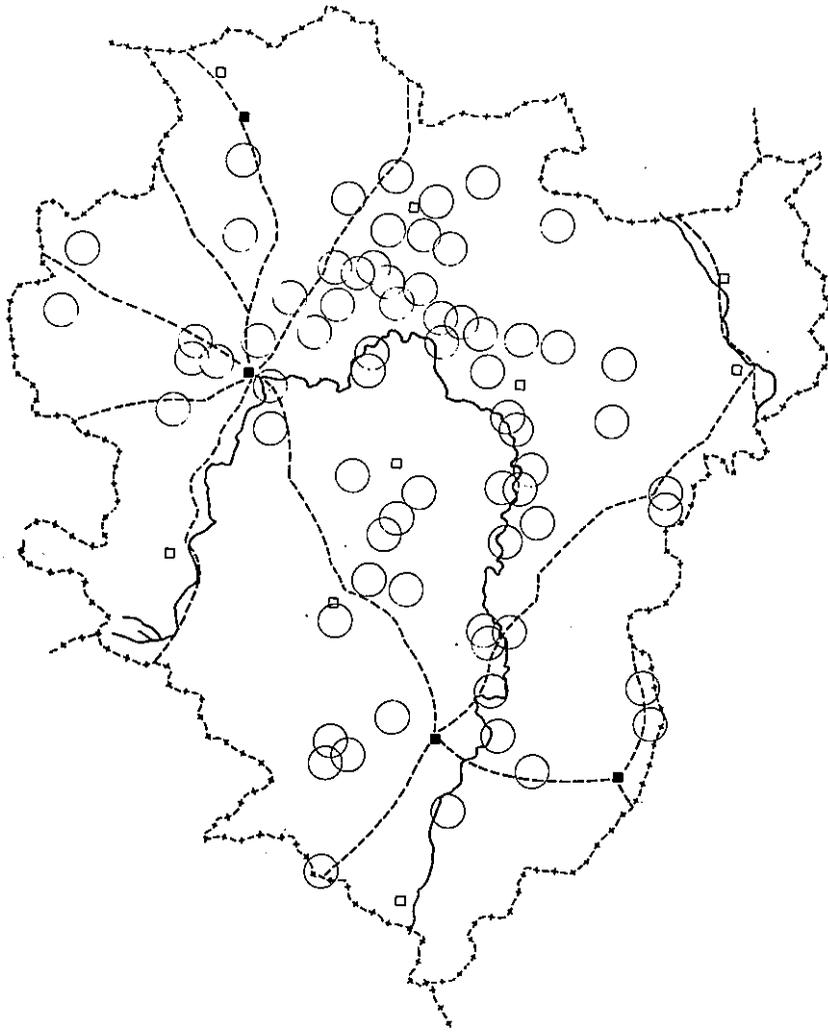
ASENTAMIENTOS RURALES ALTOIMPERIALES (Mapa 1)

1. ABION. Los Villares y Cuesta Lanzón.
2. ABIONCILLO. El Plantío.
3. AGUILERA. La Llana.
4. ALCUBILLA DE AVELLANEDA. Alcoba de Yerma.
5. ALIUD. Cerro del Villar.
6. ALMARAIL. Los Guijares.
7. ALMAZAN. La Muela.
8. ALMAZAN. Arroyo del Tejar.
9. ALMAZUL. Los Bancalones.
10. ALPARACHE. Carra Nolay.
11. AYLLONCILLO. Los Royuelos
12. BARAHONA. Fuente Cerrada.
13. BARAHONA. El Castillo.
14. BARCA. La Solana de los Villares.
15. BAYUBAS DE ABAJO. El Quintanar.
16. BAYUBAS DE ABAJO. El Piojal.
17. LA BORBOLLA. Fuentecer.
18. BORJABAD. Carranepas.
19. BUBEROS. La Dehesa.
20. CABANILLAS. La Granja.
21. CABREJAS DEL CAMPO. Los Tejares.
22. CANDILICHERA. Camino de la Mata.
23. LAS CASAS. La Vega.
24. CASTEJON DEL CAMPO. El Tejar.
25. CASTRO.
26. CIADUEÑA. El Convento.
27. COBERTELADA. La Dehesa.
28. CUBO DE HOGUERAS. Huerto Bajero.
29. CUEVAS DE SORIA. La Dehesa.
30. ESCOBOSA DE CALATAÑAZOR. La Dehesa.
31. ESTEPA DE TERA. Cerrada Juan.
32. FUENTESFRESNO. Los Quintanares.
33. FUENTELFRESNO. La Mina.
34. FUENTELMONGE. El Caserío.
35. FUENTETECHA. Carrajuel-Trasoro.
36. GORMAZ. Fuentes Chiquitas.
37. HONTALBILLA DE ALMAZAN. Torre Ontalvilia.
38. LEDESMA. La Tejera.
39. MATALEBRERAS. El Palomar.
40. MAZALVETE. Los Prados.
41. LA MIÑANA. Villa Pardos.
42. MOÑUX. Prado Gordo.
43. NOLAY. El Canto Blanco.
44. PAREDESROYAS. El Melgar.
45. QUINTANAS RUBIAS. El Barranco.
46. REBOLLO DE DUERO. La Sinagoga.
47. REJAS DE UCERO. Peña de la Mina.
48. RIOSECO DE SORIA. Los Quintanares.
49. SAN ESTEBAN DE GORMAZ. Molino de los Ojos.
50. SAN PEDRO MANRIQUE. Alto de los Casares.
51. SANTA MARIA DEL PRADO.
52. SANTA MARIA DE LAS HOYAS. Castillo Billiod.
53. SANtervas DEL BURGO. Los Villares.
54. SOLIEDRA. La Viña.
55. SORIA. Valonsadero.
56. TAPIELA. Carretera Vieja.
57. TARDAJOS DE DUERO. Santa María.
58. TARDAJOS DE DUERO. Majada de la Tía Elena.
59. TARDELCUENDE. Polideportivo.
60. TARODA. La Piñuela.
61. TORRETARTAJO. Finca de A. Labanda.
62. TORRUBIA DE SORIA. Torreyuso.
63. VALDEALBIN. El Palomar.
64. VALDEJEÑA. Los Villares.
65. VALDELUBIEL. Las Paradejas.
66. VALDENEDIZO. Los Villares.
67. VELAMAZAN. La Tejera.
68. VENTOSA DE FUENTEPINILLA. La Viña.
69. VILDE. Traslasheduertas.
70. VILLANUEVA DE ZAMAJON. El Erial.
71. VILLAR DEL RIO. Las Jimenas.



- YACIEMENTOS RURALES
- ◉ YACIEMENTOS A.I. CON CONTINUIDAD
- ◊ YACIEMENTOS A.I. POSIBLES
- ◌ POSIBLES YACIEMENTOS A.I.
- ★ FORTALEZAS
- NUCLEOS URBANOS CONTINUALES
- NUCLEOS URBANOS POSIBLES
- RED VIARIA
- ▲ MILLARIOS A.I.

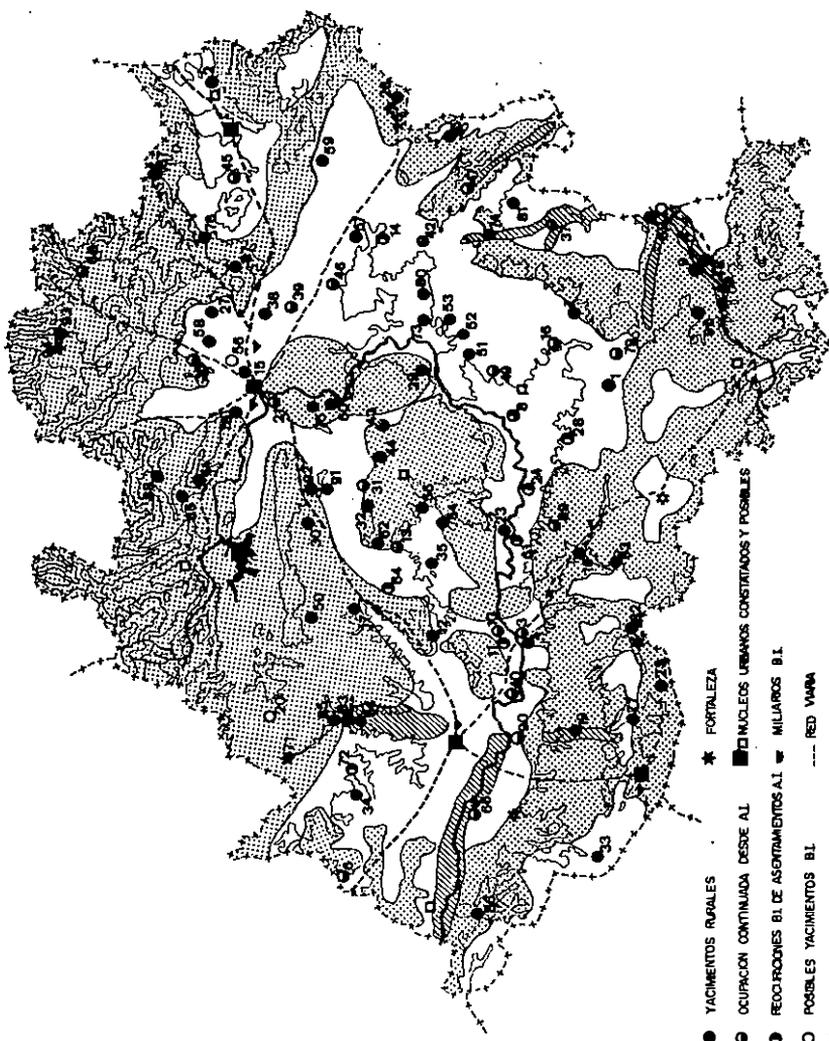
MAPA 1.—Asentamientos rurales altoimperiales.



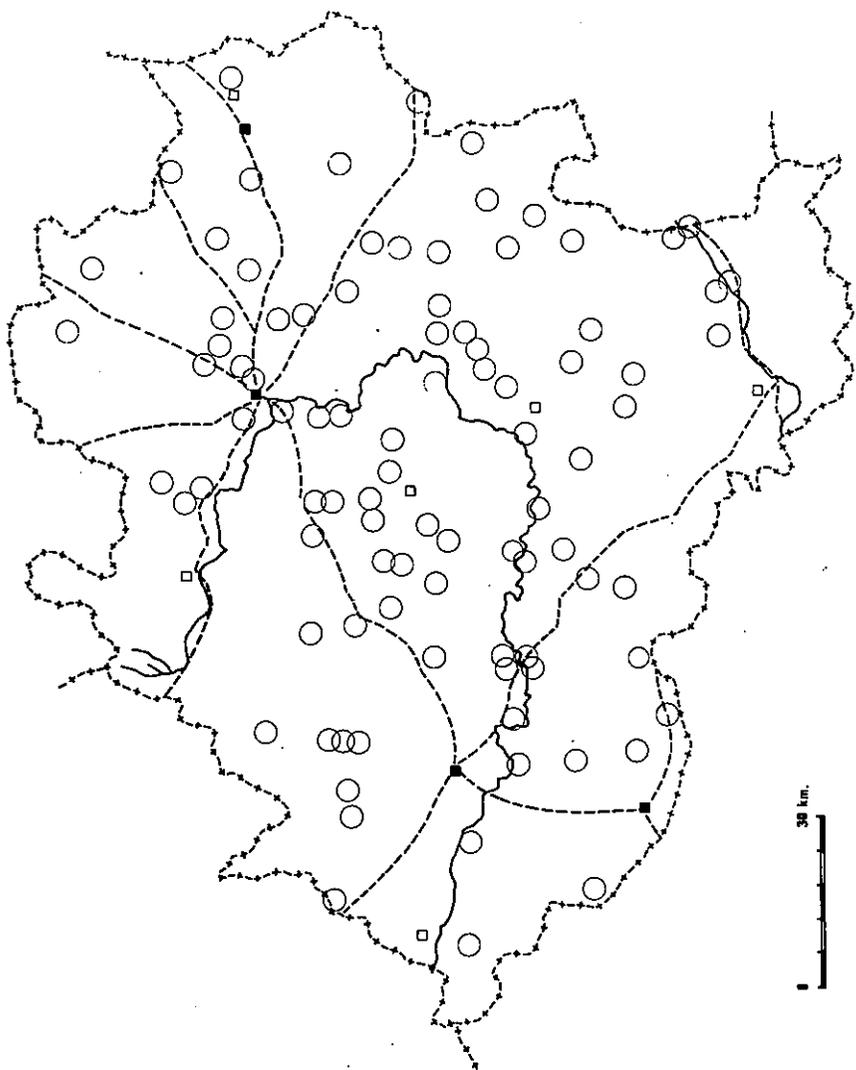
MAPA 2.—Distribución del poblamiento rural altoimperial.

ASENTAMIENTOS RURALES BAJOIMPERIALES (Mapa 3)

1. ADRADAS. El Val.
2. AGREDA. La Dehesa.
3. AGUILERA. La Llana.
4. AGUILERA. El Cabezo.
5. LA ALAMEDA. Fuente Villares.
6. ALCUBILLA DE AVELLANEDA. Alcoba de Yerma.
7. ALENTISQUE. Cerro de los Moros.
8. ALMAZAN. El Arroyo del Tejar.
9. ARCOS DE JALON. Los Cerrillos.
10. BAYUBAS DE ABAJO. El Quintanar.
11. BAYUBAS DE ABAJO. El Piojal.
12. BOOS. Valdehermoso.
13. LA BORBOLLA. Fuentecer.
14. BUBEROS. La Dehesa.
15. BUITRAGO. Las Praderas.
16. CABANILLAS. La Granja.
17. CALATAÑAZOR. El Cerro de los Castejones.
18. CALTOJAR.
19. CARACENA. Los Tomos.
20. CASAREJOS. Los Casares.
21. LAS CASAS. La Vega.
22. CASTRO.
23. CENTENERA DE ANDALUZ. El Quintanar.
24. CIADUEÑA. El Convento.
25. CIRIA. La Virgona.
26. CIRIA. Covarrubias.
27. CIRUJALES DEL RIO. Los Llanos.
28. COBERTELADA. La Dehesa.
29. COBO DE LA SOLANA.
30. LA CUENCA. Los Redomales.
31. LAS CUEVAS DE SORIA. La Dehesa.
32. LAS CUEVAS DE SORIA. El Castro.
33. CUEVAS DE AYLLON. La Pedriza (Cueva del Roto).
34. FUENTEARMEGIL. Entre ambos ríos.
35. FUENTELARBOL. La Cerrada Grande.
36. FUENTELFRESNO. Los Quintanares.
37. FUENTELMONGE. El Caserío.
38. FUENSAUCO. Cerro Castillejo.
39. FUENTETECHA. Carrajuei-Trasoro.
40. GORMAZ. Fuentes Chiquitas.
41. LANGOSTO. Cerro del Castillejo.
42. LEDESMA. La Tejera.
43. LUBIA. Fuente de Abajo.
44. LOS LLAMOSOS. La Garcimona.
45. MATALEBRERAS. El Palomar.
46. MAZALVETE. Los Prados.
47. LA MIÑANA. Villa Pardos.
48. MONTUENGA DE SORIA.
49. MOÑUX. Prado Gordo.
50. MURIEL DE LA FUENTE. Cueva Maja.
51. NEPAS. El Molinillo.
52. NOLAY. El Quiñón.
53. NOMPAREDES. El Molino Viejo.
54. OSONA. Torrejón.
55. OSONILLA. El Baño.
56. PEDRAZA. El Valle.
57. PERONIEL DEL CAMPO. La Campana.
58. PINILLA DE CARADUEÑA. El Yero.
59. PINILLA DEL CAMPO. Los Villares.
60. LOS RABANOS. Cueva del Asno.
61. REBOLLO DEL DUERO. La Sinagoga.
62. REVILLA DE CALATAÑAZOR. Prado Gordo.
63. LA RIBA DE ESCALOTE. Santa María.
64. RIOSECO DE SORIA. Los Quintanares.
65. EL ROYO. Virgen del Castillo.
66. SAN ESTEBAN DE GORMAZ. Molino de los Ojos.
67. SAN FELICES. Cerro del Castellar.
68. SAN PEDRO MANRIQUE. Los Casares.
69. SANTA MARIA DE HUERTA. La Granja.
70. SANTA MARIA DE HUERTA. Camino Chércoles.
71. SANTA MARIA DE LAS HOYAS. Castillo Billido.
72. SANTERVAS DEL BURGO. Los Villares.
73. SAUQUILLO DE BOÑICES. Los Villares.
74. SERON DE NAGIMA. Peña del Rayo.
75. SORIA. Cueva del Barro.
76. SUELLACABRAS. Los Castellares.
77. TARANCUEÑA. Huerta del Río.
78. TARDESILLAS. Gazala.
79. TARODA. La Piñuela.
80. TEJADO. Fuente Vieja.
81. TORLENGUA. La Mesta.
82. TORREVICENTE. Trascastillo.
83. UCERO. Pozo Jaray.
84. UCERO. San Martín.
85. UCERO. Cueva del Polvorista.
86. VALDANZO. Cerro de San Pedro.
87. VALDEJEÑA. El Peñal.
88. VALDEAVELLANO DE TERA. Las Espinillas.
89. VELAMAZAN. La Tejera.
90. VILDE. Traslasheduertas.
91. VILLABUENA. Las Retuertas.
92. VILLACIERVITOS. Santa María.
93. YANGUAS. El Cementerio.
94. YANGUAS. Peña El Pesebre.
95. YUBA. Castilviejo.



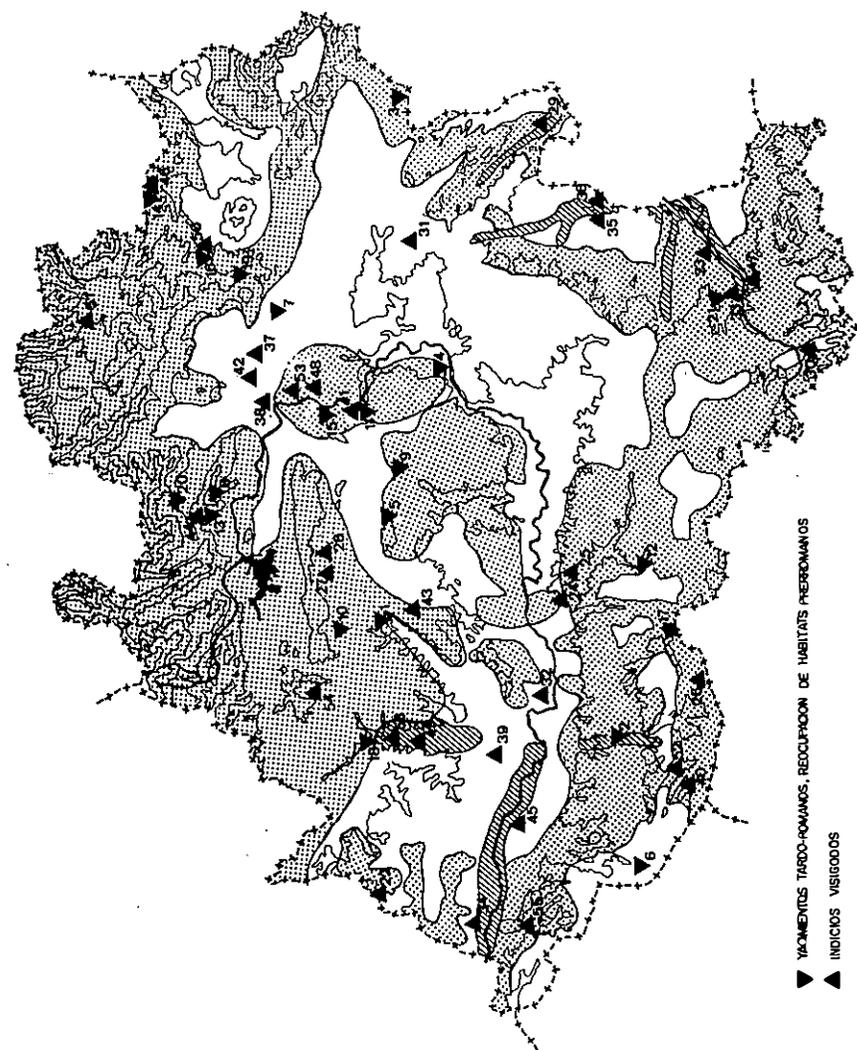
MAPA 3.— Asentamientos rurales bajoimperiales.



MAPA 4.—Distribución del poblamiento rural bajoimperial.

REOCUPACIONES TARDIAS DE YACIMIENTOS PRERROMANOS Y RESTOS VISIGODOS (Mapa 5)

1. CALATAÑAZOR.
Cerro de los Castejones.
2. CARACENA. Los Tolmos.
3. CIRIA. Covarrubias.
4. CUBO DE LA SOLANA.
5. CUEVAS DE SORIA. El Castro.
6. CUEVAS DE AYLLON. La Pedriza.
7. FUENSAUCO. Cerro Castillejo.
8. LANGOSTO. Cerro del Castillejo.
9. LOS LLAMOSOS. La Garcimona.
10. MURIEL DE LA FUENTE. Cueva Maja.
11. LOS RABANOS. Cueva del Asno.
12. LA RIBA DE ESCALOTE. Santa María.
13. EL ROYO. Virgen del Castillo.
14. SAN FELICES. Los Casares.
15. SORIA.
16. SUELLACABRAS. Los Castellares.
17. TORREVICENTE. Trascastillo.
18. UCERO. Cueva deiPolvorista.
19. VALDEJEÑA. El Peñal.
20. VALDEAVELLANO DE TERA.
Las Espinillas.
21. YUBA. Castilviejo.
22. ALCUBILLA DE AVELLANEDA.
23. ARCOS DE JALON.
24. BERLANGA.
25. BERLANGA. Ermita de San Baudelio.
26. CASTRO. Ermita.
27. LA CUENCA. Dehesa de la Serna.
28. LA CUENCA. Casares.
29. DEZA.
30. FUENCALIENTE DE MEDINA.
31. GOMARA.
32. GORMAZ. Ermita de San Miguel.
33. JUBERA. Cueva Labrada.
34. LANGA DE DUERO. Valdeabastos.
35. MONTEAGUDO DE LAS VICARIAS.
Granja del Alto de Villapardillo.
36. MONTEAGUDO DE LAS VICARIAS.
Cerro de las Hermosas.
37. NARROS.
38. GARRAY.
39. OSMA. Los Alaridos.
40. PEDRO. Ermita de la Virgen del Val.
41. LOS RABANOS. Cueva del Asno.
42. RENIEBLAS.
43. RIOSECO DE SORIA. Los Quintanares.
44. EL ROYO.
Castro de la Virgen del Castillo.
45. SAN ESTEBAN DE GORMAZ.
46. SAN FELICES. Cerro del Castellar.
47. SOMAEN. Cueva de la Mora.
48. SORIA.
49. SOTO DEL BURGO.
50. SUELLACABRAS. Los Castellares.
51. TANIÑE.
52. TIERMES.
53. UCERO. San Martín.
54. VADILLO.
55. VALDANZO.
56. VENTOSILLA DE SAN JUAN.
Castro de Utrera.



MAPA 5.—Reocupaciones tardías de yacimientos prerromanos y restos visigodos.

**LA PROVINCIA DE SORIA
DURANTE LA ROMANIDAD TARDIA**

F. PEREZ RODRIGUEZ*

* Museo Nacional de Escultura.

Presentamos en esta comunicación un resumen de los resultados obtenidos al realizar un trabajo que pretendía analizar el poblamiento de la provincia de Soria en época tardorromana a partir de la revisión crítica de la bibliografía arqueológica existente. Para ello procedimos a catalogar todos los yacimientos romanos de los cuales teníamos noticia, recogiendo todo lo publicado sobre ellos e intentando averiguar la posibilidad de su ocupación en el interesante momento de la transición entre el Mundo Antiguo y el Mundo Medieval.

Dejando a un lado los yacimientos de cronología exclusivamente altoimperial o republicana existen además cuarenta y siete yacimientos a los que tan solo cabe atribuir una imprecisa cronología romana, causa de ello la escasez, hasta hace poco, de nuevas prospecciones y la falta de una revisión de la ingente labor prospectora de Blas Taracena. Para todos estos yacimientos la existencia de una ocupación de época bajoimperial es tan sólo una posibilidad, una hipótesis pendiente de confirmación. Para otros en cambio es un hecho plenamente demostrado, a partir sobre todo de la identificación de especies cerámicas tardías, bien sea en antiguas referencias o gracias a las más recientes investigaciones.

De los yacimientos tardorromanos comprobados cuatro son auténticos núcleos urbanos: La Muela de Garray (Numantia), con perduración demostrada hasta el siglo VI; el complejo arqueológico de la Villa Vieja y el casco actual de Medinaceli (Occilis); Tiermes (Termes) con una espléndida muralla y materiales que testimonian la persistencia de la ocupación hasta la primera mitad del siglo VII; y el Cerro del Castro en Osma (Uxama Argaela) con abundante material metálico fechable en los siglos VI y VII en consonancia con la presencia en época visigoda de la sede episcopal de Oxoma.

Por lo que respecta al poblamiento rural disperso hemos podido detectar la existencia de una treintena de yacimientos clasificables como villae a partir de su localización en zonas llanas, aptas para la explotación agrícola y la constatación de un cierto nivel de vida a partir de la existencia de mosaicos, revestimientos marmóreos, etc. justificativos de la existencia de una pars urbana y del carácter de urbs in rure que se ha atribuido a este tipo de hábitat. Tan solo tres de estas villae: La Dehesa de Cuevas de Soria, Los Quintanares de Río seco y Los Villares en Santervás del Burgo han sido objeto de excavaciones sistemáticas, las cuales han venido a demostrar su carácter de residencias señoriales de

inspiración aúlica, articuladas en trono a grandes peristilos, con complejos o tipologías de tipo termal, ornato escultórico, etc.

Al abordar la consideración de los que pudiéramos denominar castros y poblados en época tardorromana nos hemos encontrado con un serio problema terminológico ya que ambos términos se solapan en sus significados: hábitat defensivo y aglomeración de carácter rural respectivamente. Hemos preferido reservar el término castro para los pequeños y a menudo enriscados establecimientos fortificados que muestran un carácter más netamente defensivo: fortalezas rurales, lugares de vigilancia o meros refugios ocasionales en época tardía; la mayoría de ellos reocupan emplazamientos protohistóricos y su ocupación romana se fecha con exclusividad al final de la Antigüedad por lo que no pueden ser considerados, al menos globalmente, como castros romanizados y mucho menos puede hablarse de su tardía y superficial romanización, pretendiendo la continuidad sin variaciones del mundo celtibérico hasta época tardorromana (Eiroa 1979). A los comunmente denominados castros indígenas romanizados en el Alto Imperio cabría referirse mejor, caso de su perduración hasta el momento que nos ocupa, como poblados. Denominación que también cabe aplicar a otros yacimientos de una cierta extensión emplazados en lugares no llanos o con hallazgos de una rusticidad manifiesta. En total hemos catalogado una veintena de estos yacimientos clasificables como castros o poblados tardorromanos en la provincia de Soria, excluyendo de tal consideración Carracanalón en Camparañón (Taracena 1941; García Merino 1975) y el supuesto poblado de Valderromán (Apraiz 1958).

La frecuentación de las cuevas parece otro hecho característico del final de la Antigüedad. Frente a la tesis del irredentismo de los pueblos del norte, a veces no exenta de un claro tinte nacionalista actual (Apellaniz 1972, 1974) cabe explicar este fenómeno en función de una posible extensión del pastoreo en época tardía (López Rodríguez 1985) o por la utilización de las cuevas como refugio ocasional en momentos difíciles, la explicación más convincente al menos para los testimonios de época visigoda (Barandiarán 1973). En la provincia de Soria cuatro han sido las cuevas catalogadas con ocupación de estas épocas.

Por lo que respecta a los lugares de enterramiento de la población tardorromana de la provincia de Soria hemos recogido referencias de quince de estos cementerios, buena parte de ellos ya de época visigoda. Cabría destacar dentro del conjunto el ajuar funerario de Aldea de San Esteban, típico del mundo funerario de la Meseta que Palol bautizara como «horizonte de las necrópolis del Duero» (Palol 1958, 1970) y las necrópolis de Los Castellares de Suellacabras y El Castillejo de Taniñe, hispanorromanas pero de cronología ya plenamente visigoda por la presencia de hebillas ovales con agujas de base escutiforme (Taracena 1924-25; Zeiss 1934). La aparición de un hacha francisca miniaturizada en una de las tumbas de Taniñe plantea aún mayores problemas dado que aquella se suele considerar una arma característica de la etnia franca (Raddatz 1963; Dahmlo 1977).

La plasmación cartográfica de todos estos yacimientos atribuibles a época tardía nos permite observar no tanto una concentración en torno a las ciudades como su dependencia respecto de la red viaria de época romana (mapa I). Si

dejamos a un lado la serie de establecimientos localizados por García Merino en torno a Uxama, el único grupo de yacimientos que por su proximidad a una ciudad pudiera hacernos pensar en un auténtico fenómeno de suburbanidad sería precisamente el existente en torno a La Muela de Garray, la antigua Numantia, la más rústica de las ciudades sorianas de época romana y la que presenta menos testimonios de una importancia en época tardía, si bien un relieve publicado como fragmento de sarcófago romano con angelotes (Ortego 1967), en realidad dos Victorias sosteniendo un clípeo, denuncia la existencia de un monumento de ciertas pretensiones. Es probable que esta concentración de yacimientos no refleje tanto la mayor densidad del poblamiento de esta área como una más intensa exploración de los alrededores de la capital de la provincia actual y del entorno de la ciudad antigua protagonista de la gesta épica.

Las ciudades de Termes, Uxama, Occilis y, en menor medida Numantia vienen a testimoniar la inconsistencia de fáciles generalizaciones sobre la decadencia urbana y la ruralización de esta época, debidas en buena parte al excesivo crédito concedido a la lectura literal y no crítica de las fuentes escritas. A este respecto se ha señalado cómo la correspondencia entre Ausonio y Paulino de Nola responden mejor a una suerte de género literario que a la descripción objetiva de la realidad de su tiempo (Arce 1982).

En realidad en nuestra región no solo no serían aplicables los tópicos que quieren ver en el Bajo Imperio un período de decadencia y de lenta agonía de la civilización romana sino que incluso podemos afirmar que será precisamente tras la superación de la crisis del siglo III cuando se produzca una efectiva y definitiva romanización de la región (Palol 1987). La ciudad tardorromana no experimentó tanto una decadencia como una transformación de sus funciones con el cambio de régimen político que acabó definitivamente con la ilusión de una legalidad republicana. Los asuntos públicos que antes la ciudadanía ventilaba en el foro serán ahora resueltos por los magnates en las salas de recepción y banquetes de sus casas y villae. Esta será la razón de que en ciudades como Clunia, la antigua capital del conventus, algunos edificios públicos sean amortizados mientras que ciertas mansiones privadas se restauran o amplían, según ha podido comprobar Palol, con la misma riqueza y generosidad que vemos derrocharse en las villae contemporáneas.

Tanto las ciudades como las villae ofrecen testimonios de la existencia de un comercio a larga distancia de productos de lujo (bástenos recordar la diatreta de Termes o el vaso de vidrio con moluscos y peces o aves aplicados de Los Quintanares de Ríoseco) que no acaban de concordar con la supuesta decadencia del momento.

Las residencias aristocráticas de Cuevas de Soria, Ríoseco o Santervás del Burgo, lejos de ser como antes se creía núcleos cerrados y autosuficientes, refugio de una clase senatorial que viviría prácticamente encerrada y de espaldas a los acontecimientos de su tiempo, son en este momento el lugar de otium y aún del negotium de los protagonistas de la vida pública. En una sociedad progresivamente burocratizada el dominus del fundi sigue siendo un rico propietario

terrateniente que ejerce de notable en la ciudad pero que emula en su *villa* el fasto y el boato de la corte imperial. Si el *imperator* ha devenido en *basileos* al modo oriental, la clase aristocrática ha sustituido el *evergetismo* y las ceremonias públicas en el foro por los fastos privados de sus mansiones urbanas o campestres.

Las imponentes murallas de Tiermes nos recuerdan la función defensiva de la ciudad bajoimperial, símbolo de civilización pero a la vez ciudadela capaz de proteger a los habitantes de la comarca en caso de peligro y también mercado, centro religioso, lugar de residencia de los notables de la zona y aun capital administrativa. La red de fortificaciones rurales que se sitúan dominando los pasos estratégicos de la red viaria acabarán por completar la parte estática de un sistema defensivo que ahora se ejerce en profundidad, con establecimientos a lo largo de las vías en función de la *annona*.

Los yacimientos sorianos ofrecen una cultura material que es característica del mundo tardorromano de la mitad norte de la Península, lo que Caballero en una expresión poco afortunada denominara «Subcultura del Duero» (Caballero 1974) y ya antes Palol «mundo de las necrópolis del Duero» (Palol 1958). En realidad se trata de una facies cultural peculiar que se encuentra difundida por un vasto espacio del interior y norte peninsular y cuyo principal fósil director parecen ser las especies cerámicas de la familia de la *Terra Sigillata Hispánica Tardía* (Cf. mapa de dispersión: López Rodríguez 1985).

Así frente a un mundo mediterráneo y meridional, reconocible a simple vista por la comercialización de las cerámicas de tipo africano como la *Sigillata Clara D* de Lamboglia, existiría otro horizonte continental e interior; fundamentalmente meseteño. Serían típicos de este mundo la TSHT, los recipientes metálicos, los depósitos de herramientas... y un cierto carácter militar recientemente negado (Pérez-Abásolo 1987; Fuentes 1989) pero que parecen reafirmar hallazgos aún más recientes todavía pues existen elementos que testimonian la presencia efectiva de tropas de procedencia nordgálica en suelo hispano —¿los comitatenses de la *Notitia Dignitatum*?— acaso ya desde la segunda mitad del siglo IV y sin la menor duda a inicios del siglo V (Pérez-Cortés-Abásolo e.p.; Pérez-Viñé 1991; Pérez 1991). Se trata de piezas pertenecientes a las guarniciones de los *cingula militiae*, los cinturones característicos del uniforme romano bajoimperial, auténticos ejemplares con decoración excisa y calada de las *fabricae* del área del Rin.

Es más, incluso los broches de tipo Tiermes/Numancia (Argente-Baquedano 1983) parecen ser una derivación hispánica de piezas utilizadas por las tropas auxiliares de los siglos II y III (Oldenstein 1979) de la misma manera que los broches de tipo Simancas (Sommer 1984), como el del Castillo de Soria, aun características propias de los *cingula* del siglo III con otras derivadas de los cinturones de placa calada utilizados por las tropas renano-danubianas hasta la difusión de las guarniciones anchas con placas excisas de la época de Valentiniano I (Böhme 1974). Todo ello parece apuntar, a falta de saber lo ocurrido con la *Lé-gio VII* después del siglo III, a una presencia o deambular de ejércitos regulares tardorromanos en Hispania que no por no haber quedado registrada por las fuentes tiene por qué haber dejado de existir (Dominguez Monedero 1983).

Fuera mayor o menor el germanismo de estas gentes (recordemos que desde la época de Constantino una buena parte de las fuerzas militares del área renano-danubiana estaba integrada por germanos) a las que cabría suponer una etnia franca, arribasen en la segunda mitad del siglo IV o en los inicios del siglo V en función de los acontecimientos desencadenados por la usurpación de Constantino III, impregnó de su carácter la cultura tardorromana local que adoptó el ritual de la inhumación con armas o herramientas, el uso de los cinturones de tipo militar... elementos todos propios de la cultura mixta romano-germánica del norte de la Galla. Acaso esta ósmosis cultural fuera producida por una eventual permanencia de parte de estas tropas en la Península, quizá ya con carácter privado y al servicio de la aristocracia local (Sanz 1986). Junto a estas características continentales, europeas, otros rasgos de la cultura tardorromana de la Meseta se nos presentan como fundamentalmente indígenas, así la persistencia de la sigillata decorada en relieve y fabricada a molde, que parece llegar hasta el siglo VI, o la raíz celtibérica de la cerámica pintada tardía.

Elementos típicos de este ambiente son los cuchillos de montería de tipo Simancas hallados en Ríoseco y Aldea de San Esteban, los útiles para el hilado denominados «osculatorios» de Tiermes, los Tolmos de Caracena, Taniñe y Cuevas de Soria (Regueras 1987), los botones para correaes de Castillo Billido, la Villa Vieja de Medinaceli y Los Tolmos, la hebilla delfiniforme de el primero de estos yacimientos...; resultando totalmente paradigmáticas las sepulturas de Aldea de San Esteban, Los Tomos de Caracena y el acueducto de Tiermes.

Este mundo perduraría relativamente floreciente hasta mediados del siglo V, momento en el que se inicia un periodo de crisis y gran inestabilidad, con causa o mejor reflejo en la denominada *baguada hispana*. Se producirán profundas transformaciones que implicarán la desaparición o ruina de la mayoría de las *villae*, transformadas en algunos sitios en cementerios (Pérez-Martín 1991), fenómeno que también se ha constatado en algunas ciudades en las que sectores urbanos antes ocupados por viviendas pasan ahora a ser utilizados como necrópolis (Palol 1978; Pérez-Abásolo 1987). Será este el momento en el que las Cuevas del Roto, del Asno y de Los Polvoristas vuelvan a ser frecuentadas. Paralelamente los emplazamientos castreños que antes a lo sumo pudieron sustentar un puesto de vigilancia o una pequeña guarnición pasan a utilizarse, al igual que los profundos barrancos del Caracena, como refugio ocasional. En algunos casos esta ocupación pudo hacerse permanente como parecen testimoniar las cerámicas grises estampadas del Castillo Billido y Los Tolmos.

Las *villae* abandonadas y destruidas pudieron perdurar como meras explotaciones agrarias pero ya sin el carácter de *urbs in rure* que Arce les atribuyera. Sus dependencias semiderruidas serán de nuevo utilizadas en una época incierta, acaso ya visigoda. En la villa de Cuevas de Soria se construyeron tabiques que compartimentaron alguna estancia de la parte noble mientras que en otra se instalaba un hogar (Taracena 1930). En Ríoseco varias dependencias fueron reutilizadas del mismo modo a juzgar por los fuegos encendidos directamente sobre los mosaicos: junto a uno de ellos se encontraron los desperdicios de una caracolada, alrededor de otro tres sillares arrancados de la base de la columnata

del peristilo sirvieron como banco para sentarse junto al fuego y otra habitación con mosaicos fue utilizada como almacén de la leña (Ortego 1966). En Santervás del Burgo se puede apreciar también como un tosco tabique divide por la mitad la estancia situada en el centro del presunto complejo termal, prolongándose en la inmediata galería del peristilo; en otra habitación parece que fueron amontonadas unas tejas todavía aprovechables para su reutilización (Ortego 1956).

Esta reocupación tardía de las villae no es privativa de la provincia de Soria pues en La Olmeda de Pedrosa de la Vega (Palencia), quizá una de las mejores y más excavadas, se ha podido comprobar que la profunda zanja que rompe el mosaico de Aquiles fue colmatada al utilizarla como vertedero los últimos habitantes del lugar; aún tardorromanos, los cuales no dudaron en reaprovechar los canecillos de la antigua villa para cimentar muretes sobre los mosaicos y tapiar puertas (Cortes i.v.).

Entre tanto, a finales del siglo V según ciertas interpretaciones dadas al texto de la *Chronica Caesaraugustana* o una docena de años después, tras la derrota de Vouillé según prefieren otros autores, se produjo la introducción y asentamiento del pueblo visigodo en la Península.

Se ha supuesto que mientras las clases dirigentes visigodas se instalaron preferentemente en las ciudades y en ciertas zonas conflictivas distribuyéndose por el territorio según razones administrativas y militares, la masa del pueblo visigodo se asentó en una zona muy concreta, con una concentración especialmente densa en el territorio de la actual provincia de Segovia. Este asentamiento visigodo popular afectó también a las áreas próximas: Guadalajara, Madrid, Toledo y Soria (Orlandis 1987). Recientemente (Dominguez Monedero 1986), se ha querido ver en las necrópolis visigodas de la Meseta la simple perduración de los usos tardorromanos de «las necrópolis del Duero».

Pese a esta interpretación es un hecho generalmente aceptado que visigodos e hispanorromanos viven en comunidades aparte y sin mezclarse al menos durante el siglo VI. La arqueología ha podido constatar además la existencia de una diferencia en el ritual funerario de ambas comunidades pues ciertas necrópolis tardorromanas continúan su vida durante el siglo VI —caso de Simancas y Torre de Peñafiel— y otras parecen incluso exclusivas de este siglo (Suellacabras, Taniñe). En ellas no vamos a encontrar los típicos elementos del ajuar gótico: los grandes broches de cinturón con hebilla oval articulada a una placa rectangular decorada en el estilo polícromo o los característicos juegos de pares de fíbulas, elementos que aparecen profusamente en las necrópolis de Duratón, Madrona, Castiltierra o Herrera de Pisuerga. Sin embargo sí que aparecen materiales mucho más sencillos como las pequeñas hebillas ovales de bronce y hierro con agujas simples o de base escutiforme.

De este modo serían hispanorromanos los inhumados en Taniñe y Suellacabras mientras que encontramos auténticos visigodos con broches de placa rectangular y fíbulas de arco en Deza (Taracena 1927), Tiermes, Osma, Berlanga

(Supiot 1933-34; Zeiss 1934) y Fuencaliente de Medina (Aberg 1922, Zeiss 1934). En cambio los broches de placa rígida estrangulada o calada que vemos aparecer en Berlanga, La Cuenca, Deza, Jubera y Langa (Zeiss 1934; Taracena 1941; Ortego 1964-65) ya no sirven como diferenciador étnico pues se fechan en buena medida con posterioridad a la unidad confesional impuesta por Recaredo en el III Concilio de Toledo (589) y fueron utilizados tanto por los hispanos como por los visigodos. Los broches de placa rígida parecen surgir con el incremento de las relaciones franco-góticas, no necesariamente amistosas, del último tercio del siglo VI; testimonio de las mismas serían las fíbulas de arco de tipo merovingio de Gómara y de la tumba 8 de Deza (Zeiss 1934) así como la placa de cinturón de tendencia triangular de Las Hermosas, en Monteagudo de las Vicarías (Taracena 1931).

Ya de pleno siglo VII y del final de la época visigoda serían otras placas de bronce que siguen o desarrollan prototipos aureos bizantinos, como las halladas en Osma (Almagro 1950-51; Ortego 1983), el Castillo de El Royo (Taracena 1928), Villapardillo en Monteagudo de las Vicarías (Taracena 1931) y Villapardillo, aquí formando depósito con un lote de herramientas y una placa rígida del tipo de las relacionadas con la influencia burgundia (Taracena 1935).

No vamos a entrar a considerar otros hallazgos de carácter aislado como el de la fuente junto al Castillo de Ocenilla (Taracena 1931) si bien queremos mencionar los jarritos de Narros (Ortego 1953; Apraiz 1953) y de la Cueva del Asno de Los Rábanos (Eiroa 1979) que pudieran ser tardo o epivisigóticos (Caballero 1984) respondiendo en la primera hipótesis a una necesidad de refugio ocasional como la patentizada por el pendiente aureo de la Cueva de la Mora de Soaen (Barandiarán 1975).

Si situamos en un mapa (II) todos estos hallazgos podremos observar como los testimonios de carácter gótico y especialmente los propiamente visigodos del siglo VI tienden a concentrarse en el extremo meridional de la provincia, en la proximidad de Segovia y Guadalajara, esto es, en contacto con el núcleo del denominado asentamiento popular visigodo.

BIBLIOGRAFIA

- ABER, N. (1922): *Die Franken und Westgoten in der Völkerwanderungszeit*. Uppsala-Leipzig-Paris.
- ALMAGRO, N. (1950-51): «Materiales visigodos del Museo Arqueológico de Barcelona. Las hebillas de cinturón de bronce», *MMAP*, XI-XII, págs. 13-23.
- ALONSO AVILA, M.A. (1984): «La visigotización de la provincia de Soria», *Celtiberia*, XXXIV, págs. 181-206.
- APELLANIZ, J.M. (1972): «La romanización del País Vasco en los yacimientos en cuevas», *Estudios de Deusto*, XX, págs. 305-310.
- APELLANIZ, J.M. (1974): «El grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco», *EAA*, VII.
- APRAIZ, R. (1953): «Un jarro ritual visigodo hallado en Narros», *Celtiberia*, III, págs. 133-142.
- APRAIZ, R. (1958): «Hallazgos arqueológicos en Valderromán», *Celtiberia*, VIII, págs. 149-150.
- APRAIZ, R. (1961): «Algunas piezas insuficientemente estudiadas del Museo Numantino: indicios visigodos», VI, C.A.N. (Oviedo 1959). Zaragoza, págs. 229-233.
- ARCE, J. (1982): *El último siglo de la España romana: 284-409*, Madrid.
- ARGENTE, J.L. et alii (1980): *Tiermes I*, «EAE», 111. Madrid.
- ARGENTE, J.L. y BAQUEDANO, E. (1983): «Broche y botón decorados de Tiermes (Montejo de Tiermes)», *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, III. Madrid, págs. 411-421.
- ARGENTE, J.L. y ALONSO, A. (1984): «Dos enterramientos bajoimperiales en el acueducto de Tiermes», *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*. Soria, págs. 417-432.
- ARGENTE, et alii (1985): *Tiermes. Guía del yacimiento arqueológico*. Madrid.
- BALIL, A. (1984): «Estatua de Saturno hallada en la villa romana de Los Quintanares», *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*. Soria, págs. 325-340.
- BARANDIARAN, I. (1973): «Restos visigodos en la Cueva Foradada (Sarsa de Surta, Huesca)», *Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón*, IX, págs. 9-48.
- BARANDIARAN, I. (1975): «Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria)». *N.A.H. Preh.*, 3, págs. 26-27, lám. 13.
- BLAZQUEZ, J.M. y ORTEGO, T. (1983): *Mosaicos romanos de Soria*. Madrid.
- BÖHME, H.W. (1974): *Germanische Grabfunde des 4. bis 5. Jahrhunderts zwischen unterer Elbe und Loire*, München.
- BOROBIO, M.J. y MORALES, F. (1984): «Distribución del poblamiento de época romana imperial en una zona de la provincia de Soria». *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*, 5. *Epoca Romana y Medieval*. Teruel, págs. 41-56.

- CABALLERO, L. (1974): La necrópolis tardorromana de Fuentespreadas (Zamora), «EAE», 80, Madrid.
- CABALLERO, L. y ARGENTE, J.L. (1975): «Cerámica paleocristiana gris y anaranjada producida en España», TP., 32, págs. 113-150.
- CABALLERO, L. (1984): «Arqueología tardorromana y visigoda en la provincia de Soria», Actas del I Symposium de Arqueología Soriana, Soria, págs. 433-458.
- DAHMLLOS, U. (1977): «Francisca-bipennis-securis. Bemerkungen zu archäologischen Befund und schriftlicher Überlieferung», Germania, 55, págs. 140-165.
- DOMINGUEZ MONEDERO, A.J. (1983): «Los ejércitos regulares tardorromanos en la Península Ibérica y el problema del pretendido lines hispanus», Rev. Guimaraes, XCIII, págs. 101-132.
- DOMINGUEZ MONEDERO, A.J. (1986): «Las necrópolis visigodas y el carácter del asentamiento visigótico en la Península Ibérica». Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española (Huesca 1985). Zaragoza, págs. 165-186.
- EIROA, J.J. (1979 a): «Aspectos urbanísticos del castro hallstattico de El Royo (Soria)», RI., III, págs. 81-90.
- EIROA, J.J. (1979 b): La Cueva del Asno. Los Rábanos (Soria) Campañas 1976-77, «EAE», 107, Madrid 1980.
- FERNANDEZ CASTRO, M.C. (1982): Villas romanas en España. Madrid.
- FERNANDEZ CASTRO, M.C. (1983): «Mosaicos de la Villa romana de Cuevas de Soria». (Apéndice en Blázquez-Ortego 1983, págs. 59-79).
- FERNANDEZ MARTINEZ, V. (1980): «Excavaciones en la villa tardorromana de Huerta del Río (Tarancueña, Soria). Campaña 1979», Celtiberia, XXX, págs. 287-289.
- FERNANDEZ MARTINEZ, V. (1981): «La muralla romana de Tiermes. Resultados de la campaña de 1980. Elementos para su datación», Celtiberia, XXXI, págs. 317-324.
- FINGERLIN, G. (1967): «Eine Schnalle mediterraner Form aus dem Reihengräberfeld Güttingen, Ldkrs. Konstanz», Badische Fundberichte, 23, págs. 159-184.
- IZQUIERDO, R. (1977): «Cerámica de necrópolis de época visigoda del Museo Arqueológico Nacional», RABM., LXXX, págs. 569-611.
- JIMENO, A. (1978): «Aportación al Bronce Final y Primer Hierro: Los Tolmos, Caracena (Soria)», RI., II, págs. 51-66.
- JIMENO, A. (1979): «Aportación al estudio de las necrópolis del Duero: Los Tolmos, Caracena (Soria)», RK., III, págs. 91-105.
- JIMENO, A.; FERNANDEZ, J.J. y SANZ, F. (1980): «La cerámica sigillata decorada y de imitación de Los Tomos, Caracena (Soria)», RI., IV, págs. 121-132.
- JIMENO, A. (1982): «Algunas consideraciones sobre la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero: Dos nuevos yacimientos con cerámica excisa», RI., V, págs. 21-34.
- GARCIA MERINO, C. (1967): «Tres yacimientos de época romana inéditos en la provincia de Soria», BSAA., XXXIII, págs. 167-210.
- GARCIA MERINO, C. (1973): «La evolución del poblamiento en Gormaz (Soria) desde la Edad del Hierro hasta la Edad Media», BSAA., XXXIX, págs. 31-81.

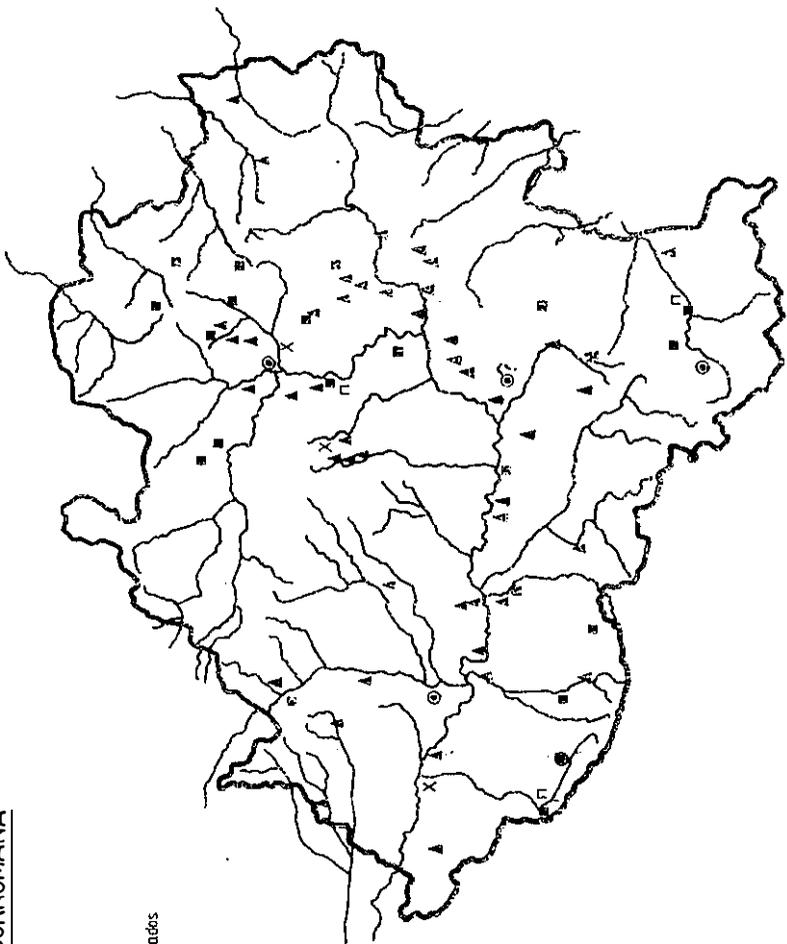
- GARCIA MERINO, C. (1975): Población y poblamiento en Hispania romana. El Conventus Cluniensis. Valladolid.
- GARCIA MERINO, C. (1977): «Un olvidado núcleo de población hispanorromano: el yacimiento de San Esteban de Gormaz», HA., VII, págs. 165-229.
- GARCIA MERINO, C. (1984): «La ciudad de Uxama. Nuevos datos para la romanización de Soria». Actas del I Symposium de Arqueología Soriana. Soria, págs. 377-397.
- GARCIA MERINO, G. (1987): «Desarrollo urbano y promoción política de Uxama Argaela», BSAA, LIII. Págs. 73-114.
- GORGES, J.G. (1979): Les villas hispano-romaines. Inventaire et Problématique archéologiques. Paris.
- LOPEZ RODRIGUEZ, J.R. (1985): Terra Sigillata Sispánica Tardía decorada a molde de la Península Iberica. Valladolid.
- LOPEZ, M.A.; PALOMERO, M.A. (1981): «Prospecciones arqueológicas en la Dehesa de Agreda», Arevacón, 2, págs. 4-6.
- LUCAS, N. (1977): «Castillo Billido. Un castro romanizado en el Cañón del Río Lobos (Soria)». BAEAA., 7, págs 38-42.
- MARINE, M. (1984): «Las termas de la villa de Cuevas de Soria». Actas del I Symposium de Arqueología Soriana. Soria, págs. 401-411.
- MELIDA, J.R. (1924-25): Occilis (Medinaceli). Memoria de las excavaciones practicadas en 1924-1925, «MJSEA». 82, Madrid, 1926.
- OLDENSTEIN, J. (1976): «Zur Ausrüstung römischen Auxiliareinheiten», BRGK., 57, págs. 51-284.
- ORLANDIS, J. (1987): Historia de España. Epoca visigoda (409-711). Madrid.
- ORTEGO, T. (1949): «Por tierras de Uxama», AEA., XXII, págs. 413-418.
- ORTEGO, T. (1953 a): «Osma (Soria)», NAH., II, págs. 235-237.
- ORTEGO, T. (1953 b): «Narros (Soria)», NAH., II, pág. 235.
- ORTEGO, T. (1954-55): «Excavaciones en la villa romana de Santervás del Burgo (Soria)». NAH., III, págs. 169-194.
- ORTEGO, T. (1960): «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria», Caesar Augusta, 15-16, págs. 107-132.
- ORTEGO, T. (1961): «I Reunión de Arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza. Soria», Caesar Augusta, 17-18, págs. 157-166.
- ORTEGO, T. (1964-65): «Una necrópolis hispano-visigoda en La Cuenca (Soria)», NAH., VIII-IX, págs. 248-250.
- ORTEGO, T. (1966): «La villa romana de Los Quintanares, en el término de Rioseco de Soria», IX C.A.N. (Valladolid 1965). Zaragoza, págs. 341-347.
- ORTEGO, T. (1967): «Numancia romana», Celtiberia, XVII, págs. 197-208.
- ORTEGO, T. (1969): «Un poblado celtibérico en Fuentes Grandes de Gormaz», AEA., XLII, págs. 46-55.

- ORTEGO, T. (1974): «Excavaciones arqueológicas realizadas en Los Quintanares (Rioseco, Soria)», *Bellas Artes*, 38, págs. 30-32.
- ORTEGO, T. (1976): «Excavaciones arqueológicas realizadas en la villa de Los Quintanares, en el término de Rioseco de Soria». *NAH Arq.*, 4, págs. 359-373.
- ORTEGO, T. (1977): «La villa romana de Los Quintanares en el término de Rioseco (Soria)», *Segovia y la arqueología romana. Segovia*, págs. 285-296.
- ORTEGO, T. (1983): «La huella visigoda en territorio soriano», *BAEAA.*, 17, págs. 9-17.
- PALOL, P. (1952): «Algunas piezas de adorno de arnés de época tardorromana e hispano-visigoda», *AEA.*, XXV, págs. 297-319.
- PALOL, P. (1958): «Las excavaciones de San Miguel del Arroyo. Un conjunto de necrópolis tardorromanas en el valle del Duero», *BSAA.*, XXIV, págs. 209-217.
- PALOL, P. (1964): «Cuchillo hispanorromano del siglo IV d.C.», *BSAA.*, XXX, 1964, págs. 67-102.
- PALOL, P. (1970): «Hallazgos hispanorromanos de los siglos M-V en la provincia de Soria», *Pyrenae*, VI, págs. 185-196.
- PALOL, P. (1978): «Noves dades arqueològiques sobre els darrers segles de Clunia», *Universitat de Barcelona. Institut d'Arqueologia i Prehistòria. Memòria 1978*. Barcelona.
- PALOL, P. (1987): «Palencia al final del Mundo Antiguo», *Actas del I Congreso de Historia de Palencia, I. Arte, Arqueología y Edad Antigua*. Palencia, págs. 345-359.
- PEREZ, F. y ABASOLO, J.A. (1987): «Acerca de Saldania romana», *Actas del I Congreso de Historia de Palencia, I. Arte, Arqueología y Edad Antigua*. Palencia, págs. 559-571.
- PEREZ, F.; CORTES, J. y ABASOLO, J.A. (en prensa): «Sobre algunas guarniciones de cinturón tardorromanas de presumible carácter militar», *Homenaje al Profesor Don Pedro de Palol Salellas*. Barcelona.
- PEREZ, F. y VIÑE, A. (1991): «Los cingula militariae tardorromanos y el inicio de la presencia de tropas de origen germánico en Hispania en los siglos IV y V», en *Actas del I Curso de Cultura Medieval (Aguilar de Campoo - 1990)*, León, págs. 219-232.
- PEREZ, F. (1991): «Los broches de los cinturones tardorromanos y el inicio de la presencia germánica en la Península Ibérica», en *Codex Aquilarensis*, 4, págs. 63-135.
- PEREZ, F. y MARTIN, M.A. (1991): «La necrópolis tardorromana de «La Cañadilla» (Torre de Peñafiel (Valladolid) y la dualidad funeraria de época visigoda», en *Actas del I Curso de Cultura Medieval*, León, págs. 161-176.
- RABAL, N. (1888): «Una visita a las ruinas de Termancia», *BRAH.*, XII, págs. 451-471.
- RABAL, N. (1889): *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*. Soria. Barcelona.
- RADDATZ, K. (1963): «Zu den spätantiken Kriegergräbern von Taniñe (Prov. Soria)», *MM.*, 4, págs. 133-140.
- ROMERO CARNICERO, M.V. y F. y GABRIEL, A. (1976): «Yacimiento arqueológico inédito en Matalabreras (Soria): la villa romana de El Palomar», *Celtiberia*, LI, págs. 25-34.

- SANZ, R. (1986): «Aproximación al estudio de los ejércitos privados en Hispania durante la Antigüedad Tardía», *Gerión*, 4, págs. 225-264.
- SOMMER, M. (1984): *Die Gürtel und Gürtelbeschläge des 4. und 5. Jhr. im römischen Reich*. Bonn.
- SUPIOT, J. (1933-34): «Papeletas de orfebrería bárbara, II. Hebillas de Cinturón visigodas», *BSAA.*, II, págs. 191-200.
- TARACENA, B. (1925-25): *Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria*, «MJSEA», 75. Madrid 1926.
- TARACENA, B. (1925-26): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, «MJSEA», 86. Madrid 1927.
- TARACENA, B. (1928): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, «MJSEA», 103. Madrid 1929.
- TARACENA, B. (1930): «La villa romana de Cuevas de Soria», *Investigación y Progreso*, IV, págs. 78-80.
- TARACENA, B. (1931): *Excavaciones en la provincia de Soria*, «MJSEA», 119, Madrid 1932.
- TARACENA, B. (1935): «Un ajuar de herramientas visigodo». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XIII, págs. 281-285.
- TARACENA, B. (1941): *Carta Arqueológica de España*. Soria. Madrid.
- ZEISS, H. (1934): *Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich*. Berlin-Leipzig.

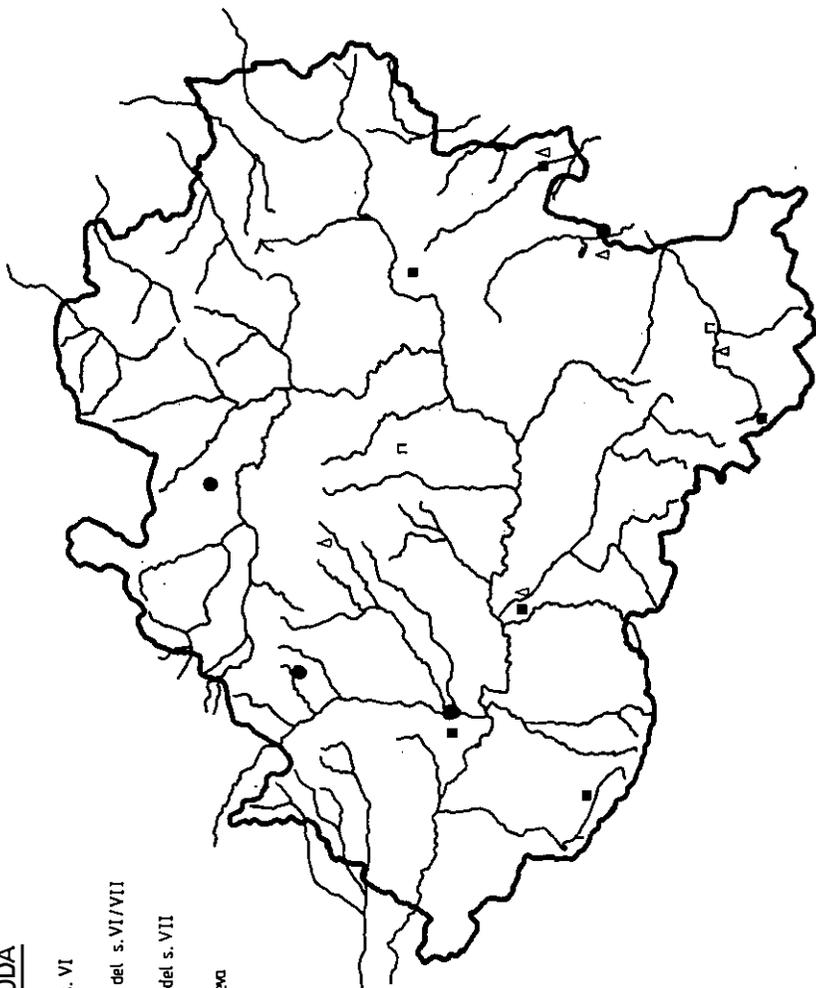
SORIA TARDORROMANA

- ⊙ Ciudades
- ▲ Villas
- Castros y poblados
- Cuevas
- X Otros



SORIA VISIGODA

- Visigodo del s. VI
- △ Hispanovisigodo del s. VI/VII
- Hispanovisigodo del s. VII
- Hallazgo en cueva



NOTICIA SOBRE HALLAZGOS TARDORROMANOS EN TORRALBA DEL BURGO (SORIA)

J.R. VEGA DE LA TORRE*

* Instituto de Prehistoria y Arqueología SAUTUOLA.

1. LAS NOTICIAS INICIALES

Hallándome en la localidad de Torralba del Burgo pasando unos días de descanso, encontré en el cauce del río Abión, a la altura del paraje conocido como Cerrillo Batán, un fragmento de tegula que despertó mi curiosidad. Al hablar con uno de los vecinos* sobre los posibles hallazgos casuales en el término, me informó sobre la aparición de dos tumbas en el lugar denominado Alto de la Poza.

Según su relato, en fecha que ya no podía precisar pero que cabría situar hacia finales de los 40, mientras labraba una tierra de su propiedad notó que la reja encontraba un inesperado obstáculo. Al excavar en aquel punto, topó con la piedra causante del incidente, y de inmediato con las dos fosas. De su descripción he podido deducir los datos consignados a continuación:

Las tumbas eran de inhumación, puesto que en ellas aparecieron sendos esqueletos, al parecer bastante bien conservados. Se encontraban a unos 20 cm. de profundidad, separándose una distancia de apenas medio metro. Sus dimensiones rondarían los 2x0,75 m., y las cabeceras se orientaban hacia el norte. Parece que una de las fosas estaba aparejada con más esmero que la otra, siendo los materiales empleados piedra caliza, trozos de teja y ladrillo. Como ajuar, únicamente reparó en la existencia de fragmentos cerámicos, llamándole la atención el cuello de un recipiente que le pareció de «botijo». Uno de los muertos reposaba su cabeza sobre un madero podrido que tenía la longitud del ancho de la tumba.

Mientras las piedras calizas se utilizaron por el descubridor en la construcción de una pared, las fosas acabarían siendo rellenadas por las sucesivas labores y los diferentes vestigios quedaron por allí dispersos.

Diversas visitas al paraje en cuestión me proporcionaron evidencias materiales que corroboraban la información verbal recibida.

Naturalmente, habiendo enterramientos era lógico pensar que se deberían relacionar con un núcleo de población, cualquiera que fuese su importancia. Al preguntar por los lugares del término en que aparecían piedras calizas —que había comprobado eran muy apreciadas por su inexistencia natural en el

(*) El entrañable tío Cecilio Caba, a quien agradecemos su disponibilidad. Aprovecho para agradecer igualmente su colaboración a las sras. Milagros Cabrerizo (recogida de datos verbales), Azucena Perucha (fotografías) y Teresa Cerezo (manipulación de materiales), así como a mi hermano Víctor la composición de estas líneas por el ordenador:

término—, el mismo vecino me indicó la zona de Los Tobares. La oportuna inspección me deparó hallazgos que, aunque modestos, confirmaban la hipótesis inicial sobre la existencia de un asentamiento de época tardorromana. Todos han sido, en el momento de leer esta comunicación, depositados en el Museo Arqueológico de Soria.

2. BREVES DATOS SOBRE EL EMPLAZAMIENTO

Torralba del Burgo es hoy un agregado de El Burgo de Osma, del cual dista 14 Kms., mientras que 43 Kms. la separan de la capital de la provincia. Situada junto a la carretera Soria-Valladolid, recorre su término el río Abión, que fertiliza una amplia vega dedicada preferentemente al cultivo de los cereales. La mención documental más antigua que conozco de esta población se remonta al año 1170 (LOPERRAEZ, 1978, pág. 562).

El Alto de la Poza (fot. n.º 1) se encuentra al Este del pueblo e inmediato al mismo. Debe su nombre a la existencia de un manantial a media ladera suministrador del agua que riega las huertas existentes en la zona denominada «Los Postigos», la cual se sitúa entre dicho Alto y las traseras de las casas de la calle Carretas, por donde, según cuentan, pasaban antiguamente los grandes convoyes que transportaban la madera desde los bosques de Talveila y otras zonas montañosas, hacia Madrid. Salvo la vertiente que desciende hasta la carretera de Soria a Valladolid, habitualmente dedicada al cultivo de cereal, el resto del Alto, pedregoso en grado sumo, se halla cubierto por vegetación propia del monte bajo, salpicada de enebros y sabinas, con algún residuo de robleal.

El pago de los Tobares (fot. n.º 2) se localiza en la margen izquierda del río Abión, entre este y el Alto de la Horca —cuyo nombre sospecho deriva del latino furca, en su sentido de encrucijada de caminos; en efecto, allí se separan los que llevan hacia Valdealbillo, vega arriba, y el de Boós—. El paraje ha sufrido una merma en su antigua extensión cultivable debido a las avenidas del río, que han ido erosionando a lo largo del tiempo este área, al amparo de la fragilidad de los materiales que allí encuentra y de su propia dinámica estructural, significada por la presencia del topónimo Requejo en las inmediaciones, generalmente asociado a lugares donde las aguas manifiestan cierto ímpetu (MENENDEZ PIDAL, 1976, pág. 84). Precisamente esta circunstancia ha favorecido la instalación de un molino frente a Torralba, hoy en desuso, y de un batán aguas abajo. Hay que precisar, no obstante, que este pago de los Tobares se encuentra más elevado que la correspondiente orilla derecha, de modo que mientras las inundaciones tradicionalmente han anegado hasta la carretera, por lo general ha permanecido en seco la zona arqueológica, salvo casos excepcionales, que sin duda habrá habido. Las tierras del paraje que comento son sueltas, con un peculiar color blancuzco, al cual, por lo visto, debe su nombre. En superficie se encuentran los cantos rodados que, sueltos o formando conglomerados, son el material propio del subsuelo del término. Junto a ellos se observan piedras calizas cascadas —nunca sillares— y fragmentos de teja, a menudo modernos, o cerámicas de diversa índole y época, pero siempre en escasa cantidad.

3. CARACTERÍSTICAS DE LOS MATERIALES

Advertido que todos los aquí presentados fueron recogido en superficie, y que esta circunstancia obliga a valorarlos de modo diferente que si se hubieran obtenido en el curso de una excavación metódica; y precisando que voy a referirme al conjunto de vestigios, aunque en las láminas que acompañan estas líneas sólo expongo los que me han parecido más significativos, paso a comentar sucitamente los hallazgos.

I. LA CERAMICA COMUN

a) Sin decoración: en el Alto de la Poza recogí solamente un fragmento de características muy ordinarias, pero en Los Tobares son más abundantes, destacando diversos bordes y fondos de recipientes, principalmente ollas, y especialmente uno que quizá sirviese para almacenar grano (lám. II, n.º 18). Se trata de vasijas de pasta muy ordinaria generalmente, aunque no faltan aquellas otras de aspecto más fino, que se circunscriben a las de pasta amarillenta o blancuzca. Son destacables algunos fragmentos de vasos de paredes muy finas, siendo los números 39 y 41 de la lámina III un ejemplo.

b) Con decoración: del Alto de la Poza procede uno de los fragmentos recogidos, (lám. I, n.º 5), quizá perteneciente a una vasija tipo **olpe**. En Los Tobares han aparecido varios fragmentos más (lám. III, números 19 a 24), con motivos decorativos sencillos, reducidos a líneas horizontales paralelas; sólo uno (n.º 21) parece ofrecer una disposición diferente. Por lo general se trata de vasijas de pastas claras y finas, aunque algún fragmento es más basto en sus características (n.º 24).

II. LA SIGILLATA

a) Lisa: son los fragmentos más abundantes, predominando la forma Ritterling 8, aunque no faltan otras, como la 17 ó 18, o la 4 de TSHT, esta última representada en los ajuares de las tumbas del Alto de la Poza (lám. I, n.º 9 y 10). Existe también un asa de reducido tamaño (lám. III, n.º 36), perteneciente tal vez a algún jarro.

b) Decorada: son escasos los fragmentos encontrados, pero sin duda contribuyen a fechar con más certeza el yacimiento a falta de otros criterios. Tenemos en el Alto de la Poza ejemplos de decoración sobre vasos de forma 37 tardía (lám. I, n.º 1 a 3), y en Los Tobares la decoración tradicionalmente hispánica de los círculos concéntricos (lám. III, n.º 25 y 26). El n.º 29 presentaba otros motivos, quizá incluso de tipo animalístico, mientras que el n.º 27 lleva una simple decoración burilada.

III. MATERIALES CONSTRUCTIVOS

Solamente los ladrillos y tejas empleados en la construcción de las tumbas pueden aducirse aquí, si exceptuamos el fragmento de tegula hallado en Cerrillo Batán, presumiblemente procedente de la zona de Los Tobares. Son curiosos los ladrillos de la lámina II, por su decoración de acanaladuras.

IV. METALES

Unicamente puede citarse la pieza n.º 16 (lám. II). Recuerda por su forma a una azada, o instrumento similar; pero el orificio para el supuesto mango, resulta demasiado reducido para que encajase uno lo suficientemente grueso como para contrarrestar el notable peso de la pieza. Incluso he llegado a dudar de su antigüedad aunque apareciese en el ambiente de la necrópolis.

V. OTROS RESTOS

Aquí citaré los tres fragmentos de molino circular —dos son las piezas inferiores, y una la superior— hallados en Los Tobares (lám. IV, n.º 53 a 55), y que atestiguan la obligada alimentación a base de cereales. Terminaré aludiendo a una ficha de cerámica, sobre material común (lám. III, n.º 56), y a otro objeto que recuerda a un improvisado *pondus*, o quizá a un contrapeso de red (lám. IV, n.º 52).

4. CONCLUSIONES

Nos encontramos, por lo expuesto, ante un yacimiento con doble significación: de una parte, la necrópolis, situada en la margen derecha del río Abión; de otra, el núcleo de habitación, ubicado en la margen izquierda, frente por frente de la necrópolis, con la que hemos de suponerla vinculado. Sobre el carácter de esta última poco se puede deducir, ya que desconocemos si existen más tumbas. En cuanto el núcleo de habitación, sólo una excavación convencional podría asegurarnos su verdadera calidad: ¿poblado? ¿villa? La reducida superficie de terreno en que he recogido restos, parece señalar más bien una pequeña granja, seguramente dependiente de un núcleo de mayor identidad, más o menos distante. A este respecto, conviene recordar que, tres kilómetros aguas arriba del Abión, en Valdealbillo, se conoce otro yacimiento (TARACENA, 1941, pág. 166), e igualmente se registran hallazgos romanos en Valdenarros (TARACENA, 1941, pág. 169), unos siete kilómetros río abajo; en Boós, cuatro kilómetros hacia el sur; así como en Escobosa, poco más distante, ambas en la vega del Sequillo, aunque para esta dos últimas se aventura el carácter de vicus (ORTEGO, 1985, pág. 181), que cabría tener en cuenta para Torralba, empero.

Los pobladores del núcleo de Los Tobares debieron dedicarse a la actividad agrícola, preferentemente cerealista, siendo el producto de la misma base fundamental de su alimentación, junto con la caza y la pesca abundantes en la zona; es decir, un panorama económico similar al de otros yacimientos sorianos, entre los que cabe citar, por más próximo geográfica y cronológicamente, el de Los Quintanares, de Rioseco (ORTEGO, 1965, págs. 341 ss.; 1985, pág. 180 ss.).

Para fijar la cronología de nuestro yacimiento, sólo contamos con las evidencias cerámicas, y estas nos dicen que la sigillata, aunque escasa, muestra formas propias del período tardorromano con esos platos o paterae que llegan al siglo V d.JC. (PALOL, 1974, págs. 174 ss.). Las decoraciones, los barnices, y en general, la mala calidad de los fragmentos hallados, nos hablan de las producciones hispánicas del siglo IV; la misma presencia de cerámica de tradición indígena no es extraña a esas fechas (CABALLERO, 1984, pág. 440). Por lo tanto el ambiente arqueológico nos relaciona este asentamiento con el fenómeno de recuperación del campo frente a la ciudad característico de la cuarta centuria de nuestra Era (PALOL, 1970, págs. 35 ss.).

Particular atención merece la relación entre el núcleo de habitación de Torralba y la red viaria de la zona, especialmente con la vía *ab Asturica per Cantabriam Caesaraugustam* (ROLDAN, 1975, pág. 90), cuyas mansiones más importantes en esta parte de Soria eran Uxama, Voluce y Numantia. En tanto que la primera y la última están perfectamente identificadas, subsiste la incertidumbre sobre la segunda, pues mientras unos la sitúan en Calatañazor (GARCIA MERINO, 1975, págs. 301 ss.), otros prefieren no descartar la posible identificación con Blacos (MAÑANES-SOLANA, 1985, pág. 154, mapa). Al menos en parte, este trazado parece ajustarse al de la Cañada Real de ganados señalada en la hoja n.º 377 del mapa 1:50.000 del I.G.C., corriendo dos kilómetros al sur de nuestro yacimiento; no obstante, no hay que olvidar que cuatro kilómetros por el norte discurre otra Cañada, igualmente relacionada por algún autor con una vía romana (CORONADO-GONZÁLEZ, 1982, pág. 28 y mapa 1); y que incluso otra hipótesis la desplaza esta última algo más al norte (ARIAS, 1987, págs. 94, ss.). En este sentido, por lo que se refiere al yacimiento ahora presentado, llamo la atención sobre el nombre de la localidad actual: Torralba, y su significación. En 1170 lo encuentro citado como *Turrealba*, y como *Turrem Albam* en 1174; en 1256 figura documentalme nte con su forma moderna (LOPERRAEZ, 1978, págs. III, docs. XI sup.; XXVII y LIX). Resulta lógico pensar que en el último tercio del siglo XII el nombre haría referencia a una construcción más antigua (GARCIA DE DIEGO, 1959, pág. 183). Desde luego, el topónimo Torralba, con esos dos elementos clásicos: *Torr-alba* bien pudo tener un origen latino, de obvio significado: *torre-blanca* (MENENDEZ PIDAL, 1976, pág. 103); a no ser que queramos buscar una etimología más antigua, que no creo posible en este caso (AGUD, 1952). Los más ancianos del lugar no han conocido torre alguna, ni oyeron hablar de su anterior existencia, pero hay una zona, en la parte alta del pueblo, que recibe el nombre de «La Torrecilla»... Supuesta su probable realidad, la cuestión sería saber si su origen pudo remontarse a la época romana, en cuyo caso habría que plantearse la justificación de su construcción —¿vigilancia de un camino que pasaba por sus inmediaciones? ¿Un camino al borde del cual, o en sus proximidades, según

la tradición romana, se ubicó la necrópolis?— o bien hay que pensar en épocas posteriores —siglos X y XI, principalmente—, cuando la zona se convierte en escenario de los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes y se erigen esas torres que caracterizan los horizontes de los altos de esta comarca (SAENZ RÍDRUEJO, 1985, págs. 230, ss.). Como quiera que esto fuese, tengamos presente que hubo una tradicional ruta de comunicación que se dirigía hacia el oeste —«el camino viejo de El Burgo», parcialmente conservado en las inmediaciones del pueblo— pasando por el término de Velasco —el Congosto—. Siempre por la margen derecha del Abión, ese camino se prolongaba hacia el este por Valdealbillo hacia Torreblacos, diferenciado de la carretera actual y alejado del río.

Finalmente, otro aspecto a considerar sería el de la zona de influencia urbana en que cabe incluir el núcleo de habitación de Torralba: ¿Volvece? ¿Uxama?. Si nos atenemos a la lógica de la proximidad, habría que inclinarse por la primera; pero si juzgamos por la importancia de ambos lugares en la Antigüedad —en el estado actual de las investigaciones—, la opción se decanta claramente del lado de la segunda. En efecto, de Uxama sabemos que durante el imperio romano fue una ciudad que, heredando seguramente una tradición anterior (GARCIA MERINO, 1971), tuvo una importancia que, salvando todas las distancias, cabría comparar con la de una moderna cabeza de partido (GARCIA MERINO, 1970, págs. 393).

5. INVENTARIO

A continuación procedo a describir una muestra significativa de los materiales por mí recogidos tanto en el Alto de la Poza, como en Los Tobares. Para ello empleo como referencia bibliográfica básica la obra de MEZQUIRIZ, 1961, y las recomendaciones metodológicas de un grupo de especialistas publicadas hace unos años (VV.AA., 1983). Igualmente, para el tema de los colores utilizo el último código propuesto por CAILLEUX, 1980. La numeración del inventario se corresponde con la de los dibujos.

I. ALTO DE LA POZA

1) Fragmento de un vaso de forma 37 tardía. Sus motivos decorativos, poco perceptibles, parecen consistir en lúnulas y un círculo inscrito en un cuadrado. Pasta: M39; tierra siena tostada. Barniz: P20; rojo inglés.

2) Fragmento de un vaso de forma 37 tardía. Se decoraba con grandes ruedas rellenas de baquetones, separadas por cuadrados con un círculo inscrito. Pasta: M47; tierra verde tostada. Barniz: R20; rojo inglés.

3) Fragmento decorado con el motivo de rueda rellena de baquetones. Pasta: M45; ocre carne. Ha perdido barniz.

4) Fragmento decorado con unas simples estrías. Pasta: M33; tierra verde tostada. Barniz: R11; rojo inglés.

5) Fragmento de cerámica común pintada; quizá perteneció a un olpe. El motivo decorativo presenta una serie de líneas paralelas. Pasta: M70; pardo muy pálido. Pintura: N53; tierra verde tostada.

6) Fragmento de borde de sigillata. Pasta: M39; tierra siena tostada. Apenas quedan vestigios del barniz que tuvo.

7) Fragmento de borde de sigillata. Pasta: M37; tierra siena tostada. Barniz: P15; rojo inglés.

8) Fragmento de borde de sigillata. Pasta: M20; rosa. Tuvo barniz, hoy casi inapreciable.

9) Fragmento de un borde de forma 4 de TSHT, liso. Pasta: M39; tierra siena tostada. Barniz: P19; rojo inglés.

10) Fragmento de un borde de forma 4 de TSHT, decorado con unas acanaladuras longitudinales. Pasta: M39; tierra siena tostada. Barniz: R19; rojo inglés.

11) Fragmento de tegula.

12) Fragmento de tegula.

13) ¿Fragmento de imbrex?

14) Ladrillo fragmentado, decorado en la cara superior con una serie de acanaladuras que se cruzan.

15) Ladrillo fragmentado, decorado de forma similar al anterior.

16) Instrumento de hierro que recuerda una azada, aunque con el orificio para enmangar proporcionalmente pequeño para el peso del objeto.

17) Ladrillo liso, incompleto.

II. LOS TOBARES

18) Fondo de un recipiente de cerámica común, quizá tipo dolium. Pasta: M37; tierra siena tostada.

19) Fragmento de cerámica común, decorado con líneas paralelas horizontales. Pasta: M37; tierra siena tostada. Pintura: P29; tierra de sombra tostada.

20) Fragmento de borde de cerámica común, decorado con líneas paralelas horizontales. Pasta: M20; rosa. Pintura: P27; tierra siena tostada.

21) Fragmento de cerámica común, decorado con una serie de líneas oblicuas y horizontales, tal vez dispuestas en tramas retiformes. Pasta: M20; rosa. Pintura: R29; rojo débil.

22) Fragmento de cerámica común decorado con líneas paralelas horizontales. Pasta: M20; rosa. Pintura: tierra de sombra tostada.

23) Fragmento de cerámica común, decorado con líneas paralelas, tal vez dispuestas oblicuamente. Pasta: M35; tierra verde tostada. Pintura: tierra de sombra tostada.

24) Fragmento de cerámica común, decorado con líneas paralelas, tal vez dispuestas oblicuamente. Pasta: M35; tierra verde tostada. Pintura: P29; tierra de sombra tostada.

25) Fragmento de un vaso sigillata, forma 37 tardía, lleva decoración a base de círculos concéntricos. Pasta: M37; tierra siena tostada. Barniz: T37; ocre oro tostado oscuro; presenta defectos de cocción.

26) Fragmento de sigillata decorado seguramente con círculos concéntricos, separados por una especie de palma. Pasta: M35; tierra verde tostada. Barniz: poco brillante; P15: rojo inglés.

27) Fragmento de sigillata con decoración de tipo burilado. Pasta: M37?; tierra siena tostada. Barniz: R19: rojo inglés.

28) Fragmento de sigillata que presenta unas líneas incisas. Pasta: N19: rojo inglés claro. Barniz: P19; rojo inglés.

29) Fragmento de sigillata decorado con dos arcos superpuestos y cuatro barras onduladas a las cuales precedía otro motivo, quizá animalístico. Pasta: M90; amarillo pálido. Barniz: P39; tierra siena tostada.

30) Fragmento de sigillata lisa. Probable Ritt.8. Pasta: M25; tierra verde tostada. Barniz: P37; tierra siena tostada. El interior no presenta barniz.

31) Fragmento de sigillata lisa. Probable Ritt.8. Pasta: M35; tierra verde tostada. Barniz: N47; tierra siena tostada.

32) Fragmento de sigillata lisa. Probable Ritt.8. Pasta: N19; rojo inglés. Barniz: R17; rojo venecia.

33) Fragmento de sigillata lisa. Probable Ritt.8. Pasta: M67; pardo muy pálido. Barniz: R19; rojo inglés. El interior no presenta barniz.

34) Fragmento de sigillata lisa. Probable forma 17. Pasta: M37; tierra siena tostada. Barniz: R17; rojo venecia.

35) Fragmento de sigillata lisa. Probable Ritt.8. Pasta: M37; tierra siena tostada. Barniz: P20; rojo inglés.

36) Fragmento de asa correspondiente a un recipiente de sigillata. Pasta: L55; rosa. Barniz: S19; rojo venecia.

37) Fragmento de borde correspondiente a un cuenco de cerámica común con un ligero engobe apenas perceptible.

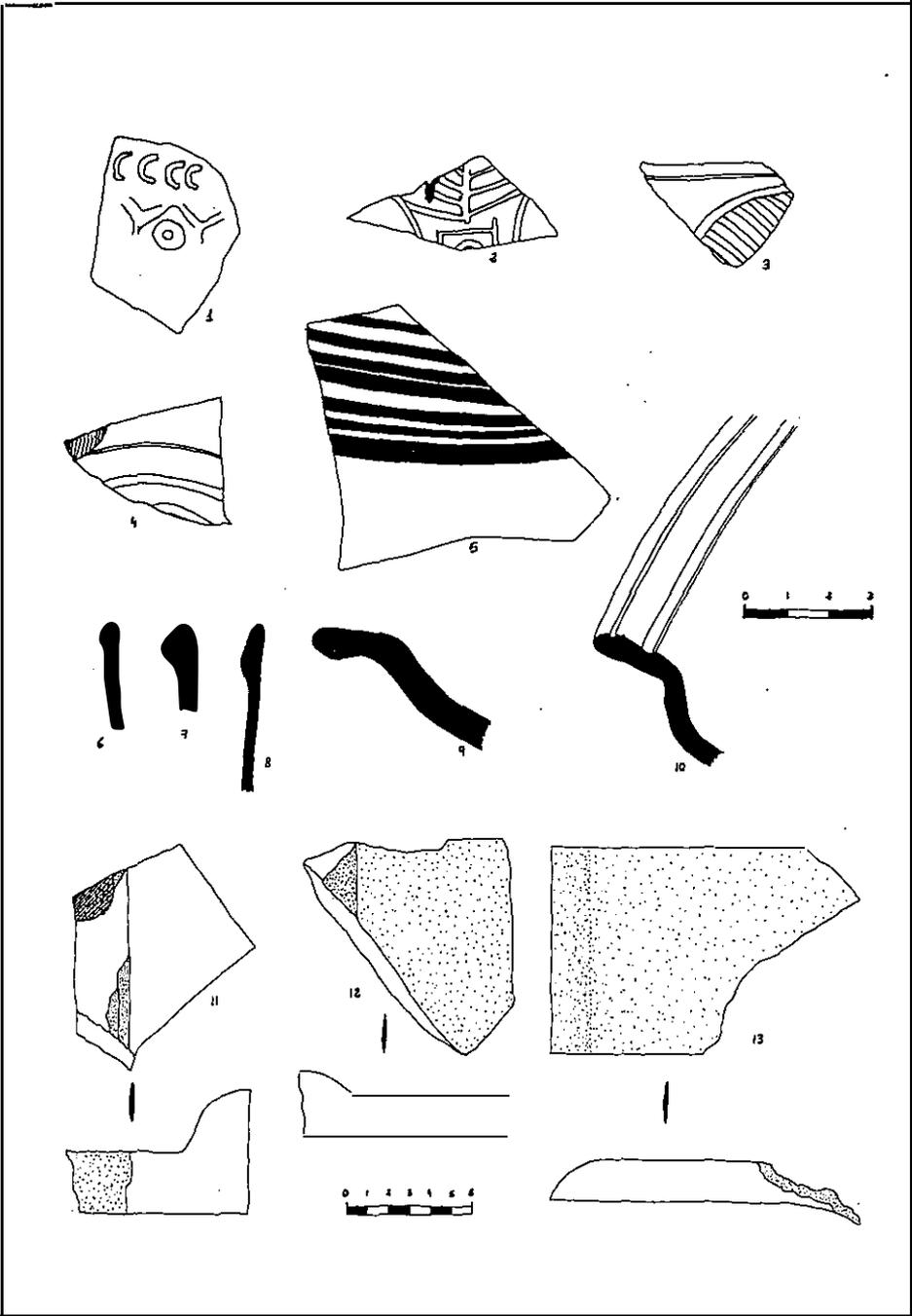
38) Probable fragmento de tapadera o pie de copa. Pasta: M37; tierra siena tostada.

39) Fragmento del fondo de un recipiente de paredes delgadas (2 mm.). Pasta: M37; tierra siena tostada.

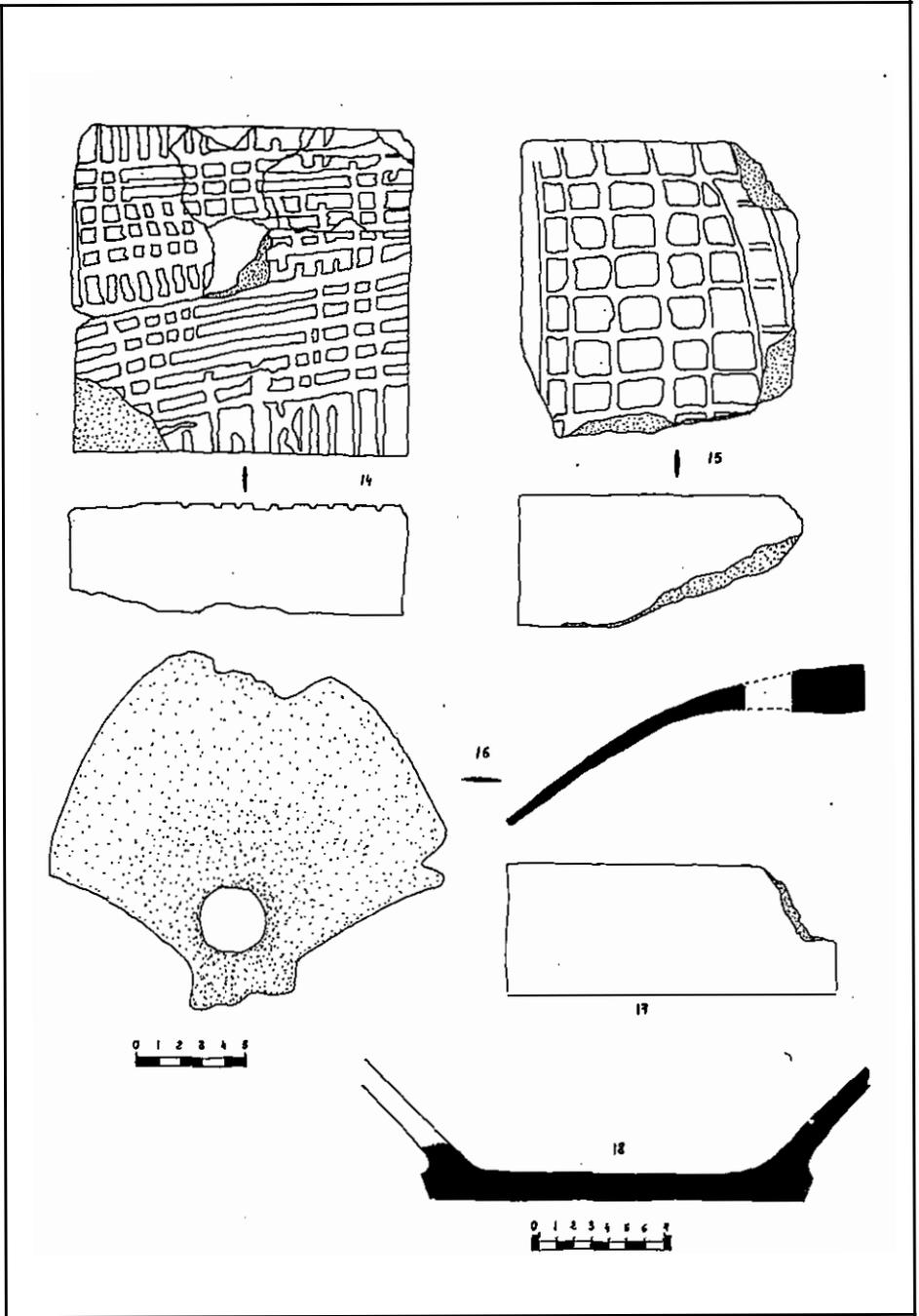
- 40) Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta: M37; tierra siena tostada.
- 41) Fragmento de borde de cerámica común de paredes delgadas (2 mm.). Pasta: M70; pardo muy pálido.
- 42) Fragmento de borde de cerámica común. Pasta: L35; rosa carne.
- 43) Fragmento de borde de cerámica común. Pasta: M29; gris rosa (ext.); N35; tierra siena tostada clara (int.).
- 44) Fragmento de borde de cerámica común. Pasta: M37; tierra siena tostada.
- 45) Fragmento de borde de cerámica común. Pasta: L47; rosa.
- 46) Fragmento de borde de cerámica común. Pasta: M37; tierra siena tostada.
- 47) Fragmento de borde de cerámica común. Pasta: L69; rdo muy pálido.
- 48) Fragmento de borde de cerámica común. Pasta: M35; tierra siena tostada.
- 49) Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta: M37; tierra siena tostada.
- 50) Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta: M37; tierra siena tostada.
- 51) Fragmento de fondo de cerámica común. Pasta: M15; rojo inglés claro.
- 52) Pieza trabajada en un trozo de ladrillo, seguramente, al que se ha efectuado un orificio en la parte superior; del cual se colgaría.
- 53) Fragmento de la piedra solera de un molino. Caliza. Presenta una serie de acanaladuras en el borde.
- 54) Fragmento de la piedra solera de un molino.
- 55) Fragmento de la piedra volandera de un molino.
- 56) Ficha de cerámica obtenida sobre material común. Pasta: M37; tierra siena tostada. Engobe M25; rojo muy pálido.
- 57) Fragmento de asa de un recipiente de cerámica común. Pasta: M49; tierra verde tostada.

BIBLIOGRAFIA

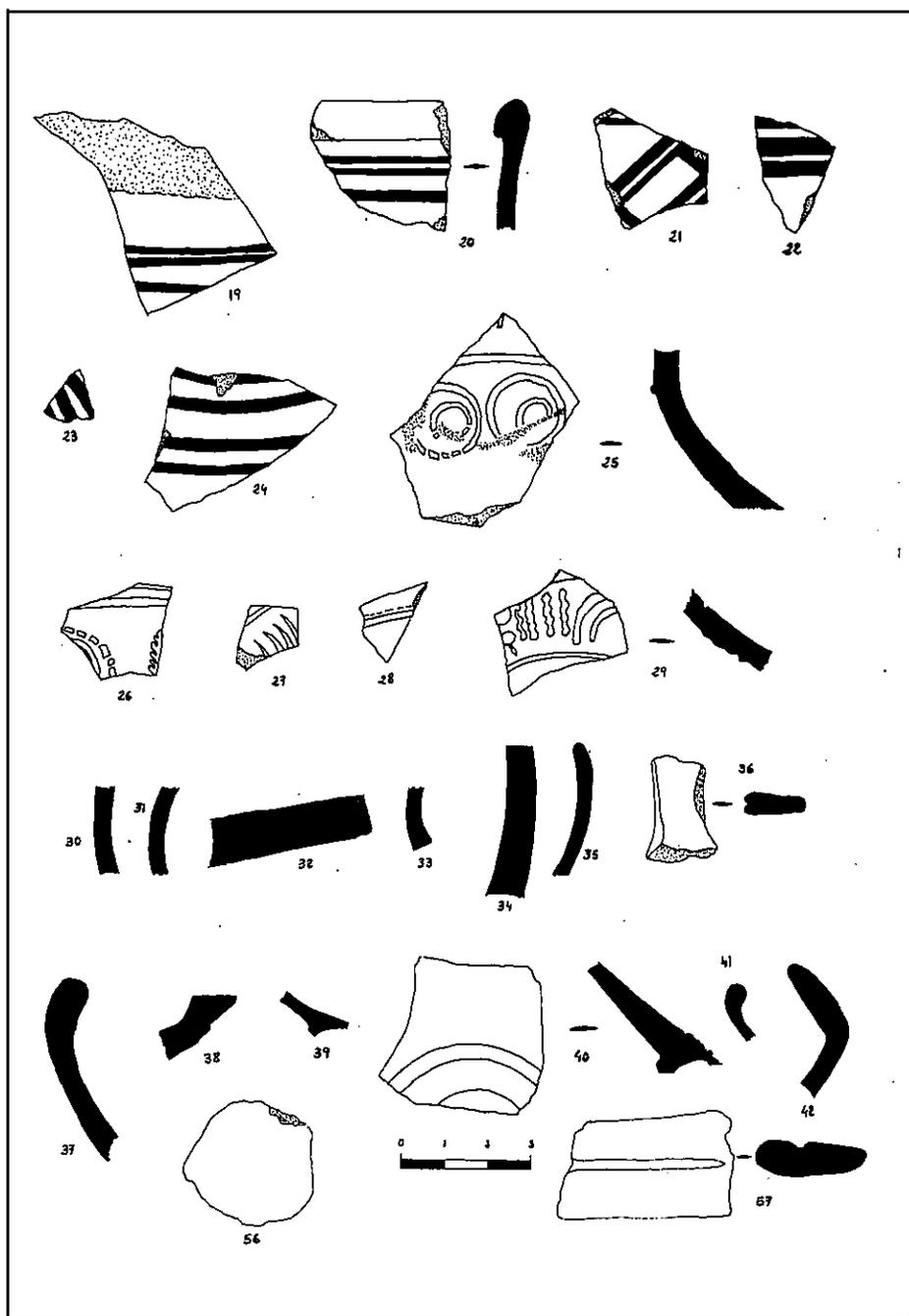
- AGUD QUEROL, M.: «Alba, topónimo preindoeuropeo», I Congreso Internacional del Piri·neo. Zaragoza, 1952.
- ARIAS, G.: «Repertorio de caminos de la Hispania romana». Madrid, 1987.
- CABALLERO ZOREDA, L.: «Arqueología tardorromana y visigoda en la provincia de Soria», Soria, 1984. I Symposium de arqueología soriana.
- CAILLEUX, A.: «Notice sur le code des couleurs des sols». Paris.
- CORONADO, A. y GONZALEZ, C.: «Vías y caminos como elementos de estructura territorial. Análisis aplicado a la vía romana entre Uxama y Clunia», Revista de Investigación, tomo VI, n.º 1-2, Soria, 1982.
- GARCIA DE DIEGO, R.: «Sobre topónimos sorianos y su historia», CELTIBERIA, n.º 18, 1959.
- GARCIA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama», BSAA, XXXVI, 1970.
- GARCIA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama», BSAA, XXXVII, 1971, págs. 85-119.
- GARCIA MERINO, C.: «Población y poblamiento en Hispania romana. El Conventus Cluniensis», Valladolid, 1976.
- LOPERRAEZ, J.: «Descripción histórica del Obispado de Osma», ed. facsímil de Ed. Turner, Madrid, 1978, vol. III.
- MAÑANES, T. y SOLANA, J.M.ª: «Ciudades y vías romanas en la cuenca del Duero (Castilla-León)», Valladolid, 1985.
- MENENDEZ PIDAL, R.: «Orígenes del español», Madrid, 1976.
- MEZQUIRIZ, M.A.: «Terra sigillata hispánica», Valencia, 1961.
- ORTEGO, T.: «La villa romana de Los Quintanares, en el término de Rioseco de Soria», IX, C.A.N., Valladolid, 1965.
- ORTEGO, T.: «Edad antigua», en la obra colectiva dirigida por J.A. Pérez Rioja; «Historia de Soria», vol. I, Soria, 1985.
- PALOL, P. DE y CORTES, J.: «La villa romana de la Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia)», Madrid, 1974.
- PALO, P. DE: «Castilla la Vieja, entre el Imperio Romano y el Reino Visigodo», Valladolid, 1970.
- SAENZ RIDRUEJO, C.: «Soria durante la Reconquista», en la obra colectiva dirigida por J.A. Pérez Rioja «Historia de Soria», vol. I, Soria, 1985.
- TARACENA, B.: «Carta arqueológica de España. Soria», Madrid, 1941.
- VV.AA.: Terminología y criterios de atribución en la terra sigillata hispánica», Boletín del Museo Arqueológico Nacional, I, n.º 2, 1983.



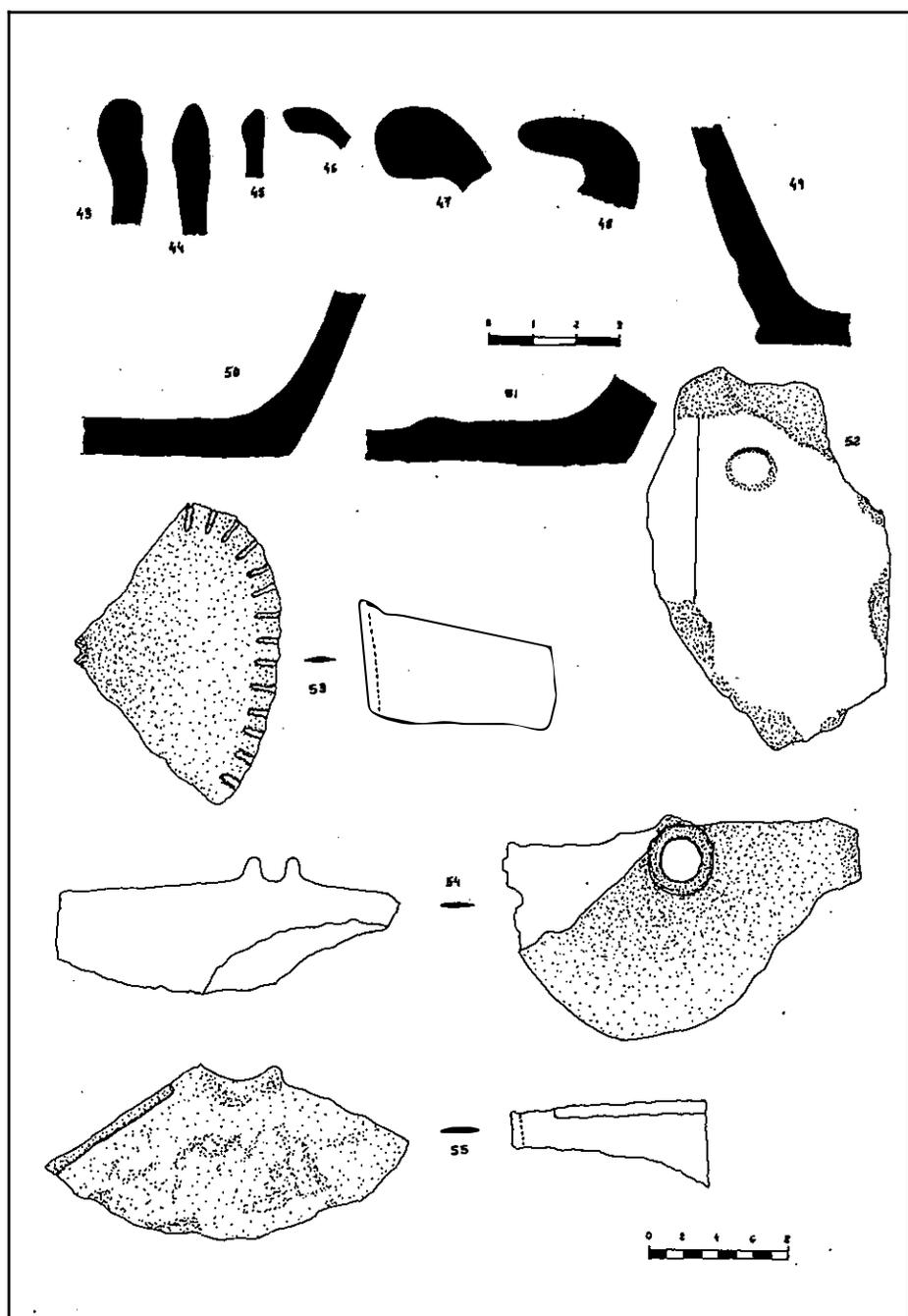
LAMINA I.—Materiales del Alto de la Poza. Torralba del Burgo.



LAMINA II.—Materiales del Alto de la Poza (n.º 14-17) y de Los Tobares (n.º 18).
Torralba del Burgo.



LAMINA III.—Materiales de Los Tobares. Torralba del Burgo.



LAMINA IV.—Materiales de Los Tobares. Torralba del Burgo.



LAMINA V.—Fotografía n.º 1: El Alto de la Poza, visto desde la iglesia. Torralba del Burgo.
Fotografía n.º 2: Vista general de Los Tobares. Torralba del Burgo.



NECROPOLIS TARDORROMANAS EN SORIA

A. FUENTES*

La provincia de Soria ha estado en la encrucijada de cuantos estudios se han realizado sobre la Hispania Antigua y más particularmente los referidos a la Meseta Norte. La pléyade de investigadores que aquí han trabajado desde antes incluso de nuestro siglo, ha convertido a Soria en una provincia realmente privilegiada en lo arqueológico.

Precisamente uno de los sujetos histórico-arqueológicos de mayor relevancia en los últimos años referidos a la España tardorromana, que ha generado un caudal notabilísimo de bibliografía y que ha animado de manera especial nuestro Bajo Imperio, las «Necrópolis del Duero» y su traducción histórica: el *Limes* hispano tardío, tuvo en Soria su origen y territorio de abundantes hallazgos.

Cuanto sigue trata de ser una revisión desde el caso soriano del fenómeno de las Necrópolis del Duero. Nada de lo que vamos a decir es del todo nuevo, pues está extraído de nuestra memoria doctoral¹, parcialmente publicada hace poco². Pero su falta de novedad no excluye, a nuestro entender, la oportunidad de tratarlo en este Congreso de Arqueología Soriana, donde fue por última vez —que sepamos— que se defendió por escrito su existencia³. Parece lógico pues que sea aquí donde se haga la revisión oportuna.

Además un congreso como este, cuyo interés traspasa el ámbito local y regional, constituye un foro privilegiado para dar a conocer a un público no necesariamente especializado en el Bajo Imperio castellano este tipo de nuevas versiones como la que proponemos. La presencia sustanciosa de futuros y jóvenes investigadores aconseja, por lo demás, reiterarlas.

La pista sobre el origen de las Necrópolis del Duero nos lleva a la fructífera y dilatada estadía soriana de D. Blas Taracena. Basándose en los hallazgos de Suellacabras y en sus excavaciones de Taniñe, reparó en la existencia de unas características comunes a las mismas y que luego se ampliarían a otras similares. Taracena conocía muy bien el material germánico y describió los primeros

(1) FUENTES DOMINGUEZ, A.: *Estudio Arqueológico del Bajo Imperio en Castilla; Las Necrópolis del Duero*, Memoria doctoral inédita, U.A. Madrid, 1986.

(2) FUENTES DOMINGUEZ, A.: *La Necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas Necrópolis del Duero*, *Arqueología Conquense X*, Cuenca 1989.

(3) CABALLERO ZOREDA, L.: «Arqueología tardorromana y visigoda de la Provincia de Soria». *I^{er} Symposium de Arqueología de Soria*, col. *Temas Sorianos*, Soria, 1984, págs. 433 ss.

fundamentos teóricos y formales de estos conjuntos, como son la presencia anómala de ajuares (respecto a la pauta observada en necrópolis contemporáneas que carecían de él), o la presencia de materiales como las hachas, que él consideró como la «francisca» o hacha arrojadiza germánica⁴ y en general las asoció a los primeros momentos de la presencia goda en Hispania, señalando su fuerte influjo ostrogodo.

A pesar de que lo esencial de las tesis de Taracena no se formularía hasta 1941 por escrito y a pesar de que Rivera Manescau identificara los mismos fenómenos en Simancas⁵, sería Zeiss quién en 1934 al estudiar las necrópolis visigodas de toda España, conocedor de las anteriores y en buenas relaciones personales con sus excavadores, ya las aisló como fenómeno arqueológico distinto dentro de lo tardorromano, cuestionando su filiación visigoda⁶.

Después sólo hubo que esperar el aluvión de nuevos yacimientos y sobre todo los fundamentales trabajos de Palol sobre múltiples aspectos formales e interpretativos de las que ya llamó «Necrópolis del Duero».

LAS NECROPOLIS. (Fig. 1)

Pasamos, a continuación, a extraer lo que de más significativo sabemos de las necrópolis sorianas identificadas como del Duero por la mayoría de los autores. Naturalmente sin intención alguna de catálogo.

SUELLACABRAS

Estas necrópolis fue hallada por Lorenzo Aguirre en 1858. En 1890 fue excavada con el resultado de un número indeterminado de enterramientos del tipo común de fosa revestida de lajas de piedra y el cadáver depuesto con la cabeza hacia el oriente. Conocemos los materiales fundamentalmente por la descripción de Taracena, gracias al cual sabemos detalles como que el difunto descansaba en parihuelas de madera. Los ajuares, muy ricos, constaban de vasos de bronce (Fig. 2) y vidrio (ungüentarios), placas de bronce (¿de cajas de madera o del propio ataúd?), hebillas de cinturón, sortijas y osculatorios⁷ y curiosamente espadas, que ya no se han vuelto a encontrar en ninguna otra necrópolis ni soriana ni del Duero. Otro dato interesante y nunca más comprobado es la presencia de estelas o hitos en la cabecera de los enterramientos.

(4) TARACENA AGUIRRE, B.: «Excavaciones en algunos sitios de la Provincia de Soria». M.J.S.E.A., 75, 5 (1924-25), págs. 1 y ss. y también TARACENA AGUIRRE, B.: Carta Arqueológica de España. Provincia de Soria, Madrid, 1941, págs. 156-57.

(5) RIVERA MANESCAU, S.: «La Necrópolis visigoda de Simancas», B.S.A.A., XIII-XXI, (1936-39), págs. 1 y ss.

(6) ZEISS, H.: Die Grabfunde aus dem Spanische Westgottenreich, Berlin-Leipzig, 1934, págs. 22 y 82.

(7) TARACENA, B.: «Excavaciones en algunos sitios...». Op. cit., págs. 11 y 13.

Es posible que se confundiera cualquier instrumento de hierro, deformado por la herrumbre, con una espada; o bien que se tratara de verdaderos cuchillos de tipo «Simancas» luego perdidos, aunque esto nos parece improbable. Alguna confusión similar podría explicar la mención de estelas en las tumbas; bien alguna piedra en las cercanías de la cabecera, bien la misma laja del testero. Los materiales más significativos los publicaría más detalladamente Palol en sus obras generales referidas a cada uno de ellos.

TANIÑE

Muy próximo a la anterior necrópolis de Suellacabras, es conocida por haber sido excavada por Taracena. Se exhumaron menos enterramientos que en Suellacabras, sólo 11, consistentes en fosas orientadas norte-sur y revestidas de lajas de piedra.

En su interior y dentro de ataúdes de madera, de los que se conservaron los restos, aparecieron pocos objetos de ajuar: vasos de cerámica (T. Sigillata Tardohispánica) y vidrio (los consabidos ungüentarios), alguna hebilla de bronce y «armas», un enterramiento con un hacha de un sólo filo y una lanza (Fig. 3). La cronología que Taracena supuso para esta necrópolis —como para la anterior de Suellacabras— fue del siglo V de nuestra Era⁸.

Hay que anotar la gran importancia que supuso para la teoría general de las Necrópolis del Duero algunos aspectos parciales de estos dos conjuntos cimiteriales. No sólo la aparición de las «armas» y su filiación germánica —en hipótesis enseguida aceptada entusiásticamente por todos los investigadores posteriores—, sino la asociación propuesta por Taracena de las necrópolis con hábitats fortificados próximos (castros prerromanos con habitación tardorromana) y que habrían de sustentar la tesis de los *Castella* del Limes del Duero a la manera en que todavía en nuestros días lo sostiene *avant la lettre* J.M. Blázquez⁹.

Igual importancia teórica supuso la paralelización de elementos rituales, como la orientación N-S de las tumbas de Taniñe, con los enterramientos centroeuropeos contemporáneos de Letes; prueba irrefutable de la procedencia extrapeninsular de los inhumados en estos cementerios, en la línea de lo ya apuntado con otros indicios.

ALDEA DE SAN ESTEBAN

En realidad más que una necrópolis en sí, se trata de los materiales recogidos en un hallazgo irregular del que, claro, no nos han llegado detalles sobre el enterramiento en cuestión, tipo o ritual, extensión del cementerio o grado de representatividad del hallazgo. Conocemos el ajuar que fue publicado por Palol¹⁰.

(8) TARACENA, B.: Carta Arqueológica de Sorla...». Op. cit., pág. 157 y «Excavaciones en algunos lugares». Op. cit., págs. 31 y ss.

(9) BLÁZQUEZ, J.M.: «Der Limes hispaniens im 4. und 5. Jahrhundert. Forschungsstrand; Niederlassungen der Laeti o der Gentiles am Flusslauf der Duero», XII Congress of Roman Frontier Studies (1979). B.A.R. Series, 71 (I) 1980, págs. 345 ss.

(10) PALOL SALELLAS, P.: «Hallazgos tardorromanos de los siglos IV y V en la Provincia de Sorla». *Pyrenae* VI (1970), págs. 185-201.

Ciertamente se trata de un ajuar excepcional por su calidad y significación (quizás el más bello cuchillo de tipo Simancas que nos ha llegado) pero que no creemos que sea extensible al resto de la necrópolis. Hemos comprobado personalmente en todas las Necrópolis del Duero que los hallazgos únicos son casi siempre excepcionales y por ello fueron entregados a los Museos o llegados a conocimiento de los arqueólogos. Este es el caso, palmario, de Fuentespreadas, donde Caballero conoció un hallazgo excepcional —apabullante— que sólo se dió en un enterramiento con más de cien objetos de ajuar y los restantes fueron mucho más parcos o si se prefiere más «normales».

El ajuar de Aldea de San Esteban estaba formado por un vaso de cerámica común, un acetre de bronce, un cuchillo de Simancas al que ya nos hemos referido, con inscripción y un útil profesional depositado como ofrenda (Fig. 4).

LOS TOLMOS DE CARACENA

De nuevo un sólo enterramiento, aunque hay viejas noticias de hallazgos de más enterramientos facilitadas por Taracena¹¹. De estos hallazgos antiguos sabemos de la aparición de varios enterramientos con cerámicas «estampadas», con seguridad T. S. Tardohispánica estampada y al menos un útil profesional, un hacha-pico.

Pero el hallazgo más interesante lo realizó A. Jimeno en sus excavaciones en el yacimiento protohistórico contiguo al que nos interesa¹². Es un único enterramiento de esos que sin faltar en ningún país europeo en esta época, se escapan completamente a cualquier intento de clasificación tipológica.

Para empezar cabe dudar de que se pueda hablar de verdadero enterramiento. La excavación de Jimeno es precisa y minuciosa y la publicación deja pocas dudas al respecto: más parece ocultamiento que verdadero enterramiento; pues el cadáver, un joven depuesto casi en posición fetal, aparecía cubierto con lajas de piedra irregulares, sin que se pueda hablar de fosa o algo parecido.

El ajuar consistía en dos acetres de bronce, depósito funeral habitual en otras necrópolis y que impide lucubrar sobre el carácter subrepticio o violento de este enterramiento. En los alrededores de esta tumba se encontró su descubridor abundantes restos de la época entre los que destacan la cerámica, una pátera de bronce, útiles profesionales, hebillas, botones, etc. (Fig. 5).

Estas son las cuatro necrópolis sorianas atribuidas al conjunto de las del Duero. Cabría pensar que no son muchas, ya que de Aldea sólo conocemos un enterramiento. En Los Tolmos de Caracena ocurre lo mismo por más que se tengan noticias y aun materiales de otros. Pero no está nada mal en el cómputo general de toda la llamada Subcultura del Duero. Salamanca tiene tres necrópolis de las cuales una, Santillán, es más que dudosa; Palencia tiene dos, Burgos otras dos,

(11) TARACENA, B.: Carta Arqueológica de Soria... Op. cit., págs. 49 y 50.

(12) JIMENO, A.: «Aportación al estudio de las Necrópolis del Duero. Los Tolmos, Caracena (Soria)». Rev. Investigación, III (1979), págs. 9 ss.

Zamora y Segovia sólo una. Incluso Avila, provincia dentro de la cuenca del Duero no tiene, por el momento, ninguna asignada. Sólo Valladolid tiene más de cuatro necrópolis.

Si a ello añadimos los hallazgos relacionables con los materiales de las necrópolis y que componen el horizonte material de la «Subcultura del Duero», hallazgos como los de Tarancueña y Vadillo y algunos más que se han ido añadiendo al cabo de los años, nos encontramos con una provincia en el epicentro de este fenómeno definido por sus necrópolis.

LAS OTRAS NECROPOLIS

Pero no son sólo estos cuatro conjuntos los únicos relacionables con sus congéneres, hay otros testimonios que en lógica deberían añadirse a la ya nutrida lista por sus afinidades geográficas, cronológicas, tipológicas y arqueológicas; por más que sus publicadores no lo hayan hecho o lo hayan evitado. De hecho el concepto «Subcultura» se definió precisamente ante la evidencia de la uniformidad arqueológica materializada por yacimientos de distinta índole. Veamos cuáles se podrían incluir con toda justicia entre los anteriores.

En la ciudad romana de Tiermes se encontraron dos enterramientos tardíos que publicó Argente y que se localizaron al excavar el acueducto de la ciudad. Los enterramientos, oportunistas pues se realizaron aprovechando el *specus* del mismo acueducto, se escapan también a la tipología al uso. Uno de ellos sólo contenía además del difunto numerosos clavitos o tachuelas del calzado. El otro un ajuar completo con instrumental profesional de un carpintero¹³.

Argente evitó hábilmente cualquier mención a las Necrópolis del Duero y eso que utilizó con liberalidad la bibliografía referida a ellas para el estudio de los materiales, sin duda había en Tiermes aspectos que hacían rechinar la lógica de la teoría establecida.

No obstante parece lógico asociar los hallazgos termestinos a los restantes, con muchos menos argumentos se incluyeron necrópolis como la salmantina de Santillán. Los ajuares parecen corroborarlo. No hay, si bien es cierto, arma alguna; pero hay otras necrópolis que también carecen de ellas. Por lo demás algún autor quiso ver en las tachuelas de calzado elemento primordial de sus materiales.

Pero aún hay más testimonios aislados que igualmente pudieran pertenecer a necrópolis de esta clase. Además de hallazgo de Tiermes y materiales citados varias veces de Uxama, tenemos el dato de una tercera ciudad soriana: Ocilis. Aquí, según notas de Rabal recogidas por Taracena¹⁴, se habla de unas sepulturas en

(13) ARGENTE OLIVER y ALONSO, A.: «Dos enterramientos bajoimperiales en el acueducto de Tiermes». *Actas I Sym. Arqueología Soriana, Soria (1984)*, págs. 417 ss.

(14) RABAL, N.: «Ocilis. Memoria de la excavación practicada en 1924-25». *M.J.S.E.A.*, 12 (1924-25), 1926, pág. 9.

la ladera del yacimiento que baja al llano y que contenían ajuares, aunque no se especifican. Sepulturas de inhumación con ajuares y en los márgenes de una ciudad romana como Ocilis que sin duda deben ser similares a los de Tiermes y del resto.

En Rebollo de Duero, en el paraje de la Sinoga, Revilla¹⁵ recoge el dato del hallazgo de una sepultura «de cal y canto» que contenía en su interior un puñal. Debe tratarse de un enterramiento tardorromano por la tipología funeraria (la tumba de argamasa no es ajena a las Necrópolis del Duero) y por los hallazgos del entorno; con lo que nos encontraríamos ante otro conjunto. Falta saber se el cuchillo podría añadirse al catálogo de los Simancas o es de otro tipo, cosa que sería todavía más interesante.

En Villabuena, en las Retuertas, se citan también sepulturas de inhumación que contenían como ajuar un unguentario y una sortija¹⁶ y que dejan pocas dudas sobre su cronología tardorromana, con lo que ya tenemos otra necrópolis más que sumar a la lista.

Hay casos más dudosos, como el de Cuevas de Soria, donde según información de Loperráez, se hallaron «sepulcros monolíticos»¹⁷ que no tienen por qué ser necesariamente tardorromanos, sino visigodos. Nada se dice además de ajuares. Pero ninguna de estas cosas son argumentos por sí mismos y tampoco nos deben precipitar a un juicio negativo. Hay infinidad de tumbas en las necrópolis del Duero, la abrumadora mayoría, sin ajuar. Y tampoco faltan enterramientos con sarcófagos de piedra en los conjuntos del Duero. Así por ejemplo se han descrito en un área marginal (y seguramente muy tardía) de las Merchanas en Salamanca. No es pues seguro, pero tampoco improbable.

Con esta nueva relación que está extraída de una lectura de urgencia de la bibliografía arqueológica soriana más al uso, y por lo tanto, con carácter de urgencia y sin ánimo de exhaustividad; vemos cómo ha crecido en número y variedad el elenco de Necrópolis del Duero en la provincia de Soria, en la que tienen no ya su epicentro, sino su verdadero paraíso y florecimiento.

LA REINTERPRETACION

En los últimos años, empero, se han multiplicado las evidencias contrarias a la existencia de las Necrópolis del Duero tal y como se venían proponiendo desde sus diversos planos teórico, histórico y arqueológico. Nosotros hemos dedicado buena parte de nuestra actividad a tratar de estos y parecidos asuntos¹⁸.

(15) REVILLA ANDIA, M.L.: Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán, Soria, 1985, pág. 240.

(16) TARACENA, B.: Carta Arqueológica de Soria... Op. cit., 175-76.

(17) Idem., pág. 60.

(18) Recogido en nuestros trabajos citados en notas 1 y 2.

Por lo pronto hay que destacar que la propia nomenclatura «*Necrópolis del Duero*» cada día resulta más inconveniente ya que la extensión del fenómeno no es que se aparte de tal reducción geográfica dentro de la Meseta Norte, sino que alcanza plenamente toda la Submeseta Sur; con necrópolis conocidas de antiguo en las provincias de Toledo, Ciudad Real y Albacete y hasta ahora calificadas gratuitamente de «asociadas» y con otros conjuntos nuevos en Madrid y Cuenca¹⁹.

La extensión al Valle del Tajo y Guadiana de estas necrópolis privan de consistencia teórica a su asociación con cualquier tipo de dispositivo militar o defensivo al Valle del Duero e invalidan, de manera absoluta y tajante, la hipótesis del *Limes* del norte peninsular. Este sería el primer argumento que tener en cuenta.

Desde un análisis estrictamente arqueológico, no salen tampoco muy bien paradas las Necrópolis del Duero. Los ajuares, su sola aparición, fueron argumento esgrimido desde el principio para su segregación como conjuntos cimiteriales diferentes. El problema es que nunca jamás se llegó a esclarecer cuál era el contexto funerario en el que se desenvolvían nuestros peculiares conjuntos. No basta la simple presencia de ajuar para diferenciarlas, pues el porcentaje de enterramientos sin depósito de ajuar en las N.D. es abrumador respecto a las que lo poseen. Y tampoco es cierto que fuera de las N.D. los enterramientos contemporáneos siempre carezcan de él.

Cabe decir lo mismo de algunos aspectos rituales como son la orientación anómala de algunos enterramientos o conjuntos, como la de Taniñe (Norte-Sur) que en teoría les acercaría a los enterramientos de Letes centroeuropeos. El problema es que en la práctica esta orientación atípica se da en escasas ocasiones y a gran escala sólo en Taniñe. Sería injusto achacar a toda una serie de cementerios características vistas en sólo uno de ellos. Además es claro que en Taniñe esta orientación viene inducida por la disposición de las tumbas en una pendiente de ladera orientada E-W. Caso de haber respetado la disposición tradicional y habitual, hubiera exigido o colocar las tumbas en declive o tener que excavar mucho más profunda la cabecera o los pies. La solución más lógica es la adoptada, disponer las fosas en sentido transversal a la pendiente. Un caso similar se da también en la necrópolis salmantina de Las Merchanas y por idénticas causas. No parece que sea este el nexo de unión con las tropas de origen centroeuropeo que durante tanto tiempo se tuvo por seguro.

Respecto del carácter militar de algunos de los ajuares, hay muchas precisiones que hacer. Para comenzar hay que decir que no aparecen armas de uso inequívocamente militar en las tumbas, sino asociaciones de herramientas y armas de contrastado empleo venatorio.

Comenzando por el cuchillo de tipo Simancas, esperamos dar pronto a la luz un trabajo monográfico dedicado específicamente a él, por lo que no queremos hacer demasiado hincapié ahora. Es una pieza desconocida fuera de nuestras fronteras —y ya extraña que pretendidos soldados extranjeros adopten al llegar a

(19) Para la de Cuenca, nos remitimos a la nota anterior, para la de Madrid: CABALLERO ZOREDA, L.: «Hallazgo de un conjunto tardorromano en la calle Sur de Getafe (Madrid)». Bol. Museo Arqueológico Nacional, III (1985), págs. 97 ss.

Hispania un arma nueva—; pero tampoco se trata de una arma plenamente, sino de un cuchillo montero, aspecto que ya resaltaron en su momento Palol y García Merino²⁰, con una longitud de la hoja que raramente supera un palmo y cuya disposición en las tumbas, manera de sujetar y asociación con otras «armas» lo convierten en un cuchillo de caza pero jamás en un arma ni ofensiva ni defensiva, o al menos no más que cualquier otro utensilio doméstico de características afines. La decoración venatoria de los ejemplares de Lancia y Segóbriga²¹ abonan en favor de esta interpretación ya vieja aunque lamentablemente desestimada.

Algo similar cabe decir con las lanzas y las hachas. Las lanzas son de un tipo muy común —y por cierto lejano del prototipo del *pilum militar*— y se pueden ver representadas hasta la saciedad en cualquier escena de caza mayor o menor de las que tanto abundan en pinturas y sobre todo en mosaicos bajoimperiales, también de nuestro país. Las hachas son verdaderos instrumentos profesionales y no armas; y como tales aparecen asociadas en la mayoría de los casos a otros útiles carpinteros como garlopas, leznas, punzones, etc. La asociación de las tres armas es, por lo demás bastante rara y, cuando se da, muy escueta: las tres piezas y nada más. Nunca repetidas, a diferencia de las tumbas de letes donde aparecen verdaderas armas (espadas, arcos, cascos) y varios ejemplares en una misma tumba. Curiosa ausencia de armas entre los ajuares de quienes precisamente por ello fueron denominados militares o paramilitares. La asociación de nuestras necrópolis hispanas más bien nos indican la presencia de un cazador que de un militar.

También discrepamos de la interpretación litúrgico-ritual que se ha dado a los ajuares de las N.D. en función del hallazgo de elementos de «prestigio» como las páteras de bronce o las mismas armas. No puede haber liderazgo militar alguno ostentado por el difunto con la inclusión de armas, ya que vemos en realidad que no lo son. Algo similar ocurriría con los recipientes de bronce, en lo que se ha querido ver el liderazgo espiritual del enterrado. No son los recipientes verdaderos elementos de prestigio. Tal prestigio en este tipo de objetos y en esta época no podía ser expresado sino con materiales ricos: oro y, más comunmente, plata. El bronce se mueve en un plano inferior y ocupa el simple segmento de la «vajilla de lujo» más común. Y a tenor de ésto se puede explicar su proliferación entre los hallazgos de villas y ciudades bajorromanas.

Su inclusión en las tumbas tiene que ver con aspectos rituales, pero no de liderato o prestigio, sino meramente funerales o bien con ofrendas alimenticias, armas de caza, instrumental profesional, etc.

Estas no pueden ser las tumbas de ningún grupo social privilegiado bajoimperial. Ya sabemos cómo se entierran verdaderamente estos grupos en Hispania: en mausoleos como el de Constantí (Tarragona) o en la Meseta como el de

(20) PALOL SALELLAS, P.: «El cuchillo hispanorromano del siglo IV», B.S.A.A., 40 (1964), pág. 92 y GARCÍA MERINO, C.: «Nueva necrópolis tardorromana en la provincia de Valladolid. El conjunto arqueológico de Castrobol», B.S.A.A., 40-41 (1975), pág. 522.

(21) GARCÍA BELLIDO, A.: «Puñales tardorromanos de Lancia y Coaña». A. Esp. Arq. 57 (1984), págs. 179 ss. y FUENTES, A.: «Bronces tardorromanos de Segóbriga», Homenaje al Profesor Almagro, t. III, Madrid 1983, págs. 439 ss.

Vildé —para una época inmediatamente anterior— o el de Vegas de Pueblanueva (Toledo). Algunas tumbas y particularmente las más ricas en su apariencia y ajuar, más parecen pertenecer a grupos «privilegiados» de la masa de población que, como los pequeños artesanos o campesinos libres, han podido sustraerse a la tendencia común de servilización contemporánea. Este y no otro debe de ser el humilde privilegio que tan humildes ajuares denotan.

En consecuencia y resumen, estas necrópolis, llamadas hasta la fecha del Duero y que ahora cuando menos habría que cambiar su nombre por alguno de mayor latitud, no son sino la expresión de la peculiaridad con que se manifiesta lo funerario de la peculiar sociedad tardorromana de la Meseta hacia mediados del siglo V de C. Son las necrópolis donde se entierra la población común y ello explica el porqué nunca se llegó a aclarar cuáles eran los lugares de enterramiento «normales» que con ellas coexistieron.

En ellas se refleja la complejidad de los pulsos vitales que animan la sociedad contemporánea, a caballo entre viejas herencias enquistadas en la romanidad como parte indivisible de la misma y manifestadas tanto en la cultura material como en determinados hábitos funerarios que tienen su origen en la ya entonces nebulosa etapa prerromana. Y a caballo también de la actualidad más decidida, expresada en la rabiosa pujanza de algunos fenómenos económico-sociales como los que habrá que ir observando en el florecer de las grandes posesiones señoriales tardorromanas que hacen del Bajo Imperio una segunda Edad de Oro de la Romanidad castellana y de las que la provincia de Soria vuelve a estar en cabeza en cantidad y calidad.

No hay Limes, ni limitáneos (*ni Honoriaci, ni Burgarii, ni Letes, ni...etc.*), ni Soria queda en el epicentro de ningún acervo fenómeno de militarización, ni sus necrópolis tardías —con ser muchas— expresan ninguna anomalía. Sólo queda, en consecuencia, liberar un espacio en el que, al desestimar lo que teníamos por seguro, se nos manifiesta con mayor crudeza la magnitud de cuanto todavía desconocemos.

Bien sé que los estudios clásicos y más los bajojorromanos no están de moda, preteridos casi siempre por periodos anteriores y posteriores más atractivos a los ojos de los jóvenes y no tan jóvenes investigadores. Pero ello no les priva ni de un ápice de su interés. A ese interés apelo apasionadamente para seguir trabajando en este campo donde hay sitio para todos porque casi todo queda por hacer.

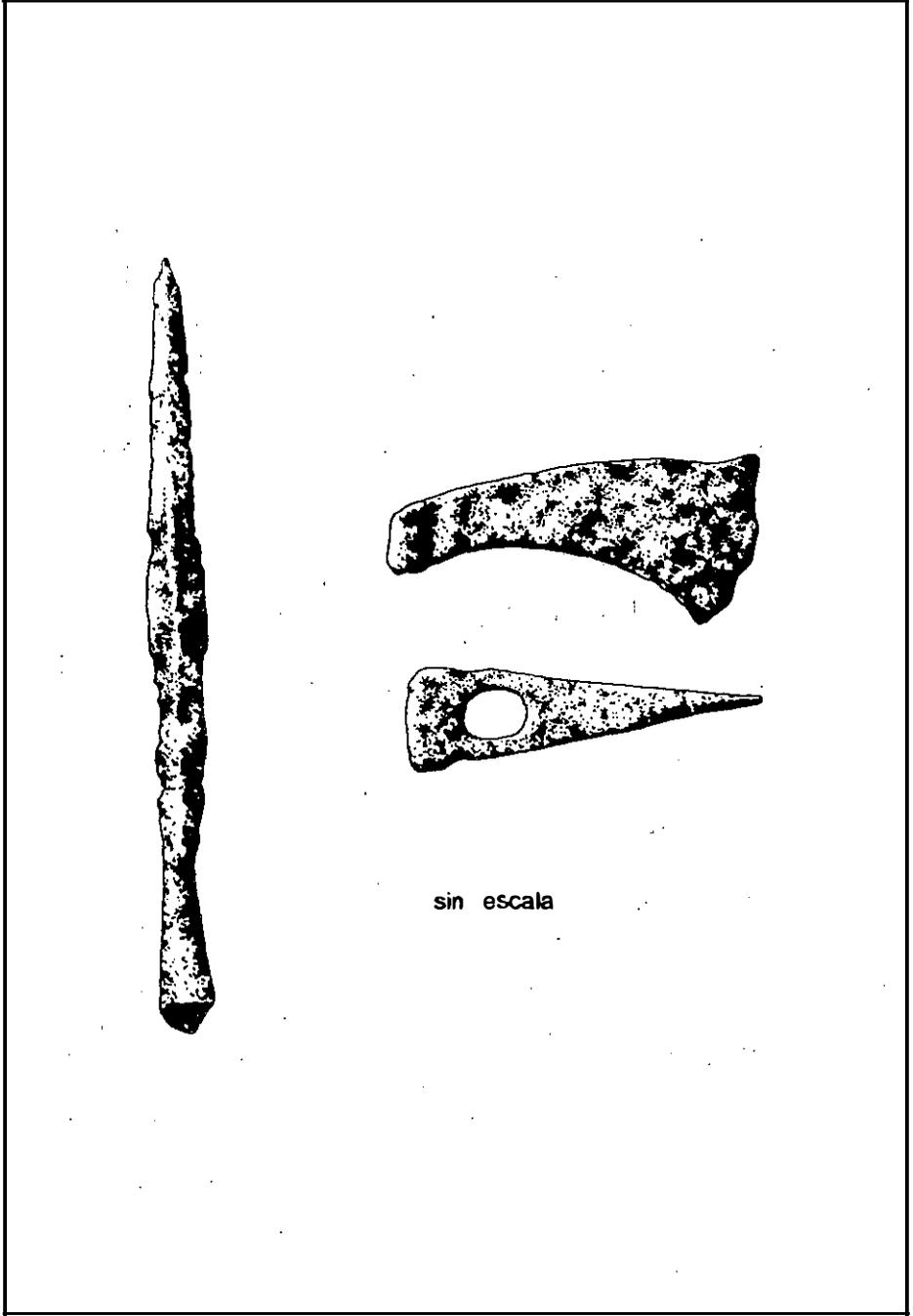


FIG. 3.—Ajuar de la t. 3 de Taniñe (según Raddatz).

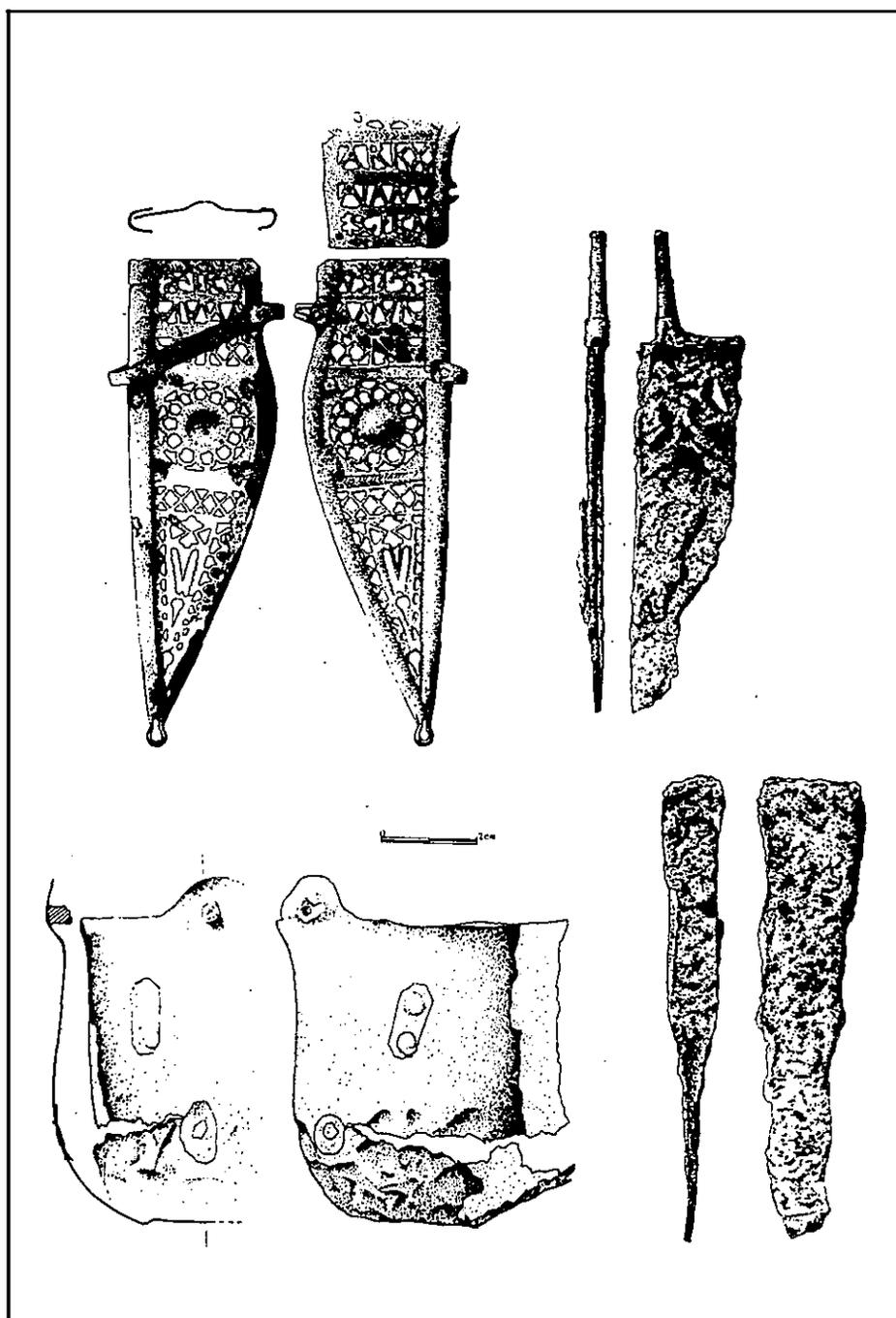


FIG. 4.—Diversos objetos del ajuar de la t. 1 de Aldea de San Esteban (según Palol).

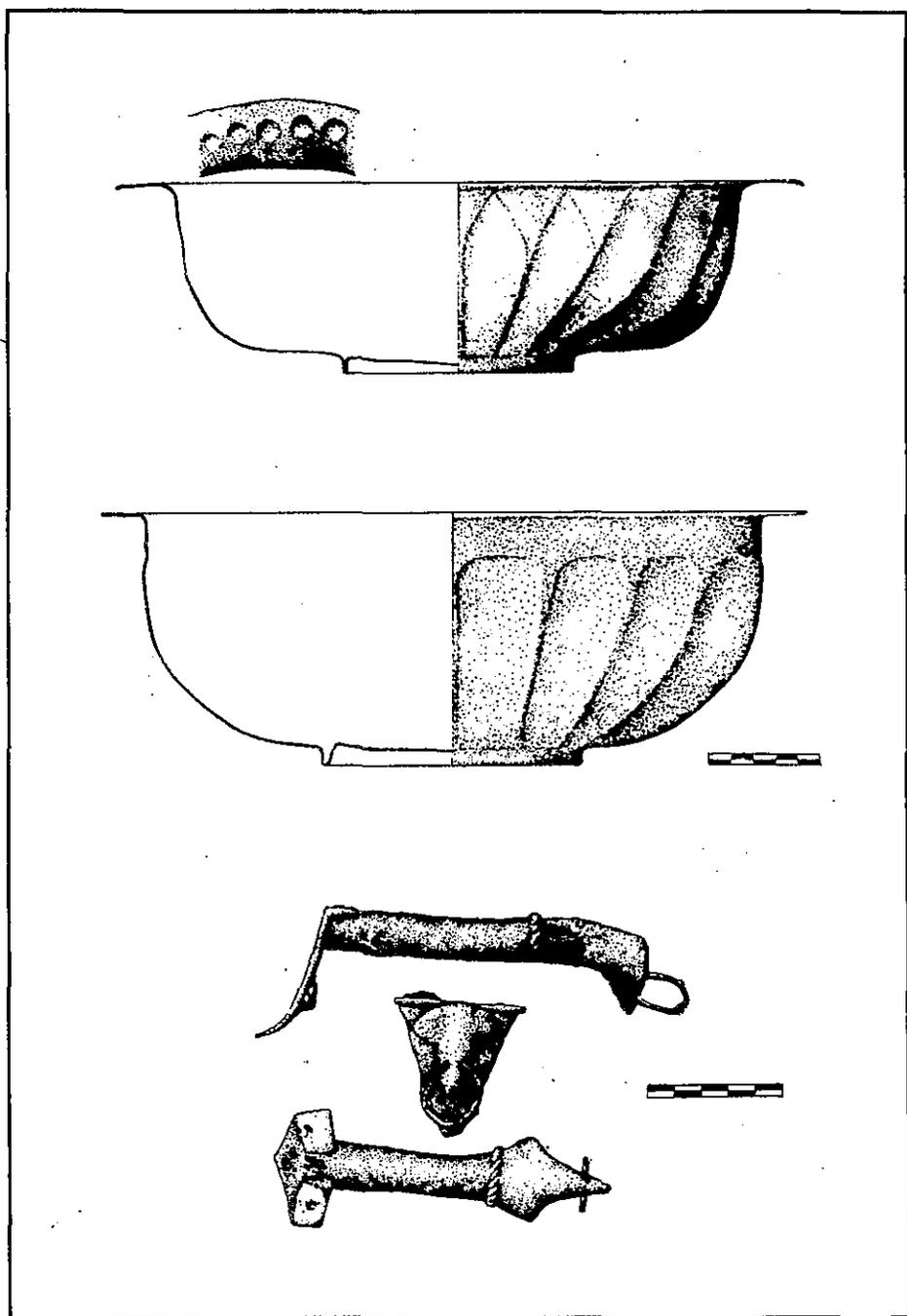


FIG. 5.—Números 1 y 2, bronzes de la tumba de Los Tolmos. N.º 3, mango de pátera de los alrededores (según Jimeno).

APROXIMACION AL HABITAT VISIGODO DE TERMES

C. DE LA CASA MARTINEZ*
J.M. IZQUIERDO BERTIZ**

* Servicio de Investigaciones Arqueológicas. Diputación Provincial de Soria.

** Biblioteca Pública de Soria.

En el presente artículo tratamos, por una parte, de sintetizar las teorías expuestas por los diferentes autores que se han ocupado de Tiermes en época visigoda y, por otra, analizar los materiales arqueológicos que nos ha aportado este yacimiento.

Durante diez años, 1975-1985, hemos excavado la necrópolis medieval de Tiermes, y durante este período nos hemos venido haciendo una pregunta. ¿Qué sucedió en Tiermes durante los momentos visigodos? Pero esta cuestión no es nueva y tampoco nosotros hemos sido los primeros en plantearla, se puede comprobar como a lo largo del presente siglo han sido varios los estudiosos que se han hecho similar interrogante. En líneas generales las diversas teorías expresadas, sobre el tema, pueden agruparse en dos. En la primera incluiremos a los defensores de la pervivencia más o menos próspera de este hábitat y, en la segunda, a los que se inclinan a pensar que este núcleo sufrió un gran declive.

Sin embargo, han sido muy pocos los que han defendido sus teorías con bases arqueológicas (REINHART, 1945; AOBBERG, 1922; ZEISS, 1934; TARACENA, 1947; ORTEGO, 1975, 1980 y 1986 y ARGENTE ET ALII, 1980) y tan sólo Taracena, Ortego y nosotros hemos mencionado piezas de filiación visigoda. Pero apenas se le han dedicado algo más que breves líneas al tema y todas ellas en trabajos relacionados con otra temática.

Este ha sido uno de los motivos que nos ha inducido a redactar estas notas de tipo arqueológico, con la intención de revisar las hipótesis publicadas sobre el tema y estudiar los restos arquitectónicos y las piezas metálicas existentes y dejar planteada, de forma más sólida, una cuestión que tan sólo el tiempo y los trabajos arqueológicos podrán solventar:

Entre los defensores de la teoría de que Tiermes sufrió una auténtica crisis en el siglo V, motivada por las invasiones bárbaras están: Sentenach (SENTENACH, 1911), y Calvo (CALVO, 1913), siendo ambos autores tajantes en sus afirmaciones.

Narciso Sentenach, escribía en el año 1911: «... Todo ello induce a creer que tan espantosa ruina debió ser producida por las hordas bárbaras cuando invadieron la Península, y si algo quedó, dieron buena cuenta de ello las constantes correrías de los árabes y cristianos en los siglos posteriores,...» (SENTENACH, 1911).

En 1913, dos años después del artículo de Sentenach, veía la luz un nuevo trabajo sobre Tiermes, firmado por Ignacio Calvo y que compartía la teoría del

anterior autor: «... al declinar el poderío del pueblo romano, o sea, en el último tercio del siglo IV de nuestra era, la doctrina evangélica debía estar muy arraigada entre los pobladores de Termancia. Esta es la única explicación que puede darse a la existencia de un cementerio netamente cristiano» (CALVO, 1913). «Con la venida de los bárbaros, a principios del siglo V, la población de Termancia debió sufrir grandes quebrantos que crecieron indudablemente con la venida de los árabes...» (CALVO, 1913).

Como se puede comprobar ambos autores son firmes en sus posturas, y estas, diametralmente opuestas a la teoría que pocos años antes, 1910, expusiese el Conde de Romanones. Este erudito aristócrata, en un artículo más divulgativo que científico, como el mismo autor indicaba en la introducción, afirmaba que Tiermes debió mantener, durante la época que nos ocupa, una próspera vida: «..., durante la dominación visigoda continuó, sin duda, la ciudad gozando de una próspera vida, agregada a la Diócesis de Osma, pues se hallaba enclavada dentro de los límites que a ella le señalaba la Hitación de Wamba, y ningún motivo hay para suponer que entonces fuera destruída» (ROMANONES, 1910).

Estos tres estudiosos que acabamos de comentar, en sus planteamientos sobre Tiermes durante la invasión y dominio germánico, se limitan a exponer sus diferentes teorías, pero ninguno de ellos aporta datos, ni históricos, ni arqueológicos, para que sus hipótesis puedan tener una sola base de apoyo.

Por su parte, el diccionario de Historia Eclesiástica de España, también dedica unas breves líneas al tema, estas carecen de toda personalidad y muy probablemente hayan sido obtenidas de otras publicaciones.

En estos párrafos podemos leer: «... Alguien ha pensado que la fundación de estos monasterios (se refiere a los cenobios de San Salvador y Santa María de Tiermes (DE LA CASA, 1979) pudo ocurrir en la época visigoda. Sin embargo, hasta la fecha carecemos de pruebas para compartir esta no inverosímil suposición. Solamente se conservan fragmentos de una imposta decorativa, empotrada en una pared de la actual casa del santero». (VAQUERO ET ALII, 1975).

El insigne arqueólogo D. Blas Taracena, en su Carta Arqueológica de la provincia de Soria, se limita a enumerar unos cuantos hallazgos sueltos de momentos visigodos (TARACENA 1941).

El recientemente fallecido Ortego y Frías es, sin duda, uno de los arqueólogos que más tiempo e interés ha prestado al yacimiento de Tiermes, incluso comenzó a excavar las necrópolis medieval —de momento no se ha publicado la memoria de excavaciones—. Este autor, pese a ser un profundo conocedor de la ciudad, se limitó a dar unas líneas en su primer artículo (ORTEGO, 1964), líneas que repite, casi literalmente, en su Guía del conjunto arqueológico de Tiermes (ORTEGO, 1975).

Veamos lo que nos decía Ortego: «Ignoramos lo que de la vieja ciudad celtíbero-romana pudo quedar en pie después de las invasiones bárbaras. No obstante, hay testimonios arqueológicos que acusan una reacción favorable para asegurar la continuidad de la vida rural, un tanto influida por los nuevos modos en sus

diversas manifestaciones. Como ejemplo, ahí quedan escultrados algunos trozos de ábaco e impostas aprovechadas como sillares en el contrafuerte del presbiterio de la Iglesia románica, y algunos más intestados entre la mampostería de la casa del santero y dependencias adosadas por el norte y oeste de la obra del templo.

Restos escasos, pero suficientemente claros para clasificarlos, por su labra a bisel y característicos de temas ornamentales, como típicamente visigodos.

Otros objetos de esta época hallados en las excavaciones han sido osculatorios, fíbulas, broches de cinturón con placas que ostentan rica decoración zoomorfa, conteras y guarniciones de puñales, algunas de oro ricamente labradas, lucernas y fragmentos cerámicos» (ORTEGO, 1975).

Con respecto a estos testimonios de tipo arqueológico nos parece conveniente realizar algunas observaciones. En primer lugar, diremos que aunque nosotros analizaremos posteriormente fragmentos de impostas, broche de cinturón, una fíbula y una contera, sin embargo con respecto a algunas de las piezas citadas por Ortego y Frías, hemos de indicar que desconocemos su actual paradero, pues ni en el Museo Arqueológico Nacional, ni el Museo Numantino de Soria han podido ser localizadas.

Respecto a la segunda teoría, referente a la posible dependencia de la Iglesia visigótica-mozárabe; indicaremos que nos parece gratuita para ser afirmada sin apoyo arqueológico (ORTEGO, 1980).

Nosotros planteamos hace algunos años la existencia de un posible hábitat visigodo (IZQUIERDO/DE LA CASA, 1979), en un posterior trabajo volvimos sobre el tema y en la memoria oficial de excavaciones dedicamos un capítulo a la «Hipótesis visigoda» (ARGENTE ET ALII, 1980).

En este último estudio expusimos las teorías de Sentenach, Calvo y Ortego, hicimos referencias a los testimonios arqueológicos, pero no especificamos tipo de hallazgos.

Destacábamos, entonces, la importancia de los elementos decorativos, pues eran la base para pensar en un edificio de posible carácter religioso. Decíamos: «A ello habría que añadir los elementos decorativos reaprovechados en la ermita de nuestra Señora del Val, en el vecino pueblo de Pedro, que proceden sin duda alguna asimismo de Tiermes (como, en casos cercanos, los reutilizados en la ermita de San Miguel de Gormaz deben provenir de Vxama)» (ARGENTE ET ALII, 1980).

Esta teoría, que nosotros estimamos válida, será apoyada con la solidez que dan los datos arqueológicos. Sobre todo ante la existencia de algunos trabajos con teorías opuestas a la nuestra (ORTEGO, 1958). Ortego y Frías hace años publicó un artículo sobre la Ermita de nuestra Señora del Val, en el que se afirmaba, taxativamente, que esa construcción era hispano visigoda: «Cabe entonces atribuirle al reinado de Recesvinto merced a la amplia visión de las grandes figuras de la iglesia, que siguiendo la obra iniciada por Khindasvinto, llevaron aquel impulso constructivo hasta los más apartados rincones de la región, Pedro, Tiermes, San Esteban de Górmaz,...» (ORTEGO, 1958).

Entre los testimonios que conservamos de época visigoda procedentes de Tiermes ocupan un lugar destacado los restos de plástica arquitectónica. Si bien se trata de un conjunto todavía no perfectamente delimitado: los hallazgos han venido sucediéndose últimamente en diversas campañas de excavación, y es muy probable que en el futuro se realicen nuevas identificaciones, contamos ya con un grupo de piezas decoradas relativamente amplio y bastante significativo. En su mayor parte proceden de la necrópolis medieval que se extiende en torno a la ermita románica, reutilizadas en la estructura de varias tumbas. Algunas se empotraron en los muros de la propia iglesia y sus construcciones adyacentes y, finalmente, tres piezas han sido reutilizadas en la ermita de la Virgen del Val de la vecina aldea de Pedro (ARGENTE ET ALII, 1980; ARGENTE ET ALII, 1988 Y ORTEGO, 1982). La procedencia termestina de estas últimas nos parece indudable teniendo en cuenta los argumentos que expondremos más adelante.

Todas las piezas que hemos localizado han llegado hasta nosotros incompletas y relativamente deterioradas. Este hecho hace difícil una identificación funcional precisa, si bien de una manera genérica podemos hablar de fragmentos de cimacios o impostas, y en algún caso quizás nos hallemos ante tramos de friso continuo. El carácter de cimacio parece bastante claro, en concreto, en una de las piezas reaprovechadas en la ermita de Pedro, a juzgar por el perfil ligeramente inclinado de sus frentes esculpidos.

Por lo que se refiere a los temas decorativos, cabe identificar dos series principales, ambas en composición continua: una estructurada a base del conocido tema de círculos secantes que generan rosetas cuadrifolias; y otra con semicírculos doblados sobre los que se superponen una línea de zig-zag o dientes de sierra, también doble. Como motivos complementarios ocupan los huecos dejados por los temas principales minúsculas florecillas de cuatro o cinco pétalos, y en algún caso botones y cruces incisas. Como pieza aparte hay que considerar una de las reutilizadas en la ermita de Pedro; cuya decoración se halla hoy prácticamente perdida, si bien Ortego reconoció en su momento un motivo floral octopétalo y una estrella de ocho puntas.

Todos estos temas son sobradamente conocidos y frecuentes en la plástica arquitectónica de época visigoda, hallándose bien representadas en los talleres de Toledo y Mérida, con los que parece oportuno relacionar las piezas que estudiamos (ZAMORANO HERRARA, 1974 Y VILLALON, 1985). Si la red de cuadrifolias responde a una organización geométrica elemental que no presenta mayores particularidades, los dientes de sierra termestinos bien pueden representar una esquematización de las trifolias geometrizadas presentes en varios cimacios toledanos y emeritenses, igualmente en superposición sobre semicírculos.

En todo caso nuestras piezas, parecen proceder de un taller local cuya producción se caracterizó, a juzgar por lo que de él conocemos, por una cierta tosquedad y escasez de recursos. Más importante que su calidad resulta para nosotros su significación, como testimonio de la existencia en Tiermes de un edificio de culto de época visigoda, que aún no ha sido localizado, si bien diversos indicios cada vez más claramente nos inclinan a situarlos en las inmediaciones de

la actual ermita románica. Ya hemos aludido a ello en el trabajo anteriormente mencionado; y confiamos, como decíamos entonces, en que una excavación sistemática pueda en el futuro aclarar definitivamente la cuestión.

Los tres fragmentos empotrados en los paramentos de la ermita de la Virgen del Val de Pedro plantean otro problema. Ya hemos adelantado que a nuestro juicio se trata de piezas de carácter claramente intrusivo reaprovechadas en un edificio de cronología evidentemente posterior. En este sentido no podemos estar de acuerdo con la opinión de T. Ortego, quien deduce de la mera presencia de tales piezas una datación visigoda para la ermita, al menos en su estructura básica, admitiendo no obstante una reparación posterior.

Desde nuestro punto de vista resulta más adecuado encuadrar la construcción de este edificio en el ambiente del románico soriano más antiguo, formando parte de un reducido grupo de iglesias de pequeñas dimensiones (Castillejo de Robledo, Gormaz), de cabecera cuadrada y nave rectangular, datables en torno a la segunda mitad del siglo XI en el contexto del movimiento repoblador de la cuenca alta del Duero, y cuyo modelo bien pudo ser San Baudelio de Berlanga.

Por otra parte, estas tres piezas de Pedro nos parecen totalmente insuficientes para justificar por sí mismas una construcción visigoda independiente (CABALLERO, 1984). Creemos mucho más razonable pensar en una reutilización aprovechando el campo de ruinas de Tiermes, del que en ese mismo momento se tomaban piezas similares tanto para cimentar la iglesia románica como para construir las tumbas de la necrópolis aneja.

Al estudio de los restos arquitectónicos, vistos hasta ahora, debemos unir los restos de arte mobiliario, que aunque mínimos, son significativos.

Sin embargo, carecemos de utillajes litúrgicos, salvo el osculatorio que, hoy desconocido, cita Ortego y Frías (ORTEGO, 1975, 1980 y 1986). No obstante existen suficientes piezas, como para afirmar que a lo largo del período visigodo Tiermes continuó su vida cotidiana.

En lo que a metalistería se refiere, hay constancia de un número digno de piezas, sino cuantitativamente si cualitativamente. Estas piezas se encuentran hoy depositadas en el Museo Arqueológico Nacional, y en el Museo Numantino, aunque existen algunas de las que desconocemos su ubicación actual.

Destaca una rica hebilla de cinturón con placa, una importante fíbula de puente, una contera de oro, con rica labra, varias hebillas de cinturón del llamado tipo liriforme, etc. De la mayoría de ellas desconocemos concretamente su lugar de hallazgo, no de las hebillas que fueron detectadas en la necrópolis rupestre y en la necrópolis sita en torno a la Ermita de Nuestra Señora de Tiermes.

Existen, como ya hemos indicado, otros ricos y significativos materiales de estas características, pero desconocemos su lugar de depósito y las referencias las tenemos por la bibliografía existente, nos estamos refiriendo a una hermosa hebilla de cinturón con un caballo calado, una contera, el ya mencionado osculatorio, etc. Esto en lo que a metales se refiere.

Igualmente existen otros restos materiales que han aportado las excavaciones, nos referimos, concretamente, a un importante número de cuentas, de resina en su mayoría perteneciente a uno o varios collares. El hallazgo se produjo en la necrópolis medieval de Tiermes, en un nivel sito bajo el mencionado cementerio y sobre una habitación excavada en la roca, se puso al descubierto junto a una viga de madera. Estas piezas son de características similares a los que Zeiss publica como procedentes de Marugan y Pamplona (ZEISS, 1934).

Ortego y Frías nos habla, en su guía del conjunto arqueológico de Tiermes, de fragmentos de lucernas y cerámica. Nosotros no hemos detectado estos hallazgos, pero ya hemos manifestado, en más de una ocasión, que estamos seguros que muchas cerámicas que hasta ahora se han inventariado como cerámica común romana, son medievales (ORTEGO, 1975, 1980 y 1982) y lógicamente también tendremos entre esos restos elementos de data visigoda.

Todo lo anteriormente expuesto nos parece en resumen, más que suficiente para autorizarnos a definir un ambiente de época visigoda en Tiermes claramente definido. Se trata, si se quiere, de elementos todavía relativamente aislados, pero que, al menos a nuestro juicio, definen ya sin lugar a dudas un contexto arqueológico concreto, que estamos convencidos se irá perfilando en el futuro aún con mayor nitidez. Debemos tener en cuenta para finalizar, y por lo que puede tener de significativo, que los restos visigodos termestinos son hoy por hoy notoriamente más numerosos que los procedentes de la vecina ciudad de Vaxama, que ostentó en este momento precisamente carácter episcopal.

BIBLIOGRAFIA

- ALDEA, Q. ET ALII (1975): Diccionario de Historia Eclesiástica de España, IV. Madrid. Pág. 2.360.
- AOBERG, N. (1922): Die Franken und westgoten in der völkerwanderungszeit. Uppsala.
- ARGENTE, J.L. ET ALII (1980): Tiermes I. Excavaciones Arqueológicas en España 110. Madrid.
- ARGENTE, J.L. ET ALII (1988): Guía del yacimiento arqueológico y museo. Soria.
- CABALLERO, L. (1984): «Arqueología tardorromana y visigoda en la provincia de Soria». Actas I.º Symposium de Arqueología Soriana». Soria, págs. 435-458.
- CALVO, I. (1913): «Tiermes. Ciudad celtíbero-arévaca». Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, XXIX. Madrid. Págs. 374-387.
- CASA, C. de la (1979): «Los monasterios de San Salvador y Santa María de Tiermes: La documentación y los datos arqueológicos». Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, LXXXII. Madrid. Págs. 525-530.
- IZQUIERDO, J.M. y CASA, C. de la (1979): «Excavaciones en la necrópolis medieval de la ermita de Nuestra Señora de Tiermes (Montejo de Tiermes, Soria)». XV.º Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza. Págs. 1.185-1.189.
- ORTEGO, T. (1958): «La ermita hispano-visigoda de la Virgen del Val, Pedro (Soria)». Archivo Español de Arqueología, 97-98. Madrid. Págs. 222-230.
- ORTEGO, T. (1964): «Tiermes. Ciudad rupestre celtíbero-romana». Celtiberia, 28. Soria.
- ORTEGO, T. (1975, 1982 y 1986): Tiermes. Ciudad rupestre celtíbero-romano. Madrid y Soria.
- ORTEGO, T. (1980): Asentamientos visigodos en la Celtiberia Oriental. Conferencia pronunciada en la Asociación Española de amigos de la Arqueología el día 5 de febrero de 1980.
- REINHART, W. (1945): «Sobre la territorialidad de los códigos visigodos». Anuario de Historia del Derecho Español, XVI. Madrid.
- ROMANONES, C. DE (1910): Las ruinas de Tiermes. Apuntes descriptivos. Madrid.
- SENTENACH, N. (1911): «Tiermes». Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, XXIV y XXV. Madrid. Págs. 285-294 y 475-481.
- TARACENA, B. (1941): Carta arqueológica de la provincia de Soria. Madrid.
- VILLALON, M.C. (1985): Mérida visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica. Badajoz.
- ZAMORANO HERRERA, I. (1974): «Caracteres del arte visigodo en Toledo». Anales Tole-danos, X. Págs. 7-149.
- ZEISS, H. (1934): Die grabfunde aus dem Spanischen Westgotenzeich. Leipzig.

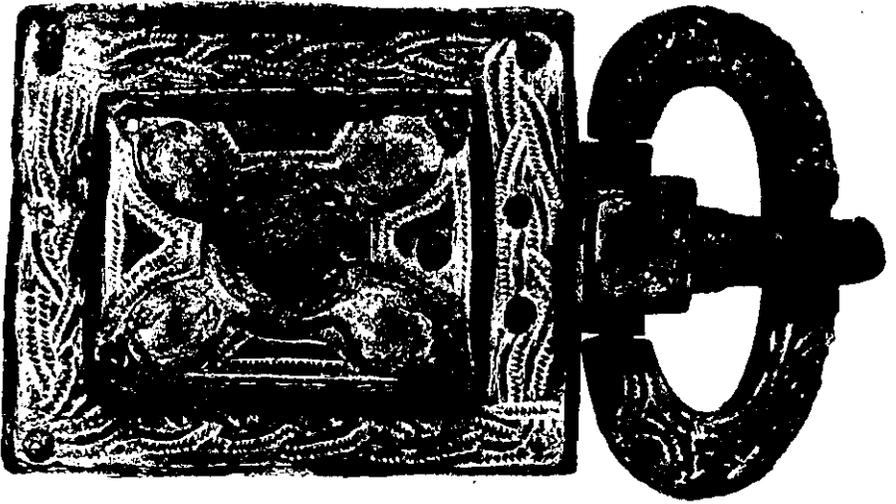


FIG. 1.—Restos visigodos de Termes.

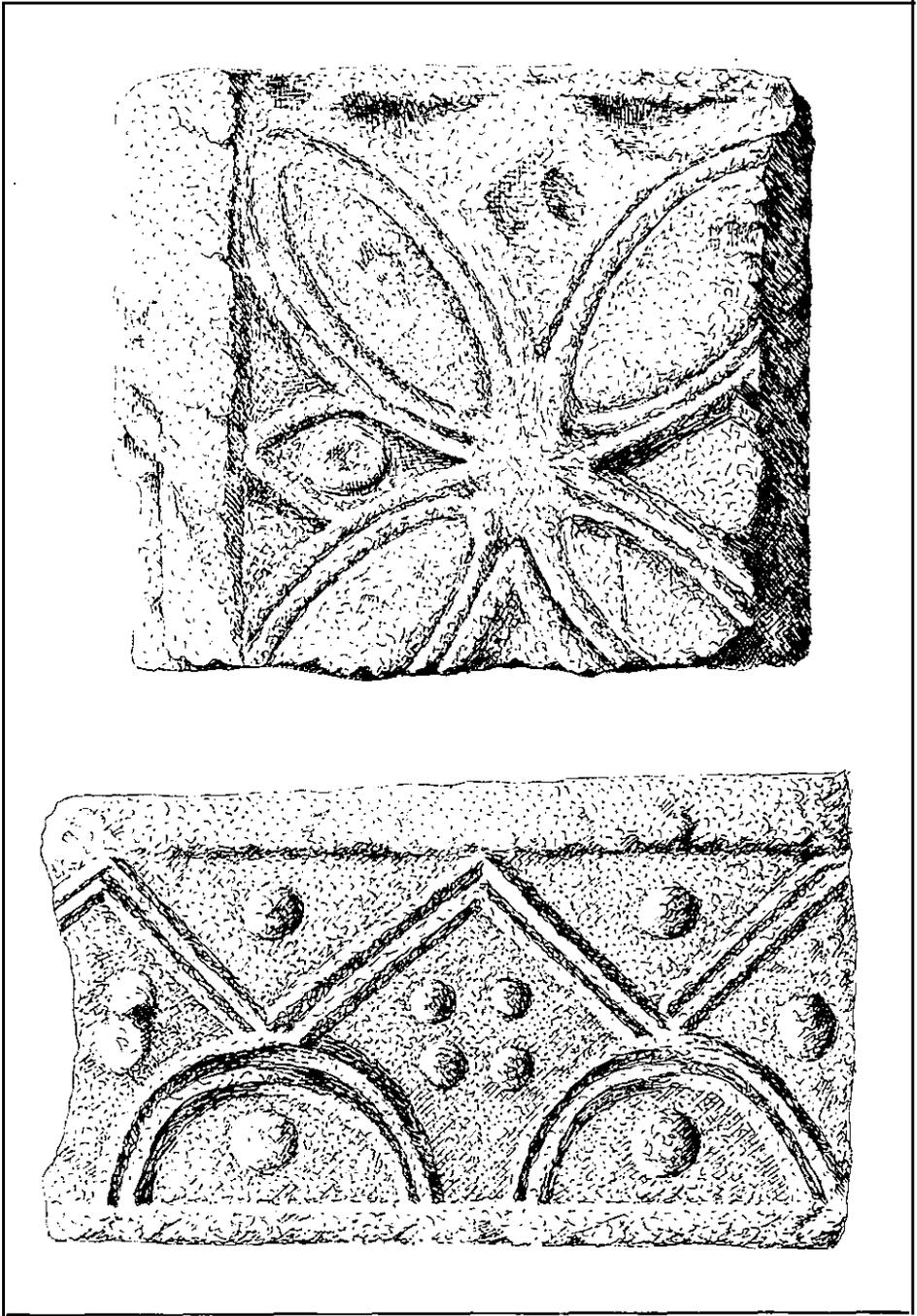


FIG. 2.—Fragmentos arquitectonicos de época visigoda procedentes de Termes.

**LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN SORIA.
ESTADO DE LA CUESTION**

M. RETUERCE VELASCO

PLANTEAMIENTOS PREVIOS

El título de la ponencia que nos ha sido encomendada: «La Arqueología medieval en Soria. Estado de la cuestión», indica con gran claridad cual ha de ser nuestra labor en ella.

Pensamos que nuestro objetivo debe estar encaminado a ver cómo se ha producido el transcurrir de esta especialidad en la provincia de Soria en los seis años pasados desde el anterior Symposium, celebrado en diciembre de 1982, hasta hoy, 1989.

En aquel I Symposium, por medio de la comunicación de L. Caballero (1984) y de la ponencia desarrollada por J. Zozaya (1984a), se sintetizó toda la información existente hasta aquel año sobre el poblamiento visigodo e islámico en las tierras sorianas, entrando en varias ocasiones en los problemas que habrían de resolver las futuras investigaciones. Por desgracia, en aquella ocasión no se hizo nada parecido en relación con el periodo medieval cristiano, como tampoco ocurrió en la publicación de la Historia de Soria (1985), donde se encuentran exhaustivamente tratados, a nivel arqueológico, los periodos premediavales —desde la Prehistoria hasta el mundo visigodo—, mientras que de la época medieval se ofrece sólo un análisis realizado desde el punto de vista histórico y artístico, carente de referencias arqueológicas. El periodo medieval ha tenido que esperar, precisamente hasta 1989, la elaboración de una síntesis de la investigación de esta época tan vital para la configuración del posterior transcurrir histórico soriano (CASA, 1989), y que casi en su totalidad ha estado siempre centrada en los diversos aspectos del mundo funerario medieval; quedando todos los demás por investigar.

Como preámbulo y antes de entrar en el análisis concreto de la situación de la arqueología medieval en Soria que, adelante, es, como en la mayoría de las provincias españolas, francamente mala, conviene hacer una serie de breves puntualizaciones sobre el estado de la arqueología medieval en España. Sólo así podremos entender mejor cual es la situación concreta soriana.

En principio, estas puntualizaciones creemos que serían innecesarias si nuestros diferentes organismos oficiales y centros de investigación en este área, estuvieran participando de las líneas y corrientes que en la actualidad se dan en el resto de Europa. Como pensamos que en España, y me remito a las pruebas-realidades

en que más adelante nos detendremos, todavía no hemos llegado a alcanzar el «carro» arqueológico europeo y, por desgracia, ni siquiera parece que este se vislumbre por el tortuoso camino plagado de «curvas» y obstáculos que se interponen entre ambas realidades, es por lo que realizamos esta breve explicación de los fines y posibilidades de la arqueología medieval. Especialidad que hasta hace muy poco tiempo estaba considerada como la «hermana pobre», y generalmente muy despreciada tanto por los historiadores medievalistas que se basan en las fuentes escritas como por los arqueólogos de otros periodos.

La sugerente comunicación del Prof. Chalmeta (1986) realizada en el I Congreso de Arqueología Medieval Española, celebrado en Huesca en 1985, sobre Historia y Arqueología andalusí nos da pie para comenzar planteando el importante problema que nace de la frecuente separación que se da entre estas dos disciplinas, y que creemos es fundamental para entender el porqué la arqueología medieval española ha alcanzado hasta hoy muy poco desarrollo.

Pensamos que no se puede hacer Historia partiendo sólo del estudio de la documentación escrita. La Historia se ha de hacer también usando la infinita documentación que proporciona la cultura material, objeto de la arqueología. Por lo tanto, unos —los hasta ahora comúnmente conocidos como historiadores— y otros —los arqueólogos— somos todos historiadores, mejores o peores según la capacidad y limitaciones de cada uno, pero en definitiva historiadores. La diferencia vendrá marcada por el método que aplicamos para estudiar una documentación diferente. Así la Historia se ha de hacer por dos vías, que no han de ir paralelas sino interrelacionándose entre sí continuamente. Si se me permite la licencia arqueológica y simbólica, formando un «cordón de la eternidad», donde los puntos distantes sean sólo los diferentes métodos —paleografía, numismática, epigrafía, toponimia, técnica arqueológica, etc.— que aplican ambas ciencias, y los puntos de encuentro el cauce por el que se contrastan y se trasvasan a una y otra las investigaciones que se van produciendo. Así, y con palabras del Profesor Chalmeta, «la meta de todos nosotros —por caminos diferentes— es nada más y nada menos que la reconstrucción, lo más exacta y completa posible, de nuestro pasado...».

El periodo medieval es el primero donde la proporción entre la documentación arqueológica y la escrita es más o menos pareja. Si en periodos anteriores la balanza se inclina hacia la arqueológica y en los posteriores hacia la escrita, es durante el medievo en general cuando el fiel de balanza se acerca más al punto medio. Por ello, igual que entendemos que la investigación de época prehistórica sólo use la documentación arqueológica; que en la de época protohistórica siga siendo esta documentación la primordial, apoyándose en las primeras referencias escritas; que la de época clásica se base en la arqueología, adquiriendo ya bastante importancia la escrita; y que en época moderna y contemporánea sea la escrita la que se use fundamentalmente, no entendemos porqué en España, a diferencia de lo que ocurre en el resto de Europa, la investigación histórica medieval se base casi exclusivamente en la documentación escrita.

Por ello el campo de actuación de la arqueología medieval es amplísimo y, sin embargo, escasísimamente «roturado». Así, junto a la muy necesaria y todavía escasa investigación arqueológica sobre aspectos históricos, antropológicos

o culturales no resueltos o insuficientemente explicados mediante la utilización de la documentación escrita, se une la urgentísima tarea de resolver las actuaciones que se hacen en la restauración de edificios o conjuntos urbanos medievales.

En efecto, los continuos trabajos de restauración que se han hecho a lo largo de los últimos años en el patrimonio histórico español apenas han contado con la intervención de arqueólogos medievalistas que pudieran documentarlos. El hecho es grave si se tienen en cuenta que la casi totalidad de las restauraciones han tenido y tienen como objeto un edificio medieval —castillos, iglesias, monasterios, puentes, baños, etc.—, o en conjuntos urbanos, donde las modernas técnicas de construcción acaban con todo vestigio de la historia del lugar en el espacio de muy pocas horas. De este modo, salvo honrosas excepciones, con la absoluta falta de interés por parte de los historiadores del arte y medievalistas, decenas y decenas de edificios medievales no han podido ser documentados arqueológicamente, cuando no destruidos o falseados en su restauración.

Durante mucho tiempo sólo los monumentos anteriores al medievo han sido los que de forma primordial parecían requerir la presencia de arqueólogos en su restauración, y que sólo las ciudades que tenían un importante pasado clásico, salvando alguna feliz excepción, fueran las que primero conocieran el desarrollo continuado de una arqueología urbana en España. Como consecuencia de ello, es en estas ciudades donde se ha documentado mejor el pasado medieval urbano, ya que, como era lógico, por encima del pasado clásico se encontraba el medieval.

Por otro lado, nos preguntamos cuántos restos de época medieval y moderna no han sido destruidos y desechados conscientemente por los propios arqueólogos, precisamente por ser de los períodos postclásicos. Por desprecio o ignorancia, cuando no por las dos cosas a la vez, las tristes anécdotas son infinitas:

Hasta hace muy poco tiempo, en yacimientos o ciudades romanas se tiraba a las escombreras toda la cerámica con vidrio por suponer que era medieval, cuando en realidad se trataba de la escasísima producción romana con esta técnica de acabado —«en el pecado está la penitencia»—. O que, en ciudades como Itálica, con referencias en las fuentes escritas árabes y de donde proceden varios candiles islámicos encontrados en el siglo XVIII, durante las excavaciones arqueológicas modernas «no» se encuentre ningún objeto medieval —según esto, parece como si los candiles sólo hubiesen alumbrado a seres incorpóreos o fantasmas, por no pensar otra cosa—. O que de ciudades romanas, como la portuguesa de Conímbriga, se pueda escribir que no existe un poblamiento medieval, cuando en las propias publicaciones y entre otros hallazgos claramente medievales, encontramos tumbas con el cuerpo colocado en «decúbito lateral derecho» (ALARCÃO & ETIENNE, 1977: pl. XCVI, 5), claro signo de que el difunto pertenecía a una comunidad musulmana. O no se incida más en la ocupación musulmana de la ciudad de Clunia (Prov. de Burgos), según nos dicen las fuentes escritas árabes y nos confirma la propia excavación (PALOL, 1978, fig. 17b), al darse aquí el importante hecho cultural de la coexistencia de tumbas de una comunidad musulmana junto a las de una población cristiana, supuestos visigodos; ello, desde luego, no es nuevo en la Península, como ya señalamos con

anterioridad (RETUERCE & CANTO, 1987: 98) para el caso de la conquesa Segóbriga. O que se siga empleando la pala mecánica en un determinado solar o yacimiento, no como un procedimiento de «catar» el terreno y así valorar su posible importancia científica, sino como un medio de «quitar» esos potentes rellenos de tierras —casi siempre de época medieval y moderna— que «estorban» para dar comienzo la excavación del periodo cronológico que se «busca». Periodo que, por supuesto, es siempre premedieval.

En fin, y para terminar esta relación de desconsideraciones para con nuestro pasado medieval, sólo nos cabe señalar el simple testimonio de la escasa acogida, salvo muy pocas y honradas excepciones, de los frecuentes hallazgos de época medieval en las publicaciones, en principio, no medievales. Ello contrasta con la práctica habitual de los arqueólogos medievalistas que siempre, en todas las excavaciones, recogen todos los testimonios existentes: desde el siglo XX hacia todos los tiempos pretéritos, y desde simples trofeos hípicos de principios del siglo XX hasta la cerámica común del siglo XVI, pasando por los simples restos de soldados combatientes en la Guerra de la Independencia.

La arqueología medieval, por el simple hecho de aplicar la propia definición de arqueología —ciencia que estudia el pasado a través del análisis y la interpretación de la cultura material— al periodo medieval, tiene amplísimos campos de actuación. El hecho de que de toda esta época hayamos heredado bastantes monumentos, piezas y toda clase de objetos en general, hace que con la aplicación del método arqueológico en su estudio —no sólo el puramente artístico— se pueda conocer —en bastantes casos mucho mejor que con tan sólo la documentación escrita— diversos aspectos de la vida económica, social, espiritual y cotidiana, en general, de la Edad Media, que, de otra manera, no se podrían alcanzar o, en todo caso, conocer sólo muy someramente.

Por medio de la escultura, de la pintura al fresco o en tabla, de la arquitectura artística o no, de la carpintería, de las técnicas de albañilería, de la ingeniería, de las técnicas hidráulicas heredadas, de la etnología, de la antropología, etc. podemos llegar a conocer; con más facilidad que en periodos anteriores, cómo era el vivir del hombre medieval. Por tanto, y esto es algo que consideramos muy importante, la arqueología medieval no se ocupa sólo de encontrar los restos existentes en el subsuelo. Tiene también un gran campo en el estudio de todas las construcciones, y en los materiales y objetos que se pueden contemplar sin necesidad de excavar. El secreto es verlos con, recalamos, sentido arqueológico (CABALLERO, 1987).

En la ponencia desarrollada por el Dr. Rosselló (1986) en el Congreso de Huesca se analiza el devenir por el «desierto» de la arqueología medieval española a lo largo de todo el tiempo anterior. Refiriéndose en concreto a la arqueología andalusí, pero que muy bien se podría generalizar a toda la medieval, piensa que «no hemos abandonado el andar a gatas, lo cual es esperanzador, pues aún no hace muchos años apenas avanzábamos a rastras». Igualmente, encuentra inexplicable la marginación oficial que sufre la arqueología medieval por parte de la Universidad española.

A modo de ejemplo, es asombroso que todavía hoy día en determinadas investigaciones universitarias referidas al espacio geográfico medieval no se contemple en el propio terreno la imprescindible confirmación de los datos escritos. Con muy buena voluntad, se podría comprender que se ignoren los datos que aportan los arqueólogos, pues, en definitiva es «gente con mucha inventiva y un poco loca que se pasa el día en el campo»; sin embargo, no podemos entender que estos investigadores escriban sobre poblamiento, fortificaciones, agricultura, etc. de un territorio sin visitarlo y recorrerlo; en definitiva, realizando el trabajo de campo, y sólo se limiten, en el mejor de los casos, a la mera consulta de un más o menos fiable mapa de carreteras. Muchas veces da la impresión de que algunos medievalistas tienen miedo de que el hecho de complementar el trabajo de archivo con el de campo pudiera ser considerado por parte de sus colegas como una especie de contaminación «arqueológica», y por lo tanto algo poco serio.

Hasta hoy día la investigación arqueológica medieval ha sido llevada a cabo casi exclusivamente por la iniciativa individual de personas ligadas a los Museos y, muy recientemente, por algunas personas vinculadas a la Universidad. Sin embargo, oficialmente, la enseñanza y la investigación de la arqueología medieval siguen sin entrar en el C.S.I.C., ni en la Universidad como institución. En este sentido, y en el mejor de los casos, sólo en escasísimas universidades españolas se contempla, con más o menos fortuna, la enseñanza de la arqueología medieval; en otras se mantiene alguna asignatura más o menos relacionada con la materia; y, en unas terceras, que son la mayoría, se ignora totalmente la existencia de este periodo en el que precisamente los alumnos una vez licenciados tendrán uno de los campos de actuación más importante.

Poniéndolo sólo como un ejemplo más de esa falta de interés por la arqueología medieval, nos debemos fijar en el número y proporción de personas relacionadas directamente con la arqueología medieval que forman parte de los llamados Consejos de Arqueología de las Comunidades Autónomas: son escasísimas, por no decir que casi inexistentes. De este modo, en la programación de la investigación arqueológica medieval de cada uno de los territorios, al no existir, o estar en franca minoría, voces propias relacionadas con la arqueología medieval, se dependa del más o menos «buen» criterio que puedan tener los representantes de otras especialidades arqueológicas, lógicamente más interesados por sus propios problemas de investigación.

Por todo ello no es de extrañar que a la investigación arqueológica medieval le falte todavía mucho camino por recorrer para ponerse, en muchos aspectos, a la altura de sus hermanas europeas, cuando, recordemos, la Península y Baleares son los casi únicos territorios europeos donde durante la Edad Media coexisten tres culturas tan importantes como la islámica, la cristiana y la hebrea.

De este modo, a la arqueología medieval española, en lo referido a la arqueología de campo, no es extraño que le falte todavía unos más elaborados planteamientos teóricos de investigación, acompañados de unas estrategias de actuación y de unos métodos de aplicación; del mismo modo que una mayor dedicación al estudio, con metodología arqueológica, del muy diverso y amplio legado

principal monumento islámico provincial —sin paralelo, nos atreveríamos a decir, en ningún otro lugar del Mediterráneo—. Como un adelanto a la definitiva memoria de excavación, se ha publicado un avance de los resultados (ZOZAYA, 1988a); siendo lástima que, por problemas de la edición, no se incluyera la imprescindible planta del conjunto. En parte, el error ha sido subsanado al ser incluida en un resumen posterior (ZOZAYA, 1989). Igualmente se ha dado a conocer la importante planta del que puede ser uno de los más primitivos testimonios peninsulares de puerta «en codo» (ZOZAYA, 1984b, pág. 665).

Sin embargo, como decíamos con anterioridad, aunque pueda parecer lo contrario por las pocas excavaciones realizadas en el campo de las no urgencias, en determinados aspectos se ha avanzado muchísimo: precisamente en el terreno de las excavaciones llamadas de urgencia. Y ello, sobre todo, a partir de 1985, momento en que se crea la figura del arqueólogo territorial. En la reciente obra colectiva que trata sobre lo realizado en arqueología en la provincia de Soria durante el periodo 1978-1988, y en concreto por el trabajo realizado por J.J. Fernández (1989), arqueólogo territorial de la provincia, vemos que, por suerte para esta, ha existido una especial preocupación por el patrimonio arqueológico medieval. En estos años se han incrementado espectacularmente las intervenciones de urgencia, siendo las medievales el 58% del total. Junto a ello, se ha abierto el abanico de aportaciones, implicando a diez «varillas» financiadoras. A diferencia de otras provincias, en Soria se demuestra que, junto a la imprescindible creación de la figura jurídica, hace falta también algo todavía mucho más importante: la persona que labora. Desde aquí, y en lo que nos concierne, le damos las gracias.

Entre las excavaciones de urgencia y de seguimiento de restauraciones arquitectónicas de época medieval, y esperando la pronta Memoria de cada una de ellas, debemos citar:

- Los diversos solares del casco urbano de Agreda.
- Los silos con material cerámico encontrados en Arenillas.
- Los enterramientos y la galería porticada de la iglesia de San Pedro de Caracena.
- La intervención en la iglesia de la Asunción de Castillejo de Robledo.
- Los enterramientos de la necrópolis de Garray.
- La necrópolis de Montenegro de Cameros.
- Los enterramientos de la ermita de la Asunción, en Muriel de la Fuente.
- La necrópolis visigoda de Noviercas.
- La intervención en la iglesia de Omeñaca.
- Las intervenciones a raíz de la restauración del monasterio de Santa María la Real de Huerta.
- Las intervenciones en el casco urbano de Soria, en concreto: en la Plaza de Abastos, donde se documentó una necrópolis; y en las iglesias de la Soledad, San Juan de Rabanera, San Nicolás y El Espino.
- La intervención en la iglesia parroquial de Tozalmoro.
- La necrópolis del castillo de Berlanga de Duero.

- El seguimiento de la restauración de la iglesia parroquial de Olvega.
- El hallazgo de una posible calzada medieval en Valonsadero.
- La limpieza del entorno de San Juan de Duero, en Soria.
- La intervención en diversas calles y plaza Mayor de Medinaceli.
- La intervención en los trabajos de restauración de la iglesia de San Vicente de Almazán.
- Los descubrimientos realizados en la excavación de la iglesia románica de Andaluz.
- La intervención en la plaza del General Mola de San Esteban de Gormaz.

Como el propio José Javier Fernández (1989) nos dice «la excavación de urgencia es el paso último y nunca deseado, entendiéndolo con ello que su realización no viene a señalar sino el fracaso de la Administración o el de los medios técnicos, para conservar y mantener el legado histórico que guardan los yacimientos arqueológicos, ya que estas intervenciones siempre son traumáticas, acarreado su destrucción física». Por ello mismo, indica que la principal función del arqueólogo provincial es la de prevenir, mediante el imprescindible instrumento de las cartas arqueológicas comarcales.

Precisamente en este campo, en estos primeros años que tratamos han visto a la luz los meritorios e imprescindibles trabajos referidos a las comarcas de la Tierra de Almazán (REVILLA, 1985) y el Campo de Gómara (BOROBIO, 1985), que forman parte de un señalado proyecto de investigación dirigido por el Dr. Jimeno Martínez. En espera de los restantes y deseados volúmenes que completen el mapa provincial, debemos referirnos al tratamiento que en ellos se hace de la arqueología medieval.

Con lástima, en este aspecto, no nos queda más remedio que ser algo duros: la arqueología medieval es tratada, según muy bien se titula, como un mero apéndice a los restantes periodos. Parece como si aún estuviera plenamente vigente la expresión de «oveja perdida», pronunciada hace ya muchos años por J. Zozaya (1970) en uno de aquellos Congresos Nacionales de Arqueología, donde cuatro «locos» (el Dr. Castillo, el Dr. Rosselló, el Sr. Posac y él mismo) se quedaban solos ante la comunidad científica arqueológica cuando se llegaba al medioevo. Pensamos que han pasado muchos años para que esta actitud para con la arqueología medieval, por otro lado, tan común en otras provincias —hay que decir que por lo menos en Soria es, si quiera, un apéndice—, se siga manteniendo.

Por ello, sirva esta ponencia para promover la necesaria incorporación de arqueólogos medievalistas —recalcamos a propósito la calificación de medievalistas—, a los equipos que en ésta y otras provincias se ocupan de la realización, no solo de las cartas arqueológicas, sino también de las propias excavaciones.

Pensamos que ya va siendo tiempo de que, igual que es impensable que un medievalista dirija la excavación de un yacimiento paleolítico, neolítico o clásico, por poner unos significativos ejemplos, debería ser norma que las excavaciones de cronología medieval estén dirigidas por personas especializadas en el medioevo, por lo menos, que en los equipos participen arqueólogos medievalistas.

Como investigaciones no estrictamente arqueológicas pero que inciden, de una u otra forma, en aspectos de interés arqueológico hay que citar las que tratan sobre monumentos religiosos medievales: el estudio de la iglesia de San Nicolás, en Soria, con importantes fragmentos de su estructura y decoración repartidos por otros lugares de la misma ciudad (RUIZ, 1983); el de la ermita de Garray (QUIÑONES, 1983); el de la iglesia de Fuensaúco (QUIÑONES, 1985); el de la iglesia de San Esteban de Alcozar (ORTEGO, 1985); y el de la iglesia de Alpanseque (MARQUEZ, 1986).

Ya sobre aspectos parciales relativos a la simbología y decoración de estas iglesias románicas, están las investigaciones sobre los tímpanos de distintas iglesias sorianas (RUIZ, 1985), y los dedicados a monumentos concretos: los existentes en la iglesia rural de Omeñaca (QUIÑONES, 1984) y los de la de Tozalmoro (SAINZ, 1984). Y para finalizar, el dedicado a la escultura de la ermita de Santa María de Tiermes (PALOMERO, 1987).

FUTURO DE LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL SORIANA

Una vez visto lo realizado en estos seis últimos años, nos detendremos en proponer algunas de las muchas líneas de investigación que se podrían desarrollar en la provincia de Soria.

En primer lugar la investigación sobre el poblamiento y organización del espacio provincial en cada una de las etapas medievales. Para ello, y en primer lugar, como se dijo con anterioridad, serían imprescindibles las prospecciones sistemáticas.

Igual que sucede en el resto de España, el estudio del poblamiento en época visigoda se ha basado sólo en las excavaciones de necrópolis, en algunas iglesias o en los hallazgos más o menos casuales de objetos de orfebrería. A veces parece como si la población de todo este periodo sólo se hubiera «muerto». Sinceramente, pensamos que antes de morir; muchos o pocos años, habrán vivido para, por lo menos, haber orado en esas iglesias. Si en ello estamos todos de acuerdo, que creemos que sí, nos preguntamos: ¿dónde están las investigaciones referidas a los poblados o sus cerámicas; en definitiva, sobre su «vivir»? Pocas existen. Afortunadamente, en algunas provincias vecinas a Soria (Avila, Madrid, Cuenca, Salamanca, etc.) este panorama está empezando a cambiar; y ya se empiezan, si no con gran profusión, a excavar algunos poblados estudiando los materiales cerámicos, la trama de los asentamientos, la organización del microespacio, etc.

Del periodo islámico, convendría que se reiniciasen las investigaciones, emprendidas en los años 1924 y 1925 por J.R. Mélida (1926), en la llamada «Villavieja» de Medinaceli, capital que fue, desplazando en un determinado momento a Toledo, de toda la Marca Media andalusí. La mayor y más importante ciudad islámica de toda la región debería conocer alguna mayor preocupación por parte de los investigadores. Junto a esta línea de investigación, deben proseguir o iniciarse,

en la mayoría de los casos, los trabajos de los otros núcleos islámicos: Agreda, Gormaz, «Castro Moros» (San Esteban de Gormaz), Numancia, Barahona, Alcubilla de las Peñas, Gómara, etc.

Como antes dijimos del periodo visigodo, la investigación sobre la Soria cristiana parece que sólo se ha centrado, ya desde los tiempos del Dr. Castillo, en el mundo funerario. Pensamos que en este terreno habría que hacer un fuerte hincapié en el estudio del poblamiento. Las fuentes escritas que podrían ayudar a esta provechosa y variada tarea son muchas. La documentación que aportan los distintos censos y descripciones (Alfonso X, Felipe II, Descripción de Fernando Colón, Marqués de la Ensenada, Tomás López, Madoz, etc.) y los trabajos de Don Julio González (1974), E. Jimeno (1958), V. Higes o García de Diego (1959) son un suficiente e importante aporte para dar inicio a trabajos de campo y prospección. A partir de ellos se podrían llenar las lagunas arqueológicas de la que adolecen, —no por falta precisamente de este investigador sino por parte de los propios arqueólogos—, estudios tan excelentes como el emprendido por L.M. Villar (1986) en las otras tres provincias de la Extremadura castellana, u obras más generales como es la síntesis dirigida por García de Cortazar (1985) sobre la organización social del espacio en la Corona de Castilla.

En este sentido, la altísima cifra de 361 despoblados documentados en la Provincia de Soria recogidos por G. Martínez (1983, 1987), merecen y exigen un profundo estudio arqueológico. Dichas prospecciones vendrían a confirmar o no la adscripción cronológica medieval dada por este autor; además de descubrir poblados de los que no ha quedado siquiera una mera cita en los documentos escritos.

Dentro de los despoblados, es necesario que se prosigan trabajos como el iniciado hace ya bastantes años por Reyna Pastor (1965), con el ejemplo de Masegoso. Con posterioridad a ella, nadie ha seguido esta línea de prometedora investigación arqueológica.

Otra línea de investigación, muy relacionada por otro lado con la del poblamiento, es la del estudio de los sistemas y técnicas de explotación del terreno: los regadíos, los molinos, las áreas económicas de las aldeas y pueblos, etc.

En el terreno de las comunicaciones, sería conveniente que se estudiasen los bastantes ejemplos de caminos, vados y puentes medievales existentes. Entre estos últimos, no sólo los grandes monumentos del Duero, sino también los que cruzan los pequeños ríos y arroyos.

Por otro lado, es urgente la documentación en planta y alzado de todas las fortalezas, castillos, murallas, iglesias, monasterios, puentes, molinos, etc.; y en general, de toda construcción civil, militar y religiosa que ha llegado más o menos íntegra hasta nosotros. La labor es difícil y lenta, pero es necesario empezar. Insistiendo en el tema de las fortificaciones y ya que la provincia de Soria fue durante mucho tiempo tierra fronteriza —tanto en la Alta Edad Media, entre al-Andalus y los reinos cristianos, como en la Baja, entre Castilla y Aragón— sería un no nuevo campo de investigación donde los frutos pueden ser prometedores.

En cuanto a los materiales muebles, es urgente la realización de estudios que pongan al día las cerámicas, armas, vidrios, monedas, etc. A los ejemplares encontrados en Medinaceli, Gormaz, Tiermes, que están en proceso de estudio, habría que añadir los fondos existentes en colecciones y Museos.

Pensamos que el iniciar el estudio de estos, y otros muchos temas que ni siquiera hemos mencionado, referidos a posibles líneas de investigación en arqueología medieval podría ir cambiando el panorama de la arqueología medieval soriana.

Por último y para terminar, y ya a un nivel más general, queremos desde aquí llamar de nuevo la atención sobre la urgente incorporación de la arqueología medieval a los planes de estudio de la Universidad española como parte fundamental, y al mismo nivel que la Paleografía, en la especialidad de Historia Medieval. Pensamos que sólo así, como una disciplina totalmente integrada dentro de la especialidad, dejaran de tener por completo vigencia las palabras de Sánchez Albornoz (1972-5): «Los arqueólogos suelen desdeñar en exceso los datos de la toponimia y de la lingüística y los filólogos no prestan atención exhaustiva a los hallazgos que la arqueología procura. Y ni unos ni otros suelen pararse a juzgar los frutos de sus estudios a la luz de la lógica reflexión histórica y no interrogan a las estructuras sociales que pudieran crear las culturas estudiadas».

BIBLIOGRAFIA

- ALARCÃO, J. & ETIENNE, R. (1977): Fouilles de Conimbriga, I. L'Architecture. París.
- ALONSO, A. (1984): «La visigotización de la Provincia de Soria». Celtiberia, 68, págs. 181-206.
- ALVAREZ, C. (1984): «Topónimos del despoblado de Santa María de Tiermes. 1752». CELTIBERIA, 67, págs. 137-142.
- BOROBIO, M.J. (1985): Carta arqueológica de Soria. Campo de Gómara. Soria.
- CABALLERO, L. (1984): «Arqueología tardorromana y visigoda en la Provincia de Soria». I, S.A.S., 1983, págs. 433-458. Soria, 1984.
- CABALLERO, L. (1987): «El método arqueológico en la comprensión del edificio (sustrato y estructura)». Curso de mecánica y tecnología de los edificios antiguos. Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, págs. 13-58. Madrid.
- CABALLERO, L. & MATEO-SAGASTA, A. (1988): «Atalayas musulmanas en la provincia de Soria». AREVACON, 14, págs. 9-15.
- CASA, C. de la (1984): «Moneda medieval hispano-cristiana en Tiermes». G.N., 74-75, III-IV, págs. 177-197.
- CASA, C. de la (1989): «Arqueología de los Reinos Cristianos en Soria. Últimas investigaciones». En: 10 A.A.S. págs. 113-118.
- CASA, C. de la & DOMENECH, M. (1983): Estelas medievales de la provincia de Soria. Soria.
- CASA, C. de la & DOMENECH, M. (1984): «Inscripción árabe en un cuenco procedente de Agreda. Soria». Celtiberia, 68, págs. 319-328.
- CASA, C. de la & DOMENECH, M. (1987): «Restos de habitat en la aljama de Agreda». II C.A.M.E. Madrid. Tomo III, págs. 349-356. Madrid, 1987.
- CASA, C. de la & FERNANDEZ, V. (1986): «Estudio estadístico multivariante de las estelas medievales de Soria». I C.A.M.E. Huesca, 1985. Tomo V, págs. 321-331. Zaragoza, 1986.
- CASA, C. de la & TERES, E. (1984): «Ermita románica de Tiermes». En: «Excavaciones arqueológicas de Tiermes. Informes preliminares de la décima campaña (1984)». Celtiberia, 68, págs. 294-299.
- CASA, C. de la TERES, E. & DOMENECH, M. (1985): «Agreda Medieval I». N.A.H., 26, págs. 215-331.
- CASANOVAS, J. & RIPOLL, O. (1983): «Catálogo de los materiales aparecidos en la necrópolis judaica de Deza (Soria)». CELTIBERIA, 65, págs. 135-148.
- CHALMETA, P. (1986): «Historia y arqueología andalusí». I C.A.M.E. Huesca, 1985. Tomo III, págs. 27-35. Zaragoza.
- FERNANDEZ, J.J. (1989): «Arqueología territorial: Hacia una coordinación de la arqueología provincial. En: 10 A.A.S. págs. 119-130.

- GARCIA, F. (1989): «Fortificaciones en San Esteban». Programa de Fiestas Patronales de San Esteban de Gormaz. Año 1989.
- GARCIA, G. (1983): «El Cid en el Valle Alto del Duero. La ruta de Corpes. En busca de Griza, Alamos y Elfa». CELTIBERIA, 66.
- GARCIA de CORTAZAR, J.A. et alii (1985): «Organización social del espacio en la España Medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV. Barcelona.
- GARCIA de DIEGO, R. (1959): Sobre topónimos sorianos y su historia, I. Celtiberia, 17, págs. 89-112; II. Celtiberia, 18, págs. 171-193.
- GONZALEZ, J. (1974): «La Extremadura castellana al mediar el siglo XIII». HISPANIA, 127, págs. 265-424.
- JIMENO, E. (1958): «La población de Soria y su término en 1270». B.R.A.H., CXLII, págs. 207-274 y 367-494.
- LLULL, P. HUETE, M. & MOLINA, F. (1987): «Un itinerario musulmán de ataque a la frontera castellana en el siglo X: fortalezas, castillos y atalayas entre Medinaceli y San Esteban de Gormaz». C.E., 93, págs. 3-14.
- MARQUEZ, J.A. (1986): «Nueva aportación al románico soriano: la iglesia de Alpanseque». CELTIBERIA, 72, págs. 357-364.
- MARTINEZ, G. (1983): Las Comunidades de Villa y Tierra de la extremadura castellana. Madrid.
- MARTINEZ, G. (1987): Pueblos y alfores burgaleses de la Repoblación. Valladolid.
- MELIDA, J.R. (1926): Ocilis (Medinaceli). Memoria de las excavaciones practicadas en 1924-1925. M.J.S.E.A., 82.
- ORTEGO, T. (1985): «Alcozar, la iglesia de San Esteban. Ruina histórica-artística de la villa». CELTIBERIA, 70, págs. 331-338.
- PALOL, P. de (1978): Guía de Clunia. 4.^a Ed. Valladolid.
- PALOMERO, F. (1987): «Aproximación a la escultura monumental románica de la ermita de Santa María de Tiermes». CELTIBERIA, 73, págs. 127-153.
- PASTOR, R. (1965): «Una contribución de aerofotointerpretación al estudio de los pueblos abandonados. Masegoso: aldea de la tierra soriana». C.H.E., XLI-XLII, págs. 325-335.
- QUIÑONES, A.M.^a (1983): «Ermita de los Mártires de Garray». CELTIBERIA, 66, págs. 217-232.
- QUIÑONES, A.M.^a (1984): «Estudio arquitectónico e iconográfico del pórtico de la iglesia de Omeñaca». CELTIBERIA, 68, págs. 207-220.
- QUIÑONES, A.M.^a (1985): «La iglesia de Fuensauco». CELTIBERIA, 70, págs. 253-263.
- RETUERCE, M. & CANTO, A. (1987): «Apuntes sobre la cerámica emiral a partir de dos piezas fechadas por monedas». II C.A.M.E. Madrid. Tomo III, págs. 93-104. Madrid, 1987.
- REVILLA, M.^a L. (1985): Carta arqueológica de Soria. Tierra de Almazán.

- ROSELLO, G. (1986): «Islam andalusí e investigación arqueológica. Estado de la cuestión». I C.A.M.E. Huesca, 1985, t. III, págs. 7-24. Zaragoza.
- RUIZ, E. (1987): «Teoría y práctica de la localización de molinos en Soria». CELTIBERIA, 74, págs. 309-325.
- RUIZ, J.J. (1983): «San Nicolás. Ensayo de reconstrucción histórico-artística». CELTIBERIA, 65.
- RUIZ, J.J. (1985): «Los tímpanos románicos sorianos». CELTIBERIA, 69, págs. 35-53.
- SAINZ, E. (1984): «Los tímpanos de la iglesia de Tozalmore: reflejo ruralizado de los tímpanos de la ciudad de Soria». CELTIBERIA, 68.
- SANCHEZ ALBORNOZ, C. (1972-5): Orígenes de la Nación española. El Reino de Asturias. 3 Tomos. Oviedo.
- VILLAR, L.M. (1986): La Extremadura castellano-leonesa. Guerreros, clérigos, campesinos (711-1252). Valladolid.
- ZOZAYA, J. (1970): «Problemática de la arqueología medieval posterior al siglo VIII en España». XI C.N.A. págs. 846-849.
- ZOZAYA, J. (1984a): «El proceso de islamización en la Provincia de Soria». I S.A.S., 1983, págs. 481-496. Soria, 1984.
- ZOZAYA, J. (1984b): «Islamic fortifications in Spain: some aspects». En: Papers in Iberian Archaeology. B.A.R. International Series, 193, págs. 636-673.
- ZOZAYA, J. (1988a): «Evolución de un yacimiento: el castillo de Gormaz (Soria)». En: CASTRUM, 3, págs. 173-178.
- ZOZAYA, J. (1988b): «De torres y otras defensas». AREVACON, 14, págs. 6-8.
- ZOZAYA, J. (1989): «Gormaz, síntesis de arqueología soriana». En: 10 A.A.S. págs. 107-112.

ABREVIATURAS

- B.A.R.H.: Boletín de la Real Academia de la Historia.
- C.A.M.E.: Congreso de Arqueología Medieval Española.
- CASTRUM 3: CASTRUM 3. Guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au moyen âge.
- C.E.: Castillos de España.
- C.N.A.: Congreso Nacional de Arqueología.
- G.N.: Gaceta Numismática.
- M.J.S.E.A.: Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.
- N.A.H.: Noticiario Arqueológico Hispánico.
- S.A.S.: Symposium de Arqueología Soriana.
- 10 A.A.S.: 10 Años de Arqueología Soriana (1978-1988).

COMUNICACIONES

**CATALOGACION DE LA MONEDA
HISPANO-MUSULMANA
EN EL MUSEO NUMANTINO DE SORIA**

J.I. SAENZ DIEZ*

* Director de la U.N.E.D. en Soria.

Esta comunicación trata de la catalogación de las 17 monedas de plata pertenecientes a los fondos de este museo... Pero ¿cómo habrá que denominarlas: hispanoárabes, hispanomusulmanas, islámicas, andalusíes?

Durante bastante tiempo consideré que era más preciso emplear uno de los dos últimos títulos. Pero después de alguna reflexión creo que es más conveniente volver a un calificativo en que aparezca de alguna manera la palabra «hispano».

Esta preferencia se basa en que la separación que se ha pretendido entre las dos numismáticas —la islámica y la cristiana— del medievo español está impidiendo el estudio conjunto de las relaciones financieras y económicas de las dos zonas lo que dificulta por tanto cualquier panorámica global de la historia económica de la Península en la Edad Media.

Este divorcio tiene como se ve graves repercusiones, por lo que hay que buscar las causas que lo generan.

Estas podrían resumirse en dos capítulos:

a) Ideológico: considera que los ocho siglos de nuestra historia que van del octavo al decimoquinto no son sino una lucha entre unos ciudadanos españoles conscientes de su identidad y unas hordas de invasores que son finalmente expulsados, cuyas emisiones monetarias habrían sido además rechazadas por los nacionales en cuanto que eran consideradas como moneda de las tropas de ocupación.

Sobre esta concepción y su desenfoque no se va a insistir porque participaba de una corriente histórica general que está siendo cada vez más corregida y matizada.

b) Económico: existe otra línea, ya directamente relacionada con este trabajo, y que es la trasposición de la anterior al terreno financiero y de circulación monetaria: los reinos cristianos por una parte y los musulmanes por otra habrían tenido en la Península unos ámbitos económicos absolutamente estancos y separados.

Esta visión cae por su base porque, de esos famosos ocho siglos, los cuatro primeros van a ser testigos de una única moneda que circula por la península: las numerosas y excelentes emisiones de plata islámicas, sin que exista prácticamente ninguna cristiana peninsular durante este periodo, (aunque pueda darse

la circulación de un numerario europeo, todavía sin determinar en su cuantía, pero en todo caso minoritario).

De los otros cuatro siglos restantes, en tres de ellos la gran divisa, la moneda fuerte, será nuevamente el oro musulmán, imitado incluso por los cristianos, conservando la tipología y la lengua árabes, en aquellos periodos en que disminuyen las emisiones musulmanas. Sólo ya bien avanzada la Edad Media será reemplazado por un oro, poco circulante, acuñado en los reinos cristianos.

Ese fenómeno de imitación de las emisiones musulmanas por parte cristiana se produce por primera vez a mediados del s. XI, cuando los Taifas son incapaces de mantener el esplendor numismático áureo del Califato. Los catalanes, aliados a banqueros judíos, van a lanzar una moneda árabe que pueda suplir al oro islámico que escasea. En esta primera emisión se respetan los tipos musulmanes, manteniendo fielmente sus leyendas aunque estén más toscamente grabadas. Se podrían definir estas emisiones como árabes pero realizadas en la ceca de Barcelona. Se trata pues de una emisión que no pretende suplantar al dinar sino imitarlo lo más fielmente posible para que pueda pasar por él. Así se suceden las emisiones de piezas —hoy conocidas con el nombre de «mancusos»— bajo Berenguer Ramón I (1018-1035) quien emite dinares con textos árabes a nombre del Imám al-Qāsem y ceca al-Andalus, y Ramón Berenguer I (1035-1076) con una nueva serie.

Pero pronto deja de hacer falta el oro de imitación musulmana porque una nueva avalancha de emisiones en el sur de la Península va a colmar las necesidades de moneda de oro en todos los reinos, tanto cristianos como musulmanes.

En efecto, los almorávides, con un gran aporte de oro africano, empiezan a emitir preciosos y numerosos dinares de estructura y leyenda completamente nueva, en ciudades españolas tales como Sevilla, Denia, Baeza, Sanlúcar, Játiva, Granada, Córdoba, Málaga, Almería, Valencia, Murcia, Algeciras.

Una vez que se extingan las emisiones de oro de los almorávides, por tener que abandonar la Península para enfrentarse al naciente imperio almohade, será Castilla y no Cataluña la que tome la iniciativa de seguir emitiendo monedas musulmanas pero ya con unas características distintas.

El rey de Murcia Muḥammad ben Sa'ad, en 1170, un año antes de la invasión almohade, tienen que suspender los envíos de parias a los reyes cristianos. El dinar musulmán, que siempre había sido la única moneda de oro presente en la España cristiana, falta de repente tras tres siglos de permanencia casi ininterrumpida y hay que suplirla.

Es evidente sin embargo que un tipo de moneda altamente cotizada y prestigiosa no podía fácilmente suplantarse, por lo que Alfonso VIII emite una moneda de oro cristiana pero de tipología totalmente islámica y con leyendas sólo en árabe. En esta lengua se leerán pues en ellas los títulos y fórmulas siguientes:

IC: El principe / de los católicos / Alfonso hijo de Sancho / ayúdele Dios / y protéjale.

IO: Se acuñó este dinar en Toledo año 1213 de la era de Safar (con una diferencia de 38 años con la era cristiana que no se establece en Castilla hasta 1383).

II C: El imam de la Iglesia / cristiana el Papa / de Roma la Mayor.

II O: En el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo; el que crea y sea bautizado se salvará.

Esta moneda, que será llamada «morabito», (del término árabe con que se designa a los almorávides: Almurabitin), dará nombre a la unidad esencial del sistema numismático español: el maravedí, seguramente la moneda europea de más larga permanencia ya que continuará vigente hasta bien entrado el siglo XIX.

Esta espléndida pieza de oro arabo-cristiana va a ser acuñada durante un largo periodo de cincuenta años, de 1172 hasta 1221, es decir no sólo durante el largo reinado de Alfonso VIII sino también en el inicio del de Enrique I.

CONCLUSION

Las 17 monedas de plata que ahora se consignan pertenecen todas —a excepción de la última, almohade— a un período en el que las emisiones islámicas fueron el único numerario emitido en la Península. Su buena ley de plata, siguiendo el sistema monometalístico puro del emirato y quasimonometalístico del califato que también acuñó oro, hace de ellas una divisa fuerte como han demostrado los estudios de los hallazgos de monedas medievales realizados por toda Europa en los que siempre se encuentran ejemplares andalusíes, como es incluso el caso tan alejado de los aparecidos en Suecia.

Hay que hacer notar además que a lo largo de toda la Edad Media, se encuentran en los textos cristianos numerosas citas de pagos realizados en monedas islámicas mientras que no se dan casos de moneda cristiana citadas en documentos similares hispanoárabes. Esto muestra claramente que la divisa fuerte y universal en la península fue durante la Edad Media el conjunto de emisiones islámicas de plata y oro.

Un ejemplo de ello, existente en la colección que aquí se estudia, lo constituyen las monedas números 14, 15 y 16, conocidas en los testimonios cristianos como «amorís», término que no procede precisamente de ninguna etimología afectiva o erótica sino más bien de todo lo contrario, ya que refieren al nombre de *amir*, que aparece en esas monedas y que no es otro que el del Caudillo Almanzor; quien no trató precisamente con gran cariño a los territorios cristianos. Aunque no sabemos bien cómo, los cristianos sabían diferenciar las distintas monedas islámicas de oro y plata según los nombres árabes que en ellas aparecían.

BIBLIOGRAFIA

- VIVES Y ESCUDERO, A.: Monedas de las dinastías árabe-españolas. Madrid, 1893.
- MILES GEORGE, C.: *The coinage of the Umayyads of Spain*. New York, 1950.
- CODERA Y ZAIDEN, F.: *Tratado de Numismática Árabe-Española*. Madrid, 1879.
- PRIETO Y VIVES, A.: La reforma numismática de los Almohades, en *Miscelánea de estudios y textos árabes*, págs. 11-114. Madrid, 1915.

PAUTAS EN LA CLASIFICACION

La descripción técnica de clasificación de estos 17 ejemplares se ha ordenado según los siguientes parámetros:

- 1.º Reinado.
- 2.º Número de orden dentro de la Colección.
- 3.º Año de acuñación (Héjira) seguido de su equivalencia según la era cristiana.
- 4.º Ceca.
- 5.º Numeración según los catálogos de Vives y Miles.
- 6.º Peso en gramos.
- 7.º Diámetro en milímetros.
- 8.º P.C. Posición de los ejes de los cuños.
- 9.º Observaciones sobre el estado de conservación y cualquier otro detalle histórico o técnico interesante.

1. EMIRATO

ʿABD AL-RAHMĀN I

755-788 (138-172)

N.º 1

Año hégira- 170 (786/7 era cristiana)

CECA: Al-Andalus

VIVES: 68

MILES: 61 a

PESO: 2,11 gr.

Ø: 22 mm.

POSICION DE CUÑOS: →

OBSERVACIONES: Corroída. Por la tipología es claramente de ʿAbd al-Rahmān I. La duda podría estar entre 160 y 170 ya que se trata de una fecha que sólo consta de centena y decena. Pero, aparte de ser más verosímil el 70, el adorno de cinco anillos exteriores coincide con la tipología de este año. (Las del año 160 tienen 3 anillos y triángulos de puntos entre medias). La corrosión impide en cambio constatar si existe una pequeña media luna en el reverso, señalada por Miles.

AL-ḤAKAM I

796-821 (180-206)

N.º 2

201 (816/7)

CECA: Al-Andalus

VIVES: 110

MILES: 92 b

PESO: 2,06 gr.

Ø: 26 mm.

POSICION DE CUÑOS: ↙

OBSERVACIONES: Bastante recortada por un lado; por lo demás en excelente estado de conservación. Caracteres toscos pero bien grabados.

ʿABD AL-RAHMĀN II

821-852 (206-238)

N.º 3

221 (835/6)

CECA: Al-Andalus

VIVES: 159

MILES: 112

PESO: 1,76 gr.

Ø: 24 mm.

POSICION DE CUÑOS: ↙

OBSERVACIONES: Alguna duda sobre la cifra de la unidad de la fecha. Bastante recortada en una mitad. Mal estado de conservación. Imposible afirmar la existencia de nombre, adornos o anillos.

N.º 4

232 (846/7)

CECA: Al-Andalus

VIVES: 201

MILES: 233

PESO: 2,24 gr.

Ø: 27 mm.

POSICION DE CUÑOS: \

OBSERVACIONES: Aunque muy borroso parece apreciarse la palabra «lillāh» en anverso.

2. CALIFATO

‘ABD AL-RAḤMĀN III

912-961 (300-350)

N.º 5

337 (948/9)

CECA: Madīna al-Zahrā’

VIVES: 417

MILES: 227

PESO: 2.27 gr.

Ø: 24 mm.

POSICION DE CUÑOS: ↓

OBSERVACIONES: Alguna duda en la cifra de la unidad de la fecha. Nombre: Muhammad, en anverso. Los adornos del reverso no están recogidos por Miles.

N.º 6

341 (952/3)

CECA: Madīna al-Zahrā’

VIVES: 422

MILES: 231 a

PESO: 2,35 gr.

Ø: 22 mm.

POSICION DE CUÑOS: /

OBSERVACIONES: Nombre: Muḥammad, en anverso. Sin adornos. Varias rajás y roturas.

N.º 7

346 (957-8)

CECA: Madīna al-Zahrā’

VIVES: 440

MILES: 235

PESO: 2,61 gr.

Ø: 24 mm.

POSICION DE CUÑOS: \

OBSERVACIONES: Nombre: Aḥmad, en anverso. Dos agujeros. Los espléndidos adornos del reverso son raros en las acuñaciones de este califa y desde luego desconocidos en este año. Esta belleza floral sólo se da en el 337 donde Miles cataloga un ejemplar semejante a éste (227 z) y Codera ilustra otro (lámina VII, n.º 4). Se estaría tentado a pensar, a pesar de que habrían transcurrido ya diez años, que se usó un cuño de reverso de aquel año.

N.º 8**346-350**

CECA: Madīna al-Zahrā'

VIVES: ---

MILES: ---

PESO: 1,85 gr.

Ø: 20 mm.

POSICION DE CUÑOS: ←

OBSERVACIONES: La presencia del nombre del jefe de ceca Aḥmad, en anverso, la sitúa en esas fechas. El año más probable parece ser el de 350, último del reinado del califa. Sin adornos. Roturas.

AL-ḤAKAM II

961-976 (350-366)

N.º 9**352 (963/4)**

CECA: Madīna al-Zahrā'

VIVES: 450

MILES: 244

PESO: 2,71 gr.

Ø: 26 mm.

POSICION DE CUÑOS: ↘

OBSERVACIONES: Nombre: 'Abd al-Raḥmān en reverso. Gran adorno en anverso. La r de «šarik» es florida.

N.º 10**353 (964)**

CECA: Madīna al-Zahrā'

VIVES: 451

MILES: 245 w

PESO: 1,95 gr.

Ø: 22 mm.

POSICION DE CUÑOS: ↘

OBSERVACIONES: Nombre: 'Abd al-Raḥmān, en anverso. Dos agujeros.

N.º 11**354 (965)**

CECA: Madīna al-Zahrā'

VIVES: 452

MILES: 246 s

PESO: 2,30 gr.

Ø: 22 mm.

POSICION DE CUÑOS: ↘

OBSERVACIONES: La graffa del 4 de la ciudad de la fecha es «arba».

Nombre: 'Abd al-Raḥmān, en reverso. Los adornos ofrecen pequeñas variantes de las reseñadas por Miles pero en cambio no se ven los anillos por él indicados.

N.º 12**355 (965/6)**

CECA: Madīna al-Zahrā'

VIVES: 454

MILES: 247 p (var.)

PESO: 1,08 gr.

Ø: 19 mm.

POSICION DE CUÑOS: ↘

OBSERVACIONES: Muy recortada. Nombre: 'Abd al-Raḥmān, en reverso. Al modelo de adorno de Miles la falta de estrella inferior. La «r» de «šank» es floral así como la «nūm» final de la decena.

N.º 13**355 (965/6)**

CECA: Madīna al-Zahrā'

VIVES: 454

MILES: 247 a

PESO: 2,43 gr.

Ø: 23 mm.

POSICION DE CUÑOS: †

OBSERVACIONES: Nombre: 'Abd al-Raḥmān. Sin adornos lo que es raro en este año. Un sólo agujero pero se percibe la huella donde pensaban hacer el segundo, con un instrumento que parecería ser un punzón no muy puntiagudo.

N.º 14**359 (969/70)**

CECA: Madīna al-Zahrā'

VIVES: 460

MILES: 252 f

PESO: 2,80 gr.

Ø: 23 mm.

POSICION DE CUÑOS: †

OBSERVACIONES: Nombre: °Āmer. En reverso, parece tener un circulito arriba y abajo. Rota.

N.º 15**360 (970/1)**

CECA: Madīna al-Zahrā'

VIVES: 461

MILES: 253 w (var.)

PESO: 2,82 gr.

Ø: 22 mm.

POSICION DE CUÑOS: †

OBSERVACIONES: Nombre: °Āmer, en anverso. Los adornos del reverso, en su parte superior son más bien 253 1 que 253 k, según el catálogo de Miles.

HISHĀM II

977-1008 (366-399)

N.º 16**392 (1001/2)**

CECA: Al-Andalus

VIVES: 569

MILES: 322 t

PESO: 2,76 gr.

Ø: 23 mm.

POSICION DE CUÑOS: †

OBSERVACIONES: Nombres: Tamīḥ en anverso y °Āmer en reverso. Última emisión en que aparece este segundo nombre, que es el de Almanzor, quien muere en Medinaceli ese año (correspondiente al 1002 de la era cristiana).

3. IMPERIO ALMOHADE Siglos XII y XIII

N.º 17

CECA: ---

VIVES: 2088

PRIETO F.: 55

PESO: 1,54 gr.

Ø: 15 mm.

POSICION DE CUÑOS: †

OBSERVACIONES: Medio dirhem cuadrado, anónimo, sin fecha y sin ceca.



anv.



rev.



anv.



rev.



anv.



rev.



anv.



rev.

LAM. 1.—N.º 1. 'ABD AL-RAHMÂN I. N.º 2. AL-HAKAM I. N.º 3. 'ABD AL-RAHMÂN II.
N.º 4. 'ABD AL-RAHMÂN II.



anv.



rev.



anv.



rev.



anv.



rev.

LAM. 2.—N.º 5. 'ABD AL-RAHMÂN III. N.º 6. 'ABD AL-RAHMÂN III.
N.º 7. 'ABD AL-RAHMÂN III.



anv.



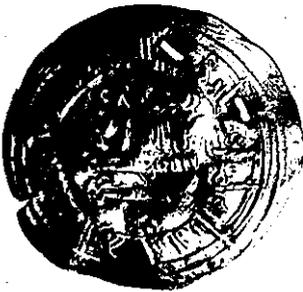
rev.



anv.



rev.

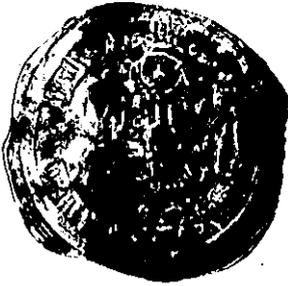


anv.



rev.

LAM. 3.—N.º 8. 'ABD AL-RAHMÂN III. N.º 9. AL-ḤAKAM II. N.º 10. AL-ḤAKAM II.



anv.



rev.



anv.



rev.



anv.



rev.

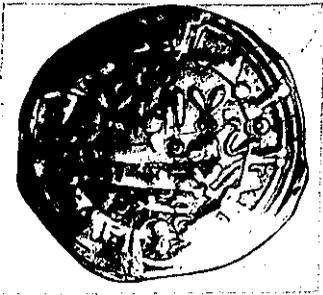
LAM. 4.—N.º 11. AL-ḤAKAM II. N.º 12. AL-ḤAKAM II. N.º 13. AL-ḤAKAM II.



anv.



rev.



anv.



rev.



anv.



rev.



anv.



rev.

LAM. 5.—N.º 14. AL-HAKAM II. N.º 15. AL-HAKAM II. N.º 16. HIŠAM II.
N.º 17. IMPERIO ALMOHADE.

NECROPOLIS RUPESTRE DE TIERME(S)

M. DOMENECH ESTEBAN*
C. DE LA CASA MARTINEZ**

* Escuela Taller «Duques de Soria».

** Servicio de Investigaciones Arqueológicas. Diputación Provincial de Soria.

La comunicación que presentamos, a este II.º Symposium de Arqueología Soriana, tiene por objeto dar a conocer los resultados de nuestras investigaciones arqueológicas en la Necrópolis rupestre de Tiermes. Estos trabajos fueron realizados en los veranos de 1981 y 1982, dentro del plan general de excavaciones del yacimiento soriano de Tiermes.

Más de una vez se ha dicho que las necrópolis rupestres, dadas sus características topográficas, eran unas auténticas desconocidas. No ha sucedido lo mismo con la que hoy nos ocupa, pues es la primera de nuestra provincia de la que tenemos referencias.

En 1889, Nicolás Rabal hizo unos comentarios sobre este conjunto cementerial, indicando que las tumbas estaban agrupadas de dos en dos o de cuatro en cuatro, igualmente indicó que sus coberteras eran monolíticas y ahuecadas en su interior¹.

El Dr. Taracena, en su carta arqueológica de la provincia, mencionó esta necrópolis, denominándola de «sepulturas antropoides rupestres», realizó una sucinta descripción y nos informó de que se realizaron excavaciones en alguna sepultura, sin que los resultados le autorizasen a dar una cronología exacta².

Ortego y Frías, en sus diferentes Guías del conjunto arqueológico, reseñó, igualmente, el yacimiento e indicó que podrían llegar hasta el medievo³.

Ya dentro del plan de investigaciones, que aún hoy se mantiene, uno de nosotros la dató en las centurias del X-XI.⁴

Con estos antecedentes, en 1981 iniciamos nuestros trabajos de campo, que se prolongaron a lo largo de este verano y el de 1982.

(1) RABAL, N.: «Una visita a las ruinas de Termancia». Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo, 12. Madrid, 1889. Pág. 464.

(2) TARACENA, B.: Carta arqueológica de España. Soria. Madrid, 1941. Pág. 116.

(3) ORTEGO Y FRIAS, T.: Guía de Tiermes. Varias ediciones.

(4) ARGENTE, J.L. y CASA, C. de la et alii: Tiermes I. Excavaciones Arqueológicas de España, 111. Madrid, 1980. Págs. 289-290.

METODOLOGIA

Teniendo presente las características topográficas de este conjunto, optamos por realizar, en primer lugar una prospección, lo más completa posible, de la zona, para obtener una amplia información sobre la dispersión de los enterramientos en el terreno.

La segunda fase consistió en delimitar los puntos a intervenir; concretamente tres: A, B y C. Durante la primera campaña exhumamos el área A e iniciamos la B, para concluir ésta y la C, en 1982.

En el sector A, se excavaron cuatro sepulturas y la zona anexa, que resultó ser parte de una cantera.

En el sector B, se exhumaron desde la tumba diez hasta la treinta y una, excepto las comprendidas entre la cinco y la nueve.

En el sector C, limpiamos los enterramientos cinco, seis, siete, ocho, nueve, treinta y cuatro y treinta y cinco.

En todos los casos utilizamos el sistema clásico de exhumación de tumbas, recogiendo todos los datos posibles, en base a los nuevos métodos⁵.

ESTUDIO DE LA NECROPOLIS

Creemos que no viene al caso hacer una relación pormenorizada de todas y cada una de las tumbas, ya que esto lo tenemos en los cuadros analíticos que hemos presentado en la Memoria oficial de excavaciones⁶. Por ello vamos a proceder a comentar diferentes aspectos, que nos permitirán llegar a unas consideraciones finales.

TIPOLOGIA

Como en todas las necrópolis rupestres, las sepulturas varían su estructura dentro de una amplia gama de posibilidades, esto puede tener como causa la zona en que se encuentran⁷, la topografía del terreno e incluso la facilidad de trabajar la roca⁸.

(5) RIU, M. y BOLOS, J.: «Observacions metodològiques, esquemes i fitxes de treball per a l'estudi de les sepultures». *Necròpolis i sepultures medievals de Catalunya*. Barcelona, 1982. Págs. 11-25.

(6) OOMENECH ESTEBAN, M.: *Excavaciones arqueológicas en la necrópolis rupestre de Tiermes. Campañas de 1981 y 1982*. E/P.

(7) CASA MARTINEZ, C. de la.: «Las necrópolis medievals de Tiermes. Sistemas de enterramiento». *Actas del I.º Symposium de Arqueología Soriana*. Soria, 1984. Págs. 499-510.

(8) CASA, C. de la, et alii.: *Agreda medieval I*. *Noticario Arqueológico Hispánico* 26. Madrid, 1985. Pág. 252.

En el caso que nos ocupa, hemos establecido cinco variantes:

Codo: Enterramientos que presentan ensanchamiento en el tercio superior de su estructura⁹.

Bañera: Enterramientos cuya forma se identifica con la bañera clásica.

Rectangular: Enterramiento de estructura rectangular, cuyas dimensiones son iguales o similares en cabecera, pies y centro.

Trapezoidal: Enterramiento en forma de trapecio, con mayores dimensiones en el tercio superior.

Sin poder determinar: Se han incluido en este grupo aquellos enterramientos que por diferentes motivos no es factible insertar en tipo, conocido, alguno. En la mayoría de los casos la dificultad de clasificación se debe a la erosión eólica que los ha desprovisto de su forma primitiva.

En esta necrópolis aparecen seis tumbas de tipo codo, es decir un 17,14% del total. Siete en forma de bañera, lo que nos lleva a un 20%. Con estructura rectangular se han exhumado trece enterramientos, lo que representa un 37,14%. Las trapezoidales, cuatro, son un 11,42%. Quedando sin determinar cinco casos, esto hace un 14,28% de la totalidad.

Lo más destacable, de este conjunto cementarial, es la ausencia de tumbas antropomorfas, que curiosamente en la mayoría de las necrópolis suelen estar representadas con un importante porcentaje¹⁰.

Igualmente es digno de mencionar el escaso tanto por ciento de tumbas rectangulares. En cuanto a las que son imposible de determinar su forma, podemos indicar que tan sólo se detecta la huella. Sin duda alguna esto se debe a los efectos eólicos en la débil y erosionable arenisca de la zona.

DIMENSIONES

A la hora de proceder al estudio de las dimensiones hemos mantenido, como habitualmente venimos haciendo, el sistema utilizado por Puertas Tricas en Alozaina¹¹, y posteriormente por nosotros mismos en Agreda¹².

Partiendo de medidas totales, contamos con un total de treinta y dos sepulturas, de las que conocemos su longitud real. La de mayor dimensión tiene 205 cm. y la de menor 102 cm.

Teniendo estas dimensiones extremas y en base al método utilizado, podremos considerar enterramientos pequeños los comprendidos entre 102 y 146 cm., medianos de 146 a 190 cm. y grandes de 190 a 205 cm.

(9) PUERTAS TRICAS, R.: Un asentamiento mozárabe en la zona de Alozaina. Málaga, 1982. Pág. 41.

(10) CASTILLO, A. del: «Cronología de las tumbas llamadas olerdolanas». Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza, 1968. Págs. 835-845.

(11) PUERTAS TRICAS, R.: Op. cit. Págs. 42-46.

(12) CASA, C. de la et alii: Op. cit. Págs. 260-263.

En base a estos datos, hemos realizado la siguiente clasificación: tumbas grandes 12, medianas 13 y pequeñas 4, lo que representa en porcentajes un 37,50%, 50% y 12,50% respectivamente.

A esto podemos unir que las tres sepulturas no incluidas tienen: la T-9 más de 150 cm., la T-11 más de 110 cm. y la T-22 más de 151 cm.

Al igual que sucede en la mayoría de las necrópolis excavadas en roca, la presencia de esqueletos es prácticamente nula, tan sólo se detectaron restos óseos, y en muy mal estado en la T-6. De ahí que hoy día se tienda a establecer el contenido (adulto, infante) en base a las dimensiones, por ello nos basaremos para este tema en el trabajo de Bolós y Pagés¹³.

Los investigadores citados, establecen la siguiente clasificación: adultos, dimensiones superiores a 170 cm., adolescentes / infantes, comprendidos entre 90 y 170 cm., y menores para los recién nacidos.

Si admitimos, como así lo hacemos, estos datos y los aplicamos a esta necrópolis, podemos hablar de 26 sepulturas de adultos y cinco de adolescentes o infantes, un 84,37% y un 15,62% respectivamente.

ORIENTACION

Los conjuntos cementariales de nuestra Península tienen una clara concepción en lo que a orientación se refiere¹⁴, esta es W-E, es decir cabecera en occidente y los pies en oriente, de tal forma que el difunto mira hacia el Este. Sin embargo, existen variantes, debido, sin duda, a la topografía de los terrenos, por lo que a veces hay cambios de orientación.

En nuestro caso se presentan seis orientaciones diferentes: W-E, S-N, N-S, SW-NE, NW-SE y SW-W. Aunque en la mayoría de los casos tienen la cabecera en el oeste.

CRONOLOGIA

La falta de hallazgos cerrados y de estudios nos hace que tengamos que acudir al clásico trabajo del Dr. del Castillo, que con base tipológica nos da, para estas ocasiones, una data genérica del siglo X¹⁵, fecha que concuerda con la que uno de nosotros dimos hace tiempo¹⁶ y con la establecida por Alonso Zamora para algunos casos segovianos¹⁷.

(13) BOLOS, J. y PAGES, M.: «Lessepultures excavadas a la roca». Necrópolis i sepultures medievals de Catalunya. Barcelona, 1982. Págs. 69-70.

(14) CASA, C. de la et alii: Op. cit. Págs. 257-258.

(15) CASTILLO, A. del: Op. cit. Págs. 835-845.

(16) ARGENTE, J.L. y CASA, C. de la et alii: Op. cit. Pág. 290.

(17) ZAMORA CANELLADA, A.: Excavaciones en el atrio norte de San Millán de Segovia. Noticiario Arqueológico Hispánico 6. Madrid, 1979. Pág. 535.

Tipológicamente son numerosos los cementerios de estas características fechados en el siglo X, como reflejamos en un trabajo anterior¹⁸. Sin embargo los escasos hallazgos, pero dignos de tener presente, de momentos protomedievales nos obliga a rebajar esta fecha, de ahí que mientras no contemos con más datos debamos establecer esta necrópolis rupestre de Tiermes entre fines del VIII y principios de la centuria del X.

MATERIALES

La necrópolis rupestre de Tiermes, se asienta sobre, un terreno que en su día fue cantera romana, aún sin estudiar; de ahí que la mayoría de los hallazgos materiales correspondan a estos momentos cronológicos.

Otro elemento a tener presente, antes de estudiar el material, es la cercanía del río, lo que ha producido una fuerte corrosión en éstos, llegando incluso, en el caso de la «sigillata» a que se pierda el barniz.

En ambas campañas de campo los hallazgos han sido predominantemente cerámicos: sigillata hispánica, gálica; cerámica común romana: cocina, mesa y pintada. La mayoría en tal estado de fragmentación que no ha sido posible establecer formas.

Los fragmentos de vidrio, igualmente romanos, han aparecido en un número considerable, pero por lo general no han aportado datos de relevancia, salvo un pequeño vaso globular exhumado de la tumba 34 y que López Vázquez lo fecha en el siglo V. Esta pieza puede considerarse como hallazgo cerrado, ya que fue detectada en el interior de una sepultura cubierta con una pieza monolítica de unos 500 kilos aproximadamente. Por lo que es fácil suponer que fue una pieza utilizada y posteriormente introducida con el difunto, ya fuera de su uso común.

Otros hallazgos de momentos, igualmente romanos, son una moneda de Commodo Antonino. El resto de piezas corresponden a fines del imperio e incluso a momentos visigodos, como algunas cuentas de collar de ámbar y una hebilla de cinturón del tipo denominado liriforme.

El alto número de clavos detectados, nos hace suponer que algunos enterramientos contaron con ataúdes de madera.

En alto estado de corrosión se han detectado, en niveles de revuelto, otras piezas entre las que destaca un anillo de época visigoda, con claros paralelos en Marugan¹⁹ y la ya mencionada hebilla que cuenta con piezas similares en Carpio

(18) CASA MARTINEZ, C. de la et alii: Op. cit. Pág. 259.

(19) ZEISS, H.: Die Grabfunde aus dem Spanischen Westgotenreich. Berlín, 1934. Tafel 23.

de Tajo²⁰, Suellacabras²¹ Numancia²², los Aflijidos²³ e incluso Tiermes²⁴. Las cuentas de collar se asemejan con las de Segóbriga²⁵ y Carpio de Tajo.

Todo ello hace ver que los materiales se sitúan en cronología romana y visigoda, lo que atestigua una vez más la presencia de vida en este último período, pero no nos facilita, nada nuevo, respecto a la necrópolis.

CONSIDERACIONES FINALES

Este conjunto cementerio viene a confirmar, una vez más, la no despoblación del yacimiento termestino, que algunos autores han afirmado²⁶.

Como puede apreciarse nos encontramos ante un eslabón que une los momentos hispano-visigodos con los altomedievales, pero esto parece lógico para quienes conocen el yacimiento de Tiermes o Tiermes.

Respecto a la necrópolis, podemos establecer algunas, sucintas, consideraciones. Estimamos que sería un camposanto que tendría sus inicios en los últimos momentos visigodos siglo VIII o principios del medioevo. Sus enterramientos, como ya es habitual, fueron violados a lo largo de la historia. Mantiene, por lo general, la normativa de orientación.

Respecto a sus moradores no podemos afirmar gran cosa, aunque es evidente que fueron campesinos que soportaron las acciones bélicas de esta zona en esos momentos, estando asentados en las habitaciones rupestres o en habitats aún por conocer:

La pobreza de materiales es usual tanto en los cementerios de fines del período visigodo²⁷, como en los altomedievales. De ahí que junto a los datos aportados por estos, hayamos tenido que acudir a la tipología para su datación, que de forma general puede situarse desde el siglo VIII a fines del IX o principios del X, momentos estos últimos en que se dejaría de utilizar este camposanto para ser depositados los difuntos en la necrópolis de la Ermita.

Cementerios como este existen en un alto número de núcleos de nuestra provincia como ya indicó Taracena²⁸, habiendo sido revisadas recientemente²⁹.

(20) MERGELINA, C. de: «La necrópolis de Carpio de Tajo. Notas sobre ajuar en sepulturas visigodas». Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología XV. Valladolid, 1949. Págs. 145-154. RIPOLL, G.: La necrópolis de el Carpio de Tajo (Toledo). Excavaciones Arqueológicas en España 142. Madrid, 1985.

(21) ZEISS, H.: Op. cit. Tafel, 7.

(22) ZEISS, H.: Op. cit. Tafel, 7.

(23) FERNANDEZ-GALIANO, D.: Excavaciones en la necrópolis hispano-visigoda del Camino de los Aflijidos (Alcalá de Henares). Noticiario Arqueológico Hispánico. Arqueología IV. Madrid, 1976. Lám. XIV.

(24) ARGENTE, J.L. y CASA, C. de la et alii: Op. cit. Pág. 291.

(25) ALMAGRO BASCH, M.: La necrópolis hispano visigoda de Segóbriga, Saelices, Cuenca. Excavaciones Arqueológicas en España. 84. Madrid, 1975.

(26) ORTEGO Y FRIAS, T.: Op. cit. Ed. 1975. Pág. 42.

(27) FERNANDEZ-GALIANO, D.: Op. cit. Pág. 71.

(28) TARACENA, G.: Op. cit.

(29) CASA MARTINES, C. de la: Mundo funerario del Medioevo cristiano en Soria: estudio arqueológico de sus necrópolis. Col. lección de Tesis Doctorales Microfilmadas n.º 1055. Barcelona, 1991.

**NECROPOLIS MEDIEVAL DE SAN BAUDELIO DE
CASILLAS DE BERLANGA**

J. ANDRIO GONZALO
E. LOYOLA PEREA

NECROPOLIS MEDIEVAL DE SAN BAUDELIO DE CASILLAS DE BERLANGA

La necrópolis de San Baudelio de Casillas de Berlanga está situada en la provincia de Soria, tras el ábside de la ermita de dicho nombre, a 12 Km. al sur de Berlanga de Duero y a 2 km. de Casillas de Berlanga. Tiene una altitud sobre el nivel del mar de 1.049 m. y está localizada en el mapa 1:50.000 en la hoja 406 del IGC en el cuadrante NW.

El Dr. D. Alberto del Castillo realizó su excavación en el año 1975 con el equipo formado por M.^a Asunción Bielsa, Esther Loyola y Josefina Andrio, ayudados por un grupo de seis obreros del cercano pueblo de Caltojar que realizaron la labor del movimiento de tierras.

Los restos óseos hallados fueron entregados, para su estudio antropológico, al Dr. D. Philippe de Souich.

El fallecimiento del Dr. Castillo impidió continuar el trabajo en 1976.

ALGUNOS DATOS HISTORICOS

Pocas noticias documentales existen en relación con la historia de San Baudelio de Casillas de Berlanga.

Estuvo en poder musulmán y aún cuando fue tomada en 1010 por el conde de Castilla Sancho García (Cronicón Burgense. España Sagrada XXIII, pág. 309), volvió a poder musulmán ya que Fernando I vuelve a conquistarla en 1040 para perderla poco después y ser reconquistada, definitivamente, por Alfonso VI, en fecha posterior a la conquista de Toledo en 1085.

A causa de la caída del Califato, la zona se repuebla con mozárabes y gentes del sur. Los restos óseos así lo atestiguan y las influencias artísticas de la ermita también lo señalan.

La necrópolis albergó a los habitantes del Monasterio de San Baudelio, que si primero perteneció a la diócesis de Osma, después de una disputa con la diócesis de Sigüenza, ya hacia 1138, pasó a pertenecer a esta última según confirmación del Papa Inocencio II.

Fue un Monasterio pequeño, como indica el número de enterramientos, aunque debieron tener medios económicos para poder realizar la obra arquitectónica y pictórica de la ermita.

Posiblemente, ya a finales del siglo XIII, desaparece la vida monástica, dato que demuestran las tumbas y dejó de ser un Monasterio para convertirse solamente en una iglesia donde siguió el culto a San Baudelio y donde permaneció un pequeño núcleo de gentes dedicadas a la agricultura y a la ganadería y que, posiblemente, ocuparon las tumbas halladas posteriormente a la excavación del Dr. Castillo.

DESCRIPCION DE LA NECROPOLIS

Tiene una longitud total de 21,30 m. y una anchura máxima de 6,70 m. que va disminuyendo hasta llegar a 1,40 m.

Situada en una ladera, su desnivel es de 1,84 m.

Los enterramientos fueron iniciados en la parte más baja, aprovechando la roca que se fragmenta fácilmente.

Tienen estos enterramientos la particularidad de que dando forma a la roca, tallaron espacios separados, como panteones familiares, dándoles individualidad.

El primer panteón contiene las tumbas 1 y 2, situadas tras el ábside. Siguiendo hacia el E., está situado el segundo espacio con las tumbas 9-10-11. El tercero tiene las tumbas 12-13-14 y el cuarto las número 15 y 16.

Los enterramientos que siguen en esta línea de panteones, los números 17-18 y 19, no tienen demarcación especial al faltar ya la roca.

En un segundo plano más elevado, justamente a unos 94 cm. de altura, se hallan las tumbas 3-4-6-7-8. más espaciadas y sin formar entre ellas ninguna unidad. Las número 4 y 5 están situadas, en gran parte, bajo el muro de la obra de contención del ábside. A 90 c. sobre el nivel citado, se hallan más enterramientos excavados posteriormente.

Según D. Teógenes Ortego Frías, estudioso de esta ermita de San Baudelio, cuando se localizó la necrópolis, al realizar obras de conservación en la pendiente tras el ábside, dicha necrópolis estaba delimitada por fragmentos de estelas, pero al realizar la excavación no se halló ningún resto de ellas.

Carlos de la Casa y Manuela Domènech, en su libro sobre «Estelas medievales de la provincia de Soria» presentan dos estelas de San Baudelio de Casillas de Berlanga en su pág. 91, con dibujo de las mismas en pág. 92 y fotografías en las láminas XVIII y XVII.

Sobre el poblado o restos del monasterio, también han realizado trabajos de excavación Philipp Banks y Juan Zozaya. Dicho trabajo está publicado en el Noticiario Arqueológico Hispánico. 1983. N.º 16.

HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS

Todas las tumbas aparecieron como es costumbre generalizada desprovistas de ajuar. Solamente en la n.º 11, se halló una punta de lanza de 17 cm. de longitud.

DESCRIPCION DE LOS ENTERRAMIENTOS

Enterramiento 1

Tumba antropomorfa. Orientación S-N (240° N.).

Situada justamente tras el ábside. Tenía seis losas de cobertura. Cabeza redondeada, ladeada hacia la derecha. Hombros desiguales y redondeados. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 215 cm.
anchura: cabeza: 25 cm.
 espalda: 43 cm.
 pies: 26 cm.
profundidad media: 22 cm.

Contenía diversos restos óseos en la parte inferior de la tumba. Había dos tibias y dos peronés en posición normal. Los restos pertenecían a tres varones y dos hembras.

Enterramiento 2

Tumba con inicio antropomorfo. Orientación S-N. (240° N.).

Situada paralela a la anterior. Tenía cuatro losas de cubierta. Cabeza redondeada con oquedad occipital. Hombros redondeados y desiguales. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 198 cm.
anchura: cabeza: 28 cm.
 espalda: 47 cm.
 pies: 19 cm.
profundidad media: 27 cm.

Contenía restos óseos de tres varones, un alófiso y un subadulto.

Enterramiento 3

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (240° N.).

Carecía de losas de cobertura. Cabeza redondeada. Hombros casi iguales y redondeados. Pies rectos con ángulos redondeados.

Medidas: longitud total: 150 cm.
anchura: cabeza: 26 cm.
 espalda: 40 cm.
 pies: 25 cm.
profundidad media: 36 cm.

Carecía de restos óseos.

Enterramiento 4

Solamente aparece la parte inferior de la tumba por estar la parte superior bajo el muro de contención del ábside.

Orientación: S-N. (240° N.).

Pies redondeados.

Medidas: longitud parcial: 140 cm.
anchura central: 52 cm.
pies: 23 cm.

Contenía solamente la parte inferior de un esqueleto con las piernas paralelas.

Enterramiento 5

Paralela a la anterior y en las mismas condiciones.

Orientación S-N. (240° N.).

Pies rectos redondeados en los ángulos.

Medidas: longitud parcial: 135 cm.
anchura central: 45 cm.
pies: 23 cm.

Contenía varios restos óseos muy revueltos.

Enterramiento 6

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (240° N.).

Situada a los pies del enterramiento número 4 solamente apareció su lateral derecho. Cabeza redondeada. Hombro derecho redondeado. Pies posiblemente redondeados.

Medidas: longitud total: 110 cm.
anchura: espalda: 36 cm.

Contenía fragmentos de restos óseos.

Enterramiento 7

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (250° N.).

Carecía de losas de cobertura. Cabeza redondeada con oquedad occipital. Hombros redondeados y desiguales. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 185 cm.
anchura: cabeza: 22 cm.
 espalda: 42 cm.
 pies: 16 cm.
profundidad media: 32 cm.

Contenía un esqueleto completo en posición decúbito supino. Cara orientada al frente. Brazo derecho doblado y sobre el hombro y brazo izquierdo doblado sobre la pelvis. Piernas paralelas.

Enterramiento 8

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (240° N.).

Tenía dos losas de cobertura. El lateral derecho aparece bien tallado y el lateral izquierdo muy estropeado. Cabeza rectangular. Hombros rectos y desiguales. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 196 cm.
anchura: cabeza: 21 cm.
 espalda: 44 cm.
 pies: 21 cm.
profundidad media: 25 cm.

Contenía diversos restos óseos, entre ellos cuatro cráneos. Contenía además un esqueleto casi completo, pero muy deteriorado. Posición decúbito supino. Cara orientada al frente e inclinada sobre el pecho. Piernas paralelas. Carecía de brazos.

Enterramiento 9

Tumba de inicio antropomorfo. Orientación S-N: (260° N.).

Tenía cuatro losas de cubierta. Cabeza redondeada. Hombros iniciados. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 102 cm.
anchura: cabeza: 27 cm.
 espalda: 36 cm.
 pies: 15 cm.
profundidad media: 20 cm.

Contenía restos óseos acumulados de una mujer y un subadulto. Cara orientada al frente.

Enterramiento 10

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (206° N.).

Tenía tres losas de cubierta. Cabeza redondeada. Hombros desiguales. Pies rectos.

Medidas: longitud total: 190 cm.
anchura: cabeza: 28 cm.
 espalda: 45 cm.
 pies: 18 cm.
profundidad media: 26 cm.

Contenía un esqueleto completo. Posición decúbito supino. Cara inclinada hacia el lateral derecho. Brazo derecho cruzado sobre la cintura y brazo izquierdo doblado en ángulo sobre la pelvis. Piernas paralelas.

Enterramiento 11

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (260° N.).

Tenía una sola losa de cubierta a los pies. Cabeza redondeada. Hombros desiguales: recto e inclinado hacia abajo el derecho y redondeado el izquierdo. Pies rectos con ángulos redondeados.

Medidas: longitud total: 210 cm.
anchura: cabeza: 24 cm.
 espalda: 50 cm.
 pies: 22 cm.
profundidad media: 28 cm.

Contenía un esqueleto y restos revueltos situados a los pies, de un varón una mujer y dos subadultos.

Enterramiento 12

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (250° N.).

Tenía tres losas de cobertura. Cabeza redondeada con oquedad occipital. Hombros iniciados y redondeados. Pies rectos. Caja muy rectangular.

Medidas: longitud total: 245 cm.
anchura: cabeza: 38 cm.
 espalda: 46 cm.
 pies: 24 cm.
profundidad media: 27 cm.

Contenía varios restos óseos de dos varones y de una mujer. De un esqueleto solamente quedaba la cabeza y el esternón. Cara orientada al frente pero inclinada hacia el lateral izquierdo.

Enterramiento 13

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (250° N.).

Tenía cuatro losas de cobertura. Cabeza en arco de heradura y con oquedad occipital. Hombros desiguales y redondeados. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 190 cm.
anchura: cabeza: 30 cm.
 espalda: 49 cm.
 pies: 27 cm.
profundidad media: 26 cm.

Contenía un esqueleto completo. Posición decúbito supino. Cara orientada al frente. Brazos cruzados sobre la cintura. Piernas paralelas.

Sobre este esqueleto se recogieron muchos restos óseos mezclados, que parecían convertir la tumba en un verdadero osario. Dichos restos, correspondían a cuatro varones, una mujer y dos subadultos.

Enterramiento 14

Tumba con inicio antropomorfo. Orientación S-N. (240° N.).

Tenía cinco losas de cubierta. Cabeza redondeada. Hombro izquierdo iniciado. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 195 cm.
anchura: cabeza:
 espalda: 40 cm.
 pies: 14 cm.
profundidad media: 25 cm.

Contenía un esqueleto completo de mujer. Posición decúbito supino. Cabeza orientada al frente. Brazos cruzados sobre la cintura. Piernas paralelas.

Enterramiento 15

Tumba de bañera rectangular. Orientación S-N. (250° N.).

Tenía cinco losas de cubierta.

Medidas: longitud total: 235 cm.
anchura: 40 cm.
profundidad media: 25 cm.

Contenía un esqueleto. Piernas paralelas. A los pies de la tumba había varios restos óseos.

Enterramiento 16

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (256° N.).

Tenía cuatro losas de cubierta. Cabeza rectangular irregular, con laterales desiguales. Oquedad occipital. Hombros rectos desiguales. Pies rectos con ángulos redondeados.

Medidas: longitud total: 196 cm.
anchura: cabeza: 25 cm.
 espalda: 42 cm.
 pies: 16 cm.
profundidad media: 26 cm.

Contenía restos óseos de tres subadultos y un varón, entre ellos tres cráneos, uno situado en la cabecera, otro en el centro y el tercero a los pies.

Enterramiento 17

Tumba biforme. Orientación S-N. (250° N.).

Tenía cuatro losas de cobertura. Cabecera y cabeza redondeadas. Hombros redondeados y desiguales. Pies rectos y estrechos.

Medidas: longitud total: 180 cm.
anchura: cabeza: 18 cm.
 espalda: 46 cm.
 pies: 15 cm.
profundidad media: 24 cm.

Contenía restos óseos de un varón, un alófiso y un subadulto. Entre ellos dos cráneos.

Enterramiento 18

Tumba antropomorfa. Orientación S-N. (250° N.).

Tenía seis losas de cobertera. Cabeza en arco de herradura. Hombros rectos y desiguales. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 206 cm.
anchura: cabeza: 26 cm.
 espalda: 51 cm.
 pies: 18 cm.
profundidad media: 28 cm.

Contenía varios restos óseos mezclados.

Enterramiento 19

Tumba de inicio antropomorfo. Orientación S-N. (250° N.).

Tenía cuatro losas de cubierta. Cabeza redondeada. Hombros iniciados. Pies redondeados.

Medidas: longitud total: 192 cm.
anchura: cabeza: 31 cm.
 espalda: 44 cm.
 pies: 28 cm.
profundidad media: 25 cm.

No contenía restos óseos.

ORIENTACION DE LAS TUMBAS

Las tumbas de San Baudelio de Casillas de Berlanga, como la mayoría de las tumbas medievales, están orientadas de E. a W., es decir, con los pies colocados al E. y la cabeza al W.

Esta orientación también se da en otros tiempos y en otras religiones.

Puede provenir del culto solar, por el cual situaban la cabeza en la posición de mirar el sol como fuente de vida. Pero en los enterramientos cristianos esta costumbre, aún cuando continuó, tuvo la significación, no ya del oriente como salida del sol, sino del oriente como la situación de Jerusalén, en su significado de la ciudad celestial.

La diferencia de grados en la orientación de las tumbas suele oscilar entre los 240° y los 280° N. que es la posición del sol entre los solsticios de verano y de invierno y que son los grados normales que por lo tanto pueden adoptar las tumbas. Pero aquí nos encontramos, que dicha diferencia está solamente entre los 240° y 260° N., es decir con una variación de solamente 20° en lugar de los 40° que deben tener, debido probablemente a la situación y escasez de la superficie rocosa donde están situadas.

	1/2 E - F		1/2 F- Marzo		A - 1/2 M.	1/2 M - J.		
	240°	250°	256°	260°	270°	280°		
	21 D.						21 J.	
Solsticio de invierno			PRIMA VERA					
			creciente					
			OTOÑO					
			decreciente					
	8	7	1	3				
	1/2 N - D.		0 - 1/2 Noviembre		1/2 A - S.		J - 1/2 A.	

Ateniéndonos a la posición del sol según las diferentes épocas del año, la orientación de las tumbas nos señalaría, en qué época fueron construídas, ya que la variación de la salida del sol es diferente y vemos también que es diferente los grados de orientación de las tumbas entre ellas.

El cuadro adjunto señala, que estos enterramientos fueron construídos desde diciembre a marzo ó de octubre a diciembre, es decir en los meses más frios del año, pero no nos indican la época del fallecimiento, debido al hecho de ser tumbas osarios.

La reutilización de las tumbas se da en varias necrópolis, pero no con la intensidad y cantidad que se observa en San Baudelio.

Esta intensa reutilización puede ser debida a dos motivos: primero, a la escasez de espacio rocoso existente y segundo a la idea arraigada del grupo familiar, ya remarcado al formar espacios apartados o panteones.

Todo ello nos impide conocer las épocas de mayor mortandad y la cantidad de defunciones en cada época del año.

Salvo las tumbas de esqueleto único, no se puede aclarar nada respecto a las fechas de las muertes de los habitantes de San Baudelio.

TIPOLOGIA DE LAS TUMBAS

Estas tumbas descubiertas por el Dr. Castillo están excavadas en la roca y para su estudio hay que considerar diversos aspectos: su forma completa, su cabecera, la forma de las espaldas y de los pies, su tamaño, las losas de cobertura y su construcción.

Formas.— A pesar del pequeño número de enterramientos, se dan en ellos cuatro formas distintas que van señalando la época de su construcción.

La falta de la forma de bañera oval, aleja a la necrópolis de los siglos X y principios del XI, pero la existencia de la forma de bañera rectangular la sitúa ya a mediados del XI, junto con el inicio de la forma antropomorfa y con la biforme.

De finales del XI pueden señalarse las antropomorfas con oquedad occipital y plenamente del siglo XII las antropomorfas.

La cabeza.— Corrobora esta cronología las diferentes formas del encaje para la cabeza.

FORMAS	CABEZA REDONDEADA	ARCO DE HERRADURA	CABEZA RECTANGULAR	TOTAL
Bañera			1	1
Inicio antrop.	3			3
Biforme	1			1
Antropomorfa	6	4	2	12
TOTAL	10	4	3	17

La forma redondeada comienza ya en las tumbas de inicio antropomorfo y sigue en las biformes y en las plenamente antropomorfas. Todo ello indica los siglos XI-XII, aún cuando la influencia mozárabe traiga la forma en arco de herradura.

La forma rectangular, con dos ejemplares, uno de ellos muy irregular, señalan la influencia aragonesa de finales del siglo XI o principios del siglo XII.

La espalda.— Todas las espaldas son muy irregulares dada la irregularidad de los hombros siempre desiguales, lo que dá, como resultado, una asimetría general a todas las tumbas.

Los pies.— Se observa que no tenían preferencia alguna en el momento de terminar la tumba. La proporción de 11 tumbas con pies redondeados y 8 con pies rectos lo indican claramente.

Tamaño.— Son unas grandes tumbas. Cinco de ellas sobrepasan los 2 m. (206-210-215-235-245 cm.), siete tienen más de 190 cm. (190-192-193-195-196-198), dos miden 180 y 185 cm. y ya los enterramientos de subadultos tienen desde 102-110 a 150 cm. de longitud.

Losas de cobertura.— Al no haber sufrido ninguna expoliación, casi todas las tumbas conservaban sus losas de cubierta, verdaderos fragmentos de roca sin forma determinada y sin talla alguna. Las tumbas carecen de encaje para asentarlas y el acoplamiento radicaba en la colocación más o menos ajustada con piedras supletorias.

Fondos.— Son en general planos y rectos y su profundidad media oscila entre 20 y 36 cm., con un índice medio de 24-26 cm.

Construcción.— Al estar asentadas en una plataforma calcárea, la roca es blanda, por lo que se deteriora mucho, y por ello algunas tumbas aparecen en parte destruidas. A pesar de la facilidad que aporta la clase de roca para su entalladura, no son tumbas bien trabajadas en general.

RESTOS OSEOS

Fueron estudiados en el laboratorio de Antropología del Instituto «F. Oloriz» de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada y con el título de «Trabajos de Antropología física» el resultado fue publicado, junto con otros estudios sobre el mismo tema, por la Universidad de Granada en el año 1982.

El trabajo fue realizado por Philippe du Souich, Encarnación Martín Rivas y Miguel C. Botella López y se realizó en los 53 individuos exhumados por el Dr. D. Alberto del Castillo.

De los 53 individuos había 18 varones, 14 mujeres, 14 subadultos y 7 alofisos.

Entre la población masculina un 83,33% eran adultos, entre 21 y 40 años y un 16,67%, de edad madura, entre 41 y 60 años. Comparados con individuos de otras necrópolis riojanas, son los de menos longevidad.

Las conclusiones a que llegaron fueron las siguientes:

El cráneo de los varones es ovoide o elipsoide, con protuberancias parietales, en general no adelantadas y tiende a la fenocigia. Glabella media, nasio no hundido, metopismo muy frecuente (29,41%).

El perfil de la cara no es recogido y el perfil nasal es saliente. Prognatismo alveolar ausente en dos tercios de los individuos, perfil mentoniano relativamente recogido en la mitad de los ejemplares, perfil frontal relativamente bajo en dos tercios de las variantes.

Se observa un aplanamiento postobélico, ausente en un tercio de los individuos, así como curvatura occipital fuerte en algo más de un tercio de los casos.

La anchura frontal es mínima y pequeña respecto al resto de la cara en la mayoría de los ejemplares. Tienen órbitas rectangulares en más de dos tercios de las variantes. Los pómulos son relativamente retraídos en la mitad de los casos, el maxilar es ancho y el mentón relativamente puntiagudo en más de dos tercios de los individuos, «sienes» no abultadas en más de la mitad de las variantes.

El agujero occipital es irregular en la mitad de los casos y el borde anterior del agujero occipital está relativamente hundido en algo más de la mitad de los individuos, cóndilos con su superficie plana y lisa en la mitad de las variantes.

Un 6,77% de los dientes presentan caries.

La mayoría de esta población moría antes de los 40 años.

Hay un cráneo de un varón adulto, de alrededor de 25 años, mesocráneo que presenta un traumatismo craneal en la región fronto-parietal izquierda y una trepanación terapéutica en la cara temporal derecha del frontal, asociada a una fractura en la misma zona.

La serie masculina de esta necrópolis tiene el cráneo largo y estrecho con la altura brasiobregmática media o alta y auricular baja.

Son doliocráneos, ortocráneos y metriocráneos. Sus caras son medianamente anchas, leptenas y mesognatas. Sus órbitas son mesoconcas, su abertura nasal mesorrina.

La estatura es mediana-alta, 168,3 y 169,1 cm.

Por todo ello, terminan diciendo, consideramos que la población mesadolico-morfa, de San Baudelio de Casillas de Berlanga, pertenece a la tipología mediterránea en sentido amplio.

La mayoría de las variantes son mediterráneos gráciles, pero hay que destacar:

a) dos ejemplares que presentan algunos rasgos atenuados, de los que caracterizan a los cromañoides.

b) dos variantes que presentan, de un modo atenuado, caracteres que recuerdan al mediterráneo robusto; el segundo es mesocráneo y a pesar de tener un cráneo alto, reúne algunos rasgos atenuados de los que caracterizan al tipo pirenaico occidental.

c) un mediterráneo que, a pesar de su corta estatura, reúne bastantes de los caracteres que singularizan al tipo pirenaico occidental, sin que pueda decirse que es un «vasco».

Puede decirse, por lo tanto, que las gentes enterradas en la necrópolis de San Baudelio, son de tipología mediterránea, en un sentido amplio, pero con leves influencias de los tipos nórdico y pirenaico occidental.

DISPOSICION DE LOS ESQUELETOS

Poco puede apreciarse dado el revuelto total de los restos óseos, pero observando los esqueletos más completos, puede decirse que no había regla o costumbre sobre la colocación del difunto en la tumba ya que se observa que la posición de los brazos es variada, solamente se mantiene igual la posición paralela de las piernas.

La orientación de la cabeza es generalmente frontal, el situarse a la derecha o izquierda es efecto de la dislocación natural.

Se sigue por lo tanto, como en otras necrópolis con la colocación personal del cadáver sin obedecer a normas preconcebidas.

CONCLUSIONES

Con este pequeño trabajo hemos querido dar a conocer una de las últimas investigaciones arqueológicas que realizó el profesor Castillo y que quedó inconclusa a causa de su inesperado fallecimiento.

El Dr. Castillo fue el iniciador de las excavaciones arqueológicas medievales en Cataluña y en Castilla y el resultado de sus investigaciones ha servido de base para el florecimiento actual de la Arqueología Medieval.

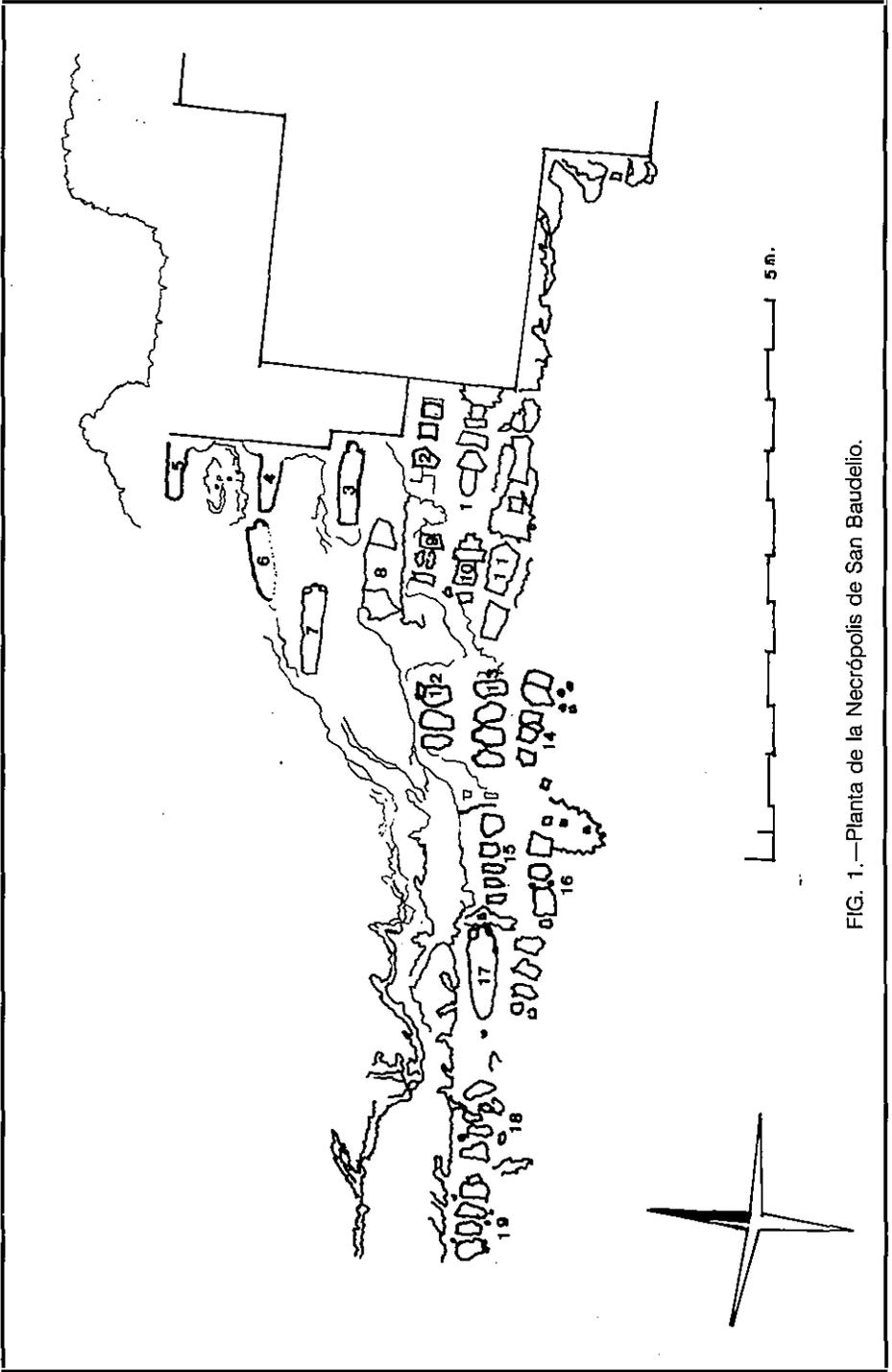


FIG. 1.—Planta de la Necrópolis de San Baudelio.

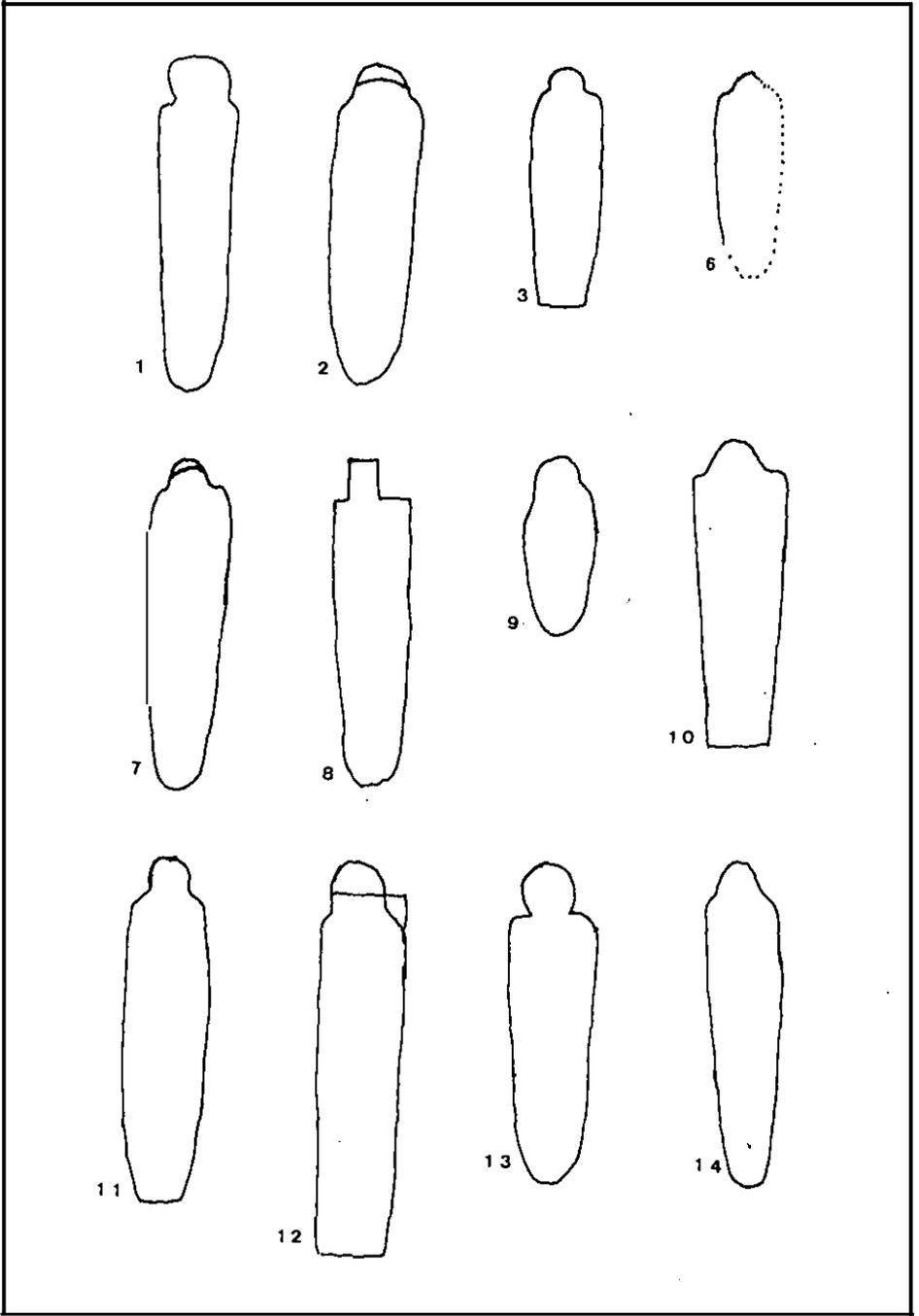


FIG. 2.—Tipo de enterramientos.

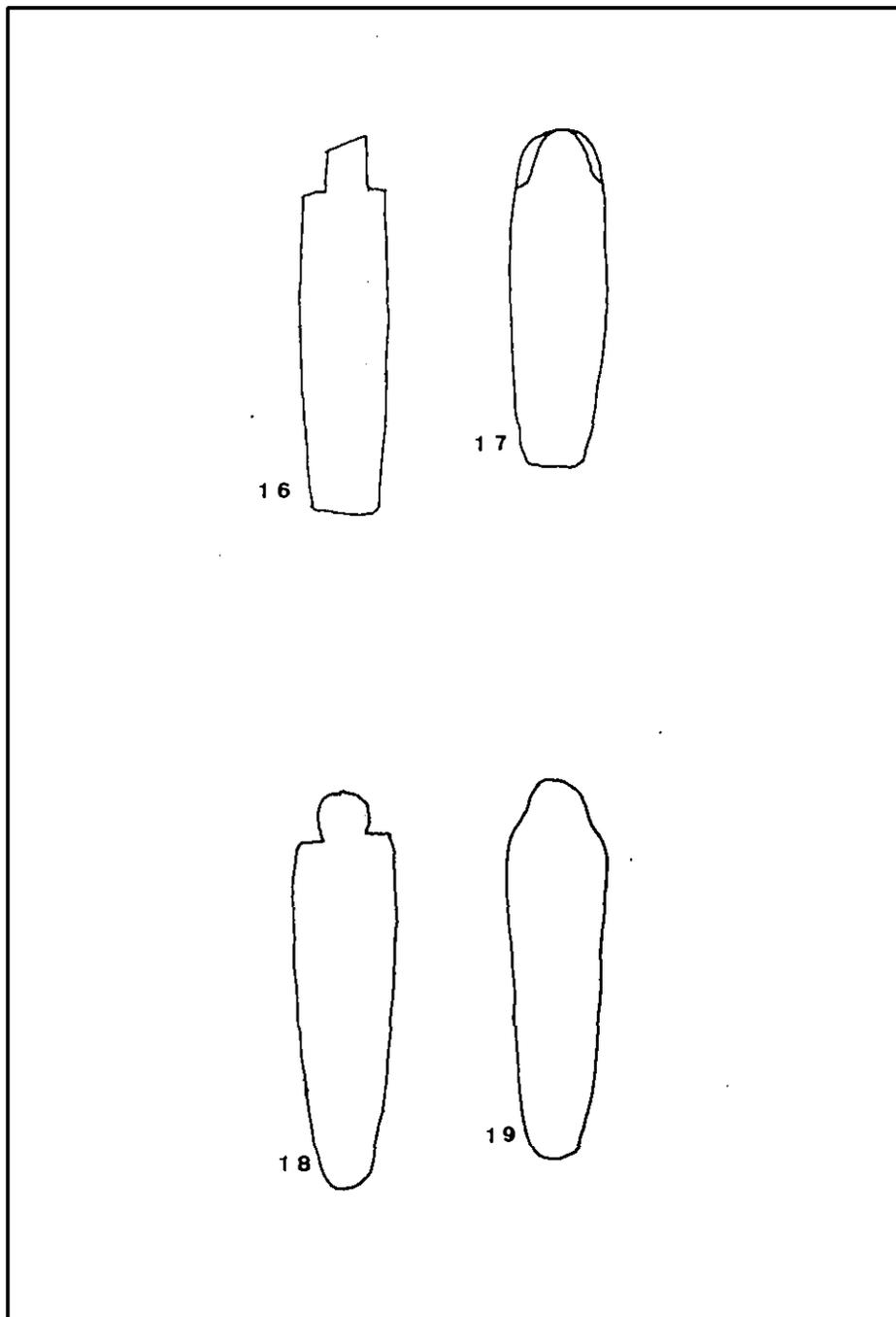
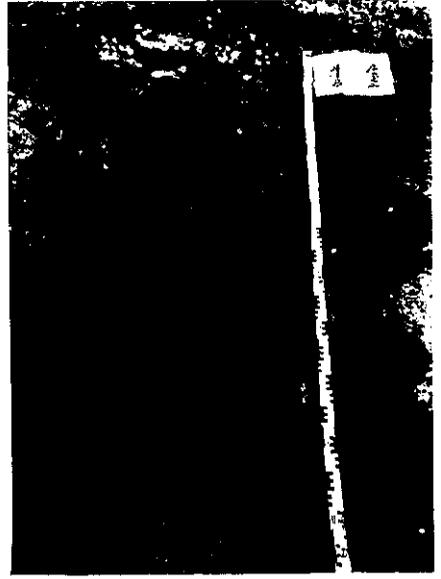
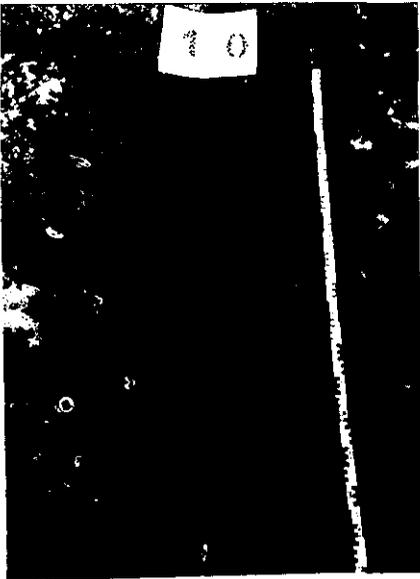
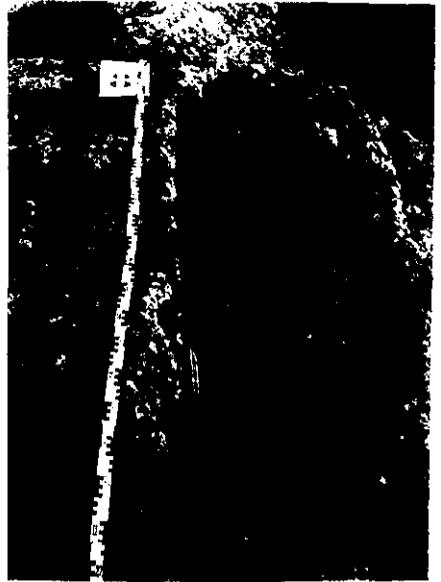


FIG. 3.—Tipo de enterramientos.



Lám. I.—Tumbas de la Necrópolis de San Baudelio.

**EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA IGLESIA
DE SAN PEDRO DE CARACENA (SORIA)**

F. MORALES HERNANDEZ
M.^a J. BOROBIO SOTO

INTRODUCCION

Las obras de restauración llevadas a cabo en la Iglesia de San Pedro de Caracena durante 1986 contemplaban la posibilidad de efectuar trabajos arqueológicos con el fin de aportar toda la documentación posible sobre la mencionada iglesia.

En el año 1980 se había realizado una primera fase de restauración en la que se detectó la presencia de restos óseos humanos que sugerían la existencia de enterramientos en el interior de la iglesia, así como una tumba de bloques en el pórtico. Ante la posibilidad de que los trabajos de restauración alterasen el subsuelo, se creyó conveniente que los trabajos de levantamiento del suelo de la iglesia así como de limpieza y excavación de la tumba del pórtico fueran realizados por un equipo de arqueólogos. Esta labor fue llevada a cabo por el equipo de arqueología del Dpto. de Prehistoria e H.^a Antigua del Colegio Universitario de Soría, dirigido por D. Alfredo Jimeno Martínez¹.

Desde el punto de vista arqueológico se trataba por un lado de evitar la destrucción de un yacimiento arqueológico y por otro de recoger la información que este yacimiento podía aportarnos en relación con los asentamientos humanos que han tenido lugar en esta zona de la provincia. Teniendo en cuenta estas premisas los trabajos de excavación se centraron en el presbiterio y en el pórtico.

En la segunda fase de restauración la excavación arqueológica se enfocó hacia otros objetivos: constatar la existencia de restos constructivos que indicasen las distintas reformas efectuadas en el edificio, en concreto corroborar la continuidad del pórtico románico en su lado W, visiblemente mutilado, lo que permitiría una reconstrucción hipotética del mismo. Unido a esto detectar la existencia de enterramientos en el exterior de la misma.

(1) Queremos mostrar nuestro agradecimiento a D. Alfredo Jimeno por poner a nuestra disposición el material de la excavación que realizó en S. Pedro de Caracena en 1980.

IGLESIA DE SAN PEDRO

El pueblo de Caracena se encuentra situado al Sur-Oeste de la provincia de Soria. Entraría dentro de la comarca denominada «páramos del Suroeste», caracterizada por parameras inhóspitas².

Su situación geográfica hace que goce de gran importancia ya desde época prehistórica pues no debemos olvidar que próximo al pueblo (unos dos kilómetros) se encuentra el yacimiento de Los Tolmos estudiado por D. Alfredo Jimeno, situado cronológicamente en el Bronce Medio³ y ocupado posteriormente en época tardorromana⁴.

Durante la etapa medieval ya se hace mención de Caracena en documentos del siglo XII. De su esplendor, en este siglo, son testimonio sus dos iglesias románicas, la de Sta. María y la de San Pedro, esta última objeto de nuestro trabajo.

La iglesia de San Pedro se encuentra situada al Norte del pueblo, en una zona elevada próxima al castillo. Es de una sola nave y sólo conservamos de la primitiva iglesia la galería porticada, orientada al Sur, con siete arcos de los cuales el tercero es la puerta, descentrado y de mayor tamaño. En su lateral Este se abre una segunda puerta bajo arco de medio punto que descansa sobre dos capiteles bellamente decorados, como el resto de la galería, mostrando motivos tanto profanos como religiosos, tan frecuentes en el románico castellano. Además de la galería porticada conservamos el ábside semicircular con canecillos de cuidada labra. En el interior sólo se conserva de estilo románico el arco del triunfo que descansa sobre triples columnas y capiteles decorados con temas vegetales.

El resto del edificio ha sufrido remodelaciones en época posterior, sustituyendo sus muros, cambiando la puerta de acceso a la nave por otra renacentista así como la torre, de mampostería, que se levanta entre el presbiterio y la nave.

En cuanto a su cronología hemos de pensar que la parte románica que subsiste es obra de la primera mitad del siglo XII⁵.

EXCAVACION

Como ya hemos expuesto anteriormente en el año 1980 se llevó a cabo una primera fase de restauración de la iglesia acompañada de una excavación arqueológica. Dicha excavación se centró en el presbiterio y pórtico.

(2) GOMEZ CHICO, A.: Las comarcas geográficas sorianas. (Ensayo sobre su delimitación), Celtiberia, n.º 2, Soria, págs. 357 y ss. SAENZ GARCIA, C.: Marco geográfico de la altimeseta soriana. Celtiberia, n.º 1, Soria 1951, págs. 69 y ss.

(3) JIMENO MARTINEZ, A.: Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas 1977, 1978 y 1979. Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona Alta del Duero. EAE. 134, Madrid, 1984.

(4) JIMENO MARTINEZ, A.: Aportación al estudio de la necrópolis del Duero: Los Tolmos, Caracena (Soria). Revista de Investigación, C.U.S., Tomo III, n.º 1, Soria, 1979, págs. 91-107.

(5) GAYA NUÑO, J.A.: El románico en la provincia de Soria, Madrid 1946, págs. 83 y ss.

RUEL, F.: Le concept d'entree dans l'architecture religieuse du moyen age, Melanges, XVI (1980), págs. 97 y ss.

Presbiterio

La parte central del presbiterio estaba ocupada por una gran losa de piedra que hacía pensar en la posibilidad de hallar enterramientos, mientras que el resto del pavimento era de baldosas rojas con separaciones de madera como el resto de la nave.

La excavación reveló los siguientes niveles arqueológicos:

—NIVEL a ó III.— El centro de la parte superior del presbiterio estaba cubierto por la citada losa de piedra, fragmenta en dos partes hacia los dos tercios de su altura, donde existe un orificio ovalado de 22 por 17 cm. y completada en su parte superior por una laja de pizarra. La losa, de piedra caliza, mide 154 cm. de largo por 76 cm. de ancho y 11 cm. de gruesa y en tres de sus lados lleva una moldura para su encajamiento.

Una vez levantada se apreció la existencia de restos óseos humanos sin ninguna estructura de tumba, en completo desorden y revueltos con tierra, pertenecientes a varios individuos. También aparecieron restos de un esqueleto ligeramente recostado sobre uno de los lados de la tumba. La alteración en el orden de los restos parece indicar que fue enterrado por segunda vez en esta tumba y que al carecer de espacio suficiente tuvieron que dejarlo en esta posición, ligeramente forzada. La inhumación mantiene la orientación W-E de la iglesia, es decir, con la cabecera hacia el ábside.

Junto a estos restos se ha recogido un fragmento de cerámica esmaltada estannífera decorada a base de grandes hojas y mistos, fechable en el siglo XVIII⁶ (Fig. 3).

Esta alteración de restos óseos y tierra pudiera ser debida a la obra llevada a cabo al instalar el suelo que actualmente presenta la iglesia y que, como parece indicar la moneda de Carlos IV acuñada en 1807⁷ aparecida en este relleno, pudo realizarse en la primera mitad del siglo XIX.

—NIVEL b ó II.— Después de quitar un manto de relleno formado por una capa de yeso de unos 7 cm. aparecen restos de dos inhumaciones en buen estado de conservación, en posición decúbite supino con las manos sobre el pecho. Junto a uno de ellos, en su parte superior, apareció el esqueleto de un niño en posición fetal. Todos están orientados con la cabeza hacia el ábside. En uno de ellos aparecieron restos de tela y un fragmento de cerámica a mano bruñida.

Debajo de estos enterramientos aparecieron cuatro fosas que rompían el suelo anterior de la iglesia y que llegaban hasta el manto natural; en una de ellas encontramos siete esqueletos en posición decúbite supino con las manos cruzadas en el pecho; seis de ellos mantienen la orientación W-E y el séptimo, que

(6) PALOMAR, M.E.: Cerámica estannífera de los siglos XIII-XX en la excavación de Vía Imperial, Camón Aznar (Campaña 1982), Memoria de Licenciatura (inédita), Zaragoza, Octubre 1985, Lám. CLXII.

ALVARO ZAMORA, M.I.: Cerámica aragonesa decorada desde la expulsión de los moriscos a la extinción de los alfares. Siglo XVII, fines de XIX comienzos del XX, Zaragoza 1978, págs. 217-220.

(7) HEISS, A.: Monedas hispano-cristianas desde la invasión de los árabes, Madrid 1965. T. I., pág. 237, Lám. 60, n.º 27.

ocupa la parte central, en sentido opuesto. A los pies de este último y encima del cuerpo de otro esqueleto que existía debajo aparecieron un cáliz y dos vinajeras lo que posiblemente nos indique que se trataba de un individuo perteneciente al clero. Todos aparecen enterrados muy juntos, superpuestos, lo que nos hace pensar que tuvieran la misma causa de muerte (Lám. I).

El cáliz es de plomo y estaño, de copa acapanada cuyo nudo está decorado con cuatro bustos de cabezas coronadas en distintas posiciones. Parece corresponder a fines del siglo XV, primer tercio del siglo XVI. Las vinajeras, de plomo y estaño, tienen forma de ánfora y la panza está decorada con cuatro escudos separados por flores de lis. Cronológicamente podemos situarlas en el siglo XVI⁸. En la parte superior de una de las tumbas apareció una moneda de Felipe IV resellada en 1641⁹ y un crucifijo de bronce que presenta gran simplicidad y esquematismo lo que nos hace pensar en una obra de algún artesano local y que podemos fechar a finales del siglo XVI.

—NIVEL c ó l.— Debajo de estos enterramientos aparecieron varios fragmentos de cerámica realizada a mano, con decoración plástica que apuntan hacia la Edad de Bronce y que habrá que poner en relación con el cercano yacimiento de Los Tolmos (Fig. 3).

Pórtico

La intervención que se realizó en el pórtico tenía dos objetivos fundamentales: la excavación y limpieza de una tumba de bloques aparecida en la puerta Este del Atrio, donde se realizó una cata (CATA A) y la realización de sondeos en diferentes puntos del mismo para documentar la existencia de otros restos (CATA B), sin embargo este sondeo no aportó ningún resto arqueológico.

Cata A

Este sondeo tuvo por objeto la excavación y limpieza de la tumba de bloques que había sido descubierta por los obreros que trabajaban en la restauración de la iglesia y que fue alterada en su mitad inferior. Presenta forma antropomorfa (Eb del esquema de Riu-Bolós: planta rectangular, fondo plano y costados paralelos)¹⁰ orientada W-E con la cabecera hacia el poniente como viene siendo normal en las necrópolis altomedievales. (Lám. I).

Su estructura es de bloques de toba, bien trabajados, cuatro en los laterales, uno curvado cerrándola en los pies y un sillar monolítico en la cabecera, labrado con la forma de la cabeza. El fondo lo forman tres grandes bloques de toba que cierran el osario, construido bajo la tumba, de unos 80 cm. de profundidad. Hacia

(8) Queremos mostrar nuestro agradecimiento a D.^a Begonia Arrue por sus orientaciones y consejos a la hora de estudiar estas piezas.

(9) HEISS, A.: Monedas hispano-cristianas. Págs. 179, Lám. 37, n.º 39, pág. 184, Lám. 34, n.º 93.

(10) RIU, M. y BOLOS, J.: Observacions metodològiques, esquema i tíxex de treball per a l'estudi de les sepultures. Acta Mediaevalia, Annex 1, Barcelona 1982, pág. 27.

los dos tercios de la cabecera existe un tapón circular de toba, a modo de gran corcho troncocónico, que comunica la tumba con el osario, a través del cual se depositarían los restos óseos de esta en aquel, dejándola lista para nuevas reutilizaciones. Al abrirlo se pudieron contar, entre la gran cantidad de restos, al menos seis cráneos: cuatro de adultos y dos infantiles. sus dimensiones son:

- Exteriores: longitud 209 cm. Anchura hombros 49 cm. Anchura pies 48 cm.
- Interiores: longitud 193 cm. Anchura hombros 49 cm. Anchura pies 33 cm.
- Profundidad: 37 cm.

En el momento de su excavación la tumba contenía un esqueleto infantil del que se conservaba la parte superior del cuerpo, en posición decúbito supino, habiendo desaparecido las piernas que fueron alteradas por los obreros, pero que hay que suponerlas paralelas y estiradas. Los brazos se encontraban cruzados sobre el pecho (posición Ea)¹¹; en una de las manos se encontró una moneda de bronce de Enrique II (1368-1379)¹².

En la parte revuelta de los pies de la tumba se recogió otra moneda de vellón de Sancho IV (1284-1295)¹³ que pensamos hay que poner en relación con anteriores reutilizaciones de la misma.

Este tipo de tumbas se corresponde con el tipo III B que Zamora Canellada encontró en el atrio Norte de San Millán de Segovia¹⁴ en piedra caliza, a la que se atribuyó una cronología del siglo XII al XIV; esta misma fecha se les atribuye a los ejemplares del segundo grupo de Vegas de Pedraza «tumbas más cuidadosamente construídas a base de bloques rectangulares de caliza»¹⁵.

Otro ejemplo significativo lo encontramos en las tumbas 21 y 22 del Claustro de la Colegiata de Santillana del Mar¹⁶, cuya cronología, segunda mitad del siglo XV, parece una fecha alta en comparación con otras tumbas análogas, si bien hay que tener en cuenta que se han aplicado criterios puramente altimétricos, sin otras bases más firmes que lo sostenga.

Dentro de la provincia existen varios ejemplos de tumbas similares al tipo de San Pedro de Caracena; así, en las excavaciones de la necrópolis en torno a la ermita de Nuestra Señora de Tiermes, cuya fecha abarca desde el siglo XII al XV,

(11) RIU, M. y BOLOS, J.: Observacions metodològiques..., pág. 27.

(12) HEISS, A.: Monedas hispano-cristianas... T. I., pág. 64, Lám. 8, n.º 14.

ALVAREZ BURGOS, F. et alii: Catálogo general de la moneda hispano-cristiana desde el siglo XI al XVI, Madrid 1980, pág. 57, n.º 404.

(13) HEISS, A.: Monedas hispano-cristianas... T. I. Pág. 44, Lám. 5, n.º 4.

ALVAREZ BURGOS, F. et alii: Catálogo general..., pág. 39, n.º 228.

(14) ZAMORA CANELLADA, A.: Excavaciones en el Atrio N. de San Millán de Segovia. Epocas céltica y medieval. N.A.H., n.º 6, Madrid 1979, pág. 535.

(15) IZQUIERDO BERTIZ, J.M.: Excavaciones en las Vegas de Pedraza, Santiuste de Pedraza (Segovia), 1972-73. N.A.H., Arg. 5, Madrid 1977, págs. 105 y ss.

IDEM: La necrópolis medieval de las Vegas de pedraza (Segovia), XIV C.N.A. (Vitoria 1975), Zaragoza 1977, págs. 1.241 y ss.

(16) PUENTE SAÑUDO, M.A.: Excavaciones en el claustro de la Colegiata de Santillana del Mar, santuola. IV, Santander, 1985, págs. 353 y ss.

tenemos un caso similar en la tumba XL¹⁷, de forma rectangular y en arenisca roja. Por su nivel de ocupación superior se le aALD5.2a una fecha a partir del siglo XIV hasta el XV¹⁸.

También en la necrópolis de San Juan de Duero existen paralelos, principalmente en las tumbas I, II y III, de cabecera cuadrada, en arenisca, con fecha del siglo XIII al XIV a partir de monedas de Sancho IV y Enrique IV¹⁹.

Por último, otra analogía la encontramos en las tumbas I, XII y XVI de la necrópolis de El Soto de Garray, realizadas en arenisca y con una cronología de mediados del siglo XII a comienzos del XIV²⁰.

Por otro lado, en lo que se refiere al osario, únicamente en la necrópolis de Uncastillo hemos hallado un paralelo en el osario construido que apareció junto al muro septentrional del crucero «compuesto por magníficos sillares»²¹ y que por estar adosado al muro de la iglesia y a su mismo nivel sería contemporáneo de la iglesia²² que se fecha en el siglo XII.

Exterior

En la segunda fase de restauración, llevada a cabo en 1986, el equipo de arqueólogos estimó oportuno realizar sondeos en el exterior de la misma cuyo objeto principal era documentar, en la medida de lo posible, la existencia de restos de cimentación del muro que cerraba la galería porticada en su lado Oeste, planteando la hipótesis de que pudiera estar mutilada en dos de sus arcos. A esta observación se llegó una vez analizada la misma, puesto que se trataba de una galería de siete arcos, cuatro en su lado Este, uno central y dos en el lado Oeste²³. Si observamos con detalle estos dos arcos de su lado Oeste vemos que el capitel está cortado y restos del arranque de otro por lo que, pensamos, que la galería primitiva podía tener cuatro arcos a cada lado del central y que fuera alterada en alguna de las remodelaciones posteriores que sufrió el edificio.

(17) CASA MARTINEZ, C. de la y TERES NAVARRO, E.: *Tiermes II. Campañas de 1979-1980. Excavaciones realizadas en la Ciudad romana y en la necrópolis medieval*. EAE, 128, Madrid 1984, pág. 400.

(18) IBIDEM, pág. 400.

(19) CASA MARTINEZ, C. de la y TERES NAVARRO, E.: *Trabajos arqueológicos en el claustro de S. Juan de Duero (Soria)*. Arevacón, n.º 3, Soria 1981, pág. 11.

(20) MORALES FERNANDEZ, F.: *Una necrópolis medieval en el Soto de Garray (Soria)*. En prensa.

(21) BIELSA, M.A.: *Resumen de la excavación de la necrópolis altomedieval de Uncastillo (Zaragoza)*, 1973, N.A.H. Arq. 5, Madrid 1977, pág. 395.

(22) IBIDEM, pág. 396.

(23) En toda la bibliografía donde se cita la galería porticada de Caracena se habla de una galería de siete arcos como por ejemplo: GAYA NUÑO, J.A.: *El románico...* Pág. 83. ENRIQUEZ DE SALAMANCA, C.: *Rutas del románico en la provincia de Soria*, Madrid 1986, págs. 105 y ss. MARIAS, E.: *Las galerías porticadas del siglo XVI. La muerte de una tipología*. *Celtiberia* 47, Soria 1974, págs. 51 y ss. TARACENA, B.: *Notas de arquitectura románica. «Las galerías porticadas»*. *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, Sander 1933, págs. 10 y ss. IZQUIERDO, J.M.: *Historia de Soria*. CES (C.S.I.C.), Tomo I, págs. 274 y ss. LAFOR, A.: *Por los caminos del románico porticado*. Madrid 1988, págs. 54 y ss.

Asimismo, se pretendía documentar restos de inhumaciones en esta misma zona que nos permitiesen hacer un estudio más completo de los distintos momentos de ocupación.

La excavación nos permitió documentar los siguientes niveles arqueológicos:

—NIVEL a ó III.— Formado por tierra suelta, piedras, tejas, abundantes fragmentos de cerámica negra, realizada a mano, lisos y decorados que tenemos que poner en relación con el yacimiento de Los Tolmos, así como algún resto óseo aislado. Se trata de un nivel de relleno completamente alterado (Fig. 4).

—NIVEL b ó II.— Es un nivel intacto de inhumaciones en fosa en el que hallamos un esqueleto en posición decúbito supino, con las manos cruzadas a la altura de la cadera. Su orientación W-E (263°) con la cabeza al W. Apareció con una moneda en la mano, un vellón de Enrique IV (1454-1474)²⁴, y un dedal de bronce junto a la cabeza (Fig. 2).

—NIVEL c ó I.— Una vez levantado el esqueleto encontramos cuatro grandes lajas de piedra arenisca sin trabajar que formaban la cubierta de una tumba antropomorfa, excavada en la roca. Contenía el esqueleto de un adulto en posición decúbito supino, con los brazos en posición forzada, las manos descansando sobre los hombros. Orientación W-E (254°). La mitad inferior de la misma contenía, además, restos correspondientes a inhumaciones anteriores. No aparecen restos de ajuar. Presenta cabecera rectangular con hombros disimétricos, uno de ellos poco marcado, lo que hizo que el cadáver fuera colocado con los hombros forzados. Sus medidas son:

- Longitud (visible) 152 cm.
- Anchura en la cabecera 16 cm.
- Anchura de los hombros 48 cm.
- Anchura de los pies 36 cm.
- Profundidad 11 cm.

Debemos de señalar que los pies de la mencionada tumba quedan encajados bajo el muro de cimentación del pórtico que más adelante analizaremos.

En el sector Sur de la cata apareció, bajo el nivel revuelto, otra tumba antropomorfa excavada en la roca. No conservaba la cubierta que debió desaparecer cuando se alteró el nivel a ó III. En su interior sólo recogimos restos óseos humanos correspondientes a una extremidad inferior. No se encontró ajuar. La tumba tiene cabecera redondeada, hombros simétricos con un ligero rebaje en los mismos. Sus medidas son:

- Longitud 186 cm.
- Anchura de la cabecera 26 cm.
- Anchura de los hombros 53 cm.
- Anchura de los pies 27 cm.
- Profundidad 12 cm.

(24) ALVAREZ BURGOS et alii: Catálogo general... Pág. 94, n.º 772.773. GAYON, J. y CASTAN, C.: Las monedas españolas desde D. Pelayo a Juan Carlos I, Madrid 1980, pág. 131, tipo 28.

CASA MARTINEZ, C. de la: Moneda medieval hispano-cristiana en Tiermes. Gaceta Numismática, n.º 74-75, III/IV, Barcelona 1984, págs. 187-188.

Este tipo de tumbas rupestres, excavadas en la roca, en nuestro caso «greda», podemos encuadrarlas en el tipo II de la clasificación que Zamora Canellada realizó en S. Millán de Segovia²⁵, cuyos paralelos más próximos los encontramos en la necrópolis de Uncastillo²⁶ donde la mayor parte de las cabeceras son de forma trapezoidal redondeada, posiblemente anteriores a las cabeceras de arco de herradura²⁷.

Podemos encuadrarlas dentro de los enterramientos llamados «occidental» o castellano²⁸, fenómeno generalizado en las necrópolis de Duruelo de la Sierra²⁹ y Revenga³⁰.

La fecha que se apunta para este tipo de tumbas antropomórficas es el siglo X³¹ que queda admitida y confirmada por otras necrópolis³² si bien algunas pueden tener prolongaciones en el siglo siguiente.

Aparte de las diferentes tumbas excavadas pudimos documentar, desde los pies de una de ellas hasta el muro que cierra en la actualidad el pórtico por el lado Oeste, la cimentación del muro S. y un tramo del muro W del pórtico románico primitivo.

Construido en sillarejo de caliza, cogido con argamasa de cal y arena; tiene una longitud E-W de 328 cm., una anchura de 87 cm. mientras que la longitud N-S en la zona excavada es de 140 cm. y su anchura es de 53 cm., la altura que se conserva desde la roca natural es de 75 cm. Todo ello nos ha permitido hacer una reconstrucción hipotética de la misma, añadiendo dos arcos en su lado W con lo que estaríamos ante un ejemplo de galería porticada de nueve arcos. (Fig. 1). En la provincia tenemos constatada otra galería de nueve arcos en la iglesia de Villasayas que presentaría el mismo esquema que la de Caracena, cuatro a cada lado de la puerta de entrada con una cronología muy similar; primera mitad del siglo XII³³. Algunos autores tratan también las galerías de Arganza y Andaluz como galería de nueve arcos³⁴.

(25) ZAMORA CANELLADA, A.: Excavaciones en el Atrio Norte... Págs. 534-535.

(26) BIELSA, M.A.: Resumen de la excavación de la necrópolis... Pág. 396.

(27) IBIDEM, pág. 397.

(28) CASTILLO, A. del: Cronología de las tumbas llamadas «olesdolanas», XI C.N.A. (Mérida 1968), Zaragoza 1970, pág. 837.

(29) IDEM: Excavaciones altomedievales en las provincias de Soria, Logroño y Burgos. E.A.E., n.º 74, Madrid 1972, págs. 1 y ss.

GOLVANO HERRERO, M.A.: Avance sobre las excavaciones de Duruelo de la Sierra (Soria), XII C.N.A. (Jaén 1971), Zaragoza 1973, págs. 809 y ss.

(30) CASTILLO, A. del: Excavaciones altomedievales... Págs. 11 y ss.

(31) CASTILLO, A. del: Cronología de las tumbas... Págs. 835 y ss.

(32) Algunas de las necrópolis que ofrecen esta misma cronología son Revenga, Duruelo, San Millán, Tiermes (DOMÉNECH ESTEBAN, M.: Necrópolis medieval rupestre de Tiermes. Arevacón, n.º 4, Soria 1981, pág. 16; CASA MARTINEZ, C. de la Y DOMÉNECH ESTEBAN, M.: Necrópolis medieval rupestre. Informe preliminar de la séptima campaña (1981). Celtiberia n.º 62, Soria 1981, págs. 298-300; CASA MARTINEZ, C. de la: Las necrópolis medievales de Tiermes: sistema de enterramiento. Actas del Primer Symposium de Arqueología Soriana, 1984, pág. 503) aunque sólo tiene de bañera y rectangulares, etc.

(33) RUEL, F.: Le concep d'entree... planos.

(34) MARIAS, F.: Las galerías porticadas... pág. 59.

CONCLUSIONES

Las dos campañas de excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en la iglesia de San Pedro de Caracena nos han permitido documentar varios momentos de utilización que podemos concretar en los puntos siguientes:

Interior

La intervención efectuada en el presbiterio nos indica que servía de lugar de enterramiento desde fines del siglo XVI, hecho bastante normal, ya que es una costumbre que se generaliza a partir de este siglo³⁵ hasta el siglo XVIII, como nos lo indica el conjunto de restos óseos humanos alterados como consecuencia de los trabajos llevados a cabo al cambiar el suelo de la iglesia en la primera mitad del siglo XIX. Esta cronología viene avalada por el hallazgo de diferentes restos arqueológicos: fragmentos de cerámica, restos numismáticos, cáliz, vinajeras.

Pórtico

Documentación de una tumba-osario antropomorfa, de bloques, aparecida en la puerta E del atrio que cuenta con notables paralelos desde el punto de vista tipológico, pudiendo situarla cronológicamente en los siglos XIII-XIV; no obstante, vista en su conjunto como tumba-osario se configura como un caso curioso y excepcional en la tipología de enterramientos medievales.

Pensamos que sería una manera inteligente y cuidadosa de resolver el problema de las reutilizaciones, fenómeno que apreciamos en gran número de tumbas ya sean de bloques de lajas o rupestres. Estos reaprovechamientos nos lleva a plantearnos, siguiendo la tesis de Bouard-Riu que dicha tumba-osario pudo estar vinculada quizá a una familia importante como una especie de panteón en el que se conservarían los restos de esta familia que utilizó la misma sepultura durante generaciones³⁶.

De cara a determinar una cronología más precisa de su utilización contamos con el cornado de Enrique IV que nos indica la fecha final de la utilización de la sepultura por la presencia intacta del esqueleto y, por otro lado, el cornado de Sancho IV nos hablaría de un momento anterior de su utilización aunque no podemos saber si fue esta su deposición primera o contuvo anteriormente otras.

En este sentido, y a la vista de su situación bajo la puerta Este del atrio, sabemos que la estructura de la tumba-osario es posterior, o al menos paralela, a la construcción del pórtico románico que, desde el punto de vista estilístico, decorativo, se relaciona con otros de la zona y más en concreto con el de Nuestra Señora de Tiermes, cuya cronología se sitúa en la primera mitad del siglo XII.

(35) FRANKOWSKI, E.: Estelas discoidales de la Península Ibérica, Madrid 1920, pág. 172.

(36) BOUARD, M. y RIU, M.: Manual de arqueología medieval. De la prospección a la historia, Barcelona 1977, pág. 455.

Exterior

La excavación arqueológica nos ha permitido documentar varios momentos de ocupación.

En el nivel inferior encontramos tumbas antropomorfas, excavadas en la roca, de cabecera redondeada o rectangular, una de ellas con cubierta formada por varias lajas. Podemos situarlas en un momento anterior a la construcción del pórtico, ya que una de ellas queda encajada debajo del mismo, para las que apuntamos una cronología que irá del siglo IX al XI.

Posteriormente volverá a ser ocupada esta necrópolis al menos hasta el siglo XVI, si tenemos en cuenta las inhumaciones encontradas, colocadas directamente sobre la tierra, sin forma alguna de fosa que podemos fechar hacia la segunda mitad de siglo XV durante el reinado de Enrique IV por la moneda que apareció en la mano de uno de los esqueletos o inmediatamente después si tenemos en cuenta las lógicas perduraciones.

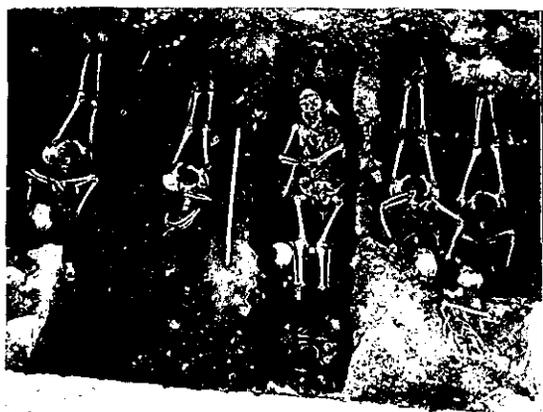
A esto hay que añadir los fragmentos de cerámica a mano que nos apuntan a un Bronce Medio y que han servido para completar; en la medida de lo posible, el estudio que de dicha etapa cultural se ha realizado en el yacimiento de Los Tolmos.

La excavación también ha aportado los restos del muro de cimentación de la galería porticada lo que nos ha permitido plantear una reconstrucción hipotética de la misma, añadiendo los dos arcos que se le habían amputado en alguna remodelación posterior, así como un lienzo de sillares en su lado Oeste, con lo cual nos encontraríamos con una galería porticada de nueve arcos, cuatro a cada lado de la puerta de entrada.

Por último, en cuanto al rito de los enterramientos hay que destacar la aparición de monedas en las manos de dos esqueletos (tumba-osario y en el exterior), fenómeno ya constatado en otros yacimientos³⁷, que se puede poner en relación con la creencia pagana del Obolo de Caronte. Los enterramientos en los que se ha detectado este rito datan de los siglos XIII y XV respectivamente lo que indica unas perduraciones muy tardías en estas prácticas paganas. En este sentido, la cabecera de las tumbas hacia el sol poniente obedece a una identificación con el mundo de los muertos de la mitología pagana³⁸. Si esto fuera así nos encontraríamos a fines de la Edad Media ante una sociedad rural con fuertes pervivencias del mundo romano conviviendo con un cristianismo que lleva actuando varios siglos pero que no ha podido desplazar estos ritos ancestrales.

(37) CASTILLO, A. del: Cronología de las tumbas... pág. 838.

(38) OLLICH I CASTANYER, L.: Tipología de les tombes de la Necrópolis Medieval de L'Esquerda (Osona). Necrópolis. Sepultures medievals de Catalunya. Acta Mediaevalia. Annex 1. Facultat de Geografia i Historia. Universitat de Barcelona, 1982, págs. 140 y ss. MORALES FERNANDEZ, F.: Una necrópolis medieval... (E.P.).



LAM. I.—Iglesia de San Pedro de Caracena. Excavación del presbiterio y tumba-osario.
(Foto A. Plaza y J. Jimeno).

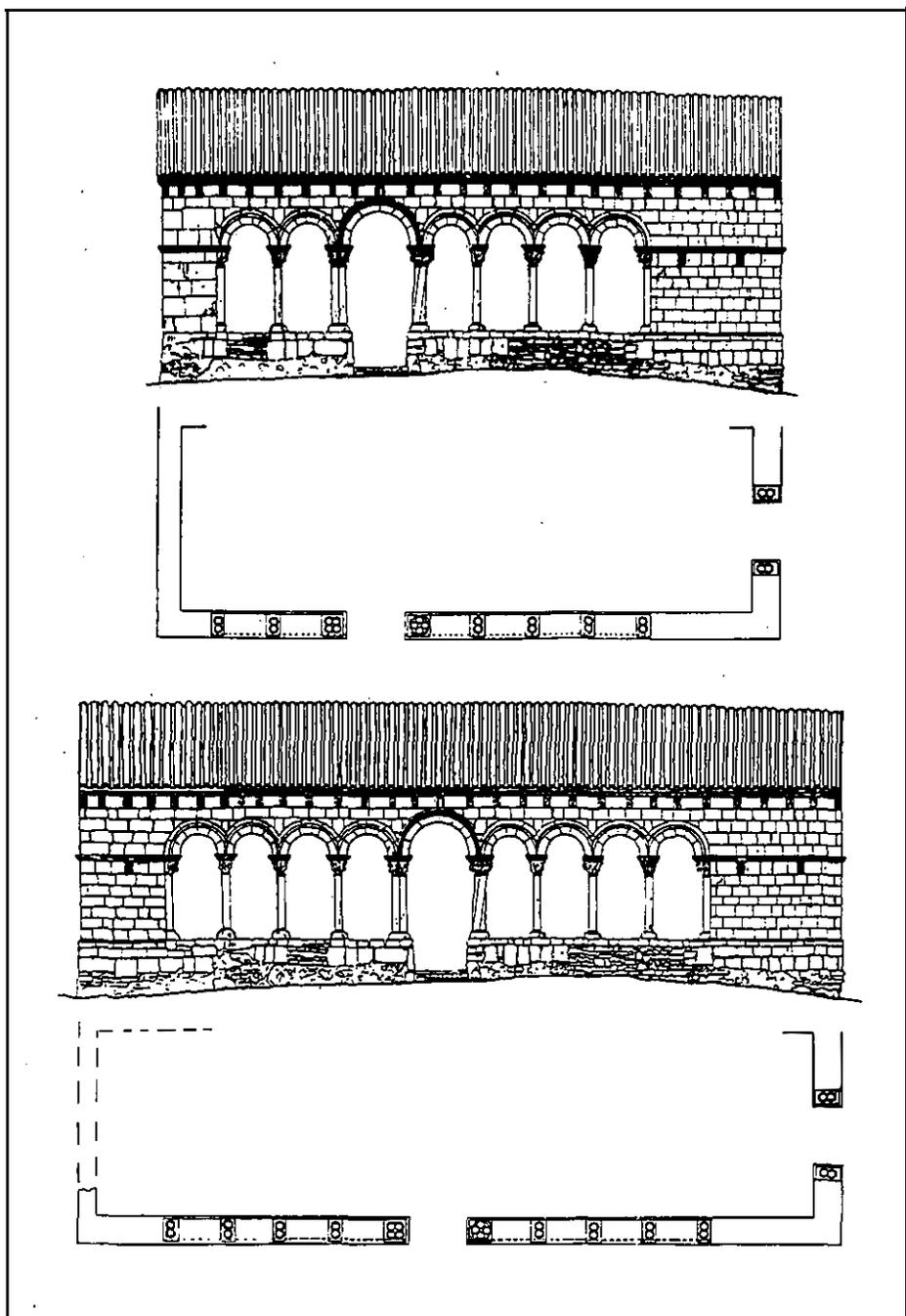


FIG. 1.—Alzado y planta de la galería porticada actual. Debajo reconstrucción hipotética de alzado y planta de la galería primitiva.

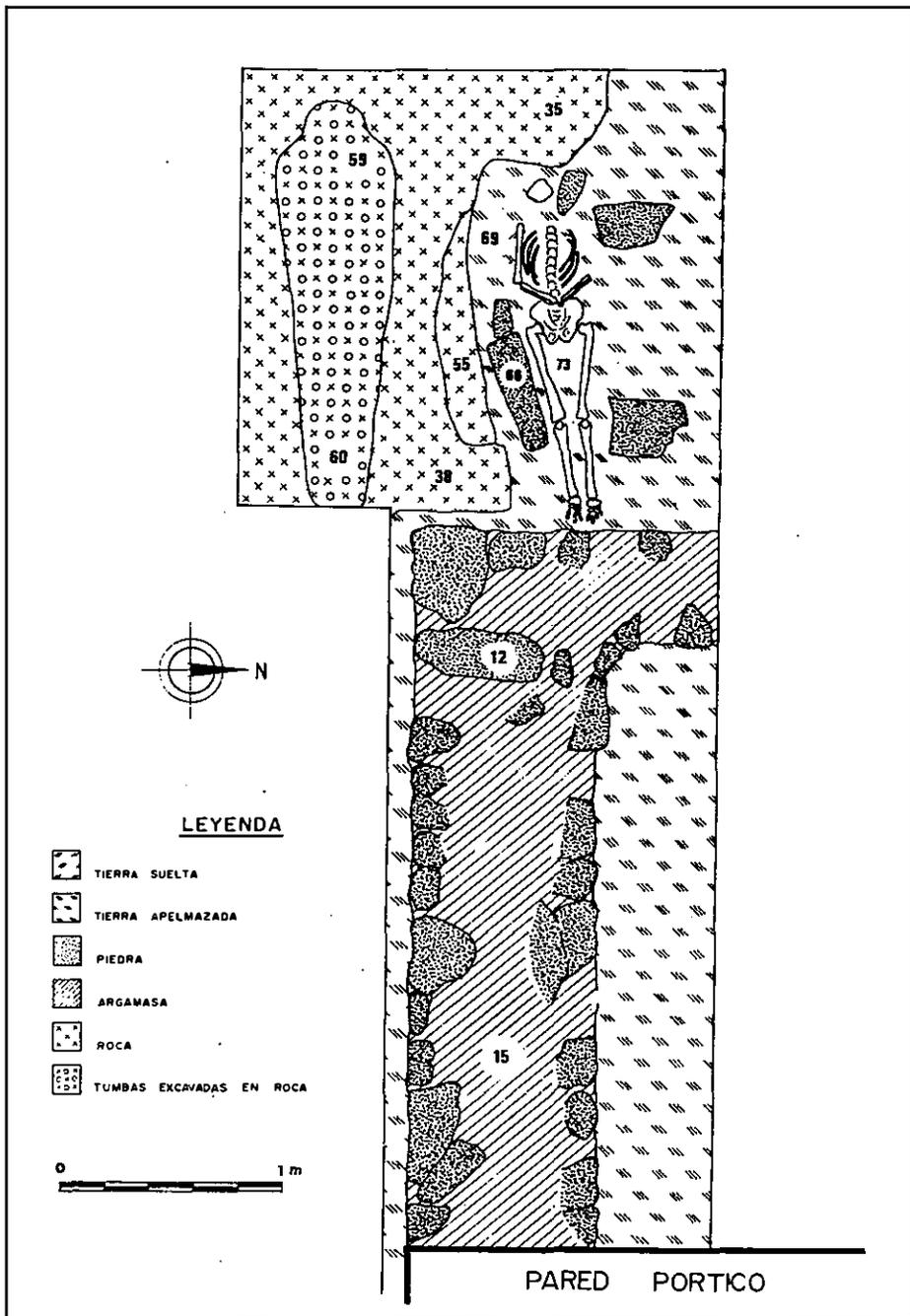


FIG. 2.—Cimentación del pórtico y restos de tumbas.

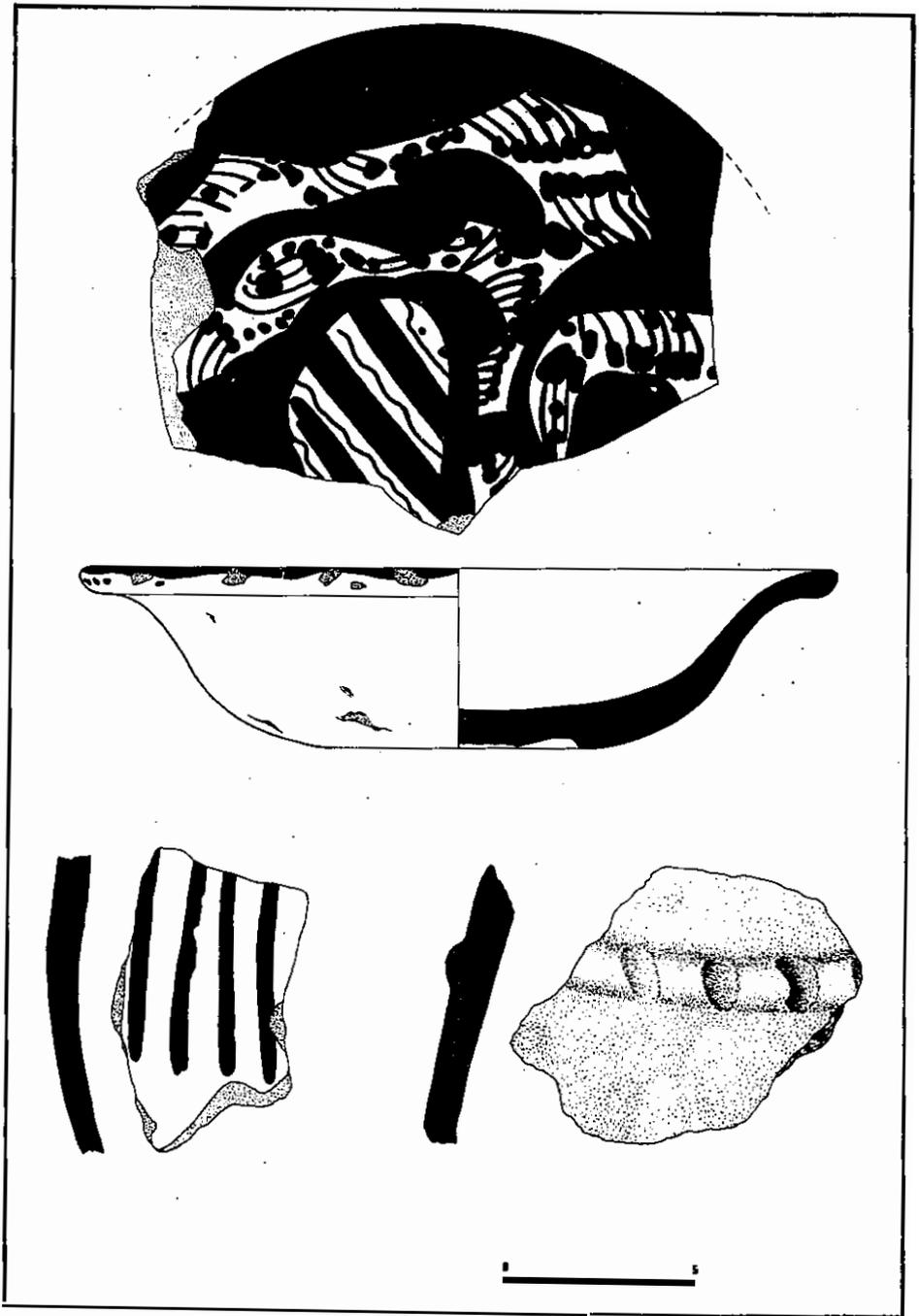


FIG. 3.—Cerámica de mistos, común pintada a mano recogida en el presbiterio.

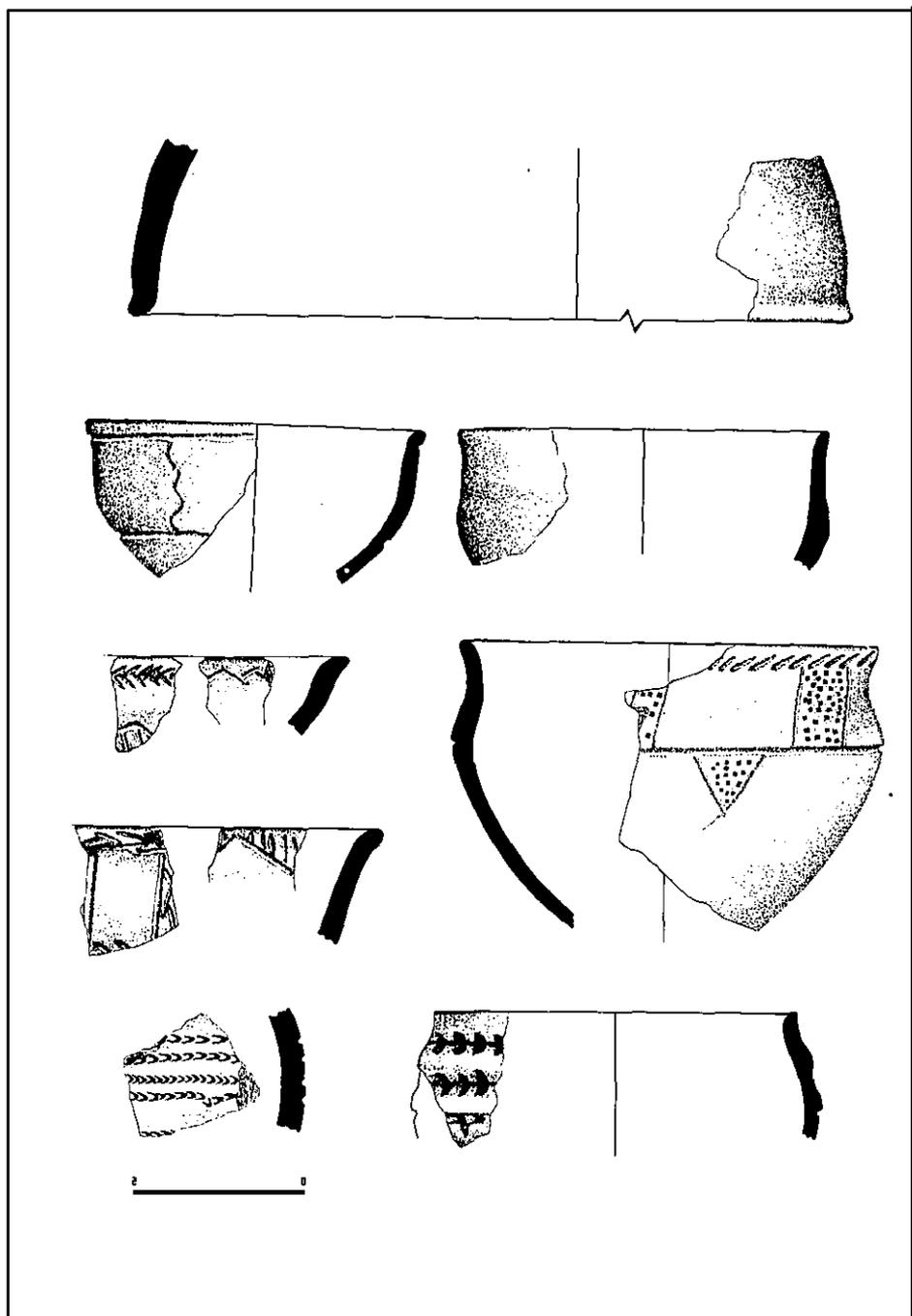


FIG. 4.—Cerámica a mano, lisa y decorada hallada en la cara exterior de la iglesia.

HALLAZGO MONETAL EN MONTENEGRO DE CAMEROS (SORIA)

C. DE LA CASA MARTINEZ*
M. DOMENECH ESTEBAN**

* Servicio de Investigaciones Arqueológicas. Diputación Provincial de Soria.

** Escuela Taller «Duques de Soria».

En 1984, y con motivo de la intervención de furtivos en la Ermita de San Mamés, Montenegro de Cameros, se recogieron una serie de materiales arqueológicos, que con el tiempo, fueron entregados al Museo Numantino de Soria.

Entre estos hallazgos destacaba: una pieza de esmalte, que fue estudiada por uno de nosotros¹ y unas monedas que serán objeto de análisis en esta comunicación.

Como es de suponer, este conjunto monetar se encuentra fuera de todo contexto arqueológico y carecemos de referencias, excepto la de su procedencia del mencionado templo románico.

La importancia de estas monedas, al margen de darlas a conocer al mundo científico de la arqueología en general y de la numismática en particular, estriba en que un número importante, dentro de lo es el total del hallazgo, fueron acuñadas en Portugal.

CATALOGO

Acuñaciones Castellano-Leonesas

1.—Cornado de Vellón de Juan II².

Número de inventario: 85/44/06.

Anverso: Busto coronado del Monarca, a izquierda, rompiendo la leyenda. Debajo B. Alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: + IOHANES DEI:GRA.

(1) CASA MARTÍNEZ, C. de la: «Figura de Esmalte champlevé procedente de Montenegro de Cameros». Acta Mediaevalia 7-8. Barcelona, 1986-1987. Págs. 495-503.

(2) ALVAREZ BURGOS, F.: Catálogo general de la moneda medieval hispano-cristiana. Desde el siglo IX al XVI. Madrid, 1980. Pág. 76, n.º 590.

Reverso: León rampante, a izquierda, en el interior de una gráfila lobulada, inscrita en una gráfila de puntos.

Leyenda: + IOHANES:DEI:(GRACIA):REX.

Peso teórico: 0,7-0,9 gramos.

Peso real: 0,7771 gramos³.

Módulo: 18,3 mm.

Posición de cuño: 12.

Ceca: Burgos.

Conservación: AG.

2.—1/2 Cuartillo de Vellón de Enrique IV⁴.

Número de inventario: 85/44/01.

Anverso: Busto coronado del rey, a izquierda, inscrito en una gráfila de puntos.

Leyenda: + ENRICVS: QVARTVS: DEI: GRA.

Reverso: Castillo de tres torres, debajo B, alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: + ENRICVS: REX: CASTELLE: E.

Peso teórico: 1,4-1,7 gramos.

Peso real: 0,4266 gramos.

Módulo: 20,5 mm.

Posición de cuño: 5.

Ceca: Burgos.

Conservación: BG.

3.—Blanca de Vellón de los Reyes Católicos⁵.

Número de inventario: 85/44/02.

Anverso: Y coronada, alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: + (R) E (X) .(E)T. REGINE.

Reverso: F coronada, a la derecha C cerrada y a la izquierda cruz arzobispal, alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: + (FERNANDVS) ET HELISA(BE)T.

Peso: 1,2386 gramos.

Módulo: 17,5 mm.

Posición de cuño: 6.

Ceca: La Coruña.

Conservación: MG.

(3) La precisión del peso \pm 0,05 gramos, la del módulo \pm 0,005 mm. la posición de cuño viene expresada por un numeral que define la posición del reverso sobre la esfera del reloj. Para el estado de conservación utilizamos las siguientes abreviaturas. F: frustra; MG: muy gastada; BG: bastante gastada; AG: algo gastada; SG: sin gastar y FC: flor de cuño.

(4) HEISS, A.: Descripción general de las monedas hispano-cristianas desde la invasión árabe. Madrid, 1865, Red Madrid. 1975. Tomo I, pág. 104, n.º 31, Lám. 15 y ALVAREZ BURGOS F.: Op. cit. Pág. 91, n.º 734.

(5) HEISS, A.: Op. cit. Tomo I, pág. 122, n.º 48 y Lám. 19.

4.— Blanca de Vellón de los Reyes Católicos⁶.

Número de inventario: 85/44/03.

Anverso: Y coronada, debajo T, alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: (+ REX: ET: REGI)NA: (CAS)LE(GION).

Reverso: F coronada, debajo M, alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: (+FE)RNA(ND)VS:(ET:HELIS:DE:G).

Peso: 0,8905 gramos.

Módulo: 17 mm.

Posición de cuño: 11.

Ceca: Toledo.

Conservación: BG.

5.—Blanca de vellón de los Reyes Católicos⁷.

Número de inventario: 85/44/04.

Anverso: Y coronada, debajo R, alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: + R(EX ET) REGI(NA).

Reverso: F coronada, alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: +FER(NANDVS ET HELIS)ABET.

Peso: 0,7552 gramos.

Módulo: 18,8 mm.

Posición de cuño: 3.

Ceca: Granada.

Conservación: MG.

6.—Dinero de Vellón de Fernando I de Navarra⁸.

Número de inventario: 85/44/05.

Anverso: F coronada, a los lados veros, alrededor gráfila de puntos.

Leyenda: FERDINANDVS: DG.

Reverso: Cruz patada, aros en los cuatro cuarteles.

Leyenda: SIT: NOMEN:DOM.

Peso teórico: 1,2-1,5 gramos.

Peso real: 0,7399 gramos.

Módulo: 19,3 mm.

Posición de cuño: 7.

Ceca: Pamplona.

Consevación: AG.

(6) HEISS, A.: Op. cit. Tomo I, Lám. 18, n.º 36.

(7) HEISS, A.: Op. cit. Tomo I, pág. 121, n.º 30 y Lám. 18.

(8) HEISS, A.: Op. cit. Tomo III, pág. 46, n.º 12 y Lám. 148 y ALVAREZ BURGOS, F. et alii: Op. cit. Pág. 176, n.º 1.268.

Acuñaciones Portuguesas⁹

7.—Real preto de Joao I¹⁰ de Portugal¹¹.

Número de inventario: 85/44/13.

Anverso: En el interior de un círculo, ocho lóbulos e inscrito en el IHNS; encima corona real. Debajo L.

Leyenda: Ilegible.

Reverso: Escudo con quinas, cantonadas por cuatro castillos.

Leyenda: Ilegible.

Peso: 0,6308 gramos.

Módulo: 22,3 mm.

Posición de cuño: 9.

Ceca: Lisboa.

Conservación: AG.

8.— Real preto pequeño de Alfonso V¹² de Portugal¹³.

Número de inventario: 85/44/7.

Anverso: A encima corona real.

Leyenda: + A (...).

Reverso: Cinco quinas en el interior de una gráfila de puntos.

Leyenda: + (...)

Peso real: 0,6721 gramos.

Módulo: 61,1 mm.

Posición de cuño: 12.

Ceca: —.

Conservación: MG.

9.—Ceitil de Alfonso V de Portugal¹⁴.

Número de inventario: 85/44/8.

Anverso: Tres torres asentadas sobre murallas bañadas por el mar.

(9) Agradecemos las orientaciones bibliográficas aportadas por: el Profesor Mario Gomes Marques, de Sintra y el Profesor Rui M. S. Centeno del Instituto de Arqueología de la Universidad de Oporto.

(10) Joao I: Juan I «El Grande» (Lisboa 1357 - Lisboa 1433), rey de Portugal (1385-1433). Hijo natural del rey Pedro I de Portugal y de Teresa Lourenço. Era maestre de Avis, cuando fue colocado a la cabeza de la revolución anticastellana por los insurrectos portugueses. En 1385, una asamblea reunida en Coimbra le proclamó rey de Portugal. Desde ese momento fue afianzándose en el poder tras las victorias del Trancoso y Aljubarrota (1385). Su reinado se significó por el impulso portugués en Africa, toma de Ceuta en 1415 y viajes organizados por su hijo Enrique «El Navegante».

(11) TEIXEIRA DE ARAGAO, A.O.: Descrição geral e historica das moedas e cunhadas em nome dos reis, regentes e governadores de Portugal. Lisboa 1874. Tomo I, Lám. VIII.

TEXEIRA DE ARAGAO, A.O.: Description des monnaies et médailles et autres objets d'art concernant l'histoire portuguesa. París, 1867. Págs. 45-46 y FERRARO VAZ, J. Livro das moedas de Portugal. Braga, 1969. Págs. 149-151.

(12) Alfonso V: Alfonso V «El Africano» (Sintra 1432 - Sintra 1481), rey de Portugal (1438-1481), primogénito del rey Duarte y de Leonor de Aragón, esposo de Isabel de Portugal. Para extender las posesiones portuguesas en Africa, emprendió varias expediciones a Marruecos (1458-1471). Al morir su esposa se desposó con su sobrina Juana «La Beltraneja», hija de Enrique IV de Castilla, lo que le supuso enfrentarse con Isabel la Católica por el trono de Castilla.

(13) TEXEIRA DE ARAGAO, A.P.: Op. cit. Descrição geral... 31, 32 ó 33, y FERRARO VAZ, J.: Op. cit. Pág. 124-130.

(14) TEXEIRA DE ARAGAO, A.O.: Op. cit. Descrição... 2.ª Ed. Oporto, 1966, 29, FERRARO VAZ.: Op. cit. 104-105 y MAGRO F.A. Ceitis. Sintra, 1986. At.V.6.2.2.

Leyenda: DOMINUS: (:) A (...).

Reverso: Escudo de quinas cantonadas por cuatro castillos, entre cuatro cruces de Avis.

Leyenda: Ilegible.

Peso: 2,5693 gramos.

Módulo: 20,9 mm.

Posición de cuño: 4.

Ceca: Lisboa.

Consevación: BG.

10.—Ceitil de Joao III¹⁵ de Portugal¹⁶.

Número de inventario: 85/44/09.

Anverso: Tres torres sobre murallas bañadas por el mar.

Leyenda: Ilegible.

Reverso: Escudo de quinas cantonadas por cuatro castillos, entre tres anillos.

Leyenda: + ioha (...).

Peso: 0,6602 gramos.

Módulo: 17 mm.

Posición de cuño: 5.

Ceca: Lisboa.

Conservación: MG.

11.—Ceitil de Joao III de Portugal¹⁷.

Número de inventario: 85/44/12.

Anverso: Tres torres sobre murallas bañadas por el mar.

Leyenda: IO(...) R.P(...).

Reverso: Escudo de quinas, entre tres anillos.

Leyenda: (...) nes. 3RP.

Peso: 1,787 gramos.

Módulo: 17,8 mm.

Posición de cuño: 6.

Ceca: Lisboa.

Conservación: BG.

Al margen de estas piezas se depositaron en el Museo Numantino dos monedas de cronología similar en estado de frustra y dos de cronología más reciente, Felipe IV y Alfonso XII.

(15) Joao III: Juan III «El Piadoso» (Lisboa 1502 - Lisboa 1557), rey de Portugal (1521-1557), hijo de Manuel I y de María de Castilla. En 1525 se casó con la hermana de Carlos I de España, Catalina. Apoyó al monarca español en la empresa de Túnez (1535). Introdujo en Portugal la Inquisición (1531), llamó a los jesuitas (1540) y dejó en sus manos el monopolio de la educación. en 1557 y antes de morir logró la concesión definitiva de Macao.

(16) TEXEIRA DE ARAGAO, A.O.: Op. cit. Descrição... 2.ª Ed. 51, FERRARO VAZ, J.: Op. cit. 200-202 y MAGRO, F.: Op. cit. J.III. 2. 1. 5.

(17) TEXEIRA DE ARAGAO, A.O.: Op. cit. Descrição... 2.ª Ed. 50. FERRARO VAZ, J.: Op. cit. 204 y MAGRO, F.: Op. cit. J.III. 4.1.2.

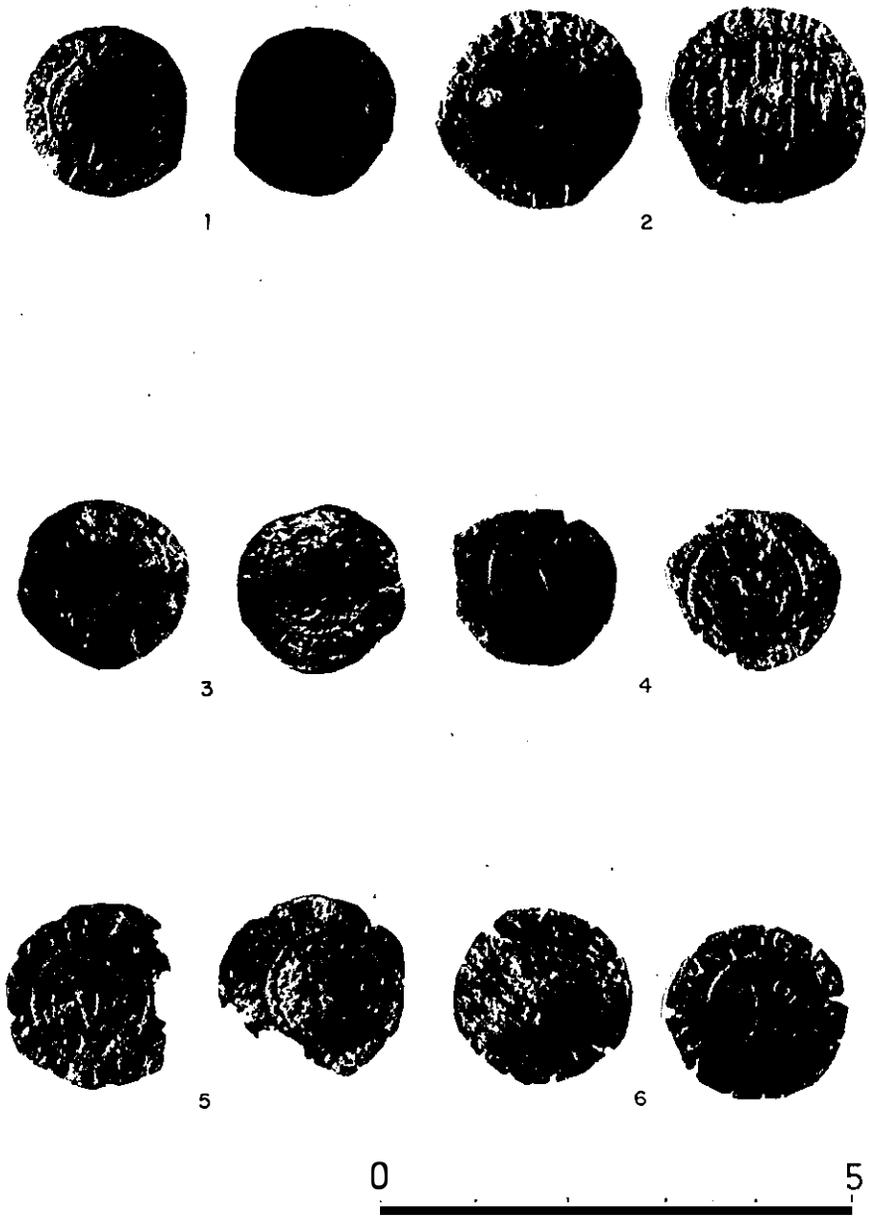
CONSIDERACIONES FINALES

Como puede observarse los datos que aportan estas monedas son fundamentalmente importantes para la datación del yacimiento arqueológico¹⁸, en este caso la necrópolis detectada, ello nos permite hablar de una cronología de fines del medievo o de los albores de los tiempos modernos XIV-XVI.

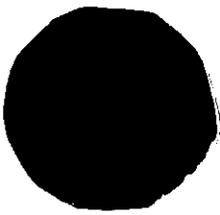
Creemos que es una nueva e importante aportación al catálogo numismático del medievo cristiano en Soria y muy especialmente los hallazgos portugueses, que nos indican que estamos ante la existencia, en la localidad de Montenegro, de una persona, vinculada con Portugal. No existe referencia escrita al respecto. Por ello lo más sugerible es el paso por la localidad de un portugués o de una persona que tuviese contacto con el país luso. ¿Quizás comercio?, ¿Quizás trashumancia?

Cuando se conozca, totalmente, el catálogo de hallazgos numismáticos de época medieval en nuestra provincia y estudiemos la circulación monetaria, podremos entrar en una hipótesis más fiable.

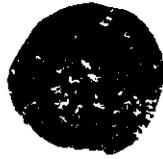
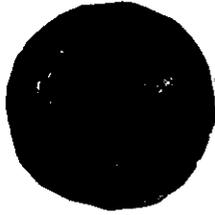
(18) CASA MARTINEZ, C. de la y DOMENECH Y ESTEBAN, M.: «Los hallazgos numismáticos como documento de datación de yacimientos arqueológicos: Muriel de la Fuente y Santa Marfa de Huerta (Soria)». Gaceta Numismática 79. Barcelona, 1985. Págs. 41-45.



LAM. I.—Monedas procedentes de Montenegro de Cameros.



7



8



9



10



11



LAM. II.—Monedas procedentes de Montenegro de Cameros.

PANORAMA DE LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN ALMAZAN

J.A. MARQUEZ MUÑOZ*

INTRODUCCION

Los avances tecnológicos han revolucionado el concepto de fuentes históricas. Hasta hace poco los archivos eran considerados casi con exclusividad los únicos depósitos documentales de la humanidad. Hoy contamos con un buen número de ciencias importantísimas para el historiador; destacando por su relevancia la arqueología. Tan es así que para los periodos de la antigüedad es imprescindible, sin embargo en el ámbito de la Edad Media, que ahora nos ocupa, la información que nos proporcionan los documentos se imbrica y se constata mediante la arqueología medieval.

Nuestra intención a la hora de redactar estas líneas es, de una parte, resaltar la riqueza que la villa de Almazán presenta en el campo de la arqueología medieval (contamos con la práctica totalidad de los temas importantes: fortificaciones, urbanismo, puentes, arquitectura románica, necrópolis, monasterios, cerámica, arqueología industrial aplicada a molinos, estelas discoideas, marcas de cantero, etc.). De otra parte queremos poner de manifiesto aquellas zonas que, por mantener un contenido arqueológico en su subsuelo, puedan ser convenientemente planificadas a la hora de realizar determinadas obras o actuaciones urbanísticas en Almazán, para de esta forma defender el patrimonio arqueológico de la Villa. Por último un tercer propósito es el de dar a conocer la existencia de unos restos a los investigadores y medievalistas para que puedan proyectar mejor su camino en la investigación, así como cotejar planteamientos de trabajo o concebir hipótesis.

Por nuestra parte aportamos el conocimiento de la villa de Almazán y de sus archivos, y el testimonio de la exhumación de diferentes hallazgos arqueológicos en buena medida silenciados.

El ámbito geográfico que hemos tomado es el término municipal de Almazán, puesto que abarcar la comarca nos llevaría a superar el espacio concedido por la organización de este Symposium.

Por lo demás hemos de resaltar que en Almazán no se ha emprendido ninguna excavación arqueológica medieval, únicamente se han llevado a cabo actuaciones de urgencia con motivo de obras de restauración de algunos monumentos

(ruinas del Convento de la Merced, murallas e iglesia de San Vicente), por este motivo han estado limitadas tanto en el tiempo como en su planteamiento. Lógicamente los resultados, que todavía no se han publicado, no son todo lo satisfactorios que cabría esperar.

EL POBLAMIENTO

Una cuestión pendiente en la historia de Almazán es la continuidad de poblamiento desde la dominación romana hasta la reconquista, o por expresarlo de otra forma, el posible vacío poblacional en la etapa visigoda y en gran parte de la ocupación musulmana.

De los varios asentamientos romanos detectados en el término de Almazán, a juzgar por los materiales aparecidos en superficie, solamente se documenta la presencia romana en los siglos IV-V d. de C., en un yacimiento, quizá una «villa» situada en el paraje conocido como «Arroyo del Tejar» (Revilla, 1985, pág. 23). Sin embargo durante la monarquía visigoda no existe ningún hallazgo arqueológico que nos haga pensar en un poblamiento duradero —fenómeno general en casi toda la provincia—, por el contrario hay que pensar que esta zona estaba despoblada, o la habitaban grupos residuales que no han dejado restos materiales perceptibles.

No será al parecer hasta momentos avanzados de la dominación musulmana cuando nos encontremos un núcleo de población estable en el lugar que hoy ocupa la villa de Almazán. La toponimia viene en nuestra ayuda para refrendar nuestra opinión, por cuanto que numerosos lugares y términos en toda la comarca tienen su raíz árabe, incluso Almazán que significa «el fortificado» (Asín Palacios 1944, pág. 67., también Gaya Nuño, Benito). Algún investigador ha destacado la relación cronológica que aparece entre estos topónimos, pues más de la mitad de ellos hacen referencia a torres o fortificaciones, señalando el carácter militarizado de la tierra, más propio del siglo X que del VIII (Martínez Díez, 1983, pág. 200).

Sin duda la reconstrucción de la plaza de Medinaceli por los islamitas en el 946, convirtiéndola en capital de la Marca Media, con el fin de oponer resistencia al impetuoso avance repoblador cristiano, hizo que las tierras del alto Duero se reforzaran mediante la construcción de numerosas torres y fortificaciones, constituyendo unos dispositivos estratégicos (Sáenz Ridruejo 1985 pág. 221, también Domínguez-Hernández 1984-85). Un recinto sencillo, una torre modesta al estilo de la de Noviercas o quizás un castillo de más pretensiones como el de Serón de Nágima o Yanguas, serían no sólo el origen de Almazán en su emplazamiento actual, sino incluso motivo de su nombre, haciendo referencia a la fortaleza que se alzaba allí desde mediados del siglo X.

En los años siguientes, después de ganar Almazán para los reinos cristianos y perderla, conocemos la repoblación que realizó el conde Gonzalo Núñez, y la

donación de la iglesia dedicada a San Félix y Santa Marfa, sita en el paraje conocido como Santa Marfa de Dos Ramas, al cenobio riojano de San Millán de la Cogolla en 1098 (Serrano, 1930 pág. 291). De este edificio, uno de los primeros templos románicos de la zona no queda ni aún la memoria del lugar donde estuvo ubicado.

En las postrimerías del siglo XI debió crecer un barrio, en forma de aldea, en la parte alta, junto a las fortificaciones, que en 1140 era designado como «aldeia super almazam vetus» (Cf. Minguella I, 1910 pág. 369).

Almazán fue ganada nuevamente para el islam, incapaz de resistir ante el empuje almorávide, y no será definitivamente reconquistada hasta 1128 por el monarca de Aragón Alfonso I. A partir de entonces comienza una etapa de expansión del núcleo urbano que no cesará hasta comienzos del siglo XIV. La ciudad, en posición de «cabeza de puente» era defensa del paso del Duero y obstáculo a la posible expansión de Aragón, guarneciendo el flanco oriental de Castilla.

Los datos que tenemos sobre el urbanismo de la época son escasos, por un diploma de 1140 se conoce al menos la existencia de casas, una capilla, el puente y dos aceñas (Minguella, *Ibidem*). Mediada la duodécima centuria se experimenta un momento de auge económico y demográfico favorable al crecimiento. Esto se deduce por las iglesias románicas que se construyen en los diferentes barrios: primero San Vicente, luego San Miguel, más tarde San Esteban, Santa Marfa de Campanario y Santo Domingo (Gaya Nuño 1946). La iglesia daba título al barrio y a la collación (entidad jurídica formada por la comunidad de vecinos de un barrio, comprendida en el entorno de una iglesia dotada de su correspondiente cementerio) (Márquez 1987). De esta forma Almazán, como otras muchas ciudades y villas de la Extremadura castellana, estaba formada por un conjunto de 10 aldeas o barrios yuxtapuestos. Poco a poco se fueron rellenando los espacios vacíos, diluyéndose las separaciones entre los barrios. Esta unión tiene su reflejo en la construcción de una potente muralla, a fines del siglo XII que engloba siete de las diez collaciones, precisamente las que mejor se aprestaban para la defensa al estar situadas en la zona más alta. El arrabal quedaba formado por tres collaciones que al parecer también tuvieron un recinto menos sólido (Márquez 1989). Junto a la población cristiana convivía un conjunto de gentes judías, en el barrio de la judería, que todavía se llamaba así en el siglo XV. Debió ser una aljama importante a juzgar por las crecidas sumas de dinero que en concepto de pechos entregaban a la hacienda real, por lo que la suponemos de las mayores de Castilla.

Como centro urbano de importancia, dotado de amplia actividad comercial, artesana y mercantil, fue objeto del establecimiento de hasta cinco monasterios de órdenes mendicantes en el siglo XIII. Ya se sabe que los mendicantes subsisten a costa de la ciudad, de sus limosnas, donativos y trabajos, no de los grandes dominios como otras órdenes.

La documentación nos cuenta cómo la población, tanto de la villa, como del arrabal y las aldeas de la jurisdicción, se resintió hasta el punto que el infante D. Pedro, poseedor del señorío, dispuso la concesión de exenciones tributarias a los vecinos de Almazán como a los inmigrantes que vinieran a poblar la villa.

La unión de coronas de los reinos de Aragón y Castilla con el matrimonio de los Reyes Católicos trajo un largo periodo de paz. Este hecho motivó un trasiego natural de la población que saltó el cerco de murallas, desperdigándose por el arrabal, zona más llana, dejando despoblado el núcleo primitivo de la villa. Así lo declara un testimonio obtenido en el Libro Becerro del Convento de Santa Clara de 1710, al describir «un areñal (sic) (...) que lo conpro (sic) de muchos sujetos porque heran (sic) solares de casas». Este proceso todavía es constatable en nuestros días.

En este breve repaso histórico hemos ido presentando muy someramente cómo desde una breve aldea en la cima del cerro denominado «El Cinto», la población fue descendiendo hasta el llano, dejando vacía aquella aldea vieja del siglo XII, sin duda las epidemias, las malas cosechas, las crisis económicas del siglo XVII fueron las concausas de este despoblamiento. Unas campañas de excavación nos darían amplia luz sobre estos temas y confirmarían o refutarían algunas hipótesis que hoy manejamos.

URBANISMO MEDIEVAL

La repoblación de Almazán se produjo de una forma espontánea, no coordinada, no regulada por los monarcas. Por tanto, lógicamente, la trama urbana será fiel reflejo de este desorden y de la falta de planificación. Si a ello añadimos el intento de construir el mayor número de casas posible intramuros, comprenderemos el trazado de las calles del casco antiguo que —aún en la actualidad— resultan excesivamente angostas, curvas, irregulares en suma. Una posible excavación podría determinar el plano medieval, que pienso no diferiría mucho del actual. Por su función comercial las rúas próximas al mercado, al Oeste de Almazán, junto a la Puerta del Mercado, presentan mayor anchura. No lejos de esta zona comercial estaba la judería, llegando hasta la Puerta de Berlanga, la Plaza de los Olmos y la calle Chapinería (Cantera 1976, pág. 454, Cf. Carrete 1985). El barrio de los francos, zona también artesanal y comercial creada por los inmigrantes venidos de más allá de los Pirineos, estaba en el entorno de la actual Plaza Mayor y calle Palacio.

De la calle de ronda que bordearía todo el contorno intramuros, sólo queda un sector entre la Puerta de la Villa y el Postigo de Santa María, llamado calle de San Román, por un hospital dedicado a la advocación de ese santo. Hasta principios del siglo XVI se respetó esta calle de ronda, puesto que la parte más antigua del palacio señorial de los Hurtado de Mendoza, es la crujía paralela a la muralla, respetando la alineación de esta calle.

El espacio libre intramuros sería pequeño, por ese motivo los cementerios de cada una de las parroquias devinieron con el tiempo en plazas públicas, rasgo que todavía no se ha borrado en la trama urbana de Almazán (Márquez 1987, pág. 41).

En el siglo XVI se documenta una renovación urbanística de Almazán, se abren nuevas calles (como la de Diego Laynez), se despeja de construcciones un amplio

solar en el entorno de la plaza y cementerio de San Miguel, dando lugar a la Plaza Mayor, así lo refiere un testimonio de las Cuentas del Ayuntamiento de 1499-1500: «en fin del mes de octubre (sic) del dicho año anduvieron Diego Castillo e Alonso Carnes a fazer una sepultura para echar los huesos que sacaron en la plaza e diles quarenta e quatro maravedíes» (Archivo Municipal de Almazán, legajo 23). Otro documento añade: «que dieron a Sancho Ruiz por un pedaco del corral que se le tomo para la plaza de San Miguel mil e quinientos maravedíes» (Cuentas de 1502, Archivo Municipal, legajo 23). El palacio señorial se incendió en 1502, por este motivo el conde de Monteagudo, señor de Almazán, mandó reedificarlo «en la plaza», signo inequívoco de la importancia del nuevo espacio urbano, centro cívico, y lugar de ubicación del mercado semanal.

EL CASTILLO

Mientras el castillo tuvo una utilidad se mantuvo en pie, fue reparado y conservado. En tiempos de paz, perdida tanto la condición militar, como la de residencia señorial (al ocupar los Hurtado de Mendoza el Palacio de la Plaza Mayor), conservó su carácter militar de forma testimonial, mediante el nombramiento del alcaide, pero arruinándose sus lienzos poco a poco, de forma tal que en 1818 se dice que «años ha y quiza siglos que no existen la fortaleza y castillo quedando solamente los bestigios (sic) de su ruina que complementaron los españoles en la última guerra...» (Márquez 1989). Hoy solamente quedan al descubierto algunas cepas de sus cimientos en «El Cinto», notándose el empleo de gruesa mampostería alternando con verdugadas de ladrillo (Ortego 1973, pág. 51).

LAS MURALLAS

Las murallas cercan el casco histórico de la villa. Están formadas por fuertes cortinas, cuyo trazado es poligonal, adaptándose al terreno. El aparejo es de sillería apenas devastada y mal escuadrada que conforma los paramentos exteriores del muro, rellenándose el interior con sillarejo, guijarros de río adheridos con abundante argamasa de mortero de cal, dando lugar a una especie de tosco encofrado de gran consistencia. Carece de torres de refuerzo en todo su contorno, salvo en las puertas y el «rollo de las monjas».

Presenta diferentes elementos defensivos. Al Oeste, zona llana de por sí, quedan restos de una barrera o barbacana. Por el contrario, al Este está documentado un foso artificial que era salvado por puentes de piedra para acceder a la población. Aún se conserva un puente en el sótano de una vivienda situada junto a la Puerta de la Villa, los demás es de presumir que estén soterrados en su emplazamiento natural.

Las Puertas, que actualmente son tres: de la Villa, de Herreros y del Mercado, habiéndose demolido la de Berlanga en 1886, presentan unos esquemas defensivos semejantes: torres avanzadas que sirven de apoyo al arco volado que cumple la función de matacán, portones de madera y rastrillo en la Puerta del Mercado. En los postigos se suprimen las torres y el matacán, según se observan en los de Santa María y San Miguel, habiendo desaparecido el de San Vicente en 1889. Todo se ajusta a la transición de los siglos XII y XIII, fechas en que fue construída, al dictado de la técnica de fortificaciones militares. En algunos sectores del muro persisten los merlones con saeteras y troneras de vigilancia.

Se tiene constancia de varias reparaciones efectuadas en la muralla, como la del cantero Juan de Parayso en 1499 y 1513, o las de Juan de Ochandiano, Andrés Carrera, Tomás del Río, Juan de Zornoza y Esteban González, ocurrida en 1597, Recientemente han tenido lugar unas intervenciones muy poco afortunadas en las murallas. Las presuntas «restauraciones» se han limitado a reconstruir con poca fidelidad y menos escrúpulos lo arruinado, perdiendo alineaciones primitivas, dispositivos defensivos, etc.

Se plantea otra cuestión interesante, cual es la existencia de un segundo recinto que engloba el arrabal. Eso se deduce de una cita de 1334 hablando de la puerta de la Puente de Arrabal, u otra de 1525, señalando la salida de la Puerta de Carraperdices. Seguramente fue la unión de las fachadas posteriores de los edificios del arrabal los que conformaban un muro no muy fuerte, pero sí lo suficientemente compacto para obstaculizar la entrada a la villa con sólo instalar unos portones en las calles, creando un recinto con ciertas garantías de independencia. Sin duda la arqueología podría aportar mucho en esta incógnita.

NECROPOLIS

Cada collación tenía su iglesia románica (que no tratamos pues remitirnos al lector a las obras de Historia del Arte, y en especial a Gaya Nuño, op. cit.) y su cementerio privativo. Ya hemos visto cómo el terreno sagrado del cementerio era ajeno a la edificación, dando lugar a plazas y plazuelas. Tenemos documentadas varias necrópolis, pero sin duda en el entorno de las parroquias es prácticamente seguro que existen otras tantas.

La característica común de las tumbas es que están formadas por lajas alineadas, con varias losas de cubierta y un gran bloque de una sola pieza para la cabecera, en el que previamente se ha excavado la concavidad para el cráneo. En el entorno de San Miguel se descubrieron estas tumbas en dos ocasiones: al vaciar el terreno para instalar la calefacción subterránea, y en 1982 al construir la Casa Consistorial, la orientación era con la cabecera hacia el Oeste.

En Diciembre de 1987 al canalizar nuevas líneas telefónicas en la Plaza de Santa María se exhumaron algunas tumbas, de las que se pudieron recoger dos piezas

de cabecera, huesos, etc. también se localizó un cadáver sepultado en fosa de tierra, en posición fetal, una vez extraído de la zanja se vió una pequeña vieira, recuerdo de alguna peregrinación jacobea. Todos estos materiales se custodian en dependencias municipales a la espera de su catalogación y estudio.

También han aparecido tumbas en el entorno de la iglesia de San Vicente, con motivo de las obras de reconstrucción y adaptación del edificio como aula cultural.

Se desconoce, por el contrario, el lugar donde pudo estar situado el cementerio judío y su sinagoga, pues un colectivo de tanta importancia cuidaría de sus difuntos en un recinto amplio y cuidado.

MONASTERIOS

Hasta la Desamortización de Mendizábal pervivieron cinco monasterios, pero en el siglo XIX desaparecieron cuatro de ellos. Sus materiales fueron empleados para la construcción o renovación de viviendas, para empedrar calles, etc., por ese motivo no es raro encontrar algunos elementos ornamentales reaprovechados.

En convento de San Francisco se documenta a finales del siglo XIII, fundado junto al paso a nivel de Nuestra Señora de Duero. Su fábrica se rehizo totalmente en los siglos XIV y XV, pero hoy no queda edificio alguno, solamente el recuerdo. La iglesia debió ser un bello ejemplar de templo gótico tardío, y el convento grande pero destartado (Madoz 1986).

El monasterio de Santa Clara conserva en su archivo un pergamino de 1295 que delata el establecimiento de las clarisas años antes. Estuvo situado en el arrabal, junto a la cañada de ganados en el paraje conocido por «Santa Clara la Vieja». A principios del siglo XVI se trasladó al lugar que hoy ocupa.

De 1299 es la primera mención documental del convento de Mercedarios (Zamora 1949, pág. 149 y Márquez 1984), pero se rehizo todo el edificio en el siglo XVII. Tenía iglesia espaciosa de tres naves, claustro de dos pisos y dependencias anejas. En sucesivas ocasiones se han realizado excavaciones arqueológicas en su recinto, tratando de encontrar los restos de Tirso de Molina, fallecido aquí en 1648, con resultados por el momento infructuosos.

El priorato de Ntra. Sra. de Duero, dependiente de la orden Premostratense, debió establecerse hacia 1231, en la finca conocida hoy como «Vistalegre» (Márquez 1988). En 1448 un incendio destruyó casi todo y fue reedificado. En tiempos de Madoz aún subsistía una casa fuerte para el prior y una iglesia hoy desaparecida. No obstante cuando, con motivo de obras o ajardinamientos, se excava, aparecen restos de columnas, capiteles o basas románicas, recuerdos del primitivo cenobio. En el almacén de materiales de construcción de Martínez de Azagra se conserva una buena colección de sencillos capiteles románicos que pertenecieron al claustro, y que se trasladaron desde Vistalegre.

El Monasterio de los Hospitalarios de San Juan de Hortezueta era matriz de la Encomienda de San Juan de Jerusalén de Almazán, documentada en 1200 (Minguella I, 1910 pág. 507). Tenía iglesia y claustro románico a un costado. La iglesia es descrita por Madoz, y conservamos de ella la planta, levantada en 1818 por Francisco Ortega Durán. Era de una sola nave, ábside con testero plano, estando abovedada en toda su dimensión por bóveda de cañón.

EL PUENTE

Los años de construcción del puente se delimitan entre 1128 y 1140. Constan en la documentación del Archivo Municipal varios reparos: en 1513 Juan de Parayso reforzó los pilares; en 1574 intervino Juan de Ochandiano en obras de consolidación; Gabriel de Maderni actuó en este y otros puentes de Almazán en 1722; en 1789 lo reconoció el arquitecto académico de San Fernando Francisco González de Lara; también formaron proyectos de reforma y restauración entre 1816-19 Santiago Guillorme y Manuel Toreal.

Es un puente medieval, alomado, con trece ojos, algunos de medio punto, otros ligeramente ojivales, arcos propios de la época en que se edificó. Está provisto de tajamares y contrafuertes. Hasta una ampliación de principios del siglo presente eran visibles cinco aliviaderos situados en las enjutas de los arcos.

Este año se observó bajo el cuarto arco más próximo a la ermita de Jesús, una estructura de madera de recias vigas ensambladas, sumergida bajo la corriente, sin duda son restos de la plataforma de cimentación que iría reforzada por pilotes de madera. En el resto de arcos la acumulación de sedimentos ha soterrado esta estructura.

MOLINOS

Piezas clave de la tecnología medieval eran los molinos, casi siempre movidos por la fuerza del agua. Se conocen menciones de algunos desde 1140 y 1169 (Minguella I, 1910). Para su construcción se aprovechaban las condiciones naturales óptimas, no tanto la proximidad del mercado de consumo o las materias primas como defiende Emilio Ruiz, piénsese en el molino de Velacha que ya existía en 1198 en una zona montuosa, sin apenas población y poco apta para el cultivo (Ruiz E. 1987, pág. 309).

La documentación del Cabildo Eclesiástico de Almazán nos ofrece el testimonio de varios molineros confirmando actos jurídicos en varios años de la Edad Media. En 1333 se cita el «molinillo»; en 1365 la aceña de las Monjas, todavía en funcionamiento; en 1378 la aceña de Marimiguel, y en 1399 las aceñas de San Juan.

Nos interesa especialmente el «molinillo», puesto que es el ejemplo típico de molino medieval, cuyas ruinas se conservan en las cercanías de Almazán. Era un molino de represa, situado en el antiguo cauce del río Morón. Detrás se situaba la balsa dotada de sobrado, bocas de sillería por donde se precipitaba el agua que caía sobre una rueda de madera estriada que transmitía por un eje el movimiento a la piedra superior, mientras que el agua sobrante marchaba bajo la bóveda de piedra de medio cañón.

CERAMICA

Almazán, como ya hemos dicho, fue un centro comercial importante, y debió contar con centros productores de cerámica para abastecer a la villa y a la comarca. No excusaba tampoco la materia prima. Los fabricantes parece ser que convivían en el siglo XIV en la calle «olleros», más tarde parece ser la calle «esculleros», apócope de escudilleros. No es raro encontrar atifles por los alrededores de Almazán, seguramente posteriores. Algún autor ha planteado el origen de la famosa cerámica de Almazán al estilo de la de talavera, en la Edad Media (Romera 1914, p. 44).

MARCAS DE CANTERO

Los signos lapidarios constituyen un dato no despreciable para el estudio y la investigación de la arquitectura. En base a su catalogación pueden solucionarse cuestiones de cronología, parentesco de edificios y artífices, etc. En Almazán tenemos gran abundancia de ellas, y muestran una variedad excepcional, aunque predominan las de trazos rectos. Se manifiestan tanto en edificaciones civiles (el puente, el recinto amurallado), como en edificios religiosos (San Miguel, San Vicente, Campanario, e incluso en San Pedro, templo de los siglos XVII y XVIII, construído con materiales de la iglesia románica de San Andrés).

LAS ESTELAS

En el sotocoro de la iglesia de San Miguel se conserva un grupo de estelas discoideas que fueron recogidas hace años por un Grupo de Misión Rescate, auspiciado por el Centro de Iniciativas y Turismo, por toda la comarca. Como se recuperaron sin hacer uso de ninguna metodología arqueológica no consta la procedencia, emplazamiento, ni otras circunstancias de los hallazgos, siendo hoy un problema irresoluto. Por otra parte aún quedan «in situ» un buen número de ejemplares por toda la comarca.

BIBLIOGRAFIA

Para este trabajo se ha manejado la documentación de tres archivos distintos. Del Municipal se ha consultado la sección de Actas Capitulares, y varios legajos. En el Archivo Diocesano se custodia una colección de unos doscientos pergaminos, sin catalogar; del Cabildo Eclesiástico de Almazán, abarcando desde el siglo XIII al XV. En el Archivo del convento de Santa Clara se conservan, sin catalogar, seis privilegios, cuyas fechas límite son 1295 y 1417.

ASIN PALACIOS, M.: Contribución a la toponimia árabe en España, Madrid-Granada 1944, 2.^a ed.

CANTERA BURGOS, F.: «Juderías medievales de la provincia de Soria». *Studia Silensia* III, Abadía de Silos 1976, págs. 445-481.

CARRETE PARRONDO, C.: *Fontes ladaeorum regni Castellae. II El tribunal de la Inquisición en el Obispado de Soria. 1486-1502*, Salamanca Universidad Pontificia y Universidad de Granada, 1985.

DOMINGUEZ HERNANDEZ, L.P.: «Tres torres-atalayas de la Provincia de Soria: Castellanos, Masegoso y La Pica». *ACTA MEDIAEVALIA* 5-6, Barcelona, Universidad (1984-85), págs. 257-279.

ELVIRA PACHECO, A.: *Evolución demográfica de la villa de Almazán (siglos XVI al XX)*, Almazán, Ingrabel, 1979.

GAYA NUÑO, B.: «Toponimia y arqueología sorianas. El estrato árabe». *CELTIBERIA* IV (1952).

GAYA NUÑO, J.A.: *El románico en la provincia de Soria*. Madrid, C.S.I.C., 1946.

MADOZ, P.: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Valladolid. Ambito, 1984 (1845-50).

MARTINEZ DIEZ, G.: *S.I. Las Comunidades de Villa y Tierra de la extremadura castellana (estudio histórico geográfico)*, Madrid, Editora Nacional 1983.

MARQUEZ MUÑOZ, J.A.: «Tirso de Molina y el convento de la Merced de Almazán». Programa de Fiestas de Almazán 1984.

MARQUEZ MUÑOZ, J.A.: «Una Comunidad de Villa y Tierra de la Extremadura Castellana: Almazán hasta el siglo XIII». *CELTIBERIA*, XXXVII (1987), págs. 21-68.

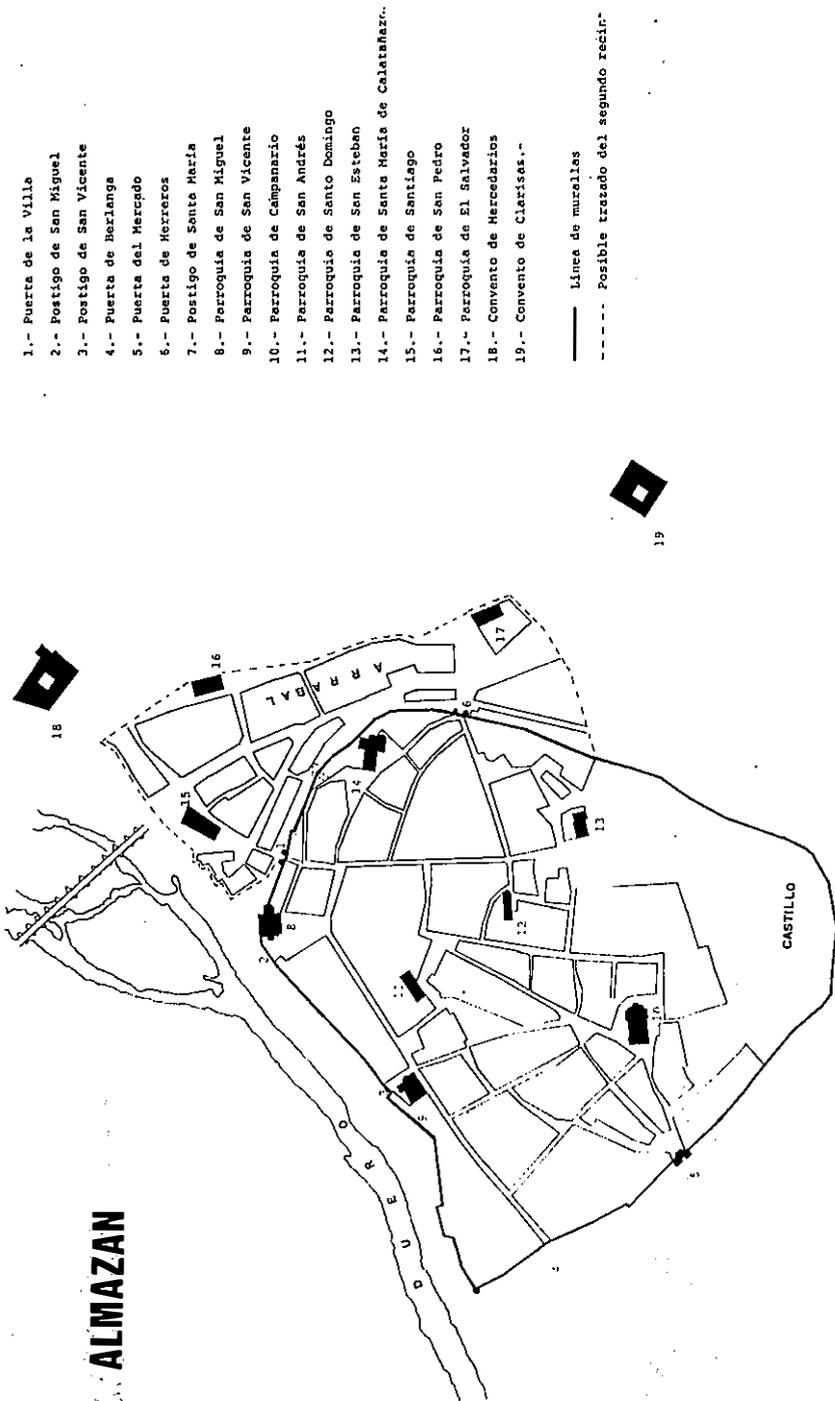
MARQUEZ MUÑOZ, J.A.: «Un monasterio de Premostratenses en la Quinta de Vistalegre». Programa de Fiestas de Almazán 1988.

MARQUEZ MUÑOZ, J.A.: «Murallas y fortificaciones medievales en Almazán». Programa de Fiestas de Almazán 1989.

MINGUELLA ARNEDO, F.T.: *Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus Obispos*, Madrid 1910.

- ORTEGO FRIAS, T.: *Almazán, ilustre villa soriana*, Madrid, Caja de Ahorros 1973.
- REVILLA ANDIA, M.L.: *Carta arqueológica Soria. Tierra de Almazán*, Soria, Diputación Provincial 1985.
- ROMERA MEDINA, E.: *Carta abierta dirigida a los Sres. D. Antonio Casal y demás farmacéuticos del Partido de Caldas de Reyes*, Madrid, La Farmacia Española, 1914.
- RUIZ, E.: «Teoría y práctica de la localización de los molinos en Soria». *CELTIBERIA XXXVII* (1987), págs. 309-325.
- SAENZ RIDRUEJO, C.: «Soria durante la reconquista». *Historia de Soria*, Soria, C.E.S. 1985, págs. 215-248.
- SERRANO, L.: *O.S.B. Cartulario de San Millán de la Cogolla*. Madrid, Centro de Estudios Históricos 1930.
- ZAMORA LUCAS, F.: «Evocación de Tirso en sus conventos de Soria y Almazán» en *Tirso de Molina, ensayos sobre la biografía y la obra del Padre Maestro Fray Gabriel Téllez*, Madrid Rev. Estudios 1949, págs. 122-155.

ALMAZAN





PILAS BAUTISMALES SORIANAS CON OMEGA-ALFA

M.^a A. ALONSO SANCHEZ*

Muchas y muy interesantes son las pilas bautismales románicas que se conservan en la provincia de Soria, de las que sólo un número muy limitado han sido estudiadas y publicadas. Hoy presentamos en esta comunicación dos pilas ubicadas respectivamente en los pueblos de Villabuena y Velilla de la Sierra, ambas inéditas, en las que se da una nota común: en la decoración que presentan en su exterior figuran las letras apocalípticas ωA , colocadas en este orden y no en su más normal posición que sería $A\omega$. Precisamente la existencia de esta particularidad fue lo que movió a nuestro común amigo, hoy aquí homenajeado, D. Teógenes Ortego, a trasmitirme el dato con el ruego de que las estudiase y publicase, puesto que hace unos años yo me había ocupado del simbolismo que estas letras presentaban al hallarse colocadas en posición inversa, y sobre este tema había presentado una comunicación a la II Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica, celebrada en Montserrat en 1979 (publicación de 1982). Este «Symposium de Arqueología Soriana» me brinda, pues, la ocasión de retomar el tema, realizando así los deseos del amigo Ortego, quien además me proporcionó el dibujo del desarrollo temático de la pila de Villabuena, así como el del crismón que aparece en Velilla de la Sierra.

LA PILA BAPTISMAL DE VILLABUENA (Lám. I: 1 y 2)

Esta pila procede de la ermita románica de S. Bartolomé (allí la vió Ortego), situada sobre una loma, a kilómetro y medio de Villabuena, en dirección Oeste. Hoy día y debido a que la ermita está desgraciadamente medio derruida, ha sido trasladada a otra ermita también perteneciente a Villabuena y situada a unos quinientos metros: se trata de la ermita del Santo Cristo de Barronova, donde también se conserva una segunda pila bautismal románica procedente de la ermita de Santa Eulalia, de la que no voy a ocuparme.

La ermita de San Bartolomé debió ser en su día la iglesia del pequeño poblado de Rueda (hoy la zona se denomina «Despoblado de Rueda»). El topónimo pudo originarse por la existencia de un antiguo molino. A unos ochocientos metros de la ermita, hacia noroeste, quedan restos de una villa romana.

La pila bautismal procedente de San Bartolomé es una gran copa semiesférica, tanto al exterior como en su interior; que hoy día está colocada en el suelo, aunque es de suponer que en su día tuviera un pie-soporte. Mide 0,95 m. de diámetro interior; por 0,60 m. de altura y con un grosor en el borde de 0,10 m. La pila está esculpida en piedra local y presenta una labra un tanto tosca pero uniforme, ofreciendo una sintaxis decorativa muy rica y variada (Fig. 1). Proce-diendo de arriba a abajo vemos en primer lugar un «signum» de lazo geométrico, a cuatro líneas y recuadrado, detalle que denota que el escultor, sin duda un buen maestro, se dejó influir por algún códice, esculpiendo el «signum» corriente en el comienzo de los escritos medievales y cuya perduración es bien conocida. Tras el «signum» aparecen la omega y el alfa y a continuación la inscripción «BENEDICTUS ME FECIT», que nos aporta el nombre del escultor. Toda la inscripción mide 1,35 m. de longitud y refleja las influencias operantes sobre la epigrafía de la época. Llamam la atención los rasgos arcaizantes de algunas letras, los caracteres redondeados, la ampulosidad de curvas que recuerdan los tipos carolingios, y la decoración foliácea que aparece en algunas letras. El espacio dedicado al «signum» y la inscripción mide 0,22 m. de alto.

A partir de aquí comienza una nueva decoración consistente en catorce espacios ligeramente cóncavos, cerrados en la parte superior por arquillos rebajados y a los lados por aristas verticales que convergen hacia la base. En estos espacios aparecen en relieve una serie de símbolos o elementos decorativos. Son estos (a partir del «signum»): ramito vegetal colocado hacia abajo que pende de una doble asa, piña, báculo, cruz patada procesional sobre ástil, lanza hacia arriba, punta de lanza hacia abajo, serpiente, disco de radios curvos, martillo, pez, cruz de perfiles curvos en círculo, cáliz, piña y roseta de seis pétalos radiales.

De estos símbolos hay dos que ocupan respectivamente el centro de cada uno de los dos lados de la pila. El lado principal, que es el abarcado por la inscripción y su «signum», tiene en el espacio central la cruz procesional sobre ástil, mientras que el espacio central del otro lado está ocupado por la cruz de paredes curvas, tangentes dos a dos, encerrada en círculo. Parece claro que se ha querido dar un mayor relieve a este símbolo de la cruz que es el más importante dentro de los símbolos cristológicos.

Hay otros cuatro símbolos que por su contenido están muy cercanos al tema de la pasión de Cristo. Son estos: el martillo, el cáliz y las dos lanzas (lanza hacia arriba y punta de lanza hacia abajo). Y hay otros cuatro símbolos (uno de ellos repetido) con contenidos simbólicos individualizados muy ricos pero no vinculables a una misma sintaxis decorativa. Estos son el pez, la serpiente, el báculo y las dos piñas. El pez es uno de los símbolos más frecuentes en el lenguaje paleocristiano. Su nombre en griego ἸΧΘΥΣ es un acróstico que da comienzo a cinco palabras griegas cuya traducción es «JESUS/CRISTO/DE DIOS/HIJO/SALVADOR». Los primeros cristianos dibujaron el pez en lápidas, cerámicas, lámparas, mosaicos, pintura, relieve... etc. La literatura cristiana primitiva también alude más de una vez al PEZ en sentido simbólico, queriendo referirse a Cristo. Baste citar el conocido epitafio de Albercio, anterior al año 216 en el que su autor, haciendo gala de un gusto poético muy en consonancia con su origen oriental, dice: «... en todas partes me guiaba la fe y en todas partes me servía en comida

el PEZ del manantial, muy grande, puro, que cogía una virgen casta, y lo daba siempre a comer a los amigos...». Idea que se recoge pocos años después en el epitafio de Pectorio en el que este dice: «Aliméntame con el PEZ, te lo ruego Señor y Salvador».

La serpiente es un símbolo polivalente, con variados significados, a veces antagónicos. Es símbolo del pecado (la serpiente que induce a Eva a comer del fruto prohibido) y lo es también de salvación (la serpiente levantada por Moises en el desierto que curaba a quien la miraba, según se alude en Juan 3, 14). También es símbolo de la fuerza magnética y de la fertilidad, y el hecho de su muda de piel se interpretó, ya en la antigüedad, como símbolo del desprendimiento de lo viejo (Filón de Alejandría). Los Evangelios ponen en boca de Cristo la alusión a la serpiente como símbolo de prudencia.

En cuanto al báculo es el atributo del Pastor en la Iglesia. Según Ciriot (J.E. Ciriot, 1969), por el significado de lo sigmoideo, representa el poder divino, la comunicación y la conexión. Por su terminación superior en espiral es símbolo de la fuerza creadora. Desde luego es símbolo de autoridad legítima y en esta pila bautismal es clara alusión al papel desempeñado por el Obispo en la ceremonia litúrgica del bautismo.

En cuanto a las dos piñas (el único símbolo que aparece repetido), son consideradas éstos símbolos de fertilidad y también de unidad y cohesión.

Quedan otros tres símbolos tomados del sistema decorativo visigodo, con claros antecedentes en el mundo romano. Son estos la roseta de seis pétalos, el disco de radios curvos y el elemento floral colocado bajo el «signum». La roseta de seis pétalos lanceolados radiales está relacionada con las composiciones ornamentales romanas, sobre todo en mosaico y adquirió en la decoración visigoda una difusión generalizada. Según M.C. Villalón (1985) «ha constituido por sí mismo, desde la más remota antigüedad un símbolo claramente ligado a concepciones cósmicas y religiosas, siendo de este modo uno de los signos que más dominio ha tenido en la historia de la representación geométrica».

El disco de radios curvos, también frecuente en la decoración visigoda, tiene desde luego antecedentes romanos y procede, sin duda, de un origen más remoto. Su posición en la sintaxis decorativa visigoda fue siempre significativa, generalmente flanqueando crismones o composiciones de arcos. Parece que los discos de radios curvos tuvieron un sentido muy preciso junto a estos temas.

Por último tenemos el elemento floral colocado hacia abajo, que recuerda a las palmetas, aunque es más complejo y presenta una especie de frutos enracimados. El tema, aunque más simple, aparece en los mosaicos romanos y es frecuente en las pilastras visigodas.

LA PILA BAPTISMAL DE VELILLA DE LA SIERRA. (Lám. I: 3 y 4).

Esta pila bautismal se conserva en la iglesia parroquial de Velilla, en una pequeña habitación dedicada a baptisterio, situada a la derecha de la nave de la iglesia. Es una pila troncocónica, hoy día sin pie, que aparece recortada en la

boca (no sabemos cuantos centímetros, pero al menos debieron ser unos diez), lo que ha dejado incompletos, en su parte superior, algunos de los temas que la decoran. A pesar de eso mide una altura de 0,80 m. por 1,06 m. de diámetro y 0,145 m. de grueso en el borde. El vaciado interior es semiovoide.

En el tercio superior presenta una importante decoración incisa, de temática compleja y pobre ejecución. En primer lugar debe nombrarse un crismón centrado dentro de un círculo de 0,21 m. de diámetro, seguido de una inscripción lineal de 0,78 m. de longitud en la que puede leerse: PEDRO MAON ME FECIT, lo que nos aporta el nombre del que la labró, ciertamente un escultor mucho menos experto que el que trabajó la pila de Villabuena. Las letras están grabadas con recio surco y responden a la escritura carolingia francesa. Sus dimensiones oscilan entre los 5 y los 10 cm.

A continuación, y con la misma técnica, aparece una cruz de brazos curvos inscrita en un círculo, un cuadrúpedo no determinado y una gallinácea de amplia cola y cuello a la que le falta la cabeza, como consecuencia del recorte que sufrió la pila en su borde. Sigue una roseta de seis pétalos lanceolados radiales, dos cruces de brazos curvos semejantes a la ya citada, una más grande que la otra y ambas algo incompletas en su parte superior, sin duda por el recorte, las dos dentro de un círculo también inciso. Después viene un nuevo cuadrúpedo con pezuñas y puntuaciones en la mitad anterior, al que también, y por las razones ya expuestas, le falta la cabeza. Es pues una decoración mucho menos variada que la de la otra pila y en la que hay elementos de difícil interpretación. Si dejamos a un lado los tres animales (una gallinácea y dos cuadrúpedos no identificables), lo que resta son cinco círculos de distintas medidas, cuyo contenido es, en tres de ellos, una cruz de brazos curvos; en uno una roseta de seis pétalos radiales, y en el último, y sin duda más interesante, un crismón acompañado de las letras omega-alfa.

SIMBOLISMO ALFABETICO EN LAS PILAS BAUTISMALES

Hemos dicho que en la pila de Villabuena, tras el «signum» y antes de la inscripción que nos ha conservado el nombre del escultor que la realizó, aparecen las letras ωA . En Velilla estas letras aparecen enlazadas al crismón. Este crismón, colocado dentro de un círculo, está integrado por el encadenamiento de las letras X y P (primeras letras de la palabra $\chi\rho\iota\varsigma\tau\omicron\varsigma$ que quiere decir «el ungido» y por tanto Cristo). Dicho anagrama, con un incierto momento de origen, se difundió en el mundo paleocristiano en época constantiniana, y pervivió posteriormente, con algunos añadidos y variantes. Aquí vemos que el aspa que forma la «chi» griega presenta en los tramos de su parte superior; y como terminación de los mismos, una especie de asas branquiales, como una repetición, algo más pequeña, del lazo de la «rho». Los tramos inferiores de la X, en cambio, enlazan respectivamente con la ω (el de la izquierda) y con la A (el de la

derecha). El palo vertical de la «rho» presenta en su parte inferior una **S** enlazada. Es sabido que en época tardía, cuando los artesanos ya no entendían el griego e interpretaban la «rho» como una «pe» (lo que les llevaba a darle el valor de «pater», se añade la S, dándose así un sentido trinitario al crismón.

Hace años me ocupé del valor simbólico que las letras **A ω** adquieren cuando van en posición contraria, es decir **ωA**. En aquel trabajo inventarié 37 piezas correspondientes a los períodos paleocristiano, visigodo, mozárabe y románico, existentes en la Península, en las que aparecen crismones acompañados de las letras apocalípticas, colocadas en esta posición inversa. Todos ellos podían clasificarse en dos grandes grupos:

1. Crismones con un evidente sentido funerario, ya por encontrarse en piezas de evidente finalidad funeraria (estelas, ladrillos, inscripciones... etc.) o por pertenecer a edificios o puertas de acceso a criptas con carácter funerario.

2. Crismones en puertas de acceso a iglesias medievales en los que, a mi entender, subyace el sentido de «paso de muerte a vida» en el simbolismo del «paso del umbral» o «entrada», presente muy especialmente en los ritos de consagración de las iglesias.

En ambos grupos, la idea de fondo presente es el paso del fin, de la muerte, del pecado (la **ω**) a la vida, a Dios al Reino (la **A**). Terminaba yo aquella comunicación diciendo: «La misma idea me parece está presente en aquellas pilas bautismales donde aparece también el crismón acompañado de **ωA**. Pero este punto, el de las pilas bautismales donde se verifica también, mediante el agua, el paso de muerte a vida, lo dejo para otra ocasión» (M.A. Alonso, 1982).

Pues bien, la ocasión es esta de hoy. efectivamente, las pilas bautismales no son otra cosa sino piscinas de regeneración. Ahora bien, esta regeneración consiste sustancialmente en que el neófito, al sumergirse en sus aguas, muere con Cristo para recobrar en El y por El una vida nueva. Sin duda estas pilas sorianas se usaron para el bautismo, por inmersión, de niños; eso explicaría su gran tamaño. Es sabido que en Occidente, durante muchos siglos se siguió usando el bautismo por inmersión para los niños, cosa que hoy día se conserva en las iglesias orientales. Es significativo que en el concilio inglés del Chelsea, celebrado en el siglo IX, todavía se dió la norma de que «infantes semper mergantur».

Este contenido de «muerte en Cristo y resurrección a nueva vida», de hondas raíces bíblicas, está presente en los textos de los Padres de la Iglesia y de los escritores cristianos que se han ocupado del sentido de la liturgia bautismal. Recordamos en primer lugar; para partir de un texto bíblico, la frase paulina: «¿Habéis olvidado que todos nosotros, al bautizarnos, vinculándonos al Mesías Jesús, nos bautizaron vinculándonos a su muerte? Luego aquella inmersión que nos vinculaba a su muerte nos sepultó con él, para que, así como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, también nosotros empezáramos una vida nueva». (Romanos 6, 3-4). Por eso podía afirmar Tertuliano: «¿Cómo puede un baño corporal en el agua efectuar la limpieza del alma y la salvación de la muerte eterna?... Dichoso sacramento el del agua, que lava los pecados de nuestra pasada ceguera y nos engendra a la vida eterna» (Quasten, 1968 págs. 576-577).

¿Pudo estar presente en la mente del escultor que trabajaba la pila bautismal esta idea de muerte y resurrección a una vida nueva? No lo sé, pero creo que más bien hay que buscar la iniciativa de la interpretación simbólica en el clérigo o los clérigos que encargaron el trabajo, como ocurre en otros tantos programas iconográficos de las realizaciones románicas, que presentan un serio y profundo contenido teológico.

En el caso de la pila de Velilla de la Sierra, el crismón, acompañado del omega-alfa tiene un paralelo clarísimo en el frontal funerario de mármol, que aparece engastado en la torre de la iglesia de Casarill, en el Valle de Arán (M.A. Alonso Sánchez 1982, p.301, fig.11). También allí el crismón, encerrado en un círculo y con la ω , el **A** y la **S**, va acompañado de otros dos círculos situados a uno y otro lado, en uno de los cuales aparece una roseta de cuatro pétalos lanceolados, mientras que en el otro aparece una cruz patada.

En la pila de Villabuena, en cambio, no aparece el crismón sino solamente las letras apocalípticas omega-alfa, hecho que resulta una excepción en relación a todos los por mí catalogados. Pienso que la alusión simbólica a Cristo (que debería estar presente en el crismón) es claramente perceptible en los otros símbolos que rodean la pila, muy especialmente en los símbolos de la pasión y en los cristológicos: cruces y pez.

No son estas las únicas pilas bautismales donde aparece representado este tema simbólico a través de las letras omega-alfa. Tengo noticias (no confirmadas por mí) de otras, incluso en la provincia de Soria. Termino ya, no sin antes citar la pila visigoda encontrada en el solar del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, actualmente en el depósito de la Alcazaba, publicada por M.C. Villalón (1985, pág. 100), en cuyo interior aparece un pequeño crismón de brazos rectos con extremidades cóncavas, acompañado de las letras omega y alfa, colocadas en este sentido. También en esta pila tenemos, pues, presente la idea de que, por Cristo, se verifica un renacer en el agua del bautismo y por tanto un paso misterioso pero real de la muerte a la vida.

BIBLIOGRAFIA

- ALONSO SANCHEZ, M.A. (1982): Crismones con en España. II Reunió d'Archeologia Cristiana Hispánica, págs. 297-302.
- CIRLOT, J.E. (1969): Diccionario de símbolos.
- CHEVALIER, J. y GHEERBRANT, A. (1969): Dictionnaire de Symboles.
- QUASTEN, J. (1968): Patrología, I.
- RIGHETTI (1956): Historia de la Liturgia, II.
- VILLALON, M.C. (1985): Mérida visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica.

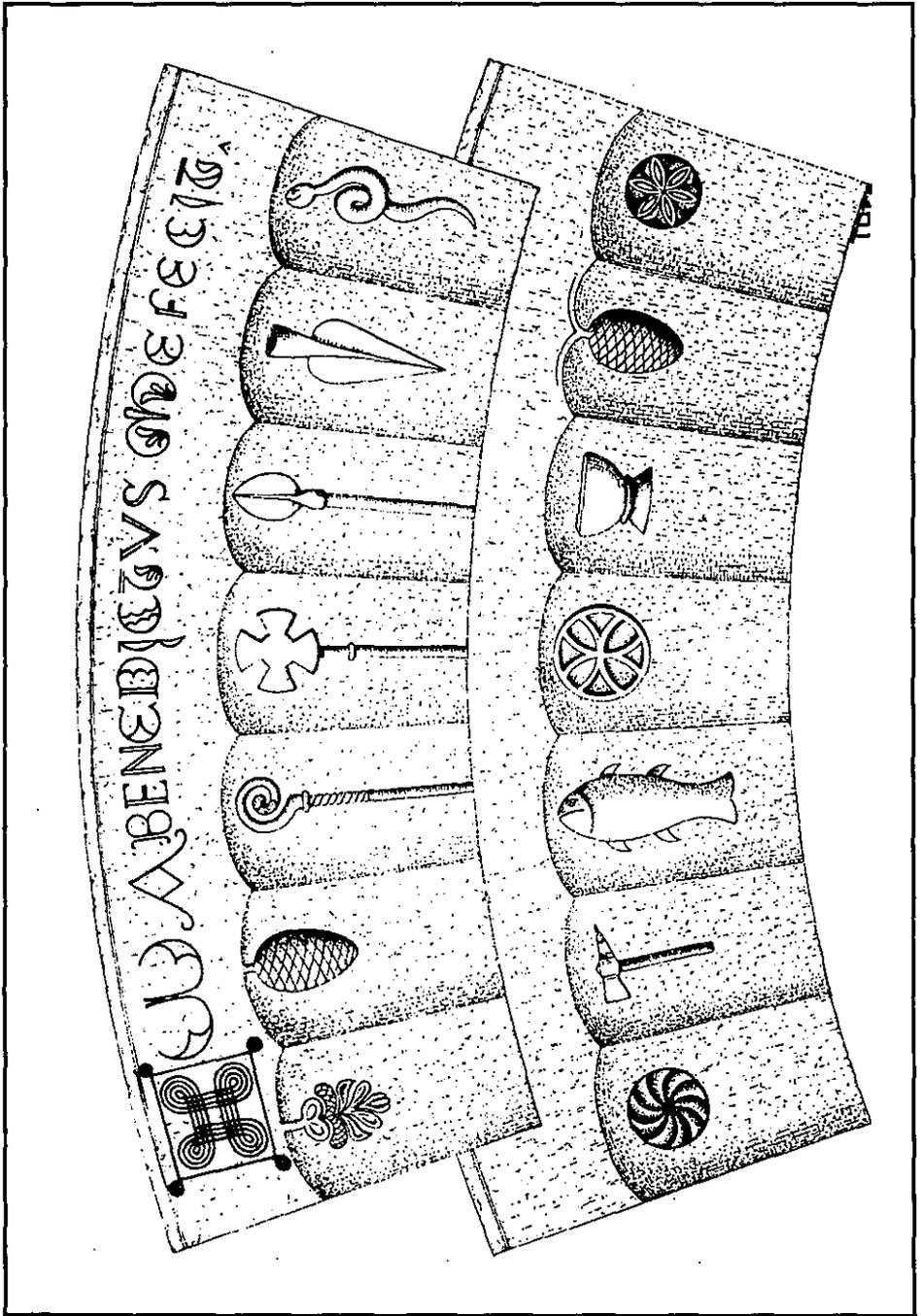


FIG. 1.—Desarrollo del programa decorativo de la pila bautismal de Villabuena (por T. Ortego).

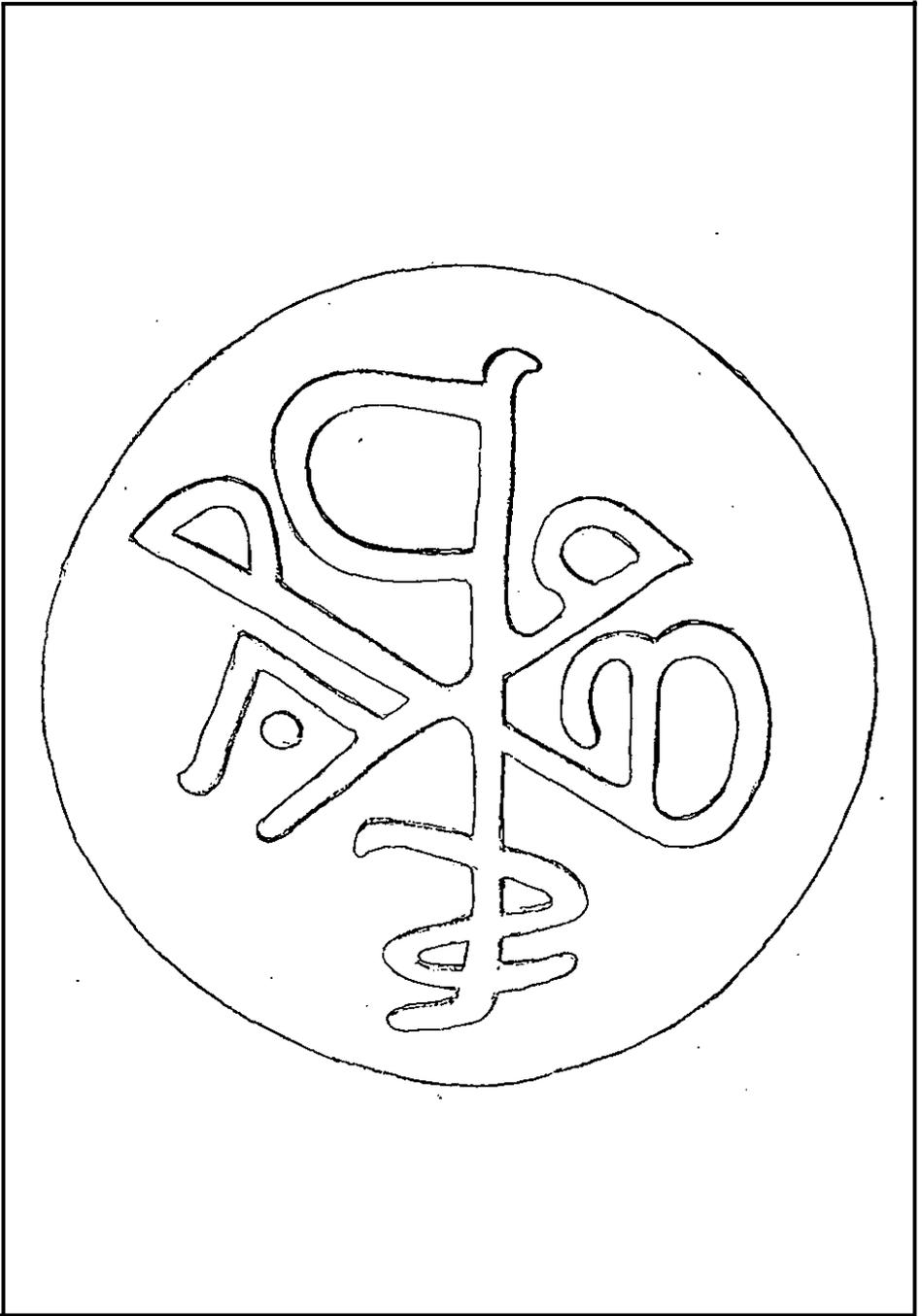


FIG. 2.—Crismón de la pila bautismal de Velilla de la Sierra (por T. Ortego).



LAM. I.—1 y 2: Pila bautismal de Villabuena. 3 y 4: Pila bautismal de Velilla de la Sierra.

SESION DE PATRIMONIO ARQUEOLOGICO

PROPUESTA DEL MONTE VALONSADERO COMO PARQUE ARQUEOLOGICO

J.A. GOMEZ BARRERA*

A. JIMENO MARTINEZ**

J.J. FERNANDEZ MORENO***

J.F. YUSTA BONILLA***

* Instituto de Enseñanza Media de Almazán, Soria.

** Departamento Prehistoria. Universidad Complutense, Madrid.

*** Servicio Territorial de Cultura. Soria.

Hace siete años, al clausurar el I Symposium de Arqueología Soriana, se tomaron como conclusiones distintas propuestas entre las que queremos recordar la segunda, donde se hacía referencia a la necesidad de reducir el número de excavaciones, intensificar las prospecciones y la consolidación, así como el estudio sistemático de los fondos de los museos.

Con ello se pretendía tener un mejor conocimiento de nuestros yacimientos y planear su estudio racional, evitando lo que podía llegar a ser una práctica indiscriminada de actuaciones sobre nuestro Patrimonio Arqueológico, que estamos obligados a conservar.

Si bien compartimos esta idea, pensamos que es insuficiente por cuanto falta una tarea por acometer o al menos promover como arqueólogos —indistintamente del campo histórico en que centremos nuestro esfuerzo—, como es la de acondicionar los restos descubiertos para su conocimiento. Ello conlleva, necesariamente, su protección, su consolidación y la preparación de información con textos, en cualquier tipo de soporte, para su mejor comprensión, no sólo en los Museos, sino incluso «in situ».

Una actuación de este tipo se está llevando a cabo en el yacimiento de Numancia, gracias al esfuerzo de unas cuantas personas y no a la tarea sistemática que requieren estos planteamientos sobre el patrimonio arqueológico. Por ello pensamos que podría resultar de interés planear una acción de estas características sobre un conjunto de yacimientos o hallazgos, superando así la individualidad de una actuación aislada, centrando nuestra atención en el conjunto del monte de Valonsadero que reúne condiciones óptimas, entre las que destacan un interesante grupo —el más numeroso de nuestra provincia— de manifestaciones artísticas prehistóricas, cuyo descubrimiento debemos a D. Teógenes Ortego, a quién, desde aquí, uniéndonos al II Symposium de Arqueología, queremos sumar nuestro agradecimiento.

CARACTERÍSTICAS EXCEPCIONALES QUE CONCURREN EN EL MONTE VALONSADERO

El Monte Valonsadero figura en el Catálogo de Utilidad Pública de la provincia de Soria con el número 179. Próximo a la ciudad de Soria, en cuyo término se ubica, tiene una extensión de poco más de 2.800 hectáreas, quedando delimitado

al Norte por el río Duero que divide los términos de Soria, Dombellas y Canredondo; al Este alcanza los términos de Garray y el de la propia ciudad de Soria; al Sur; los de Golmayo y Fuentetoba, y al Oeste, el término de Pedrajas.

El paisaje se caracteriza por los grandes bloques de areniscas de gran dureza, en las que aparecen las pinturas esquemáticas, que afloran entre las praderas y las manchas de monte bajo —encinas y carrascas—, conjugando un interesante paisaje natural muy apto para el aprovechamiento de una economía ganadera.

En la actualidad aún se mantiene esta actividad ganadera, si bien el aprovechamiento del monte se encamina más a su disfrute como auténtico parque de la ciudad de Soria, de la que sólo le separan siete kilómetros. Esta corta distancia se salva fácilmente transitando la carretera N-234, de Burgos a Sagunto y su circulación es posible gracias a la adecuación del antiguo camino de arrieros de San Millán, hoy ampliado y configurando una circunvalación (Fig. 1).

El lugar al que hacemos referencia y que configura una gran dehesa con abundante arbolado, es idóneo para el recreo y la abundancia de su fauna y especialmente de la flora, hacen del paraje un interesante parque, verdadero «pulmón» de la ciudad.

Su atractivo ha sido una constante para la población de la capital y buena prueba de ello es el protagonismo que adquiere durante los primeros meses del verano, al ser el punto de referencia para el desarrollo de los distintos actos de las fiestas de San Juan, que hunden sus raíces ancestrales en rituales de gran arcaísmo, vinculadas al sol y al toro, proporcionando así también una evidente referencia etnológica.

Estas características y la proximidad a la ciudad atraen gran afluencia de visitantes a lo largo de todo el año, lo que ha generado una mínima infraestructura de apoyo, caso de la conocida «Casa del Guarda», pequeño refugio con jardines y área infantil de recreo; «El Hotel», moderno complejo hostelero, o un pequeño picadero de explotación más moderna.

Contrasta con esta riqueza ambiental, que cada día es más aprovechada, el desconocimiento, pese a las actuaciones ya realizadas, de los restos arqueológicos y etnológicos que se conocen diseminados por el monte.

EL CONJUNTO ARQUEOLOGICO Y SUS CARACTERISTICAS

UNO DE LOS MAS DESTACADOS CONJUNTOS DE ARTE ESQUEMATICO DE LA MESETA SUPERIOR

Desde que en 1951 Teógenes Ortego diera a conocer los primeros abrigos con representaciones de pintura rupestre (1951, págs. 275-305) hasta la actualidad, los distintos trabajos (Ortego, 1983 y 1987; Gómez-Barrera, 1982; 1984 y 1985; Gómez-Barrera y Borobio, 1984; Gómez-Barrera y Fernández, 1986) han dado a conocer treinta y siete estaciones con este tipo de manifestaciones pictóricas

en la provincia de Soria, de ellas treinta quedan dentro del conjunto de Valonsadero, localizadas en las cañadas del Nido del Cuervo y Honda o en la Veguilla del Cubillejo (Fig. 2), mientras que otras cuatro aparecen en las proximidades del monte, en los términos de Fuentetoba, Pedrajas y Oteruelos.

En todos los casos conjugan los mismos tipos de soporte, al utilizar los abrigos, viseras, cuerdas, etc., que posibilitan las potentes areniscas cretácicas que emergen, en general, con buzamientos al mediodía y cortados al Norte. Estos amplios abrigos se encuentran situados en lugares destacados y dominantes o bien próximos a los ríos. En ellos se localizan las pinturas que, a veces, aprovechan las pequeñas coqueras o balmas para desarrollar la escena.

El origen y significado de este tipo de manifestaciones es incierto y su cronología dilatada, proponiéndose para las pinturas de Valonsadero una cronología entorno al II y I milenio antes de Cristo, sin que podamos contar con materiales arqueológicos asociados que puedan discernir estas hipótesis, pese a la existencia de algunos elementos líticos y cerámicos que han sido recogidos en las inmediateces y que corresponden al calcolítico y Edad del Bronce.

NECROPOLIS RUPESTRE

Otros restos aparecidos en Valonsadero nos hablan de la continuidad de su explotación por pequeños grupos humanos que basarían su economía en el aprovechamiento del monte y realizarían pequeñas obras de infraestructura e incluso caseríos en los que desarrollarían su vida y de los que nos han llegado algunos vestigios.

Buena prueba de ello es la noticia (Ortego, 1983; págs. 214 y 215) de una necrópolis rupestre de la que se conocen tres tumbas antropomorfas excavadas en la roca y que se localiza en la vega del río Pedrajas, próxima a la nueva carretera que une el Hotel y entrada a Cañada Honda. Junto a estos vestigios, que hemos podido reconocer, se señala la existencia del afloramiento de algunas tumbas de lajas (Fig. 2).

RESTOS ETNOGRAFICOS

Asimismo y junto a este lugar, y en otros diseminados por el monte, advertimos la existencia de cortados artificiales en las rocas que dejan cubículos de distinta capacidad y de los que arrancan canales que los comunican o vierten al exterior. Posiblemente se trate de neveros de época moderna, similares a otros de las estribaciones del sistema Ibérico, en sus dos márgenes y de los que se han realizado algunas recopilaciones (Gonzalez et alii, 1980), o bien similares a los de otras áreas peninsulares (Segura, 1985).

Este tipo de aprovechamiento que se practica hasta época muy reciente, viene a confirmar la repetida explotación del monte por pequeños grupos que a su vez aprovechan otros escarpes para realizar refugios de los que quedan algunos vestigios como rampas, escaleras o pequeñas coqueras para recibir las vigas de sustentación.

RECIENTES HALLAZGOS

Los trabajos realizados por el Ayuntamiento de Soria para adecuar las márgenes de la carretera, junto a la «Casa del Guarda», puso al descubierto un fragmento de calzada empedrada. En los primeros meses de este verano se procedió a su limpieza y documentación, estando pendientes, en este momento, de la conclusión de su estudio. Sirva, por ahora, decir que por sus características formales —presencia de espina central y compartimentación en cuarteles por otras transversales— puede tratarse de un camino de época moderna y que formaría parte de la infraestructura de servicios necesaria para la explotación del monte (Fig. 2).

Otro camino presente en Valonsadero es el correspondiente a un tramo de la calzada número 27 del itinerario de Antonino que desde la zona de Villaciervos se internaría por el monte para salvar el Duero y buscar la ciudad de Numancia.

Saavedra siguió este tramo de 3840 m. y lo describe como «... el más bello trozo de calzada de toda la línea comprendida en el plano (Uxama a Augustóbriga)... y se conoce con el nombre de Camino de los Serranos». (Saavedra, 1963, pág. 25).

Aún cuando algunos tramos anteriores a éste de Valonsadero no se han constatado, todas las alternativas planteadas lo respetan como el único seguro, indistintamente de las soluciones planteadas para unir el resto localizado en Villaciervos con este que nos ocupa (García Merino, 1973, págs. 417-418).

LA PROTECCION DEL CONJUNTO ARQUEOLOGICO DE VALONSADERO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA LEY DE PATRIMONIO CULTURAL

Este interesante y variado conjunto de restos arqueológicos que se aglutinan en el Monte Valonsadero se encuentra en una situación bien distinta desde la perspectiva de aplicación de la Ley 16/1985 del Patrimonio Histórico Español.

Así, mientras el elenco de manifestaciones artísticas ha de considerarse como Bien de Interés Cultural de acuerdo al artículo 40.2 de la mencionada Ley, el resto de los elementos arqueológicos señalados formarían parte del Patrimonio Histórico Español y deben considerarse como bienes de dominio público, según el artículo 44.1.

Las características de estos restos requieren de un trato especial, al no poder trasladarse a los Museos convencionales para su conservación y divulgación, al constituir un todo uniforme con el entorno del que no se pueden desligar. Ello y la necesidad de adecuar estos conjuntos a la nueva situación jurídica creada con la Ley 16/1985 es una constante que debe primar en todas las administraciones.

Recientemente, en Aragón, se celebraron unas jornadas que tuvieron sus antecedentes en otras reuniones anteriores (Baldellou et alii, 1988), en las que se debatía la propuesta de creación de los denominados «Parques Culturales con Arte Rupestre» en semejanza a modelos existentes en otros países caso del de Valcamónica en Italia (Cittadini, 1982; Anati, 1982).

La base jurídica que lo posibilitaría parte, para el profesor Enterría, de la aplicación de la nueva Ley 4/1989 de Conservación de los Espacios Naturales y de la Flora y Fauna Silvestres. Así, en la Declaración de los Espacios Protegidos, se señala la finalidad de «Proteger aquellas áreas y elementos naturales que ofrezcan un interés singular desde el punto de vista científico, cultural y educativo, estético, paisajístico y recreativo». (Art. 10, 2b). Las categorías en que pueden clasificarse estos espacios quedan definidos en el artículo 12 y siguientes.

Un análisis de todos ellos —Parques, Reservas Naturales, Monumentos Naturales o Paisajes Protegidos— evidencia la necesidad de matizar su definición y cometidos, además de adecuar su creación a la normativa vigente en otras áreas. Todo ello está previsto con el desarrollo de las disposiciones reglamentarias que se anuncian y que evidentemente podrán incluir la figura de Parque Cultural, en su conjunción con la Ley 16/1985.

Ahora bien, la propia Ley del Patrimonio Histórico Español ya contempla la figura de Zona Arqueológica (Art. 14.5) como «... el lugar o paraje natural donde existen bienes muebles o inmuebles susceptibles de ser estudiados con metodología arqueológica,...», y en los artículos siguientes (Art. 17 y 18) hace referencia a la necesidad de proteger los accidentes geográficos y paisajes naturales que conforman el entorno (de los yacimientos arqueológicos).

El régimen y regulación de una Zona Arqueológica queda recogido en el artículo 20.1 de la misma Ley, con la obligación, para el municipio en que se encuentre, de redactar un Plan Especial de Protección u otro instrumento de los previstos en la legislación urbanística.

PROPUESTA DEL MONTE VALONSADERO COMO ZONA ARQUEOLOGICA

Creemos, con lo anteriormente expuesto, que es posible y a la vez necesario realizar una propuesta para la protección y ordenación del conjunto arqueológico de Valonsadero, y pensamos que la más acorde con las características de los restos conservados —teniendo en consideración la ley del Patrimonio Histórico Español y hasta tanto en cuanto no se creen y regulen los denominados Parques Culturales—, es la de ZONA ARQUEOLOGICA.

Esta propuesta que ahora desarrollaremos, tanto con la normativa que sería de aplicación, como con las actuaciones concretas que pensamos ha de acometerse, se traslada a la administración competente: a la Autonomía como responsable directo de la conservación de Patrimonio Histórico Arqueológico, de acuerdo el decreto Autonómico y de competencias; y a la Local, como propietaria de los terrenos en los que se propone la creación de esta figura y competente en materia urbanística.

NORMATIVA DE PROTECCION

Con la incoación y declaración del Monte Valonsadero como Zona Arqueológica sería obligatorio para el municipio de Soria redactar un Plan Especial de Protección.

Dicho Plan deberá ser redactado de acuerdo con lo regulado en la Ley del Suelo (Art. 17 y 18 de la Ley 77 y siguientes del Reglamento de Planeamiento) y siguiendo las directrices de la Ley del Patrimonio Histórico Español y su decreto de desarrollo, ya comentados.

ACTUACIONES CONCRETAS

Cualquier actuación que se proponga para la creación de una Zona Arqueológica pasa en buena lógica por conseguir la conservación de los bienes que lo conforman y la difusión de los mismos. Para ello, es claro, la necesidad de acometer distintos acuerdos que lo posibiliten y que, indudablemente, deberán de planearse a distintos niveles.

Medidas de Conservación

Las características de los restos arqueológicos compilados en Valonsadero hace necesario plantearse distintas medidas para su conservación. Estas deberán atender, en primer lugar, al tipo de elemento a tratar —bien pinturas sobre abrigos, bien restos petreos al aire libre—, su soporte —afloraciones naturales de arenisca, alteraciones artificiales u obras de fábrica— y análisis del estado actual de degradación. La conjunción de todas estas características posibilitarán la determinación de las medidas a adoptar y aunque aún nos falte esta información, es claro que pueden señalarse algunas que creemos son necesarias:

- **Sobre las Pinturas Rupestres Esquemáticas.**

Un análisis del estado actual de estas manifestaciones nos indican la problemática de su conservación por dos causas, principalmente, distintas. De un lado por la degradación producida por los agentes climáticos y contaminantes y, de otro, por la acción antrópica que de una manera exógena y directa atenta contra su conservación (Láms. I y II).

Contra la primera causa de la degradación bien poco podemos aportar hasta tanto no se realicen los análisis químicos que permitan conocer las características del soporte y los componentes de las pinturas, así como el aglutinante que se empleó para su adhesión. Los resultados de estos estudios nos darían la información necesaria para tomar las medidas más acordes para su conservación, si bien es claro que, por ejemplo, el paso indiscriminado de vehículos sólo puede producir, a la larga, una mayor degradación, por lo que el tránsito de estos debiera ser controlado, procurando a la vez la conservación del entorno natural.

Hasta poder contar con los resultados antes señalados, la única medida a adoptar se centra en la tarea de la documentación, mediante la realización de los calcos más exactos posibles y la reproducción gráfica que pueda recopilarse, a fin de preservar, al menos, la información que nos aportan las pinturas rupestres.

Esta tarea podemos considerarla, en gran medida, realizada, como demuestran no sólo los últimos trabajos de síntesis aludidos (Gómez-Barrera, 1982), si no la constante labor de prospección y revisión de abrigos como hemos visto en la primera de las ponencias que ha desarrollado J.A. Gómez-Barrera, coautor de esta comunicación.

En cuanto a las acciones directas que alteran las pinturas sólo es posible evitarlo mediante la realización de barreras físicas que las distancien y detengan su deterioro. Con ello evitaremos el continuo roce de la pared por el ganado —caso de su aprovechamiento como majadas— o la realización de hogueras a sus pies, provocando cortinas de hollín que las cubren, o la de grafitos y pinturas modernas que provocan los actos vandálicos conscientes o inconscientes.

Desde los inicios de esta década tanto el Ayuntamiento de Soria como el Museo Numantino han promovido la colocación de verjas en buen número de abrigos (Fig. 2) que parece han cumplido con creces el fin que se pretendía (Lám. II, b).

Ahora bien, su diseño en algunos casos provoca cierto rechazo con la imagen del parque y sus proporciones parecen, en otros, exageradas. Tal vez un diseño más racional e individualizado posibilitarían el acercamiento controlado de los visitantes a las pinturas, a través de estos elementos, y un ejemplo de ello veremos más adelante.

Por ello sería necesario finalizar esta tarea, no sólo con la realización de aquellos vallados aún pendientes, sino que en los ya existentes precisan de un mantenimiento periódico que debe ampliarse al espacio resultante entre las verjas y la pared pintada, evitando que la vegetación llegue a tapar los restos que se tratan de proteger y enseñar (Lám. III).

Con ello se conseguiría que se eviten los accidentes comunes al desconocimiento de su existencia o su nula valoración, ahora bien si el atentado que puede sufrir es consciente, la única posibilidad para evitarlo es la de educar a las personas que se acercan y esa educación es la que se trata de conseguir con la tarea de difusión que luego veremos.

• Hallazgos al aire libre

Cuando los elementos a conservar son hallazgos al aire libre, las soluciones para su mantenimiento parecen más claras. Dejando condicionado su posible tratamiento físico-químico a la realización y conocimiento de los análisis necesarios, es preciso proceder a su limpieza, saneamiento y, caso necesario, aislamiento.

Se trata con ello de volver a crear las condiciones más próximas a las existencias en su origen. Así, se deberán rellenar los márgenes de la calzada para evitar el inminente derrumbe de sus laterales, aislando el manto vegetal por medio de un manto geotextil que permitirá, a su vez, drenar los márgenes; en el caso de las tumbas y neveros su limpieza y evacuación de pluviales sería suficiente, si bien, y en general, debiéramos pensar en ligeras barreras que eviten el tránsito del ganado que por allí pasta de manera indiscriminada (Fig. 3, a).

Medidas de difusión

Cualquier intento de aportar una información a los visitantes requiere el planeamiento de una mínima infraestructura que los reciba y una orientación que posibilite su llegada a los puntos de visita, en los que debe reflejarse esa información que se desea transmitir:

En cuanto la señalización precisa para su difusión e información de su existencia, las tareas a realizar serían mínimas. Dos carteles, cuyo modelo tiene establecido la Junta de Castilla y León, a la entrada del monte y visibles desde la CN-234, serían suficientes (Fig. 4).

Dando a conocer su existencia, es obligado presentar el objeto a tratar y para ello debiéramos contar con un punto de información que bien podría adecuarse en un espacio a decidir en la «Casa del Guarda», como edificio de carácter público y permanentemente abierto.

El punto de información contaría con un croquis del recorrido propuesto para la visita y que consistiría en una selección de los restos y pinturas más interesantes, tratando de ofrecer una visión representativa del conjunto. En él y acompañando a los elementos arqueológicos que señalemos podrían incluirse, en este intento de intervención total sobre un espacio, los elementos naturales más representativos del monte, conjugando con las rutas arqueológicas propuestas o creando otras alternativas.

Junto con el croquis antedicho el Punto de Información debiera poder ofrecer pequeños trípticos —se editó uno, ahora agotado, por el Ayuntamiento de Soria (Gómez-Barrera, 1983)— o guías que darían una visión global y divulgativa de la Zona Arqueológica y el Espacio Natural que conformarían el monte Valonsadero, así como de la forma de utilizarlo y respetarlo.

Para ello será de gran interés poder mostrar, mediante una sencilla exposición permanente, las generalidades y características propias del arte rupestre soriano. Un recorrido sobre la historia de su descubrimiento, la distribución de los hallazgos, la técnica de su realización, su temática y singularidad, a fin de que el visitante se enfrente a los restos seleccionados con su opinión sobre el estado de la cuestión de este tipo de manifestaciones.

La existencia de toda esta información y textos, y la posibilidad de entregarlos en mano, evitarían tener que llenar el recorrido de señales, pudiendo acceder los visitantes directamente a los puntos de referencia que contarían con un distintivo identificativo que, a modo de banderola numerada, marcarían el lugar y su toponimia. El soporte de esta información que podría realizarse en distintos materiales, se apoyaría en la estructura necesaria para el cerramiento, tal como muestran los ejemplos que presentamos (Figs. 5 y 6), o el ya visto de la calzada.

Un segundo nivel de información quedaría definido en el panel explicativo, en el que se aportaría una descripción del objeto tratado y su cronología, apoyado en los elementos gráficos necesarios. Su presentación se realizaría en paneles

de 90x20 cm., de modo que permitiera el desarrollo de las escenas y se ajustara a los módulos del cerramiento que trata de, además de aislarlo, ser respetuoso con el objeto visitado (Fig. 3b).

De este modo creemos, y esa es nuestra intención, que el conjunto de pinturas rupestres del monte Valonsadero podrá conocerse en el ambiente en que se desarrolló y, con esta propuesta, su valoración será, sin duda alguna, positiva. Ahora bien, como ha quedado señalado, el desarrollo del monte como Zona Arqueológica necesita de una serie de actuaciones de distinto tipo. De un lado las administrativas que deberán conseguir su creación y régimen jurídico, de acuerdo a la normativa antedicha; y de otro lado las técnicas que buscaran su desarrollo y utilización, mediante actuaciones puntuales como queda reflejados en el croquis que presentamos (Fig. 7).

Finalmente, somos conscientes que lo antedicho está centrado en el conjunto arqueológico existente y que para conseguir la valoración total del espacio será necesario la adecuación del resto de los aspectos naturales y ambientales que deben ser analizados por los técnicos correspondientes y sus propuestas conjgadas con esta que ahora nos ocupa.

BIBLIOGRAFIA

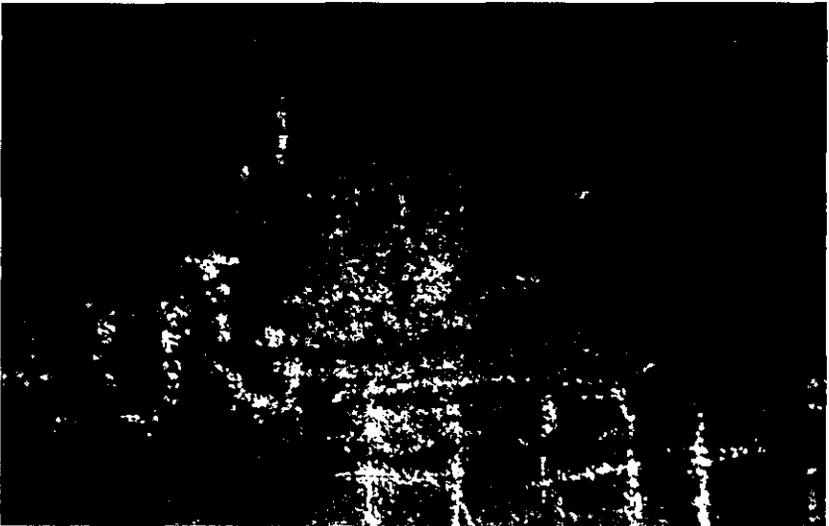
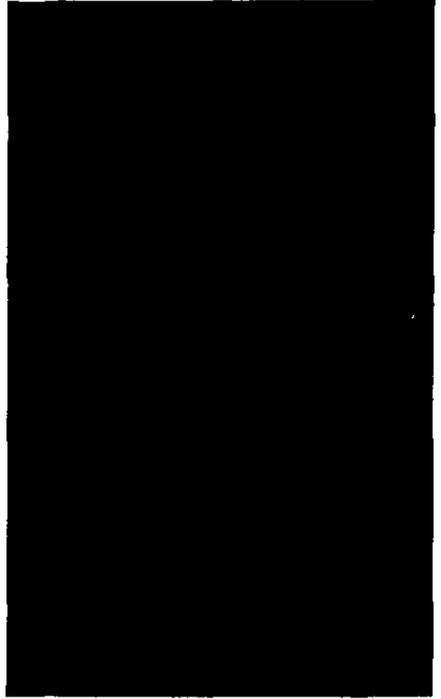
- ANATI, E. (1982): «Un gran desafío: La conservación del Arte Rupestre», *Museum*, XXXIII, n.º 4.
- BALDELLOU, V.; ROJO, J.I.; HERAS, C. de las y GALIANA, M.ª F. (1988): «Algunas reflexiones sobre los Parques Culturales con Arte Rupestre», *Boletín de la Sociedad Española de Arte Rupestre*, n.º 1; Barcelona.
- CITTADINI, J. (1982): «La iconografía prehistórica y su presentación in situ», *Museum*, XXXIV, n.º 4.
- GARCIA MERINO, C. (1973): «El puente romano inédito de Golmayo (Soria)», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIX, Valladolid, págs. 415-422.
- GOMEZ-BARRERA, J.A. (1982): *La Pintura Rupestre Esquemática de la Altimeseta Soriana*, Excmo. Ayuntamiento de Soria.
- (1983): «Las Pinturas Rupestres Esquemáticas de Valonsadero». Tríptico del Excmo. Ayuntamiento de Soria.
- (1984-1985): «El abrigo de «La Peña de Los Plantíos»: Nuevo hallazgo de pinturas rupestres esquemáticas en Fuentetoba (Soria), *Ars Praehistórica*, t. III/IV, págs. 139-180.
- GOMEZ-BARRERA, J.A. y BOROBIO, M.ª J. (1984): «Las pinturas rupestres esquemáticas de «Cueva Conejos» (Ucero, Soria)». *I Symposium de Arqueología Soriana*, págs. 141-150.
- GOMEZ-BARRERA, J.A. y FERNANDEZ MORENO, J.J. (1991): «Dos nuevos abrigos con pinturas rupestres esquemáticas en «El Cubillejo» (Valonsadero, Soria)», *Soria Arqueológica*, 1, págs. 103-120.
- GONZALEZ et alli (1980): *Los pozos de nieves (neveras) de la Rioja*, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja.
- ORTEGO FRIAS, T. (1951): «Las estaciones de arte rupestre en el Monte Valonsadero de Soria, *Celtiberia*, 2, págs. 275-305.
- (1983a): «Por la vega del río Pedrajas. Otras estaciones de arte rupestre», *Celtiberia*, 66, págs. 209-216.
- (1983b): «Estaciones inéditas de arte rupestre en la cuenca del río Pedrajas (Soria)», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23, págs. 34-39.
- SAAVEDRA, E. (1963): *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augustóbriga*, M.O.P. Madrid.
- SEGURA MARTIN, J.M. (1985): «La industria de la nieve en las montañas alicantinas», *Narría*, 37-38, Abril, págs. 2-11.



LAM. I.—Deterioro de los panales pintados por diferentes acciones antrópicas. A: en El Mirador a los sucesivos rayados se unió hace unos años el lascado intencionado de alguna de sus figuras; B: en El Abrigo del Tubo el antropomorfo de la izquierda queda «enmarcado» por una línea grafitada mientras la esfoliación natural de la arenisca hace peligrar el panel.



LAM. II.—La adecuada orientación de los abrigos ha motivado su reiterada utilización como lugar de refugio y foco de hogueras que ennegrecieron las pinturas (A: Covacho del Cubillejo); las verjas metálicas han evitado este problema salvaguardando así las estaciones artísticas (B: Covacho del Morro).



LAM. III.—La conservación de estas manifestaciones artísticas pasa por la limpieza del entorno de los abrigos (A: Peñón del Majuelo), el mantenimiento y control de la vegetación impidiendo se convierta el verjado en un cerramiento inhóspito (B: El Tolmo de Morellán) y, sobre todo, evitando se repitan los hasta el momento constantes grafitos grabados y pintados sobre los conjuntos esquemáticos (C: El Prado de Santa María, de Pedrajas).

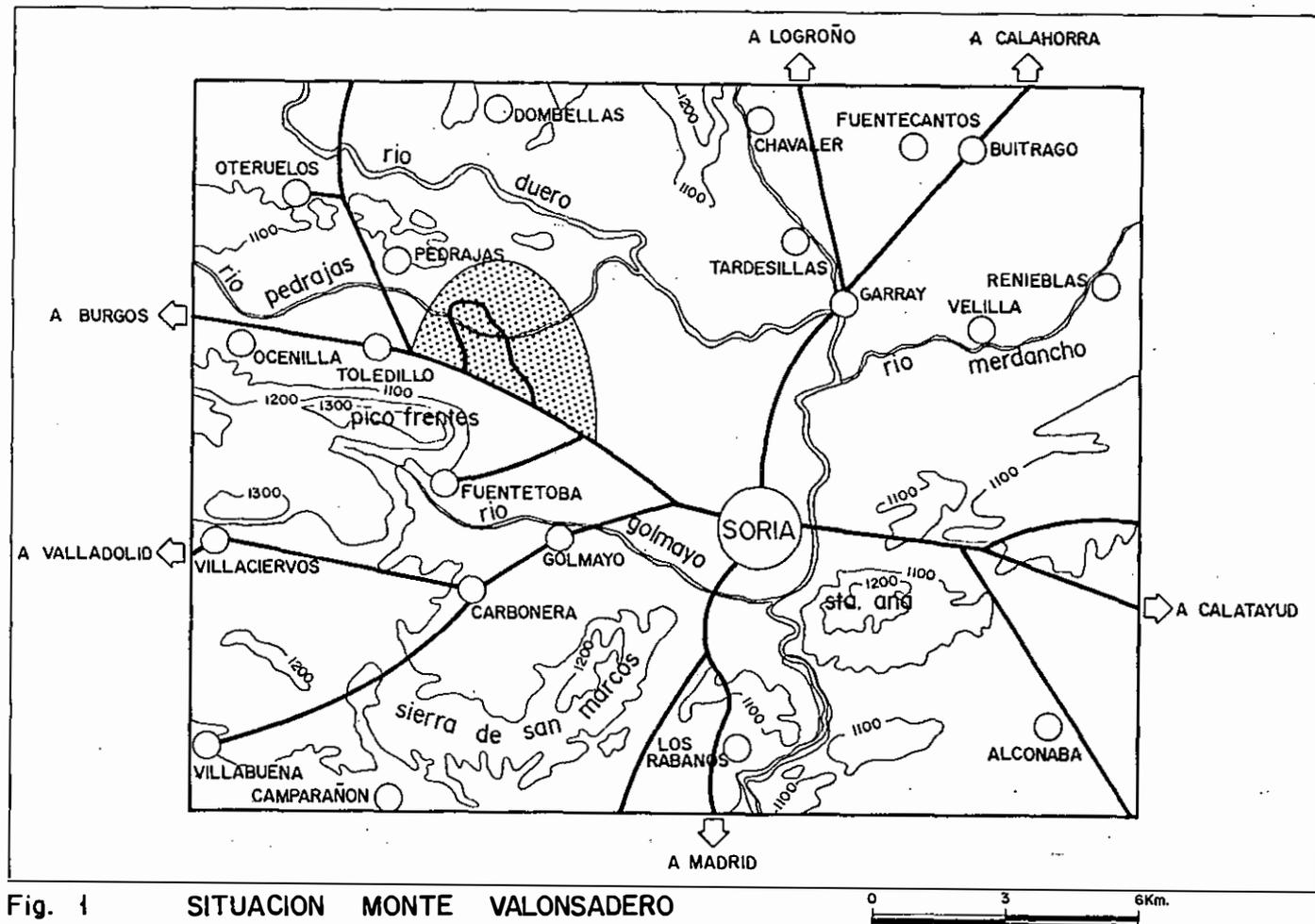


Fig. 1 SITUACION MONTE VALONSADERO

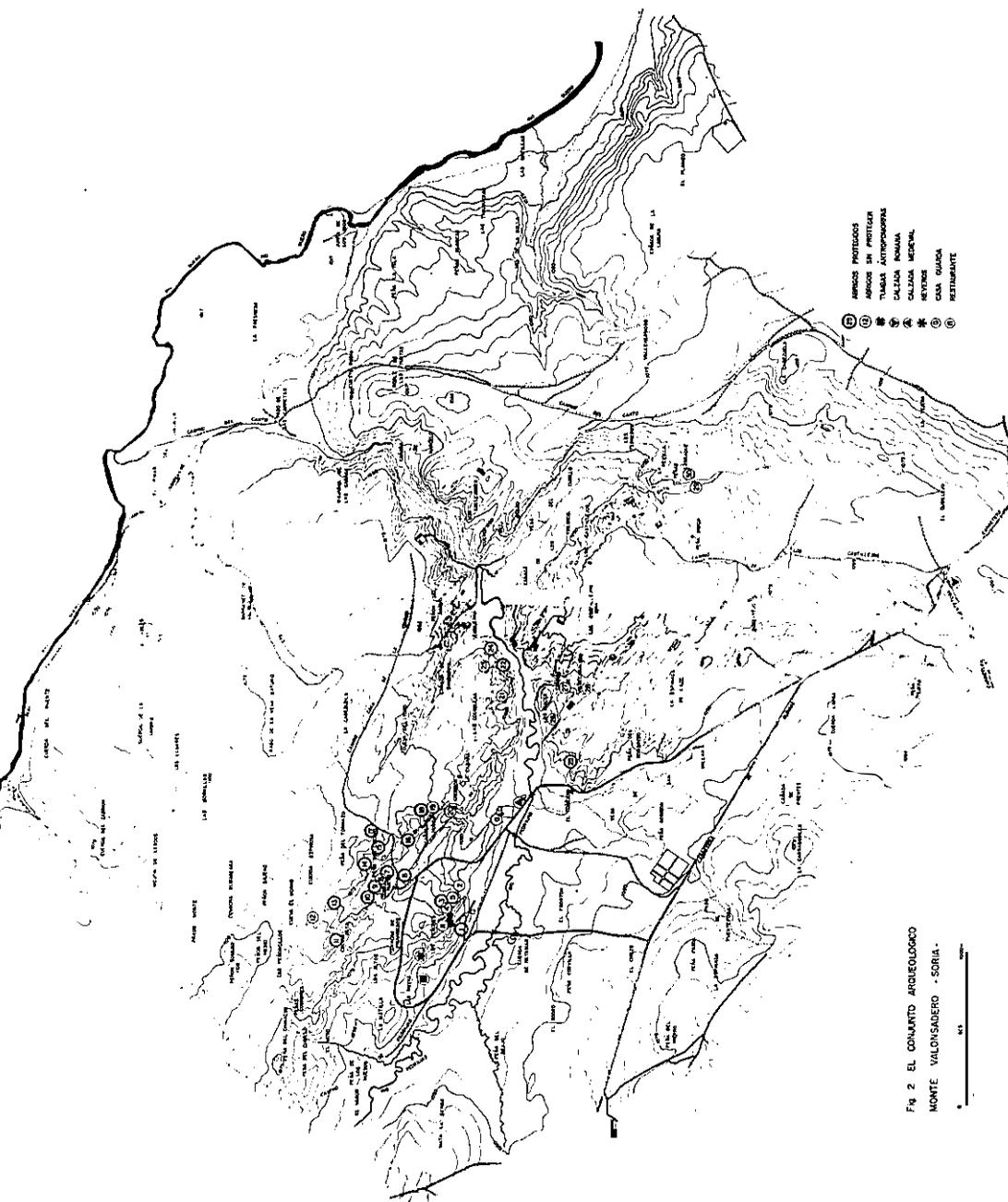
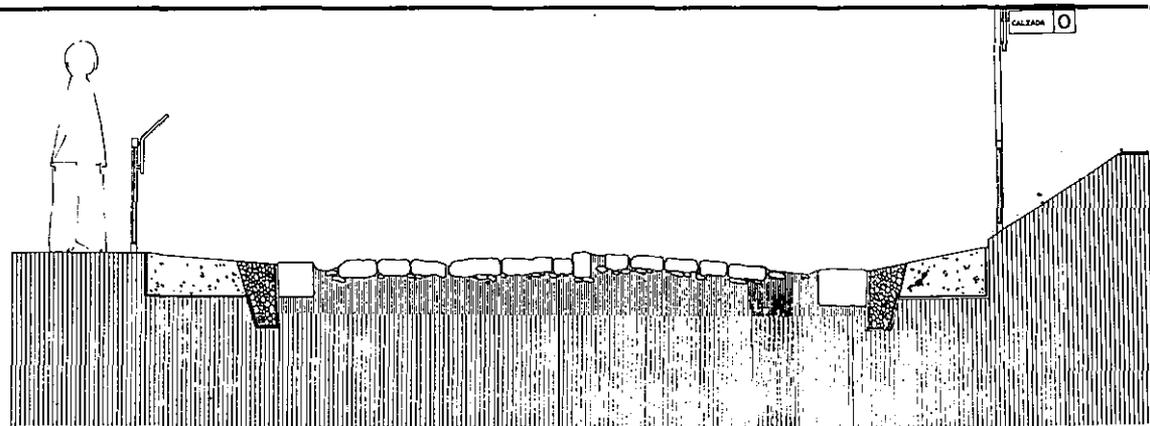


Fig. 2 EL CONJUNTO ARQUEOLÓGICO
 MONTE VALONSUADERO - SOÑIA.



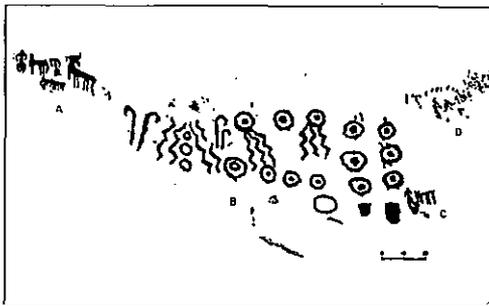
Sección I-I' Calzada

Fig. 3-A PROPUESTA DE INTERVENCIÓN :
SOBRE CALZADA DE LA CASA DEL GUARDA

0 0,5 1m

15 COVACHO DEL MORRO

RUTA I
ABRIGO
15



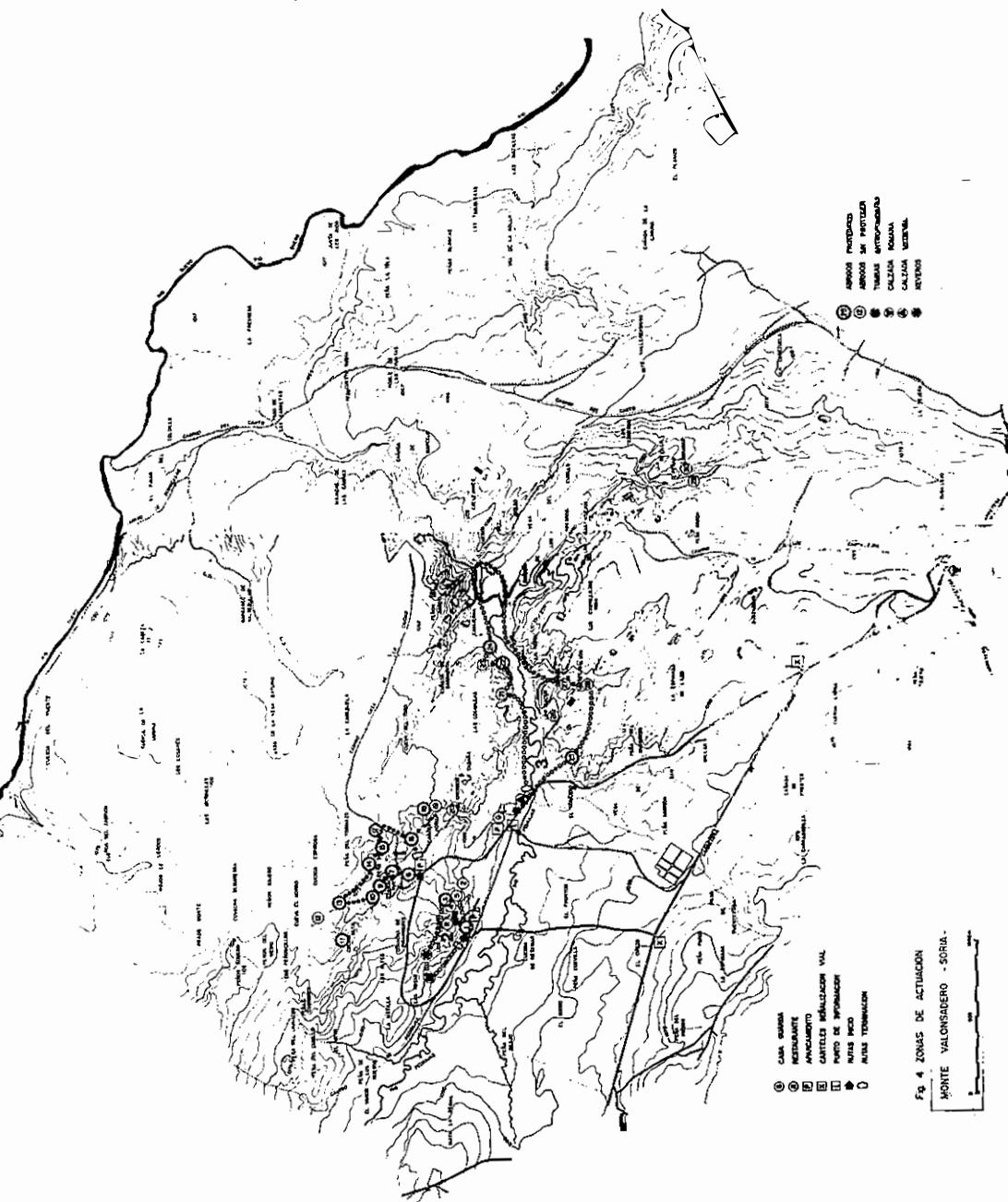
Descripción de la zona. El Covacho del Morro presenta una morfología que ofrece, a nivel urbano, una interesante frontalidad de la zona. En ella se encuentran el mayor número de viviendas de la zona, así como una gran variedad de edificios de carácter residencial.

Desde un punto de vista que, por su carácter y ubicación, pueden actuar en cuanto a su imagen urbana de la zona, a la zona se le puede considerar, desde un punto de vista urbano, una zona de carácter residencial. Desde un punto de vista urbano, la zona se puede considerar una zona de carácter residencial. Desde un punto de vista urbano, la zona se puede considerar una zona de carácter residencial.

En el terreno que, a través de una intervención arquitectónica, se pretende intervenir, se pretende intervenir en un terreno que, a través de una intervención arquitectónica, se pretende intervenir.

El fin último de la intervención del terreno, con la zona de la zona, es el fin último de la intervención del terreno, con la zona de la zona, es el fin último de la intervención del terreno.

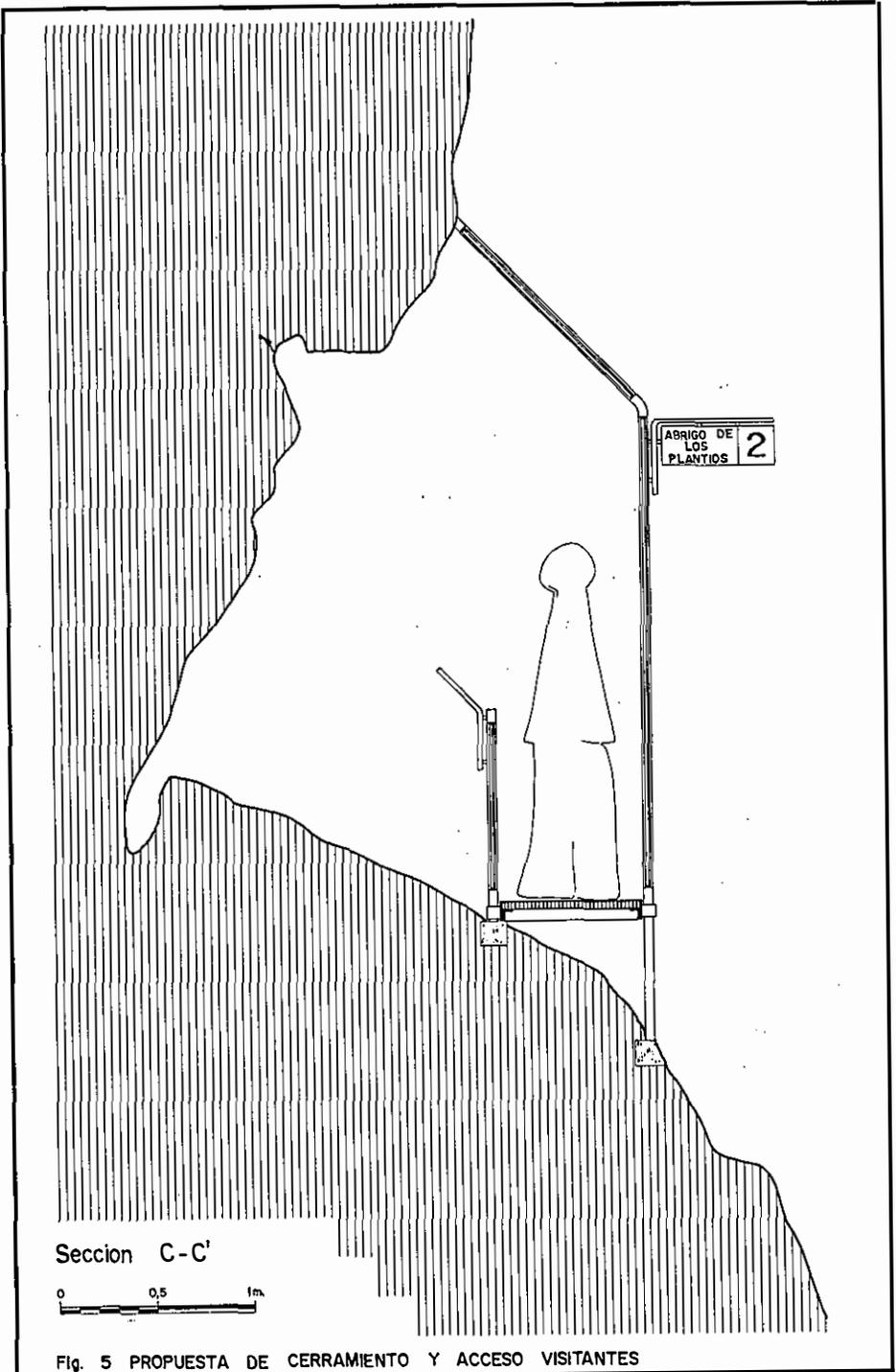
Fig. 3-B MODELO DE CARTEL EXPLICATIVO

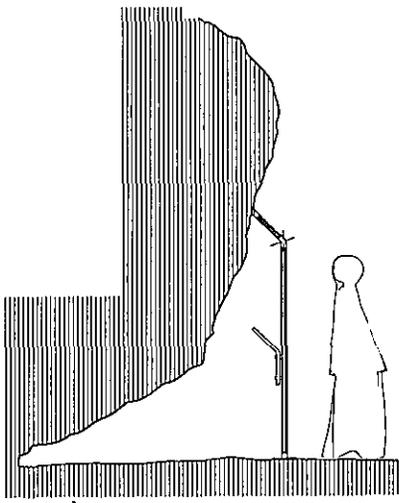


- ① CASA CUADRA
- ② RESTAURANTE
- ③ AYUNTAMIENTO
- ④ CARTELES INFORMACIÓN VAL
- ⑤ PUNTO DE INFORMACIÓN
- RUTA PICO
- RUTA TERMINACIÓN

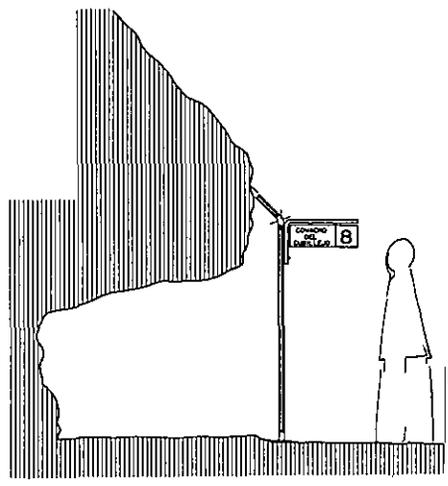
- Ⓜ ÁREAS PROTEGIDAS
- Ⓝ ÁREAS SIN PARTIDA
- Ⓞ MASAS ARBORESCENTES
- Ⓟ CÁLCULO MASIVA
- Ⓠ CÁLCULO LOCAL
- Ⓡ OTROS

Fig. 4 ZONAS DE ACTIVACION
MONTE VALONSADERO - SORIA.

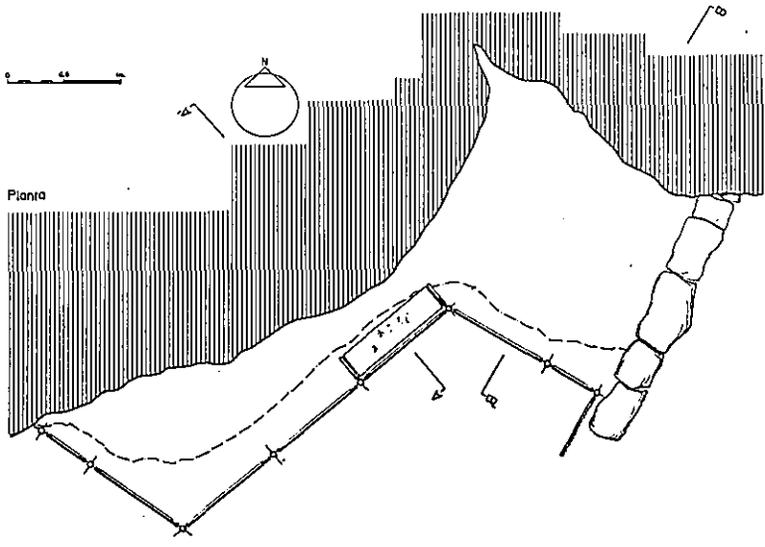




Sección A-A'



Sección B-B'



Planta

Fig. 6 DESARROLLO DEL CERRAMIENTO Y ADECUACION DE LOS ABRIGOS

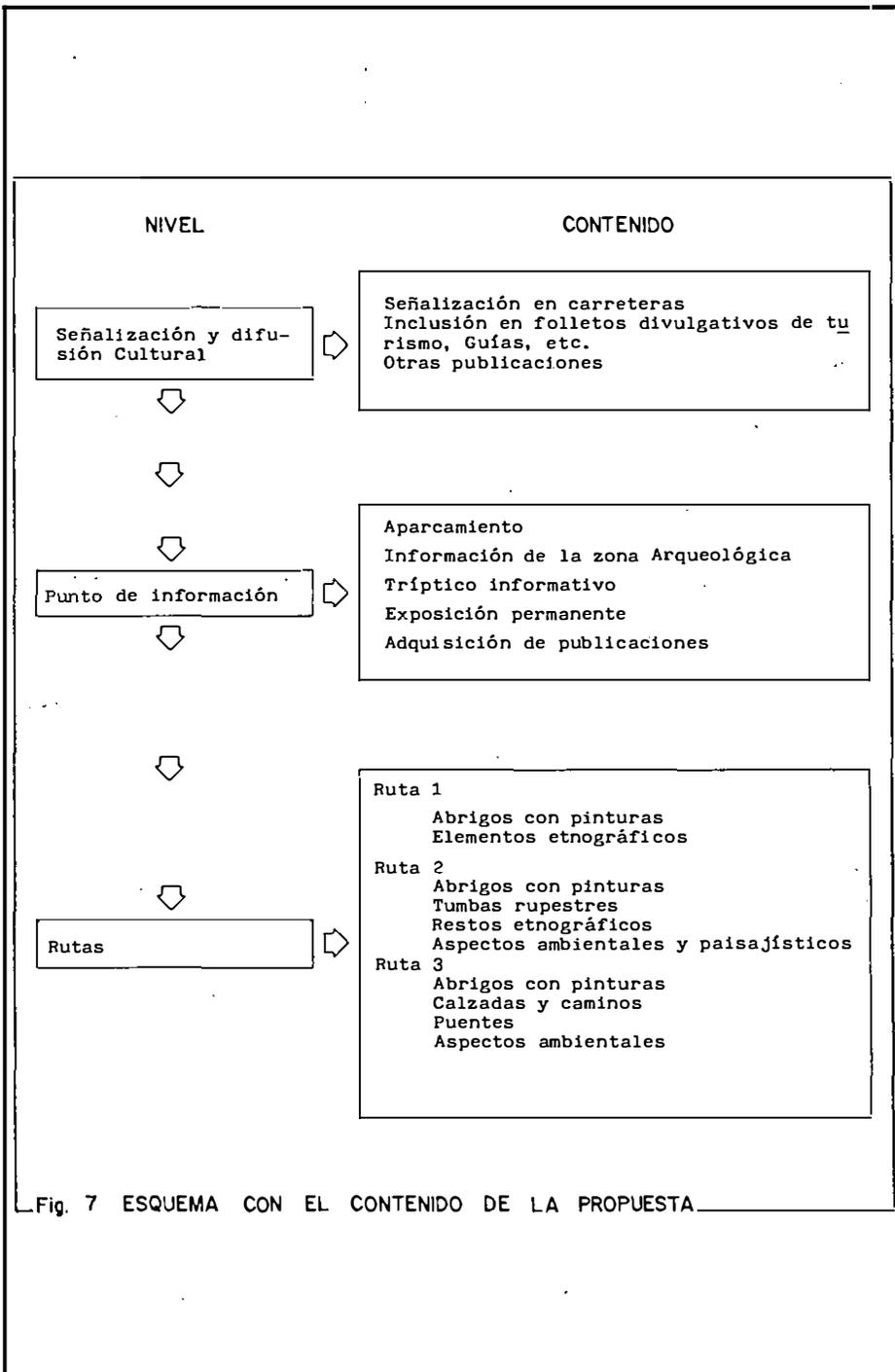


Fig. 7 ESQUEMA CON EL CONTENIDO DE LA PROPUESTA

INDICE

VOLUMEN I

	<u>Págs.</u>
LECCION INAUGURAL	7
ARTE RUPESTRE EN LA PROVINCIA DE SORIA, por J.A. Gómez-Barrera . . .	9
SESION DE PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA	65
<i>Ponencias</i>	67
EL POBLAMIENTO DESDE EL NEOLITICO A LA EDAD DEL BRONCE: CONSTANTES Y CAMBIOS, por A. Jimeno Martínez y J.J. Fernández Moreno	69
LA EDAD DEL HIERRO: PROBLEMAS, TENDENCIAS Y PERSPECTIVAS, por F. Romero Carnicero y G. Ruiz Zapatero	103
<i>Comunicaciones</i>	121
REVISION DE LA INDUSTRIA LITICA DEL YACIMIENTO ACHELENSE DE TORRALBA DEL MORAL (SORIA), por A.I. Ortega Martínez	123
EL YACIMIENTO ACHELENSE DE TORRALBA: NUEVAS INTERPRETACIONES TAFONOMICAS Y PALEOECONOMICAS, por A.C. Díez Fernández-Lomana . . .	137
ESTUDIO PETROLOGICO DE NODULOS Y CALCOS DE AMBRONA (SORIA) Y PROCESOS DE RESTAURACION, por M.C. López de Azcona y L. de Huéscar	153
EL FENOMENO MEGALITICO EN LA PROVINCIA DE SORIA, por M.A. Rojo Guerra, A. Jimeno Martínez y J.J. Fernández Moreno	163
APORTACIONES AL ESTUDIO DE INDUSTRIAS LITICAS DE SUPERFICIE EN LA VERTIENTE SEPTENTRIONAL DE LA SIERRA DEL ALMUERZO. NARROS (SORIA), por I. Arellán Gañán, C. Jiménez Sanz y N. Ramón Fernández	183

ELEMENTOS CAMPANIFORMES EN EL YACIMIENTO ARQUEOLOGICO DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por A. Bescos Corral . . .	203
LOS ARENALES DE RIOSECO (SORIA): CONSIDERACIONES SOBRE LA RELACION DE CERAMICAS CAMPANIFORMES Y COGOTAS I, por J.J. Fernández Moreno y A. Jimeno Martínez.	211
LA METALURGIA DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA PROVINCIA DE SORIA: EL CONTEXTO CULTURAL, por A. Jimeno Martínez y J.J. Fernández Moreno	231
LA METALURGIA DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA PROVINCIA DE SORIA: ESTUDIO ANALITICO, por S. Rovira, I. Montero y S. Consuegra	247
LA PINTURA ESQUEMATICA DE LAS PROVINCIAS DE SORIA Y SEGOVIA: ESTUDIO COMPARATIVO, por M.R. Lucas Pellicer	261
LOS GRABADOS RUPESTRES DE SORIA Y SEGOVIA, por M.R. Lucas Pellicer y R. Castelo Ruano	279
LA APORTACION DE TEOGENES ORTEGO Y CONOCIMIENTO DE LA CERAMICA EXCISA EN LA PROVINCIA DE SORIA Y LA INVESTIGACION POSTERIOR, por M.J. Marcos Mínguez	295
LOS ORIGENES DEL HABITAT DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA PROVINCIA DE SORIA: LAS CABAÑAS DE EL CASTILLEJO DE FUENSAUCO, por F. Romero Carnicero y J.C. Misiego Tejada	307
ESTUDIO ZOOARQUEOLOGICO DE LAS CABAÑAS CIRCULARES DE EL CASTILLEJO DE FUENSAUCO, por J.A. Bellver Garrido	325
ACERCA DE UN CURIOSO VASO DEL CASTRO DEL ZARRANZANO (ALMARZA, SORIA), por G.J. Marcos Contreras	333
CERAMICAS CON DECORACION «A PEINE» EN LA PROVINCIA DE SORIA, por E. García-Soto Mateos y R. De La-Rosa Muncio	343
TUMBAS CON PUÑALES DE TIPO MONTE BERNORIO EN LA NECROPOLIS DE SAN MARTIN DE UCERO, por E. García-Soto Mateos	367
PUÑALES CELTIBERICOS CON EMPUÑADURA DE TRIPLE CHAPA PLANA Y POMO CON ANTENAS, por E. Cabré Herreros y J.A. Morán Cabré	389
UNA PLACA DE CINTURON DE NUMANCIA CONSERVADA EN EL MUSEO NUMANTINO, por F. Martínez Quirce	399
REPRESENTACIONES HUMANAS EN EL ARTE CELTICO DE LA PENINSULA IBERICA, por M. Almagro-Gorbea y A.J. Lorrío	409
REPRESENTACIONES ZOOMORFAS PRERROMANAS EN PERSPECTIVA CENTRAL: ICONOGRAFIA, CRONOLOGIA Y DISPERSION GEOGRAFICA, por F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez	453
LAS CERAMICAS DE NUMANCIA CON LETRERO IBERICO, M. Arlegui Sánchez	473
EL YACIMIENTO CELTIBERICO DE «CASTILMONTAN» SOMAEN (SORIA): EL SISTEMA DEFENSIVO, por M. Arlegui Sánchez.	495

	<u>Págs.</u>
NOTAS SOBRE EL POBLAMIENTO CELTIBERICO DE LA ZONA DE QUINTANA REDONDA, por A.C. Pascual Díez	515
LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por J.L. Argente Oliver, A. Díaz Díaz y A. Bescos Corral	527
LA CERAMICA CON DECORACION A PEINE DE LA NECROPOLIS DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por J. Altares Lucendo y J.C. Misiego Tejada	543
EL ARMAMENTO DE LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA): ESPADAS Y PUÑALES, por C. Martínez Martínez	559
BROCHES DE CINTURON DE TIPO CELTICO EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por A. Alonso Lubias	571
PLACAS DECORADORAS CELTIBERICAS EN CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por J.L. Argente Oliver, A. Díaz Díaz y A. Bescos Corral	585
REPRESENTACIONES PLASTICAS DE LA CABEZA HUMANA EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por P. Saiz Ríos	603
PROSPECCION GEOFISICA APLICADA A LA INVESTIGACION DE LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA) PRIMEROS RESULTADOS, por J.F. Bergamin, M.T. Mateos, A. Gradolph, J.L. Argente, F. Mingarro y C. López Azcona	613
BASES DE DATOS RELACIONADOS PARA LA GESTION DE EXCAVACION: LA PRIMERA DE LA NECROPOLIS DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por A. Bescos Corral y A.I. Aldecoa Ruiz	635
LOS ARGELOS: ETNIA, LINAJE Y ADMINISTRACION, por L. Pérez Vilatela	647
LA ORGANIZACION SOCIO POLITICA CELTIBERICA A TRAVES DE LOS TEXTOS CLASICOS Y LA ARQUEOLOGIA, por M.ª P. García-Gelabert Pérez	659
HALLAZGOS MONETARIOS IBERICOS E HISPANORROMANOS EN NUMANCIA, por F. Romero Carnicero y M.A. Martín Carbaño	671

VOLUMEN II

<i>SESION DE ARQUEOLOGIA CLASICA</i>	695
<i>Ponencias</i>	697
LA ROMANIZACION EN LA PROVINCIA DE SORIA: PANORAMA Y PERSPECTIVAS, por M.A. Romero Carnicero	699
LAS VILLAS ROMANAS EN LA PROVINCIA DE SORIA: ESTADO DE LA CUESTION, por M. Mariné	745
<i>Comunicaciones</i>	765
PRIMEROS RESULTADOS DE LAS EXCAVACIONES REALIZADAS EN MEDINACELI. CAMPAÑAS 1986-1989, por M.J. Borobio Soto, F. Morales Hernández y A.C. Pascual Díez	767

EL PLANEAMIENTO URBANO DEL CENTRO MONUMENTAL DE TIERMES EN EPOCA JULIO CLAUDIA, por J.M. Izquierdo Bertiz	785
MATERIAL DE EPOCA ROMANA HALLADO EN LAS EXCAVACIONES DE LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE CARRATIERMES (MONTEJO DE TIERMES, SORIA), por A. Martínez y E. Hernández Urizar	797
ALGUNOS EJEMPLOS DE ARQUITECTURA DECORATIVA DE LA PROVINCIA DE SORIA, por M.A. Gutiérrez Behemerid	815
ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LOS MOSAICOS SORIANOS, por M. Torres Carro	835
CERAMICA PINTADA CON DECORACION PLASTICA DE UXAMA, por C. García Merino	851
APORTACIONES AL ESTUDIO DE LA CERAMICA DE PAREDES FINAS CON DECORACION A MOLDE DE UXAMA (OSMA, SORIA), por J. Guerrero Arroyo, B. Saquero Martín y S. Carretero Vaquero	865
ESTUDIO PETROLOGICO Y GEOQUIMICO DE ENCOSTRAMIENTOS EN UNA REJA ROMANA DE UXAMA (SORIA) Y PROCESOS DE RESTAURACION, por J.L. Argente, F. Mingarro y L. de Huéscar	875
CONJUNTO DE TSHT PROCEDENTE DE UXAMA (OSMA, SORIA), por B. Saquero Martín, J. Guerrero Arroyo y S. Carretero Vaquero	885
LOS CASTROS SORIANO-RIOJANOS DEL SISTEMA IBERICO: NUEVAS PERSPECTIVAS, por U. Espinosa	899
NUEVOS TESTIMONIOS EPIGRAFICOS SORIANOS, por J. Gómez-Pantoja	915
NUEVAS APORTACIONES A LA EPIGRAFIA SORIANA, por S. Crespo Ortiz de Zarate y J.R. Vega de la Torre	927
APROXIMACION AL POBLAMIENTO RURAL HISPANO-ROMANO EN LA PROVINCIA DE SORIA, por J. Gómez Santa Cruz	937
LA PROVINCIA DE SORIA DURANTE LA ROMANIDAD TARDIA, por F. Pérez Rodríguez	957
NOTICIA SOBRE HALLAZGOS TARDORROMANOS EN TORRALBA DEL BURGO (SORIA), por J.R. Vega de la Torre	973
NECROPOLIS TARDORROMANAS EN SORIA, por A. Fuentes	991
APROXIMACION AL HABITAT VISIGODO DE TERMES, por C. de la Casa Martínez y J.M. Izquierdo Bertiz	1007
<i>SESION DE ARQUEOLOGIA MEDIEVAL</i>	1019
<i>Ponencias</i>	1021
LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN SORIA. ESTADO DE LA CUESTION, por M. Retuerce Velasco	1023

	<u>Págs.</u>
<i>Comunicaciones</i>	1043
CATALOGACION DE LA MONEDA HISPANO-MUSULMANA EN EL MUSEO NUMANTINO DE SORIA, por J.I. Saenz Díez	1045
NECROPOLIS RUPESTRE DE TIERMES, por M. Domenech Esteban y C. de la Casa Martínez	1061
NECROPOLIS MEDIEVAL DE SAN BAUDELIO DE CASILLAS DE BERLANGA, por J. Andrio Gonzalo y E. Loyola Perea	1069
EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE CARACENA (SORIA), por F. Morales Hernández y M.J. Borobio Soto	1087
HALLAZGO MONETAL EN MONTENEGRO DE CAMEROS (SORIA), por C. de la Casa Martínez y M. Domenech Esteban	1105
PANORAMA DE LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN ALMAZAN, por J.A. Marquez Muñoz	1115
PILAS BAUTISMALES SORIANAS CON OMEGA-ALFA, por M.A. Alonso Sánchez	1131
<i>SESION DE PATRIMONIO ARQUEOLOGICO</i>	1143
PROPUESTA DEL MONTE VALONSADERO COMO PARQUE ARQUEOLOGICO, por J.A. Gómez-Barrera, A. Jimeno Martínez, J.J. Fernández Moreno y J.F. Yusta Bonilla	1145

